

Abel Paz

DURRUTI
en la revolución española

Introducción de
José Luis Gutiérrez Molina

Copia privada para fines
exclusivamente educacionales.
Prohibida su venta

Fundación de estudios libertarios
Anselmo Lorenzo

PAZ, Abel

Durruti en la Revolución española / Abel Paz ;
introducción de José Luis Gutiérrez Molina. - 2ª
ed. en castellano. - Madrid : Fundación de
estudios libertarios Anselmo Lorenzo, 1996. -
773 p., [32] h. de lám. ; 25 cm. - (Biografías y
memorias ; 3)

Seud. de Diego Camacho

Bibliografía: p. 739-748

Índice onomástico: p. 749-771

ISBN 84-86864-21-6

1. Durruti, Buenaventura-Biografías
2. Anarquismo I. Gutiérrez Molina, José Luis
(pr.) II. Tit. III. Serie



Abel Paz
Durruti
en la Revolución española

Abel Paz
Durruti
en la Revolución española

Introducción de
José Luis Gutiérrez Molina

Colección Biografías y Memorias / 3
Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo

Madrid, 1996

2ª edición en castellano

- © DE LA OBRA
Diego Camacho 1978, 1996
- © DEL PRÓLOGO
José Luis Gutiérrez Molina 1996
- © DE LAS FOTOGRAFÍAS INTERIORES
Diego Camacho, Rafols, Vicent D. Palomares
e Instituto de Historia de Barcelona - 1978
- © DE LA EDICIÓN, CUBIERTA E ILUSTRACIONES
Fundación de Estudios Libertarios "Anselmo Lorenzo"
Paseo Alberto Palacios, 2
28021 Madrid

ISBN
84-86864-21-6

DEPÓSITO LEGAL
SE-831-96

No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso por anticipado, expreso y por escrito del autor y editor

TRATAMIENTO DE TEXTOS Y CORRECCIONES

José Luis Gutiérrez
Sergio López
Manuel Carlos García
Antonia Ruiz
Fernando Ventura
Marisol Caldito
Aurora Caldito

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Enrique López Marín

FOTOMECÁNICA, FILMACIÓN
GBS
Salvador Castro

IMPRESO EN ESPAÑA

A JENNY,
cuya constante y continuada
colaboración hicieron
posible este libro

Índice general

DEDICATORIA	7
ÍNDICE GENERAL	9
PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	13
INTRODUCCIÓN	17

PRIMERA PARTE

El rebelde (1896-1931)

	45
I. ENTRE LA CRUZ Y EL MARTILLO	47
II. AGOSTO DE 1917	56
III. DEL EXILIO AL ANARQUISMO	61
IV. «LOS JUSTICIEROS»	68
V. ANTE EL TERRORISMO GUBERNAMENTAL	73
VI. ZARAGOZA, 1922	80
VII. «LOS SOLIDARIOS»	89
VIII. JOSÉ REGUERAL Y EL CARDENAL SOLDEVILA	94
IX. HACIA LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA	107
X. EL CENTRO REVOLUCIONARIO DE PARÍS	118
XI. GUERRILLEROS EN SUDAMÉRICA	130
XII. DE SIMÓN RADOWITZKY A BORIS WLADIMIROVICH	139
XIII. «LOS ERRANTES» EN BUENOS AIRES DURANTE EL AÑO 1925	149
XIV. HACIA PARÍS: 1926	156
XV. EL COMLOT CONTRA ALFONSO XIII	162
XVI. EL COMITÉ INTERNACIONAL DE DEFENSA ANARQUISTA	170
XVII. LA UNIÓN ANARQUISTA Y EL GOBIERNO FRANCÉS DE POINCARÉ	174
XVIII. EL ANTIPARLAMENTARISMO DE LUIS LECOIN	182
XIX. EMILIE NNE, BERTHE Y NÉSTOR MAKHNO	191
XX. LYON, O DE NUEVO EN LA CÁRCEL	198
XXI. CLANDESTINOS A TRAVÉS DE EUROPA	206
XXII. LA CAÍDA DE PRIMO DE RIVERA	214
XXIII. EL ASESINATO DE FERMÍN GALÁN	219
XXIV. «VISCA MACIÀ! MORI CAMBÓ!»	231
XXV. EL NUEVO GOBIERNO Y SU PROGRAMA POLÍTICO	235

SEGUNDA PARTE

El militante (1831-1936) 237

I. 14 DE ABRIL DE 1931	239
II. ANTE EL PRIMERO DE MAYO: LAS FUERZAS EN PRESENCIA	247
III. EL PRIMERO DE MAYO DE 1931	255
IV. EL GRUPO «NOSOTROS» ANTE LA CNT Y LA REPÚBLICA	263
V. LOS COMICIOS DE LA FAI Y DE LA CNT	272
VI. LA POLÍTICA SOCIAL REPUBLICANA Y LA CNT	280
VII. EN PLENA TORMENTA Y SIN BRÚJULA	288
VIII. DURRUTI Y GARCÍA OLIVER RESPONDEN A «LOS TREINTA»	297
IX. DOS PROCESOS PARADÓJICOS: ALFONSO XIII Y EL BANCO DE GIJÓN	304
X. LA INSURRECCIÓN DEL ALT LLOBREGAT	313
XI. EL VAPOR «BUENOS AIRES»	318
XII. GUINEA - FERNANDO POO - CANARIAS	323
XIII. ESCISIÓN EN LA CNT	333
XIV. EL CICLO INSURRECCIONAL	341
XV. PRESIDARIO EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA	350
XVI. DE LA HUELGA ELECTORAL A LA INSURRECCIÓN	359
XVII. EL SOCIALISMO, AUSENTE EN DICIEMBRE DE 1933	372
XXVIII. LA HUELGA GENERAL DE ZARAGOZA	381
XIX. UNA ENTREVISTA HISTÓRICA ENTRE LA CNT Y COMPANYS	387
XX. DEL BOICOT A LA «DAMM» A LOS CALABOZOS DE LA JEFATURA	395
XXI. EL 6 DE OCTUBRE EN BARCELONA: ¿CONTRA QUIÉN?	403
XXII. LA COMUNA ASTURIANA	410
XXIII. «EL ORDEN Y LA PAZ REINAN EN ASTURIAS»	417
XXIV. «¡BANDIDISMO, NO; EXPROPIACIÓN COLECTIVA, SÍ!»	421
XXV. HACIA EL «FRENTE POPULAR»	427
XXVI. LA CNT JUZGA A DURRUTI	432
XXVII. EL 16 DE FEBRERO DE 1936	441
XXVIII. EL IV CONGRESO DE LA CNT	449
XXIX. LA LARGA ESPERA DEL 19 DE JULIO DE 1936	455

TERCERA PARTE

El revolucionario (19 julio a 20 noviembre 1936) 469

I. BARCELONA EN LLAMAS	471
II. LA RENDICIÓN DEL GENERAL GODED	479
III. MUERTE DE AÇCASO	486
IV. EL 20 DE JULIO	492
V. LLUÍS COMPANYS ANTE LA CNT, Y LA CNT ANTE SÍ MISMA	506

λ VI. EL COMITÉ CENTRAL DE MILICIAS ANTIFASCISTAS DE CATALUÑA	513
VII. LA OFENSIVA DURRUTI-GARCÍA OLIVER	525
VIII. LA COLUMNA «DURRUTI»	535
IX. «LA REVOLUCIÓN CLANDESTINA»	551
X. KOLTSOV VISITA LA COLUMNA «DURRUTI»	563
XI. LARGO CABALLERO, RECONSTRUCTOR DEL ESTADO REPUBLICANO	572
XII. GARCÍA OLIVER, LARGO CABALLERO Y EL PROBLEMA DE MARRUECOS	579
XIII. ANTONOV OVSENKO Y GARCÍA OLIVER	589
XIV. EL ORO ESPAÑOL CAMINO DE RUSIA	596
XV. LA CONFEDERACIÓN LIBERTARIA ARAGONESA	608
XVI. LA SOMBRA DE STALIN SOBRE ESPAÑA	618
XVII. «¡VIVA MADRID SIN GOBIERNO!»	632
XVIII. EL PASO DEL MANZANARES	641
XIX. LA COLUMNA «DURRUTI» EN MADRID	649
XX. EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1936	662
XXI. DURRUTI MATA A DURRUTI	673
XXII. EL ENTIERRO DE DURRUTI	679

CUARTA PARTE

Las muertes de Durruti

INTRODUCCIÓN	689
I. LAS PRIMERAS VERSIONES	691
II. ¿LEYENDA O REALIDAD?	704
III. CONTRADICCIONES Y FANTASÍAS EN LAS VERSIONES PRESENTADAS	715
IV. LA SEGUNDA MUERTE DE DURRUTI, O SU ASESINATO POLÍTICO	725
V. CONCLUSIÓN	729
APÉNDICE: EL ROMPECABEZAS DE LA BÚSQUEDA DEL CADÁVER DE DURRUTI	732

Bibliografía e índices

BIBLIOGRAFÍA	739
AMPLIACIÓN BIBLIOGRÁFICA (1976-1996)	745
ÍNDICE DE PERSONAS Y AUTORES	749
ÍNDICE DE LUGARES	764
ÍNDICE ORGANIZACIONES	769
ÍNDICE DE GRÁFICOS	771
OBRAS DEL MISMO AUTOR	773

Prefacio a la edición española ¹

Por muy diversos motivos, la primera edición de esta obra no pudo aparecer en la lengua en que fue escrita y para el público a quien iba dirigida. Debido a ello, antes que en su idioma original, la presente biografía fue conocida a través de sus diferentes traducciones. Esta realidad, donde se juntan íntimamente nuestra propia vida con el contexto social y político de nuestro país, nos obliga a prevenir al lector que tenga la curiosidad de comparar la edición española con la versión francesa, pues se encontrará con la sorpresa de hallarse ante dos libros con muchas diferencias. Si bien esta edición en castellano no significa una obra nueva, adelantamos que contiene muchos cambios y novedades. Igualmente, prevenimos a los lectores en general que desconocen la edición francesa y las otras, para que no se sorprendan de encontrar en la presente obra hechos, circunstancias y relatos que, muy estrechamente relacionados con el biografiado, probablemente ya habrán visto transcritos en libros de mayor o menor difusión y en revistas especializadas en temas históricos. Sucede que, gracias a la escasa escrupulosidad de ciertos escritores —“historiadores” o “especialistas”—, los datos, referencias y documentación sobre algunos hechos y circunstancias fueron, en gran parte, extraídos de la mencionada primera edición en francés de esta obra, sin tomarse —generalmente— la molestia de indicar la fuente o, peor todavía, ocultando deliberadamente el origen. El lector inquieto podrá apreciar que casi siempre —y cuando no, porque nos era imposible— nosotros recurrimos a materiales de primera mano y no a refritos... Por otra parte, nos excusamos por la abundancia de notas y referencias bibliográficas, pero preferimos hacerlo así, pensando en la importancia de señalar las fuentes y las obras, particularmente por tratarse de un tema y de un personaje sobre los cuales pesan muchos silencios, sombras y tergiversaciones. Prevenidos ya el lector y el estudioso, nos incumbe ahora el deber de explicar las causas y razones que concurrieron para realizar esta modificación entre la primera edición francesa y esta primera en castellano.

Al comenzar hacia el año 1962 nuestras investigaciones en torno a la vida de Buenaventura Durruti, plena de intensa militancia revolucionaria y proyección histórica, fuimos advertidos sobre las dificultades que encontraríamos en nuestro trabajo. De todos modos, nos interesaba tanto su figura que arrostramos la tarea pensando que si no lográbamos cubrir todos los vacíos de su vida, transcurrida en su mayor parte en la clandestinidad y en las cárceles, al menos podríamos reunir muchos de los diversos materiales dispersos y dar con ellos una versión suficientemente coherente de la personalidad y la trayectoria del biografiado. Y fue con

¹ Este prefacio corresponde a la segunda edición de la obra, primera en castellano, de 1978

esa idea que iniciamos la labor. Pacientemente, fuimos reuniendo informaciones y datos sobre nuestro personaje. Ante este primer agrupamiento de notas, discursos, cartas y comentarios tuvimos la sensación de que nuestra búsqueda no era satisfactoria, ya que, por ejemplo, los mismos hechos y actitudes eran siempre contados con mayor o menor pasión. Pero una vez pasados por el tamiz de la reflexión, los granos eran escasos.

Cambiamos entonces de táctica. Y donde pensábamos encontrar un muro de silencio, hallamos, en cambio, una amplia y cálida comprensión. Los primeros en abrirnos el archivo de sus recuerdos fueron Aurelio Fernández y Miguel García Vivancos. Un escollo importante estaba así orillado, como era el período de 1920 a 1930, que contenía muchas zonas oscuras. Sin embargo, quedaban todavía muchas lagunas, cuando la suerte nos hizo contar con la colaboración de Manuel Buenacasa, el cual nos puso en relación con Clemente Mangado, quien resultó un testimonio de valor único porque nos revela el paso de Durruti por Zaragoza y el encuentro con Francisco Ascaso. Pero esto no era todo...

¿Qué había hecho Durruti hasta 1921, es decir, durante sus primeros años? Entonces aparecieron los testimonios de los hijos de Tejerina y de otro amigo de la infancia de Buenaventura: Florentino Monroi. Y aquí ya empezamos a pisar terreno seguro. Emilienne Morin, la compañera de Buenaventura, nos facilitó la dirección de Rosa Durruti, quien nos correspondió poniendo a nuestra disposición materiales importantes pertenecientes o relativos a su hermano. Esto, para nosotros, era una verdadera mina. Pero ¿cómo explotarla si en nuestra calidad de exiliado en Francia estábamos imposibilitados de viajar a León? La madre de Durruti vivía, pero sus noventa años cumplidos amenazaban con perderla. Afortunadamente, un nieto de la familia nos ofreció la oportunidad de hacer personalmente lo que nosotros no podíamos obtener ante testimonios fundamentales de la primera época de Durruti.

Habían transcurrido cinco años, pero ya en nuestra cosecha había mucho y buen grano. Lo suficiente como para poder abordar la investigación de la llamada "excursión americana" de Durruti y sus compañeros, en aquel itinerario por el Nuevo Mundo; viaje en el que nosotros empleamos cerca de dos años antes de llegar a tierra firme. Nos faltaba sólo completar lo relativo a la Columna, durante la Revolución. Y aquí, una infinidad de hombres que pertenecieron a ella nos facilitaron en gran manera nuestra labor, particularmente Francisco Subirats, Antonio Roda, Ricardo Rionda, José Mira, Nicolás Bernard, L. R. y tantos otros. Todo esto añadido a las comunicaciones de Liberto Callejas, Marcos Alcón, Diego Abad de Santillán y muchos más. Asimismo, nuestras propias vivencias, estimuladas por los recuerdos y comentarios hechos por personas íntimas o cercanas a Durruti, como Teresa Margalef, Juan Manuel Molina, Dolores Iturbe, Emilienne Morin, Berthe Favert, Felipe Alaiz, José Peirats, Federica Montseny y otros muchos.

Entonces, ya nos sentimos animados a pasar a la redacción de nuestra biografía y su época, puesto nuestro pensamiento en España, su pueblo y su revolución.

Cuando la obra estuvo terminada, su publicación en España era muy hipotética. Ante estas circunstancias estábamos cuando se nos presentó la oportunidad

de una edición francesa. Pero Francia no es España, cosa que implicaba una restricción del texto original. Esta exigencia ha motivado que circulen ediciones reducidas de la presente biografía en francés, portugués e inglés. Este era el destino del presente libro sobre Durruti y su tiempo cuando la Editorial Bruguera de Barcelona nos abrió la posibilidad de ofrecer, por fin, la edición completa en nuestro idioma y para nuestros pueblos.

Al aceptar el compromiso de dar a luz *Durruti. El proletariado en armas* en castellano, sentimos la responsabilidad de volver sobre el texto original. Pero eso no era todo. Desde que en 1972 se publicó la edición francesa, hasta 1976, Durruti había seguido viviendo y creciendo en nosotros. Además, nos habían llegado nuevas aclaraciones y rectificaciones por parte de algunas personas mencionadas en la obra y que viven actualmente. Esto nos obligaba a incorporar determinadas correcciones. A la vez, una importante correspondencia cruzada con García Oliver vino a echar nuevas luces sobre muchos sucesos y aspectos, y, sobre todo, nos situó mejor en el *clima* que vivió nuestro biografiado. Por último, la personalidad de Durruti y la época en que se desarrolló su vida, fecunda una y otra en importantes y decisivos acontecimientos, nos obligan a frecuentes referencias históricas.

Finalmente, lo que nos había sido difícil en nuestros comienzos, se hizo factible después. El conjunto de todas las nuevas informaciones y publicaciones conseguidas enriquecía sumamente nuestra investigación. Todo ello nos ha impulsado, como un deber, a darlo a conocer. No podíamos limitarnos al marco de la primera edición francesa, ni privar a los lectores de estas nuevas aportaciones, máxime cuando ahora se publica en nuestra propia lengua y puede servir de material informativo a toda una nueva generación ansiosa por saber su inmediato pasado. En consecuencia, optamos por reescribir la obra sin traicionar ni al personaje, ni a la investigación histórica, ni a las contribuciones obtenidas desinteresadamente.

Pese al grandioso escenario donde actuó Durruti, tratamos de mostrar su personalidad humana, la cual trasluce permanentemente la pasión que le caracterizó siempre; o sea, su tiempo, el medio social de donde emergió y contra el que luchó con fervientes deseos de transformarlo radicalmente. El hombre hace la historia y a la vez es su producto. Durruti, como todo tipo humano cuya virtud esencial es la de ser fiel a sí mismo, no puede, sin embargo, escapar a esa regla general de los hombres que hacen historia, siendo, a la vez, hijos de ella.

En la reelaboración de esta obra, hondamente dedicada al proletariado español y mundial, muchos son quienes han dado su colaboración. Por ejemplo, en los últimos tiempos conseguimos nuevas cartas de Durruti gracias a los ofrecimientos de Colette, su hija, y de José Mira. También contamos con el grato trato de Osvaldo Bayer, que nos brindó información de lo que se refiere a la Argentina. De igual modo, sobre los capítulos de América y especialmente del Río de la Plata, a la par que en otros aspectos, tuvimos la ayuda de Estela y Alberto Belloni. En cuanto a Rudolf de Jong y el competente equipo del Instituto de Historia Social de Amsterdam, siempre pacientes y simpáticos, nos prestaron su atención durante los días que permanecemos consultando sus archivos. Igualmente, el Centro Internacional de Investigaciones Anarquistas, el CIRA, de Ginebra, nos

ha prestado toda clase de concurso. Otro tanto tuvimos del personal de los Institutos de Historia Social de la rue Vielle du Temple y del Museo Social de la rue de las Cases; de los Archives des Affaires Etrangères y de los Archives Nationales franceses, todos de París. Además obtuvimos documentación del Spanish Refugees Aid, del Hoover Institution, de Nueva York, EE.UU. Los documentos en inglés han sido traducidos al español por el amigo canadiense Donald Crowe, y Antonio Téllez llevó a cabo el índice alfabético de nombres. De Julián Martín hemos de agradecer su colaboración en la documentación fotográfica.

A todos ellos, y a todos cuantos de una manera o de otra nos han ayudado o alentado en la elaboración de esta obra, excusando los olvidos, expresamos nuestro profundo reconocimiento.

Cerramos diciendo que, por supuesto, tenemos y asumimos la total responsabilidad de la presente biografía.

París, febrero de 1977

Nota a la segunda edición española

Quiero agradecer a los compañeros de la Fundación Anselmo Lorenzo y del equipo editorial la realización de esta nueva edición revisada y corregida del «Durruti...», y en especial a José Luis Gutiérrez por su introducción y anotaciones.

Barcelona, abril de 1996

Introducción

Se cumple el centenario del nacimiento de José Buenaventura Durruti Domínguez, una de las principales figuras del anarquismo español que es lo mismo que decir de los últimos ciento cincuenta años de nuestra historia. Porque a pesar de los intentos por minusvalorar, despreciar, cuando no ignorar, la extensión, persistencia y arraigo de las ideas ácratas en nuestra sociedad cualquier observador que se aproxime a nuestro pasado más reciente no podrá dejar de observar la presencia de mujeres y hombres que, desde distintas organizaciones y planteamientos, han mantenido las ideas libertarias.

1. Por qué una nueva edición

Ahora, a fines del presente siglo, las organizaciones anarquistas españolas no gozan de su mejor momento. Sin embargo, quizás por ello es por lo que cobra mayor importancia y oportunidad la redición de la biografía de Durruti que debemos a Abel Paz. Ha transcurrido casi un cuarto de siglo desde la aparición en Francia de su primera edición. Su difusión ha sido amplia tanto en lengua castellana como en inglés, portugués, italiano, alemán o japonés. Hoy es muy difícil encontrar ejemplares de la edición española de 1978, e incluso de la resumida de ocho años más tarde¹. Sólo por este motivo es oportuno que aparezca una nueva que además incorpora ciertas novedades: una revisión de su texto y notas y una actualización bibliográfica. De esta forma el público español tendrá la misma facilidad para acceder al libro de Abel Paz que la que hoy tienen franceses y alemanes.

1. La primera versión de este trabajo apareció con el título de *Durruti. Le peuple en armes*, ed. de la Tête de Feuilles, París, 1972. Cuatro años más tarde ya se había traducido al inglés [*Durruti. The people armed*, Ed. Black Rose, Montreal, 1976] y al portugués [*Durruti. O povo en armas*, Ed. Assirio-Alvim, Lisboa, 1976]. En 1978, a la vez que aparece una nueva traducción, esta vez al griego [*Durruti*, Ed. Eleftheros Tipos, Atenas], se publica la versión española [*Durruti. El proletariado en armas*, Bruguera] que incorpora distintas novedades recogidas por el autor tras la aparición de la primigenia edición francesa. En años sucesivos, hasta hoy, se publicaron tanto nuevas traducciones como versiones reducidas de la edición francesa. Entre las primeras están la italiana [*Durruti. Cronaca della vita*, Ed. La Salamandra, Milano, 1980], la alemana [*Durruti, Leben und Tode des spanischen Anarchisten*, Ed. Nautilus, Hamburgo, 1994] o la japonesa que seguramente ya habrá visto la luz cuando se publiquen estas líneas. Además, en 1993 apareció una nueva edición en francés [*Un anarchiste espagnol: Durruti*, Ed. Quai Voltaire, Paris], esta vez basada en la española de 1978. De las segundas destaca la aparecida en 1986 con el título de *Durruti en la revolución española*, Ed. Lata, Barcelona.

Pero además hay, al menos, otras dos razones para esta nueva edición. La primera, recuperar una de las figuras más representativas del anarquismo español; la segunda, la necesidad de replantear la historiografía existente sobre los años treinta del presente siglo en España.

Entre los libertarios se rechaza no sólo el culto al dirigente, al líder, sino también a los símbolos, a las representaciones de sus ideales. Como previene Agustín García Calvo, el anarquista advierte los peligros de incitar la necesidad que las gentes tienen de imágenes e ídolos. Con la publicación de esta biografía de Buenaventura Durruti no se trata de mitificar al militante ácrata, ni elevarlo al panteón de los hijos ilustres muertos por la patria o la revolución. Sin embargo tampoco hay que arrojar al olvido a personajes que, por sus cualidades personales o por las circunstancias concretas que les tocó vivir, pueden representar a otros miles de hombres y mujeres anónimos y sintetizar acontecimientos que sí deben ser recordados más allá de la historia oficial, de la elaborada por el poder. Y este hecho, tiene un valor añadido cuando se tiene en cuenta el contexto en el que vivimos. Cuando es preciso resistir el acoso de unas estructuras de poder que se sienten completamente seguras a pesar de sus pies de barro. Como instrumento de lucha, como elemento de resistencia a la desinformación imperante aparece esta edición de *Durruti en la Revolución española*.

La biografía de Buenaventura Durruti no es la singular de un rey o un político que deben sus puestos en la memoria de los pueblos a hechos externos a ellos. Por poner un ejemplo de los años treinta españoles, Manuel Azaña es hoy recordado más por sus implicaciones en el asesinato de campesinos o por su labor contrarrevolucionaria durante la guerra de 1936-1939 que por sus aportaciones para cumplir las expectativas reformistas despertadas en amplias capas de la población tras la proclamación de la Segunda República española, o por su labor de impulso de las transformaciones sociales experimentadas durante el conflicto bélico. Conocida es la anécdota del desprecio manifestado por el político madrileño hacia los integrantes del Consejo de Defensa de Aragón, el órgano revolucionario de la región, entre los que se encontraba un antiguo chófer suyo ².

Más allá de su vida aventurera, de sus múltiples vicisitudes, la existencia de Durruti no es sino la de otros miles de revolucionarios españoles que empeñaron sus vidas en la conquista de una sociedad más justa. Recordando a Durruti, lo hacemos también a los demás que no por anónimos tienen menos importancia. La trascendencia del anarquista leonés no radica en su excepcionalidad, sino en haber sido uno más entre muchos. Si no hubiera sido así ni el Estado hubiera tenido interés en manipular su figura para traicionar todo aquello que defendía, ni su personalidad hubiera salido de las páginas de sucesos periodísticos.

Las partes en las que Abel Paz ha dividido su trabajo reproducen las etapas del pueblo español en su camino por su emancipación. Primero su rebeldía en los

2. En Manuel Azaña, *Obras Completas*, México, Ed. Oasis, 1966-1968, 4 vols., vol. 4, pág. 614. Cifr. en Graham Kelsey, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930-1938. ¿Orden público o paz pública?*, Madrid, Gobierno de Aragón-Institución Fernando el Católico-Fundación Salvador Seguí, 1995, pág. 182 nota 200.

años posteriores a la Primera Guerra Mundial. Tras la explosión económica y su enriquecimiento, las élites empresariales y financieras españolas volvieron a demostrar su egoísmo. No sólo no invirtieron sus grandes ganancias en mejorar el tejido productivo nacional, y con ello desde una óptica capitalista el nivel adquisitivo de los ciudadanos, sino que además se opusieron a la actividad de unos sindicatos, que pretendían mantener las mejoras conseguidas durante los años anteriores, mediante el terror de bandas de pistoleros organizadas por siniestros personajes como Arlegui, Martínez Anido, Manuel Bravo Portillo o el barón de Koning.

La rebelión de Durruti es la del pueblo español que no acepta el papel de comparsa que se le adjudica. Traicionado por políticos y socialistas en 1917, el golpe de Primo de Rivera en septiembre de 1923 puso un paréntesis a la expresión masiva de los rebeldes. Sólo un paréntesis, porque la rebelión continuó. Soterrada, en el exilio, abandonada por compañeros de clase como los socialistas que no duraron en colaborar y participar en las instituciones y organismos de la Dictadura. Pero a pesar de todo continuó. Fueron años de persecuciones policiales, intentonas fracasadas, como la de Vera de Bidasoa, e incluso de la aparición de dudas en antiguos militantes revolucionarios como Angel Pestaña o Juan Peiró.

Sin embargo, en contra de lo que se esperaba una vez restablecidas las libertades formales en abril de 1931, el espíritu revolucionario del pueblo español resurgió potente. Como Durruti, el proletariado español se iba a transformar en militante. Casi de la nada, con una vertiginosa rapidez las organizaciones revolucionarias españolas renacieron. Principalmente la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Su renacer no sólo trastocó los planes de republicanos y socialistas de asentar un régimen democrático meramente formal, sino que además puso las bases para que la respuesta popular a la rebelión militar del verano de 1936 acabara transformándose en el último intento de creación social desarrollado en este mortecino continente europeo.

La presencia de una militante CNT fue el dique que puso de manifiesto el fracaso del régimen republicano en solucionar, o por lo menos hacer frente, tanto los problemas sociales y económicos del país como la creación de una nueva estructura política y social. El sindicalismo cenetista avivó las contradicciones de unos gobernantes que aupados al poder para realizar una profunda labor reformadora de estructuras como las agrarias, las religiosas o militares no fueron capaces de llevarlas a cabo. Sino que al contrario, en poco tiempo, de forma paralela a la consolidación del anarcosindicalismo, volvió a recurrir a actitudes y métodos tradicionales de las estructuras de poder españolas: la persecución, la represión y el destierro.

Así, la conflictividad social no dejó de ser considerada un problema de orden público y las transformaciones culturales, religiosas y psicológicas se convirtieron en líneas subvertidoras del "orden natural social". De tal forma que poco a poco el régimen republicano no sólo perdió el apoyo de la mayoría de la clase obrera, incluida la socialista, sino que también se vio privado del de la burguesía. Fue significativo que ya en las primeras elecciones parlamentarias republicanas, las de fines de junio de 1931 a Cortes constituyentes, aparecieran candidaturas que

denunciaban la traición de los partidos “oficiales” a los ideales republicanos de Jaca, de Fermín Galán y García Hernández.

El Durruti militante no es sino uno más de los miles de cenetistas que mantuvieron en pie al anarcosindicalismo a pesar de fracasos y represiones. De tal forma que las organizaciones libertarias españolas fueron catalizadoras de que lo que comenzó siendo un golpe de Estado de un grupo de militares acabara convirtiéndose en una reevolución social. En ese momento Durruti y los demás cenetistas dejaron de ser militantes revolucionarios para convertirse en revolucionarios empeñados en la construcción del mundo nuevo que llevaban en sus corazones.

Tampoco fue Durruti el único revolucionario, ni siquiera el prototipo, de la España en guerra del verano de 1936. Como él miles más de anarquistas y anarcosindicalistas, de personas de buena fe, se pusieron manos a la obra para que nada volviera a ser igual. Es a éstos a quienes representa la trayectoria de los últimos meses de la vida de Durruti: a los llamados “incontrolados” que patrullaban las calles de las ciudades españolas desde días antes del golpe de Estado dispuestos a hacerle frente; a quienes, posteriormente caricaturizados, se fueron **sin dudar** a los **inestables frentes que comenzaron a formarse y dieron en muchos casos sus vidas**; a quienes en campos y ciudades creyeron que había llegado el momento de la hora revolucionaria, y a quienes, entre dificultades, creyeron vivir la Utopía y ya nunca la olvidaron a pesar de la derrota, la tortura, los fusilamientos y el exilio. De todos ellos es la biografía de Durruti.

Como, también es la de ellos su muerte. La desaparición de Durruti es también la del impulso revolucionario de julio de 1936. Aislados, atacados, vilipendiados por todos, incluso por sectores de las burocracias cenetista y faista surgidas al calor de las excepcionales condiciones de la guerra española. Las propias circunstancias de su muerte, poco claras, son las de la disolución del proceso revolucionario: sustitución de las milicias por un llamado ejército popular; desmantelamiento de los nuevos órganos de poder y reconstitución de las viejas instituciones gubernamentales; exterminio de las colectivizaciones agrarias y de las intervenciones industriales, y finalmente, sustitución del entusiasmo revolucionario por la sufrida pasividad de los hombres sometidos a la guerra.

Pero no acaba con su muerte el carácter simbólico de Buenaventura Durruti. Como la revolución no se sabe donde está. En un entierro multitudinario su cuerpo embalsamado se escapó. Como se iban a escabullir las ilusiones de las miles de personas que le acompañaron en su “último viaje”. ¿Adónde fue? Como las esperanzas revolucionarias no se sabe. Quizás aguarde tiempos mejores para reaparecer. Pero estos no llegarán por “infusión divina”. Los rebeldes, los militantes, los revolucionarios no nacerán por génesis espontánea de debajo de las piedras.

Durruti en la Revolución española no es un libro debido a una pluma mercenaria. Su autor reúne a la vez la doble condición de protagonista de gran parte de los hechos relatados y la del escritor autogestionario y autodidacta. No se trata de un novato en estas lides. Ni siquiera lo era en los años en los que comenzó a escribir este trabajo. Conocía el oficio desde todas sus caras. Desde la de **colaborador de la prensa libertaria** y desde la de **trabajador tipográfico**. Una más de las muchas

ocupaciones a las que los numerosos avatares de su vida le ha impelido.

Lejos de los cenáculos literarios o de los círculos universitarios no tuvo para redactar su obra ni las facilidades editoras de los primeros, ni los instrumentos tan queridos por los historiadores profesionales. Sin embargo, desde su aparición este *Durruti* se ha convertido en instrumento inexcusable para comprender y conocer no sólo a su protagonista sino también al primer tercio del presente siglo de la historia de España. Hasta el punto de que Abel Paz puede quejarse, sin temor a ser desmentido, de la utilización que “especialistas” han hecho de informaciones proporcionadas por él sin citar su procedencia.

Pero el valor del trabajo de Abel Paz no es sólo la intensidad y profundidad de su investigación. Además está su carácter de fresco histórico, en el que resalta con fuertes trazos la personalidad de Buenaventura Durruti. Y esto es posible porque el autor no oculta su compromiso tanto con la obra como con el público. No se escuda en maniqueos argumentos de una pretendida “objetividad” de la historia. A pesar de la declarada militancia libertaria de Abel Paz su trabajo es más “objetivo” que muchos de los que presumen de serlo desde un falso neutralismo. Porque *Durruti en la revolución española* goza de una coherencia interna que para sí quisieran muchos trabajos de departamentos universitarios.

Podrá no estarse de acuerdo con su interpretación, pero nunca podrá decirse que manipula documentos o hechos. Coherencia que le proviene al autor de la suya personal tanto como Diego Camacho, Ricardo Santany o Abel Paz. Aunque existen cuatro volúmenes en los que el propio protagonista relata su periplo vital hasta mediados los años cincuenta, no me resisto a extraer de ellos unas pinceladas que acerquen el autor al lector ³.

2. De Diego Camacho a Abel Paz pasando por Ricardo Santany

Nuestro autor nació un caluroso día de mediados de agosto de 1921 como Diego Camacho en Almería. Hijo de jornaleros su infancia transcurrió entre calores veraniegos refrescados con gazpachos bebidos en la puerta de su casa e incontables horas nocturnas enfrascado en la contemplación de la luna y las estrellas. Su primera escuela fueron las narraciones junto a la chimenea y una anciana tendera que le enseñó a leer y escribir. Más tarde, en Barcelona, ingresó en la escuela racionalista “Natura”. Su adolescencia se desarrolló entre las enseñanzas allí recibidas y las lecturas de la biblioteca del Ateneo Libertario del Clot. Además asistió a la “escuela de la vida” donde fueron asignaturas las insurrecciones libertarias de 1933 y los partidos de fútbol, conversaciones discretas y visiones de prostitutas al atardecer en el Campo del Sidral. A los catorce años Diego no sólo gozaba de las excursiones del grupo “Sol y Vida” sino que también pertenecía al

3. Los cuatro volúmenes son, por orden de publicación, *Al pie del muro (1942-1954)*, Editorial Hacer, Barcelona, 1991; *Entre la niebla (1939-1942)*, Ediciones Autor, Barcelona, 1993; *Chumberas y alacranes (1921-1936)*, Ediciones Autor, Barcelona, 1994 y *Vuaje al Pasado (1936-1939)*, Ediciones Autor, Barcelona, 1995.

sindicato Fabril y Textil de la CNT y a las clandestinas Juventudes Libertarias del Clot.

A las cuatro de la madrugada del 19 de julio de 1936 vio cómo se alzaban las primeras barricadas y oyó las cientos de sirenas fabriles que avisaban de la sublevación militar. Después vinieron los disparos, los cláxones que ritmaban “CNT, CNT, CNT”, el asalto de una iglesia y las primeras quemas de dinero. Como un torrente desbordado la revolución se ponía en marcha. En su cauce se encontraba el quinceañero Diego Camacho que al caer la noche de ese día, en plena fiesta revolucionaria, se durmió plácidamente. Cuando despertó pudo contemplar la metamorfosis revolucionaria. No sólo en los medios de producción inmediatamente controlados por los comités de fábricas, o en una ciudad dominada por múltiples barricadas, sino en la mentalidad de la gente. Pocos días después pertenecía al grupo anarquista “Orto” y era uno de los miles de barceloneses que construían una nueva sociedad.

Quizás por ello sólo conoció la creación del Comité Central de Milicias Antifascistas cuando se lo explicó, como a otros muchos vecinos del Clot, Federica Montseny subida en unos ladrillos. En ese momento no percibió lo peligroso que podía suponer que los comités cenetistas y faistas obraran por su cuenta. Lo importante era consolidar la revolución fuera de Barcelona nutriendo las filas de las columnas milicianas que se aprestaban a salir hacia Aragón; ocupar el seminario de la calle Diputación para Universidad Popular u organizar el ateneo libertario de su barriada. La Barcelona revolucionaria se había puesto en marcha. Cada cosa iba por su lado, pero marchaba. Nada entorpecía el caos maravilloso en el que aunque no había orden ni concierto el transporte funcionaba, la distribución de alimentos atendía las necesidades de la ciudad y las expropiaciones de fábricas y talleres se generalizaban.

Fue en este contexto en el que Diego Camacho y otros jóvenes formaron un grupo de oposición a lo que cada vez veían como mayor actividad reformista de los comités cenetistas. Lo llamaron “Quijotes del Ideal”. Todo había ido demasiado rápido y “Los Quijotes” se sentían presos de los acontecimientos. Aunque no vencidos. Nunca olvidaría Diego la conversación que tuvo con Ramón Juvé, un “viejo” anarquista de algo más de treinta años, los días del entierro de Durruti. La revolución era algo más que el propio Buenaventura, que la CNT y la FAI. Era sobre todo lo que los obreros, anarquistas o no, habían hecho los días de julio. Haberlos vivido era algo maravilloso que nadie le podría ya arrebatar.

Al comenzar 1937 la contrarrevolución marchaba a toda máquina: las milicias habían sido militarizadas; el comunismo había comenzado su metódica lucha contra el anarquismo y comenzaba a sentirse la prolongación del conflicto bélico. Mientras, el quinceañero Diego Camacho, además de su militancia en los “incontrolados” de la revolución, trabajaba de aprendiz en un taller de calderería y maduraba personalmente. Hasta que el estalinismo creyó llegado el momento de desembarazarse definitivamente de los molestos trosquistas y anarquistas españoles. Una semana se pasó nuestro autor inmerso en “los hechos de mayo”. Cuando terminaron, aunque el anarquismo no había sido barrido Diego Camacho sintió que había sido derrotado. Días más tarde sufrió su primera deten-

ción de la que salió con buen pie aunque no eran tiempos para que un cenetista cayera en manos de la policía.

En octubre de 1937, invadidas ya las colectividades aragonesas por las tropas del comunista Líster, partió nuestro autor hacia una colectividad agraria de Cervià, en Lérida. Allí conoció de primera mano cómo se había efectuado la colectivización; la desconfianza que despertaba la gente de la ciudad en los campesinos y lo duro que es “garfiar” los olivos. También percibió los cambios de costumbres y modificaciones que estaba introduciendo el régimen colectivo en la mentalidad agraria; los esfuerzos de los jóvenes por elevar su nivel cultural y el nuevo papel que empezaba a adoptar la mujer. En este mundo en el que el dinero si apenas se utilizaba permaneció Diego Camacho hasta la primavera de 1938 cuando regresó a Barcelona. Encontró una ciudad desconocida y a un movimiento libertario que caminaba por la senda del ejecutivismo: Eran tiempos difíciles, de “caída de ídolos”; de retrocesos revolucionarios; hambre y avances de las tropas franquistas. Pero también fueron meses de amores y veladas cinematográficas.

A principios de 1939 la derrota parecía inevitable. En las primeras horas del 21 de enero Diego Camacho se despertó con la noticia de la inminente entrada de los fascistas en la ciudad. Le sucedieron horas de desconcierto, quema de documentos y organización de la evacuación. El día siguiente fue un infierno. Los bombardeos de la aviación franquista se sucedieron. Se desató el pánico y al anochecer del 25, junto con su compañera, su madre y sus dos hermanos, nuestro autor subía en un camión requisado a punta de pistola hacia un destino desconocido.

La caravana que se dirigía hacia la frontera francesa era todo un símbolo. En ella se confundían militares y civiles poniendo de manifiesto que el conflicto no había sido el de dos ejércitos enfrentados, sino el de dos clases sociales. Que había sido una revolución convertida en guerra. A fines de mes Diego Camacho, como otros muchos miles de personas, se arremolinaba en La Junquera ante el puesto fronterizo francés esperando que se le permitiera su entrada. Cuando lo hizo, a primeros de febrero, una etapa de humillaciones le aguardaba. Aunque se pensaba que el gobierno del Frente Popular francés no iba a recibir con grandes muestras de alegría la avalancha de refugiados españoles que se le venía encima, pocos pudieron imaginar el trato que las autoridades galas les iban a dispensar. Apenas cruzada la frontera, los gendarmes separaban a hombres de mujeres y niños. A los primeros les robaban las pertenencias de algún valor y después los internaban en campos de concentración que se iban levantando en las playas cercanas.

Diego y otros compañeros evadieron su internamiento unos días hasta que fue detenido y trasladado al campo de Saint Cyprien. Llegó al caer la tarde. Su primera noche con la arena por cama; el cielo por manta y cientos de piojos como compañeros. Tanto allí, como después en Argelès-sur-Mer, la vida se mantenía gracias al sentido de la sociabilidad y del apoyo mutuo. Mucho se ha escrito sobre los campos de concentración, sobre el sufrimiento al que se sometió a los refugiados. Pero poco sobre su alto grado de sociabilidad. Gracias a ella tuvieron vivienda y una organización que les permitió estar informados de lo que pasaba en el exterior: que la guerra estaba a punto de acabar con la toma de Madrid y

que había hecho acto de presencia una nueva epidemia: la del embarque a Sudamérica.

Aunque la estancia en el campo de concentración se consideraba una situación temporal, los días pasaban y nada cambiaba. Así, la correspondencia se convirtió en algo vital. Tanto para intentar localizar a amigos o familiares como para expresar los sentimientos e ideas. En mayo, Diego Camacho fue trasladado a un nuevo campo: Barcarès. Allí recibió un paquete con ropa y utensilios higiénicos y conoció la firma del Pacto de no agresión Germano-Ruso y el nuevo reparto de Polonia entre alemanes y soviéticos. Tras muchos meses de soportar las acusaciones comunistas de traidores, ahora les llegaba el turno a los "chinos" como se denominaba a los comunistas en el mundo libertario español. Aunque pronto una nueva preocupación ensombreció el futuro: con el inicio de las hostilidades en Europa, las autoridades francesas iniciaron una política cada vez más agresiva para enrolarles en compañías de trabajo o en la Legión Extranjera.

A fines de 1939 Diego se encontraba en el campo de Bram, en el Aude. En febrero de 1940, con su amigo Raúl Carballeira, fue contratado para realizar trabajos de construcción en un oleoducto. Provistos de unas botas de agua y un impermeable negro fueron embarcados en vagones de mercancías hacia Chateau-Renault, pequeño pueblo de Indre-Loire. Allí, en casa de unos ancianos emigrantes españoles pudo dormir, por primera vez en más de un año, en una cama con sábanas limpias.

Día tras día llegaban las noticias de que el ejército francés no era capaz de aguantar la embestida alemana. Así, no le extrañó que a mediados de junio de 1940 la carretera donde trabajaba se viera inundada por una multitud que huía del avance germano. Como en enero de 1939 en España. La diferencia era que esta vez faltaba conciencia de por qué se huía. Sólo se sabía que el destino era uno: luchar. Nuevamente la lucha, bien contra los alemanes bien intentado entrar de nuevo en España. A Burdeos llegó el 26 de junio, dos días antes de que lo hicieran los alemanes. De nuevo la vida de refugiado: dormir al raso y comer en improvisados fuegos encendidos al aire libre. Para cobrar el subsidio de refugiado que daba el gobierno francés nuestro autor afrancesó su nombre. Así, por primera vez, Diego Camacho tomó una nueva identidad: *Jacques Kamatscho*. De momento la convivencia con los ocupantes alemanes no era mala: les interesaban más los españoles como mano de obra barata que como experimentados enemigos que no tenían nada que perder. Pero vivía a salto de mata. Por lo que su compañera no tuvo dificultad para convencerle de marcharse a Boussais, en el departamento de Deux Sèvres, donde vivían sus hermanas.

Allí disfrutó de una bucólica vida campestre hasta que a fines de julio los gendarmes los detuvieron y embarcaron en un tren con destino a España. En el trayecto huyó. Nuevamente comenzó el vagabundeo por la "Corte de los Milagros" que era la capital de la Gironda ocupada. En octubre los alemanes le llevaron a trabajar en la construcción del "muro del Atlántico". Fue regresar a la vida de los campos de concentración. Tras cobrar su primera paga, despistó la vigilancia y tomó un tren para Burdeos. En el camino se desprendió de todos sus papeles y decidió que a partir de ese instante se llamaría Juan González. Y con ese nombre

vivió la cada vez mayor presión alemana sobre los refugiados españoles, sobre todo a partir del primer atentado contra las fuerzas de ocupación ocurrido a comienzos de 1941.

En marzo se trasladó a Marsella como miembro de una comisión de la CNT para contactar con los compañeros de la zona libre. En el gran puerto mediterráneo, la CNT, por medio de la embajada mexicana, le proporcionó documentación y algún dinero. A los pocos días logró entrar en una casa, a las afueras de la ciudad, donde los mejicanos acogían a los refugiados españoles antes de embarcarlos hacia América. A comienzos del verano de 1941 partió hacia Grenoble para trabajar de albañil. Eran los días que Hitler terminaba su relación con Stalin invadiendo Rusia.

El trabajo consistía en la construcción de una presa en Isère. Allí, en un teleférico, a punto de cumplir los 20 años, experimentó por vez primera la sensación de volar. Unos meses después recibió una carta de su amigo Raúl Carballeira. Estaba en el campo de Argelès y temía que le trasladaran al desierto argelino, a la construcción del ferrocarril Transahariano. Le pedía dinero para escapar. La respuesta de Diego no se hizo esperar. A vuelta de correo le giró dinero y una nota en la que le decía que “estaría presente en el casamiento de su hermana”. Ambos tenían en la cabeza cruzar la frontera y entrar clandestinamente en España.

Regresó a Marsella. Pero antes de terminar los preparativos para volver a España, fue detenido. Prisionero de la cárcel de Chavez, en la ciudad del Ródano, comenzó a escribir una novela autobiográfica en la que realidad y ficción se entremezclaba. Era una forma de evadir la realidad; de vivir lo menos posible, de ir pasando los días. En marzo de 1942 fue juzgado y condenado a tres meses de cárcel por falsificación de documentos públicos. Cumplidos, fue internado en un Centro de Extranjeros a la espera de su extradición a México. Sin embargo, en abril fue trasladado a una compañía de trabajo en unas salinas de Istres. En realidad era un campo de exterminio. La misma noche de su llegada se escapó. Regresó a Marsella y después partió, junto a sus amigos Raúl y Javier Prado, a Toulouse para terminar de preparar el regreso a España. Allí se entrevistaron con Francisco Ponzán, el encargado del paso de la frontera. Este les proporcionó dos salvoconductos españoles en blanco y 25 pesetas. El 1 de junio de 1942 Diego y Liberto Serrau se encaminaron hacia la frontera y al día siguiente la cruzaban. Quienes lo hacían no eran Diego Camacho y Liberto Serrau, sino Ricardo Santany Escámez y Víctor Fuente. El primero apenas tenía 21 años y ya había pasado más de tres en el exilio.

Las primeras sensaciones que tuvo de la España franquista fueron que se necesitaba pagar la “chapa” del Auxilio Social para consumir en los bares y que nadie pasaba del brazo. Después, sus contactos en Barcelona le puso de manifiesto el alcance de la represión y el terror que invadía incluso a curtidos militantes. Diego y su amigo percibieron que si lo que habían vivido en Francia era de locos, la vida en España era lo más parecido al Infierno de Dante. Hasta la palabra había quedado reducida a una mera articulación mecánica y un intenso olor a miseria, material y moral, invadía todo. Cuatro meses más tarde Ricardo y Víctor se separaron. Entonces Santany encontró compañera, comenzó a trabajar en una obra y

se reencontró con su familia.

En diciembre fue detenido y conoció el trato que se prodigaba en las comisarías franquistas. Acusado de desarmar a un sereno fue trasladado a la cárcel Modelo. En ella se integró en la organización interna de los miles de presos libertarios y aprendió a jugar al ajedrez con piezas hechas de miga de pan. En marzo de 1943 fue juzgado y condenado a siete años de cárcel. Podía considerarse afortunado. En prisión fue testigo de las ejecuciones de Joaquín Pallarés, Bernabé Argüelles, Esteban Pallarols, Justo Bueno Pérez, Luis Latorre y otros tantos. La bestia no había saciado todavía su apetito.

Fueron meses de rutina y castigos carcelarios; de misas obligatorias y mala alimentación. Pero también de encuentros inesperados; pequeñas alegrías compartidas y, desde 1943, de la esperanza del triunfo aliado. Esperanza pronto disipada porque los vencedores dejaron ver de inmediato que preferían la tranquilidad que les proporcionaba el cementerio franquista que una restauración de la República, o incluso de la monarquía, que supondría el regreso a la España conflictiva de 1936. A mediados de 1943 Ricardo fue trasladado al penal de Burgos. El año 1945 fue el más desnudo de esperanzas. Tras las ilusiones levantadas por el desembarco de Normandía, vino la realidad del abandono de España y seis meses de celdas de castigo. A mediados de 1946 fue trasladado a la cárcel de Gerona. Allí, destinado en las oficinas, advirtió que por un error en su expediente podía solicitar la libertad condicional.

Aguardándola quedó mediado marzo de 1947. El mes de espera no resultó fácil: tuvo pesadillas, fue presa del nerviosismo y se convirtió en un empedernido fumador. Por fin, en la tarde del domingo 13 de abril abandonó la cárcel. Había entrado con 21 años y salía cercano los 26. Era primavera, y aunque le hubieran robado más de cuatro años de su juventud, Ricardo notó que, como un árbol, renacía tras un largo y nevado invierno. No cumpliría los 26 en libertad. Apenas ciento catorce días pasaron antes de que volviera a cerrarse a sus espaldas un ras-trillo carcelario. Antes, su primera visita fue a la casa familiar. Después a un compañero que le puso al corriente del decaimiento que había provocado el abandono de los aliados; el debilitamiento de los sindicatos cenetistas y le recomendó que se exiliara. Pero Ricardo no estaba dispuesto a salir de España. Bueno, Ricardo por poco tiempo. Porque unos días más tarde, con la ayuda de su amigo Liberto Sarrau, se convertía en el falangista Luis García Escamez, nacido en Granada. Muy pronto Luis García saldría para Madrid con el fin de ocupar un puesto en el Comité Peninsular de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias.

En la capital del Estado su primera visita fue a la Puerta del Sol para conocer el exterior de su antigua casa de Correo, Dirección General de Seguridad en ese momento, cuyos sótanos más pronto o tarde conocería. Después encontró a sus compañeros de comité: Juan Gómez Casas, José Pérez y Juan Portales. En casa de este último se instaló provisionalmente. Su misión era la de coordinar la impresión de propaganda impresa en una imprenta montada con los beneficios obtenidos de cambiar billetes falsos introducidos desde Francia. De ella salió el primer número de *Juventud Libre* y la propaganda contra el referéndum de julio de 1947.

Un día de junio, paseando por el Retiro, se encontró con el general Franco que visitaba el palacio de Velázquez. Siempre lamentaría no haber tenido ese día una pistola. Franco no debía morir en la cama. Haciéndolo perecería también el espíritu de resistencia que animaba a sus opositores.

A mediados de julio se celebraron los Plenos Peninsulares de la FAI y la FIJL. En ellos se recibieron informaciones sobre la existencia en Barcelona de un tesoro oculto. Y hacia allí salió Ricardo Santany a finales de mes. Cuando salía de visitar el piso en el que se suponía estaba escondido el dinero fue detenido. Una vecina había comentado a la policía las extrañas visitas que recibía. El intervalo de libertad se había cerrado. Doce días permaneció detenido en la Jefatura Superior de Policía barcelonesa. El 17 de agosto salía hacia la cárcel Modelo. Unos días antes había cumplido 26 años.

Otros cinco años de encarcelamiento, de rutina carcelaria, intromisiones de los curas y humillaciones. Pero también recobró las prácticas solidarias de los presos; las discusiones sobre la orientación a seguir por las organizaciones libertarias y, sobre todo, recordará el 26 de junio de 1948. Ese día, en Montjuich caía abatido por la policía su amigo Raúl Carballeira. Fueron los años de la constatación del reflujo de la CNT. Su actividad disminuía sangrada por los cientos de detenciones; sin solucionar su pleito interno entre moderados y “pieles rojas” y, sobre todo, sin modificar su actuación al compás de los tiempos que traía a la palestra a una generación de españoles que no había conocido la guerra.

En marzo de 1949 Eduardo Quintela, Jefe de la Brigada Político-Social de Barcelona, sufrió un atentado. En busca de sus autores, las autoridades comenzaron a realizar excarcelaciones. Una de ellas la de nuestro autor. Trasladado a la Jefatura Superior de Policía fue interrogado y amenazado con la “ley de fugas”. La madrugada del 12 de marzo de 1949 en un descampado barcelonés sufrió un simulacro de ejecución. Nunca supo si fue una pantomima o si salvó su vida por rivalidades entre la policía de Barcelona y Madrid. Sea como fuere, ese día Diego nació de nuevo. A fines de marzo volvió a ser trasladado a la cárcel Modelo. Unos días después le fue diagnosticada una “lesión pulmonar”, es decir tuberculosis. En la enfermería de la cárcel permaneció hasta que fue juzgado, condenado y trasladado al sanatorio penitenciario antituberculoso de Cuéllar, en la provincia de Segovia.

Fueron las navidades de 1950 las más difíciles de las que pasó en la cárcel. Sólo las noticias de las huelgas de Barcelona de 1951 le animaron. Sin embargo nada podía ocultar que las organizaciones obreras estaban exhaustas y que la guerrilla daba sus últimos estertores. Sólo quedaba la desesperación y que de ella surgiera una fuerza consciente que llevara la lucha hasta su fin. A fines de año se le comunicó que podía obtener la libertad condicional si obtenía un fiador. Como en la anterior ocasión tenía que hacer desaparecer la nota de su expediente que indicaba que cuando fuera puesto en libertad debía pasar a disposición gubernativa. En enero de 1952 logró traspapelar el dichoso papel. De nuevo comenzaba una larga espera. Esta finalizó a fines de abril, el día 28. Ese domingo, salió camino de Porcuna, Jaén, donde había encontrado al fiador. Tenía treinta y un años y había pasado la juventud en la cárcel.

En la localidad jienense pudo gestionar su cambio de residencia a Barcelona. En la ciudad condal no le fue fácil encontrar trabajo. Gracias a los núcleos cenetistas del sindicato de Alimentación lo tuvo primero en la fábrica de cervezas "Moritz" y después en la editorial Sopena. Pero además, la organización le pidió que "permaneciese en la sombra" para realizar un "trabajo". Mientras, fueron meses de lecturas y estudio en casa de "Aurora". Durante ellos conoció a Carlos M. Rama y cómo la CNT continuaba alejándose de las nuevas generaciones nacidas bajo el franquismo mientras que los comunistas jugaban a las dos barajas de la oposición armada y la infiltración en las estructuras de la CNS. Además de intentar captar a "los hijos de los vencedores". La España de los cincuenta empezaba a notar los beneficios que le proporcionaban las divisas de los emigrantes y el turismo.

El encargo que recibió Ricardo Santany fue el de acudir a Toulouse como delegado de la CNT del interior al congreso de la AIT y al Pleno Intercontinental de los grupos del exilio. Hacia la ciudad francesa salió clandestinamente el 25 de junio. Allí recobró parcialmente, para los asuntos orgánicos, el nombre de Luis García y tuvo algunos enfrentamientos con la organización confederal en el exilio. La causa residió en el distinto panorama que se tenía de la CNT en España: en el exterior se quería ignorar el decaimiento de la organización y la necesidad de un plan reorganizativo que estuviera más en concordancia con las nuevas condiciones que se vivían.

En París, durante las sesiones del congreso de la AIT, supo que la policía española solicitaba su extradición por transporte de explosivos. Quedaba por lo tanto descartada su vuelta a España. Se instaló en el local de la CNT en Toulouse y comenzó a recopilar información sobre la vida clandestina de los libertarios españoles y a colaborar en la prensa confederal. En octubre de 1953 salía hacia Brezoles, en el departamento de Eure et Loire, donde la policía francesa le había fijado la residencia. Comenzó a trabajar de peón en una constructora. A fines de noviembre recibió el encargo de la CNT de volver a Barcelona para montar una imprenta. Aceptó, y a principios de diciembre estaba de nuevo en España. Antes de que acabara el año había cumplido su cometido; viajado a Madrid para tomar contacto con el Comité Nacional de la CNT y regresado a Francia.

Con su exilio desapareció entre la niebla Ricardo Santany. Años más tarde nacería Abel Paz, el autor de *Durruti en la Revolución española* y de otros muchos trabajos, unos publicados y otros todavía inéditos. Todos centrados en el mundo libertario, como sus giras de conferencias por numerosos países, desde Italia a Australia, pasando por Japón. Actividad consagrada a difundir los ideales libertarios. Una actuación a contracorriente. Como la del mundo libertario en los estudios históricos.

3. El anarcosindicalismo en la historiografía sobre la Segunda República y la guerra 1936-1939

Gran parte de la actual historiografía española ha nacido del estudio de los movimientos sociales. Fruto de una coyuntura específica, los años setenta y la instauración del actual régimen monárquico, adolece de carencias como falta de debate intelectual o mala planificación de los programas de investigación ⁴. Situación que no ha impedido que sean numerosísimos los trabajos y publicaciones realizadas. Sobre todo desde que tomó auge la actividad editora de entes e instituciones municipales o provinciales. Una importante vía de difusión, que no siempre ha alcanzado ni la distribución ni la calidad adecuada.

No es casualidad que el estudio del movimiento obrero se haya llevado la palma en cuanto al número de investigaciones. En una situación de cambio acelerado, de nacimiento de nuevas estructuras sociales y políticas, el historiador tenía un importante papel que desempeñar: ayudar a establecer la memoria histórica, a instalar pautas de legitimación, o deslegitimación, que sirvieran de soporte al sistema que nacía. Junto al obrerismo, fueron hitos en su momento trabajos de sociología electoral, como los de Javier Tusell, o las primeras aproximaciones de autores nacionales y traducciones de investigaciones extranjeras, fundamentalmente anglosajonas, de uno de los temas tabúes para el régimen franquista: la Segunda República y la llamada *Guerra Civil* ⁵.

La opinión de los historiadores no sólo era tenida en cuenta sino que algunos de ellos participaban en la actividad política. Se trataba de dotar de una justificación intelectual a los planteamientos democráticos de una sociedad que veía como el dictador moría en la cama. Era preciso sustituir la rancia y anti-liberal historiografía dominante hasta entonces por otra nueva que estableciera el nexo entre el desarrollismo económico del país y sus procesos sociales. Se trataba de superar la historia imperante estrechamente unida a la política del régimen franquista por una nueva de carácter social. Entonces, dos grandes líneas poblaron los afanes de los nuevos investigadores: el papel de la sociedad española en los años treinta, como referente a unos momentos de libertad democrática a la que se volvía a aspirar y las causas y desarrollo del conflicto civil, origen del régimen dictatorial que se esperaba feneciera pronto.

4. Sobre esta cuestión han aparecido algunos trabajos como los de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1987; Santos Juliá, *Historia social/Sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989 y Julián Casanova, *La Historia Social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991.
5. La relación de trabajos sería interminable. Baste con citar los nombres de Manuel Tuñón de Lara, Josep Termes, Antoni Jutglar, Albert Balcells, Antonio Elorza, Javier Tusell o José Álvarez Junco entre los españoles y Gabriel Jackson, Hugh Thomas, Paul Preston, Stanley Payne, Vernon Richards, Raymond Carr, Ronald Fraser, John Brademas y Gerald Brenan entre los anglosajones. No se puede olvidar tampoco la aportación de la historiografía francesa con los trabajos de Pierre Broué y Emile Témime, Jacques Maurice, Max Gallo o Gerard Brey.

Como bien ha indicado el historiador aragonés Julián Casanova este proceso exigía un aparato conceptual nuevo ⁶. El proceso de discusión había comenzado en la segunda mitad de los años sesenta apoyado en los debates que, con anterioridad, habían tenido lugar fuera de nuestras fronteras sobre temas como la transición del feudalismo al capitalismo o las revoluciones burguesas. Fue en ese momento cuando tomó carta de naturaleza la influencia de la metodología marxista en los estudios históricos españoles. Era un marxismo más ligado al practicado en el mundo occidental, fundamentalmente a la historiografía marxista británica y al relacionado con el complejo de Annales, que a los rumbos que seguía la ciencia histórica en el mundo oficialmente comunista. Es preciso tener en cuenta este hecho para mejor comprender el destino historiográfico reservado al anarquismo y anarcosindicalismo español.

Así, comprometidos, en su mayoría, con posiciones políticas "progresistas", los jóvenes investigadores se dedicaron con ahínco a desentrañar los avatares de la vida de las entidades de carácter proletario, a escudriñar las interioridades del régimen republicano y a analizar los sucesos del conflicto bélico. Fue el momento en el que se establecieron las que hoy son sus verdades históricas. Se acabó por establecer un consenso, otro concepto muy ligado a la actividad política y social de los años setenta, que destacaba de un lado el papel democrático del régimen republicano, propulsor de la modernización política, social y económica del país, y de otro, la consideración de la llamada *Guerra Civil* como un conflicto en defensa de esos valores democráticos burgueses.

El mecanismo justificatorio casaba con la conclusión que se quería inferir: los gobernantes republicanos se vieron incapaces de aplicar sus reformas por la radicalidad del conflicto que imprimieron extremistas, tanto de derechas como de izquierdas, que evitaron que fructificaran las posturas reformistas de los partidos republicanos apoyados por un socialismo responsable y con alto sentido histórico. La consecuencia inevitable fue la contienda fratricida que ensangrentó el solar ibérico durante casi tres años y llevó a la sociedad española a un largo túnel del que se comenzaba a salir.

Un campo perfecto para aplicar, con todos los artificios incorporados a la metodología histórica, un esquema muy atractivo para el momento político y social que se vivía. Por ejemplo quedaban perfectamente dibujados los que podríamos denominar *malos de la película*: una derecha golpista en la que figuraban, entre otros, terratenientes opuestos a toda racionalización económica y dedicados a beber cañas de manzanilla, requebrar muchachas y engrosar el tópico de los sombreros de ala ancha y chaquetilla corta. Como *malo* era un anarcosindicalismo que, manipulando a campesinos ignorantes y milenaristas, lanzaba movimientos revolucionarios que no tenían ninguna perspectiva de éxito.

En los años setenta y ochenta, como en la actualidad, el dramático recuerdo de las vicisitudes del conflicto bélico de 1936-1939 servía de antídoto ante cual-

6. Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 159-160.

quier puesta en cuestión del régimen que se pretendía consolidar. La intervención ante las cámaras televisivas la víspera de la celebración del referéndum sobre la OTAN del entonces presidente del gobierno Felipe González nos proporciona la síntesis adecuada. Su maniqueo planteamiento de o yo o el caos, revivió los más sangrientos demonios familiares. En el marco de una situación tan inestable como la de aquellos años interesaba destacar, y asentar como verdad histórica, la imagen de una República moderada fracasada por los extremismos. De esta manera los historiadores comenzaban, sin darse cuenta, a cavar la tumba de su influencia: una vez que cumplió la misión que se pretendía de ellos, quedaron arrinconados, casi sin función en una sociedad destinada a tener una cultura zombi y robotizada.

Así aquellas lluvias han traído estos lodos. La actual historiografía española tiene que atribuirse la parte de responsabilidad que le corresponde en el declive de las humanidades en el panorama actual. Su posición ante el estudio de los movimientos sociales en general y hacer de la Historia una mera contingencia en la que desaparecen las utopías y las dudas le convierten en cómplice de la situación a la que se ha llegado. Una historia al servicio de las necesidades de la *transición* española de los años ha impedido que la investigación trate de forma coherente el estudio de los movimientos sociales. Por ello quiero plantear una serie de cuestiones referidas a las ideas y organizaciones libertarias, que creo que si no están insuficientemente contestadas, sí pueden ser objeto de interpretaciones más matizadas de las existentes hasta ahora.

En las elaboraciones historiográficas uno de los elementos más olvidado, atacado, menospreciado e incluso ridiculizado ha sido la importante presencia de una cultura anarquista en España. En el mejor de los casos se ha relegado tanto la actuación de sus entidades —sindicales, sociales o culturales— como la de sus personas al baúl de los recuerdos. Calificativos como “incapacidad de análisis”, “irracionalidad”, “mesianismo”, “utopismo” en su sentido más peyorativo, “terroristas” o “pistoleros” son algunos de los que se les han dedicado. Si los anarcosindicalistas de los núcleos urbanos practicaban una acción arcaica para los nuevos modos industriales anejos al desarrollo económico y social del país, los sindicatos campesinos cenetistas permanecían anclados en posiciones *mileneristas* ligadas a modos de vida y sistema de trabajo en trance de desaparición.

Así no debe extrañar que el anarcosindicalismo continúe no ya desconocido sino que, lo que es peor, hayan acabado asentándose como verdades históricas afirmaciones que, como mínimo, son discutibles y que en la mayoría de los casos sufren el defecto de utilizar materiales de segunda mano. Por ejemplo, hoy, y cada vez más a medida que aumenta la ignorancia de nuestra historia, el anarcosindicalismo español aparece ligado o bien a la acción de los obreros catalanes o como referente de la crónica de sucesos. La cuestión no es ya que se ignore la presencia anarcosindicalista en regiones como Aragón o Levante, sino que se comete un **error metodológico** de gran importancia: estudiar como centralizada una organización que no lo era, sino que respondía a un sistema de relaciones confederal. La problemática y las reacciones de Cataluña, el eje habitual de los estudios anarcosindicalistas, no tienen porqué corresponder con los de Madrid, Aragón o Andalucía.

Además, si las grandes líneas de los planteamientos, la acción y el proyecto social libertario han sufrido tales descalificaciones, tampoco debe extrañar que el estudio pormenorizado de su existencia, de las causas locales que pueden ayudarnos a entender sus actuaciones, hayan sufrido igual o peor suerte. Con cierta amplitud me gustaría poner un ejemplo reciente: el trabajo “Manuel Tuñón de Lara: Reforma Agraria y Andalucía” (páginas 273-288) que el catedrático sevillano Antonio-Miguel Bernal firma en el libro *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia, su vida y su obra* editado por José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia, con prólogo de Pedro Laín Entralgo, publicado en 1993 por el Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

Este volumen quiere ser un homenaje a quien, más allá de las diferencias que se puedan tener con su obra, se considera como uno de los *padres* de la historiografía social española. Con su aportación, Antonio-Miguel Bernal pretende “apuntar dos cuestiones” de la historia andaluza referentes a la *cuestión agraria* a la que tanta atención ha dedicado Tuñón. Una de ellas es la que se conoce como “el suceso de las bombas” al que Bernal sitúa dentro de “la relación de [los] anarcosindicalistas sevillanos con Azaña a raíz de la ley de reforma agraria” 7.

Adelanto que la obra investigadora del profesor Bernal goza de todo mi reconocimiento; que su amenidad como conferenciante siempre me ha deleitado en las ocasiones en las que le he podido oír; que comparto muchos de sus análisis y que, como para otros muchos historiadores, sus trabajos sobre la propiedad de la tierra y las luchas agrarias en Andalucía son *libros de cabecera*. Sin embargo, en esta ocasión, mi admirado catedrático ha cometido un error, sin premeditación ni alevosía a buen seguro al contrario que otros autores, que una vez más atribuye a las organizaciones anarcosindicalistas, en este caso andaluzas, intenciones y hechos de los que no son responsables. Y creo que es necesario aclarar el yerro teniendo en cuenta que Antonio-Miguel Bernal avisa de la publicación de una investigación sobre “las bombas” 8. En este caso, como podemos suponer, una vez más, quedaría fijada en la historiografía un hecho del anarcosindicalismo que no se corresponde con la realidad. Al menos tal como lo presenta el profesor sevillano.

La cuestión es que Bernal, inducido por dos testimonios en principio fiables y quizá por cierta precipitación a la hora de redactar el texto que le ha impedido asegurarse de las referencias bibliográficas y hemerográficas que cita, ha elaborado toda una explicación de los acontecimientos de “las bombas” a partir de una fecha equivocada: mayo de 1933 en lugar de mayo de 1932 que fue cuando en realidad ocurrieron. A partir de ahí, la cuidada hilazón de su argumentación podría pasar como un perfecto ejemplo de espejismo. Porque independientemente de que, tal como le confió el cenetista sevillano José León, en los medios *faistas* sevi-

7. Antonio-Miguel Bernal, “Manuel Tuñón de Lara: Reforma Agraria y Andalucía” en *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia, su vida y su obra* editado por José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, pág. 280. [En adelante Bernal (1993)].

8. Bernal (1993), pág. 284.

llanos se pensara en atentar contra el máximo responsable de los asesinatos de Casas Viejas este hecho no estuvo relacionado con la acumulación de bombas durante la primavera de 1932, y no de 1933 tras los sucesos de Casas Viejas.

Como tampoco es cierto que estos explosivos pretendieran utilizarse en “una nueva intentona insurreccional de los campesinos y anarcosindicalistas, al estilo de la fallida de enero de 1933”⁹. Seguramente quisieron emplearse en una acción revolucionaria, como dice Bernal, pero no en 1933, sino en 1932 y mucho menos para un atentado contra Azaña que no sólo vengara la matanza de la aldea gaditana sino que además sirviera como inicio de una nueva revuelta. Las bombas de mayo de 1932, a menos que anarcosindicalistas, faístas y miembros de los grupos de Defensa Confederada tuvieran el don de la adivinación, no podían utilizarse en vengar unos asesinatos que todavía no habían sucedido.

El problema para Bernal es que tanto José León, como Antonio Rosado López otro destacado cenetista de los años treinta, confunden en sus recuerdos las fechas. No conozco en su totalidad las confidencias y documentación que León dejó a Bernal. Sólo las afirmaciones que aparecen en el texto publicado. Por el contrario, sí es asequible el testimonio de Rosado que hace una detallada descripción de los acontecimientos desde que el 16 de mayo estallaron los artefactos en Montellano¹⁰.

A partir de ambas informaciones erradas Bernal monta su explicación. Hubiera bastado una simple comprobación en las hemerotecas o la consulta del trabajo sobre la Segunda República en Sevilla, por lo demás tendencioso para el anarcosindicalismo, del también profesor universitario sevillano José Manuel Macarro Vera¹¹ para no equivocarse en las fechas de las explosiones: mayo de 1932. O simplemente, que hubiera recordado las páginas que a estos sucesos dedica el texto de Jacques Maurice, que él mismo prologó, sobre el anarquismo andaluz¹². Así, más allá del “patinazo” el error de Antonio-Miguel Bernal puede considerarse un síntoma de cierta actitud en el estudio del anarquismo español.

En realidad, ¿cuál fue la secuencia cronológica y los acontecimientos que le acompañaron? Sobre el origen, la finalidad y el contexto del “suceso de las bombas” se tienen informaciones que nos hablan de la existencia de un acopio de explosivos con destino a un intento insurreccional. No hay que esperar a las memorias de Rosado para establecer su existencia. En las notas que publicó en la prensa local Pedro Vallina aconsejando no secundar la huelga campesina, se hace

9 Bernal (1993), pág. 284.

10 Antonio Rosado, *Tierra y Libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*, Barcelona, Crítica, 1979, págs. 89-100.

11 José Manuel Macarro Vera, *La Utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República* Sevilla, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1985, págs. 227-238.

12 Jacques Maurice, *El anarquismo andaluz Campesino y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica, 1990, págs. 186-195.

referencia a “la traición... de falsos compañeros”¹³. Sobre este tema insiste en julio de 1932 un folleto¹⁴ que intentaba arrojar luz sobre la polémica desatada en las filas cenetistas por la actitud de destacados militantes sevillanos durante las explosiones de bombas y huelga campesina de mayo de 1932.

Pero si cierta es la existencia de *preparativos insurreccionales*, en absoluto lo es que fueran para asesinar a Azaña. Por los mismos días en los que se descubrían los arsenales en los pueblos sevillanos, la prensa madrileña desvelaba noticias sobre atentados contra importantes políticos¹⁵. ¿Azaña entre ellos? No, las informaciones se referían a quienes en esos momentos los cenetistas consideraban los auténticos instigadores de su acoso: Miguel Maura y Santiago Casares Quiroga, ministros de Gobernación de los primeros gobiernos republicanos¹⁶.

La relación entre atentados y “bombas sevillanas” radicaba en la detención de un grupo de anarquistas en Madrid acusado no sólo de preparar los atentados sino también de ser el autor del robo en Puertollano de los explosivos empleados para la fabricación de los explosivos¹⁷. Así pues, la policía había estado al tanto de la acumulación de armas. Las autoridades reconocieron que tenían controlados a los anarquistas madrileños desde los primeros días de abril gracias a las informaciones que habían recibido del gobernador civil sevillano. En palabras del propio Vicente Sol “el servicio de la policía madrileña no es continuación de los de Sevilla. Sino el principio, aunque se ha realizado después porque así ha convenido”¹⁸. Acopio de explosivos que no se había hecho de forma muy discreta. “A 36 pesetas la docena de bombas” escribió un corresponsal en Sevilla del periódico madrileño *La Tierra*¹⁹ que se extrañaba de que la policía hubiera tenido que esperar a la explosión de Montellano para enterarse de algo que toda la ciudad conocía.

13. *El Liberal*, Sevilla, 24 y 25 de mayo de 1932.

14. *El Duende de la Giralda, El caso Vallina y la CNT*, s.l., s.f.

15. *El Sol*, Madrid, titulaba el 21 de mayo de 1932 “El movimiento anarcosindicalista iba a iniciarse en Madrid con atentados contra altos políticos”.

16. “El fantástico proceso de mayo de 1932”. CNT, Madrid, 20 de septiembre de 1933. También *El Noticiero Sevillano* y *ABC*, Sevilla, 21 de mayo de 1932. Las informaciones sobre el posible atentado contra Maura y Casares Quiroga procedían de fuentes policiales y las recogió el fiscal del proceso a los campesinos en octubre de 1933.

17. La noticia de la detención de los cenetistas en Madrid en *ABC* y *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 21, 22, 24 de mayo de 1932. En la edición del día 22 de *El Noticiero* se dio la noticia de la detención en Sevilla de José León García, secretario del sindicato de Transportes y una de las fuentes de Bernal, acusado de intervenir como *corredor* en la compra-venta del automóvil *Buick* utilizado por los detenidos en Madrid.

18. *ABC*, Sevilla, 21 de mayo de 1932.

19. *La Tierra*, Madrid, 27 de mayo de 1932

Con estos elementos se comprende mejor la celeridad con la que el capitán de la guardia civil Lisardo Doval Bravo, jefe de la Comandancia de Ecija, descubrió los arsenales. Doval era un viejo conocido de los cenetistas desde que participara en 1926, bajo el régimen de Primo de Rivera, en la desarticulación de lo que se conoce como el complot de Puente de Vallecas, y sería el ejecutor de la represión de la revolución asturiana de octubre de 1934. Eficacia en el servicio a la que no fue ajena su habilidad para conseguir rápidas confesiones tal como afirmaron en el Congreso los diputados Eduardo Ortega Gasset y José Antonio Balbontín ²⁰.

Es decir que la conclusión a la que llega Bernal de existencia de preparativos insurreccionales y utilización gubernamental de los hechos coinciden con la realidad. Pero sólo coinciden, pues parte de un supuesto falso. Porque la posibilidad de un atentado contra Azaña por los sucesos de Casas Viejas no es posible a la altura de mayo de 1932, siete meses antes de que sucedieran. Como tampoco es cierto que no se desvelara este hecho por imposición del jefe del gobierno para "no avivar la polémica de su actuación campesina tras lo de Casasviejas [sic]" ²¹. No había ocurrido todavía.

Aunque algo extenso, creo que bastará este ejemplo para señalar la despreocupación de la historiografía académica por el estudio del anarquismo español. La preocupación que, como ya se ha dicho, se convierte muchas veces en manipulación cuando se estudian los años treinta del presente siglo, los de la Segunda República y la guerra 1936-1939.

La Segunda República española nació con un entusiasta apoyo popular que esperaba que el nuevo régimen realizara los cambios que sus dirigentes habían prometido. El historiador Santos Juliá la ha caracterizado como una revolución popular en la que una burguesía progresista, ilustrada, formada por profesionales liberales e intelectuales, pensaba transformar la sociedad española a través de un cambio de régimen político ²². Para ello contaba con el soporte de la clase obrera organizada en el PSOE y la UGT. Apoyo que se articuló en el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930.

La caída de la monarquía borbónica no sólo produjo un cambio formal de régimen, sino que trajo consigo la subversión de los valores sociales dominantes hasta entonces. En cierta medida se perdió el miedo al amo, al cacique, a la religión. Las clases populares reivindicaron sus señas de identidad, la sociedad entró en un proceso de secularización y las costumbres se relajaron. Así, el movimiento obrero encontró que poseía una identidad propia plasmada en multitud de actividades entre las que destacaba una muy importante presencia libertaria. No fue sólo que

²⁰ ABC, Sevilla, 10 de junio de 1932; *El Sol*, Madrid, 22 de junio de 1932 y José Manuel García Vera, *La Utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República* Sevilla, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1985, págs. 231-238.

²¹ Bernal (1993), pág. 288.

²² Santos Juliá, "De revolución popular a revolución burguesa", *Historia Social*, Alzira (Valencia), n. 1, Primavera-Verano de 1988, pág. 29 a 43

la prácticamente desaparecida CNT volviera a hacer acto de presencia, sino que además su reorganización, caracterizada por un fuerte pragmatismo, garantizó su expansión. El rebelde anarcosindicalismo de los años veinte volvía a hacer acto de presencia y de forma militante. Su declarado deseo de la transformación de la sociedad debía ser tenido en cuenta por los nuevos gobernantes.

Pero no sólo no fue así, sino que además la incapacidad de los gobernantes republicanos para cumplir sus promesas y solucionar los problemas económicos y sociales del país acabó destruyéndolos²³. En este sentido cuando los historiadores dicen que la CNT es una organización revolucionaria, quieren decir también que sometió a un acoso y derribo sinfín al régimen republicano. Hasta el punto de llegar a decir, de forma maniquea, que la guerra de 1936-1939 llegó como consecuencia de que fueron los extremismos, de izquierdas y derechas, los que hicieron imposible la convivencia. Y ello es una verdad a medias. Durante el primer año de República, de abril de 1931 a mayo de 1932, las acciones de la CNT no pueden ser catalogadas de revolucionarias. Para situar la acción de los sindicatos de la CNT durante estos primeros momentos de la Segunda República voy a poner un ejemplo.

Uno de los conflictos que se han presentado como prueba del inmediato acoso revolucionario cenetista a la República, el de la Compañía Telefónica, no resiste, al analizarlo en profundidad, tal denominación. En realidad respondió a la exigencia de cumplimiento de las promesas realizadas por republicanos y socialistas antes de auparse en el gobierno. El propio Indalecio Prieto había declarado, el abril de 1930, que la situación en la compañía telefónica era la de una colonia. Pero, proclamada la República, estas afirmaciones pasaron a mejor vida y cuando el recién creado Sindicato de Teléfonos de la CNT convocó, en julio de 1931, una huelga por reivindicaciones económicas, pero sobre todo por el reconocimiento sindical que le negaba la empresa, el gobierno, a pesar del carácter pacífico que demostraron los trabajadores durante los primeros días del conflicto, la trató como si fuera un movimiento revolucionario. ¿Porqué?

En primer lugar por el interés de una política exterior que quería dar una imagen tranquilizadora al capital extranjero. En segundo lugar por la obsesión por *borrar del mapa al anarcosindicalismo*. El socialismo veía con preocupación cómo no sólo la CNT se rehacía de sus cenizas sino que además se abría espacio en sectores productivos hasta entonces controlados mayoritariamente por la UGT como la Telefónica o los ferroviarios. La consecuencia fue una agresiva política anti-cenetista que pusieron en práctica sus ministros, sobre todo Largo Caballero desde la cartera de Trabajo. Y, finalmente, por los límites del reformismo del nuevo régimen que olvidó muy pronto que su existencia se justificaba por llevar a cabo una auténtica política de reformas que tuviera en cuenta a las fuerzas sociales presentes en el país.

23. Son muy interesantes los planteamientos en este sentido que el investigador inglés Graham Kelsey hace en su trabajo *Anarcosindicalismo y estado en Aragón, 11930-1938 ¿Orden público o paz pública?*, Gobierno de Aragón-Institución Fernando el Católico-Fundación Salvador Seguí, Madrid, 1994

El resultado fue un reformismo republicano que no era capaz de dar solución a los problemas que se esperaba diera. Ciertamente los problemas a los que debían enfrentarse los escasamente articulados grupos políticos republicanos eran importantes: galopante crisis que afectaba a significativos sectores como la industria pesada y el comercio exterior; crítica situación de la agricultura cuya reforma de la estructura de la propiedad era una de las banderas reformistas del nuevo régimen y la declarada oposición de los sectores patronales. Pero, desde luego, no ayudó a resolverlos la política de criminalización y de "orden público" con la que se trató al sindicato cenetista y a los conflictos en los que estaba presente. Antes que satisfacer las expectativas transformadoras se vio que utilizaba los mismos mecanismos represivos que la monarquía, como la deportación o el encarcelamiento, a quienes se le oponían. Además hay que tener en cuenta la presencia de sectores fuertemente radicalizados que no dudaban en poner en duda el monopolio de la violencia por parte del Estado, y la utilizaban también.

Uno de los elementos claves para entender las relaciones entre cenetistas y gobernantes republicanos-socialistas fue la confrontación que se produjo entre los métodos sindicales de acción directa de los cenetistas y la legislación laboral basada en la intermediación de instancias administrativas preconizada por los socialistas. Si para evitar la expansión cenetista se convirtió cualquier conflicto en el que participaban los sindicatos confederales en un problema de orden público, para acabar de desarraigar las bases de su sindicalismo antiestatal se quiso imponer una legislación intervencionista. La *acción directa* significaba el rechazo a la actuación de los organismos estatales en las relaciones entre trabajadores y patronos. La obligatoriedad de los *Jurados Mixtos*, versión modificada de los *Comités Paritarios* primorriveristas, era todo un ataque a la línea de flotación del sindicalismo cenetista.

Uno de estos hechos violentos en la confrontación República-CNT, Casas Viejas, supuso no sólo la quiebra definitiva de cualquier esperanza en la capacidad reformista de los gobernantes republicanos sino también el inicio de la ofensiva de centro-derecha. De esta forma la República comenzó a perder el apoyo obrero e inició el camino hacia la merma de las escasas mejoras económicas y laborales conseguidas por los trabajadores durante los meses anteriores. Además, desde una perspectiva política, dio paso, tras las elecciones de noviembre, a gobiernos de tendencia cada vez más derechista.

Tras la salida de los socialistas del gobierno y la derrota de las insurrecciones cenetistas de 1933, las dos estrategias que hasta entonces habían caracterizado la acción obrera se vieron comprometidas. El socialismo español se sintió traicionado tras su expulsión del gobierno y adoptó una postura más radical. Tanto por la intención de sus afiliados como por pensar que su participación en el gobierno era el único que podía garantizar el contenido reformista de la República. El representante más conocido de esta corriente fue Largo Caballero y su acción más representativa los sucesos insurreccionales de Octubre de 1934. De otro lado, la CNT se encontró en una difícil situación organizativa y, además, en su seno habían empezado a surgir voces que ponían en duda la estrategia que se había llevado hasta entonces.

La consecuencia fue que, a fines de 1933, comenzó a aparecer un elemento que acabaría teniendo gran importancia para entender el conflicto de 1936-1939: el sentimiento unitario en la clase obrera. Hasta entonces, habían sido los minoritarios comunistas quienes abanderaban las consignas de unidad obrera. Pero su sectarismo y dependencia de las órdenes de la III Internacional habían impedido, entre otras razones, que sus planteamientos unitarios no pasaran más allá de la mera propaganda. Pero ahora la unidad obrera apareció como un elemento superador del "impasse" producido por los fracasos tanto de las tácticas insurreccionales cenetistas como las colaboracionistas socialistas. Sobre todo, cuando la ofensiva derechista, la *euforia radical* como se le denominaba en la época, amenazaba no sólo con suprimir las mejoras del primer bienio, sino engendrar también un *revanchismo* producto de la recuperación de la confianza conservadora tras el miedo de los años anteriores.

Este conjunto de elementos modificó las estrategias de las organizaciones obreras: un sector del socialismo se escoró hacia la izquierda; los grupos minoritarios comunistas heterodoxos, Izquierda Comunista y Bloc Obrero i Camperol, y los sindicalistas disidentes de la CNT quisieron ampliar su influencia política creando en diciembre de 1933 la *Alianzas Obrera* y el PCE empezó a salir del ultrarrevolucionarismo que le había caracterizado hasta entonces. También la CNT modificó su estrategia. Durante 1934, en numerosas ocasiones, los sindicatos cenetistas fueron a conflictos de forma conjunta con la UGT. Así ocurrió en Madrid, Salamanca, Santander, Zaragoza y en Sevilla durante la huelga nacional de campesinos convocada por la UGT en junio de 1934. En la provincia sevillana se firmó un pacto de acción CNT-UGT que fue modelo de los pactos locales que se generalizaron durante los años siguientes. Finalmente, y no sin resistencias fundadas en la tradición reformista del socialismo, su incumplimiento de pactos anteriores y en la renuncia de los propios principios de la CNT, en mayo de 1936 se aprobó unas bases de acuerdo CNT-UGT en el congreso cenetista de mayo en Zaragoza.

La represión desatada tras los sucesos revolucionarios de Octubre de 1934 significó la práctica desaparición de la actividad pública de las organizaciones obreras y republicanas de izquierdas. Al anarcosindicalismo la persecución le afectó lo mismo que si hubiera sido la organizadora de los sucesos. Además tuvo que soportar la campaña de hostigamiento de socialistas y comunistas que le acusaba de traidor a la clase obrera por no haber participado en el levantamiento. No era cierto, pero a efectos propagandísticos la campaña tuvo cierto éxito. Aún en esa situación los anarcosindicalistas supieron dar un nuevo empuje a su estrategia y no sólo acallaron las voces que les acusaban de traición sino que recuperaron la iniciativa. Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 la CNT empezó a ganar terreno, en feudos tradicionales suyos como Madrid, a la UGT y su propuesta de Alianza Obrera Revolucionaria, en el congreso de Zaragoza, le hizo aparecer como la abanderada de la unidad obrera.

Es este hecho de la adaptación de los anarcosindicalistas a las coyunturas republicanas sin olvidar su finalidad revolucionaria, lo que explica que tras estar prácticamente disuelta durante la mayor parte de 1935, en 1936 se reorganizara

con fuerza y fuera capaz de articular una respuesta, pasados los primeros momentos de desconcierto, a la sublevación militar basada en la experiencia acumulada durante los años anteriores. Así pudo, en distintas zonas del país, tanto hacer fracasar la rebelión como sobrepasar la "revolución" política republicana y se adentrarse en la revolución social. En este sentido, la guerra española de 1936-1939 más que una confrontación civil fue una guerra social. El último intento hasta el momento en el solar europeo por construir una sociedad más justa. Ocultar este hecho ha sido una constante de la historiografía de los últimos sesenta años.

El profesor Pelai Pagés ha señalado en un balance para Cataluña, que se puede considerar paradigmático para el resto de la "zona republicana", la debilidad y carencias de la historiografía sobre la guerra española²⁴. Entre ellas destacan las existentes sobre los cambios en las relaciones políticas y de poder, así como sobre las transformaciones sociales y económicas en la sociedad. Es decir que la copiosa producción bibliográfica, prioritariamente centrada en temas político-militares, apenas ha tratado cierta problemática y aspectos de su realidad social. El desconocimiento de historias locales o comarcales, aún por escribir en gran parte, y de otras cuestiones más concretas han mantenido diversos "desiertos" historiográficos. Uno de los más llamativos es el existente sobre las transformaciones revolucionarias económicas y sociales ocurridas.

Es un "desierto" relativo e interesado. Este año se cumplen dos décadas desde la muerte del vencedor de la guerra española de 1936-1939. Las páginas de periódicos y revistas españolas, y de algunos otros países, se han llenado de análisis y críticas sobre lo que se conoce como la "transición" española. En las librerías han aparecido numerosos libros y los medios audiovisuales, como la televisión, completan la panoplia de instrumentos con los que se trata de fijar la "verdad histórica" de las últimas décadas de la vida política, económica y social de España. La mayoría de estos trabajos tienen como denominador común presentar a la España actual como el feliz resultado de la superación del fracaso histórico que supuso la guerra "civil" de 1936-1939. Así, la actual constitución de 1979 habría echado el definitivo cierre al enfrentamiento fratricida.

Estas visiones, como ya se ha visto, parten de la idea de que el dramático enfrentamiento español fue una lucha "entre hermanos" que hunde sus raíces en atávicos comportamientos, que hacen realidad el "España es diferente", exacerbada por una coyuntura, la de la Segunda República y los años treinta europeos, esencialmente conflictiva y la presencia de elementos "primitivos", como la fuerte presencia del anarquismo o el "retraso" en la modernización de las estructuras económicas y sociales del país. Además, no se puede olvidar que el conflicto español fue recibido por la opinión pública internacional con gran emotividad por considerarse el primer acto del cada vez más seguro choque con el fascismo emergente. Sin embargo han sido olvidados, cuando no ocultados deliberadamente,

24 Pelai Pagés, "La guerra civil española a Catalunya (1936-1939): balanç historiogràfic", *L'Avui*, núm. 109, noviembre 1987, págs. 56-83. También *La guerra civil española a Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Els Llibres de la Frontera, 1987.

sus elementos de “guerra social”, de conflicto en el que quienes se enfrentaban no eran hermanos, padres y primos sino, independientemente de donde les cogieran las hostilidades, distintas concepciones de la vida social. Como también obvian la consideración de que para muchos miles de europeos y americanos los acontecimientos españoles significaron la lucha por una auténtica transformación social.

Se puede considerar que fue así por lo menos durante los primeros diez meses de conflicto. Hasta lo que conocemos como “los sucesos de Mayo de 1937”. Si parte de los españoles se enfrentaron a los militares rebeldes en julio de 1936 no fue ni para detener el fascismo alemán; ni para saldar viejas cuentas familiares; ni por convicciones tribales. Sino por crear un sistema de relaciones sociales distinto al del “Antiguo Régimen”, que conocían demasiado bien, o a la nueva “democracia formal” que representaba el régimen republicano. Curiosamente en este punto, en ocultar las implicaciones revolucionarias de la guerra española, han coincidido, en líneas generales, tanto la historiografía “liberal” como la “marxista”. Sea nacional o internacional y a pesar de los miles de libros, investigaciones y actividades académicas y extra-académicas que componen la bibliografía sobre la guerra española hasta el punto de convertirla en uno de los temas “estrellas” del siglo XX. Como coincidieron comunistas y fascistas, por orden cronológico, en destruir las llamadas “construcciones utópicas” que crecieron en Aragón durante 1936 y 1937 ²⁵.

Desde mi punto de vista *Durruti en la revolución española* es un instrumento válido para redefinir la consideración histórica de la guerra española, sacar a la luz los aspectos menos conocidos del conflicto, desbrozar el camino para estudiar el desarrollo de los elementos revolucionarios presentes y sus protagonistas y, en definitiva, situar al conflicto español como el último, por el momento, de los más profundos intentos de transformación social ocurrido en el solar europeo.

Fue en la ya citada región aragonesa donde quizás se dieron con mayor profundidad los cambios revolucionarios y la que ha sido más estudiada desde distintas perspectivas ²⁶. Allí, junto a la barbarie de la sublevación, la réplica aprove-

25. Graham Kelsey, *Anarcosindicalismo y estado en Aragón, 1930-1938. ¿Orden público o paz pública?*, Gobierno de Aragón-Institución Fernando El Católico-Fundación Salvador Seguí, Madrid, 1994, págs. 23-24.

26. Estudios sobre los procesos revolucionarios, y sobre todo colectivistas, en la España de 1936 a 1939 se pueden citar, sin ánimo exhaustivo, Frank Mintz, *La autogestión en la España revolucionaria*, Madrid, La Piqueta, 1977; Walther Bernecker, *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982; Julián Casanova, compilador, *El sueño igualitario: Campesinado y colectivizaciones en la España republicana*, Zaragoza, 1988. Además, para Cataluña Enric Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, Edicions de la Magrama, 1982; Josep Termes, *De la revolució de setembre a la fin de la Guerra Civil 1868-1939*, Barcelona, Edicions 62, 1987, vol. VI de la *Historia de Catalunya*, bajo la dirección de Pierre Vilar; Gabriel Jackson, *Catalunya republicana i revolucionaria, 1931-1939*, Barcelona, Grijalbo, 1982. Para el

chó el vacío y parálisis de las administraciones provinciales y centrales. El impulso colectivizador se extendió por la sociedad rural aragonesa y se estructuró de forma comarcal. De tal forma que se instauraron modos comunales o colectivos en el consumo, la producción, el comercio local, los servicios municipales y otras vertientes de la vida de esas pequeñas localidades o ciudades comarcales. Así, se configuró una red de sociedades locales de inspiración comunista libertaria.

Estos hechos han sido ignorados por la historiografía hasta tal punto que si no llega a ser por los testimonios de periodistas y observadores presenciales, pese a al volumen de la historiografía producida, podrían no haber sido reales más que para quienes los protagonizaron y poco más ²⁷. Alejandro Díez Torre, en una tesis doctoral lamentablemente todavía inédita, y el historiador inglés Graham Kelsey han puesto de manifiesto este y otros hechos de especial significación para entender la tarea de ocultación efectuada de la revolución española ²⁸.

Entre ellos destaca, en primer lugar, la desaparición de la documentación primaria originada por los organismos revolucionarios. Evaporación que no se ha producido por la acción de polillas y similares o por su directa ocultación. Por el contrario, los autores citados han constatado en sus trabajos la pura y simple liquidación de las pruebas materiales de su existencia. Así hay que destacar que el primer gran “naufragio documental” no ocurrió tras la derrota militar sino durante los días de la disolución “manu militari” del colectivismo aragonés por las fuerzas gubernativas republicanas dirigidas por el comunista Líster.

País Valenciano, Albert Girona, *Guerra i Revolució al País Valencia (1936-1939)*, Valencia, Biblioteca D'estudis i Investigacions, Tres i Quatre, 1986; Aurora Bosch, *Ugetistas y Libertarios. Guerra Civil y Revolución en el País Valenciano, 1936-1939*, Valencia, Diputación Provincial, 1983. Para el País Vasco, Carmelo Garitaonandia y José Luis Granja, *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987 y Manuel González Portilla y José M^a. Garmendia, *La Guerra Civil en el País Vasco. Política y Economía*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988. Para el área centro, José Luis Gutiérrez Molina, *Colectividades Libertarias en Castilla*, Madrid, Campo Abierto, 1977; Julio Aróstegui y Jesús A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid. Noviembre 1936-Abril 1937*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984.

²⁷ Entre ellos se pueden citar los de Franz Borkenau, *El reñidero español*, París, Ruedo Ibérico, 1971 [la primera edición en Londres en 1937]; José Gabriel, *La vida y la muerte de Aragón*, Buenos Aires, 1938; Bonifacio Fernández Aldana, *La Guerra en Aragón, cómo fue*, Barcelona, Ediciones Cómo fue, 1938; Juan M. Soler, *La Guerra en el frente de Aragón*, Barcelona, 1937 y Alardo Prats y Beltrán, *Vanguardia y retaguardia de Aragón*, Santiago de Chile, Ediciones Yunque, 1937.

²⁸ Alejandro Díez Torre, Crisis regional y regionalización. El Consejo de Aragón, Tesis Doctoral, Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, Madrid, 1994). En el caso de Graham Kelsey además del trabajo ya citado también “Aragón libertario, 1936-37: el desarrollo de las fuentes, 1936-1986”, Coloquio sobre *Historia y Memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León* en Salamanca, 24 al 26 de septiembre de 1986. Comunicación inédita. Los organizadores no tuvieron a bien incluirla en la posterior edición [Valladolid, 1989, 3 vols.] de las actas del congreso.

Pero además, no mucho mejor tratamiento han recibido los testimonios de los coetáneos. Frecuentes han sido calificativos como “testigos extranjeros”, “alucinados” o poco críticos y superficiales. Incluso se ha hablado de la existencia de una “historiografía anarquista” formada por testimonios oculares sin categoría historiográfica mientras que se aceptan otros testimonios, comunistas por ejemplo. Así, según Alejandro Díez Torre, el historiador “Julían Casanova prima la del máximo dirigente comunista regional del PCE José Duque Cuadrado (...) que escribió ya acabada la contienda (...) un testimonio muy personal y (...) autoensalzatorio”. Para Díez Torre la opinión de Casanova de que este es “el único examen minucioso —errores y acusaciones infundados a los libertarios aparte— que existe sobre los hechos ocurridos en Aragón desde la sublevación militar hasta la disolución del Consejo” no es “mínimamente resistente a la prueba de otras fuentes primarias”²⁹.

El resultado es que la visión más común aceptada por la historiografía, y por tanto que adquiere la condición de “verdad”, es que la colectivización aragonesa, y por extensión la de las demás zonas donde existió, no fue tan profunda ni afectó a tanta población como se ha pretendido. Además de plantear que se basó en la presión de las milicias anarcosindicalistas y, en el mejor de los casos, no disfrutó del tiempo de existencia necesario para poder evaluar sus resultados económicos.

- Desde mi punto de vista la cuestión a plantear no es, aunque también, estrictamente la mera disección de los hechos de la España revolucionaria de aquellos años. Lo que se trata es de desmontar estas interpretaciones que pretenden reducir la interpretación a determinados análisis. Que bajo la máscara del “rigor”, de

29 Es el tratamiento que han recibido autores como Agustín Souchy, *Entre los campesinos de Aragón el comunismo libertario en las comarcas liberadas*, Barcelona, Ediciones Tierra y Libertad, 1937 (Redición en Barcelona, Tusquets, 1977), Gastón Leval, *Né Franco né Stalm La colletivité anarchiche spagnole nella lotta contro Franco e la reazione staliniana*, Milano, 1952 y *Colectividades libertarias en España*, 2 vols, Buenos Aires, Proyección, 1972 [en España, Madrid, Aguilera, 1977] El término “historiografía anarquista” aparece reiteradamente en los trabajos del historiador aragonés Julián Casanova caracterizada, en el mejor de los casos, como de “obras generales sobre la CNT, bien documentadas pero que no superan la historia institucional” Obras de Casanova son *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985, “*Las colectividades campesinas turolenses un panorama bibliográfico demasiado restringido*”, *Actas del Encuentro sobre historia contemporánea de las tierras turolenses*, Villarluengo, 8-10 de junio de 1984, *Instituto de Estudios Turolenses*, 1986 o “*La edad de oro del anarquismo español*”, *Historia social*, n 1, primavera-verano 1988 Además de la tesis de Díez Torre, para una crítica de esta posición se puede consultar Ignacio Llorens, “De la historiografía anarquista y el rigor mortis académico”, *Anthropos*, n 90, 1988 Para la crítica a Casanova Alejandro Díez Torre, *Crisis regional y regionalización. El Consejo de Aragón, Tesis Doctoral*, Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, Madrid, 1994, pag 19 y notas 10 a 13 del capítulo introductorio La cita de Casanova cifr de Díez Torre de *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pág 142

querer establecer “un verdadero debate histórico”, de “superar la descripción y entrar en la reflexión” o de “ampliar los temas objetos de atención” cargan en exclusiva las tintas sobre el movimiento libertario español y sus estudios ³⁰. Desde una interpretación social libertaria no se puede querer olvidar u ocultar “cuestiones escabrosas” ni tampoco ser una acrítica “hagiografía”. Pero tampoco debe de dejar de cuestionar la interpretación que obvie, como se ha hecho hasta ahora, el auténtico trasfondo del conflicto español en los años treinta de este siglo que acaba: sus realizaciones revolucionarias.

No corren buenos tiempos para las transformaciones sociales. Sin embargo, el rebelde, el inconformista, el revolucionario existirá mientras que haya injusticia social. No se trata de permanecer mirando hacia atrás, hacia “la Edad de Oro” del anarquismo. Pero el análisis, la comprensión de aquellos sucesos puede ayudarnos a una construcción científica que tenga en cuenta que hacer de la Historia una mera contingencia en la que no existe la Utopía y que está al servicio de las necesidades de la legitimación del régimen político imperante no sólo impide el estudio coherente de los movimientos sociales, o su propia interpretación, sino también le lleva a cavar la tumba de su propia influencia: una vez cumplida la misión que se pretendía de ella, queda arrinconada, casi sin función.

Además, se podría proyectar la discusión de la guerra española sobre la actual validez de los planteamientos revolucionarios “clásicos” representados por el anarquismo y el comunismo. El debate está presente sobre todo a raíz del derrumbe del “socialismo” soviético y de la actual crisis de pensamiento y alternativas estructuradas de los grupos que no aceptan la inevitabilidad del “fin de la historia” de Fukuyama o de la dictadura de la revolución info-tecnocrática.

Los historiadores deberían levantar la bandera de la regeneración de unos intelectuales más pendientes de subvenciones, gabelas y saraos que de su papel en la sociedad. El camino, creo, es el de su propia honradez. Quizás resulte trasnochado, obsoleto?, hablar de ética en estos tiempos. Pero quien se dedica a la tarea investigadora sabe que el rigor científico pasa en primer lugar por una actitud de honestidad ética. Hoy, el estudio histórico no puede basarse en una discutible objetividad que se transforma en un depurado intelectualismo de letales efectos anestésicos. Su tarea debe ser la de sugerir, proponer, incluso especular, en busca de una certeza, de una verdad crítica que implica no sólo objetividad sino subjetividad y capacidad de discernir. Y ese camino pasa forzosamente por la coherencia ética del historiador, en la que no existan ni segundas intenciones ni objetivos inconfesables.

José Luis Gutiérrez Molina

³⁰ Los entrecuadrados corresponden a términos o expresiones aparecidas en Julián Casanova, “Guerra y revolución: La edad de oro del anarquismo español”, *Historia social*, n. 1, primavera-verano 1988.



PRIMERA PARTE

El rebelde

(1896-1931)

Entre la cruz y el martillo

A las cuatro de la tarde del día 4 de junio de 1923, unos desconocidos hacen fuego contra un coche color negro, matrícula 135 de Zaragoza, frente a la Escuela Asilo de San Pablo, en las afueras de la capital aragonesa. De los trece disparos que los dos atacantes hicieron, uno de ellos alcanzó el corazón de uno de los ocupantes. La víctima —que murió en el acto— era el cardenal arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero. La noticia de la muerte del prelado llenó de terror a las autoridades locales y de alegría a las clases humildes. Pasados los primeros momentos de estupefacción, la policía se puso en movimiento. El silencio de los vecinos dificultó la labor investigadora. *El Heraldo de Aragón*, único vespertino zaragozano, hubo de rehacer completamente su primera plana. “Insólito y abominable atentado”, fueron las palabras que encabezaron una fotografía a toda página del muerto.

En el Gobierno Civil el desconcierto se apoderó de todos; el jefe superior de la Policía y el comandante de la Guardia Civil se hallaban desalentados y confundidos, sin saber qué hacer. El gobernador civil, provocando una absoluta paralización, esperaba órdenes de Madrid. Hacia las ocho de la noche se recibieron dos telegramas: el rey Alfonso XIII enviaba su pésame y el ministro de la Gobernación exigía que se hiciera luz sobre el asunto.

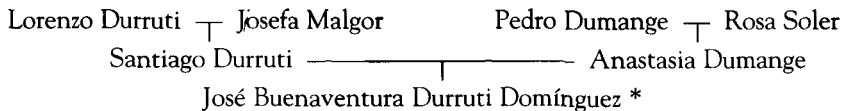
A la misma hora, la Federación Local de Sindicatos de la CNT lanzaba una octavilla por toda la capital, en la que se amenazaba con la huelga general y se eludían las responsabilidades que tal acto pudiera acarrear, si se detenía a inocentes trabajadores bajo la acusación de asesinato. Tanto los sindicalistas de la capital aragonesa, como las autoridades, pasaron la noche en vela. Estas últimas no se decidieron a desencadenar la represión, mientras aquéllos, que la esperaban, no durmieron en sus casas por temor a persecuciones.

Los periódicos de la mañana siguiente, según su fantasía y gusto, narraron el atentado. *El Heraldo de Aragón* no consideraba autores del hecho a los sindicalistas, sino a los anarquistas. *La Acción* era más concluyente: el acto era obra de la banda de terroristas que dirigía el peligroso anarquista Durruti; a continuación consignaba una interminable lista de hechos delictivos que provenían de “ese terrible asesino”. Finalmente, exigía al Gobierno que tomase las medidas necesarias para terminar con “ese azote de Dios”.

La ciudad de León, a mediados del siglo XIX, como otras capitales de la meseta española, no era otra cosa que la estampa anacrónica de una estancada España, clerical y monárquica. La vieja León había ido creciendo en torno a su vetusta iglesia, catedral antiquísima, alrededor de la cual, como una noria, giraba la vida de la localidad.

La agricultura, como en toda Castilla la Vieja, era casi la única fuente de recursos; el leonés vivía clavado a la tierra, esperando del cielo la bendición de los tiempos propicios. El pastoreo, como en los tiempos de la Mesta, y una rudimentaria industria artesanal de curtido de pieles y tejido de lanas completaban el cuadro que ayudaba a sobrevivir a los 10.000 habitantes de la ciudad.

Genealogía de Durruti



(*) El segundo apellido de Durruti, Domínguez, es el resultado de la castellanización del primer apellido de su madre, Dumange

En este lugar austero nació Buenaventura Durruti ¹, fruto del matrimonio de Anastasia Dumange y de Santiago Durruti. Segundo hijo de este joven matrimonio, vio la luz en el número 9 de la plaza de Santa Ana, a las diez de la mañana del día 14 de julio de 1896. Rodeado de sus seis hermanos varones y de una hermana, José Buenaventura creció “como un niño lleno de vida y robusto” ².

España atravesaba malos tiempos. Una grave crisis se había apoderado de ella, crisis que afectaba no sólo a la economía sino a todas las instituciones de la época. Los restos del antiguo imperio colonial se habían sublevado contra el despótico poder de los militares y contra el clero, fuerzas ambas que actuaban principalmente en las colonias. Los cubanos, impulsados por José Martí, se habían sublevado. Para aplastar tal insurrección, la regente María Cristina ordenó a su ministro Cánovas del Castillo que empleara cuanta mano dura fuera precisa. El envío de la corona fue el general Weyler; las concretas órdenes que llevaba eran las

1. El nombre de Durruti procede de la lengua vasca: Urruti=lejos. Según parece, se daba este nombre a los vascos que vivían lejos de las aglomeraciones, es decir, en los caseríos, en la montaña. Su lugar de origen es, probablemente, la provincia vasco-francesa del *labourd* (Lapurdí).
2. Para los datos relativos a la familia Durruti, seguimos unas notas recordatorias dictadas por Anastasia Dumange a un nieto, el cual ha tenido la amabilidad de confiárnoslas. En esas notas escribe que su suegro, Lorenzo, llegó a León hablando muy mal el castellano. En cuanto a su padre, Pedro Dumange, desconoce las razones que le motivaron para radicarse en León. Se casó con una catalana residente en León, llamada Rosa Soler, de cuyo matrimonio nació ella en 1875 y se casó con Santiago Durruti, a los 16 años. Lorenzo Durruti se casó en León con una joven asturiana llamada Josefa Malgor, que era hija de un empleado de la audiencia. El apellido Dumange se castellanizó para convertirse en Domínguez, que es el segundo apellido de Durruti, según consta en su partida de nacimiento. Los Dumange eran de origen catalán, de la provincia de Gerona.

de terminar rápidamente con la revuelta. Este no encontró otro camino para cumplir las órdenes que el de convertir la isla de Cuba en un inmenso campo de concentración.

Al mismo tiempo que en el Caribe, los filipinos se sublevaban contra el dominio de la metrópoli, particularmente contra los frailes dominicos, administradores de la economía de las islas. La represión fue también dura, llegando hasta el fusilamiento del patriota y poeta José Rizal ³.

La Península no se libraba de este malestar general. El campesino andaluz, extorsionado por los terratenientes, se lanzaba a periódicas revueltas que adquirían aspectos de verdadera guerra social. Este mismo clima de violencia aparecía en las cuencas mineras andaluzas y asturianas. Las manifestaciones y huelgas obreras se sucedían casi ininterrumpidamente en las zonas industriales del País Vasco y de Cataluña; sobre estas zonas y estas acciones la represión gubernamental caía sin clemencia; las cárceles se llenaban de militantes obreros y las ejecuciones eran frecuentes.

El punto álgido de la situación tuvo lugar en 1898, año en que se perdieron las últimas colonias (Cuba, Filipinas, Puerto Rico), lo que provocó consecuentemente una crisis económica tras la desaparición de los beneficios que aquéllas producían por su explotación y por el comercio.

Dos años más tarde, cuando la crisis alcanzó su apogeo, José Buenaventura y su hermano mayor Santiago, comenzaron a asistir a la escuela de la calle de la Misericordia, regentada por el maestro Manuel Fernández. Este primer período escolar se prolongó hasta que José Buenaventura tuvo ocho años. De estos años poseemos escasísimos datos. Uno de ellos lo constituye el juicio que emitió el maestro sobre nuestro biografiado: "Niño travieso, pero noble de sentimientos y muy cariñoso". Posteriormente, en carta a su hermana Rosa, Durruti mismo habla de su infancia, diciendo: "Desde mi más tierna edad, lo primero que vi a mi alrededor fue el sufrimiento, no sólo de nuestra familia sino también de la de nuestros vecinos. Por intuición, yo ya era un rebelde. Creo que entonces se decidió mi destino" ⁴.

Probablemente, en esta confesión Durruti hacía referencia a un hecho ocurrido cuando él contaba siete años de edad, cosa que debió impresionarle poderosamente y que explica, como él dice, su instintiva toma de conciencia. Parece ser que se trata de la detención de su padre, por su activa participación en la huelga de curtidores que tuvo lugar en León el año 1903.

3. José Rizal, médico, escritor y poeta filipino nacido en Manila. Formó parte del movimiento autonomista de la isla, y fue fusilado por los españoles el 30 de diciembre de 1896. Dejó dos novelas documentales denunciando el colonialismo español en Filipinas: *Noli me tangere* (1887) y *Los Filibusteros* (1891). Georges Fisher ha publicado en 1970, en las Ediciones Maspéro, de París, un estudio muy documentado sobre Rizal.

4. En diversas cartas, Durruti hace referencia a la misma cuestión, y en una de ellas particularmente, escrita desde la cárcel, en París, el 10 de marzo de 1927, se expresa en ese sentido.

La referida huelga duró nueve meses. Fue el primer conflicto social de importancia que se producía en León. La decidida actitud de los obreros curtidores trajo como consecuencia el hambre del mismo pueblo, así como una fuerte represión. Significó, no obstante, un triunfo de la clase trabajadora, puesto que fue la primera piedra del edificio de la organización proletaria en la región.

El punto inicial del despertar obrero leonés se produjo cuatro años antes, en 1899, cuando Ignacio Durruti, tío de Buenaventura, fundó la primera asociación obrera en la calle del Badillo. Pocos son los datos que poseemos de esta asociación. Tenía una orientación mutualista y solidaria entre los obreros del ramo de curtidos, los cuales se reunían una vez al mes para discutir sus problemas profesionales ⁵. Hasta 1900, la capa más progresista de León la constituía un pequeño grupo de intelectuales republicanos, cuya ideología atemperada y acomodaticia era incapaz de asustar a las autoridades locales y al clero. A partir de principios de siglo esta situación se modificó con ocasión de los trabajos ferroviarios del ramal Valladolid-León; las primeras publicaciones socialistas y anarquistas comenzaron a llegar a la ciudad procedentes de este sector y del coto minero leonés-asturiano. Estas lecturas debieron estimular al grupo de curtidores amigos de Ignacio; por ellas debieron conocer la agitación social que alcanzaba a toda España, particularmente a Bilbao y Barcelona. La jornada de ocho horas era, por entonces, la exigencia central, cosa que había sido ya conseguida por los obreros sastres de Madrid. Parece normal que todas estas circunstancias influyeran en los curtidores, por lo que pronto presentaron reivindicaciones salariales y de horario de trabajo a los patronos, quienes ya habían avanzado en la explotación del curtido de pieles y en la expansión de sus negocios.

Hasta entonces, los salarios para las tres categorías profesionales iban desde 1,25 hasta 1,75 pesetas por jornada completa, es decir, "de sol a sol". Los obreros pedían un aumento general de 50 céntimos y una jornada de diez horas. Se encargó a los miembros de la Junta del Centro que dieran a conocer al patronato esas reivindicaciones. Los miembros de esa directiva eran Ignacio Durruti, Santiago Durruti (padre), Antonio Quintín y Melchor Antón. Los patronos juzgaron que las pretensiones obreras eran desproporcionadas, y los obreros, ante la negativa patronal, declararon la huelga, la cual tuvo gran importancia puesto que el curtido de pieles, casi la única industria local, una vez paralizado ocasionaba la paralización de la ciudad.

Las autoridades respondieron con la represión, deteniendo a quienes creyeron responsables de la revuelta. El vecindario, no acostumbrado a ver detenidos a honrados obreros sino a delincuentes comunes, se declaró solidario de los detenidos. La reacción popular hizo reflexionar a las autoridades, y parece ser que el propio obispo —a quien el rumor público consideraba instigador de la medida represiva— intervino para que se pusiera en libertad a los detenidos, lo que no impidió que éstos pasaran en la cárcel provincial quince días. La huelga continuó

5. Estos datos nos los ha proporcionado Francisco Monroi, un compañero de infancia de Durruti.

hasta alcanzar los nueve meses de duración. Ni el crédito que los comerciantes otorgaron a los huelguistas, ni las muestras de solidaridad de Lorenzo Durruti desde su cantina, ni el dinero aportado del producto de la venta del taller de Ignacio Durruti, que fue puesto a disposición de los huelguistas, pudieron impedir que el hambre comenzara a invadir los hogares obreros y, con ello, a domarse el espíritu rebelde de los primeros momentos. Poco a poco los obreros fueron claudicando y la huelga, con gran satisfacción de la burguesía, se dio por terminada. *Sin embargo, hubo obreros, como el padre de Buenaventura, que prefirieron cambiar de oficio antes que ceder* ⁶.

Cuando Durruti recordó estos hechos a su hermana Rosa, debía tener presentes las consecuencias que el mencionado conflicto tuvo para su familia. Hasta entonces, y pese al exiguo salario de su padre, su nivel económico podía considerarse elevado en relación a su medio, gracias a la ayuda que recibía del comercio de Lorenzo, Pedro e Ignacio. A partir de entonces, la vida varió para todos ellos: Lorenzo hubo de cerrar las puertas de su cantina; Ignacio, sin dar explicaciones a nadie, desapareció de León, suponiéndose que emigró a América; en cuanto a Pedro Dumange, padre de la mujer de Santiago, vio cómo su negocio poco a poco se hundía por un explícito boicot del caciquismo local.

A partir de entonces, los planes de la familia en torno a la educación de los hijos fueron modificados. En un principio, el abuelo Pedro tenía el proyecto de que Buenaventura estudiara para que pudiera seguir al frente del negocio de tejidos. Mas tarde, si bien debió variar sus planes, siguió manteniendo el propósito de que el muchacho continuara sus estudios, propósito que se frustró por los escasos medios económicos con que contaba la familia (el simple jornal que Santiago ganaba como carpintero). Con sus dos pesetas diarias era imposible soñar con sacar adelante a toda la prole y costear una escuela de pago, por lo que el matrimonio decidió enviar a sus hijos a otro colegio más acorde con su nivel social. *Se trataba de la escuela de don Ricardo Fanjul.*

En este segundo período escolar Buenaventura no destacó precisamente por su rendimiento; más bien fue un alumno mediocre. Sin embargo, el niño no parecía carecer de facultades. Al finalizar el curso, el maestro Fanjul añadió a las calificaciones de su alumno una nota en la que decía: "Niño de inteligencia despierta para las letras" ⁷.

Cuando cumplió los catorce años, la familia tuvo que plantearse el futuro del muchacho. El abuelo Pedro, que tenía especial cariño por Buenaventura, insistía en enviarle a Valladolid para que estudiase, comprometiéndose en costearle los cursos. Pero fue el joven quien renunció, desilusionando así al abuelo. Quería ser un obrero como su padre y aprender mecánica.

En el año 1910 entró de aprendiz de mecánico en el taller del maestro Melchor Martínez, quien tenía fama de furibundo revolucionario porque leía pro-

6. Notas de Anastasia.

7. Idem.

vocadoramente el periódico *El Socialista* en los bares.

A decir verdad, el socialismo de Melchor Martínez no estaba muy perfilado y su coherencia dejaba mucho que desear. Había comenzado como militante obrero en Bilbao y ya viejo, lleno de admiración por Pablo Iglesias, se había retirado a León. Allí montó un destartelado taller que tenía más de herrería que de mecánica, en el cual solían reunirse unos cuantos obreros de tendencias socialistas para discutir y comentar con el viejo Melchor los avances y las acciones del Partido Socialista.

Por aquellas fechas León había hecho algunos progresos en el campo de las organizaciones obreras. Dos asociaciones de este tipo eran afectas a la Unión General de Trabajadores: la Unión Ferroviaria y la Unión Metalúrgica. Los jóvenes, por otra parte, comenzaban a alejarse de la influencia de la Iglesia.

Buenaventura, ya a sus doce años, manifestó a su madre el propósito de no acudir más a las clases de religión que el párroco de la iglesia de Santa Ana llevaba a término todos los jueves. A partir de aquel momento no acudió más a la iglesia, e incluso al año siguiente se negó a recibir la comunión durante la celebración pascual, acto que en aquella época constituía un gran escándalo. Esto y otras cosas que llevaba a cabo le ganaron entre el vecindario fama de travieso.

Melchor Martínez, conocedor de las andanzas del chico, simpatizó inmediatamente con su aprendiz y dijo a su padre: "Haré de tu hijo un buen mecánico, pero también un socialista" ⁸.

Cuando el maestro y el muchacho se hallaron frente a frente, aquél reflexionó un instante y luego le acercó a la fragua, tomó la tenaza y removió el hierro enrojecido. A continuación, comenzó a golpear en el yunque mientras le decía: "Este será tu trabajo: golpear el hierro cuando esté rojizo hasta darle la forma que desees". Al terminar la jornada añadió: "Tú serás un buen forjador porque sabes pegar fuerte. Pero no olvides esto: los golpes tienen que ser dirigidos certeramente. No basta la fuerza, sino la inteligencia para saber dónde se dan los golpes". Más tarde se interesó por el nivel cultural del joven, aconsejándole que se inscribiera en los cursos nocturnos del centro de enseñanza "Los Amigos del País", para completar sus conocimientos ⁹.

Dos años permaneció Buenaventura en este taller, en el que aprendió los elementos de la mecánica y los principios del socialismo. Cierta día su maestro en el oficio le dijo: "Yo ya no puedo enseñarte más mecánica ni más socialismo", y Buenaventura hubo de cambiar de taller. Posteriormente se empleó en el de Antonio Mijé, especializado en el montaje de lavadoras mecánicas para el lavado del mineral en las minas. Al cabo de un año, tercero en la práctica de su oficio, fue calificado por Mijé como tornero de segunda clase. Fue entonces, abril de 1913, cuando entró con el carnet número 12 en la Unión de Metalúrgicos ¹⁰.

8. Testimonio de Francisco Monroi.

9. Idem.

10. Documento que se encuentra en archivo privado, junto con las cartas de Durruti a su familia, así como fotografías métricas que utilizamos para este trabajo.

A partir de este momento, su vida obrera y sindical caminarían cogidas de la mano. Su espigada figura comenzó a ser vista entre los obreros metalúrgicos de la Unión. En las reuniones, era simple observador y apenas intervenía en las discusiones.

Por esta época, el teórico del socialismo leonés era Iglesias Munís, quien tres años más tarde fundaría el primer periódico socialista de dicha ciudad: *El Socialista Leonés*¹¹. Este era un militante que generalmente asumía la función de educador, escuchándose sus palabras como un oráculo. En un principio, Buenaventura imitó al resto de los obreros, pero poco a poco comenzó a liberarse de esa influencia para pensar por sí mismo sobre los problemas de la clase trabajadora.

En una de las charlas instructivas que daba Iglesias, éste trató sobre el avance del socialismo en España remarcando los triunfos electorales del Partido Socialista, pese a la oposición a las elecciones por parte de los trabajadores de la CNT. Como no diera una explicación más precisa, Buenaventura interrogó sobre el carácter abstencionista de los obreros cenetistas. La respuesta fue equívoca, y aunque no llegó a convencerle, Buenaventura no dio mayor importancia a este hecho. Fue a partir de aquel momento cuando Durruti comenzó a intervenir en las discusiones, observando las reacciones que provocaba en los dirigentes de la Junta. Se le reprochaba su impaciencia revolucionaria y se le predicaba moderación. A tales llamadas Buenaventura replicaba: "El socialismo o es activo o no es socialismo". En otros términos, decía: "Si luchamos por la emancipación de la clase obrera, y ésta no puede obtenerse hasta después de una lucha feroz contra la burguesía, quiere decir que no podemos detener nuestra acción revolucionaria hasta destruir por completo el sistema capitalista". Los dirigentes oponían razones de oportunidad política. Sin embargo, Buenaventura seguía pensando que la lucha de la clase obrera no podía estar condicionada por la oportunidad de la política burguesa. En estas condiciones, el choque entre Buenaventura y los dirigentes era permanente; pero sus palabras encontraban eco en los jóvenes de la Unión, quienes, como él, se inclinaban impacientes hacia la urgencia revolucionaria y se rebelaban contra "los eternos consejos de la moderación", los cuales siempre afirmaban que "las cosas aún no estaban maduras"¹².

Las discusiones continuaron sucediéndose hasta que, en 1914, a raíz de la Primera Guerra Mundial, las condiciones económicas de España variaron.

España, neutral ante el citado conflicto bélico, se convirtió en un país donde los beligerantes intentaban obtener toda clase de productos manufacturados y materias primas indispensables en aquellos trágicos momentos. La burguesía espa-

11 Las publicaciones obreras que aparecían por aquellas fechas en la región minera leonesa-asturiana eran, además de la citada: *Fraternidad* y *La Defensa del Obrero*, ambas anarquistas y fundadas en Gijón el año 1900, y *El Cosmopolita*, de Valladolid, también anarquista. Las socialistas eran: *El Bien del Obrero*, que salía en El Ferrol, y *Solidaridad*, en Vigo. Véase, para publicaciones, Renée Lamberet, *Mouvements ouvriers et socialistes. Espagne (1751-1936)*, Les éditions Ouvrières, Paris, 1953.

12. Francisco Monroí, op. cit.

ñaola pudo llevar a cabo sustanciosos negocios, comerciando con alemanes y Aliados a la vez.

La industria, el comercio y los transportes navieros comenzaron a incrementarse a un ritmo acelerado, resultando especialmente beneficiadas la industria metalúrgica y la de extracción, reanimándose antiguas empresas y explotándose intensivamente las minas. Este nuevo ritmo de producción hizo aumentar la plantilla de los obreros en las fábricas y en las minas, apreciándose una emigración de la población agrícola a las zonas industriales. Tal fenómeno incrementó a su vez el peso y la influencia del proletariado. Barcelona, que absorbió masivamente la emigración, registró un auge importante del sindicalismo.

En León y su cuenca minera el fenómeno de reavivación de la producción fue el mismo que en el resto del país. Las minas funcionaban a pleno rendimiento, y los talleres mecánicos de Antonio Mijé triplicaron su trabajo. Aun así no podían ser atendidas todas las demandas. Por tanto, debido a esta imposibilidad de cubrir los pedidos, fueron enviados equipos obreros a los centros mineros de Matallana, Ponferrada y La Robla, para que instalaran allí lavadoras mecánicas. Buenaventura, como responsable de uno de esos equipos, fue enviado a Matallana. Para él y sus dos compañeros, aquél era el momento durante mucho tiempo esperado para ponerse en contacto con los célebres mineros asturianos.

Los primeros días transcurrieron rápidos a causa del absorbente trabajo. No obstante, pronto la mina quedó paralizada debido a una huelga que los obreros habían declarado como protesta por el trato que uno de los ingenieros infería a los trabajadores. La dirección de la mina no quiso acceder a la petición obrera que exigía el despido del citado ingeniero. El resto de las minas se solidarizó y la huelga llegó a ser general en el coto. Buenaventura observó que “si la dirección de la mina no puede dar abasto al lavado del mineral, esto quiere decir que le urge que nosotros terminemos nuestro montaje. Mientras tanto, esta huelga no perjudica los intereses de la Compañía Minera sino más bien los beneficia, economizándose salarios. En otros términos, depende del fin del montaje la solución del conflicto. Paralizando nuestro trabajo situamos a la Compañía frente al dilema de acceder a la petición de los huelguistas o no poder cumplir con sus clientes”. La dirección de la mina llamó a los mecánicos al orden, recordándoles que tenían que cumplir un contrato, pero Buenaventura repuso que los mecánicos no reanudarían su trabajo mientras la mina estuviese paralizada. Hubo amenazas, pero frente a la resuelta decisión de los mecánicos, la dirección de la mina acabó por acceder y, con ello, los mineros salieron victoriosos, logrando de esta forma el traslado del ingeniero ¹³.

La actitud de los jóvenes leoneses, particularmente del “grandote”, como se solía denominar a Buenaventura, impresionó a los mineros, quienes a partir de ese momento intimaron con aquéllos, empezando a llamar a Buenaventura por su nombre. Así, cuando Buenaventura escribe que “Durruti fue un grito que surgió

en Asturias”, expresa una auténtica realidad ¹⁴.

Una vez terminado el montaje y ya en León, Buenaventura se encontró con una sorpresa. Mijé le llamó a su despacho para llamarle la atención por su conducta en el coto. Además, le previno que la Guardia Civil se había interesado por él y le aconsejó que frenase sus impulsos, ya que “León no es Barcelona”.

En la Unión Metalúrgica el hecho también fue conocido. Los dirigentes amonestaron a Durruti por su conducta. Sin embargo, los jóvenes se entusiasmaron, envidiándole por haber participado en una huelga minera.

Su antiguo maestro, Melchor Martínez, fue más concreto. Le aconsejó que emigrara de León, puesto que el teniente coronel de la Guardia Civil, José González Regueral —que actuaba como gobernador de la provincia—, y el comandante Arlegui eran individuos que no toleraban extremismos.

Al llegar Buenaventura a su casa recibió otra sorpresa. Su padre, ya muy enfermo, manifestó a su hijo, con alegría, que le había conseguido una plaza como mecánico ajustador en los talleres móviles de la Compañía Ferroviaria del Norte. Todo esto venía a contrariar sus planes, pero ante la situación familiar optó por aceptar la propuesta. En estas circunstancias le sorprendió la célebre huelga de agosto de 1917.

14 Manuel Buenacasa, en escrito inédito cedido exclusivamente para este trabajo.

CAPÍTULO II

Agosto de 1917

El proletariado, ya fuerte y numeroso, fruto de la expansión industrial, entraba en un proceso revolucionario abierto, cuyos momentos álgidos fueron los meses de mayo y junio de 1917, en los que España estuvo al borde de la revolución generalizada.

Desde principios de siglo, la burguesía industrial de Cataluña y del País Vasco había comprendido claramente que el obstáculo principal a su expansión provenía de las estructuras económicas y políticas del país, y que mientras el poder político estuviese monopolizado por el bloque conservador y tradicional (clero, aristocracia y casta militar), España no podría salir de su atasco. Las citadas fracciones de la burguesía iniciaron una ofensiva encaminada a desplazar del poder a los partidos que venían alternándose en su ejercicio. Su estrategia tuvo como base psicológica los arraigados sentimientos autonomistas de catalanes y vascos, que pronto adquirieron carácter nacionalista y separatista. Estos sentimientos, manejados convenientemente por el líder de la burguesía catalana, Francesc Cambó, constituyeron un verdadero desafío al poder central de Madrid.

El estallido de la Primera Guerra Mundial empujó a la burguesía a abandonar sus antiguos planteamientos, entregándose a la acumulación de riquezas, y sin preocuparse en absoluto de la modernización de la industria ni de tomar medidas previas para hacer frente a la fatal crisis que habría de producirse una vez cerradas las puertas del comercio exterior. En 1916, en plena Guerra Europea, España comprendió su terrible realidad: la situación era desesperada, no sólo porque se arrastraba un déficit de más de mil millones de pesetas, sino porque además tenía que hacer frente a nuevos gastos por la continuidad de la desafortunada campaña militar en Marruecos. Mientras el Estado gastaba el último fondo de sus reservas, las oligarquías monopolísticas se enriquecían. En aquel momento el Gobierno se dirigió desesperadamente a los industriales catalanes y vascos con la pretensión de que éstos sacaran al Estado del punto muerto en que se encontraba. Para ello, el ministro conservador de Hacienda, Santiago Alba, elaboró un proyecto de reforma fiscal, estableciendo un impuesto directo sobre los beneficios extraordinarios obtenidos por las sociedades y por los particulares. Dicho proyecto adolecía de un defecto que la burguesía industrial captó de inmediato. Consistía en que exoneraba de tal impuesto a los propietarios agrícolas, lo que, una vez más, mostraba la influencia feudal en las determinaciones de Estado. Acogiéndose a esta imperfección, Francesc Cambó en nombre de la mencionada minoría burguesa, atacó de tal manera el proyecto en las Cortes que no sólo lo hizo fracasar, sino que dio al traste con el mismo Gobierno, provocando la caída del conde de Romanones. La misma burguesía entraba en crisis al limitarse las compras extranjeras en España

el año 1917. Este descenso de las ganancias anunciaba ya el comienzo de la irremediable situación apurada en la que España iba a entrar cuando la guerra mundial terminara.

La burguesía se había mostrado inepta para sacar todas las conclusiones pertinentes que la coyuntura del momento requería. Además, ideológicamente, se movía en el mismo terreno que los conservadores. Su aparición en la política tuvo el carácter de una práctica velada de camarilla, cosa tradicional en España. Ya en 1916, ante la carestía de la vida, la clase obrera organizó una protesta nacional que conmovió al país entero y —claro está— a las capas dirigentes. Por primera vez, la CNT —Confederación Nacional del Trabajo— y la UGT —Unión General de Trabajadores— llevaron a cabo un pacto en el que claramente se hablaba de revolución social ¹⁵. A partir de esta demostración, las paces fueron hechas entre los bloques en discordia; y la burguesía, sobre todo la catalana, volvió a mostrar su carácter reaccionario e intransigente frente a las reivindicaciones obreras. De ahí que la lucha tomara un volumen de verdadera guerra social.

— A esta situación, ya de por sí compleja, vinieron a agregarse dos acontecimientos que trastornaron las bases en las que se fundamentaba la tregua política. Uno de estos acontecimientos fue la revolución rusa, que aparecía como un hecho trascendental en el que, por primera vez, la clase obrera y campesina lograba tomar la dirección de sus destinos. En España esta noticia actuó como detonador, y el entusiasmo popular desbordó el marco de la ciudad para incrustarse en las zonas rurales, desencadenándose esporádicos movimientos al grito de “Vivan los Soviets”.

Las condiciones objetivas para que la revolución tomara cuerpo se iban precisando de tal manera que, en mayo de 1917, parecían reunirse las suficientes y posibilitarla. A ello se añadió la insurrección de una parte del Ejército: el Arma de Infantería. Los motivos no eran estrictamente políticos. Se trataba de una reacción explícitamente provisional contra el favoritismo que la monarquía practicaba en favor de la camarilla militar africanista que deseaba continuar hasta el fin la guerra de Marruecos ¹⁶.

15. Pacto CNT-UGT. El 12 de marzo de 1916 se celebró en Madrid el XII Congreso de la UGT. La delegación de los sindicatos de Asturias propuso organizar una jornada nacional de protesta contra la carestía de la vida y, para dar una mayor eficacia a dicho acto, señaló la necesidad de hacer un pacto con la CNT. El congreso aprobó la proposición. En julio de 1916 se firmó un pacto circunstancial entre ambas organizaciones (Largo Caballero y Julián Besteiro por la UGT; Angel Pestaña y Salvador Seguí por la CNT). El 18 de diciembre se declaró la huelga general por veinticuatro horas, la cual fue un éxito rotundo. Pero el Gobierno perseveró en su actitud, y las organizaciones firmantes se vieron obligadas a prolongar el compromiso unitario.
16. Los militares del Arma de Infantería, creyéndose desfavorecidos por la política del Gobierno, decidieron organizarse clandestinamente en Juntas Militares de Defensa, coordinadas nacionalmente por una Junta Central presidida por el coronel Márquez. Sus reivindicaciones eran salariales y sobre ascensos. A últimos de mayo de 1917, el Gobierno encarceló a los miembros de la Junta Central. El 1 de junio, las Juntas Militares publicaron un manifiesto, que era un verdadero ultimátum en el que se exi-

Esta situación pre-revolucionaria obligó a los dirigentes de la CNT y de la UGT —consecuentes con el pacto de unidad de acción firmado en 1916— a afrontar los acontecimientos, y para ello era preciso ajustar sus respectivas fuerzas para una acción común.

Desde un principio la situación política tenía dos enfoques distintos. Para la CNT la cosa estaba clara: urgía aprovechar las contradicciones que se manifestaban en el seno de los partidos burgueses, y explotar a fondo las disensiones entre el Ejército y el Estado, para destruir el sistema monárquico y proclamar una república social avanzada. Para la UGT, orientada por el Partido Socialista, la situación no tenía dimensión social, sino política, y lo que importaba era formar un bloque de oposición para imponer un gobierno liberal que no trastocara las bases del sistema monárquico. Fueron estas dos maneras diferentes de enfocar el problema lo que provocó la confusión en las conversaciones entre las dos organizaciones obreras. Poco después el fracaso cerraría este periodo. Mientras el Partido Socialista, a través de la UGT, frenaba los impulsos populares y dilataba el momento de la acción de masas —alegando ante los representantes de la CNT que la UGT no estaba preparada para el movimiento obrero a fondo y que era prematuro lanzarse a la calle— dos hechos restaron desgraciadamente partidarios a la revolución. El primero fue la entrada de Eduardo Dato en el Gobierno, quien se apresuró a dar satisfacciones a los jefes militares del Arma de Infantería (junio), logrando con ello restablecer la disciplina en el Ejército. Y el segundo fue el rotundo fracaso de la Asamblea de Parlamentarios, reunida en Barcelona con el compromiso de nombrar un Gobierno provisional. Dicha Asamblea, cuando tuvo conocimiento de que la clase obrera barcelonesa había levantado barricadas en las calles e izaba la bandera roja, se disolvió; los obreros revolucionarios quedaron, pues, a partir de entonces, en manos de la represión (19 de julio de 1917). Disuelta la Asamblea y desvanecido el sueño político del Partido Socialista —que había cifrado su victoria en el triunfo de la Asamblea de Parlamentarios—, la UGT quedó desarmada y sin saber qué hacer frente a una agitación social que crecía día a día. Asustados los dirigentes del Partido Socialista y de la UGT, no vieron otra solución que la de frenar a la clase obrera. Pablo Iglesias aconsejó que bastaba una demostración pacífica de huelga general para calmar a las masas. Desde aquel momento, la Unión General de Trabajadores obró en este sentido, reivindicando para ella exclusivamente —frente a la CNT— la responsabilidad de dirigir el movimiento obrero nombrando un Comité Nacional de Huelga, que cayó en manos de la policía horas después de declararse la huelga general el 13 de agosto de 1917.

Un testigo de dicho movimiento lo resume en estos términos: “Se inició sin un fin concreto y duró una semana. Los obreros asturianos, cuyo heroísmo fue elevado, lo prolongaron ocho días más. En Vizcaya fueron muchas las víctimas. El movimiento fue unánime y tan completo en toda España, que no había prece-

gía que en un plazo de veinticuatro horas se diera satisfacción a su demanda y se pusiera en libertad a los detenidos. Ello provocó una crisis gubernamental. Se hizo cargo del Gobierno Eduardo Dato.

dentes de otro similar ocurrido en el mundo. Las víctimas obreras se contaron por centenares en toda la Península” 17.

Un historiador añade: “...las tropas fueron movilizadas y utilizaron sus ametralladoras contra los huelguistas. (...) Se estimó que las tropas se habían conducido bárbaramente (...); a partir de aquel momento [el Ejército] se convirtió, junto con el rey, en el único poder efectivo” 18.

Y como colofón, el líder socialista Indalecio Prieto declaró unos meses más tarde en las Cortes, ante los reproches que se hacían al Partido Socialista de haber querido desencadenar la revolución en España: “Es cierto que dimos armas al pueblo y que podíamos vencer en la contienda, pero no le dimos munición. ¿De qué os quejáis?” 19.

Una vez recorridas las líneas generales de aquel movimiento obrero en la nación, podemos pasar a ver la manera particular que revistió en León.

La huelga fue tan unánime como había sido en el resto de España y movilizó a la juventud más rebelde, entre cuyos componentes destacaba Buenaventura. Este puñado de jóvenes, tras participar activamente en el movimiento, y una vez finalizada la huelga, se unió a la lucha de los mineros asturianos que, como hemos dicho anteriormente, la prolongaron ocho días más, impidiendo el funcionamiento de trenes en aquella zona. Muchos obreros, tomando el ejemplo de los jóvenes, colaboraron con ellos en actos de sabotaje: incendiando locomotoras, levantando los rieles y prendiendo fuego al depósito de máquinas.

Los dirigentes socialistas de León, cuando vieron el carácter que tomaba la huelga y comprobaron que la acción obrera escapaba a su control, se apresuraron a anular la orden de huelga, no sin dejar de condenar públicamente estos actos como acciones ajenas a la clase obrera.

De hecho, la brigada de sabotaje quedó de esta manera desautorizada y aislada frente a la represión de la policía. Durante los días en los que se llevaban a término actividades saboteadoras, los choques con la Guardia Civil eran frecuentes; más de una vez la fuerza pública fue recibida a pedradas, a falta de otros proyectiles, por parte de los piquetes de huelga en la puerta de los talleres ferroviarios.

En estas acciones no sólo eran los jóvenes quienes se movilizaban, sino también una buena parte de los obreros que no comprendían la orden de vuelta al trabajo, sabiendo que en Asturias los huelguistas eran ametrallados en las calles. Poco a poco estas actividades fueron perdiendo intensidad. Los talleres comenzaron a funcionar, pero los sabotajes en las vías continuaron y la cosa no quedó completamente normalizada hasta que se supo el fin de la resistencia asturiana.

Con la normalización vino la represión laboral. La Compañía Ferroviaria hizo saber que despedía colectivamente a todos los obreros y que individualmente cada

17. Manuel Buenacasa, *Historia del movimiento obrero español*, París, Los Amigos de Buenacasa, 1966.

18. Gerald Brenan, *El laberinto español*, París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1962, pág. 52.

19. Manuel Buenacasa. *op. cit.*

uno debería presentar una nueva solicitud de empleo. La medida significaba la pérdida de los antiguos derechos y también significaba que la Compañía podía seleccionar otra vez el personal. Los más rebeldes quedaron fuera, como es natural (!), y entre ellos Buenaventura.

Por su parte, la Unión Ferroviaria completó la represión expulsando de su asociación al grupo de jóvenes que había constituido la base de resistencia. La lista era encabezada por Buenaventura Durruti. En la declaración justificadora de dicha medida —tomada de manera ejecutiva por la Junta Directiva— se decía: “...se trataba de una huelga pacífica en la que la clase obrera, de manera disciplinada, mostrara su fuerza a la burguesía. Las acciones desencadenadas por este grupo de jóvenes están reñidas con las prácticas de la Unión y, en consecuencia, por indisciplinados quedan expulsados de sus filas”²⁰.

El grupo de jóvenes expulsados no pudieron defenderse contra estas medidas; la Unión misma los denunciaba como autores de los atentados y la policía encontraba así su trabajo facilitado. En tales circunstancias, no les quedaba otro recurso que caer en manos de las fuerzas represivas o emigrar de la ciudad en espera de mejores tiempos.

20. Valentín Roi (Valeriano Orobón Fernández), *Durruti, Ascaso, Jover, Buenos Aires*, Ediciones Antorcha, 1927. Lo mismo, corroborado por FRANCISCO MONTEI

Del exilio al anarquismo

A primeros de septiembre, Buenaventura, acompañado de su amigo “el Toto”, se refugiaba en Gijón, lo que indica que tras los sucesos de Matallana debieron anudarse relaciones entre él y los mineros asturianos.

Su estancia en aquella ciudad fue breve. En diciembre su familia recibió una tarjeta postal franqueada desde Vals-les-Bains (Les Ardeches), en la que les tranquilizaba, pues decía en ella que “se encontraba muy bien gracias a la ayuda que había recibido de una familia española llamada Martínez”²¹.

En la breve estancia en Gijón debieron ocurrir cosas que posiblemente expliquen las actividades de Buenaventura en Francia. La situación de Durruti y de su amigo era diferente. “El Toto” era buscado por la policía por los sabotajes que tuvieron lugar durante la huelga; pero Buenaventura tenía otra cuenta pendiente más: su condición de desertor del Ejército.

Unos días antes de que ocurriera la huelga había entrado en caja en el segundo reemplazo militar de 1917; fue destinado como artillero segundo al Regimiento de Artillería de San Sebastián, en el que debía incorporarse a finales de agosto. En una carta que más tarde escribió a su hermana narra que “pocas eran las ganas de servir a la Patria que yo tenía, pero esas poquitas ganas me las quitó un sargento, quien mandaba a los del reemplazo como si ya estuvieran en el cuartel. Al salir de la oficina de alistamiento me dije que Alfonso XIII podía contar con un soldado menos y un revolucionario más”²². Seguramente, cuando los mineros asturianos conocieron el hecho de su desertión decidieron esconderle y facilitarle el paso a Francia.

Buenacasa, huyendo a su vez de la represión, debió encontrarse con Buenaventura por estas fechas. Y según nos cuenta, “en el primer encuentro que tuvimos no congeniamos. Yo era más estudioso. El más rebelde. No me fue simpático entonces, ni yo tampoco a él”²³. Hasta la primavera de 1920 Buenacasa no volvió a tener noticias de él. Por entonces volvieron a encontrarse en San Sebastián. Buenacasa quedó esta vez impresionado “por los progresos realizados en el plano teórico por Buenaventura”. Al visitar los sindicatos de la Confederación de esta última ciudad, Buenacasa comenta que Durruti presentó

.

21. Archivo particular.

22. Carta del 25 de marzo de 1927, escrita desde la cárcel en París. Archivo particular.

23. Manuel Buenacasa, cuartillas inéditas enviadas para esta biografía.

ya un carnet de la CNT. ¿Cuándo se había afiliado Buenaventura a la Confederación? ¿Cómo había realizado tales progresos teóricos? La respuesta a estas preguntas se encuentra en su primer exilio en Francia, desde diciembre de 1917 hasta marzo de 1919.

Por la correspondencia cruzada con su familia sabemos que sus cambios de residencia eran frecuentes. Tan pronto se le ve en Marsella como recorriendo el Mediodía francés, desde Béziers a Toulouse, o en Burdeos, Biarritz, etc. Durruti no hace jamás mención a los motivos que le impulsaban a tan frecuentes cambios de domicilio, pero parecen aclararse cuando en el mes de marzo de 1919 es detenido en el coto minero de León ²⁴.

Cuando, huyendo de la represión, vascos y asturianos (entre los cuales iba Durruti) cruzaron los Pirineos, actuaba ya en el Mediodía francés, sobre todo en Marsella, un importante núcleo de militantes anarquistas catalanes exiliados. En esta misma ciudad existía una Comisión de Relaciones anarquistas. Marsella, por lo demás, era un punto muy importante por lo que respecta a las relaciones con Barcelona. Los obreros portuarios estaban muy influidos por el sindicalismo revolucionario de la primitiva CGT²⁵.

Entre las actividades principales se encontraba la recaudación de fondos económicos entre la emigración española, que se destinaban a la propaganda que luego se enviaba a España. Otra actividad más delicada era la adquisición de armas (pistolas y munición), que eran también introducidas en Barcelona.

Todo esto requería desplazamientos y gran actividad. Buenaventura, probablemente, dio sus primeros pasos de militante sirviendo de enlace entre Burdeos y Marsella, ya que vascos y asturianos, por las facilidades que ofrecía el puerto de Burdeos, habían instalado su centro de conspiración en la capital de la Gironda.

Por otra parte, sabemos que Buenaventura mantuvo correspondencia y relaciones con sus amigos leoneses, y que además “el Toto”, que vivió entre los asturianos

24. En las notas de Anastasia se lee: “Enviado por la CNT en 1919 a Asturias y León (La Robla)”. La carta, enviada desde el Hospital Militar de Burgos, se encuentra en Archivo particular.
25. Según una correspondencia que se encuentra en los Archivos Nacionales de París, clasificada en F7 13.440, se habla de la existencia en Marsella de un grupo anarquista francés llamado “Ni Dieu ni Maître”, del que formaban parte algunos catalanes, que mantenía relaciones con Barcelona a veces por correo, pero generalmente por intermedio de “marineros anarquistas”. Igualmente se encuentra el ejemplar número 8 de *La Bandera Roja*, de fecha 7 de diciembre de 1919, que contiene en su segunda página una llamada de la sección española en París de la Federación Comunista Anarquista. Por fin, una carta fechada en Madrid el 24 de noviembre de 1919, que trata sobre “organización de las fuerzas sindicalistas y bolcheviques en Barcelona” y que dice que se envían pistolas desde Mieres a los sindicalistas barceloneses. Nada nos permite asegurar si Durruti tuvo relación con ese movimiento anarquista exiliado, pero tampoco nada nos permite negar que las tuviera.

hasta 1919, no perdió contacto con él durante el tiempo que duró el exilio ²⁶.

Respecto a la evolución ideológica de Buenaventura, que Buenacasa llama “progresos teóricos”, Kaminski dice que “quemó las etapas, costándole menos tiempo que a Bakunin para declararse anarquista” ²⁷. Seguramente Kaminski escribió esto en julio de 1939 impresionado por la personalidad de Durruti. La verdad es que en Buenaventura no hubo “tránsito” del socialismo al anarquismo, ya que siempre existió en él un anarquismo latente.

El marxismo español, desde la llegada de Paul Lafargue en 1872, fue oportunista y cayó pronto en el reformismo. Excepto la noción ortodoxa de partido, todo fue olvidado por el Partido Socialista. Si muy tardíamente uno de sus líderes, Largo Caballero, habló de la toma del poder por la clase obrera, esto fue dicho sin fe ni convicción. Excepto las aportaciones que fueron hechas por el grupo de Andreu Nin ²⁸, el nivel ideológico tradicional entre los marxistas españoles fue el de la socialdemocracia alemana o francesa de los años treinta.

Por el contrario, el anarquismo se desarrolló en terreno propio y fecundo. Sus ideas-fuerza encontraron campo abonado. En un país en el que todo parece que empuja a la federación descentralizada, y en el que la clase obrera veía con desagrado todas las maniobras parlamentarias, la negación del Estado fue perfectamente comprendida.

Cuando Buenaventura conoció, primero en la práctica y más tarde en teoría, el anarquismo, lo identificó con el socialismo activo, revolucionario y finalista que él ya expresaba en León. Por ello debe más bien hablarse de “progreso teórico”, como lo hace Buenacasa, que de “tránsito”.

En marzo de 1919 Buenaventura se encontraba en el hospital militar de Burgos. En una carta que envió a su familia decía: “Cuando me disponía a hace-

26. Según informes que nos ha suministrado el hijo de Laureano Tejerina, su padre, formando parte del grupo anarquista de León en esa época, mantuvo correspondencia con Durruti durante el tiempo que éste se encontraba exiliado. Según el informante, era un paquete voluminoso. Cuando en 1936, con ocasión de la guerra, Laureano Tejerina hubo de ocultarse cerca de León, enterró junto con otros documentos esa correspondencia a que hacemos referencia. Laureano murió estando oculto en la casa y su propio hijo hubo de enterrarlo en el jardín. Esa correspondencia, que hubiera podido servir para vislumbrar mejor todas las actividades de ese período, puede ya considerarse como perdida para la historia social.
27. H. E. Kaminski, *Ceux de Barcelona*, Edicions Denöel, Paris, 1938, pág. 58. [Existe traducción española con prólogo de José Peirats, *Los de Barcelona*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1977].
28. Andreu Nin, nacido en El Vendrell (Tarragona) en 1892, murió en junio de 1937, asesinado por la GPU (policía estalinista). Pasó fugazmente por la CNT (1919-1921). Abrazó el bolchevismo en su viaje a Rusia (1921). Más tarde, se unió ideológicamente a Trotski y, cuando éste cayó en desgracia, Stalin expulsó a Nin de Rusia. En 1931 fundó en España un grupo llamado Izquierda Comunista, y en 1935 este grupo se fusionó con el BOC (Bloc Obrero i Camperol, Bloque Obrero y Campesino) que orientaba Joaquín Maurín, constituyéndose el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Véase nota 77.

ros una visita fui incorporado a mi Regimiento. He pasado Consejo de Guerra y se me ha destinado con recargo a Marruecos, pero como en la visita médica se me ha encontrado una hernia, es por esta razón por la que me encuentro en el hospital, pero por breve tiempo. No quisiera salir para Marruecos sin ver a los amigos que conocéis. Urge que me visiten”²⁹. En esta carta disfraza sus intenciones. Su detención estaba relacionada con una misión que cumplía en España, en estrecho contacto con sus amigos de Burdeos.

A principio de enero de 1919 había cruzado la frontera con la misión de informar a la organización de Gijón del plan de actividades que se estaba realizando en Francia. Terminada su misión, y viendo las perspectivas activistas que ofrecía Asturias, determinó quedarse por un tiempo en España. “El Toto” le informó de los progresos que se habían efectuado en León. El grupo de jóvenes expulsados, entre los cuales destacaba Tejerina, había fundado un grupo anarquista y un Sindicato de Oficios Varios de la CNT, que contaba ya con un número importante de afiliados. En el resto de España la expansión de la CNT estaba en auge, especialmente en Barcelona, donde el sindicalismo, impulsado por Salvador Seguí y Angel Pestaña, atemorizaba a la burguesía. Un obrero de cada dos estaba afiliado a la Confederación, por lo que esta organización tenía por aquel entonces 375.000 adherentes.

Durruti se colocó como mecánico en La Felguera, foco de obreros metalúrgicos, y donde el anarcosindicalismo tenía gran influencia. Fue allí donde obtuvo su primer carnet de la CNT. Aunque importante, el lapso de tiempo transcurrido en aquel lugar fue breve. Buenaventura se trasladó pronto a la cuenca minera leonesa, pues en la zona de La Robla había estallado un duro conflicto, sobre todo en la compañía minera anglo-española. En aquellos momentos, el sindicato minero asturiano se hallaba ante numerosos conflictos huelguísticos en la región y no podía desplazar a sus militantes a la zona de La Robla. “El Toto”, que hasta entonces se había ocupado de los contactos con León, hacía ya tres meses que se encontraba en Valladolid. Como apremiaba realizar una operación de sabotaje en las minas, se pensó en Buenaventura, desconocido en aquella zona. Con él salieron para La Robla dos militantes llegados desde La Coruña. Tal y como lo preveían, después del sabotaje la dirección de la mina pactó con los obreros.

Buenaventura quiso aprovechar la poca distancia que le separaba de León para cambiar impresiones con sus antiguos amigos. Una cita fue concertada en Santiago de Compostela, pero durante el trayecto fue detenido como sospechoso por la Guardia Civil. Enviado a La Coruña, se descubrió su desertión del Ejército y fue conducido a San Sebastián, donde, tras pasar un Consejo de Guerra, alegó su hernia para ganar tiempo y poder evadirse. Con la ayuda que le prestaron sus amigos de León, alertados por la carta que había enviado a su hermana Rosa, logró fugarse. Después de permanecer unos días oculto en la montaña, en el mes de junio volvió de nuevo a exiliarse a Francia.

29. Ver nota 24.

En esta ocasión se trasladó a París y trabajó en los talleres de la empresa Renault. Poca es la correspondencia mantenida en este segundo exilio. En las tarjetas que envía —seguramente con la intención de que fueran leídas por extraños— dice “vivir solo, aislado de todo el mundo y trabajar de mecánico”. Las fotografías que se poseen de la época desmienten sus palabras, pues en ellas aparece rodeado de muchos amigos. Sus actividades durante este período nos son desconocidas. Mantuvo una estrecha correspondencia con Tejerina, secretario del grupo anarquista leonés ³⁰.

Alejandro Gilabert, en un folleto que narra la vida de Durruti, escribe que “los compañeros le informaban asiduamente de la situación política y social española”, siendo la misión principal de esa correspondencia ponerle al corriente “de los progresos que el movimiento anarquista realizaba en el país”, así como notificarle los acuerdos que los grupos anarquistas habían tomado, en una Conferencia Nacional, de incorporarse a una militancia activa en la Confederación Nacional del Trabajo” ³¹. Añade que “esta determinación de los grupos obedecía, sobre todo, a que la policía y el Gobierno estaban poniendo en pie una organización de pistoleros para asesinar a los militantes sindicalistas” ³². Durruti, sigue Gilabert, conoció también, gracias a sus amigos, los detalles del “gran Congreso celebrado en Madrid por la CNT en diciembre de 1919, en el que se encontraban representados cerca de un millón de trabajadores, y de la determinación del Congreso de adherirse a la III Internacional, nombrándose como delegado al II Congreso de la I.C. en Moscú (1920) a Angel Pestaña” ³³.

Gilabert añade en su esbozo biográfico que fueron todas estas entusiastas noticias las que estimularon a Buenaventura a incorporarse de nuevo a España en la primavera de 1920.

La noticia de la victoria del pueblo ruso sobre el zarismo en 1917 influyó, como se sabe, poderosamente en España, incrementando la combatividad de la huelga de agosto. Esta influencia puede ser valorada teniendo en cuenta la posición de la CNT, fuertemente influida por los anarquistas. De la llamada revolución rusa, los anarquistas se hicieron la idea de una auténtica dictadura del pro-

30. Ver nota 26.

31. Se refiere a la Conferencia Anarquista Nacional, celebrada el mes de noviembre de 1918. Hasta entonces, muchos anarquistas no pertenecían a la CNT y actuaban en grupos autónomos. A partir de esta fecha, se integraron a la CNT, pero actuaban generalmente desde la base sindical sin aceptar cargos en los sindicatos. Sobre esta conferencia, Manuel Buenacasa, op. cit.

32. Se trata de las bandas de pistoleros a sueldo de la burguesía, organizadas el año 1918 por el espía alemán barón Von Koenig y el comisario de policía Bravo Portillo. Sobre Bravo Portillo y sus actividades se encuentran buenas referencias en los Archivos Nacionales de París, F7 13.440. Y para la cuestión relativa al pistolero puede consultarse Albert Balcells, *El Sindicalismo en Barcelona*, Nova Terra, Barcelona, 1968.

33. Alejandro Gilabert, *Durruti*, Ediciones Tierra y Libertad, Barcelona, 1937, pág. 64.

letariado destruyendo el poder de la burguesía y de la aristocracia zarista ³⁴.

Buenaventura no escapó a esa influencia, y es muy posible que su decisión de incorporarse a España fuera el resultado de la efervescencia que se vivía en la Europa de la posguerra. Muchos jóvenes, como Buenaventura, se sintieron atraídos por los acontecimientos de Rusia, hasta el punto de quedar sus métodos marcados con una cierta impronta bolchevique. Lo que diferenciaba netamente a estos jóvenes de los métodos bolcheviques era la manera de entender la revolución española, para la que consideraban tener una vía propia dentro de las condiciones históricas en que se estaba gestando. Con el tiempo —una vez desmascarado el carácter burocrático y autoritario de la dictadura del bolchevismo ruso— se reprochará a los bolcheviques la pretensión de imponer la *vía bolchevique* a España, y no tener en cuenta las condiciones socio-históricas de la Península. En general puede afirmarse que todas estas ideas y emociones eran confusas en aquella época.

El teórico anarquista italiano Malatesta, en carta a su amigo Luigi Fabbri, describe bien la comprometida confusión: “Nuestros amigos bolchevizantes entienden por la expresión *dictadura del proletariado* el hecho revolucionario por el cual los trabajadores toman posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo y tratan de constituir una sociedad en la que no haya lugar para una clase que explote y oprima a los productores. En este caso, *dictadura del proletariado* significaría dictadura de todos y no sería ya una dictadura, de la misma manera que gobierno de todos no es ya un gobierno en el sentido autoritario, histórico y práctico de la palabra”. Pero para Malatesta el sentido de lo que era la dictadura bolchevique estaba claro: “En realidad, se trata de la dictadura de un partido, o más bien, de los jefes de un partido. Lenin, Trotsky y sus compañeros son seguramente revolucionarios sinceros, dentro de la forma que ellos entienden la revolución y no traicionarán, pero preparan los cuadros gubernamentales que servirán a los que vengan después para aprovecharse de la revolución y matarla. Es la historia que se repite; *mutatis mutandis*, es la dictadura de Robespierre que lleva a éste a la guillotina y prepara el camino a Napoleón”. Pero, con todo, Malatesta añade corrigiendo en cierto modo su pensamiento anterior (él mismo es prisionero del espejismo de la época): “Puede ser también que muchas cosas que nos parecen malas sean fruto de la situación, y que en las circunstancias especiales de Rusia no hubiera sido posible obrar de manera distinta. Es mejor esperar, tanto más cuanto lo que nosotros digamos no puede tener influencia alguna en el desarrollo de los sucesos en Rusia, y podría en Italia ser mal interpretado y dar a entender que nos hacemos eco de las calumnias interesadas de la reacción”. Esta carta no se hizo pública hasta el año 1922, por las razones expresadas por el mismo autor; sea como fuere, el pensamiento del autor no da lugar a tergiversaciones. La postura anarquista siempre estuvo clara y era: “Nosotros respetamos a los bolcheviques su honestidad marxista y admiramos su energía, pero como no hemos estado nunca

34. En *El Comunista*, periódico que editaba Zenón Canudo en 1919 en Zaragoza, se aprecia esa interpretación que los anarquistas conferían al término “dictadura del proletariado”.

de acuerdo con ellos en el terreno teórico, no sabríamos solidarizarnos con ellos tampoco cuando de la teoría se pasa a la práctica”³⁵.

En la primavera de 1920, nada de cuanto sucedía en Rusia era conocido de manera exacta. Lo único que prevalecía eran las oleadas de calumnias sobre los revolucionarios rusos que la burguesía lanzaba al mercado de la prensa; por ello, sus hermanos de clase de todas las naciones los defendían. La única manera de ayudar a la revolución rusa era desencadenando otras en el resto de los países. Como hemos dicho más arriba, sabemos que esto influyó decisivamente en Buenaventura Durruti para que volviera a España.

35 Esta carta de Malatesta aparece como prólogo al libro de Luigi Fabbri, *Dictadura y Revolución*, Ediciones La Protesta, Buenos Aires, 1925.

CAPÍTULO IV

«Los Justicieros»

Cuando Buenaventura llegó a San Sebastián, la CNT comenzaba a abrirse paso en una zona que hasta entonces había estado dominada por el Partido Socialista y su central sindical, la UGT. Hasta el Segundo Congreso de la CNT, el anarquismo en el País Vasco se había limitado a una acción de propaganda por medio de sus publicaciones animadas por los escasos grupos de la región. Pero después de la huelga de agosto de 1917 y del fuerte incremento que tomó el anarcosindicalismo en toda España, los grupos anarquistas de San Sebastián y Bilbao pasaron a la acción abierta y echaron sólidas bases organizativas. En aquellos tiempos, a orillas del Urumea, en su misma desembocadura, comenzó la construcción de un casino, el Gran Kursaal. Mano de obra aragonesa y logroñesa llegó para tal empresa. El grupo anarquista donostiarra, animado por Moisés Ruiz, se entregó de lleno a la organización sindical de esta masa inmigrada de trabajadores. En esta labor colaboraron, evidentemente, los militantes llegados de Zaragoza y Logroño entre los que destacaban: Marcelino del Campo, Gregorio Suberviela, Víctor Elizondo, José Ruiz, Inocencio Pina, Clemente Mangado y Albadetrecu³⁶. Entre ellos privaba un elevado entusiasmo, pero carecían de sentido de organización. Moisés Ruiz, veterano militante anarquista, comprendió pronto que ciertas tácticas encontrarían obstáculos entre los habitantes de la región, acostumbrados hasta entonces a la práctica edulcorada de los socialistas. Pensó en contrarrestar (y vencer) al Partido Socialista en el terreno de las ideas, para lo cual recurrió a su buen amigo Buenacasa para que desde Barcelona se trasladara a San Sebastián. Este último gozaba de un innato sentido de la organización y su sensibilidad sistemática era reconocida por todos sus compañeros. Pronto, como esperaba Ruiz, su influencia se hizo notar, tanto en la formación de militantes como en la vertebración del primer Sindicato de la Construcción. Como propagandista, intervino en conferencias y retó en repetidas ocasiones a debates públicos a los socialistas. En seguida los militantes del Partido Socialista comprendieron el “peligro” que amenazaba a San Sebastián. A su vez llamaron a militantes de otras regiones con lo que se enzarzó en el País Vasco una lucha tenaz entre socialistas y anarquistas. La burguesía vasca vio en esta contienda una oportunidad para mermar la unidad de la clase obrera: ayudando al socialismo parlamentario, dividía para vencer.

“Un día —escribe Buenacasa— se presentó en el Sindicato un muchacho alto,

36. Clemente Mangado, componente de este grupo, nos ha comunicado en una memoria inédita sus recuerdos personales. De ella nos hemos servido para la reconstrucción de estos hechos. Clemente Mangado murió tuberculoso en el exilio (Francia, 1968). En lo sucesivo, cuando citemos su escrito inédito lo haremos por medio de las iniciales T. C. M.

fuerte, de ojos alegres, que nos saludó con la simpatía del que saluda a quien conoce de toda la vida. Nos dijo, sin preámbulos y enseñándonos el carnet de la CNT, que acababa de llegar a la capital y que precisaba trabajar. Como en casos similares, nos ocupamos de él, encontrándole trabajo en un taller de mecánica en Rentería. Desde entonces, y con cierta regularidad, después del trabajo solía venir al Sindicato. Se sentaba en un rincón, tomaba los periódicos que se amontonaban en una mesa y leía. Apenas intervenía en las discusiones, y cuando ya era entrada la noche se retiraba a la posada en la que le habíamos encontrado alojamiento”.

Aquel rostro impresionó a Buenacasa. Tras algunas reflexiones, llegó a recordar el encuentro anterior que ambos habían tenido. Era aquel joven tan antipático que había conocido tres años antes en Gijón. “Entonces —continúa Buenacasa— tuve curiosidad por conocerle íntimamente y busqué su amistad. De las primeras conversaciones que tuve con él, lo único que pude sacar en claro fue que había estado unos años en Francia. Pero no me dijo los motivos de esa estancia y tampoco hizo referencia a Gijón. Yo tenía la seguridad de que me había reconocido y me intrigaba el porqué silenciaba aquel episodio. ¿Sería —me decía a mí mismo— porque ambos conservábamos un mal gusto de entonces? Sea lo que fuere, el caso fue que ni uno ni otro hicimos jamás referencias directas a Gijón”. Buenacasa, que siempre se ha tenido, como le gustaba decir, por “un buen catedor de hombres”, prosigue: “Gustaba conversar, pero no disputar. En las conversaciones huía siempre de las divagaciones y se concretaba en los fines del asunto. No era ni terco ni fanático, sino abierto, admitiendo siempre la posibilidad de su error. Y tenía la rara virtud, poco común, de saber escuchar, tomando siempre en consideración el argumento del contrario, aceptándolo en las partes que él creía razonables. Su labor sindical era callada, pero interesante. Junto con el resto de obreros metalúrgicos que teníamos afiliados a nuestro Sindicato de Oficios Varios, inscritos a su vez en la Unión Metalúrgica de la UGT, formó un grupo de oposición dentro de la Unión. En las Asambleas de la Unión Metalúrgica su voz comenzó a hacerse oír y más de una vez un jefe socialista se sintió inquieto en el momento en que Durruti pedía la palabra. Sus intervenciones —como fueron después en los mitines— eran cortas, pero incisivas. Era muy sencillo al expresar su pensamiento, y cuando llamaba al pan pan lo hacía con tanta fuerza y convicción, que no había manera de desmentirle.

“Se le nombró para ocupar cargos de responsabilidad en la Junta Metalúrgica, pero jamás quiso aceptarlos, respondiendo a sus compañeros que lo que menos importaba era el cargo, sino que lo verdaderamente importante era la vigilancia desde la base para obligar a los de arriba a cumplir sus compromisos, evitando con ello que se burocratizasen.

“Pasaron los meses, nos fuimos ligando en amistad sincera y fue contándome su vida. Yo, por mi parte, y haciendo las cosas de manera que él no pudiera sospechar mi mano en ello, traté de poner en su camino a los mejores militantes con que contábamos en San Sebastián, quienes pronto fueron simpatizando con aquel callado leonés” 37.

Estos militantes que menciona Buenacasa fueron Gregorio Suberviela, capaz de minas; Marcelino del Campo, albañil e hijo de un maestro de escuela; Ruiz, hijo de un jefe de estación; y Albadetrecu, de una familia burguesa bilbaína, con la que había roto a causa de sus simpatías por el anarquismo. Además de la simpatía que les unió a todos, formaron un grupo anarquista llamado “Los Justicieros”, que actuaron simultáneamente en Zaragoza y San Sebastián.

Cuando este grupo se formó, la agitación minera y metalúrgica era muy intensa en el norte, sucediéndose, como una epidemia, las huelgas en las que la base desbordaba a sus jefes. El Gobierno de Madrid, que ante la agitación creciente instalaba a militares en los gobiernos provinciales, llamó en funciones de gobernador de Vizcaya al teniente coronel José Regueral, quien en nada se diferenciaba del general Martínez Anido o de Arlegui, teniente coronel de la Guardia Civil. Su primer acto fue, en una rueda de prensa, declarar su pretensión de “meter al sindicalismo en cintura”; acto seguido, y para corroborar mediante la intimidación su aserto, comenzó a apalear personalmente a los detenidos y a llevar a cabo numerosas detenciones gubernativas ³⁸.

En Barcelona la situación era peor. La represión sistemática iba logrando el objetivo de transformar la lucha sindical en guerra social. Los dirigentes obreros eran literalmente *cazados* a tiros en las calles por bandas de pistoleros a sueldo de la burguesía. La policía puso en práctica, de manera regular, la famosa “ley de fugas”. Los militantes más capacitados del proletariado catalán eran enviados a prisión; sólo jóvenes activos podían sostener aquel encarnizado combate porque eran aún desconocidos de la policía y los pistoleros.

“El Comité Nacional de la CNT, que llevaba una vida clandestina, no podía hacer frente a aquella situación, y solicitaba a los militantes del resto de España medios y soluciones para contrarrestar la ofensiva burguesa y policíaca que tenía lugar en Barcelona. Pero todo resultaba en vano. Al asesinato en la vía pública seguía una persecución autoritaria sañuda y constante. Lo mejor de lo mejor de nuestros militantes —escribe Buenacasa— estaban amenazados por el dilema: matar, huir o caer en prisión. Los violentos se defendían y mataban; los estoicos mueren y también los bravos, a quienes se asesina por la espalda; los cobardes y prudentes huyen o se esconden; y los despreocupados más activos dan con sus huesos en la cárcel” ³⁹.

38. “La detención gubernativa” consistía en el privilegio que tiene un gobernador civil de enviar a la cárcel por espacio de tres meses a cualquier individuo del cual se sospeche una actividad subversiva. En aquella época, mediante este procedimiento, se tuvo a militantes obreros años y años en presidio, pues se les prorrogaba regularmente la detención. Más tarde, durante la represión franquista, esta medida ha sido igualmente aplicada. Véase como ejemplo el caso de Alejandro Zotter, cónsul austriaco en Madrid en 1935, detenido en 1939 por las tropas franquistas y “preso gubernativo” hasta 1950, año en el que fue puesto en libertad gracias a la intervención de la Embajada de los EE. UU.

39. Manuel Buenacasa, *op. cit.*

Esta ofensiva del Gobierno y de los patronos era una de las armas —la más extrema y desesperada— que las clases dominantes manejaban contra el auge del sindicalismo en Barcelona y contra la madurez que el proletariado había alcanzado. En fin, a la burguesía, que había aplicado el *lock-out* a 200.000 obreros a finales de 1919, y que se había visto obligada a claudicar, ahora no le quedaba más que esta agresión descarada.

“Los Justicieros” no eran insensibles a las llamadas que llegaban de Barcelona, y pensaron “que la manera más efectiva de acudir en ayuda de sus compañeros era transformando España en una inmensa Barcelona”; pero eso “requería el establecimiento de un plan estratégico que era imposible por el momento llevarlo a término”. Sin embargo, frecuentemente pensaban “acudir a Barcelona para ocupar los puestos que la lucha dejaba vacantes”⁴⁰. Buenacasa, en más de una ocasión, intervino «frenando con su autoridad moral los impulsos juveniles, recomendándoles la continuidad en San Sebastián, en donde la lucha social era tan importante como en Barcelona, aunque menos espectacular»⁴¹. Un hecho acontecido en Valencia el 4 de agosto de 1920 repercutió fuertemente en “Los Justicieros”. Se trataba del atentado llevado a término por un grupo anarquista contra el ex gobernador de Barcelona, José Maestre de Laborde, conde de Salvatierra. Durante su mandato en el Gobierno Civil de la capital catalana, había permitido la aplicación de la “ley de fugas” a 33 sindicalistas. Como réplica, los anarquistas valencianos determinaron suprimirle. La conmoción de este acto llegó hasta el mismo Gobierno. Este, que había pretendido detener los desmanes de sus propias autoridades, se percató de que su poder y decisiones no llegaban más allá de los muros del Ministerio de la Gobernación, mientras en Barcelona el salvajismo de las autoridades locales aumentaba día a día.

Para “Los Justicieros” este atentado fue ejemplar. Pronto comenzaron a organizar otro contra el gobernador de Bilbao, Regueral, cuyas prácticas represivas eran desmesuradas. Ocupados en su preparación, supieron que Alfonso XIII asistiría a la inauguración del Gran Kursaal. El plan Regueral fue descartado. “Se pensó que un atentado a Alfonso XIII sería más positivo para la causa proletaria”⁴². Y “la manera más práctica de llevar a cabo el atentado podía ser una mina que fuese hasta el centro del salón en donde tenía que tener lugar la recepción de invitados. Bajo la dirección de Suberviela, y desde una casa próxima, comenzaron los trabajos del subterráneo. A Durruti se le encargó la adquisición de explosivos y su almacenamiento”⁴³.

El trabajo era difícil y penoso; una vez alcanzados los cimientos del edificio, se avanzaba muy lentamente. El local donde comenzaba el túnel había sido disfrazado

40 TCM.

41. Cuartillas inéditas de Buenacasa.

42 TCM.

43 Idem.

do de carbonería, pero la policía debió sospechar algo debido a la gran cantidad de sacos terreros que salían de allí. Un registro puso al descubierto el complot. El equipo que se hallaba trabajando hubo de escapar tras un tiroteo. Durruti, que se encontraba en Gijón por entonces, tuvo una desagradable sorpresa a su regreso: descubierto el atentado, se le hacía responsable del mismo junto a Subervela y Marcelino del Campo. “En estas condiciones —les dijo Buenacasa— ya no podéis continuar en San Sebastián. Lo tengo todo arreglado para que salgáis para Barcelona” ⁴⁴. La salida de San Sebastián no fue fácil. La policía se movilizó para tratar de encontrar a los “tres anarquistas peligrosos, denunciados por la prensa local” ⁴⁵. Unos obreros ferroviarios, con los que Buenacasa mantenía estrechas relaciones, ayudaron a los tres perseguidos a escapar, vía Zaragoza, en un tren de carga, con lo que consiguieron burlar la vigilancia ⁴⁶.

44. Cuartillas inéditas de Buenacasa.

45. *Idem.*

46. *Idem.*

Ante el terrorismo gubernamental

Marcelino y Gregorio eran conocidos en Zaragoza; en cambio, Buenaventura entraba por primera vez en tierras aragonesas. La hora de llegada era temprana, por lo que pensaron ir, en vez de a casa de Inocencio Pina —uno de “Los Justicieros” de Zaragoza—, al local de los Sindicatos, situado en la calle Agustín. Una vez en el segundo piso, traspasado el umbral, Buenaventura se encontró con un mundo diferente al que estaba acostumbrado. El local de San Sebastián era de proporciones reducidas, mientras el Centro de Estudios Sociales de Gijón, dirigido por Quintanilla, era prácticamente desconocido para Durruti⁴⁷. Era ahora, por vez primera, cuando Buenaventura se encontraba con un amplio local, adecuado a las actividades sindicales. Todas las actividades, hasta las intelectuales, tenían lugar en el Centro de Estudios Sociales de Zaragoza. Existían diversos rótulos en las habitaciones: Alimentación, Metalurgia, Electricidad, Alumbrado y Gas, Camareros, etc. Una bien provista biblioteca y, muy cerca, la habitación de *El Comunista*, “Órgano del Centro de Estudios Sociales, portavoz de los Sindicatos Obreros de la Región y defensor del Proletariado Internacional”. Próximo a *El Comunista* se encontraba la oficina de *Cultura y Acción*, órgano de los Sindicatos de la CNT de la región.

A la hora en que los tres jóvenes llegaron, sólo se hallaba en el Centro el presidente del mismo, Santolaría, el director de *El Comunista*, Zenón Canudo, y el conserje⁴⁸. Gregorio, conocido por los dos primeros, tras los primeros momentos de sorpresa, presentó a Marcelino y a Buenaventura, de quien dijo que era un compañero asturiano. Canudo y Santolaría hablaron del joven Ascaso (por entonces desconocido para Durruti), quien, encerrado desde diciembre de 1920 en la cárcel de Predicadores, estaba esperando una segura sentencia de muerte; se

47 Eleuterio Quintanilla fue uno de los fundadores de la CNT. Era maestro de escuela, fundador del Centro de Estudios Sociales de Gijón y director del semanario *Acción Social*. En el Congreso de la CNT de 1919 denunció ya el carácter autoritario de la revolución rusa y formó parte de la tendencia que en el interior del Congreso se opuso a la adhesión de la CNT a la III Internacional. Murió en Burdeos en 1965, a los 80 años de edad.

48. La CNT, como consta en sus Estatutos, no tenía funcionarios o personas retribuidas. En los locales de la CNT generalmente había un conserje, que era un viejo militante; sufragaba sus gastos personales con los beneficios que obtenía de la venta de la prensa y de libros. Hasta 1936, la Confederación no tuvo más persona retribuida que el secretario general, quien tenía como sueldo el de un obrero cualificado. Las demás labores sindicales que se llevaban a cabo se hacían después de la jornada laboral. Estas normas tenían como fin combatir la burocracia sindical.

le acusaba de haber matado al redactor jefe de *El Heraldo de Aragón* 49. La conversación, en fin, puso en antecedentes a los recién llegados del estado de cosas en Zaragoza 50. Estando ya terminando la misma, entró José Chueca, redactor de *El Comunista*, quien comentó con nerviosismo una noticia singular: en San Sebastián se había descubierto un atentado contra Alfonso XIII; los presuntos autores, decía, resultaban ser tres jóvenes anarquistas; al citar los nombres de los presentes, a quienes Chueca no conocía, todos rieron, lo cual irritó al redactor, que nunca pudo imaginarse la coincidencia. Santolaría, antes de separarse, aconsejó a los tres amigos “que sería preferible abstenerse de visitar el local que estaría ya, o podía estarlo, sometido a vigilancia”.

Al anochecer, Buenaventura y sus dos amigos encontraron a Inocencio Pina. En la casa que éste tenía en las afueras se entrevistaron con Torres Escartín 51. En esta misma conversación fueron informados extensamente de la situación de algunos militantes. “Se encontraban en la cárcel Manuel Sancho, Clemente Mangado y Albadetrecu, acusados de haber atentado contra la vida de Hilario Bernal, director de la empresa Química, S. A., virtual jefe de la burguesía zaragozana 52; y Francisco Ascaso, este último con peligro de que lo sentenciaran a muerte. Los cuatro eran miembros del grupo, después de la fusión de “Voluntad” y “Los Justicieros”. Para evitar condenas a muerte o condenas a presidio, es preciso —decía Pina— que se haga frente a la burguesía y a la autoridad movilizan-

49. Este atentado lo había realizado Domingo Ascaso, pero su hermano Francisco no tenía nada que ver. Mangado afirma que “ese periodista, llamado Gutiérrez, mantenía en *El Heraldo de Aragón* una constante campaña de calumnias contra los anarquistas, pero eso nada tuvo que ver con el atentado; éste sólo fue debido a que denunció a varios de los soldados que se sublevaron en el Cuartel del Carmen la noche del 8 al 9 de enero de 1920”.
50. Para los entrecuillados y, en general, para la entrevista, nos valemos del testimonio de un viejo militante aragonés (CB) que hasta 1967 residió en Barcelona. Felipe Alaiz que durante la época del relato vivía en Zaragoza, y que junto con Zenón Canudo fundó un periódico de vida efímera, *Impulso* —en el cual escribí por primera vez Francisco Ascaso (1919)—, consultó el testimonio y nos certificó su exactitud. Felipe Alaiz, célebre periodista, murió en el exilio en 1965.
51. Nacido en Huesca en el seno de una familia acomodada. Siendo estudiante, fue iniciado en el anarquismo por el catedrático Ramón Acín (fusilado en 1936 por los fascistas). Escartín abandonó sus estudios y se hizo pastelero, militando en el Sindicato de la Alimentación en 1919. Fue fusilado por los franquistas en 1939 en Barcelona.
52. Clemente Mangado, uno de los inculcados en este proceso, escribe: “Cualquier obrero de Zaragoza hubiera podido atentar contra Bernal, ya que este personaje no sólo practicaba el despotismo en la Química, S. A., sino que denunciaba a los obreros que cotizaban a la CNT. Por lo que respecta a nosotros, ninguno de los tres teníamos nada que ver con el atentado. Justamente nos encontrábamos preparando uno contra el gobernador civil, el conde de Coello, quien, junto al cardenal Soldevila, era el introductor en Zaragoza del pistolero y de los métodos que Martínez Anido había implantado en Barcelona”.

do la opinión pública, particularmente la clase obrera. Para llevar a cabo todos estos trabajos, el grupo no cuenta más que con nosotros dos (Pina y Escartín); dos personas es un pobre recurso para esa tarea. A vosotros —concluyó— resta decidir si en estas condiciones es preferible continuar el viaje o quedaros en Zaragoza”.

“En realidad —escribe Mangado comentando esto—, la decisión de Buenaventura y sus amigos estaba ya tomada, pues no era norma nuestra abandonar a los amigos. A partir de ese momento, el “joven asturiano”, como fue Durruti conocido en estos primeros tiempos en Zaragoza, y sus amigos quedaron incorporados a la avanzada revolucionaria de la capital”⁵³.

La burguesía se vengaba ahora, mediante un *lock-out* encubierto, de las concesiones que se había visto obligada a hacer tras las huelgas de Alumbrado y Gas, así como la de Camareros y Tranvías, el año anterior⁵⁴. Alegando motivos de crisis económica, reducía la plantilla y practicaba una represión sistemática patrocinada por el conde de Coello y Portugal, gobernador de la provincia, y por el cardenal Soldevila. En tales circunstancias, las dificultades que los tres fugitivos encontraron para emplearse fueron grandes, si bien Buenaventura halló pronto trabajo en los talleres mecánicos Escoriaza, dada la pericia en su oficio; pero fue Pina quien debió ayudar a los otros dos, acogiéndolos en su modesto negocio de frutas y verduras.

Por aquel entonces Zaragoza vivía, a pesar de todo, una *tregua social*, en la que las clases burguesa y obrera rehacían sus filas. Las fuerzas del proletariado, pese a la represión sufrida a lo largo del año 1920, se encontraban en perfecto estado. Los sindicatos funcionaban normalmente, e incluso habían aumentado el número de sus afiliados. La prensa obrera, si bien perseguida y recortada por la censura, salía a la calle. La vida, exceptuando el paro creciente que había, parecía sosegada. Esta aparente y superficial tranquilidad zaragozana contrastaba con la lucha abierta que tenía lugar en Barcelona, donde Martínez Anido, gobernador civil de dicha provincia catalana, dirigía una vasta operación de asesinatos sistemáticos. Los sindicatos estaban reducidos a la clandestinidad, los militantes encarcelados (Ángel Pestaña, recién vuelto de su viaje a la URSS, entre ellos), etc. Los jóvenes, organizados en grupos anarquistas, al frente de los sindicatos clandestinos y de los organismos de la CNT, tenían que afrontar a la policía. Las “purgas”, habían obligado a una prematura promoción de ciertos militantes carentes de experiencia. Cuando el Comité Nacional de la CNT fue detenido en el mes de marzo de 1921, hubo que improvisar un nuevo Comité, cuyos miembros eran inseguros

53. TCM.

54. *El Comunista* aporta datos respecto a estas huelgas. El Sindicato del Alumbrado impuso a la Compañía el reconocimiento de su organización sindical, un aumento del 60 por ciento en los jornales y la dotación de un capote para la lluvia a cada obrero. En la Compañía de Tranvías impuso también un aumento salarial para todas las categorías y el reconocimiento de la organización sindical. Cfr. *El Comunista*, n. 14 hasta el 21 inclusive.

o militantes cenetistas de última hora, tales como Andreu Nin, que pertenecía a la CNT desde hacía sólo dos años escasos. Eugenio Boal, Secretario General de la CNT, en el momento de su detención tenía en su poder el informe que Angel Pestaña le había enviado desde la cárcel, en el que daba cuenta de su gestión — y de sus impresiones — en el II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en agosto de 1920. En él señalaba Pestaña que “por diversos motivos, y especialmente por las imposiciones de las llamadas 21 condiciones, era preciso que la CNT, a la vista de estos hechos, reestudiara su acuerdo de adhesión a la III Internacional, tomado bajo el entusiasmo en 1919”. Boal no tuvo tiempo de cursar este informe a los sindicatos. El nuevo equipo, presidido por Nin, era el depositario, pues, del documento; demoró la transmisión del mismo interpretando *ad pedem litteram* los Estatutos de la Confederación. Juzgaron que no era facultativo de los sindicatos rectificar las determinaciones de un Congreso y que, mientras no tuviera lugar otro, el acuerdo de 1919 seguía siendo válido. El nuevo equipo y sus interpretaciones filo-bolcheviques, así como ciertas intrigas relacionadas con este asunto y las dificultades propias causadas por la represión, entorpecían la marcha a la CNT ⁵⁵.

Por entonces, la atención giraba en Zaragoza en torno a la necesidad de poner en pie una Federación anarquista en la península. Para ello, se reunieron en conferencia diversos grupos anarquistas de la localidad (“Vía Libre”, “El Comunista”, “Los Justicieros”, “Voluntad” e “Impulso”). En esta reunión se acordó enviar una delegación al sur, centro y este del país, para confrontar opiniones y proponer el proyecto. Buenaventura Durruti, encargado para este viaje, salió de Zaragoza, acompañado de Juliana López, delegada también, hacia Andalucía en febrero de 1921. Era la primera vez que nuestro biografiado asumía una responsabilidad de este tipo. En Andalucía logró convencer a los militantes para que crearan, a título de ensayo, pactos solidarios entre los diversos grupos de cada localidad; un comité de relaciones anarquistas coordinaría regionalmente todas las acciones ⁵⁶.

De Andalucía partió para Madrid. En esta ciudad iba a recibir ciertas sorpresas. Un día antes de llegar a la capital, el 8 de marzo, desde un sidecar y en pleno Paseo de la Independencia, unos desconocidos habían disparado contra el automóvil en que viajaba Eduardo Dato, quien resultó muerto en el acto. Los autores del atentado, se decía, no habían podido salir de Madrid, y la policía había puesto la capital en verdadero estado de guerra acordonando barrios enteros ⁵⁷. En estas condiciones era muy arriesgado tomar contactos con los anarquistas madi-

55. Véase nota 77.

56. TCM y CB.

57. Este atentado fue llevado a cabo por el grupo anarquista “Metalúrgico” de Barcelona. Para dicha misión se desplazaron a Madrid tres de sus miembros: Pedro Mateu, Luis Nicolau y Ramón Casanellas. Mateu fue detenido en Madrid y los otros dos lograron escapar al extranjero, pero Nicolau fue entregado a las autoridades españolas por los alemanes y Casanellas encontró refugio en la URSS, país donde acabó convirtiéndose al bolchevismo. Mateu y Nicolau fueron condenados a muerte e indultados más

leños; por ello Buenaventura y Juliana salieron inmediatamente de la villa y corte.

Cuando llegaron a Barcelona, corrían rumores de que la muerte de Dato había conmocionado profundamente al Gobierno, y que éste había enviado un emisario para ordenar a Martínez Anido que cesara en la persecución de sindicalistas⁵⁸. La primera conversación que Buenaventura tuvo con Domingo Ascaso, en la fonda donde este último solía comer al mediodía, giró en torno al atentado y sus consecuencias, y también sobre Anido y las persecuciones. De todo ello se desprendía que el gobernador de Barcelona era persona que no se dejaba intimidar por el Gobierno central. La charla de los dos hombres continuó en una casa de la barriada obrera de Pueblo Nuevo. Durruti fue puesto al corriente de que todos los sindicatos estaban clausurados y los militantes más sobresalientes encarcelados (Seguí, Pestaña, Boal, Peiró, etc.) así como decenas y decenas de otros militantes más oscuros. Los pistoleros actuaban como policía paralela y se identificaban entre sí mediante un carnet azul. En las puertas de las fábricas se apostaban para intimidar a los delegados sindicales o para abatirlos si el empresariado así lo deseaba. Los confidentes habían añadido su acción a la de los pistoleros. Algunos de los ahora confidentes habían pertenecido a la Confederación, pero ante el dilema en que la policía les colocaba —traicionar o morir— habían terminado por ceder. “Contra estos peligros externos e internos, los anarquistas —decía Domingo Ascaso— hemos cerrado filas apartando a los dudosos y entregándonos a acciones espectaculares como el atentado contra Dato, verdadero instigador de la tác-

tarde, saliendo en libertad en 1931. Por esa fecha, Casanellas, recién llegado de Rusia, moría en un accidente de moto. Durante aquella estancia de Durruti en Madrid, fue detenido por sospechoso; pero pudo convencer a las autoridades de que era “hijo de buena familia y que se encontraba en Madrid en compañía de una amiga, y que si ese hecho se divulgaba podía traer consecuencias para su honorable familia”. Al comisario le convencieron sus modales, su porte elegante, su tipo de extranjero y su natural simpatía, dejando al rico heredero y a su querida que se marcharan libremente”. Manuel Buenacasa, cuartillas inéditas.

58 Allende Salazar reemplazó a Dato y encargó a su ministro de la Gobernación, Bagallal, que tomara las medidas oportunas para poner fin al terrorismo en Barcelona. Este envió un emisario para convencer a Martínez Anido, pero el gobernador de Barcelona le repuso que “tal y como están las cosas no se puede detener la marcha”; y también, que “como el Gobierno está comprometido tanto como él en esa represión, lo que es necesario es que cada palo aguante su vela”. Sobre este asunto puede consultarse, entre otros, a José Peirats, *Los anarquistas y la crisis política española*, editorial Alfa, Buenos Aires, 1964 y Albert Balcells, *El sindicalismo en Barcelona*, Nova Terra, Barcelona, 1968. Manuel Buenacasa, con respecto a Anido, ha dejado un bosquejo interesante: “... Es un personaje cuyo estudio corresponde mejor a la psiquiatría que a la política. El crimen por el crimen, el placer sádico aplicado siempre a los de abajo (aunque esto no implica que no sienta desprecio también por los de arriba) aparece como estímulo de vida, como un goce o un éxtasis mórbido (...), el asesinato fue uno de sus objetivos supremos, si no el único. Cada crimen estaba precedido del placer de la celada”. Es digno de mención el hecho de que el general Franco, en 1936, en la Junta de Burgos, encargara a este siniestro personaje el Ministerio de la Gobernación.

tica de Martínez Anido". Otras acciones iban a seguir a ésta ⁵⁹. Ascaso señaló que lo que Durruti les proponía era entonces imposible, pues no podían apartarse del objetivo que les absorbía. Añadió: "Todo esto puedes comunicarlo a los compañeros de Zaragoza, así como prevenirles de que algunos pistoleros demasiado conocidos en Barcelona tienden a refugiarse en Zaragoza, seguramente con la intención de extender sus actividades a aquella ciudad" ⁶⁰.

Una vez en Zaragoza, Buenaventura hizo el balance de su viaje. En ciertos lugares, el recelo existente dificultaba las cosas. Pero, en general, una mayoría estaba dispuesta a establecer pactos duraderos que constituirían el primer paso para la creación de una Federación anarquista peninsular. Inmediatamente, los grupos de Zaragoza pusieron manos a la obra: el grupo "Vía Libre" fue encargado para que convocara una Conferencia Nacional, y, hasta que esto fuera posible, en su publicación se abriría una tribuna de discusión en torno al problema de la organización anarquista. "Los Justicieros", a los que Buenaventura expuso la necesidad de obtener pistolas, se encargaron del asunto. Varios de ellos salieron hacia Bilbao para obtenerlas.

Buenaventura y Gregorio, buenos conocedores de los militantes vascos, pidieron ayuda —para llevar mejor a cabo la delicada misión— a Zabarain, que siempre se había dedicado a actividades de esta índole. Este se mostró pesimista en un principio, diciendo: "Desde la llegada de Regueral a Bilbao, puede decirse que la CNT no ha salido de la clandestinidad". Y prosiguió: "Las cajas de los sindicatos están materialmente agotadas yéndose el dinero en asistencia a los familiares de los detenidos o atendiendo los procesos. Imposible pensar en este modo de ayuda"⁶¹. Sin embargo, hicieron algunas gestiones entre los compañeros para obtener algún dinero o algunas armas. Los resultados fueron casi nulos; obtuvieron muy poco dinero y algunas armas cortas, y esto gracias a la abnegación de ciertos compañeros de Bilbao, que entregaron su pistola en "unos momentos en que un arma era el mejor carnet de identidad". Gregorio, animado, y juzgando que "a grandes males, grandes remedios", propuso llevar a cabo algunos golpes en determinados bancos, ya que el Estado saqueaba las cajas de las organizaciones obreras. Torres Escartín y Buenaventura, siempre de acuerdo, manifestaron con inquietud su inexperiencia. Si bien habían tenido encuentros armados con la policía y los pistoleros, y habían realizado atentados con dinamita, nunca se habían servido de una pistola para asaltar un banco. No obstante, una vez aceptadas las responsabilidades, Gregorio y Buenaventura planearon un robo en el Banco de Bilbao. Buenaventura convenció a su amigo de que el golpe era irrealizable, por la cantidad exigua de medios con que contaban. Zabarain los sacó del callejón sin salida en que se encontraban, diciéndoles que no era "un robo cualquiera", sino un pro-

59. Domingo Ascaso se refiere a un intento de asalto al cuartel general de los pistoleros, organizado por ocho grupos anarquistas en Barcelona.

60. Para esta entrevista, TCM.

61. TCM. Seguimos el mismo testimonio para el resto del relato.

yecto realizable. Se trataba de desvalijar al pagador de uno de los centros metalúrgicos de Eibar que, según parecía, transportaba una cantidad importante. Desde el Banco de Bilbao a la factoría, el citado pagador iba acompañado solamente de un chófer. El atraco se haría en plena carretera Bilbao-Eibar. El día designado simularon un accidente en la carretera. Chófer y pagador quedaron amordazados en el fondo de su propio coche y los asaltantes se apoderaron de la elevada suma.

Al día siguiente, la prensa local daba cuenta del audaz robo de 300.000 pesetas. La policía, por su parte, sospechaba que el golpe era obra de una banda de atracadores catalanes. "Los Justicieros" se ocultaron en una casa del barrio de "las siete calles". Mientras tanto, Zabarrain hacía gestiones en Eibar para adquirir cien pistolas tipo "Star", modelo que por aquella época recibía el nombre de "pistola sindicalista". El dinero que sobró de la compra fue dividido en dos partes, una para Bilbao y la otra fue llevada a Zaragoza por Juliana. Días más tarde, los tres amigos salían para Logroño ⁶².

62 Idem.

CAPÍTULO VI

Zaragoza, 1922

Hacia junio de 1921, la vida era tranquila en Zaragoza. Durruti trabajaba en una cerrajería. Los pistoleros todavía no habían entrado en acción. Los sindicatos llevaban una vida normal, aunque su situación legal era ambigua. Únicamente desentonaban en este ambiente tranquilo los presos que en la cárcel de Predicadores esperaban ser juzgados. Algunas noticias llegaban desde la prisión: Francisco Ascaso, por los malos tratos recibidos y por la humedad, había terminado por caer enfermo. Sus compañeros escribieron al Comité Pro-presos pidiéndole que intensificara la propaganda en su favor ⁶³. Cuando Buenaventura oía hablar de Ascaso sentía una cierta admiración por su persona, pues Pina y otros compañeros le habían hablado de él con verdadera veneración. En más de una ocasión Buenaventura expresó deseos de ir a hacerle una visita a la cárcel, pero sistemáticamente sus amigos se opusieron a tal temeridad.

Durruti habitaba en la casa de Pina y hacía “vida de ermitaño”. Este lapso de tiempo pasado en la oscuridad sirvió para retirar su nombre de la boca de la policía. Además, el jefe de policía de Zaragoza en aquella época, Aparicio, era famoso por su dureza contra la CNT, a la que quiso aplastar en el proceso a Victoriano Gracia, tras la explosión de una bomba en el café Royalty durante la huelga de camareros ⁶⁴. El aislamiento sirvió a Durruti para incrementar su escasa cultura en la biblioteca de Pina. Leyó a Miguel Bakunin y a Kropotkin. Más tarde, el mismo Durruti confesará que “ambas concepciones le sirvieron para equilibrar su propia teoría, viendo en Kropotkin un complemento práctico a Bakunin” ⁶⁵. “El carácter violento y radical de Bakunin encontraba en Kropotkin las bases para la realización de la sociedad libertaria”. Los españoles habían hecho, ya por entonces, una síntesis entre ambos, síntesis que unida a su tradición colectivista y federati-

63. Idem.

64. Sobre este asunto, Francisco Ascaso escribe: “Uno de los procesos más resonantes seguidos a nuestra organización en aquella localidad (Zaragoza) fue el de las famosas bombas del café Royalty, en el año 1920. Victoriano Gracia, complicado en el mismo por el famoso don Pedro Aparicio, jefe de policía, supo desentrañar la maniobra y destruirla. Su folleto, editado bajo el pseudónimo de “Tentieso”, fue, junto con la defensa magnífica de Francisco Layret, la base fundamental de la liberación de los presos y de la dimisión del citado jefe de policía”. Artículo publicado en *Solidaridad Obrera*, bajo el título “Victoriano Gracia”, en febrero de 1935.

65. Liberto Callejas, en su comunicación con relación a este periodo, escribe “que fue de gran provecho para Durruti, porque le permitió profundizar en las teorías anarquistas con las muchas lecturas que tuvo”

va explica la singularidad del anarquismo ibérico ⁶⁶. La confesión que hemos copiado más arriba de Durruti es muy posterior a la época; por ello, y apoyados en el activismo que desplegó inmediatamente después, estamos inclinados a creer que, contrariamente a sus palabras, la influencia decisiva en dichos momentos era la de Bakunin.

A estas lecturas se añadían las constantes discusiones que mantenían Pina y él, desde dos concepciones divergentes del pensamiento anarquista. Por entonces, España entraba en una nueva crisis política. En realidad, ésta no era otra que la continuidad de la crisis que España venía arrastrando. La impopular campaña militar que el Ejército español libraba en Marruecos era en aquellos momentos un verdadero desastre. Las tropas del general Silvestre fueron aplastadas por las huestes de Abd-el-Krim; catorce mil soldados españoles encontraron la muerte en la batalla de Annual. Cuando el 11 de agosto se consumó la derrota, el pueblo español explotó en violenta indignación, exigiendo no sólo el fin total de la guerra, sino también las máximas responsabilidades para los propugnadores de la masacre y para todos los políticos favorables a las campañas africanas. La agitación social fue un verdadero amotinamiento, y en todos los centros industriales se produjeron importantes huelgas. Los fusiles máuser de la Guardia Civil no eran suficientes para acallar la protesta y el Jefe de Gobierno, Allende Salazar, acudió aterrado al Palacio Real para ofrecer al rey su dimisión. Alfonso XIII, con su habitual desprecio por "la canalla", estaba preparando su equipaje para partir de veraneo a su palacio de Deauville cuando Maura fue convocado. Se le dijo que formara un "gobierno fuerte", para que las voces que pedían responsabilidades fueran acalladas. Maura deberá asistirse de un ministro de la Guerra que sepa ganar la guerra en el terreno social, es decir, no en Marruecos y contra los moros, sino en España y contra los trabajadores españoles ⁶⁷.

Maura, hábil y cargado de experiencia, comprendió que lo que Alfonso XIII le pedía era "meter España en cintura" ⁶⁸. Formó un gobierno y puso al frente del Ministerio de la Gobernación al gobernador de Zaragoza, conde de Coello y Portugal. Su programa político era: represión de la clase obrera y captación de la burguesía, sobre todo catalana, la cual, mediante su descarado terrorismo, mostraba un profundo desprecio al poder central de Madrid. Maura, incrementando el asesinato en la vía pública, haciendo correr las cuerdas de presos por los caminos de España ⁶⁹, y llenando los presidios de trabajadores, consiguió "pacificar" la

66. Juan Manuel Molina se ha expresado en diversas ocasiones, refiriéndose a Durruti, en este sentido, cuando tuvimos ocasión de entrevistarle para el presente trabajo.

67. Recuérdese que Antonio Maura era Jefe de Gobierno cuando "La Semana Trágica" de Barcelona en julio de 1909, y que fue uno de los principales responsables del fusilamiento de Francisco Ferrer y Guardia el 13 de octubre de 1909.

68. Diversos historiadores, entre ellos Alberto Balcells, recogen esta expresión.

69. En esta época los presos iban de cárcel en cárcel, atados unos a otros, andando por carretera, y bajo la escolta de la Guardia Civil. De ahí el nombre de "cuerda de presos".

nación. Pero las gestiones que se hicieron para atraer a la burguesía catalana fracasaron completamente; ésta pedía el Ministerio de Hacienda, y al no ser atendida en su demanda, el Gobierno de Maura no pudo ir más allá de marzo de 1922, cuando una nueva crisis lo suprimió.

Alfonso XIII pensó, siguiendo el ejemplo de Mussolini y Víctor Manuel, que su solución era un general de estirpe fascista que controlara la nación y le permitiera "reinar" en paz. Cuando Sánchez Guerra llegó a ser el nuevo Primer Ministro, recibió instrucciones en tal sentido. Pero éste, en cambio, sabiéndose transitorio, inició un gobierno de tregua social y restableció las garantías constitucionales el 22 de abril de 1922.

Para entonces, Zaragoza y la CNT aragonesa habían comenzado a vivir la tragedia del pistolero importado de Barcelona por el conde de Coello y el arzobispo Soldevila ⁷⁰.

Cuando las autoridades locales de Zaragoza oyeron los rumores de que, tras el fracaso político de Maura, Sánchez Guerra podría ser su sustituto, pasaron a una decidida ofensiva. Comenzó a ponerse en marcha la maquinaria de la justicia, a fin de liquidar rápidamente cuantos expedientes estaban estancados. Se anunciaron los juicios de los condenados (presuntos) por el atentado a Bernal y por el *affaire* del periodista Gutiérrez; los resultados de estos juicios —y de otros— prometían ser graves en sus consecuencias. Rápidamente "Los Justicieros" se pusieron en pie de guerra, apoyados por los abogados de las causas obreras, venidos de Madrid y Barcelona. Eduardo Barriobero, abogado defensor principal, expuso ante el comité Pro-presos sus puntos de vista: "Con Sánchez Guerra en el Gobierno la política cambiará, y con el restablecimiento de las garantías constitucionales tanto la CNT como el resto de la oposición saldrá de la clandestinidad. Pero si el presente proceso se liquida antes de que esto ocurra, y los enjuiciados son condenados, no habrá revisión del mismo pese a la política de "tregua", y los condenados estarán muchos años en la cárcel. Para que salgamos airoso de la situación — y para que los presos salgan de la cárcel-, la mejor defensa que puede hacerse es que el pueblo de Zaragoza proclame su inocencia en la calle. Solamente esta presión popular puede hacer girar las cosas a nuestro favor" ⁷¹. El delegado de los grupos anarquistas expuso ante el Comité Pro-presos que las mejores armas eran la huelga general y las manifestaciones violentas en la calle. El delegado de la CNT alegó que "estando clausurados los sindicatos, una declaración de huelga general no va a ser seguida por los trabajadores" ⁷². Los grupos anarquistas acordaron que, en caso de que la CNT no aceptara la responsabilidad de la declaración de la huelga, ellos mismos tomarían la iniciativa y afrontarían las consecuencias derivadas de este acto. Una delegación fue nombrada para estos efectos, encontrán-

70. Ya en esta época, comenzaron a llegar pistoleros procedentes de Barcelona, según atestigua Clemente Mangado. Y se les nombraba Inspectores de Tranvías.

71. TCM.

72. *Idem*.

dose entre sus integrantes a Buenaventura. El Comité local de la CNT convocó a los representantes de los sindicatos para estudiar, en reunión plenaria, la actitud que se adoptaría en Zaragoza. El dilema que se presentaba ante ellos era decisivo: si la clase obrera respondía a la llamada, el triunfo sería total —para la CNT y para los procesados—; pero si la huelga no era unánime, la CNT se encontraría debilitada y las autoridades tendrían vía libre para reforzar la siempre dura represión. Buenaventura Durruti, que asistía a esta reunión, propuso que fueran los grupos anarquistas quienes llamaran a los trabajadores a la huelga. Si se fracasaba, la CNT podría acusar a los citados grupos de aventurerismo, pero si se triunfaba, el éxito sería para la Confederación, la cual mostraría sus fuerzas y orientaría a las masas. Aceptada la proposición, los grupos libertarios y la CNT convinieron en un plan de desarrollo general.

El tiempo que quedaba para entrar en acción era escasó. Se comenzó con la paralización del transporte urbano, pues para el día 20 estaba anunciada la vista del atentado a Bernal. El 19 de abril circularon octavillas informando sobre el proceso —y su naturaleza— y de la necesidad del paro general. Los puntos de reunión estaban concretados: la puerta de la cárcel y la Audiencia. Al día siguiente, la Guardia Civil tomó los puntos más importantes de la capital, así como los alrededores de la cárcel y de la Audiencia. A las seis de la mañana comenzaron a salir los primeros tranvías escoltados por la fuerza pública. Mangado nos informa de la cerrada descarga que impidió la operación: “Los presos fueron despertados por detonaciones y ruidos ensordecedores. Estas descargas se prolongaron durante dos horas, hasta el momento en que los presos debían ser conducidos a la Audiencia. Cuando salieron a la calle los recibió una gran multitud al grito de “¡Vivan los presos honrados!” y “¡Viva la CNT!””. La voluntad de los trabajadores no había sido quebrada por los tiros al aire de la policía. La manifestación escoltó a los presos hasta la Audiencia, que se encontraba repleta de gente. En cuanto el juez declaró abierta la sesión, la multitud se levantó dando vivas a los presos. Desde la calle llegaban los mismos vivas y el ruido de disparos. En seguida todos comprendieron —especialmente los abogados defensores— que el tribunal tenía interés en concluir inmediatamente el juicio, quizá bajo la instigación del gobernador; en ello se vio evidentemente un signo de victoria. Durante la intervención, en nombre de la defensa, Eduardo Barriobero pronunció estas breves palabras: “¿Pruebas de la inocencia de mis defendidos? No seré yo quien las suministre. Cuando un pueblo entero la proclama en la plaza pública, la inocencia está demostrada” ⁷³. Los gritos de la gente que ocupaba la sala corearon esta declaración. Momentos después, Bernal, víctima del atentado, confesó no conocer a ninguno de los procesados como autores del acto. Una hora más tarde los jueces proclamaban la inocencia de los procesados. Al salir éstos a la calle, para ser conducidos de nuevo a la cárcel, la fuerza pública no pudo impedir ser desbordada por la multitud. Gritos de victoria resonaban por todos lados.

73. El testimonio de TCM es valioso, ya que él era uno de los detenidos.

El 22 de abril de 1922 Sánchez Guerra restablecía las garantías constitucionales. Acto seguido, el pueblo de Zaragoza, sin esperar ningún tipo de trámite, abrió los locales sindicales clausurados. Este restablecimiento de garantías constituyó, especialmente en Barcelona, una verdadera fiesta social: los sindicatos se reabrieron, los presos gubernativos quedaron en libertad, la gente volvió a expresarse y las publicaciones obreras aparecieron de nuevo.

En esta ciudad catalana cada sindicato llamó a Asamblea General; cines y teatros fueron alquilados para dichas reuniones. Uno de estos actos, de los más importantes, fue el convocado por el Sindicato de la Madera en el teatro Victoria. Una vez lleno el local, se dio lectura a una lista de 107 hombres que la Confederación había perdido en manos de los pistoleros. Liberto Callejas (Marco Floro) leyó los nombres de Evelino Boal, Antonio Feliu, Ramón Archs, etc. Valentín Roi, testigo presencial de este acto, narra que “en esa Asamblea, y a la vista de todo el mundo, se nombró la nueva Junta del Sindicato; éstos eran puestos peligrosos, pues aún seguían los mercenarios de Anido al acecho. Uno de los nombres propuestos fue el de Gregorio Jover, como delegado de la Federación Local de Sindicatos Unicos de Barcelona”⁷⁴.

En el resto de los sindicatos catalanes ocurría lo mismo; las Asambleas, como ya hemos apuntado, proliferaron. En ellas se nombraban los cargos de responsabilidad sindical, liquidándose, de esta manera, los vicios no democráticos que los periodos de clandestinidad provocan. La CNT, en poco tiempo, recobró a sus antiguos afiliados y aun incrementó sus filas.

Pronto la CNT hubo de enfrentarse a un espinoso problema: sus relaciones con la III Internacional⁷⁵. Para salir de la confusión imperante, el nuevo Comité Nacional y Juan Peiró, nuevo secretario, decidieron llevar a término la convocatoria de un Congreso. Previo al mismo se convocó una Conferencia Nacional de Sindicatos, cuya celebración tuvo lugar el 11 de junio de 1922. La CNT, que funcionaba normalmente en toda España, permanecía aún en la clandestinidad desde el punto de vista jurídico. Por ello se recurrió a la argucia de solicitar, por parte de la CNT de Zaragoza, un permiso gubernativo que autorizase efectuar una “reunión nacional de trabajadores para discutir la cuestión social española”. Victoriano Gracia, en nombre de los trabajadores aragoneses, abrió el acto; posteriormente tomó la palabra Juan Peiró, enviando un saludo a la clase obrera española. Pronto, el delegado gubernativo comprendió la naturaleza del acto y aprovechó un incidente para suspender las sesiones. Gracia respondió desde la tribuna al delegado del Gobierno diciendo que “la clase obrera zaragozana no está dispuesta a tolerar la arbitrariedad”, y añadió: “Desde este momento, está declarada la huelga general”. Ante tal amenaza el delegado gubernativo hubo de ceder. La reunión tuvo como fin un grandioso mitin en la plaza de toros.

74. Valentín Roi, op. cit.

75. La orientación de algunos periódicos anarquistas en esta época era filo-bolchevique. En uno de los números que citamos de *El Comunista* había artículos consagrados a “la Santa Rosa Luxemburg” y “a los grandes camaradas Trotski y Lenin”

En esta Conferencia se discutió ampliamente la cuestión de la III Internacional ⁷⁶. Hilario Arlandis sostuvo la legitimidad representativa de su delegación nombrada por el Pleno de Lérida ⁷⁷. Gastón Leval y Pestaña presentaron sendos informes sobre su estancia en Moscú ⁷⁸. Oídas estas tres ponencias, “la Conferencia constató que la delegación Nin, Maurín y Arlandis había abusado de la confianza que pusieron en ellos la Confederación Nacional del Trabajo, con el agravante de haber aprovechado una circunstancia de represión que impedía salir al paso de su maniobra. Ratificó los acuerdos de la Conferencia de Logroño ⁷⁹ y aprobó la gestión de Angel Pestaña, por lo que Andreu Nin quedaba desautorizado como representante de la CNT en la Internacional Sindical Roja (ISR)”. Vistas las conocidas “21 condiciones”, la Conferencia constató la imposibilidad de seguir formando parte de esta Internacional ⁸⁰. Se propuso, por el contrario, la

76. El acuerdo del Congreso de la CNT de 1919 no permitía dudas. En el primer punto, se declaraba “firme defensora de los principios de la I Internacional, sostenidos por Bakunin”. Y en el segundo, se exponía: “Que la CNT se adhiere provisionalmente a la III Internacional, por el carácter revolucionario que la informa, mientras tanto, la CNT de España organiza y convoca el Congreso Obrero Universal que acuerde y determine las bases por las cuales deberá regirse la verdadera Internacional de los Trabajadores”. (En esta fecha aún no se había organizado la Internacional Sindical Roja —ISR—) Madrid 17 de diciembre de 1919”. Texto citado por José Peirats, *La CNT en la Revolución Española*, Ruedo Ibérico, París, 1973 [Del libro de José Peirats existe una nueva edición más asequible en Cali, A.A. La Cuchilla, 1988].
77. En torno a este Pleno hubo una larga polémica entre el grupo Nin-Maurín y los militantes de la CNT. No quedó nunca claro si se celebró en Lérida o en Barcelona e incluso si se celebró en realidad. Fue convocado por Nin para discutir si se atendía a la invitación que Moscú hacía a la CNT para asistir al congreso constitutivo de la ISR, que debía celebrarse en junio de 1921. Primero se convocó en Barcelona en el mes de abril, pero horas después se celebró en Lérida sin prevenir a las delegaciones, dando como resultado que de todos los asistentes (cinco en total), cuatro fueran filobolcheviques y el otro, Arturo Parera, representante por Aragón, quedara en minoría. Allí se nombró a Nin, Maurín y al representante de Levante, Hilario Arlandis, como delegados a ese Congreso de Moscú. Y a esta delegación se añadió —esto tampoco está muy claro— una representación de los grupos anarquistas de Barcelona, con Gastón Leval.
78. El Informe de Pestaña fue editado por Nueva Senda, de Madrid, en marzo de 1922, bajo el título de *Informe de mi gestión en el II Congreso (agosto 1920) de la IC*, seguido de otro texto: *Juicios sobre la III Internacional*. Estos dos documentos, importantes para comprender los problemas de la época, fueron acertadamente reimpressos por la Editorial ZYX, de Madrid, en 1969. El Informe de Gastón Leval en Daniel Guérin, *Ni Dieu ni Maître*, Editorial Delphes, París, 1966 [Existe traducción en español, *Ni dios ni amo*, Campo Abierto, 1977, 2 vols.].
79. Conferencia Nacional de la CNT, celebrada en Logroño el mes de agosto de 1921, tomó la resolución de desautorizar la delegación Nin-Maurín-Arlandis.
80. Pueden consultarse las “21 condiciones” en el anexo a *Histoire du mouvement ouvrier français*, vol. II, Les éditions ouvrières, París, 1970 y en otras ediciones en español

adhesión a la Asociación Internacional de los Trabajadores, recientemente reconstituida en Berlín. Careciendo de la facultad de decisión sobre estas materias, la Conferencia se remitió a los sindicatos para que se pronunciaran en referéndum sobre el punto esencial de la adhesión, o no, a la IC ⁸¹. Las deliberaciones de la Conferencia fueron hechas públicas, como hemos indicado más arriba, en la plaza de toros de Zaragoza. Salvador Seguí, nombrado Secretario General, denunció, en un vibrante discurso, la represión gubernamental: “Yo acuso a los poderes públicos como responsables y originarios del terrorismo de los años 1920-22”. Victoriano Gracia, que tomó después la palabra, además de insistir sobre los puntos anteriores, exigió la puesta en libertad de Francisco Ascaso, víctima de las intrigas de Pedro Aparicio, jefe de la Policía.

La prensa nacional constató el gran alcance político de la reunión. *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, tituló su editorial: “Los muertos que vos matasteis gozan de buena salud”. Francisco Ascaso salió pronto en libertad ante las presiones obreras. Inmediatamente después, en un mitin, el joven liberado se dirigió al público denunciando las maniobras policíacas. Una vez más, Aparicio y toda su “claque” se veían denunciados por el pueblo. La burguesía desató una nueva ofensiva, declarando el boicot al mismo Ascaso, práctica que solía ser llamada por los trabajadores “pacto del hambre”. Las cosas fueron así: La madre de Francisco había tenido que regresar a su pueblo natal, Almudévar, con su hija menor, María. Los dos hermanos de Ascaso, Alejandro y Domingo, se encontraban fuera de la capital. Unos primos, pues, le albergaron en su casa. Pero él siempre estuvo planeando reunirse con su hermano Domingo en Barcelona. Se encontraba en estos preparativos cuando Pina le invitó a una reunión que “Los Justicieros” iban a tener para resolver los problemas apremiantes del grupo. Allí conoció a Torres Escartín y a Buenaventura Durruti. Se discutió el problema de la primera disensión en el seno del grupo, debida ésta a diferentes puntos de vista tácticos. Pina adoptaba una postura bolchevique en torno a la función práctica de la vanguardia revolucionaria; ésta era constituida por los grupos anarquistas, quienes harían estallar la insurrección revolucionaria. Para ella proponía la constitución de “revolucionarios profesionales” ⁸². Durruti, tanto en lo referente a la vanguardia como a la profesionalidad revolucionaria, tenía puntos de vista completamente opuestos. Para él, el proletariado era el verdadero dirigente de la revolución. Si los grupos anarquistas tenían una gran influencia se debía únicamente a su carácter radical. Los grandes teóricos, argumentaba Durruti, habían extraído sus nociones de la vida

81. Un mes más tarde de haberse celebrado la Conferencia, el resultado del referéndum acordaba retirar la adhesión de la CNT a la III Internacional y adherirse a la recién reconstituida AIT, cuyo secretariado residía en Berlín.

82. Evidentemente, Pina no era un caso único. Una cantidad relativamente grande de anarquistas se inclinaron a imitar ciertos procedimientos bolcheviques. Angel Chueca fue otro de estos militantes filo-bolcheviques de Zaragoza; en uno de sus artículos, publicado antes de su muerte en *El Comunista*, muestra su admiración por Lenin y Trotski y, por el contrario, critica severamente a Salvador Seguí.

del proletariado, pues éste es rebelde por instinto y necesidad; su condición de clase explotada era lo que le imponía la necesidad de la lucha para la auto-emancipación. Esta lucha liberadora debe basarse sobre una organización cuya base central sea la solidaridad. La historia social de nuestro país muestra que antes que los teóricos propusieran soluciones o directivas al proletariado, éste había ya encontrado por sí mismo el vehículo de su liberación, mediante la federación de grupos de taller y fábrica, etc. Para Buenaventura la intervención del “revolucionario profesional” no podía conducir a otro resultado que adular el proceso de maduración propio del proletariado. La misión de un anarquista era, pues, comprender ese proceso natural. Por ello, separarse de la clase obrera con el pretexto de servirla mejor constituye una traición, el preludio de la burocratización, es decir, de una nueva forma de dominio ⁸³. Ascaso fue atraído por el pensamiento y la persona de Buenaventura. Aquél había expresado su modo de ver en un artículo publicado en *La Voluntad*: “Partido y clase obrera” ⁸⁴. Los dos puntos de vista coincidían y representaban, cada uno en su momento, un freno a la “bolchevización”, al burocratismo y cuantas falsificaciones provenían del espejismo de la llamada revolución rusa. Tras la reunión, de la que, por razones de seguridad, se salió por parejas, Buenaventura y Francisco salieron juntos.

Este fue el comienzo de una vigorosa amistad y compenetración. Un cúmulo de circunstancias vendrían a reforzar los lazos de pensamiento que, desde el principio, se crearon. Las diferencias caracterológicas no hacen más que reforzar las similitudes generales. Ascaso era delgado, nervioso. Durruti, atlético y calmoso. Aquél, por su mirada recelosa, resultaba antipático en el primer encuentro; Durruti, por el contrario, era de una desbordante simpatía personal. La frialdad de cálculo, la racionalidad y la desconfianza de lo por conocer, caracterizaban a Ascaso. Durruti, pese a su aparente calma, era apasionado y optimista. Por ello, si

83 TCM. En sus memorias, Claudio Mangado analiza la presente discusión dada la importancia, dice, que más tarde tuvo en Durruti. “Este no sólo denunciaba al “revolucionario profesional”, sino que también atacaba el funcionarismo sindical, germen de un nuevo burocratismo”. Mangado añade que, posteriormente, Durruti mantuvo siempre esta postura, y solía afirmar que era desde la base desde donde se debía fustigar a la altura, para evitar que ésta asumiera un papel dirigente en perjuicio de la iniciativa de la base.

84 *La Voluntad* fue un periódico de vida efímera que comenzó a publicarse en 1918-1919 en Zaragoza. La redacción del mismo estaba compuesta por Felipe Alaiz, Zenón Canudo, Torres Tribo y Francisco Ascaso (quien comenzó precisamente en esta publicación a dar a conocer sus escritos). Este último publicó aquí, entre otras cosas, un artículo titulado “Partido y clase obrera”, en el cual teorizaba algunos aspectos sobre la huelga de agosto de 1917. Es de subrayar este párrafo: “La lucha cotidiana no es otra cosa que la preparación revolucionaria de la clase obrera, y es por esa práctica por la que los trabajadores adquirirán la experiencia que los hará aptos para mostrar que la emancipación económica y política ha de ser obra de ella misma. Si esa labor la clase obrera la confía a unos dirigentes o a un partido político, no sólo no alcanzará su propósito, sino que forjará nuevas cadenas. Los hombres providenciales no existen. El único actor es el proletariado en armas...”

desde el primer momento Durruti se entregó de lleno a la amistad del otro, Ascaso mostró más reservas en espera de un conocimiento mutuo más amplio. Pero, logrado un clima de absoluta confianza, fueron naciendo grandes proyectos del diálogo de los dos revolucionarios.

Cierto día recibieron una carta del hermano de Francisco, Domingo, en la que se dibujaba la situación de Barcelona: "La calma es ficticia. Se nota en el ambiente un presagio de dramatismo. El pistolero patronal ha encontrado ahora un nuevo refugio creando un sindicalismo amarillo, cuyos miembros gozan de los mismos privilegios que los anteriores pistoleros de Bravo Portillo"⁸⁵. Y continúa: "Si los dirigentes de la CNT creen en esta calma, los grupos anarquistas, a mi entender, no se engañan, preparándose para la nueva ofensiva que se declara contra el sindicalismo de un momento a otro". Luego, Domingo, tras apuntar que "este nuevo combate será decisivo, y que muchos compañeros nuestros caerán. Pero la lucha es irremediable...", aconseja a su hermano que, pese a la situación difícil de Zaragoza, permaneciese en esa ciudad hasta su total restablecimiento⁸⁶. Tanto a Ascaso como a Durruti, Barcelona les atraía como un imán. Comunicaron al grupo su decisión; tal actitud no era sino una ruptura teórica con los demás "Justicieros". Torres Escartín, Gregorio Suberviela y Marcelino del Campo determinaron unirse a ellos. Con un nombre que los agrupaba ("Crisol"), los cinco amigos, a mediados de agosto de 1922, Comenzaron una nueva vida.

85. El nuevo pistolero tomó como base los llamados Sindicatos Cristianos, creados por el católico Ramón Sales, los cuales se pusieron al servicio de la burguesía y de las autoridades para continuar con las antiguas prácticas pistoleras del barón de Koenig y de Bravo Portillo.

86. T.C.M.

«Los Solidarios»

Durruti y sus amigos llegaron a Barcelona unos días después del atentado contra el conocido anarquista Angel Pestaña, llevado a término por los pistoleros de la burguesía. El ambiente en Barcelona estaba enrarecido por tal motivo en aquellos calurosos días de agosto de 1922⁸⁷. Los trabajadores habían declarado la huelga general en Cataluña. Un grupo de intelectuales catalanes hizo pública una condena formal a las autoridades por estas intolerables agresiones de la burguesía. En las Cortes, el diputado socialista Indalecio Prieto denunció los mencionados hechos y exigió al Gobierno que hiciera dimitir a Martínez Anido. Sánchez Guerra, presidente del Gobierno, presionado por las Cortes y por la ola de indignación popular, se vio obligado a intervenir. A partir de entonces, “la estrella de Martínez Anido comenzó a palidecer”⁸⁸, aunque el pistolero continuara existiendo y actuando a través de los llamados Sindicatos Libres, organizaciones creadas y manipuladas por los patronos. La Iglesia protegía tales sindicatos con el fin de implantar un sindicalismo católico. Ramón Sales, encargado de fundar estas nuevas organizaciones como rivales de la CNT, era un antiguo jefe de pistoleros. Consecuentemente, impuso su peculiar proceder en estos sindicatos: los patronos obligaban forzosamente a una nueva sindicalización y comenzaron a despedir a los cenetistas. Los pistoleros secundaban estas medidas aplicando el terror en las calles y en las puertas de las fábricas. La burguesía esperaba así aplastar el anarcosindicalismo. Martínez Anido continuaba persiguiendo a los sindicatos de la Confederación, a pesar de la política de tregua seguida por el poder central. Todo ello implantaba obviamente un régimen cotidiano de guerra sin cuartel. La intelectualidad catalana —o una parte importante de ella—, bajo la égida de Francesc Macià, se oponía a tal estado de cosas y comenzaba nuevamente a proponer el

87 Este atentado tuvo lugar el 25 de agosto de 1922 en Manresa, población cercana a Barcelona. Los pistoleros dispararon sobre Pestaña, hiriéndole. Sin embargo, no pudieron acabar con él mientras permanecía en el suelo porque una gran multitud se interpuso. Acto seguido fue trasladado al hospital y al poco tiempo los pistoleros asaltaron dicho centro para rematarlo. Pero gracias al forcejeo de los enfermeros y a la intervención de un grupo de obreros que acudieron desde la calle pudo impedirse el crimen y poner en fuga a los asaltantes. Fue precisamente el asalto al hospital lo que dio un doble carácter de condena unánime al acto.

88 José Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, Alfa, Buenos Aires, 1964, pág. 35.

autonomismo ⁸⁹. Esta postura venía en auxilio de la acorralada Confederación Nacional del Trabajo, que se veía reducida a sobrevivir mediante la violencia.

El foco más activo de la CNT lo constituía el Sindicato de la Madera, sito en la calle San Pablo, donde se reunían los militantes más radicales, sindicalistas o anarquistas. En este Sindicato fue donde Buenaventura y sus amigos entablaron amistad con militantes catalanes, amistad de la cual más tarde nacería el famoso grupo “Los Solidarios”, fundado en octubre de aquel mismo año. Estos militantes se reunían bajo un proyecto tripartito: “Hacer frente al pistolero, mantener las estructuras sindicales de la CNT, y poner en pie una Federación anarquista que acogiera en su seno a todos los grupos de esa ideología desparramados por la península” ⁹⁰. Para ellos, el problema de la organización era algo prioritario, condición indispensable para el triunfo de la revolución. Incluso posponían a este cometido la lucha contra la burguesía y el terrorismo. Fundaron un semanario llamado *Crisol*, revista que desde un principio contó con la colaboración de Barthe—exiliado francés—, Felipe Alaiz, Liberto Callejas, Torres Tribo y Francisco Ascaso (administrador de la publicación).

El grupo decidió intentar contra los promotores de la política antiobrera: Martínez Anido y Arlegui. Sin embargo, una noticia hizo que detuvieran los preparativos de dichos atentados. Ambos militares habían urdido un autoatentado, para tratar de justificar ante Madrid su política represiva. Pero un anónimo personaje del periodismo catalán vino a desbaratar los planes de las autoridades, telefoneando al Presidente del Consejo de Ministros y expresándole que “Martínez Anido se había preparado un atentado, con el fin de tomarlo como pretexto para organizar un San Bartolomé de militantes sindicalistas”. Sánchez Guerra, preocupado por el giro que tomaban las cosas en Barcelona, telefoneó en la madrugada del 24 de octubre a Martínez Anido, comunicándole que, “por noticias fidedignas llegadas a Madrid, el coronel Arlegui, después de lo ocurrido, no podía seguir desempeñando sus funciones”, y le ordenaba que pasase el mando de la Jefatura Superior de Policía al coronel de la Guardia Civil. Martínez Anido, que había manifestado que “no podía ajustarse al cumplimiento de las órdenes de Madrid”, fue conminado “a que se diera por dimitido, entregando la gobernación provin-

89. Francesc Macià nació en Vilanova i la Geltrú en el año 1859. Rompió con el Ejército siendo coronel, y desde 1905 comenzó su lucha en pro de la autonomía catalana. Encarnaba el espíritu reivindicativo del catalanismo. A los 67 años organizó una expedición guerrillera en Prats de Molló con el fin de liberar Cataluña de la monarquía de Alfonso XIII (1926). Murió el día de Navidad de 1933, siendo Presidente de la Generalitat de Catalunya. Se le llamaba Avi (abuelo).

90. Testimonio de Aurelio Fernández. Los componentes de este grupo fueron Francisco Ascaso (camarero), Buenaventura Durruti (mecánico), Manuel Torres Escartín (pastero), Juan García Oliver (camarero), Aurelio Fernández (mecánico), Ricardo Sanz (peón albañil), Alfonso Miguel (ebanista), Gregorio Suberviela (capataz de minas), Eusebio Brau (fundidor), Marcelino del Campo, a) Tomás Arrarte (carpintero), Miguel García Vivancos (mecánico de automóviles), Gregorio Martínez, a) el Toto (peón)

cial al Presidente de la Audiencia” 91. Este cambio de autoridades obligó a Sánchez Guerra a hacer efectivas las garantías constitucionales en Cataluña, posibilitando con ello la normalización de la vida política y sindical en esta región.

“Los Solidarios” aprovecharon esta situación para convocar una Conferencia anarquista del sector catalano-balear. La asistencia fue grande, y puso en evidencia que los grupos anarquistas de la región no eran indiferentes al proyecto organizativo que “Los Solidarios” defendían en *Crisol*. Se creó en esta Conferencia una Comisión Regional de Relaciones Anarquistas, embrión de lo que unos años más tarde sería la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Los grupos, en esta reunión, estudiaron la nueva situación política y llegaron a la conclusión de que, “por los intereses que había en juego en el proceso político que se estaba viviendo en España, y sobre todo en Cataluña, aquella calma no podía durar mucho tiempo”. “La represión en Cataluña —decían— no era un capricho de Martínez Anido, sino una resultante natural del antagonismo de clases. Martínez Anido no ha sido otra cosa que un instrumento de la burguesía, y el hecho de que este personaje haya desaparecido de la escena política no significa que la burguesía renuncie a sus métodos represivos; bien que éstos cambiaran de forma, seguiría aquélla —por su carácter reaccionario— empleando su táctica terrorista” 92.

Los grupos reunidos comprendieron que la política de “tregua social” seguida por Sánchez Guerra era aceptada a regañadientes por los grupos de presión de la derecha. El Ejército, apoyado por los terratenientes y el clero, aprovecharía una circunstancia favorable para monopolizar el poder del Estado e imponer una dictadura militar. La monarquía no podría sobreponerse a esta fuerte y decidida tendencia, puesto que su suerte estaba indisolublemente ligada a la de las Fuerzas Armadas, las cuales, ya desde 1917, habían manifestado su propósito de ponerse al frente de la nación. Los grupos combativos, frente al inminente golpe militar, no encontraron más solución que la de *acelerar el proceso revolucionario*, entregándose a una campaña de agitación en las zonas industriales y en las rurales; la Comisión de Relaciones coordinaría los objetivos y las acciones a nivel peninsular. A esta articulación siguió otra: la de los órganos de propaganda libertaria en Cataluña: *Crisol*, *Fragua Social* y *Tierra y Libertad*.

La Conferencia revisó la táctica antimilitarista que se había aplicado hasta entonces; con ella lo único que se conseguía era una importante disminución de los militantes, puesto que su rechazo a cumplir el servicio militar les obligaba a exiliarse. A partir de entonces, se consideró más efectivo que los jóvenes se incorporaran al Ejército y constituyeran en los cuarteles núcleos de acción revolucionaria. Se acordó que estos núcleos fueran llamados Comités Antimilitaristas, y que los mismos quedarían coordinados a los grupos anarquistas de la localidad. Para difundir entre la tropa estas ideas se creó un boletín especial con el nombre de *Hijos del Pueblo*.

91. José Peirats. op. cit.

92. Testimonio de Aurelio Fernández.

En la Comisión de Relaciones Anarquistas figuraron tres "Solidarios": Francisco Ascaso, Aurelio Fernández y Buenaventura Durruti. Francisco Ascaso, además, asumió la secretaría general de la Comisión; Aurelio Fernández quedó encargado de poner en funcionamiento los Comités Antimilitaristas, y Buenaventura Durruti se encargó de crear un arsenal de armas y explosivos.

Este último, junto con otro metalúrgico, Eusebio Brau, puso en marcha un taller clandestino donde se fabricaban bombas de mano, para cuyo fin montaron una fundición. Otros depósitos de armas fueron creados en otros lugares de la capital, llegándose a almacenar en muy poco tiempo un *stock* de seis mil bombas de mano.

Aurelio Fernández, por su parte, iba infiltrándose en las filas del Ejército, ganando a varios cabos para la revolución; además de algunos sargentos e incluso varios oficiales. En regimientos situados fuera de la región comenzaron a proliferar comités.

Francisco Ascaso, por fin, extendió las relaciones a otras regiones; entabló contactos con varias Comisiones Regionales autónomas de anarquistas, que venían funcionando desde el viaje efectuado por Buenaventura el año anterior.

Los resultados obtenidos por los primeros movimientos mostraron que las condiciones estaban maduras para empresas de mayor envergadura. En este clima de gran actividad y de fértiles resultados, tuvo lugar el 10 de marzo de 1923 el atentado contra Salvador Seguí, una de las cabezas más equilibradas del anarquismo español. Los mercenarios que lo asesinaron habían recibido una importante cantidad de dinero de Angel Graupera, presidente de la Federación Patronal, para que liquidaran a Seguí. En pleno día, y en la calle de la Cadena, a la vista del vecindario atemorizado por las armas de los pistoleros, se disparó fríamente contra el "Noi del Sucre" —como se llamaba a Salvador Seguí— y contra su acompañante y amigo Padronas. La propia burguesía, una vez cometido el acto, que desató una ola de violenta indignación en las masas populares, se asustó de su propia obra, dado el prestigio del asesinato entre los medios obreros e intelectuales de Barcelona.

Inmediatamente, la CNT convocó una reunión de militantes catalanes. En ésta se tomó la resolución de impedir tajantemente un recrudescimiento de la antigua represión y se decidió terminar de una vez por todas con el pistolero y sus cabezas. Se acordó igualmente buscar medios económicos como fuese para hacer frente a los problemas de la práctica organizativa⁹³, dado que las cajas de los sindicatos estaban vacías por las constantes incautaciones de fondos por parte de las autoridades.

El grupo de "Los Solidarios" decidió asumir la responsabilidad de la eliminación de varias personalidades contrarrevolucionarias: Martínez Anido, el coronel Arlegui, los ex ministros Bagallal y el conde de Coello, José Regueral —gobernador de Bilbao— y el arzobispo cardenal de Zaragoza, Soldevila, responsables directos de la política terrorista que se estaba llevando a cabo contra los anarquistas.

Por su parte, varios grupos anarquistas de Barcelona acordaron realizar un asalto al Círculo de Cazadores, refugio de pistoleros y lugar de reunión de los patronos más reaccionarios. Este asalto tuvo efectos psicológicos fulminantes: no esperando que tal osadía pudiera efectuarse, perpetrada por más de quince personas que irrumpieron en los salones disparando a bocajarro, los burgueses pidieron posteriormente protección de sus domicilios a la policía y muchos pistoleros huyeron de Barcelona.

El desconcierto sembrado fue enorme. Las redadas que la policía inició fueron recibidas a tiros desde el vecindario, que se solidarizaba con los sindicalistas. Una guerra sin cuartel había comenzado. Durruti y sus amigos vivieron entonces uno de los capítulos más peligrosos y dramáticos de su existencia. Un testigo de aquellos momentos comentó años después que “no tiene más precedente que la época que los revolucionarios rusos vivieron entre los años 1906 a 1913”, y añade que “esos jóvenes que, desoyendo prudentes consejos de adultos, se constituyeron en justicieros y vengadores en los cuatro puntos cardinales de España, frecuentemente perseguidos por las fuerzas represivas del Estado, no tenían otro apoyo moral que su propia convicción y su fe revolucionaria”⁹⁴.

94. Robert LeFranc. Artículo publicado en *Le Libertaire*, noviembre de 1937.

CAPÍTULO VIII

José Regueral y el cardenal Soldevila

Durruti, que se había opuesto a su amigo Pina, partidario de “los revolucionarios profesionales”, se veía convertido en uno de ellos, al igual que los demás “Solidarios”, debido al ritmo de los acontecimientos. Esa nueva forma de vida exigía de “Los Solidarios” un cambio radical en su existencia. No obstante, cabe hacer resaltar que Durruti y sus compañeros no fueron jamás “revolucionarios asalariados”, cosa que les distingue bien de los burócratas y de “los permanentes” de las organizaciones socialistas, comunistas y sindicalistas. Y bueno será agregar la confesión que hace García Oliver al respecto, muchísimos años después de la época que estamos narrando: “Ingresando en la CNT el año 1919, viví todas las tormentosas fases que escalonaron las luchas por su supervivencia: organicé, con otros buenos compañeros, Secciones, Sindicatos, Locales y Comarcales; tomé parte en centenares de asambleas, mítines y conferencias; me batí de día y de noche, con más o menos buena suerte; catorce años de mi juventud los pasé en cárceles y presidios. Pero nunca admití tener cargos retribuidos, o sea, que no correspondía a mi manera de ser la militancia profesional, lo que acaso explique el que nunca fui Secretario de los Comités Local de Barcelona, Regional de Cataluña y Nacional de España. Y, verdaderamente, no porque yo considerase denigrante vivir de los magros sueldos de la Organización, ni porque se ganara mucho más cobrando el sueldo de los obreros, sino porque ello habría atentado a mi *espíritu de independencia*”⁹⁵.

Una de las primeras dificultades que el grupo tuvo que afrontar fue la del agobiante problema económico. Todos los recursos de que disponían habían sido empleados en la adquisición de armas y materiales explosivos. Ahora las circunstancias exigían una fuerte suma para sufragar nuevos gastos, no sólo para el sostenimiento de ellos mismos, sino también para las actividades que se iban a emprender. Como urgía la necesidad de dinero, y no existían ni los medios ni el tiempo para atracar un Banco del Estado, se recurrió al asalto de unos empleados del Ayuntamiento de Barcelona que trasladaban fondos económicos. Estos empleados iban escoltados por la policía. Sin embargo, corriendo todos los riesgos, en el cruce de las calles Fernando y las Ramblas, a dos pasos del banco, se procedió al asalto, dejando desarmados a los policías y llevándose el dinero que portaban. Una suma que la prensa valoró en cien mil pesetas⁹⁶.

95. En carta dirigida el 7 de agosto de 1976 a la Junta Reorganizadora del Sindicato de Industria Fabril y Textil y Anexos de Barcelona y su Radio, desde Guadalajara, México, lugar en que se encontraba exiliado.

96. Ricardo Sanz, *El Sindicalismo y la Poltúca*, Ediciones del autor, Toulouse, Francia, 1967.

Inmediatamente, Durruti salió para Madrid, lugar donde debía asistir en el mes de abril a la Conferencia Anarquista convocada por el grupo “Vía Libre” (1923). En la capital de España debía también entregar una cantidad de dinero, para atender el proceso incoado contra Pedro Mateu y Luis Nicolau, ambos acusados de haber llevado a cabo el atentado contra Eduardo Dato, Presidente del Consejo de Ministros.

Mientras Durruti viajaba, las cosas se precipitaron en Barcelona. “Los Solidarios” fueron informados de dónde se escondía uno de los más conocidos pistoleros, llamado Languía, y brazo derecho de Sales, el jefe de los Sindicatos Libres. Se suponía que Languía había intervenido directamente en el atentado contra Salvador Seguí, y que había buscado refugio en Manresa. Ascaso, junto con García Oliver, salieron para esa ciudad, y allí supieron que Languía iba siempre acompañado de tres pistoleros que le escoltaban. Como no había tiempo que perder, decidieron actuar solos y rápidamente, sorprendiendo a los cuatro pistoleros en el fondo del bar, donde pasaban las horas jugando a las cartas. El tiroteo, junto con la sorpresa, fue breve, lo que les permitió una rápida retirada, saliendo inmediatamente de Manresa, vía Barcelona. Al llegar a la capital catalana ya la prensa nocturna hablaba del atentado en el que había encontrado la muerte “el ciudadano de orden, señor Languía”⁹⁷.

La muerte de este célebre pistolero conmocionó a todo el bajo mundo del pistolero barcelonés. Sales, que actuaba como jefe principal, dio a los suyos órdenes precisas de matar a los que se suponía eran los autores: García Oliver, Ascaso y Durruti, nombres que ya por esa fecha aparecían regularmente en la prensa española acusados de atracos, atentados, etc.

A partir de ese momento, sólo el sexto sentido podía salvar la vida de los mencionados personajes o de sus amigos. Una serie de celadas y de sorpresas amenazaban sus existencias. Sin embargo, “Los Solidarios” estaban decididos a llevar su plan adelante. Cuando tuvieron noticias concretas sobre los lugares donde se ocultaban Martínez Anido y José Regueral, se pusieron en viaje Ascaso, Torres Escartín y Aurelio Fernández para liquidar a Martínez Anido. Por su parte, Gregorio Suberviela y Antonio “el Toto” salieron para León, que era el refugio de Regueral.

Martínez Anido se había retirado a Ondarreta, zona aristocrática de San Sebastián. Allí vivía en un chalet, custodiado noche y día por dos policías que le escoltaban. Sin embargo, no llevaba vida retirada. Todos los días, hacia el mediodía, cruzaba el túnel que separa Miraconcha de Ondarreta y daba un largo paseo por la carretera que bordea la playa de la Concha, para terminar la tarde en el Casino Militar o en el Gran Kursaal.

“Los Solidarios” tenían referencias precisas de este itinerario, pero, con el fin de comprobarlo, desde un café que dominaba toda la carretera, decidieron esperar la llegada del general y tomar después sus resoluciones.

Al poco tiempo de estar sentados en el café, Torres Escartín encontró sospe-

choso que alguien desde la calle mirase a través de los visillos de la ventana, y salió con la intención de sorprenderle. Cual sería su sorpresa cuando se encontró frente al mismo general Martínez Anido que, acompañado de dos policías, había echado una mirada al café.

Repuesto Torres Escartín de su sorpresa, disimuló lo mejor que pudo la embarazosa situación y entró de nuevo al bar, mientras Martínez Anido desaparecía por la calle. Comunicó su descubrimiento a sus amigos, y los tres lamentaron el haber dejado las armas en el hotel.

Francisco Ascaso, desconfiado por naturaleza, manifestó extrañeza, y pensó que Martínez Anido debía estar enterado de la presencia de los tres anarquistas en la capital donostiarra, así como del propósito que les animaba. Por ello, propuso que se tomaran las armas para abatirlo donde fuera.

Visitaron el Casino Militar, el Gran Casino y algún otro local probablemente frecuentado por Anido. Pero todo resultó en vano. Martínez Anido había desaparecido de San Sebastián, y lo único que llegaron a saber fue que había salido precipitadamente hacia La Coruña.

Sin pérdida de tiempo, los tres camaradas "Solidarios", esta vez por separado, tomaron billetes para dirigirse a la capital gallega. Al llegar a la citada ciudad, Ascaso, que tenía que tomar informes de unos portuarios sobre un envío de armas que debía hacerse desde Galicia a Barcelona, se dirigió al puerto acompañado de Aurelio; mientras Torres Escartín tomaba otros contactos con la CNT de La Coruña, quedando establecido encontrarse alrededor del mediodía en un café céntrico de dicha capital.

Mientras Ascaso y su amigo paseaban por el puerto, la policía les detuvo. Una vez conducidos a la Comisaría del Puerto, se les registró minuciosamente sospechando, según confidencias recibidas, que se trataba de dos maleantes dedicados al tráfico de drogas. Los detenidos lograron convencer al comisario que la razón de su estancia en aquel lugar obedecía a trámites que estaban haciendo para emigrar a América y con ello pudieron salir en libertad, ocasión que aprovecharon para alejarse de La Coruña, convencidos que por esa vez no era Anido el sorprendido sino ellos.

La denuncia de traficantes de droga procedía indirectamente del mismo Anido; y cuando él mismo se presentó en la comisaría para interrogar a los detenidos, se encontró con la sorpresa de que sus perseguidores habían sido puestos en libertad, después de la verificación de sus identidades. Este hecho le costó la carrera al comisario de policía, pues Anido, después de decirle que "se trataba de dos peligrosos anarquistas que le seguían los pasos para matarle", le sentenció que a causa de aquel fallo podía dar por liquidada su carrera.

La policía organizó batidas por los hoteles y detuvo a varios sospechosos. Pero "Los Solidarios" habían tenido la buena idea de partir inmediatamente de la capital gallega, considerando fracasado su intento en aquella oportunidad ⁹⁸.

Desalentados, volvieron a Barcelona, donde se enteraron que Durruti había sido detenido en Madrid.

98. Testimonio de Aurelio Fernández.

Durruti fue durante toda su vida un temperamento dinámico y no había nada más contrario a su naturaleza que la quietud y la espera. No pudo someterse jamás a la inactividad, y cuando estaba obligado a ella por las circunstancias, entonces buscaba mil maneras distintas en que volcar sus energías ⁹⁹.

Cuando Durruti llegó a Madrid, se encontró con que la fecha de la Conferencia Anarquista se había aplazado una semana más, lo que trastornó sus proyectos. En vez de esperar pacientemente hasta la nueva fecha anunciada, aprovechó el tiempo libre para cumplir parte de su misión visitando a Buenacasa, con quien debía arreglar la cuestión del proceso que hemos citado más arriba.

Buenacasa, al verle, no lo reconoció, pues “iba vestido a la inglesa, desfigurándose el rostro con unas gafas de gruesa montura”. Durruti, después de informarse sobre la situación del proceso, y tras entregarle una cantidad de pesetas para los gastos, formuló el deseo de visitar a los detenidos. Buenacasa hizo lo indecible para convencerle de que aquello era demasiada osadía y significaba la mejor manera de entregarse atado de pies y manos; pero no hubo forma de hacerle desistir de su idea, alegando Durruti “que su presencia ante los presos sería reconfortante para su moral”. Finalmente accedió Buenacasa, pensando que con aquel atuendo de extranjero los carceleros lo tomarían por una extravagancia turística” ¹⁰⁰.

Después de esta visita, que no colmó las ansias de Durruti, puesto que sólo pudo ver a uno de los procesados —al periodista Mauro Bajatierra ¹⁰¹, con el cual, por otra parte, no hubo manera de entenderse en el locutorio a causa de su sordera—, se despidió de Buenacasa unos metros más allá de la cárcel, dirigiéndose luego al centro de la capital.

Paseando por la céntrica calle de Alcalá, la policía le sorprendió por la espalda. Cuando quiso reaccionar, comprobó que estaba completamente rodeado de agentes. Acto seguido fue metido en un coche que marchó disparado hacia la Comisaría Central.

En la comisaría fue identificado y se le acusó de tres delitos distintos: robo a mano armada en la persona del comerciante Mendizábal, de San Sebastián; supuesto atentado a Alfonso XIII, y desertión del Ejército, con fuga del Hospital Militar de Burgos. Bajo esta triple acusación se le trasladó a San Sebastián.

La prensa madrileña y barcelonesa dio una importancia extraordinaria a esta detención, destacando que se había detenido a uno de los principales terroristas

99. Según cuenta Teresa Margalef, que durante un tiempo lo tuvo oculto en su casa el año 1933, “de noche, a fin de hacer ejercicios físicos, solía salir al jardín para cavar la tierra con un azadón o cortar madera a golpe de hacha”.

100. Manuel Buenacasa, Cuartillas citadas.

101. Mauro Bajatierra Morán nació en Madrid el 8 de julio de 1884. Panadero de oficio y escritor autodidacta, llegó a ser un excelente periodista. Fue, además, autor de diversas obras de teatro y novelas sociales. Colaboró en toda la prensa anarquista de su época y se convirtió en cronista de guerra para *Solidaridad Obrera* y *CNT* durante todo el conflicto civil. Murió a últimos de marzo de 1939, cuando la entrada de los nacionales en Madrid, defendiéndose a tiro limpio.

de España. Los gacetilleros de “sucesos” encontraron en la figura del detenido un personaje fuera de serie, describiéndole como un consumado atracador, salteador de trenes, terrorista peligroso y, sobre todo, un cerebro desequilibrado con signos de bandido nato, agregando que se hallaban ante un caso típico como los presentados por el “criminalista” Lombroso en su extravagante estudio sobre los anarquistas ¹⁰².

Cuando “Los Solidarios” leyeron esos relatos folletinescos y supieron que Arlegui se encontraba en la Dirección General de Seguridad en Madrid, consideraron que la causa de Durruti estaba perdida, ya que podría serle aplicada “la ley de fugas” en cualquier lugar de España. Pero Ascaso no se sintió pesimista. Y junto con el abogado Rusiñol organizó un plan de ataque para disputarle a la “justicia” su presa.

Rusiñol consideró que de las tres acusaciones la peor era la de robo a mano armada. En cuanto a las otras dos, la del atentado al rey era un simple supuesto, y la de desertor resultaba beneficiosa para organizarle la fuga. Indicó a Ascaso que lo conveniente era visitar al señor Mendizábal para convencerle de su error, si es que persistía en reconocer a Durruti como uno de los autores de dicho robo.

Para resolver todos estos detalles se desplazaron a San Sebastián Francisco Ascaso y Torres Escartín, junto con el abogado, llevando consigo los pocos fondos de que disponía el grupo. La entrevista con el financiero Mendizábal dio excelentes resultados. Este les manifestó que él no había presentado denuncia alguna contra nadie que se apellidara Durruti y que estaba dispuesto a certificarlo ante el juez.

“Declarado inocente por Mendizábal, puesta en duda su participación en el supuesto atentado al rey, y con una buena siembra de dinero, el abogado solicitó la libertad de su cliente, para lo cual el juez accedió, quedando, sin embargo, retenido por el último delito” ¹⁰³.

Todo esto fue lo que el abogado Rusiñol notificó a Durruti en la visita que le hizo a la cárcel, y que Buenaventura narra en una carta a su hermana Rosa: “Ya hace dos días que debía haber salido en libertad, pero parece ser que alguien se ha enamorado del nombre de Durruti y me retiene a causa de no sé qué motivos. (...) Escribo de noche a la luz de un cabo de vela, pues con el ruido que hacen las olas del mar, al quebrarse contra el muro de la cárcel, no hay forma de dormir. (...) Confío en tí, que eres más juiciosa, para que no consientas que vuelva la madre a hacer otro viaje a San Sebastián. Es un viaje muy pesado para ella y para mí muy

102. El pintor García Tella, exiliado en París, nos cuenta haber oído la siguiente anécdota, que circuló por la capital de España en aquella época: “En las afueras de Madrid se paseaba en coche un conde con su hija de unos cuatro años. El coche fue parado por unos “bandidos” que, según se decía, uno de ellos era Durruti; y éste, al ver a la chiquilla asustada y saltándosele las lágrimas, se entregó a consolarla, diciéndole: “No temas, niña que no te vamos a hacer ningún daño. Solamente que tu padre tiene mucho dinero y vamos a repartirlo”. Mientras, le secaba las lágrimas”.

103. Ricardo Sanz, *op. cit.* Corroborado también por el testimonio de Aurelio Fernández.

doloroso tener que verla entre rejas. Debió llegar muy cansada. Convéncela de que estoy bien y de que mi libertad ya es cuestión de días o quizá de horas”¹⁰⁴.

Mientras Durruti esperaba salir en libertad, en su ciudad natal era Fiesta Mayor, ocasión en que ricos y pobres festejaban al santo patrón, cada clase social a su manera. Los primeros ostentaban aún más su poderío, y los segundos liquidaban sus ahorros en mesas copiosas y en prendas nuevas, siendo una buena oportunidad para comer bien una vez al año.

En las barriadas obreras había fuegos de artificio, al tiempo que en el centro urbano se concentraban los más ricos de la ciudad en el baile anual del Casino o para asistir al teatro, para cuyo efecto aquel año se había hecho venir de Madrid una compañía que ponía en cartel la obra *El rey que rabió*¹⁰⁵.

La primera representación de dicha obra tuvo lugar el día 17 de mayo de 1923, y acudió a ella lo más aristocrático, acomodado y jerárquico de la ciudad y, como era lógico, también asistió el ex gobernador José Regueral, acompañado de su escolta personal.

Jamás se sabrá por qué razón Regueral aquella noche salió del teatro antes de que la obra terminara, cosa que facilitó sobremanera los planes de Gregorio y “el Toto”, quienes, disimulados entre la muchedumbre, deambulaban por la plaza.

Al aparecer Regueral, permaneció unos momentos parado en lo alto de la escalinata. Detrás de él estaban los dos policías que le escoltaban. En la plaza era verbena y nadie, salvo los dos “Solidarios”, fijaban su vista en aquel bravucón. Comenzó a descender la escalinata y, cuando había bajado ya algunos peldaños, sonaron varios disparos que se confundieron con las detonaciones de los fuegos artificiales y los petardos. Regueral, perdiendo el equilibrio, comenzó a rodar escaleras abajo. Murió en el acto, sin que los policías encargados de su custodia fueran capaces de saber de dónde habían salido las balas mortíferas, sorprendidos y paralizados ante el cuerpo sin vida de quien se “distinguió” por su odio a la clase obrera.

Protegidos por la sorpresa y el griterío que se desató tan pronto se supo lo del atentado, Gregorio y su amigo desaparecieron en la noche tibia y colmada de estrellas.

La prensa del día siguiente relató el hecho con la natural fantasía sensacionalista de quienes describen lo ocurrido sin conocer los verdaderos detalles del suceso. Unos afirmaban que el atentado había sido cometido por un grupo anarquista de León, cuyo jefe principal, Buenaventura Durruti, se encontraba preso en San Sebastián. Otros, confundiendo personajes, aseguraban que uno de los autores estaba ya en manos de la policía leonesa. La realidad de todo ello es que la policía, incapaz de encontrar el hilo del asunto, daba palos de ciego deteniendo a troche y moche a sospechosos. Entre los detenidos se encontraba un hermano de

104. Carta de Durruti a su hermana Rosa. No tiene fecha, pero está encabezada con “Cárcel de San Sebastián”, y su texto no permite duda alguna para referirla a esta circunstancia. Archivo particular.

105. Zarzuela de Ruperto Chapí.

Durruti, Santiago; y no se llevaron al viejo y enfermo padre de ellos, postrado en la cama, porque Anastasia y el vecindario se opusieron. Junto con Santiago fueron al calabozo todos los amigos de Buenaventura, entre ellos Vicente Tejerina, secretario del Comité Local de la CNT.

A las veinticuatro horas, después de prestar declaración, los detenidos fueron puestos en libertad por falta de pruebas. Así terminó la investigación judicial, quedando el hecho impune. Lo que en realidad la policía no supo nunca, fue que los verdaderos autores del suceso se encontraban ocultos en una casa cercana a la catedral, y que una semana después, "como buenos campesinos leoneses, salieron una mañana al campo para encontrar nuevo refugio en Valladolid"¹⁰⁶.

Las autoridades de León se interesaron por el caso de Durruti, y nuevas investigaciones motivaron otro retraso de su puesta en libertad.

Torres Escartín y Ascaso, quienes seguían esperando en San Sebastián la salida de prisión del amigo, consideraron que, en aquellas condiciones, no era prudente continuar en la citada ciudad; y, después de ponerse de acuerdo con el abogado sobre lo que convenía hacer, se desplazaron a Zaragoza para esperar allí a Buenaventura.

Zaragoza, tanto para Escartín como para Ascaso, cuyos nombres habían sido citados en la prensa local como bandoleros, tampoco era un sitio seguro. Así se lo hicieron saber sus compañeros del lugar, pero ellos, empeñados en quedarse, encontraron refugio en una casa discreta que un anarquista catalán, llamado Dalmau, tenía arrendada fuera de la ciudad, y que ocupaba en aquellos momentos la vieja activista ácrata Teresa Claramunt, quien descansaba de una fatigosa gira propagandística efectuada por Andalucía.

Teresa Claramunt conocía a Ascaso y a Escartín sólo por referencias, y al ser presentados los recibió de muy mal humor, basándose en una valoración subjetiva de las acciones violentas que, por aquellas fechas, se estaban llevando a término en la capital aragonesa. Sin más preámbulos, les mencionó "la muerte reciente de un rompe-huelgas y la de un guardia de seguridad, ambos cargados de hijos. Esos actos —les dijo— no benefician, sino que perjudican el ideal de la clase obrera, y ésta misma los condena. Si la violencia debe emplearse —continuó—, debe ser bien administrada y aplicarse a los que la engendran: jefes de Estado, ministros, obispos; los que sean, menos los desgraciados como ese esquirol..."¹⁰⁷.

Los amonestados escucharon boquiabiertos, sin comprender en absoluto de qué podían ser ellos culpables. Ascaso consideró mejor dejar que se desahogara, sin entrar en polémica en aquellas condiciones. Su proceder fue acertado, pues la camarada, después de decir todo cuanto sentía, comenzó a recobrar su natural calma y, suavizando su tono, se interesó por la salud de Ascaso. En aquel momento, los dos criticados se defendieron exponiendo con claridad lo que ellos entendían por violencia revolucionaria, que no era diferente a la manifestada por la

106. Relato facilitado para este trabajo por el hijo de Tejerina, quien manifestó haberlo escuchado de su padre.

107. Datos comunicados por Ramón Lirte.

propaganda ácrata. Ya en un mejor nivel, continuaron intercambiando opiniones y discutiendo en torno a la situación que el pistolerismo había creado en Zaragoza.

La dinámica de la lucha había forjado en Zaragoza un clima semejante al de Barcelona. Los pistoleros huidos de Barcelona y refugiados en la capital aragonesa cometían bajo las órdenes de uno de sus jefes, llamado Pallás, toda clase de tropelías y robos, llegando incluso al asesinato premeditado. La prensa burguesa zaragozana achacaba todos estos sucesos a los sindicalistas, influyendo de este modo no sólo sobre la opinión pública, sino también sobre el criterio de personas como Teresa.

Tanto para Ascaso como para Escartín, no escapaba el hecho de que, en una lucha de ese tipo, los sindicalistas cometieran algunos errores lamentables imposibles de evitar bajo un clima pasional como el que engendraba aquella dramática situación. Sin embargo, tomaron la resolución de discutir con los militantes de Zaragoza la manera más eficiente de terminar con aquel estado de cosas. Se llegó al criterio general de que un acto psicológico que conmoviera no sólo los estamentos locales, sino también los cimientos mismos del Estado, era lo único que podría paralizar aquella ola de violencia que envolvía a Zaragoza, amenazando con pudrir hasta los espíritus más sanos y equilibrados.

La persona más odiada en la capital aragonesa era el cardenal arzobispo Soldevila, que la *vox populi* acusaba del patronazgo de las casas de juego a la par de ser el verdadero introductor y protector del pistolerismo. Incluso se hablaba entre la gente de sus orgías semanales en cierto convento de religiosas ¹⁰⁸.

Se consideró que la eliminación de este personaje resultaría el acto más importante capaz de poner orden en el desorden burgués que dominaba la capital de Aragón. Y fueron Ascaso y Escartín quienes asumieron para sí dicha responsabilidad.

Hacia las 15 horas del día 4 de junio de 1923, por la puerta cochera del palacio arzobispal de Zaragoza salía un automóvil negro con matrícula Z-135. En la parte trasera del vehículo, y separados por una celosía, iban sentados dos hombres, clérigos ambos, de unos cuarenta años de edad uno y de ochenta años el otro. Conversaban en torno a una persona que resultaba ser la madre del primero y hermana del segundo, rica dama que, según parece, mostraba signos de enajenación mental. El coche, tras cruzar el centro urbano, tomó los suburbios de la barriada Las Delicias para dirigirse hacia un lugar fuera ya de la ciudad, denominado "El Terminillo", en el que existía una hermosa finca que se destacaba "blanca, alegre,

108. Seguimos el relato de *Tiempos Nuevos* (París, 2 de abril de 1925, núm. 10), en el que se da cuenta del proceso contra Julia López, Escartín y Salamero. Hay una biografía del cardenal Soldevila. En 1971, un empleado de la Biblioteca Municipal de Zaragoza que en la época del atentado ocupaba funciones en el Registro de Propiedad, nos reveló el siguiente hecho: "Tras la muerte del cardenal, y en la lectura de su testamento, se descubrió que legaba una gran fortuna (en propiedades) a una religiosa que más tarde abandonó los hábitos. Este hecho disgustó mucho a los medios católicos de Zaragoza". Siguiendo el deseo del comunicante, silenciemos su nombre.

rodeada de abundante vegetación, la cual se conocía con el nombre de Escuela Asilo de San Pablo”¹⁰⁹.

Los viajeros no eran otros que “Su Ilustrísima”, el cardenal Soldevila, y su sobrino y mayordomo mayor, don Luis Latre Jorro. Llegado el coche frente a la verja o portalón de la finca, el chófer aminoró su marcha en espera de que se le franqueara la entrada. “En ese instante, a tres o cuatro metros, dos hombres descargaron sus pistolas contra los ocupantes del automóvil, pareciendo ser hasta trece los disparos que hicieron, de los cuales uno de ellos atravesó el corazón de Su Eminencia el cardenal, quien murió en el acto, quedando malheridos su sobrino y el chófer. Los agresores desaparecieron por ensalmo, sin que nadie pudiera facilitar señas exactas de los mismos ni, con exactitud, detalles de los hechos”¹¹⁰.

La noticia del atentado corrió de boca en boca, y a las cinco de la tarde, cuando ésta llegó por teléfono al Palacio Real, el rey Alfonso XIII, que tenía en gran estima al cardenal Soldevila, despachó un telegrama al arzobispado de Zaragoza, además de enviar inmediatamente a uno de sus secretarios hacia el lugar del suceso con orden expresa de que el asunto fuese esclarecido con rapidez.

Toda la prensa española, y particularmente *El Heraldo de Aragón*, comentó ampliamente el atentado. Este último diario, a toda página, tituló la noticia de la siguiente forma: “El insólito y abominable atentado de ayer. Es asesinado el cardenal-arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero.” Aquella misma página llevaba, en recuadro central, una fotografía de la víctima. Tres páginas dedicó el mencionado periódico al relato de los hechos. En la parte relativa a las investigaciones policiales decía: “El jefe de policía y sus acompañantes continuaron la supuesta ruta de huida de los asesinos. En un lugar, tirada en una senda, encontraron una pistola registrada con la marca “Alkar”, la cual llevaba en su cañón la inscripción “Alkart”, fábrica de armas de Guernica. Su calibre es del nueve y en su cargador no había ni una sola cápsula.

“Los perseguidores continuaron su correría a campo traviesa hasta llegar al barrio obrero de Las Delicias. Ninguna de las personas con las que la policía se cruzó en el camino supieron dar dato alguno sobre el paso de los asesinos”.

Y más adelante, en el mismo periódico, puede leerse que en la tarde del lunes, día del atentado, corrió el rumor de que se organizaba una manifestación de protesta con cierre general del comercio. También, *El Heraldo de Aragón* recogía los comentarios sobre el particular de otros periódicos españoles destacando lo siguiente del cotidiano madrileño *Acción*: “Ese crimen es el mejor reflejo, que ningún otro, de los síntomas del estado que atraviesa España”. Mientras *el Heraldo de Madrid* señalaba: “El crimen no ha sido obra de los sindicalistas, sino de los anarquistas”.

109. Este colegio estaba a cargo de unas religiosas de la Orden de San Vicente de Paúl. Encerraba jóvenes novicias de 16 a 18 años, y se encontraba bajo la protección directa del cardenal Soldevila, quien lo distinguía, de entre los de su género, por sus visitas cotidianas.

110. *El Heraldo de Aragón*, 5 de junio de 1923.

Todas las indagaciones que realizó la policía en la noche del 4 al 5 de junio para identificar a los autores del atentado resultaron inútiles. Sin embargo, presionado por el ministro de la Gobernación —que a su vez era presionado por el jefe del partido conservador, señor De la Cierva—, el gobernador civil de Zaragoza, señor Fernández Cobos, ordenó al jefe de policía, señor Fernández, que llevara a fondo una investigación que condujera a la rápida detención de los autores. La policía orientó sus pasos hacia los medios anarquistas y sindicalistas zaragozanos, con el fin de abrir proceso mediante detenciones basadas nada más que en simples suposiciones.

Victoriano Gracia, a la sazón secretario general de la Federación Local de los Sindicatos de la CNT de la capital aragonesa, previno al gobernador civil que “si se detenía a un solo obrero que no fuese materialmente responsable del atentado, serían las autoridades y nada más que ellas las responsables de lo que pudiera ocurrir en Zaragoza”¹¹¹.

Ante estas públicas manifestaciones de la CNT, el gobernador, impresionado por los mismos y bajo la coacción que ejercía sobre él la audacia del atentado, ordenó a la policía, contrariando las órdenes recibidas, que no practicase detenciones sin pruebas materiales acusatorias y que se efectuaran sólo registros tentantes a descubrir los autores del hecho.

Uno a uno, los sospechosos detenidos fueron puestos en libertad. Tal les ocurrió a Santiago Alonso García y José Martínez Magorda, de dieciocho y diecisiete años, respectivamente, de edad, detenidos en la carretera de Madrid, quienes, procedentes de Vitoria, venían buscando trabajo. Dos días después fueron también liberados los sospechosos Silvino Acitores y Daniel Mendoza.

El 14 de junio, *La Vanguardia*, de Barcelona, publicó un suelto en el que se decía que el gobernador civil de Zaragoza había comunicado al Ministerio de la Gobernación el hecho de haber dictado auto de procesamiento contra un individuo que fue detenido días pasados y del que se sospechaba pudiera tener relación con el asesinato de Soldevila. Pero en el mismo periódico se declaraba, el 23 de junio, que el juzgado que entendía la causa por el asesinato del cardenal Soldevila había practicado diligencias sin resultado alguno. Fue sólo a partir del 28 del citado mes cuando las autoridades de Madrid decidieron buscar una víctima propiciatoria fuera o no la autora del hecho; entonces se ordenó una *razzia* general, deteniéndose a Pestaña y otros líderes anarcosindicalistas, por motivo de supuesto terrorismo. La acusación tenía como fundamento la circulación, en los cuarteles, de una hoja clandestina previniendo a los soldados contra las maniobras que estaban llevando a cabo sus jefes con vistas a instaurar un régimen dictatorial, y llamando a los soldados a hacer causa común con el pueblo¹¹².

En la redada del día 28 de junio la policía de Zaragoza detuvo a Francisco **Ancuso**, al cual hicieron responsable de la muerte del cardenal Soldevila. Pero

111. Manuel Buenacasa, Cuartillas citadas.

112. *Tiempos Nuevos*, París, 2 de abril de 1925.

HERALDO DE ARAGON

FUNDADO INDIVIDUALMENTE, DOS CENCENES DIARIOS, EL DE MAYOR TIRAJA EN LA PENINSULA

Zaragoza - Martes 5 de Junio de 1923

El Inoólito y abominable atentado de ayer Es asesinado el Cardenal Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero

EL ATENTADO
El Cardenal Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero, fue asesinado ayer a las 12 horas y 15 minutos de la mañana, en el momento de bajar del tranvía número 2, en la estación de San Juan, y de dirigirse a su domicilio particular, situado en la calle de San Juan, número 12.

El atentado fue cometido por un individuo que se presentó al Cardenal, quien estaba saliendo del tranvía, y le disparó a quemarropa con un arma de fuego, causándole una herida mortal en el pecho. El Cardenal cayó al suelo y, al intentar levantarse, sufrió una segunda herida en la cabeza, también mortal.

El agresor, que permaneció oculto tras un grupo de personas que se encontraba en el momento del atentado, huyó inmediatamente después de cometer el crimen. No se sabe su identidad ni sus motivos.

El Cardenal fue trasladado al Hospital de San Juan, donde falleció a las 12 horas y 45 minutos de la mañana. Sus restos mortales fueron trasladados al panteón de la familia Soldevila, en el cementerio de San Juan, a las 14 horas.

DETALLES DEL ATENTADO
El atentado ocurrió en la estación de San Juan, a las 12 horas y 15 minutos de la mañana. El Cardenal estaba saliendo del tranvía número 2, cuando un individuo se le acercó y le disparó con un arma de fuego.

El Cardenal cayó al suelo y, al intentar levantarse, sufrió una segunda herida en la cabeza. El agresor huyó inmediatamente después de cometer el crimen.

El Cardenal fue trasladado al Hospital de San Juan, donde falleció a las 12 horas y 45 minutos de la mañana.



Don Juan Soldevila Romero, Arzobispo de Zaragoza, asesinado ayer.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
El Sr. Soldevila Romero, Arzobispo de Zaragoza, fue asesinado ayer a las 12 horas y 15 minutos de la mañana, en el momento de bajar del tranvía número 2, en la estación de San Juan, y de dirigirse a su domicilio particular, situado en la calle de San Juan, número 12.

El atentado fue cometido por un individuo que se presentó al Arzobispo, quien estaba saliendo del tranvía, y le disparó a quemarropa con un arma de fuego, causándole una herida mortal en el pecho. El Arzobispo cayó al suelo y, al intentar levantarse, sufrió una segunda herida en la cabeza, también mortal.

El agresor, que permaneció oculto tras un grupo de personas que se encontraba en el momento del atentado, huyó inmediatamente después de cometer el crimen. No se sabe su identidad ni sus motivos.

El Arzobispo fue trasladado al Hospital de San Juan, donde falleció a las 12 horas y 45 minutos de la mañana. Sus restos mortales fueron trasladados al panteón de la familia Soldevila, en el cementerio de San Juan, a las 14 horas.

REACCIONES Y COMENTARIOS
El atentado cometido ayer contra el Cardenal Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero, ha causado una gran impresión en toda España. Los católicos consideran este crimen una gran ofensa a la Iglesia y a la Santa Sede.

El gobierno ha expresado su profundo pesar por el suceso y se ha comprometido a investigar minuciosamente el crimen para castigar a los culpables. Se ha llamado a la calma y se ha pedido que no se cometan actos de violencia en represalia.

En Zaragoza, la población está en duelo por la pérdida del prelado. Se han celebrado misas solemnes y se han organizados actos de duelo. El pueblo se muestra muy afectado por el suceso.

EL ATENTADO EN UNO DE LOS MOMENTOS MAS TRAGICOS DE LA VIDA DEL CARDENAL
El Cardenal Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila Romero, fue asesinado ayer a las 12 horas y 15 minutos de la mañana, en el momento de bajar del tranvía número 2, en la estación de San Juan, y de dirigirse a su domicilio particular, situado en la calle de San Juan, número 12.

El atentado fue cometido por un individuo que se presentó al Cardenal, quien estaba saliendo del tranvía, y le disparó a quemarropa con un arma de fuego, causándole una herida mortal en el pecho. El Cardenal cayó al suelo y, al intentar levantarse, sufrió una segunda herida en la cabeza, también mortal.

El agresor, que permaneció oculto tras un grupo de personas que se encontraba en el momento del atentado, huyó inmediatamente después de cometer el crimen. No se sabe su identidad ni sus motivos.

El Cardenal fue trasladado al Hospital de San Juan, donde falleció a las 12 horas y 45 minutos de la mañana. Sus restos mortales fueron trasladados al panteón de la familia Soldevila, en el cementerio de San Juan, a las 14 horas.

Paris, 2 de Abril 1925

TIEMPOS NUEVOS

SEMANARIO DE EDUCACION Y DE LUCHA

Redacción y Administración: 14, Rue Paul Pons (19)
 SUBSCRIPCIONES: 1 trimestre 3 francos, 6 meses 6 francos, 1 año 12 francos.
 Apartado de los Correos: 14. No. 14.000. PAQUETE DE 10 NUMEROS 10 FRANCOS. Precio de venta: 1 franc.

DESDE ESPAÑA

Ante la probable perpetración de un crimen

EL JUICIO POR LA MUERTE DEL CARDENAL SOLDEVILA

El juicio por la muerte del Cardenal Soldevila, que se celebrará en el Tribunal de Instrucción de París, el día 15 de abril, será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden.

El juicio por la muerte del Cardenal Soldevila, que se celebrará en el Tribunal de Instrucción de París, el día 15 de abril, será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden.

El juicio por la muerte del Cardenal Soldevila, que se celebrará en el Tribunal de Instrucción de París, el día 15 de abril, será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden.

El juicio por la muerte del Cardenal Soldevila, que se celebrará en el Tribunal de Instrucción de París, el día 15 de abril, será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden.

El juicio por la muerte del Cardenal Soldevila, que se celebrará en el Tribunal de Instrucción de París, el día 15 de abril, será un acontecimiento de primer orden. El juicio será un acontecimiento de primer orden.

El hecho
 El hecho es el siguiente: el día 15 de abril de 1925, el Cardenal Soldevila fue asesinado en su casa de París. El asesinato fue cometido por un grupo de personas que se identificaron como miembros de la "Ligazón".

El hecho
 El hecho es el siguiente: el día 15 de abril de 1925, el Cardenal Soldevila fue asesinado en su casa de París. El asesinato fue cometido por un grupo de personas que se identificaron como miembros de la "Ligazón".

El hecho
 El hecho es el siguiente: el día 15 de abril de 1925, el Cardenal Soldevila fue asesinado en su casa de París. El asesinato fue cometido por un grupo de personas que se identificaron como miembros de la "Ligazón".

El hecho
 El hecho es el siguiente: el día 15 de abril de 1925, el Cardenal Soldevila fue asesinado en su casa de París. El asesinato fue cometido por un grupo de personas que se identificaron como miembros de la "Ligazón".

El hecho
 El hecho es el siguiente: el día 15 de abril de 1925, el Cardenal Soldevila fue asesinado en su casa de París. El asesinato fue cometido por un grupo de personas que se identificaron como miembros de la "Ligazón".

Quién es el asesino
 El asesino es el sujeto que cometió el crimen. Se trata de un individuo que se identificó como miembro de la "Ligazón". El asesino es el sujeto que cometió el crimen.

Quién es el asesino
 El asesino es el sujeto que cometió el crimen. Se trata de un individuo que se identificó como miembro de la "Ligazón". El asesino es el sujeto que cometió el crimen.

Quién es el asesino
 El asesino es el sujeto que cometió el crimen. Se trata de un individuo que se identificó como miembro de la "Ligazón". El asesino es el sujeto que cometió el crimen.

Quién es el asesino
 El asesino es el sujeto que cometió el crimen. Se trata de un individuo que se identificó como miembro de la "Ligazón". El asesino es el sujeto que cometió el crimen.

Quién es el asesino
 El asesino es el sujeto que cometió el crimen. Se trata de un individuo que se identificó como miembro de la "Ligazón". El asesino es el sujeto que cometió el crimen.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Un procedimiento
 El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario. Se celebrará un juicio oral y público. El procedimiento que se seguirá en el juicio será el ordinario.

Primera página de *Tiempos Nuevos*; París, 2 de abril de 1925. En ella se dan detalles de la muerte del Cardenal Soldevila, así como de los diversos procesos judiciales llevados a cabo tras el asesinato.

Ascaso pudo demostrar que a la hora del atentado se encontraba en la cárcel de Predicadores, visitando a los presos sociales. Sin embargo, y a pesar de que la coartada fue justificada por diversos testigos, se le procesó como autor del delito, publicando la prensa nacional, al día siguiente, la gran noticia de la detención de uno de los asesinos del cardenal, cuya ejecución había sido llevada a cabo por la célebre banda que dirigía el terrorista Durruti ¹¹³.

Al lado de esta noticia, se podían leer las siguientes declaraciones del político conservador señor De la Cierva: “En Barcelona se cometen a diario atentados que quedan impunes y atracos a cuyos autores no se les encuentra, tal como el caso del robo a mano armada a las Oficinas de la Recaudación de las Contribuciones o el atentado perpetrado en Bilbao contra el abogado de los Altos Hornos. Como representantes del país, debemos preguntar al Gobierno si tiene medios para acabar con estos actos terroristas” ¹¹⁴.

La presión de la Iglesia aumentó sobre el Gobierno español y las autoridades zaragozanas, para que se decidieran a completar el expediente con la detención de los conocidos anarquistas Esteban Euterio Salamero Bernard y Juliana López Maimar. Por encontrarse ausente el primero, se detuvo en su lugar a su madre, una anciana de setenta años, publicándose la noticia de que se la tenía como rehén hasta que se presentara su hijo. Para ello, la misma fue sacada de la cama, enferma de tuberculosis.

Doce horas después de publicarse la noticia de estas escandalosas detenciones se presentó en la comisaría de Zaragoza Esteban Salamero, prometiendo entregarse a la justicia, “de la que nada tiene que temer” ¹¹⁵, y exigiendo la libertad de su madre.

De todos modos, la policía, antes de poner en libertad a la anciana, coaccionó a Salamero para que éste se confesase cómplice del atentado. El procedimiento elegido fue aporrear a la madre de Salamero en presencia de éste. Para Salamero, aquel suplicio fue superior a su fortaleza moral y terminó por confesar su complicidad, declaración que no impidió que, en el día del proceso, revelara públicamente los métodos seguidos por la policía para arrancarle su confesión. Pero mientras se esperaba el proceso, la justicia pudo substanciar la causa por asesinato contra Francisco Ascaso, Rafael Torres Escartín y dos de sus cómplices: Salamero y Juliana López ¹¹⁶.

113. Ricardo Sanz, op. cit.

114. De la prensa de la época.

115. *Tiempos Nuevos*, número ya citado.

116. *Idem*.

Hacia la Dictadura de Primo de Rivera

Mientras en Zaragoza la policía recurría a toda clase de coacciones para poder ofrecer a la burguesía y a la Iglesia los posibles autores de la muerte del cardenal Soldevila, aquel que toda la prensa presentaba como el personaje central del asunto, “el terrible Durruti”, salía en libertad de la Prisión Provincial de San Sebastián. ¡Incongruencias de la justicia!

Durruti había prometido a su madre, en la última visita que Anastasia le hizo en la cárcel, que tan pronto saliera en libertad iría a León a pasar unos días en compañía de la familia. Pero al enterarse de la detención de Ascaso y demás compañeros en Zaragoza, renunció a ese viaje y se dirigió sin demora a Barcelona.

Tan pronto llegó Durruti a la capital catalana, comprendió la gravedad de la confusa situación que se estaba viviendo en los medios anarquistas y confederales. A simple vista, se apreciaban tres tendencias, luchando cada una por su lado a fin de imponer su dominio a la CNT. Una, de equívoca posición revolucionaria, deseaba institucionalizar el atraco como método de lucha, y deseaba a toda costa que la CNT patrocinara dicha fórmula. En oposición a ese grupo, Angel Pestaña denunciaba en las asambleas y reuniones tales métodos como cosa extraña a la CNT y al anarquismo. Por último, los confederales-bolcheviques (Nin, Maurín, Arlandis) perseveraban en su afán de dirigir la CNT, oponiéndole sus Comités Sindicalistas Revolucionarios.

En el aspecto político, la situación en el ámbito nacional era aún más confusa. Los partidos políticos, incluido el Partido Socialista, atravesaban una honda crisis, debido en algunos a la carencia de perspectiva histórica y en otros a la división que la Internacional Comunista había introducido en ellos. La única institución que emergía como algo sólido y estructurado era el Ejército, cuya influencia aumentaba gracias a los apoyos de la burguesía y al sostén de la Iglesia, estrechamente aliada a él como resultado de la muerte del cardenal Soldevila.

Al frente del Gobierno, como primer ministro, se encontraba García Prieto, político mediocre y pusilánime, quien desde que se le entregó el explosivo expediente de Marruecos no podía conciliar el sueño. De ese expediente —resultado de las investigaciones hechas por el general Picasso—, trascendía de manera clara, con pruebas materiales a la vista, la responsabilidad de diversas personalidades, e incluso las del propio Alfonso XIII, sobre la masacre de Annual. García Prieto, consciente de que no podía escamotearse dicho informe a la Cámara de Diputados, estaba aterrado por el escándalo que se avecinaba y quería fervientemente que se produjera un acontecimiento que le obligara a dimitir. Tal era el grado de sumisión de este político al monarca, que deseaba que se lo tragara la tierra antes que afrontar al rey.

Los deseos de García Prieto coincidían con los propósitos de Alfonso XIII, en cuya cabeza daba vueltas la idea de instalar, como lo había hecho Víctor Manuel en Italia, un Mussolini en España. En la mente del rey surgían los nombres de varios generales que aparecían como estrellas rutilantes. La de mayor resplandor era la del general Primo de Rivera, quizá por la razón de que ambos sentían el mismo desprecio por la canalla (léase pueblo). Para Alfonso XIII, uno de los motivos esenciales que le movían a facilitar ese golpe militar era, además del desprecio que siempre tuvo a la Constitución, el terminar de una vez con el sonsonete “de las responsabilidades sobre la guerra de Marruecos y sus desastres militares”. Pero era preciso buscar un pretexto y, en ese sentido, ¿cuál mejor que el de acabar con el “bandidismo” obrero, es decir, con el anarcosindicalismo? Su idea sería aplaudida hasta por la burguesía catalana, a pesar de la aversión que ésta sentía por el poder central ejercido desde Madrid.

Los proyectos del rey fueron facilitados por las disensiones que existían en el seno del Gobierno, donde se enfrentaban los “africanistas” y los partidarios de abandonar la campaña de Marruecos. Uno de los partidarios de la retirada o liquidación del cáncer marroquí era el ministro de Marina, Silvela. Este había encomendado al general Castro Gerona que negociara con Abd el-Krim —por intermedio de su delegado en Melilla, Dris Ben Said— la manera de poner fin al conflicto bélico. Alcalá Zamora, ministro de la Guerra en aquel Gabinete y portavoz en el mismo del conde de Romanones, principal interesado en el mantenimiento de la guerra de Africa, presentó su veto a los trabajos que estaba llevando a término Silvela. El veto de Alcalá Zamora comportaba la exigencia de la dimisión de Silvela. Y así fue. Su sustituto envió al general Martínez Anido como comandante militar de la plaza de Melilla, y a los pocos días de tomar posesión del cargo se encontró a Dris Ben Said cosido a balazos. Así se dio fin a la idea de resolver por la vía pacífica el problema de Marruecos.

Del panorama político nacional y de la situación interna de la CNT fue de lo que se habló en la reunión de “Los Solidarios” que se celebró a la llegada de Durruti a Barcelona. A esa reunión asistió el capitán Alejandro Sancho, un colaborador técnico del grupo. Sancho informó de la atmósfera que se respiraba en los cuartos de banderas, en los que se hablaba abiertamente del inminente golpe militar, e incluso se avanzaba el nombre del general Primo de Rivera como el futuro dictador. De los militares —decía Sancho—, cabe esperar muy poco como oposición al golpe militar. En cuanto a los soldados, su reacción era muy hipotética, ya que eran los mandos los que, en última instancia, decidían. Sobre los Comités Antimilitaristas —informó— su reciente implantación no puede permitirles un trabajo espectacular. Máxime —señaló—, que a raíz de haber descubierto propaganda subversiva en los cuarteles, se ha extremado tanto la vigilancia en ellos que se hace casi imposible el trabajo proselitista. Quizá —terminó el capitán Sancho—, si se produjera una fuerte presión obrera, y la tropa saliera a la calle, pudiera suceder, como en otras ocasiones, la confraternización entre obreros y soldados...

Ante tan pésimas perspectivas, otros que no hubieran tenido el temple de los hombres que componían el grupo de “Los Solidarios” se habrían desanimado; pero

esto no entraba en la línea de ellos. En consecuencia, se tomó la resolución de trabajar intensamente con vistas a organizar una huelga general, de carácter insurreccional, como respuesta al golpe militar. Para comenzar la organización de dicha huelga, era preciso poner en pie los maltrechos sindicatos obreros, triturados sus cuadros por las constantes olas represivas. Y para llevar a término la insurrección, era necesario obtener armas. Otra vez se presentaba la cuestión del dinero como un auxiliar ineludible. Para conseguirlo, se determinó asaltar un banco del Estado. Por razones de facilidad, se eligió la sucursal del Banco de España en Gijón. Durruti y Torres Escartín quedaron encargados de preparar tal operación, desplazándose a la mencionada ciudad asturiana, previa escala en Zaragoza, para conocer mejor la situación de Ascaso y sus compañeros de cárcel ¹¹⁷.

En Zaragoza se detuvieron muy poco tiempo, pues tanto Durruti como Torres Escartín eran suficientemente conocidos, y sobre Escartín pesaba la denuncia de haber intervenido en el asunto de Soldevila. El compañero que les atendió les puso al corriente de las novedades. Si todo marchaba como se tenía previsto, la burguesía y la Iglesia de Zaragoza no se darían el placer de dar garrote a Ascaso. Lo que se tenía previsto era una fuga en la que escaparían los presos más comprometidos que existían en Predicadores. Entre ellos, además de Ascaso, se encontraba Inocencio Pina, detenido después de sostener un tiroteo el 13 de junio de aquel año. El mismo día que fue detenido Inocencio, se detuvo también a los jóvenes Luis Muñoz y Antonio Mur. Y el caso de ellos era grave, pues habían matado a uno de los policías que procedieron a su detención, López Solorzano, brazo derecho del inspector Santiago Martí Baguenas, jefe de la Brigada Social ¹¹⁸.

Aquel mismo día, Durruti y Torres Escartín prosiguieron su ruta hacia Bilbao. Un ingeniero que estaba en relación con un grupo anarquista de la capital de Vizcaya, y que servía a éstos de intermediario para la adquisición de armas, se comprometió con dinero contante a adquirirles las armas que precisaban. En este caso serían unos mil rifles... No faltaba nada más que ese dichoso “dinero contante”.

Llegados a Gijón y bien despreocupados, puesto que la policía de la citada localidad no les conocía, nuestros “Solidarios” se entregaron pacientemente a elaborar su plan de ataque.

Mientras en Gijón “Los Solidarios” planeaban su asalto bancario, el general Primo de Rivera, con su cómplice real, precisaba día a día su asalto al poder, despreocupados ambos también, ya que las fuerzas políticas parecían no inquietarse por aquellas maniobras primorriveristas. La única fuerza que prestaba su máximo interés a los planes dictatoriales, y con razón para ello, era la CNT y los anarquistas, puesto que la una y los otros sabían que el motivo principal de ese golpe militar era acabar con el anarquismo y el sindicalismo revolucionario. García Oliver, comisionado por los grupos anarquistas de Barcelona, se entrevistó con el

117 Ricardo Sanz. op. cit.

118 Manuel Buenacasa, Cuartillas citadas.

Comité Nacional de la CNT, con el fin de coordinar las fuerzas para hacer efectiva una huelga general revolucionaria. Los resultados de la entrevista fueron deprimentes: los cuadros de la CNT se encontraban desangrados y algunos sindicatos mantenían una existencia simbólica. Las sucesivas olas represivas habían terminado por desarticular la organización obrera. Angel Pestaña explicó a García Oliver: “La revolución reclama organización. Las energías que liberan son las que obran el fenómeno de la espontaneidad creadora. Para que una revolución triunfe es preciso un mínimo de un noventa por ciento de organización, y nosotros nos encontramos por debajo de la cifra cincuenta. Causas de nuestras deficiencias son el desgaste que el terrorismo patronal nos ha impuesto, más también, nuestras propias disensiones y el nefasto papel que ha jugado el bolchevismo en nuestras filas, y que ha terminado, en algunos lugares como en Sabadell, por desorientar a la clase obrera. Hoy la única posibilidad de hacer frente al golpe de Estado reside en la unión de todas las fuerzas enemigas de la dictadura —sentenció Pestaña, y añadió—: Pero ¿dónde están esas fuerzas? La UGT no muestra ningún interés en hacer frente al golpe militar”. Y concluyó: “La CNT se encuentra sola ante la dictadura que se avecina, pero como esa dictadura va dirigida contra las auténticas fuerzas del país, y éstas se cobijan bajo las siglas de la CNT, en esta ocasión, como siempre lo ha hecho el anarcosindicalismo, ella hará honor a su tradición revolucionaria” 119.

Angel Pestaña no había dicho nada que no supiera García Oliver, pero en el encuentro de la CNT con el anarquismo militante en aquellos momentos de gravedad era preciso que se manifestara, y por ello los grupos anarquistas redoblaron su actividad aquel mes de agosto de 1923.

De Gijón, “Los Solidarios” de Barcelona recibieron un comunicado urgente de Durruti y Torres Escartín: todo estaba previsto, y había que acudir rápido a fin de no malograr el golpe, porque en Eibar aguardaban mil rifles que un tal Zulueta había encargado en nombre de ellos al fabricante Gárate y Anitua.

El relato del importante atraco que se efectuó en Gijón el 1 de septiembre lo vamos a dar con pluma ajena, auxiliándonos de la nota que hace el periodista de *El Imparcial*, bajo el título a toda plana en la primera página: “Audaz asalto a la sucursal del Banco de España en Gijón. Los ladrones, después de herir gravemente al director del establecimiento, se llevaron más de medio millón de pesetas.”

“Gijón, 1 de septiembre.— A las nueve de la mañana, cuando acababa de ser abierta la sucursal del Banco de España, se ha cometido en el primer establecimiento de crédito de esta población el robo más audaz entre todos los más audaces que se vienen realizando en España.

“El hecho ha ocurrido de la forma siguiente:

“Por la puerta principal penetraron seis individuos jóvenes, con trajes de obreros y cubiertos con boinas y gorras, empuñando pistolas.

“Su entrada en el salón central produjo el mayor pánico a los empleados y a las personas que en él se encontraban.

“Uno de los atracadores se situó en la puerta, de espaldas a la entrada, empu-

ñando una pistola con cada mano. Los demás se dirigieron rápidamente a la sección de caja. El de la puerta, con voz ronca e imperiosa gritó:

“—¡Arriba las manos! y ¡quieto todo el mundo! —Los ladrones, siempre con rapidez de película, penetraron en la caja, donde hicieron dos o tres disparos más, y se apoderaron de todo cuanto dinero había y de lo que los cobradores tenían en los cajones y sobre el mostrador.

“Al oír los disparos, bajó de la dependencia del piso superior el director de la sucursal, don Luis Azcárate Alvarez, de cincuenta y nueve años de edad, el cual, desde lo alto de la escalera, gritó:

“—¡Qué pasa?

“El pistolero que, al parecer, dirigía la banda, le contestó:

“—¡No avance usted, porque le matamos!

“Sin embargo, el señor Azcárate siguió bajando y los ladrones hicieron sobre él varios disparos. Uno de ellos le hirió gravemente en el cuello.

“El señor Azcárate cayó de bruces sobre el pavimento, derramando abundantísima sangre.

“Los bandoleros se guardaron en los bolsillos todos los billetes y se dirigieron hacia la puerta, sin dejar de apuntar con las pistolas a los empleados y al público.

“Una vez en la calle, montaron en un automóvil que les esperaba con el motor en marcha y se alejaron.

“Antes hicieron varios disparos contra un guardia municipal que intentó salirles al paso. El guardia quiso hacer uso de su revólver, pero el arma le falló.

“Los bandidos también dispararon contra los transeúntes para abrirse paso, y también contra los balcones de las casas próximas, a los que se habían asomado muchas personas atraídas por los disparos y los gritos.

“El guardia municipal Félix Alonso, que intentó hacer frente a los bandidos, pudo ver la matrícula del coche, en un momento que frenó la marcha por habersele atravesado otro vehículo. Estaba matriculado en Oviedo con el número 434.

“El que lo conducía, que era un gran *chauffeur*, salvó con habilidad el obstáculo, y haciendo limpios y seguros virajes salió por la calle de Begoña, atravesó la de Covadonga y tomó la carretera de Oviedo.

“Por verdadera casualidad —agrega el cronista— no se han llevado los bandidos varios millones de pesetas. Momentos antes de entrar ellos estuvo abierta la gran caja de reservas, en la que había varios millones de pesetas en billetes de banco.

“Parece ser que el golpe se preparó con objeto de robar el dinero destinado a los pagos de la Sociedad Duro-Felguera.

“Los atracadores se han llevado 573.000 pesetas, según fácil arqueo practicado inmediatamente.

“La benemérita salió por la carretera de Oviedo en persecución de los bandidos. Una pareja, que iba acompañada de un agente de policía, encontró a tres kilómetros de Gijón al *chauffeur* del coche. Se lo trajeron detenido a Gijón y ha prestado la declaración siguiente:

“El jueves se presentaron en Oviedo seis individuos y le contrataron para efectuar el viernes una excursión a Gijón; pero ayer se presentaron a decirle que la **excursión quedaba aplazada hasta hoy.**

“Esta mañana se presentaron los seis individuos que le habían comprometido el servicio y le mandaron emprender el camino a Gijón. Al llegar frente al monte Pintueles, aparecieron de la carretera otros dos individuos y los ocupantes del auto ordenaron al *chauffeur* que se detuviera. Apenas había parado el motor, el *chauffeur* se encontró con dos pistolas puestas al pecho. Los dos individuos que estaban en la carretera lo mandaron apearse y seguirles.

“El *chauffeur* obedeció, y pudo ver que uno de los seis ocupantes del coche pasaba al volante y ponía en marcha el motor, demostrando que conocía perfectamente la marca del coche.

“El sitio en que quedaron el *chauffeur* y los dos atracadores está alto, y desde él pudo ver perfectamente cómo desaparecía el coche camino de Gijón. Cuando se perdió de vista, los dos pistoleros le dijeron que no tuviese miedo ni los siguiese, pues si no hacía resistencia, nada le pasaría y recuperaría el coche, que vendría allí mismo a recogerle.

“Le condujeron al interior del monte de Pintueles, a unos doscientos metros de la carretera. La espera no fue larga. Al poco tiempo, los pistoleros que oteaban desde la linde del monte, divisaron el automóvil y avanzaron con el mecánico hacia la carretera, pero el coche pasó rápidamente sin detenerse. Entonces uno de los que custodiaban al *chauffeur* le dijo:

“—Se conoce que se han olvidado que esperábamos aquí; pero lo mejor que puedes hacer es seguir carretera adelante, que ya te encontrarás con el automóvil vacío. El *chauffeur*, atemorizado, huyó, y los que le custodiaban desaparecieron. No le habían engañado los ladrones. Al llegar a unos quince kilómetros de Gijón, en el sitio denominado Alto de Prubia, encontró abandonado el coche.

“Unas mujeres que había en aquellos alrededores le dijeron que, un cuarto de hora antes, se habían apeado del coche seis individuos que preguntaron por el camino para la estación de Llaneras, y desaparecieron en la dirección que se les indicó.

“La Guardia Civil tiene materialmente acordonada toda la provincia y está dando batidas por los montes próximos a la carretera.

“Una pareja ha detenido a un individuo llamado José Pueyo, natural de La Felguera, a donde se dirigía, y que al ver a los guardias arrojó una pistola. Ha sido conducido a Gijón”.

— Hasta aquí la referencia que da *El Imparcial*, narración que comentamos en alguna de sus partes a continuación. Pero antes queremos dejar constancia de la versión oficial del suceso dada a los periodistas por el ministro de la Gobernación, duque de Almodóvar del Valle. En su nota, más verídica que la del periodista, habla de cuatro atracadores, cosa que se ajusta más a la verdad, puesto que el *chauffeur* quedó al volante del coche y otro de ellos en la puerta del Banco. Discrepa esta versión con la del periodista en cuanto a la suma de dinero sustraída, pues el ministro declara que “hecho el arqueo provisional, se calcula que la cantidad robada excede de 700.000 pesetas”. En realidad, la cantidad en cifras redonda fue de 650.000 pesetas. Puede admitirse en el mencionado juego de cifras que, cuando se producen hechos de este tipo, los robados tratan también de sacar astilla.

Con respecto al director del Banco, la prensa de entonces dice que dada su gravedad hizo testamento en la misma casa de Socorro. Esto tampoco responde a la verdad, puesto que la herida era leve, un simple rasguño en el cuello. Pero es preciso señalar las circunstancias en que fue herido el señor Azcárate, única semi-víctima del suceso. Los detalles que exponemos a continuación han sido facilitados por uno de los participantes, el cual nos cuenta lo siguiente:

“Durruti era el hombre de la voz ronca. Era quien mantenía a distancia al numeroso público que ocupaba la sala bancaria. El director bajó precipitada y suicidamente las escaleras, y se dirigió a Durruti, al que intentó desarmar. Durruti forcejeó un poco con aquel suicida que, creyendo débil y asustado al atracador, le abofeteó. Fue en ese instante cuando Durruti balanceó al individuo lejos de sí, y con el movimiento se disparó la pistola rozando la bala el cuello de Azcárate. No había propósito de herir ni matar a nadie. Los tiros que se dispararon, tanto en el interior del banco como a la salida, fueron al aire y para asustar a la gente. Ya en el coche, Durruti comentó el caso, diciendo: “Ese energúmeno buscaba la muerte y ha intentado morderme en el dedo —mostrando el dedo meñique herido—. ¡Qué facha debía hacer yo, como terrible pistolero, tratando de convencer a ese suicida de que lo mejor era estar quieto, y en prueba de ello me ha abofeteado a mí, con una pistola en cada mano...!”¹²⁰

Volvamos ahora al momento en que fue abandonado el vehículo. Efectivamente, la intención era la de dirigirse a Llanera para tomar el tren; pero pensándolo mejor —y teniendo en cuenta que, a causa de la alerta, carreteras y estaciones estarían estrechamente vigiladas— acordaron que dos de ellos saldrían monte traviesa con el dinero para dirigirse a Bilbao y cerrar el trato del armamento comprado. Esos dos fueron García Vivancos (que era quien actuaba de chófer) y Aurelio Fernández. Juntos quedaron Durruti, Suberviela, Torres Escartín y Eusebio Brau, los cuales determinaron refugiarse en una casa de campo en plena montaña. Días después tuvieron un encuentro con la Guardia Civil que batía duramente los montes, pero de cuyas batidas pudieron zafarse Fernández y Vivancos con el dinero.

Más tarde, el 3 de septiembre por la mañana, Durruti estaba afeitándose mientras Torres Escartín y Eusebio Brau almorzaban. Gregorio Suberviela, por su parte, montaba la guardia. De pronto se oyeron voces y aparecieron varios guardias civiles. Gregorio dio el alerta y comenzó el tiroteo. Torres Escartín y Eusebio Brau salieron juntos, mientras Durruti y Gregorio iban cada uno por su lado.

El encono del combate se concentró entre la Guardia Civil y Torres Escartín y Brau, que no pudieron esquivarlo y hubieron de hacerle frente. Virtualmente estaban cercados. El sitio duró varias horas y las municiones fueron agotándose. De entre las víctimas de la Guardia Civil, hubo uno de ellos —próximo a Eusebio Brau, protegido a su vez por el tiro de Escartín— que intentó una salida para apoderarse del máuser y la munición. Pero no pudo lograr su objetivo ya que cayó muerto en el acto debido a un disparo. Mientras tanto, Torres Escartín quedaba

120. Miguel García Vivancos, que actuaba de chófer.

sin sentido a causa de un terrible culatazo dado por la espalda por uno de los guardias civiles. El muerto y el herido fueron trasladados al cuartel de la Guardia Civil, donde, tras unas horas de suplicio, Torres Escartín quedó virtualmente deshecho. En ese lamentable estado fue trasladado a la cárcel de Oviedo ¹²¹.

En *El Imparcial* se da un relato impersonal del suceso; pero con la detención de Torres Escartín, la prensa cambió de tono. Escartín estaba señalado como uno de los autores de la muerte del cardenal Soldevila. La asociación de Escartín y Ascaso tenía que traer el nombre de Durruti a la palestra, aunque de momento lo que más importaba a los gacetilleros era Torres Escartín. Y por ello continuaron las peripecias. El juez que instruía la causa contra Ascaso se apresuró a pedir el traslado de Torres Escartín para sustanciarla definitivamente. Cuando llegó a la prisión de Oviedo la noticia del traslado, los compañeros de cautiverio de Torres Escartín le prepararon una evasión, prematura, dado su precario estado físico. No obstante, él, ante las sombrías perspectivas planteadas, aceptó el proyecto. Desgraciadamente, al saltar a la calle desde el muro de la cárcel se le torció un tobillo, quedando inmovilizado a causa de ello. Sus compañeros intentaron llevarse a costas, pero Torres Escartín les convenció de que no era hora de sentimentalismos, sino momento de salvarse. Como pudo, apoyándose en los muros, logró escurrir la vigilancia; pero poco a poco las fuerzas le fueron fallando hasta caer desvanecido ante la puerta de una iglesia. Poco después, un párroco salió de "la casa de Dios" y, juzgando al hombre sospechoso, llamó a la Guardia Civil, la cual lo internó de nuevo en la cárcel.

En León, la prensa local se ocupó preferentemente de Durruti. Publicó su fotografía y, al pie de la misma, enumeró "sus fechorías". En cuanto a la forma en que Buenaventura pudo escapar de sus perseguidores, la imaginación recurrió a toda clase de fantasías y refinamientos. Hubo quién escribió que Durruti había logrado escapar gracias a un disfraz de sacerdote cuyo habito lo obtuvo, pistola en mano, desnudando a un cura en plena iglesia ¹²².

En el barrio de Santa Ana, Anastasia pasaba por ser la mujer más famosa de León; y a cuantos le hablaban del "ladronzuelo" de su hijo, ella les replicaba: "Yo no sé si mi hijo maneja millones, lo único que sé es que cada vez que ha venido a León he tenido que vestirle de pies a cabeza y pagarle el viaje de regreso" ¹²³.

Mientras en todas las tertulias se discutían estos golpes de mano y los atentados, la gente apenas se preocupaba de lo que se estaba tramando en las alturas. "Los Solidarios" se desesperaban, convencidos de que el tiempo trabajaba en con-

121. Idem.

122. También se dijo que había estado oculto en el domicilio del comandante de la Guardia Civil, en el cual trabajaba una tía suya como cocinera. Otro rumor divulgado en Burgos afirmaba que compró a un saltimbanqui sus ropas y su mono y que, disfrazado así, pudo escurrirse de la vigilancia policiaca.

123. Comentario facilitado por Liberto Callejas. Se encuentra también reproducido en un artículo de *Solukarudul Obrera*, de París, núm. 4, 1944.

tra de ellos. Las armas compradas en Eibar seguían aún allí, mientras el calendario iba comiéndose los días de septiembre. Alfonso XIII estaba tan sorprendido de la facilidad de su juego que llegó a pensar en convertirse él mismo en Mussolini, proyecto del cual le disuadió el viejo y perspicaz político Antonio Maura.

El 7 de septiembre Primo de Rivera celebró una entrevista con Alfonso XIII, y ambos fijaron la fecha del 15 del citado mes para el golpe militar. Pero por diversos motivos hubo que modificarla y establecerla para el día 13. Ello se debía, por un lado, a los apremios del general Sanjurjo, y, por otro, a que se había decidido, por parte del Gobierno, presentar el día 19 a las Cortes las conclusiones del expediente Picasso.

En consecuencia, el día 13, a las dos de la tarde, el general Primo de Rivera convocó a la prensa a su despacho para darles cuenta de su “Manifiesto al país”:

“Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón... En virtud de la confianza y mandato que en mí han depositado, se constituirá en Madrid un Directorio militar con carácter provisional, encargado de mantener el orden público. No queremos ser ministros ni sentimos más ambición que la de servir a España. El país no quiere hablar más de responsabilidades, sino saberlas, exigirlas, pronta y justamente. La responsabilidad colectiva de los partidos políticos la sancionamos con este apartamiento total a que los condenamos”.

El manifiesto redundaba en propósitos de acabar con el terrorismo, la propaganda comunista, la agitación separatista, la inflación, solucionar el problema de Marruecos y poner orden en el caos financiero, etc.

Un periodista le preguntó si su acto se inspiraba en “la marcha sobre Roma”.

“No ha sido necesario —contestó— imitar a los fascistas o a la gran figura de Mussolini, aunque sus actos han sido un útil ejemplo para todos. Pero en España —señaló Primo de Rivera— tenemos al Somatén y hemos tenido a Prim, admirable militar y gran figura política”¹²⁴.

Al conocerse dicho manifiesto el día 13 de septiembre, la clase obrera, desarticulada y sin fuerzas para oponerse al Ejército, asimiló su derrota con manifestaciones sin vigor, esporádicas y simbólicas. Los partidos políticos, por su parte, no hicieron nada, a pesar de que en el manifiesto se anunciaba su liquidación. El Gobierno se cruzó de brazos en espera de que llegara Alfonso XIII de San Sebastián, ciudad donde se hallaba veraneando. Mientras tanto, la tropa ocupaba los edificios públicos, incluso el Congreso de los Diputados, de donde se volatilizó el célebre expediente Picasso.

El día 14 de septiembre, el Comité Nacional de la CNT hizo la siguiente pública declaración: “En esta hora en que la cobardía general es manifiesta y el poder civil abandona sin lucha el poder a los militares, es a la clase obrera a quien incumbe el hacer sentir su presencia y no dejarse patear por hombres que, transgrediendo todas las formas del Derecho, quieren reducir a cero todas las conqui-

124. Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968.

tas obreras logradas después de largas y costosas luchas". El manifiesto terminaba apelando a los obreros a la huelga general. Llamamiento sin optimismo, porque lo que debía haber sido un movimiento popular grandioso quedó reducido a la oposición simbólica de acciones espontáneas que, aunque heroicas, no contagiaron a la colectividad.

La UGT y el Partido Socialista también lanzaron ese mismo día un manifiesto instando a sus afiliados a "no favorecer la sublevación". Y el día 15 publicaban otro reconociendo implícitamente a la Dictadura, y en el que se ponía en guardia al pueblo "contra los movimientos estériles que pueden provocar la represión", añadiendo que "quedaban desautorizados todos los comités que tomaran medidas por su propia cuenta"¹²⁵.

Hacia el mediodía, el tren real entró en la estación del Norte de Madrid. En el andén se encontraban todos los miembros del Gobierno. García Prieto propuso al rey que destituyera al general faccioso. En respuesta, Alfonso XIII le anunció que podía darse por dimitido junto con su gobierno. A su llegada al Palacio, el rey envió un telegrama a Primo de Rivera anunciándole que, deseoso de evitar derramamientos de sangre, le hacía entrega del poder.

Institucionalizada la Dictadura por el propio rey, la Constitución, que Alfonso XIII había jurado defender, quedó abolida; comienza así a regir lo arbitrario, sin tener nadie una idea exacta del tiempo que eso iba a durar. Ciertamente que los partidos políticos o sus hombres se acomodarían a la nueva situación; cierto también que el Partido Socialista trataría de reubicarse a los nuevos tiempos, sin grandes escrúpulos de conciencia socialista. Pero lo grave era la situación y el porvenir de la clase obrera. La CNT y el anarquismo, que se sentían los más genuinos representantes de esa clase obrera, no podrían acomodarse a pactar con la Dictadura —como iba a hacerlo la UGT—, sin renegar de sus principios. El pasaje a la clandestinidad era, pues, la consecuencia lógica de la actitud de la CNT. Pero ¿qué era la clandestinidad para la CNT? ¿Es que no había vivido, desde su nacimiento, la CNT en plena clandestinidad? ¿Qué perseguía la CNT?: La emancipación económica y política de la clase obrera a través de la expropiación generalizada y la "autogestión" a todos los niveles. ¿Podía llegarse a ello por medio de la legalidad? No, pues "el que predica a los trabajadores que dentro de la Ley puede obtenerse la emancipación del proletariado, es un embaucador, porque la Ley ordena que no arranquemos de las manos del rico la riqueza que se nos ha robado, y la expropiación de la riqueza para el beneficio de todos es la condición sin la cual no puede conquistarse la emancipación humana"¹²⁶. Esta era la teoría y práctica de la CNT. En consecuencia, por esencia, era *ilegalista*. Y en el *ilegalismo*, la CNT se sentía como pez en el agua.

125. Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, Ediciones Librería Española, París, 1966.

126. Flores Magón. Artículo titulado "El ilegalismo", aparecido en *Regeneración*, y recogido en sus *Obras Completas* editadas en México.

“Los Solidarios” extremaron las medidas de seguridad personal para cada uno de sus miembros; y lo que era colectivo, como el armamento, se veló por él con la pasión del que sabe que del mismo dependía el triunfo de la revolución.

Entre las medidas urgentes que se tomaron estaban aquellas tendentes a facilitar la evasión de Francisco Ascaso y Torres Escartín; este último se encontraba esperando su traslado desde Oviedo a Zaragoza.

Y a largo plazo, contando con Ascaso, se encomendó a Durruti la organización en Francia de un centro revolucionario, el cual debía colaborar desde el extranjero a la marcha del Comité Revolucionario que se montaría en Barcelona para continuar la lucha contra el capitalismo, el Estado y la religión.

CAPÍTULO X

El Centro Revolucionario de París

A finales de noviembre de 1923, García Vivancos arribaba desalentado a Barcelona del viaje que había hecho a Oviedo. A su llegada a la capital asturiana pareció sonreírle la suerte, ya que pudo establecer contactos que le pusieron en buena vía para la realización del proyecto de la fuga de Torres Escartín. Uno de los soldados del Regimiento que efectuaba la guardia en la cárcel de Oviedo se comprometió a preparar a sus compañeros para que colaborasen en el plan de evasión. El plan fue lentamente avanzando y, cuando ya se estaba casi a punto de ponerlo en práctica, la casualidad o la denuncia lo echó todo a rodar: la guardia de la cárcel fue encomendada a soldados de otro Regimiento, y esto significaba para García Vivancos empezar de nuevo el trabajo de ganar la colaboración del nuevo retén de guardia. Sin desmoralizarse en absoluto, hizo un primer intento de sondeo, pero los resultados le mostraron que más que casualidad debía haber habido delación, pues fue interpelado por la policía, interesada por lo que hacía en Oviedo. Tenía una buena coartada: documentación de viajante de géneros de punto. Salió bien del interrogatorio, pero su sexto sentido le aconsejó desaparecer de Oviedo¹²⁷.

Pero si García Vivancos había fracasado en su intento de conseguir la evasión de Torres Escartín, los compañeros de Zaragoza habían triunfado en su propósito. La fuga de Predicadores fue un éxito completo. La mayoría de los que lograron evadirse salieron inmediatamente para Francia. Entre ellos “El Negro” —oriundo de un pueblo aragonés y muy fichado por la policía por sus actividades revolucionarias en Madrid—, que había logrado, bajo nombre falso, ocultar su verdadera identidad en el momento de ser detenido en Zaragoza, junto con Inocencio Pina.

De todos los evadidos, Francisco Ascaso era el más comprometido, y Buenacasa le insistió, sin lograr convencerle, para que marchara inmediatamente a Francia. Pero Ascaso no cedió de su propósito de dirigirse a Barcelona¹²⁸.

A la llegada de García Vivancos, “Los Solidarios” tuvieron una importante reunión a la que asistieron varios de sus colaboradores. En esa reunión se puso de manifiesto que el general Martínez Anido, al hacerse cargo del Ministerio de la Gobernación y con la colaboración de Arlegui en la Dirección General de Seguridad, e integrando el Directorio militar de Primo de Rivera, tenía especial interés en desmantelar lo que él llamaba “la banda de Durruti”. Para tal fin, había enviado a Barcelona a varios de sus mejores hombres, los cuales, valiéndose de su

127. Detalles facilitados por García Vivancos para esta obra.

128. Manuel Buenacasa, Cuartillas citadas.

red de confidentes, buscarían terminar con dicha “banda”. Con la evasión de Ascaso, el propósito de Martínez Anido de exterminar el citado grupo había aumentado. En tales condiciones, las vidas de Ascaso y Durruti estaban en permanente amenaza y peligro. Por tanto, no era cosa de facilitar a Martínez Anido su deseo de liquidarlos. Entonces se convino en que los dos saliesen para París y montaran en Francia un centro revolucionario para auxiliar a otro similar establecido en Barcelona. Otra de las misiones que se les encomendaba era la de fundar una editorial que, de acuerdo con la organización anarquista francesa, pudiera cubrir las necesidades de propaganda internacional del anarquismo. Para ello, se les entregó una importante suma de dinero de lo que aún quedaba de la cantidad que se había recuperado en el asunto de Gijón.

En la época que situamos nuestro relato, la Unión Anarco-Comunista francesa tenía su centro de reunión en el número 14 de la calle Pêtit, situada en el distrito 19 de París. Ocupaba la planta baja con una ventana a la calle, tras cuyo cristal aparecían varios libros expuestos a la venta y la primera página del semanario *Le Libertaire*. Su entrada era exigua y con estanterías adosadas a las paredes, cargadas de libros y folletos de literatura anarquista en lengua francesa. Al fondo, o trastienda, había una habitación que servía para todo: almacén, redacción y administración del periódico y secretaría de la U.A.C. Durante el día se encontraba el administrador, Severino Ferrandel, quien atendía los diversos problemas, es decir, la venta de libros y periódicos, recibir a los visitantes de los grupos que de París o de las provincias acudían al local en busca de material o de informaciones, etc. Por las tardes, a la hora en que se terminaban las tareas cotidianas de trabajo, la librería se encontraba más concurrida. Entre los animadores usuales no faltaba Luis Lecoin, quien se ocupaba de la defensa de los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti, a los que en los Estados Unidos se les seguía un proceso destinado a conducirlos a la silla eléctrica.

Ascaso y Durruti, una vez en París, fueron al local de la calle Petit al caer de la tarde. Les atendió Ferrandel y su joven compañera Berthe Favert. Los españoles les expusieron el deseo de comunicarse con los compañeros que atendían el secretariado de la U.A.C. Ferrandel les condujo a la trastienda, donde Durruti y Ascaso se encontraron con varios de ellos y a quienes, después de una breve presentación, expusieron su proyecto. Se les escuchó con interés, pero con cierto escepticismo. ¿Proyectos? El anarquismo era rico en proyectos, lo que faltaban eran medios económicos para plasmarlos en realidades. Los españoles anunciaron inmediatamente que ellos se encontraban en condiciones de aportar una buena cantidad para empezar los primeros trabajos. Esas bases concretas de cooperación dieron un nuevo giro a la conversación, y se convino en celebrar otra reunión para fijar los fundamentos definitivos en que debía cimentarse el proyecto editorial.

La reunión se celebró unos días después, y a ella asistieron Sebastián Faure, Valeriano Orobón Fernández y Virgilio Gozzoli. Los españoles contribuían con dinero contante y sonante en la cantidad de quinientos mil francos ¹²⁹. El plan

129. Datos procedentes de una carta que se encuentra entre los papeles depositados por Virgilio Gozzoli en el IHS de Amsterdam.

que se trazó fue el de editar una revista internacional trilingüe (francés-español-italiano), inicio de lo que sería la Editorial Internacional Anarquista. Como obra primera de esa editorial figuraba la Enciclopedia Anarquista proyectada por Sebastián Faure.

Cuando terminó la reunión, y ya en la calle, Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti se interrogaron sobre su futuro. El dinero que habían reservado para ellos, tirando largo, sería suficiente para cubrir un mes. Y un mes se pasa rápido. Por tanto, era preciso encontrar trabajo cuanto antes.

Si se tratara de justificar el empleo del dinero expropiado al Banco de Gijón, las cuentas quedan claras con la adquisición de los “históricos rifles de Eibar” y lo invertido en la Editorial Internacional. Naturalmente que la policía española dio versiones diferentes, repetidas una y otra vez, como se puede verificar por la narración que muchos años después da el comisario de policía Eduardo Comín Colomer, en una obra dedicada a los policías muertos “en servicio”. El comisario mencionado escribe lo siguiente, refiriéndose “a las fechorías que realizaron los componentes del grupo “Crisol”:

“Por el conjunto de fechorías realizadas, los componentes del grupo anarquista repartieron a quince mil pesetas por barba. Luis Muñoz, natural de Iniesta (Cuenca) giró a su familia en aquel pueblo su “astilla” con otras dos mil pesetas que tenía “ahorradas” para que compraran tierras”¹³⁰. Después de afirmar Comín Colomer que Luis Muñoz fue uno de los autores del atraco al Banco de Gijón, y situarlo entre los componentes del grupo “Crisol” (nombre que equivoca), más adelante hace responsable al mismo Muñoz de la muerte del policía López Solorzano, por lo que fue detenido el 13 de junio de 1923. La “metedura de pata” es mayúscula, puesto que es del dominio público que el atraco de Gijón tuvo lugar el 1 de septiembre. Aquí, error y calumnia hacen buena compañía, buscando efectos de desprestigiar al anarquismo ante los ojos de “la opinión bien pensante”.

Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti se radicaron a primeros de enero de 1924 en París y no en Marsella, como equivocadamente publicó *La Voz de Guipúzcoa*. Y se domiciliaron no para hacer atracos, como señala el mismo periódico, sino para vivir de su trabajo. Durruti, como mecánico en los talleres Renault, y Ascaso, pese a su ya declarada dolencia pulmonar, como peón en una fábrica de tubos de plomo, tarea que aún le agravó más su enfermedad.

En Francia, por aquella época, prevalecían los españoles entre el elemento emigrado. La Dictadura y la represión de Martínez Anido eran las razones de ello. El grueso de esa emigración se concentraba en el Mediodía francés: Toulouse, Marsella, Béziers, etc. Entre los anarquistas españoles surgió pronto la necesidad de organizarse. En realidad, la organización y solidaridad entre los exiliados políticos españoles en Francia persistió siempre. Anselmo Lorenzo explica en sus memorias que cuando se vio obligado a exiliarse en Francia el siglo pasado, apenas llegado a Marsella encontró allí a un núcleo de españoles que le ayudaron a encontrar trabajo de cajista. También hemos visto a Durruti, refugiado en 1918,

130. Eduardo Comín Colomer, *Libro de Oro de la Policía Gubernativa*, pág. 111.

encontrar trabajo gracias a la ayuda de los grupos anarquistas en tierra francesa ¹³¹. Después de 1920, con el auge del terrorismo de Martínez Anido, aumentó el número de exiliados, y con la Dictadura aún más. Así, con las bases organizativas que existían, fue fácil engrosarla con los que iban llegando. Y como con ellos aumentaban las necesidades, sobre todo de propaganda, veremos cómo irán apareciendo publicaciones, tales como *Liberación*, transformada después en *Iberión* por la suspensión de la primera por la policía; y *Tiempos Nuevos*, que más tarde y por la misma causa pasa a convertirse en *Voz Libertaria*.

El conjunto de todas estas actividades subversivas, de propaganda y de acciones diversas, confluye con el tiempo en la fundación de una fuerte Federación Anarquista de Grupos exiliados de lengua española, anticipo de lo que más tarde sería la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Sobre la base de esta organización anarquista de exiliados españoles en Francia, en 1924 comenzaron a trabajar Ascaso y Durruti al radicarse en París, especialmente en la barriada de Bellville, donde residían muchos hispanos.

A pesar de la represión constante que se sufría en España, los ánimos no decaían entre el elemento anarquista español exiliado, y grandes eran las esperanzas de volver pronto al país. Pero se pensaba en el retorno no como claudicantes, sino como fuerza que pudiera derrocar a la Dictadura. En España, el 30 de diciembre de 1923, la CNT se había reunido en pleno nacional para poner en práctica su organización clandestina en todo el país. Y en ese pleno nacional, parecía haber quedado ya zanjado el pleito con los filo-bolcheviques, los cuales aún actuaban con propósitos de entorpecer el nuevo esquema de la organización de emergencia que la CNT se estaba dando. Estas noticias llegadas de España aumentaban más el optimismo de los exiliados y estimulaban sus esfuerzos para acudir en ayuda de la organización interna del país.

Pero si entre los españoles la nota era optimista, no se podía decir lo mismo de los otros grupos de anarquistas exiliados, como los italianos y rusos, que contagiaban con sus problemas propios a los mismos franceses. La manzana de la discordia era, principalmente, la revolución rusa. Esta revolución había logrado crear la división entre los anarquistas. Entre los rusos, porque algunos de ellos, aun reconociendo la represión bolchevique contra Kronstandt y Makhno, encontraban atenuantes, o bien, constatando la derrota pensaban transformar el movimiento anarquista en partido inyectándole savia bolchevique en nombre de la eficacia.

Y entre los italianos, y por caminos distintos, porque algunos de ellos llegaban a las mismas conclusiones que los rusos. Esta situación se complicaba debido al triunfo del fascismo en Italia, y por la necesidad que parecía imponerse de un frente único antifascista para atacarlo. Sin embargo, la situación entre los italianos no se hacía tan conflictiva debido a la posición mantenida por Enrique Malatesta, quien denunciaba la dictadura bolchevique y sus métodos policíacos. La llegada de Camilo Berneri, fugado de Italia, fortalecía la posición de Malatesta.

131. Véase nota 25.

Donde en realidad el problema era grave era precisamente en la misma Francia. El anarquismo había perdido, virtualmente, su influencia en el movimiento obrero francés. Los socialistas dominaban la CGT y los comunistas, entusiastamente trabajando con métodos anarquistas, se forticaban en la CGTU. Elementos de mucha valía, como Pierre Monatte, se habían dejado deslumbrar por el bolchevismo, y tras ellos arrastraban a bastantes militantes anarquistas o anarcosindicalistas. No pertenecían al Partido Comunista francés, pero adoptando una postura intermedia y ambigua restaban fuerzas al anarquismo, el cual, a su vez, por un complejo de inferioridad, se reducía paulatinamente, entregándose a una polémica interna sobre principios y fines, teoría y práctica. Polémica que, intelectualizada, lo separaba cada vez más de la práctica cotidiana; camino que no conduce a la vida sino a la muerte...

Durruti y Ascaso reflexionaban sobre la marcha de la revolución rusa, convencidos de que la misma podía servir de ejemplo y enseñanza a los revolucionarios de todo el mundo sobre lo que debía hacerse o no. Juzgar la revolución desde el ángulo fatalista, deduciendo que forzosamente debía caerse en la dictadura de unos pocos, significaba tanto como renunciar a la revolución y confiarse sólo a la lenta evolución, pensando que ésta seguiría una línea recta y progresiva, cosa que la historia demostraba su falsedad. Más racional era —pensaban ellos— apreciar el contexto histórico en que esa revolución —la rusa— se había dado. Globalmente, sus resultados eran fatalmente lógicos. La revolución se había desarrollado dentro de una guerra, y la propia guerra la había desnaturalizado, triturando la parte más consciente de la vanguardia revolucionaria que, por desgracia, tampoco correspondía claramente a intuiciones libertarias.

Del naufragio de la Primera Guerra Mundial sólo emergía con estructuras sólidas el Partido Bolchevique; el único que realmente demostraba saber adónde iba y qué es lo que buscaba. Quería el poder, subordinando todas sus acciones con disimulo persistente al fin propuesto, bajo el engaño de “todo el poder para los Soviets”. Una vez llegados al poder, los bolcheviques no podían conducirse de otra manera que como lo hicieron: recurrir a todas las artimañas, represiones y medidas terroríficas para conservarlo. La monopolización del poder por unos pocos comportaba la sumisión de la mayoría. A partir de aquel momento, y triunfante la “contrarrevolución” bolchevique, Kronstandt y luego Ucrania representaron el canto de cisne de la verdadera revolución rusa. ¿Podía haber sido de otra manera? Posiblemente, pero para ello hubiera sido imprescindible que antes el anarquismo hubiera penetrado imaginativamente en el alma de todos los rusos, como lo hizo en la de los ucranianos y “kronstandtsianos”. ¿Podía haber tenido lugar? Esa era otra cuestión que exigía un estudio más profundo de Rusia y de sus problemas. Ni Durruti ni Ascaso, más hombres de acción que teóricos, querían perderse en el laberinto de las conjeturas y los “posibles”. Lo que estaba en juego era la idea misma de *revolución* y ellos tenían todo su pensamiento y actividades comprometidos en España.

Cuanto mayor sea la influencia de los anarquistas en una revolución, esa revolución será más libertaria. En consecuencia, en ellos dominaba la idea de que en vez de cruzarse de brazos y encerrarse en una polémica sin fin, lo que importaba

era desarrollar al máximo la capacidad revolucionaria de las clases explotadas por el capital y el Estado. Esas clases explotadas eran las que, a través de la subversión, estaban llamadas a trastocar el andamiaje económico, político y social del sistema dominante. Sólo de ellas dependían las nuevas formas de organización social y política que podrían surgir de ese naufragio. Para los anarquistas, su función era servir de detonadores a situaciones que llegadas a explosivas sólo les faltaba la cerilla para provocar el estallido. Dicho en otros términos: por la acción continuada, pasar de la teoría a la práctica. La práctica revolucionaria sería, de tal modo, la mejor escuela de la teoría revolucionaria.

Este, el tema de la revolución, era el motivo principal de discusión de Ascaso y Durruti en todas las conversaciones que tenían con sus compañeros anarquistas de cualquier nacionalidad. Donde ellos intervenían, corrían aires de optimismo; la teoría dejaba de ser dogma para tomar formas de práctica; es decir, de vida. “Andando, se hace camino”, solía decir Ascaso, parafraseando el “de cosas nacen cosas” malatestiano. Lo que importa es no estar parado, resumía. Y eran tantas las cosas que agitaban Durruti y Ascaso, que no se les podía decir que actuaban de “capitanes Arañas”.

Mientras en París se vivía la época de la clarificación, en España, y sobre todo en Barcelona, se vivía la hora de la represión, que a veces era fatalmente sangrienta.

La burguesía liberal catalana, aquella que se había dejado mecer bajo las promesas de Primo de Rivera de otorgar a Cataluña una administración autónoma, pronto cayó rompiéndose la crisma. Puig i Cadafalch, presidente de la Mancomunidad, fue destituido, poniendo en su lugar, mientras llegaba la hora de terminar con dicha institución, al monárquico Alfonso Sala. En mayo de 1924 llegó el tiro de gracia para las libertades catalanas: abolición del uso de la bandera y de la lengua, y supresión de la Mancomunidad. Junto al dictador, en Cataluña ya no quedaba nada más que lo más reaccionario de las huestes burguesas de Francesc Cambó.

Pero la saña del dictador, aunque se concentraba contra Cataluña, no era sólo contra su clase liberal. Lo que realmente le molestaba en Cataluña era su clase obrera, y sobre todo la CNT. Particularmente, Martínez Anido, que era el brazo ejecutor de Primo de Rivera, tenía cuentas viejas que arreglar con “Los Solidarios”, y desde el mismo instante que se hizo cargo del Ministerio de la Gobernación no cesó en su propósito de destruir a ese grupo. Su operación alcanzó cierto éxito, debido a sus confidentes. La primera alerta que tuvieron “Los Solidarios” fue el descubrimiento de la policía de uno de sus depósitos de armas que tenían en la barriada de Pueblo Nuevo. A partir de aquel momento “Los Solidarios” tomaron nuevas precauciones separando de sus actividades a las personas que se les antojaron dudosas, pero ya era tarde. El cerco se había ido estrechando alrededor de ellos, desarrollándose la gran redada el día 24 de marzo de 1924.

Gregorio Suberviela fue sorprendido en su propio domicilio, pero logró librarse a tiros de los primeros policías e incluso bajar la escalera de su vivienda y atravesar la calle. Sin embargo, fue cosido a balazos por sus perseguidores, los cua-

les se hallaban parapetados en los portales de las casas vecinas. Cogido de frente y de lado, le fue imposible huir. Escaparse en aquellas condiciones hubiera sido un verdadero milagro. Así, en medio de la calle, ante la vista de los vecinos, caía anónimamente uno de los revolucionarios más enteros que había dado Pamplona. *La policía no llegó nunca a saber que mataba a Gregorio Suberviela, uno de los asaltantes del Banco de Gijón y el ejecutor de José Regueral...*

Marcelino del Campo, Tomás Arrate y otros militantes más, cayeron también, aunque de manera diferente. Al primero se le presentaron dos policías simulando ser “compañeros perseguidos”. Marcelino fingió creerles, y con el fin de estimularles en el “servicio” montó la estratagema de conducirles a un lugar seguro donde encontrarían “buenos compañeros”. Su intención era sacarlos fuera de Barcelona y librarse de ellos a tiros, pero fallaron sus cálculos. Al salir a la calle, varios policías cayeron sobre él con la intención de apresarle vivo. El fue más rápido. Sacó la pistola y comenzó un tiroteo en el que cayeron dos policías, siendo él la tercera víctima de aquel suceso.

La casa de Aurelio Fernández, casi a la misma hora en que caían Gregorio y Marcelino, fue allanada por la policía. Allí, con él, se encontraban su hermano Ceferino y Adolfo Ballano. Los tres, esposados, bajaron la escalera, pero ya en la calle, quizá confiada la policía por la facilidad de la detención e ignorando a la vez que habían detenido al “Jerez” (otro de los asaltantes al Banco de Gijón), se descuidaron, y Aurelio aprovechó para dar un empujón a su hermano y, a la vez, entorpecidos los movimientos de la policía por Ceferino y Adolfo, Aurelio Fernández pudo escapar por el vericuetto de calles que formaban el llamado entonces “Barrio Chino” de Barcelona.

Domingo Ascaso, hermano de Francisco, un verdadero experto en evasiones y receloso por temperamento, alertado por su sexto sentido, percibió el acceso de la policía por la escalera y se descolgó del cuarto piso en que habitaba con ayuda de una cuerda que tenía destinada para tal eventualidad.

Gregorio Jover, recién ingresado en el grupo, fue tomado seguramente por la policía como un simple colaborador y no extremaron mucho la vigilancia cuando lo detuvieron, circunstancia ésta que Gregorio aprovechó para huir de la comisaría tirándose desde una ventana.

Pero si Martínez Anido creía que con los resultados de esta redada había desmantelado a “Los Solidarios”, se equivocaba de punta a punta. Aún quedaban en pie Ricardo Sanz, García Oliver, Aurelio Fernández, Domingo Ascaso, Alfonso Miguel, Gregorio Jover, etc. Las tareas de Gregorio Suberviela y Marcelino del Campo en el Comité Revolucionario fueron cubiertas por Alfonso Miguel, apoyando a Ricardo Sanz.

Pero no había forma de encontrar a Domingo Ascaso. García Oliver pasó varios días buscándole sin resultado alguno, y fue Domingo quien dio con él con gran sorpresa de García. Este le dijo que debía trasladarse a París, para que, junto con Francisco y Durruti, aceleraran los preparativos revolucionarios de cara a España. Cuando se despidieron, García quiso saber dónde se había ocultado, y Domingo le dijo que en el cementerio de Pueblo Nuevo. En efecto, en ese cementerio trabajaba de enterrador un viejo aragonés que era amigo íntimo de

Domingo, y él fue quien le dio cobijo en uno de los panteones. Al despedirse Domingo de Oliver, aquél le dijo a éste: “El mejor refugio es entre los muertos, porque éstos no hablan”¹³².

Primo de Rivera, en su extraviado deseo de someterlo todo a su ley, no hizo otra cosa, metiéndose con el catalanismo, que sumar a los grupos anarquistas más aliados en su lucha contra la Dictadura.

Los catalanistas del grupo *Estat Català*, creado por el coronel Macià en 1922, viéndose privados de su bandera y su lengua, buscaron contactos con los grupos anarquistas, e incluso, según Ricardo Sanz, formaron parte del Comité Revolucionario que actuaba en esa época en Barcelona¹³³. Poco después de incorporarse a la lucha los grupos de *Estat Català* y de la redada que hemos descrito, la CNT convocó un pleno nacional para el mes de mayo en Sabadell. Todo el pleno transcurrió normalmente, pero, hacia el final del mismo, la policía tomó por asalto el lugar donde se celebraba. Sin embargo, como habían sido tomadas medidas de evasión, la mayor parte de los delegados lograron zafarse de la policía. García Oliver, asistente a dicho pleno, logró también escapar, pero fue detenido en la estación. Procesado y condenado, pasó al penal de Burgos, donde permanecería siete largos años.

La misión de Domingo Ascaso, consistente en acelerar los procesos revolucionarios, era la de poner en práctica un plan verdaderamente audaz: el iniciar, desde el Pirineo catalán, una acción guerrillera que produjera el clima revolucionario propicio en esa zona para liberar a los centenares de presos anarquistas reclusos en el penal de Figueras. Paralelamente a la acción pirenaica, se desarrollaría otra acción violenta en Barcelona, la cual sería apoyada por militares con puesto en el cuartel de Atarazanas. Para el éxito de la operación de Barcelona, se contaba con apoderarse de las armas compradas en Eibar que estaban almacenadas en el puerto de Barcelona¹³⁴.

Retransmitido por Domingo Ascaso el citado proyecto a Durruti y Francisco, estos dos últimos, que no esperaban otra cosa que entrar en acción y que además empezaba ya a pesarles el ambiente de París, que transcurría siempre en reuniones y más reuniones sin resultados prácticos a la vista, se entusiasmaron con la idea, a pesar de lo aventurado de la misma. Pero de momento, según Domingo, de lo que se trataba era de ir tanteando a los compañeros —sin poner a nadie al corriente de las cuestiones—, con el fin de crear un clima adecuado para poder lanzar después el proyecto sobre gente segura. Instante éste que se comunicaría desde Barcelona por delegado directo.

El delegado directo resultó ser Gregorio Jover, que llegó en julio de 1924 ya con el proyecto bastante avanzado. En Barcelona, los grupos habían dado todos ellos su conformidad e, incluso, los militares comprometidos reafirmaron su

132. Anécdota facilitada al autor por Aurelio Fernández.

133. Ricardo Sanz. op. cit.

134. *Idem*.

voluntad de intervenir en una acción violenta contra la Dictadura.

Los compañeros que, premeditadamente, en París, habían sido contactados, fueron convocados “para una reunión importante”. Y ya todos reunidos, Gregorio Jover informó a los asistentes de lo que se trataba. Nadie puso reparo y todos afirmaron su voluntad de intervenir en la operación guerrillera.

En esa reunión quedó nombrada una comisión encargada de organizar la expedición y la obtención de armamento. Los designados fueron los dos hermanos Ascaso, Durruti y García Vivancos; resultando este último el más eficaz para dicha labor, pues pudo vincularse con un traficante belga que vendía fusiles a 30 francos la pieza con una dotación de 100 cartuchos ¹³⁵.

Para finales de septiembre, el plan de ataque pirenaico quedó trazado. El armamento adquirido —pues cada uno de los participantes había colaborado materialmente para ese objetivo— no fueron fusiles, sino rifles, y en muy poca cantidad, abundando por el contrario pistolas de diversos calibres.

Mientras en París las cosas avanzaban, en Barcelona surgían dificultades: los militares comprometidos se enfriaban y no encontraban la manera de sacar las armas almacenadas en el puerto, por lo que se corría el riesgo de ser devueltas al fabricante de Eibar, es decir, al supuesto Zulueta. Por otro lado, se decía no tener mucha confianza en que se produjera el clima revolucionario entre la clase obrera barcelonesa, fuerza motriz de las luchas sociales en España.

Al conocerse en París la situación que se creaba en Barcelona, algunos de los comprometidos comenzaron a vacilar. Esto se manifestó en una reunión que se convocó expresamente para tratar el tema. Los que realmente estaban convencidos sacaron razones para convencer a los que dudaban del éxito de la operación. Los más interesados en la operación eran precisamente Durruti y Ascaso, quizá porque su optimismo exigía de ellos una perenne creación de situaciones para poder continuar viviendo una existencia activa. Sin embargo, en aquella ocasión, en la que seguramente habría de jugarse la vida, resultaba difícil obligar a quien no lo deseaba. No obstante, Durruti intervino al fin, y no con ánimo de convencer a nadie, sino para precisar cuestiones que él consideraba elementales en un revolucionario:

“¿Cuándo, cómo y de qué manera puede saberse que la “cosa” está madura? Cierta, las noticias que se nos dan de Barcelona no son muy estimuladoras; pero no es menos cierto que existen, que van creándose condiciones adecuadas para una acción revolucionaria. Al menos en Cataluña, y sobre todo en Barcelona. El dictador se ha metido con el catalanismo y con ello no ha hecho más que buscarnos aliados con los que no contábamos. Destierra a los intelectuales como Unamuno y Soriano, siembra el descontento en las clases medias y practica el favoritismo más descarado. La guerra de Marruecos sigue en pie y los soldados no quieren ir a morir a Marruecos. ¿No veis en todo eso elementos que, unidos a la situación que viven los campesinos en ciertas regiones y la clase obrera, muestran signos positivos? Los hay, cierto, negativos, pero no es menos cierto que el cho-

que entre lo positivo y lo negativo es lo que produce la chispa. Nosotros tenemos el derecho y la obligación de hacer chocar lo negativo con lo positivo y producir esa chispa. ¿Es esto *aventurismo*? Entonces yo digo que no hay revolución que no haya sido desencadenada por “aventuristas”... Es posible que esta vez nos equivoquemos y paguemos con nuestras vidas, o demos con los huesos en una cárcel; es posible que tras esta derrota tengamos otras; pero de lo que estoy seguro es que cada vez que se produce una situación de ese tipo es un paso que nos aproxima a la revuelta generalizada, y que nuestra acción no es un acto inútil”.

Y concluyó afirmando:

“Yo no quiero convencer a nadie, porque un acto de esta naturaleza no puede ser obra nada más que de seres que están convencidos de los principios elementales que yo he recordado esta noche”.

La intervención de Durruti no era efectivamente para estimular ni encender entusiasmos fugaces. Su exposición no era la arenga de un líder, sino simplemente hablar claro entre revolucionarios. ¿De qué manera fueron entendidas sus palabras? No lo sabemos; pero, lo cierto, es que de todos los comprometidos no faltó ninguno el día de la cita ¹³⁶.

Unos días después de aquella reunión, vinieron a agregarse —como había dicho Durruti— nuevos elementos que iban a realzar la operación guerrillera. Unamuno y Soriano, evadidos de las Canarias, habían llegado a París. El director de *Le Quotidien* ponía a disposición de ambos intelectuales las páginas de su periódico para que expusieran su juicio crítico sobre la Dictadura y la situación sociopolítica en España.

El célebre novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, avergonzado quizá por la vida retraída que llevaba en Menton, se animó a salir a la palestra firmando con su nombre un folleto en francés que desenmascaraba a Alfonso XIII y denunciaba el terror militarista en España.

La operación guerrillera no iba, pues, a caer en frío. Uno de los participantes de aquella aventura, Orobón Fernández, la describe en estos términos:

“En París, Lyon, Perpignan, Marsella y todas las ciudades francesas donde existían agrupaciones anarquistas, se esperaba con impaciencia el telegrama.

“Quien haya vivido esos momentos de fiebre combativa no podrá olvidarlos jamás. Todos sabíamos que al recibo del telegrama debíamos concentrarnos en la frontera, y atravesarla en lucha a brazo partido con las policías fronterizas. Nadie ignoraba que íbamos a chocar con fuerzas numerosas, bien organizadas y mejor armadas que nosotros, y que muchos habían de pagar con su vida, aunque se triunfara, su acción revolucionaria. Pero ¡qué importaba! Bien vale la libertad muchas vidas.

“Llegó el telegrama. Los compañeros emprendieron el viaje a la frontera rápidamente, en grupos de diez o doce, llevando por toda arma una pistola, adquirida a costa de quién sabe cuántas estrecheces. En la estación del Quai d'Orsay, punto de partida para los que estaban en París, pudimos ver a Ascaso (Domingo), entre-

136 Idem. Mencionado también por Valentín Roi, *op. cit.*

gando boletos a los camaradas que partían, embarcándose él con el último contingente y llevando pesadas valijas, conteniendo veinticinco “Winchester”, las armas más largas de la expedición.

“Los compañeros de Barcelona, como estaba convenido, intentaron el ataque al cuartel de artillería de Atarazanas. Para no llamar la atención antes de iniciar el ataque, se dispuso aproximarse en grupos pequeñísimos, y a las seis de la mañana atacar con las granadas de mano de que disponían.

“Atarazanas, el distrito V de Barcelona, ha sido siempre un barrio muy vigilado. Allí se levantaron siempre las primeras barricadas. En él estaban la imprenta de *Solidaridad Obrera*, la redacción de *Tierra y Libertad* y de *Crisol*, los centros obreros de la Madera, de la Construcción y los domicilios de gran número de compañeros que preferían vivir cerca de sus centros y de sus periódicos. Por esa vigilancia rigurosa, y a pesar de todas las precauciones tomadas, la policía debió de notar algo. Uno de los grupos que se dirigía hacia el cuartel encontró interceptado el paso por una patrulla de guardias, que le intimó orden de detención, por lo que se inició un recio tiroteo resultando muerto un guardia y otro herido. Acudieron las fuerzas, la alarma cundió, y la policía, con todos sus sayones, armada de ametralladoras, rodeó el cuartel. El proyectado ataque, pues, no pudo realizarse.

“Los compañeros Montejo y Llácer, que fueron detenidos en las cercanías, fueron enjuiciados sumariamente y ejecutados de inmediato, arrojando con gran entereza la muerte.

“Fracasada la acción en Barcelona, los que íbamos a la frontera no teníamos ya ni la más remota probabilidad de éxito.

“Los camaradas que habían salido para Vera y Hendaya, como el trayecto era más corto, llegaron dieciocho horas antes que los que se dirigían a otros puntos de la frontera. Dieron buena cuenta del primer destacamento que encontraron, pero sorprendidos más tarde por fuerzas superiores, después de una fatigosa marcha a través de las montañas, hubieron de retirarse peleando. Dos compañeros fueron muertos, uno resultó gravemente herido y algunos otros fueron detenidos dos días más tarde, de los cuales algunos fueron ejecutados en Pamplona y los demás están bajo proceso, cuyas audiencias se estarán realizando cuando esta correspondencia se publique.

“Los que debían atacar la frontera por Figueras y Gerona leyeron en los diarios, al llegar a Perpignan, los telegramas sobre los hechos de Vera. ¡Habían llegado con dieciocho horas de atraso! De cerca de mil compañeros que se reunieron en Perpignan, muchos debieron dispersarse, otros fueron apresados y sólo unos cincuenta pudieron burlar la vigilancia y llegar con las valijas de los “Winchester” y las balas hasta la falda de los Pirineos, donde se les reunió un compañero de una aldea española, que era el indicado para guiarlos a través de las montañas hasta Figueras, donde se tenía pensado atacar el presidio en el que estaban recluidos una gran cantidad de camaradas, entre ellos Elías García, Pedro Mateu, Sancho Alegre, Clascu, los procesados de Cullera. Ese compañero que debía servirnos de guía trajo malas nuevas: varios regimientos estaban escalonados a lo largo de la frontera, con ametralladoras y artillería; las autoridades

habían adoptado grandes medidas de defensa; y, no pudiendo atacar por sorpresa, que era uno de los principales factores del éxito, éste era imposible.

“Llorando de rabia y de coraje, y un poco avergonzados de haber sido derrotados sin combatir, hubimos de volver a nuestros puntos de partida. Aquel día, en plena montaña, a mil metros sobre el nivel del mar, he visto llorar a muchos de esos cincuenta hombres, que lamentaban no poder ofrendar sus vidas a la revolución.

“Ascaso estaba entre ellos. Durruti entre los de Vera. Jover entre los que atacaban el cuartel de Atarazanas en Barcelona.

“Fue una tentativa ingenua, torpe, todo lo que queráis; pero había en esos hombres una gran pasión revolucionaria. Merecen por ello el respeto de todos. Fracasaron, eso es todo. ¡Hemos fracasado tantas veces! Pero, al fin, triunfaremos”¹³⁷.

¿Qué es fracasar? ¿Fracasar, con relación a qué? Los que en Barcelona y en el Pirineo se levantaron en armas aquel mes de noviembre de 1924 no lucharon para alcanzar el poder, ni tampoco consideraron que eran ellos solos los que iban a hacer caer la Dictadura. Lo único que querían demostrar era que había llegado la hora de perder el miedo. Y no lo lograron porque los que debían vencer el temor fueron vencidos por él. Eso es todo.

Alfonso XIII y su dictador sí que sintieron verdadero miedo. Y de ello se tuvo pronto pruebas. Martínez Anido envió emisarios a Francia para esparcir rumores tendentes a hacer creer en los medios exiliados que toda aquella operación había sido montada por la policía, buscando desprestigiar a los organizadores. Paralela a esa acción de calumnia, el Gobierno de Alfonso XIII emprendió otra más eficaz: la de presionar al Gobierno francés para que tomara medidas contra los anarquistas españoles en Francia.

El efecto de estas medidas se notaron pronto: registros domiciliarios, detenciones y expulsiones. Los militantes más comprometidos en las últimas acciones pasaron a Bélgica; y otros se embarcaron rumbo a Sudamérica.

Ascaso y Durruti, a pesar de ser muy buscados por la policía, no querían abandonar Francia sin saber exactamente la situación de Barcelona y las nuevas actividades que iba a emprender el Comité Revolucionario. En espera de recibir información, se refugiaron en las cercanías de París en una casa que unos militantes anarquistas parisienses pusieron a su disposición.

La espera no fue larga. Ricardo Sanz, enviado del Comité Revolucionario de Barcelona, traía la misión de exponer a Ascaso y Durruti las pésimas condiciones en que vivía la organización revolucionaria, y la urgente necesidad de encontrar medios económicos para ayudarla. Una excursión por Sudamérica, despertando entre la inmigración española el interés por los acontecimientos en España, quizá pudiera ser un punto de partida para recaudar fondos económicos.

Hacia finales de diciembre de 1924, provistos de pasaportes falsos, Durruti y Ascaso embarcaron en el puerto de Le Havre, vía América...

CAPÍTULO XI

Guerrilleros en Sudamérica

La escala de Nueva York fue breve; sólo lo necesario para embarcar rumbo a Cuba. No era la isla de las Antillas el lugar de destino de Ascaso y Durruti, sino la Argentina, pero al poner pie en la isla optaron por quedarse unos días en La Habana. Ricardo Sanz les había procurado la dirección de un español residente en aquella capital, adicto a las ideas libertarias. Se trataba de J. A., tan joven como ellos, pero que, por escrúpulos excesivos, no compartía la idea de los actos violentos y era, por así decirlo, un anarquista evolucionista.

J. A. recibió fraternalmente a Durruti y Ascaso y puso su casa a disposición de ellos, pero pronto chocaron los criterios en cuanto a métodos. J. A., como el resto de los anarquistas españoles que residían en Cuba, consideraba que la labor de los anarquistas era educativa, y cualquier otro procedimiento para abreviar el tránsito a la sociedad libertaria lo creía estéril, dada la incultura de las capas pobres del país. La miseria y la desesperación que reinaban en el país entre los asalariados podían ser capaces de provocar estallidos de ira, pero no se podía ir más lejos por falta de madurez teórica. Lo importante en tales condiciones —les decía a Durruti y a Ascaso— era la propaganda, la difusión de las teorías anarquistas, hacer penetrar sus ideas en las mentes obreras.

“Vuestra empresa —añadía— está condenada al fracaso. Los obreros españoles y cubanos, pese a la miseria en que viven, os darán gustosos algunos pesos, pero nada más. No esperéis otra cosa. Y si os lanzáis a una tarea de agitación social, lo más seguro es que os expulsen del país o que os encierren en una cárcel de las que en Cuba es muy difícil salir si no es con los pies por delante”¹³⁸.

En Cuba, por aquellos tiempos, gobernaba Gerardo Machado, tirano que, como todos los de su estirpe, se mantenía en el poder gracias al terror que imponía. Aparentemente, Cuba daba la impresión de una cierta prosperidad, que ocultaba mejor la dominación que ejercía el capital yanqui tanto en lo urbano como en lo rural. Pero bastaba con visitar las tabernas y los barrios obreros para convencerse de la miseria moral y física. La prostitución estaba a la orden del día, y más aún porque era alentada por el propio régimen.

La propaganda es una labor necesaria —decían Ascaso y Durruti—, pero la teoría, si no va acompañada de la acción, es letra muerta; y más todavía dado el gran número de analfabetos, que son precisamente a quienes la propaganda se dirige. Además, si la propaganda no es respaldada por la fuerza de una organización, la prensa y las revistas quedan a merced de lo arbitrario: se suspenden y se

138. J. A., quien prefiere, en tanto resida en Sudamérica, guardar su anonimato; él nos ha contado los detalles que nos permiten seguir los pasos de Ascaso y Durruti en Cuba.

liquidan, siendo encarcelados sus editores.

La nota pesimista que les daban los anarquistas cubanos, al menos los que habían hablado con Durruti y Ascaso, no hizo mella en ellos. ¿Por qué Cuba tenía que ser diferente a la Argentina, Uruguay, Chile o México? Además, el pueblo cubano había luchado ferozmente por su libertad contra el colonialismo español y había salido victorioso. ¿Que luego cayó bajo la dominación del dólar? Esto no quitaba lo primero, sino que, al contrario, lo que cabía era justamente demostrar que no se puede luchar simplemente por la llamada independencia política, sino que ésta había que extenderla también a lo económico. Y que una independencia de ese tipo no se podía obtener por los medios políticos propuestos por la burguesía. La descolonización no había resuelto problema alguno, puesto que persistían las mismas estructuras económicas y las mismas capas dirigentes. Ninguna teoría era más adecuada que la del anarquismo para denunciar las falsas soluciones de la burguesía liberal y, a la vez, señalar las vías más directas que conducen a la auténtica liberación del ser humano. Pero ese sentido crítico del anarquismo —decían Durruti y Ascaso— no puede quedar encerrado en una tertulia de convencidos, sino que debe llevarse a la calle, propagarse activamente, mezclándose los anarquistas con los obreros del campo y de la ciudad: la palabra escrita debía convertirse en acción práctica.

Inclinados Durruti y Ascaso más hacía la práctica que a la teoría, se enrolaron en las cuadrillas de portuarios para trabajar en los muelles, participando en la carga y descarga de los buques, y alternar con los trabajadores en las tabernas y convivir con ellos en los tugurios que les servían de alojamiento. Pronto, particularmente Durruti, gracias a su corpulencia y por estar siempre dispuesto a echar una mano al más débil, los dos españoles se hicieron apreciar por sus compañeros de labor. Y del trabajo diario, junto con la vida cotidiana, se pasó pronto a las confidencias de las miserias y humillaciones, y a los desengaños de quienes les habían predicado la acción, y una vez en ella, los habían dejado en la estacada. Y el fatalismo de que la vida del paria no tenía otra salida que la de bregar, en espera de que llegara la muerte, verdadero remedio a su miserable condición, era siempre la conclusión de cualquier polémica. La superstición y el fatalismo eran los dos obstáculos principales que se oponían a cualquier discurso que expusiera los medios de salir de aquella miseria física y moral. Hablar de organización, de sindicalizarse, de agruparse, era mentar y traer el recuerdo de algún líder o de los líderes traidores que les habían engañado, o verse ya esposados y conducidos a prisión; en esas “prisiones de las que no sale nadie, si no es muerto”.

Pero ni Ascaso ni Durruti se dejaban vencer por el pesimismo reinante y, una y mil veces, volvían a la carga para hacer entrar en las mentes de sus compañeros de trabajo que lo de los líderes era cierto, que lo de las cárceles también, y que justamente para evitar el ser engañados de nuevo no debían confiar sus destinos a los profesionales de la política, ni rebelarse individualmente. Cuando el sindicato era manejado por “un profesional”, éste los traicionaba, y cuando un trabajador respondía aisladamente, se le encarcelaba o se le mataba a palos. La solución estaba en que el sindicato fuera ellos mismos y no otra cosa, no admitiendo gente extraña que no conociera los efectos directos de la explotación del hombre por el

hombre; además, no había que rebelarse individualmente sino colectivamente. Si el sindicato sois vosotros —exponían Ascaso y Durruti— y vosotros todos vivís en perpetua alerta, separando de vuestras filas a los que, despuntando, pretendan con ello imponeros su liderazgo, impediréis de este modo el cultivo del líder. Si os mantenéis unidos, exigiendo vuestras reivindicaciones, el dictador Machado no dispone de suficiente policía para apalearos a todos, ni de cárceles en que encerrarlos.

Poco a poco, con lenguaje simple, con actitudes claras y con ideas como “vuestra libertad comenzará a ser efectiva en el momento en que comencéis a mostraros capaces de conducir vuestras luchas sin jefes ni líderes, sino por vosotros mismos”, la idea de organización fue calando en la mente de los obreros portuarios hasta concretizarse en una organización propia, la cual, para hacer más efectiva su labor, se federó con otras organizaciones obreras del mismo tipo y que ya funcionaban entre los obreros tabaqueros y del ramo alimentario.

En las reuniones y asambleas portuarias, Durruti se reveló como un verdadero agitador de masas. De frase simple pero contundente y demoledora, con discursos que más que piezas oratorias semejaban hachazos, tenía el don de despertar el interés de los oyentes desde el primer momento y mantener un vínculo íntimo entre él y el auditorio.

Su nombre comenzó a hacerse popular; pero, desgraciadamente, no sólo entre los obreros, sino también entre los medios policíacos. El peligro de ser detenido se hizo inminente, y como no deseaban ni él ni Ascaso caer en manos de la policía, optaron por desaparecer de La Habana, en compañía de un joven cubano que se les unió como guía para internarlos en la isla.

Una vez fuera de La Habana, y habiendo llegado al distrito de Santa Clara, se enrolaron como cortadores de caña en una hacienda situada entre Cruce y Palmira. A los pocos días de encontrarse trabajando como “macheteros”, estalló en la hacienda donde estaban ocupados una huelga sobre el tajo. El motivo era que, so pretexto de un descenso del precio del azúcar, el hacendista reducía también el salario de los cortadores de caña. Como protesta, los cortadores se declararon en huelga de brazos caídos. Se dio parte de ello al propietario, y éste ordenó que se reunieran todos en una explanada, ante la casa señorial. Los capataces, a caballo, dieron órdenes de reunión. Ante los huelguistas, el propietario les reprochó dejarse llevar por ciertos individuos que él conocía bien. Y nombró a tres de ellos que, según el hacendado, eran los promotores y jefes de la revuelta. Llevados por los capataces, los tres supuestos jefes fueron conducidos al puesto próximo de la guardia rural. Una hora más tarde, aparecieron los guardias rurales trayendo consigo a los tres cortadores de caña tan apaleados que cayeron inermes a los pies de sus compañeros.

“—¿Hay alguno más que proteste?” gritó el propietario. Y además —añadió—, el tiempo que habéis perdido será descontado de vuestros salarios. ¡Rápido, a trabajar!

“Las órdenes sonaban como latigazos. Cabizbaja, la peonada se reintegró al cañaveral, seguida de cerca por la guardia rural.

“Durruti y Ascaso formaban parte de la peonada cabizbaja. Entre corte y corte

de caña, cambiaron impresiones con su compañero cubano, y los tres coincidieron en que era preciso dar un escarmiento al propietario, que pudiera servir de lección a sus colegas.

“A la mañana siguiente se encontró al propietario apuñalado y con un escrito: “La justicia de “Los Errantes”. Prevenida la policía, ésta se lanzó en persecución de los “ajusticiadores”, pero madrugadores que éstos habían sido, se encontraban ya en la provincia de Camagüey.

“La noticia de la ejecución sumaria corrió como reguero de pólvora, y a la vez que corría se la abultaba, llegándose a afirmar que “una banda de españoles llamados “Los Errantes” había ejecutado a media docena de propietarios porque maltrataban a sus obreros”.

“Para los “rurales” era una cuestión de prestigio el dar caza a los “asesinos”. Ejecutados a la vista de todo el mundo, pensaban con ello dar lección a los que pensarán en imitarlos. En la búsqueda daban palos de ciego. Y so pretexto de que algunos campesinos habían dado refugio a “Los Errantes”, se les apaleaba y se prendía fuego a sus chozas.

“Los rurales se volvían locos de ira al no poder echar mano a los culpables, y esa ira vino a aumentarse cuando se supo que a un capataz bravucón, en el distrito de Jolquín, se le había encontrado muerto con un escrito en el que se hacían responsables de esa ejecución a “Los Errantes”. Este nuevo atentado terminó por desorientar la búsqueda de “los rurales” y llenar de miedo a los propietarios que se fortificaron en sus palacios antojándoseles “los dedos huéspedes”¹³⁹.

Mientras se buscaba a “Los Errantes” por el interior de la isla, éstos habían logrado llegar a La Habana, con el propósito de salir cuanto antes de aquel cerco peligroso. De qué manera dejaron chasqueada a la policía de Machado, lo sabemos por la narración de un testimonio:

“Viendo que era imposible mantenerse por más tiempo en Cuba, decidieron salir para México. Con el fin de lograr con éxito su propósito, alquilaron una pequeña lancha para dar un paseo fuera del puerto, pero ya surcando la bahía exigieron de los lancheros que les llevaran a bordo de cualquiera de los barcos que aparecían para hacerse a la mar.

“Temerosos, los lancheros les llevaron a uno de los barcos pesqueros, al que abordaron, obligando al patrón del mismo a levantar anclas, llevándose también a los dos patronos de la lancha.

“Ya en alta mar, pistola en mano, exigieron que el patrón del pesquero pusiera proa hacia costa mexicana.

“Así navegaron hasta alcanzar la costa de Yucatán, en la que desembarcaron después de gratificar espléndidamente a los marineros cubanos.

“La acción de desembarque no fue fácil. Dos o tres vigilantes del fisco mexicano se dieron cuenta de su llegada. Estos supusieron que eran contrabandistas, y como tales decidieron conducirlos al puerto de Progreso, para entregarlos a las autoridades. Camino andando, Durruti ofreció determinada cantidad a cambio de la libertad (...). La suma ofrecida interesó más a los agentes del fisco que la com-

probación de si eran o no contrabandistas. Orientados por los propios agentes del fisco, nuestros amigos llegaron a Mérida, y de ahí a Progreso, en donde embarcaron rumbo a Veracruz”¹⁴⁰.

Llegados a Veracruz, en el puerto les aguardaba un anarquista mexicano llamado Miño —de lo que puede deducirse que Durruti o Ascaso habían escrito a México, previniendo que llegarían a Veracruz—. Miño les condujo a la capital mexicana y, una vez allí, a casa de Rafael Quintero, uno de los dirigentes de la CGT mexicana, quien había intervenido directamente en la revolución con Emiliano Zapata. Entonces, Rafael Quintero tenía una imprenta instalada en la plaza Miralle, 13, y en este local les dio cobijo provisional¹⁴¹.

Pocos días después, Quintero les llevó al domicilio de la CGT, que por aquel entonces estaba instalada en la plaza de las Vizcaínas, 3. Aquella noche de su visita se discutía en una reunión sobre las dificultades económicas que atravesaba el órgano periodístico de la CGT. Sin mediar palabra, “Los Errantes” hicieron un donativo de cuarenta pesos para el periódico¹⁴².

La citada reunión dejó deprimidos a los dos “Errantes”, no sólo por la pobreza de medios económicos, sino también por la falta de dinamismo que mostraba la organización anarcosindicalista local.

Se notaba que se vivía del crédito de la revolución mexicana, pero de la revolución no quedaba nada más que el recuerdo. Los mejores habían caído, y los sobrevivientes se habían adaptado a la nueva situación, haciendo valer algunos de ellos su pasado militante ante el nuevo “poder revolucionario”. Y el poder, por su parte, les gratificaba facilitándoles algunos cargos burocráticos. De tal forma que, por ejemplo, algunos ex-anarquistas habían llegado a ser gobernadores. Todo parecía ajustarse a las nuevas condiciones. Solamente los ex-compañeros de Flores Magón, muerto hacía tres años en una cárcel yanqui, mantenían realmente vivo el espíritu del anarquismo, acordándose del principio ideológico de “que la revolución no se puede conjugar con la ley, y que la verdadera revolución es ilegal por excelencia”, como escribía en uno de sus póstumos escritos el mismo Flores Magón¹⁴³. Es evidente que los perseguidos de siempre eran estos continuadores de Magón... Sería, pues, entre éstos, entre los que Durruti y Ascaso encontrarían vivienda y colaboración.

La estancia en casa de Rafael Quintero se prolongó unas semanas en espera de la llegada de Alejandro Ascaso y Gregorio Jover, los cuales entraron a la ciudad

140. Estos detalles se encuentran en un artículo del periódico *El Amigo del Pueblo*, portavoz de la agrupación “Los Amigos de Durruti”, titulado “Durruti en tierras de América”, núm 11, 20 de noviembre de 1937.

141. Testimonio de Atanasia Rojas, viuda del compañero Román Delgado. Atanasia vive aún en México y cuenta ochenta años.

142. Idem.

143. Flores Magón. Artículo reproducido por *Regeneración*, en su número de abril de 1970. *Regeneración es el órgano de la Federación Anarquista Mexicana*.

de México a finales de marzo de 1925. Reunidos los cuatro, se decidió salir de la capital, y Quintero les propuso como lugar de residencia una pequeña granja situada en Ticomán. El propietario de la granja, Román Delgado, recibió a los cuatro españoles y los presentó al grupo anarquista de la localidad: Nicolás Bernal, el mentado Delgado, Herminia Cortés, y otros ¹⁴⁴.

En abril de 1925 se produjo un asalto a las oficinas de una fábrica de hilados y tejidos llamada "La Carolina". A partir de aquel momento, los testimonios que consultamos coinciden en afirmar una entrega de dinero para el sostenimiento de la publicación de la CGT y para la instalación de una Escuela Racionalista, del tipo de las que creó Francisco Ferrer y Guardia en España en 1901.

"Unas semanas pasaron sin dar fe de vida. Insospechadamente, aparecen con un automóvil "Buick" algo viejo y elegantemente vestidos. Durruti preguntó: "¿Ha salido el periódico?". Al contestarle que sí, quiso leer los números publicados. "¿Siguen aún las dificultades económicas?" "¿Cómo quieres que no sigan!" La respuesta de Durruti fue hacer entrega de una fuerte cantidad de dinero. En esto, notó Durruti que se le miraba con recelo; para desvanecer las dudas que flotaban entre los compañeros mexicanos, mostró una carta de Sebastián Faure que llevaba en el bolsillo, acusándole recibo de una fuerte cantidad destinada a la biblioteca social" ¹⁴⁵.

Y otro testigo escribe sobre la misma época: "Una sorpresa —así empezaba los

144. Hasta aquí seguimos el testimonio de Atanasia Rojas, pero a partir de este momento las cosas se complican a causa de los nombres falsos y las fechas. Durruti se hacía llamar "Carlos", y a "el Toto" se le denomina con el apelativo de "el Chino" o con el nombre de "Antonio Rodríguez". Por otra parte, aparece un peruano llamado Víctor Recoba, que llega circunstancialmente a México, pero a quien se le pierde la pista después. Este capítulo es de los más intrincados sobre las vidas de Durruti y de Ascaso. Nuestras investigaciones han ido lo más lejos posible; pero, quizá, un día puedan aclararse todavía más si aparece un escrito de Gregorio Jover, en el que narra estas aventuras a petición de Santillán, quien declara que ese testimonio de Gregorio Jover quedó en Barcelona entre sus papeles cuando esta ciudad cayó en manos de "los nacionales" el 26 de enero de 1939.

145. *El Amigo del Pueblo*, número citado, y en *Ruta*, de Caracas, Venezuela, núm. 38, artículo de Víctor García hablando sobre Durruti a su paso por México: Otro relato ilustrativo de esta permanencia en el país de Flores Magón, Emiliano Zapata y Francisco Villa, nos la brinda José Peirats: "Yo pude conocer a Ascaso más de cerea. De sus labios escuché una anécdota sobre su aventura en América. Ocurrió cuando con los pies en polvorosa abandonaron Cuba por el Yucatán. Desembarcados en el país maya, corrió pronto el viento de su fama. Alguien preparó un mitin en un rancho ante un centenar de campesinos. Durruti se vio obligado a pronunciar un discurso incendiario con mención constante a la revolución. Pero el público permanecía impassible. Durruti hacía subir el tono obteniendo idéntico resultado. Ascaso le susurró: "Termina ya, está visto que tienen sangre de horchata". Durruti encontró por fin el difícil final y naturalmente, no hubo aplausos ni vivas. Pero uno de los oyentes salió de su mutismo y, acercándose al orador, le dijo cadenciosamente: "Manito, vamos ahorita mismo a hacer la revolucioncita. Toditos estamos prestos..." En *Frente Libertario*, de la CNT —en el exilio—, París, noviembre de 1922, artículo titulado: "Hipoteca sobre el heroísmo".

renglones el compañero C. V., al explicarnos la vida azarosa de Durruti—, invitóme a almorzar, no sin pedirme que vistiera mi mejor traje, porque íbamos a uno de los principales restaurantes porteños. Rehusé aceptar la invitación, teniendo, no un escrúpulo, pero sí una aversión a todo aquello que contrariaba mi vida y pensamiento de militante. Insistió, explicándome que era indispensable que le acompañase, que tenía que hablar conmigo; que no podía invitarme a un modesto restaurante, debido a que había llegado a Tampico en plan de hombre acaudalado. Acepté, al fin, intrigado, ¿por qué no he de decirlo?, tanto por la curiosidad, como por saborear platillos que no había probado desde hacía largo tiempo. Ya de sobremesa, Durruti me dijo:

—¿Qué os parecería si pudiéramos tener miles y miles de pesos para establecer un centenar de escuelas como la que ha fundado el Sindicato del Petróleo?

—Eso es un sueño, Miguel —respondí. (Miguel era el nombre que Durruti utilizó en México.)

—Pues no será un sueño; quizá yo pueda entregar a vuestra Confederación cien mil pesos.

“Durruti sentía un verdadero cariño por los niños, por eso ofrecía su vida sacando dinero de los bancos para fomentar la cultura.

“Despidiéndonos, díjome:

—Vamos, chico. Sé que sois hombres, que sois capaces de todo por vuestras ideas. Mirad, “Los Errantes” somos aquellos que trabajamos en silencio, que exponemos nuestras vidas con tal de servir a las ideas que profesamos. Vosotros sois de otra manera; peleáis contra el Estado en la legalidad; nosotros lo combatimos o lo desafiamos en la ilegalidad”¹⁴⁶.

Y otro testimonio más concreto aún, por lo que respecta al asalto de las oficinas de “La Carolina”, lo tomamos de la revista *Ruta*, de Venezuela, número 38:

“Viejos compañeros mexicanos recuerdan aún el paso de Durruti por la capital azteca, y ello por dos razones: la primera, porque Durruti fue uno de los más fervientes propulsores de la CGT mexicana, animada por aquel entonces por Jacinto Huitrón, Rafael Quintero y un puñado más de libertarios mexicanos, y la segunda, porque supo imponerse como persona por su natural modestia y su acendrado amor al ideario”.

El articulista Víctor García cuenta con qué dificultades se encontraba la CGT para montar una escuela racionalista, y escribe:

“Durruti, que tenía la virtud de captar los problemas, muchas veces por intuición, comprendió el estado de ánimo de esos entusiastas compañeros y solicitó, en conversación reservada al Consejo de la CGT, que se le permitiera solucionar ese problema. A la pregunta de ¿qué se proponía?, respondió que lo diría en ulterior ocasión. Dos días más tarde Durruti entrega una suma considerable a esa Comisión Pro-Escuela, diciéndoles: “Esos pesos los tomé de la burguesía... No era lógico pensar que me los diera por simple demanda”. Al día siguiente, los rotativos de la capital mexicana señalaban con títulos a ocho columnas la noticia del atraco a la fábrica de “La Carolina”. Daban, en números exactos, la cantidad sus-

146. *El Amigo del Pueblo*, número citado.

traída. Esa era, sin un centavo menos, la suma que Buenaventura Durruti había entregado el día anterior a los amigos de la Escuela Racionalista” 147.

Naturalmente, cuando se va a buscar dinero de la manera en que iban “Los Errantes”, no siempre era todo fácil. En el asunto de “La Carolina”, el cajero descolgó el teléfono para prevenir a la policía, hubo un forcejeo, se escapó un tiro, y éste terminó con la vida del empleado. El caso apuntaba feo, pues ya se habían producido varios hechos de asalto —unos con suerte y otros sin ella—, por lo que se pensó que era mejor salir de México lo antes posible; y no por temor a las redadas de la policía, ya que éstas se orientaban hacia los barrios pobres, mientras Durruti y Ascaso habitaban un lujoso hotel, cubriéndose bajo el nombre de “Mendoza”, de profesión “propietario de minas en Perú”, y su acompañante. Y así, “un día, ligeros de equipaje, con pasaportes falsos y con muy pocos pesos en los bolsillos, abandonaron el hotel, dejando a “Mendoza” la obligación de liquidar la cuenta, alejándose de México para retornar a Cuba” 148.

Era el mes de mayo de 1925, y la situación de los cuatro españoles debía ser desesperada, pues según cuenta Atanasia Rojas: “Se encontraron obligados a vender varias cosas, entre ellas el coche, para poder costearse el viaje a Cuba”. Cuba no ofrecía a Durruti y Ascaso la más mínima seguridad, después de sus anteriores actividades; por lo tanto, permanecieron en la isla el tiempo justo para dar un asalto al Banco de Comercio de La Habana, y salir inmediatamente con pasaje en el vapor *Oropesa* u *Oriana* con destino a Valparaíso, Chile, donde debían encontrarse con Víctor Recoba y Antonio Rodríguez. Encuentro que no pudo realizarse por la no presencia de los mentados en Chile. Aquí perdemos las huellas de los dos personajes...

En el barco de La Habana a Valparaíso viajaba también un *jockey* de nacionalidad francesa que, al relacionarse con ellos, creyó que eran españoles que se trasladaban a Chile para negocios. Señalamos esta presencia porque tal individuo será la primera fuente de información de la policía chilena, después de los hechos que vamos a relatar. El 9 de junio de 1925 llegó el *Oriana* a Valparaíso, y el 16 del mes siguiente se produce el atraco al Banco de Chile, sucursal de Mataderos. Veamos los pasos de Ascaso y Durruti, según informe de la propia policía chilena: “Trabajaron en diversos oficios hasta el día en que se produjo el asalto al banco, y después, es decir, desde el 16 de julio hasta primeros de agosto, continuaron trabajando. Es más, la dueña de la pensión en que se encontraban hospedados declaró después a la policía que eran cinco hombres educados, continuamente hablaban de luchas sociales y se llamaban a sí mismos revolucionarios españoles y que recorrían los pueblos de América en busca de fondos destinados a financiar el derrocamiento de la monarquía española” 149.

147. *Ruta*, ejemplar ya citado.

148. *El Amigo del Pueblo*, ya citado.

149. Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975. En este libro se recogen los artículos que Bayer había publicado en la revista *Todo es Historia* entre los años 1967-1971.

El atraco a la sucursal de Mataderos del Banco de Chile se produjo el 16 de julio de 1925 y se llevaron —según la policía chilena— 46.923 pesos chilenos. “Los desconocidos —sigue el relato policial—, luego de apoderarse del dinero huyeron a gran velocidad en un automóvil, haciendo disparos al aire, creando una gran confusión en ese populoso lugar. Un empleado del banco logró asirse en momentos que éste arrancaba. Uno de los asaltantes le grita que se baje, pero el empleado no ceja. Entonces lo bajan de un tiro”.

En Chile permanecen Durruti, Ascaso y su hermano Alejandro, y Gregorio Jover. El quinto hombre partió inmediatamente, después del asalto, para España. ¿Quién era el quinto hombre? Pues Antonio Rodríguez. Efectivamente, no era otro que “el Toto», es decir, Gregorio Martínez. Los 47.000 pesos chilenos fueron destinados en su totalidad a la lucha clandestina contra la dictadura de Primo de Rivera.

A principios de agosto de 1925, “Los Errantes” partieron en dirección a Buenos Aires. En este punto, se hace imprescindible abrir un paréntesis en el curso de la obra, con el propósito de dedicarnos, brevemente, a ver la situación general y las luchas del movimiento obrero, y el anarquismo en particular, en la Argentina.

De Simón Radowitzky a Boris Wladimirovich

Por circunstancias ajenas a la voluntad de Durruti y Ascaso, la excursión americana iba a terminar por donde lógicamente debía haber empezado. Y lo que era peor, llevando “Los Errantes” tras de sí a las policías de tres Estados, persiguiéndoles por “delitos” que, por otra parte, en el Buenos Aires de 1925, mantenían dividido al anarquismo argentino debido a la polémica originada en torno a los métodos del activismo. Una fracción era partidaria de la expropiación de los bienes materiales y del atentado personal; mientras la otra era contraria a dichos procedimientos, por considerarlos impropios del anarquismo. Sin embargo, las causas básicas de esas prácticas directas estaban ligadas a la naturaleza del propio poder en la Argentina, el cual era altamente represivo sobre el movimiento obrero. Por esto, y por la gran afluencia de anarquistas entre los inmigrantes y los exiliados arribados a las tierras rioplatenses, en la Argentina y en el Uruguay, el anarquismo combativo tenía numerosos adeptos.

En agosto de 1905 se había constituido la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) en el denominado V Congreso, prosiguiendo la línea de los intentos de unificación del movimiento obrero, cuyo primer antecedente hay que buscarlo en la creación de la sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores, o Primera Internacional, en 1872. Este, y los esfuerzos unitarios posteriores, se diluyeron por culpa de las interminables discusiones, semejantes a las de los europeos, mantenidas entre los socialdemócratas, los marxistas, “los sindicalistas” y los anarquistas. El predominio, en aquella época, lo tenían estos últimos —sobre todo en los gremios de composición artesanal— y los anarcosindicalistas. Ello se hace evidente en el mencionado V Congreso, donde, por amplia mayoría, se resuelve la adhesión al ideario del “comunismo anarquista”, como se le llamaba entonces, antes de que los bolcheviques se apropiaran del término comunista. Los socialdemócratas, por su lado, ya tenían organizado desde 1896 su Partido Socialista, inscrito en el cauce reformista y parlamentario marcado por la Segunda Internacional.

Una organización obrera no nace si no existe la razón obrera que le da vida, y la existencia obrera surge por la presencia de una burguesía, que es la que engendra el proletariado. Quiere decir esto que, si en la Argentina aparecieron organizaciones obreras hacia la década de 1880, era porque la evolución económica capitalista e industrial del país iba creando las bases de la sociedad burguesa y, por ende, la lucha de clases en medio de una situación en que esa lucha iba a aparecer en su estado más puro.

“Había miedo al predominio obrero, y se pusieron en juego todos los recursos para debilitar al movimiento huelguístico desencadenado por los panaderos de

Buenos Aires en agosto de 1902. Fue en ocasión de esta huelga cuando el juez Navarro allanó el local de la Federación Obrera, sede de 18 gremios de la capital, en cuya oportunidad las numerosas fuerzas policíacas que entraron en el local hicieron grandes destrozos en muebles y en libros (...). El procedimiento del juez Navarro produjo un efecto contrario al esperado, pues todos los trabajadores se indignaron y protestaron valientemente. En esa emergencia, los oradores socialistas se unieron a los anarquistas en la condenación de los atropellos cometidos, habiéndose realizado en conjunto el 17 de agosto un gran mitin al que concurren 20.000 obreros”¹⁵⁰. En las etapas siguientes, la combatividad obrera irá en aumento, zanjándose todos los conflictos huelguísticos por medio de la violencia: intervención brutal de la policía por un lado, y sabotaje y boicot por parte de la clase obrera.

Por principio de autoridad, el Gobierno se había propuesto que el Día de los Trabajadores no se celebrara en la Argentina. Pero la Federación Obrera convocó en Buenos Aires, para el 1 de mayo de 1904, una manifestación que debía partir de la plaza Lorea o del Congreso para congregarse en torno a la estatua de Mazzini, en el paseo de Julio. Acudieron a dicha manifestación más de cien mil personas, según los cálculos de la misma prensa burguesa. Esa cifra era enorme, teniendo en cuenta que la capital argentina contaba por aquel entonces con un millón de habitantes. La policía, con pretextos o sin pretextos, atacó a tiros de revólver a los concurrentes. Los obreros que disponían de algún arma replicaron a la agresión. Se entabló un intenso tiroteo y cayó la primera víctima obrera, el marinero Juan Ocampo. Un grupo de unos trescientos manifestantes, entre los que había algunos armados de revólveres, rodearon el cadáver, lo tomaron a hombros y la caravana marchó resueltamente por las calles de la ciudad hasta el local de *La Protesta*, en la calle Córdoba. La policía intentó varias veces interrumpir la manifestación, pero comprendió que esta vez no tropezaba con una muchedumbre desarmada, sino con un grupo de hombres decididos a enfrentarse a cualquier situación, y se contentó con seguirla desde lejos. Desde el local del diario anarquista el cadáver de Ocampo fue trasladado a la Federación Obrera, en la calle Chile, donde fue depositado para ser velado por el pueblo trabajador de Buenos Aires. Una vez los obreros dentro del local, la policía concentró grandes fuerzas a su alrededor en despliegue de batalla. Los obreros comprendieron que sería estéril una nueva masacre y abandonaron el edificio, lo que fue aprovechado por los guardias del orden para llevarse el muerto y enterrarlo clandestinamente. Además del marinero muerto, hubo más de treinta obreros heridos de bala. Estos son los sucesos conocidos como la masacre de la plaza Mazzini.

Pero esta cruenta represión no podía detener la marcha de la clase obrera; por el contrario, el movimiento obrero fue incrementando sus actividades en todo el país. Uno de sus sindicatos, el de Estibadores u Obreros del Puerto, tomó la ini-

150. Para la descripción de los acontecimientos narrados en este capítulo seguimos a Diego Abad de Santillán, *La FORA*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1971. Se trata de una revisión de la obra editada en 1931. Los **entrecorillados** corresponden al libro citado.

ciativa, en junio de 1905, de convocar un congreso sudamericano, para constituir la Federación de Transportes Marítimos y Terrestres, de estibadores y afines y de todas las sociedades de Transporte de Sudamérica. En la circular donde se fundamenta esta iniciativa se lee:

“Por lo tanto, este Comité resuelve efectuar su IV Congreso en la ciudad de Montevideo, en la primera quincena de octubre del corriente año, con carácter de I Congreso Sudamericano de Transportes Marítimos y Terrestres.

“Se resuelve que en este primer Congreso Sudamericano tomarán parte todas las Sociedades de Transportes Marítimos de las siguientes Repúblicas: Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Perú, Paraguay, Ecuador, Venezuela y México, para celebrar un pacto sudamericano y deliberar sobre la mejor forma de contrarrestar los avances del absorbente capitalismo y entrar en relaciones con la Federación Internacional de Transportes, que tiene asiento en Hamburgo (Alemania)”.

Esta iniciativa encierra una gran importancia social y política. Se trata de un considerable paso del sindicalismo obrero, de cara a estrechar lazos internacionales, en un país que es parte de un continente formado por un mosaico de estados artificialmente fragmentados por los intereses de las clases dominantes; herencia, a su vez, del ,D, español y, después, de los vínculos neocoloniales establecidos por las nuevas potencias imperialistas: Gran Bretaña y los Estados Unidos de América. Por esto, se comprende la reacción opresora de las clases dominantes y los gobernantes en la Argentina, con la contribución imperialista. El ascenso de la clase trabajadora y su organización independiente, venían a poner en peligro la conjunción de la clase burguesa nativa y las fuerzas imperialistas; sobre todo si el impulso proletario unificaba los movimientos obreros de América Latina, replanteando la integración liberadora de los diversos países de habla hispana. No es extraño, pues, que el aparato estatal arremetiera persistentemente con energía brutal sobre las rebeldías obreras, los sindicatos y su central, que por aquel entonces era la FORA.

Concretamente, a partir de ese 1 de mayo de 1904, teñido de sangre trabajadora, todos los siguientes fueron de tanta o mayor intensidad social. Y las razones son obvias: podemos hallarlas en las terribles condiciones a que estaba sometida la clase trabajadora. En 1905, la respuesta programática la dio el ya mencionado V Congreso de la FORA, a partir del cual la lucha obrera se radicalizó aún más. Solamente en 1906 hubo en Buenos Aires 39 huelgas, en las que participaron 137.000 trabajadores. Las estadísticas señalaban que un promedio de 600 obreros estaban constantemente en conflicto con la burguesía. Esta situación de antagonismo social permanente ponía los nervios de punta a los gobernantes. El coronel Balón, jefe de policía de la capital federal, irritado por la importancia que tomaba la lucha obrera y la propaganda anarquista, juraba que acabaría con los libertarios. Para conseguirlo llevó a cabo no sólo continuos atropellos a la libertad individual y de asociación, sino que también aplicó leyes restrictivas y decretos dictatoriales, a la par que practicaba a diario “procedimientos de excepción”. Entre el movimiento anarquista y forista por un lado, y el Estado argentino y sus fuerzas represivas por el otro, quedó planteado un claro desafío.

En 1902 se aplicaba, por primera vez, el llamado “Estado de sitio”, verdadero

“Estado de excepción” que barría los muy respetados derechos constitucionales e individuales. A partir de entonces, sería impuesto por largos períodos y por casi todos los gobiernos constitucionales —o sea, resultantes de elecciones nacionales— o de *facto* —es decir, de hecho—. En consecuencia, la excepción era, en realidad, el vivir bajo el imperio constitucional. Ese mismo año de 1902 se dictó, además, una de las leyes más represivas y más combatidas de la Argentina, que perduró durante más de medio siglo; se trata de la denominada Ley de Residencia (número 4.144). La misma permitía a la oficialidad la deportación de todo extranjero indeseable a sus intereses. Teniendo en cuenta que la Argentina tenía una población formada en alto grado por sucesivas olas inmigratorias de los pueblos europeos —iniciadas desde el último cuarto del siglo pasado y continuadas hasta la Primera Guerra Mundial (1875-1914), que registró una aportación masiva de trabajadores, sobre todo italianos y españoles—, se ve claro a quiénes iba dirigida dicha ley. Esta se convertía en una excelente arma del régimen oligárquico y reaccionario, para deshacerse de los hombres de ideas avanzadas y de los militantes que luchaban por una mayor democracia y libertad.

La FORA reaccionó ante la prepotencia del régimen, exhortando la rebeldía obrera y estimulando la lucha por la liberación de la opresión clasista. El año 1909 sería un año decisivo en esta dura guerra social, donde por un lado estaba la oligarquía o alta burguesía cerrada —satélite y cómplice del imperialismo capitalista internacional— y por el otro, un pueblo nativo marginado o condenado a las peores condiciones laborales, que compartía la explotación y las miserias de las masas inmigrantes incorporadas como mano de obra barata.

La oligarquía, los representantes imperialistas y los gobernantes argentinos se preparaban para celebrar la magnífica conmemoración del primer centenario del 25 de mayo de 1810, día en que los criollos se dieron el primer gobierno patrio que, después de intensas luchas, culminó con la declaración de la Independencia Nacional el 9 de julio de 1816, separándose de España las entonces llamadas Provincias Unidas del Río de la Plata, hoy convertidas en Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay.

Pero la toma de conciencia y las luchas del movimiento obrero —que se organizaba y planteaba sus demandas— son tomadas, por los herederos de aquellas luchas de principios del siglo pasado por la liberación nacional, como “una cuestión social extraña o ajena al suelo rioplatense”. Resulta no sólo ridículo, sino hasta curioso, comprobar cómo las clases dominantes de todos los tiempos y de todos los países generan ideologías justificatorias de sus privilegios, las cuales funcionan como “falsa conciencia”. La “clase alta” y los gobernantes argentinos no podían entender que si el país se modernizaba y, a la vez, se incorporaba al mercado mundial capitalista, como ellos mismos lo aceptaban bajo estructuras propias de una semi-colonia, tenía inevitablemente que brotar y desarrollarse en sus formas contemporáneas la lucha de clases. El crecimiento de un capitalismo subordinado a la nueva metrópoli económica, Gran Bretaña, engendraba una clase trabajadora que planteaba la lucha revolucionaria del proletariado de nuestros días. Las clases dominantes y sus representantes en el Gobierno sólo sabían responder a esto con el odio y la ira de los privilegiados y los explotadores, tratando de aca-

llar toda voz de protesta y dignificación humanas mediante la represión sistemática, la clausura de los locales sindicales, el silencio de la prensa combativa, el allanamiento y destrozo de los centros de reunión, ateneos y bibliotecas proletarias, y encarcelando o deportando a todo activista o militante que se alzaba en defensa de los derechos del hombre.

No obstante, los trabajadores, por su lado, no se acobardaban ni retrocedían. Así fue como llegamos a 1909, año que empieza con huelgas generales, mítines y concentraciones obreras. Entre los motivos de indignación y protesta figuraba la repulsa unánime por el fusilamiento en España del pedagogo Francisco Ferrer.

“El primero de mayo de aquel año, como casi siempre, se celebraban dos manifestaciones: la de los socialistas y la de los anarquistas. El punto de concentración de la última era la plaza Lorea, hoy Congreso; la de los socialistas se encontraba en la plaza de la Constitución. Alrededor de unos 30.000 asistentes contaba la primera. Al ponerse en marcha, el escuadrón de seguridad carga bestialmente a tiro limpio sobre las personas. Fue imposible hacer frente al ataque imprevisto, y la enorme muchedumbre se desbandó, sin que algunos combatientes individuales lograsen detener la masacre. El Gobierno del presidente Figueroa Alcorta se cubrió de gloria. Hubo ocho muertos y ciento cinco heridos. En esa manifestación obrera había un joven ruso llamado Simón Radowitzky...”¹⁵¹

En respuesta al citado atropello, los socialistas de la UGT y los anarquistas de la FORA declararon la huelga general por tiempo indeterminado, y “hasta tanto se consiga la libertad de los compañeros detenidos y la apertura de los sindicatos obreros”. La huelga se prolongó, imponente y unánime, una semana, a pesar de la represión que se vivió durante aquellos siete días, la cual agregó nuevas víctimas a la lista. Ante la envergadura de los acontecimientos, el Gobierno tuvo que ceder poniendo en libertad 800 presos, derogando el código municipal de penalidades y permitiendo reabrir los locales sindicales. Pero el instigador y jefe de la represión, el coronel Falcón, seguía al frente de la policía, significando esto una burla y una provocación a la clase obrera.

Aquel muchacho ruso, Radowitzky —recién llegado al país, hondamente herido en su idealismo y su sensibilidad, contando apenas dieciocho años— guiándose por su propio impulso y asumiendo el destino de liberar a los trabajadores y oprimidos de aquel sanguinario, decidió eliminar a tan siniestro personaje. Estudió la oportunidad, y fue así como el 14 de noviembre de 1909, mediante una bomba y actuando completamente solo, puso fin a la vida del coronel Falcón. Había transcurrido justamente un mes desde el día en que el rey Alfonso XIII decidiera el fusilamiento de Francisco Ferrer.

Como era de suponer, al atentado siguió una represión enorme. *La Protesta*, que había sido suprimida por el Gobierno, publicó un boletín clandestino aplaudiendo al joven ruso. Por su parte, la FORA, a través de un periódico también clandestino, titulado *Nuestra Defensa*, se solidarizaba y reivindicaba el acto justiciero de Simon Radowitzky.

151. Los datos y hechos relativos a Boris Wladimirovich se encuentran en la op. cit. de Osvaldo Bayer. Los entrecorridos corresponden a dicho texto.

En estas circunstancias, llega el 25 de mayo de 1910, centenario de la Independencia Argentina, fiesta patriótica, nacional y burguesa. La FORA quiso transformarla en fiesta obrera, revolucionaria e internacional, tomando la iniciativa de convocar un congreso obrero sudamericano para el 30 de abril de aquel año. Todas las asociaciones obreras afines a las teorías de la FORA correspondieron a la llamada anunciando su presencia. Para la burguesía de toda Latinoamérica aquello significó demasiado atrevimiento, y, desde todos los países, empujaron a la Argentina para que metiera de una vez en cintura a los díscolos anarquistas. La dura represión comenzó el 13 de mayo, declarándose “el Estado de guerra” e imponiendo el terror policiaco por doquier. Los primeros detenidos fueron los redactores de *La Protesta*, de *La Batalla* y los componentes del Consejo Federal de la FORA y de la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina escindida de la FORA en 1909 y de inspiración “sindicalista” y “economicista”). A estas detenciones siguieron muchas más de significados militantes obreros, entre ellos muchos extranjeros.

Además, bandas de “patoteros” de la burguesía, protegidas por las autoridades y la policía, organizaron manifestaciones, lanzándose a las calles, invadiendo, destrozando e incendiando centros sindicales y político-proletarios, tales como los locales del semanario anarquista *La Protesta* y del órgano de los socialistas, *La Vanguardia*.

Ushuaia, el célebre penal de Tierra del Fuego, en el sur argentino, mejor conocido “por el cementerio de hombres vivos”, se vio repleto de presos, a la par que muchos extranjeros fueron deportados. Pero aunque resulte increíble, en Buenos Aires los trabajadores declararon la huelga general como protesta al centenario y al terror policiaco-burgués.

Después de 1910, sucedieron tres años de clandestinidad para la FORA. En 1913, aprovechando un momento propicio, se pasó a la reorganización de los gremios, ante el asombro de ver entre las filas obreras a nuevos elementos jóvenes que se habían iniciado en la lucha durante ese duro periodo histórico.

Los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, sin dejar de hacerse sentir la lucha de clases, ésta fue menos cruenta. Y quizá una de las causas de ello fuera la importante escisión que se produjo en la FORA con ocasión de su IX Congreso en abril de 1915: una fracción pasó a llamarse “FORA del IX Congreso”, adoptando una línea sindicalista. El otro sector, el del “V Congreso”, continuó manteniendo la posición más radical, es decir, anarquista. Entre ambas fracciones se entabló una agria polémica, y sabido es que cuando el movimiento obrero polemiza consigo mismo, las energías que deben emplearse combatiendo a la burguesía se malgastan en combatirse los militantes obreros entre sí. Y de tal lucha, lamentablemente, saca partido y ganancias la burguesía.

Con la entrada del año 1917, la burguesía arremetió de nuevo, pues la FORA —que a partir de ahora la entenderemos como resultante del “V Congreso”— continuaba siendo una organización determinante en la vida obrera del país. De tal modo que en dicho año se registra la muerte por la policía de 26 obreros. Sin embargo, también se registra un nuevo auge de la organización obrera, como consecuencia de la revolución rusa y la agitación revolucionaria que se desencadenó

en los años 1919 y 1920: ocupación de fábricas en Turfín, consejos obreros en Baviera, revolución en Hungría y la subversión social en España. Todos estos hechos repercutieron fuertemente en la Argentina, y provocó en la juventud de aquel país una clara politización que se canalizó a través de la FORA y otros grupos extremistas.

De todos modos, y por primera vez, aconteció en la Argentina un hecho singular: la toma espontánea de conciencia revolucionaria, que, por ser espontánea e imprevista, necesitaba una mínima preparación que fuera capaz de sostener un proceso pre-revolucionario que condujera a una auténtica revolución. “La Semana Trágica” de enero de 1919, fue el desenlace de todas aquellas pasiones. Se creó una situación que aparentaba ser revolucionaria, pero que, en realidad, precisaba para ello de bases más sólidas. El anarquismo no podía hacer milagros, y tampoco podía pretender asaltar el poder al estilo bolchevique. El espontaneísmo revolucionario dio de sí todo lo que podía dar y entró en colapso después de sus primeras embestidas. “La Semana Trágica” dejaba como lección la necesidad imperiosa de organizar la revolución. El proletariado iba a pagar duramente esa ausencia de preparación; pero, igualmente, sus impulsos habían llenado de terror a las clases dirigentes. Ese fue el pretexto principal para que la burguesía desatara la tremenda represión que siguió al feroz combate de la huelga insurreccional de enero de 1919 —durante los sucesos de la llamada “Semana Trágica”—: 55.000 fueron los presos o los pasados por comisaría en todo el país. La isla de Martín García se convirtió en prisión. Pero dentro de tal represión, y eso es lo asombroso de aquel movimiento, la FORA y sus gremios, los grupos obreros y sus periódicos, aunque clandestinos, continuaron existiendo y publicándose; incluso, poco tiempo después, se vieron enriquecidas las publicaciones con un cotidiano: *Tribuna Proletaria*.

En este nuevo renacer, que situamos en 1920, al igual que en otros lugares del mundo, también en la Argentina la cuestión de la revolución rusa tuvo sus repercusiones, y la FORA no podía salvarse de ellas. En el interior de la FORA se planteó la cuestión de adherirse o no al proceso soviético. El mismo entusiasmo que reinó en España durante el congreso de la CNT en 1919, ganó a algunos militantes de la FORA argentina, los cuales se empeñaron en aceptar la teoría de “la dictadura del proletariado” a lo bolchevique. “Esa disidencia —escribe Abad de Santillán— debilitó a la FORA, justamente en el período en que estaba por absorber en su seno a todo el movimiento obrero del país”.

La corriente “anarco-bolchevique” fue aprovechada, como ancla de salvación, por la FORA del IX Congreso, derivando ya plenamente en el reformismo socialdemócrata que financiaría incluso sus periódicos pro-bolcheviques para atacar a la FORA del V Congreso. En marzo de 1922, la corriente pro-bolchevique y los restos de la FORA del IX Congreso de fusionaron para formar una nueva central obrera: la Unión Sindical Argentina.

Entre los años 1920 y 1922, es decir, los años de polémica y los años en que ya aparecieron los agentes de Moscú en Buenos Aires, tratando de dividir el movimiento obrero, y que en parte lo consiguieron —como lo había intentado en España el grupo Maurín-Nin, aunque sin éxito— ocurrieron en la Argentina

hechos lamentables de abandono proletario, cosa que anteriormente habría sido inconcebible.

“Por esta época —reproducimos textos de Santillán (agosto de 1921)— comienza el movimiento de la Patagonia a preocupar a la atención pública. Fue al comienzo un simple movimiento de reivindicaciones modestas, pero la persecución policial y el odio de los hacendados hicieron de él un acontecimiento histórico. Abarcó millares de obreros de las estancias y se mantuvo casi un año, hasta que fue salvajemente aniquilado por el Ejército Nacional. “Se calcula en millares los obreros muertos y heridos en el movimiento de la Patagonia. El héroe de aquellas jornadas brillantes fue el teniente coronel Varela, el pacificador”...

La división obrera asumía su responsabilidad en este y otros hechos acaecidos durante aquel periodo. Y no sin razón, los foristas del V Congreso cortaron la polémica para no perder más energías y se entregaron a reconstituir el movimiento obrero. Pero el mal ya estaba hecho, y era de esperar, tal y como se presentaban las cosas en una Argentina en plena ebullición de pasiones, que se hiciera un frente único, pero contra el anarquismo. Y contra ese frente único, ¿cómo iba a reaccionar el anarquismo militante? La más inmediata respuesta vino de un obrero alemán que militaba en los grupos anarquistas de Buenos Aires, Kurt Wilkens, quien, el 23 de enero de 1923, arrojó una bomba y disparó varios balazos al “héroe de la Patagonia”, dándole muerte.

Actitudes como la de Simón Radowitzky y Kurt Wilkens repercutían fuertemente, era natural, en una juventud que se estaba formando al calor de las derrotas, de las masacres y de ese frente único establecido contra el anarquismo. En la Argentina, como una gota de agua se parece a otra gota de agua, iba a producirse el mismo fenómeno que se produjo en España en los años de 1921 a 1923: la organización de la defensa revolucionaria frente al terror gubernamental. Y la expropiación sería uno de esos métodos, fatalmente necesario, para un movimiento que la burguesía y los aparatos estatales arrinconaban para aplastarlo mejor.

El primer anarquista en emplear la expropiación como método de acción revolucionario fue un ruso: Germán Boris Wladimirovich, de 43 años, médico, biólogo, escritor y pintor. A la edad de veinte años militó en el partido de Lenin, pero se separó de los socialdemócratas rusos —posteriormente bolcheviques y comunistas— después del congreso de 1906. Desde entonces, Boris comenzó a evolucionar hacia el anarquismo, hasta entrar plenamente a militar en la Internacional Anarquista. Viajó por Alemania, Suiza y Francia. Contrajo una enfermedad pulmonar y, por consejo de sus amigos, se instaló en la Argentina, participando en la propaganda oral y escrita. Pero Boris, al igual que Bakunin, con todo y ser anarquista, no dejó de ser ruso y sentirse ruso. Su acción posterior a “La Semana Trágica” parte principalmente de ese precedente ruso.

Antes de “La Semana Trágica” funcionaba una organización compuesta por hijos de la burguesía argentina, de corte netamente fascista, denominada “La Guardia Cívica”, la cual evolucionó pronto hacia la llamada “Liga Patriótica”. Dicha organización contaba con un dirigente llamado Manuel Carlés, doctor en medicina. Era un tipo influyente en los medios gubernamentales, y puso “La Liga” al servicio de la policía. Los elementos de esa “Liga” se comprometieron fuerte-

mente en la represión contra los obreros durante y después de “La Semana Trágica”. El lema de “La Liga Patriótica” era: “Haga patria, mate un judío”. Pero en Buenos Aires, esos judíos eran de nacionalidad rusa, en su gran mayoría. Para Carlés y sus huestes, judío y ruso eran una misma cosa, y más aún cuando se trataba de combatir la revolución rusa. «Una degollina de rusos», propagaban los adictos de tales organizaciones derechistas —en gran medida parapoliciales—, al tiempo que la propaganda difundida era embrolladora por el sentido nacionalista y patriótico que le daban. ¿Podía prender en el pueblo argentino dicha propaganda antirrusa y antijudía, o, mejor, antisemita? Desgraciadamente, la historia nos ofrece a menudo fenómenos lamentables de psicosis colectiva...

Y Boris Wladimirovich era ruso, posiblemente judío. Por tanto, tenía la suficiente experiencia para saber lo peligroso que eran estas persecuciones contra “rusos” y “judíos”. Recordemos los constantes *progroms* llevados a término en la Rusia de los zares.

¿Qué hacer, pues, para ilustrar al pueblo argentino sobre la realidad rusa y su revolución? Boris Wladimirovich milita, junto con un compatriota, Juan Konovezuk, en el ala pro-bolchevique de la FORA del V Congreso. Ambos discuten la necesidad de fundar un periódico, con el objeto único de informar al pueblo argentino sobre el hecho ruso y la revolución que se está desarrollando en aquel país. Hay que evitar, a toda costa, que la propaganda antirrusa de “La Liga Patriótica” afluya en los argentinos. Como no tienen medios económicos, y Boris seguramente tiene la experiencia expropiadora de la Rusia de 1900, planea un robo a mano armada a un joyero. Y el golpe, sin fortuna, lo dieron el 19 de mayo de 1919. Juan Konovezuk —que luego resultó ser Andrés Babby, ruso blanco de 30 años, residente en Buenos Aires desde hacía seis años—, mata de un tiro a un policía durante el hecho. Uno y otro serán detenidos; y la prensa del país se ocupó largamente del asunto. Cuando en el juicio que se les hizo, terminaron condenados a cadena perpetua, Boris declaró: “La vida de un propagandista de ideas como yo está expuesta a estas contingencias. Lo mismo hoy que mañana. Ya sé que no veré el triunfo de mis ideas, pero otros vendrán detrás más pronto o más tarde”. Boris y Babby fueron internados en Ushuaia, “la Siberia argentina”...

Con la acción proyectada por Boris Wladimirovich y llevada a cabo por él y su compañero Babby, la cuestión de la expropiación como método de lucha revolucionaria quedó planteada en el movimiento anarquista argentino. Y ello fue motivo para que se relanzara la polémica en torno a la violencia, los atentados personales, etc. *La Protesta*, de Buenos Aires, quiso guardar la forma pura de la teoría sin mácula, cuando en realidad resultaba difícil mantener esa posición y defender —como defendía a Simón Radowitzky y como defendió al propio Boris— la sentencia “venganza de clase”, y como seguiría defendiendo a Kurt Wilkens y Sacco y Vanzetti. Frente a la posición ambigua y moderada de *La Protesta*, se levantaba *La Antorcha*, animada por una fuerte personalidad al estilo de Flores Magón, que sostenía que la revolución y, por ende, los revolucionarios, eran ilegales por esencia. La figura sobresaliente de esta última hoja anarquista era Rodolfo González Pacheco, de pluma certera, incisiva y acerada, como lo demuestran, entre otros escritos, sus rápidas notas bajo el título de “Carteles”.

En 1923, la división entre *La Protesta* y *La Antorcha* quedó consumada. Entre los "antorchistas" figuraban dos personalidades destacadas: el celebre dirigente de los metalúrgicos de Buenos Aires y secretario del Comité Pro-presos y perseguidos, Miguel Arcángel Roscigna, y el maestro de escuela Severino di Giovanni, secretario del Comité Antifascista italiano, sentimental e idealista, a quien la fuerza brutal del Estado lo transformará en "el idealista de la violencia"¹⁵². Germán Boris había puesto en movimiento una maquinaria que para marchar no necesitaba nada más que se la engrasara. Hipólito Irigoyen, siguiendo la pauta de los anteriores presidentes conservadores de la Argentina, se encargó, con su metódica represión, y con sus encarcelamientos continuados, de untar la máquina para que no se parara.

Así transcurría la historia social de la Argentina cuando en agosto de 1925 llegaron "Los Errantes" a Buenos Aires.

152. Osvaldo Bayer, *Severino di Giovanni*, Editorial Guernica, Buenos Aires, 1970.

«Los Errantes» en Buenos Aires durante el año 1925

En el capítulo anterior hemos hecho referencia a Severino di Giovanni. Conviene que precisemos mejor su personalidad y su papel militante. Di Giovanni había nacido en Italia el 17 de marzo de 1901, en la región de los Abruzos, a 180 kilómetros al este de Roma. Hijo de familia acomodada, Severino se rebeló pronto contra la autoridad paterna. Estudió para maestro de escuela y, en sus horas libres, para tipógrafo. Se inició de joven en las ideas anarquistas con lecturas de Bakunin, Malatesta, Proudhon y Kropotkin. A la edad de diecinueve años quedó huérfano y en 1921 —a los veinte años— se entregó por entero a la militancia anarquista.

En 1922 se produce “la marcha sobre Roma” encabezada por Mussolini y, consecuentemente, el fascismo se impone en Italia. Severino, como sus dos hermanos y muchos otros militantes obreros, huyen de Italia. Unos se radican en Francia y otros se exilian en la Argentina. Entre estos últimos está Severino, quien llega a Buenos Aires en mayo de 1923, empleándose en seguida como obrero tipógrafo al mismo tiempo que se incorpora a la central obrera denominada FORA del V Congreso.

Cuando di Giovanni arriba a la Argentina, el país está gobernado por el Partido Radical, es decir, la Unión Cívica Radical, cuya principal base social está formada por las nuevas clases medias que, relativamente enfrentadas a la vieja oligarquía terrateniente, ganadera y comercial, reclaman una mayor apertura para la democracia y el liberalismo que les favorece. El primer presidente argentino procedente del Radicalismo había sido Hipólito Irigoyen, su líder principal, quien gobernó entre los años 1916 y 1922, y fue reelegido en 1928 para terminar derrocado por un golpe militar en 1930. Durante el primer mandato de Irigoyen, y a pesar de su democratismo populista, se producen dos grandes represiones contra los trabajadores: la primera, en enero de 1919, durante la llamada “Semana Trágica” de Buenos Aires; y la segunda, sobre los peones rurales de la Patagonia (en el sur argentino), en los años 1921 y 1922. Entre los años 1922 y 1928, la presidencia del país fue ocupada por otro dirigente Radical, el doctor Marcelo T. de Alvear, estrechamente ligado al viejo régimen; ex-embajador en París, y cuya esposa, Regina Pacini, italiana y de “la alta sociedad”, evidenciaba simpatías por el autoritarismo mussoliniano. Ella, seguramente, instigaba a su esposo para que combatiera el antifascismo de los italianos residentes y exiliados en la Argentina.

Di Giovanni, como italiano revolucionario, militó de entrada en los organismos y comités antifascistas creados en suelo argentino; y, como escritor, fue corresponsal en Buenos Aires de *L'Adunata dei Refrattari*, órgano del anarquismo

italiano residente en los Estados Unidos. Sin embargo, pronto se convencería de que los círculos y entidades antifascistas no eran otra cosa que un pasatiempo para los políticos socialdemócratas, comunistas y ciertos liberal-progresistas. “Para di Giovanni, el antifascismo organizado por todas las tendencias engañaba a las masas, y por eso inició la publicación de un periódico libertario llamado *Cúlmine*. Lo escribía, lo componía y lo imprimía él mismo en sus momentos libres, robando horas al sueño”. Tal era el personaje que escandalizó, el día 6 de junio de 1925, a “la flor y nata” de la burguesía y a las clases políticas dirigentes de Buenos Aires por su intervención en la representación artística organizada por la Embajada de Italia y realizada en el Teatro Colón de la capital argentina.

El embajador italiano en Buenos Aires, aristócrata que respondía al nombre de Luigi Aldrovandi Marescotti, buscó explotar en forma magnífica y políticamente la fecha del veinticinco aniversario del advenimiento al trono de Víctor Manuel III. Y con ese propósito, organizó un festejo a “lo grande”. Con dicha gran fiesta pensó afirmar su confianza ante Mussolini y demostrar al cuerpo diplomático que el régimen político de Italia gozaba de buena salud y prestigio. Hay que tener presente la existencia de la amplia comunidad italiana en la Argentina, resultado de la llegada de cientos de miles de hombres y mujeres procedentes de la península itálica durante décadas y establecidos en las pampas rioplatenses. Muchos de estos italianos, o sus descendientes, habiendo “hecho la América” y aburguesados hasta los huesos, simpatizaban con el fascismo mussoliniano.

Las gestiones del embajador italiano consiguen que asista a la fiesta del Teatro Colón el mismo presidente de la República, acompañado de su esposa. Asistiendo el presidente, es de rigor (burgués) la asistencia de los ministros, con el de Relaciones Exteriores a la cabeza. Y también las altas personalidades y funcionarios oficiales, embajadores, cónsules, etc., concurriendo, además, los representantes —“damas y caballeros”— de “la alta sociedad” oligárquica y burguesa y los agentes de los monopolios internacionales. Por supuesto, igualmente asisten los jóvenes hijos de la burguesía que actúan en “La Liga Patriótica”, haciendo causa común con “los camisas negras” de la embajada italiana. En suma: la celebración en el Teatro Colón de la llamada “Reina del Plata”, no tendría que envidiar ni a los actos fascistas llevados a cabo en Roma.

La gran velada artística del 6 de junio de 1925 comenzó con la ejecución del Himno Nacional argentino, a cargo de la Banda Municipal de Buenos Aires. Después de los consabidos aplausos, los ejecutantes interpretan la Marcha Real de Italia. La colonia burguesa y fascista italiana se pone en pie, grita, vocifera y hasta el embajador canta a voz en grito en honor de la Italia fascista.

Pero desde “el gallinero” del teatro, lugar que la burguesía ha dejado para que el populacho también asista a la fiesta, se registran murmullos, voces, que se hacen potentes: “¡Assasini!”, “¡Ladri!”, “¡Matteotti!” Y tras los gritos, que suenan a espanto entre aquella gente de “la sociedad”, una lluvia de volantes “mariposas”, denunciando la opresión en Italia, cae a la platea hasta los mismos pies del embajador, conde de Viano.

Los “camisas negras”, que se habían distribuido estratégicamente para evitar hechos como el que precisamente está horrorizando al “gran público”, y que no

han podido prever ni acallar de entrada, se lanzan rápidos contra ese desborde inédito en los “excelsos” escenarios, con el fin de silenciar al grupo que ha venido a turbar la fiesta fascista. Entre los que alborotan y gritan condenaciones al fascismo italiano y los “camisas negras”, se inicia un forcejeo, una lucha en la que entran las cachiporras que los fascistas no habían olvidado por si acaso.

Uno de los que más grita es un muchacho alto, rubio, vestido de negro. Un camisa negra lo toma por el cuello y lo arrastra sobre las butacas. Pero ese muchacho tiene la fuerza de una bestia. De unas cuantas brazadas tira abajo a los que tratan de darle puñetazos, cachiporrazos y patadas; se para en la primera fila, y sigue gritando mueras a Mussolini y denunciando los horrores del fascismo y de sus clases dominantes.

Por espacio de diez minutos, la docena de alborotadores imponen su ley, gritando y luchando cada uno a brazo partido con los que desean silenciarlos. Pero la lucha no daba para más, y uno a uno fueron arrinconados y apesados. El joven vestido de negro fue el último en caer, víctima por detrás de un cachiporrazo. Arrastrándolos, fueron sacados del teatro ante el griterío de “la crema” de la sociedad porteña, descendida a niveles de “grosería”. Todos deseaban escupir y patear a los atrevidos que habían insultado lo que para muchos de los presentes era “la madre patria”, a su rey y a su predilecto Mussolini.

Escortados por militares italianos de alta graduación, los revoltosos fueron entregados en la calle a la policía, que fue metiéndolos en un furgón celular. El último en entrar fue el joven rubio, vestido de negro que escupió al rostro de un teso militar italiano un: “*E viva l'anarchia*”¹⁵³.

De todos los detenidos, el único en responder sin evasivas a las preguntas de la policía fue el joven rubio, vestido de negro. El mismo se declara anarquista. Y firma su declaración con letra segura: Severino di Giovanni.

Uno de los lugares que “Los Errantes” visitaron a su llegada a Buenos Aires fue la redacción de *La Antorcha*. El primero en atenderles fue el administrador del semanario anarquista, Donato Antonio Rizo. Donato les habló de la situación política que se estaba viviendo en la Argentina. De la polémica viva entre los anarquistas en torno a procedimientos y métodos para hacer frente al terrorismo gubernamental. Y de los compañeros que, según *La Antorcha*, afrontaban con decisión la crisis interna. Uno de ellos era Severino di Giovanni, joven apasionado que consideraba que “la hora no era de palabras, sino de acción”¹⁵⁴. Otro era Roscigna, destacado militante del gremio de metalúrgicos, que asumía la tarea de atender las múltiples necesidades del Comité Pro-Presos y Deportados. Se trataba de un hombre de acción, cerebral, planificador, que cuando hay que actuar no sólo dirige y proyecta, sino que también ejecuta, es decir, arrima el hombro y no se queda en la retaguardia como los burócratas de los partidos políticos que se

153. Osvaldo Bayer, op. cit.

154. Datos de Roberto Coteló, anarquista uruguayo y combatiente en la revolución española. Murió en Buenos Aires en el año 1971.

escudan tras sus “hombres de mano”¹⁵⁵.

Es evidente que Durruti y Ascaso conocían, en particular por lecturas y referencias, a Diego Abad de Santillán y a López Arango y la obra que éstos realizaban en *La Protesta*. Conocían igualmente a otros compañeros que habían pasado por España y que residían ahora en la Argentina, como Gastón Leval, y, también, por sus escritos, a Rodolfo González Pacheco y a Teodoro Antilli. En conjunto, un puñado de excelentes valores morales e intelectuales del anarquismo, pero que, por las derivaciones que había tomado la lucha en la Argentina estaban apasionadamente enfrentados. Lo que en España se había podido evitar, poniendo cada cual de su parte la mejor predisposición posible, en la Argentina no se había logrado. Entre los hombres de acción y los teóricos, la división estaba clara, y esa división amenazaba seriamente con mermar la influencia que los anarquistas tenían en la clase obrera argentina. Ante tal situación, “Los Errantes” decidieron abstenerse de realizar actos que pudieran envenenar aún más la ya suficientemente emponzoñada polémica en torno a la cuestión de la “mal llamada violencia revolucionaria”. La actitud que se fijaron fue la de intentar suavizar las relaciones y buscar un terreno de convivencia, acuerdo mínimo y diálogo sereno, aunque se tratara de temas espinosos entre los militantes de una y otra fracción. Pero las condiciones contradictorias que se daban en la Argentina y los problemas a los que estaba enfrentado el anarquismo militante, hacía ilusoria la posición que Durruti y Ascaso determinaron adoptar. Esas contradicciones mostrarían que si no se deseaba ir a la cárcel como un imbécil, no quedaba otro remedio que defenderse de la violencia y el terror gubernamentales.

Si el anarquismo prescindía de su cohesión y solidaridad entre anarquistas, entonces quedaba vaciado de su fuerza principal. Y *La Protesta*, a pesar de sus posiciones “puras”, no podía dejar de defender a Simón Radowitzky, Wilkens, Sacco, Vanzetti, etc. Estaba claro que, si bien los dos primeros habían eliminado a dos verdugos reaccionarios, o sea, que habían empleado la acción personal directa y la bomba para hacer justicia social, sobre los dos segundos pesaba la acusación de haber recurrido a la expropiación, es decir, al “robo” a mano armada. *La Protesta* encaraba la defensa en términos burgueses, sosteniendo la inocencia de los implicados; pero el capitalismo yanqui no podía reconocer dicha inocencia, puesto que Sacco y Vanzetti, por ser anarquistas, eran considerados ya bandidos. ¿Cómo salir de ese juego de enredos y equívocos? Flores Magón lo resolvió. Considerándose en lucha contra el Estado, y sabiendo que era imposible combatirlo dentro de la ley, lo combatía fuera de la misma, es decir, en la ilegalidad, en el terreno propio del revolucionario. Si los “protestistas” de Buenos Aires querían ser consecuentes consigo mismos, tenían que empalmar con las prácticas de Magón, si no, a base de ser puros, terminarían en el evolucionismo o en el reformismo. En la Argentina de aquellos años no había término medio. Y no había término medio porque era la violencia gubernamental, y de arriba, la que imponía y obligaba a la práctica. Más o menos era así como razonaban “Los Errantes” con los amigos de *La Antorcha*.

155. Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Editorial Cialerna, Buenos Aires, 1975.

En poco tiempo, los escasos pesos que “Los Errantes” traían consigo se agotaron. Pero como ellos habían resuelto siempre sus problemas cotidianos sin llamar a las puertas de la solidaridad, utilizando las amistades, buscaron trabajo y se emplearon: Durruti como obrero portuario, Francisco como cocinero, y Jover de banista. Alejandro Ascaso, por razones que ignoramos, desapareció de Buenos Aires poco después de llegar a esta ciudad.

“Los Errantes” trabajaban y llevaban una vida discreta cuando, de pronto, se produjo un robo a mano armada el 18 de octubre de 1925. Según el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, el hecho ocurrió de la siguiente manera: “Tres individuos, a la manera del cinematógrafo, se introducen en la estación de tranvías Las Heras, del Anglo, en pleno barrio de Palermo. Uno de ellos va enmascarado. Los tres sacan a relucir pistolas negras y amenazan a los recaudadores que en esa madrugada acababan de hacer el recuento general de la venta de boletos. Dicen “arriba las manos” en marcado acento español. Exigen el dinero. Los empleados balbucean que ya está en la caja de hierro. Exigen las llaves. No, las tiene el jefe, que ya se retiró. Los asaltantes hablan entre ellos. Se retiran. Al pasar se llevan del mostrador una bolsita que acaba de dejar un guarda: contiene 38 pesos, en monedas de diez centavos. Fuera hay un “campana” y más allá un auto que los espera. Desaparecen sin poder ser perseguidos”¹⁵⁵.

Osvaldo Bayer, que es de quien tomamos la cita anterior, escribe: “La policía porteña está desorientada. ¿Pistoleros con pronunciación española? No tiene registrado a ninguno de esas características. Interroga a elementos del hampa, y tampoco consigue nada. Nadie los conoce. Como el botín ha sido irrisorio, la policía sabe que pronto darán otro golpe”.

Y, en efecto, así fue: “El 17 de noviembre de 1925, apenas un mes después del asalto a la estación Las Heras. Minutos antes de la medianoche, el boletero Durand, de la estación del subterráneo Primera Junta, en Caballito, ha terminado de recontar el dinero de la recaudación del día. Falta el último servicio del subterráneo que viene desde el centro para finalizar la tarea. Se acerca de pronto un desconocido que saca despaciosamente una pistola y le dice con acento español: “¡Cállese la boca!” Mientras, otro irrumpe en la boletería y se apodera de una caja de madera donde habitualmente se guarda la recaudación. Todo apenas dura un instante. Los desconocidos se dan vuelta y van hacia la salida de la calle Centenera. Pero el boletero Durand comienza a gritar con todos sus pulmones: “¡Auxilio!, ¡Ladrones!” Es entonces cuando uno de los asaltantes se da vuelta y hace un disparo al aire para amedrentarlo y que no inicie la persecución. Esos gritos y ese disparo han sido oídos por el agente que está de parada en Rivadavia y Centenera. Y ya corre para ver qué sucede, mientras desenfunda el arma. Pero le dan de mano. Hay otros dos desconocidos haciendo de “campanas” en las dos entradas del subterráneo, y uno de ellos, cuando ve que el agente tiene el arma en la mano y va al encuentro de los otros dos que han realizado el asalto y ya salen por la escalera, le descerraja dos balazos que dan en el blanco.

“El agente cae al suelo como una plomada. Los cuatro asaltantes corren hacia un taxi que los espera en Rosario y Centenera. Pero el chófer no lo puede poner en marcha y, después de valiosos minutos de espera, los desconocidos se bajan del

vehículo y echan a correr por la calle Rosario en dirección al este y desaparecen. El asalto ha sido en vano. Igual fracaso que en la estación de Las Heras. El dinero de la recaudación no había sido puesto, como ocurría habitualmente, en la caja de madera, sino en otra, de hierro, por debajo de la ventanilla. La caja de madera no contenía ni siquiera una moneda de diez centavos” 156.

La policía argentina hace conjeturas y aproxima datos entre los dos hechos, destacando el de la “cuestión de españoles”. Los asaltantes de uno y otro lugar son los mismos, concluye. Pero ¿quiénes son? Fue en aquellos momentos cuando la policía argentina recibió de la chilena el “dossier” que había establecido, con apoyo de la policía española, que los citados asaltantes eran Durruti, Ascaso y Jover con los nombres falsos que usaban.

“Con las fotos en sus manos, la policía argentina cita a los asaltados de la estación de Las Heras y de Primera Junta. Sí, no tienen ninguna duda, son ellos. Se inicia entonces una investigación incansable. Se allanan pensiones, hoteles y casas que alquilan habitaciones, en busca de los extranjeros. Pero no hay resultado positivo alguno. Interviene también Orden Social, que detiene a anarquistas de acción para obtener algún indicio. Pero no saca nada en limpio.

“En todos los coches de subterráneos y en los tranvías son colocados carteles con fotos de los cuatro extranjeros” 156. De la exhibición de esos carteles, el poeta Raúl González Tuñón ha dejado unos versos magníficos sobre Durruti:

*Lo veo en el retrato del prontuario
de frente, de costado, con un número,
con un cabello turbio, despeinado.
Sólo faltaba arriba una paloma
con algo de furioso y delicado* 157

Llegados a este punto, conviene que recapitulemos algunos acontecimientos antes de proseguir la narración. Los hechos más importantes en materia de “expropiación” que conocemos de Durruti se relacionan con entidades bancarias y, en todos ellos, se evidenció cierta maestría. Al poner pie en la Argentina se propusieron no realizar acciones que pudieran perjudicar al movimiento anarquista. ¿Como es posible, pues, que de golpe y porrazo abandonen su propósito y se lancen, no a un atraco bancario, sino a una acción que por todos los datos que se suministran se acredita de “aprendices”? ¿Qué pruebas existen para ello? ¿Que fueron reconocidos por los asaltados? ¿Que eran españoles porque tenían acento español? La verdad es que no había prueba alguna y que la policía obró impulsada por sus colegas de Chile y España, sobre todo la de este último país, que es la que suministra las fotos correspondientes. De la fijación de carteles en tranvías y

156. Idem. Los entrecorillados corresponden a la op. cit.

157. Estos versos los escribió el citado poeta a raíz de la muerte de Durruti y recordando su paso por Buenos Aires. Raúl González Tuñón era uno de los literatos oficiales del Partido Comunista argentino.

subterráneos, de la divulgación en la prensa, y de la persecución de “Los Errantes” ya no podía salir otra cosa que una acción de gran estilo, como fue la que se produjo el día 19 de enero de 1926 en la sucursal del Banco Argentino de la ciudad de San Martín. El relato lo tomamos de *La Prensa* de aquel día:

“Cuando los habitantes de la tranquila ciudad de San Martín se hallaban entregados al almuerzo unos, y otros refugiados en sus hogares a cubierto de las inclemencias del sol y del calor, un grupo de forajidos armados de carabinas se situó en la puerta de entrada de la sucursal del Banco de la Provincia, frente a la plaza principal”. Hasta aquí el relato de *La Prensa* del día sobre el suceso demasiado largo para darlo “in extenso”. Lo resumimos con palabras de Osvaldo Bayer: “Siete individuos (cuatro de ellos con antifaces) bajan de un doble faetón en la esquina de Buenos Aires y Belgrano, a dos cuadras de la comisaría. Cuatro se introducen en el Banco y los otros tres, con armas largas, se apostan en la entrada principal. Es un asalto muy curioso, con un matiz de bandoleros, porque los tres que se han quedado fuera, cuando ven que se aproxima algún peatón desprevenido, lo apuntan silenciosamente con sus armas largas. Los desprevenidos creen al principio que se trata de una broma, pero cuando ven que la cosa es seria salen disparados. Mientras tanto, los cuatro que han entrado, trabajan rápidamente. Sortean los mostradores, revisan los cajones de los pagadores y van juntando todo el dinero que encuentran. Ni se molestan en llegar a la caja de hierro. Recolectan 64.085 pesos. Los empleados bancarios, al ver entrar a los asaltantes, obedecen cuando una ronca voz española grita:

“—Al que se mueva... ¡cuatro tiros!

(...) Con el dinero obtenido, escapan con el automóvil. Los persiguen, pero cubren su retirada a balazos...”

CAPÍTULO XIV

Hacia París: 1926

Después del ataque a la Banca San Martín, la policía, no quedándome ya ninguna duda sobre la identidad de los personajes, redobló sus investigaciones, extremó la vigilancia en los medios anarquistas de la capital y estrechó el control de fronteras y puertos. Materialmente era imposible que Durruti, Ascaso y Jover pudieran pasar a través de aquella tupida red de vigilancia que se había extendido en torno a ellos. Y, sin embargo, escaparon, pudiendo embarcar en Montevideo con destino a Europa a finales de febrero de 1926.

Desde el 19 de enero hasta los últimos días de febrero, “Los Errantes” vivieron, entre Buenos Aires y Montevideo, quizá los momentos más difíciles de su existencia de perseguidos. Difícil, muy difícil les fue encontrar un lugar seguro donde esconderse en espera del momento propicio para cruzar la frontera. Algunos veteranos militantes que conocían a Durruti y Ascaso de España, en aquella circunstancia les volvieron la espalda, y no por el carácter de la persecución que sufrían, sino simplemente por no comprometerse. De no haber sido por los militantes de la Unión Sindical Argentina y el grupo de *La Antorcha* y *El Libertario*, lo más seguro hubiera sido que cayesen en manos de la policía argentina. Pero todo se pudo evitar, como hemos dicho, y el principal organizador de aquella difícil evasión fue un militante español, recién llegado a Buenos Aires, llamado J. C. Este, enterado de la situación comprometida de “Los Errantes”, corrió de “la ceca a la meca” hasta transportarlos a Montevideo y meterlos en el vapor que debía conducirlos a Francia.

Pero mientras se conseguían los pasaportes y se organizaba el viaje a Uruguay, la policía argentina estaba decidida a apresarlos, buscando incansablemente a “Los Errantes”. Sin embargo, todo fue en vano. Y dicha labor resultó aún más complicada por culpa de la propia policía española y los medios informativos. En la prensa de España apareció una nota, con fecha 23 de febrero de 1926, completamente desorientadora:

“LOS PISTOLEROS ESPAÑOLES. ¿HA SIDO DETENIDO DURRUTI EN BURDEOS? En la capital de la Gironda se desconoce el hecho, pero en Gijón lo aseguran. Algunos detalles de la accidentada vida del terrorista”. Con estos titulares encabezaba *La Voz de Guipúzcoa* sus precisiones en torno a la noticia propagada por ABC, de Madrid, el cual publicaba el siguiente telegrama de su corresponsal en Gijón: “Gijón, 23, 11 noche. Acaba de saberse que ha sido detenido en Burdeos, por asalto a una fábrica de muebles de dicha ciudad, por cuyo delito fueron recientemente guillotinado dos españoles, Francisco Durruti, jefe de la banda de los pistoleros que, el 1 de septiembre de 1923, asaltó la sucursal del Banco de España en Gijón, matando a tiros al director de la misma, don Luis Ascárate.

“Durruti —concluye el corresponsal de Gijón— estuvo también en La Habana, donde asaltó otro Banco”.

“Sorprendidos —se escribe en *La Voz de Guipúzcoa*— de que nuestro corresponsal en Burdeos, M. Melsy Cathulin, no nos hubiera facilitado la noticia, lo interrogamos anoche en nuestra diaria conferencia, y nos respondió que ni en Prefectura habían dado cuenta de la detención de Durruti ni en ninguno de los diarios locales era conocido el hecho, cosa extraña por la calidad de la detención y la sensación que produjo el asalto aludido en toda la Gironda. Por otra parte, en ningún momento se dijo que Durruti estuviese complicado en el asalto a la fábrica de muebles Harribley. Por aquel asalto, que costó la vida a dos personas y en el que resultaron heridas tres, se detuvo a tres anarquistas, dos de los cuales, Recasens y Castro, fueron guillotinado en diciembre pasado. Pudo huir el principal de los pistoleros, según Recasens y Castro, y que, al decir de éstos, era aragonés y usaba los apodos de “el Mano” y “El Negro”. Las fotografías del fugitivo —*La Voz* publicó una a raíz del suceso— no se parecían en nada a la de Durruti, que tampoco se llamaba Francisco. José Buenaventura Durruti (a) “El Gorila”, es efectivamente uno de los terroristas españoles de más extensa historia. Es natural de León y tiene cincuenta años. Durante el año 1922, Durruti trabajó en San Sebastián como ajustador mecánico en la fábrica de los señores Mújica Hermanos, y en alguna otra. Fue vicepresidente del Sindicato Unico (CNT), establecido en el barrio de Eguía, y hasta agosto de aquel año no se destacó como hombre de acción. Era un obrero excelente y daba muestras de tener arraigadísimas sus ideas extremistas. En agosto de 1922, Durruti, acompañado de otros dos sindicalistas, dio un audaz golpe de mano en el despacho de los señores Mendizábal, en el que penetraron los tres atracadores pistola en mano, y, encañonando a don Ramón Mendizábal, le obligaron a que abriese la caja de caudales y les entregara cuanto dinero había en ella, más el que llevaba en la cartera. El atraco quedó impune, pues Durruti y sus cómplices se ausentaron de San Sebastián antes de que la policía lograra averiguar su intervención en el hecho, y aunque posteriormente fue detenido el primero de ellos y trasladado a San Sebastián, no se pudo probar su culpabilidad.”

A continuación, los redactores de *La Voz de Guipúzcoa* siguen dando la biografía de Durruti, pero llena de datos erróneos con relación a su viaje a América:

“Durruti, que es un hombre dotado de una rara inteligencia, consiguió desaparecer de La Habana y tomar pasaje en un vapor, con documentación falsa. Al cabo de algún tiempo, en el otoño de 1924, reapareció en Paras. Disponía de abundante dinero, producto del botín de los asaltos de América, y empleó parte de esos fondos en sostener la publicación de un semanario anarquista titulado *Liberation*.

“Según datos de la policía española, Durruti fue con otro anarquista llamado Juan Riego Sanz, uno de los cabecillas de la irrupción de Vera del Bidasoa...”

Hay en la nota transcrita errores de bulto, pero resaltan dos hechos que demuestran el “pistolero” de Durruti: Sus conocimientos profesionales como ganapán y el destino que da a los medios económicos que expropia de los Bancos, datos que dejamos consignados de pasada por pluma del periodismo español. Pero

volvamos a lo esencial: y ello radica en el interés de la policía española en mistificar la figura y la acción de Durruti. La nota que da ABC va marcada con esa tinta, y ella fue la que alimentó a la policía argentina, dado el carácter oficial del cotidiano madrileño. Hay que admitir que, visto el fracaso que cosecha la policía argentina en sus persecuciones, tal nota periodística pudo darles a suponer que Durruti había logrado zafarse y que se encontraba ya en Francia. Pero en eso los policías de Buenos Aires se equivocaban también, puesto que sólo fue en los últimos días de febrero de 1926 cuando Durruti, Ascaso y Jover tomaron pasaje en el vapor que debía conducirles a Francia.

Antes de tomar pasaje, los amigos encargados de procurárselos se informaron bien de que dicho vapor no hacía escala en puertos españoles, y con esa seguridad "Los Errantes" ocuparon sus camarotes. Entre la marinería del buque había varios simpatizantes del anarquismo, con los cuales inmediatamente entraron en contacto Durruti y sus amigos. Las informaciones de dichos marinos fueron de excelente ayuda y evitaron que se produjera un acto desesperado.

Hemos dicho que el barco no debía hacer escala en puertos españoles, pero al aproximarse a las Islas Canarias, la oficialidad del buque anunció a la tripulación que, por motivos ajenos a la voluntad de la compañía marítima propietaria, el vapor se veía obligado a hacer escala en Santa Cruz de Tenerife. Esta noticia, como era de suponer, llenó de inquietud a "Los Errantes". ¿Habían sido descubiertos, y con esa escala se pretendía entregarlos a las autoridades españolas? Ante tal posibilidad, no iban a dejarse sorprender, por lo cual resolvieron apoderarse del barco e impedir a toda costa la citada escala. ¿Y quién podía ayudarles?; pues los marineros anarquistas. Contactaron inmediatamente con uno de ellos para indagar las razones de aquella imprevista escala. El interpelado les tranquilizó de inmediato, asegurándoles que el motivo estaba suficientemente justificado, debido a ciertas averías que se habían producido en la maquinaria.

En Santa Cruz de Tenerife se produjo el desembarco de los pasajeros, los cuales, y a costa de la compañía, pasaron a un hotel en espera de que viniese otro barco de la misma empresa naviera para recogerlos y conducirlos hasta Le Havre.

Aparentemente, nada había que temer; pero todos aquellos contratiempos terminaron por inquietar a "Los Errantes", quienes optaron por tomar pasaje a bordo de un navío inglés que debía tocar el puerto francés de Cherburgo, cosa que se produjo el 30 de abril de 1926. Dos días después se encontraban alojados en un hotel de la calle Legendre, en el barrio parisiense de Clichy, bajo los nombres de Roberto Cotelo (Durruti), Salvador Arévalo (Ascaso), y Luis Victorio Rejeto (Jover), tres pasaportes uruguayos conseguidos en Buenos Aires.

El París que hallaron "Los Errantes" en mayo de 1926, no era el París que ellos habían conocido a su llegada de España, a principios de 1924. El grueso de los españoles anarquistas había tenido que trasladarse a Bélgica, o desparramarse por el oeste y sur de la nación francesa. Lyon y Marsella eran los focos esenciales del anarquismo exiliado. En la primera ciudad funcionaba una Comisión de Relaciones Anarquistas de los grupos españoles, y en Béziers un grupo titulado "Prisma", que, un año después, sería el editor de una revista del mismo título, portavoz del anarquismo español exiliado en Francia.

No obstante, París seguía siendo un centro importante de actividades anarquistas de los exiliados españoles, y se comprende debido a la Editorial Internacional que se cobijaba bajo la protección del órgano anarquista francés *Le Libertaire*, portavoz de la Unión Anarquista Francesa.

La actividad principal la desarrollaban los grupos anarquistas españoles "Germen", "Sin Pan", "Proa", "Afinidades" y "Espartaco". Varias eran las personalidades que se destacaban entre los españoles. Señalamos, pues, a los siguientes: Valeriano Orobón Fernández, que dirigía la revista en lengua castellana *Tiempos Nuevos*; Liberto Callejas, que aseguraba la redacción de *Iberón*; y Juan Manuel Molina, más conocido por "Juanel", que era el representante español en el Consejo de Administración de la Editorial Internacional.

El mes y medio que Durruti y sus amigos estuvieron en París representa para nosotros un vacío informativo. Todo cuanto sabemos de ellos está relacionado con sus actividades como hombres de acción.

¿Pudieron enterarse con tiempo que Alfonso XIII pensaba pasar por París en viaje a Londres? Lo ignoramos. Pero cuando llegaron Durruti y sus amigos, se encontraron en la capital a tres viejos conocidos que habían salido huyendo de España: Teodoro Peña, Pedro Boadas Rivas y Agustín García Capdevila. Estos jóvenes estaban muy comprometidos en atentados con bomba, y nada menos que perpetrados contra militares españoles. Además, muy inquietos en la acción, en Francia podían caer en manos de la policía de un momento a otro. Por todas estas razones, "Los Errantes" resolvieron enviarlos hacia el Uruguay, recomendándolos a Roscigna como buenos compañeros de militancia. Por otra parte, esos jóvenes, según Osvaldo Bayer, "llevaban una invitación especial de Durruti para Roscigna de trasladarse a Europa, porque lo necesitaba como hombre de planeamiento de la acción. Pero Roscigna no aceptará: le contestará a Durruti que lo disculpe, pero que la lucha en la Argentina lo atrae demasiado como para poder abandonarla"¹⁵⁸. A esto debemos agregar otra información de uno de nuestros anónimos colaboradores, el cual nos confirma que Boadas llevaba también encargo de comunicar, "a un compañero chófer, residente en Buenos Aires, que se pusiera inmediatamente en camino hacia París para un asunto muy urgente". Si asociamos los nombres de Roscigna y el chófer, con el proyecto de secuestrar a Alfonso XIII —delito por el que, como vamos a ver, fueron detenidos Durruti, Ascaso y Jover el 25 de junio de 1926—, es fácil colegir que los trabajos esenciales a los que se entregaron "Los Errantes" en París, desde mayo al 25 de junio, fueron los de preparar el atentado contra el rey de España.

Detalles sobre este misterioso atentado a Alfonso XIII se poseen muy pocos, y por ello el testimonio del anarquista italiano Nino Napolitano, muy amigo de Durruti y Ascaso, es de gran valor biográfico:

"Conocí a Ascaso y Durruti en casa de una compañera parisiense llamada Herta. Un día pidieron ambos una maleta. Naturalmente, les ofrecí la mía. Ascaso la tomó con la mano y dijo riendo: "No es suficientemente fuerte". Le contradi-

158 Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975.

je, y afirmé que la maleta era buena, de excelente fibra vulcanizada. Parecía yo un comerciante ansioso de vender mi mercancía. Pero todo fue en vano. Ascaso no la quería. Algo más tarde supe por qué. Necesitaban una maleta para transportar unos fusiles desmontados y otras armas.

“En esos días (era el año 1926), París se aprestaba a recibir la visita del rey Alfonso XIII de España (...). Durruti y Ascaso se habían propuesto acompañar con un par de tiros los acordes de *La Marsellesa*, con los cuales la III República recibiría al asesino de Francisco Ferrer. Hacían sus preparativos con la serenidad más absoluta.

“Así es la idiosincrasia española: se comportan como grandes señores, por no decir como un grande español, incluso cuando son proletarios. También nuestros dos compañeros poseían ese talento e hicieron gran uso de él en los días previos a la visita oficial. Para eludir la red de agentes policiales, frecuentaron los mismos sitios donde concurría la alta sociedad de la capital francesa. Jugaban al tenis en un club, y hasta se habían comprado adrede un lujoso automóvil, para no despertar sospechas al lado de las carrozas de los estadistas, con motivo de la ceremoniosa recepción. Todo había sido organizado minuciosamente.

“En vísperas de la visita oficial cenamos en casa de Berta. Me acuerdo que nos sirvió una sopa de sagú que no nos gustó ni a Ascaso ni a mí. Nos burlamos de su arte culinario. Al irse Durruti y Ascaso, ella se puso a llorar.

“Donde dos conspiran, mi hombre es el tercero”, dijo presuntuosamente Maniscalao, el conocido agente provocador de los Borbones. Esta vez el tercer hombre iba sentado al volante del coche que conduciría a Ascaso y Durruti al lugar de la acción. Este tercero se vendió a la policía francesa. Los dos conspiradores fueron detenidos, y París pudo recibir a Alfonso XIII con los acordes de *La Marsellesa* sin perder el compás”¹⁵⁹.

El testimonio de Nino Napolitano es de primera mano, pero fue escrito en 1948. Desde 1926 le habían ocurrido demasiadas cosas a este militante anarquista italiano para que pudiera coordinar bien los hechos, y, en razón de ello, aparecen contradicciones en sus *Recuerdos del exilio*.

Berta vivía entonces unida a Ferrandel, administrador de *Le Libertaire*. Ellos debían estar al corriente de los proyectos de Ascaso y Durruti. Esa visita a la que se hace referencia en la cita debió ocurrir, accidentalmente, durante los momentos en que preparaban el atentado y, como las visitas no eran muy frecuentes, de ahí las lágrimas de Berta. Ascaso y Durruti fueron detenidos el día 25 de junio, y la llegada de Alfonso XIII fue el 27 de junio. Lo importante del testimonio de Nino es su referencia al provocador, a ese “chófer” reclutado por “Los Errantes” en circunstancias que desconocemos.

Ya en otro lugar hemos señalado que Durruti había encargado a Boadas que comunicara al compañero chófer argentino que acudiera pronto a París. El argentino no vino. Debí fallarles también García Vivancos, miembro de “Los

159 Nino Napolitano. Artículo titulado “Ascaso e Durruti, nei ricordi d'esilio”, y publicado en *Era Nuova*, Torino año V. n. 1. 1, gennaio, 1948.

Solidarios” y excelente chófer, como lo había demostrado en el asunto del Banco de Gijón. Y como el tiempo debía apremiarles, alguien debió presentarles al “taxista” que terminó denunciándoles a la policía. El día 25 de junio, por la mañana, cuando salían del hotel de la calle Legendre, les detuvo la policía. Un registro domiciliario puso al descubierto el armamento que tenían oculto en la habitación del hotel.

La primera noticia que se dio de la detención de “Los Errantes” fue el día 2 de julio. En la prensa no hay rastro de la fecha 25 de junio. Afortunadamente, poseemos cartas de Durruti escritas por aquellos días desde el *Dépôt*, en las que dice a su familia:

“Creo que estaréis enterados de que fui detenido el 25 de junio, con motivo del viaje del rey de España a París, y complicado en un complot para atentar contra su vida (...). Después de mi detención, me llevaron a La Santé...”¹⁶⁰.

160 Cartas redactadas el 17 de octubre de 1926 y el 17 de diciembre de 1926. Archivo particular.

CAPÍTULO XV

El complot contra Alfonso XIII

Estaba visto que Alfonso XIII no podía dar un paso sin que algún español sintiera el deseo de suprimirlo de la lista de los vivos. No obstante, parecía ser un rey afortunado. Ficticios o reales, el rey Alfonso XIII era la figura central de por lo menos una docena de atentados, saliendo siempre ileso de los mismos: fracasó el atentado del día de la coronación, el 17 de mayo de 1902; se descubrió a tiempo el que se le preparaba en París, el 31 de mayo de 1905; Mateo Morral, aún matando a 26 personas y causando 107 heridos con su bomba de la calle Mayor de Madrid, el día de las bodas del rey, en 1906 y también el 31 de mayo, no pudo tampoco alcanzar a su víctima. También vieron malogrados sus propósitos otros hombres que intentaron suprimir a Alfonso XIII. En vista de los resultados, parecía estar escrito que este monarca moriría de viejo y en su cama.

Con una relación de atentados verdaderos o inventados, era lógico que la Embajada española en París tomara sus medidas de vigilancia y rogara a la policía francesa que pasara a la acción, encarcelando a los refugiados políticos españoles residentes en Francia que pudieran sentir la tentación de organizar un atentado contra Alfonso XIII. La policía francesa accedió a la demanda y, en la mañana del día 25 de junio de 1926, organizó una *razzia* que alcanzó a unos doscientos españoles. Entre esos españoles se encontraban Durruti, Ascaso y Jover, a los que se les incautó una apreciable cantidad de armas.

El Gobierno francés deseaba recibir a Alfonso XIII y a Primo de Rivera, su primer ministro-dictador, de la mejor manera posible, es decir, sin hostilidad. Las razones se encontraban, probablemente, en la solución que se buscaba a la cuestión de los protectorados marroquíes.

La policía recibió la orden de velar por la seguridad del rey de España, y se dictaron instrucciones a fin de que la prensa se portara de manera decorosa con el visitante. Uno de los periódicos que no se ajustó a ello fue el órgano anarquista *Le Libertaire*. Visto el editorial del mismo, y juzgado de insultante por el juez Villette, se ordenó el secuestro del periódico y se acusó a su gerente, Giradin, de “instigador al asesinato”.

De las medidas policíacas, nada trascendió a la opinión pública hasta el día 2 de julio, fecha en que Alfonso XIII se encontraba ya en Londres. Ese día la prensa publicó una corta nota facilitada por la policía, en la que se decía que había sido descubierto un complot atentatorio contra la vida del rey de España, y que tres proscritos españoles fueron detenidos encontrándoseles armas automáticas y pistolas.

Aquel mismo día, 2 de julio, *Le Libertaire* reproducía en sustancia el artículo por el cual fue condenado el periódico el día 25 de junio.

A toda página titulaba: “LA REPUBLICA A LAS ORDENES DE ALFONSO XIII. MAS DE DOSCIENTAS DETENCIONES y *LE LIBERTAIRE* RECOGIDO Y PERSEGUIDO”.

“*Le Libertaire* había publicado la semana anterior —exponía el órgano anarquista— un llamamiento de la Unión Anarquista, invitando a los militantes de la región parisiense a manifestar en la estación de Orsay su asco ante el asesino regio. No era terrible ese llamamiento, apenas diez líneas recordando a Ferrer, a los asesinos de Vera y las torturas practicadas a los militantes españoles (...). *Le Libertaire* fue recogido por orden del juez, monsieur Beill, so pretexto de que dicho texto era “una instigación al asesinato” (...). Pero la cosa no podía detenerse ahí, y todos los militantes españoles e incluso franceses se vieron dotados de una escolta policíaca. Ningún compañero conocido podía dar un paso sin tener junto a él dos policías (...). Luego, el lunes, nos enteramos de que la policía había hecho fracasar un atentado contra la vida del rey español. Parece ser que algunos habían decidido no esperar a la justicia inmanente y quisieron aplicar al rey el castigo que se merece por sus crímenes (...). Pero no terminan aquí las cosas graves, pues no sólo la policía francesa, e incluso *la policía española*, detuvieron a un centenar de conocidos compañeros por sus ideas revolucionarias y los enviaron al Dépôt, sino que *serán conducidos a la frontera española* (...). Es necesario que inmediatamente se levanten voces de protesta, para advertir al Gobierno del Bloque de Izquierdas (socialistas y radicales-socialistas) que jamás se tolerará que la policía francesa entregue a los refugiados políticos a sus verdugos”.

Ese mismo día, la Embajada española facilitó una nota a la prensa: “Ya los reyes en Londres, puede hacerse público en España (...) que contra ellos se había preparado en Francia un atentado, descubierto muy a tiempo y con detención de sus presuntos autores, merced a la diligencia de la policía francesa y *la excelente información de nuestra Embajada* (la cursiva es nuestra).

“Una cuadrilla de expatriados, de nota criminal bien probada, condenados unos en rebeldía, y pendientes otros de extradición por falta de la captura que ahora se ha logrado, provistos de los recursos precisos para adquirir un buen automóvil, armas automáticas y abundantes municiones, proyectó ametrallar el coche que condujera a los reyes en una de las estaciones del trayecto.

“Conocido el complot, horas antes de salir Sus Majestades, el éxito más definitivo coronó los esfuerzos de la policía, pues, cuando la partida se realizó, ya estaban detenidos los autores y hecha la incautación del coche y las armas, por lo cual el rey pudo salir de Madrid ya libre de ese peligro y aún ignorándolo, pues el Gobierno francés, con gran acierto, no ha querido se haga público hasta la llegada a Londres, y el de España ha mantenido igual reserva.

(...) “Entre los criminales detenidos en París, figuran algunos que ya aquí perpetraron delitos que, con razón, conmovieron a la opinión pública. El Gobierno ~~se~~ ha apresurado a expresar su gratitud al de Francia, y confía en que el viaje regio ~~condu~~rá feliz remate, sin que estos hechos hagan perder la serenidad, pues tienen ~~oc~~edentes en todos los tiempos, con la fortuna para los actuales de que la buena ~~o~~rganización de los servicios ha permitido descubrirlos y frustrarlos”.

Quando la Embajada española en París hizo público dicho comunicado, esta-

ba perfectamente al corriente de la estancia de Durruti y sus amigos en Sudamérica. Al denunciarlos, sin nombrarlos en su comunicado, como presuntos autores del supuesto atentado buscaba, naturalmente, preparar el camino a la demanda de extradición de los cuatro encartados en el proceso por concepto de delito común, que iba a presentar el Gobierno español. Pero Quiñones de León, el embajador español, tenía sus dudas en cuanto al éxito de la demanda. El régimen español gozaba en Francia de muy pocos partidarios, y si el Gobierno francés accedió a la demanda española de hacer una *razzia* entre los refugiados, no lo hizo sin ciertos escrúpulos. Con tales precedentes, y dadas las afinidades existentes entre los regímenes políticos de España y Argentina, el embajador español debió conferenciar con el de la Argentina, Alvarez de Toledo, para que su país, con más posibilidades de éxito, iniciara también gestiones de extradición para los cuatro anarquistas españoles. Así, tan pronto como Argentina tuvo noticias de la detención de Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Gregorio Jover —y, no sabemos por qué razón, se les unía José Alamarcha— pidió a París informes sobre los detenidos. París contestó que Durruti, Ascaso y Jover habían llegado a Francia el 30 de abril, desembarcando en Cherburgo, y llevando pasaportes uruguayos extendidos por el consulado de este país en Buenos Aires a nombre de Roberto Coteló para Durruti, Salvador Arévalo para Ascaso y Luis Victorio Rejeto para Jover.

Roberto Coteló era un veterano anarquista muy destacado en la Argentina y Uruguay, militaba en la Alianza Libertaria Argentina y era una de las plumas más firmes de *El Libertario*. Los otros dos nombres correspondían también a dos conocidos anarquistas. De los tres anarquistas, al único que pudo detener en Buenos Aires la policía argentina fue a Roberto Coteló, el cual, cuando fue interrogado sobre la cuestión de su pasaporte, declaró que, efectivamente, el 1 de abril obtuvo un pasaporte uruguayo a su nombre en el consulado de su país en Buenos Aires, pero que horas después lo perdió, posiblemente porque se le cayera del bolsillo. Una explicación tan ingenua indignó a la policía. Esta amenazó a Coteló de que si no decía la verdad, él iba a pagar todos los platos rotos por Durruti y sus amigos en Argentina. Coteló se mantuvo en su declaración y, después de diversos interrogatorios y dos meses de reclusión, el juez, falto de pruebas, tuvo que ponerlo en libertad. La prensa del país no era ajena a la determinación del juez, pues haciendo resaltar las declaraciones contradictorias de la policía, había deducido que la cuestión Durruti-Coteló era un complot urdido por la policía contra el anarquismo argentino.

No obstante, y en contra de la opinión pública, la policía argentina continuó manteniendo su idea de lograr la extradición de Durruti y sus amigos. Altos jefes de la policía presionaron sobre el Presidente de la República, doctor Alvear, con el propósito de que éste ejerciera su influencia personal sobre los medios oficiales franceses, aprovechando sus viejas y estrechas relaciones en París. El presidente accedió, y la policía, considerando que la cosa era ya cuestión de poco tiempo, envió a París a tres de sus mejores hombres para que abreviaran los trámites. Los nombres de esos tres policías eran: Fernando Baza, Romero y Carrasco.

Hemos señalado la acción de la prensa argentina denunciando el complot

policíaco contra el anarquismo argentino, pero hemos de aclarar que no se trataba simplemente de la prensa anarquista, sino también la llamada “sensacionalista”. Por ejemplo, el diario *Crítica* escribía el 7 de julio de 1926 lo siguiente, cuando Coteló se encontraba preso en la Brigada Social: “No podemos dar crédito a los extraordinarios rumores propagados por la policía. Ese pretendido complot no puede ser otra cosa que una maquinación policíaca, resultado de las misteriosas entrevistas que se han celebrado estos últimos días”. Y más adelante, añadía: “Así podemos descubrir los hilos de la trama que debía conducir a la detención de hombres conocidos por sus ideas avanzadas”.

“El jefe de policía —continúa el diario argentino— ha declarado a la prensa: Vista la ausencia de pruebas, es probable que el Gobierno francés no autorice la extradición; pero en razón de las buenas relaciones que le une a nuestro Gobierno, es seguro que terminará por acceder a nuestra petición, porque puede estar seguro que nosotros estamos dispuestos a la recíproca”. La cuestión no puede ser más clara: la policía carecía de pruebas materiales para demostrar que Durruti y sus amigos eran los autores del asalto al Banco de San Martín, pero esa carencia de pruebas sería *peccata minuta*, que se podría justificar por las razones de Estado expuestas, entregando a Buenos Aires los tres anarquistas citados.

El día 8, los diarios *Crítica* y *La República*, en términos más o menos parecidos, vuelven a plantear el tema. El primero escribe: “Dando crédito a los comunicados de la policía, era obligado pensar que ésta debía tener pruebas acusatorias contra Roberto Coteló y Jaime Rotger, administrador de *El Libertario*, así como del conocido militante libertario Dadivorich, tendentes a demostrar su complicidad en robos a mano armada. Pero la inusitada actividad de la policía prueba que ésta ni tiene pruebas contra los detenidos, ni conoce a los autores de los robos a mano armada (...). Esas maniobras eran tan visibles, que Rotger y Coteló han tenido que ser puestos en libertad”. Efectivamente, así fue; pero luego fueron detenidos de nuevo y soltados para ser detenidos otra vez. Los jueces, presionados por la opinión pública, hubieron de intervenir y poner fin a tantas idas y venidas de Coteló y Rotger.

En París, las cosas siguieron el trámite normal de las leyes. Los detenidos Ascaso, Durruti y Jover nombraron sus respectivos abogados, y una vez sustanciada la causa, ésta fue vista en la Sala 11 del Palacio de Justicia, el 7 de octubre de 1926. En *Le Libertaire* del día 15 de octubre se dio detalles de lo que fue aquel proceso:

“El jueves, día 7 de octubre de 1926, comparecieron nuestros compañeros españoles Durruti, Ascaso y Jover ante la Sala Correccional número 11, bajo las siguientes inculpaciones: Ascaso, por armas prohibidas, uso de pasaporte falso y rebelión; Durruti, por llevar armas prohibidas y uso de pasaporte falso; y Jover, por uso de falso pasaporte.

“Numerosos compañeros estaban interesados en asistir a ese juicio para mostrar, con su presencia, su solidaridad con los procesados, pero la parte de la sala reservada al público, por orden de la Prefectura, había sido ocupada de antemano por una banda de confidentes. Nuestros compañeros hubieron de quedar en los pasillos por falta de lugar en la sala.

“La actitud de los procesados fue digna, serena y enérgica. Durruti, en nombre de sus compañeros, debido a su buen francés, declaró que, de no haber sido detenidos en vísperas de la llegada de Alfonso XIII a París, tenían propuesto seguir al rey en su viaje de regreso a España y raptarlo en la frontera, manteniendo el secuestro durante un tiempo para hacer correr el rumor de su muerte y provocar, por ese acto, la revolución en España.

“Francamente, los procesados han reconocido haber comprado un cierto número de armas (carabinas y pistolas automáticas), y haber utilizado pasaporte falso.

“Nosotros —han declarado— somos revolucionarios españoles. Nos hemos exiliado a causa del odioso régimen que Alfonso XIII y Primo de Rivera han impuesto a nuestro país; por tanto somos unos proscritos, pero no hemos renunciado a volver a España.

“Nuestros compañeros de trabajo —continúan diciendo—, nuestros hermanos de ideas, siguen allí soportando la persecución más dura y tenaz que régimen alguno haya impuesto a la clase obrera. Su más ardiente deseo es liberarse de ese régimen opresivo. Tal afán coincide con el nuestro y, por ello, declaramos, a sabiendas de la responsabilidad en que incurrimos, que no cesaremos en nuestra acción hasta hacer caer dicho régimen dictatorial. También estamos convencidos de que nos encontramos muy próximos a alcanzar ese objetivo. Podemos asegurar que en España, en estos momentos, salvo la camarilla que apoya al Gobierno, la inmensa mayoría del país está contra la dictadura de Primo de Rivera. La irritación es profunda y la insurrección armada puede producirse de un momento a otro. Las armas que nosotros hemos comprado estaban destinadas a sostener y defender hasta la muerte al movimiento revolucionario de nuestro país. En cuanto a los falsos pasaportes utilizados declararon: ¿Que cómo podíamos lograr nuestro fin, sin esquivar la tupida red de confidentes que mantiene el Gobierno español en Francia? Era, pues, prudencia elemental, utilizar nombre falso. Y no importaba quién de nosotros recurriera a ese procedimiento ante una necesidad similar”.

Y el cronista de *Le Libertaire*, Severino Ferrandel, prosigue: “La policía francesa que había procedido a la detención de nuestros compañeros compareció también para declarar en el proceso. En sus declaraciones ha intentado presentar a los acusados como elementos muy peligrosos, pero no convencieron a nadie. Apremiados por las preguntas de los abogados defensores, tuvieron que reconocer que el nombre de los inculcados les había sido indicado por la Embajada española, señalándose que se trataba de “anarquistas muy peligrosos y recalcitrantes bandidos”. Agregaron que todos los datos que poseían sobre los detenidos les habían sido facilitados por la misma fuente, es decir, la Embajada española.

“La defensa de nuestros compañeros estaba asegurada por los abogados Henry Torres y Barthon, asistidos por sus secretarios, señores Joly y Garçon”.

Sobria pero precisa y emotiva fue la intervención de la defensa: “Señores del Tribunal, tengo el honor —declaró Barthon—, junto con mis compañeros, de asegurar la defensa de hombres que representan el polo más avanzado de la oposición española...” Esta exposición, ante un servicio de orden desplegado en la

Audiencia y reforzado en condiciones sin precedentes —quedando de esta forma investido el Palacio de Justicia de una guardia armada como para entrar en combate, aunque no impresionara en nada a los procesados Durruti, Ascaso y Jover—, ofrecía el aspecto de que algo solemne y grandioso estaba ocurriendo ¹⁶¹.

Ascaso fue condenado a seis meses de prisión, Durruti a tres meses y Gregorio Jover a dos meses de cárcel.

De los tres condenados, el único que debía quedar encarcelado era Francisco Ascaso, que no terminaba su condena hasta el 25 de diciembre. En cambio, Durruti y Jover excedían el tiempo de condena por los días pasados en reclusión preventiva. ¿Qué iba a suceder? Lo que ocurrió fue que el Gobierno francés retuvo la demanda de extradición formulada por Argentina y España, para finalmente acordarla al primero de estos países.

De lo que se trataba, para los abogados y los procesados, era de impedir que la policía de París, ante la ausencia de ley sobre extradiciones por aquel entonces en la jurisprudencia francesa, pudiera usar la facultad de entregarlos a Argentina o a España cuando quisiera. Uno de los recursos jurídicos era no estar conforme con el fallo del Tribunal y apelar al Supremo para, mientras tanto, ganar tiempo e impedir que la policía obrase por su cuenta. Elevada la instancia al Supremo, y visto que Durruti y Jover habían cumplido ya su condena en La Santé, fueron trasladados al Dépôt de la Conciergerie del Palacio de Justicia. Mientras tanto, Ascaso cumpliría el resto de la pena en La Santé.

Le Libertaire terminaba su crónica apelando a la movilización general para impedir la extradición: “Ahora, de lo que se trata —decía— es de intervenir enérgicamente para que la opinión pública, informada sobre las maquinaciones urdidas por la policía argentina y española, impida a la magistratura francesa de Estado el derecho a la demanda de extradición de esos países” ¹⁶². Dicho en otros términos: no se trataba de ver si Durruti y sus compañeros eran inocentes o no de los hechos que se exhibían contra ellos, ya que tales hechos no tenían nada de comunes; sino al contrario, como ellos mismos habían declarado, cabía tener en cuenta que los hechos entraban dentro de las actividades revolucionarias y, por ende, eran actos políticos sobre los que no podía pesar extradición alguna según el derecho público.

De todas las peripecias que pasaron desde el 7 de octubre al 17 de diciembre de 1926, Durruti nos da cuenta en una carta que escribió aquel día a sus familiares: “Fui condenado a tres meses. El día 8 de octubre firmé mi libertad en La Santé, pero como el Gobierno español me reclama, la policía francesa ordenó que me llevaran a la Prefectura, o sea, al Palacio de Justicia, que es donde me encuentro, no como prisionero, sino retenido por la policía internacional.

“En La Santé no se trabajaba tampoco. Los trabajos forzados los hacen aquellos que son condenados a más de seis meses y por asuntos más graves que el mío.

¹⁶¹ Henry Torres, *Accuses hors série*, Ed. Gallimard, Paris, 1957.

¹⁶² *Le Libertaire*, 15 de octubre de 1926.

Aquí, en el Palacio de Justicia, no hacen trabajar a nadie y menos a los que estamos reclamados por un país extranjero, ya que con nosotros nada tiene que ver la justicia francesa. De manera que ya veis que esos señores del *Diario de León* o los de *La Democracia* no están enterados de nada.

“Cuando estaba en La Santé no me dejaron escribir en español porque decían que el juez no me autorizaba. Ahora, como veis, ya me permiten escribir en español y ésta es la prueba más palpable de que no estoy en los trabajos forzados que esos tontos de periodistas dicen.

“Todo eso que escriben es para hacer ver que estoy condenado por el Gobierno francés a una de las penas más severas. Pero vosotros podéis reiros de ellos, ya que no merecen otra cosa que el desprecio.

“De la confirmación de los tres meses de cárcel no tenéis que hacer caso, porque todo esto no es otra cosa que una combinación entre el abogado y yo, para que, en caso de que la policía quisiera llevarme a España, no podría en tanto que termine de pagar mi pena en Francia. Además, he apelado al Supremo por la cuestión de la pena de tres meses, por lo que otra vez pasaré ante el tribunal. Todos estos trámites son necesarios para ganar tiempo y contrarrestar las presiones que hacen los gobiernos extranjeros para lograr nuestra extradición. Os digo todo esto para que madre se tranquilice y que no haga caso de todo cuanto escriban esos idiotas de periodistas.

“Del recorte de periódico que me mandáis saco en conclusión lo que yo ya suponía, y es que nuestro juicio fue muy escandaloso.

“Todas las intervenciones y acusaciones en el juicio giraron alrededor del rey de España, y ya os podréis dar una idea de lo que fue. Para qué, pues, contároslo”.

“Con relación a la pregunta que padre hace sobre el tiempo que me queda de cárcel, he de decirle que yo ya he terminado con la policía francesa, pero queda aún la cuestión de América, que espero no tardará en arreglarse.

“Los compañeros están trabajando mucho, apoyados por los abogados y la Liga de los Derechos del Hombre. El martes, día 14 de diciembre, celebraron un mitin pidiendo nuestra libertad. Se nos confirma que se celebrarán otros, caso de que no se nos deje libres.

“En Buenos Aires los compañeros están haciendo también cuanto pueden para impedir que se nos lleve allí.

“De España no quiero deciros nada, pues vosotros estáis mejor informados que yo. De mi vida aquí, en la Prefectura, poco puedo contaros: paso el tiempo leyendo, pintando o escribiendo. Todas las semanas vienen a verme dos veces y los domingos me traen la ropa limpia y dinero para que coma del restaurante.

“Ya veis que aquí pasa todo al revés de lo que ahí se cuenta. Para leer no me falta lectura, pues aquí hay una biblioteca y me dan los libros que pido. Hay algunos escritos en español, pero ya los he leído todos.

“El director me ha autorizado a comprar revistas ilustradas, que me trae una mujer que está encargada de los pedidos de los detenidos.

“Las revistas ilustradas es lo único que dejan entrar. Los periódicos están prohibidos.

Rosa dice que Benedicto no me escribe porque le da vergüenza, pero que se

acuerda de mí. Yo no hago distinción entre mis hermanos, ya que me acuerdo de todos ellos, escriban o no me escriban.

“Perico me dice que me manda cuatro líneas para consolar mis penas. ¡Gracias, Perico! Te agradezco tus consuelos. Pero a esto he de decirte una cosa: mis penas las soporto yo con mis ideales, que son más fuertes que todas estas bajezas humanas.

“Mis ideas son profundas. Ellas han nacido en el seno de esta sociedad injusta. Ellas representan el amor y la libertad. Ellas son sólidas como el acero. Y ellas son las que me consuelan, porque tengo la convicción de que son buenas. Así es, querido Perico, que no tengas pena por mí, que no soy ningún desgraciado. Esta cadena que me impide ser libre está podrida y no podrá retenerme por mucho tiempo.

“Espero tu carta en francés. Dime cómo vas con tu mecánica y te recomiendo te apliques en su estudio, pues cuando seas mayor te será de mucha utilidad. Clateo me dice que lamenta que no pueda pasar las Navidades en vuestra compañía. Yo también lo siento, Clateo, pero no por ello hay que apurarse. No soy yo sólo quien las pasará en la prisión. Hay muchos más. ¡Y cuántos pobres no tendrán ese día qué comer ni dónde dormir! Así está formada esta sociedad: los unos mucho y los otros nada.

“Las Navidades son tan sólo para los ricos, que la celebran con el sudor del trabajador y hacen que ese día se convierta en champaña, y las risas de aquéllos en llantos en el hogar de los desheredados. Las juergas de los ricos son hijas de las miserias de los pobres. Pero esto pronto terminará. La revolución pondrá fin a este desorden social...”¹⁶³.

163 Carta de Durruti a su hermana Rosa fechada en la Conciergerie, el 17 de diciembre de 1926. Archivo particular. Lo que Durruti ignoraba era que las presiones del Gobierno español eran muy fuertes sobre el Gobierno francés, y que para apoyarlas había inventado “el descubrimiento en España de una organización anarquista de carácter internacional, la cual pensaba atentar contra Primo de Rivera, Poincaré y Mussolini. Para Primo de Rivera se había fijado como fecha la del entierro del Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, señor Tornos”. (*La Vanguardia*, Barcelona, 2 de diciembre de 1926.) Este complot fue el que se conoció como el de “Vallecas”, y en el mismo fueron implicados Aurelio Fernández y el propio García Oliver, aunque este último se encontrara preso en el penal de Burgos.

CAPÍTULO XVI

El Comité Internacional de Defensa Anarquista

Al principio, el Comité Internacional de Defensa Anarquista se constituyó en París para organizar la defensa de Sacco y Vanzetti; pero como el nombre era demasiado general, se creó el Comité Pro-Libertad Sacco-Vanzetti. Muy pronto, el Comité Internacional de Defensa Anarquista se justificó ampliamente por la persecución que sufría el anarquismo en Rusia por parte de los bolcheviques; en Italia, por Mussolini; y en España, por Primo de Rivera.

La defensa de Sacco y Vanzetti se sustentaba en el hecho de que eran víctimas del capitalismo norteamericano por sus actividades revolucionarias entre los medios exiliados italianos en Estados Unidos. Como la justicia "de clase" estadounidense no quería descubrirse como un instrumento de la clase dirigente, se pretendió sacar el proceso de su marco social y político y endosar a los anarquistas italianos el delito de robo a mano armada, manera más fácil de engañar a la opinión americana y mundial. Para desenmascarar esa hipocresía, fue por lo que se montó en París el Comité Pro-Libertad Sacco-Vanzetti, patrocinado por la Unión Anarco-Comunista (la UAC), bajo la dirección de Luis Lecoin y Severino Ferrandel, militantes ambos de dicha organización.

La cuestión de Ascaso, Durruti y Jover exigió a la UAC una nueva actividad, y el C. I. de D. A. creó otro Comité llamado Pro-Asilo Durruti-Ascaso-Jover. Con estos tres españoles se repetía el mismo asunto que con los italianos Sacco-Vanzetti: en forma similar, eran acusados por un delito común. Un problema grave se presentaba para los anarquistas franceses: defender o no defender a los anarquistas-"ilegalistas". El tema fue debatido en el seno de la Unión Anarco-Comunista francesa y sus resultados fueron más claros que la ambigua posición que sostenía *La Protesta* de Buenos Aires. El día 2 de abril de 1926, la UAC hacía pública su posición ante el "ilegalismo":

"Reunido el 28 de marzo de 1926, el C. I. ampliado de la UAC se declara, en cuanto a la cuestión de fondo de los artículos publicados recientemente por *Le Libéraire* sobre "el ilegalismo".

En principio, se afirma que el "ilegalismo" no es sinónimo de anarquismo. El anarquismo y el ilegalismo representan dos órdenes de ideas y de hechos completamente distintos, que sólo la insidiosa mala fe de los detractores del anarquismo trata de confundir con fáciles propósitos de discernir.

"Un acto de ilegalismo no es en sí mismo un acto de anarquismo: puede ser realizado por un individuo totalmente ignorante, incluso adversario de nuestras concepciones. Incluso consumado por un anarquista o por un individuo simpatizante del anarquismo, el gesto de "ilegalismo" no se transforma en un hecho directamente anarquista por las causas que lo determinan y el espíritu que lo

anima, ni por las circunstancias que lo generan, ni por el uso que su autor hace del beneficio material de su acto.

“El C. I. ampliado constata que en Francia la práctica del “ilegalismo” no ha contribuido *materialmente* más que en una débil medida en el sostenimiento de las obras de propaganda anarquista; que, moralmente, ha perjudicado sobremanera a nuestro ideal; y que, hechas las cuentas, ha sido, en su conjunto, más perjudicial que útil a la expansión y difusión de nuestras ideas.

“Lejos de nosotros el propósito de lanzar a los compañeros por las vías del “ilegalismo”, el C.I. ampliado llama la atención, particularmente de los jóvenes, sobre las consecuencias materiales y morales que el “ilegalismo” comporta:

“1. Casi siempre, quien rechazando trabajar para un patrón recurre al “ilegalismo” como medio de vida y de liberación, paga, tarde o temprano con la cárcel, la deportación o la muerte violenta por su acción. Hecha esta constatación, podemos concluir que, desde el punto de vista individual, el “ilegalismo”, lejos de permitir al individuo “vivir su vida”, le conduce casi siempre al sacrificio de ella.

“2. Casi siempre, también, el “ilegalismo”, incluso el llamado anarquista, resbala poco a poco por la pendiente fácil que conduce al “aburguesamiento”, y, lentamente, transforma a su practicante en un explotador y en un parásito.

“3. El compañero que vive del “ilegalismo” se sitúa en la obligación de renunciar a toda propaganda activa, y al alejamiento, a la larga, de todo trabajo productivo, despreciándolo y tomándole asco, de manera que llega —no produciendo nada él mismo— a vivir de la explotación del trabajo de otro, lo que es la forma, en cierta manera, “clásica” del régimen capitalista.

“Estas declaraciones, hechas con relación al “ilegalismo”, dejan netamente expresada la posición del C. I. ampliado, el cual siente la necesidad, y hace de ella un deber de añadir que: a pesar de lo dicho, no reprueba de manera absoluta y sin excepción el “ilegalismo”:

“1. De un lado, acuerda su simpatía por los trabajadores que, reducidos al insuficiente salario que les es asignado, practican medios ilegales (inútil entrar en detalles, puesto que esto es asunto de cada uno: la posibilidad de vivir, de alimentar a su familia y de secundar la propaganda anarquista si le es querida).

“2. De otra parte, aprueba, más aún, él no duda en glorificar el “ilegalismo” practicado por ciertas personas que, de una manera desinteresada y por los propósitos de la propaganda (tales como los Pini, los Duval, los Ravachol y buen número de nuestros camaradas extranjeros, particularmente españoles, italianos, rusos, etc.) asaltan a las Bancas, a las compañías de transportes, a las grandes firmas industriales y comerciales, a los riquísimos capitalistas, y, después de haber practicado contra esos capitalistas lo que nosotros llamamos la expropiación individual (preludio de la expropiación colectiva y, a la vez, la restitución parcial, introducción a la restitución total), en lugar de guardárselo para ellos y transformarse así en parásitos, inmediatamente de consumadas las acciones, los beneficios de sus actos expropiadores son consagrados a la propaganda.

“Para concluir, los camaradas del C. I. ampliado de la UAC, fieles a la actitud tomada siempre por los anteriores camaradas, declaran que cuando *Le Libertaire* habla de “honestidad” y de “trabajo”, ellos no dan a esas expresiones el significa-

do que les atribuyen el espíritu burgués y la moral oficial.

“Los compañeros se comprometen a no exaltar la conducta de los que la moral oficial y la mentalidad burguesa califican de “honestos trabajadores”, porque éstos se hallan impregnados del respeto a la propiedad; y porque ellos aceptan, sumisos y pasivos, la condición que les imponen. Esos trabajadores no pueden ser considerados como anarquistas, sino todo lo contrario, por mostrarse respetuosos con las reglas de conducta que la moral burguesa asigna al mundo del trabajo.

“Los anarquistas rechazan y combaten ese género de “honestidad”, porque representa el sometimiento a la iniquidad social de que es víctima la clase productora.

“Los anarquistas preconizan, estimulan y tienen el deber de practicar otra forma de honestidad: la que inspira a la clase obrera el sentimiento y la pasión revolucionaria, cuya explosión, preparada en las conciencias y en la voluntad por nuestra infatigable propaganda, conducirá un día a la Revolución Social, liberará al hombre del trabajo y sobre el libre acuerdo se instaurará una sociedad compuesta de individuos libres, iguales y fraternales, en donde el “ilegalismo” ya no tendrá razón de existir, porque, suprimido el Estado y el capital, ya no habrá más leyes”.

Esta resolución llevaba las firmas de “Sebastián Faure, Duquelzar (Federación del Norte), Le Meillour, Pedro Odeon, Luis Lecoin, L. Oreal, Marchal, Champrenoft, Jeanne Gavard, J. Girardin, Even, G. Bastien, Chazoff, Bouche, Broussel, F. Maldes, Darras, Lacroix, Delecourt y Lily Ferré ¹⁶⁴”.

A la vista de lo expuesto, nos parece claro el sentido que se daba a la “inocencia” de Sacco-Vanzetti. También nos parecerá clara la insistencia de Lecoin sobre la “inocencia” de Durruti, Ascaso y Jover. *Le Libertaire*, contrariamente a *La Protesta*, no se escudaba en el término burgués de “la honestidad”, sino que reivindicaba el derecho y la obligación a la revuelta.

“Una noche de octubre de 1926 —escribía Lecoin—, al entrar en mi casa encontré un telegrama que me reclamaba con urgencia al domicilio de la Unión Anarquista.

“Cuando llegué allí ya se encontraban varios militantes presentes: Sebastián Faure, Ferrandel y otros, todos ellos conmocionados: Sacco y Vanzetti se encontraban en peligro de ser electrocutados. Un telegrama llegado de América nos pedía que entráramos inmediatamente en acción.

“¿Qué íbamos a hacer? ¿Qué podíamos intentar que ya no hubiéramos intentado? Un compañero propuso que nos preparáramos a enterrarlos dignamente, vengándolos.

“Que yo sepa —repuse—, aún no están muertos. Y puesto que están vivos —proseguí—, estudiemos los medios prácticos, susceptibles de salvarles. Hasta ahora, y durante cinco años, no hemos convencido de su inocencia nada más que a los que podían ser convencidos. Bajo esos dos nombres, y en torno a ellos, hemos hecho una campaña revolucionaria en vez de una acción salvadora. ¿Por

164. *Le Libertaire*, 2 de abril de 1936.

qué la burguesía liberal, la CGT y el Partido Socialista no se unen a nosotros para pedir la libertad de Sacco y Vanzetti?

“—¿Quién se lo impide?— me preguntaron.

“—Nadie, seguramente, a no ser nuestra torpe manera de actuar. Unamos nosotros a los rezagados, llamando a sus puertas. No se trata de realizar una campaña anarquista, sino de arrancar de la silla eléctrica a dos anarquistas... Se trata de eso y nada más. Y nuestro papel es el de convencer al mundo entero de que, en este caso, tiene que pronunciarse.

“Si no alcancé otra cosa, al menos convencí a mis compañeros, los cuales me encargaron de que me ocupase de organizar todos los contactos necesarios, dándome con ello carta blanca para que, en nombre del Comité Sacco-Vanzetti extendiera una amplia campaña.

“Ferrandel, gran muchacho, de sabrosa habla meridional, me tomó aparte y me dijo:

“—Es igualmente indispensable que te encargues de la defensa de Ascaso, Durruti y Jover”¹⁶⁵.

¹⁶⁵ Luis Lecoin, *Le cours d'une vie*, Ed. Liberté, París, 1966.

CAPÍTULO XVII

La Unión Anarquista y el Gobierno francés de Poincaré

Lo que se encargaba a Luis Lecoin era nada menos que derrotar a Poincaré en su política internacional. El ministro de Justicia de ese Gobierno era Barthou, un fiel servidor de la burguesía. El de Relaciones Exteriores, el veterano socialista Aristides Briand. Ese Gobierno se llamaba a sí mismo el “bloque de las izquierdas”, y bajo ese título había ganado las elecciones el 4 de mayo de 1924, frente “al bloque de derechas”. Los socialistas contaban en la Asamblea Nacional con una fuerte representación, siendo el presidente de la misma el radical-socialista Eduardo Herriot. En concreto, un Gobierno de izquierdas que seguía haciendo la política del bloque de las derechas, tanto en su aspecto internacional como en el nacional. Para convencerse de ello, bastaba ver la conducta que seguía en Marruecos, colaborando con Alfonso XIII para exterminar a los guerrilleros de Abd-el-Krim. La coronación de esa política de entente con España fue el recibimiento otorgado en junio a Alfonso XIII y a su dictador Miguel Primo de Rivera. Y como broche final, el acuerdo a la extradición de Durruti, Ascaso y Jover, el día 26 de octubre de 1926. Muchas, muchísimas razones de Estado y muy poderosas debían existir para que el Gobierno francés de izquierdas estuviera dispuesto a afrontar la ira de su electorado, dando satisfacción a Alfonso XIII, vía Buenos Aires.

¿Por dónde empezar a romper el fuego? Lecoin creyó que lo más importante para obtener buenos resultados era comprometer a la Liga de los Derechos del Hombre y, a tal fin, se entrevistó con la anciana señora Severine, la que en diversas ocasiones había salido en defensa de los españoles y denunciado el despotismo de Alfonso XIII y su régimen. Como era de esperar, también en esta ocasión la señora Severine mostró una vez más su solidaridad con la clase obrera española, y prometió a Lecoin abrirle la puerta de la Liga de los Derechos del Hombre. Pero mientras llegaba ese momento, el Comité de Asilo inició su campaña pro Durruti, Ascaso y Jover, con un mitin que celebró el día 25 de octubre, a las 20 horas, en “Les Sociétés Savantes de Paras”. Los oradores de dicho mitin fueron: Cané, por el Comité de Defensa Social; Huart, por la UFSA.; Henry Berthon, como abogado defensor del trío español; Pioch, escritor; Sebastián Faure, por el C.I. de D.A.; y un delegado español de la Liga de los Derechos del Hombre.

El mitin fue un éxito, y los diarios de París lo comentaron ampliamente. La campaña prometía ser movida, a la vista de los textos que publicaba la prensa francesa, de la cual sobresalían *Le Populaire*, *L'Oeuvre*, *Era Nouvelle*, *Le Quotidien*, e incluso *L'Humanité*.

Entretanto, Lecoin, con una recomendación de la señora Severine, visitó a la señora Doran Mesnard, quien a su vez debía presentarlo al presidente de la Liga,

señor Victor Basch. La entrevista entre Victor Basch y Luis Lecoin fue un desastre. El ministro de Justicia, Barthou, había prevenido ya al presidente de "La Liga" sobre lo peligroso que era mezclar a ésta en un asunto de delito común. Prevenido como estaba, Victor Basch le dijo a Lecoin, durante la conversación mantenida entre ambos, que era inútil su insistencia; que sus defendidos eran culpables y que "La Liga" no podía intervenir en defensas de ese tipo. Lecoin, sin guardar ninguna clase de consideraciones de trato, se despachó a su gusto ante el Presidente de "La Liga" y abandonó el local de mala manera, considerándose fracasado en su gestión.

Sin embargo, en la tarde de aquel mismo día, Lecoin tuvo una llamada telefónica del secretario de "La Liga", señor Guernut, el cual le pedía que le presentara un "dossier" completo sobre el caso de los españoles detenidos. ¿Qué había pasado, entretanto, para que Victor Basch cambiara de parecer? No cabe pensar en otra cosa que en la intervención de Severine o, más directamente, de la señora Dorian Mesnard; pero, como sea, el caso era que "La Liga" —se dijo Lecoin— iba a movilizarse y se comprometería en el asunto. Puertas que hasta entonces eran difíciles de abrir, se abrían de par en par ¹⁶⁶. No obstante, la capitulación de Poincaré no iba a ser cosa fácil.

El 5 de noviembre de 1926, *Le Libertaire* insiste sobre la actitud del Gobierno francés en mantener su palabra de entregar a Durruti y sus amigos a la policía argentina. En uno de los comentarios se preguntaba: "¿Será posible que ose enviarlos a la muerte?". El día 12 de noviembre, el mismo periódico anuncia otro mitin de protesta en "Les Sociétés Savantes" para el día 15, en el cual hablarían Sebastián Faure y el escritor Han Ryner; y se agrega: "Jover, Alamarcha, Durruti y Ascaso van a ser entregados de un momento a otro al Gobierno argentino. Obreros de París, impidamos esa extradición!"

En el citado número se publica un comunicado de "La Liga" de los Derechos del Hombre protestando contra la extradición y, al mismo tiempo, se añade una carta enviada por Ascaso y Durruti a la Unión Anarquista, fechada en el Dépôt de la Prefectura de Policía el 7 de noviembre de 1926. En dicha carta, ambos decían:

"Queridos compañeros: Incluso si estuviera probado que hemos atentado contra la vida de Alfonso XIII, con la esperanza de que su desaparición conduciría a un cambio político en España, ¿sería ésa una razón suficiente para que la Francia republicana tomara partido por nuestros enemigos, librándonos a su venganza de clase, bajo odiosos pretextos y mentiras?

"Y, por tanto, es eso lo que ocurre, puesto que hemos sido avisados oficialmente de que seremos entregados a la policía argentina.

"Si esta noticia nos sorprende, no por ello decae nuestro ánimo, porque hace ya mucho tiempo que hemos ofrecido a nuestra hermosa y justa causa el sacrificio de nuestras existencias.

"Lamentamos el proceder canallésco que se emplea para con nosotros, acu-

sándonos de hechos de los cuales no somos autores; sin embargo, estamos dispuestos a sufrir la venganza de los gobiernos argentino y español.

“Pero nuestro compañero Jover es padre de dos hijos: uno de tres años y otro de dieciocho meses, a los que ama profundamente. Y es importante que Jover no sea separado de sus hijos, a causa de su envío al garrote o a la cárcel en perpetuidad.

“Esperamos que el Gobierno republicano francés, que tan fácilmente nos sacrifica a la tiranía española, reflexione bien antes de dejar huérfanos a los hijos de Jover.

“Que se aplique la extradición a nosotros, ¡sea!, pero para Jover pedimos que una investigación sea abierta y que la justicia se pronuncie fuera de todas las consideraciones de política internacional.

“Fraternalmente vuestros: F. Ascaso y B. Durruti” 167.

Sobre el presente escrito, *Le Libéraire* comentaba:

“No sabemos el efecto que esta carta pudo producir en los medios gubernamentales. Seguramente, ninguno favorable a ablandar “la razón de Estado”. Sin embargo, el secretario general de la CGT, Jouhaux, apremiado por una parte importante del proletariado francés enrolado en la citada organización sindical, se vio obligado a intervenir directamente sobre el Gobierno. Si las respuestas que los ministros Briand y Barthou dieron a Jouhaux fueron insatisfactorias, no obstante dejaron la puerta abierta a una revisión del proceso (...). Esto prueba que los ministros en cuestión no son insensibles a las protestas que de todos lados han llegado hasta ellos (...). Pero —añade *Le Libéraire*— las altas esferas de la policía francesa pueden alterar la situación y, para contentar a sus colegas de Argentina, quizá entreguen a Durruti y sus amigos sin esperar la decisión del Gobierno francés. Precisamente para evitar esto, el abogado Torres acaba de prevenirles que sus clientes, habiendo hecho apelación, confiaban en que la justicia francesa siguiera su curso normal” 168.

En la misma fecha que se dirigía a las autoridades judiciales francesas, Torres escribía al embajador argentino en París solicitándole una entrevista a la que asistirían varios abogados y diputados franceses. Asimismo, estos últimos formaban parte de la lista que estaba confeccionando Luis Lecoin, con el objetivo de reunir la mitad más uno de los representantes de la Asamblea Nacional y presentarla al jefe del Gobierno, con una explicación relativa al caso Durruti, Ascaso y Jover. Si Lecoin llegaba a reunir la cantidad propuesta de adhesiones, la consecuencia no podía ser otra que, o bien Poincaré daba satisfacción a la interpelación, o, por el contrario, tendría que dimitir. En cualquiera de los dos casos, el antiparlamentarista Lecoin derrotaba a Poincaré.

Para el Gobierno francés, la situación era grave; y tanto más porque sufría presiones directas por vía diplomática de España, cuyo Gobierno deseaba, de una

167. *Le Libéraire*, 12 de noviembre de 1926.

168. *Idem*.

manera o de otra, que Durruti, Ascaso y Jover sufrieran la extradición, sea vía España, o sea vía Argentina. Para el caso era lo mismo, puesto que los gobernantes españoles esperaban obtener sus presas de la mano de las autoridades argentinas. Pero si el Gobierno francés accedía, hacía mofa de los Derechos del Hombre, sostén de la propia República francesa, enfrentándose, además, a la imprevisible reacción del proletariado francés, a la sazón bien informado ya sobre el caso. ¿Cómo salir de tal atolladero? La solución que se encontró fue entregar en secreto al Gobierno español a uno de los cuatro encartados: a José Alamarcha. Y esta entrega, de no haber sido denunciada por *Le Libertaire*, posiblemente hubiera quedado en la oscuridad del silencio. El periódico, entre otras cosas, decía:

“Cuando nos enteramos de que el Gobierno francés se negaba a entregar a Ascaso, Durruti y Jover, dedujimos que José Alamarcha, contra el cual ningún cargo serio se mantuvo, y que además era el menos “culpable” de los cuatro, estaba salvado y que, contra él, a lo sumo, sólo se podía aplicar una medida de expulsión.

“Pero he aquí que, hace ocho días, sus carceleros sacaron a Alamarcha de su celda, so pretexto de enviarlo a la frontera belga. Y ahora acabamos de enterarnos de que Alamarcha ha sido entregado a la policía española.

“¡Vergüenza para el Gobierno francés, que se ha arrodillado ante el dictador español!

“¡Vergüenza para los falsos republicanos del Ministerio de Poincaré, que para complacer al sanguinario macaco Alfonso XIII envían un inocente al garrote!

“Ahora temblamos por Ascaso, Durruti y Jover. Ya no podemos fiarnos de las promesas que se nos han hecho... ¡Compañeros revolucionarios, salvad vosotros mismos a los vuestros! ¡Acudid todos al mitin del 30 de noviembre de 1926!”¹⁶⁹.

Días más tarde, el 3 de diciembre de 1926, se leía la siguiente nota en *Le Libertaire*:

“El Gobierno francés acaba de hacer saber al secretario general de “La Liga” de los Derechos del Hombre que, en efecto, la justicia argentina no sostiene ya que las huellas digitales que ella había comunicado a la justicia francesa correspondían a huellas tomadas en Argentina sobre los lugares de los atentados. La justicia argentina reconoce que las mencionadas huellas dactilares le habían sido suministradas por un Gobierno extranjero.

“¿Qué espera el Gobierno francés para poner en libertad a sus tres rehenes? ¿Es posible que siga tergiversando y manteniendo en prisión, sin razón alguna, simplemente por razones de amor propio, a hombres que por su coraje y energía moral se elevan por encima de nuestra pobre humanidad?”

Pese a todo, la maquinaria judicial seguía su curso. Francia mantenía válida su resolución del 26 de octubre; pero de hecho no se atrevía a entregar a la policía argentina, que aguardaba en París, a los tres detenidos que se consumían en el Dépôt de la Conciergerie.

En la calle, la Unión Anarquista continuaba organizando asambleas obreras

¹⁶⁹ Idem, 26 de noviembre de 1924.

para galvanizar a la opinión, añadiendo a la protesta contra Estados Unidos por la ejecución que se proponía de Sacco y Vanzetti, la protesta en pro de los tres españoles. La campaña era fuerte y dura. La prensa de izquierdas colaboraba en ella, pero el peso principal lo sostenía el Comité Internacional de Defensa Anarquista, realmente los únicos verdaderamente interesados en arrancar a los respectivos Gobiernos las vidas de los cinco anarquistas.

En *Le Libertaire* del 10 de diciembre, a la vez que se anuncia otro mitin para el 14 de diciembre y se inserta una carta de los anarquistas argentinos sobre la misma, el diario comenta lo que sigue:

“Los amigos de Argentina nos escriben que ellos realizan en su país la misma campaña que nosotros en Francia. Y nos señalan que si por desgracia Ascaso, Durruti y Jover fueran entregados a la policía argentina, ésta se vengaría en ellos de todos los actos terroristas que los anarquistas argentinos han realizado durante estos últimos tiempos.

“No hay que olvidar —añaden— que en las altas esferas policíacas argentinas no se perdona a los libertarios la muerte del jefe superior de Policía”.

El 21 de noviembre de 1926, el diario vespertino *Crítica*, de Buenos Aires, resaltaba las contradicciones de la actitud francesa, exponiendo que la propia policía argentina había formulado la demanda de extradición como una cosa rutinaria, sin pensar jamás que Francia pudiera darle crédito. Y añadía:

“Pero lo impensable se produce cuando en verdad esa demanda de extradición debía haber sido rechazada, porque no había contra los acusados nada más que muy vagas presunciones. En efecto, contra ellos no existe más que la afirmación vaga de un testimonio: el chófer que los había reconocido a la vista de la fotografía.

“Además, los anarquistas no son bandidos. En diversas ocasiones, las policías argentina y francesa han afirmado que Durruti, Ascaso y Jover eran militantes anarquistas. Y si realmente son anarquistas, declaraba un alto jefe de Seguridad de nuestro país, ellos no pueden haber participado en atentados de derecho común.

“En efecto, los revolucionarios no llevan a cabo esta clase de delitos. Y en el caso de que ellos los hubieran cometido, sus camaradas de ideas serían los primeros en rechazar de sus filas a Ascaso, Durruti y Jover”. Estos comentarios de *Crítica* se basaban en una encuesta organizada por dicho periódico, la cual era respondida por numerosos trabajadores reivindicando a Ascaso, Durruti y Jover como auténticos revolucionarios con derecho a luchar por la libertad del pueblo español”.

Sin embargo, la opinión pública y la prensa contaban muy poco para la policía argentina, la cual había hecho de este asunto una cuestión de honor. Oponiéndose, pues, a la opinión popular y a la prensa, la policía continuó haciendo presión sobre el presidente Alvear, de Argentina, a fin de que éste exigiera y obtuviera definitivamente la entrega de los tres españoles. Pero si dispuesta estaba la policía en conseguir sus presas, también los anarquistas argentinos lo estaban para arrebatárselas. En asambleas obreras y en mítines, la cuestión de los tres españoles estaba a la orden del día. La policía se entregó fieramente a prohibir e impedir la celebración de mítines libertarios en pro de Ascaso, Durruti y Jover.

De la perseverancia y resistencia de los anarquistas argentinos, Osvaldo Bayer nos brinda una visión que pone bien en claro un cuadro singular:

“*La Antorcha*, el Comité Pro-presos sociales y los gremios autónomos de panaderos, yeseros, pintores, chóferes, carpinteros, obreros del calzado, lavadores de autos y lustradores de bronce, el Comité de Relaciones entre Grupos Italianos (que orientan Severino di Giovanni y Aldo Aguzzi) y el Grupo Búlgaro, no se amilanaban por las amenazas policiales y organizan mítines “relámpago”. Y en ese sentido, los anarquistas son personajes un poquito estrafalarios. Aplican métodos realmente insólitos. Por ejemplo, programan un acto en Plaza Once y lo anuncian. Por supuesto, la policía rodea el lugar con la montada y disuelve el grupito más insignificante. Entonces sale del subterráneo un anarquista y se apoya en las rejas de la salida del túnel hacia la plaza, mientras otros dos, desde la escalera, prestamente lo atan con cadenas a dichas rejas¹⁷⁰. El anarquista queda imposibilitado de moverse, y es el momento en que comienza a hablar con uno de esos vozarrones tremendos, ejercitados en centenares de asambleas y actos públicos en donde no se empleaban ni amplificadores ni ningún sistema eléctrico para llegar al público:

“—¡Aquí, venid a escuchar! ¡Aquí estamos los anarquistas para gritar la verdad sobre los compañeros Ascaso, Durruti y Jover!

“Los policías corrían al lugar de donde partían las voces y descubrían el increíble espectáculo de un hombre crucificado con cadenas, que hablaba como una ametalladora. Mientras reaccionaban, pedían órdenes y se consultaban, el anarquista hablaba de lo lindo a los viandantes que miraban con ojos entre espantados y estúpidos.

“El primer intento policiaco era siempre tratar de silenciarlo a garrotazo limpio, pero como el anarco seguía con su prédica, aquello adquiría ribetes de espectáculo público no conveniente. Eso de pegarle a un hombre atado e indefenso le revolvió el estómago a cualquiera. El segundo intento era tratar de taparle la boca, cosa muy difícil porque el ácrata se zafaba y le salían entonces las palabras entrecortadas, conformando un espectáculo más grotesco todavía, que iba reuniendo cada vez más curiosos. Al final, la policía se la tenía que tragar y esperar pacientemente hasta llamar a un herrero del Departamento Central que tardaba como una hora en cortar las cadenas. Mientras tanto, por supuesto, el orador se decía tres o cuatro discursos tocando todos los temas: Ascaso, Durruti y Jover, Sacco y Vanzetti, Radowitzky, los presos de Viedma, atacaba a Alvear (a quien los ácratas llamaban “la buscona” o “cien kilos de manteca”), a los policías (“burros cocedores”, “milicos salvajes”), a Carlés (“el honorable sinvergüenza”) y a los integrantes de La Liga Patriótica (“niños bien”, “crápulas invertidos”) (...), al comunismo (“cretinismo autoritario”), a los militares (“orangutanes idiotas”), etcétera.

¹⁷⁰. En *Le Monde* del 1 de febrero de 1974 se cita un caso de “encadenados”. Se detalla que en Bruselas ocho nacionalistas flamencos se encadenaron a las rejas del consulado francés de Amberes para protestar en favor de los vascos franceses por las medidas represivas que el Gobierno francés había tomado contra ellos. Después añade “que la policía hubo de esperar la llegada de los cerrajeros para cortar las cadenas”.

Le libertaire

REVUE ANARQUISTA Y COMUNISTA
Fundador: FRANCISCO YERRE
Administrador: FRANCISCO YERRE
4, rue Lavoisier, París (10^e)

ORGANE HEBDOMADAIRE DE L'UNION ANARQUISTA-COMUNISTA

JOUR DE L'AN

ORGANISME ORGANISANT
MENSUE ASSOCIÉE
VEZ TOUJOURS PLUS CHÈRE
Vaut les épreuves de l'année !

COMITÉ POUR LA DÉFENSE DU DROIT D'ASILE

Le complot contre trois innocents va-t-il aboutir ?

Pour avoir le plein développement du rôle que jouent les hommes d'un régime par son caractère par toutes les phases de son développement.

La mort de Durruti et de Jover

Les révolutions internationalistes ne sont faites que pour aboutir à la paix d'Espagne, de Durruti et de Jover. Ne pouvant mettre leur œuvre au monde, ils se sont fait tuer par les ennemis de leur œuvre.

ASCASO, DURRUTI, JOVER ne peuvent être envoyés à la mort

Le gouvernement français a le devoir de ne pas laisser les auteurs de ces crimes impunis et de leur faire subir la peine qui leur est due.

Il faut les mettre en liberté

C'est non seulement une question de humanité et de justice, mais aussi une question de politique. Pour qu'il y ait en Espagne un régime de liberté, il faut que les auteurs de ces crimes soient punis.

GRANDE RÉUNION

qui se tiendra dans l'Église de Saint-Jacques, au boulevard Voltaire, le vendredi 23 décembre, à 8 h. 30 (Saint-Jacques et les Thermes).

Il prendra sous sa présidence :

VICTOR BACON
Président de la Ligue des Droits de l'Homme

FRANÇOIS
Théoricien de la Bête

JEROME VERNON
Auteur de "L'Épave"

BAUVE
De la C.O.T.

EMMANUEL PALME
De la C.O.T.

FRANÇOIS
Théoricien de la Bête

JEANNE BERTHOUD
Auteur de "L'Épave"

EMMANUEL PALME
De la C.O.T.

FRANÇOIS
Théoricien de la Bête

JEANNE BERTHOUD
Auteur de "L'Épave"

EMMANUEL PALME
De la C.O.T.

LE LIBERTAIRE EN PÉRIE

Le projet d'organiser une conférence internationale de la presse anarchiste est un projet qui a été discuté pendant longtemps. Il s'agit de réunir les représentants de la presse anarchiste de tous les pays pour discuter de leurs intérêts communs et de leur rôle dans la lutte pour la liberté.

Il est évident que la presse anarchiste a un rôle important à jouer dans la lutte pour la liberté. Elle doit être libre et indépendante, et elle doit être capable de défendre les intérêts de la classe ouvrière.

Le projet d'organiser une conférence internationale de la presse anarchiste est un projet qui a été discuté pendant longtemps. Il s'agit de réunir les représentants de la presse anarchiste de tous les pays pour discuter de leurs intérêts communs et de leur rôle dans la lutte pour la liberté.

Chômage et Stabilisation

Il est évident que le chômage est un problème grave qui affecte la vie de millions de personnes. La stabilisation de la monnaie est une condition essentielle pour résoudre ce problème.

La stabilisation de la monnaie permet de maintenir le pouvoir d'achat et de protéger les intérêts de la classe ouvrière. Elle est donc une condition essentielle pour la lutte pour la liberté.

Il est évident que le chômage est un problème grave qui affecte la vie de millions de personnes. La stabilisation de la monnaie est une condition essentielle pour résoudre ce problème.

Un Projet important

Le projet d'organiser une conférence internationale de la presse anarchiste est un projet qui a été discuté pendant longtemps. Il s'agit de réunir les représentants de la presse anarchiste de tous les pays pour discuter de leurs intérêts communs et de leur rôle dans la lutte pour la liberté.

Il est évident que la presse anarchiste a un rôle important à jouer dans la lutte pour la liberté. Elle doit être libre et indépendante, et elle doit être capable de défendre les intérêts de la classe ouvrière.

Chômage et Stabilisation

Il est évident que le chômage est un problème grave qui affecte la vie de millions de personnes. La stabilisation de la monnaie est une condition essentielle pour résoudre ce problème.

La stabilisation de la monnaie permet de maintenir le pouvoir d'achat et de protéger les intérêts de la classe ouvrière. Elle est donc une condition essentielle pour la lutte pour la liberté.

N'oublions pas Sacco et Vanzetti

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

COMME LA MÉRISSE DISTILLATION

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Toutjours la contrainte par Corps

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

COMME LA MÉRISSE DISTILLATION

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Primo de Rivera

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Chômage et Stabilisation

Il est évident que le chômage est un problème grave qui affecte la vie de millions de personnes. La stabilisation de la monnaie est une condition essentielle pour résoudre ce problème.

La stabilisation de la monnaie permet de maintenir le pouvoir d'achat et de protéger les intérêts de la classe ouvrière. Elle est donc une condition essentielle pour la lutte pour la liberté.

ABONNEZ-VOUS! REABONNEZ-VOUS!

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Il est important de ne pas oublier Sacco et Vanzetti. Ils ont été condamnés à mort sans preuves suffisantes. Leur cas est un exemple de l'injustice du système judiciaire capitaliste.

Le Libertaire; viernes, 31 de diciembre de 1926. Este periódico anarco-comunista toma la defensa de Ascaso, Durruti y Jover, ante el inminente peligro de extradición pedida por el Gobierno español. Entre los oradores que participarán en el mítin pro-derecho de asilo político que se anuncia, figura Miguel de Unamuno. Igualmente se publica una nota denunciando el proceso de Sacco y Vanzetti en Estados Unidos.

¡Como se ve, nadie se salvaba!”¹⁷¹.

En París, mientras la justicia seguía tejiendo y destejiendo en torno a si los entregaba o no a Buenos Aires, en el Parlamento francés la cuestión de las extradiciones de Durruti, Ascaso, Jover y la entrega de Alamarcha a las autoridades españolas había creado un hondo malestar y varios parlamentarios socialistas recapacitaban sobre el espinoso asunto.

“En esta época, la policía era dueña absoluta de los destinos de los extranjeros susceptibles de extradición. Ella decidía sin instrucción y sin apelación. Solamente el Gobierno podía poner el veto. Pero con el Gobierno de Poincaré, con Barthou en el Ministerio de Justicia, era imposible contar con sus sentimientos porque carecían de corazón”¹⁷².

La carencia en la magistratura francesa de una ley que reglamentara las extradiciones se hizo notar, y fue así como varios parlamentarios propusieron que se legislara sobre ese tema, a fin de terminar con el dominio arbitrario de la policía. Tal proyecto corrió y la ley se votó en el Senado el día 9 de diciembre de 1926. El senador Vallier la presentó con estos términos:

“Hasta el presente, no tenemos en Francia legislación en materia de extradición. Esto puede ser sorprendente en un país que, desde hace un siglo, ha hecho tantos esfuerzos, particularmente revisando el Código de Instrucción Criminal, para garantizar la libertad individual”.

Constatado el hecho, la necesidad de una ley para evitar “arbitrariedades y abusos”, se hacía necesaria. A partir de aquel momento, las extradiciones serían acordadas por la Chambre de Mises en Accusation, que estudiaría el expediente, no solamente en la forma, sino en su fondo, y en presencia de los inculcados, de sus intérpretes y de sus abogados. Y en el artículo 5º, apartado 2 de la ley sobre extradiciones, se especificaba claramente que “no se concedería extradición cuando el delito fuese de carácter político, o cuando resultara de circunstancias políticas del estado que solicitase la extradición”¹⁷³.

El único defecto que tenía la citada ley, en el caso que nos ocupa, era que no tenía acción retroactiva y, por ende, sería inaplicable a Durruti y sus compañeros. No obstante, el hecho de existir ya legislación sobre el asunto era importante y los abogados podrían presentar recursos a fin de obtener la retroactividad.

171 Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975.

172 Luis Lecoin. op. cit.

173. *Le Libertaire*, 15 de diciembre de 1924. Esta ley no fue definitivamente aprobada hasta el 11 de marzo de 1927, en que apareció en *Le Journal Officiel*, recogida por la *Gazette des Tribunaux*, núm. 38, el 27 de marzo de 1927.

CAPÍTULO XVIII

El antiparlamentarismo de Luis Lecoin

El Ministerio de Justicia francés seguía manteniendo el propósito de entregar a los españoles al Gobierno argentino. En la Asamblea Nacional, un diputado había interpelado al ministro de Justicia, Barthou, sobre si los españoles serían entregados a España. La respuesta fue terminante: "A España, no". Y la incongruencia era mayúscula: Alfonso XIII los reclamaba como autores de la muerte del cardenal-arzobispo de Zaragoza y por el asalto al Banco de Gijón. La justicia francesa reconocía estos delitos como hechos políticos. En estas condiciones, ¿por qué reconocer supuestos delitos cometidos en Argentina, que serían del mismo tenor, como delitos comunes? ¿Por qué dos pesos y dos medidas? Estaba claro, como lo hacían resaltar los obreros argentinos en la encuesta que había organizado el diario *Crítica*, de Buenos Aires, que "la justicia francesa lo que quería hacer era llevar adelante un amaño diplomático con Argentina, para que fuese ésta quien entregara a Ascaso, Durruti y Jover a los gobernantes españoles". Pero ni los obreros argentinos ni los obreros franceses estaban dispuestos a que Alfonso XIII diera garrote vil a los tres anarquistas.

El día 7 de enero de 1927, el Comité de Defensa para el Derecho de Asilo convocó un importante mitin de protesta en la sala Wagram, de París. Cuando se abrió la sala a las 20 horas, a pesar de su capacidad para diez mil personas, la misma fue insuficiente, habiendo de quedar muchos de los asistentes en la calzada de la avenida Wagram, bajo la vigilancia de los policías que la Prefectura de París había destinado para tal acto.

En este mitin, el más importante de los organizados hasta entonces, habló Víctor Basch, como presidente y en nombre de la Liga de los Derechos del Hombre; Miguel de Unamuno, exiliado español en Francia; Frossard, director del vespertino *Soir*; Savoie, en nombre de la CGT; Henri Sellier, como concejal del Ayuntamiento de París; Sebastián Faure, en nombre de la Unión Anarco Comunista; y los abogados defensores Henry Torres y Henry Berthon.

El resultado del mitin fue la votación de una moción, respaldada por todos los asistentes, exigiendo la libertad inmediata de los anarquistas españoles. Aprobación que publicó y comentó toda la prensa de la capital francesa.

Por aquellos mismos días, el Comité Pro-Asilo había recibido ya las adhesiones de cien diputados para la interpelación al Gobierno. Otras habían sido concretadas en la Asamblea Nacional por los diputados René Richard (radical-socialista); Moro-de-Giaferri (republicano-socialista); Pierre Renaudel (socialista); Ernest Laffont (social-comunista), y André Berthon (comunista).

¿Qué actitud adoptaba el Gobierno francés ante esta protesta generalizada? Aunque parezca ilógico, el gobierno de Poincaré continuaba manteniendo su

palabra de entregar los tres españoles al Gobierno argentino.

Fuertes motivos de Estado debían de estar en juego para que Poincaré persistiera en su actitud, sabiendo que con ella ponía en peligro su puesto de primer ministro. *Le Liberaire* intuyó que algo comenzaba a resquebrajarse en la voluntad del Gobierno, y considerando que hay que machacar el hierro cuando está al rojo vivo, aprovechó después del mitin de Wagram para organizar otro aún más importante en la sala Bullier el 11 de febrero. En sus páginas decía:

“Esta manifestación, por su carácter imponente, debe hacer inútil una huelga de hambre cuyas consecuencias pudieran ser mortales para nuestros tres compañeros” 174.

Efectivamente, en aquel número el periódico anarquista insertaba una carta firmada por Durruti, Ascaso y Jover, en la que éstos comunicaban su resolución de declararse en huelga de hambre. En ella manifestaban: “Os damos las gracias a vosotros, a las organizaciones, a los periódicos y a las personas que, separadas de nuestras ideas, no obstante, han sostenido nuestra defensa.

“Sin embargo, nos parece que perdéis el tiempo y que las actividades y energías que empleáis en sostenernos podrían ser empleadas más eficazmente en otras causas.

“Nadie, salvo aquellos que llevan su odio de clase hasta sus últimas consecuencias, pone en duda nuestro derecho a la vida. Pero la razón de Estado quiere que seamos entregados a Argentina. Quienes han hecho firmar al presidente de la República el decreto de nuestra extradición pueden ser desautorizados; todo cuanto se haga por nosotros será en vano ante una burocracia irresponsable, pero poderosa.

“Ya una vez, para terminar, comenzamos una huelga de hambre que pusimos fin por vuestra insistencia. Ahora vamos a empezarla de nuevo y os pedimos que no hagáis nada para quebrantar nuestra resolución.

“Nuestra suerte, ¿es de tal manera envidiable que debemos sentir miedo a la muerte? Firmado: Ascaso, Durruti, Jover”.

El resto de la prensa reprodujo esta carta, comentándola, y el 13 de febrero de 1927 comenzó la huelga de hambre.

El 16 de febrero de 1927, comenzó a trascender a la opinión pública francesa algo de luz en cuanto a los manejos diplomáticos. Ese día, el Consejo de Ministros hizo pública una nota, en la que declaraba que anulaba la determinación de la extradición a los españoles e impartía instrucciones para que la ley sobre extradiciones, aprobada por el Senado, fuera pasada a la Cámara de Diputados lo antes posible para su votación. Además, agregaba que la ley tendría efecto retroactivo.

Algo había que no marchaba bien entre el Gobierno argentino y el francés, pues la prensa gala publicó un comunicado diplomático de fuente francesa en el que se decía que “el Gobierno francés había dado instrucciones a su representante en Buenos Aires para que diera explicaciones a aquel Gobierno sobre las razones que existían en Francia para demorar la extradición de los anarquistas”. Y

174. *Le Liberaire*, 7 de febrero de 1927.

aclaraba lo que sigue: “Un cierto disgusto, en efecto, se manifiesta en Argentina debido al retraso en liquidar un asunto que se daba ya por arreglado. El Gobierno argentino ha encargado a su representante en París, señor Alvarez de Toledo, una gestión en el Quai d'Orsay”. Como resultado de la gestión del embajador argentino, el Gobierno francés hizo pública la nota siguiente: “Los tres anarquistas españoles residentes en Francia fueron reclamados por el Gobierno argentino por haber cometido delitos de carácter común: robos, asesinato, asalto a bancos, etc. El Gobierno argentino se había comprometido a descartar toda complicación política y no entregar a los anarquistas a España. El Gobierno francés, velando por el respeto a los compromisos, prefiere esperar el voto de la ley dispuesta por el señor Renoult. El objeto de dicha ley es hacer pasar la extradición del dominio administrativo al dominio judicial. Ya no será el ministro del Interior, sino la Chambre de Mises en Accusation (el Supremo de Justicia) quien decidirá si cabe o no la extradición”¹⁷⁵.

El 28 de febrero, la Cámara de Diputados ratificaba, sin debate alguno, la ley sobre extradiciones. Como la ley tenía efecto retroactivo, Ascaso, Durruti y Jover eran *ipso facto* beneficiados por ella. En consecuencia, su presentación ante el Supremo de Justicia debía efectuarse sin demora. Así se hizo, y la misma quedó fijada para el 27 de marzo de 1927. Días antes a la citada fecha, se tuvo la sorpresa de poder leer en la prensa una nota facilitada por la policía, en la que se declaraba que el día 9 se había descubierto un complot para hacer evadir de la Conciergerie a los tres anarquistas españoles. La nota era ladina y “el complot descubierto”, también. Se trataba de una maniobra puesta en marcha con el fin de desorientar a la opinión pública. Si hasta la fecha se había estado pidiendo una revisión del proceso, ahora que se iba a abrir la causa con plena garantía judicial, los demandantes planeaban una fuga. ¿No era eso, cabía preguntarse, una prueba de que por su conducta los supuestos anarquistas resultaban acreedores de la extradición? *Le Libertaire* fue oportuno en la réplica a esa maquinación, diciendo:

“La prensa francesa anunció el viernes último, bajo fe de una información, que la policía había descubierto un complot preparado por los amigos de Ascaso, Durruti y Jover en busca de la fuga de estos tres prisioneros.

“Nosotros estamos en condiciones de afirmar que ningún amigo de estos tres libertarios españoles ha estado ni de cerca ni de lejos mezclado en dicho pretendido complot, que más bien parece haberse forjado para influir a la Chambre de Mises en Accusation, en vísperas de comparecer ante ella Ascaso, Durruti y Jover.

“En efecto, estos tres hombres están llamados a comparecer el martes ante esa jurisdicción, en la que serán defendidos por los abogados Henry Torres, Henry Berthon y Henry Guernut.

“Con esta nota denunciarnos ante la opinión pública esa grosera maniobra y protestamos contra esos bajos procedimientos, utilizados a última hora con la intención de dictar a la Chambre de Mises en Accusation lo que el “dossier” a

175. *Le Libertaire*, de 25 de febrero de 1927, recoge y comenta los comunicados expuestos, tomados de la prensa francesa.

cargo del Gobierno argentino no legitima. Firma el comunicado: El Comité de Defensa del Derecho de Asilo” 176.

El día 25 de abril, Durruti envió una extensa carta a su familia, disculpándose por no hacerles llegar noticias suyas, debido a que aún no sabía concretamente qué suerte le esperaba. Su vida estaba en manos “del ministro de Justicia francés”. Ni por un asomo se ve en ese texto que flaquea su ánimo. Se siente optimista y da ánimos a sus familiares. Es en esta carta donde mejor se manifiesta el cariño que siente por su madre.

Veamos lo que dice a su hermana: “Rosa, tú tienes que ser no solamente su hija, sino su compañera (...). A todos os ruego seáis lo más amables posible con ella para contrarrestar el dolor que, contra mi voluntad, yo le estoy causando” 177.

Dos días después de esta carta, el día 27, el Gobierno francés comunicó al embajador argentino en París que podía disponer de los detenidos. Alvarez de Toledo señaló a las autoridades francesas que su Gobierno había enviado un barco, el *Bahía Blanca*, que llegaría pronto al puerto de Le Havre para llevarse a los prisioneros.

Según la ley, Argentina disponía de un mes como máximo para hacerse cargo de los tres anarquistas. Si pasado ese mes todavía no los había tomado bajo su responsabilidad la extradición quedaría sin efecto. El 27 de mayo daba término esa cláusula legal. ¿Cómo podía, pues, suponerse que Argentina, su policía y sus clases dirigentes, se privarían del placer de juzgar, sentenciar y condenar a los tres anarquistas españoles? Imposible, y por ello *La Antorcha*, de Buenos Aires, escribía divulgando la noticia:

“Carne a las fieras, señores gobernantes de la embrutecida Francia que trafica con las vidas humanas”. Y más adelante, refiriéndose a Argentina, exclamaba: “Un país bárbaro, incivil, sin garantías individuales o colectivas, expuesto a que todos los abusos y todas las violencias de arriba tengan fácil e inmediato asidero en él, eso es Argentina (...). Argentina es un país inmensamente estúpido, sin relevante conciencia moral, sin el más mínimo atributo ni sentido de justicia. Aquí sólo hay un infame miedo que gobierna, y un aún más infame miedo que obedece. La única garantía es la de la cobardía ambiente, de la mentira ambiente, de la crapulosidad ambiente”.

Pero no por eso los anarquistas argentinos se daban por derrotados: “¡Que los traigan! El Comité Pro-Presos Sociales se prepara a defender a los tres españoles en cuanto pisen territorio argentino”, prevenía al Gobierno de Alvear toda la prensa anarquista 178.

En París, Luis Lecoin, muy seguro de sí mismo, iba de diputado en diputado, para poder reunir la mitad más uno de los que componían la Asamblea Nacional,

176. *Le Libertaire*, 25 de marzo de 1927.

177. Carta de Durruti, fechada en la Conciergerie, el 25 de abril de 1927. Archivo particular.

178. Osvaldo Bayer. *op. cit.*

Nº 1717 - 1927 - 1000 - 1000 - 1000

Le Numéro : 500 Centimes

NUMERO 1000 - 1927

Le Numéro de 1000 - 1927 - 1000 - 1000

Le libertaire

ORGANE HEBDOMADAIRE DE L'UNION ANARCHISTE-COMMUNISTE



NOS GOUVERNANTS VIOLENT LA LOI pour complaire aux infâmes policiers argentins

Le martyre de Sacco et Vanzetti encore prolongé

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Le report de son procès de Sacco et Vanzetti

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Le report de son procès de Sacco et Vanzetti

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Le report de son procès de Sacco et Vanzetti

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Le report de son procès de Sacco et Vanzetti

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Le report de son procès de Sacco et Vanzetti

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

ASCASO, DURUTTI, JOVER vont-ils être contraints de faire la grève de la faim pour recouvrer une liberté qui leur est illégalement refusée ?

Le 23 AVRIL, un Conseil de Cabinet secretif de l'Etat à la police argentine aux commandants ASCASO, DURUTTI, JOVER. Leur suspension a été par suite lue dans le Bulletin des associations gouvernementales...

Depuis le 23 AVRIL, date officielle de l'arrestation, 70 JOURS ont passé. Depuis le 23 MAI, date qui l'on s'a proclamé - être en grève de la faim pour recouvrer une liberté qui leur est illégalement refusée...

Quant est fait dans de la loi les gouvernements français ? Faut-il que ASCASO DURUTTI JOVER meurent ou peut leur santé et leur vie pour que la loi soit respectée par ceux qui ont l'obligation de la faire respecter aux autres ?

LA COMITE DE DEFENSE DU BLOTTI PARIS.

Depuis sept jours, Casca fait la grève de la faim pour obtenir le régime politique

Depuis sept jours, Casca fait la grève de la faim pour obtenir le régime politique. Les autorités de l'Etat ont refusé de lui accorder le régime politique qu'il réclame.

La grève des policiers braves

Les policiers braves ont décidé de faire la grève de la faim pour protester contre les conditions de travail et les traitements infligés aux détenus.

Anniversaire de "Libertaire"

Cet anniversaire est l'occasion de rappeler les principes fondateurs de notre journal et de réaffirmer notre engagement en faveur de la liberté et de la justice sociale.

APPEL SERIEUX

Assemblée générale de l'Union Anarchiste-Communiste le 25 mai 1927 à Paris. Nous appelons tous nos camarades à y participer activement.

RIDICULE REPRESSION

La répression actuelle contre les anarchistes est purement symbolique et ne sert qu'à renforcer l'opinion publique en faveur de nos idées.

La tournée de Comité de la Défense Sociale

Le Comité de la Défense Sociale organise une tournée de conférences dans les départements du Nord et du Pas-de-Calais.

Pour que vive le Libertaire

Il est de notre devoir de soutenir le journal "Libertaire" par nos contributions et notre fidélité à ses idées.

INFORMATIONS

Actualités locales et nationales concernant les mouvements anarchistes et communistes.

PROCLAMATION

Proclamation de la Fédération Anarchiste-Communiste à l'occasion de la Journée Internationale de la Femme.

Grand Meeting

Grand Meeting international à Paris le 27 mai 1927. Sujet : La défense de la liberté d'expression.

Sortie Champêtre

Sortie champêtre organisée par le Comité de Paris le 25 mai 1927. Lieu : Les Hauts de Seine.

Violando el artículo 18 de la ley sobre extradición, el Gobierno francés ha decidido entregar a Ascaso, Durutti y Jover a la policía argentina. Mientras tanto, estos, para evitar que ello suceda, amenazan con iniciar una huelga de hambre. Junto a estas noticias, Le Libertaire del 8 de julio de 1927 expone, en la columna de la izquierda, el "martirio" de Sacco y Vanzetti.

con el propósito de presentar una interpelación al Gobierno que no sólo lo hiciera tambalear, sino también caer. Infatigablemente, Lecoin iba reuniendo firmas, llegando incluso a instalarse en la propia Asamblea Nacional, para mejor poder organizar la interpelación propuesta.

Mientras tanto, los días iban pasando y el buque argentino no arribaba a las costas de Francia. La ley del 10 de marzo de 1927 era terminante en su artículo 18: si pasado un mes, el Gobierno demandante no se hace cargo de sus reos, éstos quedan libres. Y justamente ocurrió lo imprevisible: llegó la fecha del 27 de mayo sin que el prometido navío de guerra argentino hubiera aparecido en el puerto francés. Según la ley, Ascaso, Durruti y Jover eran libres, y eso fue lo que le hicieron presente al ministro de Justicia en una carta que le enviaron. Pero “más papista que el Papa”, el ministro Barthou continuaba reteniéndolos en la cárcel en espera de que llegara el anunciado vapor de Argentina.

¿Qué pasaba, entretanto, en Buenos Aires, que no enviaban el barco? Tomamos de Osvaldo Bayer las explicaciones que, según él, movieron al presidente Alvear a dar marcha atrás en el último momento: “La agitación en Buenos Aires por Ascaso, Durruti y Jover es cada vez más intensa y se acopla a la campaña de Sacco y Vanzetti. Alvear se da cuenta de que cuando los tres españoles sean bajados a tierra va a ser otro factor de perturbación en un ambiente laboral muy enrarecido, como es el de ese año 1927. ¿Conviene traerlos? ¿Con qué fin? ¿Solamente para dar satisfacción a la policía? Alvear es más vivo que esos americanos que se han metido en el atolladero de Sacco y Vanzetti y se han ganado las iras de todo el mundo civilizado. ¿Vale la pena traer a los tres “gallegos” para juzgarlos aquí? No, evidentemente, no. Ya es suficiente con los problemas que trae Radowitzky en Ushaia como para meter otro factor irritante y dar nueva oportunidad a los anarquistas para que tiren más bombas, armen más manifestaciones y declaren más huelgas”¹⁷⁹.

A partir de este análisis se comprende la política de Alvear: primero es el accidente que sufre el buque *Bahía Blanca*, que le impide continuar el viaje; luego, la demanda de Alvear de que sea la policía francesa la que traiga a los tres anarquistas a Buenos Aires. Todo eso era demasiado para no terminar con los buenos propósitos de Poincaré y sus ministros.

Por otro lado, mientras el Gobierno argentino se retraía dejando pasar el tiempo legal y pidiendo encima la escolta francesa, Luis Lecoin había conseguido la adhesión indispensable para poner en marcha la interpelación al oficialismo para el 7 de julio de 1927 a las 14 horas. Entonces, Poincaré recobró su sentido político y envió a tratar con Lecoin a su hombre de confianza, Malvy, dos horas antes de que tuviese lugar el debate público en la Asamblea Nacional:

“—¿Se da usted cuenta —le dijo Malvy a Lecoin— que con su interpelación puede hacer caer al Gobierno de Poincaré? ¿Tanto odio siente usted por él?”

No, Lecoin no sentía odio personal por Poincaré, sino por la política en general y por todos los profesionales de ella. ¿Qué le importaba a él que cayera

179. *Idem*.

REVUE THEORIQUE ANTEE - QUATRIEME PERIODE - N° 112

Le Numéro 1 500 Copies

VANZETTI ET SACCOS

Adresser les commandes uniquement aux deux bureaux ci-dessous

Le libertaire

Publié par le Comité d'Amérique

ASCASO, DURUTTI, JOVER SONT LIBÉRÉS Au tour, maintenant, de Sacco, Vanzetti

L'AFFAIRE ASCASO-DURUTTI-JOVER

LA CAMPAGNE SACCO-VANZETTI

L'heureuse fin d'une pénible et belle campagne

Un suprême et tragique appel du Comité d'Amérique



Il est un fait qui ne doit pas être oublié... Ascaso, Durutti, Jover ont été libérés après une campagne pénible et belle...



Durutti, un homme d'action... son rôle dans la lutte pour la libération des camarades...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...

Un appel au peuple... pour que la justice soit rendue et que la liberté soit restaurée...

Le Comité d'Amérique... continue sa campagne pour la libération de Sacco et Vanzetti...



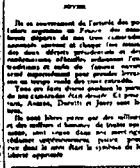
Jover, un homme de conviction... sa contribution à la lutte pour la justice...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...

Un appel au peuple... pour que la justice soit rendue et que la liberté soit restaurée...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...



Sacco, un homme de conviction... sa contribution à la lutte pour la justice...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...

Un appel au peuple... pour que la justice soit rendue et que la liberté soit restaurée...

Le Comité d'Amérique... appelle à la solidarité internationale pour la libération de Sacco et Vanzetti...

POUR SAUVER SACCO, VANZETTI

Tous au

CIRQUE DE PARIS

Le Samedi 23 Juillet 1927

En fin, Le Libertaire del 15 de julio de 1927 anuncia la liberación de Ascaso, Durutti y Jover, al tiempo que realiza una desesperada llamada para salvar a Sacco y Vanzetti.

Poincaré? Lo que él deseaba, y con mucha fuerza —y así se lo comunicó al “terrano” de Poincaré—, era la libertad de Ascaso, Durruti y Jover.

“-¡Sea! —le repuso—. Ascaso, Durruti y Jover serán puestos en libertad el día 8 de julio de 1927”¹⁸⁰.

La forma quedaba salvada. Aquella tarde no hubo interpelación y, al día siguiente por la mañana, salían en libertad los tres españoles del Quai des Orfèvres, siendo recibidos por un buen puñado de periodistas. La acción conjugada de los trabajadores argentinos y franceses había hecho retroceder a dos Gobiernos y había dado un rotundo ¡no! a Alfonso XIII y a su ministro dictador, Miguel Primo de Rivera.

Con el título de “El Rescate”, *La Antorcha* festejaba la victoria con estas palabras: “Es la alegría del recobro, del reintegro a la acción y la derrota reaccionaria...”

Aquella misma tarde del día 8 de julio, a las seis, Francisco Ascaso iba a tener la dicha de abrazar a su madre y a su hermana María, las cuales habían cruzado la frontera clandestinamente. También la compañera de Gregorio Jover se encontraba allí con sus dos hijos. En la cena improvisada celebrada esa misma noche en un modesto tercer piso de la calle Du Repos, junto al cementerio de Père Lachaise, no faltaba nada más que Anastasia. Y quizá por su ausencia, cuando la periodista de *Le Quotidien* preguntó a Durruti: “¿Y ahora, qué?”, Durruti le repuso: “¿Ahora? Ahora hay que continuar la lucha con más fuerzas”¹⁸¹.

180. Luis Lecoin. op. cit.

181. *Le Quotidien*, 9 de julio de 1927.

Emilienne, Berthe y Néstor Makhno

Aunque el Gobierno francés los había liberado, y no de buen grado, al mismo tiempo determinó que debían abandonar Francia en el plazo perentorio de quince días. Pero ¿adónde dirigirse? El Comité de Asilo emprendió una labor desesperada para procurarles un visado de entrada en cualquier país europeo. En las Embajadas no se recibían negativas rotundas, pero tampoco ninguna afirmación precisa. Esta situación ambigua se prolongaba y los días iban pasando... A la espera de alguna respuesta afirmativa, Durruti, Ascaso y Jover discutieron sobre las posibilidades de una vida en común en cualquier rincón del mundo, dentro de la ilegalidad a que estaban acostumbrados. Gregorio Jover, que se encontraba atado a la familia, hubo de pensar en una solución práctica que retuviera a su lado a la compañera y a los dos hijos. La solución se encontró mediante documentación falsa, con la que Jover se radicó en Béziers, empleándose en su profesión de ebanista.

Desocupados como estaban, Durruti y Ascaso pasaban las tardes en la Librería Anarquista, que se hallaba, por aquel entonces, en el barrio de Menilmontant, calle de las Prairies, en el distrito XX de París. En dicha librería intimaron con dos jóvenes libertarias francesas, con las que más tarde llegaron a formalizar una unión libre. Estas jóvenes eran Emilienne Morin, que sería compañera de Durruti, y Berthe Favert, que terminaría uniéndose con Ascaso.

Durante aquellos días, fue cuando se produjo el encuentro entre Durruti y Ascaso con Néstor Makhno. Makhno era una fuerte personalidad del movimiento anarquista ruso, y una figura de primer orden en la revolución que tuvo lugar en ese país en el año 1917. Su intervención en Ucrania hasta agosto de 1921, es uno de los más inquietantes capítulos de la revolución rusa que continúa siendo "tabú" para los historiadores de "izquierdas" o de "derechas" objetivamente aliados en la ocultación histórica de lo que les molesta de ella.

En la historia del proletariado, Néstor Makhno es quizá el único anarquista que ha desencadenado un movimiento revolucionario que llegó a convertir en realidad la teoría libertaria de una sociedad desprovista de toda autoridad política. Durante cuatro años, sostuvo una lucha a muerte contra "los blancos" y "los rojos", viviendo Ucrania durante ese tiempo, aunque sometida a la guerra, la experiencia libertaria.

Makhno, partiendo de un puñado de hombres, logró formar un potente ejército campesino que hizo frente a los invasores alemanes cuando éstos, después de la paz con Alemania que había firmado Trotsky, de acuerdo con Lenin y los bolcheviques, invadieron Ucrania. Desde entonces, y hasta que los alemanes fueron derrotados en noviembre de 1918, el ejército de Makhno, integrado por veinti-

cinco mil hombres, fue el único que luchó por la revolución rusa en Ucrania. Al enviar los bolcheviques el Ejército Rojo a Ucrania, después de la derrota alemana, éste simuló pactar con Makhno y respetar la forma de vida que se habían dado los soviets en dicha región. Pero, en realidad, ni Trotsky, comisario de Guerra, ni Lenin, jefe del nuevo Estado Soviético, estaban dispuestos a tolerar aquella experiencia anarquista, máxime cuando su carácter positivo acentuaba aún más el carácter arbitrario y despótico que aplicaban los bolcheviques en la Rusia dominada por ellos.

Ucrania como Kronstadt estaban condenadas a ser “el canto del cisne” de la revolución rusa. El desenlace ucraniano comenzó a finales de 1920, cuando el Gobierno bolchevique de Moscú tendió una trampa a un grupo de oficiales de “la makhnovichina”. So pretexto de una invitación para que participaran en un Consejo Militar, se les citó a un determinado lugar, y, tan pronto como estuvieron reunidos, fueron detenidos por la “Cheka” (policía secreta soviética) y fusilados. Un procedimiento parecido aplicaron a los destacamentos que luchaban contra los reaccionarios llamados “los blancos” en Crimea. Simultáneamente a estos dos ataques a la “makhnovichina”, Trotsky envió sobre Ucrania un ejército de ciento cincuenta mil hombres con el propósito de aplastar al ejército de Makhno. La lucha de Makhno contra el Ejército Rojo y “los blancos” al mismo tiempo, duró nueve meses. Al final, en agosto de 1921, Makhno, con un puñado de sus compañeros de armas, abandonaron la partida, buscando refugio en Rumanía, donde fueron encarcelados. Huyendo de Rumanía, Makhno se refugió en Polonia, donde fue procesado, pero al final, absuelto. En 1924, gracias a las gestiones de Rudolf Rocker, Voline y Emma Goldman, se le pudo hacer entrar en Alemania, hasta que por fin pudo encontrar refugio en París el año 1925.

Para Makhno, París era el exilio, y el exilio para un hombre de acción como él era la muerte. Tenía apenas treinta y cinco años, pero era ya un hombre agotado por la guerra y las múltiples heridas que había recibido en su cuerpo. Pero, sobre todo, la herida más importante era la derrota y la cantidad de mentiras que el bolchevismo dominante lanzaba sobre Ucrania y sobre su persona. A esto se unía su carácter, auténticamente ruso, que le impedía adaptarse a Francia y sus costumbres.

Makhno había oído hablar de Durruti y Ascaso y tenía informaciones sobre sus peripecias, a la vez que, desde París mismo, siguió el proceso durante el año de encierro de los dos españoles. Aunque prácticamente se encontraba aislado, cuando se le comunicó el deseo que tenían Durruti y Ascaso de conversar con él, aceptó recibirles en la modesta habitación del hotel donde vivía con su hija y su compañera. Apenas se encontraron los tres hombres frente a frente, Durruti le dijo:

“Venimos a saludar en tu persona a todos los revolucionarios que han luchado en Rusia por la realización de nuestras ideas libertarias, pero quisiéramos también rendir un homenaje a la rica experiencia que ha significado para todos nosotros vuestra lucha en Ucrania”.

“Estas palabras de Durruti —escribirá más tarde Ascaso— produjeron un profundo efecto en el abatido guerrero. Ese hombre de pequeña talla —prosigue

Ascaso— pero corpulento, pareció sentirse revivir. La mirada penetrante de sus ojos oblicuos denunciaba claramente la vida intensa que se ocultaba en aquella persona enferma”.

“En España —les dijo Makhno a los dos amigos— las condiciones son mejores que en Rusia para llevar a cabo una revolución de fuerte contenido anarquista, puesto que allí hay un campesinado y un proletariado de gran tradición revolucionaria. ¡Quizá pueda vuestra revolución llegar a tiempo para que yo me lleve la satisfacción de ver al anarquismo viviente aleccionado por la revolución rusa! En España, vosotros tenéis un sentido de la organización que nuestro movimiento carecía en Rusia, y hay que pensar que es la organización lo que garantiza en su profundidad la revolución. Es, por esta razón, por lo que no solamente admiro al movimiento anarquista ibérico, sino que, además, pienso que, por el momento, es el único que podría llevar hacia delante una revolución más profunda que la de los bolcheviques y sin el peligro burocrático que amenazó a ésta desde los primeros momentos. Luchad por mantener siempre en el movimiento anarquista español ese sentido de organización y no permitáis que sea destruido por los que piensan que el anarquismo es una teoría cerrada a la vida. El anarquismo no es sectarismo ni dogmatismo. Es la teoría en acción. No tiene teoría prefijada. Es un hecho natural que se manifiesta históricamente en todas las actitudes del hombre, individual o colectivamente. Está como fuerza en la marcha misma de la historia; la fuerza que empuja a ésta hacia delante”.

La conversación fatiga a Makhno, y lo cansa más todavía el desconocimiento del idioma. Las traducciones simultáneas de su amigo Dowinsky le hacían perder la noción de su pensamiento, pero su expresión viva seguía el intercambio de frases, escrutando el rostro de los españoles para mejor comprender el efecto que sus opiniones podían causar en ellos.

Durante varias horas, Makhno relató a Durruti y Ascaso los pormenores de la lucha en Ucrania, así como los detalles de las experiencias comunales y la marcha de los soviets en aquella región libertaria durante los años de su acción.

“Nuestra comuna agraria en Ucrania —les dijo— era una unidad activa, tanto en el terreno económico como político, dentro del sistema federal y solidario que habíamos creado. Allí las comunidades no estaban basadas en el egoísmo personal, sino que descansaban en la solidaridad comunitaria, ya fuese a escala local o regional. Nuestra experiencia demostró de manera palpable que el problema campesino tenía soluciones distintas a las que estaban imponiendo los bolcheviques. Si nuestra práctica se hubiese extendido al resto del país, no hubiera aparecido la nefasta división entre el campo y la ciudad, y hubiéramos podido evitar al pueblo ruso años de hambre y de luchas inútiles entre obreros y campesinos. Y lo que es más importante, la revolución se hubiese desarrollado de manera muy diferente. Como ha dicho, atacando nuestro sistema, que si éste pudo sostenerse y desarrollarse era porque se apoyaba en una base campesina y artesanal. Y eso no es cierto. Nuestras comunidades eran mixtas: agrícolas-industriales; e, incluso, algunas de ellas específicamente industriales. Lo que daba fuerza a nuestro sistema era otra cosa: el entusiasmo revolucionario que todos nosotros poníamos, apartándonos de prácticas burocráticas. Todos éramos combatientes y obreros a la vez. En las

comunidades, la asamblea era el organismo que resolvía todos los problemas; y en la vida militar, era el comité de guerra, en el que tenían representación todas las unidades. Para nosotros, lo que importaba era que todo el mundo participara en la obra colectiva, para impedir de esa manera que una casta dirigente monopolizara el poder. Por ello habíamos logrado unir la teoría con la práctica. Y porque desmentíamos como necesarias las prácticas bolcheviques, fue por lo que Trotsky y Lenin nos enviaron el Ejército Rojo para combatirlos. El bolchevismo triunfó militarmente en Ucrania y Kronstandt, pero la historia revolucionaria nos reivindicará un día y condenará como contrarrevolucionarios a los enterradores de la revolución rusa".

Durante la conversación, Makhno dio frecuentes signos de fatiga, sobre todo en la evocación de pasajes que le eran dolorosos. En un momento determinado, suspiró, exclamando: "Espero que, llegado el momento, vosotros lo hagáis mejor que nosotros". Y despidiéndose de los dos españoles, les dijo: "Makhno no ha rehusado nunca un combate; si continuó viviendo cuando comience el vuestro, yo seré entonces un combatiente más" ¹⁸².

Agotado el plazo dado por las autoridades francesas, Durruti y Ascaso fueron conducidos el día 23 de julio de 1927 a la frontera belga, donde se desarrolló una comedia legalista que nuestros amigos vivieron en todo su fastidioso desarrollo.

Cuando la policía francesa entregó a la policía belga los expulsados españoles, los belgas no aceptaron la entrada de tales "anarquistas peligrosos" en su territorio. La policía francesa, ante la negativa belga, condujo a Ascaso y Durruti al puesto francés, esperando pacientemente la llegada de la noche. Aprovechando la oscuridad, los franceses introdujeron clandestinamente en Bélgica a los expulsados. De esta forma, ambos pudieron llegar a Bruselas, ciudad donde fueron acogidos por el anarquista belga Hem Day, quien les dio albergue en un taller de pintura con la esperanza de poder lograr que las autoridades belgas les dieran asilo político.

Los días pasaban fastidiosamente en una espera cuyo fin se anhelaba de manera desesperada. Así transcurrieron las jornadas de julio y, muy entrados ya en el mes de agosto, Durruti y Ascaso se enteraron a través de la prensa del triste desenlace del drama de Sacco y Vanzetti.

Nada había hecho retroceder a las autoridades de los Estados Unidos. Durante los tres días que precedieron a la ejecución de los dos anarquistas italianos, el proletariado internacional se levantó en actos solidarios por Sacco y Vanzetti. Sin

182. Este relato procede de las siguientes fuentes informativas: artículo de Francisco Ascaso en *Solidaridad Obrera* del 31 de julio de 1934, comentando la muerte de Néstor Makhno, ocurrida el 27 de julio de 1934; *Solidaridad Obrera* de 22 de noviembre, hablando sobre la vida de Durruti; los comunicados que directamente nos han hecho Aurelio Fernández y Liberto Callejas, las referencias que da Rudolf Rocker, en *Revolución y regresión*, Editorial Americana, Buenos Aires, escribiendo "que los españoles habían concebido un movimiento revolucionario, y que Makhno se había comprometido a actuar con ellos". Sobre Makhno y Ucrania, puede consultarse Vsevolod Voline, *La revolución desconocida*, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977, 2 vols. y *La historia del movimiento makhnovista*, de Pedro Archinov

SOLIDARIDAD OBRERA

SEMANA DE LA COMMEMORACION ANIVERSARIA DEL TRUCIDENTO EN CHINA
Año V - Época VI
Domingo, 30 de Julio 1934

LA MUERTE DE
NÉSTOR MACHNO

NESTOR MACHNO

Con esta figura desaparece el símbolo vivo de un mundo nuevo libre que, en los días trágicos de la revolución, intentó echar las bases de una Rusia nueva, libre de dictaduras blancas y rojas

La Agencia "United Press" de la ciudad de Nueva York, en su edición del día 29 de Julio, publica un artículo sobre la muerte de Néstor Machno. Este artículo es una reproducción de un artículo publicado en el "Daily Worker" de Nueva York, el día 28 de Julio.

La Agencia también publica un artículo sobre la muerte de Néstor Machno, el día 28 de Julio. Este artículo es una reproducción de un artículo publicado en el "Daily Worker" de Nueva York, el día 27 de Julio.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 27 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 28 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.



NESTOR MACHNO

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

LOS HERIDOS SE AGITAN

Los ecos de un reportaje de SOLIDARIDAD OBRERA

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

APUNTES RAPIDOS

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

La represión en marcha

Ayer empezaron los ataques de guerra en Valencia y Logroño, contra varios obreros que los marxistas revolucionarios de enero y diciembre de 1933

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

¿Qué ocurre en el penal de Santoña?

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 29 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 30 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

El artículo publicado en el "Daily Worker" el día 31 de Julio, describe la muerte de Néstor Machno como un acto heroico y un símbolo de la lucha por la libertad humana. El artículo también menciona que Machno fue asesinado por un grupo de soldados blancos en un momento de su exilio en Francia.

Como motivo de la muerte de Néstor Machno, *Solidaridad Obrera* del 31 de julio de 1934 publica una breve reseña biográfica de este gran luchador de las libertades humanas, para divulgar su figura histórica, constantemente difamada y vilipendiada por la prensa bur-

embargo, todo fue inútil. En los primeros minutos de la primera hora del día 23 de agosto de 1927, los ácratas italianos fueron ejecutados en la silla eléctrica. A los 19 minutos le tocó el turno a Sacco, y a los 26, a Bartolomé Vanzetti. De los dos anarquistas italianos, que habían acaparado la atención mundial durante seis años, quedaba en la historia el ejemplo de ambos, transformándose en símbolos de conducta y rectitud revolucionarias.

Ascaso y Durruti no pertenecían a esa clase de revolucionarios que, cuando pierden, desean suavizar su acto pidiendo clemencia al vencedor. Ellos no habían negado nunca su propósito de eliminar a Alfonso XIII, liberando así al pueblo español de su opresor. No habían pedido clemencia al Gobierno francés, ni se habían arrepentido de su propósito. A lo sumo, habían exigido que las autoridades aplicaran sus propias leyes. Nada más. En el caso de Sacco-Vanzetti, las cosas estaban claras, sumamente claras: la clase dominante, llevando su acción hasta la última consecuencia provocaba la guerra social. Y puesto que así era, la Ley del Talión se imponía. De esta manera lo entendían Ascaso y Durruti, y también así lo entendió Severino di Giovanni en Argentina dañando con dinamita los intereses del capitalismo yanqui establecidos en la ciudad del Plata.

Mientras Durruti y Ascaso reflexionaban sobre el giro que darían a sus vidas, con el fin de sacar de sus acciones resultados positivos, un día, a finales de agosto, fueron sorprendidos por los policías belgas, los cuales no se tomaron la molestia de meterlos en la cárcel por carecer de documentación, sino que, imitando a sus colegas franceses, los condujeron a la frontera más cercana y, una vez allí, les obligaron a traspasarla para dejarlos de nuevo en Francia.

La policía francesa fue pronto alertada, seguramente por la belga. Acto seguido, se puso en movimiento vigilando y registrando todos los domicilios de los militantes anarquistas españoles o franceses que pudieran darles albergue.

La vida en París, que era la ciudad que Durruti y Ascaso habían elegido para su residencia clandestina, resultaba una verdadera ratonera, pues se hallaban permanentemente expuestos a caer en manos de la policía, que, si los detenía nuevamente podía optar por evitarse complicaciones y entregarlos directa y secretamente a los gobernantes españoles. ¿Qué hacer? La solución provisional vino de alguien que se encargó de buscarles un refugio fuera de la capital, en Joigny, un pueblecito del departamento del Yonne, donde habitaba Emile Bouchet, militante pacifista que no puso inconveniente alguno en darles cobijo. Bouchet escribiría más tarde:

“Acorralados estos dos militantes españoles por la policía francesa, me impuse el deber de salvarles, ocultándolos en mi casa, lugar donde vivieron por espacio de dos meses mezclados en nuestros trabajos y en nuestras alegrías (...).

“Diversas veces fuimos advertidos. Los gendarmes investigaban. Tenían informaciones de la presencia de los dos españoles en mi casa. Logré varias veces desorientarles, pero sin lograr convencerles. La situación se hacía peligrosa para todos nosotros.

“Un día que les paseaba en coche, Ascaso y Durruti detrás y yo al volante, tuve que detenerme para un asunto urgente en casa de mi notario y, al salir de su despacho, pasé un mal momento cuando vi parado junto al coche al capitán de

gendarmes. Dominando mi inquietud, me dirigí a él y le saludé. Correspondiendo a mi saludo, me preguntó si yo había visto a los individuos por los cuales vino a inquirir el día anterior. Le respondí que los mencionados personajes habían vuelto a mi casa un poco después de que él se hubiera ido, y que yo les aconsejé que se presentaran a la Gendarmería para regularizar su permiso de trabajo. A continuación pregunté al capitán:

“—¿Se han presentado?

“—No —me respondió, mirándome fijamente—.

“—Es extraño —le dije—. Me aseguraron que se presentarían, y después ya no he vuelto a verlos.

“—Sí, en efecto, es extraño. Vamos a investigar más detenidamente este asunto —me repuso, y, dándome la mano, se alejó pensativo.

“Yo salté al coche, tomé el volante y arrancamos rápidamente. Después de rebasar al capitán de gendarmes, quien perplejo continuaba su camino, volví la vista hacia atrás. Mis dos amigos se sonreían. Ascaso, sacudiendo su mano derecha, me daba a entender que habían escapado de una buena...

“Durante la conversación que se desarrolló a dos metros de ellos, se esforzaron en guardar calma, pero prestos a intervenir para atacar al capitán de gendarmes o escapar en el caso de que al gendarme se le ocurriera pensar que los dos individuos que buscaban eran los que estaban sentados en el coche.

“Este último incidente les obligó a marcharse de casa. Por la noche les conduje a un lugar seguro desde donde más tarde salieron para París”¹⁸³.

París continuaba siendo la misma ratonera que habían dejado y, por tanto, la vida allí les resultaba imposible. El Comité de Alianza Revolucionaria, recientemente constituido¹⁸⁴ —al que “Los Solidarios” habían dado su adhesión de cara a un plan insurreccional que debía abarcar a España e Italia—, les aconsejó que se trasladaran a Lyon, ciudad donde serían más útiles para la acción revolucionaria.

183. Texto facilitado por Emile Bouchet, militante pacifista.

184 Este Comité de Alianza Revolucionaria no era más que la continuación del Comité Revolucionario formado en 1924 y que había actuado en el asunto de Vera de Bidasoa. César M. Lorenzo, en su libro *Los anarquistas españoles y el poder*, Ed. Ruedo Ibérico, París, pág. 58, hablando del citado Comité de Alianza Revolucionaria escribe que “los aliancistas fueron los primeros libertarios en desear la participación gubernamental”. De buena o mala fe, Lorenzo confunde este Comité con la corriente revisionista que se manifestaba ya en España bajo el nombre de “sindicalistas posibilistas” con los cuales “Los Solidarios” no tenían nada en común. Por otro lado, Lorenzo habla de una reunión secreta celebrada en París hacia finales de 1926, en la que hubo un solo orador, García Oliver, quien desarrolló la teoría bolchevique de la toma del poder. Lorenzo no indica sus fuentes. Según nuestras informaciones, García Oliver se encontraba en aquella fecha preso en París. Durruti y Ascaso —como hemos visto— se encontraban también presos. Aurelio Fernández, complicado en el complot de Vallecas, estaba igualmente encarcelado. Sólo Vivancos, de “Los Solidarios”, se encontraba entonces en París.

CAPÍTULO XX

Lyon, o de nuevo la cárcel

Aun siendo Lyon una importante capital de provincia, el control policiaco era tan exiguo que apenas se hacía sentir en aquellos primeros días de noviembre de 1927, cuando Durruti y Ascaso llegaron a la mencionada industrial urbe del Ródano.

Si Durruti y su amigo —provistos de documentación falsa y evitando los hoteles— llevaban una vida discreta, no les sería difícil encontrar algún trabajo y vivir cierto tiempo tranquilamente, aguardando el momento oportuno para entrar en España. Todo se obtuvo: alojamiento, trabajo, vida discreta, etc., pero no la tranquilidad. Hombres de acción, y por temperamento inquietos, ni Ascaso ni Durruti podían limitarse a una marginación voluntaria, viendo pasar los días de manera vegetativa. Comenzaron por informarse del estado en que se encontraba el movimiento anarquista exiliado en Francia, y cómo se desenvolvía en el interior de España. Durante los días que, recién salidos en libertad, pasaron en París, se enteraron de la conferencia clandestina celebrada en Valencia el 24 y 25 de julio de aquel año, 1927. También conocieron los resultados de la misma, que forjaron los estatutos de la Federación Anarquista Ibérica, quedando así unificadas las actividades de todos los grupos anarquistas existentes en la Península.

Los grupos anarquistas de lengua española exiliados en Francia habían jugado un papel importante en la creación de la FAI, sobre todo desde que se celebró la Conferencia Nacional Anarquista en Barcelona el mes de abril de 1925. Esta había confiado a Francia la difícil misión de coordinadora de las relaciones anarquistas interiores desde el exterior.

Tan pronto quedó constituida la FAI, se nombró un Comité Peninsular compuesto por anarquistas españoles y portugueses, y se designó a Sevilla como sede de dicho organismo. La FAI no hizo otra cosa que revitalizar la antigua estructura orgánica —si se quiere emplear este término que nos parece impropio—, es decir, la que había venido persistiendo desde que se hizo sentir la presencia en España del anarquismo organizado: el grupo afín relacionado con los otros grupos de la localidad para acciones colectivas. La novedad era ahora la constitución de Comisiones Regionales de Relaciones Anarquistas, o sea, aquellos que coordinaban regionalmente las actividades de todos los grupos correspondientes a la zona geográfica. Las diversas C. R. de R. A. formaban el Comité Peninsular, y éste nombraba en su seno un Secretariado, que de Pleno en Pleno sostenía las relaciones generales, tanto en la Península como en el exterior, con los diversos movimientos anarquistas existentes en el mundo.

¿Por qué los anarquistas ibéricos habían decidido organizarse en un movimiento específicamente anarquista? Para ello había diversas razones, pero, en el

fondo, aparecía de nuevo el pecado de origen del movimiento anarquista en España, producto, como es sabido, de la Alianza de la Democracia Socialista, formada en España bajo la línea que funcionara en Suiza inspirada por Miguel Bakunin y sus amigos. Entonces, y en 1870, la Alianza quiso ser el escudo protector de la Internacional en España, tanto en el orden de defensa revolucionaria ante la represión estatal, como en el orden teórico, velando para que la Internacional y su activismo obrero no desembocaran en un sindicalismo corporativo que batallara sólo por la simple mejora de la condición obrera. Sostenían, por el contrario, la clara línea de una lucha orientada por la práctica revolucionaria a la liquidación social del capitalismo y del Estado. Mal que bien, ésa había sido siempre la postura ideológica y la acción anarquista dentro de la organización obrera que, aunque cambiando de nombres hasta tomar el de CNT, resultaba la heredera directa, desde el punto de vista teórico y práctico, de la fundada en Madrid en 1869 por Anselmo Lorenzo, Tomás González Morago, Francisco Mora y otros.

Entonces —en el periodo inicial de 1869 a 1872— se manifestó ya lo complejo que era la existencia paralela y, a la vez, confundida de la Alianza de la Democracia Socialista y de la Federación Regional Española de la AIT. Y aun prevenidos los aliancistas españoles por el propio Bakunin de esa incongruencia, aquéllos no pudieron separar lo que se había constituido bien trenzado, por lo que el propósito de Bakunin de formar una Internacional netamente anarquista en España se hizo materialmente imposible desde la fundación de su sección española. Resultante de esto era la impregnación anarquista de la Federación Regional Española y, más tarde, de la CNT.

Así marcharon las cosas en España, animando siempre los anarquistas la CNT y manteniendo a la vez los grupos sus específicas actividades subversivas, tanto en lo teórico como en lo práctico. Y así hubieran continuado de no producirse el fenomenal desarrollo de la CNT con los lógicos problemas que ello representaba; problemas que, fatalmente, se iban a presentar al movimiento obrero.

Mientras la lucha se mantuvo en el terreno de la acción violenta y huelguística, incluida la época dura del pistolerismo burgués de los años 1919-23, el problema de *fondo* (es decir, el dualismo) no tuvo tiempo de manifestarse; pero al entrar el movimiento obrero en una relativa calma, con la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923, a la CNT se le creó el primer problema: o se sometía a la legislación social dictada por el nuevo Gobierno, lo que suponía para la CNT el abandono de su práctica de acción directa, o pasaba a la clandestinidad, cosa que conllevaba, quiérase o no, una pérdida de contacto amplio con el movimiento obrero. Y a este problema, ya de por sí importante, se añadía otro no menos significativo: ¿Cómo sostener la lucha contra la Dictadura? Mantener a la CNT y al anarquismo desligados de las otras fuerzas de oposición comprometidas en la citada lucha era atraer sobre aquélla y sobre éste, conjuntamente, toda la represión del nuevo Gobierno, además de no poder, aisladamente, abatir a la Dictadura.

Ante este hecho, todo aconsejaba el establecimiento de un acuerdo con las fuerzas políticas opositoras que combatían a la Dictadura. Pero colaborar con

dichas fuerzas políticas —que eran burguesas o democrático-burguesas y reformistas, puesto que el socialismo y la UGT se habían adaptado oficialmente a la legislación dictada por Primo de Rivera—, implicaba una plataforma política. Dicho en otros términos, un compromiso político del cual la CNT pudiera sacar un beneficio práctico. Tras la caída de la Dictadura, cualquier compromiso implicaba la integración del sindicalismo en las nuevas formas de Gobierno y de Estado que surgieran, o bien, la CNT actuaba generosamente para abatir a la Dictadura y situar a la burguesía y a los reformistas en el poder. Sea cual fuere la actuación bajo esa óptica, la CNT quedaba desfigurada, y, por ese camino, se iba fatalmente a la integración en el Estado.

Lo que en realidad limitaba el campo de maniobra de la CNT era su declaración finalista por el comunismo libertario, su práctica cotidiana de no sometimiento a la legislación social y su repulsa declarada al Estado. Vaciada del anarquismo, la CNT quedaría entonces libre para pactar con los partidos políticos y extraer de ese pacto (integrándose al Estado, naturalmente) beneficios sustanciales en la elaboración de leyes sociales orientadas al mejoramiento de la condición obrera. Todo esto quedó claro. Y tan claro, en razón a los problemas que dejamos apuntados, que después del golpe de Estado militar aparecieron dos intentos diferentes de respuesta a las cuestiones que se le presentaban a la CNT como organización obrera. Uno, al que podemos llamar revisionista, inspirado por Pestaña y más tarde por Peiró —y ambos desde dos puntos de vista diferentes, pero convergentes en los fines—, que sostenía que si lo que estorbaba a la CNT era su carácter anarquista, había que prescindir de él, y así, sin esa “carga”, podría actuar más ligeramente. Esta posición tomó el nombre de “profesionalización de los sindicatos”, es decir, concretamente, dejarlos neutros. Pestaña pretendía resolver el problema político con las llamadas “uniones de militantes”, embriones o células del Partido Anarquista. De tal modo, terminaría con la dualidad anarquismo-sindicato.

La respuesta de Peiró era menos clara, pero en el fondo buscaba el mismo fin que Pestaña. Peiró partía de un análisis de la lucha de clases en el que tomaba por base la evolución económica del capitalismo. El capitalismo por medio de sus “trusts” y “cárteles” monopolísticos se concentraba, estableciendo las bases de lo que ahora denominamos el capitalismo multinacional. La CNT, para hacerse eficaz en su lucha contra el capitalismo, debía ir tomando ejemplo de tal proceso y organizarse de la misma manera, es decir, por Federaciones de Industria a nivel local, regional y nacional. A nivel nacional existirían dos organismos superiores: uno que sería el Comité Nacional de los Comités Nacionales de industrias, y otro, un Consejo Nacional de Economía con sus respectivas secciones, incluida la importante de Estadística. De entrada, lo que tal estructura implicaba, además del consabido burocratismo del aparato sindical, era la aceptación por parte de la CNT de la legislación social y, por ende, su integración al Estado. Además, Peiró no se planteaba la representación política de la CNT, puesto que confería a ésta una fuerza política derivada de las propias fuerzas que iría adquiriendo en el terreno de lo económico. Discrepando, pues, Pestaña y Peiró, en varios aspectos, coincidían dirigiendo sus propósitos en tratar de borrar el con-

tenido anarquista de la CNT.

¿Cómo respondían los anarquistas a estas dos posiciones? Tampoco entre ellos, si bien en última instancia todos estaban de acuerdo, sostenían una posición unitaria en los métodos. Unos se pronunciaban por terminar con el dualismo anarquismo-sindicato, y preconizaban un movimiento obrero claramente anarquista (MOA), poniendo como modelo a la FORA del V Congreso de Argentina. Otros, considerándose los animadores de la CNT, no querían renunciar a su predominio en ella. Por eso buscaron lo que se llamó en la época y aparece en todas las discusiones y plenos de la CNT y la FAI con el nombre de «la trabazón», que surgía entre ambas organizaciones indicando como mejor alternativa la división de las tareas militantes: por un lado, las propias del sindicato, por el otro, las proselitistas-subversivas. De todos modos, unos y otros mantenían los principios del anarquismo en el movimiento obrero.

Independientemente de estas dos posiciones, existía una tercera: precisamente la que sostenían “Los Solidarios”. Y con ello, pasamos a expresar la posición de Ascaso y Durruti en esos meses que estuvieron en Lyon.

“Los Solidarios” (aunque es más propio que, por el momento, hablemos solamente de Durruti y Ascaso) partían del antecedente histórico y de la apreciación objetiva de la realidad española. España había llevado a término una relativa y desigual industrialización, y en la lucha de clases de su pueblo debían considerarse por igual el rol del proletariado y del campesinado. El campesinado español, con la fuerza de unos cinco millones de los nueve que constituían su total activo, en una población de 25 millones de habitantes con que contaba entonces el país, no era el campesinado de otros países europeos donde, por la vía de la reforma agraria, se había logrado crear una clase media campesina. En España no era así. La reforma agraria no se había realizado. Estaba en pie el latifundismo en amplias capas de Andalucía y Castilla y se mantenía en otras zonas un minifundismo que no resolvía tampoco el problema del campesino. A causa de todo esto, existía un campesinado proletarizado —unido a la lucha social del proletariado urbano— que, a través de sus luchas, había hecho presente su adhesión al comunismo libertario o “socialismo instintivo”, como lo calificara Díaz del Moral estudiando la condición campesina, particularmente en Andalucía.

Si en el campo existía la citada situación social explosiva de lucha permanente entre el campesino y la casta de aristócratas-terratenientes, en las zonas industriales y mineras, el proletariado tenía que luchar contra una burguesía anacrónica, engarzada a la casta dominante monárquica, o bien contra el capitalismo mundial que se había afirmado en industrias claves del país. De cualquier manera, en todas partes la lucha de clases aparecía en su forma más brutal y revolucionaria. La desesperación era compartida por igual entre el campesinado y el proletariado, en un país donde los límites de los respectivos mundos de pobres y ricos eran claros y precisos.

¿Y el Estado? ¿Qué bases políticas tenía? El Estado, en verdad, por su formación histórica resultaba una institución artificial que no contaba con el consenso nacional; y también porque, prácticamente, no había tal nación, sino una serie de tendencias descentralizadoras que ponían al rojo vivo el mal llamado problema

regionalista, que no era otra cosa que un federalismo activo.

En medio de esta situación de impotencia e impopularidad del Estado, de incapacidad política y económica de la burguesía, del desprestigio cada vez más claro de los partidos políticos, ¿qué actitud podía adoptar un revolucionario, sino la de obrar, y obrar directamente para hacer chocar y saltar las contradicciones del régimen, buscando a la vez provocar una revolución proletaria? A esta pregunta, Ascaso y Durruti habían dado su respuesta efectiva, trabajando día a día para desencadenar dicha revolución. En cuanto al papel de los anarquistas, ellos entendían que su misión era la de acelerar ese proceso revolucionario, actuando entre las masas obreras. La CNT, con “trabazón” o sin ella, era, con los anarquistas de guía, campo propicio para esa acción, como lo eran también los medios obreros socialistas. No obstante, Ascaso y Durruti entendían que el anarquismo debía desarrollarse sin limitar su acción sólo al reformismo sindicalista y socialdemócrata.

Esta posición radical y tajante de Ascaso y Durruti fue juzgada de anarco-bolchevique por algunos anarquistas que pretendían ser más ortodoxos; calificativo y mote del cual los dos compañeros y amigos se sentían bien alejados, tanto por sus concepciones netamente anti-burocráticas sobre la revolución como por la práctica cotidiana que mantenían.

Cuando llegaron nuestros amigos a Lyon, todos estos problemas se encontraban a la orden del día en las reuniones de militantes. Parecía que el triunfo de la revolución dependía de la mejor o peor idea que se tuviera de “la trabazón”, o sea, de la articulación y las relaciones entre la CNT y la recientemente creada FAI. Digamos de paso que la aparición de esos problemas en el exilio se debía en gran medida a las consecuencias generadas por el vacío de actividad, derivado a su vez del distanciamiento del escenario de las luchas —la forzada expatriación de España—, a la par que era resultante de la represión que se siguió contra los núcleos anarquistas españoles exiliados después del frustrado atentado a Alfonso XIII.

Con el fin de reanimar la actividad de los españoles en el exilio, un grupo de anarquistas, estimulados por los intentos de reorganización de la CNT que se hacían en España, tuvieron la idea de lanzar, en abril de 1928, la iniciativa de crear cuadros sindicales de la CNT en Francia. Pero como estas secciones de la CNT en el exterior no podían llevar una acción pública en el país, se formarían doblándose en secciones de la central anarco-sindicalista de la CGT-SR (Confederación General del Trabajo-Sindicalista Revolucionaria). Ante este intento, que Ascaso y Durruti consideraban una desvirtuación de las actividades subversivas del anarquismo español exiliado, aquéllos sostuvieron, primero en Lyon y más tarde en una reunión en París, que era necesario desviar la atención de los militantes eludiendo los problemas fundamentales del anarquismo. Pero Durruti y Ascaso afirmaron que la organización de cuadros de la CNT en el exilio no tenía ninguna justificación —puesto que esas formaciones no podrían presentar exigencias por reivindicaciones salariales, ni ningún otro reclamo tendente al mejoramiento de la condición obrera—, y que lo importante era continuar la actividad revolucionaria de cara a España, actuando conjuntamente con los otros grupos de anarquistas exiliados, particularmente con los italianos.

Mientras en Lyon Durruti y Ascaso planteaban esta posición, llegó a París, procedente de Argentina, Joaquín Cortés, quien por sus actividades en aquel país había sido expulsado. Ascaso y Durruti estaban muy ligados a Cortés y juntos habían intervenido en la lucha obrera cuando se encontraban en Buenos Aires. También por aquella época, se hallaban en París, venidos de España, Ricardo Sanz y García Vivancos. Después de cartearse con aquél y con éstos, Ascaso y Durruti resolvieron tener un cambio de impresiones y, por tal motivo, se desplazaron de Lyon a París en enero de 1928.

Las noticias que Ricardo Sanz traía de España no eran muy reconfortantes. Pestaña y Peiró habían sacado a la palestra una polémica en torno al porvenir de la CNT. La prensa anarquista que se publicaba entonces (*Acción Social Obrera*, en Sant Feliu de Guíxols (Gerona), y *El Despertar*, en Vigo) resumaba por todas sus columnas los efectos de dicha polémica. Plenos y reuniones de militantes y activistas parecían girar exclusivamente en torno a esos temas, tomando peligrosamente forma dos tendencias que, bajo la pasión de la disputa, olvidaban que esta clase de militancia en la CNT y la FAI había dividido ya a los compañeros en Valencia. Y como botón de muestra a tal situación disparatada, estaban las conspiraciones de elementos políticos que, por su idiosincrasia, mostraban poco interés en combatir a la Dictadura o destruir las bases del régimen monárquico en España.

En Argentina, informó Cortés, la tarea prioritaria era la gran campaña en favor de Radowitzky. La FORA se recuperaba de sus antiguas escisiones y apuntaba a ser la organización obrera principal del país, contando con alrededor de cien mil adherentes, cifra extraordinaria dada la estructura de la FORA, que no prestaba demasiada atención a esa cuestión, importándole más extender y afirmar el ideario anarquista entre los trabajadores.

Pero —según Cortés— los compañeros de allá parecen no darse cuenta de que la tendencia autoritaria del Estado argentino va acentuándose cada vez más, no descartando la posibilidad de un golpe de Estado puramente fascista que significaría una cruenta represión liquidadora del movimiento organizado. Evidentemente, Cortés mostraba poseer un agudo sentido de la realidad, como lo ponen de manifiesto los acontecimientos que tuvieron lugar en Argentina por aquellos tiempos. El 6 de setiembre de 1930 se produjo el augurado golpe de Estado dirigido por el general Uriburu, y, a partir de aquel día, fue incrementándose la tendencia totalitaria del Estado con la consecuente represión social que daría fuertes golpes sobre el movimiento obrero y sus cuadros dirigentes, ensañándose especialmente con los anarquistas combativos.

A todo ello puede agregarse —concluyó Cortés— que el círculo de la violencia abierto en Argentina después del asesinato de Sacco y Vanzetti no presagiaba nada bueno, dado el carácter polémico establecido entre los anarquistas de acción y los anarquistas teóricos. Las figuras que polarizaban este enconado debate eran, por un lado, di Giovanni, aquel chico rubio director de *Culmine*; y por otro, Diego Abad de Santillán, el cual mantenía contra viento y marea su intransigente posición calificando de “anarco-bandidos” a todos cuantos impulsados por las grandes necesidades del movimiento hacían suya aquella frase que señala que “a grandes

males, grandes remedios”...

“Sí, efectivamente, la situación —se dijeron Ascaso y Durruti— no es muy brillante pero...”.

Además, había otra cuestión que les llevaba a París: la reunión informativa convocada por los grupos anarquistas de habla española en el Sena, donde Bruno Carreras, asistente por Francia al Pleno Nacional de la CNT —celebrado en Barcelona aquel mes de enero de 1928—, debía informar de la situación en España.

La información de Carreras se centró en las dificultades que la CNT encontraba para mantener sus estructuras, las cuales, aunque clandestinas, servían de base a sus actividades sindicales. Se refirió también a la cuestión de “la trabazón” de la CNT y de la FAI, único medio de mantener por un lado la independencia de la CNT y, por otro, de poder asegurar la influencia de los anarquistas en la sindical confederal. “En Francia —dijo Carreras— realmente no tenemos este problema, pero sí la obligación de sostener los cuadros sindicales de la CNT. Para estudiar esta cuestión, la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de Lengua Española en Francia ha convocado un Congreso Nacional que se celebrará en Lyon el 19 de febrero de este año”. Carreras pidió a los asistentes (unos treinta, aproximadamente) una aceptación escrita comprometiéndose a asistir al Congreso de Lyon. Una viva oposición de los anarquistas se manifestó por cuanto ellos consideraban que la organización sindical no tenía ninguna reivindicación que presentar en Francia. El principal argumento que hizo valer Carreras fue el del número de españoles que en Francia no quieren militar en los grupos anarquistas y, sin embargo, vienen voluntarios al sindicato; de lo que se desprende que existe un factor importante que conviene tener en cuenta como medio para el reclutamiento y la educación de los futuros anarquistas. Cortés muy vivamente y Ascaso con calma, rebatieron la opinión de Carreras, y se alinearon del lado de los opositores”¹⁸⁵.

Como se había anunciado, el Congreso de los grupos anarquistas se celebró en Lyon y, según las actas o resúmenes publicados por la revista *Prisma*, hubo un fuerte debate en torno al tema del papel de los cuadros sindicales de la CNT. Al fin triunfó la posición que aconsejaba a los grupos militantes apoyar a los cuadros sindicales. Como en las actas no hay otros nombres que el de los grupos, y ninguno de ellos parece guardar relación directa con Ascaso y Durruti —sobre todo teniendo en cuenta la posición tomada por ambos en París—, casi puede asegurarse que ninguno de los dos participó en dicho Congreso. De todas maneras, poco después de la celebración del mismo, Ascaso y Durruti fueron detenidos por la policía.

Esta vez no hubo escándalo. Se les condenó a seis meses de prisión por infracción de las leyes sobre extranjeros. Así que entraron en la cárcel el mes de abril de 1928, de donde salieron a primeros de octubre con el mismo problema de siem-

185. Archivos Nacionales, París, F7 13 443. En este legajo se recogen notas enviadas a la policía por “indicadores” de ésta, en las cuales se hace referencia a las citadas actividades y, en una de ellas, se lee expresamente el texto mencionado.

pre, es decir, expulsados y sin que país alguno estuviera dispuesto a darles un visado de entrada ¹⁸⁶.

¹⁸⁶ Según relato personal, Emilienne Morin nos aclaró lo siguiente: "Durante el tiempo que estuvieron presos en Lyon, nos trasladamos Berthe y yo a verles a la cárcel: era la primera vez que veía una cárcel por dentro".



Arriba: En el año 1900, Buenaventura Durruti (1) y su hermano mayor Santiago (2) comenzaron a asistir a la escuela de la calle de la Misericordia, regentada por el maestro Manuel Fernández.

Abajo: Los padres de Durruti (Santiago Durruti y Anastasia Dumange)





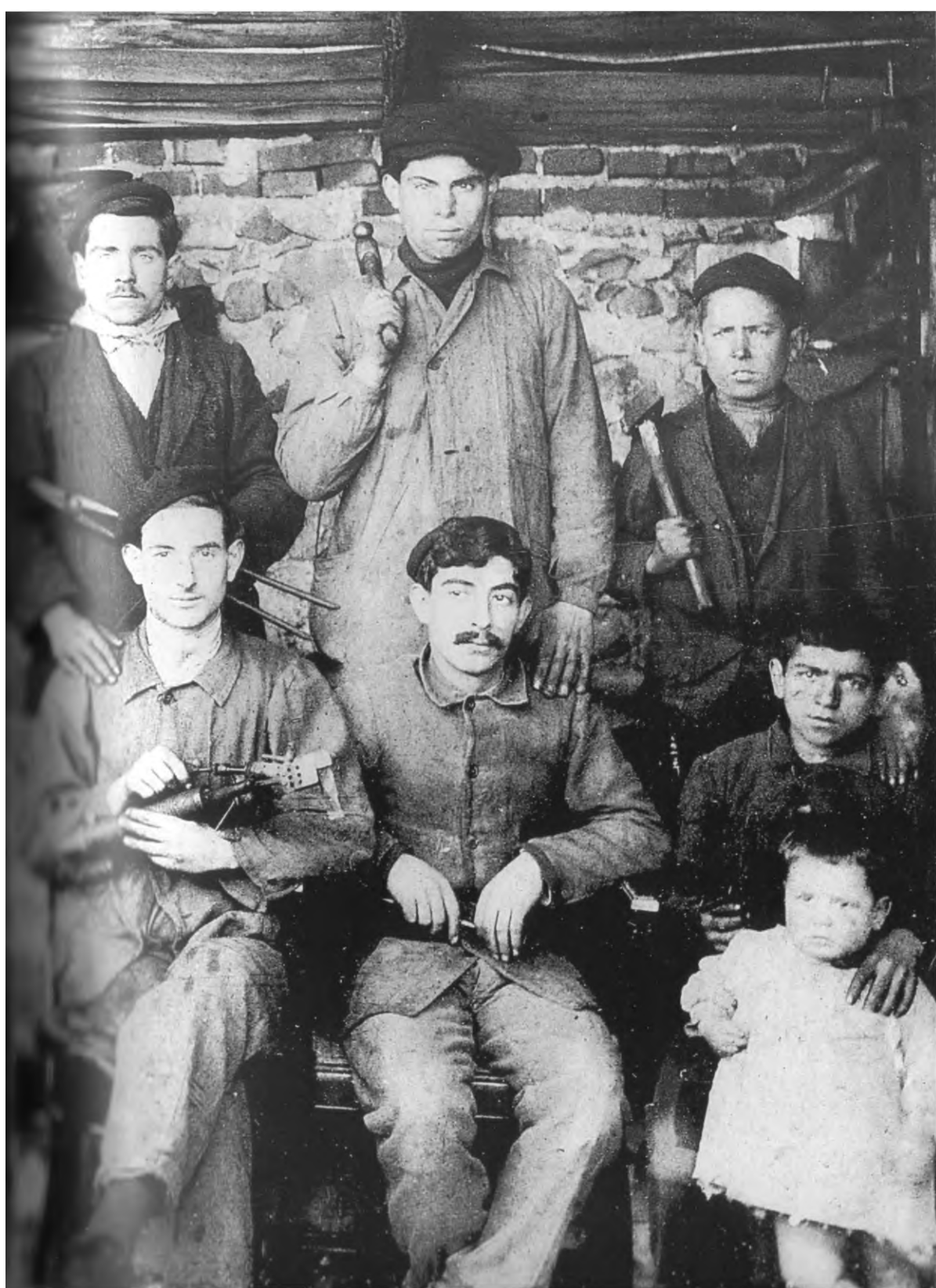
Arriba: Fusilamiento de anarquistas en Barcelona, tras los sucesos de la Semana Trágica. Aunque el pedagogo Ferrer y Guardia no intervino en la revuelta popular, fue acusado de instigador de la misma, siendo condenado a muerte y ejecutado por ello.

Abajo izquierda y derecha: Carnet de Durruti de la Sociedad de Obreros Metalúrgicos de León.

Abajo derecha: Casa natal de Durruti en León.

Página opuesta: León, 1915. Durruti de pie y en el centro, rodeado de sus compañeros de trabajo. Taller metalúrgico de Antonio Mijé, especializado en maquinaria para el lavado del mineral en las minas.







Durruti durante su primer exilio en Francia (1917-1920). Arriba y página siguiente: En París, acompañado de un grupo de anarquistas franceses. Abajo: En Vals-les-Bains (Ardeche). Foto fechada el 1 de septiembre de 1918.





Arrecha: Durruti ironiza sobre su situación en Bélgica en postal dirigida a su familia

Ern. Thill, Bruxelles.

Les Grecs et les Troiens, se disputant le corps de Patroclus
 The Greeks and Trojans contending for the body of Patroclus
 De Grieken en Trojansen twistende om het lijf van Patroclus
 Musée Wiertz, Bruxelles.

Como se disputan
 a los Anarquistas
 que quieren desah
 cerse de ellos, la
 palicera internaci
 onal.

Un abrazo
 Gore





LAS TRÁGICAS LUCHAS
SOCIALES
EN BARCELONA

El «Noi del Sucre» muerto a balazos

Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», secretario del Comité Nacional de la CNT, fue asesinado a balazos el 10 de marzo de 1923, en la calle de la Cadena. El crimen fue perpetrado por Laguña, jefe de los llamados «Sindicatos Libres» amarillos, el 10 de marzo de 1923, en la calle de la Cadena. El citado Laguña y otros pistoleros a sueldo recibieron una importante suma de dinero de manos de Graupera, presidente de la Federación Patronal, por llevar a término este atentado. Derecha: Severiano Martínez Anido, gobernador civil de Barcelona a partir del 8 de noviembre de 1920, tristemente famoso por su implacable y constante represión antiobrera. Fue el creador de la criminal «Ley de Fugas», cuya finalidad consistía en sembrar el terror en los trabajadores rebeldes. Abajo: El cadáver de Salvador Seguí, tendido sobre la mesa de operaciones del Hospital Clínico, tras haberle practicado la autopsia.



Arriba, izquierda: La prensa barcelonesa resalta el asesinato de Salvador Seguí (el «Noi del Sucre», secretario del Comité Nacional de la CNT). El crimen fue perpetrado por Laguña —brazo derecho de Sales, jefe de los llamados «Sindicatos Libres» amarillos—, el 10 de marzo de 1923, en la calle de la Cadena. El citado Laguña y otros pistoleros a sueldo recibieron una importante suma de dinero de manos de Graupera, presidente de la Federación Patronal, por llevar a término este atentado. Derecha: Severiano Martínez Anido, gobernador civil de Barcelona a partir del 8 de noviembre de 1920, tristemente famoso por su implacable y constante represión antiobrera. Fue el creador de la criminal «Ley de Fugas», cuya finalidad consistía en sembrar el terror en los trabajadores rebeldes. Abajo: El cadáver de Salvador Seguí, tendido sobre la mesa de operaciones del Hospital Clínico, tras haberle practicado la autopsia.





Arriba: A raíz de la detención de Durruti en marzo de 1923, se le hizo la presente ficha antropométrica en mayo de aquel mismo año.

Abajo, izquierda: Foto aparecida en el *Heraldo de Aragón* del coche en el que viajaba el Cardenal Soldevila, mostrados los impactos de los trece disparos que le hicieron.

Abajo, derecha: El cardenal Soldevila, en el *Heraldo de Aragón*, del 5 de junio de 1923.





Arriba: México, 1925: México, 1925: Durruti y Ascaso –en el centro de la foto– durante la visita que efectuaron a la granja del anarquista mexicano Delgado –el primero por la derecha–. Les acompañaba en esta ocasión Rafael Quintero –segundo por la izquierda–. Abajo: México, 1925: Víctor Recoba “El Peruano”, Francisco Ascaso y Durruti.

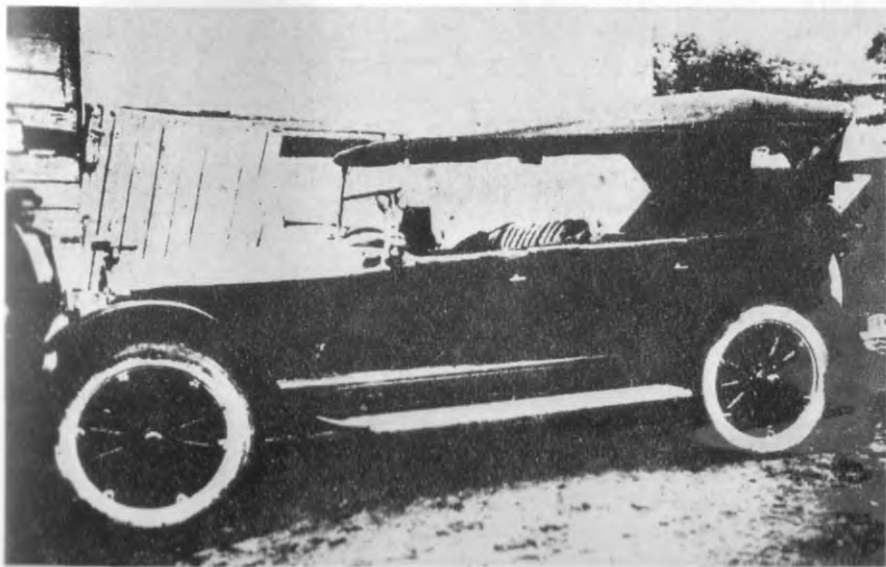




Arriba, izquierda: México, 1925. Sentados en el banco, de izquierda a derecha: Víctor Recoba "El Peruano", Antonio Rodríguez y Francisco Ascaso; de pie: Miño; sentado en el suelo: Durruti.

Arriba, derecha: Curiosa foto de Durruti en Cuba, en 1925.

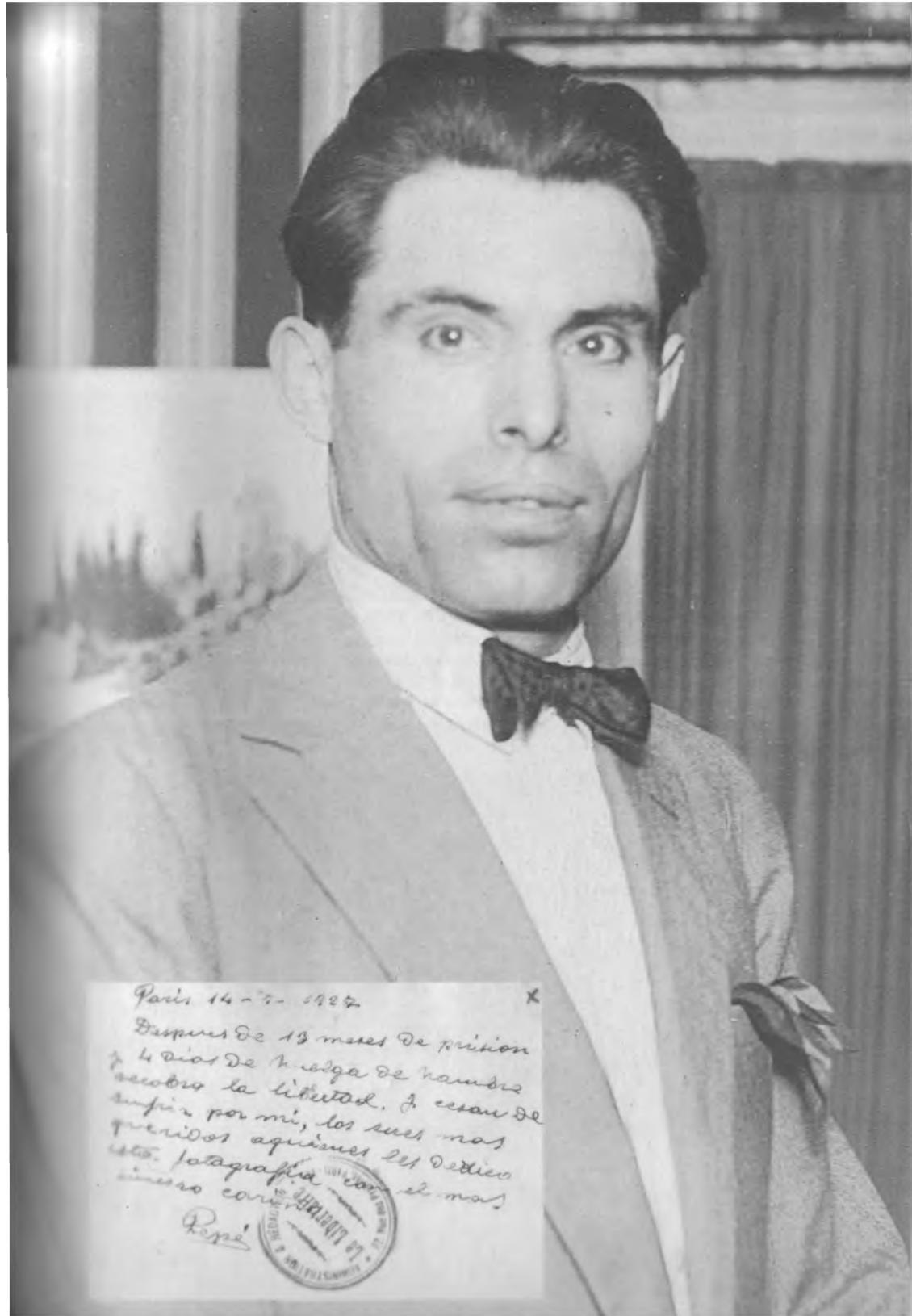
Abajo: Buenos Aires, 1925: Automóvil utilizado por Durruti, según la policía argentina, para efectuar las expropiaciones revolucionarias y los asaltos a bancos.





Ascaso, Durruti y Jover fotografiados en la redacción de *Le Libertaire*, pocos días después de su salida de la cárcel. En los rostros demacrados se nota aún la huelga de hambre que llevaron a cabo mientras estaban presos.

Página siguiente: Durruti, en la redacción de *Le Libertaire*. En el reverso escribe: "París 14-7-1927. Después de 13 meses de prisión y 4 días de huelga de hambre recobro la libertad. Y cesan de sufrir por mí, los seres más queridos a quienes les dedico esta fotografía con el más sincero cariño: Pepe"



Paris 14-7-1927

Después de 13 meses de prision
y 4 dias de huelga de hambres
recobro la libertad. ¿ cesan de
empir por mi, los sus mas
queridos aqui sus 213 dedico
esta fotografía con el mas
sincero amor

Pepe





Arriba, izquierda: Durruti y Emilienne en Berlín, 1928-1929.

Arriba, derecha: En París, en noviembre de 1928.

Abajo, izquierda: Bruselas, 1929. De izquierda a derecha: Liberto Callejas, Pedro Orobón Fernández, Durruti, Ascaso y Joaquín Cortés.

Abajo, derecha: Barcelona (Pueblo Español, Monjuich), mayo de 1931. De izquierda a derecha: García Vivancos, García Oliver, Louis Lecoin, Odéon, Ascaso y Durruti.





Arriba: Bruselas, 1929. De izquierda a derecha: Durruti, Francisco Ascaso, Emilienne Morin, Bertha Favert. Abajo: Manifestación obrera recibiendo la proclamación de la II República. Barcelona, 15 de abril de 1931.





Arriba, izquierda: Fuerteventura, febrero de 1932. Deportados en las Islas Canarias. De pie, en el centro, Durruti. A su izquierda, Domingo Ascaso, asesinado por los estalinistas del PCE el 3 de mayo de 1937 en Barcelona; a su derecha, Juan Arcas. Sentados, varios andaluces también deportados. Arriba derecha y abajo: Durruti y otros compañeros durante su deportación en Puerto de Cabras (Canarias).



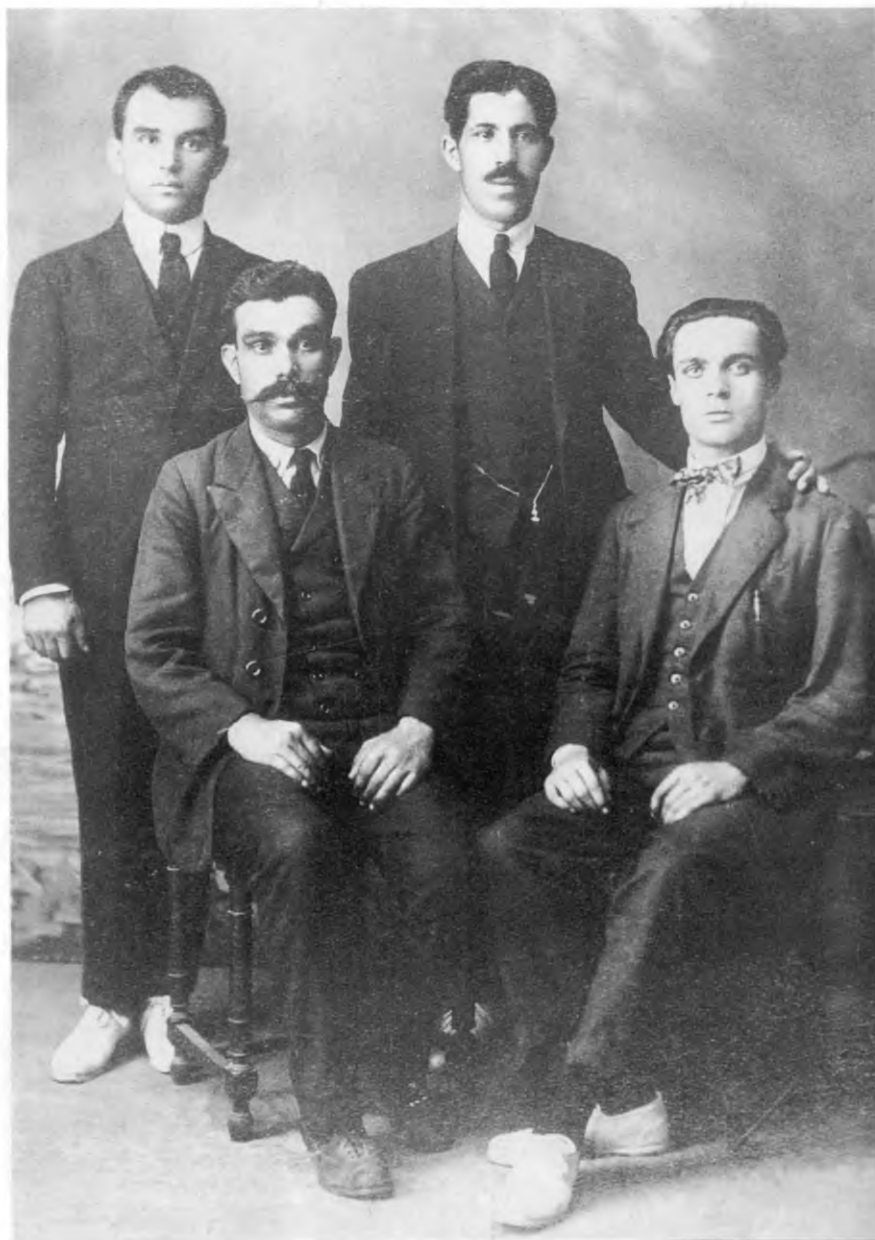


Arriba: Villa Cisneros, febrero de 1932. De derecha a izquierda y de pie: Manuel Arcas, Francisco Ascaso, Progreso Fernández (el quinto), Domingo Canela (el sexto) y José Pérez Feliú (el octavo).

Derecha: Ateneo libertario del Clot, en la Avenida Meridiana.

Abajo: Federico Urales (Juan Montseny), Federica Montseny y el historiador Max Nettlau





Barcelona. 12 de noviembre de 1930. De pie, izquierda: Acrato Lluly. Sentados, izquierda: De Souza, padre de Germinal de Souza (portugués); a la derecha, Sebastián Clara. Hay indicios para suponer que eran miembros del Comité Peninsular de la FAI en ese momento.

CAPÍTULO XXI

Clandestinos a través de Europa

Mientras Durruti y Ascaso estaban encarcelados en Lyon, el Comité de Asilo de París se dedicó a efectuar gestiones en las diversas embajadas y consulados con el fin de obtener un visado de entrada para ellos. Pero siempre se obtenía la misma respuesta: “Nuestro país no puede dar asilo político a esos peligrosos anarquistas”. Así que, cuando ambos obtuvieron la libertad, se encontraron de nuevo sin saber adónde dirigirse, puesto que en Francia no había manera de que la policía diera marcha atrás. La única remota esperanza que les quedaba era que la Unión Soviética hubiera dado una respuesta positiva a la demanda que habían formulado el año anterior¹⁸⁷. Pero ni Ascaso ni Durruti se hacían grandes ilusiones de obtener la entrada en Rusia. Además, todos los compañeros, incluso Makhno, les habían prevenido sobre lo catastrófico que sería para ellos si entraban en la URSS. En último término, Ascaso y Durruti llegaron a pensar que una vez en posesión del pasaporte podrían ocultarse en algún país centroeuropeo. En resumen: a la salida de la cárcel no tenían otra puerta que la que volvieron a abrirles clandestinamente los policías franceses en la frontera belga.

Tan pronto llegaron a Bruselas, se presentaron en el Consulado de la Unión Soviética para gestionar la cuestión de su entrada en Rusia. En el Consulado les manifestaron que, efectivamente, se les había concedido la entrada en el país, pero que la obtención del pasaporte y demás requisitos debían realizarse en París, por ser éste el lugar donde habían formulado la demanda. Ascaso y Durruti alegaron que la entrada en Francia les estaba vedada, pesando sobre ellos, en caso de ser detenidos de nuevo en dicho territorio, una condena de varios meses de cárcel. Sin embargo, los funcionarios soviéticos se mostraron intratables, manteniendo con firmeza lo dicho. Entonces, ¿qué hacer? Decidieron, pues, volver a París clandestinamente, y una vez en la ciudad del Sena se presentaron al Consulado soviético. Pero en el mencionado consulado les notificaron que no era allí, sino en la Embajada donde debían realizar las gestiones. En la Embajada les sometieron a un prolijo interrogatorio, instándoles a contestar sobre sus inten-

187. Poseemos una carta de Durruti, sin fecha alguna, pero que, por los detalles de su texto, se puede situar en el invierno de 1927-1928. En ella escribe lo siguiente: “Mi compañera me ha dicho que os ha mandado nuestra fotografía, y yo, en esta carta, os mando otra para Rosa”. La fotografía presenta un paisaje nevado, con Durruti y Emilienne ataviados con gruesos abrigos. Seguramente, el viaje de Ascaso y Durruti a París en enero de 1928 estaba relacionado con los trámites que se gestionaban en la Embajada rusa, pues en dicha carta añade: “...Como la vida de cárcel no es nada agradable, he decidido solicitar del Gobierno soviético que me dé entrada en Rusia...”

ciones y las actividades que pensaban realizar en Rusia. Después del interrogatorio, les dieron unos impresos que debían rellenar, y en los cuales se les pedía una declaración de compromiso a defender el Estado soviético, no efectuar actividades que lo perjudicaran, y reconocer que dicho Estado era la expresión auténtica de la voluntad popular... Ante estas pretensiones, que juzgaron intolerables, se esfumó en ellos la última posibilidad de vivir legalmente en un país ¹⁸⁸.

El único país de Europa donde el movimiento anarquista poseía aun cierta fuerza organizada en aquellos momentos era Alemania, y a Alemania se dirigieron clandestinamente, llegando a Berlín los últimos días de octubre de 1928.

En Berlín poseían las señas de Agustín Souchy, que les había facilitado Orobón Fernández. Prevenido Souchy, acogió a los dos clandestinos en su casa y se puso en movimiento para regularizar la situación de los mismos como extranjeros en el territorio alemán. Habló con Rudolf Rocker, figura destacada del anarquismo alemán que, por su posición en el movimiento obrero y sus trabajos teóricos, gozaba de gran prestigio en determinados medios políticos e intelectuales. En prevención de que pudiera ocurrir cualquier desgracia —ya que Alemania no era Francia—, se convino en mantener secreta la existencia de los españoles, alojándoles en casa de un buen anarquista que habitaba en los suburbios de Berlín.

Rudolf Rocker trató la cuestión de los dos españoles con el poeta libertario Erich Musham, decidiendo ambos recurrir a un viejo compañero de luchas, el cual, con el tiempo, se había apartado del anarquismo e ingresado en el Partido Socialdemócrata. Este viejo amigo se llamaba Kampfmeyer, y, a pesar de su alejamiento de los medios libertarios, había conservado una fiel amistad con algunos de los militantes más conocidos, vínculo que éstos aprovechaban para resolver situaciones difíciles desde el punto de vista burocrático dado el cargo que aquél tenía en funciones administrativas. En dos ocasiones, Kampfmeyer se había mostrado eficaz, resolviendo los difíciles asuntos de Néstor Makhno y Emma Goldman cuando salieron de Rusia.

Se le expuso ahora el caso de Durruti y Ascaso, con la idea de obtener el permiso de residencia en Alemania. “Me prometió hacer lo que pudiera, pero me pidió que le dejase el tiempo necesario para ello”, escribe Rocker. Mientras tanto y con el fin de no hacer angustiosa la espera a los dos clandestinos, se planificaron algunas actividades. Rocker continúa su relato sobre el particular:

“Cuando oscurecía, llevábamos a menudo a la ciudad a los desterrados y pasábamos con ellos el resto de la velada, bien en nuestra casa, en la de Agustín Souchy o en la de Erich Musham. La policía no se preocupaba entonces demasiado de los extranjeros en Berlín, de modo que se podía correr el riesgo de efectuar algunas actividades que habrían sido imposibles bajo el Imperio. Si no existía una denuncia directa o presión de gobiernos foráneos se dejaba por lo general en paz a los extranjeros. Esto habría ocurrido quizá también con Durruti y Ascaso,

188. De los diversos intentos llevados a término cerca de los amigos de Durruti para esclarecer este punto, todos se han referido vagamente a dicho asunto resumiéndonos que, efectivamente, solicitaron la entrada, “pero que las condiciones que les impusieron resultaron inaceptables”.

pero como su situación era más peligrosa, consideramos aconsejable hacer el ensayo de obtener para ambos una autorización legal de residencia (...). Pasados los quince días, Paul Kampfmeyer me comunicó que en ese asunto no podía dar un paso más. El Gobierno prusiano estaba entonces en manos de una coalición de socialdemócratas, de demócratas y del partido católico Centro, y aunque la socialdemocracia, como partido más fuerte, ocupaba los puestos ministeriales más importantes, tenía que mostrarse flexible ante los otros dos partidos, para evitar una crisis y no poner en peligro su posición en el Reich.

“En el caso de Durruti y Ascaso, la principal dificultad consistía en que habrían dado muerte en Zaragoza al cardenal archi-reaccionario Soldevila, uno de los enemigos más rabiosos del movimiento obrero español, quien ayudaba con su dinero a los pistoleros que causaron numerosas víctimas entre nuestros mejores camaradas.

“Si hubiesen matado al rey de España —me dijo Kampfmeyer—, habría podido hacer algo por ellos. Pero la muerte de uno de los más altos dignatarios de la Iglesia Católica no la perdonará nunca el partido del Centro. Por lo tanto, está totalmente excluido que se les conceda el derecho de asilo en Alemania”.

La situación era grave. Si Ascaso y Durruti, por una imprudencia, caían en manos de la policía alemana, su entrega a la policía española sería inmediata. Rudolf Rocker no quiso crear en ellos una ilusión que podría ser nefasta. En consecuencia, decidió ponerles al corriente de la cuestión: “Cuando Souchy y yo les explicamos cómo estaba la situación y les preguntamos qué debía hacerse, después de una larga reflexión llegaron a la conclusión de que México era quizá el único país donde podrían encontrar refugio. Ciertamente, tampoco podrían residir allí con su nombre, pero creían que en un país donde dominaban el idioma tendrían mejor oportunidad para pasar inadvertidos y encontrar trabajo. Llegamos, por lo tanto, a la convicción de que ese plan era el mejor. Para lograr tal objetivo, primero tenían que entrar clandestinamente en Bélgica, donde estaban seguros de procurarse la documentación necesaria con ayuda de ciertos compañeros de confianza y, desde allí, poder embarcar en Amberes.

“Para nosotros existía entonces el problema de reunir el dinero para los gastos de viaje, no insignificantes. De ello no les dijimos nada, claro está, pues no hubieran aceptado tal sacrificio. El movimiento (FSA -Sindicatos Anarquistas Alemanes-) exigía entonces de cada uno de nosotros ingentes desembolsos, pues vivíamos en medio de grandes luchas industriales constantes y además en una crisis económica latente.

“El dinero tenía que reunirse lo antes posible. Hablé, por lo tanto, con el amigo Musham sobre el asunto, y éste hizo la proposición de visitar juntos al conocido actor Alexander Granach que, quizá, podría ayudarnos algo.

“Le expliqué (a Granach) el objeto de nuestra visita, sin darle mayores pormenores.

“Llegáis oportunamente —dijo casi a gritos—. ¡Aquí tenéis lo que he ganado esta mañana! Y sacó del bolsillo tres o cuatrocientos marcos y los arrojó encima de la mesa. Realmente no habíamos calculado obtener tanto, por eso nos alegramos mucho, pues era un comienzo halagüeño. El buen Granach no supo nunca a

quién había ayudado con su dinero. Le bastaba sólo que necesitáramos su ayuda para un buen propósito. Todo lo demás no le preocupaba”.

Por fin se pudieron reunir los fondos suficientes y salieron para Bélgica. “Después de largo tiempo sin saber nada acerca de Durruti y Ascaso, recibimos repentinamente una carta de ellos en la que nos devolvían la mayor parte del dinero que les habíamos dado y nos comunicaban que habían abandonado la idea del viaje a México para regresar a España en la primera oportunidad. Del dinero habían retenido sólo aquello que les permitía cubrir los gastos del viaje a su país”¹⁸⁹.

La Bélgica que Ascaso y Durruti encontraron en ese principio de 1929 había revisado su política en relación a los extranjeros, y eso fue lo que permitió a Hem Day realizar gestiones para regularizar la residencia de los dos “temibles españoles”. Y por paradójico que resulte, la policía belga se avino a ello bajo la condición de que Ascaso y Durruti cambiaran de nombre. Eso sorprendió muchísimo a nuestros sempiternos “ilegalistas”, tanto, que Ascaso no pudo menos que exclamar: “¡Esto que me sucede en Bélgica es la cosa más curiosa que me ha ocurrido en mi vida!”¹⁹⁰.

En Bélgica, Durruti y Ascaso encontraron infinidad de amigos, lo cual, junto con las facilidades de residencia, más las noticias optimistas que llegaban de España, hizo que descartaran por completo el propósito de viajar a México.

Liberto Callejas nos describe el ambiente de Bruselas por aquellas fechas:

“Muy cerca de la calle Route Haute, al final de la misma, está la “Casa del Pueblo”. Esta era la casa de los refugiados políticos y la casa de los obreros socialistas del país. Vandervelde, después de sus tareas ministeriales, ocupaba cualquier mesa del amplio salón-restaurant y tomaba poco a poco un café con tartina. Allí nos reuníamos todos los compañeros para conspirar, escribir y luchar contra el régimen dictatorial de España, encarnado en la figura voluminosa y jacarandosa del general Primo de Rivera. Los primeros esbozos del llamado “complot de Garraf” fueron delineados en un rincón de la “Casa del Pueblo”. *Tiempos Nuevos*, semanario anarquista, se redactaba allí. Francisco Ascaso pintó, junto con otros desterrados, la fachada del local socialista. Su hermano Domingo vendía pañuelos y objetos de escritorio. Durruti trabajaba en un taller metalúrgico. Yo fui aserrador en una fábrica de corchos y lavaplatos en el hotel donde se hospedaba Francesc Macià. Salvador Ocaña construía mesas y armarios. Cada uno hacía lo que podía en aquel ambiente casi provinciano”¹⁹¹.

189. Rudolf Rocker, *Revolución y regresión*, Editorial Americana, Buenos Aires. Es bueno recordar, máxime cuando se trata de un gesto totalmente desinteresado, la oportuna contribución del actor teatral y de cine Alexander Granach, cuyo verdadero nombre era Jessaja G., nacido en Alemania en 1890, murió en Nueva York en 1949 durante una intervención quirúrgica. En Maurice Bessy y Jean Louis Cherdans, *Dictionnaire du Cinema*, vol. II. Ed. Pauvert, Paris, 1960.

190. Anécdota facilitada por Liberto Callejas, exiliado también durante aquella época.

191. Artículo de Liberto Callejas, titulado “Bruselas”, y publicado en *Tierra y Libertad*, México, junio de 1949.

Por su parte, Leo Campion escribió lo siguiente:

“A quien primero conocí fue a Ascaso. Trabajábamos en el mismo taller de piezas sueltas para automóviles. La primera vez que nos vimos hablamos de cuestiones sociales. Después de varios minutos de hablar, me dijo: “Ningún hombre tiene el derecho de gobernar a otro hombre”. Con esta declaración, nos descubrimos amigos comunes.

“Quienes han vivido en Bruselas el período 1930 recordarán la gran cantidad de refugiados españoles e italianos que había, sobre todo de los primeros. También recordarán el refugio natural que encontraron: “Mont des Arts”, la librería que tenía Hem Day, centro de conspiración permanente contra todos los órdenes establecidos.

“En el primer piso habitaban dos personas: la firma Barasco y Leo Campion. La firma Barasco fabricaba artículos para “charlatanes”, y los vendía sin intermediarios. La fábrica se componía de una habitación, que servía igualmente de *living-room*, de fumadero, de comedor, de cocina y de dormitorio, o mejor dicho, de dormitorios, vista la cantidad ilimitada de pensionistas. Una media docena de titulares, por lo menos, respondían al nombre de Barasco. Entre ellos, Ascaso y Durruti”¹⁹².

Ida Meet nos completa el cuadro:

“En el momento que Durruti y Ascaso llegaron a Bélgica, este país, como el resto de Europa, sufría las consecuencias de la crisis económica mundial, la cual se acentuaba más en Bélgica que en Francia. Para un belga era casi imposible encontrar trabajo. Inútil decir que para un extranjero, y sobre todo para Ascaso, que no tenía oficio, era improbable. Como tantos otros extranjeros refugiados políticos de aquella época, Ascaso pudo trabajar como pintor en la construcción. Era una regla: los profesionales iniciaban a los nuevos, y cuando alguno encontraba trabajo informaba a los demás.

“A pesar de las dificultades para encontrar trabajo —cosa que una vez conseguido cabía pensar en conservarlo—, Ascaso no hacía ninguna concesión ante capataces ni patronos, lo que se traducía en la pérdida inmediata de las plazas difícilmente obtenidas. Más tarde yo trabajé en una fábrica en la que Ascaso había estado empleado durante muy poco tiempo. Se trataba de una filial de una firma francesa de pequeña mecánica (...). Pero las costumbres eran tan arcaicas —paternalismo, obreros no sindicalizados y gran temor a los capataces y dueños—, que los compañeros apenas podían trabajar unos días. Y ése fue el caso de Ascaso y de un camarada médico antifascista. Cuando el director de dicha fábrica me despidió, acto seguido me habló de Ascaso y de ese médico y reconoció que nuestras exigencias eran justas, pero que si accedía a ellas, despertaría en el resto de los trabajadores el espíritu de revuelta.

“Una de las cualidades de Ascaso era la de no plegarse ante la autoridad. Aunque sometido constantemente a vigilancia, acudía a todas nuestras reuniones y mítines y, sin tomar la palabra, era siempre un asistente activo.

192. Leo Campion, *Ascaso-Durruti*, Ediciones Emancipateur, Bruselas, 1930.

“Ascaso pertenecía a esa capa avanzada del proletariado de la época (y en particular, el proletariado español) que cultivaba en sí el odio a la burguesía. Destruir el poder de esa burguesía era el sentido de sus propias existencias. Ignoraban qué era lo que saldría de la derrota de la burguesía, pero eso era lo de menos; lo de más era el carácter mismo de la lucha, porque ella daba un sentido a sus vidas. En aquella época conocí a otros refugiados políticos que, como Ascaso, soportaban, sin lamentarse, las dificultades materiales y policíacas de su vida. Esas dificultades les parecían inherentes a la vida del revolucionario. Hasta la muerte en la lucha se les antojaba un hecho “natural”, acorde con el estilo de vida que libremente habían escogido.

“Hablar de Ascaso es tanto como hablar de Durruti. En aquella época los dos nombres se pronunciaban unidos. Y, sin embargo, ¡qué diferencia entrambos! No sólo en su aspecto físico, sino también humano. Si Ascaso era típicamente español, Durruti no tenía aspecto de ibérico. Grande, fuerte, de ojos azules; mecánico excelente que llegó a encontrar trabajo incluso en aquella Bélgica tan sacudida por la crisis económica. Recuerdo que después de cierto tiempo de estar sin trabajo vio en un periódico un extraño anuncio de ofrecimiento de empleo. Se presentó en la fábrica al mismo tiempo que otros parados de nacionalidad belga y mecánicos como él. El patrón les sometió a una prueba profesional. En el resultado de esa prueba fue Durruti quien obtuvo los mejores puntos. Y fue entonces cuando el patrón le preguntó su nacionalidad. Durruti le contestó que él era mecánico. Comprendiendo el patrón que se trataba de un extranjero, y suponiendo que no había comprendido bien la pregunta, la formuló de nuevo. Y de nuevo, Durruti dio la misma respuesta. Esta vez, el patrón la formuló pero más lentamente. Y la respuesta de Durruti fue: “Creo que lo que usted busca es un mecánico, y yo soy mecánico”. El patrón comprendió que Durruti se burlaba de él y, con ello, se terminó la posibilidad del empleo”¹⁹³.

A través de los testimonios citados, hemos intentado dar una imagen de la vida cotidiana en Bruselas por aquel entonces. Como puede comprobarse, en la capital belga no se respiraba realmente esa atmósfera de paz de que nos habla Liberto Callejas. La policía seguía paso a paso todas las actividades de los refugiados significativos, y estaba siempre lista a intervenir, quizá con menos brutalidad que la francesa, pero no por ello menos represiva. La prensa belga, con relación al 25 de diciembre de 1929, nos suministra pruebas de que la policía continuaba atenta en la vigilancia de Durruti y Ascaso. Por ejemplo, las noticias de *L'Indépendance Belge* las retransmite *Informaciones* de Madrid con fecha 26 de diciembre de 1929, bajo el siguiente título a dos columnas:

“EL SUPUESTO COMLOT” CONTRA LOS REYES DE BELGICA”

“Bruselas, 25.— *L'Indépendance Belge* dice que la policía tenía, desde hace tiempo, noticias de la llegada a Bélgica de un anarquista militante, Camilo Berneri, y ejercía una vigilancia especial cerca de algunos anarquistas sospecho-

193. Narración de Ida Mett, compañera de Nicolás Lazarovich; revolucionaria rusa, exiliada con Makhno.

sos de estar en relación con él, principalmente de un anarquista de Douai, cuyo nombre no se ha publicado todavía.

“Como es lógico, se guardó la mayor reserva sobre esto, pero se ha terminado por saber, sin embargo, que el primer ministro, señor Jaspar, el ministro de Justicia, señor Janson, y el ministro de Defensa Nacional, señor de Broqueville, habían recibido cartas amenazadoras para el caso que la familia Real accediese a dar su consentimiento para el matrimonio de la princesa María José con el príncipe Humberto de Piamonte. Se asegura que estas cartas procedían de Berneri. En consecuencia, se dieron instrucciones terminantes para que fuese detenido a toda costa el anarquista italiano.

“La actividad de la policía belga coincidió con la italiana en el descubrimiento del atentado que iba a realizarse contra la familia Real de Bélgica.

“Los regicidas —según afirma *L'Indépendance Belge*— proponían tomar el tren que saldría inmediatamente después del tren real italiano, que debe salir de Bruselas el 3 de enero, a las 22.00 horas. Pero como este tren seguiría un horario especial, para no llegar a Roma hasta la mañana del domingo 5 de enero, sería alcanzado por el tren en que se proponían tomar billetes los anarquistas, cuya intención era arrojar varias bombas en el momento en que se cruzasen en Milán con el tren real.

“En el complot están implicados los anarquistas españoles Ascaso y Durruti, a quienes se supone autores del asesinato del arzobispo de Zaragoza”.

Y más adelante, bajo el título de: “BERNERI LLEVABA EN EL BOLSILLO CUATRO RETRATOS EN EL MOMENTO DE SU DETENCION”, se dice:

“En el momento de su detención, Berneri llevaba en el bolsillo cuatro retratos del ministro italiano a quien intentaban asesinar, los cuales, sin duda, estaban destinados a sus cómplices, que se cree son Ascaso y Durruti y el anarquista holandés Maurice Stevens.

“La policía ha manifestado que Berneri había comprado, en casa de un armero muy conocido en Bruselas, una pistola de gran calibre, por la cual había pagado 428 francos.

“La segunda detención, acerca de la cual se guarda gran reserva, se llevó a cabo al mismo tiempo que la de Berneri. Se trata de un tal Pascuale Rusconi, que vive en Lacken y es protegido de un político socialista de Bruselas, muy adicto a la teoría de la violencia, que ya en otra ocasión intervino en su favor e impidió su expulsión. En el domicilio de Rusconi se ha hallado una pistola.

“Añade *L'Indépendance Belge* que el señor Rocco, ministro de Justicia italiano, a causa del descubrimiento de este complot no vendrá a Bruselas”.

En el mismo periódico se recogen otras noticias relativas al complot:

“La Agencia belga dice que, según informes de origen autorizado, no parece que se trata de un atentado contra las augustas personas. Los dos italianos son perseguidos por llevar pasaportes falsos”.

Y otra:

“BERNERI EN LIBERTAD”. “Oficialmente se desmiente que los dos italianos hayan participado en un complot contra la familia Real belga.

“Berneri ha sido puesto en libertad. Declaró a la policía que un miembro de la

concentración antifascista de París había venido a Bélgica para organizar complots que habían de ejecutarse en Italia. Era portador de un pasaporte falso”.

De todo lo transcrito, puede sacarse en claro que: por un lado, la actividad de los agentes de Mussolini —y éstos en relación con los agentes de Primo de Rivera— estaba encaminada a combatir el frente antifascista, en el que Camilo Berneri jugaba un papel importante, inventándose como pretexto —a fin de justificar la represión sobre el mismo Berneri y envolver a la vez a Durruti y Ascaso— el llamado “complot contra los reyes belgas”; y, por otro lado —y esto sí que posiblemente tiene visos de verdad— quedaba en pie el fracasado atentado al ministro de Justicia del Gobierno de Mussolini. Nada extraño sería que, en este sentido, Berneri, Ascaso y Durruti trabajaran conjuntamente, teniendo conocimiento, como lo sabemos, que los tres bregaban en la formación de la Internacional Anarquista, con el fin de articular a través de ella una acción subversiva que tomara como ejes y escenarios a España, Italia y Portugal.

Mientras en Bélgica se vivía, por lo que se refiere a los refugiados españoles, con la mirada puesta sobre España, en nuestro país el proceso de descomposición de la monarquía era cada vez más claro. La Dictadura de Primo de Rivera se hundía en el desprestigio: los escándalos financieros proliferaban y la expoliación de las riquezas nacionales se hacía descaradamente en favor del capitalismo internacional, el cual metía sus garras y consolidaba su poder económico en fuentes claves tales como telecomunicaciones, petróleo y minería. Por ello estaba sumamente claro —menos para Alfonso XIII— que la caída de Primo de Rivera tenía que arrastrarlo a él necesariamente.

CAPÍTULO XXII

La caída de Primo de Rivera

Lo único que dejaron de manifiesto la detención de Camilo Berneri y los interrogatorios a Ascaso y Durruti, fue la eterna manía de Mussolini de “inventar complots” y “atentados”, quizá en añoranza por los que no pudo realizar cuando él militaba en las filas de los socialistas y se hacía pasar en Suiza por “revolucionario profesional”.

La policía belga se limitó a efectuar un trabajo riguroso, propio de su profesión, verificando las relaciones entre Durruti, Ascaso y Berneri. A Berneri se le expulsó, después de ser puesto en libertad desde la misma comisaría de policía. Su entrada en Bélgica era ilegal, puesto que había entrado con pasaporte falso. Sin embargo, no tomaron la misma medida contra Ascaso y Durruti, lo cual indicaba que, o bien hubo gestiones en favor de ellos, por parte de miembros del Partido Socialista belga (ya que, en realidad, sólo se les acusaba de planear un atentado contra el ministro de Justicia italiano, quedando todo reducido a un simple proyecto, pues el ministro suspendió el viaje), o la cosa se tomó como una acción más del movimiento exiliado antifascista. Probablemente, ambas cosas a la vez. Pero lo importante fue que ya no fueron molestados más por la policía, ni ésta tomó medidas especiales contra Ascaso y Durruti, pudiendo así proseguir nuestros amigos sus actividades en Bruselas.

Tratándose de cuestiones subversivas, Ascaso y Durruti se encontraban siempre en el centro de ellas. Así, en la que organizó el político español Sánchez Guerra, en enero de 1929, participaron en algunos de sus preparativos desde Bruselas, donde también vivía uno de los comprometidos, el coronel catalanista Francesc Macià. Pero aquella conspiración, como todas las organizadas hasta entonces contra Primo de Rivera, se perdió en el fracaso.

Si hemos hecho mención a la conspiración de Sánchez Guerra es por la importancia que ésta tuvo en la reanimación de las fuerzas de la CNT y del anarquismo. Inmediatamente después de constatado el fracaso de la conspiración, los grupos anarquistas celebraron una importante reunión en París el 6 de febrero de 1929; el tema central de discusión era “El papel de los anarquistas ante los acontecimientos actuales de España”. La resolución que se tomó fue que los grupos anarquistas españoles residentes en Francia debían estar preparados para cruzar la frontera, prestos a intervenir directamente en cualquier clase de levantamiento que se produjera en el país. Una resolución de este tipo exigía, una vez más, lanzarse a la compra de armamento. Esta tarea se encomendó al anarquista Erguido Blanco. Un centro de posible provisión era Bruselas. Sabemos que Blanco contactó, entre otros, con Néstor Makhno, para tratar sobre cuestiones técnicas, pero en Bruselas no existe referencia de que Blanco estuviese allí. Sin embargo, resul-

ta inconcebible pensar que los grupos o los compañeros de Bruselas no fueran informados sobre esta cuestión, máxime si se tiene en cuenta que, en la reunión mentada, se trató sobre el órgano anarquista *La Voz Libertaria*, el cual, debido a las dificultades de continuar sacándolo en Francia a causa de la persecución policiaca, se acordó dejarlo en manos de los compañeros de Bruselas. Y estos compañeros —seguramente Liberto Callejas, auxiliándose de Ascaso, entre otros— sacaron un número único, asignándole el 3, el 30 de septiembre de 1929. Cuando Ida Meet escribía que consultaba con Durruti para la selección de folletos a editar en español ¹⁹⁴, parece indicar que de las ediciones españolas se ocupaba Durruti y, participando éste, la presencia de Ascaso a su lado era segura.

La librería “Mont des Arts”, que regentaba Hem Day en Bruselas, recibía toda la prensa anarquista y, particularmente, la española. Ascaso y Durruti, según Leo Campion, frecuentaban asiduamente la librería. ¿Cómo no iban a interesarse en la lectura de las publicaciones que llegaban de España, para mejor seguir los acontecimientos? Por el criterio que sostuvieron Ascaso y Durruti en Lyon y París, puede deducirse el sobresalto que registraron cuando leyeron, en *Despertar*, de Vigo, el mes de diciembre de 1929, lo siguiente: “EL ACTA DE DEFUNCION DE LA CNT”; que así se llamó al informe del Comité Nacional de la CNT, firmado por Angel Pestaña y Juan López. El mencionado informe era un texto pesimista donde se planteaba el siguiente interrogante: ¿Para qué un Comité Nacional si las regionales no dan fe alguna de vida? En España, la reacción militante fue inmediata, y a la redacción de *Despertar* llegaron cartas en las que se censuraba al director del periódico, Villaverde, por haber dado espacio en sus páginas a “aquel documento vil”. El rechazo que provocó el documento en cuestión sirvió de reactivo en los militantes, los cuales inmediatamente redoblaron sus actividades. El relativo abandono existente no tenía otra causa que el empecinamiento de Pestaña en querer mantener una polémica que, en vez de vitalizar a la CNT, lo que hacía era debilitarla. Hay que imaginarse que Ascaso y Durruti escribían a Ricardo Sanz, domiciliado en Barcelona, pidiéndole aclaraciones sobre el asunto, e instándole a la vez a trabajar a fondo sobre los emigrantes de las zonas andaluzas residentes en Barcelona y ocupados la mayoría de éstos en las obras del Metropolitano. Por la actitud que luego tomó el sindicato de la Construcción, eligiendo como presidente del mismo a Ricardo Sanz, puede comprenderse que “Los Solidarios” seguían estando presentes en el campo obrero y militante de Cataluña, aunque muchos de ellos estuvieran exiliados o encarcelados.

Al terminar el año 1929 podía vaticinarse que el fin del régimen dictatorial estaba ya muy próximo, no por la presión popular, sino por el desgaste propio y porque la mayoría de entidades y personas que lo apoyaron comenzaron a darle la espalda. La monarquía entraba en una crisis agónica que ni el más sabio de “los doctores en política” era capaz de suministrarle un medicamento que reactivara sus funciones. Ante tan precaria situación del poder real, cualquier trastorno sólo serviría para acelerar la citada agonía. Las actividades descabelladas de Miguel

194 Narración de Ida Meet.

Primo de Rivera, las contradicciones que él mismo creaba en política y, sobre todo, la creencia del dictador de considerarse “popular”, todo ello, en fin, reunido, precipitaron su caída. El 28 de enero de 1930, el general-dictador se jugó su porvenir y perdió. El rey lo reemplazó por otro oficial, el general Berenguer, viéndose obligado el dimitido a exiliarse en París.

Aparentemente, nada parecía haber cambiado: continuaba el poder dictatorial, continuaba funcionando el mismo aparato represivo, y continuaban vigentes las mismas leyes, y, sin embargo, todo el mundo tuvo la impresión de que el cambio ministerial significaba mucho más que un cambio de personas.

España es el país de las paradojas y de los fenómenos inexplicables. La incongruencia de su historia es la que deja perplejos a no pocos historiadores, que no saben nunca apreciar el trasfondo de las transformaciones políticas. Analizando los cambios sociales y políticos que se operan en España, de acuerdo con las reglas que rigen para otros países, estas reglas siempre fallan en nuestro país y no encuentran aplicación alguna porque la entrada en acción del bajo pueblo, o sea, su irrupción en la historia, siempre ha impuesto situaciones insólitas y giros inesperados. Esta constante propia de España volvió a repetirse con el traspaso de poderes de Miguel Primo de Rivera a Dámaso Berenguer. ¿Qué directivas dio Alfonso XIII a su nuevo primer ministro en materia política? Es indudable que no le impartió la orden de liquidar a la monarquía, sino, por el contrario, que la salvara. En las condiciones en que se encontraba, la monarquía no tenía otra tabla de salvación que la de recurrir a la mano dura y a la represión continuada, como había estado actuando hasta entonces. Cualquier otra orientación y, específicamente, alguna que respirara tolerancia, tenía que tornarse inmediatamente contraria al régimen dominante. Y eso fue lo que ocurrió. En la historia española hay precedentes del mismo tipo y el más concreto y clásico fue aquel que se produjo tras la muerte de Fernando VII en 1833: al “saltar el tapón de la botella” se despararraron por el solar hispano todas las pasiones que el rey difunto había ido comprimiendo por medio de su represión permanente.

Alfonso XIII, entregando el poder de buen grado a Miguel Primo de Rivera, había asesinado él mismo la Constitución de 1876. Los siete años de dictadura aplastaron con su peso todas las libertades públicas: de asociación, de prensa y los derechos individuales. ¿Cómo, de buenas a primeras, podía decir Dámaso Berenguer: aquí no ha pasado nada, y vamos a reconstruir la historia sobre bases liberales y democráticas para la sociedad española? Y así fue, sorprendentemente: con cuentagotas, el general Berenguer quiso iniciar un proceso basado en la idea de volver a las normas constitucionales que regían antes de 1923. Tomando medidas orientadas a tal propósito, el desarrollo de los acontecimientos giró por propio impulso hacia un sesgo alocado, por lo que vino a resultar que a Berenguer se le escurrían de las manos los resortes mismos del poder. El miedo que antes sentían las masas obreras, debido a la represión cotidiana, de repente se invirtió y pasó a situarse en las alturas gubernamentales.

Ese tránsito del miedo en la escala social, vamos a analizarlo como efecto inmediato en la CNT, por la correlación que ésta tiene en la vida de Durruti.

La primera medida que tomó la CNT en Barcelona fue la de publicar un periódico-

dico para ponerse en comunicación directa con la clase obrera. El primer número del semanario titulado *Acción* llevaba fecha del 15 de febrero de 1930. Por aquellos mismos días, la CNT celebraba un Pleno Nacional con asistencia de las regionales de Asturias, León y Palencia, Aragón, Rioja y Navarra y Cataluña y Levante. En el orden del día de dicho Pleno sólo había un punto importante: “Reorganización de la CNT, con la apertura de sus Sindicatos”. El Pleno entendió que no había otra tarea más inmediata que la de poner de pie a la CNT. Quizá hubiera sido importante dilucidar los problemas internos antes de lanzarse a ciegas a una reorganización que en sus cuadros dirigentes evidenciaba diferencias entre sí, a la par que muchos de ellos no participaban de la misma opinión que las regionales reunidas en el Pleno mentado. Y fue por eso que se produjo, paralelamente a las tareas de reorganización, el choque entre la base y la altura. Ese choque lo producía el Comité Nacional fijando, en aquella hora política, la posición de la CNT:

“1. La CNT apoyará a la opinión pública en todo esfuerzo tendente a que sean convocadas unas Cortes Constituyentes.

“2. El restablecimiento de las garantías constitucionales y todos los derechos de la ciudadanía.

“3. La más absoluta y estricta libertad sindical.

“4. El respeto a la jornada de ocho horas y a todas las reivindicaciones que teníamos conquistadas.

“5. Libertad de todos los presos político sociales y la revisión de los procesos”¹⁹⁵.

De los cinco puntos, había algunos sobre los cuales la CNT no se había pronunciado; y, sin embargo, el Comité Nacional, por su parte, fijaba ya su posición política. La mano de Pestaña estaba allí presente.

Inmediatamente se produjo la réplica al Comité Nacional, por atribuirse funciones que no eran de su incumbencia. Tras la réplica, vinieron explicaciones aclaratorias del Comité Nacional, que por mucho que aclarasen, no podían borrar la impresión producida; y de ahí que se reprodujera otra vez una innecesaria polémica escrita que no fortificaba, sino que debilitaba a la CNT en unos momentos en que ésta precisaba de todas sus energías para la ingente tarea de reorganización.

El mundo o mundillo político se reavivó, apareciendo a la superficie insospechados republicanos con alma verdaderamente monárquica. Las dos figuras principales del campo monárquico, pasadas sin transición al campo republicano, fueron Miguel Maura y Niceto Alcalá Zamora; y, en orden de importancia, el célebre político monárquico José Sánchez Guerra, que llegó incluso a declarar hostilidad a Alfonso XIII.

Tras la toma de posición republicana de los citados monárquicos, los republicanos liberales y socialistas también hicieron las suyas, encontrándose en todos los campos un muestrario apresurado de soluciones para todos los problemas del país.

195. *Acción Social Obrera*, Sant Felú de Guíxols, núm. 91, del 5 de abril de 1930. Artículo “Nuestra posición en el momento actual”.

Fue ése un momento político verdaderamente demencial. Los prohombres políticos hablaban y prometían como si realmente hubiera tras ellos una multitud representada. Aquella locura política e ideológica contagió a alguno de los hombres representativos de la CNT, como Juan Peiró y Pere Foix (Delaville), entre otros. Estos, aunque a título personal, dieron su firma al “Manifiesto de la Inteligencia Catalana”, que se hizo público en el mes de marzo. Entre otras cosas, los firmantes de casi todos los partidos políticos Catalanes se pronunciaban por una República federal.

Tierra y Libertad, semanario anarquista, que hacía su segunda aparición el 19 de abril, retrataba aquel momento político con una sátira política que titulaba: “Hay en España 36 partidos”, y a continuación pasaba a su enumeración: “36 partidos y ni uno menos. Hemos hecho la estadística, y resulta que a estas horas contamos con 36 programas, redactados por personajes de la izquierda, de la derecha y del centro. Para leer los manifiestos y notas oficiosas de las distintas agrupaciones políticas, se necesitan unas cuatro horas y media diarias, con el agravante que no nos enteramos apenas de nada. Todas las apelaciones y todas las arengas callan lo principal: que sus autores aspiran a gobernarnos, es decir, a comérsenos por los pies”¹⁹⁶.

Unos días más tarde, tras la publicación de este texto, concretamente el 27 de abril de 1930, la CNT convocaba un mitin en el que dos de los oradores estaban invalidados para hablar en nombre de la CNT. Nos referimos a Juan Peiró y a Angel Pestaña. Peiró se recuperó a sí mismo en muy poco tiempo. Primero mandó una carta abierta, después de la firma del manifiesto, a *Acción*, en la cual se daba por dimitido de todos sus cargos en la CNT, y poco después retiraba la firma del manifiesto. El problema de Pestaña era más complejo, pues “pensaba una cosa y luego no la decía”, es decir, con él siempre se estaba sobre terreno resbaladizo. No obstante, se llegó al mitin, que se celebró en el Teatro Nuevo del Paralelo, en Barcelona. Fue un éxito de público, capaz de llenar por dos veces el teatro. El mitin era de afirmación sindical, orientado a impulsar el proceso de reorganización de la CNT iniciado en febrero. Los oradores eran, además de los dos ya mencionados, Sebastián Clará y Pedro Massoni. El público escuchó con entusiasmo a Clará y a Massoni, con menos entusiasmo a Pestaña, y con rumores de oposición a que hablara Juan Peiró. Este, desde la tribuna, hizo profesión de fe anarcosindicalista, anunciando que había retirado su firma del manifiesto. Los presentes, dominados por el optimismo, recibieron con aplausos la determinación de Peiró, como queriendo sentirse propensos a olvidar el traspie que se había dado en razón de la urgente recuperación de la CNT.

196. *Tierra y Libertad*, núm. 2, del 19 de abril de 1930, Barcelona.

El asesinato de Fermín Galán

La pronta y extraordinaria recuperación de las fuerzas sindicales de la CNT, la repercusión de sus mítines sobre los obreros y la difusión de su prensa, iban a hacer de ella la organización proletaria más importante del país. Dicha afirmación anarcosindicalista comenzó a llenar de espanto no sólo a las clases dirigentes de la monarquía, sino también al grupo de políticos que conspiraban contra ella. Pero si a todos los citados llenaba de temor, a los exiliados en Francia y en Bélgica los colmaba de satisfacción, dando por buenas las privaciones pasadas y las persecuciones sufridas. Era la hora de la cosecha y la cosecha se presentaba buena. Muchos de estos refugiados, alentados por la lucha que se llevaba a cabo en España, no quisieron esperar la llegada de la República y, con ella, la amnistía política, optando por cruzar la frontera clandestinamente. Entre los que tomaron tal determinación en París se hallaba Juan Manuel Molina, el cual se haría pronto famoso a través de su pseudónimo de “Juanel” —al frente de *Tierra y Libertad* y de su editorial “Etyl”, debido a los numerosos procesos por “delito de prensa” que iban a llover sobre su persona.

Para los desterrados en Bruselas, el resurgir confederal y anarquista en España representaba una alegría cosquilleante pletórica de tentaciones que les incitaba a incorporarse también al proceso revolucionario. Pero la voz de la prudencia de un Liberto Callejas o de un Emeterio de la Orden, frenaba los primeros y generosos impulsos de Ascaso y Durruti. Efectivamente, la hora de ellos aún no había llegado. En España todo seguía en pie, y el viejo aparato judicial se pondría pronto en marcha, si antes los sicarios de Martínez Anido no les acribillaban a balazos para pedirles cuentas de sus pasadas actividades. Era, pues, necesario esperar. Pero la espera no sólo era larga, sino que estaba preñada de dudas e inquietudes: la reorganización de la CNT se hacía bien y el anarquismo parecía también recuperarse, pero había en el fondo del mencionado proceso contradicciones que repercutían en las determinaciones a tomar. La acción de esas dos fuerzas antagónicas que eran el pestañismo y el anarquismo, tirando cada una para sí, frenaba la marcha de la CNT y, con ello, se impedía la radicalización del proceso revolucionario.

Mientras tanto, las noticias que llegaban de España eran todas ellas optimistas para los inmovilizados en Bruselas: la CNT se recuperaba aceleradamente en el País Valenciano; ganaba posiciones en Aragón; se abría camino, aunque difícilmente, en Madrid; cojeaba en Sevilla, por los manejos stalinianos de dos excenecistas, José Díaz y Manuel Adame, los cuales pretendían hacer de la CNT de la localidad un apéndice del engendro moscovita (el PC). Pero donde alcanzaba el cenit era en Cataluña y, sobre todo, en Barcelona. El Sindicato de la Construcción, con cuarenta y dos mil afiliados, había elegido como presidente a

un "solidario", Ricardo Sanz; el Sindicato de Metalurgia, recuperado también, había puesto su veto a Pestaña para el cargo de secretario general de la CNT. Y lo asombroso era que el potencial obrero del Arte Fabril y Textil de Barcelona daba su adhesión a la CNT, como determinación de una asamblea general de delegados de fábrica celebrada el 29 de abril de 1930 en el cine Meridiana de la barriada del Clot. Dos mil delegados, representando el mundo proletario de las diversas secciones de la profesión textil, habían aprobado por aclamación su ingreso a la central obrera CNT.

El resto de las provincias catalanas no iba a la zaga de la capital. El 17 de mayo se había celebrado un Pleno Regional en el que se planteó la necesidad de que apareciese el diario confederal *Solidaridad Obrera*. El 6 de julio, otro Pleno Regional, en el que estaban representadas veintidós localidades, decidía la fecha del 1 de agosto para el primer número de *Solidaridad Obrera*.

El 27 de junio quedó formalizado el secretariado del Comité Nacional de la CNT, sin Pestaña. El secretario general era Progreso Alfarache, y otro de sus componentes, Manuel Sirvent, era a la vez miembro del Comité Peninsular de la FAI ¹⁹⁷.

Paralela a la reorganización de la CNT, los grupos anarquistas preparaban un plan de subversión proyectado por el capitán Alejandro Sancho, muy ligado a la FAI. El plan consistía en hacer estallar motines y huelgas en varias capitales importantes, y acto seguido provocar un movimiento que se pensaba apoyar en una línea que comprendiera Bilbao, Logroño, Zaragoza, Calatayud, Teruel, Sagunto y Valencia, quedando entregada Andalucía a la exaltación obrera que la ola revolucionaria habría de producir. Cortadas las comunicaciones, obligado el Gobierno a atender muchos puntos y aislada Cataluña del resto de España, ya no quedaba otra tarea que armar al pueblo, para lo cual bastaba con asaltar la Maestranza y el Parque de Artillería de Barcelona, donde abundaban los fusiles, las municiones y otros artefactos de guerra ¹⁹⁸.

Para llevar a término este plan subversivo, se formó un Comité Revolucionario en Cataluña de carácter técnico-militar, el cual quedaría enlazado con el Comité Regional de la CNT de Cataluña. El mismo quedó integrado con el capitán Alejandro Sancho, por los técnicos; el estudiante y oficial de teléfonos, Ricardo Escrig, por los estudiantes afines a la FAI; Manuel Hernández, por el Comité Peninsular de la FAI; y Bernardo Pou y J. R. Magriñá por el C. R. de la CNT de Cataluña.

La recuperación del movimiento obrero de tendencia anarcosindicalista era un aspecto del proceso que se había iniciado tras la toma del Gobierno por Dámaso Berenguer; pero, a la par, no debían perderse de vista los aspectos negativos de dicho proceso, ya que de ellos brotaría la contrarrevolución disfrazada

197. Bernardo Pou y J. R. Magriñá, *Un año de conspiración, Barcelona, 1931*. Seguimos este texto para describir la reorganización de la CNT.

198. *Idem*.

demagógicamente de revolucionaria.

La contrarrevolución encontró a su hombre idóneo, el cual logró hacer girar en torno suyo a toda la oposición y a la monarquía. Ese hombre fue Miguel Maura, hijo de Antonio Maura, del que podemos decir lo siguiente: “De tal palo, tal astilla”.

Miguel Maura, monárquico hasta la médula, vio claro, desde los primeros momentos en que se inició el vertiginoso proceso de descomposición de la aristocracia y de la monarquía, que la mejor manera de salvar los intereses de las capas privilegiadas, e incluso al mismo poder monárquico, era pasándose con armas y bagajes a la oposición y declararse republicano. Así se lo expresó al rey, antes de su declaración de “fe modestamente republicana liberal de derechas”. “Si las demás personas de nuestro partido siguen mi camino —manifestó—, no solamente formaremos una “colchoneta” para que en la caída la monarquía no sufra daño alguno, sino que lograremos un cambio político, maquillando simplemente el escudo real”¹⁹⁹. Pero “los socios” del partido de Miguel Maura, perezosos hasta la saciedad, pensaron que dejando las manos libres a Maura lo demás vendría por añadidura. Sólo hubo uno de los amigos de Maura, pasante del Conde de Romanones, que, seguramente siguiendo las órdenes de éste, ganó las posiciones republicanas, declarándose, aún más modestamente que Maura, republicano en abril de 1930. Este hombre era Niceto Alcalá Zamora, ex ministro de la Guerra de Alfonso XIII.

Miguel Maura y Niceto Alcalá Zamora veían con escalofríos el resurgir de la central sindical cenetista y cómo su potencial obrero, sobre todo en Barcelona, comenzaba a imponer su propia ley a la patronal catalana desafiándola con importantes huelgas. El proceso revolucionario, se decía Maura, actúa como un caballo desbocado. El Gobierno de Dámaso Berenguer, después de haber puesto en marcha la maquinaria, resulta incapaz de controlarla y es esclavo del mecanismo que él mismo ha hecho funcionar.

“Si dejamos —se repetía Maura— que este proceso sin dirección y sin control se desarrolle, sus resultados no pueden ser otros que una revolución profunda en la que no quedará del viejo Estado monárquico nada en pie: la ola popular lo barrerá todo y España será un inmenso “soviet” y anarquista, por añadidura”.

¿Cómo dominar tal situación, en qué fuerzas apoyarse y cómo poder imponer una dirección al movimiento popular y lograr que éste se transforme en masa obediente a dicho cetro directivo? No bastaba ya a Maura el ser republicano, sino que las circunstancias le obligaban a hacerse “revolucionario”. Pero ¿apoyándose en quiénes y en qué?

La única fuerza política que podía apoyar a Maura a hacer triunfar su contrarrevolución era el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores, obediente a este partido. La razón principal de la eficacia de la citada fuerza residía en que era la única formación política que entraba en el proceso revolucionario con un dominio absoluto de sus fuerzas y con estructuras de orga-

199 Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Ed. Ariel, Barcelona, 1966.

nización de partido y sindical casi intactas. Ello se debía a no haber sufrido las consecuencias de la represión gracias a que se sometió a la Dictadura. Además, Maura podía maniobrar bien si contaba con el apoyo de Indalecio Prieto, opuesto a la línea política adoptada por el PSOE ante la Dictadura, y, como consecuencia de ello, más popular que Largo Caballero, quien había sido consejero de Estado con Primo de Rivera.

Llegado Maura a este punto en sus reflexiones ya no le era lícito perder más tiempo. Conferenció con Prieto, y una vez los dos de acuerdo, pasó el Rubicón, convocando la reunión de “líderes” políticos “irrepresentativos”, o sea, sin masa tras ellos, el 17 de agosto de 1930, en el Ateneo de San Sebastián, en cuya reunión iba a “cocinarse” el llamado Pacto de San Sebastián.

Los asistentes a esa célebre reunión fueron: Alejandro Lerroux, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Angel Galarza, Manuel Azaña, Santiago Casares Quiroga, Manuel Carrasco i Formiguera, Matías Mallol, Jaime Aiguader, Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. Este puñado de hombres tenía la pretensión de representar los esperpentos políticos siguientes, participando un número determinado de miembros de cada partido: Alianza Republicana (1), Partido Radical Socialista (3), Izquierda Republicana (1), Federación Republicana Gallega (1), Acció Catalana (1), Acció Republicana de Catalunya (1), Estat Català (1), Derecha Liberal Republicana (2). Indalecio Prieto y de los Ríos se representaban a sí mismos. Estaban también como invitados de honor Felipe Sánchez Román (jurista), Eduardo Ortega y Gasset (jurista) y Gregorio Marañón (médico). Las profesiones de los representantes políticos eran: Indefinidas (2), Maestro de Escuela (1), Historiador (1), Catedrático de Literatura (1), Abogado-escritor, con aficiones a temas guerreros en tiempo de paz (1), Abogados (3), Economistas (2), Médico (1), Indefinida, con pretensiones periodísticas y economista autodidacta (1).

¿Qué se trató en esa reunión?

“Se trató de la preparación de un movimiento revolucionario en el que pocos, muy pocos, tenían fe, pero que se consideraba indispensable como arma de desgaste y señal de alarma para los gobernantes. A continuación se nombró un Comité Ejecutivo Revolucionario, que llevaría la dirección de la política republicana y la del movimiento, si éste llegaba a ser necesario. Figuraban en este Comité: Alcalá Zamora, como presidente; Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz y Miguel Maura”²⁰⁰.

La primera gestión que hizo dicho Comité fue ponerse de acuerdo con el Partido Socialista, el cual daba su adhesión “al pacto”, bajo la condición de que se le dieran cuatro Ministerios en el Gobierno republicano. Caso de que estallara el movimiento, el Partido Socialista se comprometía —por medio de la UGT— a declarar la huelga general, pero eso sería después que la tropa afecta al Comité Ejecutivo estuviera en la calle haciendo armas contra los monárquicos.

Miguel Maura había obtenido, como buen abogado, las mejores condiciones

de rendición para la monarquía. Ciertamente que aún existía una fuerza política y obrera con la cual no se había tratado ni comprometido en nada, es decir, la CNT y la FAI. Además, se encontraban los militares afectos a tales organizaciones, como los capitanes Alejandro Sancho y Fermín Galán, quienes, si bien no pertenecían a la FAI, estaban muy ligados a esta organización, y que, por otra parte, al igual que otros oficiales jóvenes, planeaban movimientos subversivos, siendo algunos de estos proyectos suficientemente serios. ¿Cómo desmontar todas las citadas operaciones que tramaban los anarquistas, y cómo impedir que la CNT interviniera directamente en el proceso de traspaso de poderes sin alterar las maniobras de los politiqueros? Miguel Maura no tenía remedios para esos males. El truco de los Ministerios quizá hubiera podido marchar dominando a la CNT la fracción pestañista; pero la influencia de la FAI en la CNT hacia ilusoria cualquier pretensión de ese tipo. En tal situación, el mejor remedio era la estaca... Y la estaca la tenía en la mano un general muy monárquico y amigo de Maura: Emilio Mola, director general de Seguridad. Con un buen manejo de la estaca por Mola, y con una dosis de diplomacia del Comité Ejecutivo, se podrían desbaratar los planes subversivos de los capitanes anarquistas, y encarcelar a los más revoltosos de los obreros, con una clausura general de los sindicatos que desorganizara a la CNT. Ni más ni menos, ése fue el plan que se trazaron Maura y Mola. La primera medida práctica del plan fue la circular de Mola a todos los gobernadores para que el 11 de octubre se iniciara una redada en los medios de la CNT y de la FAI.

El resultado de esa *razzia* fue la detención de Alejandro Sancho, que murió en prisiones militares, Ramón Franco, Ricardo Escrig, Angel Pestaña, Manuel Sirvent, Pere Foix, Sebastián Clará y una cantidad de militantes, componentes de comités de sindicatos, por los cuales éstos, sometidos a la clandestinidad, perdían la coherencia de su fuerza.

Esta redada de anarquistas y militares insurrectos determinó la importancia del general Mola, quien con su acción brindaba beneficios a los conspiradores de San Sebastián, pues prácticamente les había dejado el campo libre para sus maniobras políticas. Quizá, sin darse cuenta, Mola había cambiado el curso de la historia. De haberse podido desarrollar el complot abortado —con las detenciones de Barcelona—, hubiera tenido como consecuencia una revolución política y social que hubiese asegurado el porvenir de la República. Pero la suerte estaba ya echada. Y la detención de los anarquistas obró en favor de los conspiradores, ya que atrajo hacia su campo la adhesión de muchas de las tropas que se encontraban bajo las órdenes de Mola. Detrás de estos movimientos, urdiendo la trama de los acontecimientos y planificando el futuro, se encontraba Miguel Maura, quien prácticamente colocaba también a Mola entre sus piezas de ajedrez.

La historia se hace y se deshace muchas veces gracias al azar, y el azar quiso poner en las manos de Mola, el 12 de noviembre, una circunstancia que determinaría la preponderancia de los conspiradores. Ese día 12 de noviembre se produjo un terrible accidente en una casa mal construida de la madrileña calle de Alonso Cano. Cuatro obreros que se encontraban trabajando en ella murieron en su hundimiento. España entera se estremeció, hipersensibilizada como estaba por la inestabilidad política que vivía. Los obreros de la construcción de Madrid se

declararon en huelga y organizaron un entierro masivo para sus compañeros. La policía intervino pretendiendo disolver la manifestación, y al disparar sus fusiles causó dos víctimas obreras. Se declaró la huelga general en Madrid, y Barcelona se solidarizó con los madrileños, declarándola también. La represión en Madrid fue tibia, por estar los socialistas al frente de la UGT, pero en Barcelona fue terrible; se clausuraron todos los sindicatos de la CNT y se llenaron nuevamente las cárceles con militantes cenetistas. Tras tan dura represión, la CNT quedó prácticamente copada, asestando con ello un rudo golpe al proletariado español, ya que Barcelona representaba la fuerza motriz del movimiento obrero en España.

En el despacho del general Mola, los problemas de orden público se amontonaban, y el último acontecimiento era la noticia de la fuga del comandante de aviación Ramón Franco, detenido el 11 de octubre por conspirar con los anarquistas. Era el 25 de noviembre. ¿Qué haría Ramón Franco? ¿Se uniría a Fermín Galán, quien apasionadamente continuaba llevando a término sus preparativos de pronunciamiento militar? Mola sentía una profunda amistad por Fermín Galán, la cual databa de la época en que ambos habían estado en Marruecos. El general Mola sabía que la conspiración de Niceto Alcalá Zamora era una patraña, y que Fermín Galán iría solo a la sublevación. ¿Qué hacer, pues, para detenerle en su propósito? Mola no encontró otro recurso a mano que la pluma, y escribió una carta a Fermín Galán, fechada el 27 de noviembre de 1930. En dicha carta, decía:

“Sabe el Gobierno y sé yo de sus actividades revolucionarias y sus propósitos de sublevarse con tropas de la guarnición; el asunto es grave y puede acarrearle daños irreparables (...). Le ruego medite sobre lo que le digo y, al resolver, no se deje guiar por un apasionamiento pasajero, sino por lo que le dicte su conciencia”²⁰¹.

¿Buscaba la muerte Fermín Galán? Tal cosa no se sabrá jamás. El caso fue que Galán resolvió en conciencia, dándose el derecho de pensar —a costa de su vida— si era verdad que existía en España un propósito revolucionario en los Cuartos de Banderas y en las reuniones políticas de los dirigentes de Madrid.

“Galán, como expresamente manifestó aquellos días febriles, está harto de los fracasos de 1926 y no deseaba contar ni con los generales pseudorrevolucionarios al estilo de Blázquez, ni con políticos oportunistas como eran para él prácticamente todos los “telefónicos” (se refiere a los que constituían el Comité Ejecutivo Revolucionario). La mayoría de los soldados de Jaca le adoraban y le seguirían a donde él les guiase. Había conseguido la adhesión de bastantes oficiales, incluso de hombres tan conservadores y católicos como el capitán de ametralladoras

201. Fermín Galán Rodríguez (4 de octubre 1899-14 de diciembre 1930). Autor de un libro escrito durante su encarcelamiento en Montjuich (1926-1930), titulado *Nueva creación*, de inspiración anarquista y publicado por Ediciones Cervantes, de Barcelona, en 1930. José Arderius le consagra una biografía publicada en 1931, *Vida de Fermín Galán*. Parte de su correspondencia fue publicada por Antonio Leal y Juan Antonio Rodríguez, *Lo que se ignoraba de Fermín Galán*, Barcelona, 1931. La carta que citamos de Mola la recoge Ricardo de la Cierva en su artículo “La sublevación de Jaca...”, publicado en *Historia y Vida*, núm. 33, diciembre de 1970

Angel García Hernández; otros compañeros se oponían a sus quijotadas, pero al menos sesenta oficiales y suboficiales de Jaca estaban con él”²⁰².

Cierto que Galán había perdido el punto de apoyo más importante después de la detención de Alejandro Sancho y la caída de todo el Comité Revolucionario de Cataluña. Pero, repetimos, a él le sobraba derecho de intentar llevar a término una sublevación. Era ésa la manera más abierta y franca de poner a prueba a todos los conspiradores. Y si éstos le dejaban en la estacada, la clase obrera tenía la obligación de extraer lecciones y tomar sus medidas para no ser carne de cañón manejada por los traidores del Comité Ejecutivo de Madrid. Y Galán sabía que la vida le iba en ello. Dejemos ahora de lado si buscaba la muerte o no.

La huelga general que la CNT había declarado en Barcelona en noviembre, en solidaridad con Madrid, se mantuvo desde el 16 hasta el 22. Después vino la represión. Y en plena represión fue cuando el Comité Ejecutivo de Madrid tuvo el primer contacto con la CNT. Miguel Maura y Angel Galarza se desplazaron a Barcelona. Entrevistaron a Peiró, presentándole la cuestión de “que en el caso de que hubiese un movimiento revolucionario, ¿la CNT lo apoyaría declarando la huelga general?”²⁰³. Peiró, que era director de *Solidaridad Obrera*, contestó que lo transmitiría al Comité Nacional. Como éste no tenía potestad para decidir, convocó un Pleno Nacional, el 15 de noviembre, y en éste se acordó, con la oposición de la regional de Levante, “que se estableciera una inteligencia con los elementos políticos, al objeto de hacer un movimiento revolucionario”²⁰⁴. Esta resolución era un franco paso atrás. Hasta aquel momento, la posición de la CNT había sido “conspirar, sin compromisos ni pactos con los elementos políticos”. ¿Qué había pasado? El cambio de táctica puede explicarse por diversas razones: el desgaste de fuerzas en conflictos huelguísticos en Barcelona, como el sostenido contra la Compañía de Tranvías, provocado por el gobernador, que se negaba rotundamente a reconocer al Sindicato del Transporte; la represión del 11 de octubre, que privaba a la CNT de su aparato conspirativo militar, y la represión que siguió posteriormente en noviembre. En conjunto, pensamos que todo ello debilitó la fuerza de la CNT y la influencia de la FAI. En el descenso del radicalismo revolucionario debió aflorar la posición de “pausa” —preconizada por Peiró y Pestaña, buscando una entente con los elementos políticos— a fin de desviar la represión directa contra la CNT, aunque esto último estaba fuera del pensamiento del general Mola, pues éste no veía ante sí más enemigo que la CNT, sea orientada por Pestaña, sea orientada por Alfarache. Y de esa misma opinión era Miguel Maura, quien no se recata en repetirlo y hacerlo público en la obra que escribió sobre dichos acontecimientos años después²⁰⁵.

202. Ricardo de la Cierva. Artículo citado.

203. Miguel Maura, op. cit.

204. José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971.

205. Miguel Maura, op. cit.

Con la entrada de diciembre de 1930, se camina derecho al fin del primer y más dramático acto de la revolución de 1931.

El Comité Revolucionario de Madrid fija una fecha hipotética: "Hacia mediados" de diciembre, pero antes había fijado la del 12 de diciembre. Diríase que Madrid lo que desea es que no se lance nadie a la calle, pues con consignas de ese tipo —nada concretas-, cada conspirador puede elegir la fecha que mejor le convenga, o no elegir ninguna y quedar a la expectativa para una vez pensado mejor, no moverse. En resumen, fue eso último lo que ocurriría en diciembre.

Fermín Galán se acogió a la primera fecha, es decir, la del 12 de diciembre, y comenzó los preparativos del alzamiento militar para la salida del alba de ese día.

La fecha se aproxima y Galán se inquieta porque no viene a Jaca su enlace con Madrid, el periodista Graco Marsá. En las primeras horas del día 11 de diciembre cursa un telegrama cifrado a Madrid: "Viernes, día 12, enviad libros". En la clave convenida eso significaba: "El día 12 me sublevo". Este telegrama lo recibió el Comité Revolucionario el mismo día 11 por la mañana. Mientras tanto, el citado Comité había fijado ya la fecha del día 15 para el levantamiento general. ¿Qué hace el Comité Revolucionario de Madrid ante el telegrama recibido? Los "telefónicos" olvidan el telégrafo, y, en vez de enviar un telegrama a Galán confirmándole la fecha del 15 de diciembre, recurren a la conspiración barata de utilizar al periodista Graco Marsá, acompañado de Casares Quiroga, para que salga hacia Jaca con el fin de disuadir "al loco de Galán que no haga locuras". Los emisarios salen de Madrid a las once de la mañana del día 11 de diciembre. Tardan siete horas en llegar a Zaragoza. ¿Qué hicieron en Zaragoza esos delegados? ¡Misterio! Lo único que se sabe es que habiendo llegado a Zaragoza a las seis de la tarde del día 11, llegaron a Jaca a la una de la madrugada del día 12. Una vez arribados a dicha población, lo primero que hicieron fue buscar un hotel. Galán se hospedaba en el hotel Mur. Los delegados de Madrid, por su parte, tomaron cama en el hotel La Palma, en la calle Mayor, a dos pasos de donde se hospedaba "el loco de Jaca". "Marsá propone establecer contacto con Galán, pero Casares Quiroga le disuade diciéndole que rendidos como están, lo mejor es irse a dormir"²⁰⁶.

A la misma hora en que Graco Marsá y Casares Quiroga deciden dormir a pierna suelta, en la habitación que ocupa Galán en el hotel Mur se hallan reunidos varios de los oficiales más comprometidos en el alzamiento. Están dando los últimos toques a su plan de batalla, y terminan hacia las cuatro de la madrugada. A esa hora, Galán se dirige al cuartel de la Victoria y despierta a los soldados al grito de: "Viva la República!". Los soldados le aclaman. Y la sublevación comienza, "mientras los emisarios de la República dormirían aún, a pierna suelta, durante unas horas, sin enterarse de nada".

Los militares comprometidos en Barcelona fueron contactados por el Comité Regional de la CNT para recordarles que no se podía dejar abandonados a los sublevados de Jaca. Se encogieron de hombros y no movieron un solo dedo para

correr en su ayuda. La guarnición de Lérida, también contactada por los mismos hombres del Comité Regional de la CNT —Bernardo Pou y J. R. Magriñá—, tampoco se movió ²⁰⁷. Al amanecer del día 13 de diciembre, los sublevados entablaron en Cillas combate contra la guarnición de Huesca, mandada por el general Las Heras. Fue un combate sin gloria alguna ni para los derrotados ni para los vencedores... Fermín Galán pudo haber huido, como lo hicieron algunos de sus compañeros, aconsejados por él mismo, pero él no quiso y se entregó prisionero. Pocas horas después del combate compareció, junto con varios de sus compañeros de armas, ante un Consejo de Guerra. De los ocho reos, dos fueron condenados a muerte: Fermín Galán y su buen amigo García Hernández. A las 14 horas del día 14 de diciembre de 1930 se cumplieron las sentencias.

El capitán García Hernández pidió los auxilios espirituales. Fermín Galán rechazó con respeto al capellán: “Comprenderá usted que no voy a cambiar en un momento, y menos en estas circunstancias, la actitud de toda una vida”. Los dos capitanes pidieron morir sin vendas en los ojos y de cara al pelotón. Cuando se despidió de sus ejecutores, Galán les dijo: “¡Hasta nunca!” Y les saludó con la mano ²⁰⁸. Con Fermín Galán y García Hernández, la República quedaba acribilada a balazos...

El 15 de diciembre de 1930, como era de esperar, la sublevación de Niceto Alcalá Zamora no tuvo lugar. Los miembros del Comité Revolucionario que habían hecho público el célebre manifiesto “Por qué nos rebelamos”, se fueron tranquilamente a dormir a sus casas respectivas en la noche del 14 al 15 de diciembre. La policía los detuvo a todos, mientras tomaban el baño o almorzaban el día 15 de diciembre. Los detenidos fueron conducidos, con mucho miramiento, a la cárcel del Modelo de Madrid, donde el director de la misma les tenía preparadas las “celadas de pago”, con doméstico a la puerta incluido.

Mientras “los supremos componentes del Comité Ejecutivo Revolucionario”, que desde agosto llevaban preparando el gran alzamiento, entraban mansamente en la cárcel, en la calle quedaban abandonadas sus tropas. Pero como en realidad, la única tropa que iba a jugarse el todo por el todo era la clase obrera, y como ésta no tenía confianza alguna en ellos —ni la socialista—, no echaron realmente en falta a sus “dirigentes”.

Mal preparado el alzamiento militar y maltrecho el movimiento obrero, particularmente en Barcelona —abatido a la vez por no comprender lo que había sucedido en Jaca—, la huelga general fue pacífica en la capital catalana y apenas manifiesta en Madrid. Sin embargo, en Asturias, que hasta entonces no había entrado en lucha, la presencia proletaria se hizo hondamente sentir en la calle, protagonizando enfrentamientos duros con la fuerza pública, particularmente en Gijón.

Desde el punto de vista revolucionario, el balance era negativo, máxime si

²⁰⁷ Pou y Magriñá. *op. cit.*

²⁰⁸ Ricardo de la Cierva. Artículo citado.

tenemos en cuenta que la poca organización subversiva que existía en Barcelona se hundió tras el intento de asalto al campo de aviación de El Prat de Llobregat, asalto que fracasó porque los oficiales comprometidos en el alzamiento, en el momento decisivo de la acción, se echaron hacia atrás. Lo único positivo que la clase obrera podía sacar como lección eran las mismas conclusiones que extrajo de la huelga general del mes de agosto de 1917: entonces, la clase obrera rompió los puentes que la unían a los partidos políticos de la oposición. Por tanto, también en esta ocasión cabía pensar que, tras una oportuna reflexión, haría lo mismo buscando ya, de una manera definitiva, su propia suerte independientemente...

Antonio Elorza, estudiando las consecuencias que tuvo para la CNT el movimiento de diciembre, escribe: "...Los sindicatos, que en Barcelona sólo habían recuperado la normalidad tras la huelga de noviembre, el 30 de diciembre fueron cerrados con motivo de la huelga general política. Y esta vez, la Confederación había proporcionado el pretexto que faltaba a Mola para acabar con el sindicalismo revolucionario. Así lo había manifestado en una conferencia de gobernadores, celebrada el 7 de diciembre, y la huelga reafirmaba la oportunidad de tal medida: por "la actitud revolucionaria de la CNT, se aprovechó para disolver sus sindicatos, lo que constituía una verdadera necesidad"²⁰⁹. Los que en el Pleno Nacional de la CNT de noviembre habían facilitado la "inteligencia con los partidos políticos registraban ahora en su propia carne los resultados de su postura, pues varios de ellos —Ángel Pestaña y miembros del Comité Nacional— se encontraban entre los cien militantes que habitaron en diciembre las celdas de la Modelo, para no salir de ellas hasta el 24 de marzo de 1931.

Tomamos de Elorza otra cita que ilustra lo que fue para la CNT el primer trimestre de 1931: "En los tres primeros meses de 1931, la preocupación fundamental en los medios confederales será la reapertura de los sindicatos clausurados una vez más. Salvo en la menor eficacia del aparato represivo, todo recordaba a la situación de la Dictadura, incluso en las instrucciones gubernativas de perseguir a quienes efectuasen la cotización"²¹⁰.

En el mencionado trimestre que precedió a la proclamación de la República, fueron tres los personajes del régimen que, consciente o inconscientemente, trabajaron por ella: el Conde de Romanones, Emilio Mola y José Sánchez Guerra. La actuación tripartita de las citadas figuras se complementó a las mil maravillas: Mola, manteniendo por la represión fuera de toda actividad a la CNT; el Conde de Romanones, provocando la crisis de febrero y, con ella, la caída del general Dámaso Berenguer y la entrada del almirante Aznar; y, por fin, Sánchez Guerra, al negarse a formar Gobierno el 17 de febrero, si no era con personalidades del Comité Ejecutivo Revolucionario que se encontraban presas en la Modelo. Con una monarquía carente de poder *real*, sólo podían ocurrir dos cosas: o una revuelta popular, cuyo alcance nadie podía prever, o la proclamación de la República,

209. Antonio Elorza "La CNT bajo la Dictadura (1923-1930)", Ediciones Ministerio de Trabajo, *Revista de Trabajo*, núm. 44-45, 1973.

210. *Idem.*

entregando el poder a un equipo de hombres que “se habían juramentado mantenerse unidos para proclamar una República que no alterase en nada las bases económicas y sociales de España”. Y esto último fue lo que ocurrió el 13 de abril de 1931.

Puede considerarse como “ópera bufa” la parte de historia política que va desde enero hasta el 12 de abril de 1931. En ella destaca la cobardía generalizada en los medios monárquicos —teniendo a su cabeza al Conde de Romanones— y manifestada en febrero cuando el Conde provoca la crisis que ocasionaría la caída de Berenguer.

Del motivo de la crisis vale la pena hablar. Berenguer y Alfonso XIII habían llegado a la conclusión de que la única manera de salvar a la monarquía era convocando elecciones generales. La jugada era buena y, a pesar de la postura de la oposición, anunciando que se abstendría, estamos seguros de que, al final, de haberse llevado adelante el proyecto electoral, la oposición —que en aquel caso era el Partido Socialista—, ateniéndonos a la línea que había venido observando con la Dictadura de Primo de Rivera, no resulta aventurado afirmar que se hubiera lanzado a la *melée* comprometiéndose en “el juego”.

¿Qué ocurre en todas las campañas electorales? ¿Cómo actúan los políticos “más radicales” en dichas campañas? ¿Qué buscan y qué medios piensan utilizar? Por descontado, los medios nunca son revolucionarios. Los políticos de la oposición intentan siempre presentarse como “buenos hermanos”, haciendo guiños a todo el mundo para obtener el mayor número de votos posible, etc., etc., etc. Los únicos que podían fastidiar la campaña electoral, denunciando una vez más la trampa de las normas, eran los anarquistas; y, a éstos, Mola se había encargado de tenerlos desorganizados y a “la sombra”. Y como resultado de esas elecciones generales —si nos atenemos a los resultados de las municipales del 12 de abril—, los monárquicos hubieran sacado una mayoría parlamentaria, ya que los resultados de las municipales fueron: veintidos mil ciento cincuenta concejales monárquicos y cinco mil ochocientos setenta y cinco concejales republicanos.

Hay a nuestro favor otro argumento de peso a considerar pues quien abrió las puertas de la cárcel a los presos que integrarían el futuro Gobierno provisional de la República, posibilitando con ello el advenimiento de la República (porque la República la trajeron los monárquicos primero, impulsándola a la calle y saltándose a la torera los resultados oficiales de las elecciones), fue, repetimos, el Conde de Romanones, el cual marcó a la monarquía la línea política a seguir desde febrero de 1931 hasta el 13 de abril. Nuestro argumento nos lo suministra el propio Miguel Maura a través de su libro en el que se destacan dos cosas: que la oposición no quería una revolución social, ni tan siquiera política, y que la oposición tampoco tenía fe en la proclamación de la República. Escribe Miguel Maura: “Ya casi de día (13 de abril), hacía las cinco de la madrugada, abandonábamos la Casa del Pueblo Largo Caballero, Fernando de los Ríos y yo. Fatigados y silenciosos, bajamos a pie y marchando despacio, hasta el paseo de Recoletos. De pronto, Fernando, dijo:

“ El triunfo de hoy nos permite acudir a las elecciones generales que se celebrarán en octubre, y entonces el éxito, si es como el de hoy, puede traernos la

República”.

“Miré a Largo, y con asombro vi que asentía a ese peregrino argumento. Por lo visto, ni el uno ni el otro habían medido las consecuencias inevitables de lo que había acontecido en la jornada”.

Miguel Maura, según él, les dijo que, “antes de cuarenta y ocho horas estarían gobernando”.

“Me llamaron iluso, y nos despedimos, tomando cita para unas horas más tarde en mi casa, que venía siendo, desde el primer momento, el cuartel general del Comité” ²¹¹.

211. Miguel Maura, *op. cit.*

«¡Visca Macià!, ¡Mori Cambó!»

Todo comenzó en un santiamén hacia las 13 horas de aquel 14 de abril de 1931, con estampas de bandera tricolor en la calle. Todo fue espontáneo, sincero, entusiasta. Las banderas se confeccionaron en un abrir y cerrar de ojos, con retales de tejidos, en las mismas fábricas textiles.

“¡A Barcelona!”, se gritó en las fábricas. Y uno a uno fueron parándose los telares, las otras máquinas y los trabajos de manutención, cerrándose las tiendas, los comercios, los bares...

Paralizadas las fábricas y los obreros en las calles, éstas tomaron aires de fiesta singular, de bullicio alegre y contagioso que no tenía otro precedente en la mente de algunos viejos obreros que las jornadas de julio de 1909 ó 1917, pero, naturalmente, sin violencias ni barricadas.

Hasta los chiquillos, mezclados con los manifestantes obreros, coreaban el grito de los mayores: “¡Visca la República!, ¡Visca Macià!, ¡Mori Cambó!”...

Por otra parte, parecía el día de la mujer. La mujer se destacaba con frenesí y pasión en todos los grupos, compuestos primero por los obreros de una misma fábrica y engrosados después por empleados del comercio que abandonaban sus puestos, por camareros que desertaban de los bares... Era una bola de nieve que iba creciendo al rodar.

De las barriadas obreras del Sant Martí, Poble Nou, Sant Andreu, Gracia, Horta, Sants, Santa Eulàlia y de las próximas a Barcelona, Badalona y La Torrassa, todas orientaban sus manifestaciones hacia el centro de la capital catalana, convergiendo en la Plaça de Catalunya o en la Plaça de la Generalitat, para seguir gritando los vivas a la República y Macià, y los muera al rey y a Cambó.

En honor a la verdad, pocos eran los manifestantes que sabían lo que estaba ocurriendo en Madrid en aquel momento, incluso ni lo que estaba sucediendo en aquella misma hora en Barcelona.

A las 13 horas 35 minutos, Lluís Companys había entrado en el Ayuntamiento para izar la bandera en el balcón. A las 13 horas 47 minutos la bandera republicana estaba ya ondeando. Los obreros, que habían abandonado sus puestos de trabajo a las 13 horas, inundan a las 14 horas la Plaça de la Generalitat y las calles adyacentes.

Lluís Companys izó, pues, la bandera a las 13 horas 42 minutos, mientras el pueblo había proclamado la República a las 13 horas en punto. Como puede observarse, la política toma siempre el tren en marcha... Veamos, por tanto, un poco, lo que había pasado en Barcelona unas horas antes:

“Los hombres de la CNT estaban en la calle. Particularmente en Barcelona, fueron ellos los que llevaron la iniciativa. Las cárceles, el Gobierno Civil, la

Capitanía General, el Ayuntamiento, el Palacio de Justicia, y así todo, fue barrido por ellos. En el Gobierno Civil se había instalado cómodamente un desaprensivo de la haja política: “el segundo de a bordo” de Alejandro Lerroux, llamado Emiliano Iglesias.

“La CNT le obligó a dejar el sitio y puso en su lugar a Lluís Companys. En la alcaldía se colocó a Jaume Aiguader. En la Capitanía General, al general López Ochoa, y en todos los centros oficiales de importancia. La CNT estaba en todas partes. En todas partes desbrozando el camino de los que no contaban apenas en ninguna parte”²¹².

Eibar fue la primera localidad española en proclamar la República, haciéndolo a las siete de la mañana del día 14 de abril. A Eibar fueron siguiendo otras proclamaciones: Valencia, Sevilla, Oviedo, Gijón, Zaragoza y Huesca, luego Barcelona.

En Madrid, también los obreros se manifestaban en la calle. Había banderas republicanas que ondeaban entre las multitudes. Pero no anunciaba en nada la puesta en marcha de la oficialización del acto. Los centros que polarizaban la política se encontraban a la expectativa de los acontecimientos; es decir, la casa de Miguel Maura y el Palacio de Oriente. Entre uno y otro centro político había hilos que los unía con sus descargas informativas, anunciando unas deserciones en el segundo y adhesiones al primero. El primero en definirse fue el general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil, quien se puso a disposición del que, pocas horas después, sería ministro de Gobernación, Miguel Maura. La adhesión de Sanjurjo despejaba todas las incógnitas: el rey preparaba sus maletas.

Desde las nueve de la mañana, el Conde de Romanones daba vueltas y más vueltas pensando de qué forma podía realizarse el traspaso de poderes; y, puesto de acuerdo con el rey, se dispuso que dicho traspaso sería en casa del doctor Marañón. Allí, en terreno neutral, el Conde de Romanones haría entrega a su pasante, Niceto Alcalá Zamora, de la abdicación de Alfonso XIII.

Después de la adhesión de la Guardia Civil a la República, y por las informaciones que se tenían, el Gobierno Provisional tomó la determinación de reunirse en completo. Todos los futuros gobernantes se encontraban en casa de Miguel Maura, excepto el futuro ministro de la Guerra, Manuel Azaña, el único que se había salvado de ir a la cárcel Modelo, apareciendo en la causa vista el 24 de marzo de 1931 como en rebeldía, simbólicamente hablando. Desde la *razzia* del 15 de diciembre, en que Azaña se había ocultado en “un lugar de Madrid”, ninguno de sus colegas tenía la más remota idea de dónde se hallaba el futuro ministro de la Guerra. Pero ya en la tarde del 14 de abril apremiaba encontrar al ministro, para que el Gobierno pudiera presentarse sin ausentes. Se encomendó a Miguel Maura la tarea de localizar a Manuel Azaña:

“No fue fácil localizarle, porque el secreto que envolvía su paradero era celosamente guardado por sus íntimos. Al fin, me indicaron el domicilio de su cuñado, Cipriano Rivas Cherif. Fui en su busca. Tras no pocas formalidades, y teniendo

do que dar el nombre y esperar un buen rato, fui introducido en una habitación del fondo de la casa. Allí estaba, pálido, con palidez marmórea, sin duda por haber permanecido en aquellas habitaciones más de cuatro meses, Manuel Azaña.

“Le hice presente el objeto de mi visita y le conminé para que me acompañase, sin pérdida de tiempo, a mi casa. Se negó rotundamente, alegando que nosotros habíamos sido ya juzgados y prácticamente absueltos, pero que él seguía en rebeldía y, cualquiera, un simple guardia, podía detenerle y encarcelarle. ¡No saltá yo de mi asombro! Le expliqué la euforia del pueblo, la visita y el ofrecimiento de Sanjurjo, y cuanto podía estimular el espíritu más timorato, sin lograr conmover su decisión de permanecer oculto. Ya me disponía a dejarle encerrado, cuando apareció su cuñado Rivas Cherif, que regresaba de la calle en un estado de excitación y entusiasmo similar al de los republicanos en esa hora. Confirmó con pormenores cuanto yo venía diciendo, y, por fin, Azaña, de muy mala gana, se decidió a seguirme.

“Durante el trayecto en mi coche hasta mi casa, fue mascullando no sé qué cosas y de un humor de perros. Entró conmigo en la biblioteca y saludó uno a uno a los compañeros, y entonces supe, con asombro, que no había visto a ninguno de ellos desde el 13 de diciembre, es decir, desde hacía cuatro meses. Nadie había tenido con él contacto, ni sabido siquiera dónde se hallaba. Vino ello a confirmar lo que ya había tenido ocasión de apreciar: Azaña, hombre de una inteligencia extraordinaria y de cualidades excelsas, estaba aquejado de un miedo físico insuperable (...). Era más fuerte que él, y él hacía lo inimaginable para disimularlo”²¹³. Tal era el hombre que debía regentar el Ministerio de la Guerra del primer Gobierno de la Segunda República.

A las 14 horas tuvo lugar la entrevista en casa del doctor Marañón entre el Conde de Romanones y Niceto Alcalá Zamora:

“Alcalá Zamora: —No queda otro camino que la inmediata salida del rey renunciando al trono (...). Es preciso que esta misma tarde, antes de ponerse el sol, emprenda el viaje...”

“Alcalá Zamora echó mano de un argumento supremo: “Poco antes de acudir a su llamamiento hemos recibido la adhesión del general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil”. Al oírle me demudé. Ya no hablé más. La batalla estaba perdida irremisiblemente”²¹⁴.

El Conde de Romanones pasó dos horas en consultas y a las cinco de la tarde conferenció con el rey, el cual firmó una proclama al país, redactada por el duque de Maura: “(...) No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa.

“Espero conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real

213 Miguel Maura, *op. cit.*

214. *Idem.*

y me aparto de España, reconociéndola así como única Señora de sus destinos” 215.

Desde las cinco de la tarde hasta las 20.30 horas, hubo una *verdadera* inexistencia de Poder. Miguel Maura se impacientaba por ese vacío, y convenció al resto de sus colegas para que, con entrega o sin entrega del Poder, ellos debían ocupar el Ministerio de Gobernación y poner en marcha la maquinaria del nuevo Gobierno Republicano, Gobierno que Miguel Maura lo concebía como la “colchoneta” nacida del Pacto de San Sebastián, como la pieza salvadora de muchas, muchísimas cosas, en la jornada del 14 de abril... 216.

215. *Idem.*

216. *Idem.*

El nuevo Gobierno y su programa político

La *Gaceta Oficial* del día 15 de abril daba cuenta al país de la composición del nuevo Gobierno, así como de todos los decretos relativos a los nombramientos y disposiciones. El Estado tenía un nuevo oficialismo. Los ministerios se los habían repartido entre los que habían amasado el Pacto de San Sebastián, y de acuerdo al compromiso de unión establecido entre ellos. Para los socialistas fueron tres ministerios:

Fernando de los Ríos, en el Ministerio de Justicia.
Francisco Largo Caballero, en el Ministerio de Trabajo.
Indalecio Prieto, en el Ministerio de Hacienda.

Seguían en importancia a los socialistas los radical-socialistas, con dos ministerios:

Alvaro de Albornoz, en el Ministerio de Fomento.
Marcelino Domingo, en el Ministerio de Instrucción Pública.

Luego, con el mismo número de ministerios, los radicales:

Alejandro Lerroux, en el Ministerio de Estado.
Martínez Barrio, en el Ministerio de Comunicaciones.

Para los republicanos de Manuel Azaña, uno: Manuel Azaña, en el Ministerio de la Guerra.

Para los republicanos gallegos de Casares Quiroga (el hombre de Jaca), uno: Santiago Casares Quiroga, en el Ministerio de Marina.

Y el Ministerio de Economía se reservó para un catalán: Nicolau d'Olwer.

El Ministerio de Gobernación lo regentaba Miguel Maura, el exmonárquico que quería una República asentada en el orden público. Su adhesión a la República se fundamentó en la siguiente reflexión: "La monarquía se había suicidado y, por lo tanto, o nos incorporábamos a la revolución naciente, para defender dentro de ella los principios conservadores legítimos, o dejábamos el campo libre, en peligrosísima exclusividad, a las izquierdas y a las agrupaciones obreras"²¹⁷.

La Presidencia de ese Gabinete fue para Niceto Alcalá Zamora, exmonárquico también, que a la reflexión de Maura añade la suya propia: "Una República viable, gubernamental, conservadora, con el desplazamiento consiguiente hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad española, la sirvo, la gobierno, la propongo y la defiendo. Una República convulsiva,

epiléptica, llena de entusiasmo, de idealidad, más falta de razón, no asumo la responsabilidad de un Kerenski para implantarla en mi patria”²¹⁸.

¿Cuál era el programa político de dicho Gobierno? Por muchas vueltas que damos a los textos que hacen ley, no encontramos nada que se parezca a un programa político. Lo único que aparece, eso sí, es el compromiso *de unión* para hacer frente al desbordamiento popular y servir de “colchoneta” a la crisis y a la caída de la Monarquía.

¿Cuáles eran las ideas madres que servían de base al compromiso que habían contraído los hombres de San Sebastián?: “Defender los compromisos conservadores legítimos”. ¿Con qué fuerzas?: Con “la mesocracia y la intelectualidad española”. ¿En qué consistían “los compromisos conservadores legítimos”?: En el derecho de propiedad privada. ¿Qué era el derecho de propiedad?: El abuso de ese derecho en mantener unas estructuras económicas anacrónicas en el campo, impuestas por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, tras la reconquista y la rapiña, repartiendo el botín de guerra entre sus capitanes, los cuales fueron condados, ducados y marquesados, instaurando así el latifundismo en Andalucía y parte de Castilla la Nueva.

De los “compromisos conservadores legítimos” formaba parte la aristocracia y su anexo, el caciquismo rural. La Iglesia seguía, a pesar de todos los intentos reformadores, siendo una potencia económica y monopolizadora de la enseñanza y de la vida cultural e intelectual del país. De “los compromisos conservadores legítimos” formaba parte un Ejército con más oficiales que soldados y una burocracia estatal que asfixiaba con su peso la economía del país, engullendo en provecho propio, como casta parasitaria, los impuestos recaudados a fin de hacer rodar la maquinaria del Estado.

¿Con quiénes querían defenderse esos compromisos conservadores y legítimos?: Con “la intelectualidad española y la mesocracia”; es decir, con sus clases medias y burguesas: “La intelectualidad” española olía a sacristía y vivía aferrada a la Iglesia. “La mesocracia” estaba constituida por la burocracia estatal, y la burguesía era inexistente como clase política, puesto que la Monarquía, por su comportamiento histórico, había impedido su desarrollo y había mantenido la supremacía de la oligarquía rural sobre la industrial.

En ese programa político, si es que programa puede llamarse, el nuevo Gobierno pensaba dejarlo todo tal y como lo tomaba, es decir, ignorando la existencia del problema social y político que, en el fondo, eran las causas que habían hundido a la Monarquía. Una manera, pues, de mantener el *status* social de la Monarquía bajo la capa de la República. ¿Era viable ese programa? ¿Podía mantenerse una República de ese tipo, ignorando completamente a la clase obrera y campesina que era quien, en realidad, había proclamado la República? Mal había hecho Alcalá Zamora mencionando a Kerenski. Quisiera o no quisiera, Alcalá Zamora iba a ser el Kerenski español...

SEGUNDA PARTE

El militante

(1931 1936)



14 de abril de 1931

Entre los primeros exiliados en llegar a Barcelona se encontraba el grupo de Bruselas, del cual formaban parte Durruti, Ascaso, Liberto Callejas, Joaquín Cortés, etc. García Oliver, Aurelio Fernández, Torres Escartín y demás “Solidarios”, encarcelados o en el exilio, retornaban pisándose los talones unos a otros.

El mismo día 15 de abril, y aún con los ecos de la fiesta popular del 14 en el aire, se entrevistaron Ascaso y Durruti con Ricardo Sanz, que había vivido los últimos momentos de la caída del régimen monárquico y el instante de la proclamación de la Segunda República.

Ricardo Sanz, con mucho entusiasmo, debió relatar a los recién llegados la proeza de haber sido hombres de la CNT los que habían expulsado al lerrouxista Emiliano Iglesias del Gobierno Civil, para situar en esa plaza a Lluís Companys. A Durruti y Ascaso debió hacerles muy poca gracia aquella “proeza”. Seguramente debieron lamentar las contradicciones existentes entre la actividad militante y la postura que mantenían los órganos de la CNT, pues en *Solidaridad Obrera* del día 1 de abril se leía claramente lo que debía ser la línea de actuación de la CNT: “Ya no hay problema político y mucho menos revolucionario. Elecciones, elecciones y elecciones; esta parece ser la suprema solución para todas las cuestiones que tienen en suspenso la vida del país.

“No nos ha sorprendido en lo más mínimo el final de este sainete político. Dábamnos por descontado que el espíritu revolucionario de esa gente se ablandaría un tanto, tan pronto se le permitiera jugar un poco a concejales y diputados (...). En esta quiebra de los supuestos valores revolucionarios de nuestros políticos de izquierda, la CNT habrá de sacar lecciones provechosas para el presente y para un futuro no muy lejano”.

Sacar lecciones de los acontecimientos del 14 de abril, como un proceso político en el que estaba clara la contrarrevolución en marcha, no podía significar de ninguna manera que se pudiera considerar a Companys más revolucionario que Iglesias; pues, por el contrario, los dos en aquella ocasión no eran otra cosa que instrumentos eficaces al servicio de la contrarrevolución. La actitud adoptada por algunos hombres de la CNT, apoyando a los militantes catalanistas, ponía de manifiesto una cosa: las diversas tendencias existentes aún en la CNT; situación que era preciso esclarecer lo antes posible, partiendo de la base de lo que la CNT significaba, y el papel que ella debía asumir ante la realidad política y social del país, sin permitir que, con su apoyo, el Gobierno contrarrevolucionario pudiera afirmarse. Será justamente en este sentido en el que Durruti inicia una nueva etapa, importante y decisiva, de su vida de revolucionario. Su actividad revolucionaria limitada hasta entonces, y en razón de circunstancias especiales, a una acción

de grupo— sería, a partir de esta época, de una amplia y mayor perspectiva, incluida en el proceso de la radicalización revolucionaria de la clase obrera y campesina.

Para el anarquismo militante, la oportunidad para desarrollarse era única. La República nacía de una crisis política y económica, cuyos profundos y graves problemas no podían desaparecer con soluciones de forma sino de fondo. El error de los hombres que asumieron el poder fue desconocer la dialéctica de la historia y creer que con unas cuantas declaraciones demagógicas podrían dominar el vasto proceso. Se equivocaban de punta a punta. Tomaron mal el pulso del país, considerando lo que era pura forma como fondo del sentimiento popular. Dichos hombres se dijeron: si el pueblo obrero y campesino ha sido brutal en todas sus luchas y ahora, después de siete años de dictadura, da esta prueba de “civismo aceptando pacíficamente el cambio de régimen, quiere decir esto que nos dan amplia confianza y renuncian a sus métodos directos. La cuestión, pues, quedaría reducida simplemente en poner orden metiendo en cintura la media docena de agitadores anarquistas”. Para Miguel Maura y Niceto Alcalá Zamora esta lógica podía ser convincente, puesto que para ellos no existía problema social, ni problema agrario, ni problema campesino. Ni sociólogos ni historiadores, sino simples abogados, ambos creían que la solución estaba en hacer funcionar la ley y los maúseres de la Guardia Civil. Pero lo paradójico de la situación era que en ese Gobierno había un líder obrero socialista, un historiador socialista y un historiador liberal; y, por otra parte, quizá Marcelino Domingo tuviera ciertos conocimientos rudimentarios de sociología, los cuales podían sumarse a la formación de economista de Nicolau d'Olwer. Lo paradójico, repetimos, estaba en que todos estos hombres aceptaron de buen grado someterse a la “lógica” de Maura y Alcalá Zamora.

Durruti, Ascaso y García Oliver comprendieron inmediatamente el gran error que cometía el Gobierno republicano y, como parte integrante que eran de la tendencia más extremista del movimiento anarquista, intuyeron cuál era el papel del anarquismo militante: después que el espontáneo entusiasmo popular, lejos de ser estimulado por medidas radicales del Gobierno, decayera y fuera golpeado por los hondos problemas económicos y sociales, se tornaría en ira contra los demagogos que habían ocupado el poder. Entonces, el papel de los anarquistas sería canalizar dicho descontento, hacer consciente la rebeldía y dar un ideal a los desesperados. En esas condiciones la revolución era posible...

Esta posición extremista del anarquismo, sostenida particularmente por “Los Solidarios”, sería juzgada por la izquierda, incluso marxista, de infantilismo revolucionario; y, dentro mismo de la CNT, sus animadores serían tachados de anarco-bolcheviques. La dialéctica de la historia iba a encargarse de formular su veredicto.

Pero para mejor comprender las causas que asistían a “Los Solidarios” y la FAI a perseverar en su línea revolucionaria, y, por otro lado, se vean también los grandes errores, conscientes o inconscientes, cometidos por el Gobierno republicano, vamos a mostrar, en un somero cuadro de datos, el estado socio-económico en que la Monarquía dejaba España.

De 24 millones de habitantes, según las estadísticas de 1930, el 26% no sabía

leer ni escribir, es decir, era totalmente analfabeto. El sexo femenino era el más perjudicado, como lo revela, entre otros factores sociales condicionantes, el 32% de analfabetismo entre las mujeres, las cuales aportaban un total de 1.109.800 productoras a la población activa del país. Pero tampoco era muy estimulante el porcentaje de analfabetos entre los hombres, pues el mismo alcanzaba al 19,5%. Sin embargo, la condición de la mujer era, en todos los aspectos, mucho peor que la del hombre. Por otra parte, el mayor porcentaje de analfabetos se registraba en las zonas rurales, donde llegaba a la cifra del 70% dentro de los seis millones de trabajadores agrícolas ¹.

Veamos ahora cómo se descomponía el sector primario, cómo vivía, cómo estaba repartida la tierra y quiénes eran sus propietarios. Pero antes declaramos que, faltos de datos concretos, utilizamos la media del período 1930-1935 ², cosa que pondrá más de relieve lo escasamente realizado por la República para remediar la situación dejada por la Monarquía. Aquí partimos de la base de 11 millones de población activa, de los 27 millones de habitantes existentes entonces. Esta población activa queda definida, por lo que respecta al sector agrícola, de la siguiente forma: 2.300.000 obreros asalariados, es decir, sin un palmo de tierra; 2 millones de pequeños propietarios o medieros, y 1 millón de propietarios acomodados. De estas cifras resalta el porcentaje del proletariado campesino equivalente en cifras al mismo número que el proletariado industrial-minero (2.300.000). Primera constatación: España seguía siendo preponderantemente agrícola. Pero esta constatación tendría poco valor si no pudiéramos de relieve el reparto de las tierras, cosa que nos aclara la incógnita de los pequeños propietarios, los medieros y "los acomodados".

"Actualmente la mitad del país está cubierto de estepas de escaso rendimiento agrícola; el 10% de la superficie es estéril. Las lluvias son raras en 32 de las 48 provincias; las tierras secas (desecadas) abarcan 17 millones de hectáreas, y apenas si producen 9,3 quintales de trigo candeal por hectárea, lo que equivale a la mitad de los campos irrigados (regadío). Hay 7 millones de hectáreas que no reciben cultivo regular, y la falta de ganado impide la renovación de la tierra laborable. En algunas regiones el suelo es tan pobre que los campesinos se ven obligados a traer el humus desde lejos hasta las proximidades del río. Se estima que el 40% de la superficie no está suficientemente cultivada. Únicamente las provincias que lindan con el Atlántico y Portugal tienen bastante riego como para poder criar ganado.

"Como se ve, el problema más urgente es la irrigación. Los cuatro grandes sistemas fluviales del territorio aportan suficiente agua como para regar unos tres o cuatro millones de hectáreas, pero aún quedan por hacer más de la mitad de las

1. Para los datos estadísticos nos servimos de Salustiano del Campo, *La Población de España* (1974), CIDRED, París, 1975.
2. Henri Rabasseire, *España, crisis político*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1966. Esta edición difiere de la francesa de 1938 en la aportación que hace el autor con un ensayo crítico bibliográfico.

obras de aprovechamiento. Llevado por el deseo de favorecer la agricultura y, al mismo tiempo, a los desocupados, sin chocar con los capitalistas, Primo de Rivera inició grandes obras; pero la distribución del agua está en manos de sociedades monopolistas o de terratenientes, que la venden a precios inaccesibles para los campesinos. La tierra permanece estéril y sólo enriquece al especulador, que arrienda el campo sin dar derecho a usar el precioso líquido. El campesino se ve obligado a comprar *billetes de agua* al precio que le imponen. Sólo en Valencia los labradores logran mantener las antiguas instituciones de los servicios de agua y todos los viernes, los *Jueces del Agua*, campesinos ellos mismos, se reúnen en el atrio de la catedral para repartirla entre los habitantes de la región y para oír las quejas de los interesados”³.

La repartición de la tierra nos la describe Rabasseire de la manera siguiente: “En 1932-33, el Instituto de Reforma Agraria realizó una investigación en siete provincias: Badajoz, Cáceres, Sevilla, Ciudad Real, Huelva, Jaén y Toledo. (Cádiz, tierra de grandes latifundios, quedó fuera.) De 2.434.268 explotaciones agrícolas, 1.460.160 ocupaban menos de una hectárea; 785.810 fincas contaban de 1 a 5 hectáreas; 98.794 tenían una superficie de 6 a 10 hectáreas; y 61.971 alcanzaban las 50 hectáreas. En tierras sin riego, 50 hectáreas son pocas, sobre todo cuando se impone un régimen de cultivo rotativo de 3 años por falta de medios modernos (muchos campesinos utilizan aún el arado romano). Pero si contamos las fincas de menos de 50 hectáreas, veremos que constituyen las nueve décimas partes del total de establecimientos rurales de estas regiones. Unicamente 19.400 fincas abarcan de 50 a 100 hectáreas. Puede considerarse que exclusivamente este doceavo del total posee suficiente tierra como para proporcionarles un medio de vida a quienes la trabajen. El resto, 7.508 establecimientos son grandes dominios, entre los cuales hay 55 que ocupan 5.000 hectáreas cada uno. La superficie ocupada por estas propiedades rurales de más de 250 hectáreas suman 6.500.000 hectáreas, en tanto que la extensión total de las 2.426.000 fincas de menos de 250 hectáreas no llegan a los 4.256.000 hectáreas (...). En las regiones del norte, Galicia y Asturias, prevalece el régimen del minifundio de menos de 1 hectárea (...). Gran parte de pobladores del norte tienen que emigrar, en tanto que el sur dispondría de suficiente espacio como para recibir a miles y hasta cientos de miles de colonos..., si los hacendados lo permitieran.

“El régimen de propiedad en el sector agrícola puede estimarse en: unos 50.000 terratenientes son propietarios del 50% de la tierra; 700.000 campesinos acomodados poseen el 35%; 1 millón de campesinos medios son dueños del 11%; 1.250.000 de pequeños campesinos, del 2%; en tanto que 2.000.000 de trabajadores, es decir, el 40% de la población rural, no poseen nada”⁴.

¿Cómo vivía ese mundo agrario? Lo diremos con palabras de Eduardo Aunós, ministro de la Dictadura de Primo de Rivera: “Mientras vivan en la miseria, la

3. Idem, pág. 99.

4. Idem, pág. 91.

mayoría de los trabajadores agrícolas no podrán participar en la política; esta miseria es la base del caciquismo”⁵. Altamira, el gran historiador de la economía española, señala que “en muchos pequeños valles el escaso rendimiento del suelo ha obligado a los campesinos a conservar hasta nuestros días un comunismo rural de probada eficacia, profundamente enraizado en la psicología del pueblo”⁶. Costa opina que casi todos los males que aquejan a España tienen su origen en la inicua repartición de la riqueza, especialmente de la tierra⁷. Flores Estrada gran economista y reformador de principios del siglo XIX, enseñaba que la mayor parte del género humano se ve imposibilitada de trabajar por el hecho de que ciertos individuos se apoderaron de la tierra. “En las provincias en que existe catastro, se ha contado un 84% de pequeños propietarios que ganan menos de una peseta diaria”, escribe Rabasseire. Por otra parte, Gonzalo de Reparaz se lamenta de la miseria de Andalucía: “Desde Cartagena hasta Almería, asistimos a una de las más espantosas tragedias europeas. Cientos de miles de seres mueren en lenta agonía”⁸.

“Otros declararon que era imposible construir viviendas, a no ser que se aumentaran los salarios; en el campo, y hasta en las pequeñas aldeas, se usan como alojamiento barracas, cuevas y cavernas trogloditas. En una palabra: la casi totalidad de la población rural está obligada a vivir en condiciones indignas de un ser humano”⁹.

De la misma forma que encontramos por obra y gracia de la Monarquía el origen y mantenimiento de estructuras feudales en el mundo rural, de igual manera se refleja la misma orientación en la industria. Carlos I, después de aplastar a la naciente burguesía en las Comunidades de Castilla (1522), extrajo como lección que para mantener el absolutismo monárquico debía impedir a toda costa el desarrollo y fortalecimiento de una burguesía industrial y comercial. De entonces data la alianza del poder monárquico con la aristocracia rural y militar. Y también, en función de esa política, el empobrecimiento y la decadencia de España. Antes que permitir el desarrollo de una burguesía fuerte, culta, ilustrada, Carlos I prefería comprar en Francia, Bélgica o donde fuera los productos necesarios para mantener las exigencias de la colonización americana y las necesidades de la propia España. Una política de este tipo tenía que repercutir necesariamente en el desprecio del trabajo manual y aumentar el gusto por las armas, las carreras eclesiásticas y literarias. Los estudios científicos y mecánicos quedaban borrados de la lista de las Universidades españolas. Esta línea política trazada por los Habsburgo

5. Citado por Rabasseire, *op. cit.*, pág. 85.

6. Altamira, *Historia Económica de España*.

7. Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España*, Ed. Americale, Buenos Aires, 1944.

8. Citado por Diego Abad de Santillán, *El organismo económico de la Revolución*, Ed. Tierra y Libertad, Barcelona, 1936-1938.

9. Angel Marvaud, *L'Espagne au XX Siecle*, Ed. Armand Colin, Paris, 1913. Es una obra indispensable para el estudio de la cuestión agraria e industrial en España.

fue rigurosamente observada por los Borbones a excepción del breve paso de Carlos III.

Este trazado político, sostenido desde el siglo XVI, no podía dar otro resultado que el apreciado en la estructura económico-industrial de España: desarrollo industrial desigual y caprichoso, según los intereses de reyes y favoritos, al otorgar a capitalistas extranjeros "exclusivas", de explotación minera, industrial, eléctrica, trazados de ferrocarriles o líneas telefónicas.

Lo que se otorgaba al capitalista extranjero se le negaba al español, cuya iniciativa industrial quedaba sometida al férreo corsé del monopolio estatal.

"El Banco de España está organizado de tal manera que todas las ganancias del país terminan en los bolsillos de los que detentan el poder central. Las grandes empresas, bancos, transportes y gran industria se sirven del Estado como instrumento de sus explotaciones. El Estado es prisionero de las grandes empresas, y la nación lo es del Estado. Economía atrofiada y Estado hipertrofiado, tales son los factores que determinan la situación del país. El Estado absorbe la tercera parte de la renta nacional para su presupuesto; el 60 % de este último, es decir, las dos novenas partes de la renta nacional, se emplea para mantener el aparato estatal represivo" ¹⁰.

Sometida a los monopolios y asfixiada la mediana y pequeña industria por excesivos impuestos aduaneros y elevadas tarifas de transporte (verdaderas trabas a todo desarrollo), la economía española no podía mejorar el nivel de vida de la población, máxime cuando más de la mitad de ésta —su sector agrario o campesino— quedaba fuera del circuito del consumo. En consecuencia, «España se encuentra en desastroso atraso con respecto a otros países. De 4.000 minas de plomo, se explotan únicamente 300, sólo se aprovecha una cuarta parte de la capacidad virtual de las caídas de agua. En España, 5.000 o 6.000 millones de toneladas de hulla yacen escondidas bajo delgadas capas de arena y, sin embargo, no se extraen más que de 6 a 9 millones por año. Pero las riquezas minerales no quedan dentro del país. De los 2.700.000 toneladas de mineral de hierro extraídas, Inglaterra compra un millón y otros países extranjeros igual cantidad.

"En conjunto, la producción minera alcanza cifras del orden de los mil millones de pesetas oro; la producción industrial se acerca a los 7.000 millones, de los cuales 2.000 millones corresponden a la industria textil; y la producción agraria asciende a los 9.000 millones. Esto significa que más de la mitad de la producción nacional es agrícola. Esta proporción se observa también en el campo laboral: de 4 a 5 millones de personas trabajan en la industria y en las minas; y de 5 a 6 millones (3 de campesinos y 2 de asalariados) en la agricultura" ¹¹.

Ahora cabe preguntarse: frente a esos 11 millones de la población trabajadora (período 1931-1936), que consumían poco y vivían mal, tanto en el campo como

10. Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1966.

11. Henri Rabasseire, op. cit. *Insistimos en que esas estadísticas corresponden al período 1931*

en las ciudades, ¿qué había ante ellos?: 10.000 terratenientes que poseían la mitad de la propiedad agrícola española; la oligarquía política financiera; los especuladores (intermediarios comerciales); los grandes industriales, con su séquito de caciques; una casta militar y eclesiástica; y otros parásitos que vivían en la ociosidad, merced a las rentas y los monopolios.

Entre estas clases, poco numerosas por otra parte, y el pueblo había un abismo. Ninguna tarea en común podía unirlos. No existía (pese a lo dicho por Alcalá Zamora) una verdadera *mesocracia* que amortiguase el contraste entre los pocos que hacían pasar hambre y la mayoría que la sufría. “¿El término medio —exclamaba Miguel de Unamuno—, entre qué? España jamás conoció la burguesía”¹².

Por tanto, en este mosaico que mal puede llamarse clases sociales, se encontraba el intelectual. El clero se llevaba la palma con su peso social de unas 100.000 personas que, de una forma o de otra, vivía a sus expensas y constituía el sector más reaccionario del país. Frente a ese intelectualismo clerical estaba el cuerpo enseñante, con sus jefes y subalternos. Los jefes (el mandarinato) eran los católicos a *machamartillo*, como los designaba Menéndez Pelayo. Los “subalternos” procedían de esa pequeña burguesía de comerciantes, farmacéuticos y pequeños fabricantes que, de cierta manera, en las llamadas “profesiones liberales” suministraba elementos a la política de izquierda de la Esquerra Catalana o de la Izquierda Republicana, la cual tenía como líder a Manuel Azaña. Agreguemos, por fin, el estudiantado, promesa del futuro, pero sin porvenir inmediato y preciso; que igual podía decantarse hacia el socialismo como hacia el fascismo, el cual comenzaba ya a hacer su entrada en España a través de sus primeros teóricos: Ramiro Ledesma Ramos, Ernesto Giménez Caballero y Onésimo Redondo, que se manifestaron ya en febrero de 1931 a través de *La Conquista del Estado*¹³.

Digamos, pues, resumiendo y dando fin a nuestra visión panorámica, que el único sector que disfrutaba realmente de la vida estaba constituido por un millón de personas, entre funcionarios (burócratas), sacerdotes, militares, intelectuales, grandes burgueses y terratenientes. El resto era llamado “la canalla”.

Cuando Miguel Maura habla de la defensa de “los principios conservadores legítimos”, se refiere al mantenimiento de esa situación, de esas estructuras feudales que impedían el desarrollo económico del país. Mantenerlas y defenderlas, como lo veremos hacer con el máuser de la Guardia Civil, era tener sometido al campesino a la muerte lenta con salarios que iban (y sólo un cuarto del año) de 1,50 a 3 pesetas por una jornada de “sol a sol”, es decir, de 12 a 14 horas de trabajo.

Los anarquistas, desde el punto de vista revolucionario, estaban dispuestos a sacar todas las ventajas posibles de esas contradicciones del sistema capitalista. No eran soñadores, sino que, con un sentido realista de la situación, veían en ella argumentos sobrados para desencadenar la revolución y canalizarla a través de un

12. Citado por Rabasseire, op. cit.

13. Véase, sobre el origen del fascismo español, la obra de Herbert R. Southworth, *Antifascismo, estudio crítico*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1967.

programa comunista libertario que se ajustaba perfectamente a las ideas-fuerza que movían a la clase obrera y campesina.

Naturalmente, desencadenar la revolución tampoco podía hacerse de la noche a la mañana. Era preciso organizarla y hacer tomar conciencia en la masa obrera y campesina de su necesidad. En la organización de esa revolución, que se gestaba de manera natural, entraban factores tales como la propaganda escrita, exponente claro de cómo podía marchar una sociedad sobre bases comunistas libertarias. Había que dar a los obreros y a los campesinos ideas elementales del funcionamiento económico (aunque la economía partiera y tuviera otras bases diferentes) de las comunidades de trabajo y una idea global de la función de esa comunidad vecinal, que, aunque autónoma en su desenvolvimiento interior, debía estar ligada por el federalismo activo o pacto solidario con el resto de comunidades. Para la difusión de tal propaganda, el anarquismo tropezaba con el analfabetismo. Por tanto, lo primero que debía hacerse era terminar con dicha lacra social. Las escuelas diurnas de orientación “racionalista” para los chiquillos —lo que hoy se llama “pedagogía antiautoritaria”—, y las nocturnas para los mayores, que se instalaron en los Sindicatos y Ateneos, fomentadas al máximo, iban a cumplir tal misión. En consecuencia, los sindicatos de la CNT y los Ateneos Libertarios, además de ser organismos de lucha, iban a transformarse en centros de educación social-proletaria.

Los anarquistas de la FAI, al enfocar su actividad revolucionaria, encontraron inmediatamente, tanto dentro de la CNT como fuera de ella, opositores que los criticaban; unos calificándolos de “impacientes revolucionarios”, y otros —éstos de origen marxista o pseudo-marxista— acusándolos de “ignorantes de la historia”, recordándoles la imposibilidad de saltar etapas y sosteniendo, por tanto, que “la revolución que en España debía hacerse era política y no social, es decir, democrático-burguesa”. A este argumento peregrino hecho por marxistas que no tenían otra referencia práctica que la revolución rusa (que era un desmentido a esa misma teoría), los anarquistas respondían que, para la realización de la revolución político-democrático-burguesa, la burguesía tuvo ya en la historia de España sus oportunidades y, no habiendo podido hacerla, le tocaba ahora realizarla al proletariado. Pero cuando en un país la burguesía ha sido incapaz de conquistar políticamente el poder, el proletariado en armas no puede históricamente realizar una revolución democrático-burguesa, sino una revolución socialista que será más intensa y profunda cuanto más preparado revolucionariamente se encuentre ese proletariado”¹⁴

14. Valeriano Orobón Fernández, *Sturm über Spanien, Secretariado de la Asociación Internacional de Trabajadores*, Berlín, 1931

Ante el Primero de Mayo: las fuerzas en presencia

La primera carta que Durruti envió a su familia desde que llegó a España está fechada en Barcelona el día 6 de mayo de 1931. En esa carta dice lo siguiente: “Tenéis que dispensarme por no haber escrito antes, pero he tenido mucho trabajo. Y para completar aún más mi tiempo, he tenido que atender a dos compañeros franceses que han venido a Barcelona para informarse sobre nuestro movimiento. Doble obligación la mía: como compañero y como amigo que soy de ellos (se trata de Luis Lecoin y Odeón, delegados ambos de la Federación Anarquista Francesa).

“El día 1 de mayo organizamos un mitin, en el que yo hice uso de la palabra. Al bajar de la tribuna me saludó un muchacho de León que me dijo que pensaba ir para allá. Yo aproveché la ocasión, confiándome y rogándole que vaya a veros y os pueda contar de viva voz los pormenores de mi vida en Barcelona.

“Con referencia a vuestra venida a Barcelona, tengo que preveniros de una cosa: hago una vida completamente anormal, y eso será un obstáculo para que os pueda atender como os merecéis. Es preferible que esperéis un poco. El lunes llegará Mimi (Emilienne) de París, y una vez ella aquí y tengamos casa, ya os diremos de venir a pasar unos días con nosotros”¹⁵.

Como vamos a ver a continuación, el cambio político de régimen, aunque se había operado tan pacíficamente, de inmediato creó problemas que la CNT hubo de afrontar ya desde el día 15 de abril. Uno de esos problemas era el de los presos. En lugares como en Barcelona se les puso rápidamente en libertad, pues fueron los obreros los que abrieron las puertas de las cárceles. Sin embargo, existían dificultades para poner en libertad a los condenados en los presidios. El Gobierno provisional había concedido una amnistía para los presos políticos y sociales, y se entendían como tales a los militantes de los partidos políticos o a los militantes obreros presos por delitos derivados de sus actividades sociales. Para la CNT y la FAI la situación era distinta. Muchos de sus militantes fueron condenados por la discriminatoria política de la dictadura militar, y sus actividades habían sido clasificadas como delitos comunes: atentados a la autoridad, colocación de explosivos, tiroteos con la fuerza pública, atentados a patronos, sabotajes, etc., etc. ¿Qué política adoptaría el nuevo Gobierno con relación a tales detenidos? ¿Les aplica-

15. Esta carta se ve que ha sido escrita a vuela pluma; el papel lleva membrete del “Bar-Restaurant Las Delicias” Paseo Nacional, 32 (Barceloneta). En este restaurante se ofrecían también pensiones completas a 8 pesetas. Se puede llegar a pensar que Durruti debió albergarse ahí durante los primeros momentos, ya que en la carta de referencia indica a su familia que se le continúe escribiendo a casa de Emilia Abadía (la madre de Ascaso) calle Taulat, 117, Poble Nou.

ría la amnistía considerándolos presos sociales? Por las pruebas que comenzó a dar el nuevo Gobierno, deseando hacer revisión de cada proceso, era tanto como dejar en las cárceles a numerosos militantes anarquistas. *Solidaridad Obrera* comenzó ya a denunciar los propósitos del nuevo Gobierno con relación a los presos, exigiendo la inmediata salida de todos los condenados. Además, llamó también la atención del Gobierno sobre la cuestión campesina: "Ignoramos las intenciones del Gobierno provisional con relación a este angustioso problema, pero estamos seguros de que si la República quiere continuar empleando los antiguos métodos de la Monarquía, el problema quedará en pie y eso no será tolerado por nuestros compañeros campesinos" ¹⁶.

La cuestión de los presos era una de las que más preocupaban a la CNT y a la FAI y, particularmente, a "Los Solidarios" en libertad, pues entre aquéllos se encontraban varios compañeros condenados en los penales: en Cartagena (Aurelio Fernández), en Burgos (García Oliver), en el Dueso (Rafael Torres Escartín y Salamero; y Juliana López en la prisión de mujeres). Para gestionar la libertad inmediata de los nombrados y de muchísimos otros más, se entregaron ardorosamente a dicha tarea Durruti y Ascaso. Pero no era éste el único problema que se presentaba a la actividad militante. Estaba, además, la reorganización completa de la CNT en Cataluña y en España entera. Los mítines y conferencias públicas se sucedían todos los días en los sindicatos o en locales alquilados para cubrir esas necesidades. Durruti se reveló pronto como orador popular y agitador excelente, y ello fue motivo para que fuera solicitado, de tal manera, que había días en que debía intervenir en dos actos diferentes.

A su llegada a Barcelona, Luis Riera, que era el compañero de María Ascaso, albergó en su casa de Pasaje Montal, 12, en la barriada de Sant Martí de Provençals, a Durruti. Estuvo con Riera hasta que los Ascaso le encontraron alojamiento en Poble Nou, calle Taulat, 117. La casa, a nombre de Emilia Abadía indica que la madre de Ascaso ya se encontraba en Barcelona.

Sin embargo, la situación era mala para todos. Ni los Ascaso ni Durruti habían encontrado trabajo: "Por el momento, no puedo ir a León. La situación económica no es muy brillante (...). Además, tengo mucho trabajo en Barcelona y, como la situación política no está muy clara, no son momentos de derrochar el tiempo" ¹⁷.

Y el día 11 de mayo fechó otra carta en la cual decía que Mimi acababa de llegar de París. Además, les aconsejaba no escribir, en espera de una nueva dirección, porque "pienso ir a vivir a otra casa"; y agregaba: "He empezado a trabajar

16. *Solidaridad Obrera*, 15 de abril de 1931.

17. Esta carta sin fecha, pero que seguramente corresponde a la del 2 de mayo, puesto que escribe: "Mimi hace dos semanas que se encuentra en Barcelona", también lleva la misma prisa que la anterior (nota 15). El papel, esta vez, lleva membrete del "Sindicato de Industria de los obreros del Arte Fabril y Textil de Barcelona y su Radio", calle Municipio, 12 (Clot), teléfono 51826. Y en un ángulo: "CNT". Lo que indicaba que dicho Sindicato estaba aún en plena reorganización, puesto que no hacía constar a la "AIT" en sus escritos. Archivo particular

hoy, y espero que pueda vivir bien en Barcelona (...). La vida política (aquí) está algo complicada. Nosotros (la CNT) trabajamos mucho y esperamos que nuestros esfuerzos sean coronados por un buen éxito”¹⁸.

Las diversas alusiones que hace Durruti a la situación política se explican en función de las actividades emprendidas por la Esquerra Republicana de Catalunya. Francesc Macià, unas horas antes de proclamarse la República en España, considerando que la situación estaba madura, proclamó la República Autónoma Catalana, sin esperar que el Gobierno Provisional convocara elecciones y votara una Constitución que otorgara a Cataluña ese privilegio. La actitud de los catalanes desagradó a los gobernantes de Madrid. Alcalá Zamora se desplazó a Barcelona para convencer al “Avi” (abuelo) que era cosa de esperar y no precipitar los acontecimientos. Pero no era de ahí de donde le venía la complicación a la CNT, sino de la política iniciada por la Esquerra catalana que a todo trance trataba de atraerse a los militantes de la CNT, con el objeto de que éstos se incorporaran a la vida política catalana y abandonaran sus posiciones anarcosindicalistas. Esa política de atracción ejerció un cierto influjo en algunos activistas de la CNT de origen catalán, los cuales, a su vez, la irradiaban al interior de la mencionada CNT.

A esta situación venía a agregarse la intencionada política del ministro socialista de Trabajo, Largo Caballero, de privilegiar a la Unión General de Trabajadores (su organización) en perjuicio de la Confederación Nacional del Trabajo, su rival. Dicha política venía calcada de la que seguía la socialdemocracia en los países en que sus militantes entraban a formar parte en los gobiernos: al mejoramiento de la condición obrera por medio de leyes sociales, lo cual conducía no a la lucha de clases, sino a la colaboración de clases. En España, esta política socialreformista era inaplicable, porque ni existía una burguesía, políticamente hablando, ni la industria se encontraba suficientemente desarrollada, ni el Estado disponía de un engranaje moderno para su aplicación. La lucha de clases en España se daba en su más puro estado. No obstante, Largo Caballero perseveraba en su línea y con ello obligaba a la radicalización de la estrategia de la CNT. De todo esto daremos cuenta más adelante, aquí solamente lo apuntamos para que sirva de antecedente. Sin embargo, debemos agregar que no existía una homogeneidad en el Partido Socialista Obrero Español, pues desde el “Pacto de San Sebastián” se habían acentuado en sus cuadros dirigentes las rivalidades emanadas de sus crónicas tendencias. Julián Besteiro, Trifón Gómez y Andrés Saborit, entre otros, eran de la opinión de que el Partido no formase parte del Gobierno Provisional de la Segunda República y esperase a las elecciones para mejor valorar sus fuerzas. En oposición a aquéllos, prevaleció el oportunismo de Largo Caballero-Indalecio Prieto, quienes pensaron que era mejor “pájaro en mano que ciento volando”. Formando parte del Gobierno, se dijeron, era la manera más segura de afianzar al Partido, puesto que es desde el poder desde donde se ganan las elecciones.

Añadamos, como referencia histórica, la existencia del Partido Comunista, el cual repercutía en Cataluña a través de su rival, el Bloc Obrer i Camperol

18. Carta del 11 de mayo de 1931. Archivo particular.

(Bloque Obrero y Campesino), dirigido por Joaquín Maurín, siempre en lucha contra la CNT. Por lo que se refiere al PC, era una fuerza extraña y mantenida artificialmente en España por el representante de la IC, Humbert Droz, que no sólo administraba los medios económicos con los cuales se publicaba *Mundo Obrero*, sino también las consignas políticas que servían de armadura teórica a los cuadros españoles.

El centrismo político, que en otros países es poseedor de un contenido sociológico, en España no era así. Ese espacio lo ocupaba el Partido Radical, cuyo dirigente máximo era el prototipo del profesionalismo político, Alejandro Lerroux. Su estado mayor estaba compuesto por discípulos que, no pocas veces, aventajaban al maestro en el "arte del engaño público". Así, por ejemplo, apuntaba un tal Diego Martínez Barrio que, después de haber pasado por el anarquismo en su juventud, se acomodó mejor a la vida parlamentaria que a la cárcel. En cuanto al electorado de este partido, resultaba una mezcolanza de nostálgicos del anticlericalismo de los años primeros del lerrouxismo, hasta los burócratas o rentistas que buscaban dónde situar mejor sus capitales para hacerlos más fructíferos.

La izquierda, que se alineaba al lado del Partido Socialista, la formaba Manuel Azaña, con su Partido Republicano, que se nutría de la escasa burguesía liberal con tintes intelectuales, pero que no iba más allá de la tranquila digestión en las tertulias de café, en las cuales se trataba de todo lo humano y lo divino con desparpajo, pero a veces con mucha ignorancia de lo uno y de lo otro.

Y paremos de contar, agregando a los radicales socialistas de Marcelino Domingo que navegaban a la deriva sin radicalismo en el sentido socialista de la palabra.

Las derechas, por el momento, refugiadas bajo la bandera de Maura y Niceto Alcalá Zamora, no daban otras muestras de acción que las de poner a salvo sus capitales en el extranjero, dejando sin cultivar las tierras de sus latifundios.

Solidaridad Obrera continuó su campaña alertando a la clase obrera sobre los problemas que estaban pendientes y advirtiendo que no era cosa de dejarlos en suspenso, puesto que "al hierro es mejor golpearlo cuando está al rojo vivo". Los obreros, por su parte, buscaron respuesta a muchos de sus problemas acudiendo a los sindicatos de la CNT, que pronto se vieron concurridísimos, y colmando con su presencia los mítines que se organizaban todas las noches en las diversas barriadas de Barcelona. En todas las reuniones públicas se alertaba a los trabajadores y se les instigaba a no confiarse demasiado en los nuevos gobernantes, los cuales, por descontado, no eran revolucionarios, y si aplicaban algunas reformas, éstas debían ser protagonizadas por los obreros.

Las concentraciones masivas de militantes se sucedían a ritmo alocado. Se discutía poco y se trabajaba mucho, nombrándose comisiones de propaganda para la reorganización de las provincias catalanas. Las noticias que se tenían del resto de España venían impregnadas del mismo optimismo: la CNT renacía de sus cenizas, de tal manera que la llama prendía bien en el tronco. La idea que prevalecía en todos los militantes era que la CNT podría jugar un papel de primer orden en la vida política y social del país, al gozar de una influencia superior que la UGT, pues ésta se ajustaría a la tregua social que los ministros socialistas estaban ya pi-

diendo a los obreros. Era cuestión de desbordar dicha política moderadora y reformista, atrayéndose a los trabajadores de la UGT, para elaborar, junto con la CNT, un plan de acción obrera que impusiera desde la base las medidas adecuadas a las exigencias de los problemas sociales y económicos.

El sábado 18 de abril, el Comité Regional de la CNT en Cataluña organizó una asamblea de militantes para trazar los planes de una agitación social en todo el territorio catalán, que serviría de base para la reorganización completa de la regional catalana.

Al día siguiente, domingo, decenas de mítines obreros tuvieron lugar no sólo en Barcelona, sino también en el resto de las capitales de provincias catalanas y en infinidad de pueblos importantes de Cataluña. Los temas esenciales de esos mítines eran: la libertad total de los presos (puesto que la amnistía era hipotética); las reivindicaciones obreras y campesinas, con inmediatos aumentos de salarios y mejoramiento de las condiciones de trabajo, así como la obtención de la semana laboral de 40 horas sin disminución de salarios; la disolución de la Guardia Civil; la depuración del Ejército y la eliminación de la burocracia estatal; una reforma eficaz de la enseñanza, con la separación de la Iglesia del Estado; e infinidad de otros problemas ligados íntimamente a los expuestos...

En la mañana de dicho domingo, los centros de reunión señalados estaban repletos de público, resultando insuficientes las salas alquiladas para contener en ellas a los que acudían a oír la voz de la CNT y de la FAI.

El Teatro Proyecciones, en el parque de Montjuich, estaba rebosante de gente, y muchos se apiñaban en los alrededores del local. Igual ocurría en la barriada de Sants, en el Teatro Romea, en Gracia, en el Cine Meridiana del Clot, donde hablaba por primera vez Federica Montseny, en Poble Nou y en el Teatro Triunfo.

Por primera vez también, se oía la voz ronca de Durruti en la tribuna del Teatro Proyecciones. Entre otras cosas, dijo lo siguiente en aquella ocasión: "Si fuésemos republicanos, aseguraríamos que el Gobierno es incapaz de reconocer el triunfo que le ha dado el pueblo. Pero nosotros no somos republicanos y sí auténticos obreros, y, en nombre de ellos, llamamos la atención del Gobierno sobre el peligroso camino que ha emprendido, que de no cambiarlo conducirá al país al borde de la guerra civil. La república no nos interesa como régimen político, y si la hemos aceptado es pensándola como punto de partida de un proceso de democratización social. Pero, naturalmente, a condición de que esta República garantice los principios según los cuales libertad y justicia social no son expresiones vanas. Si la República olvida todo esto; y con ello hace un desprecio a las exigencias proletarias y campesinas, entonces, el poco interés que los obreros tienen por la República lo perderán, porque su actuación no corresponde a las esperanzas que la clase obrera puso en ese régimen el 14 de abril..."¹⁹

La temática era la misma en el resto de los mítines, y la respuesta obrera ponía claramente de manifiesto que si el Gobierno no acometía con rapidez un plan de reformas sociales y políticas, el pueblo, en vez de debilitarse, iba a elegir sus

19. *Solidaridad Obrera*, 21 de abril de 1931.

propias vías en busca de la solución directa de sus problemas.

“En calidad de anarquistas —se decía en otro mitin—, nosotros declaramos que nuestras actividades no han estado ni estarán jamás subordinadas a la línea política de ningún Gobierno, de ningún partido político ni del Estado. Los anarquistas y los sindicalistas de la CNT, unidos a todos los revolucionarios, hemos de darnos por misión obligar, bajo la presión de la calle, a que los hombres que forman el Gobierno provisional cumplan lo que han prometido”²⁰.

Este primer contacto con la masa obrera fue para “Los Solidarios” de importancia decisiva en la elaboración de su conducta revolucionaria. Desde el punto de vista personal, Francisco Ascaso se había manifestado como un excelente conversador, buen conferenciante, sereno y enérgico; García Oliver (recién salido del Penal de Burgos) puso de relieve un notable dominio de la tribuna, que prometía hacer de él uno de los más feroces tribunos de la revolución. En cuanto a Durruti, según lo describe uno de sus oyentes: “Improvisaba sus frases cortas que más que frases parecían hachazos. Desde el comienzo de su intervención, entre él y el público se establecía una relación que no se quebraba un instante en el lapso que duraba su exposición. Parecía como si orador y público formaran un solo cuerpo. Su voz enérgica y su presencia física, afirmando rudamente con la mano o el puño cerrado, hacía de él un orador demoledor. A estas cualidades venía a añadirse la modestia de su persona. Ocupaba la tribuna en el momento justo de su intervención, y la abandonaba inmediatamente después para mezclarse entre los asistentes. Una vez el acto terminado, y ya fuera del local, continuaba discutiendo en los grupos que se formaban en las aceras o en la plaza. Departía con los trabajadores y los trataba como si los conociera a cada uno de ellos personalmente de toda la vida”²¹.

A esta semana sucedió otra no menos importante. La CNT deseaba conmemorar el 1 de Mayo organizando una gran manifestación obrera. Las razones que tenía la CNT en afirmar el éxito de esa manifestación eran dobles: por un lado, causar en el proletariado del país un fuerte impacto, y por otro, prevenir a los poderes públicos que no podían hacer y deshacer sin tener en cuenta las aspiraciones de la clase obrera. Y ese toque de atención era sumamente oportuno, en razón de los acontecimientos políticos importantes que se estaban desarrollando por aquellos días.

En efecto. Tres hechos trascendentales acababan de tener lugar de manera simultánea: Francesc Macià, sin esperar la decisión del Gobierno central, había proclamado la República Autónoma Catalana. El problema del nacionalismo catalán quedaba resuelto así de una manera radical. En general, al pueblo catalán la decisión de Macià le satisfacía. Desde el punto de vista teórico, la CNT no debía intervenir en esa cuestión de política nacionalista, pero desde el punto de vista táctico, el hecho de que Cataluña se independizara del Gobierno Central le faci-

20. *Idem.*

21. Alejandro Gilabert, *Durruti*, Ed. Tierra y Libertad, Barcelona, 1937. Este mismo tema lo trata González Inestal en un artículo aparecido en la revista *Umbral*, de 19 de noviembre de 1938, en el que cuenta diversas anécdotas de “Durruti, orador”.

litaba la tarea revolucionaria, ya que, por un lado, debilitaba al poder central, y, por otro, llevando la CNT una acción subversiva permanente podría evitar que el naciente Estat Català se fortaleciera.

El otro acontecimiento se centraba en la política militar que Manuel Azaña pensaba imponer al país. Para Azaña la reforma del Ejército español había sido tema de estudio desde hacía ya varios años, llegando a la conclusión de que para que el Ejército fuera más eficaz debía estructurarse de manera que un reajuste de sus Cuerpos de Ejército, Divisiones y Capitanías o Divisiones geográficas, permitiera una modernización en la especialización, con una reducción importante en los mandos militares, es decir, en los altos mandos. De esta forma, se terminaría con la desproporción existente en el Ejército español, que contaba con casi tantos oficiales como soldados. Desde el punto de vista de estrategia militar, Azaña tenía razón; pero donde Azaña iba a fallar era al pasar de la teoría a la práctica, porque su reforma chocaba de entrada con sus propios compañeros de Gobierno, particularmente con Miguel Maura y Alcalá Zamora. ¿Qué solución iba a encontrar Manuel Azaña para llevar adelante su propósito sin quebrar la *unidad* en el interior del Gobierno?, la política “de las medias tintas”, como se verá.

Había tenido lugar un cambio de régimen, y en consecuencia —decía Azaña—, es necesario que oficiales y jefes del Ejército juren fidelidad a la República. Pero como ésta —argumentaba el ministro de la Guerra— no desea imponer un juramento de fidelidad republicana al que no sienta amor a la misma, es lógico que todos los jefes y oficiales que no deseen prestar su adhesión y lealtad a la República dejen de formar parte del Ejército. En compensación, recibirán de manera vitalicia la integridad de sus sueldos. Esta segunda parte de la disposición no resolvía nada, y más bien contradecía en cierta manera la intención primera. Los resultados inmediatos de esta reforma fueron inversos a los esperados: los oficiales realmente republicanos encontraron una oportunidad de abandonar las Fuerzas Armadas y dedicarse a determinadas actividades políticas, tales como la organización del partido de sus preferencias. Contrariamente, los que continuaban siendo monárquicos (más de 10.000, entre oficiales y altos mandos), rechazaron el juramento republicano y se negaron a abandonar el Ejército, formando inmediatamente un partido que denominaron “Acción Nacional”, y en el que se integraron los civiles más reaccionarios de España. Se hizo cargo de la orientación política de dicho partido Angel Herrera, director del diario católico *El Debate*.

Los adherentes a “Acción Nacional” eran los mismos que hasta entonces habían formado parte de la dirección política de la monarquía: grandes propietarios, grandes industriales, financieros, aristócratas y militares retirados.

Miguel Maura, ministro de Gobernación, lleva a cabo el tercer acontecimiento importante de aquellos días, reconociendo como partido legal a “Acción Nacional”. Protegido ya oficialmente, este partido comenzó una campaña de calumnias contra la República y dictó órdenes a sus adictos para que retiraran sus capitales de España, paralizaran las industrias y dejaran las tierras sin cultivar. A estas medidas reaccionarias vinieron a sumarse manifestaciones públicas de “Muerte a la República” y “Viva Cristo Rey”. Las que se produjeron en Madrid no provocaron víctimas, pero las organizadas en provincias, sí. La Guardia Civil,

eminentemente monárquica, disparó sobre las contramanifestaciones obreras, y las primeras víctimas comenzaron ya a contarse. La República disparaba contra los republicanos y protegía a las fuerzas monárquicas. La *unidad a toda costa*, sellada en San Sebastián, comenzaba ya a dar sus frutos.

Estos son, sucintamente, los hechos que se produjeron en vísperas o durante la semana que precedió a la celebración proletaria del 1 de Mayo de 1931, apenas quince días después de proclamarse la Segunda República.

A los múltiples trabajos de organización y propaganda en que estaban entregados Durruti y Ascaso, se les agregó el de acompañantes de las delegaciones que el movimiento anarquista internacional envió a Barcelona para asistir a la manifestación del Primero de Mayo. Las delegaciones extranjeras estaban formadas por los siguientes representantes: Agustín Souchy, por la Federación Anarquista Alemana; Voline e Ida Meet, por los anarquistas exiliados rusos; Camilo Berneri, por los anarquistas exiliados italianos; Rudiger, por la SAC (anarcosindicalistas suecos); De Jong, Alberto, por los anarcosindicalistas holandeses; Hem Day, por los anarquistas belgas; y, por la Unión Anarquista Francesa, Luis Lecoin y Pierret (Odeón).

El lunes 27 de abril, en el Sindicato de la Construcción, situado en la calle Mercaders, número 25, se celebró una reunión importante de militantes de la CNT y de los grupos anarquistas, para tomar medidas de organización del acto del día primero de mayo. Uno de los problemas que se presentó fue decidir bajo qué bandera se iba a desfilar. La cuestión no era meramente de forma, ya que tenía un fondo teórico importante, que arrancaba de una polémica surgida en 1919 entre los componentes del grupo anarquista "Bandera Roja" y el grupo anarquista "Bandera Negra". Los primeros, aunque anarquistas —puesto que fue desde su periódico desde donde ya en 1919 se lanzó la idea de pasar a la constitución de una Federación Comunista Anarquista Ibérica²²— ponían mayormente el acento en la cuestión sindical obrera; los segundos, más radicales, entre los que militaba García Oliver, eran anarquistas más principistas y, por tanto, más distanciados (en aquella época) de las cuestiones puramente sindicales. Una viva controversia se entabló entre los dos grupos, prolongándose, prácticamente hasta 1930. Sobre la misma ya vimos la posición de Ascaso y Durruti en febrero de 1928 en relación a los cuadros sindicales de la CNT en Francia. Pero con la proclamación de la República, y a la vista de las perspectivas que facilitaban el movimiento de masas, dicha polémica carecía de sentido. Sin embargo, era preciso dejar constancia del acuerdo mutuo. Y fue justamente García Oliver quien propuso dar expresión plástica al acuerdo, haciendo de las dos banderas una sola; la bandera rojinegra. Por primera vez en la historia, la bandera rojinegra presidiría una manifestación de la CNT-FAI²³.

22. Véase nota 25 de la Primera Parte. En esa llamada se instaba a los anarquistas españoles a constituir una Federación Anarquista Ibérica.

23. Estos datos los hemos obtenido directamente de García Oliver, en carta que escribió en 1973 como comentario a nuestro libro de la edición francesa.

El Primero de Mayo de 1931

El 14 de abril y el 1 de Mayo eran dos fechas de significación social muy próximas, poniéndose de relieve el carácter político de la primera y el carácter obrero de la segunda. Dicho de otra manera, este 1 de Mayo iba a ser para el proletariado español su 14 de abril reflexivo. En la confrontación de ambas fechas se jugaba todo el destino de la Segunda República.

Madrid sería el centro del 14 de abril y Barcelona el del 1 de Mayo. En Madrid fueron la UGT y el Partido Socialista los organizadores del desfile obrero. Lo presidían tres ministros socialistas; era, por tanto, un acto casi gubernamental. El pequeño número de comunistas con que contaba Madrid se sumó a ese desfile con propósitos propagandísticos. Situados estratégicamente, desplegaron unas pancartas que fotografió un agente del Partido, y cuyas copias fueron inmediatamente retransmitidas al extranjero y comentadas en *La Correspondencia Comunista* como una prueba de la influencia que el Partido tenía en la clase obrera española ²⁴. Salvo esta pequeña anécdota, el resto de la manifestación pasó como un día de jolgorio popular.

En Barcelona, las cosas fueron diferentes, recordando la trágica jornada norteamericana de 1886, baleándose una vez más a la clase obrera por reivindicar su derecho a la vida.

Hemos dicho que la CNT tenía interés en que la manifestación del 1 de Mayo fuera en Barcelona una expresión masiva de la clase obrera. Se habían organizado mítines, pero las paredes y muros no ofrecían la imagen de otros países en los que, con grandes cartelones, se llama la atención invitándose a manifestar o acudir a tal acto o mitin.

Luis Lecoin se quejó amargamente de la mala organización de la CNT, por descuidar lo que él llamaba “la publicidad”. Efectivamente, la CNT era y fue siempre muy pobre en medios económicos, y, quizá por ello, su gran fuerza residía justamente en la pobreza de dichos medios, ya que de haberlos tenido es posible que hubiese caído en la tentación de la “organización perfecta, con un aparato sindical perfecto”. Sobre el particular, Lecoin manifestó:

“Con la proclamación de la República rendí visita a mis amigos Durruti, Anasao y Jover en Barcelona. En vísperas del 1 de Mayo, los comunistas anuncia-

²⁴ Los mismos lemas que el PC propagó en Madrid, los divulgó en la manifestación que hizo en Barcelona. Y según José Robles, entonces militante del Bloc Obrer i Camperol (Bloque Obrero y Campesino), uno de ellos expresaba un “¡Vivan los soviets chinos!”. “Chinos” fue, pues, desde aquel momento, como se les calificó a los adherentes del PCE.

ron un mitin, cubriendo las paredes con grandes cartelones de propaganda. De la CNT y de la FAI, nada. ¿Despreciarían estas organizaciones la oportunidad de manifestarse en esa fiesta? Yo me inquieté y comuniqué mi preocupación a Durruti; pero él me dio confianza:

“Contrariamente a lo que piensas, la CNT y la FAI no están dispuestas a pasar en silencio esta fiesta proletaria. Al contrario, organizamos para mañana una gran manifestación a la que esperamos asistan unas cien mil personas.

“-Pero ¿y la publicidad...?”

“-Unas líneas en *Solidaridad Obrera* bastará para ello.

A pesar de esa seguridad, yo les llamé la atención sobre el peligro estalinista. Pero ellos se rieron de mí, diciéndome que eso era un peligro imaginario.

“Por esta vez —concluye Lecoin— triunfó la seguridad de “los tres mosqueteros”, ya que, efectivamente, acudieron a la manifestación más de cien mil personas”²⁵.

Por lo luctuosa que resultó aquella jornada, *Tierra y Libertad* dio amplia información, titulando a cinco columnas de su primera página de esta forma: “UN PRIMERO DE MAYO TRÁGICO”. “LA MANIFESTACIÓN DE LA FAI Y CNT AGREDIDA POR LA FUERZA PÚBLICA”.

“Ante los hechos registrados en la mañana del viernes, 1 de Mayo, no podemos sustraernos al deber de reflejar en nuestra información toda la verdad de los hechos, para que sean exigidas inmediatamente las responsabilidades que hubieran lugar por la cobarde agresión de que fuimos víctimas los manifestantes en la Plaza de la República.

“Procuraremos ordenar nuestros recuerdos y nuestras ideas y consignarlos imparcial pero firmemente. No hemos de consentir que, después de tal atropello salvaje cometido contra nosotros, se nos culpe con torpes fines políticos.

“*El mitin*. Con un lleno total en el Palacio de Bellas Artes, habiendo quedado en el exterior muchos miles de compañeros deseosos de oír a los oradores, se dispuso que en el Salón de Galán se organizase otra tribuna, en un camión, para que los compañeros que hablaran en el interior lo hicieran luego en dicho segundo lugar”²⁶.

“Todos los discursos fueron entusiastas y llenos de una gran energía, hermanada con la mayor serenidad de ánimo. Hablaron los compañeros Castillo, Bilbao, Martínez, Cortés, Lecoin, Parera y un emigrado portugués en nombre de sus compañeros exiliados. Presidió el compañero Sanmartín”.

He aquí, a continuación, un resumen de las intervenciones, según la prensa de entonces:

“Es preciso la expropiación de las empresas cerradas por la burguesía. Los obreros sabrán hacerlas marchar”.

“No olvidemos la formación intelectual de la juventud. Es preciso impedir que sea el Estado quien controle la enseñanza, porque el Estado siempre tiende a formar soldados y esclavos”.

“El actual ministro Albornoz decía cuando se encontraba en la oposición que

25. Luis Lecoin, op. cit.

26. Fue en esta segunda tribuna desde la que habló Durruti.

la República de 1873 fracasó por su falta de audacia y por no haber guillotinado a los grandes terratenientes. Hoy estamos obligados a constatar, que la política actual no corresponde a esa concepción”.

“Desde el momento en que el pueblo abandona su verdadera acción revolucionaria para intervenir en la vida social por medio del sufragio universal, toda nueva conquista se hace imposible. No podemos esperar de las Cortes Constituyentes que resuelvan el problema social. “Los representantes del pueblo” no poseen ningún poder creador; su papel es siempre demagógico”.

“No hay otra revolución posible que aquella que la clase obrera sea capaz de realizar. Y la clase obrera con la CNT puede y es capaz de realizar una profunda revolución social”.

“No es solamente para la clase obrera española que urge realizar su revolución, sino para ser un ejemplo saludable de los trabajadores del mundo entero que se encuentran sujetos al yugo del capitalismo, de la reacción y de las dictaduras fascistas...”.

“La CNT debe darse un programa de realizaciones prácticas y concretas”.

“Vivimos momentos en que no es necesario entretenerse en leer la historia, sino en crear otra”.

“Pueblo obrero y campesino, por encima de las Cortes Constituyentes nuestro deber es marchar, marchar y marchar enérgicamente hacia la conquista de nuestro futuro” ²⁷.

La inmensa asamblea votó por unanimidad las conclusiones siguientes, y, a la par, encargó a la comisión que presidía la manifestación que hiciera entrega de las mismas al Gobierno de Cataluña:

“Disolución de la policía y de la Guardia Civil.

“La defensa del pueblo debe ser confiada al pueblo mismo.

“Expropiación de los grandes latifundios y de las grandes propiedades, sin indemnización e inmediata entrega a los campesinos para su explotación colectiva.

“Expropiación inmediata de las fábricas y empresas cerradas por los capitalistas para boicotear la República.

“Expropiación de empresas extranjeras, explotadoras en nuestro país de minas, teléfonos, ferrocarriles, etc., sin indemnización y entrega inmediata a los obreros para su explotación colectiva.

“Disolución del Ejército e inmediato abandono de Marruecos” ²⁸.

27. *Tierra y Libertad*, núm. 12, del 8 de mayo de 1931, recoge los resúmenes que ofreció la prensa de Barcelona a sus lectores sobre las intervenciones habidas en el mitin.

28. Los anarquistas españoles habían planteado ya, desde la revista *Acción*, que se publicaba en París en 1925, la cuestión del abandono de Marruecos como primera medida en el caso de la proclamación de la República. Los republicanos, conspiradores contra la Monarquía durante aquella época, también se manifestaron en este sentido; pero una vez proclamada la República, los republicanos mantenían la misma posición colonialista que la Monarquía en relación a Marruecos. La CNT, al incluir la cuestión de Marruecos como reivindicación, no hacía otra cosa que seguir fiel a su posición y recordar a la vez a los republicanos lo que habían prometido.

Cuando la Comisión que debía presidir la manifestación salió del Palacio de Bellas Artes, resultó imposible dar un paso por ciertos lugares. El Paseo del Triunfo y las calles adyacentes estaban repletas de obreros de ambos sexos. Y en ese tumulto se destacaban banderas rojinegras, rojas, republicanas y negras. En grandes pancartas de lienzo blanco se leía: “Exigimos la disolución de la Guardia Civil”; “Abajo la explotación del hombre por el hombre”; “La fábrica a los obreros, la tierra a los campesinos”²⁹.

Y *Tierra y Libertad* prosigue:

“*La manifestación.* Acto seguido se organizó en el Salón de Galán la manifestación encabezada por tres camiones, llenos de jóvenes con banderas rojinegras y banderas negras desplegadas.

“En un momento la manifestación pasó a ser una masa imponente, formidable, pudiéndose calcular en unos ciento cincuenta mil los manifestantes (para una Barcelona que tenía un millón de habitantes). La marcha hacia el Arco del Triunfo se emprendió en el más perfecto orden, recorriendo la Ronda de San Pedro, Plaza de Cataluña, Ramblas y calle Fernando.

“Muy poco después de las 12 horas y media llegaba la cabeza de la manifestación a la Plaza de la República. Penetraron en ésta las tres camionetas y, a unos diez metros de la puerta de la Generalitat, se detuvo la comitiva, de la que se destacó la Comisión que debía entregar a la autoridad las conclusiones del mitin. La puerta del palacio permanecía cerrada y fue abierta para dar entrada a los compañeros comisionados. *En aquellos momentos no había en la puerta sino un grupo de Mozos de Escuadra, pero no vimos allí a ningún agente provocador, pese a las manifestaciones interesadas de las autoridades y de la prensa burguesa de todos los matices.*

“Al penetrar la comisión se dispuso a seguirla el portador de la enseña roja y negra, el compañero Luis Lecoin, siguiendo la costumbre establecida de que todas las comisiones vayan acompañadas de sus banderas para dar cuenta de su misión...

“El primer atropello corrió a cargo de los brutales mozos de escuadra, la nefasta guardia civil catalana. En el momento en que el abanderado iba a penetrar en la Generalitat, siguiendo a los demás comisionados, varios esbirros de chaquetilla corta y alpargatas se abalanzaron sobre la bandera y forcejearon con su portador intentando arrebatarla, aunque sin lograrlo, porque la valentía de nuestro compañero supo defender la bandera heroicamente. En el forcejeo fue roto el palo de la bandera por los mozos de escuadra, quedando aquél en poder del abanderado. El hecho que relatamos no podrá desvirtuarlo nadie, porque fuimos cientos de manifestantes los que lo presenciamos, pese a todas las afirmaciones de los autores del indigno atropello, y pese a todas las notas oficiosas de la Generalitat. Lo que vimos nosotros no lo vio Macià, ni lo vio el gobernador Companys, porque no se hallaban allí, mientras que nosotros nos encontrábamos en el lugar del suceso para ser insultados primero por los mozos de escuadra y agredidos a tiros después”.

“*Disparos.* Antes de proseguir adelante debemos hacer una rectificación a las

palabras de los compañeros comisionados. Estos, cuando se originó el incidente de la bandera se encontraban ya en el interior del palacio de la Generalitat, por lo que no *podieron ver lo que sucedía fuera*. Antes, comprobaron que en la puerta del palacio no había ningún agente provocador; únicamente se hallaban los mozos de escuadra.

“Pero vamos al caso. Casi simultáneamente a la agresión de los mozos de escuadra contra nuestra bandera, *partió de la misma puerta de la Generalitat un disparo*. Si lo hicieron los mozos de escuadra o alguien atrincherado detrás de ellos, no podemos discernirlo. Pero sí aseguramos y repetimos que *el disparo partió de la misma puerta de la Generalitat*.

“Nuestro estupor fue mayor que el temor de graves incidentes. Los mozos de escuadra que atropellaban al abanderado, al oír el disparo, huyeron a refugiarse en la Generalitat, cuyas puertas cerraron tras ellos mientras la bandera, triunfante, ondeaba al aire.

“En resumen: si el primer disparo no lo hicieron los mozos de escuadra, estos pudieron tal vez saber quién lo efectuó, porque aquél partió del grupo formado en el umbral de la puerta, hacia adentro.

“Como si el disparo de la Generalitat fuera una consigna, inmediatamente sonaron varios más desde la esquina de la calle de San Severo, dirigidos contra los camiones, ocupados por mujeres y contra las banderas.

“La confusión en aquel momento fue enorme. El público huyó asustado en todas direcciones, mientras algunos bravos compañeros se disponían a repeler las agresiones.

“Durruti, que continuaba subido al camión, tuvo un reflejo que impidió lo que hubiera sido un desastre. Con una voz fuerte, atronadora, arengó a los que corrían alocados, aconsejándoles calma, para evitar con ella que la huida hiciera más deméritos que los tiros. Y paró también la acción instintiva de los compañeros que iban armados, conminándoles a guardar la serenidad. Sea como y por lo que fuere, ~~no~~ pudo dominar el pánico y evitar que se replicara a la fuerza pública, cosa que permitió que renaciera la calma” ³⁰.

Seguimos citando textos de *Tierra y Libertad*: “Renacida la calma poco después, de nuevo la plaza se vio llena de gente. Pero no pasaron cinco minutos sin que volvieran a oírse disparos desde diversas bocacalles vecinas al edificio de la Generalitat. Y antes de que toda la gente hubiera podido abandonar la plaza para refugiarse en lugar seguro, se oyó el estruendo de las tercerolas.

“*Los del casco disparan*. Eran “los del casco”, los nefastos guardias de seguridad, procedentes de la Delegación de Regomir. Apostados en las esquinas del

10. Uno de los testimonios presentes, Dolores Iturbe, nos dice que, en el instante del pánico, Durruti se subió a un farol: “En ese momento, su audacia nos impresionó a todos. Grande, despeinado, desafiando a las balas, recomendaba con su potente voz calma a la multitud asustada...” Por otra parte, en la comunicación que nos hizo Ida Mett, nos evoca el comportamiento de Ascaso: “Más de un tercio de siglo ha pasado, pero yo lo tengo aún ante mis ojos..., presto a lanzarse a la batalla, porque su concepción del coraje le dictaba no ceder...”

Ayuntamiento, se disponían a fusilar a la multitud marándola a mansalva, pero la decisión y el arrojo de nuestros compañeros impidió una gran tragedia, porque dirigiéndose éstos hacia las bocacalles, donde los guardias ametrallaban a los manifestantes inermes, les hicieron retroceder y, apostándose en las esquinas, les contuvieron para que no penetrasen en la plaza.

“Desde otras bocacalles partían asimismo disparos. Alguien, desde lo alto, desde una casa de la plaza, disparaba con arma larga contra los manifestantes. Por la calle San Severo fueron vistos varios jóvenes elegantemente vestidos, cargando pistolas en los portales y huyendo más tarde por las callejuelas que rodean el palacio de la Generalitat. Otro tanto sucedió en la calle del Obispo.

“Si los agentes provocadores eran antiguos “libreños”, es indudable que también los había de otras organizaciones. A la autoridad incumbe averiguarlo y sancionarlo.

“*Continúa el tiroteo*”. Generalizado el tiroteo, y tomadas las esquinas de la plaza por los compañeros, fueron cayendo algunos heridos. El pánico en toda la barriada era enorme. Todas las puertas fueron cerradas y los gritos de angustia se unían al crepitar de los disparos.

“Cerca de tres cuartos de hora duró la batalla. Cuando ésta adquiría proporciones de mayor gravedad, un grupo de compañeros, que se habían refugiado en las calles que desembocan a la Plaza de la República, se dirigió al cuartel de Artillería de la calle del Comercio, para pedir socorro y evitar que los que quedaban en la plaza fueran asesinados al agotarse sus municiones.

“Aquí haremos otro apartado. La provocación, a pesar de todas las notas oficiales y oficiosas, no partió de los comunistas. Tal vez se mezclaron en ella algunos antiguos “libreños”, pero es indudable que si uno de éstos fue el iniciador de los hechos, se hallaba con seguridad amparado por la Generalitat. Además, la intervención de los fatídicos fusileros del casco no fue accidental. En primer lugar, no salió del Ayuntamiento, pues de haberse hallado allí hubieran ametrallado al pueblo cómodamente desde las ventanas que dan a la Plaza de la República. Salió de la Delegación de Regomir. Y debió salir con órdenes concretas. Si las recibió del gobernador Companys o del teniente Cabezas que dice haber solicitado su auxilio, no es de nuestro interés el saberlo. El hecho es que la Guardia de Seguridad fue llamada para ametrallar al pueblo, atacado cobardemente, y cumplió las órdenes que se le dieron, agrediendo sin ser agredida.

“*Hermanos soldados*. No nos consta que el Capitán General diese orden a las tropas para que acudieran a la Plaza de la República a poner fin la batalla. No lo dudamos. Pero lo que dudamos aún menos es que los soldaditos, nuestros hermanos soldados, con sus oficiales al frente, no vacilaron ni un segundo en correr a buscar sus armas para defender a los atropellados de la Plaza de la República, cuando nuestros compañeros se presentaron a pedir socorro.

“Los hermanos soldados, hijos del pueblo como nosotros, generosos y valientes como héroes anónimos, acudieron cosechando a su paso imponentes salvas de aplausos y vítores ensordecedores. En sus rostros había una sonrisa de felicidad. Sonreían felices de ser útiles a sus hermanos, de volar en su ayuda para evitar que fueran asesinados.

“Un destacamento de tropa, al mando de un oficial (el capitán Miranda), corrió a reducir a los guardias que atacaban al pueblo. Otros destacamentos fueron llegando a la plaza, donde se acordonaron, y la calma renació. Al fragor de los disparos sucedió el estrépito ensordecedor de los vítores y los aplausos.

“Los hermanos soldados merecen el testimonio de nuestra gratitud más sincera y nuestro más cordial abrazo. Ellos son el pueblo en armas, dispuestos a evitar crímenes, no a cometerlos. Ellos, nuestros hermanos soldados, no han hecho del fusil un oficio. No tienen el fusil en sus manos para asesinar a su padre y a sus hermanos, para ametrallar al pueblo... ¡Hermanos soldados, salud!

“*Los cosacos del tricornio.* Cuando en la Plaza de la República estaba formada la tropa salvadora, llegó al galope una sección de la Guardia Civil de caballería. Es indudable que alguien le dio la orden de acudir a la plaza. Y todos sabemos que la Guardia Civil acude para dar cargas y para disparar, no para proteger a los ciudadanos agredidos. Deseamos saber quién la mandó. Porque el hecho de enviarla es demasiado significativo. Se quería copar a los que en la plaza defendían su vida y su honor.

“La Guardia Civil fue recibida con una silbatina tan estrepitosa como no recordamos haberla oído jamás. Y acto seguido, después de su llegada desenvainaron los sables disponiéndose a cargar, en la forma que les es peculiar, contra el pueblo que manifestaba su desagrado al verla allí.

“Pero el jefe de la tropa, el jefe de nuestros hermanos soldados, soldado y hermano también él, dio alguna orden al que mandaba los tricornios. Orden que no fue obedecida, porque en el momento vimos a los soldados cargar los fusiles, actitud que convenció a los civiles de que lo más prudente era retirarse (...).

“Sin temor ya a ser ametrallados, el pueblo invadió de nuevo la plaza. Ondearon las banderas y restallaron entusiastas vítores.

“Había terminado ya la tragedia. El balance era doloroso: muchos compañeros heridos, un guardia muerto y otros dos heridos (...). El guardia muerto recibió numerosos balazos. Según las referencias oficiales, que desmentimos categóricamente, “fue rematado por los revoltosos”. ¡Mentira! Mentira infame y canallesca. Mentira rufianesca. Caído en el tiroteo y no retirado por sus compañeros, fue acribillado por los proyectiles que rebotaban y por los que no iban bien dirigidos. No hubo ser humano que hubiera podido penetrar en la calle para rematar al guardia, porque en el acto habría caído bajo el plomo de las tercerolas. Las notas oficiales mienten de una manera indigna, cobarde y canallesca. No había asesinos en la Plaza de la República. Los verdaderos asesinos estaban apostados tras las esquinas; ellos cometieron la agresión, y ellos nos hubieran asesinado en gran número, a no ser por la intervención de los hermanos soldados.

“Abandonamos la Plaza de la República. Más tarde acudió Macià, y desde los balcones de la Generalitat lamentó el suceso luctuoso. Más lo lamentamos nosotros, porque hemos sido las víctimas. Y ahora no pueden servirnos de desagravio palabras afectuosas o emocionadas, sino hechos justificados. Pedimos justicia. La exigimos. Y exigimos, en primer lugar, que no se nos infame con acusaciones villanas después de habernos ametrallado.

“*Lo que puede el fanatismo.* Para justificar la indigna conducta de los mozos de

escuadra y de los pistoleros de arma corta y de arma larga fue inventada la versión de que se intentaba asaltar el Palacio de la Generalitat. Sólo la vesanía de algunos fanáticos puede urdir tamaña majadería.

“Y para hablar claro, diremos que esa estúpida fábula partió de los jóvenes “macianistas” que, creyendo que por haberse producido los hechos narrados frente a la Generalitat, podía ser perjudicial a las ansias catalanas de independencia. Se curaron en salud inventando la disculpa antes de que se hiciese la inculpación. Nosotros no acusamos de la agresión a la gente de Macià, ni hacemos a éste responsable directo ni indirecto por ahora. *Nos limitamos a afirmar que el primer disparo salió de la Generalitat.* Esclarezcan los interesados las cosas, pero no urdan fábulas ridículas.

“*Un botón de muestra.* Los hechos del viernes concitaron inmediatamente todas las iras de los fanáticos contra nosotros, contra los anarquistas y los sindicalistas y, por ende, contra todo lo que sea tendencia social de extrema avanzada. Así, al pasar por la Plaza de Cataluña una reducida manifestación comunista, la Guardia Civil le dio una carga, procurando dispersar a los manifestantes. El público —clase media catalanista—, creyendo que se trataba de manifestantes procedentes de la Plaza de la República, aplaudió a los guardias por su actitud, cargando contra el pueblo —también los comunistas son pueblo, aunque nosotros seamos anticomunistas— y pretendió linchar a dos detenidos.

“El hecho vergonzoso de aplaudir a los que atropellan al pueblo es ya de por sí repugnante; el de intentar el linchamiento de hombres indefensos es una cobardía sólo concebible en rufianes, asexuados o castrados.

“Con tales actitudes, no lograrán nuestra simpatía los elementos políticos que dicen preocuparse del pueblo que trabaja y sufre. Antes, por el contrario, provocarán un divorcio radical, cuyas consecuencias, aunque sean lamentables, no habrán sido deseadas por nosotros”³¹.

31. *Tierra y Libertad*, ya citado. En la edición francesa de nuestro libro utilizamos la descripción que daba *Le Libertaire* del 18 de mayo de 1931. Cotejadas ambas versiones hemos optado por la española, porque, previa consulta con testimonios presentes, se ajusta más a la realidad

El grupo «Nosotros» ante la CNT y la República

En la noche del día que tuvieron lugar los dramáticos sucesos que hemos descrito, la CNT y la FAI convocaron sendas reuniones de sus militantes con el fin de decidir las posiciones a tomar ante la política restrictiva que seguramente pensaban establecer los nuevos gobernantes catalanistas contra la CNT y, en especial, contra los anarquistas de la FAI.

En esas reuniones, particularmente en la de la CNT, se calibraba el temor de Macià —desbordado por sus propias tropas— a enemistarse con los obreros de la CNT, ya que esperaba de éstos su colaboración para aprobar el Estatuto Catalán en el referéndum que iba a celebrarse próximamente. Su discurso y sus declaraciones después de los hechos ocurridos denotaban dicha inquietud. Ante ello, había militantes que, partidarios de una “pausa social”, consideraban que debía dárseles a los políticos catalanes su oportunidad de gobierno y no crearles dificultades en su flamante ejercicio en el poder. En otros términos, preconizaban una entente entre la CNT y los políticos catalanes. Como se comprenderá, esta posición era sostenida por los “moderados” de la organización confederal. En oposición a éstos, se encontraban aquellos que señalaban —además del interés apuntado por Macià— el miedo que sintieron los políticos y el propio Capitán General, López Ochoa, por la actitud adoptada por la tropa, presta a enfrentarse con la Guardia Civil y pasada sin condiciones al lado del pueblo. En tales condiciones —decían—, cualquier prueba de buenos propósitos que se diera sería interpretada como una señal de debilidad de la CNT y de rechazo por parte de ésta de la actitud adoptada por los grupos anarquistas que se enfrentaron a la fuerza pública. Lo que en otros términos podía ser entendido como un divorcio entre la CNT y la FAI, dando “luz verde” a los políticos para ejercer la represión contra los anarquistas. Además, existía un problema de fondo: la entente implicaba compromisos, y el compromiso podía llegar a hacer de la CNT en Cataluña un apéndice del futuro Gobierno de la Generalitat, lo que en tal caso significaría vaciar a la CNT de su sustancia anarcosindicalista.

En aquella reunión de la CNT se puso de relieve la existencia de dos tendencias que veían el momento político republicano-catalán de manera diametralmente opuesta. Y, como los problemas eran de fondo y no de forma, todo el mundo presintió que el debate interno en la CNT sería duro, y que incluso podría derivar hasta la división de los militantes. La escisión —si se producía en aquellos momentos de reorganización— sería un grave percance que pesaría desastrosamente en la recuperación de la CNT e impediría, a la vez, marcar una línea precisa ante los ya claros propósitos del nuevo ministro del Trabajo, Francisco Largo Caballero. Este orientaba sus objetivos a combatir la CNT desde el gobierno, con

la promulgación de decretos-leyes tales como los que tendían a regularizar la huelga por medio de los preavisos de ocho días y la entente a través de los Jurados Mixtos (obreros, patronos e Inspección de Trabajo) para arbitrar las diferencias (trabajo-capital) como medio de evitar la huelgas. Ante dicha legislación y los propósitos evidentes del reformismo socialista, la CNT no podía claudicar, porque si así lo hacía renunciaba a su fisonomía anarcosindicalista y caía directamente en la integración sindical en el Estado. Para defenderse ante la nueva política, la CNT precisaba fijar una posición concreta, coherente y decidida. Los cuadros militantes eran conscientes del momento difícil que atravesaban, pues, a causa de la aguda polémica, una amenazante escisión pesaba sobre la CNT cual “espada de Damocles”. Este panorama, además, equivalía a reconocer la fragilidad de la unidad de la CNT. Los asistentes reunidos intentaron por todos los medios armonizar los conceptos dispares, buscando alejar los peligros de división. La fórmula encontrada fue la de remitirse al urgente Congreso de la CNT, donde se definiría una estrategia en razón de las nuevas condiciones políticas que originaba la instauración de la República.

Durante las mismas horas en que la CNT extraía lecciones de la jornada del Primero de Mayo, los grupos anarquistas, convocados por la Federación Local de Grupos de Barcelona, se reunían también con el mismo fin. En esta reunión, compuesta por delegados de más de treinta grupos, aparecieron numerosas caras nuevas para “Los Solidarios”. Muchos militantes se habían formado en la clandestinidad, bajo la Dictadura; unos en los sindicatos y otros en centros culturales, Ateneos y Peñas Literarias. La reaparición de la CNT en 1930 y las discusiones entabladas en su seno, fueron como un llamado a la lucha en el aislamiento de algunos y un estrechar filas en otros, sobre todo para quienes estaban implicados en el proceso de reorganización de la CNT. De tal contacto surgía una FAI más juvenil y dinámica y, también, con un bagaje teórico mayor que el que tenía en los años de conspiración.

Cuando los grupos, como era costumbre, fueron anunciando su presencia en la reunión de la FAI dando sus nombres, “Los Solidarios” se encontraron con “una pequeña sorpresa”. “Uno de los grupos de reciente creación había elegido como denominación el de “Los Solidarios”. La representación del antiguo grupo no hizo ninguna observación en atención a que no había patente de propiedad y el nombre no hacía la cosa”³².

Entre los concurrentes prevaleció el criterio de que si la FAI cedía al chantaje que le hacía el poder de los políticos catalanes (puesto que la provocación era clara), la fracción moderada de la CNT lograría imponer a ésta su pretensión de borrar de la misma la influencia anarquista y, así, los anarquistas quedarían aislados de la base obrera. Un hecho de esta naturaleza traería como consecuencia la integración de la CNT a la legislación social propuesta por el ministro de Trabajo, Largo Caballero, es decir, el oficialismo y, con ello, remitir la revolución

32. Ricardo Sanz, *op. cit.* señala que en razón de esa sorpresa, el grupo se dio el nombre de “Nosotros”.

social a “las calendas griegas”. Por múltiples razones, se alegaba en la reunión, destacándose la enérgica posición de los ex “Solidarios”, —transformados ahora en el grupo “Nosotros”—, Largo Caballero no podrá evitar la radicalización de la lucha de clases, porque las soluciones que él presenta ni la burguesía ni el Estado son capaces de satisfacerlas, y ello obedece al carácter anacrónico de la burguesía y al atraso industrial de España. Pero si el reformismo socialista no tenía posibilidades de éxito, sí podría afirmarse el poder autoritario del Estado republicano, si se le daba tiempo para ello. Y, ante esto, la experiencia del gobierno tiránico de Primo de Rivera era aleccionadora: la revolución, desde el punto de vista organizativo, quedaría retrasada. En tales condiciones —se decía—, lo importante y decisivo es que el Estado republicano no se fortalezca y, para ello, es preciso mantener una situación pre-revolucionaria constante, que el grupo “Nosotros” definía con el característico nombre de “gimnasia revolucionaria”. La CNT —se sostenía en la reunión— debe ser en este proceso la vanguardia revolucionaria más adelantada en la lucha política y social. Los trabajadores y campesinos a través de la incesante “gimnasia revolucionaria”, irán, gracias a la práctica, tomando contacto con la teoría, proceso dialéctico que hará pasar de la teoría a la práctica y viceversa. En una lucha de este tipo los imposibles desaparecen, los “sacros principios” de la ideología burguesa se hundén en el desprestigio, y los “tabúes” caen hechos pedazos, posibilitándose así entrever la sociedad futura que cada obrero va asimilando como una realidad tangible y asequible si mantiene el dominio de los acontecimientos por una lucha cotidiana.

Tales conclusiones conducían a los grupos anarquistas a no descuidar el peligro de la escisión. Sin embargo, ante dicha amenaza, la actitud de la FAI era diferente a la que adoptaban los militantes sindicalistas de la CNT. En la FAI se decía: para que una organización pueda mantener una conducta coherente, necesita que se establezcan premisas coherentes con la conducta. Si existen fuerzas interiores, y cada una de ellas tira para sí en forma diametralmente opuesta, esas fuerzas no sólo contrarrestan energías, sino que detienen la marcha de la organización, haciendo de ésta un cuerpo inerte. Si no hay otro medio, y en beneficio del proceso revolucionario hay que ir a la escisión, ésta debe efectuarse de manera que ocasione los mínimos desajustes³³.

El Comité Nacional, y por expreso deseo de la CNT, convocó un Congreso —su III Congreso— para el mes de junio de aquel año de 1931. La FAI, para aquella misma fecha, organizó una Conferencia Anarquista. Uno y otra se celebraron en Madrid. La vida de los militantes de la CNT y de la FAI durante aquellos dos meses iba a ser de una actividad tan intensa, que prácticamente no se salta de las reuniones de sindicato y de grupo. Particularmente para Durruti, Ascaso, García Oliver y otros militantes, que a las funciones naturales de su actividad militante se sumaban otras como la de la propaganda en mítines y confe-

33 Las razones y argumentos expuestos en la citada reunión, corresponden a la tónica que animaba por un lado al grupo “Nosotros”, y por otro a los artículos personales y editoriales sobre el particular de *Tierra y Libertad*, portavoz de la FAI en Cataluña.

rencias. La presencia de estos tres compañeros en una tribuna bastaba para asegurar el éxito del mitin. Reconocido este hecho, de todos los lugares de España eran solicitados, lo que les obligaba a constantes desplazamientos. Y si a todo esto agregamos que cada uno de los militantes de la CNT, por muy influyente que fuera, tenía que trabajar en las fábricas para ganarse su pan y el de los suyos, se comprenderá qué clase de vida era la que se vivía... Emilienne Morin confiesa que “durante semanas enteras no veía a Durruti, el cual se iba de las reuniones directamente al trabajo”³⁴.

Mientras la CNT intentaba resolver afanosamente, y de la mejor manera posible, sus disensiones internas y atendía a su organización preparando, en la fiebre pasional de los debates de las asambleas, su III Congreso, el Gobierno provisional velaba celosamente por hacer admitir su legitimidad. Primero hubo que resolver la cuestión catalana, que Macià, considerando que la mejor táctica en política era el ataque, había planteado. De buenas a primeras, Macià declaró a Cataluña autónoma estableciendo el Govern de la Generalitat. Madrid, y sobre todo Miguel Maura, no podía aceptar aquel atentado al centralismo político. Por una parte aceptaban que era forzoso acordar el Estatuto Catalán, pero por otra deseaban dar ese paso cubriendo todas las formas legales y constitucionales y no admitirlo bajo la forma “guerrillera” que lo había hecho Francesc Macià. Fue preciso el desplazamiento de ministros a Barcelona, e incluso el viaje de Alcalá Zamora a dicha ciudad, para convencer a Macià de que se debían ajustar a procedimientos legales. Como Macià no se allanaba, se buscó un *modus vivendi* hasta que llegara la sanción legal que sería el referéndum en 1932.

A la actitud de Francesc Macià vino a agregarse, aunque de signo muy diferente, la de otro “guerrillero de Cristo Rey” (según calificación de Miguel Maura); se trataba del cardenal Primado de España, don Pedro Segura³⁵. El 1 de mayo el cardenal Segura hizo pública una pastoral, dirigida al clero y fieles del arzobispado de Toledo, en la que resaltaba, de manera principal, “la grave situación por la que atraviesa el país”. La pastoral era extensa, pero lo que nos interesa aquí es sólo su parte política, al final de la misma, en la que recordaba a los fieles españoles sus obligaciones ante las próximas elecciones a Cortes Constituyentes (convocadas por el Gobierno provisional para el mes de junio), las cuales habrían de significar un paso decisivo en la configuración de la naciente República. La pastoral se expresaba así: “Es urgente que en las actuales circunstancias los católicos, prescindiendo de sus tendencias políticas, en las cuales pueden permanecer libremente, se unan de manera seria y eficaz para conseguir que sean elegidos para las Cortes Constituyentes candidatos que ofrezcan plena garantía de que defenderán los de-

34. Comunicado al autor por Emilienne Morin y por Teresa Margalef, una íntima de la familia Durruti. Esto también se percibe claramente en las cartas que Durruti escribía a su familia, quejándose siempre “de falta de tiempo”.

35. Miguel Maura, *op. cit.*

rechos de la Iglesia y del orden social”³⁶. A partir de esa declaración de guerra al nuevo régimen, el cardenal Segura se constituyó en verdadero jefe de partido político, instando a resistir las medidas de la República que pudieran atacar las “bases históricas” de la nación. Entre sus directrices iban aquellas que aconsejaban retirar todo apoyo económico al régimen, es decir, indicando la evasión de capitales, etc, etc.

La creación del partido “Acción Nacional” —que Maura había reconocido— se consideró de hecho el partido político del cardenal Segura, y sus primeras acciones públicas fueron las que motivaron la reacción popular de prender fuego a ciento cincuenta iglesias y conventos en toda España el día 10 de mayo.

Según Maura los hechos ocurrieron así:

“En la calle de Alcalá, entre la Cibeles y la plaza de la Independencia, frente al palacio de Bailén, la multitud se agolpaba profiriendo gritos y amenazas. Ante la puerta de una de las casas, cerrada herméticamente, un furgón de la policía esperaba no sé qué, y algunos guardias de seguridad de infantería y otros a caballo rodeaban a los manifestantes, sin hacer el más leve ademán de utilizar, no ya sus armas, sino sus propias personas y sus caballos para despejar la calle.

“Me acerqué a pie y pregunté al jefe de la fuerza la causa del motín.

“Averigüé que, por la mañana, unos jóvenes monárquicos reunidos en el piso tercero de aquella casa, que era, por lo visto, el nuevo centro del partido, y a la hora en que el público regresaba del concierto del Retiro, es decir, en el momento en que era más numeroso, los mal aconsejados señoritos habían colocado un gramófono en la ventana y puesto, con amplificador de sonido, el disco de la Marcha Real.

“El público fue parándose poco a poco, frente al edificio, hasta llegar a formar una respetable masa en actitud hostil. Intentó, repetidamente, forzar la puerta de entrada al edificio, cerrada desde dentro, y a gritos reclamaba que fuera abierta para propinar una severa lección a los imprudentes. Los guardias, llamados por teléfono desde dentro de la casa, acudieron para impedir el asalto al local”³⁷.

Maura explica que viéndose inútil en aquella situación, volvió al Ministerio de Gobernación y se puso al habla con el Director General de Seguridad, el general Carlos Blanco, nombrado para ese puesto a instancias de Alcalá Zamora; oficial que “ni sentía la República ni tenía el menor contacto espiritual e ideológico con nosotros”, dice Maura. Efectivamente, Carlos Blanco seguía siendo un monárquico ciento por ciento. Las órdenes que Miguel Maura dio al general Carlos Blanco, éste las consideró tan radicales que se opuso a cumplirlas. Mientras dicho forcejeo tenía lugar en Gobernación, la masa obrera concentrada en la calle Alcalá, sabiendo que el autor de la provocación monárquica era Juan Ignacio Luca de Tena, director y propietario del rotativo ABC, se dirigió a la calle de

36. Artículo de J. M. Gutiérrez Inclán, “El caso del cardenal Segura”, *Historia y Vida*, núm. 69, diciembre de 1973.

37. Miguel Maura, *op cit.*

Serrano con la intención de asaltar el edificio del diario. Otra parte de los manifestantes se dirigió hacia la Puerta del Sol, con intención de manifestarse ante el Ministerio de Gobernación. Maura impartió órdenes a la Guardia Civil de despejar la calle tras “los toques reglamentarios de atención”³⁸.

Los manifestantes pedían a gritos la cabeza del ministro de Gobernación y la disolución de la Guardia Civil, a los que calificaba de asesinos. Ante aquella situación, y reunido el Gobierno en el edificio de Gobernación, Maura solicitó que le autorizasen a sacar la Guardia Civil a la calle para dispersar a los manifestantes. Manuel Azaña se opuso diciendo que se hiciera todo menos “sacar los tricorrios a la calle contra el pueblo”. La actitud de Azaña influyó en el resto de los ministros, salvo en los socialistas Largo Caballero e Indalecio Prieto, quienes estaban del lado de Maura³⁹.

A las seis de la tarde, una delegación de manifestantes pidió hablar con Manuel Azaña, y éste les atendió en el interior del Ministerio de Gobernación. Los delegados dijeron a Azaña que saliese al balcón y asegurase a los manifestantes que se haría justicia. Azaña accedió y prometió eso; pero acto seguido uno de los delegados junto a Azaña hizo también uso de la palabra leyendo unas cuartillas en “las que se pedía la dimisión del ministro de Gobernación, el castigo de los monárquicos culpables de los incidentes de la mañana, y la disolución de la Guardia Civil. Y eso —escribe Maura—, desde el propio balcón del Ministerio de Gobernación, sin mi conocimiento, y con la tropa de la Guardia Civil en el patio oyendo cuanto se decía y gritaba”⁴⁰.

Maura relata con pormenores su discusión con Azaña y las disculpas de éste diciendo que todo lo prometido “no era otra cosa que añagazas” para que se marcharan satisfechos. Pero la delicada situación subía de momento en gravedad. En la calle Serrano los manifestantes intentaron asaltar el local de ABC, pero la Guardia Civil que Maura envió hacia dicho lugar para proteger al diario monárquico repelió a los asaltantes a tiro limpio matando a dos e hiriendo a varios de ellos. Cuando esta noticia llegó ante quienes estaban frente a la Puerta del Sol, el ambiente se caldeó más todavía y el Gobierno quedó sin iniciativa. Esta situación duró toda la noche; hacia las seis de la mañana, la plaza se despejó. Maura aprovechó la circunstancia y, con el pretexto de que se le había informado de que iban a prender fuego a conventos e iglesias, y visto que se le negaba el concurso de la Guardia Civil, se decidió a obrar recurriendo a la Guardia de Seguridad.

38. Según las Ordenanzas del Cuerpo de la Guardia Civil, ésta, antes de intervenir en una acción, debe efectuar tres toques de corneta preventivo, tras los cuales si el desorden prosigue, su obligación es intervenir de manera violenta. Generalmente, la Guardia Civil no respetaba esa ordenanza, e intervenía de buenas a primeras, en su secular tradición represiva.
39. Insistimos que seguimos en este relato utilizando la obra citada de Maura. No tenemos conocimiento de que se efectuase protesta alguna por parte de los socialistas sobre las afirmaciones de Maura.
40. Miguel Maura, *op cit.*

A las 10 de la mañana del día 11 de mayo se inició efectivamente la quema de iglesias, comenzando por arder la Residencia de Jesuitas de la calle de la Flor, y siguiéndole diez más entre colegios, iglesias y conventos. Ante estos sucesos el Gobierno persistía en no sacar a la Guardia Civil, y optó por encargar al Ejército la misión de pacificar Madrid. El Capitán General, Gonzalo Queipo de Llano, declaró “el Estado de Guerra” y ordenó a la tropa que patrullara las calles, poniendo fin a la quema de iglesias.

Miguel Maura se sintió deprimido por la “falta de decisión del Gobierno”, y se retiró a su casa con ánimos de redactar su dimisión, lo cual hizo más tarde. Al tomar conocimiento el Gobierno de esa renuncia, cundió el pánico y se reconsideró la actitud con relación al orden público. Por fin, todos acordaron que lo mejor era acceder y darle a Miguel Maura los plenos poderes que éste pedía para regir su Ministerio. Y tan fuertes fueron los poderes que se le otorgaron, que incluso estaba el de declarar el Estado de Guerra en caso de que el ministro de Gobernación lo considerara oportuno. En otras palabras, Maura ejercería un poder autoritario del que no debía rendir cuentas a nadie. Y Miguel Maura comenzó pronto a usar “sus derechos” de manera arbitraria.

Era en medio de esta situación político-social en la que la CNT preparaba su III Congreso Nacional, sucediéndose las asambleas sindicales y mítines todos los días, particularmente en Barcelona, en donde la fiebre política ascendía de forma acelerada.

Para el anarquismo el momento era de suma importancia, no solamente por lo que significaba su presencia en la Península, sino por el impacto que podía causar en el ámbito mundial anarquista. Ya hemos dejado sentado en capítulos anteriores la crisis internacional que sufría el anarquismo después de las sucesivas derrotas sufridas en Rusia, Italia y Francia. Después de esos golpes, el anarquismo organizado parecía replegarse aquejado por un complejo de inferioridad ante el bolchevismo dominante. Y una de las primeras cuestiones que se planteaba a sí mismo era sobre la eficacia o no eficacia de la organización. La polémica en torno a este tema lo tenía paralizado, desde el punto de vista combativo, y su ausencia aumentaba la fuerza de los partidos comunistas. Los españoles eran conscientes de tal crisis, y por dicha razón pensaban que si en España lograban poner en pie una auténtica organización de masas orientada por el anarquismo, inevitablemente eso tenía que repercutir en los movimientos anarquistas afines, contagiándolos de entusiasmo. El secretariado de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores) también lo interpretó en ese sentido, y por ello convocó en España su Congreso Internacional, con posterioridad al Congreso de la CNT. Por unos días, Madrid iba a ser la capital del anarquismo militante y obrero.

Rudolf Rocker era el secretario de la AIT, y de él tomamos el relato de su venida a España: “A comienzos de la última semana de mayo iniciamos el viaje un nutrido grupo. Agustín Souchy y yo fuimos como representantes del Secretariado Internacional de la AIT; con nosotros venían además Orobón Fernández y dos compañeros suecos que habían llegado a Berlín. De los delegados de la FAUD, Helmut Rudiger estaba ya desde hacía un tiempo en España, y Carl Windhoff, que habitaba en Dusseldorf, había hecho desde allí el viaje a Madrid. En París nos

esperaban todavía delegados de Holanda y de Francia. Continuamos el mismo día, por la noche, entonces juntos hacia Barcelona.

“Llegamos a dicha ciudad a las 8 de la mañana y fuimos directamente desde la estación a la sede administrativa de la CNT. Allí encontramos a Juan Peiró, el director de nuestro diario *Solidaridad Obrera*, y aproximadamente a una docena de otros camaradas españoles, que nos saludaron cordialmente. Los compañeros se encontraban en un estado de ánimo excelente; se podía ver en ellos el efecto eficaz que había tenido en todos la caída de la Monarquía. Nos hablaron del asombroso desarrollo logrado por el movimiento en el país en los últimos meses. La CNT contaba con más de un millón de miembros; pero su influencia se extendía más allá de la cifra de sus afiliados y se hacía notar también en otros círculos” 41. Los delegados extranjeros fueron hospedados a cuenta de la CNT, y Rocker narra la buena impresión que le produjo el paseo que hicieron por Barcelona: “Se veían por doquier grandes carteles, en los que desde lejos resaltaban poderosamente las tres letras: CNT. Eran llamamientos a asambleas populares, anunciadas para el próximo domingo. Esto y la exposición de *Solidaridad Obrera* en todos los puestos de periódicos ponía en evidencia claramente que nos encontrábamos en el baluarte más fuerte del movimiento libertario en España.

“Cuando volvimos por la noche al hotel, nos esperaban Durruti y Ascaso. Durruti preguntó por el par de camaradas que había conocido en Berlín, y especialmente por Erich Mühsam y por los buenos compañeros de Obersee-Honeweide, en cuyo domicilio tuvo que ocultarse entonces.

“Hablamos de la nueva situación en España y de las perspectivas para el futuro del movimiento. Ambos tenían grandes esperanzas, aunque no ignoraban que debían vencerse aún muchas dificultades antes de poder imponer victoriosamente un nuevo desarrollo social. Eso era totalmente comprensible, pues la Monarquía dejaba al país en un caos tan grande que el mismo no podría ordenarse de golpe, sino que debería ser superado a través de un trabajo constructivo, tenaz, sobre nuevos cimientos. Ascaso era de la opinión que los dolores terribles que precedieron durante años al parto de la República fueron peores que el mismo parto. Veía en eso una cierta desventaja, porque los cambios decisivos de la vida económica y social, como por ejemplo, la solución al problema agrario, que tenía una importancia tan grande justamente para España, sólo podían ser ejecutados mediante un largo período revolucionario, que debería crear nuevos hechos, no siendo posible delegarlos a ningún Gobierno. Sin embargo, creía que después de las elecciones de junio tenía que esclarecerse la situación, y la CNT desempeñaría un gran papel” 42.

Al día siguiente de esta conversación era domingo, y para ese día la CNT había convocado un mitin de bienvenida a los delegados extranjeros en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición. Rocker, junto con los otros delegados, acu-

41. Rudolf Rocker, op. cit.

42. Idem.

dieron al acto, quedando todos muy asombrados, pues no estaban acostumbrados en sus países respectivos a asambleas tan multitudinarias. Según la prensa burguesa, más de 15.000 personas concurrieron a dicho mitin. El Palacio fue incapaz de albergar a tanto público y hubo que colocar amplificadores en la puerta del teatro para que se pudiera seguir el mitin desde la explanada de la Exposición.

Otra de las cosas que llamaron la atención a Rocker fue que el público no aplaudía frenéticamente y comunicó su extrañeza a Durruti, una vez que éste terminó su intervención y se sentó a su lado. El extrañado fue a su vez Durruti por la pregunta de Rocker y le dijo: “Pero amigo Rudolf, tú sabes perfectamente que nosotros, los anarquistas, no rendimos culto a la personalidad. Los aplausos y las ovaciones que se dirigen a los oradores es la musiquilla que despierta en éstos la vanidad y el liderismo. Justo es que se reconozca la capacidad del compañero, pero nada más. Y el interés que despierta se manifiesta claramente por el interés con que se sigue su intervención”.

Y Rocker concluye refiriéndose al mitin: “Aquel acto memorable fue seguramente una de las manifestaciones más vigorosas a que asistí en mi vida. En comparación con las demostraciones públicas de masas de los partidos socialistas de Alemania, donde los oradores, por lo general, no sabían hacer nada mejor que entregarse a injuriar sin límites contra las otras tendencias, ignorando completamente, en su ciega actitud, el peligro que sobre todos se cernía, aquella vigorosa demostración del proletariado de Barcelona era gratísima. Allí había hombres que tenían en vista un objetivo claro y miraban alegremente hacia un nuevo porvenir con la conciencia de la propia fuerza (...). Si en Alemania, en las graves luchas internas, muchos perdían el valor y, también los más fuertes, frente a la desintegración desesperada del proletariado rozaban a menudo la depresión, una manifestación gigantesca de esta dimensión obraba como un reactivo saludable. Se sentía uno como renovado y miraba al futuro nuevamente con audacia y cara a cara”.

CAPÍTULO V

Los comicios de la FAI y de la CNT

Hasta el momento, y si bien los anarquistas estaban presentes en la CNT, la cuestión de la vinculación entre ambas organizaciones quedaba aún por esclarecer. Precisamente, *Tierra y Libertad*, semanario anarquista y portavoz de la FAI, dedicó un “entrefilete” al mitin internacional —de cuya resonancia hemos hablado en el capítulo anterior— que pone de manifiesto los desacuerdos: “Mas en él no se dejó oír la voz de la FAI, que hubiese sido la voz del anarquismo ibérico. Ella estuvo ausente, y bien ausente... Y en España, la voz anarquista tiene más derecho que nadie a dejarse oír en estos comicios de la CNT y la AIT”⁴³.

En Madrid, el 10 de junio, un día antes que tuviera lugar el Congreso de la CNT, la FAI celebró su primera Conferencia Peninsular. Asistieron 120 delegados directos, adhiriéndose a la misma delegaciones comarcales imposibilitadas de acudir a ella. Los acuerdos de esta Conferencia pueden resumirse así:

“1. Realizar una excursión de propaganda por toda la Península, que comenzará el 1 de agosto.

“2. Transformar el semanario *Tierra y Libertad* en diario de la FAI, saliendo en Madrid.

“3. Afirmar el anarquismo en la CNT”⁴⁴.

Una de las cuestiones que discutió la Conferencia fue la del comportamiento del Comité Peninsular anterior. En la resolución se lee:

“Después de un cambio general de opiniones, con arreglo a los antecedentes que tienen relación con el asunto de la equivocada actuación de los componentes del Comité Peninsular de la FAI, durante la época correspondiente del mes de octubre de 1930 al mes de enero de 1931, venimos a extraer de las mismas las conclusiones siguientes:

“Que habiéndose tomado atribuciones que excedían a las que les fueron asignadas como componentes de la Comisión de preparación revolucionaria, los camaradas Elizalde, Hernández y Sirvent, y no habiendo tenido tampoco en cuenta los acuerdos que existían y continúan subsistiendo desde el Pleno celebrado en Valencia, de no colaborar con políticos de ningún sector.

“Entendemos que resultaría excesivamente prolijo el ir enumerando y puntualizando los diversos detalles que han constituido la serie que formaron el asunto en sí y, siendo suficiente extraer el fondo real del hecho, pasamos a participar las consecuencias apropiadas y convenientes, entendemos deberá ser el

43. *Tierra y Libertad*, núm. 17 del 13 de junio de 1931.

44. *Idem*.

punto inicial de la solución que pretendemos dar a tan enojoso incidente:

“Considerar que hay que dejarlo zanjado con la afirmación de que no toleraremos una repetición más que las rutas acordadas por la FAI se tuerzan y se incumplan a capricho de cualquiera de sus componentes, sea cual fuere su situación en el seno del organismo, para lo cual podemos señalar que cuantos se atrevieran a repetirlo deberán ser apartados de los cargos y se hallarán en el caso de tener que esperar a que, con arreglo a su comportamiento en lo sucesivo, se les vuelva por la colectividad la confianza que perdieron.

“En cuanto a los compañeros que han incurrido en ese caso, y que ya hemos nombrado, creemos oportuno será conveniente que durante algún tiempo dejen de ocupar cargos en la organización anarquista.

“Los detalles anexos a la actuación de contacto íntimo con determinados elementos, que sostenido por ellos son, aunque censurables, los que naturalmente corresponden a esa colaboración que rechazamos, y que no podemos aceptar como agravantes del verdadero punto inicial que significa el error de proceder contra un acuerdo del organismo que representan y sin medir, en último extremo, una previa consulta con los organismos anarquistas, y que hubiera evitado las consecuencias sensibles de la desfavorable sensación nacional e internacional que ha dado, sin su asentimiento, la colectividad” 45.

La Conferencia Peninsular de la FAI cerraba, con la resolución transcrita y depurando su organismo, el confuso periodo de las conspiraciones políticas durante los últimos momentos de la Monarquía. Y, a la vez, abría una amplia perspectiva revolucionaria de reafirmación anarquista.

Este mismo tema que la FAI había tratado y resuelto se iba a encontrar también en el corazón de los debates del III Congreso de la CNT que inauguraba sus sesiones el 11 de junio en la amplia sala del Conservatorio de Madrid.

Desde 1919 hasta 1931 fue un largo período de tiempo transcurrido sin celebración alguna de Congreso en la CNT. Durante esos años, la vida orgánica de la central sindical fue regida por Plenos o Conferencias Nacionales, reuniones que de ninguna manera podían sustituir la benéfica acción de un Congreso. Y era justamente de esa necesidad de congresos regulares que se resentía en 1931 toda la CNT. Resoluciones dictadas bajo la presión de los factores del momento habían ido creando vicios que acababan por adulterar sus tácticas y finalidades. Su crisis interna se fue incubando en el invernadero de la clandestinidad. De por sí ya era, desde el punto de vista de la necesaria clarificación, una tarea compleja para el Congreso. Pero existían otros factores que hacían aún más difícil su tarea, y que incluso ponían en peligro su propia coherencia.

Hemos visto a la CNT crecer y desarrollarse hasta el extremo de que en dos meses de actividad pública pudo lograr la voluminosa cantidad de un millón de adherentes. Entre estos adherentes había obreros sinceramente impresionados por la heroica leyenda de la CNT, pero también estaban los que, altamente politizados, acudían a ella con la intención de minar sus bases y arrancar prosélitos a sus

45. *Tierra y Libertad*, núm. 18 del 20 de junio de 1931.

grupos políticos. Tomando en bloque cuanto dejamos dicho, y teniendo en cuenta, además, el franco debate entre anarquistas y sindicalistas desde hacía más de cuatro años, podía presagiarse un resultado negativo o un Congreso escandaloso. El hecho de que no fuera ni una cosa ni otra, sino un acto obrero constructivo, confirmó una vez más la capacidad coherente de la clase obrera y desmiente la pretensión de los partidos políticos de ser su guía.

Este Congreso, que comenzó sus tareas el día 11 de junio y las terminó el 16 del mismo mes, tenía que debatir un largo temario del que resaltaban puntos tan importantes como: Informe del Comité Nacional, o examen de las actividades que alcanzaban un largo periodo; Plan de Reorganización, basado en las Federaciones de Industrias contrapuestas a los Sindicatos Unicos; campaña nacional de propaganda y atracción de la clase obrera y campesina a los sindicatos; reivindicación salarial, disminución de la jornada de trabajo, rechazo de impuestos sobre salarios y manera de combatir el paro forzoso; publicaciones de la CNT y manera de articularlas para una administración de esfuerzos y ser más eficaces en la propaganda; formulación de dictámenes para el IV Congreso de la AIT; posición de la CNT ante la convocatoria de las Cortes Constituyentes y plan de reivindicaciones político-jurídico-económicas a presentar a las mismas.

Este temario debía ser discutido por los 511 delegados que representaban a los sindicatos de 219 poblaciones. El total de representados era difícil de calcular debido a las irregularidades en el pago y dada la bisonñez de muchos sindicatos de organización reciente, pero no es exagerado dar la cifra de unos 800.000 obreros y campesinos los representados en él.

Característica importante: los delegados llevaban un mandato imperativo, en el que constaba el número de representados y los acuerdos escritos por temas a poner a disposición del Congreso.

Inauguró el Congreso Angel Pestaña en nombre del Comité Nacional, glorificando en un corto discurso su importancia y la trayectoria seguida por la CNT desde 1919, es decir, desde su II Congreso.

Rudolf Rocker, en calidad de secretario de la AIT, saludó al Congreso de la CNT en nombre de los obreros anarcosindicalistas del mundo entero: "El peligro mayor que hoy se ofrece a la CNT —dijo— es el peligro demócrata. La proclamación de la República ofrece a las masas obreras el espejuelo de mejoras hartamente difíciles de conseguir dentro del marco del régimen capitalista. Pero el peligro de que las masas acepten esa sugestión existe. Y ya sabéis que las democracias, más que destruir el viejo aparato capitalista, vienen a sostenerlo. Proponen mejoras, y estas mejoras, aceptadas por los trabajadores, los desvían de su camino. El peligro, pues, para los anarcosindicalistas españoles está en ese probable desvío de los trabajadores hacia la democracia republicana.

"Ante la clase trabajadora mundial se abren a diario perspectivas insospechadas hasta hoy. Pero si quiere aprovecharlas tiene que obrar con rapidez, con energía, con audacia. Cada vez más, por otra parte, ha de tender a la realización de sus aspiraciones definitivas, que no son otras que las de instaurar el comunismo libertario mediante la revolución social".

Constituida la Mesa del Congreso, pasó a presidirla Francesc Isgleas, de Sant

Feliú de Guíxols, con los secretarios de los Sindicatos de Sevilla, Juan Ramón y Gabriel González. Apenas se pasó el temario hubo una proposición inicial de la delegación asturiana, la cual pedía al congreso delegase una comisión al Ministerio del Trabajo para apoyar la demanda de la jornada de siete horas en las minas y un aumento de salario. “Esta gestión —determinaron— tiende a presionar a Largo Caballero, enemigo del sindicato minero de la CNT en Asturias y protector del esquirolaje socialista armado. Caso de que la entrevista fracase, la CNT en general tomará medidas radicales, a fin de que los mineros en huelga no sean derrotados”. Para esa comisión se nombró a Miguel Abos, Ramón Acín, José López, José G. Trabal y Angel Pestaña.

En la tercera sesión del Congreso, y antes de pasar al análisis del Informe del Comité Nacional, se puso a debate la aceptación en el Congreso de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), como entidad potestativa. La representación de ésta por la Regional Catalana (comité) prefirió retirar su pretensión antes que ser aceptada la FAI con derechos limitativos ⁴⁶. Se establecieron, pues, pareceres encontrados, incluso enconados, terminándose el debate sin llegar a conclusión alguna.

El informe del Comité Nacional fue extenso, cubriendo parte de la tercera y de la cuarta sesión. Francisco Arin, en nombre del Comité Nacional, comentó informando “que en el mes de junio de 1930, se hizo cargo el CN de tal misión; que todas las intervenciones que dicho CN ha tenido hasta el 14 de abril de 1931, acerca de los partidos o elementos políticos, han sido avaladas por Conferencias Nacionales o Plenos de la misma índole. Se señala, además, que el CN nunca se extralimitó en cuanto a los acuerdos de la CNT, y que siempre sostuvo en sus tratos con los elementos políticos el carácter revolucionario y anti-político de la CNT”.

“El Comité Nacional —después de su informe— obtiene acerbas críticas de delegaciones que le acusan de colaboración política, pero se trasluce que la buena intención revolucionaria involucró a confederales y faístas en los tratos con personajes políticos. El Comité Nacional niega rotundamente haber participado en el Pacto de San Sebastián ⁴⁷, y asegura que ciertos contactos fueron continuados por haberlos encontrado establecidos por el CN anterior”. A continuación, se interrumpió el debate para proseguirlo en la siguiente sesión, nombrándose ponencias para estudiar el punto de reorganización de la CNT.

En la cuarta sesión continuó el debate, analizando si hubo o no colaboración con los sectores políticos por parte de la CNT, y qué acuerdos se tomaron con Lluís Companys. Juan Peiró respondió a las insinuaciones hechas en torno al último punto diciendo que “Companys no pidió tres meses de tranquilidad a la Confederación (no promover huelgas), sino medio año. Mas, a pesar de su solici-

46. El punto es confuso, puesto que no se entiende eso de “derecho limitativo”. La FAI en los congresos de la CNT, asistía con carácter informativo y no opinaba sobre el temario ni emitía voto alguno.

47. Miguel Maura, en el libro que venimos citando, afirma que “ni en el “Pacto de San Sebastián” ni después, hubo tratos con la CNT, salvo cuando se la recabó para que apoyara la huelga del 15 de diciembre de 1930”.

tud, no hubo compromiso, sino negación explícita”. Varios delegados testimoniaron al Congreso que los sindicatos que representaban (catalanes) recurrieron a la huelga reivindicativa en los primeros días de la nueva República, “sin que ningún comité confederal ni los propios gobernantes de la situación reciente —entre ellos Companys— observaran que los huelguistas habían roto un pacto anteriormente establecido”. La impresión recibida por parte de los delegados después de las intervenciones de Arin, Peiró y Pestaña fue que no hubo extralimitación de funciones por parte del CN. Más tarde se aprobó la gestión, pero se nombrará un nuevo Comité Nacional, cosa que “Pestaña lo interpreta como una sanción”.

En esta misma sesión, Angel Pestaña, inoportunamente, presentó una proposición importante, pero debido al estado de ánimo que dominaba, escapó al Congreso su trascendencia. La proposición era “recabar de la República (cuando ésta se declare federal) que el Marruecos español sea declarado Región con los mismos derechos que las regiones peninsulares”, lo que fue desestimado por el Congreso sin mayores explicaciones. Esta cuestión resultaba confusa. La parte más extremista del Congreso (diríamos los anarquistas), veían en Pestaña una neta intención de negociar con el Gobierno republicano una especie de tregua. Cualquier tema o problema que se planteara, rozando contactos con el Gobierno, era como mentar “la sogá en casa del ahorcado” y, por ende, aumentaban las suspicacias en cuanto a las posiciones colaboracionistas de Pestaña. Para los anarquistas, que se consideraban internacionalistas, no podía aceptarse la fórmula de *recabar* del Gobierno republicano federal (?) que el Marruecos *español* fuera considerado una región más. *Recabar* era intervenir, y *español* era aceptar la política colonialista del Estado español. Los anarquistas que replicaron a Pestaña (entre ellos García Oliver, representando a los sindicatos de Reus), no aceptaban ni una cosa ni otra. La opresión que sufrían nuestros hermanos rifeños era idéntica a la de los demás pueblos sometidos al capitalismo y al colonialismo, y en este caso y por las mismas causas, derivadas del Estado y del capitalismo, la clase obrera española resultaba colonizada y explotada por las mismas fuerzas que dominaban a los rifeños. En consecuencia, lo que cabía hacer era enlazar en la misma actividad contra el Estado y el capitalismo a todos los obreros del mundo. La CNT llevaría su lucha hasta el Rif con la misma pasión que la sostenía en la Península, pero no para encuadrar a los rifeños en las estructuras españolas capitalistas estatales, sino en las vías de la revolución social ⁴⁸.

48. Esta intervención de García Oliver corresponde no sólo a su actitud personal en el Congreso, puesto que la proposición de Pestaña no había sido discutida por los Sindicatos, sino a la posición que mantenía la FAI prácticamente en su acción subversiva en el Protectorado. Paulino Díez, uno de los militantes más significativos del anarquismo residente en Melilla, actuaba en Marruecos en ese sentido. La policía de Marruecos perseguía a la CNT, porque ésta había hecho causa común con los obreros marroquíes en sus manifestaciones y huelgas en Tetuán. Además, había encarcelado a varios militantes de la CNT en mayo de aquel año, acusados de entrar propaganda subversiva en el Protectorado. Y, en efecto, la policía se había incautado de un camión que transportaba propaganda anarquista dirigida a los obreros marroquíes. Estas informaciones las obtenemos del manuscrito de las memorias de Paulino Díez.

Otro punto importante del Congreso fue el relativo a la cuestión agraria. Infinidad de sindicatos campesinos estaban presentes en el Congreso, y, particularmente, las delegaciones andaluzas habían acudido a él en ropas de trabajo, para mostrar más claramente cuál era el estado de miseria en que vivía el campesinado. Las resoluciones sobre este tema pasaron a una Federación de Campesinos, la cual daría el siguiente programa:

“a) Expropiación, sin indemnización, de todos los latifundios, cotos y extensiones roturables, declarándolos propiedad social.

“b) Confiscación del ganado de reserva, semillas, aperos y maquinaria, propiedad indebida de los propietarios.

“c) Entrega proporcional y gratuita en usufructo de dichos terrenos y efectos a los Sindicatos Campesinos, para la explotación y administración directa y colectiva de los mismos.

“d) Abolición de contribuciones, impuestos, deudas y cargas hipotecarias que pesan sobre los minifundios que no explotan mano de obra ajena a la familia propietaria.

“e) Supresión de la renta en dinero o en especies que *rabassaires*, colonos, arrendatarios forales, etc. deben abonar al parasitismo propietario o intermediario.

“El Congreso interesa y carga su acento en la preparación revolucionaria de las masas campesinas y su capacidad para conducir ellas mismas la producción de la tierra”.

En la octava sesión se dio lectura a la ponencia sobre el Plan de Reorganización de la CNT, establecido a base de Federaciones de Industria. El autor del citado plan, como ya hemos dicho en otra parte, era Juan Peiró, quien se fundamentaba argumentando sobre la evolución de la economía capitalista a nivel nacional e internacional. Los distintos oficios quedarían federados a nivel local, comarcal, provincial, regional y nacional con una Federación Nacional de la respectiva industria. Los diversos comités nacionales formarían un Comité Nacional de Economía y, por encima de todos, estaría el Comité Nacional de la CNT. La crítica al carácter burocrático de este plan ya la hemos señalado. Entramos, pues, de lleno en el debate.

Las intervenciones más destacadas en este debate fueron: García Oliver (Reus), en contra; Peiró (Mataró), a favor; Alberola (Gironella), en contra; San Agustín (Zaragoza), a favor; Santander, en contra; y quienes defendieron el dictamen de la ponencia: Aquilino Medina (Campesinos de Córdoba) y Emilio Mira (Oficios Varios de Alcoy).

He aquí los argumentos de cada uno:

Santander: “Si España es una nación más bien agrícola que industrial, ¿por qué se van a crear las Federaciones de Industrias? Desde el punto de vista industrial estamos en una situación atrasada. A excepción de los monopolios de Servicios Públicos, en España no hay desarrollo industrial (...). Y aunque hubiera esa forma de concentración capitalista, nosotros, que hemos seguido una trayectoria diferente a la concepción marxista, diferente porque aplicamos nuestra filosofía a todas las cosas, ¿es posible que ahora abandonemos nuestros principios y

claudiquemos, sencillamente, por el hecho de que la economía burguesa se desarrolle de esa forma?"

Juan Peiró: "Si los burgueses de una determinada industria se mancomunan para defenderse, no ya como industriales sino como clase, cabe preguntarse si los trabajadores no están en el caso de concentrarse con objeto de formar el frente único ante la burguesía. La contestación es categórica, y en mí es, por tanto, también, categórica, y quizá esto sea pecado".

José Alberola: "Los partidarios de la Federación de Industria lo son porque han perdido la fe en el factor fin, y se fían solo del engranaje de la maquinaria. Y yo digo que la máquina no crea fuerzas sino que las consume, y en este sentido creamos una mentalidad refractaria a todo lo que implique la iniciativa del individuo (...). Defendamos la Confederación; obremos con arreglo a sus principios básicos. Tengamos un ideal, que es en definitiva el que viene tarde o temprano a ahogar ese engranaje capitalista. No aceptemos nada que parezca un estatismo, porque todo estatismo propende indefectiblemente a convertirse en hecho de fuerza".

Emilio Mira: "La organización capitalista tiene organismos económicos políticos y de defensa social, y esa organización nos puede decir: vosotros vais a la abolición del Estado, de la propiedad y de la explotación del hombre por el hombre. ¿Y qué organismo, qué organización, qué concepción tenéis vosotros de la vida social para anteponer a nuestro sistema con más ventajas que el que tenemos creado? Entonces, nuestra organización podrá afirmar que contra el concierto económico de la producción capitalista está el concierto económico de la producción obrera mediante Federaciones Industriales, y para su defensa completa en el aspecto político y social, la Confederación".

García Oliver: "(...) no podemos aceptar las Federaciones de Industria, porque llevan en sí la segregación, matan a la masa que nosotros tenemos siempre dispuesta para poder echarla contra el Estado. Puedo afirmar que la CNT (tal y como es) no ha fracasado en ninguno de sus aspectos. Si la CNT ha fracasado en algo ha sido por la falta de inteligencia revolucionaria en los militantes más destacados en ella (...). La Confederación, en estos momentos, tiene un papel importantísimo a llenar. Es un momento en que la revolución ha sido estrangulada, y es en estos momentos cuando la Confederación necesitaría tener a la expectativa todas las formaciones para echarse encima de lo que nos debemos echar... (el orador ha sido cortado en su discurso por palabras consideradas desmedidas)".

Sometido el dictamen a votación, la moción por las Federaciones Nacionales de Industria fueron aceptadas en la CNT por 302.000 adhesiones contra 90.671 oposiciones.

En la duodécima sesión se planteó el punto "Posición de la CNT ante la convocatoria de las Cortes Constituyentes". Antes de entrar en el debate, se votó una protesta contra la declaración del Estado de Guerra en Andalucía, y otra que recogió la unanimidad del Congreso ratificando la declaración de principios y finalidades de la CNT en el Congreso de 1919.

El sentido general del Congreso fue pronunciarse contra el dictamen, por considerarlo impropio de la CNT. Se rehizo y se le añadieron las consideraciones siguientes: "(...) La CNT ha de seguir siempre sus normas de acción directa, im-

pulsando al pueblo en sentido francamente revolucionario hacia el comunismo libertario, para convertir el hecho político producido en España en una revolución esencialmente transformadora de todos los valores políticos y económicos. (...) Para ello la CNT debe darse, urgente e inmediatamente, a la organización de sus valores revolucionarios y a una acción inminentemente antielectoral”⁴⁹.

49 El resumen que damos de este III Congreso de la CNT lo tomamos de la reseña publicada por *Le Combat Syndicaliste* (versión española), de París, en sus números del 879 al 885.

CAPITULO VI

La política social republicana y la CNT

Analizado el último Congreso de la CNT a la luz de sus resoluciones, particularmente aquella que hace referencia a las Federaciones de Industria, podía darse por logrado el dominio de la tendencia moderada en la Confederación. Pero como en España la lógica está reñida con la realidad, iba a resultar, por el entrecruce de las circunstancias, derivadas todas de condiciones muy específicas, todo lo opuesto de lo que el Congreso hacía presentir, resultando la tendencia extremista la que impondrá su línea revolucionaria a la central anarcosindicalista.

Apenas los congresistas tuvieron tiempo de llegar a sus domicilios, ya se creó el conflicto obrero más importante de los que tendría España durante los cinco años de la República: la huelga de la Telefónica.

Después de proclamada la República, la mayor parte de los obreros del gremio telefónico se sindicaron a la CNT y formaron el Sindicato Nacional de Teléfonos. Como hasta entonces no había existido ningún sindicato telefónico y los obreros se encontraban a merced de las órdenes de la dirección, las cuales por lo general eran siempre perjudiciales a los trabajadores, resultaba lógico que, al proclamarse la República y sindicarse los obreros, comenzaran en dicha empresa a presentarse reivindicaciones laborales. Firme en su línea patronal, la compañía se resistió, sistemáticamente, rechazándolas por completo. Entonces se declaró la huelga, que al principio no fue apoyada por todos los obreros, sino sólo por los de la CNT. Acto seguido, surgieron violencias contra tales trabajadores, que culminaron con la orden dada por Miguel Maura de disparar contra los huelguistas, sin previo aviso. Las secciones no adheridas, visto el flagrante atropello, se declararon solidarias, uniéndose a los huelguistas de la CNT. Sin desearlo, los socialistas se vieron envueltos, por el desbordamiento de los acontecimientos, en el conflicto de la Telefónica. Y como el ministro de Comunicaciones era el socialista Fernando de los Ríos, se decidió que el Gobierno arbitrara en el conflicto entre los obreros y la Compañía de Teléfonos de España. La iniciativa fue aceptada. El ministro de Comunicaciones arbitró y, después de numerosas reuniones, dio un laudo, en el cual, aunque la compañía salía muy beneficiada, igualmente se reconocía a los obreros el derecho a tener un contrato de trabajo. Después de dicho arbitraje, era de esperar que la compañía se sometiera a él, pero no fue así. Por lo tanto la huelga continuó varios meses. Al final, por un Decreto firmado por el presidente del Consejo de Ministros, el 15 de marzo de 1932, se dejaba sin efecto el laudo del ministro de Comunicaciones; es decir, el derecho de los obreros al contrato de trabajo y, apoyándose en el artículo 82 del contrato con la Telefónica, se acordaba que las diferencias entre la compañía y sus trabajadores se resolverían por el Jurado Mixto Nacional de Teléfonos, cuya organización se ordenaba en el Decreto que firmó Manuel Azaña, sin que nadie pudiera explicarse

la intervención del propio presidente del Consejo en este extraño asunto ⁵⁰. La CNT no aceptó en este conflicto tal arbitraje, ya que su tónica era de oposición a “la ley del 8 de abril”; y, así, la huelga se mantuvo, siendo en la historia sindical la más nutrida en sabotajes y atentados.

El lector poco informado sobre los asuntos españoles, en su historia reciente, se preguntará el porqué y cómo un presidente del Consejo de Ministros intervenía anulando lo hecho público por uno de sus ministros, nada menos que en un conflicto laboral declarado entre españoles y extranjeros. La Compañía de Teléfonos de España no tenía de española nada más que el nombre, siendo en realidad una “sucursal” de la International Telephone and Telegraph norteamericana. Los ingleses habían puesto su pie en Gibraltar y los yanquis habían instalado otro Peñón de Gibraltar en pleno corazón de Madrid.

El contrato entre la I.T.T. y el Estado español databa de los años de la Dictadura (1924). Intervinieron en él Gumersindo Rico, Melquíades Álvarez, Primo de Rivera y Alfonso XIII, y cada uno de ellos sacó su “astilla” ⁵¹. Firmado dicho contrato, por el cual se hipotecaba nada menos que las comunicaciones telefónicas a la I.T.T., se pusieron en circulación dos clases de acciones: “preferentes” unas, “ordinarias” las otras. Las primeras serían de capital español, representadas por la banca Urquijo, que en verdad no tendrían más función que encajar el tanto por ciento de los beneficios; las segundas quedaron en manos de accionistas extranjeros, únicos “con voz y voto” en las asambleas.

Entre los beneficios que otorgaba tal contrato a la I.T.T., estaba “el que la Compañía Telefónica sería la única en España en gozar del absurdo privilegio de estar exenta de toda clase de impuestos y tributos del Estado”.

Este contrato fue denunciado por el líder socialista Indalecio Prieto en una conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: “Si el Estado español quisiera rescatar, en esas monstruosas condiciones, los servicios telefónicos que ya estaban cifrados en el año 1928 en cerca de 600.000.000 de pesetas, entregando a Norteamérica poco menos que una provincia española, aún seguiría esclavo de este trust, porque la telefónica automática se ha instalado en España a base de aparatos y de sistemas patentados por grupos pertenecientes a la I.T.T. De manera que seguiríamos siendo tributarios suyos hasta que los derechos de patente se extinguiesen (cincuenta años). Es decir, que lo más delicado del sistema nervioso de un Estado, lo más sensible, que son las comunicaciones, de las cuales en un momento determinado puede depender con su seguridad la vida del Estado mismo, se ha entregado a un trust extranjero” ⁵².

50. Santiago Cánovas Cervantes, *Apuntes históricos de Solidaridad Obrera*, Ed. C. R. T., 1937 [Existe reedición con el título de *Proceso histórico de la revolución española. Apuntes de Solidaridad Obrera*, Júcar, Madrid, 1979]. Véase también la citada obra de José Peirats, vol. I.

51. Cánovas Cervantes, *op. cit.* Los entrecomillados que siguen corresponden a esta obra.

52. Mencionado por Cánovas Cervantes, *op. cit.*

Este asunto —y otros muchos del mismo tipo— eran sabidos, con más o menos detalles, por todos los españoles, y los más afectados, es decir, los trabajadores, esperaban que con el advenimiento de la República, y estando en su Gobierno uno de los que más severamente había criticado precisamente el contrato con la Telefónica, el mismo sería denunciado y no, reconocido. Nadie comprendía entonces por qué razón la República procedía a la inversa: poniendo a favor de la compañía extranjera I.T.T. toda la fuerza represiva para aplastar las justas demandas de los obreros españoles. El secreto de la actitud del Gobierno republicano, con fuerte representación socialista, estaba en que los hombres del nuevo régimen no sólo apadrinaban el contrato en cuestión, sino que, además, reemplazando a los beneficiarios bajo la Dictadura y la Monarquía por agentes republicanos, la estafa y el latrocinio continuaban igual, pero ahora con otros hombres. Hasta tal punto ello era verdad, que fue públicamente confesado por el representante más acreditado de la I.T.T. en España, el capitán Roe: “A mi compañía le han ido mucho mejor los negocios que ha establecido en las Repúblicas, que no en las Monarquías. Una República como la de Guatemala, por ejemplo — que no otra será la de España con Lerroux al frente—, es un régimen manejable. ¡Usted no sabe la fuerza que tiene un cheque en blanco, con una firma solvente en esta clase de Repúblicas...!”⁵³.

Los pescadores de Puerto Pasajes (en San Sebastián) se habían declarado en huelga a fines de mayo de 1931. La patronal era intratable. Y los huelguistas, para hacer presión sobre las autoridades republicanas de San Sebastián, decidieron hacer una manifestación llevando consigo a sus mujeres e hijos. Ante tal noticia, el gobernador de San Sebastián pidió órdenes a Madrid y Maura determinó paralizar aquella manifestación utilizando la Guardia Civil. “Los 16 guardias civiles estarían emplazados en el lugar de acceso a San Sebastián, viniendo de Pasajes, conocido con el nombre de Puente de Mira Cruz, sumamente angosto y paso obligado para cuantos, viniendo por esa carretera, quisieran entrar en la ciudad. Era, en definitiva, un lugar ideal para cerrar el paso a los manifestantes”. Aunque resulte extraño, esta cita es de Miguel Maura, y el propio ministro de Gobernación describe lo que ocurrió con los huelguistas de Puerto Pasajes:

“...Llegaron las turbas frente al lugar en que estaba emplazada la fuerza. Eran, según me afirmaban, más de mil, y entre ellos mujeres, armados de palos, escopetas y otras clases de armas improvisadas. La actitud era airada, y los gritos y ademanes descompuestos probaban la excitación que les habían comunicado los revoltosos extraños a la región, nunca propensa a la violencia.

“Cerraban los guardias la carretera, colocados en dos filas a lo ancho de la misma. Al aproximarse las turbas, el cornetín dio el primer toque de atención. Siguieron avanzando los asaltantes. Segundo toque, sin el menor efecto entre las turbas. Y, al fin, el tercer toque, que provocó un furioso asalto de los manifestantes a los guardias, que, ya rodilla en tierra, se prepararon para disparar.

“Hubieron de hacerlo, en descarga cerrada, para contener el alud que sobre

ellos venía. Ocho muertos y no pocos heridos quedaron en la carretera (...). Horas más tarde, fueron detenidos los cuatro dirigentes gallegos de la CNT, causantes de la triste jornada”⁵⁴.

Miguel Maura no era un ministro cualquiera, sino todo un señor ministro con poderes absolutos para aplicar su “justicia”, y eso fue, según él mismo escribe, lo que notificó a los periodistas, cuando los reunió en su despacho para informarles de la muerte de los pescadores de Pasajes: “Les recordé que se hallaban frente a un ministro que disponía de plenos poderes en materia de orden público y, por tanto, de cuanto a la prensa concierne (...). No sólo no me oponía a que se publicase la noticia, sino que les rogaba se diese a conocer con escrupulosidad y veracidad, porque me interesaba —dijo— que España supiese que había un Gobierno en su sitio, con el cual no se jugaba”⁵⁵. Los periódicos, sin excepción, salvo *La Voz*, ocultaron los sucesos. Y todos los ministros, viendo que la prensa lo callaba y creyendo que con ello se evitaba el escándalo, aprobaron el buen trabajo de gobierno del hijo de Antonio Maura.

La otra hazaña de Maura fue la que realizó en Sevilla. Al tratar del Congreso de la CNT, hemos hecho referencia a que el Gobierno había declarado “el Estado de Guerra” en Andalucía. El enemigo para el Gobierno republicano no eran los terratenientes ni los aristócratas que habían decidido dejar pudrir las cosechas en unos casos, y no sembrar, en otros, sino los campesinos hambrientos, y era contra éstos que declaraba “el Estado de Guerra”...

Las elecciones generales se habían convocado para el 28 de junio. Ramón Franco hacía en Sevilla, y en Andalucía entera, propaganda electoral en favor de un socialismo andaluz. Era evidente que su figura resultaba popular, al igual que el doctor Bolívar, que se presentaba por Málaga con candidatura obrerista tendente a comunista, pero sin declararse del PC. Ambos salieron elegidos diputados. Pero no es esto lo importante, sino señalar el hecho de que, a pesar de los desencantos que los obreros venían registrando, aún se decía que todo ello se debía a la provisionalidad del Gobierno, y que una vez fuera éste elegido por el pueblo las cosas cambiarían. Los resultados de aquellas elecciones justificaron dicha esperanza. Los socialistas sacaron 116 diputados, y el resto de escaños en las Cortes correspondió a los izquierdistas. Las derechas se eclipsaron, sacando un diputado los monárquicos; la Lliga Catalana, 3; y, los más moderados de “Al Servicio de la República”, 14. Las izquierdas, y con ellas los socialistas, triunfaban en toda la línea. Con 116 diputados socialistas, los campesinos pensaron que la reforma agraria sería un hecho, y los trabajadores de las ciudades creyeron que se tomarían medidas radicales para hacer frente al paro obrero que se extendía ya como una mancha de aceite. Ante tales perspectivas, y con una política más audaz que la practicada hasta entonces, los socialistas tenían mucho conquistado. Pero no fue así. Y para demostrarlo allí estaba Maura, que continuó siendo ministro de

54. Miguel Maura, op. cit.

55. Idem.

Gobernación en el nuevo Gobierno. Las bestias negras de Miguel Maura eran la CNT y el anarquismo. Y la CNT y el anarquismo habían comenzado por toda España su reorganización. En Andalucía, particularmente, la CNT iba desbancando a la UGT, y esa pérdida de influencia debía sentarle como un tiro a su Secretario General, que era, a la vez, ministro del Trabajo. No creemos que hubiese acuerdo entre Maura y Largo Caballero, pero intuimos que Maura quiso beneficiar a la UGT persiguiendo a sangre y fuego a la CNT, en este caso concreto en Andalucía. Y para ello urdió un complot, conocido con el nombre de “complot de Tablada”, del que se quiso hacer responsable a Ramón Franco para invalidar su acta de diputado. Fracasado dicho complot, Maura siguió urdiendo otro, y éste sí que fue sonado: se le conoce por “la semana sangrienta de Sevilla” (18 a 25 de julio).

Según Maura, el doctor anarquista Pedro Vallina estaba organizando una insurrección en Andalucía, que tenía como centro Sevilla y que se manifestaría por una huelga general revolucionaria. Importaba, como en el caso de Pasajes, hacer abortar esa huelga general y dar un duro escarmiento. Veamos cómo se organizó la matanza, y para ello seguimos la obra ya citada de Maura y las memorias del protagonista principal, Pedro Vallina, escritas cuarenta años después de los hechos.

“A mi llegada a Sevilla y quedar en libertad —escribe Vallina— recibí una carta confidencial de unos amigos residentes en Madrid, hombres de toda confianza, en la que me comunicaban que el ministro de Gobernación, Miguel Maura, había llamado a su despacho al gobernador de Sevilla, Antonio Montaner, que allí se portaba bien, para proponerle una medida indigna que rechazó en el acto y presentó la dimisión. Se trataba de provocar en Sevilla una huelga general revolucionaria, detener a los obreros más significativos, disolver las organizaciones obreras, culpar de todo a Pedro Vallina y tratar de anularlo para siempre. Lo que aceptar no pudo un hombre digno como Montaner, lo aceptó con todas sus consecuencias un hombre vil, un tal Bastos, que fue nombrado gobernador, y que en breve me decían los amigos, irá a Sevilla a ocupar su puesto y realizar la misión que le estaba encomendada”⁵⁶.

Veamos la versión Maura: “La región de Sevilla, al tiempo de proclamarse la República, era una de aquellas en las que la UGT, o sea el Partido Socialista, tenía mayor preponderancia. La organización de esa sindical obrera y del partido era tan fuerte que se consideraba el único auténticamente organizado (...)”. Más adelante, refiriéndose a Ramón Franco, expone: “Hice vigilar estrechamente sus andanzas y averigüé que en el campo andaluz un tal doctor Vallina, anarquista libertario que gozaba de gran popularidad entre los campesinos de la región, había, de acuerdo con Franco y otros militares amigos de éste, proyectado el asalto a la ciudad de Sevilla para la víspera del día señalado para las elecciones, o sea el 27, sábado (...)”.

A continuación prosigue Maura: “El señor Montaner, desde su llegada a Sevilla, había comenzado su labor destructiva de las organizaciones de la UGT y del Partido Socialista, dando las máximas facilidades a la CNT para que sustituyera a su rival (...). En realidad, cuando Bastos llegó a tomar posesión del cargo,

56. Pedro Vallina, *Mis Memorias*, 2 vols. Ed. Tierra y Libertad, México, 1968.

la UGT había prácticamente desaparecido de la región, y la CNT, su rival, tenía afiliada a la casi totalidad de la masa obrera y campesina de la provincia, se hallaba armada y preparaba, no sólo una huelga general en la capital, sino el asalto a ella por las masas campesinas dirigidas y capitaneadas por el doctor Vallina” 57.

Veamos ahora qué escribe Vallina: “Pocos días después llegó el nuevo gobernador Bastos, quien fue visitado por los elementos más reaccionarios y peligrosos de la capital. Como los amigos de Madrid me aconsejaron diera la voz de alarma a los obreros militantes de Sevilla para que no se dejaran sorprender por los agentes provocadores, me dirigí a ellos y los puse al corriente de lo que ocurría; pero de la entrevista saqué tan mala impresión que me marché de la ciudad contrariado. No se trataba de ninguna complicidad con el enemigo, sino de un estado de excitación grande motivado por la conducta torpe de los gobernantes republicanos”.

Vallina se fue al pueblo donde residía, Alcalá de Guadaira. Y al día siguiente, recibió a un militante de Sevilla que, según él, “traía la comunicación de declarar la huelga general revolucionaria”. Vallina se puso inmediatamente en comunicación con los obreros de su localidad para prevenirles sobre la provocación de Maura: “Después de escucharme con la mayor atención, me dijeron que ellos también estaban preocupados por una cosa rara que les estaba ocurriendo, en relación a una huelga que tenían planteada y que el propio patrón les había dicho que por él la huelga ya estaría solucionada, pero que se le presionaba desde las alturas para continuarla” 58.

Sin embargo, el peso de la provocación pudo más que las prevenciones, y la huelga terminó por declararse: “Cierta noche que dormía tranquilo en mi domicilio, ignorando que aquel día se había declarado la huelga general revolucionaria, se presentaron un tropel de guardias civiles, mandados por un oficial, tomaron mi casa por asalto y se efectuó mi detención, apresando después a cuatro obreros de la misma población, que decían eran “mi estado mayor” 59.

En coche pasaron a Sevilla, y de allí a Cádiz, donde fueron internados e incommunicados en “el Castillo de Santa Catalina”. Días después, y haciendo valer su condición de diputado, el republicano Rodrigo Soriano, amigo de Vallina, pudo dar con éste y ponerle al corriente de lo acontecido:

“Había estallado la huelga general, como deseaba Maura, con la colaboración de elementos irreflexivos y provocadores. La Guardia Civil recibió la orden de disparar sin previo aviso, como ocurrió en los pueblos de la provincia y en la capital. El número de muertos fue crecido: 39 en Sevilla y 100 en el resto de la provincia.

“Lo más repugnante de lo ocurrido fue el asesinato de cuatro obreros indefensos en el Parque de María Luisa, al borde del Guadalquivir, y lo más estúpido el cañoneo de la “Casa Cornelio”, en la Macarena, porque había sido un punto de reunión, como café que era, de obreros revolucionarios” 60.

57. Miguel Maura, *op. cit.*

58. Pedro Vallina, *op. cit.*

59. *Idem.*

60. *Idem.*

Vallina pasó tres meses en la cárcel y, al final, no encontrando pruebas contra él, lo pusieron en libertad.

Sobre el particular, Maura da su versión personal: “Durante los días 19, 20 y 21 fue en aumento la revuelta. El 20 murieron en la calle, asesinados desde las terrazas, tres guardias civiles y cayeron cuatro obreros ante los disparos de la fuerza pública (...). Tanto Bastos como yo teníamos decidido no resignar el mando en la autoridad militar sino en última instancia (...), pero el 22 por la mañana se recrudeció aún más la ofensiva merced al refuerzo que, por lo visto, lograron los amotinados de los campesinos de los alrededores, no obstante haber sido detenido y encarcelado el doctor Vallina en el momento en que emprendía la marcha sobre la ciudad capitaneando una verdadera caravana de camiones repletos de revoltosos (¡tan feroces que, según dice el propio Maura, dejaron apresar pacíficamente a su capitán!) (...).

“Fue indispensable pasar la mano a la autoridad militar. Mandaba la División de Andalucía el general Ruiz Trillo, que se hizo cargo del mando proclamando el *estado de guerra* (...).

“No cesó la lucha en todo el día 22, y de madrugada, con ocasión de un traslado de presos desde Sevilla al puerto, para conducirlos al penal de Cádiz, al cambiar de furgoneta en pleno Parque de María Luisa a varios de los detenidos, éstos intentaron escapar y la fuerza del Ejército, al mando de un joven teniente, disparó matando a cuatro”. (¡Eufemismo de la Ley de Fugas!)⁶¹.

Las Cortes habían comenzado sus sesiones el 14 de julio, y las noticias llegadas de Sevilla dieron calor al debate. Se nombró una Comisión de investigación de los hechos ocurridos y uno de sus componentes, el diputado por Málaga, Antonio Jaén, declaró: “El campesino andaluz votó el 12 de abril contra la Monarquía; el 12 de mayo afirmó con los sucesos de Madrid y de Málaga su sentido radical, y el 23 de julio afirmó su sentido social. En Andalucía no hay guerra civil, hay guerra social, que viene organizada genéricamente desde los principios de la Reconquista hasta nuestros días, guerra social que tiene vibraciones en todos los movimientos y que se refleja incluso en los romances y en las coplas. Quiero recordar una copla que se canta en Andalucía que indica perfectamente el sentido de vibración de nuestra tierra:

Cuándo querrá Dios del cielo
Que la justicia se vuelva
Y los pobres coman pan
Y los ricos coman... hierba (*)⁶²

(*) La última palabra de esta copla popular es “mierda”. Pero, por respeto a la Cámara, el diputado Jaén utilizó el eufemismo “hierba”.

61. Miguel Maura, op. cit.

62. Miguel Maura, op. cit.

El 29 de julio se presentó en las Cortes la cuestión de votar la confianza al Gobierno provisional, es decir, hacerlo efectivo confirmando en sus cargos a los ministros que los venían regentando. El único diputado que planteó la cuestión de que el Gobierno debía estar integrado solamente por republicanos fue Lluís Companys, quien había abandonado el cargo de gobernador para ser diputado, siendo reemplazado por Anguera de Sojo como gobernador de Barcelona. Miguel Maura, que sintió cómo el dardo del catalán se clavaba en él, juró su fe republicana y, con una osadía increíble, proclamó, ante cuatro ministros socialistas y 116 diputados del PSOE, lo siguiente:

“¿Tiene la CNT, dentro de la legislación española, un territorio exento de obligaciones y deberes, mientras goza, o pretende gozar, de todos los derechos que las leyes conceden a los ciudadanos españoles...?”

“Esta era la verdadera cuestión, y, para concretarla, fijé así mi posición dentro del Gobierno:

“Mi deber es decir aquí a la CNT y a la FAI y también a SS.SS. que la legislación española forma un todo, y que si, en efecto, hay para ellos, en cuanto a lo que son sus deberes, un territorio exento dentro de esa legislación, puesto que no aceptan las leyes que regulan el trabajo, desconocen los comités paritarios, los tribunales mixtos y, sobre todo, la autoridad gubernativa, también en cuanto a sus derechos habrá un territorio exento y no existirá para ellos ni la ley de reunión, ni la de asociación ni ninguna otra que les ampare. Que cumplan las leyes de trabajo, que cumplan todas las leyes que regulan la vida de relación, y entonces tendrán derecho a vivir la vida normal de relación con el Gobierno.

“La Cámara ratificó esta mi posición con una prolongada salva de aplausos, con lo que el pleito quedó fallado ante ella” ⁶³.

CAPÍTULO VII

En plena tormenta y sin brújula

La “chulería” de Miguel Maura situó a la CNT frente a su propia responsabilidad. Encajar el golpe, sin reaccionar, era tanto como dar nuevas alas al espíritu autoritario del ministro de Gobernación; y protestar platónicamente, con un largo escrito en la prensa obrera, hubiera sido inútil. ¿Qué cabía, pues, hacer? No había otra forma, por tanto, de respuesta que la de proseguir la lucha proletaria en la calle.

En esta nueva fase que entraba la CNT, el grupo “Nosotros” iba a desempeñar un papel importantísimo que, como veremos más adelante, será tildado de “blanquismo” por los “moderados”. El análisis que ellos hicieron de la situación político-social será también tachado de “simplismo” por la misma tendencia. La sucesión de hechos que iban a tener lugar, así como las condiciones político-sociales, serían los que, desde el punto de vista histórico, acreditaría el valor de las tesis y posiciones en juego.

Poco después de proclamarse la República, el grupo “Nosotros” se reunió para fijarse una línea de acción: “Estudió repetidas veces el problema político y social desde todos los puntos de vista. Una República que descansaba en personajes tales como Alcalá Zamora, Queipo de Llano (jefe militar de la Presidencia de la República), el general Sanjurjo (jefe de la Guardia Civil) y Miguel Maura (ministro de Gobernación), no podía apadrinar ninguna reforma importante en lo político y, mucho menos, en lo social, puesto que era prisionera de un equipo de hombres íntimamente ligados a la monarquía y a la oligarquía que había sido, hasta el 13 de abril, la clase dominante, y continuaba conservando todos sus privilegios”⁶⁴. A tenor de ese análisis se confrontaba la realidad social, cada día más en ebullición, tanto en las zonas rurales como en las mineras o en las ciudades. En esa efervescencia social entraban toda clase de elementos que eran el material básico para la revolución. Entre los obreros socialistas y los obreros cenetistas no había prácticamente divisoria, como reconocía el propio Maura. Así, éste dice:

“En la serranía de Córdoba empezaron una serie de atentados a los cortijos y fincas de los grandes propietarios, que llegaron a tomar carácter peligroso. Los vecinos de 18 pueblos de la serranía, con sus alcaldes a la cabeza, irrumpían en los grandes cortijos de la región y hacían tabla rasa de cuanto hallaban a mano, llevándose al pueblo el botín, el cual era repartido entre los vecinos, en el propio Ayuntamiento, por los alcaldes.

“Hube de concentrar en la región a toda la Guardia Civil que hallé a mano (...) para terminar con esa peligrosa orgía campesina. Al mismo tiempo acudí a

64. Cuartillas citadas de Aurelio Fernández.

Largo Caballero para que frenase el ímpetu revolucionario de sus correligionarios, puesto que, de los 18 pueblos en cuestión, catorce tenían alcaldes socialistas y mayoría de este partido en el Ayuntamiento. No logró esta vez su propósito mi compañero de Gobierno, y los asaltos a cortijos continuaron a más y mejor. Fue preciso intervenir en forma decisiva”.

“Empecé por suspender a todos los alcaldes y concejales de esos pueblos, nombrando comisiones gestoras con los mayores contribuyentes de cada pueblo; concentré en ellos cuanta guardia civil pude, y encarcelé a los primeros que, tras la orden severa que se publicó y repartió profusamente por los pueblos, cometieron el primer desmán. Quedó cortado de raíz el mal y la paz volvió a la serranía cordobesa”⁶⁵. Dicho en plata, la receta de Maura fue la siguiente: encarcelar a los alcaldes socialistas y los más destacados militantes de esos pueblos, y poner los cargos de los Ayuntamientos en manos de los grandes terratenientes y caciques, protegiéndolos con la Guardia Civil.

“Los componentes del grupo “Nosotros” estaban al corriente del movimiento sindical y revolucionario de toda España. Sus miembros desplegaban una gran actividad. Los unos, acudiendo a donde eran solicitados para asistir como oradores en mítines, conferencias o reuniones de información. Los otros, en misión de organización de grupos y medios de combate para un futuro inmediato.

“Había que aprovechar en lo posible el tiempo, pues la situación en lo general tendía a deteriorarse de día en día. En una ocasión, Francisco Ascaso y Ricardo Sanz tuvieron que desplazarse a Bilbao, donde tenían que tomar parte en un mitin con José María Martínez, militante anarquista minero de Gijón. El acto se celebró en el Frontón Euskalduna. Fue un éxito sin precedentes en todos los sentidos, dejando una impresión de seriedad y responsabilidad que valorizó mucho a la CNT, precisamente en Vizcaya, donde la central comenzaba a tomar cuerpo. Aprovechando ese viaje, los compañeros aludidos se desplazaron a Eibar, donde visitaron a los fabricantes Gárate y Anitua, y les hablaron de la posible solución de la entrega de las armas, o sea, de los mil rifles que aún continuaban depositados en su casa”⁶⁶.

“Los visitantes, que ya eran conocidos por el armero, fueron bien recibidos y pudieron comprobar el buen estado en que se encontraba el armamento, pero el fabricante les comunicó que no podía hacerles entrega sin la autorización del gobernador.

“Al día siguiente, los delegados (Ascaso y Sanz) se presentaron en el Gobierno Civil para tener una entrevista con el gobernador de la provincia, señor Aldasoro. Informado el gobernador del trámite, les respondió que él no podía autorizar la entrega de esas armas sin orden expresa y por escrito del ministro de Gobernación, señor Maura.

65. Miguel Maura, *op. cit.*

66. Recuérdese que se trata de los célebres rifles que se compraron en 1923, después de la expropiación del dinero del Banco de Gijón.

“Ascaso partió para Madrid y se entrevistó con Maura, pidiéndole le firmara la autorización de la entrega de ese armamento para los sindicatos. Maura le respondió que él no podía hacer eso, pero que, tan pronto como se instituyera en Cataluña el poder de la Generalitat, él autorizaría la entrega de los rifles al Gobierno catalán”.

“El grupo “Nosotros” se reunió al efecto, trató la cuestión y se convino que, de momento, no había otra solución que la de ceder las armas a la Generalitat. De esa manera era muy posible que los rifles fueran a manos de los trabajadores en un momento dado. La Generalitat de Cataluña formó una milicia armada, sin uniforme, llamada los “Escamots”. Fue la fuerza de choque que sustituyó al Somatén. Los “Escamots” fueron armados con los rifles que el grupo “Nosotros” había comprado con la expropiación del Banco de Gijón. Pero, por circunstancias diversas, esos rifles fueron finalmente a manos de los obreros, sus auténticos propietarios”⁶⁷.

“El grupo “Nosotros” vivía absorbido por la lucha sindical. Sus componentes, en gran parte, eran solicitados por las diferentes regiones de España para intervenir en los actos de propaganda. La mayoría de sus miembros boicoteados de los trabajos del oficio, estuvieron obligados a concentrarse en el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, en su sección llamada “Ramo del Agua”, la cual tenía establecida y reconocida por la patronal “la bolsa del trabajo”, es decir, que cuando un patrón perteneciente a dicha sección tenía necesidad de obreros, estaba obligado a pedirlos al sindicato por mediación de los delegados de fábrica, porque en ningún caso eran admitidos al trabajo obreros que no estuviesen sindicados”⁶⁸.

La larga cita de Ricardo Sanz nos ofrece suficientes datos para comprender mejor sobre qué estrategia actuaba el grupo “Nosotros”. Los meses que habían ido transcurriendo desde la proclamación de la República no habían sido otra cosa, por la sucesión de sus acontecimientos, que una confirmación de la opinión que “Los ex-Solidarios” se habían formado de lo que la República podía dar de sí.

La situación que nos describe Maura de los dieciocho pueblos cordobeses no era facultativa de esa provincia, sino que se extendía por toda Andalucía y ganaba las provincias limítrofes de Castilla la Nueva, donde el latifundismo imperaba de la misma manera. Dominados por el hambre y llevados por la desesperación, los campesinos se lanzaban a esos asaltos que tan bien nos describe el ministro de Gobernación. Pero la desesperación puede conducir a un motín, nunca a una revolución. Era preciso que los desesperados tropezaran con un ideal, poseyeran un programa y transformaran su instintiva y lógica rebeldía en una fuerza consciente; sólo así el motín podía transformarse en revolución. Y a esa labor fue a la que se entregaron pacientemente los componentes del grupo “Nosotros”. Se trataba de fomentar la revuelta, pero al mismo tiempo pasar a la expropiación colectiva y

67. Se trata, como se verá mas adelante, cuando los “Escamots” tiraron dichas armas el 6 de octubre de 1934 y fueron recogidas por los obreros de la CNT.

68. Esta larga, pero interesante cita, la tomamos de Ricardo Sanz, *op. cit.*

ensayar nuevas formas de convivencia humana. Era preciso elaborar las líneas generales que pudieran servir de base y punto de partida para una sociedad comunista libertaria. Esta cuestión, planteada por el grupo “Nosotros” dentro de la FAI y exponiéndola directamente en las asambleas obreras y en los mítines, fue tomando cuerpo hasta tal punto que el anarquista Isaac Puente se dio a la tarea de trazar de manera simple las líneas generales del Comunismo Libertario.

En Barcelona, desde que Josep Oriol Anguera de Sojo ocupó el cargo de gobernador, la situación social fue deteriorándose más y más. El nuevo gobernador cumplía fielmente las órdenes de su jefe, Miguel Maura y éste, como ya hemos expuesto, desde el 20 de julio se consideraba en lucha abierta contra la CNT. Sus consignas eran terminantes: se debía “meter en cintura a la CNT”. Y esto, Miguel Maura lo había aprendido de la experiencia política de su progenitor. Anguera de Sojo se aplicó en seguir el dictado de Maura, de acuerdo con el jefe Superior de Policía de Barcelona, Arturo Menéndez. La cárcel Modelo comenzó a llenarse de “presos gubernativos”. Por cualquier motivo se clausuraba un sindicato o se declaraba “reunión clandestina” a una simple asamblea sindical. En el mes de agosto, la situación en Barcelona estaba ya tan deteriorada que fue necesario declarar la huelga general. Pero esta huelga general, que se declaró para exigir la libertad de los presos, no fue suficientemente apoyada por *Solidaridad Obrera*, cuyo director era Juan Peiró, e incluso fue desatendida por el Comité Nacional de la CNT, que a la sazón estaba en manos de hombres de la corriente moderada. Disgustados por el resultado de la huelga general, los 20.000 obreros metalúrgicos de Barcelona la continuaron por su cuenta, exigiendo la libertad de los presos. Seguidamente a los metalúrgicos se unieron los 42.000 adherentes que contaba el Sindicato de la Construcción, donde militaba Ricardo Sanz. Estos dos conflictos no hacían otra cosa que resaltar fuertemente la crisis interna de la CNT en una situación que cada día enturbiaba más la política de la Esquerra Republicana de Catalunya y la burguesía catalana que cerraba fábricas y reducía el personal de sus plantillas, sin motivos justificados. El paro obrero se extendía y la situación en la ciudad amenazaba tomar carácter desesperado como antes había ocurrido entre los campesinos. La FAI se reunió en Barcelona para tratar de orientar, de manera consecuente, el movimiento de descontento, a fin de que éste se convirtiera en una fuerza colectiva y consciente. Se creó una Comisión de Defensa Económica para que organizara una huelga general de alquileres y electricidad. Para la movilización general de la población se convocaron amplias asambleas populares, celebrándose una de ellas el 2 de agosto en el Salón de Bellas Artes de Barcelona, y en la que hablaron Durruti, García Oliver, Tomás Cano Ruiz, Vicente Corbi y Arturo Parera, todos ellos militantes de la FAI.

Por aquellas fechas Durruti escribía a su familia lo siguiente: “Contesto aprisa vuestra carta recibida hoy. Comprendo vuestra impaciencia por abrazarme, y yo también participo profundamente de ese deseo. Pero en estos momentos me es imposible salir de Barcelona. Tengo mucho trabajo. Todos los días participo en mítines, reuniones y debo atender mis responsabilidades sindicales. No veo, por el momento, cuándo podré ir a León. No obstante, podéis enviarme los pases de ferrocarril y, teniéndolos en mi poder, podré utilizarlos en la primera oportunidad

que se me presente”⁶⁹. Por lo transcrito se puede apreciar cuál era la vida que Durruti llevaba en Barcelona, puesto que, llegado del extranjero el día 15 de abril, en agosto aún no había podido abrazar a su madre.

Los obreros metalúrgicos habían vuelto al trabajo, pero los obreros de la construcción seguían con su huelga, mientras el estallido de las bombas continuaba haciendo saltar postes de teléfonos. El gobernador civil, Anguera de Sojo, dio órdenes al jefe Superior de Policía de que tomara por asalto el Sindicato de la Construcción, sito en la calle Mercaders, número 25, no lejos de la Jefatura Superior de Policía y orillando la barriada obrera de Santa Catalina. Era el día 4 de septiembre de 1931. La flamante Guardia de Asalto⁷⁰ acordonó el local y, tomadas todas las precauciones necesarias, un capitán ordenó a su tropa ocupar el edificio por asalto. Pero “al dar el jefe de las fuerzas la voz de “adelante”, sonó una descarga hecha desde el interior del local sindical... al mismo tiempo que se veían caer, a la puerta del mencionado edificio, media docena de guardias de seguridad. Entre los asaltantes y los asaltados se generalizó el tiroteo que duró varias horas. Los adalides de la libertad escribieron una heroica página que figurará en los anales de la historia social revolucionaria de España como gesta gloriosa. Pero las escasas municiones de que disponían se terminaron, y los intrépidos libertarios tuvieron que rendirse. Noventa y cuatro compañeros fueron detenidos. Muchos otros, arriesgando su vida, pudieron escapar a través del cerco que, con toda clase de armas, se había puesto al domicilio sindical (...). Entre los detenidos se destacaba un muchacho altivo y arrogante convencido de haber cumplido con su deber, era Marianet⁷¹. “Con bayoneta en ristre y fusiles ametralladores se condujo a nuestros compañeros hasta las mismas bodegas del vapor *Antonio López*, las que antaño fueron testigos de innumerables crímenes cometidos con los negros esclavos trasladados de África al Nuevo Continente”⁷².

En realidad, en esa “página heroica” ocurrieron otros hechos de suma gravedad, los cuales tuvieron como punto de partida la arbitraria medida gubernamental de poner cerco a un sindicato que estaba celebrando entonces una reunión en la que su tema principal era estudiar las vicisitudes de la huelga de la construcción. Los ánimos estaban exaltados. No era el primer sindicato que se tomaba por

69. La carta tiene fecha del 1 de agosto, sábado, y lleva una postdata en la que dice: “Tengo prisa. Como veréis por el recorte de periódico, esta noche celebramos un grandioso mitin”. Archivo particular.

70. La Guardia de Asalto fue una creación de Maura, asistido por el director general de Seguridad y del teniente coronel Muñoz Grandes. Requisitos exigidos: reglamento rígido. Estatura mínima, 1,80 metros. Corpulencia. Dotación: pistola y porra. Sueldo: 15 pesetas diarias. Primera promoción: 800 hombres; primera actuación: agosto de 1931.

71. Este “Marianet”, entonces a la edad de 21 años, recién llegado a las filas de la CNT, será el célebre Mariano R. Vázquez, que fue secretario general de la CNT desde noviembre de 1936 hasta la terminación de la guerra civil en abril de 1939.

72. Manuel Muñoz Díez, *Marianet, semblanza de un hombre*, Ed. CNT, México, 1960.

asalto sin motivos justificados. También los domicilios de los militantes eran asaltados a altas horas de la noche y encarcelados sus moradores. Los huelguistas de la construcción si se defendieron a tiros era porque no deseaban ir a la cárcel por el capricho de Maura. No obstante, para el cese de hostilidades se convino que los atrincherados se entregarían solamente a soldados del Ejército. La autoridad militar accedió y envió un piquete de tropa al mando del capitán Medrano. Los trabajadores, entonces, se entregaron. La Guardia de Asalto, viendo que se les escapaba su presa, so pretexto de que era preciso levantar un acta de los sucesos en la Jefatura Superior de Policía, seleccionó a una docena de los detenidos para transportarlos allí, pero al llegar a la puerta del edificio fueron ametrallados por los guardias.

En este clima de cruenta guerra social, un día de los últimos de agosto apareció en la prensa burguesa un manifiesto firmado por 30 destacados militantes de la CNT. Este escrito será siempre conocido con el nombre de “Manifiesto de los Treinta”, y fue recibido en el momento de su publicación con infinitas alabanzas por parte de toda la prensa burguesa, presentándolo como “la expresión sensata de la CNT”. En sí, el escrito iba más allá de la forma, porque, aunque reconocía que la situación en España era francamente revolucionaria, en razón de ello era “preciso pensar esa revolución científicamente”; y para ello resultaba necesario gozar de un período de paz social en el que la clase obrera atrajese hacia sí a técnicos e intelectuales, a fin de estructurar un instrumento económico (las Federaciones de Industria) capaz de suplantar el orden capitalista. A la vez que expresaban su manera de entender la revolución, denunciaban —sin mencionarla— la catastrófica línea de acción de la FAI que, según los firmantes, “se inspiraba en la teoría blanquista de la minoría audaz”. Y acusaban a esa tendencia de querer “bolchevizar a la CNT”, imponiéndole su dictadura. Entre los treinta firmantes se encontraban Juan Peiró, que era el director de *Solidaridad Obrera*, y Angel Pestaña, que era miembro del Comité Nacional de la CNT ⁷³.

Tomando este escrito como argumento, la prensa burguesa se entregó inmediatamente a un ataque en regla contra la FAI, “esa terrorífica FAI, cuyos tres máximos dirigentes son los bandidos Ascaso, Durruti y García Oliver”.

En plena tormenta, cuando toda la prensa burguesa hablaba de Durruti empleando el mismo lenguaje usado durante la Dictadura, Rosa Durruti, instada por su madre Anastasia, se decidió, visto que Buenaventura no subía a León, a bajar ella a Barcelona. La impresión personal que Rosa sacó de dicha visita a su hermano la confió a un amigo por carta, empleando los siguientes términos: “Las condiciones en las que viven mi hermano y mi cuñada me han llenado de angustia. Desde su instalación en la casa que ocupa en la calle Freser, hasta el presente, sigue tan huérfana de mobiliario. Cuenta apenas con lo indispensable: un par de sillas, una mesa, y una cama sin colchón, sobre cuyo somier se extiende una manta que sirve para dormir mi cuñada Mimi, embarazada... Le he gritado mi in-

73 El texto íntegro de este manifiesto se encuentra en el vol. I de la obra citada de José Peirats.

dignación por no habernos comunicado su situación para enviarle dinero y, al menos, comprara un colchón para Mimi. ¿Qué crees que hizo? Se encogió de hombros. Y tratándome como a una niña, me dijo: “Mira, Rosita, Mimi se porta muy bien. Tiene un buen embarazo. Verás qué hijo más hermoso va a tener”. ¿Qué podía hacer yo? Mi hermano será siempre un incurable optimista” 74.

En aquella tormenta la CNT había perdido su brújula de orientación. Su órgano principal callaba; peor aún, el Comité Nacional más bien entorpecía la marcha de la CNT en vez de potenciar la acción espontánea de sus militantes. Por su parte, *Solidaridad Obrera* mantenía una posición parcial defendiendo a los “hombres sensatos” que se agrupaban en torno a “los treinta”. Sólo un semanario anarquista, *El Luchador*, y bajo la firma de Federica Montseny, tomó la defensa de “la terrible” FAI. Con el título de “La crisis interna y externa de la Confederación”, publicó la siguiente nota:

“Desde mi artículo “Una circular y sus consecuencias”, hasta la fecha, una serie de hechos se han producido. En primer lugar, el manifiesto del grupo de militantes que la prensa burguesa, Macià y Companys han llamado “parte sensata de la Confederación”; en segundo, la huelga de Barcelona, causada por la incalificable actitud del gobernador Anguera de Sojo, hechura de Maura, *vis-a-vis* de los presos. En tercero, un artículo editorial de *Solidaridad Obrera*, documento histórico que, algún día, si el que lo ha escrito no ha perdido todavía la virilidad y la vergüenza, le hará enrojecer. Estos son los nuevos hechos que se han producido en el modesto transcurso de diez o doce días, vertiginosidad de acontecimientos que da una medida de lo intensa que es la existencia que vivimos. El resultado inmediato de todo ello ha sido el inicio de una represión violenta, contra todos los individuos significados de la FAI, y el principio de una desmembración, de una crisis interna en el seno de la Confederación, de la que querrá hacerse, “de la que se hará responsables” a los anarquistas, los famosos “extremistas” de la última hornada de frases hechas, cuando de ella son causa las actuaciones políticas de los líderes barceloneses y su actitud ante la opinión anarquista de la CNT.

“Estos son los hechos internos producidos, los hechos en relación con nosotros. No hablemos ahora de estos mismos hechos en relación con las autoridades, la burguesía y la opinión pública en general, que contemplan y aplauden la lucha comenzada en el seno de la CNT, entre derechas e izquierdas, entre los que se prestan a hacer de la Confederación un apéndice de la Generalitat y de la Esquerra Republicana de Catalunya, y los que representan el espíritu libertario dentro de la Confederación, que no son la FAI señores políticos, ni señores profesionales del sindicalismo, que son la “verdadera Confederación”: la que habló en el Congreso de Madrid, la que habla por boca de todos los delegados de las comarcas, de los pueblos, de los sindicatos; la Confederación auténtica, la de los obreros que trabajan, la de los hombres que creen, que sienten, que luchan, que se sacrifican, que mueren cuando es preciso, y que jamás han vivido ni vivirán del liberalismo ni del profesionalismo sindicalista. Esa crisis interna, crisis en el ins-

74. Confesión hecha por ROSA DURRUTI para este trabajo.

rante que más necesarias son la unión y la unidad de acción y de esfuerzos, en que más grave, más peligroso es el momento, esta crisis divisionista que ha anulado en Barcelona, ya por dos veces, la actuación del proletariado, y que nos pone, inermes, a merced del poder público y de los pescadores en río revuelto del comunismo; esta crisis interna, proceso de descomposición, caída en el morbo político de un movimiento obrero demasiado poderoso, demasiado grande ya para que no se subiera a la cabeza de los que han sido colocados a su frente por las circunstancias.

“Tiempo ha que nosotros lo veíamos venir, como vemos venir ahora la serie de consecuencias que los hechos producidos por la circular del Comité Nacional, hasta el malogramiento de la huelga general de Barcelona, irán desencadenando. Los sucesos de Barcelona, los asesinatos de la Jefatura, la actitud de intransigencia y de vesania del gobernador, al no hallar a todo el proletariado en pie de combate, en una protesta unánime —protesta que se hubiera podido hacer respondiendo las masas—, abren ancho campo a las actividades represivas de esta República defensora de los intereses capitalistas y personificada en la figura despótica del futuro dictador Maura. Esto, produciéndose después de la tragedia de Andalucía, de la represión de que se está haciendo víctima a los campesinos andaluces, que no hallaron la protesta ni la solidaridad del resto de España, suprime toda oposición y todo titubeo en el Gobierno, seguro de que no tiene frente a él ninguna fuerza digna de ser tenida en cuenta. Por último, los compromisos contraídos con Macià por los dirigentes del sindicalismo, con vistas a la aprobación del famoso Estatuto, acaban de perfilar nuestro panorama: una vez Cataluña con Estatuto, iniciará una política social tolerante con los “buenos chicos” de la CNT, pero que “apretará los tornillos” —frase de Companys— a los de la FAI, a los famosos “extremistas”, siendo calificados de extremistas todos los que no están dispuestos a que la Confederación sea en Barcelona lo que es la UGT en Madrid.

“Y en relación, respectivamente, de los gobiernos de la Generalitat y de la República, la CNT catalanizada, vitaliciamente instalado su Comité Nacional aquí, se desentenderá del resto de España, como se ha desentendido ya de las huelgas de Sevilla y de Zaragoza, perdida y ganada con más honor y con más inteligencia que no se ha perdido y desarrollado la de aquí. El proletariado español, dividido, fraccionado, reducido a movimientos esporádicos, esterilizado para toda acción de conjunto, desangrado en sus elementos de acción, de arrojo y de dinamismo espiritual por la persecución iniciada contra los anarquistas y contra los anarcosindicalistas conscientes de su deber y de sus ideas, será algo fácilmente dominable, manejable para la mano de domador de perros que representa el Ministerio de la Gobernación. Cada Pleno será un escándalo público; cada huelga, un espectáculo bochornoso, de cobardía e incoherencia incalificables; cada día, la consumación de una nueva vergüenza nuestra y de una nueva iniquidad gubernamental. ¡La República, consolidada y organizada; la República, al servicio descarado de la burguesía; la República, manejada por la mano matonesca que se impone por... que sí, a todos los ministros y al borreguil Parlamento entero; la República, la socialdemocracia, en fin, dueña y señora de España, y, como dije ya en mi primer artículo escrito después del 14 de abril, la evolución social y po-

lítica de Iberia detenida por un puñado de años!

“Y aquí, en el oasis del Estatuto, en el paraíso que nos promete la buena fe de Macià —caso de que esto también sea posible—, una Confederación convertida en “cuarta mano” en el nuevo Consell de Cent de Catalunya; una Confederación domesticada, gubernamentalizada, con una política de ramo de olivo, de “armonía” entre el capital y el trabajo; una Confederación laborista al estilo inglés. Una sindical-democracia manufacturada en Barcelona y de exportación universal también, para uso de gobiernos humanitaristas y apuntalamiento de órdenes burgueses demasiado carcomidos. En cuanto a la FAI, a la espantable, a la terrible FAI, encarnada, en el fondo, para ese hatajo de ambiciosos y de imbéciles, en dos hombres que si no tuvieran otra cualidad tendrían la de no ser cobardes; en cuanto a la FAI de los burros de *Mirador*, ¡oh, señores, ciudadanos, hermanos de los pueblos de Iberia!, se le apretarán los tornillos, sí, señor, dando una vueltecita a la manivela, por riguroso turno, desde Maura y Companys hasta el último meritorio de la Redacción de la *Soli*, sin olvidar al inefable Lluhí i Vallescá y al pobre señor Macià, que le han hecho creer que la FAI es un monstruo, mitológico, un minotauro o un dragón para el que no valen Teseos ni San Jorges...”⁷⁵

75. *El Luchador*, 18 de septiembre de 1931.

Durruti y García Oliver responden a «Los Treinta»

Durante toda su vida, Durruti no sintió nunca simpatía por la gente de la prensa, por considerar “a los periodistas a sueldo gente sin escrúpulos que escriben al dictado de los intereses del patrón que les paga”. Los consideraba, aunque asalariados, “sin conciencia obrera”. Los obreros, en un momento determinado, podían negarse, pese a que se les pagara, a producir algo que consideraran directamente dañino a su clase. “Los albañiles y forjadores de Barcelona, por ejemplo —decía—, se negaron a construir la Cárcel Modelo, porque sabían que construían su propia tumba. No conozco un periodista que iguale a los obreros en un acto parecido”⁷⁶. Pensando así, no podía ir Durruti a buscar a los periodistas para hacer puntualizaciones sobre lo que pensaba del manifiesto de “Los Treinta”. Y si hizo declaraciones en la prensa, fue gracias a Eduardo de Guzmán, redactor de *La Tierra* (periódico independiente, bastante objetivo al tratar cuestiones relativas a la CNT y a la FAI), quien le preguntó su opinión en relación al documento publicado “por los sindicalistas reformistas”. Sus declaraciones fueron tajantes:

“Los anarquistas responderemos de una manera enérgica pero noble al ataque que nos han dirigido algunos elementos de la Confederación. Espero que se habrá visto que el ataque va directamente contra García Oliver y contra mí. Esto es natural, porque en cuanto llegué a Barcelona me enfrenté con los mencionados elementos y, después de una discusión que duró varias horas, fijamos las dos posiciones que ahora se van señalando cada vez más.

“Nosotros, los hombres de la FAI, no somos ni de lejos lo que piensa mucha gente. Se ha hecho en torno de nosotros una especie de aureola inmerecida que hemos de desvanecer, cuanto antes mejor. El anarquismo no es lo que suponen muchos espíritus pusilánimes. En justicia, nuestra idea está mucho más extendida de lo que piensan las clases privilegiadas, y es un serio peligro para el capital, e incluso para los pseudodefensores del proletariado que ocupan cargos elevadísimos. Naturalmente que el manifiesto publicado últimamente por Pestaña, Peiró, Arin, Altarache, Clarà y otros ha satisfecho mucho a los gobernantes burgueses y a los sindicalistas de Cataluña, pero la FAI no se hace solidaria de ninguna manera del *mea culpa* de los citados señores y seguirá el camino emprendido, que cree que es el mejor.

“¿Cómo quieren que estemos de acuerdo con el Gobierno actual, que hace cuatro días ha permitido que fueran asesinados cuatro obreros en las calles de Sevilla, que volvió al sistema infamante inventado por Martínez Anido y vuelto a la actualidad por el ministro de la Gobernación, señor Maura? ¿Cómo quieren

76. Liberto Callejas, testimonio.

que estemos de acuerdo con un Gobierno que huye de imponer sanciones a los partidarios de la pasada Dictadura, y les permite que en Lasarte continúen conspirando completamente libres? ¿Cómo quieren que estemos de acuerdo con un Gobierno del que forman parte colaboradores de la Dictadura?

“Nosotros somos absolutamente apolíticos, porque estamos convencidos de que la política es un sistema de gobierno artificioso y absolutamente contra natura, en el que muchos hombres claudican para seguir ocupando sus cargos, sacrificando lo que sea, particularmente a las clases humildes. Lo que ocurre actualmente no es nada más que lo que debía suceder, a causa de que el 14 de abril no se llevó a cabo la revolución. Se tenía que ir más adelante de lo que se fue, y ahora los obreros pagamos las consecuencias. Nosotros, los anarquistas, somos los únicos que defendemos los principios de la Confederación, principios libertarios, que parece han olvidado los otros. La prueba de esta afirmación está en que se abandonó la lucha en el momento en que tenía que comenzar más fuerte. Se ve claramente que Pestaña y Peiró han contraído compromisos morales que les dificultan su actuación libertaria.

“La República española, tal como está constituida, es un gran peligro para las ideas libertarias y, necesariamente, si los anarquistas no actúan enérgicamente, caeremos fatalmente en la socialdemocracia. Se ha de hacer la revolución, se ha de hacer cuanto antes mejor, puesto que la República no ha dado ninguna garantía al pueblo, ni económica ni política. No podemos esperar de ninguna manera a que la República se acabe de consolidar tal y como está constituida. Ahora mismo el general Sanjurjo pide ocho mil guardias civiles más. Naturalmente que los republicanos españoles han tenido presente el caso de Rusia. Han visto que fatalmente tenía que suceder lo mismo que durante el Gobierno de Kerensky, que no fue más que una etapa de preparación para hacer la verdadera revolución, y esto es lo que quieren evitar.

“La cuestión religiosa, por ejemplo, la República no la puede resolver. Los burgueses no se han atrevido a dar la batalla a los obreros, pero han tomado posiciones. Se encontraban ante un dilema: o apoyar a la socialdemocracia como en Alemania o Bélgica o ser expropiados por las masas obreras organizadas. No han sido tontos y han elegido lo que más les conviene: la socialdemocracia.

“Macià un hombre de toda bondad, un hombre puro e íntegro, es uno de los culpables de la situación angustiosa que atraviesan hoy los obreros (en Cataluña). Si en lugar de situarse, como ha hecho, entre el capital y el trabajo, se hubiese inclinado definitivamente hacia el lado obrero, el movimiento libertario de Cataluña se habría extendido por toda España y por toda Europa, e incluso hasta en América Latina hubiera encontrado adeptos. Macià ha querido hacer una Cataluña pequeña, y nosotros habríamos hecho de Barcelona la capital espiritual del mundo...

“La industria española no puede competir con la extranjera y, en cambio, el obrero está mucho más adelantado. Tal y como está constituida la industria en España, si se pusiera al corriente, si pudiera competir con la de los otros países, los obreros tendríamos que dar un paso atrás y no estamos dispuestos a ello.

“Es necesario, es imprescindible, resolver el problema de los obreros parados,

que cada día aumenta, y la solución la hemos de dar los obreros. ¿Cómo? Indefectiblemente con la revolución social. Se ha de dar paso a los obreros. La riqueza española, aunque parezca una paradoja, la han de defender los obreros y nada más que los obreros.

“Volviendo a hablar del manifiesto, he de insistir que en una de nuestras reuniones propuse a Pestaña y Peiró que fueran ellos los teóricos y nosotros, los jóvenes, la parte dinámica de la organización. Es decir, que ellos vinieran detrás de nosotros reconstruyendo. Inscritos en la Confederación, los de la FAI tenemos únicamente 2.000 afiliados, pero contamos en total con unos 400.000 obreros (se refiere a Cataluña), puesto que en la última reunión celebrada, en una votación obtuvimos 63 votos contra 22. Se trataba de dar o no una respuesta revolucionaria a la primera provocación del actual gobierno.

“El domingo se celebrará la primera reunión de la Federación Local, y en ella daremos cuenta de nuestra protesta contra el documento publicado (...). Sabemos que nuestra organización (la FAI) produce mucho miedo a los burgueses de Cataluña, pero no daremos un paso atrás siempre que se trate de las reivindicaciones de los obreros (...)”⁷⁷.

El mismo día en que aparecían en *La Tierra* estas declaraciones de Durruti, en el editorial de *Solidaridad Obrera*, a cargo de Juan Peiró, se continuaban defendiendo las tesis “treintistas”: “Lanzar las masas obreras a la calle a recibir golpes de matraca y metralla, como hacen los comunistas sin comunismo de todos los países, es cosa facilísima; pero quien tal hace, más que revolucionario es un asesino moral. Lo difícil —y es por esto, quizá que preocupa a muy pocos— es lanzar las masas con un plan completo que determine concretamente las tres fases de todo movimiento revolucionario”.

Peiró desarrolla la cuestión que le obsesiona: las Federaciones de Industria, con las que piensa atraer a la CNT a los técnicos y la pequeña burguesía. Para él, no disponer de ese plan de reorganización sindical en el sentido económico, es no estar preparado para la revolución: “El proletariado ha de adquirir la plena conciencia de que, en tanto que medio, la organización de la economía toda es la base fundamental donde ha de apoyarse todo movimiento revolucionario de raíz esencialmente socialista, y en el que ha de asentarse la libertad política y la igualdad económica y social. Lo demás, disfrácese con el ropaje que se quiera, es la práctica de formas mesiánicas, bolcheviquistas, siempre tiránicas de forma y de fondo y, por lo tanto, absolutamente incompatibles con la esencia del anarquismo y del sindicalismo revolucionario”⁷⁸.

Como la polémica pública seguía su curso, paralelamente a la que se había ya iniciado en el interior de los sindicatos de Barcelona, García Oliver respondió también a unas preguntas con relación al problema de “Los Treinta” y el problema de la revolución, al mismo periodista Eduardo de Guzmán, quien las antecede con un comentario del lugar y unos juicios sobre la personalidad de Juan

77. *La Tierra*, 2 de setiembre de 1931.

78. *Solidaridad Obrera*, Editorial, 2 de setiembre de 1931.

García Oliver:

“García Oliver da una conferencia en un Sindicato de la barriada del Clot, ante un público exclusivamente obrero, del paralelismo entre las vidas de Sócrates y Cristo. Habla con serena elocuencia, expone ideas originales, lleva a los trabajadores al conocimiento de la filosofía socrática. Y si es admirable el orador, este muchacho que en horas robadas al sueño y en largos años pasados en presidio ha sabido formarse una cultura excepcional, no lo es menos el auditorio. Silenciosos, pensativos, los oyentes tratan de comprender, de captar toda la profundidad que tras la aparente sencillez informa las palabras del orador.

“Cuando termina la conferencia, hablamos. García Oliver es uno de los hombres más destacados de la FAI y representa la máxima oposición —consciente, serena y revolucionaria— a la posición adoptada por los firmantes del célebre manifiesto de agosto. García habla con lógica, sin apasionamientos, lanzando ideas y palabras tras un instante de meditación”.

Las discrepancias entre los firmantes del manifiesto y la FAI

“La razón de los ataques a la FAI escapa a los que no viven en nuestros medios. La causa de la indignación que contra nosotros sienten los firmantes del manifiesto es que los grupos anarquistas han sacudido la tutela que en ciertas épocas llegaron a conseguir sentar. La pugna, en realidad, no es de hoy. Se inició en 1923, cuando los anarquistas vieron que tanto Pestaña como Peiró y la mayor parte de los firmantes del manifiesto no tenían la capacidad necesaria para afrontar los difíciles momentos que vivía España, en cuyo ambiente se respiraba la posibilidad de una dictadura militar. En un Congreso llegamos a señalar que antes de tres meses se daría el golpe de Estado con carácter absolutista, y en efecto, por desgracia, se implantó la dictadura, confirmando nuestros temores.

“Esto, la mala dirección de la huelga de transportes y la incapacidad manifiesta para hallar solución al problema del terrorismo, llevó a los anarquistas a iniciar un movimiento que, si bien no tendía al desglose de la CNT, quería conseguir de este organismo que diera una solución revolucionaria a los problemas que España tenía planteados.

“Los anarquistas se distanciaron entonces, no de la Confederación —por cuanto siempre han sido los elementos más activos de la misma—, sino de los hombres que como Pestaña, Peiró, etc., influían en la Organización en un sentido fuera de la realidad.

“Hoy pasa igual que entonces. Hace unos meses Pestaña y Peiró interpretaban la realidad republicana de España en el sentido de creer eficaz el Parlamento en materia de legislación social; los anarquistas, en cambio, convencidos de que la caída de la dictadura se produjo, no por presión de los partidos políticos, sino porque la economía española había alcanzado su máxima elasticidad, discrepábamos de ellos, afirmando que los problemas sociales sólo podrían encontrar solución en un movimiento revolucionario que, a la par que destruía las instituciones burguesas, transformara la economía”.

El problema revolucionario no es cuestión de preparación, sino de voluntad

“Sin precisar fecha —prosigue Oliver—, nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estábamos o no preparados para hacer la

revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación y sí de voluntad, de quererla hacer, cuando circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución.

“Sin despreciar del todo la preparación revolucionaria, nosotros la relegamos a segundo término, porque después del hecho mussolinesco italiano y la experiencia fascista de Hitler en Alemania queda demostrado que toda ostensible preparación y propaganda del hecho revolucionario crea paralelamente la preparación y el hecho fascista”.

“Antiguamente se aceptaba por todos los revolucionarios que la revolución, cuando llama a las puertas de un pueblo, triunfa fatalmente, quieran o no los elementos contrarios al régimen imperante. Esto podía creerse hasta el triunfo fascista en Italia, ya que hasta entonces la burguesía creía que su último reducto era el Estado democrático. Pero después del golpe de Estado de Mussolini el capitalismo está convencido de que cuando el Estado democrático fracasa puede encontrar en su organización fuerzas para derrocar al liberalismo y aplastar el movimiento revolucionario”.

La FAI, fermento revolucionario

“La FAI ha sido tachada por los firmantes del manifiesto de aspirar a realizar una revolución de tipo marxista, confundiendo lamentablemente la técnica revolucionaria —que es igual en todos aquellos que se proponen hacer un movimiento— con los principios básicos —tan dispares— del anarquismo y del marxismo. La FAI, en el momento que vive España, representa el fermento revolucionario, el elemento de descomposición social que necesita nuestro país para llegar a la revolución.

“En el orden ideológico la FAI, que es la exaltación del anarquismo, aspira a la realización del comunismo libertario. Y tanto es así, que si después de hecha la revolución en España se implantase un régimen parecido al de Rusia y al sindicalismo dictatorial que preconizó Peiró, Arin y Piñón, la FAI entraría inmediatamente en lucha con esos tipos de sociedad no para hundirlos en un sentido reaccionario, sino para conseguir de ellos la superación necesaria para implantar el comunismo libertario”.

La dictadura del proletariado esteriliza la revolución

Calla un momento. Hay una pregunta mía. Reflexiona un momento García, y luego, sereno y firme, replica:

“A nosotros no nos gusta prejuzgar sobre incidencias posibles o no del hecho revolucionario, pues entendemos que quienes se valen de hipótesis para sentar teorías dictatoriales no hacen otra cosa que poner de manifiesto las reservas que en el orden ideológico tuvieron siempre”.

“Un hecho revolucionario es siempre violento. Pero la dictadura del proletariado, tal como la entienden los comunistas y los sindicalistas firmantes del manifiesto, no tiene nada que ver con el hecho violento de la revolución, sino que, en resumidas cuentas, se trata de erigir la violencia en una forma práctica de gobierno. Esta dictadura crea, natural y forzosamente, clases y privilegios. Y como precisamente contra esos privilegios y clases se ha hecho la revolución, el movi-

miento ha sido inútil. Y es preciso empezar de nuevo. La dictadura del proletariado esteriliza la revolución y es una pérdida de tiempo y energías.

“La FAI, en sus aspiraciones revolucionarias, no quiere tener en cuenta la revolución rusa. Queremos hacer una revolución de verdad, y esto es el hecho violento que destroza la costra de los pueblos y pone a flote los valores auténticos de una sociedad. Por eso no prejuzgamos el futuro revolucionario español. De hacerlo, tendríamos que afirmar que el comunismo libertario es posible en España, ya que nuestro pueblo es, en potencia, anarquista, aun cuando carece de ideología.

“No hay que olvidar, además, que España y Rusia están situadas en los dos extremos de Europa. Entre ambos países no sólo debe haber diferencias geográficas, sino también psicológicas. Y esto queremos comprobarlo nosotros haciendo una revolución que no tenga ningún parecido con la rusa”.

Los firmantes del manifiesto no creen en la revolución

Vuelve a quedar pensativo García Oliver, y a otra pregunta mía replica, tras corta meditación:

“Los firmantes del manifiesto no han creído nunca en la posibilidad de la revolución española. Han hecho propaganda revolucionaria en épocas lejanas, pero hoy, cuando ha llegado el momento, se ha quebrado en ellos la ficción que mantenían.

“No obstante, los firmantes del manifiesto, al percatarse de que habían sido arrollados por los acontecimientos, hacen ahora afirmaciones revolucionarias, remitiendo la realización del hecho a fechas completamente absurdas de dos y más años, como si eso fuera posible ante la crisis general que la economía burguesa está atravesando. Además, dentro de dos años la revolución sería innecesaria para los trabajadores, porque entre Maura, Galarza y el hambre no dejarán un solo obrero vivo, sin contar con que para aquella fecha, si algún trabajador quedara, estaría oprimido por una dictadura militar, monárquica o republicana, que fatalmente se producirá, visto el fracaso del Parlamento español”.

La CNT no necesita perder tiempo para preparar nada

¿Cuál es entonces la orientación que, según ustedes, debe seguir la Confederación?

“La CNT no necesita perder tiempo y preparar el hecho revolucionario en sus dos aspectos de organización destructiva primero y constructiva después. En la vida colectiva de España, la CNT es lo único sólido existente, pues en un país en que todo está pulverizado, ella representa una realidad nacional que todos los elementos políticos juntos no podrían rebasar. En el orden constructivo revolucionario, la CNT no debe aplazar con ningún pretexto la revolución social, porque todo lo que se puede preparar está ya hecho. Nadie supondrá que después de la revolución las fábricas tengan que funcionar al revés, como tampoco se pretenderá que los campesinos labren cogiendo la esteva con los pies.

“Después del hecho revolucionario, todos los trabajadores tienen que hacer lo mismo que el día anterior al movimiento. Una revolución viene a significar, en el fondo, un nuevo concepto del derecho o hacer eficaz el derecho mismo. Después de la revolución, los obreros deben tener derecho a vivir según sean sus

necesidades, y la sociedad a darles satisfacción de acuerdo con sus posibilidades económicas.

“Para esto no se precisa ninguna preparación. Únicamente se requiere que los revolucionarios de hoy sean sinceros defensores de la clase trabajadora y no pretendan erigirse en tiranuelos, so capa de una dictadura más o menos proletaria”.

Calla García Oliver. Y en sus ojos brilla una fe inquebrantable en el triunfo y una esperanza de que esté próximo ya ⁷⁹.

⁷⁹ *La Tierra*, 3 de octubre de 1931.

CAPÍTULO IX

Dos procesos paradójicos: Alfonso XIII y el Banco de Gijón

Por las declaraciones que hemos dejado expuestas en el capítulo anterior, formuladas por Durruti y García Oliver, y por las contra-declaraciones de Juan Peiró, y sus amigos, era inevitable que la cuestión del manifiesto se planteara en los sindicatos de la CNT, en Cataluña sobre todo. Una de las cosas que más desagradó a los militantes fue la forma utilizada por “Los Treinta” para expresar sus desacuerdos, y la elección del momento, poco oportuno, para distraer energías revolucionarias que la CNT y el anarquismo necesitaban para hacer frente, no sólo a la represión gubernamental, sino incluso a las críticas que se formulaban contra una y otro por socialistas y comunistas. Y a este tenor vale la pena citar una carta escrita por Durruti a su hermano Manolín, que militaba en León en las filas socialistas:

“Cuatro letras para decirte que los compañeros de Sevilla no han hecho el juego a nadie, ni a la burguesía ni a los comunistas. La CNT no admite la tutela de nadie y, por tanto, rechazamos intervenir en movimientos que no sean inspirados por los trabajadores y apadrinados por sus sindicatos. Los movimientos políticos, y sobre todo los comunistas, son dictados por los intereses del Partido, sin tener en cuenta el interés general de los trabajadores. Pero los comunistas van más lejos: todos sus movimientos están ligados a los intereses del Estado soviético. Moscú maneja los partidos comunistas como peones que avanza o hace retroceder según su estrategia política y fines internacionales, ligados siempre a sus “razones de Estado”.

“No hagas caso, pues, de lo que los comunistas puedan decir en *Frente Rojo* (...). La CNT responderá a su debido tiempo a todas las calumnias que se propagan contra ella. Pero hoy por hoy la CNT necesita de todas sus energías en clarificar sus propias posiciones y hacer frente a la vez a la represión que constantemente se ciernen contra sus militantes”⁸⁰.

Para clarificar la situación interna, el Comité Regional de Cataluña de la CNT convocó un Pleno Regional de Sindicatos para el 11 de octubre de 1931. Desde la convocatoria hasta su celebración, las reuniones y asambleas sindicales se sucedieron entre los conflictos huelguísticos llevados a término con la burguesía catalana, explosiones de petardos haciendo volar postes de telégrafos y teléfonos, y enfrentamientos, casi siempre sangrientos, con la policía del Estado central o la autónoma del nuevo poder catalanista.

El día 20 de septiembre, la Federación Local de Barcelona convocó un pleno

80. Carta sin fecha. Pero la situamos en aquel momento histórico por lo que deja entrever su texto. Archivo particular.

de Sindicatos para estudiar el temario del pleno regional. El punto litigioso era la aplicación del acuerdo del Congreso nacional relativo a las Federaciones de Industria. En la discusión de este punto —que fue sumamente acalorada— afloraron todas las discrepancias y, naturalmente, el antagonismo entre las dos tendencias. Los moderados acusaban a “los extremistas” de querer imponer su dictadura a la CNT (la célebre “dictadura de la FAI”), y éstos objetaban a “los moderados” su pretensión de integrar el sindicalismo revolucionario al engranaje del Estado por la vía de la burocratización “industrialista” de la CNT. Una votación resolvió el asunto. Dieciséis sindicatos se pronunciaron a favor de las Federaciones de Industria y tres en contra (Madera, Construcción y Profesiones Liberales). Sin embargo —y con ello se mostraba la fragilidad del acuerdo— de los tres delegados nombrados para representar en el Pleno Regional a los Sindicatos de Barcelona, dos pertenecían a la FAI: Francisco Ascaso y José Canela. El primer efecto de ese nombramiento se demostró al día siguiente, cuando Juan Peiró, sin aguardar la celebración del Pleno Regional, presentó su dimisión como director de *Solidaridad Obrera*.

El 11 de octubre, la platea del Teatro Proyecciones, en la Exposición (Barcelona), estaba repleta de delegados. Los alrededores de la Exposición y la Plaza de España se encontraban fuertemente vigilados por la Guardia de Asalto que, como si quisiera provocar a la gente, pedía constantemente la documentación a cuantos se dirigían hacia el lugar del Pleno. Esta vigilancia policiaca; la importancia de los asuntos a tratar y la ansiedad de los militantes que, penetrando amigos en el teatro temían salir enemigos de él, crearon un conjunto de factores psicológicos que dieron a la reunión, desde sus comienzos, un tono sumamente tenso.

El punto en litigio exigió un debate de cuatro sesiones que consumieron dieciséis horas de vivo apasionamiento. Al final de ellas, aunque el Pleno se sometía al acuerdo nacional sobre Federaciones de Industria, recababa su libertad de aplicación o no del mencionado acuerdo, según la autonomía de que gozaban las Confederaciones regionales y, en ellas, los propios sindicatos.

Si bien este acuerdo de por sí restaba fuerzas al sector moderado, la resolución del Pleno de no confirmar en sus cargos al director de *Solidaridad Obrera* y sus redactores, Sebastián Clarà, Ricardo Fornells y Agustín Gibanel (todos firmantes del manifiesto), les arrancaba de sus manos el poderoso instrumento informativo, poniéndolo a disposición de Felipe Alaiz, de archiconocida tendencia, como él decía: “De la extrema avanzada del anarquismo”.

El mismo Alaiz cuenta de qué manera “el hombre de la prisa”, como él llamaba a Francisco Ascaso, le comunicó su nombramiento:

“Vino una mañana a mi casa de Sants:

“-Tienes que ser el director de *Soli* desde ahora mismo, como profesional y como compañero.

“A mí me parecía Ascaso un militante de la prisa.

“-Te han elegido los sindicatos de Cataluña. Tienes más votos que Macià.

“Llegó luego García Oliver a mi casa. Ya no estaba Ascaso, y me fui con García al Pleno de Proyecciones (es decir, se celebraba en el Teatro Proyecciones,

en la Exposición), donde se decidió el asunto, resultando que yo era en votos medio millonario o algo así.

“Tomé aquel día café con Ascaso en La Tranquilidad, el café mas intranquilo del Paralelo y de Cataluña”⁸¹.

La Tranquilidad era, efectivamente, un café situado en plena Brecha de San Pablo, en el Paralelo, cuyo dueño, llamado Martí, era un simpatizante del anarquismo militante. En ese café se reunían preferentemente “los faístas” o simpatizantes de la FAI. En oposición a La Tranquilidad estaba el café Pay-Pay, casi junto a la Brecha, pero éste, en la calle de San Pablo, donde se reunían los militantes sindicalistas que, aunque coincidentes con la FAI, animaban lo que se llamaba “los grupos confederales”, grupos también de acción sindicalista que constituían el escudo defensivo y clandestino de la CNT. Por las razones expuestas, la policía solía de vez en cuando visitar dichos cafés, deteniendo a todos los presentes bajo pretexto de identificación. Y siempre, de los detenidos, quedaban retenidos quienes la policía les tenía el ojo echado, suponiéndoles autores de sabotajes u otras infracciones de tipo social que el código burgués define con el término de “actos delictivos”. No obstante, a pesar de esas constantes *razzias* policíacas, los mencionados cafés seguían permanentemente concurridos.

En La Tranquilidad fue donde Durruti, al principio de proclamarse la República, se citó con el escritor ruso Ilya Ehrenburg, cuando éste, de visita por Barcelona, quiso charlar con aquél. Allí, en medio de tantos conocidos militantes, Ehrenburg quiso demostrar a Durruti la superioridad del bolchevismo sobre el anarquismo, pero el escritor ruso salió, como se dice popularmente, “trasquilado”, por las respuestas brutales de Durruti, quien le recordó, entre otras cosas, que cuando se encontraba con una Europa de puertas cerradas, la Unión Soviética, “la patria del proletariado”, también le dio con la puerta en las narices...

Cuando Alaiz llegó a La Tranquilidad con García Oliver, hacía ya un buen rato que Durruti y Ascaso se encontraban allí, entretenidos en comentar las novedades que aquél tenía de León. Su hermana Rosa le había comunicado que la policía en León se había presentado a su casa a buscarle. Según ella, se debía a que en el *Boletín Oficial* había aparecido una orden de “busca y captura” de Durruti y “el Toto”⁸².

Cuando los recién llegados les anunciaron los resultados del Pleno, en el que se nombraba a Alaiz director de *Solidaridad Obrera*, Durruti les dijo:

“Vuestra novedad no es novedad, pero la mía sí. Según parece, se me busca a mí y al Toto para condenarnos por el atraco del Banco de Gijón.

81. *Umbral*, 19 de julio de 1938. Artículo de Felipe Alaiz, “Ascaso frente a Atarazanas. Una vida corta, pero llena”.

82. Poseemos una carta de Durruti enviada a sus familiares (26-10-1931), en la cual hace referencia a este asunto. Entre otras cosas, dice: “No comprendo lo que me quieres decir, porque eso de que me presente con “el Toto” en Gijón no lo entiendo. Lo que debes hacer es enviarme el Boletín Oficial lo antes posible, o que Monroi se entere bien de ese asunto y que me lo explique”. Archivo particular.

“-Y si es solamente por eso, podrás darte por satisfecho —le respondió Alaiz—, pero yo creo que la cosa no quedará ahí, y os condenarán, además, por el intento de secuestro de Alfonso XIII.

“-¿Y por qué no también del atentado al cardenal Soldevila, maño? —le contestó Ascaso”⁸³.

En el fondo, Alaiz no iba muy desencaminado.

A medida que la fracción extremista de la CNT iba ganando terreno y disminuyendo la influencia de los moderados (el Pleno Regional del 11 de octubre era una prueba palpable de ello), la prensa burguesa arreció contra los tres mayores enemigos con que contaba la República: Durruti, Ascaso y García Oliver, quienes fueron tachados, además, de atracadores y bandidos, de “auténticos enemigos públicos”. La prensa catalanista se entregó a fondo motejando de “murcianos” a los militantes de la FAI. El objetivo era exasperar a la opinión pública contra “la terrorífica FAI”, pero dicha propaganda, en vez de disminuir la influencia de la CNT, la aumentó considerablemente, tal como se puso de manifiesto inmediatamente después de la detención de Francisco Ascaso, cuando sus compañeros de trabajo se pusieron en huelga para exigir su libertad.

El 13 de octubre, apenas Felipe Alaiz, asistido de Liberto Callejas, se hizo cargo de la *Soli*, tuvo que organizar una campaña en favor de Ascaso, a quien según el propio Alaiz, la policía acusaba a la par que le propinaba una descomunal paliza por “haber matado a Alejandro Magno”⁸⁴.

Para denunciar la detención de Ascaso el Comité Regional de la CNT de Cataluña organizó mítines de información en toda la región. Durruti era uno de los oradores, y su temática era siempre la misma: “Estamos viviendo igual que cuando vivíamos en plena Dictadura. Nada ha cambiado: la misma burocracia, los mismos jefes militares, la misma policía y, por tanto, la misma represión, ahora ejercida por una policía integrada por socialistas. Hablo de la Guardia de Asalto... Ante esta situación no valen lamentaciones; hay que reaccionar y pronto para demostrar a los gobernantes nuestro desacuerdo y la muerte de la esperanza republicana. La clase obrera, a la altura que hemos llegado, tiene la obligación —si no quiere negarse a sí misma— de buscar su salud fuera de las marrullerías políticas y de sus partidos, escuela burocrática del poder. La política de la clase obrera no tiene más parlamento que la calle, la fábrica, los lugares de producción, ni más camino que la revolución social a la que sólo puede llegarse por una constante lucha revolucionaria”⁸⁵.

Como consecuencia de una de sus intervenciones en los mítines que se celebraban en favor de Ascaso, y en la que se denunciaba la política represiva contra la clase obrera que desarrollaba el Gobierno republicano, Durruti fue procesado por el delito de “ultrajes a la autoridad”. La prensa se hizo eco del acto procesal, y

83. Anécdota contada por Felipe Alaiz al autor, hablando de la vida de Durruti y Ascaso.

84. *Umbral*, artículo citado de Alaiz.

85. Alejandro Gilabert, *op. cit.*

dio la noticia de su detención cuando en realidad la cosa no había ido más allá de un trámite burocrático de “enterado”. Pero la noticia inquietó a Durruti, pensando en el mal rato que habría de pasar su madre al enterarse de ella. Y se apresuró a enviar unas líneas tranquilizadoras, a la vez que contestaba una carta en la que la familia le aconsejaba que abandonara la lucha y se retirara a León. No era la primera vez que Durruti recibía cartas de esta índole, pues ya lo hemos visto preso en París escribiendo a su hermano Pedro sobre dicho asunto. En esta ocasión, aunque la respuesta de Durruti es similar a las dadas en otras ocasiones, no obstante, merece ser reproducida porque aporta elementos biográficos interesantes:

“Creo habréis leído en *La Tierra*, de Madrid, mi detención. No sé quién habrá comunicado esa noticia, pero es el caso que a mí nadie me ha molestado. Hago la vida de todos los días. No he dejado de trabajar un solo momento, y acudo, como de costumbre, a los Sindicatos...

“Al que han detenido es a Ascaso, pero esperamos que salga un día de éstos... El motivo de su detención obedece a que se le encontró en compañía de personas que eran buscadas por la policía, y ésta resolvió detenerles a todos. Pero, os insisto, que la cosa no es grave.

“Ahora hablemos referente a la carta que me ha escrito Perico, y en la cual, según él, expresa el sentimiento de todos vosotros.

“Perico, en su carta, me aconseja que abandone la vida que llevo y que vuelva a León, para entrar de nuevo a trabajar en el Depósito de Máquinas. Una de sus razones es la gravedad de la crisis económica que se avecina, y de la que yo seré el primero en sufrir sus consecuencias; otra razón es que debo abandonar la vida de luchador, es decir, que, según él, cada cual “saque sus castañas del fuego...”.

“Yo no tomo a mal esos consejos, porque sé que ellos obedecen al cariño que me tenéis y al deseo de tenerme a vuestro lado. Pero lo que no comprenderéis nunca es por qué yo soy diferente a todos los hermanos. En los días que estuve en casa, creo que sin forzaros mucho la inteligencia, os habréis dado cuenta de que entre nosotros existe una distancia enorme en la forma de pensar y en la forma de ser.

“...Desde mi tierna edad, lo primero que vi fue el sufrimiento. Y si de niño no pude rebelarme fue porque entonces yo era un ser inconsciente. Pero toda aquella vida de inconsciencia dejó grabada en mi memoria las penas de mis abuelos y los dolores de mis padres. ¡Cuántas veces vi llorar a nuestra madre porque no podía darnos el pan que le pedíamos! Y, sin embargo, nuestro padre trabajaba sin descansar un minuto. Si nuestro padre trabajaba, ¿por qué razón no podíamos comer nosotros el pan que necesitábamos? Esa fue la primera pregunta que encontró la respuesta en la injusticia social. Y como hoy, treinta años después, aquella misma injusticia sigue existiendo no veo la razón para que, consciente de ello, yo deje de luchar para abolirla.

“Luego, no quiero recordaros las fatigas que pasaron nuestros padres hasta que, empezando a ser mayores, y cuando ya podíamos ser útiles a la familia, hubimos de ir a servir a la llamada patria. El primero fue Santiago. Aún recuerdo los llantos de la madre. Pero lo que mayormente quedó grabado en mi memoria fueron las palabras de nuestro enfermo abuelo que, imposibilitado y sentado junto al brasero, se daba puñetazos en las piernas de rabia al ver que su nieto tenía que ir a

Marruecos, mientras que los hijos de los ricos compraban al hijo de un trabajador para que ocupara su plaza en Africa...

"...¿Os dais cuenta por qué yo seguiré luchando mientras existan esas injusticias sociales?"⁸⁶.

Dominado como se encontraba Durruti por la pasión revolucionaria, apenas se daba cuenta de que Emilienne se hallaba a dos pasos de ser madre. A primeros de diciembre de 1931 hubo de entrar en la Maternidad, donde el día 4 venía al mundo una chiquilla que, con el correr del tiempo, sus ojos recordarían siempre la mirada de Durruti. A esa niña se la dio el nombre de Colette, seguramente por deseo expreso de Mimi. Dichø nacimiento impresionó fuertemente a Durruti, que no ocultó su satisfacción a su hermana Rosa:

"Mimi está loca de contenta con su niña y se encuentra bastante bien... Te mandamos un poco de pelo de la niña. Es morena, como tú. Todos los amigos dicen que es muy guapa... Te invito a venir a pasar unos días a Barcelona, que te gustará mucho. Aquí tengo muchos amigos y algunos de ellos en la cárcel, pero saldrán en libertad un día de éstos. Yo tengo mucho trabajo, pues organizamos grandes mítines en pro de los presos".

En esta carta hay un párrafo en el que Durruti escribe:

"Os comunico que ayer cobré 2.600 pesetas como indemnización al despido del que fui objeto por parte de la Dirección de la Compañía Ferroviaria, en ocasión de la huelga general de agosto de 1917. Este dinero nos ha venido muy bien. Ayer mismo salió Mimi por primera vez (después del parto) y, en compañía de unas amigas, compró un sinfín de cosas que hacían falta y todo lo necesario para Colette.

"Referente a las cien pesetas que me dices en tu carta que vas a enviar, si aún no lo has hecho, no las envíes, pues ahora no me hacen falta..."⁸⁷.

Esta carta que citamos lleva fecha del 8 de diciembre de 1931. La República se había proclamado el 14 de abril, es decir, había sido necesario esperar ocho meses para que comenzaran a aplicarse las medidas que formaban parte del decreto de amnistía... ¡Así iban de lentas las cosas!

Unos días después de la carta que acabamos de transcribir, Durruti escribió de nuevo a su familia, acusándole recibo de 100 pesetas. Y habla de Colette:

"Empieza a reírse. Es el encanto de todos los amigos. Mimi está muy bien y cuida a Colette como a una princesa. Tiene mucha leche y buen apetito (...). Hemos comprado un sinfín de cosas: armario, *buffet*, colchón, mantas, sábanas, cuna, zapatos... Bueno, muchas cosas (...). Hoy no he ido a trabajar porque han salido de la cárcel todos los amigos, entre ellos Ascaso. Estos últimos días he estado muy ocupado en conseguir la libertad de todos los presos. He armado un escándalo terrible en toda Barcelona. Me parece que no escaparé sin pasar por la cárcel.

"El asunto del Boletín de Asturias no os debe de preocupar, pues he tenido carta de Oviedo y me dicen que no es nada (...). Rosita, animate a venir a

86. Carta del 31 de octubre de 1931. Archivo particular.

87. *Idem*, 8 de diciembre de 1931.

Barcelona... Te prepararé un cama, pues ahora ya tenemos colchón”.

Mimi incluye unas líneas:

“Mi querida Colette duerme en mis brazos; no me canso de mirarla...”⁸⁸.

La referencia que hace Durruti en su carta sobre su posible ingreso a presidio se confirmó a medias, a los pocos días, durante un mitin que se había organizado en Gerona y en el que él debía intervenir. Cuando llegó a la estación de ferrocarril de esa ciudad, y al apearse del tren, la policía, que le esperaba en el andén, le detuvo, conduciéndole a la Comisaría de Policía, donde se vio acusar por un inspector “de haber preparado en París un atentado contra Alfonso XIII”. Durruti comprendió que aquella farsa no tenía más objeto que retenerle unas horas e impedir con ello que hablase en el mitin. Previno al inspector diciéndole que la farsa en cuestión podía costarle cara, porque no creía que los obreros se tragasen eso del atentado a un rey depuesto y condenado por la República... Mientras Durruti discutía con el inspector, éste recibió una llamada telefónica del gobernador civil, dándole órdenes de poner en libertad al detenido. El inspector se excusó y Durruti salió libre de la Comisaría, pero esa libertad no había sido obra del “buen corazón” del gobernador, sino exigida por una comisión de obreros que, al enterarse de la detención del orador, se personó ante el Gobierno Civil y exigió explicaciones sobre ella. El gobernador no quiso hacer el ridículo de tener que anunciar que era motivada por lo del atentado al rey depuesto, y les dijo que era una simple verificación de identidad, pero que saldría inmediatamente en libertad y podría celebrarse el mitin.

En los temas utilizados por Durruti en sus discursos no faltaban nunca argumentos para arremeter contra la política que seguía la República, pero en el mitin de Gerona fueron las mismas autoridades quienes le ofrecieron un tema excelente con motivo de su detención: “Si faltaba una prueba más para convencerse de que seguimos viviendo bajo la Monarquía, nuestro gobernador civil os la ha ofrecido y bien grande, intentando detenerme por mi actuación revolucionaria encaminada a suprimir de España al más nefasto de sus reyes...”. El delegado gubernativo tuvo que tragar bilis en esta ocasión y aguantar las ovaciones y los vivas subversivos de los trabajadores de Gerona.

De vuelta a Barcelona, Durruti no quiso privarse del placer de contarle a su hermana la broma que le había gastado el gobernador civil de Gerona: “Ves, Rosita, cómo mi instinto no me engañaba. Las autoridades republicanas han querido detenerme por haber conspirado contra la Monarquía. ¡Mayor extravagancia ya no cabe imaginar...! Pero, pasemos a las cosas serias: esta vez es de verdad que salimos para León, Mimi, Colette y tu ingrato hermano”⁸⁹.

Desde agosto de 1917 Durruti no había puesto libremente los pies en León. En este mes de diciembre de 1931 hacía, pues, catorce años que no veía a su familia ni conversaba libremente con sus amigos, compañeros de juegos y militantes ahora del anarquismo y de la CNT.

88. *Idem*, 14 de diciembre de 1931.

89. *Idem*, 16 de diciembre de 1931.

Pero este viaje no era para Durruti un viaje de placer, sino más bien de dura tristeza. Su hermana le había comunicado “que su padre se encontraba enfermo de gravedad, y que hiciera un esfuerzo por acudir a su lado para darle la satisfacción de verle antes de que fuera tarde”. Su hermana tenía razón, pues el padre de Durruti murió mientras éste viajaba hacia León.

El entierro del viejo Santiago Durruti constituyó una importante manifestación obrera. La UGT y la CNT quisieron hacer de este entierro no sólo una prueba de reconocimiento al viejo socialista, sino también una manifestación de adhesión y solidaridad para con su hijo, “maldecido por la Iglesia y la burguesía leonesa”.

Terminado el entierro, los sindicatos de la CNT propusieron a Durruti que prolongara unos días su estancia en León, a fin de poder organizar un mitin, que se realizaría en la Plaza de Toros de dicha ciudad.

La foto que poseemos de este mitin nos presenta un Durruti bien vestido, lo cual fue obra de su familia que, como dirán siempre Rosita y Anastasia: “Mi hijo maneja millones, pero yo tengo que vestirle de pies a cabeza cuando viene a León y pagarle el viaje de vuelta”.

La CNT de León quiso hacer un mitin a lo grande, por lo tanto invitó a toda la cuenca minera de la provincia. El caciquismo local y los jerarcas de la Iglesia presionaron al comandante de la Guardia Civil, a fin de que buscara cualquier pretexto para impedir aquella demostración obrera. El pretexto que encontró el comandante fue inculpar a Durruti por el atraco al Banco de Gijón y bajo tal acusación se preparaba para enviarle escoltado a Oviedo.

Durruti estaba ya acostumbrado a que se le culpaba de delitos, y después de lo de Gerona ya nada le sorprendía en esa materia. Al oír al comandante, Durruti se le quedó mirando muy fijamente y le dijo:

“¿Sabe usted en qué se gastó ese dinero?: ¡En traerles la República a ustedes en bandeja! No le parece a usted, comandante, que es mejor que dejemos las cosas tal como están y que yo hable mañana en la Plaza de Toros... a menos que usted prefiera una buena asonada en León”⁹⁰.

Como se preveía, al día siguiente la Plaza de Toros de León estaba archiarena, pues no era solamente de la provincia leonesa que había acudido la masa obrera, sino de los contornos de Galicia, de Gijón e incluso de Valladolid. El mitin fue presidido por el secretario local de la CNT, Laureano Tejerina. Durruti era el único orador y hablaba en su León, a gente que él conocía. Aquel mitin no podía ser un mitin cualquiera, sino era algo más, una amplia conversación en un medio tumultuoso. Durruti se esmeró para no utilizar frases grandilocuentes, manteniendo siempre un tono sereno y reflexivo. “En términos sencillos, pero apoyando cada una de sus afirmaciones con un gesto enérgico, hizo el proceso de la incapacidad de la República, exponiendo las razones de esa incapacidad para resolver los problemas sociales y políticos del país. Después de su exposición razonada, señaló que se estaba viviendo en España un período pre-revolucionario, que la revolución se

⁹⁰. Un vecino de León que en 1969 vivía en Madrid y que prefería guardar su anonimato, nos contó la citada anécdota.

estaba gestando en las entrañas del mundo del trabajo, y que el día que esa revolución estallara no sería un motín, una algarada, sino una auténtica y profunda revolución, bajo la que caería todo el orden burgués, religioso, estatal y capitalista, y que de esa liquidación y destrucción total, la clase obrera y campesina haría brotar un mundo nuevo, sin privilegiados ni parásitos, que garantizaría el pan y la libertad para todos, porque el pan sin libertad era tiranía, y la libertad sin pan era una falsedad. Pero, señaló, para que esta revolución sea una realidad, es necesario que todos, absolutamente todos los trabajadores, busquen por la unidad de acción el verdadero sentido de clase, y que todas sus actividades las orienten a un sólo objetivo, el único que le es permitido a la clase obrera explotada: romper las cadenas de su esclavitud para sentirse dignificados en la libertad. Y no olvidéis que ninguna revolución puede hacerse en la esclavitud, sino en la libertad y con la libertad. ¡Adelante, pues, por la revolución libertadora, siempre adelante por la revolución social, permanente y nunca terminada!”⁹¹.

Este entusiasmo que desbordó a Durruti, y contagió al pueblo de León, no era una cosa nueva en él. Desde siempre había sido un optimista. Su fe en la revolución casi era religiosa. Para él la revolución era un acto inevitable y al que se arriaría ineludiblemente; pero debía llegarse a ella preparándose a través de una lucha cotidiana que fuera dando contornos al hombre nuevo. Un testimonio sobre el optimismo revolucionario de Durruti nos lo refiere uno de sus amigos, Pablo Portas, recordando los momentos críticos que la CNT vivía, después de la insurrección del 8 de diciembre de 1933. En aquellos difíciles días, en que las cárceles estaban repletas de trabajadores, en que la CNT y el anarquismo se encontraban duramente perseguidos, Durruti exponía a Portas “que a la revolución había que concebirla como un largo proceso jalonado de avances y retrocesos, y que los militantes no debían dejarse abatir en situaciones de depresión general (...). En esas circunstancias era preciso tomar fuerzas, extraer lecciones del pasado y prepararse para atacar mejor en el momento oportuno. Porque -afirmaba Durruti- veréis como, a medida que las cosas vayan empeorando, la clase obrera terminará por sacudir el miedo y ocupará el lugar que le corresponde. Lo que es preciso es que, mientras tanto, sepamos mantenernos en la brecha y no ceder, por pesimismo, en nuestra lucha... Ya sé, ya sé que, mientras tanto, van cayendo uno a uno nuestros mejores compañeros y amigos, pero esas caídas son lógicas, necesarias, sin ellas no hay cosechas, son a la revolución como el sol y el agua a las plantas...”.

“Muchos compañeros pensábamos que Durruti era un fanático de la revolución —termina Portas—, y es que por donde mirásemos no veíamos otra cosa que compañeros acorralados como fieras salvajes por la represión, y, la mayoría de la clase obrera, sin preocuparse lo más mínimo por esa sangría anarquista, que llenaba los campos de fútbol o las plazas de toros...”⁹².

91. *Solidaridad Obrera*, 23 de diciembre de 1931.

92. *Sembrador*, Periódico libertario editado en Puigcerdá (Gerona), 22 de noviembre de 1936. Artículo de Pablo Portas.

La insurrección del Alto Llobregat

Mientras la situación social se deterioraba de más en más, diputados y ministros, encerrados en las Cortes, continuaban la tarea de dar a la Segunda República una Constitución.

La discusión del artículo 26, relativo a la separación de la Iglesia del Estado y la limitación de las actividades de aquélla en la vida pública española, rompió la unidad política del Gobierno, siendo aprobado dicho artículo el día 13 de octubre por 178 votos, contra 59 y la abstención de los Radical-Socialistas, que eran partidarios de un texto aún más duro. Miguel Maura y Alcalá Zamora consideraron traicionado el espíritu del “Pacto de San Sebastián”, y presentaron la dimisión de sus cargos en el Gobierno. La posición de los dimisionarios era irrevocable. Socialistas y republicanos superaron la crisis, formando un nuevo Gobierno, sin representantes de la derecha. Manuel Azaña continuó conservando la cartera del Ministerio de la Guerra y suplió a Alcalá Zamora en las funciones de Primer Ministro. Santiago Casares Quiroga sustituyó a Maura en el Ministerio de Gobernación. De este reajuste ministerial, en el que entraba en Marina otro hombre del partido de Azaña, José Giral, salía un Gobierno de signo republicano-socialista que podía gobernar sin el obstáculo de los representantes de la alta burguesía y de la Iglesia. En tales condiciones, nada impedía al Gobierno poner en práctica una política audaz, aportando soluciones a los urgentes problemas como el del paro obrero y la Reforma Agraria. Por lo menos, era eso lo que el pueblo esperaba. Sin embargo, una vez más, los gobernantes republicanos defraudaron las esperanzas de la clase obrera y campesina. En vez de abordar tales problemas, agravaron más la situación social votando el día 20 de octubre la Ley de la Defensa de la República. En materia de atribuciones reforzaban considerablemente la autoridad del Ministerio de Gobernación, tanto, que Miguel Maura, desde su puesto de diputado, exclamó: “Así da gusto ser ministro de Gobernación!”

El 9 de diciembre de 1931, las Cortes llegaron a lo más incongruente que podía llegarse, al votar por 362 votos a Alcalá Zamora como presidente de la República. Y Alcalá Zamora, que había dimitido por no estar de acuerdo con el artículo 26, llevó su contradicción al máximo aceptando ser fiel guardián de la mencionada Constitución.

El día 11 de diciembre, el presidente de la República juró ante las Cortes fidelidad al cargo que se le confiaba. Para dar solemnidad al acto, se declaró ese día fiesta nacional en franca contradicción también con la situación que se vivía en la calle: en Zaragoza había huelga general; en la zona minera asturiana el malestar obrero era tan grande que los huelguistas ocupaban las fábricas, siendo desa-

lojados por la Guardia Civil, y no pacíficamente, ya que dicho día en Gijón hubo un muerto y once heridos por bala.

El 31 de diciembre se produjeron los hechos de Castilblanco, pequeño pueblo de la provincia de Badajoz. Los campesinos de esa localidad mantenían una huelga desde hacía ya varias semanas. Casares Quiroga ordenó a la Guardia Civil imponer el orden en la citada zona. La entrada de la Guardia Civil en Castilblanco conmocionó a los campesinos, y considerando éstos que la mejor defensa era el ataque, rodearon el cuartelillo de los Civiles y les dieron muerte. La respuesta de la Benemérita no se hizo esperar, y desencadenó una represión en diversos pueblos campesinos tales como Almarcha, Jeresa, Calzada de Calatrava, Puertollano y Arnedo, en donde, sólo en esta última localidad, dejaron en el suelo seis muertos y más de 30 heridos, al dispersar una manifestación campesina que pedía pan y trabajo. *Tierra y Libertad*, el órgano de la FAI, titulaba de esta manera a toda página el suceso: "España está secuestrada por la Guardia Civil", e insertaba documentos gráficos de los hechos.

Cataluña se veía aún en peores condiciones que el resto de España. En la cuenca del Alto Llobregat y Cardoner, después de junio de 1931, la condición de los mineros empleados en las minas de potasa había empeorado muchísimo. La empresa era inglesa y trataba a los mineros como colonos. La Guardia Civil, a las órdenes de la compañía minera, practicaba detenciones de entre los considerados más díscolos. Los sindicatos eran asaltados. Se prohibía la venta de la prensa obrera y se cacheaba por cualquier motivo a los trabajadores en la calle. La población obrera, mayormente compuesta por emigrantes de la zona minera de Cartagena, estaba llegando ya al límite de su resistencia: unos manifestaban deseos de retornar a sus lugares de origen, y otros aspiraban lanzarse por las vías de la violencia. Los militantes de la CNT y del anarquismo celebraron una reunión para establecer un plan que canalizase el descontento obrero, de modo que se tradujera en actos de afirmación proletaria que levantaran el espíritu combativo de los trabajadores, fortificándoles en la razón de su fuerza y en su capacidad revolucionaria. La idea de insurrección y proclamación del Comunismo Libertario fue abriéndose camino. Y se pensó en preceder dicho acto con una agitación propagandística oral como medio de preparación de los espíritus a la realización de tal proyecto. La campaña de agitación la iniciaron a primeros de 1932 Vicente Pérez, "Combina", Arturo Parera y Buenaventura Durruti. En el mitin de Sallent, Durruti fue verdaderamente explosivo: "Dijo a los trabajadores que era necesario reemprender la revolución que habían dejado en suspenso los republicanos y socialistas; que la democracia burguesa había fracasado; que la emancipación total de la clase obrera solamente podría conseguirse mediante la expropiación de la riqueza social que detentaba la burguesía y suprimiendo el Estado. Aconsejó a los mineros de Fígols que se prepararan para la lucha final, y les enseñó la manera de fabricar bombas con botes de hojalata y dinamita"⁹³.

93 Alejandro Gilabert, *op. cit.*

Este tono agresivo de Durruti correspondía a la temática del momento. Felipe Alaiz, desde la cárcel de Barcelona preconizaba la revuelta en artículos que enviaba a *Tierra y Libertad*:

“No es tiempo ya de empuñar las plumas en este país que sabe estremecerse tan sólo ante grandes titulares, pero carece de capacidad para reaccionar adecuadamente contra la afrenta pública.

“No, no es tiempo de lanzar protestas retóricas, ni de suscribir vibrantes manifestaciones. Se ha dicho todo ya de sobra, y se ha dicho también que el pueblo que tolera el ultraje lo merece.”

“Los convencionalismos llegan a extremos tan trágicos como suponer que en España se incubaba una dictadura, cuando ésta actúa, y en pleno vigor incontestado, hace bastantes semanas, mediante la iniciativa de socialistas y republicanos. ¿Qué esperan de los socialistas quienes llevan quince o veinte años tratándolos, mercedamente, de traidores? ¿Y qué esperan de los republicanos unos cuantos paparratas que levantan los brazos anunciando “ahora” la bancarrota de la democracia, que fue siempre un veneno, un látigo y una mordaza?

“Nunca el pueblo español fue tan dócil como ahora, y nunca se le ha masacrado como ahora. La moraleja de estos hechos no es preciso que la enunciemos siquiera; pero cabe decir que, si no se reacciona de verdad contra la ignominia de carecer hasta de las libertades más elementales y del derecho a la vida, si la docilidad sigue disfrazándose de palabras, que son hojas al viento, en vez de arremeter briosamente contra el origen del mal, aunque fuera sin hablar y sin escribir, seguiremos amontonando almacenes de humo y aspirando a una hoja en el martirologio, pero no seremos anarquistas”⁹⁴.

Unos días después de la celebración del mitin de Sallent, estallaba en toda la cuenca minera del Alto Llobregat y del Cardoner un movimiento revolucionario que proclamaba en los pueblos el Comunismo Libertario (18 de enero de 1932), extendiéndose dicho movimiento hasta Manresa, donde llegaron obreros armados para apoderarse de la población y proclamar también la abolición del dinero, la propiedad privada y la autoridad estatal. El chispazo revolucionario partió de Figols, y Figols fue también el último de los pueblos en rendirse a las fuerzas del Ejército. El pueblo estuvo en manos de los revolucionarios durante cinco días, viviéndose en comunismo libertario. El corresponsal que el periódico *La Tierra* envió a aquel lugar escribió lo siguiente:

“En la cuenca minera, donde el movimiento ha triunfado, trabajan hombres de todas las procedencias. Pero hombres todos que siempre sintieron sobre sí el peso de una explotación, y contra cuyas reclamaciones —por justas que fuesen— se alzó siempre el andamiaje de un régimen que negaba a los obreros el derecho a la vida. Revolucionarios todos, sindicalistas en gran parte, los trabajadores que se lanzaron a la pelea eran eternos rebeldes, perennemente perseguidos por todas las injusticias, que conocían la mina y la cárcel, el barco y la Guardia Civil.

LR

94. *Tierra y Libertad*, 16 de enero de 1931. Artículo de Felipe Alaiz titulado “Hojas al viento”

“Parecía lógico que esos hombres, en el momento del triunfo, cuando creyeron definitivamente derrocado el régimen burgués, vengaran sangrientamente lustros enteros de opresión; que impulsados por el odio se lanzaran sobre los representantes del Estado —guardias, jueces, curas, etc.— y los despedazaran sin compasión.

“Pero aquellos hombres —seres idealistas y generosos—, una vez triunfantes, proclamada la revolución social, no pensaron en lavar viejas afrentas: no quisieron derramar sangre, no se preocuparon siquiera de humillar a quienes tantas veces les humillaran. Se apoderaron de las armas, para impedir el ataque del adversario; establecieron vigilantes para no ser sorprendidos, y dejando a todo el mundo en absoluta libertad, continuaron trabajando lo mismo que la víspera, sin figurarse, un solo instante, que el triunfo de la revolución habría de liberarles de la penosa tarea de arrancar carbón de las entrañas de la tierra.

“Y esto lo hacían los anarquistas, hombres al margen de todas las leyes, tratados constantemente de asesinos, ladrones y malhechores profesionales. Y a su frente, enseñándoles con el ejemplo, estaban los jefes de la rebelión, los revolucionarios que —según los Muñoz Seca, de la Piesa, del Parlamento y hasta del Gobierno— sólo se lanzan a los movimientos, impulsados por motivos inconfesables, para satisfacer los más turbios apetitos.

“En Sallent, Súria, Berga, Fígols y Cardona, los revolucionarios fueron dueños de la situación durante unos días. Y en ningún sitio hubo robos, asesinatos ni violaciones. No hay un solo muerto que señale la crueldad en los eternamente perseguidos; un robo que demuestre deseo de lucro; una violación que marcara ansias de satisfacer bajos apetitos.

“En todos los pueblos se da el mismo espectáculo. Los trabajadores saludan con alboroto el triunfo de la revolución social. Se incautan de los Ayuntamientos, izan banderas negras o rojas, anulan el dinero, compran por medio de vales. Pero en ningún sitio se comete un saqueo o desmán; ni en una sola aldea creen los trabajadores que el éxito ha de liberarles de la dura faena cotidiana...

“Así pensaron y actuaron los revolucionarios del Cardoner y del Llobregat (...).

“Y por eso el movimiento alcanza su plena significación. Por primera vez el Comunismo Libertario ha sido realidad plena y viva. Y en todos los sitios las ideas generosas, nobles y cordiales del anarquismo utópico han brillado deslumbradamente, por encima de odios, rencores y luchas.

“Tiene lo ocurrido en esos pueblos tan capital importancia, ha de influir tan decididamente en la marcha de la revolución española, que merece ser estudiado y reflexionado, como fenómeno sociológico, muy detenidamente por nuestros intelectuales, gobernantes y políticos, porque para los obreros no cabe ninguna duda, sabrán extraer positivas lecciones de sus hermanos los mineros de Sallent y Fígols...”⁹⁵

95. *Tierra y Libertad*, del 6 de febrero de 1931, reproduce este texto escrito por Eduardo de Guzmán y publicado en *La Tierra*, de Madrid

¿Cómo reaccionó el Gobierno ante ese levantamiento obrero incruento? Manuel Azaña, Jefe del Gobierno, habló ante la Cámara de Diputados de que se trataba de un movimiento revolucionario, cuyos hilos de dirección se encontraban en el extranjero, y que era preciso, urgente, aplastarlo inmediatamente. Y solicitó un voto de confianza de la Cámara, que se le otorgó.

Azaña dio órdenes draconianas al Capitán General de Cataluña de aplastar el movimiento inmediatamente. Las tropas ocuparon primero Manresa y luego, tras tres días de lucha, con la rendición de Fígols, pacificó la cuenca minera.

El sueño comunista libertario había durado apenas una semana, y los soñadores, aquellos que no pagaron con sus vidas defendiendo la revolución, fueron encarcelados o deportados a la Guinea española.

La contrarrevolución hizo suya la ocasión, y la Ley de Defensa de la República fue aplicada con todo rigor. Los gobernadores de Barcelona, Valencia, Sevilla y Cádiz recibieron órdenes de efectuar una *razzia* entre los medios anarquistas, que cogiera en su red a todos los elementos más significativos por su acción sindical, propagandística o intelectual de la CNT y de la FAI.

La caza del hombre empezó el 20 de enero, iniciándose en Barcelona al amanecer, con el cerco y asalto a los domicilios de las personas ya señaladas. Uno de los primeros detenidos fue el profesor libertario Tomás Cano Ruiz: "Detenido e incomunicado en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía, pronto pude apreciar que se trataba de una *razzia* a lo Martínez Anido"⁹⁶.

Los calabozos se poblaron de sospechosos que, pasados por el tamiz, quedaban fácilmente seleccionados: o para el barco o para la cárcel.

Los hermanos Ascaso (Francisco y Domingo) fueron detenidos hacia el mediodía del día 21, y, por la mañana, había sido detenido Durruti. En la tarde del día 22, todos los seleccionados para la deportación fueron transferidos al puerto y embarcados en el *Buenos Aires*, vapor que la Compañía Transatlántica había puesto gratuitamente a disposición del Gobierno.

El cañonero *Cánovas* maniobró sus cañones mientras se operaba el embarque. Sobre el *Buenos Aires* los marineros, dedo en el gatillo del fusil, vigilaban a los detenidos que eran dirigidos hacia la bodega del barco. En la cala no había paja, mantas ni nada que pudiera servir o representar remotamente abrigo o cama. Constantemente vigilados en la misma bodega, los detenidos no tenían otra libertad que airearse por los tragaluzes del barco. Poca agua, escasa alimentación, aquel cargamento evocaba el tráfico de esclavos. La República se había convertido en negrera. A estas difíciles condiciones de existencia, se agregaba la prohibición de recibir visitas, paquetes de comida o correspondencia. Así habrían de vivir los detenidos hasta el 11 de febrero, en que el *Buenos Aires*, obediendo órdenes del Gobierno, llevaría anclas en dirección desconocida...

96. Tomás Cano Ruiz, uno de los fundadores de la FAI en 1927. Comunicación hecha al autor, junto con el relato del viaje a la Guinea española

CAPÍTULO XI

El vapor «Buenos Aires»

Pasados los primeros efectos de la redada del día 20 de enero, los militantes que habían logrado zafarse de ella, entre ellos Ortiz, Sanz y García Oliver, tuvieron un rápido cambio de impresiones y convinieron en presionar en sus respectivos sindicatos, a fin de movilizar al Comité Nacional de la CNT para que declarase la huelga general en toda España, única medida con la que se pensaba poder presionar al Gobierno para que éste no llevara adelante su propósito de deportación.

El Sindicato Fabril y Textil celebró una reunión de urgencia y resolvió pronunciarse por la huelga general, delegando a García Oliver para que en aquella situación crítica representara al Sindicato en la Plenaria del Comité Nacional, radicado en Barcelona y a cuyo frente se encontraba como secretario general Angel Pestaña. Para detalles sobre este asunto, nos valemos de un informe de García Oliver en el que él dice a su Sindicato:

“Que el Comité Nacional se reunió en sesión el 9 de febrero por la noche, con asistencia entre otros delegados de García Oliver y del secretario.

“Que éste (Pestaña) dio lectura a las notas enviadas por las distintas regionales, en contestación a la circular remitida a las mismas, en la que se preguntaba, a requerimiento de la regional de Aragón, Rioja y Navarra, si se creía conveniente ir a una huelga general en toda España o adoptar alguna actitud semejante con objeto de impedir las deportaciones anunciadas por el Gobierno.

“Levante-contestaba afirmativamente, pronunciándose por la huelga general; Galicia, pese a que se consideraba muy quebrantada por la represión, también se pronunciaba por la huelga, prometiendo hacer lo imposible para que fuese general en su región; Asturias también la aceptaba, proponiendo empezar lo más pronto posible una propaganda de agitación para que la huelga fuera lo más completa posible; Aragón, Rioja y Navarra decía haberse reunido con las comarcas y estar preparada para el movimiento general huelguístico; la regional Centro, por la escasa influencia que tenía, arbitraba una fórmula de agitación obrera coincidente con una comisión del Comité Nacional que se entrevistara con el Gobierno para impedir las deportaciones.

“Aseguró Pestaña, seguidamente, que faltaban las contestaciones de Cataluña, Andalucía, Baleares y Norte, y añadió que “anteayer, domingo, escribí a todas las regionales diciendo que, de la consulta hecha sobre si se iba o no a una huelga general para impedir las deportaciones, resulta que la mayoría de las organizaciones regionales coinciden en la necesidad de una gran campaña de propaganda, sin perjuicio de que se haga después lo que se crea más conveniente. Permitidme que os diga —añadió Pestaña— que yo envié la circular en cuestión, sin contar con el Comité Nacional, porque no se trata de una cosa de importancia y así se adelanta tiempo”.

García Oliver repuso a Pestaña que había incurrido en varias importantes faltas:

“Primera: Decidiendo por sí y ante sí (...) a espaldas del Comité Nacional, en un asunto de tanta gravedad cuál era la pregunta en cuestión (...). La actitud de Pestaña es la de una usurpación de funciones... con abuso de confianza por el hecho de poseer él el sello del Comité Nacional.

“Segunda: Alterando las respuestas de las regionales, puesto que la única que había contestado en el sentido de una campaña de propaganda era el Centro, y las otras se pronunciaban por la huelga general.

“Tercera: Al enviar Pestaña por separado a cada regional la circular de “no huelga general”, dando a entender que habían contestado la mayoría en ese sentido, cuando era lo opuesto, representa un engaño alevoso y premeditado al proletariado confederal, que imposibilitó que se impidieran las deportaciones... De todo ello, se deduce que la precipitación con que obró el Gobierno desde el lunes —un día después de salir las circulares— en lo concerniente a la partida del *Buenos Aires*, obedecía a que sabía el Gobierno que la circular de Pestaña imposibilitaba toda protesta eficaz por parte de la Confederación Nacional del Trabajo, y también se deduce que, sin dicha circular, la salida de los deportados no se hubiera realizado nunca, como lo da a entender la circunstancia de que transcurrieron muchos días desde el movimiento de Fígols hasta que, inesperadamente para todo el mundo, se dio orden de partida al barco”.

García Oliver sólo tuvo tiempo de hacer este informe por escrito a su sindicato, pero no pudo ampliarlo verbalmente, porque unos días después de zarpar el *Buenos Aires* fue detenido por la policía y encarcelado en la Modelo, donde aprovechó para informar a los presos sobre la cuestión precedente. Ante las pruebas presentadas, cien militantes de la cárcel Modelo redactan un escrito que es enviado a la prensa anarquista y, en el cual, reseñando lo antedicho, piden “la expulsión de Ángel Pestaña de la CNT, caso de ser cierto lo dicho por García Oliver y, en el supuesto que éste mienta, será él el expulsado”⁹⁷.

Mientras se hacían todos los trámites que se mencionan en el escrito anterior, los detenidos del *Buenos Aires*, incomunicados, aguardaban con suma impaciencia conocer el destino que les deparaba la medida gubernamental.

El día 10 de febrero, a las 4 horas 45 minutos, salía el vapor *Buenos Aires* del puerto de Barcelona, sin que se conociera su destino, aunque se suponía sería la *Guinea*, en África. Emilienne comunicó en esa fecha a la Federación Anarquista Francesa la deportación de Durruti y sus compañeros de viaje, en un texto muy expresivo:

“En casa es la desesperación. Esta mañana, a las cuatro, el *Buenos Aires* ha salido del puerto de Barcelona en dirección a la Guinea, probablemente Bata. En ese barco van 110 detenidos y tiene que hacer escala en Valencia y Cádiz para embarcar a otros militantes, que aguardan en esos puertos la deportación. No nos

97 *Tierra y Libertad*, 8 de abril de 1932. Documento citado, publicado en su segunda página con el título “Por los fueros de la verdad”.

han autorizado a subir a bordo para despedirnos de ellos. Solamente algunos chiquillos, conducidos por marineros, han podido despedirse de sus padres. Nuestra pequeña Colette, de dos meses y medio, ha sido así como fue conducida a bordo, y Durruti la ha podido besar. Después de su detención, hace aproximadamente tres semanas, no hemos podido hablar con ellos ni verles.

“Mientras el barco estuvo anclado en el puerto, Durruti y algunos compañeros iniciaron una huelga de hambre, y por esa causa Durruti, Ascaso, Pérez Feliu y Masana fueron separados del resto de deportados.

“La Prensa del país —a excepción de *La Tierra*— ha aprobado servilmente la actitud del ministro de Gobernación, basándose en las mentiras más absurdas, en las calumnias más infames para justificar esta abominable medida de deportación. *Solidaridad Obrera* fue prohibida.

“He aquí las paradojas de la República española: mientras los 110 prisioneros del *Buenos Aires* son deportados sin juicio (y la mayoría de ellos no han intervenido en los hechos de Fígols), los monárquicos conspiran libremente, los grandes propietarios rurales dejan yermas las tierras y los campesinos se mueren de hambre. La famosa “ley de defensa de la República” no se ejerce contra los enemigos de ésta, sino contra los obreros, cuyo único delito es ser consecuente y fiel a su clase.

“¿Cómo los socialistas, que habían colaborado con Primo de Rivera, podían ahora interesarse por las reivindicaciones obreras? Ojo por ojo, diente por diente, tal debe ser nuestra ley. A pesar de la marcha de los nuestros y sin saber si volveremos a verles, no nos declaramos vencidos, no inclinamos la cabeza, sino que proseguimos en la brecha”⁹⁸.

Los deportados, y por la pluma de Ascaso, teniendo como correo los pañales de la pequeña Colette, dejaron también su mensaje escrito:

“Queridos amigos: Parece que empiezan a quitarle el polvo a la brújula. Partimos. He aquí una palabra que dice muchas cosas. Partir —según el poeta— es morir un poco. Pero para nosotros, que no somos poetas, la partida fue siempre símbolo de vida. En marcha constante, en caminar perenne como eternos judíos sin patria; fuera de una sociedad en que no encontramos ambiente para vivir; pertenecientes a una clase explotada, sin lugar en el mundo todavía, la marcha fue siempre indicio de vitalidad. ¿Qué importa que partamos si sabemos que continuamos aquí, en el pensamiento y en la acción de nuestros hermanos explotados? Además, no es a nosotros a quienes se quiere desterrar, sino a nuestras ideas; y nosotros podremos marchar, pero las ideas quedan. Y serán ellas quienes nos harán volver, y son ellas las que nos dan fuerzas para vivir.

“¡Pobre burguesía, que necesita recurrir a estos procedimientos para poder vivir! No nos extraña. Está en lucha contra nosotros y es natural que se defienda. Que martirice, que destierre, que asesine. Nadie muere sin lanzar zarpazos. Las bestias y los hombres se parecen en eso. Es lamentable que esos zarpazos causen víctimas, sobre todo cuando son hermanos los que caen. Pero es una ley ineluc-

98. Carta de Emilienne Morin, reproducida en *Le Libertaire* del 14 de febrero de 1937.

table y tenemos que aceptarla. Que su agonía sea breve. Las planchas de acero no bastan a contener nuestra alegría cuando pensamos en ello, porque sabemos que nuestros sufrimientos son el principio del fin. Algo se desmorona y muere. Su muerte es nuestra vida, nuestra liberación. Sufrir así no es sufrir; es vivir, por el contrario, un sueño acariciado durante mucho tiempo; es asistir a la realización y desarrollo de una idea que alimenta nuestro pensamiento y llena el vacío de nuestras vidas.

“¡Partir es, pues, vivir! ¡He aquí nuestro saludo cuando os decimos no adiós, sino hasta pronto!”⁹⁹.

El movimiento revolucionario del Alto Llobregat del 18 de enero fue el detonador que faltaba para poner en marcha un proceso revolucionario que, desde largo tiempo, venía incubándose en España. Los mineros habían tenido la audacia de llevar a la práctica la teoría; y la teoría ya plasmada en la práctica iba a ser la fuerza motriz que animaría toda la lucha social en el país. El *Buenos Aires* había querido ser un freno, y poniendo el Gobierno en práctica su propósito de deportación, no hacía otra cosa que alimentar la caldera de la acción revolucionaria, y la prueba está en que cuatro días después de zarpar el barco, por un golpe de audacia, los grupos anarquistas de Tarrasa ocupan el Ayuntamiento, izan la bandera rojinegra y proclaman el comunismo libertario. Los dos intentos fueron aplastados por la fuerza brutal del Estado, pero en la historia de la lucha proletaria esas derrotas son victorias, porque ayudan a los obreros a liberarse del miedo y, aligerados de ese peso, la revolución cobra alas y gana terreno. Este fenómeno psicológico es el que generalmente escapa a los historiadores miopes y a los plumíferos a sueldo.

Emilienne Morin estaba en lo cierto cuando reivindicaba la Ley del Talión, apartando con ello el rosario de las lamentaciones. Francisco Ascaso abunda en el mismo sentido cuando admite la deportación como una lógica defensa de la burguesía. Es la lógica clara del sentido de una lucha que se hace consciente. García Oliver, desde la cárcel, protesta cuando en nombre de los presos se quiere justificar colaboraciones políticas que desnaturalizan el sentido mismo de esa lucha:

“A nosotros, los que estamos en prisión ocupando los sectores más avanzados de la línea de fuego de esta gran lucha por el triunfo de la revolución social, la que se está librando a todo lo largo del frente ibérico, nos choca, nos entristece y deprime el que con tanta frecuencia tengamos que leer en los periódicos la celebración de mítines de conjunto entre oradores anarquistas y políticos de la minoría parlamentaria que se denomina Extrema Izquierda Revolucionaria y Federal.

“Bien está que no importe que la mitoría política procure medrar bajo el distraz de la revolución. Pero de aquí a que sean los mismos anarquistas quienes avancen con su presencia y colaboración las engañosas promesas de los políticos, hay, ciertamente, un abismo. Los anarquistas no solamente deben denegar toda colaboración a los políticos, sino que, de ser militantes, tienen el deber de combatir-

⁹⁹. Documento reproducido por José Peirats en su obra citada Vol. I.

los incansablemente y de prevenir a las multitudes de los escondidos peligros que para ellos encierra la política.

“Aunque cuando esos actos se organicen con el pretexto de los que estamos presos y de los deportados, no debemos aceptarlos. Porque para nuestra defensa, nuestro deber de anarquistas debería bastarnos a nosotros mismos (...) Fuera de la revolución proletaria, todos los caminos están cerrados. La acción parlamentaria, para nuestras generaciones de la post-guerra mundial, es una cosa tan vieja e inútil como fue el cristianismo para los descendientes de la Revolución francesa.

“Por nuestra parte, nunca, como ahora, se puede tener tanta fe en la posibilidad de realización de nuestros ideales anárquicos. Después de la experimentación comunista libertaria del Alto Llobregat, nuestros pechos deben desbordar de entusiasmo, porque estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que ser anarquista suponía el sacrificio de la libertad y de la vida en pro de una sociedad que solamente conseguían vivir las generaciones futuras.

“Hoy ya no hay imposibles, hoy luchamos ya para nosotros mismos. Y como estamos en guerra, dispongámonos a defendernos, sin lamentarnos cuando el enemigo nos hiera, sino pensando en la mejor manera de devolver el golpe para abatirlo”¹⁰⁰.

100. *Tierra y Libertad*, 8 de abril de 1932. Artículo “Desde la línea de fuego” de García Oliver, Prisión Celular 27 de marzo de 1932.



Barcelona, septiembre de 1931. Cenetistas del ramo de la construcción son conducidos a la Jefatura de Policía, tras haber opuesto resistencia en la calle Mercaders a las fuerzas de orden público de la República. De esta forma, el nuevo régimen imita a los anteriores en la política represiva antiobrera.



No habrá paz en la tierra mientras
existan las cárceles. Que no olviden
los idealistas que ellos son los encar-
gados de destruirlas.

En su nombre

Pepi



Página anterior, arriba: escena de la vida cotidiana durante la Segunda República española. Un manifestante es aporreado por la Guardia de Asalto. *Abajo:* Prisión de El Puerto de Santa María, 1933. De izquierda a derecha: Paulino Díez, Francisco Ascaso, Vicente Pérez Combina, Durruti y Bartolomé Lorda. Reverso de la tarjeta enviada a su familia.

En esta página, enero de 1933. Arriba: Asedio a la choza donde se hallaba refugiado con su familia el campesino "Seisdedos", resistiendo a la Guardia Civil y a los Guardias de Asalto. *Abajo:* cadáveres calcinados de los campesinos sitiados en Casas Viejas. Las chozas donde se encontraban cobijados los agricultores eran de madera y paja y las fuerzas asaltantes les prendieron fuego.



República de Obreros y Campesinos de Asturias

TRABAJADORES:

El avance progresivo de nuestro glorioso movimiento se va extendiendo por toda España; son muchísimas las poblaciones españolas en donde el movimiento está consolidado con el triunfo de los trabajadores, campesinos obreros y soldados.

Establecidas y aseguradas nuestras comunicaciones interiores, se os tendrá al corriente de cuanto suceda en nuestra República y en el resto de España.

Instaladas nuestras Emisoras de radio, las cuales en onda corriente y en onda extra-corta, os pondrán al corriente de todo.

Es preciso el último esfuerzo para la consolidación del triunfo de la Revolución.

El enemigo fascista se va rindiendo así como se van entregando los componentes mercenarios con su aparato represivo, fusiles, metraladoras, cartuchería, proyectiles varios (que no podemos señalar) para que no se conozca del material de combate de que disponemos, ha caído en nuestras manos.

Las fuerzas del ejército de la derrotada República del 14 de Abril se batan en retirada y en todas nuestras avanzadillas se van sumando los soldados para enrolarse a nuestro glorioso movimiento.

**¡ADELANTE TRABAJADORES, MUJERES, CAMPESINOS
SOLDADOS Y MILICIANOS REVOLUCIONARIOS!**

¡VIVA LA REVOLUCION SOCIAL!

El Comité Revolucionario.

Revolución de octubre de 1934. Proclama del Comité Revolucionario de la República de Obreros y Campesinos de Asturias.



Arriba: Revolución de octubre de 1934 en Asturias. Mineros asturianos, con sus esposas y otros familiares, son detenidos por la Guardia Civil en el bosque de "Las Brañoseras".
Abajo: Barcelona, 7 de octubre de 1934. Movimiento independentista catalán. Tropas del Ejército en la Plaza de la República (actual Plaza de Sant Jaume) tras haberse sofocado la insurrección cantonalista catalana.





Arriba: Manifestación pro-amnistía, ante las próximas elecciones de febrero de 1936 que daría el triunfo al Frente Popular, coalición de izquierdas.

Abajo: León, noviembre de 1935. Mitin en la Plaza de Toros. Durruti, en la tribuna, se dirige a los asistentes.





Arriba: febrero de 1936: tras la victoria electoral de Frente Popular, los familiares de numerosos presos políticos esperan ante la puerta de la cárcel Modelo de Barcelona la salida de sus seres queridos.

Abajo, febrero de 1936: emotivas escenas del encuentro de los ex-presos con sus familiares. La campaña pro-amnistía ha surtido efecto.





Arriba, Cárcel de Predicadores de Zaragoza, febrero de 1934. De izquierda a derecha, y de pie: Durruti, Ejarque, Ramón Alvarez, el doctor Alcrudo y otros compañeros (sentados) del Comité Nacional Revolucionario del 8 de diciembre de 1933, que llevaron a término la revuelta en dicho mes.



A la derecha: Barcelona, octubre de 1936. Fotografía en casa de Diego Abad de Santillán. De pie: Santillán y su compañera. En el centro, sentada, Emiliénne Morin.



Arriba, izquierda: el General Manuel Goded Llopis, jefe de la sublevación militar en Barcelona. Derecha: el general de división Llano de la Encomienda, que permaneció leal a la República.

Abajo, izquierda: el comisario de Orden Público Federico Escofet. Derecha: El consejero de Gobernación, José María España, saluda a la multitud desde el balcón de la Consejería. A su derecha, el general Araguren, jefe de la Guardia Civil de Barcelona.





Arriba, izquierda: Ramón Acín, escultor. Nació en Huesca el 31 de agosto de 1888, fue fusilado en la misma ciudad el 6 de agosto de 1936.

Izquierda: Barcelona, finales de febrero de 1936. Durruti con su hija Colette y su compañera Emilienne.

Abajo: Barcelona (Las Planas), marzo de 1936. Excursión dominguera. En primer plano: Durruti y Aurelio Fernández.





Arriba izquierda y abajo: Vicente Ballester Tinoco, en el mitin ofrecido en unión de Largo Caballero el día 23 de mayo de 1936 en la Plaza de Toros de Cádiz. Nacido en Cádiz el 13/6/1903, fusilado por los militares facciosos el 20 de septiembre de 1936 en Cádiz. Brillante escritor y orador. *Arriba derecha:* Juan Peiró, propagandista anarcosindicalista. Buen organizador y animador de la autogestión española, fue fusilado por el régimen de Franco el año 1942 en la prisión de Valencia.





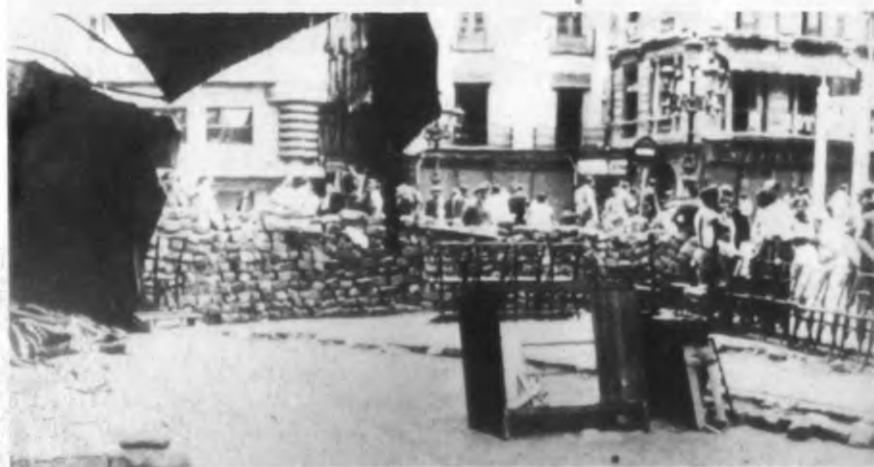
Arriba: Zaragoza, Plaza de la Constitución, mayo de 1936. Grupo de congresistas que participaron en el IV Congreso de la CNT, celebrado en dicha ciudad los días comprendidos entre el 1 al 10 del citado mes.

Abajo: salida de presos de la Cárcel modelo de Barcelona en febrero de 1936.

Página siguiente: julio de 1936: tres aspectos de los enconados choques entre el proletariado y los militares rebeldes. *Arriba:* la población civil corre en auxilio de los heridos caídos en la Ronda de la Universidad. *Centro:* la Plaza de Catalunya, después de los sangrientos combates. *Abajo:* automóviles destruidos frente a las Dependencias Militares, al lado del Monumento a Colón.









Página anterior, Barcelona, 19 de julio de 1936. *Arriba*: barricada en el Paralelo. *Centro*: barricada en la Plaza de Sant Agustí, situada entre la calle de l'Hospital y la calle Arc de Sant Agustí. *Abajo*: barricada en la Plaza Arc del Teatre, en la cual se situó el centro dirigente de la CNT-FAI en aquellos días. En esta página, *arriba*: proletariado barcelonés defendiendo una barricada, durante la lucha en la Ciudad Condal contra la sublevación militar. *Abajo*: 20 de julio. Francisco Ascaso conversando con su primo Joaquín Ascaso, horas antes de caer muerto en el asalto al cuartel de Atarazanas.





Arriba: Barcelona, agosto de 1936, Paseo de Colón. Milicianos de la columna "Roja y Negra" partiendo para el Frente de Aragón.

Izquierda: Francisco Ascaso, en la Avenida Meridiana de Barcelona, el 9 de julio de 1936.



Guinea - Fernando Poo - Canarias

El Gobierno había concentrado a los detenidos de Andalucía en Cádiz, y tan pronto como llegó el *Buenos Aires* a la bahía, anclado fuera del puerto, recibió a los nuevos huéspedes y se lanzó en aguas del Atlántico vía Canarias, dejando tras él una tierra en revuelta, como era la España de aquel mes de febrero de 1932. Los de Valencia salieron en el destructor *Sánchez Barcáiztegui* y se reunieron en Las Palmas con los otros.

Tal como hemos indicado anteriormente, para protestar por las deportaciones, el día 14 los grupos anarquistas de Tarrasa se apoderan del Ayuntamiento y proclaman el comunismo libertario. Nuevos choques con la Guardia Civil y nuevos muertos.

En otras capitales se producen huelgas generales o parciales. Y estallan bombas que siguen tumbando postes de teléfonos o tendidos eléctricos.

El Gobierno hace lo imposible para hacer las cosas mal, provocando a las derechas —a las que, en realidad, no tiene ninguna intención de atacar— con declaraciones demagógicas. Y las derechas, tomando la demagogia como una amenaza real, se lanzan a la conspiración contra la República.

La clase obrera, que no entiende de retóricas parlamentarias y que, hasta la fecha, no ha recibido del Gobierno otra cosa que balazos, también le declara la guerra.

En tales circunstancias, ¿qué puede hacer un Gobierno que no gobierna, pero que quiere sostenerse en el poder sea como sea?: poner entre los gobernados y gobernantes una muralla de plomo. Y esto fue lo que hizo el equipo de Azaña, con el agravante que, debido al origen burgués e intelectual de los hombres que componían el Gobierno y las Cortes, hicieron del caserón de la Carrera San Jerónimo la tertulia cafeteril más grande de Madrid.

En una de esas tranquilas sesiones de las Cortes, el ministro de Gobernación informó a sus señorías que el Gobierno supo elegir bien el lugar donde enviaba a "los soñadores de comunismos libertarios". "Se ha elegido la Guinea —dijo—, porque ese clima es más sano y atractivo que el que hay en Fuerteventura. Y tanto es así, que yo pienso trasladarme a esos parajes para vivir unos días en compañía de los deportados". Nadie objetó nada al ministro. Pero ¿sabía alguien qué era y donde se encontraba Guinea? Si era así, tanto peor, por lo que el lector podrá apreciar a través de la lectura de la siguiente nota:

"Gozan desde hace tiempo las posesiones españolas del Golfo de Guinea merced a fama de insalubres. Sobre aquellas playas ardientes flota todavía la fúnebre leyenda del deportado político. El desterrado que tenía la suerte de volver era a menudo devuelto a sus lares consumido por la caquexia y llevando en su sangre gérmenes de muerte.

“Y ello es bien natural. Situada la colonia en la zona tórrida, cubierta de frondosísima vegetación, bañada por la atmósfera caliginosa y húmeda, constituye un denso vivero microbiano, tierra de promisión de todos los agentes patógenos y, muy especialmente, del grupo de los protozoarios, agentes provocadores de la enfermedad del sueño, del nagana del ganado, de la disentería amibiana y, en fin, del paludismo en sus más severas y rebeldes variedades.

“Toda la apacible belleza de la Guinea es velada y oscurecida por la amenazadora presencia de gérmenes de muerte y vehículos de enfermedades que son obstáculos al desenvolvimiento de las actividades de los europeos.

“El ambiente tropical agobia, agota y destruye las energías orgánicas y espirituales”¹⁰¹.

Este era el “apacible paraíso” que el Gobierno había reservado a los que navegaban por aguas del Atlántico.

Mientras el *Buenos Aires* navegaba, pues, con rumbo “desconocido”, en la Península, además de la estela tumultuosa que dejaba el barco fantasma, los mineros del Alto Llobregat habían logrado situar al comunismo libertario en el corazón no sólo de la clase obrera, a la par que, como preocupación de la burguesía, sino también en los medios intelectuales.

Salvador de Madariaga, saliendo al paso de ciertos críticos inocuos, intervino en la polémica con propósito de situarla a un nivel más elevado:

“En enero de 1932, los mineros de Fígols (Cataluña) se alzaron contra el Estado proclamando el comunismo libertario, lo que celebraron con una huelga general en el laborioso valle del Llobregat. ¿Con qué se come eso de comunismo libertario?, preguntará el lector. Precisamente: ¿Con qué se come? Aquí suele colocarse el párrafo de cajón sobre el analfabetismo español y la ignorancia de la clase obrera por todos aquellos a quienes distingue precisamente su ignorancia de la clase obrera española. Porque aquellos libertarios Quijotes de la emancipación social que, como el Caballero de la Mancha, intentaban imponer a la recia realidad el ensueño que en sus almas animaba, no tenían nada de analfabetos y eran capaces de leer como los que de tales los acusan, sólo que, por llevar dentro una facultad creadora, mucho mayor que la que distingue al plumífero extranjero que los crítica, en lugar de leer libros prefieren crearse a sí mismos sus categorías y sus ilusiones y vivir su vida con una seriedad y un apego a su modo de pensar que ya envidiarían muchos eruditos en el cómodo abrigo de sus bibliotecas. Más enseñanza, se nos dice. Mucha enseñanza haría falta para apagar la fe de tales iluminados”¹⁰². La cita bien valía la pena.

El barco *Buenos Aires* tocó las islas Canarias, justo para hacer provisión de carbón y recoger a los detenidos procedentes de Valencia, y prosiguió hacia el

101. Doctor G. Pittaluga, prólogo de Santiago Ramón y Cajal, *Las enfermedades del sueño y las condiciones sanitarias en los territorios españoles de Guinea*, Sección Colonial del Ministerio de Estado Español, Archivos de la Biblioteca del Congreso, Madrid, s.a.

102. Salvador de Madariaga, *España*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974, pág. 412.

golfo de Guinea. En Dakar se aprovisionó de plátanos, único alimento con que se nutría a los deportados hacinados en la bodega. Debido a la defectuosa alimentación, falta de higiene y de aireación, se produjeron varios casos de septicemia, y fue en ese estado que el vapor ancló en Santa Isabel de Fernando Poo, donde hubo de hospitalizarse a todos los casos urgentes. Ante tal situación, el comandante del *Buenos Aires*, primo del general Franco, telegrafió a Madrid preguntando adónde debía dirigirse. El ministro de Marina, José Giral, le ordenó que se dirigiera a Bata. Inmediatamente se dispuso el reembarco de los enfermos y el *Buenos Aires*, escoltado siempre por el cañonero *Cánovas*, se dirigió hacia Río Muni, territorio donde se encontraba Bata.

Las órdenes y contraórdenes, la mala alimentación, y todo lo que comportaba aquel “placentero viaje”, puso a flor de piel los nervios de los deportados, que acabaron por declarar un motín. Dada la sorpresa de la acción, los deportados se hicieron dueños del puente. El comandante, tan desorientado como los propios amotinados, entró pronto en lógica y comprendió que lo mejor que se podía hacer era parlamentar y poner fin al motín, haciendo las concesiones que exigiera la situación. La única exigencia que se podía pedir era la de un trato humano. Los resultados fueron que se distribuyeron literas, se mejoró la alimentación y se permitió el acceso a cubierta para airearse. Desde un principio, todo esto podía haber sido practicado, pero fue preciso rebelarse, enseñar los dientes y disponerse a la piratería para que se accediera a ello. La acción directa no es una palabra vana.

Como no era caso de dirigirse a Bata con los enfermos, se desandó el camino hasta Canarias, donde fueron confiados al hospital de Fuerteventura. Otra vez en ruta, llegan a Río de Oro, pero el comandante militar de dicho lugar, llamado Regueral, se niega a aceptar a los deportados, porque entre ellos está Durruti, que él cree que es el asesino de su padre. ¿Qué hacer? Nueva conferencia con Giral y nuevo viaje a Fuerteventura para dejar en esa isla a Durruti junto con siete deportados más. Y otra vez el buque va hacia Africa. Después de dos meses de ida y venida a través del Atlántico, el *Buenos Aires* recaló definitivamente en Villa Cisneros, lo que pareció ser el lugar de destino.

El Gobierno, cuando planeó la “excursión atlántica”, pensó en todo y agregó a ella un periodista como cronista del viaje, para que fuese informando del mismo a la opinión pública española. Excusamos decir que sus artículos eran relatos pintorescos de un auténtico viaje de placer que, seguramente, influyeron en Tuñón de Lara para catalogar esa excursión de “un viaje de ida y vuelta, sin desembarco en Guinea”¹⁰³. Pero en la movida España de aquellos días nadie seguramente se entretuvo en esas lecturas. Había cosas de mayor interés, como la huelga general de Orense, donde los obreros, a últimos de marzo, se levantaron en armas contra el gobernador y exigieron de su compatriota Casares Quiroga que se fuera al diablo con su Guardia Civil, “porque si pisaba Galicia, le harían trizas”¹⁰⁴.

103. Manuel Tuñón de Lara, op. cit.

104. Idem.

Mientras España iba irremisiblemente al enfrentamiento armado o guerra civil, en Fuerteventura, Durruti y sus amigos iban contando los días, y en Villa Cisneros, los deportados los contaban con relojes de arena. Ramón Franco, que no descansaba en sus propósitos conspirativos, se desplazó a Villa Cisneros para visitarlos y les propuso la organización de una evasión en un velero que había preparado al efecto. Francisco Ascaso le aconsejó que era mejor que contrarrestara las informaciones del “cronista del Gobierno” con un relato real de la vida que se llevaba en Villa Cisneros ¹⁰⁵.

Por su parte, Durruti ha dejado un testimonio vivo de ese viaje, en carta que escribió a su familia, una vez terminaron las idas y venidas y pudo hacerlo:

“Puerto de Cabras, 18 de abril de 1932.

“Por fin ha terminado mi peregrinación por estos mares y, con residencia en esta isla perdida, puedo daros mis noticias.

“Ayer recibí las primeras noticias desde mi salida de Barcelona. Son cartas de Mimi, de Perico y de otros amigos. Hasta ayer yo estaba cortado del mundo, ignorándolo todo de vosotros. El Gobierno republicano, no contento con deportarnos en las más criminales condiciones, se ceba con nosotros sometiéndonos a la más rigurosa incomunicación. Estos señores son tan mezquinos que creen que, por el solo hecho de que seamos revolucionarios, estamos faltos del sentimiento de querer; y que los nuestros son seres insensibles que no se interesan por nuestra existencia.

“Por la Prensa os habréis enterado de parte de nuestra odisea. Yo necesitaría mucho papel y mayor calma aún para poder explicaros la gran tragedia de nuestra deportación. Hemos sufrido mucho. Hemos pasado momentos sumamente trágicos, en que ha faltado muy poco para que fuésemos fusilados por unos pobres marinos que, instigados por una oficialidad borracha, estuvieron a punto de dar al gatillo para cumplir su deber con la Patria.

“He tenido ocasión de hablar después con uno de estos pobres marinos, y el muchacho, sumamente avergonzado por su conducta en el *Buenos Aires*, me dijo que “si nosotros apuntábamos con los fusiles, era porque los oficiales nos decían que ustedes nos querían matar. Yo me encontraba en el barco de guerra —continuó el muchacho—, y me dijeron que los deportados querían matar a mis compañeros, los marineros; que sería una cobardía por nuestra parte el dejar que se les asesinara. Fue bajo esa borrachera de palabras y de alcohol que salimos del *Cánovas* para subir al *Buenos Aires*... El resto, ya lo sabe usted”.

“Efectivamente, de “ese resto” me encargo yo de explicar a los obreros españoles cuando pise de nuevo la Península.

“Mi estado de salud es bueno. El hecho de encontrarme separado del resto de los deportados ha sido cuestión del Gobierno. Pues resulta que el gobernador militar de Río de Oro es el hijo de Regueral, y éste, al enterarse de que yo iba a bordo

105. Testimonio de Cano Ruiz: “En esa época Ramón Franco militaba en la izquierda revolucionaria, echando en la balanza su fama de aviador... Nos visitó para proponernos una fuga, proyecto que ninguno aceptamos, pero le aconsejamos explicara en la Península nuestra idea, lo que nos rendiría un buen servicio. ”

del *Buenos Aires*, comunicó al Gobierno que si yo desembarcaba, él presentaba la dimisión. Esta es la razón por la que yo me encuentre en Fuerteventura. Conmigo se encuentran siete compañeros más que, desembarcados enfermos, ahora se encuentran ya bien o están en trance de estarlo.

“Esta isla es una tierra miserable y muy descuidada por todos los gobiernos que han desgobernado España. Vivimos en el cuartel y nos dan 1,75 pesetas para nuestra manutención diaria. Estos señores del Gobierno se creen que nosotros tenemos muchos miles para poder pagar nuestra comida. Seguro que nos confunden con Unamuno y Rodrigo Soriano. Hemos formulado reclamaciones a Madrid y esperamos respuesta. Nosotros no podemos vivir en el cuartel, y menos aún con 1,75 pesetas.

“El vecindario de la isla estaba asustado. Les habían dicho que nosotros nos comíamos a los niños crudos. Pero en cuanto nos han visto, hablado y tratado se han tranquilizado y dejan a los niños jugar con nosotros...

“Ayer domingo se presentó un señor, que antes estaba muy serio con nosotros, acompañado de su esposa. Esa señora quería conocerme, porque también es leonesa, pero no de la capital sino de la provincia. Los dos son buenas personas. Me trajeron libros y, aunque quizá por pura cortesía, me han ofrecido su casa.

“No sé el tiempo que durará este destierro. A mí no me han comunicado su razón. Cuando me detuvieron fue con el pretexto de que tenían que comunicarme una multa por unas palabras ofensivas que había pronunciado en el Mitin Internacional. Llegado a Jefatura, me metieron en los calabozos, y de allí al *Buenos Aires*. Espero que el ministro de Gobernación me comunique ese asunto de la multa y también el tiempo que piensa tenerme en esta isla.

“Tan pronto salga, pienso hacer un viaje a León para preguntarle al diputado Nistal por qué razón ha votado mi deportación. Además, pienso también preguntarle si es que la República hace la guerra a la geografía y ha quemado todos los mapas. Resulta que nos mandaron a Bata, sin saber lo que era Bata. De Bata a Fernando Poo, ignorando lo que era esa posición. De Fernando Poo a Villa Cisneros, para cargar carbón cuando allí no hay nada más que arena...

“Cuando vuelva a la Península, los señores socialistas, que han olvidado lo que es el socialismo, tendrán que explicar ante la clase obrera el por qué votaron nuestra deportación. Y a mí que me aclaren eso de la colaboración con los monárquicos, y dónde están esos millones que, según ellos, he recibido...

“Si es de esta manera que republicanos y socialistas piensan salvar la República, se equivocan, porque un día, nosotros, los perturbadores que nos levantamos todas las mañanas para ir al trabajo y entramos en la fábrica como esclavos, entraremos con lo que realmente es la clase obrera: la única productora de riqueza social”¹⁰⁶.

De la estancia en Fuerteventura poseemos un testimonio que, no siendo realmente el que Durruti indica en su carta, no obstante, confiesa haber tenido contactos con él. Escribe el testigo en cuestión:

106 Carta de Durruti a su familia, fechada en Puerto de Cabras el 18 de abril de 1932.

“El señor a que usted se refiere no tiene relación conmigo por tratarse, en el caso que usted cita, de un señor casado, y yo era entonces y continúo siendo soltero. Es cierto que nos conocíamos y que le facilité libros, a los que era muy aficionado; pero cuando se marchó ya no volví a tener noticias directas de Durruti. Tenía subidos ingredientes de anarquista, y yo era su antagonista en todas las discusiones que teníamos en lo ateneante a la ideología de ambos. Pero cuando mi hermano llegó a Barcelona, en el *Villa de Madrid* el 20 de julio de 1936, y se vio acusado de fascista por uno de los camareros del buque, se acordó de que nos había visto conversar y se dirigió a él expresándole que era hermano mío. Fue suficiente esta manifestación para que Durruti le colocara en una casa de confianza, evitándole el paseo terminal (...).

“Recuerdo que este anarquista de acción y muy audaz era también muy sentimental, pues estando aquí me leyó un párrafo de una carta que recibí de su compañera, en la que le comunicaba que una hijita de ambos estaba muy enferma, y con dificultad pudo terminar de leer porque la emoción que le embargaba se lo impedía...”

Y del mismo testimonio:

“Durruti, aquí, hacía una vida ordenada y contemplativa. Me pedía libros — pues yo hice amistad con él— que yo le prestaba. Y se pasaba horas enteras en el malecón del muelle. Le gustaban mucho las mujeres, con las que tuvo ciertos éxitos... Con sus compañeros de destierro siempre andaba a la greña. Les decía que eran unos burros, que no comprendían las cosas, y se quejaba de que apenas sabían leer. “¿Cómo queréis triunfar en la vida?”, les decía siempre...”¹⁰⁷.

En la Península la situación social seguía empeorando cada vez más. Al principio de la República se podía acusar de “provocadores” —según opinión de los políticos— a los animadores de la FAI, Ascaso, Durruti y García Oliver. Pero un año después, con esos provocadores deportados unos y encarcelado el otro, ¿quiénes eran los que provocaban los disturbios? Los disturbios, en realidad los provocaba el mismo Gobierno de la República, que seguía sin saber qué hacer en una España en revuelta perpetua. Cuando no era en Barcelona donde se agitaban los obreros y se alzaban en armas, era en Andalucía donde los campesinos invadían los cortijos y asaltaban los grandes almacenes de comestibles, o en Orense, Zaragoza o Logroño donde las multitudes se rebelaban ante una situación insostenible. Y siempre, el remedio para esos males era la eterna Guardia Civil, ametrallando a ciegas y haciendo víctimas entre las mujeres y los niños. Y siempre, también, para los gobernantes, los terribles causantes de dicho malestar eran “los faístas”, porque se esperaba aún incorporar la CNT al Estado, puesto que seguían

107. En *La Vanguardia Española*, de Barcelona, del 24 de junio de 1971, Manuel Utrillo realizó un reportaje titulado “Tras las huellas de don Miguel de Unamuno”. Y en su viaje a Fuerteventura, interrogó a Ramón Castañeira, que había tenido contactos con el famoso escritor cuando su deportación en el año 1925 en esa isla. En dicho reportaje salió de refilón el nombre de Durruti, como huésped también de Fuerteventura. Escribimos a Ramón Castañeira y obtuvimos como respuesta la carta que damos en el texto, fechada en Puerto del Rosario, el 12 de julio de 1971.

en la Confederación un puñado de hombres trabajando en ese sentido, como lo denuncia, desde *El Desierto del Sahara*, Progreso Fernández en su artículo del 12 de mayo de 1932:

“...Hoy, en la deportación, como cuando me encontraba en libertad a cubierto de penalidades, protesto de semejantes concomitancias, desautorizo a todos los políticos a que hablen en mi nombre y no sólo esto, sino que también rechazo el apoyo —que lesiona mi dignidad— de los de la tendencia “treintista”, de “los moderados” y “solventes” de la Confederación, que son en último término los responsables mayores de los encarcelamientos, de las deportaciones y de la represión.

“Hoy, más que ayer, hemos de evitar confusionismos nefastos entre los trabajadores. Más que valorizar con nuestra tolerancia, siempre explotada por los pillos, ideas y hombres que son un anacronismo, lo que debemos hacer es desacreditarlos por lo que representan. No tenemos que ser indiferentes a los partidos políticos, sino combatirlos a todos por igual. Hemos de estar hoy más que nunca en franca y constante hostilidad hacia todos ellos.

“La Confederación, el anarquismo y la revolución están por encima de los deportados y de los presos. Los principios que informan nuestras luchas son antes que todos nosotros y que las víctimas que caen en el bregar de la lucha contra el sistema autoritario. Si no fuese así, las ideas no se afirmarían en la vida social y la revolución integralista que propugnamos los ácratas no se realizaría jamás.

“Nuestra liberación, la de todos los deportados y presos, ha de conseguirse sin lloriqueos ni claudicaciones, con dignidad, sin ayuda de fracciones políticas ajenas a nuestro ideario. Y esto sólo puede conseguirse —debe conseguirse porque es un deber— por el esfuerzo y la acción de la CNT y de la Federación Anarquista Ibérica y de los trabajadores revolucionarios... Todo lo que sea salirse de este principio, además de ser inconsecuente con las tácticas de acción directa y con nuestras doctrinas anárquicas, sería un error imperdonable, que haría desaparecer las posibilidades de realización social que nos ofrece el presente momento histórico”¹⁰⁸.

El escrito que citamos, y la referencia al informe de García Oliver, explican el estado de confusión que se vivía en los medios libertarios. La FAI trataba de radicalizar la línea de la CNT, pero la fracción “moderada”, que aún estaba incrustada en sus comités, no solamente se oponía a ello, sino que, sosteniendo su ambigua posición colaboracionista, impedía que las protestas obreras encontraran, por un cauce de acciones coherentes, una vía de eficacia revolucionaria que les permitiera mejor alcanzar sus objetivos. El Gobierno comprendía perfectamente esa situación, y sacaba buena ventaja, con una política represiva que dejaba a salvo ciertos dirigentes de la CNT, empleándose a la vez a fondo contra la FAI y, de rechazo, contra todas las protestas obreras. Estaba claro que mientras la CNT no saliese de esa confusión paralizante, aunque su importancia numérica creciera, no llenaría nunca su verdadero papel. Era justamente eso lo que, pese a las distancias geográficas que separaban a Durruti, Ascaso y García Oliver, éstos veían

108. *Tierra y Libertad*, 12 de mayo de 1932.

claramente, reflexionando la manera de salir de dicho atasco.

Sin embargo, superar ese momento difícil era salir de la represión, y la represión era cada vez más dura: aquello era un círculo infernal. Basta con echar un vistazo a la prensa anarquista de la época para convencerse. Al pie de cada artículo, un nombre, y tras el nombre: Cárcel de Sevilla, Puerto de Santa María, Cárcel Modelo de Barcelona, Prisión de Zaragoza, Desierto del Sahara... Casi toda la militancia tildada de "faísta" estaba en la cárcel. Entonces, ¿quiénes ponían las bombas? ¿Quiénes "ordenaban" a los obreros rebelarse? ¿Quiénes "dirigían" las huelgas que, como la de Servicios Públicos, había logrado hacer de Barcelona un inmenso basurero? Nada más, y nada menos, que la clase obrera, que tomaba conciencia de su papel en la historia.

El Comité Nacional de la CNT estaba desbordado por la presión de la base, y ésta reclamaba una acción generalizada que pusiera fin a aquel ciclo infernal que cada día se estrechaba más y más en torno a la clase obrera. Y hubo de acceder, declarando el 29 de mayo día de intensa agitación proletaria, con la huelga general.

Tierra y Libertad, en su editorial del 27 de mayo, explicaba el contenido que pensaba dar la FAI a aquella fecha del 29 de mayo:

"Hemos llegado a un extremo en que: o la represión cesa o la CNT se extermina. Y como el exterminio de la CNT es imposible, porque vive en todos los corazones proletarios... es pues la represión la que ha de cesar, aunque para ello tenga que hundirse el propio régimen que la mantiene y la fomenta.

"Para ello, la CNT, por última vez, va a ofrecerle ocasión al Gobierno para que se dé cuenta del sentir popular y rectifique, poniendo en movimiento sus fuerzas, no con un carácter revolucionario, sino como última protesta contra las medidas de terror que caracterizan al Gobierno. De su comportamiento el día 29 depende que de esta campaña de protesta puedan derivarse más graves y trascendentes acontecimientos. Pues el proletariado, si llega el caso, sabrá contestar a la violencia con la violencia.

"Y si después de esta fecha, en que todo el proletariado español ha de manifestarse, el Gobierno no rectifica, concediendo lo que el pueblo exige, el pueblo sabrá tomarlo por su cuenta propia con su acción revolucionaria". (Entre las exigencias, naturalmente, estaba la libertad de los presos, la apertura de los sindicatos clausurados, la libre circulación de la prensa de la CNT, etc.)

"Ahora ya lo saben los trabajadores: después del 29 de mayo, si el Gobierno no cede, somos nosotros los que tenemos que conquistar por la fuerza lo que contra toda razón se nos niega. El ataque a fondo contra todo lo instituido no debe dejarse esperar. Las cárceles deben de ser asaltadas y destruidas por el pueblo, liberando a los cautivos. Los Sindicatos deben ser abiertos sin titubeos. La consigna es: O Fascismo o Confederación Nacional del Trabajo. O represión republicana o Comunismo Libertario."

Como era de esperar, el Gobierno no cedió. Por el contrario, movilizándolo fuertemente a los Guardias de Asalto y a la Guardia Civil provocó deliberadamente a los trabajadores, yendo a las cárceles nuevos detenidos y a los cementerios nuevas víctimas. El resumen de la jornada fue trágico. ¿Esperaba el Gobierno con ello apaciguar, amilanar o acobardar? Se engañaba de punta a punta. Aquella

misma noche, los grupos anarquistas de Barcelona sacaron de la derrota nuevas fuerzas para el combate. En un manifiesto que llevaba por título "Reivindicamos el derecho a la defensa contra la violencia gubernamental", escribían:

"¿Cómo llamaremos a nuestros gobernantes que se apuntalan en mortíferos cañones y diferentes milicias cargadas de armamento? ¿Por qué no le dicen eso al pueblo? ¿Por qué no le cuentan que sin la dinamita ellos no podrían sostenerse, y por lo tanto son los dinamiteros más grandes de la sociedad? ¿Y por qué no podrían vivir sin estar armados hasta los dientes? ¿Por qué no le dicen todo eso al pueblo? Pues ya se lo decimos nosotros, nosotros que estamos por razón de ser dispuestos siempre a decir la verdad. Y le decimos más. Le decimos que nadie debe amilanarse ante tanta explotación y tiranía. Les decimos que tienen no tan sólo el derecho, sino el deber de armarse, de defenderse como leones. Les decimos que antes de morir de hambre es preferible seguir lo que la historia nos enseña. Les decimos que ya que todos en torno de él están armados para imposibilitarle la vida, justo es que él no tenga escrúpulos pueriles y procure abrirse camino por la fuerza hasta alcanzar nuestra altura, que predicamos con el ejemplo" ¹⁰⁹.

Emilienne Morin había escrito, en el comunicado que envió a los anarquistas franceses el 10 de febrero, que el Gobierno de la República, mientras perseguía a los trabajadores, dejaba a los monárquicos que conspirasen libremente. En aquella fecha podía considerarse esa frase como un descargo de resentimiento, pero el día 10 de agosto de 1932 se confirma como una excelente profecía. Efectivamente, la conspiración contra la República fue iniciada ya desde su proclamación. Y los conspiradores —todos, sin excepción— ocupaban altos cargos militares y civiles en el Estado republicano (porque dicho aparato seguía funcionando bajo el mismo engranaje con que funcionaba cuando la monarquía). Los conspiradores eligieron un hombre-guía: el general Sanjurjo, director general a la sazón del Cuerpo de Carabineros. Y dieron a la conspiración una característica, en razón de las fuerzas que colaboran en ella: militar-aristocrática-terrateniente.

Las condiciones en que se realizó tal conspiración serán, más tarde, repetidas con la sublevación del general Franco. Azaña, presidente del consejo de ministros y ministro de la Guerra, estaba enterado de todo, y dejó que la cosa estallara en Madrid el día 10 de agosto, y si no hubo éxito en el intento de apoderarse del Palacio de Comunicaciones y del Ministerio de la Guerra fue por la propia cobardía de los sublevados. En Madrid la sublevación fracasó después de una pequeña refriega en la que hubo dos muertos. Pero en Sevilla, donde Sanjurjo tomó en serio la sublevación, la situación fue otra, y hubiera triunfado de no haber contado con la oposición de la CNT y de los obreros comunistas que la hicieron fracasar declarando la huelga general y llamando a la población obrera a las armas. ¿Por qué, sobre todo la CNT, exponía la vida de sus militantes para salvar la vida a un régimen que tenía encarcelados a cientos de cenetistas y clausurados sus Sindicatos? La única respuesta coherente que puede darse es la que se extrae de las lecciones dejadas ya por el golpe militar de Primo de Rivera, y que la

claramente, reflexionando la manera de salir de dicho atasco.

Sin embargo, superar ese momento difícil era salir de la represión, y la represión era cada vez más dura: aquello era un círculo infernal. Basta con echar un vistazo a la prensa anarquista de la época para convencerse. Al pie de cada artículo, un nombre, y tras el nombre: Cárcel de Sevilla, Puerto de Santa María, Cárcel Modelo de Barcelona, Prisión de Zaragoza, Desierto del Sahara... Casi toda la militancia tildada de “faísta” estaba en la cárcel. Entonces, ¿quiénes ponían las bombas? ¿Quiénes “ordenaban” a los obreros rebelarse? ¿Quiénes “dirigían” las huelgas que, como la de Servicios Públicos, había logrado hacer de Barcelona un inmenso basurero? Nada más, y nada menos, que la clase obrera, que tomaba conciencia de su papel en la historia.

El Comité Nacional de la CNT estaba desbordado por la presión de la base, y ésta reclamaba una acción generalizada que pusiera fin a aquel ciclo infernal que cada día se estrechaba más y más en torno a la clase obrera. Y hubo de acceder, declarando el 29 de mayo día de intensa agitación proletaria, con la huelga general.

Tierra y Libertad, en su editorial del 27 de mayo, explicaba el contenido que pensaba dar la FAI a aquella fecha del 29 de mayo:

“Hemos llegado a un extremo en que: o la represión cesa o la CNT se extermina. Y como el exterminio de la CNT es imposible, porque vive en todos los corazones proletarios... es pues la represión la que ha de cesar, aunque para ello tenga que hundirse el propio régimen que la mantiene y la fomenta.

“Para ello, la CNT, por última vez, va a ofrecerle ocasión al Gobierno para que se dé cuenta del sentir popular y rectifique, poniendo en movimiento sus fuerzas, no con un carácter revolucionario, sino como última protesta contra las medidas de terror que caracterizan al Gobierno. De su comportamiento el día 29 depende que de esta campaña de protesta puedan derivarse más graves y trascendentes acontecimientos. Pues el proletariado, si llega el caso, sabrá contestar a la violencia con la violencia.

“Y si después de esta fecha, en que todo el proletariado español ha de manifestarse, el Gobierno no rectifica, concediendo lo que el pueblo exige, el pueblo sabrá tomarlo por su cuenta propia con su acción revolucionaria”. (Entre las exigencias, naturalmente, estaba la libertad de los presos, la apertura de los sindicatos clausurados, la libre circulación de la prensa de la CNT, etc.)

“Ahora ya lo saben los trabajadores: después del 29 de mayo, si el Gobierno no cede, somos nosotros los que tenemos que conquistar por la fuerza lo que contra toda razón se nos niega. El ataque a fondo contra todo lo instituido no debe dejarse esperar. Las cárceles deben de ser asaltadas y destruidas por el pueblo, liberando a los cautivos. Los Sindicatos deben ser abiertos sin titubeos. La consigna es: O Fascismo o Confederación Nacional del Trabajo. O represión republicana o Comunismo Libertario.”

Como era de esperar, el Gobierno no cedió. Por el contrario, movilizándolo fuertemente a los Guardias de Asalto y a la Guardia Civil provocó deliberadamente a los trabajadores, yendo a las cárceles nuevos detenidos y a los cementerios nuevas víctimas. El resumen de la jornada fue trágico. ¿Esperaba el Gobierno con ello apaciguar, amilantar o acobardar? Se engañaba de punta a punta. Aquella

misma noche, los grupos anarquistas de Barcelona sacaron de la derrota nuevas fuerzas para el combate. En un manifiesto que llevaba por título "Reivindicamos el derecho a la defensa contra la violencia gubernamental", escribían:

"¿Cómo llamaremos a nuestros gobernantes que se apuntalan en mortíferos cañones y diferentes milicias cargadas de armamento? ¿Por qué no le dicen eso al pueblo? ¿Por qué no le cuentan que sin la dinamita ellos no podrían sostenerse, y por lo tanto son los dinamiteros más grandes de la sociedad? ¿Y por qué no podrían vivir sin estar armados hasta los dientes? ¿Por qué no le dicen todo eso al pueblo? Pues ya se lo decimos nosotros, nosotros que estamos por razón de ser dispuestos siempre a decir la verdad. Y le decimos más. Le decimos que nadie debe amilanarse ante tanta explotación y tiranía. Les decimos que tienen no tan sólo el derecho, sino el deber de armarse, de defenderse como leones. Les decimos que antes de morir de hambre es preferible seguir lo que la historia nos enseña. Les decimos que ya que todos en torno de él están armados para imposibilitarle la vida, justo es que él no tenga escrúpulos pueriles y procure abrirse camino por la fuerza hasta alcanzar nuestra altura, que predicamos con el ejemplo"¹⁰⁹.

Emilienne Morin había escrito, en el comunicado que envió a los anarquistas franceses el 10 de febrero, que el Gobierno de la República, mientras perseguía a los trabajadores, dejaba a los monárquicos que conspirasen libremente. En aquella fecha podía considerarse esa frase como un descargo de resentimiento, pero el día 10 de agosto de 1932 se confirma como una excelente profecía. Efectivamente, la conspiración contra la República fue iniciada ya desde su proclamación. Y los conspiradores —todos, sin excepción— ocupaban altos cargos militares y civiles en el Estado republicano (porque dicho aparato seguía funcionando bajo el mismo engranaje con que funcionaba cuando la monarquía). Los conspiradores eligieron un hombre-guía: el general Sanjurjo, director general a la sazón del Cuerpo de Carabineros. Y dieron a la conspiración una característica, en razón de las fuerzas que colaboran en ella: militar-aristocrática-terrateniente.

Las condiciones en que se realizó tal conspiración serán, más tarde, repetidas con la sublevación del general Franco. Azaña, presidente del consejo de ministros y ministro de la Guerra, estaba enterado de todo, y dejó que la cosa estallara en Madrid el día 10 de agosto, y si no hubo éxito en el intento de apoderarse del Palacio de Comunicaciones y del Ministerio de la Guerra fue por la propia cobardía de los sublevados. En Madrid la sublevación fracasó después de una pequeña refriega en la que hubo dos muertos. Pero en Sevilla, donde Sanjurjo tomó en serio la sublevación, la situación fue otra, y hubiera triunfado de no haber contado con la oposición de la CNT y de los obreros comunistas que la hicieron fracasar declarando la huelga general y llamando a la población obrera a las armas. ¿Por qué, sobre todo la CNT, exponía la vida de sus militantes para salvar la vida a un régimen que tenía encarcelados a cientos de cenetistas y clausurados sus Sindicatos? La única respuesta coherente que puede darse es la que se extrae de las lecciones dejadas ya por el golpe militar de Primo de Rivera, y que la

109. Archivo particular.

República, pese a la línea que se había trazado, por ser un Estado débil era más fácil combatirlo y obligarle al fin a encararse con sus propias responsabilidades. Sea lo que sea, el caso concreto es que en Sevilla fue la CNT quien salvó la República. ¿Comprenderían esto los gobernantes republicanos-socialistas? Los hechos consecuentes demuestran claramente que no.

El día 24 de agosto se celebró un Consejo sumarísimo contra los sublevados. Al cabecilla, general Sanjurjo, se le condenó a muerte por pura fórmula, puesto que fue indultado inmediatamente y pasó al Penal de Burgos, por escaso tiempo. Los demás generales y jefes fueron condenados a penas leves, y un centenar de ellos fueron enviados a Villa Cisneros, de donde se escaparon al poco de llegar; y no terminaría el año cuando todos los conspiradores de agosto volvían a pasearse libremente por España.

Cuando el Gobierno de la República determinó enviar a los conspiradores de agosto a Villa Cisneros, fue cosa de sacar antes a los anarquistas de allí, trasladándolos entonces a la isla de Fuerteventura.

En septiembre, el Gobierno decidió, al fin, poner en libertad a los deportados anarquistas. Los primeros en salir fueron "los terribles" mineros del Llobregat. De Las Palmas hasta Barcelona, en todos los puertos que el vapor hacía escala, se organizaron grandes manifestaciones obreras para saludar su liberación. Los últimos en abandonar las islas Canarias fue el grupo compuesto por Durruti, Ascaso, Cano Ruiz, Progreso Fernández, Canela, etc. Aleccionado el Gobierno por las manifestaciones obreras organizadas en el litoral en favor de los deportados, quiso liberarse de esas muestras proletarias y, por lo tanto, el vapor que los tomó en Las Palmas, el *Villa de Madrid*, llegó a Barcelona sin tocar ningún puerto anterior. Pero si el Gobierno, con esto, había impedido las demostraciones de Cádiz y Valencia, no pudo anular la inmensa manifestación que se organizó en Barcelona para recibirlos. Ascaso, en su escrito de despedida, decía que lo que se pretendía deportar eran las ideas, pero que éstas quedaban allí. Efectivamente, la CNT, en poco más de un año, de ochocientos mil adherentes pasó a un millón doscientos mil.

Escisión en la CNT

Durante los siete meses que Durruti y sus compañeros de deportación pasaron aislados socialmente, la situación socio-política en España había ido evolucionando. Apremiados por las circunstancias del levantamiento de Sanjurjo y sus amigos, las Cortes terminaron por votar la Ley de Reforma Agraria y la del Estatuto Catalán. Por lo que respecta a este último, el mismo entró en vigor a mediados de septiembre de 1932. Cataluña, desde entonces, tendría un Gobierno Autónomo que se llamaría el Govern de la Generalitat de Catalunya. Podría votar leyes propias, reformas sociales y modificar el estatuto de la enseñanza. Además de estas prerrogativas, ejercería también el control del orden público. El Estado central se reservaba el poder militar, lo que no impedía que, para el nombramiento de los principales jefes militares, se estableciera una entente entre el Gobierno catalán y el de Madrid. Al conferirle el Gobierno de Madrid al de Cataluña la responsabilidad del orden público, le hizo entrega también de los célebres 1.000 rifles que, en 1923, compraran “Los Solidarios” en Eibar.

En el aspecto interno de la CNT, la situación seguía tan confusa como cuando Durruti fue detenido. En abril de aquel año, por la presión de algunos sindicatos y por las exigencias de los presos, particularmente de los que se encontraban en Barcelona, se convocó un Pleno Regional de Sindicatos que se celebró en Sabadell, asistiendo 188 sindicatos representando a 224.822 afiliados. Las dos tendencias chocaron con suma violencia, criticándose al Comité Regional de Cataluña el haber boicoteado la huelga general de febrero, que hubiera podido impedir las deportaciones. También se denunció sus concomitancias con los sectores políticos, particularmente con la Esquerra Catalana; y además, su intervención en mítines al lado de elementos parlamentarios. Esta crítica acerba que se hizo al Comité Regional se amplió alcanzando asimismo al Comité Nacional, particularmente a Pestaña y Francisco Arin, a los cuales se acusaba de abuso de funciones, con deliberado propósito de no enfrentarse con el Gobierno central. Ante una crítica tan dura, Emiliano Mira, secretario del Comité Regional, dimitió, y fue reemplazado por Alejandro Gilabert, destacado militante de los grupos de la FAI. En señal de protesta por este nombramiento, los sindicatos de Sabadell se retiraron del Pleno, marcándose con dicho acto el claro propósito de escindir a la CNT.

En mayo se celebró un Plenario Nacional que resolvió hacer del 29 de aquel mes un día de intensa agitación. Antes se había sancionado ya a Pestaña por abuso de confianza y, conociendo éste perfectamente lo que significaba una sanción de ese tipo dentro de los medios confederales, presentó la dimisión. Francisco Arin se solidarizó con él y ambos salieron del Comité Nacional. La Plenaria nombró provisionalmente a Manuel Rivas como secretario general de la CNT, a título de delegado que era de la regional andaluza, al Comité Nacional. Este nombramiento

y una ponencia sobre los cuadros confederales o grupos de acción confederal, debían pasar a los sindicatos para su aprobación, modificación o rechazo.

Los acuerdos de esta Plenaria tuvieron sobre la CNT efectos negativos y positivos. Veamos los últimos. Con la dimisión de Pestaña y Arin, el organismo nacional adquiere coherencia en su acción, y con la ponencia sobre “los cuadros de defensa confederal” se crea un escudo defensivo a la CNT. La idea de los “grupos confederales” no era nada nuevo, porque más o menos habían existido siempre en la CNT, paralelamente a los grupos anarquistas. En los tristemente célebres años del terrorismo, se les llamaba “grupos sindicalistas de acción revolucionaria” y cumplían la función de coraza armada de la CNT. Después de proclamarse la República, en un pleno nacional se había presentado también la sugerencia de ir a la creación de los “cuadros de defensa confederal” en los sindicatos, pero debido a la confusión que dominaba en el interior de la CNT, por la lucha entre “faístas” y “moderados”, la idea no llegó a plasmarse en realidad. En esta plenaria de mayo se ascendía un peldaño en su creación, puesto que se hablaba en la ponencia de ir, no solamente a su formación, sino a su federación nacional, con miras a la articulación integral de la lucha revolucionaria. ▸

Lo negativo de la Plenaria era que, quisiérase o no reconocerse, la escisión era ya un hecho. Y la salida de Pestaña, quedando libre de responsabilidades en la CNT, la iba a precipitar. Y fue así. Inmediatamente, el periódico fundado por la fracción moderada, titulado *Cultura Libertaria*, acentuó sus ataques contra los elementos de la FAI que, según los moderados, pretendían “imponer su dictadura a la CNT”.

En septiembre, cuando Durruti y Ascaso llegaron a Barcelona, la polémica escrita comenzaba ya a pasar los límites del debate para convertirse en propagación de calumnias, con lo que los “moderados” no hacían otra cosa que alimentar la campaña que contra la FAI llevaba a fondo la prensa burguesa y, en Barcelona sobre todo, se destacaba en ese sentido el periódico *L'Opinió*.

Después de siete meses de alejamiento de la vida familiar y con una chiquilla que Durruti apenas había visto nacer, todo aconsejaba a éste tomarse un reposo, con dedicación amplia a su mujer y su hija. Y más que consejo era una necesidad para sí mismo y para Mimi. Con la deportación de Durruti, su compañera se encontró con una niña de dos meses en sus brazos y sin un céntimo. Las cajas de solidaridad de los sindicatos estaban vacías. Y quien más quien menos si no tenía un familiar preso, lo tenía oculto o perseguido. La situación de miseria era general, y no había manera de que la CNT pudiera atender a todos sus militantes encarcelados o perseguidos. El Sindicato de Espectáculos Públicos arbitró una solución a diversas compañeras, y entre ellas a la de Durruti, que fue colocarlas como empleadas taquilleras en los cines. Pero a Mimi ese empleo le creaba un problema con su hija, puesto que vivía sola. ¿Quién atendería a Colette, desde las 14 horas hasta las doce de la noche? Teresa Margalef, una militante del Sindicato Fabril y Textil, se ofreció a ocuparse de la niña, pero dicha compañera vivía en Horta, lo que significaba que la chiquilla debería dormir allí. No hubo más remedio, y tuvo que aceptarse esa solución, lo que supuso para Mimi ver a su hija un día por semana, sólo el festivo en su trabajo. En torno a todas estas complicaciones de la

vida familiar, hubieron de hablar mucho Durruti y Mimi, pero sin poder llegar a conclusiones que garantizaran la constancia de Durruti en el hogar...

El 15 de septiembre, a las nueve de la noche, se convocó un mitin en el Palacio de las Artes Decorativas de Barcelona, edificio inserto en el circuito que forma la Exposición.

Los oradores anunciados eran: Victoriano Gracia, de la Regional de Aragón, Rioja y Navarra; Félix Valero, de la Regional Levantina; Benito Pabón, de la Regional Andaluza; Durruti y García Oliver. Presidía el acto Alejandro Gilabert, en nombre de la Confederación Regional del Trabajo de la CNT en Cataluña.

Tomamos de la Prensa la descripción de este mitin:

“Una abigarrada multitud invadió todos los jardines de la Exposición. Una concurrencia de más de 80.000 personas patentizó el potencial de la CNT, y demostró que, pese a las tácticas represivas del Gobierno socialfascista, ésta contaba con la mayor parte de la clase obrera española.

“Este mitin ha sido uno de los más emocionantes, cuyo éxito no ha tenido precedentes.

“Miles de trabajadores no pudieron escuchar las palabras anarquistas de los militantes de la CNT por estar completamente lleno el grandioso local del Palacio de las Artes Decorativas, los cuales esperaron estacionados en la Plaza de España, jardines de la Exposición y el Paralelo.

Un imponente ejército de guardias de asalto, policía y guardia civil tomaron los alrededores de la Exposición y sitios estratégicos. El orden, por parte de los obreros, fue absoluto, pero no se puede decir otro tanto del orden de la policía, que constantemente estuvo provocando el enfrentamiento con desplantes y cacheos. Cargaron contra grupos de jóvenes que entonaban himnos revolucionarios, etc....”¹¹⁰.

Entresacamos del periódico citado la reseña del discurso de García Oliver:

“La Ley del 8 de abril significa para la CNT, para los anarquistas, para los militantes, que con una mano se ofrece el oro y con la otra se esgrime la amenaza de las persecuciones. Si alguien se beneficia de esa ley no serán los obreros, sino los militantes. Al querer imponer las comisiones mixtas, habiendo en España 1.000 sindicatos, habría 5.000 hombres que, por pertenecer a ellos, cobrarían 150 pesetas o más por semana, mientras que los trabajadores seguirían percibiendo jornales miserables. Los militantes olvidarían su deber y traicionarían a sus hermanos, perdiéndose así la posibilidad de la revolución”.

Antes que García Oliver, había hablado Durruti. Estas fueron sus palabras:

“Vuestra presencia en este mitin, y mi presencia en esta tribuna, deben mostrar claramente a la burguesía que la CNT y la FAI son fuerzas que aumentan con la represión y son más solidarias en la adversidad.

“A pesar de todos los golpes que la CNT y la FAI han recibido, estas organizaciones no se desvían ni una pulgada de sus objetivos revolucionarios. La demostración de esta noche será una advertencia a la burguesía, al Gobierno y a los

110. *Tierra y Libertad*, 23 de setiembre de 1932.

camaradas socialistas. Unos y otros pueden juzgar que los anarquistas no salen domados de las cárceles ni de las deportaciones, sino más firmes en sus propósitos, más seguros en sus objetivos.

“Pensaron los gobernantes republicanos y socialistas que los hombres y mujeres que militan y actúan en las filas de la CNT y de la FAI eran rebaño, parecido al que ellos dirigen y gobiernan en sus partidos. Y de esa conclusión sacaron que encarcelando a unos cuantos “jefes” y deportando a otros tantos, todo entraría en el orden; la CNT dejaría de actuar y ellos podrían continuar comiendo tranquilamente la sopa boba en el pesebre del Estado. Fallaron en sus cálculos, y con ello han demostrado una vez más su ignorancia de la realidad social y de la razón de ser del anarquismo.

“Para desacreditarnos, la burguesía, con sus plumíferos, ha utilizado el peor de los argumentos, porque eran tan enormes las acusaciones, tales como vendidos a los monárquicos, ladrones, bandoleros, que los trabajadores que nos conocen iban a ser nuestros mejores defensores. Los trabajadores saben perfectamente que los ladrones no se levantan a las seis de la mañana para sudar su jornal en una fábrica. La teoría de “los jefes de la FAI” y de “los ladrones anarquistas” la desvanece vuestra presencia en este mitin. Los verdaderos ladrones no se levantan a las seis de la mañana, ni sus mujeres tienen que arrastrarse por los suelos, sacando la mierda de los ricos para sacar adelante su casa, como hacen nuestras compañeras cuando la burguesía nos deporta, nos encarcela o nos obliga a ocultarnos...

“Los verdaderos ladrones son la burguesía, que se nutre del robo de nuestro trabajo; son los traficantes del comercio, que especulan con nuestra hambre; son los grandes financieros bancarios, que manejan cifras salpicadas de sangre y sudor proletario; son los políticos, que prometen y cuando ascienden a los puestos de diputados comen a dos carrillos, acumulan sueldos y se olvidan en la pesebrera del Estado de todo lo prometido; son...; pero vosotros, los trabajadores que me escucháis, ya los conocéis de sobra, como los *conozco yo*, ¿para qué insistir?

“Cuando nuestros camaradas, los señores diputados socialistas, unieron su voto en las Cortes aprobando nuestra deportación, no hicieron otra cosa que confirmar lo que nosotros venimos diciendo de ellos, es decir, endormecedores de la clase obrera con su cloroformo de socialismo parlamentario...

“Deportando, han facilitado nuestra tarea. Por una vez, el dinero que el Estado roba a los obreros ha valido de algo pagándonos el viaje a Canarias, porque han posibilitado nuestra propaganda anarquista en aquellas islas...

“Si cuando los socialistas y los gobernantes dijeron que nosotros estábamos vendidos a los monárquicos, y esto hubo algún obrero que pudo creerlo, la respuesta que nuestros compañeros sevillanos han dado a Sanjurjo, lo habrá sacado de dudas. Pero que los gobernantes republicanos y socialistas tomen buena lección de lo acaecido en Sevilla. Sanjurjo había dicho: “los anarquistas no pasarán”, y los anarquistas, haciendo morder el polvo a Sanjurjo, han pasado. La CNT dijo no a Sanjurjo, pero también dice no a una República como la que nos gobierna.

“Que los republicanos-socialistas lo sepan, y por ello lo decimos claro: o bien la República resuelve el problema campesino y el del obrero industrial, o será el pueblo obrero quien lo resuelva. Pero ¿puede la República, tal y como está cons-

tituida, resolver esos y otros urgentes problemas? No queremos engañar a nadie, y lo decimos firmemente para que toda la clase obrera lo oiga: la República, o cualquier régimen político por el estilo, con socialistas o sin ellos, no resolverá jamás el problema obrero. Un sistema basado en la propiedad privada y en la autoridad de mando no puede privarse de tener esclavos. Y si el trabajador quiere ser digno, vivir libre y dueño de su propio destino, no debe esperar a que se lo entreguen, porque la libertad económica y política no se da, sino que hay que conquistarla. ¡De vosotros, pues, obreros que me escucháis, depende el continuar siendo esclavos modernos u hombres libres! ¡Vosotros debéis, por tanto, decidir!”¹¹¹.

Unos días después de la intervención en el mitin mencionado, la prensa publicaba la noticia de la detención de Durruti:

“En la Jefatura de Policía de Barcelona se incubaba el terror. Dieciocho compañeros de Tarrasa continúan en los calabozos policiacos. Ascaso y Durruti comunicados en las mazmorras de la Jefatura”.

Tales eran los títulos y subtítulos con que *Tierra y Libertad*, del día 23 de septiembre, informaba del arresto. A continuación, informaba lo siguiente:

“El sábado, de madrugada, la policía, con varios guardias de asalto, irrumpieron en nuestra redacción. Buscaban al camarada Ascaso.

“Después, por los periódicos, nos enteramos que los compañeros Domingo Ascaso y Durruti han sido detenidos, y que están incomunicados en las infectas y húmedas mazmorras de la Vía Layetana.

“Renace intensamente el terror. Se recrudece la ofensiva contra los anarquistas, y las maquinaciones represivas están al orden del día entre la gentuza “chapada”. ¿Qué se pretende hacer con las detenciones de Ascaso y Durruti? ¿Qué, con los detenidos de Tarrasa, por supuesta reunión clandestina?”¹¹².

Esta nueva detención de Durruti, justificada simplemente por “motivos de orden gubernativos”, se prolongará dos meses, pasados en la cárcel Modelo de Barcelona. Si Mimi había pensado que, con la salida de Durruti de la deportación, su vida iba a dulcificarse, se había equivocado, porque por el encarcelamiento de aquél en la Modelo se agravaba aún más la disponibilidad de su tiempo y su escaso peculio familiar, habiendo de atender al detenido.

Paralela a la nueva ola de represión, sobrevino el manifiesto de los Sindicatos de Sabadell, los cuales declaran romper con la CNT para constituirse en sindicato independiente. Aunque este manifiesto creaba una grave situación a la CNT, sobre todo por las condiciones represivas que se estaban viviendo, su aparición supuso un cierto alivio para el cuerpo enfermo: era mejor saber ya a qué atenerse, que estar constantemente a la defensiva y ver transformarse todas las reuniones en enconados debates que consumían el tiempo útil y significaban, en la práctica, un desgaste enorme de energías.

De la publicación de ese manifiesto, *Tierra y Libertad* extraía una enseñanza que comunicaba a sus lectores:

111. *Idem*.

112. *Idem*.

“El manifiesto de los sindicalistas de Sabadell nos enseña que los anarquistas no deben situarse al margen del movimiento obrero, sino que, por el contrario, deben estar en sus puestos de avanzada. Única forma de que no se apoderen de las organizaciones obreras los servidores de la burguesía”.

Y el mismo periódico entendía dicho “sindicalismo” como una creación burguesa:

“Ante la bancarrota del socialismo español, era necesario, para la clase capitalista, un nuevo engendro sindical que no fuera del corte de los Sindicatos Libres ni del de los Sindicatos Únicos, pero que sirviera de dique a las ansias reivindicadoras y revolucionarias del proletariado español. Y la idea de ese engendro ignominioso ha sido lanzada por los políticos que dirigían la organización de Sabadell. Satisfecha puede estar la burguesía catalana con sus nuevos defensores, satisfechas pueden estar las izquierdas y derechas republicanas, y los periódicos republicanos y policíacos al estilo de *L’Opinió*, con esa especie de sindicalismo que expulsa del seno a los anarquistas y llama, a los que no se doblegan ante ninguna injusticia, “extremistas y perturbadores” 113.

En prevención a la ya inevitable escisión, la FAI lanzó un manifiesto de orientación a los anarquistas, firmado por el Comité Peninsular, la Comisión de Relaciones Anarquistas de los Grupos de Cataluña y la Federación Local de Grupos de Barcelona. En este manifiesto, en los párrafos relativos al estudio de la situación creada por la República y la estancia en los cargos dirigentes de la CNT de ciertos individuos, que habían trabajado en frenar el proceso revolucionario iniciado el 14 de abril de 1931, se lee fácilmente el pensamiento del grupo “Nosotros”. Y ello se explica en razón de encontrarse García Oliver formando parte del Comité Peninsular de la FAI. El manifiesto encierra un deseo de moderación, con el propósito de limitar los desgastes de la escisión. Y en él se lee:

“La CNT, obra magnífica del espíritu creador de los anarquistas españoles, está abocada a un trance de escisión por el que nunca había pasado. Nuestra valiente Confederación Nacional del Trabajo, merced al noble y elevado espíritu de sus militantes, ha pasado por toda clase de situaciones difícilísimas, sin que su unidad se viese nunca comprometida.

“Ahora, debido a la acción demoleadora de un puñado, muy pocos afortunadamente, de sus militantes, es casi indudable que se va a escindir. Para cuando ese momento llegue (...) conviene que todos, anarquistas, sindicalistas revolucionarios y simples obreros, sepan de las ocultas intenciones que animan a los que pretenden escindirla. De esta manera conseguiremos que, cuando la escisión llegue, el trance sea lo menos doloroso posible. Porque esperamos, y de ello estamos firmemente convencidos, que muchos de los que actualmente todavía no se han decidido entre “extremistas” y “moderados”, seguirán fieles a los principios revolucionarios de la CNT...” 114.

La escisión apuntada se consumó oficialmente en marzo de 1933 con una

113. *Idem*.

114. *Tierra y Libertad*, 4 de noviembre de 1932.

Conferencia Sindical celebrada en el Cine Meridiana. Desde noviembre de 1932 hasta marzo de 1933, lo único que desde *Cultura Libertaria* se criticaba era la “pre-tensión de la FAI de ejercer su dictadura en la CNT”. El reproche resultaba más que injustificado, sencillamente porque no se ejercía una dictadura, sino una influencia dentro de los sindicatos. ¿Tenían o no tenían derecho los anarquistas, en tanto que trabajadores, a pertenecer a la CNT? Y si pertenecían a ella, ¿por que razón habían de ocultar su pensamiento en las asambleas sindicales? En torno a estas dos preguntas, Francisco Ascaso escribió un artículo que se publicó en *Solidaridad Obrera*, bajo el título: “¿Independencia sindical?”. Y desarrollaba el tema de la manera siguiente:

“Dentro de nuestra organización, una de las cuestiones más palpitantes en la actualidad es la influencia anarquista en los Sindicatos. Recuerdo yo tiempos pasados, cuando los anarquistas, que rehuían más que buscaban los cargos en la organización, eran para los trabajadores, por su solvencia y moralidad, por su *intransigencia revolucionaria* sobre todo, la mejor garantía de posibles realizaciones. Hoy las cosas han cambiado, al parecer, y es esa misma intransigencia lo que más se combate.

“Defendemos la independencia de la CNT”, se nos dice, y luego se argumenta, o se intenta argumentar, sobre una pretendida dictadura de la FAI en nuestra organización. La insensatez de tal afirmación la prueban los debates del último Pleno a este respecto. Se perora, se habla sin probar nada. Todo en términos de la más pura demagogia, y si bien esta demagogia tiene, para los inconscientes, cierto aspecto de fácil impresión aparente, examinada en el fondo con serenidad, no es ni más ni menos que la propia condenación de quienes la emplean.

“En primer lugar, no hay ningún militante que, como tal “faísta”, intervenga en las cuestiones sindicales y, trabajando en el Ramo del Agua, cotizando mi carnet en el Sindicato Fabril, cuando yo intervengo en las asambleas del Sindicato lo hago como explotado por la industria mencionada y con el derecho que me concede el carnet que poseo, al igual que obran los demás militantes, pertenezcan o no a la FAI.

“Si se reconoce por unos y otros que la CNT fue inspirada, estructurada y engrandecida por la actuación de los anarquistas, si éstos actúan dentro de la misma con los derechos que a cada explotado se le reconocen, no puede admitirse esa pretendida campaña de “independencia sindical”, a no ser que se empiece por renegar de los orígenes anárquicos de nuestro organismo, negándole toda finalidad ideológica para emplearla en un franco plano de defensa económica de la clase trabajadora, sin más aspiraciones. Si, por el contrario, se está de acuerdo con su finalidad comunista libertaria, entonces no puede combatirse, en ninguna forma, la mayor o menor cantidad de anarquismo desarrollado dentro de nuestros Sindicatos, sino que, siendo lógicos con nuestras propias aspiraciones, consecuentes con nuestras ideas, debemos colaborar y estimular cuanto de anarquismo se manifiesta en nuestra organización.

“Aceptamos, se nos dirá, que los anarquistas actúen en el seno de la organización; pero no estamos de acuerdo en que la Federación Anarquista Ibérica, desde fuera, marque trayectorias o normas a la organización”. Lo difícil aquí será, como

ya dije antes, probar que la FAI haya intentado nunca marcar esas normas y trayectorias. En cambio, nosotros podríamos probar el daño que se hace a nuestro organismo confederal adoptando la actitud que adoptan los “independientes”.

“Nadie ignora que todos los organismos arrastran tras de sí una gran cantidad de lastre inútil. La CNT no puede sustraerse a ese fenómeno. Si bien ese lastre, por su natural condición, no tiene capacidad necesaria para manifestarse en forma agresiva, acecha, espera que otro factor cualquiera la inicie para incorporarse al mismo como tal.

“Es así como se ha producido ese fenómeno que nosotros hemos constatado, ese deslizamiento de ciertos elementos hacia los que levantan bandera de independencia. No ven en ello, al menos así lo interpretan más que un ataque al anarquismo, y, reformistas por temperamento, considerando que la influencia anárquica en los Sindicatos representa la lucha franca contra el capital y el Estado, lucha que encierra en sí ciertos peligros —actitudes difíciles que ellos no quieren adoptar por conformismo y pobreza espiritual—, obstaculizan y mediatizan el aspecto revolucionario de la organización. Con ellos, los que levantan bandera de independencia sindical de la CNT, se ven enrolados, no ya en la lucha por esa independencia que se defiende con ardores dignos de mejor causa, sino en la lucha contra el anarquismo dentro y fuera de la CNT, y esto representa indiscutiblemente un ataque directo a los principios de la organización, una negación del anarquismo que, a veces, dicen ellos mismos profesar. ¿Independencia sindical? Sí, pero respetando todos estos principios, tácticas y finalidad de la organización confederal.

“La FAI tiene su campo de acción y propaganda bien marcado y delimitado en aquellos problemas inherentes al anarquismo. No serán ni los militantes, ni la CNT, quienes pongan trabas a los actos de afirmación anarquista en sus mítines y conferencias con carácter específico. La actuación de los anarquistas en los Sindicatos está también definida, pero ¿cómo podremos aceptar o conceptuar aquellas organizaciones que, como la Federación Sindicalista Libertaria, dicen no tener más finalidad y otros objetivos que los propios de la CNT, y se forman al margen de la organización, viven aparte de ésta y tratan de influenciarla desde fuera?

“Yo acepto que todos aquellos que coincidan con los principios tácticos y finalidades de la CNT, pidan, exijan la independencia de la misma, pero desde dentro de la misma, en los Sindicatos respectivos. En ninguna forma es aceptable que aquellos que claman contra la pretendida dictadura de la FAI, se erijan ellos mismos en mentores de la CNT e intenten, con la formación de una organización al margen, imponer su dictadura. Hay que ser lógicos y consecuentes, camaradas; en caso contrario, nos será permitido creer que la pretendida lucha por la independencia sindical no encierra ni más ni menos que un ataque encubierto al anarquismo y, con ello, a la ideología de la CNT; y esto, ni la organización ni sus militantes están dispuestos a tolerarlo”¹¹⁵.

115. *Solidaridad Obrera*, del 19 de marzo de 1933. Artículo de Francisco Ascaso titulado “Independencia sindical.”

El ciclo insurreccional

A primeros de diciembre de 1932, después de cerca de tres meses de prisión gubernativa, sin que Durruti pudiera saber jamás a qué se debía esa medida, salió en libertad. De nuevo en la calle, y de nuevo los problemas de siempre. No tuvo dificultad alguna en hacerse admitir en su antiguo empleo de mecánico, en la fábrica textil donde trabajara desde el 11 de mayo de 1931; o sea, su primer empleo desde que llegó del exilio.

Lo primero que se preguntó Mimi fue hasta cuándo duraría la libertad, cuando Durruti le comunicó, tres días después de estar libre, que aquella noche se reunía todo el grupo para estudiar las actitudes a adoptar frente a los nuevos problemas que planteaba a la CNT el reciente poder autónomo de la Generalitat de Catalunya.

La reunión tuvo lugar en la casa que habitaba García Oliver, en la barriada de Sants. A la hora convenida, se encontraron allí Antonio Ortiz y Gregorio Jover, Francisco Ascaso y su hermano Domingo —el cual, aunque no pertenecía al grupo, gozaba de la confianza de todos sus miembros—, Aurelio Fernández y María Luisa Tejedor, su compañera, miembro también del grupo; Durruti, Ricardo Sanz y García Vivancos, que habían llegado en grupo, seguidos, poco después, por Pepita Not y Julia López Maimar.

¿Objeto de la reunión? García Oliver había sido encargado por el Comité Regional de la CNT —y esto por acuerdo de un pleno regional— de la elaboración de un plan insurreccional a poner en práctica en el momento en que se juzgara oportuno.

Y el momento parecía haber llegado:

“Desde la instauración del régimen autónomo en Cataluña (septiembre, 1932), la situación social en esta región se complicó aún más de lo que ya estaba. El Gobierno catalán se caracteriza desde los primeros momentos por su nacionalismo desorbitado. Los antiguos camaradas de Francesc Layret y de Salvador Seguí, los Companys (ex-abogado de la CNT), Martí Barrera (ex-administrador de *Solidaridad Obrera*) y Jaume Aiguader (ex-médico de los trabajadores), dirigentes del joven partido que ostenta la representación del Gobierno regional, no pueden tolerar la coexistencia de dos poderes en Cataluña: el de la “Esquerra Republicana” y el de la CNT. Josep Dencàs, Miguel Badia y Josep Oriol Anguera de Sojo, instrumentos de la política catalana y ejecutores de las consignas de Maura (el de los “ciento ocho muertos”), tratan de aplastar a la CNT con la clausura sistemática de sus Sindicatos, con la supresión de su Prensa, con el régimen de prisiones gubernativas y la política terrorista de policías y “escamots”. Los “Casals” de la Esquerra se convierten en mazmorras clandestinas, donde se se-

cuestra y apalea a los trabajadores confederales. He aquí el origen del movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933” 116.

Cuando García Oliver defendió su proyecto revolucionario ante el Pleno regional de la CNT, se fundamentó en las bases globales de la situación que se había creado en España por la política del Gobierno republicano:

“Desde el momento que el Estado republicano español se ponía al servicio de capitalistas nacionales y extranjeros, ya no tenían razón de ser las huelgas parciales llevadas en un plano de lucha económica dentro de las fábricas, talleres y empresas. El poder del Estado sólo se vence mediante el poder de la revolución.

“Esto explica los movimientos revolucionarios que acabamos de vivir. Y explica también los movimientos revolucionarios que, sin duda alguna, iremos viendo en el porvenir, durante el cual, según criterio de los periodistas burgueses, el anarquismo español seguirá jugándose la última carta. Claro que los periodistas burgueses se deben referir a la última carta de un juego de baraja sin fin” 117.

García Oliver no estaba solo en este criterio y posición. Todos los integrantes del grupo “Nosotros” coincidían y compartían dichos juicios. Pero había que lamentar, como expresó Durruti, el tiempo perdido en los debates internos, tiempo que había sido ganado por el poder republicano para fortalecerse, creando un cuerpo auxiliar de policía (la Guardia de Asalto) perfectamente entrenado y bien armado con dotación moderna de combate. El daño principal que nos ha causado, que ha causado al proletariado español, el “treintismo”, fue justamente ése: “retrasar el triunfo proletario”. Se convenía que “durante los primeros nueve meses de la República burguesa, hubiera sido sumamente fácil desencadenar la revolución social: la República no contaba con los Guardias de Asalto, el Ejército estaba indisciplinado y más bien se inclinaba al lado del pueblo, y la Guardia Civil, repudiada como estaba, cruzaba una crisis de desaliento. Todo lo que eran fuerzas coercitivas del Estado estaban anuladas, porque les faltaba el ligamen de la autoridad que les diera coherencia y unidad”. Reconocido esto, se “consideraba —no obstante— que sin tener el comunismo libertario el triunfo al alcance de la mano, era preciso impedir a toda costa que el Gobierno afirmara su autoridad, y no podría afirmarla si el anarquismo sabía mantener una situación permanentemente pre-revolucionaria”. La acción de los mineros de Fígols había hecho avanzar la revolución, como proyecto de realización, en la mente de los trabajadores “más que varias toneladas de propaganda”. La acción psicológica de actos insurreccionales del tipo de los de Fígols “poseen la virtud de acercar el imposible a lo posible”. Lo que importaba no era el triunfo aparente, sino lo que se “ganaba en profundidad”. Cada golpe audaz de ese tipo “repercutía profundamente en la clase obrera, y ésta tomaba ánimos y fuerzas”. Y “un aumento de fuerzas en la clase obrera significaba

116. Ricardo Sanz, op. cit.

117. Esa posición no es nueva en García Oliver. En un artículo aparecido en *Tierra y Libertad* de 25 de marzo de 1932, con el título “La baraja sin fin”, fechado en la cárcel el 10 de marzo de 1932, expone García Oliver el mismo análisis. Para lo relativo a ese Pleno, nos valemos también del testimonio de Francisco Isglesas.

fatalmente una disminución de capacidad de resistencia de la burguesía y del Estado” 118.

Bajo las perspectivas descritas se adoptó el proyecto insurreccional presentado por García Oliver en el grupo “Nosotros”. Sin embargo, ese proyecto no pasaría a su realización mientras no fuese aceptado por la organización de la CNT catalana.

A mediados de diciembre, el Comité Regional de la CNT de Cataluña convocó un Pleno regional. Ante ese pleno, García Oliver desarrolló el proyecto revolucionario en sus aspectos técnicos y psicológicos, de cara a la clase obrera y frente a las fuerzas del Estado. La asamblea se dividió en dos corrientes que, aunque no contradictorias, resultaban discrepantes, lo cual indicaba que aún existía el peso de la influencia “treintista” en algunos delegados.

Una tendencia se mostraba partidaria de no precipitar las cosas. Era preciso, dados los trastornos que los “treintistas” causaban en la organización, articular ésta mejor de lo que estaba para lanzarse, después, en mejores condiciones, al ataque.

Los oponentes a la citada tendencia, aun reconociendo el valor de los argumentos esgrimidos, consideraban que el tiempo no trabajaba en favor de la CNT, y que ésta debía con una prueba de fuerza, demostrar al poder catalán y al poder de Madrid que no se podía gobernar contra la CNT. A esta imperiosa necesidad se añadía la importancia que tendría en la clase obrera una insurrección como la proyectada, y el impacto que causaría en las masas obreras que seguían al socialismo gubernamental.

Al final y no por mayoría, sino por comprensión de la difícil situación en que se encontraba la CNT, se aceptó unánimemente el proyecto insurreccional 119.

Se nombró un Comité Revolucionario en el que entraron Durruti, Ascaso y García Oliver, en espera de que el Comité Nacional de la CNT nombrara su delegado, representación que también recayó en la persona de Durruti. A título de representante del Comité Nacional en el Comité Revolucionario, Durruti salió para Cádiz, donde la Confederación Regional de Andalucía de la CNT convocó un Pleno regional, con el fin de estudiar la aplicación del proyecto insurreccional.

El Pleno andaluz se celebró en Jerez de la Frontera. Las condiciones por las que atravesaba Andalucía no permitían la celebración de esa asamblea regional legalmente; por tanto, fue convocada clandestinamente. Pero la policía, informada por sus confidentes, se movilizó con órdenes de detener a los delegados que acudieran a dicha reunión plenaria. Sin embargo, a pesar de la información, la policía ignoraba el lugar exacto y mientras vigilaba y patrullaba por Cádiz, controlando sus entradas y salidas, el pleno regional pudo celebrarse en Jerez de la Frontera sin obstáculo alguno.

En ese pleno se convino que la señal de entrar en acción en Andalucía sería el momento en que se anunciara por Radio Barcelona que los revolucionarios se habían apoderado de la estación radiofónica. Si el movimiento fracasaba en Barcelona, Andalucía y el resto del país no intervendrían en la lucha.

118. Esta era la posición que el grupo “Nosotros” sostuvo durante todo el citado período.

119. Testimonio de Francisco Isgleas.

Para la dirección del movimiento revolucionario en la región andaluza se nombró un Comité Revolucionario compuesto por Vicente Ballester (CNT), Rafael Peña (FAI) y Miguel Arcas (Juventudes Libertarias). La misión principal de este Comité era instrumentar el movimiento desde Sevilla, donde se apoderarían de la emisora de Radio y mantendrían, a través de ella, con clave convenida, el contacto con los Comités locales y provinciales constituidos sobre la misma base representativa que el general de Sevilla ¹²⁰.

El plan operacional de Barcelona, la plaza y objetivo directriz, que con la ocupación de la emisora desencadenaría la lucha en todos los sectores comprometidos en la insurrección, fue el siguiente:

Barcelona se dividió en tres sectores: a) Terrassa-Hospitalet, Sants, Hostafrancs y Distrito V. Objetivo: cuartel de la Guardia de Asalto, Plaza de España, Aeródromo del Prat de Llobregat, cerco a los cuarteles de Infantería de Pedralbes, Caballería de la calle de Tarragona, asalto a la cárcel Modelo y cerco al cuartel de Atarazanas y cuartel de Carabineros de la calle de San Pablo. Los grupos del Poble Sec se apoderarían de las centrales de Gas y Electricidad, así como de la Campsa (depósito y almacenes de petróleo y gasolina). Este sector quedó a cargo de García Oliver.

b) Las barriadas de Poble Nou, Sant Martí y Sant Andreu, con misión de ocupar o impedir la salida de fuerzas militares del Parque de Artillería y cuarteles de Infantería de Sant Andreu, Artillería de la Avenida Icaria y cerco al cuartel de Infantería del Parque de la Ciudadela. Sector a cargo de Francisco Ascaso.

c) Sector Horta-Carmelo-Gracia. Misión: cerco de los cuarteles de la Guardia Civil de la Travessera de Gracia, Navas de Tolosa y del cuartel de Caballería de la calle de Lepanto. Zona de operaciones de Durruti ¹²¹.

El objetivo esencial en estos tres sectores era impedir a toda costa que las tropas o la Guardia Civil saliesen de sus cuarteles, facilitando así el trabajo de los grupos actuantes en el centro de la capital, en tanto que guerrilla urbana con misión de ocupar la Telefónica, las emisoras de Radio y los centros oficiales de Gobierno: Generalitat, Capitanía y Jefatura Superior de Policía.

No había fecha convenida, y el movimiento debía desencadenarse en el momento que se creyera más oportuno. Pero las circunstancias iban a imponer un ritmo no deseado a los hechos. En uno de los talleres-depósito de fabricación de bombas de mano, instalado en la barriada del Clot, que se encontraba a cargo de los compañeros Hilario Esteban y Meler, se produjo una explosión que llenó de inquietud al vecindario y trajo la intervención de la policía. El descubrimiento de este depósito hizo pensar a las autoridades que la CNT estaba preparando *algo*, y como medida de precaución se ordenó la detención de algunos militantes y una amplia investigación sobre los lugares sospechosos. ¿Qué hacer? ¿Esperar que lo que tantos sacrificios había costado forjar cayera en manos de la policía? Se optó

120. Federica Montseny, *María Silva, la Libertaria*, CNT, Toulouse, Francia, 1947.

121. Datos suministrados por el militante del Sindicato de la Construcción de Barcelona Tomás Pérez.

por la solución extrema, fijándose la fecha del día 8 de enero para el levantamiento insurreccional.

“Se había estudiado un plan de ataque, que comprendía, en principio, inutilizar las fuerzas represivas concentradas en la Jefatura Superior de Policía, en la Vía Layetana, y las de la Guardia Civil, en la Plaza de Palacio, es decir, en el Gobierno Civil.

“Los dos centros oficiales debían ser volados con dinamita. Las explosiones debían producirse entre las 9 y las 10 de la noche, y serían la señal para que los grupos, concentrados en los lugares estratégicos, se lanzaran a los objetivos previamente marcados.

“Una patrulla revolucionaria era la encargada de comprobar, por mediación de desplazamientos en taxis, si cada grupo se encontraba en su sitio. Las armas a emplear serían bombas de mano y pistolas.

“Las bombas que debían explotar en los edificios mencionados eran dos tubos de soldadura autógena de 1,20 m de alto por 70 cm de diámetro cada uno de ellos.

El día 8 de enero, a las 8 en punto de la mañana, en la calle de Mercaders, “dos albañiles y un peón se detenían tirando de un carretón de mano, cargado de ladrillos, cemento y yeso, camuflando los artefactos, y en menos de un cuarto de hora la operación quedó terminada”.

La operación consistió en deslizar los dos tubos por la cloaca, para su traslado por ellas a los lugares en que debían ser colocados para su función última.

“El trabajo de traslado de los tubos, de un peso cada uno de 90 kilos, a través de las cloacas, fue difícil. El que se situó bajo la Jefatura Superior de Policía fue extremadamente fácil, debido a la altura de dos metros de la bóveda de la cloaca en ese sitio; pero el que hubo de colocarse bajo el Gobierno Civil fue extremadamente difícil. Desde la plaza de Antonio López hasta la plaza de Palacio, la cloaca mide un metro y medio de altura. El agua en ese lugar cubre casi unos sesenta centímetros, y había que andar entre ella, cosa que dificultaba extremadamente la marcha de los portadores de la bomba, que era de dos personas, debido al poco espacio de maniobra que había. La operación de colocación de los aparatos empleó unas ocho horas, y terminado el trabajo, quedaron repartidos en dos equipos para prender fuego a los artefactos en el momento oportuno.

“En el intervalo en que se realizaba la puesta en lugar de los artefactos, ocurrió un accidente, pues a eso de las ocho de la noche fueron detenidos, en un coche de los que patrullaban, García Oliver y Gregorio Jover. Hubieran podido defenderse, puesto que iban armados, pero pensaron no hacerlo, para no comprometer la operación final. Fueron conducidos a la Jefatura Superior de Policía, donde se encontraban otros detenidos.

“¿Qué podían pensar García Oliver y Gregorio Jover de su mala suerte? Ellos sabían perfectamente que la Jefatura iba a volar de un momento a otro... Aceptaron su suerte, pensando que a lo mejor resultaría ventajoso, si no morían entre los escombros, encontrarse ya en el centro de ocupación de la Jefatura.

“A las 22 horas de aquella noche del 8 de enero se produjo la explosión de la bomba, debajo de la construcción donde estaba la Jefatura, fallando, en cambio, la del Gobierno civil, por causas técnicas.

“El edificio de la Jefatura de Policía no se vino abajo, tal como se esperaba, por una causa natural. Dicho edificio está retirado más de seis metros de la línea recta de los otros, por una acera muy espaciosa. Los hombres que colocaron el artefacto tuvieron en cuenta esa anomalía, y procuraron hundir el tubo todo lo que pudieron en la derivación del desagüe. Pero la explosión no alcanzó los cimientos del edificio, y con ello éste quedó en pie. No obstante, para los que presenciaron la explosión, de cerca o de lejos, todos convinieron en decir que había sido algo aterrador. Los que se encontraban detenidos sintieron los efectos de un terremoto. Los guardias de vigilancia salieron a la calle en pijama o en calzoncillos, pensando que se trataba de un asalto generalizado...”¹²².

Como estaba convenido, después de esta explosión comenzó, con mayor o menor intensidad, la lucha en diversos sectores de Barcelona y su provincia. Los revolucionarios, que contaban con la sorpresa, hubieron pronto de convencerse de que la policía había tomado medidas que imposibilitaban la realización del plan, en sentido general, se entiende.

Uno de los participantes junto a Durruti en el intento de asalto al cuartel de la Guardia Civil de la Travessera de Gracia, explica la movilización de la policía, no por razones de que ésta estuviese sobre aviso, sino porque esa movilización era casi permanente en Barcelona, y más aún después del descubrimiento del almacén de explosivos de la barriada del Clot.

Otro de los testigos, el estudiante Benjamín Cano Ruiz, cuenta que acudió al lugar en que se encontraba Durruti repartiendo armas, y contagiado por el entusiasmo solicitó una para “morir por la gran causa del proletariado”; pero Durruti no quiso dársela, diciéndole, como respuesta a sus palabras lo siguiente: “No es hora de morir sino de vivir. Nuestra lucha es larga, y no consiste sólo en pegar tiros. La retaguardia activa vale tanto o más que la vanguardia combatiente. Tu lugar no está aquí, sino en la escuela”¹²³.

La insurrección comenzada al anochecer, terminaba en la madrugada del día 9.

“La detención, en los primeros momentos, de los principales animadores de la lucha, redujo —en lo que a la Ciudad Condal se refiere— las proporciones de este movimiento a tiroteos aislados en las Ramblas (muerte de Joaquín Blanco, en el Sindicato Gastronómico), frente a algunos cuarteles y en la barriadas obreras. En Lérida se produjo un intento de asalto al cuartel de “La Panera”, en cuya acción murieron los confederales Burillo, Gou, Oncinas y Gesio. En Tarrasa hubo también tiroteos. En Cerdanyola y Ripollet fue proclamado el comunismo libertario”¹²⁴.

Fracasada la insurrección en la capital, no quedaba a los comprometidos más que esquivar a la policía, salvando personas y armamento, es decir, las escasas pistolas y las rudimentarias bombas de mano que aún quedaban en poder de algunos de ellos.

122. Ricardo Sanz, op. cit.

123. *Tierra y Libertad*, noviembre de 1966, México. Artículo de Benjamín Cano Ruiz.

124. José Peirats, op. cit., vol. I

Cuando el vecindario de Barcelona, particularmente en las barriadas obreras, salieron a la calle el lunes, comprobaron los del Clot los efectos de la lucha, con dos caballos de la Guardia de Seguridad muertos y una medio barricada levantada en la plaza del Mercado ¹²⁵. En otras barriadas se presenciaron estampas parecidas, así como el aspecto de una ciudad sometida al control policiaco con la declaración del Estado de Guerra.

Los sótanos de las comisarías de Policía rebosaban de detenidos, y en los de la Jefatura Superior se aporreaba salvajemente a los detenidos, llevando la peor parte García Oliver, a quien se señalaba como el cabecilla de la revuelta proletaria.

Como resumen de esta jornada, Peirats, protagonista e historiador de los sucesos, escribe:

“El movimiento del 8 de enero fue organizado por los Cuadros de Defensa, organismo de choque formado por los grupos de acción de la CNT y de la FAI. Estos grupos, deficientemente armados, cifraban su esperanza en la acción de algunas tropas comprometidas y también en el contagio popular. La huelga general ferroviaria se hallaba encomendada a la Federación Nacional de este ramo del Transporte, minoritaria ante el Sindicato Nacional Ferroviario de la UGT, y no llegó ni siquiera a iniciarse” ¹²⁶.

En Levante la insurrección tocó la zona rural de Ribarroja, Bétera, Pedralba y Bugarra, en cuyos pueblos, después de haber asaltado los ayuntamientos y desarmado a la Guardia Civil, se incendiaron los registros de la propiedad y se proclamó el comunismo libertario.

En Andalucía el movimiento también tuvo su influencia en Arcos de la Frontera, Utrera, Málaga, La Rinconada, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y otros pueblos, y alcanzó carácter escalofriante en Casas Viejas, donde la Guardia de Asalto, a las órdenes del capitán Rojas, incendió las chozas de los campesinos, quemando vivos a los moradores ¹²⁷. Interrogado más tarde el capitán Rojas sobre el porqué de aquella represión tan salvaje, repuso que había recibido órdenes directas del Jefe del Gobierno, Manuel Azaña, en este sentido: “Ni heridos ni prisioneros”. Explicación justificatoria que Francisco Ascaso, desde el refugio que había encontrado junto a Durruti, objetó con un artículo titulado “¡¡Ni aunque lo manden, capitán!!”:

“Yo he visto, capitán, caer a mis compañeros, a mis hermanos, doblándose despacio, en agónico estertor, y quedar extendidos en la tierra. Borbotones de sangre por la boca, y en la frente los pequeños agujeros por donde huye la vida. Agujeros de muerte que trituraban el cráneo de quien los recibía, y la razón de quien los contemplaba. Anido y Arlegui lo mandaban.

“Yo he visto repartir culatazos que destrozaban dientes, cejas y labios; caer los hombres sin sentido, y reanimarlos con cubos de agua para recomenzar de nuevo

125. Testimonio del autor.

126. José Peirats, op. cit., vol I.

127. Eduardo de Guzmán publicó en *La Tierra*, enero de 1933, un reportaje a lo vivo sobre estos sucesos. Peirats, op. cit., vol. I, reproduce íntegramente dicho documento.

el apaleamiento y caer nuevamente deshechos otra vez. Yo he oído —éste es el peor de los suplicios— los gritos de dolor de los martirizados. Yo recuerdo la historia que me contaba un viejo amigo cuando estuve en Chile. “Los españoles — me decía—, que tanto blasonan por allá de haber aportado a América la civilización, no son dignos más que del odio y del rencor tradicional que en el fondo nos profesan estos americanos.

“Yo he visto, capitán, durante mi paso por México, un cuadro en un Museo, representación exacta de una histórica hazaña de Hernán Cortés y sus huestes: Moctezuma y uno de sus jefes sufrieron el suplicio del fuego para que descubrieran el tesoro azteca. Mientras los barbudos de Cortés quemaban los pies de aquellos indios, éstos sonreían despectivos con una sonrisa que nada descubría. Vi también, capitán, en Tacuba (México), el gigantesco y milenarismo “árbol de la noche triste”, donde Hernán Cortés fue a llorar su impotencia, después de su hazaña inquisitorial. Y vi también —de esto no hace mucho— cómo en Villa Cisneros un pobre negro, amigo del compañero Arcas, después de atado a cuatro estacas clavadas en tierra, recibió cincuenta vergajazos por robar un plato al sargento de aviación de la plaza. Yo he visto muchas cosas, capitán; que me permiten no asustarme ante la maldad de los hombres. Las he sufrido yo también; pero no hablemos de eso; he visto muchas cosas, repito, pero nunca creí que alguien pudiera superarlas. Creía, sí, que cada una de ellas correspondía a una época, a una situación propia de circunstancias y de latitudes. ¡Jamás pude suponer que las reuniríais todas, capitán!

“¡Casas Viejas! ¡Casas Viejas! Habéis repartido culatazos, vergajazos que desgarraban miembros de los hombres, que arrancaban gritos de dolor y de rabia. Habéis quemado seres vivos, entre ellos una niña de ocho años.

“Los habéis maniatado, pues no teníais bastante arrancándolos de los brazos de sus madres, y coronado después con los macabros agujeros por donde huye la vida, florecillas rojas, corona del martirio.

“Y todo, según vos, “porque así lo mandaban”. Pero ¿es que no hay dignidad, sensibilidad ni hombría? ¿Perteneceis acaso a otra raza que no sea la humana? ¿Y por eso no hallaba eco en vos el dolor de los otros? ¿Habéis podido contemplar cómo los hombres se doblaban despacio en agónico estertor, quedando extendidos en tierra, echando borbotones de sangre por la boca, y tenido el sadismo de pedir, de ordenar: “¡Más! ¡Todavía más!””, sin que vuestro corazón sintiera el frío del acero que traspasaba el corazón de los otros?

“Porque lo mandaban... Porque así lo mandaban... ¡Ni aunque lo manden, capitán!! ¡Ni aunque lo manden!!

“Hernán Cortés encontró en Tacuba un árbol que escuchase sus lágrimas. Vos, si algún día sintierais la necesidad de llorar, no encontraréis ni tan siquiera un árbol... que os escuche...”¹²⁸

La represión desatada por el Gobierno de Manuel Azaña impidió, por el momento, que se conociera el crimen cometido en Casas Viejas, pues suspendió

128. *Solidaridad Obrera*, 3 de marzo de 1933. Artículo de Francisco Ascaso.

toda la prensa libertaria, y en libertad nada más que los plumíferos de la burguesía y los corifeos socialistas, se trató de echar un manto de olvido a lo ocurrido en esa aldea de anarquistas. Pero la crítica arreció contra el *putsch* de la FAI. Durruti replicó a esa crítica desde el periódico clandestino de la CNT, *La Voz Confederal*:

“Nuestro intento revolucionario era necesario, y tanto era y es así que no cesaremos en nuestra línea de acción. Es la única por la cual el Gobierno no podrá fortificarse, y la clase obrera podrá ejercitarse en la lucha revolucionaria que debe conducirla a su liberación.

“Mienten aquellos que dicen que nosotros pensábamos con un golpe de audacia apoderarnos del poder e imponer nuestra dictadura. Nuestra conciencia revolucionaria repudia ese fin. Nosotros queremos una revolución para el pueblo y por el pueblo, porque fuera de esa perspectiva no hay liberación proletaria posible (...). En nuestra acción no hay blanquismo ni trotskismo, sino una clara idea de que la marcha es larga y hay que hacerla *moviéndose, andando...*”

En este artículo Durruti llama la atención de sus compañeros sobre la situación del campesinado:

“Preferentemente hemos de dar una importancia capital al campo -escribe—, porque el campesinado está maduro para la revolución: no les faltaba nada más que un ideal que canalizara su desesperación. Y con el comunismo libertario lo han encontrado. Nuestra revolución será una revolución profundamente humana y campesina”.

Por su parte, García Oliver, en la cárcel Modelo de Barcelona, mantenía las mismas tesis. El 8 de enero no era una gesta inútil. ¿Que había causado víctimas?, era claro; pero cuando un Gobierno socialista-republicano llega a cometer salvajadas como la de Casas Viejas, la democracia social-burguesa fatalmente moría, incluso en el alma de sus más generosos defensores...

En la calle, los “treintistas” arrecian en sus críticas, tomando, como argumento supremo para demostrar la dictadura de la FAI en la CNT, el movimiento del 8 de enero. El Comité Regional de la CNT tuvo que hacer frente a esa avalancha crítica, y convocó una Conferencia Sindical regional para el 5 de marzo de 1933, en la cual se terminó con el pleito, pues los “treintistas”, o fueron expulsados o se retiraron voluntariamente de la CNT, constituyendo separadamente unos llamados “Sindicatos de Oposición”.

Lo que quedaba en Cataluña de la CNT eran 20 Comarcales y tres provincias federadas entre sí, con 278 sindicatos que agrupaban a más de 300.000 afiliados. Lo que se iba quedaba circunscrito a Sabadell y Levante, donde habían hecho mella los “reformistas” en los sindicatos de Metalurgia, Madera y Transporte. En Andalucía contaban con un enclave en Huelva. Y eso era todo. Total, unos sesenta mil afiliados, con los que Angel Pestaña intentó formar unos meses después el llamado Partido Sindicalista.

Terminado el pleito “treintista”, a principio de abril la Prensa dio la noticia de que Ascaso y Durruti habían sido detenidos en Sevilla.

CAPÍTULO XV

Presidiario en El Puerto de Santa María

Durruti y Ascaso, como otros muchos que participaron en los hechos del 8 de enero, pudieron esquivar a la policía y eclipsarse por un tiempo, en espera de que pasara la tormenta.

Por aquellas fechas era Jefe Superior de Policía el ex-conspirador Miguel Badía, quien, en 1925, colocara en las costas de Garraf una bomba para hacer saltar el tren que conducía a Barcelona a Alfonso XIII, y el mismo también que, para efectuar dicho atentado, pidió colaboración al grupo "Los Solidarios", quienes pusieron a su disposición la dinamita que le hacía falta para llevarlo a cabo. Por lo tanto, el conocimiento de Miguel Badía de los anarquistas era estrecho y venía de lejos. Sin embargo, eso no le impidió que se comportara en su ejercicio policiaco mucho peor que se portó el coronel José Arlegui con los confederales. Llevado, pues, de su odio al anarquismo, había conducido la represión, particularmente contra García Oliver, hasta el límite, salvándose el preso de la muerte por puro "milagro". Con Durruti y Ascaso había jurado hacerlos "papilla" tan pronto les echara la mano encima...

Pero los dos condenados por Badía pasaban lentamente los días ocultos en una casa situada en el Carmelo, casi limitando con Horta. Quizá para Durruti fueran los dos meses que pasó allí oculto el tiempo que con más frecuencia pudo ver a su hija y a su compañera, puesto que la casa era de la misma persona que se había ocupado de Colette cuando Mimi comenzó a trabajar de taquillera en el cine.

En el mes de marzo de 1933, y aunque los sindicatos y Ateneos Libertarios seguían algunos de ellos clausurados y la *Soli* suspendida, oficialmente la CNT continuaba su vida. El Comité Regional de la CNT convocó para esas fechas un Pleno regional de sindicatos, que liquidó el pleito "treintista", segregándose éstos de la CNT para constituirse en unos sindicatos llamados, como ya hemos visto, de "oposición", que continuaban calificándose a sí mismos de sindicalistas revolucionarios y anarcosindicalistas.

Por aquellos días en que se consumaba la escisión dentro de la CNT, en el Gobierno también se producía una honda crisis, como consecuencia de la política represiva que Azaña consumó en enero, llegando en Casas Viejas al bárbaro crimen que Ascaso denunció en el artículo que hemos citado. Pero, hasta febrero, las Cortes no se habían reunido. Al iniciar sus tareas, Eduardo Ortega y Gasset, perteneciente por aquel entonces a la Izquierda Radical Socialista, interpeló al Gobierno sobre lo ocurrido en Casas Viejas. Y Azaña, después de un breve cambio de impresiones con el subsecretario de Gobernación, Carlos Esplà, dio una cónica respuesta: "En Casas Viejas no ha pasado más que lo que tenía que pasar" En general, todavía no se conocía, en toda su dimensión de barbarie, lo ocurrido en Casas Viejas. Ni tampoco se sabía que la Guardia Civil entró en guerrilla y tomó las salidas del pueblo. Después, llegó una sección de Guardias de Asalto y

se registró casa por casa. Pero en una de ellas, un viejo campesino, apodado “Seisdedos”, se atrincheró con sus hijos, nietos y dos vecinos. No se rendían. Llegaron más Guardias de Asalto, al mando del capitán Rojas, con ametralladoras. El sitio continuó durante la noche. Al amanecer, los sitiadores incendiaron la casucha (más choza que casa), que se desplomó entre las llamas y abrasó a “Seisdedos”, mientras que los que intentaban huir eran ametrallados a quemarropa por la fuerza pública. Pero la cosa no terminó ahí. Hubo algo más que tardó en saberse, pero que quedó comprobado por el sumario judicial y las investigaciones parlamentarias que siguieron a estos sucesos. Dos horas después de arder la casa de “Seisdedos”, el capitán Rojas ordenó hacer una *razzia* por el pueblo y fusiló allí mismo, sin más ni más, a once personas. ¿Conocía Azaña la magnitud de la barbarie? Si no lo sabía, su obligación era averiguar y no replicar, como hizo, pensando en los campesinos como si fueran animales.

El crimen de Casas Viejas les vino muy bien a las derechas para iniciar su guerra contra el Gobierno republicano socialista; y este Gobierno fue tan torpe, que perseveró en su conducta represiva, exasperando a la CNT y suministrando más armas todavía a sus enemigos políticos. Todo el crédito —el poco crédito que le quedaba— lo perdió Azaña y su Gobierno en aquel debate parlamentario que se extendió a lo largo de dos meses. Durante sus sesiones salió a relucir, lo que agravó aún más la situación del Gobierno, que Azaña había encomendado a las fuerzas represivas que “no quería heridos ni prisioneros”.

Cuando la agitación generada a partir de la discusión parlamentaria llegó a lo más crudo, el Comité Regional de Andalucía y Extremadura convocó a un Congreso Extraordinario de Sindicatos para el 27 de marzo en Sevilla. El Comité Nacional de la CNT se hizo representar en el mismo por Avelino González Mallada. Requerido también el Comité Nacional para que enviara varios oradores, con el fin de que intervinieran en el mitin de clausura y en otros actos de propaganda que se pensaban organizar en la región andaluza, éste confió dicha misión a Durruti, Ascaso y Vicente Pérez Combina, los cuales salieron de Barcelona a fines de marzo en dirección a Sevilla.

La presencia de Durruti y Ascaso en Sevilla animó a numerosas localidades andaluzas y extremeñas para organizar mítines y conferencias en sus respectivas poblaciones. La Secretaría de Propaganda de la Región recogió 75 demandas, que se apresuró a presentar al Gobierno Civil para obtener la necesaria autorización. La demanda era un trámite formal. El gobernador podía denegarla sólo en casos excepcionales; como, por ejemplo, cuando se suspendían las garantías constitucionales, que no era el caso por entonces en Andalucía.

El mitin de clausura fue un éxito. El teatro donde se celebró fue insuficiente, y hubieron de colocarse altavoces para que el público en la calle pudiera seguir las intervenciones de los oradores.

Al día siguiente, 8 de abril, por la tarde, Durruti, Ascaso y Combina debían salir, junto con unos delegados, para comenzar su gira de propaganda por el interior de la provincia de Sevilla. En la noche del mitin estuvieron reunidos con Avelino González Mallada y Paulino Díez, tratando de convencer a éstos para que retrasaran el retorno y colaborasen en algunos de los actos de 106 pueblos próxi-

mos a la capital; pero no pudieron torcer la decisión tomada. Mallada alegaba sus múltiples ocupaciones, que le requerían en Madrid. Entonces se despidieron, saliendo a la madrugada del día siguiente Avelino para Madrid. Pocas horas después de salir Mallada de la fonda en que se hospedaba junto con Durruti y sus compañeros, se presentó la policía, invitando a los tres catalanes y a Mallada para que se presentaran en la Comisaría de Policía, sin saber explicar para qué. Con la convocatoria en el bolsillo se presentaron Durruti, Ascaso y Combina en la comisaría. El inspector que les atendió les dijo que quedaban a disposición del juzgado, por un delito calificado de “ultrajes a la autoridad e incitación a la rebeldía”, cometido en el mitin del día anterior. Bajo esta acusación pasaron a la cárcel de Sevilla y, poco después, se les reunió Paulino Díez como “preso gubernativo”.

La cárcel de Sevilla estaba atestada de presos que, por lo visto, habían sido detenidos aquella noche, sin comprender ninguno de ellos las razones de su detención.

Vicente Ballester, en su calidad de secretario del Comité Regional de la CNT en Andalucía y Extremadura, se entrevistó con el gobernador, señor Labella, para inquirir las razones que éste tenía para detener, en el caso concreto, a Durruti, Ascaso y Combina. La respuesta que obtuvo del gobernador fue “que los detenía para expulsarlos (en virtud de la Ley de Defensa de la República) de la región andaluza, porque no estaba dispuesto a tolerar que se hiciera propaganda anarquista en esta región”. La actitud del gobernador cerraba el camino a cualquier otra iniciativa tendente a procurarles la libertad. No quedaba otra alternativa que la de liquidar, cuanto antes, la cuestión del proceso por “ultraje”. Como era de esperar, el juez los visitó en la cárcel y les comunicó el proceso a Durruti y Combina (Ascaso no había intervenido en el mitin). Reconoció que el delito era mínimo y que, debido a que no residían en Sevilla, con una fianza de mil pesetas por cada uno quedarían en libertad. Cuatro días después de dicha visita, Vicente Ballester depositó la fianza ante el juez, y éste firmó la libertad de los detenidos. Pero a la hora de salir en libertad resultó que quedaban a disposición del gobernador en calidad de presos gubernativos.

La prensa de Madrid informó sobre la detención de Durruti en Sevilla. El periódico *La Voz* comentó el hecho, escribiendo “que ello se debía a motivos relacionados con la organización por Durruti en Andalucía de otro golpe de mano parecido al que tuvo lugar en Barcelona el 8 de enero”.

Pío Baroja, que se encontraba en aquellos momentos en Madrid, al enterarse de la detención de Durruti quiso entrevistarle y salió para Sevilla. Lo vio en la cárcel, tras las rejas. Durruti ha dejado unas palabras escritas en torno a esa visita:

“Cuando vino a verme Pío Baroja a la cárcel de Sevilla, me decía: “¡Es terrible lo que hacen con ustedes!” Y yo le pregunté: ¿Qué posición piensa usted, don Pío, que nosotros debemos adoptar frente a esas arbitrariedades? No supo qué contestar. Luego leí un artículo escrito por él en *Ahora*, que es la contestación que no se atrevió a darme a través de las rejas”¹²⁹.

129. Carta de Durruti a su familia, fechada en El Puerto de Santa María, el 3 de junio de 1933. El artículo a que hace referencia Durruti, escrito por Pío Baroja para el periódico *Ahora*, no nos ha sido posible consultarlo.

No hemos tenido ocasión de leer el artículo al que Durruti hace referencia y por tanto ignoramos la posición que Pío Baroja pudo defender en él. Pero lo que sí sabemos era el atractivo que la personalidad de Durruti ejerció en este escritor, desde cuando lo conoció en Barcelona, a principios de la proclamación de la República. Baroja contrapone la personalidad de Durruti a la de Pablo Iglesias, y cataloga a ambos de famosos en sus *Memorias*: “Buenaventura Durruti era un tipo diametralmente opuesto a Pablo Iglesias. No era un doctrinario, era un *condottiero*, inquieto, atrevido y valiente. También se le podía encontrar como una encarnación del guerrillero español. Tenía todas las características del tipo: valor, astucia, generosidad, crueldad, barbarie y un fondo de cerrazón espiritual. En otra época hubiera estado muy bien de capitán con el Empecinado, con Zurbano o con Prim (...). Durruti se presentó en el salón del hotel de la Rambla, donde yo estaba con dos o tres amigos suyos, y como su presencia alarmó a mucha gente, yo le dije que fuéramos a un café de una callejuela próxima. Estuvimos en un cafetín charlando”. La conversación que registra Pío Baroja es en torno a las aventuras de Durruti -que ya el lector conoce y no repetimos—, pero se nota en el novelista el gusto al personaje literario: “Durruti era tipo para tener una biografía en romance, en un pliego de literatura de cordel, con un grabado borroso al frente”¹³⁰. No era sólo Baroja quien, aproximado al “tipo”, escapa de la tentación, quizá porque el personaje de carne y hueso resulta *demasiado personaje* para hacer de él un tipo literario; tampoco Ilya Ehrenburg que, por la misma época lo entrevistara, llevó adelante el propósito...

Pero lo que los intelectuales admiraban en Durruti y les atraía, a los hombres políticos que gobernaban España les daba un miedo terrible. Tanto que, en el caso de este apresamiento, Casares Quiroga empleó todas sus malas artes y sadismo para proferir los más abyectos calificativos, tales como los de “vago y maleante”, aprovechando la ley votada por el Gobierno republicano-socialista, no para aplicarla a los “parásitos y vagos” de *oficio*, sino a los militantes obreros de la CNT y de la FAI.

Esta vez, Durruti y sus compañeros de cautiverio verán prolongarse el periodo de presidio, desde el 2 de abril hasta el 10 de octubre, sin causa justificada y en las más terribles condiciones.

El gobernador de Sevilla ordenó el traslado al Penal de El Puerto de Santa María de los cuatro detenidos de marca: Ascaso, Combina, Durruti y Díez. Hacia mediados de abril, entraron en lo que se llamaba “el Montjuich andaluz”. Ignoramos el porqué, pero el Penal de El Puerto de Santa María es penal más prisión provincial, es decir, para preventivos. Está compuesto de dos alas: una para penados y otra para los no penados. Sin embargo, el régimen penitenciario es idéntico para ambas categorías de presos. Eso era así durante la República y continuo siéndolo después de la victoria del general Franco. Y no sabemos si en la actualidad aún sigue igual. El clima es malo, lo cual, unido a la alimentación, que siempre fue pésima, da un porcentaje elevado de tuberculosos entre los reclusos.

Inmediatamente al ingreso, se les sometió al régimen de penados, es decir, *internados en celdas e incommunicados*. El reglamento penal señala que se puede es-

130. Pío Baroja, *Memorias*, vol. VIII, Ed. Minotauro Madrid, 1955, págs. 651 y ss.

cribir una vez por semana a los familiares, y la correspondencia, carta o tarjeta, debe entregarse abierta para pasar por la censura. Durruti y sus compañeros se negaron a ello, alegando “que no estaban sujetos a ningún proceso, e incluso ignorantes a título de qué se encontraban allí”. Ese estado de cosas fue denunciado por Durruti en cartas que pudo sacar clandestinamente, y que fueron publicadas en el periódico *El Luchador* y en *CNT* de Madrid. En otras cartas, sacadas también por el mismo procedimiento, era esta vez Paulino Díez quien denunciaba el trato infame que se daba a los presos:

“El trato es repugnante y el rancho infame. Un hombre sometido a este régimen tiene que acabar loco. ¡Esto si que es una fábrica de hacer locos, como dijo Torhyo del manicomio! El régimen de “pan y agua” es tan frecuente, que es normal. Un compañero, Juan Sánchez Pineda, estuvo noventa y cuatro días (...). Hace cuatro días que solicito ver al médico, y aún no lo he conseguido. Esta reclamación la hago todos los días al empleado, sin resultado. La hiperclorhidria que sufro va en aumento, de tal forma que al hacer las deposiciones es sangre lo que echo. No puedes protestar porque el rigor se ceba en el protestatario, y la amenaza del “pan y agua” te obliga a roer las entrañas y comer los puños de coraje”.

En el mes de junio es Durruti quien escribe una carta a su compañera (siempre por la misma vía, es decir, “el submarino”):

“El domingo han venido compañeros de Sevilla a vernos, pero el director no les ha dejado hablar con nosotros. Ascaso y yo, al enterarnos de eso, fuimos a hablar con el director, para que nos dijera si es que estábamos incomunicados. Nos dijo que no era culpa suya, sino de la policía, pues “resulta que los días de comunicación viene la policía de Cádiz, para ver quién pide comunicación con nosotros. Y a todos aquellos que la solicitan para Ascaso, Combina y yo, les piden la documentación”. Esta razón impide a muchos compañeros venir a vernos... Nosotros protestamos contra estas anomalías, pero como las protestas son aquí dentro, eso no sirve para nada. En consecuencia, son los compañeros de la calle los que deben esclarecer esta situación...”

Los presos, privados como estaban de la comunicación y de la lectura de los periódicos, si se enteraban de la marcha de los acontecimientos era por el “correo de la cárcel”, es decir, por lo que otros presos decían haber oído a sus familiares o amigos; pero tampoco esto era fácil para ellos, ya que estaban incomunicados y cada uno de ellos en “asquerosas celdas”, según escribe Durruti.

Para la CNT la situación en la calle seguía siendo difícilísima. Los sindicatos eran asaltados y, bajo pretexto de celebrar “reuniones clandestinas”, se apresaba a los que se encontraban en ellos. Así habían procedido a primeros de junio en Madrid y Barcelona. En la primera de estas ciudades se rodeó, por la Guardia de Asalto, el edificio de la federación local de Sindicatos, en la calle de la Flor, a la entrada de la noche, momento en que los delegados de trabajo acudían al centro sindical para llevar las cotizaciones o despachar asuntos relacionados con los trabajos. Embarcaron a todos los que encontraron allí, unos 250, siendo conducidos en cuatro camiones a la Dirección General de Seguridad. Dicha caravana fue descrita por la prensa local en los siguientes términos:

“Abría paso un camión con Guardias de Asalto. Les seguían otros dos llenos

de detenidos, y les escoltaba otro camión apuntándolos con pistolas y fusiles.

“El paso por las calles céntricas despertó gran curiosidad en el público que por ellas transitaban.

“Los Guardias de Asalto continúan ocupando el edificio de la CNT, y hasta las diez de la noche se llevan practicadas doscientas cincuenta detenciones.

“Los calabozos se llenaron por completo, y los detenidos, a pesar de los requerimientos de los guardias, no dejaban de dar voces insultando al director de Seguridad y al Gobierno. Después cantan *La Internacional*”.

En Barcelona, a la misma hora que la madrileña, ocurría otro tanto, con la diferencia de que en la Ciudad Condal ningún detenido salía sin recibir una buena paliza, y con la ofensa de que los policías rompían los carnets de la CNT ante la presencia de su dueño.

En Sevilla, sin explicación y por orden del gobernador, se clausuraron todos los Sindicatos de la CNT y se llenó la cárcel provincial de nuevos presos. La ofensiva contra la CNT era, pues, general, sin que el Gobierno o los gobernadores se tomaran la molestia de justificarla.

En las alturas gubernamentales el barco del Estado iba a la deriva. Las Cortes votaban leyes y más leyes, pero la maquinaria estatal frenaba las que consideraba perjudiciales a los intereses de las clases privilegiadas o la Iglesia. La Ley sobre la Reforma Agraria, aunque aprobada por las Cortes, estaba, desde el punto de vista práctico, atascada. Las elecciones municipales, manejadas por el caciquismo, dieron resultados desfavorables para el Gobierno. Y dichos resultados animaron aún más a la derecha, la cual había encontrado ya a su líder en José María Gil-Robles, para atacar, sin respiro, al Gobierno azañista. Alejandro Lerroux, que hasta entonces venía observando los errores políticos de Azaña y su equipo, en el mes de mayo comenzó a sentirse fuerte para atacar al Gobierno. El azañismo se tambaleaba, sacudido por la presión de la tempestad de Casas Viejas. Pero seguía empeñado en continuar, por medio de Casares Quiroga, la política represiva inaugurada por Maura contra la CNT. Complejo cuadro político en el que despuntaba el serio peligro del fascismo, que, después de Italia, se afirmaba en Alemania y comenzaba a insinuarse en España con la presencia de José Antonio Primo de Rivera, quien fundó la Falange Española, al tiempo que Gil-Robles creaba la CEDA, agrupaciones genuinas de la reacción española.

Bajo tal situación, se apuntó una leve crisis de Gobierno, que fue superada con modificaciones ministeriales (14 de junio). Este nuevo Gobierno votó otra nueva ley represiva, llamada de Orden Público (26 de julio). Diríase que los socialistas y republicanos tenían una prisa loca en poner a manos de la derecha todos los instrumentos legales para instaurar el fascismo.

Mientras el mundo giraba y se convulsionaba por los antagonismos de las diversas y contradictorias corrientes, en El Puerto de Santa María las cosas no se arreglaban para nuestros cuatro detenidos, ni tampoco para el resto de los penados.

A últimos de mayo, el Comité Nacional Pro-Presos de la CNT movilizaba a su más prestigioso abogado, Eduardo Barriobero, para que se entrevistara con Casares Quiroga, a fin de hacerle entrar en razón y pusiera fin a su sistema de “presos gubernativos”, de los que se encontraban en la cárcel más de siete mil. El mi-

nistro le prometió a Barriobero que, “bajo palabra de honor”, en pocos días no quedaría en la cárcel ni un preso gubernativo. Y cuando el abogado le apuntó el caso de los cuatro detenidos de El Puerto de Santa María, Casares Quiroga le repuso que éstos “serían los primeros en salir en libertad”. Fue tanta la seguridad que dio el ministro, que el Comité Pro-Presos envió un telegrama a El Puerto anunciándoles a los detenidos las buenas noticias. Unos días después, Durruti les remitía una carta explicándoles los efectos del telegrama en cuestión:

“Hemos recibido vuestro telegrama. Los compañeros esperan, de un momento a otro, que el gobernador de Cádiz les ponga en libertad. Os digo que esperan, porque parece ser que Combina y yo seguiremos en la cárcel, porque no les da la gana que salgamos”.

Y Durruti aduce las razones:

“Momentos antes de recibir vuestro telegrama, se personó en el penal el juzgado de este pueblo, para notificarnos a Combina y a mí que el Juzgado de Sevilla ha dejado sin efecto la fianza y, en consecuencia, quedamos a su disposición para responder de esos dichosos “ultrajes e incitación a la rebelión”.

La verdad fue que, a pesar del “honor del ministro”; no hubo libertades para nadie. Al contrario, las cosas iban a complicarse aún más. Nos valemos de otra carta de Durruti para describir la situación:

“Creo que estaréis enterados por la prensa (se dirige a sus familiares) de la desgracia que parece rondar a esta maldita prisión (...). Los soldados, estos hijos del pueblo que, en el momento que visten el uniforme, olvidan a su propia madre, el lunes por la mañana han asesinado a un compañero. Si leéis CNT veréis, por un artículo que he mandado, de la forma tan miserable que fue muerto este campesino. El hombre no estaba arrimado a la ventana como se pretendió hacer creer: se le cazó como a un conejo. Yo me pregunto sobre los móviles que indujeron a dicho soldado para disparar contra ese hombre (...). Cuando sus compañeros le vieron caer asesinado se armó un gran revuelo, pues no es cierto que estuvieran en celdas, sino en una aglomeración de 200 personas (...). Yo mismo, cuando escuchaba los gritos de los compañeros que pedían auxilio, no me daba cuenta de la monstruosidad que se había cometido. Con los puños cerrados nos miraban con ojos fijos, como queriéndonos decir: ¿qué hacemos? (...). Sabía que los de Asalto entrarían de un momento a otro en la prisión, y que, si se daba el más ligero pretexto, seríamos todos barridos por la fusilería. Fue un terrible momento de angustia el que viví, pero no había más remedio que evitar lo que justamente los guardias iban a provocar, es decir, la masacre. Me decidí a bajar al patio, donde había unos 500 presos esperando que alguien tomara la iniciativa de decir: ¡Adelante! Lo primero que vi fue las ametralladoras bien emplazadas. Subí sobre un banco y llamé a mis compañeros. Sentía una furia loca de decir justamente eso: ¡adelante!, pero ello hubiera sido una terrible equivocación por mi parte, de la que no me hubiese perdonado jamás de haber salido vivo, que lo dudo, y les dije todo lo contrario: que se calmaran, que recobraran la serenidad, que aún no había llegado la hora. Quizá alguno me maldeciría en su interior, pensando que me había “ablandado”, pero no importa. Todo el mundo se retiró a sus aglomeraciones o celdas. Retiraron el muerto. Y cayó sobre el penal un silencio pesado, terriblemente pesado, sin que ninguno de nosotros

nos atreviéramos a mirarnos cara a cara. Fue la primera vez que no nos miramos cara a cara Ascaso y yo (...). Los de Asalto se pasean por la prisión, mientras nosotros, después de haber perdido un compañero, estamos incomunicados (...)"¹³¹.

Esta carta lleva fecha del 14 de julio de 1933.

El 1 de julio, *Solidaridad Obrera* publicaba una fotografía de cinco individuos tras una reja: Díez, Ascaso, Durruti, Combina y Lorda. Un texto la enmarcaba, dirigido "al ciudadano Santiago Casares Quiroga, ministro de Gobernación", y llevaba la firma de Francisco Ascaso y Paulino Díez. En ese texto se le decía al ministro que, "agotada la paciencia, se recurría a la triste arma de la huelga del hambre. Visto que su *honor* no lograba abrir las puertas de las cárceles, ellos creían que se abrirían por ese procedimiento. Prisión de Santa María, 28 de junio de 1933".

En el Gabinete presidido por Manuel Azaña, las cosas andaban de mal en peor. Las derechas atacaban rabiosamente. Lerroux avanzaba su candidatura como presidente de gobierno, y el Partido Socialista entraba en una profunda crisis. Araquistáin, sacando lecciones de la socialdemocracia alemana, giraba hacia el extremismo, reivindicando el marxismo e, incluso, "la dictadura del proletariado".

Francisco Largo Caballero, viendo cómo se resquebrajaba la unidad en la UGT, cuyos trabajadores se resistían a aceptar la política socialista en el gobierno, comenzó a mirar con simpatía las posiciones extremistas de Araquistáin. Los otros dirigentes socialistas apreciaron los catastróficos efectos de la línea política seguida, comprobando cómo sus juventudes comenzaban a virar hacia el Partido Comunista, el cual, siempre dirigido por Moscú, comenzaba a cosechar ciertos triunfos, moriendo en el cuerpo del Partido Socialista. Todos estos fenómenos debilitaron la posición de Indalecio Prieto, que seguía empeñado en colaborar con Manuel Azaña.

La resultante de esta compleja coyuntura fue resuelta por Alcalá Zamora, quien, tomando un pretexto, disolvió el Gabinete de Azaña y encargó a Lerroux, el 12 de septiembre, la formación de un Gobierno. Pero antes de dimitir y retirarse del escenario, el Gobierno republicano-socialista le jugó la última pasada a la CNT, aplicando la "Ley de Vagos" a los presos gubernativos, entre ellos a Ascaso y Durruti.

El día 25 de septiembre, *Solidaridad Obrera*, bajo el título "La digna actitud de los anarquistas ante la ley de Vagos", publicaba la noticia siguiente:

"El caso "especial" de Durruti, Ascaso, Combina, Joaquín Valiente, Paulino Díez y Trabajano, presos en el penal de El Puerto de Santa María, pretendiendo envolverlos en el bochornoso calificativo de "vagos", ha tenido la natural y digna respuesta que se merecía. Estos compañeros se niegan a declarar en el expediente de procesamiento que se les ha incoado por "vagos".

"Contra esas maquinaciones legalistas —obra de republicanos de—"izquierda" y, sobre todo ¡de los socialistas!— los confederados hemos de defendernos así diciendo: "¡no somos vagos, y como trabajadores nos negamos a declarar en tan inicuo e infamante proceso!".

"Los camaradas encarcelados en el Montjuich andaluz han dirigido dos cartas,

131. Utilizamos para este episodio histórico las referencias que hacen sobre el mismo *El Luchador*, *Solidaridad Obrera* y diversas cartas de Durruti, y, también, las memorias inéditas de Paulino Díez.

que se han publicado en nuestros diarios, al actual ministro de Justicia, Botella Asensi, diciéndole terminantemente que no aceptaban el indignante calificativo de “vagos” y que, si el malintencionado asunto no era solucionado para el día 25 del actual mes —hoy—, ellos declaraban la huelga del hambre como máxima protesta, haciendo responsable a la primera autoridad judicial de la nación de las derivaciones que tuviese la defensiva actitud que ellos tomaban.

“En el último Consejo de Ministros se tomó el acuerdo para que esa infamante ley no sea aplicada a los luchadores obreros. El ministro de Justicia es el que ahora tiene la palabra”.

El día 5 de octubre de 1933, Durruti envió unas líneas a su familia:

“Espero estareis al corriente por la prensa que, después de ocho días sin comer, hemos decidido, bajo promesa de salir en libertad, cesar en la huelga del hambre.

“Según las últimas noticias telegráficas que hemos tenido de los abogados de Sevilla, saldremos hoy. Anoche ya salió uno. Tengo la impresión que, cuando esta carta esté en vuestro poder, ya estaremos todos en libertad”.

El día 7 de octubre, después de seis meses encerrados en el fatídico Puerto de Santa María, llegaban Durruti, Ascaso y Combina a la redacción de CNT en Madrid, libres al fin de aquella pesadilla...

Al día siguiente, 8 de octubre, salían para Barcelona, dejando tras sí un Madrid revuelto políticamente. En efecto: el día 2 de octubre, el Gobierno que Lerroux presentó ante las Cortes no recogió los votos necesarios para asumir el poder. Alcalá Zamora encargó entonces la formación de un nuevo Gobierno a diversas personalidades, pero todas ellas fracasaron en su intento, lo que significaba la disolución de las Cortes y una nueva consulta electoral, con gran satisfacción por parte de las derechas. La liquidación de aquellas Cortes y la preparación de las elecciones, la confió el Presidente de la República a un hombre del partido de Lerroux, que aparecía por primera vez en el gran plano político: Diego Martínez Barrio.

De este primer bienio republicano-socialista hay dos cuestiones importantes a retener, que van a pesar muchísimo en la evolución de la historia de España: la primera, es la gran oportunidad que tuvo la República de liquidar el cáncer del Protectorado de Marruecos. Su política, en vez de tender a ello, fue todavía más nociva que la política africanista de la monarquía, y, de ahí, que se ahondara más el divorcio entre España y el pueblo marroquí, y que aquella, para mejor dominar a éste, se enfeudara aún más siguiendo la política francesa. Y la segunda, fue la visita del Jefe de Gobierno francés, Edouard Herriot, a España, en la primavera de 1932. Por exigencias de éste, y para “que mejor reinara la paz en Casablanca”, era preciso reprimir las agitaciones obreras y campesinas en Andalucía¹³². El segundo triunfo de Herriot fue la firma de un tratado que establecía que España debería adquirir su armamento en fábricas francesas, reservándose, además, Francia, la exclusiva de venta de armamentos bélicos a Madrid.

132. *L'illustration*, 3 de noviembre de 1934. Gaetan Bernoville publica una crónica sobre “La diplomatie française et l'Espagne”, en la que hace referencia al viaje de Herriot a España, a la situación de entonces en el Marruecos francés, y escribe en los términos que hemos entrecomillado.

De la huelga electoral a la insurrección

La llegada a Barcelona de “los tres vagos” liberados de El Puerto de Santa María coincidió con el movimiento político nacional que desencadenaba Alcalá Zamora con la disolución de las Cortes y la convocatoria a las elecciones legislativas. Para los partidos políticos el momento era electoral, pero para la CNT representaba un momento difícil, del que no podía eludir su responsabilidad ante las masas obreras. Tenía que adoptar una línea a seguir ante las elecciones, acorde con sus principios clásicos de abstencionismo electoral, y en consonancia con la situación política que creaba el auge de la derecha, como resultado del fracaso gubernamental de las izquierdas. Jamás, en la historia de la CNT, se había presentado una problemática política en la que ella fuera la fuerza determinante del desenlace, como sucedió en aquel noviembre de 1933.

Pero antes de ocuparnos de la vida interna de la CNT, vamos a situar mejor a nuestros personajes en el cuadro social que se creaba en Barcelona como resultado de la honda crisis económica que se había apoderado de España entera.

Los despidos de obreros eran más que frecuentes, y hasta abusivos por parte de una burguesía que, aunque con dificultades económicas, en muchos casos podía evitarlos o reducirlos en importancia. Dispuesta la burguesía a crear el caos, con el propósito de llevar el desaliento a los hogares obreros, disponiéndoles a la aceptación de cualquier fórmula política con tal que terminara con el hambre, toda su acción se encaminaba a preparar el terreno a Gil Robles, quien, imitando a Hitler, se proponía instaurar una dictadura por los medios legales y con el apoyo de los trabajadores. La CNT en Barcelona no perdía de vista ni la intención de la burguesía ni el juego político de Gil Robles, lo que obligaba a sus militantes a constantes pruebas de imaginación para encontrar soluciones a los múltiples problemas que creaba la vida cotidiana, sin olvidar la finalidad revolucionaria que, en aquel momento, se definía por la revolución social y en contra del fascismo ascendente.

Los obreros parados no recibían subvención del Estado (tampoco se deseaba, aunque el Estado español hubiera estado en condiciones —que no lo estaba— que se instituyera, porque tal subvención hubiera mermado la capacidad revolucionaria y la solidaridad del proletariado); pero había que comer y hacer frente a la vida. Las primeras medidas que se tomaron, a mediados del año 1933, fue la huelga de alquileres, gas y electricidad, preparada, desde 1931, por la Comisión de Defensa Económica de la CNT y de la FAI. Los comités de casas, calles y barrios comenzaron a funcionar para hacer frente masivamente a los desahucios u otras medidas coercitivas de los propietarios, que se apoyaban en la fuerza pública. La movilización, particularmente de mujeres y chiquillos era permanente y, de tal

modo, que, cuando se intentaban hacer desalojos, esas mujeres y chiquillos eran quienes afrontaban a la fuerza pública, impidiendo que se echara a los inquilinos de sus viviendas.

Estos comités de mujeres y niños tomaron también sobre sí la iniciativa de salir en grupos a comprar fiado en los almacenes de comestibles. Las *compras* no eran abusivas ni arbitrarias, sino sólo de los productos de primera necesidad, como patatas, pastas, aceite, arroz, garbanzos, etc. Y se reconocía la deuda, pagable cuando se trabajara...

En los sindicatos se crearon Bolsas de parados. Pero como los burgueses no efectuaban demanda alguna de mano de obra a los delegados de fábricas, entonces se designó a los parados los lugares de trabajo que debían ocupar. En principio, los burgueses reaccionaron diciendo que "ellos no habían pedido trabajadores", siendo los solicitantes echados de las fábricas. Sin embargo, ellos se sentaban a la puerta de los establecimientos, y así permanecían la semana entera, haciendo sus ocho horas de asiento diario. El sábado, que era el día de paga, protegidos por el resto de trabajadores se ponían en la fila de los obreros, y se presentaban ante el patrón a cobrar "su semanada de sentado". Los burgueses terminaban por pagar la semanada, diciéndoles que no volvieron más. Y, efectivamente, si volvían no eran los mismos, sino otros.

Paralela a estas acciones se llevaban a cabo otras que estaban a cargo de un "sindicato de parados", el cual, por grupos, aconsejaba a los obreros acudir a los restaurantes y comer a mediodía. Esta práctica, como era bastante extendida, terminaba en todos los casos por manifestarse positiva.

En conjunto, todas estas medidas tenían como objeto la movilización general y permanente, ligada por la solidaridad generalizada, lo cual era una manera de ejercitar la acción y desarrollar la toma de conciencia revolucionaria entre los trabajadores de ambos sexos, incluidos los propios chiquillos, fenómeno este último que explica el papel importante que jugaron infinidad de muchachos de apenas quince años en los comienzos de la revolución española de 1936.

En este panorama de movilización social general repercutía fuertemente el conflicto de Tranvías y Autobuses, creado por la Compañía al negarse a reconocer a los delegados sindicales y practicando despidos de obreros marcados por sus actividades militantes. El Sindicato del Transporte hizo suya la huelga, pero, fracasando ante la Compañía de Tranvías, no quedó otro remedio que recurrir al sabotaje directo que se traducía por la quema de tranvías y autobuses a altas horas de la noche, cuando iban al encierro. A esta quema de tranvías se agregaban además los actos de sabotaje en las centrales telefónicas, que los huelguistas de este sindicato seguían practicando como medida de defensa, desde junio de 1931, momento en que se produjo la huelga de Teléfonos.

El conjunto de todos estos factores creaba en Barcelona un clima verdaderamente explosivo, que se acentuó aún más por la puesta en práctica de los atracos, en los cuales se vio implicado algún obrero de la CNT o de la FAI.

El hecho de aprehender a algún obrero de la CNT, como autor de atracos, fue motivo suficiente para que la prensa burguesa volviese de nuevo a la carga, acusando a la FAI de estimuladora de esas prácticas. La leyenda creada por Manuel

Azaña de que “los anarquistas eran bandidos con carnet”, fue aumentada en Barcelona por la prensa catalanista, siguiendo las consignas del Govern de la Generalitat de Catalunya.

Ascaso y Durruti hubieron de afrontar la situación económica en las mismas condiciones que el resto de parados. En la fábrica donde trabajaban antes de caer presos, les negaron la entrada. Ascaso, recurriendo a sus primeras experiencias en el mundo del trabajo, pudo encontrar una plaza de camarero en un restaurante de Badalona, gracias a García Oliver, que hubo también de emplearse en ese oficio en un café de la Plaza de España, llamado popularmente La Pansa.

Durruti acudió al Sindicato de Metalurgia y se inscribió en la Bolsa del trabajo. Y, cosa rara, de uno de los talleres importantes de Barcelona solicitaron, por medio del delegado sindical, tres ajustadores mecánicos. El sindicato envió a los tres obreros, y entre ellos iba Durruti. Cuando se presentaron ante el jefe de personal del taller en cuestión, éste mostró un ligero malestar y, después de consultar con la dirección, le dijo a Durruti que lo sentía, pero que había habido un malentendido, puesto que lo que se necesitaba eran dos obreros y no tres. El rechazado comprendió perfectamente que se le aplicaba el boicot sistemático. Sus compañeros se indignaron y se mostraron dispuestos a no aceptar tampoco ellos el trabajo y transmitir el hecho al Sindicato. Ya en la calle, Durruti pudo convencerles de que aquello sería un grave error, puesto que conllevaría la huelga en el taller y, por extensión, a todo el ramo.

“El Sindicato —les dijo— no debe saber nada de lo que ha ocurrido aquí. Las huelgas se declaran cuando los obreros las desean, y no cuando la burguesía las provoca. Esta huelga no nos beneficia, sino que nos perjudica grandemente. Mañana, como si nada hubiera ocurrido, vosotros acudís al trabajo y... a esperar tiempos mejores; el hierro aún no está caliente, amiguitos”¹³³.

Aquella misma noche, Durruti se encontró con Ascaso y le contó lo ocurrido, y su amigo aprobó tal actitud; porque la verdad era que la burguesía estaba jugando a fondo a la provocación. Bastaba para convencerse de ello la lectura de la prensa, cada día más venenosa con el tema de los “atracos”. *La Vanguardia* era uno de los periódicos que más abusaba del tema, gracias a su suplemento gráfico que le permitía la publicación de fotografías, procedimiento que hace gran impacto en las gentes. Unas veces era un “auto fantasma” —invención de la policía—, pilotado por una “rubia”. Y luego, el sonsonete de siempre: “la FAI”. Hablaron entre ellos si no sería conveniente hacer una visita al director de *La Vanguardia*, en nombre de la FAI, para poner fin al abuso que se hacía de la sigla. Al día siguiente se presentaron en el periódico, y cuando se encontraron ante el director le dijeron, después de anunciarse por sus propios nombres, que ellos eran calificados representantes de la FAI, y que esta organización había elegido su periódico para hacer una declaración pública, cuyo texto era el siguiente:

“La FAI se propone organizar en España una expropiación colectiva por la vía de la revolución social, y a eso nosotros le llamamos comunismo libertario. Los

133. *Umbral*, noviembre de 1938. Artículo de González Inestal, que aporta datos biográficos sobre Durruti

métodos que nosotros empleamos para ello es la acción de masas, la huelga general revolucionaria. La FAI rechaza y no practica cualquier otro método, como el robo individual, es decir, el “bandidismo”, porque eso está en franca oposición con la práctica revolucionaria del anarquismo, y, en consecuencia, la FAI lo denuncia como inoperante, desde el punto de vista revolucionario. Esta es la declaración que hace la FAI. Y ahora le pedimos a usted, como director responsable que es de la publicación, que, cuando en su crónica de “sucesos” tenga que dar cuenta de algún robo, atraco o cosa que se le parezca, se limite a rendir noticia al público sin mezclar o mencionar los nombres de la CNT o de la FAI, puesto que estas organizaciones no tienen nada que ver con hechos de ese género. Esperamos de usted que tenga a bien censurar los textos de sus frívolos reporteros, si es que ellos introducen las letras en cuestión en “su noticia”. Le prevenimos que no deseáramos tener que resucitar la práctica de la “censura roja” del Sindicato de Artes Gráficas”¹³⁴.

El texto de la FAI no apareció en *La Vanguardia*, pero tampoco se vieron la CNT y la FAI envueltas en comunicados de “hechos diversos”, como antes aparecían todos los días en esa publicación. La “entrevista”, pues, había sido positiva.

En prevención a la campaña electoral, y para fijar la posición de la CNT, el Comité Nacional de la organización llamó a una Plenaria nacional de regionales, ampliada a diversos militantes de Madrid, Sevilla, Zaragoza y otros lugares más. Se convino en que la situación política era grave. Las derechas, bajo la jefatura de Gil-Robles, se presentaban a las elecciones formando un grupo homogéneo y bajo el distintivo de Confederación Española de las Derechas Autónomas (CEDA). Dicho bloque reunía a toda la reacción en un haz: aristócratas, militares, terratenientes, bancarios, alta y baja burguesía, y la Iglesia, con su partido de Acción Popular. Los monárquicos apoyaban también ese bloque, pero sin perder su fisonomía, pues ya conspiraban con Mussolini con miras a un golpe militar en España.

Frente al citado bloque unido de las derechas, las izquierdas se encontraban divididas, en razón a la crisis que vivía el Partido Socialista. El partido de Azaña estaba completamente dislocado. Los radical-socialistas también se habían dividido en dos fracciones. El único partido que emergía guardando una cierta unidad interna era Esquerra Republicana de Catalunya, que apoyaba la pequeña burguesía y la clase media liberal de la región, incluida la fracción campesina de pequeños propietarios o medieros.

Presentándose, pues, las izquierdas divididas a las elecciones, los resultados podían considerarse beneficiosos para la CEDA. Incluso, en el supuesto de que la CNT adoptara la resolución de aconsejar votar a sus afiliados, sus votos no podían ir nada más que para el Partido Socialista, y, aun así, éstos quedarían en minoría frente al bloque de las derechas, debido a las diversas candidaturas de una izquierda fragmentada.

134. Dicho método fue aplicado por los obreros tipógrafos en la huelga general de Barcelona de diciembre de 1919. Consistía en censurar en los periódicos todas las notas gubernativas que perjudicaban a los huelguistas y la huelga. La anécdota que contamos nos fue comunicada por Iberto Callejas.

En estas elecciones que se anunciaban para el 19 de noviembre había una novedad, y era que las mujeres iban a votar por primera vez. Debido a la influencia que la Iglesia tenía sobre las mujeres, era de esperar que se entregara a una labor de atracción del sector femenino, pero el mismo campo se le ofrecía a las izquierdas, sobre todo al Partido Socialista.

La CNT estudió detenidamente en su Plenaria la situación que se le presentaba y, por muchas vueltas que diera al asunto, surgían dos realidades contra las cuales no cabía cerrar los ojos: la división de las izquierdas y el peligro fascista de Gil-Robles. Que la CNT aconsejara votar o no votar no variaba la situación en términos de número. Además, las izquierdas se habían comportado tan mal en el poder, y la CNT las había criticado tanto, que aún en el supuesto de que, recurriendo a la dialéctica, explicara a los trabajadores que era mejor un Gobierno de izquierdas que uno de derechas, faltaba que los trabajadores entendieran esa difícil y embrollada dialéctica parlamentaria, ante la cruda realidad de la experiencia vivida.

La solución que encontró la CNT para salir del atasco político que el Gobierno socialista-republicano había conducido a España, y para evitar la instauración de una dictadura “gilroblista”, fue la de decir francamente a la clase obrera que frente al fascismo no había otra solución que la revolución proletaria. Pero no bastaba con anunciar este hecho, sino que se debía pasar a la acción, inmediatamente después del triunfo de las derechas. Y para ello había que prepararse desde el punto de vista revolucionario. La experiencia de enero de aquel año aconsejaba pensar que la CNT y la FAI no eran suficientes por sí mismas para vencer en la contienda, y que era preciso atraerse a las masas obreras socialistas. Plantear a la UGT un pacto de acción revolucionaria “desde la altura” era impracticable, debido al comportamiento de sus dirigentes, y dado el grado de degeneración en que se habían hundido en dos años de Gobierno. Sin embargo, no era utópico pensar que la base controlada por ellos pudiera contagiarse y entrar en acción si los obreros de la CNT se alzaban en armas. En Andalucía la base obrera socialista había ya actuado conjuntamente con la base obrera anarcosindicalista. ¿Por qué no podía repetirse esto en el resto de España, particularmente en Asturias?

La resolución del Pleno fue realizar una intensa campaña de agitación política, hacer una crítica despiadada del sistema parlamentario, decir claramente que frente al fascismo no había más vía que la del pueblo en armas, la revolución, etc.

Se tomaron las medidas adecuadas para la prueba de fuerza: los cuadros o grupos confederales quedarían federados a nivel nacional a través de un secretariado de Defensa, anexo al Comité Nacional. Para ese cargo se nombró a Antonio Ortiz. Y se creó un Comité Nacional Revolucionario que comenzara, desde aquel momento, a preparar el movimiento insurreccional. Los designados para dicha misión fueron Cipriano Mera, Buenaventura Durruti, Antonio Ejarque e Isaac Puente.

CNT, el órgano informativo en España publicó un editorial que resumía las determinaciones del Pleno Nacional, poniendo acento en las bases prácticas del Comunismo Libertario:

“El principio básico del Comunismo Libertario —se escribía— es la Comuna.

La Comuna, esta idea históricamente mantenida y desarrollada en España, no ha podido destruirla el centralismo estatal, desarrollado en cuatro siglos de supervivencia. En la Comuna toma asiento la aspiración revolucionaria de nuestro pueblo, y ella ofrece en su expresión federada el principio de organización social en sus diversos aspectos: administrativo, económico y político...

Apoderarse de los Ayuntamientos y proclamar la Comuna Libre es el primer paso de la revolución social. Convertido el Ayuntamiento en Comuna Libre, la autogestión se generaliza a todos los niveles y el pueblo se constituye, por medio de la Asamblea Popular, en poder ejecutivo soberano y único” 135.

El grupo “Nosotros”, como en todos los momentos de suma gravedad, se reunió también en esta ocasión para estudiar los efectos de la Plenaria y el momento político general. En esta reunión, la primera desde su constitución, hubo divergencias en su seno. García Oliver, sacando enseñanzas del movimiento de enero, consideraba que era indispensable pasar a una organización paramilitar, la cual podría tener como punto de arranque los grupos anarquistas de la FAI y los grupos de Defensa Confederal de la CNT, todos ellos articulados nacionalmente por un organismo de Defensa revolucionaria. Pero para una estructuración de ese tipo faltaba organización y tiempo y, por lo tanto, un movimiento inmediato era inoportuno. El resto de los componentes del grupo, salvo Ascaso y Durruti, estaban de acuerdo con lo dicho por García Oliver.

Ascaso y Durruti no eran utópicos. Reconocían que era cierto lo que apuntaba García Oliver, y no ignoraban tampoco el estado en que la represión, después de enero, había dejado a la CNT y a la FAI. Pero la situación estaba en unas condiciones que era necesario afrontarla de una forma u otra, aunque no de cualquier manera que dejara al anarquismo sin respuesta a la misma. Ante tal cuadro, Durruti pensaba que una derrota —que no sería tal, desde el punto de vista práctico de “la gimnasia revolucionaria”— era preferible al inmovilismo o estar ausentes en la campaña electoral y en la vida política del país. Argumentó, seguidamente, en el sentido de que esta vez no se obraría “tan en frío” como en enero, y que las masas “socialistas podían ser contagiadas, aleccionadas como estaban del fracaso parlamentario de sus jefes”. En el peor de los casos, dijo, “ese movimiento insurreccional sería una advertencia al Gobierno entrante, para que comprendiera que en España existía una base obrera que no estaba dispuesta a hincarse de rodillas ante un dictador”. Hay circunstancias, concluyó, en que “no se está permitido a un movimiento revolucionario dudar. Y ésta es una de ellas” 136.

La campaña electoral se abrió bajo el signo de la violencia. La propaganda de la CEDA tenía neto corte fascista: “Todo el poder para el Jefe”, era el título que presentaba al retrato de Gil-Robles. Los organismos eclesiásticos funcionaban a toda marcha, organizando una verdadera compra de votos. El caciquismo rural presionó fuertemente en los medios campesinos, prometiendo empleos y repar-

135. CNT, Madrid, 3 de noviembre de 1933.

136. Gilabert, en el folleto citado, escribe: “Por primera vez, en su larga vida de amistad, Durruti discrepó de García Oliver y mantuvo la tesis revolucionaria”.

tiendo ropa y colchones a los más miserables, económicamente hablando.

El último mitin que organizaron las derechas se celebró en Madrid el 18 de noviembre, difundándose un discurso de Calvo Sotelo, grabado en París, donde estaba exiliado después de la abortada conspiración del 10 de agosto del año anterior.

Los socialistas intentaron, con discursos violentos, reavivar la fe en sus simpatizantes. Pero el trabajo era muy arduo, porque ni los que hablaban con tono revolucionario tenían fe en sus discursos ni los que los escuchaban creían en ese revolucionismo de última hora.

Los republicanos, que animaban los partidos pequeño-burgueses, veían con tristeza como la mitad de su electorado se pasaba a las filas de los radicales de Lerroux, cuando no directamente a la CEDA. La CNT celebró en todas las capitales de España grandes mítines, desgranando su crítica al parlamentarismo y presentando claramente que el momento político era de fascismo o revolución.

En Barcelona, el 12 de noviembre, domingo, la CNT celebró en la Plaza de Toros Monumental un gran mitin, cuya concurrencia se consideró en unas cien mil personas. Los oradores eran Benito Pabón, Durruti, Francisco Isgleas y Valeriano Orobón Fernández. La temática fue idéntica a los otros mítines, pero hubo dos novedades: Francisco Isgleas habló en catalán, para mostrar que no todos los militantes de la CNT eran “murcianos” —como decían los políticos de la Esquerra—; y Orobón Fernández, por su parte, se extendió, muy documentadamente, sobre el triunfo de Hitler en Alemania, analizando el comportamiento del Partido Comunista alemán y la Socialdemocracia, causantes ambos del triunfo del nazismo. Esperaba —dijo— que los socialistas españoles tomarían buena nota y lección de Alemania, para no incurrir en los mismos defectos que sus colegas incurrieron en ese país.

El día 16, jueves, por la noche, fue la FAI quien, bajo la cobertura del periódico *Tierra y Libertad*, organizó un mitin en el Palacio de las Artes Decorativas de Montjuich, con capacidad para cuarenta y cinco mil personas. Según la reseña de la prensa, una hora antes de que comenzara el acto había en los jardines y alrededor del local, desparramándose por la calle Lérida, una inmensa multitud que iba creciendo por momentos. Cuando se abrieron las puertas del local, más de la mitad del público no pudo entrar y hubo de seguir los discursos por los amplificadores que se colocaron en la calle. La importancia de este mitin, y por tomar parte en él Durruti y Ascaso, nos obliga a dar íntegra la reseña periodística.

“El camarada Gilabert, que preside, abre el acto, y dice que, aunque el mitin ha sido organizado por *Tierra y Libertad*, es la FAI la que se presenta ante el pueblo y la que hablará por medio de los oradores.

“Seguidamente da lectura al gran número de adhesiones y representaciones de toda España que publicamos en otro lugar del periódico”.

Los Oradores:

Vicente Pérez (Combina): “La presencia del pueblo en este acto es un mentís rotundo a la campaña insidiosa de los políticos y una adhesión a los ideales de la Federación Anarquista Ibérica.

“Esta campaña antielectoral tan desinteresada digna y elevada, dicen nuestros

enemigos que es alimentada con el dinero de los monárquicos.

“Pero eso es una infamia que nadie cree, pues los anarquistas estamos irreduciblemente frente a las derechas como frente a las izquierdas. Lo que sucede es que nosotros no traicionamos nuestros principios ni la revolución, como hicieron los “treintistas” antes y el 14 de abril. Los partidos políticos, ya sean de derecha o de izquierda, sólo sirven para hacer leyes contra los trabajadores, como la de 8 de abril, la de Orden Público y la de Vagos.

“Nadie, como nosotros, está frente a Cambó, pues aún no está cicatrizada la herida que esa ave de rapaña produjo el año 1919, formando las bandas mercenarias del Sindicato Libre para asesinar a los mejores militantes anarquistas.

“Los anarquistas decimos al pueblo de Cataluña que la Lliga y la Esquerra tienen los propósitos de hacer la revolución si son derrotados. Pero eso son bravuconadas de impotentes. Son la CNT y la FAI las que saldrán al paso de todos.

“¡Trabajadores de todas clases! Si queréis destruir el fascismo, venid a las filas de la CNT y de la FAI, donde están los verdaderos revolucionarios que luchan por la implantación del Comunismo Libertario”.

Francisco Ascaso: “Antes de tomar parte en este acto reflexioné bastante, ante el temor de que fuésemos confundidos con esos políticos sinvergüenzas, que estos días gritan desde todas las tribunas pidiendo el voto al pueblo para trepar al Poder.

“Creía, además, que llevábamos dados muchos mítines y había llegado la hora de actuar.

“Pero, en estos momentos, era necesario que la voz de los anarquistas se oyera, y esto me decidió.

“Analizando la obra de la República, se ve inmediatamente que ésta ha fracasado en todos los aspectos.

“Tres leyes antidemocráticas de las más fundamentales se han promulgado y que representan una vergüenza pública: la del 8 de abril, la de Orden Público y la de Vagos.

“La primera se hizo exclusivamente contra la CNT, para encastrarla al carro del Estado y cercenar los derechos de los trabajadores; la segunda, para suprimir todas las garantías ciudadanas y tener la arbitrariedad legalizada; y la de Vagos se promulgó específicamente para atacar a los anarquistas de una forma individual y artera. Esa es la obra más sobresaliente de la República.

“Nos hablan de la bancarrota económica en todos los países, para disculpar la que sufre España.

“Ya lo sabemos, y por eso somos anarquistas. El Estado ha fracasado en todas partes; por eso ningún partido podrá resolver el problema social. Los partidos representan diversas modalidades del capitalismo.

“¿Cómo es posible que el partido llamado de “Esquerra” pueda resolver ningún problema, si antes de gobernar ya se había postrado a los pies del capitalismo?

“Se dice, de parte de algunos, que la CNT y los anarquistas están haciendo el “caldo gordo” a las derechas porque propagamos la abstención. Falso. Lo que pasa es que hemos descubierto la falsedad de todos los partidos, y éstos, en su impotencia, no encuentran más defensa que la calumnia.

“Hemos hecho fracasar todas las experiencias políticas, y el capitalismo se repliega en su último reducto que es el fascismo.

“Si no puede producirse el fascismo en las mismas condiciones que se ha producido en Italia y Alemania, por nuestras características, aquí tenemos otros peligros que se conocen con el nombre de “pronunciamientos”.

“Fracasadas derechas e izquierdas, el militarismo está al acecho para sustituirlas a todas.

“Ahí reside el verdadero peligro. Ningún partido está en disposición de afrontar los problemas de la hora, y el pueblo, organizado en la CNT, se siente capaz de todo. Ante la decisión del pueblo de espíritu anarquista el militarismo está en guardia y el “pronunciamiento” es una amenaza real.

“El militarismo puede ser el golpe de hacha que intente destruir derechos y libertades, pero es fácil que llegue tarde. La CNT y la FAI están preparadas y terminarán con todos.

“La República no ha dado solución a los problemas económicos y sociales. No podía, ni puede darla. No queda otro dilema que fascismo o revolución, y, siendo imposible el fascismo, se impone la revolución.

“Todo gira alrededor de la economía, y esa economía está íntegramente en nuestras manos. Si el capitalismo ha negado su concurso a la República, es indudable que a nosotros no podría negarlo.

“Todos amenazan con que van a salir a la calle. Nosotros no amenazamos. Pero sí decimos que si se echan a la calle allí nos encontrarán.

“Es necesario, ante la realidad presente, que aceptemos la responsabilidad del momento revolucionario. Somos una esperanza para el proletariado mundial que nos contempla ansioso. Somos el último reducto de la libertad. Todos nos escriben en el mismo tono: es necesario que no os dejéis aplastar.

“Igual que en otro tiempo España llevó por todo el mundo la cruz, desde hoy debe llevar la anarquía salvando al mundo, empezando por salvarse ella. Esa es nuestra misión, y hemos de cumplirla a cualquier precio, aun a costa de la vida. Después de todo, la vida no es tan bella. Si hemos de caer, caeremos”.

Dolores Iturbe. De las cuartillas leídas por la compañera Dolores Iturbe, extractamos unos párrafos: “He aquí un acto magnífico y emocionante, en cuyo esplendor y entusiasmo no podía faltar la voz de las mujeres obreras y anarquistas.

“Voz de ferviente adhesión hacia los ideales que sustenta la Federación Anarquista Ibérica, y voz de enérgica protesta y de execración profunda contra todos los atropellos y contra todos los crímenes que el Gobierno de la República ha cometido con nuestros camaradas y con nuestros hermanos.

“Camaradas: vivimos unos momentos de hondas convulsiones sociales. El Estado burgués, viéndose quebrantado y perdido, medita en la forma de recuperar sus fuerzas y observa, entre las varias tendencias ideológicas que le rodean, la que le ofrece más peligros. Y la ha descubierto: es la FAI. He aquí su más grande enemiga, y por eso pone tanto empeño en difamarla.

“Cuando la burguesía y el coro de plumíferos que se arrastran a sus pies hablan de la FAI, lo hacen como si se tratara de una organización compuesta de feroces asesinos.

“Mujeres: la FAI y la Confederación Nacional del Trabajo son las únicas organizaciones que luchan por vuestra verdadera y total emancipación. En el turbión de infames autoritarismos que preconizan los comunistas estatales o los fascistas, que se disputan la férrea dominación de los seres humanos, la FAI representa el arroyo límpido, apacible y cristalino del Comunismo Libertario, en donde existirá la libertad y el apoyo mutuo. En el Comunismo Libertario una amplia y generosa solidaridad se hallará siempre presente en todos los actos de sociabilidad que realicen los seres.

“Afortunadamente, las obreras ya saben a qué atenerse. La experiencia aleccionadora les ha enseñado a oír con repugnancia a esos charlatanes de la política que especulan siempre con sus miserias y con su hambre, sin que jamás esos hombres hayan realizado un paso para poner fin a los sufrimientos de la clase obrera.

“Mujeres de las Juventudes Anarquistas: en los momentos en que los partidos ultrarreaccionarios presentan sus cuadros de mujeres dispuestas a colaborar en su nefasta obra, debemos nosotras organizarnos y prepararnos a defender gallardamente nuestras ideas. Y, sobre todo, no olvidemos jamás a los trabajadores que han sucumbido a la muerte por las balas mercenarias de la política social-azañista. Recordemos también a los miles de camaradas encarcelados y a los cientos de apaleados y martirizados en los antros policíacos. Y, sobre todo, acordémonos siempre que en la aldea de Casas Viejas murió, achicharrada por la hoguera criminal, una mujer, casi una niña. El recuerdo de Manuela Lago, la mártir de Andalucía, así como el de la madre y el niño asesinados en Arnedo, nos servirán de estímulo para despertar nuestras iras vengadoras el día de la justicia revolucionaria”.

Domingo Germinal: “Camaradas: salud. Este inmenso mitin es la sentencia de muerte y el ataúd del Estado.

“Recuerdo que hace 35 años, en Bilbao, luchaba por los mismos ideales que hoy sustento. En aquel tiempo, al salir de uno de los actos públicos, la gente gritaba: ¡Matadle! Y días pasados, al terminar un mitin anarquista en Alicante, los niños me besaban llamándome: ¡Padre!, y las mujeres y los hombres me abrazaban.

“Recuerdo a los negros de Cuba, que cada vez que les exponía mis ideas me decían: No expongas tanta ciencia, porque no te entendemos. Dinos dónde están los rifles y vamos por ellos.

“Vamos a entrar en materia, si es posible ceñirse a un tema en un mitin. (Se refiere al Estado, haciendo de él una crítica demoledora.)

“¿Habéis analizado lo que es el Estado? El Estado es la antítesis de lo humano; se antepone al individuo; es una institución repugnante; es un monstruo, que para vivir necesita sacrificar al hombre; prohíbe que el faro del progreso ilumine al pueblo, y para existir necesita, como el rey David, acostarse entre dos doncellas: el capitalismo y la ignorancia.

“El Estado es la más vil de las instituciones; no puede enseñar, ni crear; no puede ilustrar a nadie.

“Decía un querido amigo mío, héroe de la Revolución mejicana: Nadie obedezca a nadie, hasta acabar con todos los altares y todos los ídolos. Eso hemos de hacer nosotros, si queremos convertir en realidad nuestros ideales.

“El único valor del mundo reconocido es el trabajo, y los productores son los verdaderos artífices y dioses de la vida.

“Todas las ideas han tenido necesidad para su triunfo de ser grandes, y el anarquismo es el ideal más perfecto que existe hoy.

“Sin derecho, no puede haber libertad; sin libertad, es el hombre un desventurado. Sin libertad, el pensamiento se anquilosa, se muere. Por eso el eco de las artes, el deseo de todas las multitudes, tiende a romper los eslabones de la cadena de la esclavitud.

“El culto al Estado es mentiroso, falso y embustero.

“Llegan estas épocas de elecciones, en que os lo *prometen todo, hasta la Luna*.

(Con gracia y gran riqueza de detalles refiere lo del diputado que ofreció un puente, y le dijeron que allí no había río, y prometió también el río. Recuerda la propaganda que hizo en compañía de Aguader, Companys, cuando le dijo aquél que lo tenía todo empeñado, y a pesar de eso comenzó prometiéndolo todo a la población de Reus. Recuerda a Ibsen, que dijo que los políticos prometen al pueblo mucha luz, pero comienzan pidiéndole aceite).

“En política no caben más que dos clases de personas: el idiota y el granuja.

“El hombre, si ha de vivir en esta sociedad, ha de ser para ser hombre de una pieza —dice, explicando un drama del amigo Grove—. Si queréis ser hombres, habéis de hacer la revolución, a menos de continuar en la esclavitud.

(Hace un canto político a las ideas anarquistas, que despiertan un gran entusiasmo y arrancan vivas a la FAI).

“La FAI es la esperanza de todos los desheredados del mundo, y da siempre la cara en todo; ha limpiado lacras, y ha higienizado el organismo confederal, que ya no flaquea ante las acometidas del Gobierno”.

(Dice que la FAI no es rencorosa, y el día que triunfe la revolución llamará a la fraternidad a todos los seres humanos, porque una gota de sangre en las manos de los trabajadores es una mancha terrible y odiosa. Hace un canto al pueblo, con las frases más bellas, que despiertan aplausos y vivas en los concurrentes.)

Buenaventura Durruti. Comienza lamentando que el viejo maestro Sebastián Faure no se encuentre entre nosotros. Quizá la autoridad moral de este camarada hubiera patentizado, ante los políticos que nos acusan de no ser fieles a las doctrinas anarquistas, cómo éstas se conciben y cómo se realizan:

“No pretendo la dialéctica de un Castelar, ni la persuasión de un Kropotkin. Yo soy hombre del siglo veinte, soy el que vive en el pueblo. He estudiado a los maestros y sé cómo hay que accionar.

“Se habla de anarquía hace ya muchos años. Hemos producido una situación caótica, haciendo a todos los gobiernos la vida imposible y determinando el fracaso de todos los partidos políticos. Vamos hacia la revolución social. Los gobernantes confían solamente en la fuerza bruta. Ya no tienen el apoyo del pueblo. Hemos visto cómo en Alicante, Sagunto y otras ciudades, Azaña no ha podido hablar. En cambio, nosotros, reunimos multitudes que nos reciben entusiastas, y estas multitudes nos dicen que nos acompañarán a la revolución.

“Hemos discutido demasiado, es la hora de la acción. Lerroux dice que no servimos nada más que para votar. Pero, nosotros, el 19 no depositaremos ningún

voto. Ya ningún partido representa al pueblo español. Frente a Lerroux, nosotros decimos: nada de amenazas. El pueblo tiene derecho a no creer. ¿Cómo creer en vosotros, después de la sangrienta experiencia republicana?

“Nosotros no votaremos. La Cataluña confederal no votará. Más del cincuenta por ciento se abstendrá en las próximas elecciones. ¿De qué sirven pues, las amenazas? ¿De qué sirve decir que se nos meterá en cintura? Amenazad, es inútil; no votaremos, y estamos ojo avizor para contener las intentonas de la reacción.

“Trabajadores: el momento político y social de España es de suma gravedad. Todo el mundo en pie, con el arma en la mano. Mucho se habla de la FAI, a quien se ha tomado por cabeza de turco de todos los partidos. Esa FAI, a quien tanto calumniáis, os dice, en estos momentos de responsabilidad, que está presente en las calles, en las fábricas, en los campos y en las minas.

“Se habla de la FAI, explotando la calumnia de los atracos para desprestigiarla y hundirla. ¡Que nos demuestren los calumniadores que la FAI patrocina los atracos! Que tomen nota todos, especialmente los periodistas burgueses, si se hallan en este recinto, de lo siguiente: la FAI patrocina el atraco colectivo, expresión de la revolución expropiadora. Ir a por lo que nos pertenece. Tomar las minas, los campos, los medios de transporte y las fábricas, porque nos pertenecen. Esto es la base de la vida. De aquí saldrá nuestra felicidad, no del Parlamento. Decid en vuestra prensa, periodistas burgueses, que la FAI sólo patrocina esta expropiación colectiva.

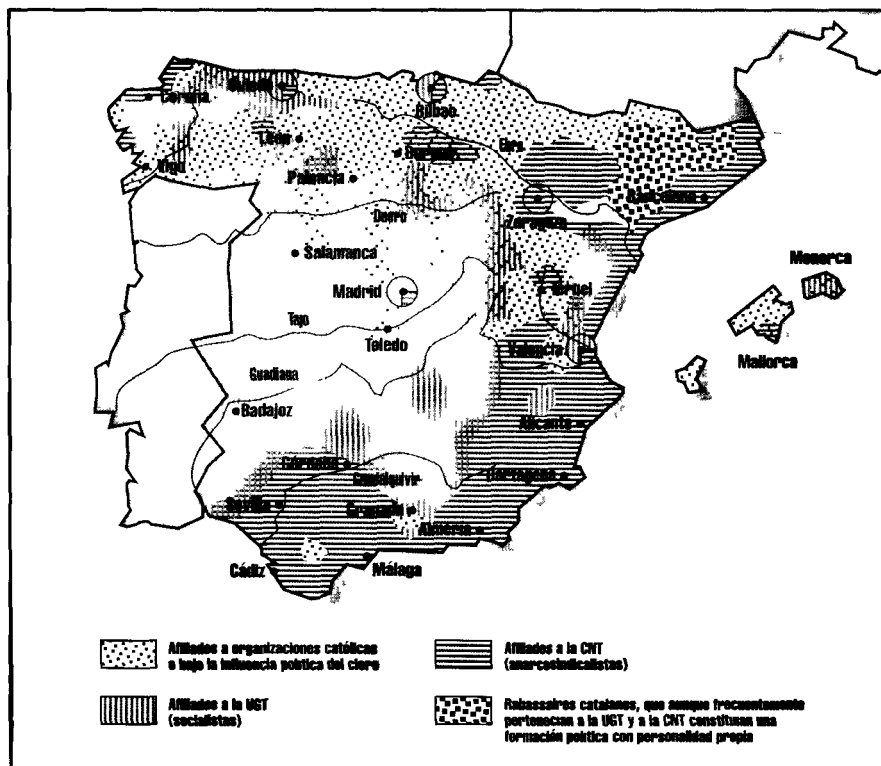
“Se habla de la dictadura de la FAI en la Confederación. Esto es un mito que hay que rechazar porque es falso. Las asambleas son la soberanía de nuestro movimiento sindical. Nos acusan de esto los sindicalistas, como justificación a su conducta. Dicen que ellos no podían someterse a esta dictadura. Lo que no dicen es que han perdido la fe en el Comunismo Libertario, que no creen en la Anarquía. ¿Por qué, si no se creía en las ideas anarquistas, no se tuvo el valor de decirlo? Han preferido hablar de dictadura y esgrimir la calumnia.

“Aconsejamos a los trabajadores no perder la serenidad. Cada cual debe ocupar su puesto en la producción. El mundo tiene puesta en nosotros fija la mirada. El único movimiento anarquista fuerte y capaz de realizaciones constructivas es el movimiento anarquista español. El mundo espera de nosotros la revolución niveladora. Si en España no estuviéramos a la altura de las circunstancias, la reacción rompería todos los diques y se extendería sobre el mundo.

“La FAI aconseja a los obreros de la CNT, puesto que la CNT controla las fábricas y lugares de producción, que no abandonen su puesto; que permanezcan al pie de la maquinaria; que en caso de intento de dictadura o de pronunciamiento militar, se responda en toda la línea, con energía, como se debe. Ojo avizor los Comités técnicos y de fábricas. Un consejo a los faístas, también: vuestro puesto está más allá de las fábricas. Acordémonos de Italia. Una acción complementaria es indispensable. Frente al fascismo de Gil-Robles, frente a cualquier intento militar o de otro carácter, los obreros deben inmediatamente posesionarse de las fábricas. Los hombres de la FAI irán a otros sitios, para completar la revolución iniciada con la toma de los medios de producción.

“En pie todos, como un solo hombre. Ha llegado el momento de que tengamos un concepto de la responsabilidad, y lo apliquemos a la lucha cotidiana. Esto

Afiliación política de obreros y campesinos en 1933 (situación aproximada)*



(*) *El laberinto español*, Gerald Brenan, Ed. Ruedo Ibérico, París (Existen datos modificados)

no es bolchevismo. Esto no es centralismo. Esto es anarquía.

“Así como hoy venís todos como un solo hombre, si en un momento dado la revolución os reclama, como un solo hombre deberemos responder. Todos unidos, si alguien se levantara por el fascismo. Todos unidos en la lucha hasta destruirlo. Cumplamos con nuestro deber, para que no pueda decirse que España pasa por la vergüenza de Alemania e Italia”.

El compañero Gilabert termina el acto: “Trabajadores: el Comité Peninsular, en nombre de la Federación Anarquista Ibérica, somete al pueblo las siguientes conclusiones:

“1) En caso de un triunfo fascista, desencadenar la Revolución social en toda la Península, para implantar el Comunismo Libertario.

“2) Luchar todos, hasta conseguir la definitiva desaparición del Estado, con todas sus ramificaciones autoritarias”.

(Estas conclusiones fueron aprobadas por aclamación. El acto terminó con estruendosos vivas a la Anarquía)¹³⁷.

CAPÍTULO XVII

El socialismo, ausente en diciembre de 1933

El triunfo electoral de las derechas no sorprendió a nadie aquel 19 de noviembre de 1933: ante una izquierda dividida, y una clase obrera decepcionada por la política seguida por los republicanos y socialistas, junto con la huelga electoral de la CNT, era una partida sin sorpresas.

Las izquierdas obtenían 99 puestos (de los cuales 60 eran socialistas y 1 del PC); el centro, 156 (de los que 102 eran radicales), y las derechas, 217 (de los cuales 115 pertenecían a la CEDA). La comparación de este resultado con el que se obtuvo en las elecciones de junio de 1931, muestra la gran derrota: izquierdas, 263 diputados (entre los cuales había 116 socialistas); el centro 110 (de los cuales pertenecían 22 a Maura y Alcalá Zamora), y las derechas 44 (entre los que despuntaban los 26 de los agrarios). Desde 1931 a 1933 el Partido Socialista perdió 56 puestos.

Este triunfo de las derechas, ¿podía hacer pensar que España giraba hacia dicho sector? Eso sería un verdadero error de cálculo. En los lugares donde la CNT era fuerte, el abstencionismo fue muy numeroso: Sevilla y provincia, 50,16%; Málaga, 48,37%; Cádiz, 62,73%, y Barcelona, 40%. Un estudio más profundo haría resaltar aún más la importancia de la CNT. Sin embargo, insistimos, la derrota de las izquierdas tiene su explicación en su política anti-obrera desde el poder y por la forma guerrillera con que afrontó las elecciones.

El 23 de noviembre de 1933, el Comité Nacional Revolucionario que había nombrado la CNT y la FAI se instaló en Zaragoza, ciudad que sería el más potente de los sectores en lanzarse a la insurrección. Su cuartel general se situó en un segundo piso de la calle de Convertidos, y allí se pusieron a trabajar los tres miembros principales del Comité: Durruti, Mera e Isaac Puente. Joaquín Ascaso, Ejarque y los hermanos Alcrudo, todos ellos de Zaragoza, fueron delegados por Aragón para formar parte del organismo revolucionario.

El mapa de España se dividió en sectores coloreados, dando a cada color un sentido potencial. Las zonas rojas (Aragón, Rioja y Navarra): la insurrección debía ser lo más violenta posible; las zonas azules (Cataluña particularmente): se comenzaría por la huelga general, pasando a la revolucionaria después; las zonas verdes (Centro y Norte), en donde predominaban los socialistas, se declararían la huelga general y se intentaría atraer a los obreros socialistas a la lucha. Por lo que respecta a Valencia y Andalucía, se encontraban pintadas en rojo-azul.

El Comité Nacional Revolucionario hizo imprimir octavillas, en las cuales se instaba a los obreros a ocupar las fábricas, las minas, los talleres, etc., para tomar inmediatamente el control de la producción; se instalarían en los lugares de producción Comités Obreros que se federarían en plan local para formar el Consejo

Obrero Local; las poblaciones rurales se constituirían en Comunas Libres, federándose comarcalmente; los grandes almacenes de comestibles serían requisados, y se distribuirían los productos alimenticios por Cooperativas; se formaría una milicia obrera armada, que dejaría fuera de combate al enemigo y aseguraría la vigilancia revolucionaria, organizándose por destacamentos de guerrilleros poco numerosos y de fácil desplazamiento, por lo que se utilizarían camiones y vehículos de transporte, etc.¹³⁸ Esta propaganda fue enviada a los Comités de Defensa de la CNT y a los grupos de la FAI, aumentando, con su reproducción hasta el máximo posible, para ser profusamente distribuida en todos los pueblos.

Cuando todo apuntaba a que sólo había que esperar que se produjera el chispazo revolucionario, surgió a última hora un inconveniente: en una reunión de militantes de Zaragoza, se plantearon dudas sobre qué núcleos debían comenzar la lucha. En principio se había convenido que fuera Zaragoza, secundada inmediatamente por el resto del Bajo y Alto Aragón. Este inconveniente, presentado en el último momento, creaba una situación desagradable que Isaac Puente y Joaquín Ascaso hicieron saber a los militantes zaragozanos reunidos, pero no lograron convencerles. Entonces le tocó el turno a Durruti de ir a parlamentar con ellos. Durruti conocía personalmente a casi todos los componentes y sabía, también sobradamente, el valor y coraje que les animaba. ¿Por qué, entonces, aquella dificultad de último instante? Les habló francamente, como él estaba acostumbrado a hablar. No era un demagogo y dijo, sin rodeos, que si Aragón en esa circunstancia se echaba atrás, todo el crédito de la CNT caería hecho pedazos, ya que no había en España ninguna otra región capaz de afrontar la lucha que se pretendía desencadenar. Barcelona, después del 8 de enero y la constante represión, estaba exhausta, como otro tanto ocurría en Andalucía. La única que parecía mantener sus fuerzas intactas era Aragón. Pero si ellos entendían —les dijo— que no debían participar en la insurrección, eran libres de tomar tal decisión. No obstante, la CNT y la FAI estaban comprometidas ante el pueblo en hacer una prueba de fuerza, y la misma se haría con Aragón o sin Aragón; pero lo que no podía hacerse era perder más tiempo. “Hay que decidirse y pronto —les señaló—, para que el Comité Nacional Revolucionario pueda reorientar sus planes”. La manera ruda y abierta en que habló Durruti impresionó a la asamblea, y, bajo esa impresión, después de un breve cambio de opiniones, los militantes zaragozanos se comprometieron a participar en el combate¹³⁹.

El 8 de diciembre la huelga era general en Barcelona, Huesca, Valencia, Sevilla, Córdoba, Granada, Badajoz, Gijón, Zaragoza, Logroño y La Coruña, y parcial en las zonas socialistas del Norte, Madrid y Oviedo.

Como en los lugares donde se había declarado la huelga el propósito de los grupos anarquistas y confederales era hacerla derivar a huelga revolucionaria, pronto se generalizó en todos los sitios mentados el enfrentamiento contra la

138. *8 de diciembre de 1933*, folleto editado por el C. P. de la FAI, Sevilla, 1935.

139. Manuel Salas, *20 de noviembre*, Ed. CNT, 1936. Testimonio reforzado al autor por Cipriano Mera.

fuerza pública. El Gobierno, habiendo declarado el Estado de sitio, sacó a todas sus "fuerzas públicas" a la calle y, en algunos lugares, a la tropa. Ese día, 8 de diciembre, estaba designado para que presentara Alejandro Lerroux su gobierno a las Cortes. La Carrera de San Jerónimo estaba protegida por la tropa, y la Guardia Civil montó sus ametralladoras en la Plaza de la Cibeles y otros lugares estratégicos de Madrid.

En los sitios donde los revolucionarios lograron dominar la situación, se pasó a poner en práctica las consignas del C.N.R. y aparecieron las patrullas armadas de milicianos. Pero el movimiento podía darse, a las 24 horas de su inicio; por fracasado. No hubo contagio revolucionario. Las masas obreras socialistas siguieron las consignas de sus jefes y se mantuvieron alejadas de la lucha. En las calles sólo estaban la CNT y la FAI, frente a las fuerzas del orden y del Ejército.

Aragón cumplió su palabra, lanzándose a la calle violentamente. Barbastro, Zaragoza, Huesca, Teruel e innumerables pueblos del Alto y Bajo Aragón se echaron a la calle. El contagio prendió por la Rioja a Logroño, y llegó hasta diversos pueblos de Burgos. En Zaragoza capital, la lucha duró varios días, llegando incluso a controlar los revolucionarios las barriadas obreras. El comunismo libertario fue proclamado por toda esta zona, en los pueblos de Cenicero, Briones, Fuenmayor, Castellote, Valderrobres, Alcorisa, Mas de las Matas, Tormos, Alcampel, Alcalá de Gurrea, Almodévar, Calahorra y en barrios de Logroño.

En Valencia tuvo repercusiones en diversos sitios de la región. En Alfafar, las tropas del ejército tuvieron que cañonear el Sindicato, lugar donde se hicieron fuertes los campesinos. Además, se cortó la vía férrea.

En Villanueva de la Serena (Badajoz), un sargento y varios obreros se hicieron fuertes en la Caja de Reclutas, resistiendo durante dos días a una columna mixta de infantería, ametralladoras y morteros. En Fabero (León), los mineros se hicieron dueños de la situación. El movimiento no fue dominado por completo hasta el día 15 de diciembre. Durante siete días, en decenas de localidades, los Comités Revolucionarios se apoderaron de los Ayuntamientos, Juzgados, Telégrafos y demás centros vitales.

En Zaragoza se declaró el Estado de Guerra. En tales condiciones, era impensable que el C.N.R. pudiera escapar, y sus miembros optaron por afrontar la responsabilidad completa del movimiento. El debate sería público, y ellos decidieron aprovecharlo para declarar la guerra al sistema capitalista y reivindicar para el pueblo el derecho a la revolución.

La represión fue muy dura. Se declaró ilegal a la CNT y se clausuraron sus sindicatos y centros culturales, con destrucción de bibliotecas. Se suspendieron todos los periódicos anarquistas y cenetistas, así como revistas técnicas y científicas como *Tiempos Nuevos* y *Estudios*.

Se practicaron numerosas detenciones, a las que se aplicaron unos meses después unas setecientas penas diversas. Con el C.N.R. primero se quiso aplicar la ley de fugas, pero, por intervención directa de algunas personalidades políticas, se cortó la intención del gobernador de Zaragoza, Ordiales. No obstante, sus miembros fueron bárbaramente apaleados. Infinidad de detenidos pasaron igualmente por esa prueba, y bajo el tormento firmaron declaraciones comprometedoras.

Mientras se conducía a los presos a la cárcel, desde el Gobierno —coaligados Gil-Robles y Lerroux— se inició una política “destruktiva”, aboliendo las leyes beneficiosas al pueblo promulgadas durante el bienio socialista republicano; entre ellas las de Reforma Agraria y sobre enseñanza. Por el contrario, el nuevo Gobierno mantuvo íntegras las leyes represivas decretadas en el mismo bienio, leyes reaccionarias que ahora iban a sentir en carne propia socialistas y republicanos, hasta el extremo de que Largo Caballero comenzó ya a dar su viraje hacia el extremismo, sosteniendo la toma del poder por la clase obrera.

En la cárcel de Predicadores, el C.N.R. (Durruti, Puente y Mera) discutía la manera de liberar al máximo de detenidos. Durruti propuso el plan de hacer desaparecer el *dossier* general que se instruía en el Tribunal de Zaragoza, lugar elegido por reunir buenas condiciones de trabajo para los múltiples empleados que elaboraban esa causa general. La idea de hacer desaparecer dicho expediente tenía la virtud de que habría que rehacer todas las declaraciones, y eso permitiría al declarante modificar las que les fueron arrancadas por la fuerza. La idea fue aprobada, y se encargó de realizar el cometido a un grupo de jóvenes libertarios de la localidad. La prensa rindió cuenta de aquel insólito robo:

“Un golpe de mano de una increíble audacia ha sido organizado contra el Tribunal de Comercio de Zaragoza, lugar en que funcionaba el Tribunal de Urgencia que instruía el proceso de los recientes acontecimientos revolucionarios. Un grupo de individuos, siete en total, armados con pistolas, entraron en la habitación en que trabajaban los jueces. Y les obligaron, bajo la amenaza de sus armas, a mantenerse inmóviles, mientras metían en sacos el célebre expediente, concerniente al movimiento revolucionario del 8 de diciembre”¹⁴⁰.

En el curso de los nuevos interrogatorios, para reconstruir otra vez la causa por los hechos revolucionarios en cuestión, solamente el C.N.R. asumió la responsabilidad de los hechos, permitiendo a numerosos detenidos rectificarse y ser puestos más tarde en libertad.

Los sindicatos de Zaragoza declararon la huelga general, la cual se anunció que no cesaría mientras no salieran en libertad los detenidos por los hechos de diciembre. Ante esta situación explosiva, y temeroso el Gobierno de que se asaltara la cárcel, ordenó se trasladara a los miembros del Comité Nacional Revolucionario, bajo una fuerte escolta, a la cárcel provincial de Burgos, a últimos de febrero de 1934.

La ciudad de Burgos era lo opuesto a la de Zaragoza. Mientras que en ésta existía un fuerte movimiento obrero, en aquélla prevalecía la Iglesia, con su cortejo de conventos e iglesias, y, por su lado, los militares, con una cantidad considerable de tropa en sus numerosos cuarteles. Era la clásica ciudad reaccionaria de Castilla. Inútil, pues, decir el efecto que causó en la población la noticia de que se internaba allí a los terribles jefes de la FAI. Para los internados en Burgos, aquella prisión, comparada con la de Zaragoza, era casi la incomunicación total. Los únicos presos políticos eran ellos, y la relación con los presos comunes resul-

140. *La Voz de Aragón*, 25 de enero de 1934.

taba nula e imposible, por la vigilancia interior que la imposibilitaba. A pesar de todo esta condición de semi-aislamiento, no perjudicaba en nada a los reclusos; al contrario, les facilitaba la reflexión en torno a los acontecimientos que se estaban viviendo en España, particularmente en los medios socialistas.

El fracaso electoral fue para los socialistas como un mazazo que aplastara ciertas posiciones oportunistas de algunos de sus líderes, lo que se tradujo en un descenso de la influencia en el Partido de Indalecio Prieto y en un aumento de la de Largo Caballero, quien comenzó a rectificar su punto de vista en diciembre de 1933, en un discurso donde dijo que había que transformar la república burguesa en una república social, y propugnaba la unidad de la clase obrera. En 1934, la tendencia extremista de Largo Caballero comenzaba a dominar la dirección del Partido Socialista, y contaba para ello con la publicación de las Juventudes Socialistas, *Renovación*, y con la revista teórica del Partido, *Leviatán*, dirigida por Araquistáin, en plena revisión táctica de la línea socialdemócrata.

La derecha del Partido Socialista la representaba el moderado Besteiro, con Trifón Gómez y Saborit, los cuales seguían pensando en la colaboración con los republicanos. Para criticar esa posición, y en descargo de conciencia, Largo Caballero reconocía que el Partido, colaborando con los republicanos, se vio obligado a aprobar todas las leyes coactivas y restrictivas que amordazaban al movimiento obrero y ahora aprovechaba Lerroux.

El Partido Socialista contaba por aquella época con unos sesenta y nueve mil adheridos, pero la base de maniobra de este partido residía en el control que ejercía sobre la UGT. El Comité Nacional de esta organización estaba detentado, justamente, por la fracción moderada del partido: Besteiro, Saborit y Trifón Gómez. En ese Comité Nacional, Largo Caballero se encontraba en minoría, y por eso fue rechazada su propuesta en diciembre de lanzarse a un movimiento revolucionario para conquistar el poder político. Pero hay que decir que en el propósito de Largo Caballero no entraba la unidad de acción con la CNT, y "su" movimiento no tenía nada que ver con el que la CNT había declarado en diciembre. En enero, la crisis que se vivía en los medios socialistas repercutió en la UGT, y fue cuando Largo Caballero entró como secretario en su Comisión Ejecutiva. A partir de aquel momento, la línea política de la UGT se radicaliza. Diremos, como dato, que en dicho momento la UGT contaba aproximadamente con un millón de afiliados, de los cuales ciento cincuenta mil eran campesinos organizados en la Federación de Trabajadores de la Tierra.

En los medios libertarios y en la CNT se seguía con sumo interés la evolución que se estaba operando en la UGT y en el Partido Socialista, y el primer anarquista en tenderles una mano fue Orobón Fernández, quien el 4 de febrero de 1934 publicó en el periódico *La Tierra* un extenso artículo bajo el título de "Alianza revolucionaria, ¡sí! Oportunismo de banderías, ¡no!". El artículo en cuestión era un reflexivo análisis de la situación española, constatando los grandes errores cometidos por los socialistas desde 1931. Señalaba, además, la característica de la burguesía española, por natural reaccionaria, y resaltaba la criminal ofensiva contra la CNT, desencadenada ya en 1931, y que aún persistía. La misma nota de Orobón Fernández reconoce la gravedad de la situación y el peligro fas-

cista, y recomienda la unidad de acción proletaria:

“¿Cómo? Por el centro y por la periferia, por abajo, por arriba y por en medio. Lo esencial es que esté basada en una plataforma revolucionaria que presuponga lealtad, consecuencia y honradez de intenciones por parte de todos los pactantes. Enfrascarse en largas discusiones acerca del procedimiento de aproximación sería un bizantinismo desolador. Hay que querer sinceramente esta aproximación, y basta. Los momentos no están para torneos literarios ni obstrucciones demagógicas.”

Los encabezamientos de temas del artículo, o “ladillos”, resumen el de ellos: “La unidad combativa, cuestión de vida o muerte”, “Situarse frente a la unidad, es situarse frente a la revolución”, “Negocios de partidos, no” (y en este apartado desenmascara al Partido Comunista, por la falsedad que emplea en sus informaciones al exterior, particularmente en lo que se refiere al movimiento de diciembre, sobre el que tienen la desfachatez de escribir: “El Partido Comunista intervino inmediatamente en la lucha, para enmendar la plana a los *putschistas* anarquistas”).

Concluye el largo artículo que citamos presentando una base de lo que podría ser una *plataforma de alianza revolucionaria de la clase obrera*, basada en la *democracia directa*. La divide en cinco apartados:

“a) Plan táctico que excluya toda política burguesa, y de signo netamente revolucionario; b) Aceptación como común denominador de la democracia obrera revolucionaria; c) Socialización de los elementos de producción; d) Economía federada, dirigida por los obreros directamente, y e) Todo órgano ejecutivo necesario para atender a otras actividades que las económicas (político-administrativas) estará controlado, y será elegible y revocable por el pueblo”¹⁴¹.

El artículo de Orobón Fernández fue muy bien acogido entre los medios confederales de Madrid y Asturias. Sin embargo, en el resto de España, particularmente en Barcelona, donde se vivía de represión en represión, el contenido de la alianza obrera no se entendía por arriba, sino por abajo. Las posiciones de unos y otros generaron debates que el Comité Nacional entendió orientar por medio de una Plenaria nacional de regionales, la cual se celebró el 13 de febrero en Madrid. En dicho pleno hubo un serio enfrentamiento entre Cataluña, Centro y Asturias. Cataluña defendía su teoría aliancista en las bases, por razones muy peculiares: en Cataluña no había prácticamente socialismo; no obstante, la región tuvo que soportar crudamente su acción política represiva ejercida a través de la Esquerra Republicana de Catalunya. No creía, en sustancia, que una alianza obrera pudiera hacerse entre la UGT y la CNT desde la altura (los hechos posteriores darían la razón a esta posición). El Pleno arbitró en forma de ponencia la cuestión, emplazando públicamente a la UGT para que dijera qué era lo que pensaba en relación a la alianza obrera:

“La Confederación Nacional del Trabajo emplaza a la UGT a que manifieste, clara y públicamente, cuáles son sus aspiraciones revolucionarias. Pero téngase en

141. Ver texto de Peirats, op. cit., vol I.

cuenta que al hablar de revolución no debe hacerse creyendo que se va a un simple cambio de poderes, como el 14 de abril, sino a la supresión total del Capitalismo y del Estado” 142.

Este debate tuvo su natural repercusión en las cárceles, particularmente en Burgos, donde se encontraban los miembros del C.N.R. Por lo que respecta a Durruti, éste hizo saber su opinión a Liberto Callejas en una carta:

“...Una alianza, para ser revolucionaria, debe ser establecida entre los obreros, auténticamente obreros. Ningún partido, por socialista que se presente, puede participar en un pacto de esa naturaleza. Para mí, los órganos representativos y básicos de una alianza obrera son sus comités de fábrica, elegidos por los obreros en asambleas abiertas. Estos comités, federados por barrios, por distritos, por localidad, comarcal, regional y nacionalmente, serán, según mi pensar, la auténtica expresión de la base. Interpreto, pues, en el sentido que nosotros lo interpretamos todo: de abajo arriba, con menos y menos atribuciones a medida que los organismos vayan alejándose de los comités de fábricas, talleres o minas. Pensar la alianza obrera a la inversa es una manera política de desnaturalizar su función. Por esa razón yo no considero -como algunos compañeros creen— que pueda hacerse una alianza obrera “de cualquier manera”. Y una de esas maneras cualquiera es el pacto por la altura, a través de los comités existentes nacionales de la CNT y de la UGT, que yo repudio por el peligro burocrático que encierra. Te repito, pues, que una alianza obrera, para ser auténticamente revolucionaria, tiene que ser sentida, querida y defendida por los obreros en los lugares de trabajo, porque la primera finalidad de esa alianza es adquirir por los obreros el dominio de los medios de producción para instaurar el socialismo” 143.

La forma de pensar de Durruti era convergente con la manera que se entendía en Cataluña la alianza obrera. Y, como es natural, su punto de vista chocó con el de otros militantes que se encontraban encarcelados junto con él, particularmente con Cipriano Mera, quien se encontraba bajo la órbita de influencia madrileña, cuyo portavoz era, como sabemos, Orobón Fernández.

A la llamada que el Pleno nacional de la CNT había hecho en febrero a la UGT, esta organización no dio respuesta alguna, lo que ponía bien de relieve que sus dirigentes estaban muy lejos de desear una revolución del tipo propuesto por la CNT. Años después saldría a luz lo que el Partido Socialista pensaba en aquellos momentos. En enero de 1934, el Partido Socialista, bajo la influencia de Largo Caballero, había elaborado un programa de acción política que tenía por objeto expulsar a los lerrouxistas del Poder. Este plan no tenía nada de revolucionario en sí, sino al contrario, se insertaba en la práctica social reformista de dicho partido. En ese programa se declaraba lo siguiente:

“Después de la toma del Poder, si la revolución triunfa, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores darán cabida, en el nuevo Gobierno que se

142. Idem.

143. Testimonio de Liberto Callejas.

forme, a aquellos elementos que hayan colaborado al triunfo de la revolución” 144.

Esta cláusula ponía en claro que el Partido Socialista se bastaba a sí mismo para hacer su revolución, o bien, no deseando una verdadera revolución, la mejor manera de evitarla era oponiéndose categóricamente a una alianza obrera y revolucionaria. En realidad ambas cosas se complementaban, porque la intención era nítida, pues se veía que aún seguían pensando tener como aliados a los republicanos, y su socialismo no iba más allá de una República como la vivida de 1931 a 1933.

En las alturas gubernamentales, la alianza Lerroux-Gil-Robles daba sus frutos: Un decreto-ley del 11 de febrero de 1934 reducía a cero los pocos efectos que la Reforma Agraria había tenido en el campo, en virtud de esa medida se expulsaba a 28.000 campesinos que se habían instalado en los grandes latifundios. El caciquismo rural utilizó la circular, tomando por su cuenta la iniciativa de la rebaja de los salarios. Así, la situación campesina retornaba más o menos a las condiciones imperantes hasta 1930.

Pero, por otro lado, donde no se podía hacer retroceder ni a los trabajadores del campo ni a los de las ciudades, era en cuanto al creciente avance en el terreno de su madurez política. Los cuatro años de lucha habían dado a los obreros y a los campesinos una conciencia de clase más aguda y acentuada, razón por la cual, frente a la represión, se oponía la agitación, la huelga o el sabotaje, o sea, enfrentamientos entre campesinos y policía; huelgas como la de la construcción en Madrid, donde la CNT comenzaba ya a situarse en un plan de igualdad a la UGT, y donde se conquistaba la semana de 44 horas, pagándose 48; de la metalurgia, en la misma capital, y los tiroteos entre los grupos de la Falange y los grupos de obreros.

En las Cortes del tan agitado “ruedo ibérico” se planteó el problema de los presos políticos. La derecha tenía prisa en indultar a los jefes y oficiales militares comprometidos en los hechos del 10 de agosto de 1932 (Sanjurjo y otros) y, también, a ciertos financieros condenados por evasión de capitales. Para resolver la situación de los mencionados, se propuso un proyecto de amnistía que iba a ser beneficioso para muchos de los obreros detenidos con motivo del movimiento de diciembre de 1933.

El decreto de amnistía se votó a últimos de abril de 1934, pero el Presidente de la República, si bien estaba dispuesto a indultar a los oficiales y jefes comprometidos en el levantamiento anti-republicano de agosto de 1932, se negaba a restituir en sus cargos a dichos amnistiados. El desacuerdo terminó con una crisis de Gobierno, que fue prontamente resuelta sustituyendo a Lerroux por un hombre de confianza: el abogado valenciano Ricardo Samper (28 de abril de 1934).

Durante este acalorado debate se produjo un hecho, aparentemente anodino: el viaje a Italia de los monárquicos Antonio Goicoechea, el general Barrera, Rafael Olazábal y Antonio Lizarza. Se entrevistaron con Mussolini y el ministro de la Guerra italiano, Italo Balbo. Todos, de común acuerdo, determinaron orga-

144. *El Liberal*, 11 de enero de 1936. Tomamos la referencia de Peirats. *op. cit.*

nizar un golpe militar en España que aboliera la República y restableciera la Monarquía. El gobierno fascista italiano aprobaba el proyecto, y para organizar los preparativos se dio a los conspiradores un millón y medio de pesetas. El apoyo de Mussolini a dicho proyecto residía en que pensaba controlar las islas Baleares, para cerrar el camino marítimo de Inglaterra y Francia.

Promulgada la amnistía, Durruti, junto con sus compañeros de cárcel, salieron de la provincial de Burgos. Y como le urgía volver a Barcelona inmediatamente, y no disponía de dinero para pagarse el viaje, Ramón Álvarez, un joven asturiano que, pese a su juventud, era el secretario del Comité Regional de la CNT en Asturias —y a ese título fue a la cárcel en diciembre—, le dio el dinero que poseía, en espera de que los asturianos le enviaran algo para trasladarse él a Gijón, lugar de su residencia ¹⁴⁵.

145. Dato comunicado al autor por el mismo Ramón Álvarez.

La huelga general de Zaragoza

El viaje de Burgos a Barcelona Durruti lo hizo junto con los compañeros de Zaragoza que estaban presos con él: Ejarque, Joaquín Ascaso, los hermanos Alcrudo, etc. Cuando llegaron a la capital de Aragón, descendió con ellos para visitar a los compañeros aragoneses. La impresión que recibieron, al pisar la estación de Zaragoza, les demostró los efectos de la huelga general que los aragoneses declararon en febrero en solidaridad con los presos. Entonces, los sindicatos zaragozanos habían decidido la huelga general, que no encontraría fin hasta que el último de los detenidos por los hechos de diciembre no se encontrara en libertad. Y como aún había presos en la cárcel, los zaragozanos, fieles a su palabra, se mantenían en huelga. En dicha capital no funcionaban nada más que los servicios de urgencia, tales como hospitales, lecherías y panaderías. Los restantes ramos de trabajo o producción estaban paralizados, incluso el alumbrado y los servicios públicos, como la recogida de basuras. Zaragoza parecía una ciudad sitiada, donde transitaban personas que más que eso parecían muertos en vida. Sin embargo, el entusiasmo de los trabajadores era enorme. La CNT del resto del país les ofreció el envío de cargamentos de comida, pero los aragoneses los rechazaron y sólo aceptaron, después de mucha insistencia de Francisco Ascaso, confiar sus hijos a la solidaridad obrera de la CNT de España.

En el momento en que Durruti llegó a Zaragoza se encontraban en la ciudad capital unos delegados de Barcelona, que estaban organizando las expediciones de chiquillos que debían salir para la Ciudad Condal. También se hallaba otra delegación de Madrid, que tomaría a su cargo una buena cantidad de hijos de los huelguistas. Puesto de acuerdo Durruti con los delegados catalanes, salió para Barcelona a fin de que se organizara de la mejor manera posible el recibimiento de los niños.

Durante el viaje de Zaragoza a Barcelona, Durruti tuvo ocasión de leer el periódico clandestino que editaba la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona, en sustitución de la suspendida *Tierra y Libertad*. El resumen que ofrecía FAI de la situación en la capital catalana, trasladaba a Durruti a los peores tiempos de los Anido y Arlegui:

“Las cárceles catalanas están abarrotadas —informaba—. Los presos están sujetos a un régimen de excepción. El verdugo Rojas vuelve a desempeñar el cargo de director de la cárcel Modelo de Barcelona. Nuestra prensa ha sido suspendida. *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad* no pueden hacer llegar su información a las masas obreras. Nuestras redacciones son asaltadas. Se detiene a los redactores y a los empleados de la administración. El Suplemento de *Tierra y Libertad* (revista teórica) ha sido multado con cinco mil pesetas, sin ninguna razón para ello. Los

Sindicatos de la CNT son declarados ilegales. Los cafés y bares donde acuden compañeros son considerados como lugares clandestinos. Se caza al militante de la FAI y de la CNT, como no se recuerdan tiempos parejos. En la Comisaría de Orden Público se apalea brutalmente. Con motivo de los últimos atracos, se ha iniciado una serie de registros y cacheos que indignan al más timorato. En los calabozos policíacos se retiene un puñado de días a nuestros compañeros. Nuestras compañeras van a la cárcel por hechos insignificantes. Todo esto ocurre en Cataluña, bajo la égida de Luis I, Presidente del Gobierno Autónomo Catalán.

“¿Qué hacer? —se preguntaba FAI—. Pues hay que reaccionar. Y hay que reaccionar desde la clandestinidad a que nos somete el Gobierno de la Generalidad. La aparición de este periódico clandestino es el principio de nuestra réplica a las bravatas de las autoridades catalanas, que se declaran prestas a exterminarnos. Por este portavoz, la FAI inicia un nuevo periodo revolucionario. Los camaradas deben repartirlo en las fábricas, en los talleres, en las barriadas obreras y en todos los lugares de trabajo. No nos gustan las cavernas, y preferimos la luz del sol para mejor propagar bajo ella nuestras ideas, pero, puesto que se nos lleva a la clandestinidad, vamos a ella con la fe en el triunfo, con el entusiasmo, la abnegación y la confianza en nuestra fuerza y la razón que asiste a la clase obrera en su lucha cotidiana por el pan y la libertad” 146.

Leyendo este artículo, Durruti no pudo por menos que recordar, una vez más, la falsedad de los políticos. Durruti había conspirado con Francesc Macià desde Bruselas y Francia, y en múltiples ocasiones había facilitado al viejo catalanista medios que éste no poseía. “Los Solidarios” habían procurado a los jóvenes catalanistas que hoy, desde las Comisarías, aporreaban a los militantes de la CNT, medios de combate durante la Dictadura de Primo de Rivera. Francesc Macià llegó al colmo de la teatralidad política: recién instaurada la República, y coincidiendo con Durruti en un mitin en Lérida, abrazó a éste llorando y le dijo: “Abrazo en ti a todos los anarquistas que valientemente se han batido por la República”. Pocos días después de la mencionada exclamación sentimental, los Moços d’Esquadra tiroteaban la manifestación del 1 de Mayo de 1931, y encima se esgrimía el argumento de que todavía los catalanes no eran dueños de los destinos de Cataluña, por lo que era imposible realizar una limpieza a fondo en los cuerpos represivos. Pero... vino la promulgación del Estatut Català y, a partir de entonces, se impuso un régimen de represión tan fuerte contra la CNT que no tuvo precedente en su historia, y eso que en la historia de la CNT los periodos de represión se empalmaban unos con otros.

Cuando Durruti se encontró en su casa de la calle Fresser, le pareció un sueño la existencia y los avances de su hija-Colette, a quien no había podido ver crecer, ni pudo participar en el aprendizaje de la pequeña en caminar, hablar, etc. Ahora, ella hablaba y corría, revolviendo todo con su alegría de niña.

146. FAI, órgano revolucionario de la Federación Anarquista Ibérica, año 1, núm. 1, Barcelona, abril de 1934; núm. 2 abril de 1934. En el Instituto de Historia Social de Amsterdam se encuentra una colección incompleta de este periódico clandestino.

Pero el gozo del hogar duró poco. Aquella misma noche acudieron varios compañeros de la barriada del Clot para saludarle y hablar con él. Y, naturalmente, el tema de la represión absorbió toda la conversación. Y así pudo enterarse de la pérdida de dos buenos amigos, asesinados por la policía. Uno de ellos era un compañero italiano, que Durruti había conocido en Bélgica, Bruno Alpini. Trabajaba de zapatero en la calle Rogent, no lejos de la casa donde habitaba Durruti. Mimi solía llevarle los zapatos para su reparación. Las actividades de Bruno en Barcelona se desarrollaban más en relación con Italia que con España. Sostenía contactos con los compañeros que vivían bajo el régimen mussoliniano, y les procuraba medios de combate y solidaridad material. Su eliminación era inexplicable, salvo que los agentes italianos estuvieran en concomitancia con las autoridades catalanas, es decir, con Josep Dencàs, que era Conseller de Governació en el Govern Autònom, y se hubieran puesto de acuerdo unos y otros para eliminar a Bruno por sus actividades revolucionarias contra Mussolini. Fuera lo que fuese, Bruno fue detenido en su lugar de trabajo hacia las nueve de la mañana, y a las once de la noche se le encontró muerto en la calle Cruz Cubierta, con seis tiros en la cabeza, uno de ellos en la nuca. La Prensa publicó un parte policial en el cual se decía que “Bruno Alpini, italiano de 30 años, nacido en Milán, había sido detenido cuando efectuaba un atraco; que intentó hacerse fuerte, pero que la policía logró detenerle, y cuando lo conducía a la Comisaría, intentó escapar y fue entonces cuando se produjo el desgraciado accidente de su muerte...”

Era la eterna excusa que la policía daba siempre para justificar la “ley de fugas”.

Pero todo no terminó con la muerte de Bruno Alpini, sino que alguien, un buen amigo suyo llamado “el Cèntim”, un joven militante del Fabril y Textil, quiso vengarse atentando en la persona del Comisario General de Orden Público, Miguel Badía. Enterado de que éste solía frecuentar uno de los cabarets del Paralelo, una noche “el Cèntim” le esperó a la salida e intentó descargar su pistola contra quien suponía era el asesino de Alpini. Desgraciadamente, “el Cèntim” no alcanzó su objetivo, porque la numerosa escolta protegió a su patrón, tirando a la vez contra el agresor y quedando el presunto vengador de Alpini muerto también en la calle ¹⁴⁷.

Esta sangría de excelentes compañeros llenaba de indignación a Durruti, pues una de sus cualidades era su generosidad de espíritu, pese a la fama de crueldad que la burguesía le había dado. Por naturaleza, Durruti repudiaba la violencia, y no se había entregado jamás a ella de buen grado, sino que sólo la aceptaba como necesidad defensiva o último recurso, lo mejor administrada posible. Sin embargo, aquella noche en su casa de la calle Fresser, por sus gestos y los cambios que se producían en su mirada, si hubiera podido echarle un “zarpazo” a Badía, le hubiera destrozado...

Una de las primeras cosas que hizo Durruti a su llegada a Barcelona fue discutir la situación de los obreros de Zaragoza con el Comité Regional de la CNT, del que era secretario, de manera accidental, Francisco Ascaso. Pero, por el momento

no se podía hacer por ellos otra cosa que atender a los miles de niños que estaban a punto de traerles a Barcelona. La población barcelonesa había respondido excelentemente a la llamada de la CNT, pues acudieron más de veinticinco mil familias a la redacción de *Solidaridad Obrera*, comprometiéndose a albergar a los hijos de los huelguistas. Era la segunda vez que se producía en España una prueba de solidaridad de este carácter. La primera fue en 1917, cuando los mineros de Riotinto declararon una larga huelga, y también se recurrió a ese procedimiento. Pero ahora la repercusión era mayor que entonces, puesto que se trataba de acoger a los hijos de los huelguistas de una gran ciudad, como era Zaragoza.

Ascaso le comunicó a Durruti que seguramente tendrían dificultades con las autoridades catalanas a causa de los niños de Zaragoza. Para las autoridades de Barcelona, que perseguían a la CNT y la tenían sometida a la clandestinidad, era una verdadera bofetada que desde la "caverna" pudiera aún movilizar la CNT a la población barcelonesa como lo estaba haciendo. Cuando el Ayuntamiento de Barcelona se enteró de que la CNT organizaba dicha expedición, envió un emisario al Centro Aragonés, para comunicar a su directiva que la Generalitat estaba dispuesta a hacerse cargo de todos los niños que llegaran de Zaragoza. La comisión directiva del Centro Aragonés, compuesta en su mayoría por militantes o simpatizantes de la CNT, y que habían acordado en una asamblea general de socios secundar la iniciativa de la Confederación, respondió al representante oficial que "aquello era una cuestión de paisanaje, y que la colonia aragonesa en Barcelona se hacía un deber de solidaridad en ayudar a sus paisanos en huelga". Era esa interferencia de la Generalitat lo que hacía pensar a Ascaso que las autoridades pudieran maquinarse alguna maniobra con tal de evitar aquella prueba de solidaridad obrera. Durruti le reprochó su natural desconfianza, diciéndole que "aquello sería ya el colmo".

Después de manifestarle Durruti las dificultades que se le presentaban para encontrar trabajo, puesto que seguía en pie el conflicto con la burguesía textil del Ramo del Agua, en el que estaban seleccionados los dos amigos, Ascaso le indicó que se pusiera en contacto con los compañeros del Sindicato de la Alimentación, los cuales, aprovechando la llegada del verano, podían hacerle entrar como temporero en una de las dos fábricas de cerveza, "Damm" o "Möriz". Quedaron en encontrarse al día siguiente en la redacción de la *Soli*, que era el lugar en que se convocó, para el día 6 de mayo, a las familias que debían hacerse cargo de los niños de Zaragoza.

Aquel día 6 de mayo era domingo. La hora que se indicó para la llegada de la expedición era las seis de la tarde, pero, a partir de las 16 horas, la calle Consejo de Ciento, y en la manzana que ocupaba la redacción del periódico confederal, no se podía dar un paso. El tránsito quedó cortado por más de veinticinco mil personas, que se presentaron a recibir a los niños. Entre la multitud abundaban las mujeres y los chiquillos, ya que se habían desplazado las familias enteras para marcar mejor el carácter fraternal y solidario de la jornada.

A las seis de la tarde se anunció por altavoz que la expedición traía un buen retraso, debido a que en varios pueblos los vecinos desearon saludar a los niños, indicando con ello su solidaridad con los huelguistas. La expedición llegaría ha-

cia las 21 horas. Muchos, por miedo a perder la plaza que habían obtenido, próxima a la entrada del local, no quisieron ausentarse y se quedaron esperando. Más o menos, la multitud siguió siendo la misma.

Llegó las 21 horas sin que se anunciara la llegada de la expedición. Ante tal retraso, ya sospechoso, varios trabajadores taxistas de la CNT salieron con sus coches a su encuentro. Pero, con todo, no había noticias, y ya eran cerca de las diez de la noche. La gente comenzaba a preguntarse las razones de dicho retraso, cuando, sin saber cómo ni por dónde, apareció un escuadrón de caballería de la Guardia de Seguridad, que comenzó a cargar contra la multitud al grito de "¡Despejen!". Ante aquella avalancha, la multitud se contrajo en sí misma; pero no pudieron evitarse gritos de mujeres y llanto de chiquillos, cuyos padres, temiendo lo peor, intentaban proteger con sus espaldas a sus compañeras e hijos. Los caballos avanzaban atropellando y pisoteando a la gente. El griterío aumentó. Un miembro de la Comisión, presintiendo una masacre, recomendó calma a los asistentes. Y otro de ellos avanzó como pudo para parlamentar con los guardias; pero no hubo manera de lograrlo, pues, sin saber cómo, se produjeron explosiones de petardos y, como si eso fuese una consigna, la Guardia de Seguridad redobló sus acometidas contra la multitud, seguidos de buen número de Guardias de Asalto, surgidos en aquel momento de varias camionetas, los cuales, porra en mano, comenzaron a castigar sin respetar a los numerosos chiquillos y mujeres presentes. Se presenciaron escenas verdaderamente de un sadismo inconcebible. Los hombres intentaron formar un cordón de protección para los niños y las mujeres, pero los guardias seguían pegando por la espalda sin compasión.

Gritos y más gritos, mezclados con los lloros de los chiquillos, aquello parecía un infierno, cuya gravedad aumentó cuando la policía de Asalto hizo uso de sus pistolas y los caballos en sus embistes. En el espacio que iba quedando libre, aparecía, en el suelo, gente tumbada que pronto se comprobó eran heridos y un muerto que, unos guardias, tirándole de una pierna, lo echaron hacia el centro de la calle. Desde el balcón de la redacción de la *Soli*, Ascaso miraba con ojos encendidos de cólera aquella inimaginable brutalidad. Y Durruti, a su lado, se sentía ya arrepentido del generoso pensamiento que tuvo el día anterior. Pero ¿qué hacer? El instinto obró mejor que la razón. El muro humano, que se formó para contener la brutalidad policiaca, sostuvo valientemente las embestidas, y así pudieron ir saliendo las mujeres y los chiquillos. Después, los que quedaron sobre el terreno, ya no consintieron continuar aceptando los vergajazos pasivamente, sino que atacaron en masa a los guardias que, sorprendidos, emprendieron la retirada, no sin llevarse algunos de ellos algunos zarpazos bien dirigidos ¹⁴⁸.

No hubo acuerdo previo, todo fue espontáneo. En masa se bajó hacia el centro, obligando a tranvías, metros y autobuses a paralizar sus recorridos. Algunos tranvías fueron incendiados y una comisaría asaltada, huyendo los policías por las ventanas. La huelga general quedó declarada aquella noche, y se prolongó hasta el 12 de mayo. Unánimemente la Barcelona obrera mostró su desprecio a un po-

148 Recuerdo directo del autor, que se encontraba presente durante los hechos.

der que recurría a aquellos bárbaros procedimientos para manifestar su odio a la clase obrera.

Pero ¿y los niños de Zaragoza, dónde estaban? En el fragor del tumulto pudo llegar a la redacción de la *Sol* uno de los taxistas para prevenir de lo que estaba ocurriendo en Molins de Rei, no lejos de Barcelona. La Comisaría d'Ordre Públic, dispuesta a que no se efectuara como estaba prevista aquella jornada, movilizó a varias compañías de Guardias de Asalto que, en Molins de Rei, cerraron el paso de la caravana de autobuses que traían a los chiquillos. Hubo un duro encontronazo con los vecinos de la población, pero los guardias lograron cumplir las órdenes, que consistían en desviar la caravana hacia Tarrasa con el fin de retener a los niños. Ascaso, Durruti y otros compañeros que estaban con ellos, no esperaron más y salieron inmediatamente para Tarrasa, encontrando a su llegada que los grupos anarquistas de dicha localidad estaban ya movilizados. Todos juntos se dirigieron hacia la explanada donde estaban concentrados los autobuses, escoltados por la Guardia de Asalto bajo el mando de un capitán. Durruti y Ascaso avanzaron resueltos, protegidos por los trabajadores que se habían movilizado, y, cuando se encontraron ante el primer autobús, gritaron al chófer:

“El fin de la etapa es la CNT. ¡Pronto, al Centro Aragonés!”

La gente de Tarrasa fue tomando asiento, junto con los niños, en los autobuses, y el taxi en el que iban Durruti y Ascaso se puso a la cabeza de la caravana. Aquella misma noche, los hijos de los huelguistas de Zaragoza durmieron en los hogares proletarios adonde venían dirigidos.

Una entrevista histórica entre la CNT y Companys

Esta entrevista entre la CNT y Lluís Companys, en su calidad de President de la Generalitat, ha debido pasar desapercibida a infinidad de estudiosos de este agitado período de la historia de España, puesto que nunca la hemos visto citada, e incluso era por nosotros ignorada. Su conocimiento casual lo hemos tenido al consultar la colección de prensa clandestina de la CNT, relativa a ese tiempo.

En el primer número de *La Voz Confederal*, datado el 2 de junio de 1934, aparece, en su tercera página y a cuatro columnas, un “Informe de la entrevista celebrada entre el presidente de la Generalidad y los compañeros Sanz, Isgleas, García Oliver, Herreros y Carbó, delegados de la Confederación Regional de Cataluña de la CNT”.

Dicha entrevista se efectuó el miércoles 9 de mayo de 1934, es decir, tres días después de la brutal agresión que hemos dejado relatada en el capítulo anterior, con ocasión de la llegada a Barcelona de los niños de Zaragoza. ¿Había sido concertada antes de esos hechos, o después de ocurrir la citada agresión? Lo ignoramos, como ignoramos también si tal entrevista fue fruto del mandato de un Pleno regional, aunque resulta extraño que Ascaso, que era secretario del Comité Regional, no formara parte de ella; o si bien fue iniciativa de algún pleno de militantes, tan corriente durante aquella época de clandestinidad. Pero resalta de los comisionados un hecho curioso, y es que todos, salvo Ricardo Sanz (que era valenciano), eran catalanes. ¿Estuvo esto previsto, para remarcar bien ante Companys que los hombres representativos de la CNT no eran murcianos, como se señalaba diariamente en la prensa catalanista de Esquerra o del Estat Català? Posiblemente. Y, posiblemente, también debió jugar algo de sentimentalismo en potenciar una gestión de ese tipo, condenada de antemano al fracaso. Las diferencias que existían entre la CNT y el Govern de la Generalitat eran idénticas y aun más graves que las que existían en relación al Gobierno de Madrid. Era cuestión de guerra social entre la autoridad —que era el Gobierno— y la libertad que representaba la CNT, como organización creada por la clase obrera para destruir el capitalismo y el Estado. Entre enemigos de este tipo no puede esperarse entendimiento alguno, quizá, y a lo sumo, una pausa. Pero la pausa la impone generalmente la dialéctica de los hechos, en razón de la debilidad de una fuerza frente a otra.

Antes de pasar a detallar dicha entrevista es preciso señalar varios aspectos. Uno de ellos nos toca muy de cerca, y es el relativo a García Oliver, a quien vimos distanciarse algo de Durruti y Ascaso cuando se discutió la cuestión del movimiento del 8 de diciembre de 1933. Por el tiempo que estamos tratando ahora, así como vemos caminar parejas las acciones de Ascaso y Durruti, en García

Oliver se produce un vacío; y nos preguntamos si es que no se estaba ya distanciando de sus antiguas posiciones revolucionarias de los años anteriores, y en razón de ello aceptara formar parte de una Comisión cuya gestión iba a contrarrestar de la opinión que prevalecía por entonces en los medios militantes de la CNT y de la FAI. Ignoramos el eco y la crítica que pudo hacerse en el interior de la CNT por el paso dado. Sin embargo, leyéndose entre líneas el editorial del número 4 de FAI, correspondiente a junio de 1934, se percibe un tufillo de desavenencias entre la CNT y la FAI. El título es expresivo: “¡Atención al semáforo amarillo!”. Se trata el tema de las disidencias habidas en el interior de la CNT, y las presiones que sigue haciendo l'Esquerra (una de ellas la represión) para atraerse a los militantes de la CNT hacia su partido. También se señala el brusco cambio de los socialistas, los cuales parecen igualmente hacer guiños a la CNT, a la par que emplean un lenguaje de “revolución social”. Y se escribe entonces, como indicación, lo siguiente:

“¡Atención! El semáforo de señales trueca en amarillo el rubí incandescente de su roja llama...”

Y añade:

“Es la hora de descubrir, tras los cargos burocráticos y las ínfulas liderescas, al gandul, al arribista y al confidente...”

Y en otro suelto, página 3, rindiendo cuenta del último Pleno de Grupos Anarquistas de Cataluña, agrega:

“La FAI, en Barcelona, emprende una nueva etapa en su itinerario revolucionario, cuyos efectos se dejarán pronto sentir. Los visos revisionistas sacados a colación a última hora en la Confederación, deben ser motivo de vigilancia para todos los anarquistas, y en cuanto a esto se refiere, la FAI sabrá cumplir con su deber...”

Sin embargo, hay una nota optimista, en el mismo periódico, que parece haber sido escrito por etapas. Esa nota lleva por título “Salutación”. Comienza por decir que se había señalado a la CNT la conveniencia de recurrir a la propaganda clandestina antes que dejar a los obreros huérfanos de orientaciones. Por lo que se percibe, la CNT esperaba resolver su papeleta de legalidad o ilegalidad, y ahí debemos situar (en el mes de mayo) la esperanza en los resultados de la entrevista entre la central sindical y Companys. Fracasada, como vamos a ver, la mencionada entrevista en su propósito, entonces la CNT recurrió a la clandestinidad, sacando a la luz pública, en junio, *La Voz Confederal*. Saludando esa determinación, FAI escribe:

“Nuestra llamada ha tenido eco en las esferas confederales, con la aparición del órgano clandestino de los Sindicatos de la Regional Catalana *La Voz Confederal*. Desde las páginas de FAI, saludamos al fraterno colega”.

Y ahora vamos a la entrevista CNT-Companys, del día 9 de mayo.

En el documento que consultamos hay una nota preliminar, en la cual se tiene interés en precisar que cuando se concertó la entrevista con Companys fue a título de CNT. Esa precisión resultaba indispensable, ante la actitud adoptada por Companys, en la que expresaba “que no podía, como representante del Poder, dialogar con los representantes de una organización colocada al margen de la ley,

ya que ello constituiría un contrasentido evidente”. Los comisionados respondieron “que ellos estaban autorizados por el C.R. solamente para hablar en su nombre, y que puesto que no eran aceptados como tales, entonces daban por terminada la entrevista”. Parece ser que esa actitud “determinó en Companys una transición brusca, apenas disimulada”. Y, entonces, declaró: “Vosotros estáis acostumbrados a jugar con las palabras y hacer con ellas una cuestión de Gabinete”. Se le replicó que no se trataba de una cuestión de palabras, sino de algo sustantivo, a lo que contestó de este modo: “Bien, puesto que interesa tanto la palabra, no hablemos más del asunto: os recibo como representantes de la organización confederal”.

La entrevista duró dos horas y, según el informe que citamos, se le expuso a Companys, “sin titubeos, una larga serie de verdades, que en el fondo resultaba una requisitoria despiadada contra aquellos que, desde el poder, quieren rarificarle la atmósfera (a la CNT) y hacerle la vida imposible...”

Uno de los puntos claves de la entrevista era dilucidar el porqué de la diferencia de trato que había entre el que se le daba a la CNT en España y el que se le otorgaba en Cataluña, e incluso la diferencia entre el resto de Cataluña y Barcelona. En el resto de España, y en las tres provincias catalanas, se acordaba la clausura de un sindicato, pero nunca la totalidad en estado permanente como se practica en Barcelona con los sindicatos de la CNT. El pretexto que se invocaba en Barcelona, para mantener a la CNT en la legalidad, residía en que la CNT, en esta localidad, no quería someterse a la ley del 8 de abril; pero el pretexto era absurdo, por la obvia razón que en ninguna parte la CNT se sometía a esa ley. Al contrario, seguía ateniéndose a la Ley de Asociaciones de 1876, la cual no había sido derogada y estaba en vigor. El propio ministro de Gobernación, Casares Quiroga, hubo de reconocer públicamente que no era de obligación la observancia de la ley del 8 de abril, porque “los sindicatos pueden, si lo consideran más de acuerdo con sus intereses generales, sujetarse a la de Asociaciones de 1876, reforzada por el decreto-ley del 6 de agosto de 1906, no derogadas y en vigor”. Según los comisionados, “el Presidente declaró desconocer estas cosas, y se limitó a tomar nota”.

Se denunció la aplicación de “la ley de fugas” y la sistemática represión que se ejercía sobre la prensa obrera. Lluís Companys se limitó, cuando se puntualizaban los casos, a “tomar nota”.

Cuando terminó la entrevista, declaró que “había escuchado las quejas de la CNT con agrado, por la franqueza con que habían sido expuestas”.

El día 12 de mayo, el Govern de la Generalitat pasó una nota a la prensa, en la que declaraba:

“El Presidente ha dado cuenta al Gobierno de las quejas formuladas por elementos de la Confederación Nacional del Trabajo, los cuales aseguran que reciben en Cataluña un trato de inferioridad del que se les aplica por las autoridades de la República en las otras regiones de España. El Gobierno desconoce cuál pueda ser el mejor trato que pueda aplicarse a los ciudadanos y a los organismos sociales y políticos, porque no tiene otras directrices que la ley, en la que quisiera pudiesen convivir todos, sin necesidad de obligarles a ello. El Gobierno amparará,

dentro de las pretensiones legales, todas las ideologías, sin distinción ni excepciones de ninguna clase. Pero no puede admitir tolerancias, pactos o facilidades excepcionales que pondrían en litigio la autoridad y el prestigio del poder público, derivados directamente de la libre y expresa voluntad del pueblo.

“En consecuencia, el Gobierno, que no encuentra por qué haya de rectificarse la actuación seguida hasta ahora, proseguirá en estos propósitos, en los que coinciden, con su deber, los intereses de la defensa moral y efectiva de Cataluña autónoma y de la República democrática”¹⁴⁹.

Si los comisionados se habían hecho alguna ilusión en hacer reflexionar al President de la Generalitat de Catalunya, la lectura de esa nota debió hacerles variar completamente su opinión, pues en ella se expresaba claramente que la Generalitat no pensaba variar su posición porque “los intereses de la Cataluña autónoma, así lo exigían”. ¿Exigían realmente los intereses autónomos de Cataluña mantener la guerra que sostenían contra la CNT, y más en los momentos de gravedad que esa Generalitat de Catalunya estaba viviendo? ¿O, en verdad, lo exigían los inconfesables intereses de Miguel Badía y Josep Dencàs, de los que la Esquerra y el propio Lluís Companys eran prisioneros?

Prácticamente, los hechos demostraban que por el momento, quienes dominaban la política catalana eran Badía y Dencàs, fundadores de una ideología fascista que se alimentaba de un ultranacionalismo catalán. Y la ambición de estos dos personajes no era otra que la de instaurar un régimen autoritario que militarizara la vida catalana. Por lo que después se supo de Josep Dencàs, no es aventurado suponer que, dados los trabajos de penetración que Mussolini estaba haciendo en España a través de la isla de Mallorca, lugar donde sus agentes se habían implantado fuertemente, Dencàs obraba en Barcelona bajo el dictado de los agentes mussolinianos, actuando en dos frentes: por un lado, destruyendo o intentando liquidar el movimiento obrero, y, por el otro, empujando a Companys a situaciones suicidas, tales como las tomas de posición demagógicas, con relación a la vigencia de un Estado independiente catalanista; una manera, además, de distraer la atención de los problemas fundamentales de Cataluña en los terrenos económico y social.

¿Tendría conciencia Companys de que era prisionero del Estat Català? Posiblemente, y de ahí la marcha contra reloj que imprimió a sus actos en esos meses, buscando constituir sus propios “escamots”, misión que confió al diputado catalanista Graus Jassaus, quien pronto sería víctima del propio Badía, que comprendió que Companys deseaba liberarse de la hipoteca que pesaba sobre él.

Estas luchas intestinas por el dominio del poder en esa Cataluña que describimos restaban al Govern todas las energías para acometer empresas que resolverían los agudos problemas que creaba la profunda crisis económica. La CNT, denunciando esa mediocridad del politicismo catalán y el juego sucio a que estaban entregados sus dirigentes, no podía cosechar otra cosa que zarpazos. La represión permanente que se ejercía contra la CNT no tenía secreto alguno, puesto que era

149. *La Voz Confederal* del 2 de junio de 1934, núm 1 (clandestino).

producto de la propia política catalana, que Manuel Cruells hace resaltar perfectamente cuando escribe:

“La política de la Esquerra viene marcada por una enorme mediocridad de objetivos y de proyecciones, cosa que se procura paliar con un despliegue propagandístico eminentemente demagógico sobre las masas catalanas. Es, por esta razón, que el Gobierno autónomo catalán se ve inclinado hacia un nacionalismo más verbal que efectivo por parte de sus seguidores, dentro del partido gubernamental, de los “escamots” de Dencàs, o inclinado, como contrapeso, por un republicanismo democrático novecentista, un poco impreciso y muy demagógico, por los seguidores del president Companys (...). Quiero decir que este periodo posterior a la muerte del president Macià, y anterior a los hechos de octubre, está marcado políticamente por un ultranacionalismo demagógico por parte del partido que está en el Gobierno y por un enfrentamiento, también un poco demagógico, entre el movimiento agrario “rabassaire” contra los grandes terratenientes catalanes. Estas dos corrientes de acción, opuestas desde antiguo dentro del mismo partido político gubernamental, llegan a coincidir totalmente en el momento en que el conflicto enfrenta al Gobierno autónomo con el central, por propias imprudencias de ambos gobiernos”¹⁵⁰.

Cruells nos introduce en el corazón de las dificultades que en esos meses pesaban sobre la Generalitat de Catalunya, y que serían causa de los hechos del 6 de octubre.

El 12 de abril de 1934, el Govern de la Generalitat promulgó una ley sobre “los contratos de cultivo”, que fue aprobada por el Parlament Català. En virtud de esa ley se modificaba el régimen de arriendos de las tierras, mejorando la situación de los llamados “rabassaires”, es decir, de los arrendadores, medieros, etc. Los grandes propietarios, enrolados en la entidad agraria Institut Català de Sant Isidre, fueron empujados por la Lliga Catalana —partido de la gran burguesía catalana dirigido por Cambó— para que presentaran recurso ante el Tribunal de Garantías de la República española, a fin de que éste juzgara si era competencia del Govern de la Generalitat promulgar leyes sobre dicha materia. El Tribunal de Garantías Constitucionales, presionado por la oligarquía, que era el mundo político en el Gobierno de Madrid, estuviera Ricardo Samper o Alejandro Lerroux a su cabeza, dictó sentencia el 8 de junio declarando nula la ley votada por el Parlament Català.

La actitud del Gobierno de Madrid fue interpretada en Cataluña como una manera de anular lo que ellos consideraban un Gobierno propio y con plena soberanía, cuando en realidad la Autonomía catalana consistía concretamente en una delegación de poderes que le hacía el Gobierno central. Ya hemos señalado el carácter vehemente que toma el nacionalismo en Cataluña, y es esta observación la que ayuda a comprender la reacción de los catalanes. Lluís Companys, presionado por los ultras, sustituyó al Conseller de Governació, Joan Selvás, juzgado demasiado moderado, y confió el citado cargo a Josep Dencàs, el práctico del ul-

¹⁵⁰ Manuel Cruells, *El 6 d'Octubre a Catalunya*, Ed. Portic, Barcelona, 1970, pág. 8.

tranacionalismo catalán filofascista. Este cambio sintomático se produjo el día 10 de junio, dos días después de la resolución del Tribunal de Garantías. Precipitando los acontecimientos, el 12 de junio Companys presentó al Parlament Català una nueva ley, que era una reproducción textual de la ley impugnada por el Gobierno central, la cual fue aprobada. Para remarcar bien ante el Gobierno de Madrid de que se entraba en lucha, los diputados de la Esquerra Republicana de Catalunya en las Cortes se retiraron de ellas. Así, a partir de aquel momento, la Generalitat de Catalunya se sintió en guerra contra el Gobierno central, desarrollando una actividad demagógica patrioter con el pretexto de ganar a las multitudes a su causa. Para ello era preciso desprestigiar a la CNT, con el fin de que los trabajadores perdieran su fe en esa organización. Este propósito explica la persistente campaña sobre el “atraquismo de la CNT”; sobre la composición “murciana” de la FAI; e infinidad de tópicos más de sentido calumnioso de los que está llena la prensa catalanista en aquella época.

Del boicot a la «Damm» a los calabozos de la Jefatura

Desde su llegada a Barcelona, en mayo, hasta junio de 1934, la actividad de Durruti fue muy intensa, tanto en los sindicatos de la CNT como en los grupos de la FAI. Unida esa actividad a la búsqueda de empleo, Durruti apenas podía llevar una vida normal, en el sentido que se entiende cuando se ha constituido una pareja y se tiene hijos. Por esto resulta difícil captar la vida familiar de Durruti, la cual queda reducida a unas cuantas anécdotas, que, sin embargo, dan una proyección humana a su personalidad. Por su comportamiento cotidiano había superado en mucho las costumbres del hombre español en relación a la mujer. Boicoteado como estaba por la burguesía, era Mimi quien sostenía el peso de los gastos de la casa, trabajando como taquillera en un cine, en la “cadena” de fábricas metalúrgicas o textiles. Durruti se esforzaba para cuidar a la chiquilla y atender el aseo y menesteres del hogar. Pero como su casa era visitada constantemente, no era extraño verle con mandil puesto ocupado en la cocina o bañando a Colette, mientras con su voz profunda le cantaba alguna canción infantil o estribillos de canciones revolucionarias. Los compañeros que frecuentaban la casa, al contemplar las tareas que efectuaba Durruti, le preguntaban si es que Mimi estaba enferma. El los miraba socarronamente y respondía: “Cuando la mujer trabaja y el hombre no, la mujer en casa es el hombre. ¿Cuándo terminaréis de pensar, como los burgueses, que la mujer es la doméstica del hombre? Ya está bien que la sociedad esté dividida en clases. ¡No hagamos nosotros aún más clases estableciendo diferencias en nuestras casas entre el hombre y la mujer!”¹⁵¹.

Estas escenas se repetían constantemente con las frecuentes visitas que lo contraban en plena labor doméstica. Con los amigos ya no era caso, sobre todo con Ascaso, el cual, cuando lo visitaba, discutían mondando patatas o limpiando judías, porque como con otros compañeros, todos le conocían sobradamente para no extrañar su comportamiento.

En el momento que nos ilustra el testimonio citado, Durruti pasaba, pese a su natural optimismo, por una fase de depresión. Según él, eran muchas las cosas que no iban como debían dentro de la organización. Además, si bien pensaba en las muchas dificultades con que la clase obrera tropezaba para adquirir mayores conocimientos teóricos, entendía que los militantes debían esforzarse para informarse lo mejor posible, y de tal modo, cuando enfocasen el estudio o tratamiento de un tema, pudieran hacerlo elevando el tono y con el propósito de abarcarlo lo más ampliamente posible. En infinidad de casos había reprochado, a ciertos militantes, el poco esfuerzo y la escasa dedicación que se hacía para dotarse de cono-

151. Testimonio de Teresa Margalef, en anécdota referida al autor.

cimientos teóricos más amplios para vivir mejor¹⁵¹ informados de los acontecimientos. Por lo que respecta a él mismo, trataba de leer la prensa de diversas tendencias políticas, tanto de España como de Francia. La correspondencia que mantenía con su hermano Pedro da una muestra de sus lecturas, cuando trata de algunos problemas como el de la guerra, que por aquel entonces aparecía en el panorama mundial como una amenaza inmediata. Ese esfuerzo de superación que había en Durruti, unido a una especie de intuición, establecía en él un equilibrio intelectual que se hacía sentir cuando se abordaban ciertos temas, tales como el catalanismo y el problema de la Alianza Obrera, propulsada en aquellos momentos por los socialistas. En sus posiciones no había oportunismo. Captaba una realidad y trataba de imponer en ella el anarquismo, es decir, no perdía nunca de vista la idea de que era el anarquismo militante a quien le correspondía jugar en España un papel que las condiciones históricas le habían reservado. El sindicalismo, para él, no era otra cosa que un instrumento de lucha, al cual había que inyectarle una fuerza política constante para que no se estancara en los límites de las reivindicaciones salariales. Y esa función política, dentro del sindicalismo, era la tarea específica que él entendía debía jugar el anarquismo. Por esa concepción, Durruti quería hacer entrar en el sindicalismo una práctica revolucionaria que lo hiciera evolucionar en el sentido político hasta conducirlo a una fuerza consciente y revolucionaria, capaz de destruir por sus luchas al sistema capitalista para crear las bases socialistas que hicieran posible la abolición del asalariado. Ciertamente que, en teoría, era eso la CNT; pero, en la práctica, a veces, se desmentía, como era el caso reciente de la desgraciada entrevista con Companys, paso incoherente que no correspondía en nada a la práctica revolucionaria que decía tener la CNT.

“¿Para qué —había dicho en una reunión de militantes— hemos combatido al “treintismo”, si también nosotros hacemos “treintismo”?! ¿No es “treintismo” ir a quejarse a Companys de que somos perseguidos? ¿Qué diferencia hay entre Companys, Casares Quiroga o Maura? ¿No son todos ellos declarados enemigos de la clase trabajadora? ¿No son todos ellos unos burgueses? ¿Se nos persigue? Y bien: es lógico que se nos persiga, porque nosotros somos una amenaza constante contra el sistema que ellos representan. Para que no se nos persiga debemos ajustarnos a sus leyes, amoldarnos a ellas, integrarnos a su sistema, burocratizarnos hasta los tuétanos de los huesos y ser unos perfectos traidores a la clase obrera, como son los socialistas y cuantos pretenden vivir a costa de esa clase. Si somos así no se nos perseguirá. Pero ¿es que queremos ser así? No. Entonces, nuestra práctica cotidiana debe nutrirse de nuestra imaginación creadora. Nuestra fuerza reside en nuestra capacidad de resistencia. Nos podrán quebrar, pero no debemos jamás doblarnos ante nadie. Dando traspies como este que se ha dado, podemos caer en oportunismos políticos que pueden hacer de nosotros lo que no queremos ser...”¹⁵²

Durruti presentía el advenimiento de circunstancias excepcionales, ante las cuales se debía estar preparado; circunstancias generadas no por la clase obrera,

sino creadas por diversas complejidades de la sociedad española, y que, al entrenchocar, ponían al descubierto las insuficiencias y contradicciones de los grupos y de las clases. Para Durruti, la crisis social y política era inminente. Y si no se estaba preparado para afrontarla, no solamente se perdería la oportunidad única de hacer una profunda revolución en España, sino que se podría zanjar con una derrota terrible para la clase obrera. De su análisis sacaba la conclusión de que era necesario establecer una estrategia basada en la administración de esfuerzos, de pólvora y de hombres, sin dejar por ello el camino libre a la burguesía. “Los métodos de lucha deben ser cambiantes —decía—, de manera que siendo percutientes debiliten al enemigo y nos fortifique a nosotros, a la clase obrera”. Pero Durruti no se conformaba con teorizar, sino que pasaba a la práctica saltando sobre la oportunidad, como lo demostrará en la cuestión del “boicot a la Damm”.

Siguiendo el consejo de Ascaso, cuando Durruti se encontró, a su llegada de Burgos, sin trabajo, acudió al Sindicato de la Alimentación para inscribirse en “la bolsa de parados”. A fines de mayo comenzó la temporada de verano y, con ella, las fábricas de cervecería empezaron a marchar a toda máquina, estableciéndose la jornada de los turnos “los tres ochos”, para lo cual era necesario un personal suplementario, llamado “temporero”, que abastecía el Sindicato de la Alimentación. Durruti fue incluido en una primera lista de personal destinado a la fábrica Damm. Pero cuando se presentaron “los temporeros” a la fábrica, se encontraron con la sorpresa de que la dirección de la empresa aceptaba a todos los obreros, menos a Durruti. ¿Qué hacer? Inmediatamente los trabajadores pensaron recurrir a la huelga, pero Durruti les aconsejó otro procedimiento mucho más rentable a los obreros y perjudicial a la empresa: el boicot al producto Damm. Con ese boicot los trabajadores continuaban produciendo, pero la empresa se encontraría, si el arma del boicot era bien manejada, imposibilitada de colocar su producción. Y fue realmente así. El boicot a la Damm se hizo tan popular que no sólo se boicoteó dicho producto en la ciudad de Barcelona, sino que los trabajadores del puerto se negaron a cargarlo en los barcos y los transportistas a trasladarlo a otros puntos de España... Esta lucha contra la cervecería Damm, que no siempre fue fácil imponerla, terminó por hacer claudicar a la dirección de la empresa después de ocho meses de un permanente boicot a su producto. En el mes de abril de 1935, la empresa trató con el Sindicato de Alimentación para negociar un pacto que pusiera fin al boicot. La solución que se encontró fue que la empresa hubo de abonar los jornales de los obreros seleccionados, es decir, los ocho meses, más los gastos de propaganda sindical, así como los honorarios de los abogados, cuando éstos hubieron de defender a algún obrero implicado en actos de sabotaje a la cervecería. El triunfo obrero sobre la Damm fue en toda regla, y, en tal medida, que los trabajadores cerveceros de la Moritz tomaron ejemplo y aprovecharon dicha circunstancia para presentar reivindicaciones salariales y mejores condiciones de trabajo, demandas ambas inmediatamente otorgadas por la dirección de la empresa.

En el momento en que se declaraba el boicot a la Damm, la situación en España iba haciéndose explosiva, sobre todo por la política campesina de las decenas y por el asunto catalán relativo a la “ley de cultivos”. En el campo, especialmente en Andalucía, el cuadro social era cada vez más conflictivo. La

Federación de Trabajadores de la Tierra, afecta a la UGT, en abierta rebeldía contra la dirección nacional de su organización, se empeñó en declarar la huelga general en el mes de junio. Las autoridades amenazaron con la cárcel a los dirigentes obreros socialistas, pero éstos llevaron adelante su plan. Y la huelga fue general en Jaén, Granada, Cáceres, Badajoz y Ciudad Real, y parcial en Córdoba y Toledo. Los campesinos de la CNT aprovecharon aquella huelga para estrechar sus vínculos con los obreros de la UGT, de lo que salió en realidad una alianza campesina por la base, tal y como querían los anarquistas. Ese frente único por abajo, establecido directamente por los trabajadores campesinos, espantó a Largo Caballero que, so pretexto de que esa huelga mermaría el empuje combativo de los obreros, en el movimiento revolucionario que el Partido Socialista estaba tramando, criticó duramente a los dirigentes campesinos. En realidad, lo que asustaba a Largo Caballero no era el desgaste de la fuerza —criterio discutible—, sino la alianza obrera-campesina realizada directamente, sin pasar por los aparatos burocráticos sindicales. Si ello contagiaba a otros ramos de la producción, la estrategia conspirativa establecida por los burócratas socialistas sería rebasada por la iniciativa directa de la clase obrera. Era ése y no otro el motivo del temor del líder sindicalista-socialista.

Al calor de estos acontecimientos, el Comité Nacional de la CNT, que ya había invitado a las Confederaciones Regionales a estudiar el punto sobre la Alianza Obrera, convocó un Pleno Nacional de Regionales en Madrid para el 23 de junio.

En Cataluña, donde ya se había celebrado el Pleno Regional —que aunque clandestino se trató de darle su máxima representatividad, movilizándolo a los obreros en reuniones clandestinas, y en cuya organización e impulso figuró mucho Durruti— los acuerdos establecían no entrar en el juego político que el Partido Socialista parecía ir poniendo en pie, sino, por el contrario, tomando ejemplo del caso campesino andaluz y de otros puntos, colocar a la UGT frente a sus responsabilidades obreras, realizando los Comités de Alianza en las bases obreras. En la resolución de los catalanes se descartaba absolutamente cualquier acuerdo con la UGT que no tuviese por fundamento el llamamiento hecho en febrero de ese año; es decir, una alianza obrera revolucionaria, no para facilitar un cambio político de Gobierno parecido al del 14 de abril de 1931, sino para desencadenar la revolución proletaria. Para defender estas posiciones, el Pleno Regional nombró a Durruti y Eusebio Carbó, acompañados de Ascaso, en tanto que secretario del Comité Regional.

Este Pleno Nacional se destacó por el desacuerdo entre la Regional asturiana y el resto del país, aunque cabe señalar que la Regional Centro, sin ser solidaria de Asturias, justificó su actitud. Dicho desacuerdo residía en el hecho de que Asturias había firmado, por su parte, unas bases de alianza con la UGT de esa región, en las que también se daba cabida a la Federación Socialista de Asturias. El desacuerdo se argumentaba desde tres puntos de vista:

a) Que la UGT no había dado respuesta al emplazamiento que se le hizo en febrero y que en razón de ello era preciso que toda la CNT sostuviera una posición coherente. Asturias, firmando por separado un pacto de alianza con la UGT,

debilitaba la posición de la CNT; porque:

b) Tratándose de una alianza obrera, bien estaba que figurasen las dos organizaciones sindicales, pero ¿por qué incluir a la Federación Socialista Asturiana?

c) Esa debilidad de los asturianos daba armas a la ejecutiva de la UGT para exigir a la CNT la firma de un pacto sindical en el que figurase el Partido Socialista, por lo que se repetiría el mismo error del pacto de alianza de 1917.

En la práctica, se les dijo a los asturianos en el citado pleno que, aun reconociendo las condiciones excepcionales en que se encontraba el proletariado en Asturias —cosa que justificaba una alianza revolucionaria—, la presencia de la Federación Socialista Asturiana en la alianza limitaría su acción misma, repercutiendo en perjuicio de la CNT, es decir, de la clase obrera. (Estas consideraciones últimas hubieron de ser reconocidas como acertadas después de los hechos de octubre y del comportamiento de la Federación Socialista Asturiana que boicoteó al máximo la alianza obrera con la CNT.)

Como las posiciones de las delegaciones asistentes al Pleno fueron muy encontradas, y, más tarde, se habló de la insolidaridad de Asturias con el resto de las regionales, damos, como conclusión final de esta asamblea de la CNT, el resumen de la representación asturiana:

“Después de proceder a un balance analítico del movimiento de Aragón que había tenido muy débiles ecos en otras zonas de España, se inicia un apasionado debate sobre Alianza Obrera en el que nuestra regional aparece como acusada en razón del pacto firmado en marzo con la UGT. Se hacen intentos desesperados para encontrar un terreno de coincidencia que borre o atenúe los antagonismos. Pero como la realidad era más poderosamente imperativa que los generosos esfuerzos desplegados por Durruti, Ascaso, Orobón Fernández, Ejarque, Servent y Martínez, por no citar a todos, el Pleno Nacional sólo estuvo de acuerdo en juzgar indispensable una confrontación nacional que decidiese, por vía del voto, la actitud de la Confederación Nacional del Trabajo de España.

“El Pleno transmitió al Comité Nacional el mandato para que, en el plazo máximo de tres meses, procediera a la convocatoria de una Conferencia Nacional de Sindicatos, cuyas decisiones obligarían a todas las Regionales, comprometiéndose Asturias a rescindir el compromiso aliancista si tal fuese la voluntad mayoritaria libremente expresada. De haberse pronunciado la conferencia en favor de la tesis asturiana, la Alianza Obrera, que no tenía vigencia fuera de nuestra región, se extendería automáticamente al ámbito nacional.

En el mes de octubre —tres meses después del Pleno que comentamos— estalló la revolución, y no habiéndose celebrado la Conferencia Nacional de Sindicatos, deja a salvo nuestra responsabilidad (por nuestra intervención en el movimiento de Asturias), aunque nadie se haya salvado del fracaso”¹⁵³.

Por lo que respecta a Cataluña, terminado el Pleno Nacional y ya de vuelta la delegación a Barcelona, después de informar ante un Pleno Regional, siempre

153. Texto comunicado al autor por Ramón Álvarez, delegado de la Regional de León, Asturias y Palencia, en el Pleno Nacional de referencia.

clandestino, se pudo comprobar que la política que seguía la Esquerra Republicana de Catalunya desde el poder continuaba siendo, con relación a la CNT, la misma de siempre, incluso aumentada en represión después de que Dencàs, desde el 10 de junio, ocupara la Conselleria de Governació.

El ambiente que la Esquerra creaba, explotando sus desacuerdos con el Gobierno central, era verdaderamente subversivo, anunciando a cada instante que defenderían con las armas en las manos las libertades catalanas. Pero mientras se hablaba de las libertades catalanas, la clase obrera, enrolada en un sesenta por ciento en la CNT, no gozaba ni tan siquiera del derecho de reunión. La propaganda contrastaba, en la práctica, con la realidad. Si Companys buscaba con sus excitaciones verbales atraerse a los obreros, seguía el peor de los caminos, pues no era persiguiéndoles como mejor podría conquistar a los trabajadores, desvinculándolos de una organización que resistía a pie firme todos los embates de la burguesía y de la autoridad. Una revuelta catalanista, montada de tal manera, estaba condenada de antemano al fracaso.

El "intrínquilis" de esta conspiración socialista-catalana pensamos que aún está por estudiarse, y creemos que nunca saldrá a la luz, por la obvia razón de que sus protagonistas principales, los socialistas, son los primeros interesados en ocultar los detalles y bases de un movimiento revolucionario concebido por estrategias que toman sus deseos por realidades.

Después de que los socialistas sufrieran la derrota en las elecciones de noviembre, dentro del partido comenzaron a jugar sus tendencias, dando cada una su propio análisis explicativo.

Después de un fuerte forcejeo interno entre sus distintas corrientes, el Partido Socialista convino un programa de acción revolucionaria en enero de 1934 (que se dio a conocer por primera vez en *El Liberal* del 11 de enero de 1936), con el objeto de derrocar al Gobierno de derechas del poder y colocarse en su puesto. En dicho programa no se prevee aliado alguno: la revolución será obra de la UGT y del Partido Socialista exclusivamente. Y a tenor de este principio, los conspiradores establecen su estrategia de combate. Se comprende, entre otras razones y como una razón más, la callada que dieron a la llamada de la CNT en febrero de 1934, para la formación de una alianza revolucionaria.

En julio de 1934, nos preguntamos qué relación tenían los conspiradores catalanes con los socialistas. Salvo la referencia de una conversación entre el delegado de Companys en Madrid (Lluhí), que parece ser que participó al Partido Socialista del propósito de los catalanes de no entregar los mandos en caso de que el Gobierno central declarase el estado de guerra y que los socialistas se dieron por enterados, no es aventurado decir que los socialistas, bien que políticamente — sobre todo después de la derrota—, se sintieron solidarios con los catalanes; pero, en realidad, éstos no entraban en su estrategia, por la sencilla razón de que para tener en cuenta el hecho catalán no podían prescindir de la CNT que, en Barcelona, sobre todo, era la única fuerza contabilizable en la lucha. De esto puede sacarse en conclusión que tanto la revuelta catalana, que se estaba fraguando, como la aparición en la región de una Alianza Obrera, basada en las fuerzas del Bloc Obrer i Camperol (Bloque Obrero y Campesino), eran dos hechos

aislados del proceso general y, por tanto, sin repercusión desde el punto de vista revolucionario.

Si el Partido Socialista resumió en un programa de acción sus propósitos políticos, caso de tomar el poder, quedó en el aire una cosa: la fecha del movimiento revolucionario. Por la marcha que fueron tomando los acontecimientos, a medida que Gil Robles afirmaba su influencia en los sucesivos Gobiernos que fueron formando los lerrouxistas —ora Lerroux ora Samper—, los socialistas fueron precisando el momento en que estallaría el movimiento revolucionario, llegando a la conclusión de que sería tan pronto como la CEDA entrara a formar Gobierno. El pretexto era bueno, puesto que la entrada de la CEDA en el gobierno significaba, al no haberse declarado adherida a la República, una violación de la Constitución.

José María Gil-Robles, el hombre clave de este período, comprendió inmediatamente que dependía de él que los socialistas decidieran lanzarse a la calle. Políticamente era un tanto importante para Gil-Robles disponer de la iniciativa, puesto que ello le permitía desarrollar su marcha al poder en las mejores condiciones. Y con ese pensamiento, tomó como táctica primera dejar a los lerrouxistas que fueran liquidando las pocas reformas positivas que había realizado el anterior bienio. Con ello, la CEDA aparecería en el plan que Gil-Robles había previsto virgen a los ojos de la opinión general.

Pero las cosas se complicaron con el problema catalán debido a las torpezas políticas de Ricardo Samper; y se agravaron aún más cuando el ministro de Hacienda intentó introducir en el País Vasco una reforma relativa a la recaudación de impuestos, lo que mermaba las ya escasas libertades de que disponían esas provincias. Como respuesta a las citadas reformas, los Municipios negaron atribuciones a las Diputaciones provinciales, y se concertaron para convocar unas elecciones municipales para nombrar Juntas Gestoras que se ocuparan ellas mismas de la recaudación y administración de los impuestos (12 de agosto). El Gobierno de Madrid, defendiendo sus prerrogativas centralistas, declaró ilegales dichas elecciones, con lo cual, a un nivel distinto, se produjo, como en Cataluña, el vuelco de un problema administrativo en un problema político.

Con el problema vasco y el problema catalán, la crítica situación general se tornaba incontrolable, y faltaba simplemente que se entrecruzara cualquier otro acontecimiento de altura para que se produjera una revuelta generalizada.

Mientras tanto, en el otro extremo de Europa, se estaban produciendo cosas importantes en la política rusa que, necesariamente, tendrían eco en España. La IC —Internacional Comunista— empezaba a dar un viraje importante, como preludio del que iba a fijar un año después, con la teoría del Frente Popular. Las razones de ese giro político las estudiaremos más adelante; por el momento diremos que, desde el 31 de mayo, se había dado luz verde al Partido Comunista francés para que se entendiera con sus hasta ayer enemigos “social-fascistas”, es decir, con los socialistas reformistas y parlamentaristas franceses. Socialistas y comunistas franceses firmaron, pues, un pacto sobre la base del mutuo respeto.

Idéntica consigna que los franceses recibieron los comunistas españoles, los cuales se apresuraron rápidamente a meter en el baúl de las cosas viejas su con-

signa de Frente Unico, para congregar con los socialistas.

Hasta el mes de agosto, en que se inicia el viraje del PCE, este partido era de muy escaso peso e influencia política. En las elecciones de 1931 no logró sacar un solo diputado y, en las de 1933, consiguió tan sólo uno, que no triunfó a nombre del partido, sino a título personal y gracias a su influencia en los medios de los trabajadores. Difícil es precisar su potencial en números, pero no es exagerado decir que a duras penas si podría llegar a diez mil adherentes, cifra que, dada la potencialidad de la CNT (un millón docientos mil) y, a la vez, el elevado carácter de politización de los obreros españoles, resultaba irrisoria.

¿Por qué aceptó el Partido Socialista dar entrada en la Alianza Obrera al Partido Comunista Español? Las razones pueden encontrarse en los cambios que se estaban operando en Largo Caballero bajo la influencia de Alvarez del Vayo y de Araquistáin, orientados hacia el marxismo-leninismo. Y a esto puede añadirse, justamente, la debilidad numérica del Partido Comunista, por lo que los socialistas pudieron pensar que no resultaría un compañero de viaje incómodo. El 12 de septiembre de 1934 entraba, pues, el PCE a formar parte de una Alianza Obrera, cuyo nombre en realidad encubría el turbio acuerdo entre el PSOE y el PCE (los socialistas o socialdemócratas de la Segunda Internacional, junto a los comunistas estalinistas de la Tercera Internacional).

El primero de octubre de 1934, Gil-Robles tomó la palabra en las Cortes y pronunció un ultimátum al Gobierno de Samper. Este hecho tenía necesariamente que desencadenar la crisis ministerial y, con ella, la explosión de la revuelta. Todo lo ocurrido muestra que la elección de la fecha por Gil-Robles, para decir su discurso, fue condicionada por los acontecimientos, bajo la premisa de “vale más prevenir que curar”; o sea: si la revuelta ha de venir, lo mejor es provocarla. Los socialistas cayeron así en su propia trampa, y agravaron todavía más su error tratando de salvar el aspecto legal de su revuelta privándose de su mejor triunfo. Veamos cuál: después del ultimátum de Gil-Robles, y tras una suspensión de sesión, se declara el Gobierno en crisis.

Si el Partido Socialista hubiera deseado realmente asaltar el Poder, era ese día 2 de octubre el momento adecuado para declarar la huelga general y desencadenar la sublevación, recuperando así el Partido Socialista la iniciativa, puesto que, en tales condiciones, Alcalá Zamora no hubiera accedido a que la CEDA entrase en el Gobierno y, de acceder, entonces, lo que los socialistas habían venido impidiendo, es decir, una alianza CNT-UGT, se habría dado espontáneamente en las calles. Fue, quizá, por eso, que el PS y la UGT permanecieron en la pasividad y aguardando a que la CEDA entrase en el Gobierno el día 4, para recién declarar la huelga general en este día. Sí o no, lo cierto es que se dejó que el general Franco pudiera entrar oficialmente en el Estado Mayor del Ejército. Así, el Partido Socialista se lanzaba a un combate perdido de antemano...

El 6 de octubre en Barcelona: ¿contra quién?

El movimiento revolucionario fue organizado por el Partido Socialista como respuesta a una presunta toma del poder por Gil-Robles, el líder de la CEDA, que se suponía instauraría el fascismo en España. Pero lo paradójico de esta situación era que los que gritaban en septiembre contra la amenaza fascista, habían presenciado sin emoción “revolucionaria” cómo se masacraba a los obreros de la CNT, levantados en armas el 8 de diciembre de 1933, para hacer frente a dicho peligro. Entonces era la hora propicia, pero los buenos republicanos y los legalistas socialistas prefirieron la cómoda actitud de quedarse junto al brasero, esperando que la CNT les sacara las castañas del fuego, o que se desangrara en su acción revolucionaria.

Luego fueron evolucionando las cosas tal como ya hemos visto, y los líderes más extremistas se lanzaban a una aventura cuyo propósito ha quedado como un enigma histórico.

Los catalanistas, exaltados por un patriotismo que se manifestaba a flor de labios, envalentonados por el resultado del pleito “rabassaire”, tomaban el tren en marcha y se enrolaban en la aventura política del Partido Socialista, sin saber tampoco qué era lo que querían y adónde iban a parar.

¿Con qué contaban los catalanistas para salir airosos de su empresa *antifascista*? Por lo que se desprende, sólo con el fascismo en ciernes de Dencàs y sus “escamots”, que habían instaurado un régimen de represión contra el movimiento obrero en Cataluña que no tenía nada que envidiar al que otrora impusiera Martínez Anido y Arlegui. Los representantes de ese poder dictatorial, ¿qué perseguían con su golpe de Estado? Sin lugar a dudas, la implantación de un Estado catalán que, por las muestras que daban, sin disponer aún de él, se anunciaba verdaderamente catastrófico para la CNT, central que controlaba más del setenta por ciento de la clase obrera catalana. Desde el punto de vista revolucionario, ¿qué actitud podía adoptarse frente a ese golpe de Estado, dentro del Estado que organizaba la Generalitat de Catalunya? La problemática del 6 de octubre catalán reside en la respuesta que pueda darse al citado interrogante.

Analicemos brevemente los elementos de base en que se desarrolla la revuelta catalana.

La Generalitat de Catalunya, según los términos del Estatut acordado por las Cortes, en septiembre de 1932, no era otra cosa que un poder estatal delegado por el Gobierno de Madrid. Su autonomía no era independencia propiamente dicha, sino un poder relativamente autónomo, que ejercía por delegación el poder del Estado, y era, como consecuencia, un órgano del Estado central. A tal título, los hombres de la Generalitat ocupaban todos los puestos de mando y controlaban las fuerzas armadas de la policía uniformada como de civil, así como todos los pue-

tos burocráticos del Estado. ¿Cómo puede definirse, pues, esta singular rebelión? Para Marcelino Domingo: “La Generalitat no hacía una revolución, sino un golpe de Estado desde dentro del Estado”¹⁵⁴. Y el historiador Carlos Rama define tal revuelta como “una especie de rebelión de un órgano del Estado contra el Estado mismo”. Pero, añade el mismo historiador: “no es un movimiento separatista ni regionalista, porque invoca identificarse con los acontecimientos que en aquellos momentos se están desarrollando en España”¹⁵⁵. Esta revuelta se sitúa en la óptica del movimiento desencadenado por los socialistas contra la entrada de la CEDA en el Gobierno, con la diferencia de que los socialistas quieren ocupar el poder, mientras los catalanistas ya lo ocupan. Ahora bien, si los socialistas apuntan la toma del poder, según su programa establecido, para reformar el contexto político y social, ¿qué es, por su lado, lo que quieren cambiar los catalanistas? “Los hombres de la Generalitat no querían hacer una revolución de tipo social, sino limitarse a una revuelta republicano-liberal desde el Poder”¹⁵⁶. Y, por ello, entraban en contradicción consigo mismos y con los propios socialistas, cosa que hizo de la revuelta catalana algo incomprensible e indefinible, desde el punto de vista “revolucionario”. Pero dejemos todas estas contradicciones de lado, y vayamos al fondo del sentido de la revuelta, según nuestro entender y en razón de la situación política catalana.

El Govern catalán ha tomado como motivo de la revuelta no la cuestión de la CEDA, ni los cambios políticos que puedan operarse en la política española; lo que para él cuenta es el ataque del Gobierno central a lo que los catalanistas piensan que es su autonomía, específicamente con relación a la anulación de la Ley de contratos y cultivos votada por el Parlament Català en junio. El hecho de que los acontecimientos evolucionen después, y que engarcen su movimiento con los socialistas, es un hecho anecdótico. El fondo del problema está en que los catalanistas piensan ver un medio de asegurar aún más su autonomía, o sea, *una manera de afirmarse mejor en el poder*. Y de aquí que, para lograr la adhesión pública o la ampliación de la misma, se desarrolle la campaña ultranacionalista de “*nosaltres sols*”. Las palabras de Lluís Companys al doctor Soler i Pla, después de su proclama del 6 de octubre, son suficientemente expresivas en este sentido: “Ya tenemos el Estat Català proclamado. Ahora ya no me podréis acusar de poco catalanista. Y veremos lo que pasa”¹⁵⁷.

El cinco de octubre de 1934, el Govern de la Generalitat se subleva contra el Gobierno de Madrid y proclama el Estat Català. Después de dicha sublevación, los catalanistas debían pensar que el Gobierno de Madrid y la CEDA podían aceptar aquella revuelta sin responder con violencia a los rebeldes. No pensar así hubiera sido ser “tonto de capirote”. ¿Con qué fuerzas podía reprimir el Gobierno central a los rebeldes catalanistas?: Con fuerzas que les fueran fieles, y éstas estaban en el

154. Citado por Manuel Cruells, op. cit.

155. Idem.

156. Idem.

157. Idem.

Ejército que se encontraba en el interior de Cataluña y, a la vez, Barcelona con otras fuerzas militares. El primer deber de los sublevados era comenzar por detener a los jefes del Ejército y neutralizar la tropa, con el fin de ganarla, pero sitiándola en los cuarteles; y el segundo, formar milicias ciudadanas para defender las fronteras del Estat Català. Será todo lo elemental, ridículo y absurdo que se quiera, pero no se hizo nada de eso. Las medidas que tomó el Govern catalán fueron muy diferentes y, por ellas, vamos a ver que los catalanistas, rebelándose contra Gil-Robles, se convierten en sus aliados objetivos al aplicar en Cataluña lo que aquél pretende implantar en toda España, pero que todavía no se atreve.

El 4 de octubre, es decir, en vísperas del día en que se debía declarar la huelga general, la policía del Govern de la Generalitat detuvo a todos los militantes más representativos de la CNT que pudo encontrar en sus domicilios, y entre ellos se encontraba el propio Buenaventura Durruti. Los mismos son conducidos a la Jefatura Superior de Policía de la Vía Layetana e incomunicados en sus calabozos situados en los húmedos sótanos de ese edificio policiaco.

El día 5, viernes, la Alianza Obrera, conglomerado de pequeños grupos esencialmente burocráticos o pequeño-burgueses comandados por partidos o tendencias de escasa influencia popular y de nula predisposición revolucionaria ¹⁵⁸, declara la huelga general. La policía de la Generalitat se encargó de hacerla efectiva, formando piquetes en las puertas de las fábricas e impidiendo a los obreros su entrada en los lugares de producción. Fue una huelga de sorpresa y armada. La orden de huelga la había dado por su propia cuenta la UGT, sin contar ni consultar con nadie. La CNT se encontraba ante un hecho consumado. Como nunca se ha dado el caso de que los obreros de la CNT rompan una huelga decretada por la UGT, en este caso también estaba presente la disposición a secundarla; pero no por la coacción de los Guardias de Asalto y los “escamots”. Aquí nos encontramos con la primera paradoja de esta singular revuelta catalana.

Primera comprobación: no se detiene a los significados jefes militares de claras tendencias fascistas, sino a los militantes más destacados de la CNT y de la FAI. Y segunda: la Generalitat de Catalunya, sabiendo que la CNT controlaba el setenta por ciento de la población obrera de Barcelona, utiliza su apéndice, la Alianza Obrera, para declarar una huelga general. De ambas cosas es fácil deducir que la sublevación catalanista no es contra Gil-Robles, sino contra la CNT. ¿Y por qué hay que quitar de en medio a la CNT en esta revuelta, que no se sabe realmente contra quién va y qué es lo que se persigue con ella? “Josep Dencàs, respondiendo a un criterio general de su partido político y del mismo Govern de la Generalitat, empezó, desde la Conselleria de Governació, a frenar la posible acción de la CNT. Porque tenían conciencia, y de ahí un miedo instintivo, que si los anarquistas entraban en el juego de la revuelta la desbordarían de tal manera que la harían suya. Y entonces sí que el Govern de la Generalitat perdería todos los controles y todas las ventajas políticas que pensaba sacar de ella” ¹⁵⁹. Esta ex-

158. José Peirats, *op. cit.*, vol. I.

159. Manuel Cruells, *op. cit.*

plicación de Cruells es concluyente, máxime si tenemos en cuenta que no fue en el momento de la revuelta cuando Dencàs “frenó la acción de la CNT”, sino que se venía frenando por el Govern de la Generalitat desde septiembre de 1932, acentuándose desde mayo de 1934, fecha en que sabemos que la CNT ofreció a Companys “una pausa”, pero que éste no sólo no aceptó sino que incrementó aún más la represión hasta el extremo de llegarse a los hechos de octubre con los sindicatos clausurados.

Pero prosigamos con los hechos. *Solidaridad Obrera* aparece el día 6 de octubre con varias horas de retraso debido a las mutilaciones e inconvenientes puestos por la censura. A causa de esta medida, el Comité Regional de la CNT tiene que recurrir a la hoja clandestina para orientar a los trabajadores confederales. El texto de aquel manifiesto era el siguiente: “CONFEDERACION REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA Y FEDERACION LOCAL DE SINDICATOS DE BARCELONA. ¡A TODOS LOS TRABAJADORES, AL PUEBLO EN GENERAL!:

“En estos momentos de conmoción intensa en que se ponen en juego todas las fuerzas populares, la Regional Catalana tiene que tomar parte en la batalla en la forma que corresponde a sus principios revolucionarios y anárquicos. Se ha desencadenado la lucha y estamos en los preliminares de posibles gestas que fijen el futuro de nuestro pueblo. Nuestra actitud no puede ser contemplativa, sino de acción fuerte y contundente, que termine con el actual estado de cosas. No son momentos de teorizar, sino de obrar; pero obrar. Acción del proletariado revolucionario, por cuenta propia y por decisiones propias. Reivindicación de nuestros principios libertarios, sin el menor contacto con las instituciones oficiales que limitan la acción del Pueblo a sus conveniencias.

“El movimiento producido esta mañana debe adquirir los caracteres de gesta popular, por la acción proletaria, sin admisión de protecciones de la fuerza pública, que debiera avergonzar a quienes la admiten y reclaman. La CNT, sometida desde hace tiempo a una represión encarnizada, no puede continuar en el reducido espacio que le marcan sus opresores. Reclamamos el derecho a intervenir en esta lucha y lo tomamos. Somos la mayor garantía de barrera al fascismo, y quienes pretenden negarnos este derecho facilitarán las maniobras fascistas al intentar impedir nuestra actuación. Concretaremos, pues, todas nuestras fuerzas, preparándonos para las luchas que se avecinan.

“Consignas de la Confederación Regional Catalana en los momentos actuales:

“1. Apertura inmediata de nuestros sindicatos y concentración de los trabajadores en los locales.

“2. Manifestación de nuestros principios antifascistas y libertarios frente a todos los principios autoritarios.

“3. Entran en funciones los Comités de Barriada, que serán los encargados de transmitir las consignas precisas en el curso de los acontecimientos.

“4. Todos los Sindicatos de la Región deberán estrechar las relaciones con este Comité, que orientará el movimiento coordinando las fuerzas en la lucha.

“Hoy, más que nunca, debemos prestarnos a demostrar el espíritu revolucio-

nario y anárquico de nuestros Sindicatos.

“¡Por la CNT! ¡Por el Comunismo Libertario!

“Los Comités Regional y Local de Barcelona. Barcelona, 6 de octubre de 1934”¹⁶⁰.

“Los primeros en poner en práctica la primera de estas consignas —escribe Peirats—, son los militantes del Sindicato de la Madera. Arrancados los precintos y abiertas las puertas de los locales clausurados, la fuerza pública interviene inmediata y violentamente, cruzándose entre policías y confederales nutridos disparos. Los trabajadores son obligados a replegarse, y los locales vuelven a quedar cerrados. Con motivo de este choque, el Consejero de Gobernación, doctor Dencàs, lanza una nota en la que incita a las fuerzas y ciudadanos armados —que empiezan a patrullar por la ciudad— contra los “provocadores anarquistas vendidos a la reacción”. A las cinco de la tarde de aquel mismo día es asaltada, a tiro limpio, por las fuerzas uniformadas del Govern de la Generalitat, la redacción de *Solidaridad Obrera*. La policía va a suspender el Pleno Regional, que se está celebrando en aquellos momentos, afortunadamente, en otro lugar. La administración y talleres del diario son clausurados”¹⁶¹.

Los militantes de la CNT y de la FAI más destacados estaban fuera de sus domicilios, aleccionados por las detenciones que ya se habían operado de otros significativos militantes. En general, la actitud que se adopta es de expectativa, evitando no entrar en colisión con los grupos armados de los “escamots”, que patrullan por la ciudad y ojo avizor al desenlace de aquella descabellada revuelta, que podía acarrear graves consecuencias a la clase obrera.

Tal como había anunciado el Conseller de Governació, Josep Dencàs, por radio a las 12.30 horas de aquel día 6 de octubre, Lluís Companys se dirigió al pueblo catalán por la emisora de radio Barcelona, retransmitiendo, desde el Palau de la Generalitat, a las 20.10 horas. En su discurso, Companys se limitó a proclamar “L'Estat Català dins la República Federal Espanyola”. El público, que desde la Plaza de la República oyó sus palabras, según testimonios de fuente catalanista, no era muy numeroso. Después del discurso se cantó el himno *Els Segadors*.

Una vez proclamado el Estat Català, el Govern se reunió de nuevo. Lluís Companys telefoneó al general Batet, comunicándole que había declarado el Estat Català, y que se pusiera, junto con sus fuerzas, a sus órdenes. El general le contestó que no podía darle una respuesta inmediata, y que le mandara la orden por escrito. El diputado Tauler se trasladó a Capitanía para entregarle a Batet la orden de Lluís Companys, y como respuesta a dicha orden el militar declaró, siguiendo órdenes de Madrid, el Estado de Guerra. Desde aquel momento la Generalitat podía considerarse en guerra contra el Gobierno central.

De forma desordenada, fueron apareciendo barricadas a partir de entonces, y se reforzaron con sacos terreros los centros oficiales de la ciudad.

“Desde las 20.30 horas, los directores del movimiento insurreccional comen-

160. José Peirats, op. cit.

161. Idem.

zaron a distribuir sus grupos armados. Pero podía constatarse que las fuerzas habían disminuido mucho ya por aquellas horas. A las 21.30 horas la defección de los elementos de la Generalitat había aumentado considerablemente” 162.

En el cuartel general de los “Somatens”, en la Rambla Santa Mónica, había un centenar de personas, pero no todas armadas; y, sin embargo, había armas en abundancia en los “casals”. Y en el local del CADCI se encontraba Jaume Compte, con unos treinta hombres y diecisiete fusiles. La misma contradicción.

He aquí una relación cronológica de los principales acontecimientos:

22 horas. Por todo el largo trayecto de las Ramblas hasta la de Canaletas, se veían numerosos grupos armados, esperando militarmente órdenes. El número aproximado de los concentrados en las Ramblas podía calcularse en unos 1.500.

En el local de la Alianza Obrera se encontraban unos 400 hombres. Parece ser que sólo tenían armas los centinelas (en el café “Novedades”, en la calle de Caspe, había armas en abundancia que nadie iba a recoger, y los de la Alianza Obrera se encontraban a 300 metros de distancia). Los de la Alianza Obrera dijeron después de la derrota que Dencàs se las había negado. Un testimonio —el que utilizamos—, escribe a ese efecto: “Una fuerza revolucionaria, en principio, no ha de esperar que le den armas, sino que las ha de tomar. Y aquella noche no hacía falta mucha audacia para ello porque era facilísimo obtenerlas...”

22.15 horas. Del cuartel de la calle Buensuceso salió una compañía de Infantería que, por la calle Hospital, ganó las Ramblas, ascendiendo hasta la Plaza de Cataluña, en donde permanecieron hasta las seis de la mañana, para volver a entrar en el cuartel, sin haber tenido encuentro alguno.

22.40 horas. En las Ramblas, frente al Centro de Dependientes, donde se encontraba Compte con sus 30 hombres, llegó una compañía del 34 de Infantería. Un capitán comenzó a dar lectura al bando de Estado de Guerra cuando, desde dentro del Centro, se les hizo una descarga cerrada que mató a un sargento e hirió a un teniente y cinco soldados más. En respuesta, los soldados comenzaron a cañonear el edificio a las 23 horas.

0.30 horas. Muere Jaume Compte a consecuencia de la explosión de un obús, siguiéndole minutos después, víctima de lo mismo, Manuel González Alba.

1.30 horas. Los defensores del Centro de Dependientes, abandonados a su suerte, después de haber solicitado refuerzos a Dencàs, dejan el edificio en un sálvese el que pueda.

1.30 horas. Se rinde, sin disparar un tiro, la Comisaría de Policía de Santa Mónica: sesenta guardias, más cien paisanos, con abundante material, sobre todo bombas de mano.

6 horas. Conversación entre Companys y Dencàs:

“Dencàs: Yo haré lo que usted mande.

“Companys: Ponga bandera blanca”.

Poco después se puso una bandera blanca en Governació, mientras Dencàs gritaba: “*Visca Catalunya lliure*”. A continuación, se produjo una dispersión gene-

162. Esta cita y las que continúan en el texto corresponden a la op. cit. de Manuel Cruells.

ral, incontrolada. Y Dencàs escapó por las alcantarillas.

6 horas y minutos. Rendición del Govern de la Generalitat. Companys telefona al general Batet, diciéndole que se rinden y que dé órdenes de suspender el fuego.

A medida que los pocos que quedaban iban enterándose de lo que pasaba, “abandonaban las armas en el mismo sitio en que se encontraban, y se marchaban a sus domicilios, medio avergonzados, medio desilusionados y todos con un profundo sentido del ridículo”.

“¿Por qué no se había coordinado a aquella gente? ¿Por qué no se les había dado una orden en toda la noche? ¿Por qué se hizo una revuelta tan desordenada, tan mal dirigida, con tan pocas ganas, entre sus dirigentes, de hacerla o llevarla hasta su última consecuencia?”

“De aquel tan desordenado abandono de armamento que se hizo en las calles y en las alcantarillas de Barcelona, los que sí se aprovecharon fueron las Juventudes Libertarias, las cuales hicieron una buena recogida en las primeras horas de la mañana de aquel domingo, día 7 de octubre”.

Terminada la revuelta en Barcelona, los militares impusieron la Ley Marcial. Y así, cuando un comandante del Ejército tomó a su cargo la Jefatura Superior de Policía, se encontró con los calabozos llenos de anarquistas, que el Govern de la Generalitat hiciera detener por su policía el día 4 de octubre. El Govern de la Generalitat, incapaz de llevar su revuelta hasta sus últimas consecuencias, demostró ser eficiente en la represión contra la CNT, y, en su propia caída, entregaba a las fuerzas de Gil-Robles a un buen grupo de importantes militantes obreros. Gracias a los “revolucionarios” catalanistas, Durruti iba a sumar, a sus anteriores condenas, seis nuevos meses de cárcel.

CAPÍTULO XXII

La Comuna Asturiana

De los personajes que integraban la reacción española, el más sagaz de todos fue, sin lugar a dudas, Gil-Robles. El líder de la CEDA comprendió que la problemática española no era política, sino social, y que el peligro inminente de una profunda revolución proletaria estaba presto a concretizarse en cualquier momento. Y la razón de ello estaba en que, si bien la CNT no había logrado con su práctica revolucionaria desencadenar la revolución, sí había sabido mantener un clima pre-revolucionario permanente. Toda la estrategia política de Gil-Robles residía justamente en interrumpir ese proceso haciéndolo abortar, y fue eso precisamente lo que hizo el 5 de octubre, situando al Partido Socialista ante el dilema de aceptar el ministerio cedista o lanzarse a la calle. La sagacidad de Gil-Robles estuvo en saber elegir el momento en que podía permitirse, sin poner en peligro los privilegios de las clases dirigentes, provocar la revolución en España. ¿En qué se basaba, pues, Gil-Robles para correr ese riesgo de incitador de revoluciones, cuyas situaciones siempre imprevistas eran difíciles de manejar? En la propia complejidad española, que había creado sus supuestos enemigos, al hacer de un problema social un problema político. Haciendo del problema social un problema político, aquellos que se creían enemigos de Gil-Robles, se convertían de hecho en sus aliados objetivos.

Los vascos, reduciendo su problema a una cuestión de competencias, alejaban el proyecto revolucionario porque neutralizaban la acción de las masas obreras. Idéntico fenómeno, pero más grave, se produce en la región catalana, en la cual hemos visto la manera de obrar de la Generalitat de Catalunya en relación al movimiento obrero, es decir la CNT. En cuanto al Partido Socialista, frenando su base obrera e impidiendo la formación de una auténtica alianza entre la CNT y la UGT, creaba las condiciones indispensables para la derrota proletaria.

El centro de los peligros para Gil-Robles estaba en Asturias, ya que en dicha región se daban precisamente las condiciones básicas para una revolución proletaria: un socialismo más revolucionario que en el resto de España; una CNT no desgastada por movimientos subversivos; y la conjunción de fuerzas obreras en una alianza que especificaba, claramente, que su objetivo revolucionario, siendo en su fondo esencialmente social, abarcaba lo político en el sentido de sustituir el sistema capitalista y estatal por un sistema socialista basado en la democracia obrera directa. La concreción de las condiciones revolucionarias en Asturias obligaba a Gil-Robles a hacer abortar ese movimiento, para evitar que, por contagio, se fueran creando en el resto de España situaciones similares. La táctica empleada por los socialistas y los catalanistas facilitaron a la reacción su tarea de aplastar la revolución asturiana. Todo cuanto se diga sobre sí en Barcelona, después de la derrota catalanista, la CNT podía haberse adueñado de la situación, es pura pala-

brería. Los revolucionarios auténticos habían sido situados por el poder de la Generalitat frente a tres caminos: mantenerse separados de la revuelta (que era eso lo que deseaba la Generalitat); entrar en ella, como se aconsejaba en el manifiesto del Comité Regional, pero ello implicaba, después del choque entre la policía de Dencàs y los obreros del Sindicato de la Madera, abrir fuego contra los catalanistas para poder atacar después a las fuerzas del Ejército acuarteladas; o, después de la derrota, lanzarse a la aventura contra un ejército que dominaba ya estratégicamente la capital, reforzado por las unidades de "élite", traídas de Africa y desembarcadas en Barcelona en la tarde del 7 de octubre. La CNT optó, de hecho, por la primera, y, después de la rendición de los catalanistas, puso a salvo la mayor cantidad de armas posible, tratando de evitar que se produjera una masacre obrera, que era el propósito de Gil-Robles en Cataluña.

La profunda revolución que se desencadenó en Asturias el día 5 de octubre hay que interpretarla como el ensayo general de lo que podría ser la revolución en España bajo la alianza revolucionaria de las fuerzas obreras. Pese a la derrota militar de los trabajadores asturianos, su acción era una gran victoria proletaria de enormes repercusiones en el movimiento obrero español.

Los efectos del movimiento socialista en España quedaron pronto localizados en focos y propósitos no alcanzados en parte alguna. En Bilbao, el Partido Nacionalista Vasco (PNV) predicó la abstención. Su sindical obrera, la STV aconsejó a los obreros acudir al trabajo, pero si encontraban dificultad o peligro, recomendó no acercarse a los lugares de producción. Insistía en que nadie se entregara a actividades no ordenadas por la STV. En Bilbao fue implantada la huelga más o menos general, pero pasiva. En los pueblos cercanos —Portugalete, Hernani, Eibar, etc.—, se constituyeron comités revolucionarios y se llegó a enfrentamientos armados.

En Madrid la huelga fue general: cerraron los comercios, no salieron los periódicos y no hubo tránsito rodado. En los días cinco y seis, la capital vivió momentos de sobresalto. Hubo encuentros armados entre grupos obreros y policías en las barriadas proletarias de Cuatro Caminos, Tetuán, Atocha, Delicias, etc. Hubo, además, intentos de asalto por parte de grupos obreros a la central de Correos y a la propia Dirección General de Seguridad, lo que produjo tiroteos en la Gran Vía, calle de Alcalá y Puerta del Sol. Pero como siempre había ocurrido anteriormente a los socialistas en todos sus movimientos, apenas comenzó la lucha cayeron detenidos sus dirigentes. El Estado Mayor socialista fue detenido en el estudio del pintor socialista Luis Quintana, donde habían establecido su cuartel general. Con la detención de dicho Estado Mayor de la insurrección, ésta quedó acéfala. El movimiento revolucionario podía darse, pues, ya por fracasado. Sin embargo, por las noticias que llegaban de Asturias, allí se luchaba fuertemente, y el Gobierno empezó a tomar sus medidas para neutralizar a los revolucionarios asturianos.

A las 21 horas, el ministro de Gobernación, Eloy Vaquero, habló por radio anunciando el consabido parte propio a todos los gobiernos en situaciones parecidas: "La tranquilidad reina en España". Lo que no obstaba para que el Gobierno se reuniera apresuradamente en pleno a las 23 horas para estudiar la situación. La

primera medida fue instaurar la censura de Prensa, y el Presidente del Consejo de Ministros declaró a los periodistas: "que se estaba en presencia de un movimiento revolucionario, que obligaba al Gobierno a declarar en Asturias el Estado de Guerra".

El día 6, el Gobierno de Lerroux extendía el Estado de Guerra a toda España, y daba órdenes al general Batet de reducir los desórdenes catalanistas en Barcelona. Para causar más impresión, Lerroux habló por radio, anunciando que sería implacable contra los anarquistas asturianos y los separatistas de Cataluña.

El ministro de la Guerra del Gobierno de Lerroux, Diego Hidalgo, encomendó al general Franco que preparase un plan de ataque a Asturias. Y a las dos de la madrugada del día 7 de octubre, después de conferenciar con el general Batet, quien le anunció que para las seis de la mañana la revuelta catalana habría quedado liquidada, el ministro de la Guerra se retiró a dormir, dejando al general Franco y al teniente coronel Yagüe la tarea de estudiar la manera más eficaz de liquidar el foco asturiano.

Durante el día 7 de octubre, Lerroux fue visitado por numerosas personas que le ofrecieron su incondicional apoyo en aquellos graves momentos. Entre los que le brindaron su colaboración al Jefe de Gobierno se encontraba José Antonio Primo de Rivera, por quien Lerroux sentía "una muy viva simpatía". En la noche de aquel día, el Gobierno se reunió de nuevo y el ministro de la Guerra, al terminar el Consejo de Ministros, declaró que "en Asturias los esfuerzos conjugados de los ejércitos de tierra y mar estaban a punto de lograr sus objetivos". Y el ministro de Gobernación, por su parte, afirmó que "la sumisión total de los rebeldes asturianos era una cuestión de horas".

El día 9 por la tarde se reunieron las Cortes, con la ausencia de los diputados de izquierda. El Gobierno fue felicitado por su rápida actuación. Y allí se dijo, entre bastidores, que ese mismo día había sido detenido Manuel Azaña en Barcelona e internado en un barco que estaba surto en el puerto de la capital catalana.

El movimiento revolucionario organizado por el Partido Socialista, sin cabeza desde sus comienzos, se podía dar por frustrado. Pero lo que había fracasado en el resto de España, en Asturias, desde sus inicios, tomó las proporciones de una profunda revolución proletaria.

El movimiento comenzó en Asturias a las tres de la mañana del día 5, atacando los grupos obreros con cartuchos de dinamita a todos los cuarteles de la Guardia Civil de la región minera. A mitad de la jornada de ese día habían caído en manos de los obreros 23 cuarteles de la Guardia Civil con todo su armamento. El cuartel de Mieres se rindió con sus 45 guardias, y capitularon el 6 de octubre los cuarteles de la Rebolleda, Santullano y Sama.

En Oviedo los obreros no habían podido dominar la capital, pero se luchaba contra la Guardia Civil y el Ejército. El comandante militar decretó el Estado de Guerra, y comenzó a enviar tropas sobre la zona donde los revolucionarios se hacían fuertes o dominaban completamente. Así fueron enviados Guardias de Asalto sobre Manzaneda, ocupada por los revolucionarios, pero no pudieron alcanzar su propósito por impedírselo una columna obrera que se encontraba parapetada en Armatilla, en Pico del Castillo y al otro lado del valle, en Santianes.

Mientras tanto, las columnas obreras que se habían organizado rápidamente, avanzaban sobre Oviedo para dominar la capital. En Gijón se luchaba por las calles, y los obreros lograron controlar completamente el barrio de Cimadevilla, levantando barricadas a sus entradas.

En Avilés los revolucionarios eran dueños de la situación, y ocuparon la fábrica de Gas y la Central eléctrica.

En La Felguera, en cuya factoría de armas trabajaban tres mil metalúrgicos, la mayoría de ellos pertenecientes a la CNT, se instó a la Guardia Civil a rendirse, pero como se negó, se puso sitio al cuartel, quedando en manos de los mineros al filo de la medianoche. Los felgueros, dominando la situación, publicaron un manifiesto firmado por el Comité Revolucionario y encabezado por las siglas CNT-FAI que decía: “La revolución social ha triunfado en La Felguera; nuestro deber es organizar la distribución y el consumo en la forma debida. Rogamos a todos sensatez y cordura. Hay un Comité de distribución, al cual se debe dirigir todo aquel encargado de cubrir las necesidades de su hogar...”¹⁶³.

En todo el valle de Turón quedó proclamada la República Socialista, que tomaba carácter anti-autoritarios en las zonas de orientación anarquista, y caracteres burocráticos en aquellas de orientación marxista. En este sentido, la revolución asturiana echó las raíces de la coexistencia de los dos sistemas. Un estudio detenido de las relaciones que se establecieron durante los quince días que vivió esta República Socialista, sería de gran importancia como experiencia inédita de convivencia revolucionaria.

El día 5, el Gobierno, desde Madrid, había ordenado al general Bosch, jefe militar de León, que saliese con sus fuerzas hacia Asturias. Como el traslado de la tropa no podía hacerse por ferrocarril, debido a la voladura del puente de Los Fierros, los soldados fueron trasladados en camiones; pero al llegar esta tropa, compuesta de dos regimientos de Infantería, fue paralizada en Vega del Rey por la resistencia obrera que, bien parapetada, creó allí un frente estabilizado que duró dos semanas. Igual suerte que el general Bosch, sufrió el general López Ochoa, que, partiendo de Galicia hacia Asturias, quedará detenido por la resistencia obrera en el desfiladero de Peñaflores.

El día 8, las columnas obreras que cercaban Oviedo se lanzaron al ataque, entrando una de ellas por el barrio de San Lázaro, después de derrotar a una compañía de Guardias de Asalto, junto al Caño del Aguila. Al ocupar la loma del Convento de las Adoradoras, fueron acogidos con gritos de entusiasmo por las mujeres de aquellos barrios obreros. Por otro sector de la capital penetraron grupos mineros que, abriéndose paso con cartuchos de dinamita por las calles de Fierro, Santo Domingo y Guillermo Estrada, se apoderaron a las dos y media de la tarde del Ayuntamiento. En las calles de Leopoldo Alas y Arzobispo Guisasola, los carabineros quisieron cortar el avance de una columna minera dirigida por el sargento Diego Vázquez, pero fueron arrollados por los cartuchos de dinamita y los gritos de “¡Viva la Revolución Social!”. A las tres de la tarde, dicha columna dominaba completamente el barrio y ocupaba el hospital. La conjunción de todas

las fuerzas mineras que atacaban Oviedo hicieron retroceder a sus defensores, los cuales se refugiaron en el cuartel de Pelayo y en la Catedral. En manos de los mineros la fábrica de armamento, les produjo un importante botín. veintiún mil fusiles, trescientos fusiles ametralladores y numerosas ametralladoras.

Mientras se luchaba en Asturias, los revolucionarios comenzaron inmediatamente a organizar la vida bajo formas diferentes, es decir, bajo un socialismo querido por la población, el cual abolía la propiedad privada, declarándola colectiva.

Los centros metalúrgicos en manos de los trabajadores, tales como la fábrica de armamento en Trubia, las factorías de La Felguera y otras, comenzaron una intensa producción, particularmente en municiones, llegándose a fabricar por día treinta mil cartuchos en La Felguera. Sin embargo, pronto iba a mostrarse la insuficiencia de la producción para los miles de combatientes que estaban dispuestos a morir por la Comuna Asturiana.

En Oviedo se instaló el Comité Provincial Revolucionario, que mantenía contactos con los diversos comités revolucionarios de los pueblos. Pero en la constitución de dicho Comité Provincial surgió ya la primera contradicción entre socialistas y anarquistas. La alianza firmada entre la UGT y la CNT indicaba, naturalmente, que era a ambas organizaciones a quienes incumbía la dirección de la lucha. La Federación Socialista asturiana, abusando de la situación, constituyó el Comité Provincial en base a su sola representación, extendiéndola luego al Partido Comunista, que no era ni firmante del pacto Revolucionario ni representativo en la región. La aprensión que los anarquistas de La Felguera tenían con relación a la sinceridad revolucionaria, se confirmaba. En vísperas del movimiento, se celebró un Pleno confederal en Gijón. En ese pleno chocaron dos puntos de vista: los de Gijón y La Felguera. Los primeros, fervientes partidarios de la Alianza, creían firmemente en la sinceridad revolucionaria de los socialistas, los segundos, dudaban de tal sinceridad; y se pronunciaron contra todo pacto o compromiso previo. Su punto de vista era la unidad sobre la base del hecho revolucionario consumado.

Constituido en Oviedo el Comité Provincial, el comité revolucionario de Gijón, considerando que constituye el talón de Aquiles de la Comuna Asturiana, envía representantes a Oviedo una y otra vez, para establecer contacto con el Comité Provincial y recabar armamento y municiones, "con infructuosos resultados", según escribe Peirats ¹⁶⁴.

En los pueblos, los comités revolucionarios se constituyen de dos maneras diferentes: en los lugares de influencia libertaria se nombran mediante asamblea; mientras que en los de influencia socialista son los comités del Partido los que actúan como ejecutivos. Los bandos y proclamas de los pueblos también tienen diferente sentido, los libertarios apelan a la población a la solidaridad y al buen acuerdo para llevar la lucha adelante; los socialistas "ordenan y mandan", anunciando medidas draconianas a los que no se sometan a las consignas del comité.

No obstante estas contradicciones, la ola revolucionaria, empujada por el entusiasmo colectivo, avanza por toda la región, sin entrar en demasiadas discusio-

nes, pues se consideran inútiles ante los grandes peligros que acechan y actúan ya sobre la región revolucionaria.

En Madrid, las noticias que llegaban al Ministerio de la Guerra eran desastrosas: el general Bosch no avanza un paso, y el general López Ochoa estaba también paralizado. Menos mal —piensan en el Gobierno—, que el general Franco, habiendo previsto estas dificultades, había impartido órdenes de embarque para Gijón a las tropas de la Legión Extranjera y a los Regulares de Marruecos. Marruecos, otra vez, cáncer de España. Los movimientos marroquíes habían solicitado su autonomía y administración propia apenas proclamada la República el 14 de abril de 1931, y la delegación que llegó de Tetuán a Madrid no pudo convencer de su justa demanda al Gobierno socialista-republicano. Y este Gobierno puso en práctica, si cabe, una política de colonización aún más brutal que la que venía realizando la depuesta Monarquía... ¿De qué podían quejarse en octubre los socialistas si Franco traía las tropas de Marruecos, y si entre ellas venían fuerzas moras, que se cebaban, y con razón, contra los españoles? ¿No eran acaso los españoles los que mantenían la colonización en Marruecos? El general Franco utilizaba, pues, para la represión, lo que la República dejó en pie. No era, por tanto, Franco, el responsable de institucionalizar la represión con fuerzas moras, sino que, esto era la resultante de la política de socialistas y republicanos que habían institucionalizado la colonización.

Los buques de guerra *Libertad*, *Jaime I* y *Miguel de Cervantes*, cargados de tropas de África, hicieron rumbo a Gijón. El primero en llegar fue el crucero *Libertad*, que comenzó el día 7 de octubre un intenso cañoneo, protegiendo así el desembarco de un batallón de Infantería de Marina. Los gijonenses, bien fortificados, cerraron el paso a la marinería en Serín. Pero faltaban armas y faltaban municiones, y el Comité Provincial no parecía alarmarse por la grave situación de Gijón. El Comité Revolucionario se puso al habla con La Felguera, pidiéndoles municiones, armamento y hombres. La Felguera acudió rápidamente en ayuda de Gijón. Pero, ante el intenso cañoneo y los desembarcos de tropa (Regulares de Marruecos, Legión Extranjera y el 8º Batallón de Cazadores de Africa), Gijón tuvo que ceder, después de tres días y tres noches de una batalla infernal, el día 10 de octubre. A partir de aquel momento, perdida la zona del litoral cantábrico, tal como habían previsto los gijonenses, la comuna asturiana tenía sus horas contadas. López Ochoa, detenido en Grado, desvió su ruta por Avilés para caer sobre Oviedo. Fuerzas de desembarco, compuestas del Tercio y Regulares, penetran por El Musel bajo la protección de la escuadra.

Como consecuencia de la caída de Gijón y del avance de las tropas contrarrevolucionarias, el día 11 se ordenó, por resolución del Comité Provincial Revolucionario, la retirada general, dándose por fracasado el movimiento. Esta orden encontró una viva oposición por parte de los combatientes. A partir de la citada fecha, se empezó a dar cierta beligerancia a las fuerzas de la CNT. José María Martínez, alma de la Alianza en Asturias, murió en misión del Comité Provincial Revolucionario, en Sotiello, el día 12 de octubre.

Las tropas contrarrevolucionarias, vista la reavivación de la resistencia, se vieron asistidas por la aviación, la cual comenzó con bombardeos que hicieron una

terrible carnicería. Los aviones arrojaron también octavillas instando a la rendición:

“¡Rebeldes de Asturias, rendíos! Es la única manera de salvar vuestras vidas. La rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de veinticuatro horas. España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura (...). Todo el daño que os han hecho los bombardeos y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis, implacablemente, si antes de ponerse el sol no habéis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después, iremos contra vosotros hasta destruirlos sin tregua ni perdón”¹⁶⁵.

A pesar de estas amenazas, los revolucionarios asturianos persistieron combatiendo hasta el día 18, fecha en que el Comité Provincial Revolucionario puso fin a la resistencia con un manifiesto en el que dice que, “después de probada la capacidad de las masas obreras”(…), se estima necesario una pausa en la lucha”. Pero, se declara: “esta retirada se considera honrosa, porque es un alto en el camino”, ya que “al proletariado se le puede derrotar, pero jamás vencer”. El espíritu de este manifiesto está impregnado de lo que declaró Karl Liebknecht, en vísperas de ser asesinado: “Hay derrotas que son victorias, y victorias que son más vergonzosas que las derrotas”.

La victoria que el Gobierno obtuvo sobre los revolucionarios asturianos fue la más vergonzosa de las victorias, porque ni siquiera supo respetar la sola y única condición que los mineros pusieron antes de rendirse: que las tropas mercenarias no ocuparan la región asturiana. Y el general Arande, después de haber dado su “palabra de honor”, ofreció Asturias como botín de guerra con “carta blanca” a la Legión Extranjera y los Regulares...

165. Para la revolución en Asturias, pueden ser consultadas las obras siguientes: Manuel Villar, *El anarquismo en la revolución de Asturias*, Ed. Solidaridad Obrera, Barcelona, 1935 [Reeditado por la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Granada, 1994]; Salvador de Madariaga, *España*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974; Antonio Ramos Oliveira (autor socialista), *Historia de España, siglos XIX y XX*, Barcelona, Grijalbo, 3 vols.; Víctor Alba (simpatizante del POUM), *La Alianza Obrera. Historia y análisis de una táctica de unidad en España*, Madrid, Júcar, 1978; Fernando Solano Palacio (anarquista), *La revolución de Octubre. Quince días de comunismo libertario*, Editorial Tierra y Libertad, Barcelona, 1936 [Reeditado por la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Granada, 1994] y Rodolfo Llopis (socialista), *Octubre 34. Estampas de la revolución española*, Ediciones Tribuna, México-París, s.a.

«El orden y la paz reinan en Asturias»

El Gobierno, terminadas las operaciones militares en Asturias, declaró a los periodistas que “el orden y la paz reinaban en la región rebelde”. El mantenimiento de “la paz y el orden” había causado la muerte de 1.335 obreros, 2.951 heridos y una cifra indeterminada de exiliados, refugiados en la montaña o asesinados clandestinamente en los calabozos de las comisarías. Efectivamente, eran un “orden y una paz” burguesas que la clase obrera pagaba caro.

Para imponer el orden era preciso terminar con el desorden. El Gobierno confió esa misión al comandante de la Guardia Civil, Doval y al juez Alarcón. En los calabozos se improvisaron instrumentos de suplicio, y la justicia engrasó su maquinaria. Las cárceles rebosaron de presos, hasta unos treinta mil.

Pero las derechas no se sentían contentas del todo, querían una represión aún más dura. En la sesión de Cortes del 6 de noviembre, expresando esa insatisfacción, Calvo Sotelo, tomando como argumento un impreso clandestino, reclamó del Gobierno una política represiva más dura, más contundente.

Ricardo Samper comprendió que lo que pedía Calvo Sotelo era su dimisión. Puro formulismo. Alejandro Lerroux le sustituyó con los mismos ministros y, al presentarse ante las Cortes, declaró que “el Gobierno que él presidía se proponía conducir en Asturias una represión sin piedad”.

“Hasta el exterminio de la semilla revolucionaria en el vientre de las madres”, exigió Calvo Sotelo, en nombre de España y de la Religión.

Entre los 30.000 presos que se contaban en España, como consecuencia de los hechos de octubre, había una serie de personalidades políticas: Manuel Azaña, que era opuesto al movimiento sedicioso por considerarlo de clase y no político, fue detenido en Barcelona; pero sería puesto en libertad el 2 de diciembre, al comprobarse su no ingerencia en los hechos. Asimismo, Lluís Companys y los Consellers del Govern de la Generalitat, estaban bajo la petición fiscal de cadena perpetua, por “el delito de rebelión militar”. A estos presos de “alta jerarquía política”, se agregaban varios miembros del Comité Ejecutivo del Partido Socialista; entre ellos Francisco Largo Caballero, detenido el 14 de octubre. Y, como figura representativa del Comité Provincial Revolucionario de Asturias, Ramón González Peña, al que se le pedía la pena de muerte.

Todos estos detenidos, particularmente los socialistas, por lo que se refería al movimiento en general, tenían que responder ante los jueces de su conducta y de su participación en la revolución. Los miembros de la Ejecutiva del Partido y de la UGT daban una respuesta fácil, pues, antes del movimiento, habían decidido entre ellos que ninguno, en caso de caer presos, asumiera la responsabilidad del movimiento y que declararían que el alzamiento surgió espontáneamente de la

clase obrera. El interrogatorio que mejor expresa la conducta observada por esos jefes desertores a la hora de la verdad, es el que el propio Largo Caballero relata en sus *Recuerdos*, realmente digno de ser leído:

Francisco Largo Caballero compareció ante el Juez Instructor, un coronel del ejército:

"-¿Es usted el jefe de este movimiento revolucionario?

"-No, señor.

"-¿Cómo es eso posible, siendo Presidente del Partido Socialista y Secretario de la Unión General de Trabajadores?

"-¡Pues ya ve usted que todo es posible!

"-¿Qué participación ha tenido usted en la organización de la huelga?

"-Ninguna.

"-¿Qué opinión tiene usted de la revolución?

"-Señor juez, yo comparezco a responder de mis actos, y no de mis pensamientos.

"El Fiscal: -¡Usted está obligado a contestar por mandato de la ley a las preguntas del señor juez!

"-En efecto, y por eso las contesto, que de otro modo no lo haría.

"Me mostraron unas notas escritas a máquina encontradas en un registro hecho en las oficinas de la Unión General.

"-¿Son de usted estas notas? Sí, señor.

"-¿Quién se las ha entregado?

"-El cartero. Las recibía por correo; pero si supiera quién las enviaba, tampoco lo diría.

"El Fiscal:- Le repito que está obligado a contestar la verdad a lo que se le pregunta.

"-Eso es lo que hago. Ahora bien, si el capitán Santiago, que ha hecho el registro, pretende saber quién me remitía esas notas, será pretensión inútil. Por nada ni por nadie pronunciaré nombre de persona alguna, a sabiendas de la responsabilidad que asumo.

"Dichas notas, efectivamente, las recibía de la Dirección General de Seguridad, informándome de lo que se hacía y se pensaba hacer contra nosotros. Al capitán Santiago le interesaba saber quién era el remitente, para castigarle con severidad. El asunto de las notas le tenía fuera de sí.

El juez siguió preguntándome:

"-¿Quiénes son los organizadores de la revolución?

"-No hay organizadores. El pueblo se ha sublevado en protesta por haber entrado en el Gobierno los enemigos de la República" ¹⁶⁶.

Tras verse el proceso contra Largo Caballero, éste salió absuelto, y volvió al cargo que ocupaba de Secretario General de la UGT.

En el libro del cual extraemos la cita anterior, Largo Caballero dedica unos pá-

166. Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos S. A., México, 1954.

rrafos a Ramón González Peña, que él llama “el héroe de Asturias”. Están escritos por el más destacado de los líderes del socialismo burocrático de aquellos momentos, y nos parece útil recogerlos como documento histórico, o complemento informativo de aquel importante suceso. Escribe Largo Caballero:

“Esto, a pesar mío, me obliga a tratar aquí el caso de Peña, el héroe de Asturias.

“Peña no se hizo responsable del movimiento revolucionario de Asturias; es que no pudo negar su participación, porque le cogieron con las manos en la masa. Le habían visto ir de un lado para otro, y comprobaron su presencia en el monte y otros sitios; que no es lo mismo. Si a mí me hubieran cogido “in fraganti”, hubiera tenido que declarar mi participación, no obstante el acuerdo que teníamos tomado; mas, no por eso, sería un héroe, sino uno de tantos que expusieron su libertad y su vida.

“Ahora bien, léanse sus declaraciones ante la Comisión Parlamentaria y ante el Consejo de Guerra. Como no podía negarlo, dijo que había tomado parte en el movimiento por disciplina, para cumplir acuerdos de los Comités de Alianza Obrera y de los organismos encargados de organizarlo, y que su acción se limitó a evitar desmanes y salvar la vida a muchas personas, incluso guardias civiles, los cuales estaban obligados a cumplir con su deber. Dio nombres de personas, con las cuales habló y actuó, señalando sitios donde estuvo durmiendo. Al final de sus palabras en el Consejo de Guerra se entregó a la benevolencia de los jueces. Estas declaraciones constituían delaciones de personas y lugares que costaron la vida a algunos correligionarios. Presentaba a los revolucionarios como sanguinarios, haciendo necesaria su mediación para evitar desmanes. Trató de atenuar la importancia de su intervención, con el fin de evitar una condena grave. ¿Es ésta la conducta de un héroe? ¿Era esto declararse responsable del movimiento revolucionario de Asturias? Nadie, después de leer las declaraciones dichas podría afirmarlo; y si otro correligionario y asturiano, participe en la organización, tuviese la sinceridad de repetir en público lo que tiene dicho en privado, respecto a la participación de González Peña, veríamos en qué quedaba el heroísmo.

“Conste, pues, que yo no critico ni censuro lo hecho para atenuar la pena, pero sí censuro y critico aquellas manifestaciones delatorias de personas y hechos”¹⁶⁷.

Hay que convenir, después de todo lo transcrito, que, sin pretenderlo, Largo Caballero había dicho una gran verdad: *No hay organizadores. El pueblo obrero se sublevó en Asturias porque estaba maduro para la revolución. Y no había más héroes que la fuerza colectiva.* Pero no era ésa la lección que Largo Caballero iba a extraer de su reflexión carcelaria, sino todo lo contrario a esa verdad.

Según se cuenta, Largo Caballero aprovechó su estancia en la cárcel para leer los escritos del fundador del Estado soviético, y quedó impresionado de la teoría leninista de “la dictadura del proletariado”, por lo que creyó descubrir el marxismo-revolucionario.

A otros socialistas reformistas como Caballero también les entró el mismo “sa-

rampión”. Araquistáin, el más avanzado de ese grupo, se señalará por sus escritos de “retorno al marxismo”, en la revista teórica del Partido Socialista, *Leviatán*.

Era bueno estudiar el marxismo. Pero puesto que se le quería vivo ¿para qué valía ese “descubrimiento”, si no se pasaba a su aplicación inmediata? Sin embargo, aplicación, además, no quiere decir imitación, sino creación. El modelo bolchevique no valía para España. Y la revolución española tenía que encontrar su fuerza y su senda en sí misma. Asturias había demostrado el camino español de la revolución que era indispensable realizar. Esa revolución no podía quedar sometida al estrecho sectarismo de un partido porque las partes que actuaban en ella eran diversas, y en esa diversidad entraba la confrontación de sistemas socialistas o anarquistas. Ignorar esa realidad histórica era no avanzar en el proceso revolucionario que la clase trabajadora había iniciado, sino darle la espalda. Y eso fue lo que hizo Largo Caballero, no comprendiendo que la revolución proletaria pasaba por la alianza obrera revolucionaria de la CNT y de la UGT. En la cárcel, Largo Caballero “maduró”, para caer más fácilmente en la estrategia que la Internacional Comunista estaba elaborando en Moscú, para exportarla a los países “democrático-burgueses”, implantando así “el comunismo soviético” a escala mundial.

«¡Bandidismo, no; expropiación colectiva, sí!»

Durruti, desde la cárcel Modelo de Barcelona, seguía con sumo interés la evolución política y social del país. La marcha que Lerroix imprimía a su Gobierno, la alarmante represión que se aplicaba en Asturias, y la insaciabilidad de las derechas exigiendo “más cabezas”, todo presagiaba un desenlace sangriento. En las celdas y en los patios de la Modelo se discutían constantemente estos temas. La posición de Durruti era siempre idéntica, en cuanto a la necesidad de no malgastar esfuerzos y entregarse pacientemente a la reconstrucción de los sindicatos. Para él, la organización era la pieza clave para triunfar en la revolución, o hacer frente a la reacción en el caso de que ésta se lanzara a la calle. En esta ocasión, señalaba, “si la reacción se lanza a la calle, no será de la misma manera con que Primo de Rivera dio el golpe de Estado. Asturias debe servir de ejemplo para comprender que la cuestión en España no es democracia burguesa o fascismo, sino fascismo o revolución social. La democracia burguesa —decía Durruti— quedó muerta después de las elecciones del 19 de noviembre de 1933”¹⁶⁸.

El problema de la alianza obrera también salía en las discusiones, de manera más acuciante que antes de octubre de 1934. La CNT había demostrado, prácticamente, que ella sola no podía desencadenar la revolución; los socialistas, con la experiencia de octubre, quedaban confrontados ante la misma realidad. ¿Qué lección extraerían los socialistas de la revolución de Asturias? Las respuestas en los medios libertarios era siempre escéptica: mordidos de reformismo como estaban, de los socialistas no cabía esperar que afrontaran con decisión revolucionaria una situación pre-revolucionaria. Los libertarios más radicales recordaban a los más moderados que “estaba aún por demostrar la intención revolucionaria de los socialistas en el último movimiento”. “Sí, eso es cierto —sostenía Durruti, que mantenía una posición intermedia entre los radicales y los moderados—, pero no es menos cierto que el golpe de Estado podrá postergarse más o menos tiempo, pero finalmente quedaremos confrontados con él. Reconociendo este hecho y sabiendo que seremos nosotros, es decir, la fracción más revolucionaria de la clase obrera los que sufriremos el primer zarpazo, debemos intensificar nuestra acción en el sentido de la alianza obrera, para atraernos o hacer comprender a los trabajadores de la UGT la gravedad de los momentos que vivimos. De la intensificación de nuestra propaganda dependerá, llegado el momento, el volumen de fuerza obrera que arrastrará la avalancha revolucionaria”¹⁶⁹.

168. Testimonio de Liberto Callejas, preso con Durruti.

169. *Idem*.

En discusiones de este tipo, los meses iban pasando. Y nuevos huéspedes iban ingresando en la Modelo de Barcelona. Algunos de ellos venían acusados de robo a mano armada, y había varios, entre éstos, que se reclamaban de la CNT e incluso de la FAI.

“El sarampión del atraco”, como se comenzaba ya a llamar a la proliferación de tal delito, alarmó al grupo de militantes anarquistas que se encontraban en el presidio. Y los alarmó aún más, cuando algunos de los detenidos exigían que el Comité Pro- Presos de la CNT les procurase abogados defensores.

En la reunión de presos que se convocó para analizar esa cuestión, Durruti adoptó una posición categórica: “La hora no es para el ejercicio de las expropiaciones individuales”, sino para la puesta en marcha de las colectivas”. Naturalmente, esa determinación dejó descontentos a los implicados en los delitos de ese tipo, pero el problema no podía resolverse a medias, y el Comité Pro-Presos optó por la medida radical.

Entretanto, el periodo de “preso gubernativo” de Durruti llegó a su término en la entrada del mes de abril de 1935.

Seis meses de cárcel, simplemente por el capricho de un gobernador, es suficiente tiempo para sacar de quicio al más timorato, pero para Durruti lo arbitrario no terminaba en eso. Apenas fuera del presidio, leyó en un suelto del periódico *La Publicidad*, firmado por su “especialista” en noticias de robos a mano armada, llamado José María Planas, que se decía, con toda desenvoltura, que “Durruti y su banda eran los autores de los últimos atracos cometidos en Barcelona”. La lectura de esa nota puso colérico a Durruti, quien salió hecho una furia en busca del “desvergonzado plumífero”, como llamó al periodista en cuestión:

“Era domingo por la mañana. Por la Ronda de San Pedro no transitaba nadie. De pronto, diviso una persona que viene en dirección opuesta a la mía y por la misma acera. Es Durruti. Pasa por mi lado y no me ve. Lleva un periódico en la mano y tiene cara de pocos amigos. Cuando ha pasado sin mirarme, me detengo y digo en voz alta, de modo que me oiga:

“-¡A los amigos, por lo menos, se les saluda...!

“Se para en seco, me mira, y al reconocermelo viene hacia mí.

“¿Cómo no te vi?

“¿Por qué vas ciego...? ¿Qué te pasa?

“Toma, lee —y me da el periódico que lleva en la mano. Es *La Publicidad*. Marcado con un círculo rojo, hay un artículo que firma José María Planas. ¡Voy a romperle el alma a este plumífero calumniador! —dice Durruti, con voz airada y crispado semblante.

“-Pero, ¿adónde vas?

“-¡A *La Publicidad*, a sacar de allí a patadas a este mentiroso!

“-En ese diario no hay nadie ahora...

“-¡Vamos ahora mismo!

“Y fuimos. Como yo había dicho, la única persona que estaba era el sereno. Durruti lo apartó a un lado y entramos. Recorrió la Redacción vacía, se convenció de la ausencia del personal y nos retiramos. Ya en la calle, Durruti me dice:

“—Este irresponsable me carga el mochuelo de los atracos, y ayer recibí la comunicación de desahucio de la casa en que vivo, porque con los meses que he estado en la “sombra gubernativa”, no he podido pagar el alquiler. ¡Dime si no es para romperle la crisma!”¹⁷⁰

Durruti no se había equivocado desde la cárcel al juzgar de grave la situación política que se vivía en España aquellos primeros meses del año 1935. Las crisis de Gobierno se sucedían como una epidemia, y probablemente, el secreto de ellas se escondía en dos hechos complementarios: uno, que bastaba con ser ministro 24 horas para disponer de una renta vitalicia; así el Partido Radical podía jactarse de ser el partido que más ministros tenía “en reserva”; y, el otro, era el plan metódico que seguía Gil-Robles para instalarse en el poder. La última crisis, que justamente coincidió con la salida de Durruti de la cárcel, fue provocada por los ministros de la CEDA, que se opusieron a la conmutación de las 18 penas de muerte que se mantenían en firme, como consecuencia de los sucesos de octubre. Alejandro Lerroux resolvió la crisis sustituyendo con tres radicales a los tres cedistas; pero quince días después se originó otra nueva crisis que fue resuelta en mayo con la entrada esta vez de seis ministros cedistas con Gil-Robles en el Ministerio de la Guerra.

José María Gil-Robles será siempre en la historia política de estos años un enigma, en cuanto a sus verdaderas intenciones últimas, porque por ninguno de sus actos indica su declarado propósito de tomar el poder legalmente, sino todo lo contrario. Al hacerse cargo del Ministerio de la Guerra comenzó por designar al general Francisco Franco Jefe del Estado Mayor Central. Nombró como subsecretario del Ministerio de la Guerra al general Fanjul, confió la Dirección General de Aeronáutica al general Goded, y como responsable del Ejército de Marruecos situó al general Mola. Y eran justamente estos cuatro generales aquellos en los que Calvo Sotelo había puesto su vista para formar un Directorio tan pronto como se diera el golpe militar.

Con las antedichas medidas, Gil-Robles postergaba a “las calendas griegas” sus sueños de dictador, pero facilitaba el camino a los conspiradores del golpe de Estado militar; de tal modo que ninguno de ellos perdió el tiempo en ocultar demasiado que marchaban directamente hacia él. A los generales y jefes del ejército reconocidos por sus simpatías republicanas, se les fue arrinconando, quitándoles mando militar o postergándolos a puestos secundarios y sin tropa. La organización encargada de limpiar de sospechosos el Ejército, la Unión Militar Española (UME), la reajustó de tal manera que, por muchos cambios que se produjeran después en el Ministerio de la Guerra, continuaría siendo un verdadero Estado Mayor dentro del Estado Mayor.

Todas estas medidas de la técnica preparatoria del golpe militar iban acompañadas de otras de orden psicológico, orientadas a impresionar a “la mayoría silenciosa”, con objeto de justificar ante ella la necesidad de imponer orden en la vida

170 Esta anécdota nos fue contada por Juan Manuel Molina, pero posteriormente la hemos visto confirmada por Jacinto Toriyo en su obra *No éramos tan malos*, Ed. G. del Toro Madrid, 1975. Aquí tomamos el relato de Toriyo porque es más expresivo.

ciudadana. Entraban en las medidas “psicológicas”, el terrorismo que comenzaban a crear los grupos de la Falange, atacando a los elementos de izquierda con *razzias* represivas; el boicot sistemático que la burguesía imponía a los trabajadores, cerrando fábricas y dejando ramas de la producción en suspenso; la provocación de conflictos laborales durante meses, que obligaban a los huelguistas a recurrir al sabotaje con la dinamita o al líquido inflamable cuando se incendiaban los tranvías y autobuses en Barcelona, etc. Sin embargo, si una parte de la población se impresionaba y estaba presta a recibir a un militar, el grueso de la clase obrera, re-hecha ya de la primera represión de octubre, actuaba en sus sindicatos clandestinos, en cuyas reuniones comenzaban ya a hacer presencia los acobardados de los primeros momentos.

Por lo que respecta a la CNT en Barcelona, que era el centro donde Durruti y el grupo “Nosotros” actuaban, se producía el fenómeno de que la represión, si en un momento dado parecía dejar claros en sus filas, una vez pasado el trance doloroso, éstas crecían considerablemente. De la prensa clandestina, como *La Voz Confederal*, se vendía semanalmente alrededor de 40.000 ejemplares. Las cotizaciones, cuando no podían hacerse en las mismas fábricas y establecimientos de trabajo, se efectuaban en los bares o pasando los delegados de casa en casa de los compañeros, siendo, como eran, aportaciones voluntarias.

Sin ser brillante la situación, y sin poderse efectuar las magnas asambleas y mítines a las que los trabajadores estaban acostumbrados, no se podía mirar el futuro de manera pesimista. Sin embargo, existía un motivo de inquietud entre los militantes de la CNT y de la FAI: era la seguridad de que, paso a paso, se encaminaban a un enfrentamiento brutal con la burguesía, y que, por esto mismo, era preciso fortalecer la organización obrera y aumentar las reservas ofensivas de la misma. Partiendo de estas convicciones, el grupo “Nosotros”, logrando al fin reunir a todos sus integrantes, se impuso la obligación de acelerar sus actividades.

El objetivo que se debía alcanzar —según García Oliver— era una coordinación de los grupos de acción de la CNT y de los grupos de la FAI, a través de los Comités de Barrio, federados a escala local hasta nacional, haciendo de la Secretaría de Defensa de la CNT un centro dirigente de la acción revolucionaria. Incluso se llegaba a pensar en la necesidad de pasar a la formación de unidades guerrilleras, compuestas de cien hombres, con objetivos prefijados. Esta concepción del aparato defensivo de la CNT y de la FAI la desarrollaría, particularmente, García Oliver, en reuniones de militantes y en asambleas obreras, tales como la que se celebró en el Sindicato de la Madera por aquellos tiempos.

Era evidente que esta concepción coordinadora de la lucha revolucionaria encontraría opositores en muchos militantes; se trataba de aquellos que confiaban más en la espontaneidad de las masas que en la organización revolucionaria. Sin embargo, bueno era llevar el debate al corazón de las masas obreras, como una manera de plantear problemas que pedían soluciones urgentes y categóricas ante peligros inmediatos. La divulgación y análisis de los problemas básicos entraba en la estrategia revolucionaria que el grupo “Nosotros” se daba a sí mismo de cara a los imprevistos.

Para comenzar la tarea de reflexión colectiva en torno a las cuestiones funda-

mentales, se propuso, por parte del grupo “Nosotros”, a la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona, la convocatoria de una asamblea de grupos.

Otros grupos que estaban también sensibilizados por estas necesidades apoyaron la sugerencia del grupo “Nosotros”, y la Asamblea anarquista fue convocada en un lugar de Barcelona, en la calle de Escudillers, hacia el mes de mayo de 1935.

Entre los puntos de discusión estaba el tema propuesto por el grupo “Nosotros”: “Análisis de la situación política y medidas a tomar para hacer efectiva la acción revolucionaria de la FAI”. A este punto le precedía otro, sugerido por un grupo anarquista diferente, que pedía la “posición de la FAI ante “el saqueo de los atracos”.

Cuando se presentó a discusión el tema de “las expropiaciones individuales”, es decir, de los atracos, habló Durruti en nombre de su grupo:

“Creo que me asiste, compañeros —comienza diciendo-, alguna autoridad moral para hablar de esta cuestión. Y lo hago porque lo juzgo un imperativo de conciencia. El grupo del que yo formo parte, a todos de cuyos miembros conocéis, opina que esa erupción de atracos que se ha desencadenado está poniendo en muy grave peligro nuestro movimiento. No radica ese peligro en la represión policial y lo que ésta representa, sino que de esa erupción, si no se corta como sea, puede derivarse nuestra descomposición orgánica. Eso de que los que se dedican a la industria del atraco, lo primero que hacen cuando los cogen es mostrar el carnet de la CNT y llamar al Comité Pro-Presos, es cosa sumamente grave, pues obliga a hacer creer al pueblo algo muy diferente de lo que en realidad nos anima. La CNT es una central sindical y revolucionaria, que aspira a la modificación sustancial de la configuración española en los terrenos políticos y económicos, principalmente. Los sindicatos son sus instrumentos de lucha, y los Comités Pro-Presos han sido creados para ayudar a los trabajadores víctimas de esa lucha, pero no para proporcionar abogados y auxilios de otro género a los atracadores cogidos por la policía. Ninguno de nosotros individualmente, ni ningún grupo anarquista, ni ningún Comité puede sostener lo contrario de lo que estoy diciendo. Yo, que soy militante de la revolución y del anarquismo, soy fundamentalmente enemigo de los atracos, que, tal y como están las cosas, pueden ocasionar nuestro desprestigio. Por eso proponemos que la FAI adopte el acuerdo de que cada uno de nosotros influya en el Sindicato a que pertenezca, para que no se mezcle en grado alguno la lucha sindical con los atracos. Es más, ni se preste solidaridad orgánica de ninguna especie a los que cultivan ese negocio”¹⁷¹.

Esta cuestión era delicada, porque algunos de los asistentes a dicha asamblea sostenían “peregrinas teorías sociológicas sobre la expropiación”, particularmente un joven recién llegado de Buenos Aires, llamado Ruano, que en los últimos tiempos de actividad del grupo de Di Giovanni en la Argentina había formado parte de su núcleo. Recordemos que Di Giovanni y su compañero P. Scarfó fue-

171. Como en el caso anterior, este hecho nos había sido narrado por Juan Manuel Molina, perteneciente al grupo anarquista “Germen”, y ahora lo vemos confirmado por el autor citado en la nota anterior

ron fusilados, al igual que otros militantes, bajo la primera tiranía militar de este siglo en la Argentina, el 1 de febrero de 1931. Retomando el curso de nuestra narración, digamos que sería justamente Ruano quien “reprochó a Durruti el haber practicado también él ese género de acciones que hoy condenaba”. Durruti, sin perder su calma, le contestó:

“-Es cierto, amigo. Yo y “Nosotros” hemos practicado esa forma de lucha en tiempos pasados; pero hoy, aquellos tiempos los consideramos superados, por la marcha ascendente de la CNT y de la FAI. Más de un millón de obreros sindicados en la CNT, que esperan el momento propicio para hacer “la gran expropiación colectiva”, exige de nosotros, militantes de ese movimiento, comportamientos adecuados a las necesidades de la lucha. Hoy no hay lugar para las acciones individuales, porque las únicas que cuentan son las colectivas, las acciones de masa. Y es por esta razón que, lo que ha sido superado por la marcha de la historia, no puede ser mantenido, porque es una forma de lucha contraproducente y caduca. Ahora bien, quien desee seguir fuera del tiempo tiene también que situarse fuera de nuestras filas, renunciando a su calidad de militante y aceptando para sí la responsabilidad que se deriva de la forma de vida que ha elegido”¹⁷².

“La actitud adoptada por Durruti en esa asamblea, y la acción desplegada después por él mismo cerca de numerosos militantes de la CNT y de la FAI, surtieron efecto, y lo que amenazaba convertirse en una epidemia, fue contenido a tiempo”¹⁷³.

Después de este tema, se entró a discutir el punto sobre la situación política, y del debate que siguió entresacamos la intervención de Durruti, somera exposición de lo que pensaba el grupo “Nosotros” sobre el asunto:

“-No sé si os dais cuenta, compañeros —dijo—, de la gravedad del momento que estamos viviendo. A mi juicio, esa gravedad es tan grande, que en cualquier instante puede hacer estallar la revolución. Y no porque la provoquemos nosotros... Pero hemos de estar preparados y dispuestos a sacar provecho de las circunstancias, poniéndonos al frente de la corriente revolucionaria que otros van a desatar en un momento dado. ¿Qué expresión puede tomar esa lucha? Tal y como yo veo las cosas, la de una guerra civil. Una guerra civil devastadora y cruel para la que hemos de estar prevenidos (...) Tendremos que organizar milicias obreras y echarnos al campo y eso exigirá el mantenimiento de la disciplina tal y como nosotros la entendemos, pero disciplina. Meditad en lo que os digo, porque si hoy es una hipótesis, tal y como van las cosas, en un futuro próximo será una realidad”¹⁷⁴.

Poco tiempo después de esta reunión, en el mes de junio, Durruti volvía a ser detenido y encarcelado como “preso gubernativo”.

172. Idem. Primer testimonio, de hecho corroborado por Toryho.

173. Idem.

174. Idem.

Hacia el «Frente Popular»

Las entradas y salidas de Durruti en la cárcel no le impedían seguir el ritmo de sus pensamientos ni perder su natural optimismo; pero, por otro lado, sus prolongados “aislamientos”, al igual que el de otros compañeros, sí privaba a la CNT y a la FAI de militantes que en la cárcel se consumían en la inutilidad.

Apenas Durruti entraba en contacto con la realidad y comenzaba a informarse devorando revistas y la prensa en general, se producía de nuevo un corte que le impedía, falto de comunicación, seguir el hilo de los acontecimientos. Lo único que le salvaba era una clara intuición en la rápida comprensión de las cosas y los hechos. La última conversación que sostuvo con Ascaso —que por aquellos días se encontraba restableciéndose en Sabadell de una recaída de su enfermedad pulmonar— giró en torno de la nueva política en la que parecía embarcarse el Partido Socialista, buscando nuevas alianzas y coaliciones, en las que entraba también el Partido Comunista, sacado a flote por “el sarampión” bolchevique de Largo Caballero. Si la táctica del Frente Popular —se dijeron— que en Francia se está ensayando, se introduce en España, creará a la CNT una difícil situación porque el bloque electoralista tratará por todos los medios de asfixiarla. Convenía, pues, denunciar lo más pronto posible ese engaño, para evitar que la clase obrera se hundiera en el espejismo en que cayó el 14 de abril de 1931. La intuición, como vemos, no faltaba a Durruti; pero lo que a él le sobraba era cárcel. En esta ocasión, serían nuevamente varios meses “gubernativos” los que pasaría entre cuatro paredes.

Unos días después de este nuevo encarcelamiento de Durruti, el Partido Comunista celebró un mitin en el Cine Monumental de Madrid. José Díaz pronunció un extenso discurso, para proponer al fin la formación de una Concentración Popular Antifascista, bajo un programa de cuatro puntos:

“a) Confiscación de la tierra de los grandes terratenientes (...), sin indemnización alguna y entrega inmediata a los campesinos pobres y obreros agrícolas

“b) Liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo español. Que se conceda el derecho de regir libremente sus destinos a Cataluña, a Euzkadi, a Galicia y a cuantas nacionalidades estén oprimidas por el imperialismo de España

c) Mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera...

d) Amnistía para los presos...”¹⁷⁵.

El programa era corto, cortísimo, pues salvo el punto de la tierra, incluido por demagogia, el resto era calco del programa que Manuel Azaña expusiera ya en Mestalla (Valencia) y en Comillas (Madrid), pronunciándose por una coalición

175. José Díaz, *Tres años de lucha*, Editorial Ebro, París, 1970.

de partidos republicanos para las próximas elecciones. Pero hay en el citado programa un punto sobre el imperialismo español, en el cual se plantea que se conceda el derecho a regirse libremente las tres regiones mencionadas. Sin embargo, la parte fundamental que justifica la calificación de imperialista a España se encuentra ausente; nos referimos a las colonias que España tenía por aquella época en África, particularmente el Protectorado en Marruecos. ¿Por qué este olvido? Las fuerzas represivas que actuaron en Asturias procedían de Marruecos, por la obvia razón que el Gobierno no tenía confianza alguna en los soldados de la Península. El Partido Comunista proponía un frente antifascista, y daba como bueno que España siguiera oprimiendo al pueblo marroquí, en cuyo suelo se estaba gestando la amenaza fascista que se denunciaba en el programático discurso. ¡Notable contradicción!, pero muy típica del “comunismo” dirigido desde Moscú.

El efecto político del discurso de José Díaz fue nulo, pero avanzaba ya, en líneas generales, lo que sería la trayectoria del PCE dentro de pocos meses. Por el momento, hay que considerar que España no había sido tenida en cuenta en la elaboración de los cambios tácticos que desde hacía más de un año se estaban llevando a cabo en Moscú. Allí lo que privaba era Francia, porque este país entraba en la estrategia que Stalin y su equipo habían elaborado como “defensa del Estado soviético”. Será en función y nada más que en función de los intereses de la Unión Soviética, como hay que entender la táctica del Frente Popular y las consecuentes repercusiones que, por circunstancias muy especiales, tendrá la misma en España, razón que nos obliga —siquiera sea someramente— a insertar en este escrito biográfico dicho aspecto tan específico de política internacional.

Stalin, desde que Hitler llegó al poder en Alemania en 1933 hasta el 26 de enero de 1934, no varió su actitud. La Internacional Socialista Obrera (socialdemocracia) había hecho una llamada a la Internacional Comunista, o Tercera Internacional, en febrero de 1933 para formar un frente único antifascista, y esa llamada quedaría sin respuesta. La Internacional Socialista Obrera renovó la invitación en agosto del mismo año, obteniendo el mismo resultado negativo. La Internacional Comunista, es decir, Stalin y los jefes de Moscú, no respondía por la simple razón de que todavía no consideraban a Hitler como enemigo, de la misma manera que no lo consideraban a Mussolini, puesto que el Estado Soviético tenía muy buenas relaciones con los dos dictadores. En realidad, lo que le importaba al dictador soviético era salvar los acuerdos que existían entre Alemania y Rusia desde 1922, o sea, el célebre Tratado de Rapallo ¹⁷⁶. Mientras esto se pudiera lograr, importaba poco a Stalin que Hitler y su totalitarismo nazi

176. El Tratado de Rapallo fue firmado el 16 de abril de 1922, entre los alemanes derrotados y la URSS. Por este tratado los firmantes renunciaban a las indemnizaciones de guerra y establecían un acercamiento entre ambos Estados. Una de las consecuencias más interesantes de dicho tratado era que Alemania conseguía de la URSS el derecho de fabricar y probar armas de guerra (que el Tratado de Versalles le impedía hacerlo en su propio suelo) en territorio ruso. En contrapartida, la Unión Soviética obtenía que los prototipos (de aviones, tanques, etc.) o ensayos quedaran en Rusia, así como la de ser tenida al corriente de los resultados de las investigaciones.

extirparan del país germano al socialismo y al mismo comunismo. Hasta el 26 de enero de 1934, Stalin tuvo esa esperanza; pero en dicha fecha, cuando se firmó un tratado entre Alemania y Polonia —que los técnicos militares de Moscú interpretaron como un ataque directo a Rusia—, cambió su táctica, adaptándola a las inquietudes que ese mismo acuerdo despertó en los medios gubernamentales franceses, quienes vieron en él un peligro, porque rompía el equilibrio de alianzas establecido entre los Estados europeos después de la Primera Guerra Mundial. Quizás, sin desearlo, Hitler volvía a restablecer contra Alemania la situación dada en Europa antes de 1914, es decir, las alianzas tripartitas y cruzadas entre Rusia, Francia e Inglaterra ¹⁷⁷.

A partir de enero de 1934 comenzaron los tanteos diplomáticos entre la Unión Soviética y Francia. Los franceses apoyaron la candidatura de la Unión Soviética en su solicitud de ingresar en la Sociedad de Naciones; Stalin, en contrapartida, ordenó al Partido Comunista francés que se amoldara a una alianza con los socialistas y la burguesía francesa. El Pacto del 14 de julio de 1934 Blum-Thorez-Daladier lo confirmaba. Estamos en el primer acto de la comedia del Frente Popular. Vayamos ahora al segundo. Este se produjo el 2 de mayo de 1935, día en que se firmó el Pacto de Ayuda Mutua entre Francia y la Unión Soviética, es decir, entre Stalin y Laval. Como comunicado final del Pacto, Stalin hizo unas declaraciones manifestando que “comprendía y aprobaba plenamente la política de defensa nacional practicada por Francia para mantener sus Fuerzas Armadas al nivel de su seguridad”. Hasta el día 2 de mayo de 1935, el Partido Comunista francés se había negado siempre a votar los créditos militares. Incluso un mes y medio antes del citado 2 de mayo, Thorez, en la tribuna de la Asamblea Nacional, había declarado: “Nosotros no permitiremos nunca que se arrastre a la clase obrera a una guerra llamada de defensa de la democracia contra el fascismo”. La declaración de Stalin determinó el cambio brusco, porque aquel mismo día 2 de mayo de 1935 todos los muros y paredes de Francia se llenaron con carteles en los que se inscribía esta frase: “Stalin a raison” (“Stalin tiene razón”). Y el órgano central del Partido Comunista francés se encargó de explicar a los comunistas franceses que “hay guerras y guerras”.

Ataquemos ahora, pues, el tercer acto:

Del 25 de julio al 17 de agosto de 1935, fecha de la celebración del VII Congreso de la Internacional Comunista. Actores: Dimitrov y Togliatti, ante el público de la Internacional Comunista. Táctica del Frente Popular; se resume en una alianza con las clases medias y sus partidos, en busca de la formación de un frente único con la clase obrera “para cerrar el paso a la ofensiva fascista”. Esta necesidad la explicó el teórico de la táctica, Dimitrov: “Porque hoy en día, en una serie de países capitalistas, las masas trabajadoras tienen que elegir concretamente, no entre dictadura del proletariado y la democracia burguesa, sino entre

177. En este capítulo, con relación a la actitud de Stalin, seguimos el libro de Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, vol. 1. Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1970. Y también Dominique Desanti, *L'Internationale Communiste*, y J. Favert, *L'Histoire du Parti Communiste français*, II vols.

la democracia burguesa y el fascismo”. Togliatti, por su parte, la emprendió con algunas delegaciones díscolas que negaban carácter revolucionario a la táctica del Frente Popular: “Ciertos camaradas pueden haber llegado a pensar que la culminación del pacto con Francia equivale a renunciar a la perspectiva revolucionaria en Europa; ellos comparan la conclusión del Pacto de Ayuda Mutua a una retirada forzada bajo el fuego del enemigo. Pero se equivocan, porque lejos de ser una retirada es un avance, y los que no comprenden la profunda e interna coherencia de mis tesis no comprenden nada de la dialéctica verdadera que mueve los acontecimientos, y menos aún la dialéctica revolucionaria”.

Si observamos detenidamente la trama y la mira que fundamentan la táctica del Frente Popular, aunque Dimitrov se empeñó en presentarlo como cosa apta a todos los países, comprobamos que no encaja en las condiciones españolas, por la sencilla razón de que fue una táctica pensada para su aplicación en Francia, buscando recurrir en una alianza con las clases medias y sus partidos, es decir, con los radicales de Daladier. No obstante, como era un esquema rígido al que debían ajustarse los partidos comunistas de los países “democrático-burgueses”, Moscú y la Internacional Comunista no admitían discusión, aunque para ello fuera preciso inventar clases medias y sus partidos correspondientes como en España. Y eso, aunque parezca mentira, fue lo que hizo el agente itinerante de la Internacional Comunista Jacques Duclos con Largo Caballero. Veamos cómo se explica este agente guiado por los moscovitas:

“Largo Caballero, principal dirigente del Partido Socialista y de la UGT, se convirtió en un elemento decisivo para la formación del Frente Popular en España. Era necesario intentar convencerle de la necesidad que tenía el movimiento obrero español de tomar en cuenta lo que había ocurrido en Francia, y a este efecto recibí mandato de la Internacional Comunista para visitarle en Madrid, a título de delegado de la IC y como dirigente comunista francés, ligado muy estrechamente a la formación del Frente Popular en Francia”.

Quien vinculó a Jacques Duclos con Largo Caballero fue Julio Alvarez del Vayo, bajo cuyos auspicios se logró que se fusionaran las Juventudes Comunistas con las Socialistas, creándose una Juventud Socialista Unificada (JSU), de la que continuó siendo su secretario Santiago Carrillo, quien se había pasado ya al PCE en su reciente viaje a Rusia. Alvarez del Vayo resultó ser un excelente puente para la mencionada relación.

“La discusión —escribe Duclos— fue larga y duró tres días. Fue una conversación libre, sin intermediarios ni intérpretes (...). Queda entendido que, como yo deseaba convencer a Largo Caballero de la necesidad que tenía la clase obrera de aliados, hice una larga exposición, entrecortada por preguntas que se me hacían sobre la formación del Frente Popular en Francia, señalando que el peligro fascista estaba en el origen de la toma de conciencia de las masas, y que si ellas no se unían serían batidas, subrayé que el peligro fascista no era menor en España que en Francia (...).”

“Sobre este punto (las relaciones entre socialistas y comunistas), sabía que Largo Caballero estaría, en conjunto, de acuerdo conmigo, sobre todo dado los buenos términos en que él me había hablado del PCE. Pero también sabía que no

estaría de acuerdo en lo concerniente a la alianza de la clase obrera con otras categorías sociales”.

Duclos, con mucho estilo, desarrolló la necesidad de la alianza con la clase media y los intelectuales en vista a las elecciones, etc., etc. Al respecto escribió:

“Sobre este punto, Largo Caballero comenzó por manifestar la intransigencia que esperaba. Me habló de la inconsecuencia de las clases intermedias, y me explicó que la clase obrera era la única consecuentemente revolucionaria, haciendo referencias a Marx y también a Lenin, por quien, me dijo, sentía una gran admiración”.

A continuación, en toda una página, Duclos explica cómo, reconociendo el valor de lo dicho por el dirigente socialista español y con mucha consideración por “los maestros” Marx y Lenin, pero no cerrándose nunca a la realidad, pasa a admitir a continuación que, por razones históricas, a veces se producen fenómenos que influyen una clase sobre otra, etc., etc.; según él mismo dice, iba “dorando la píldora” al líder socialista. Después de esta página, sigue otra media de la “aritmética electoral”, asunto que, parece ser, interesó mucho a Caballero y, por fin, vino el estocazo:

“Pregunté a Largo Caballero cuáles podían ser los resultados electorales en España, en la perspectiva de la realización del Frente Popular, y él convino que el Partido Comunista ganaría al mismo tiempo que el Partido Socialista. Sentí que me encontraba sobre el punto de obtener una respuesta favorable, y cuando le dije que, después de mi regreso a París, debía dirigirme a Moscú, y que debía comunicar la respuesta de su parte a los dirigentes de la Internacional Comunista, me respondió que dijera que el Frente Popular iba a constituirse en España. Me sentí feliz, experimentando un sentimiento de afecto y respeto por este viejo militante, cuya manera de pensar se había modificado a la luz de realidades, que él no percibía inicialmente en toda su anchura y complejidad”¹⁷⁸.

Mientras la maquinaria-guillotina de la clase obrera, que será el Frente Popular, se engrasa, vayamos a la cárcel Modelo de Valencia, a donde Durruti fue trasladado desde Barcelona en agosto.

178. Jacques Duclos, *Memorias (1935-1939)*, Ed. Fayard, Paris, 1969, págs. 107-110. En *Mis recuerdos*, Largo Caballero no hace mención de esta entrevista con Jacques Duclos y, sin embargo, sí cita a un tal “Medina” (ver texto), delegado de la I.C. en España, que le instó a la fusión de los dos partidos (Socialista y Comunista).

CAPÍTULO XXVI

La CNT juzga a Durruti

En el verano de 1935 el Partido Radical llegó al máximo de lo que podía dar de sí como expresión política de las ambiciones que unían a sus componentes: el asunto del “straperlo” fue la medida. El “straperlo” era un juego muy científico de ruleta que permitía ganar siempre al banquero. Su inventor, un holandés llamado Daniel Strauss, sobornó a diversas personalidades oficiales y obtuvo la autorización del Gobierno para hacerlo funcionar en el Gran Casino de San Sebastián durante cierto tiempo. Pero llegaron quejas al Gobierno y éste se vio en la obligación de retirar el permiso de funcionamiento del mencionado juego. El holandés, que había pagado fuerte para obtener el permiso, pidió una justa indemnización, cosa que le fue negada; entonces, Strauss, sintiéndose burlado, denunció el chantaje de que era víctima, revelando los nombres de las personas que se encontraban implicadas en el asunto, resultando ser uno de los principales comprometidos Aurelio Lerroux, hijo del Jefe de Gobierno, junto con otros personajes políticos del Partido Radical. Como el escándalo tomó vuelo público, el Gobierno hubo de ocuparse de la cuestión. El Presidente de la República buscó la solución de la crisis despidiendo a Lerroux como Presidente de Gobierno. Después de diversos tanteos a personalidades políticas, Alcalá Zamora confió al financiero Joaquín Chapaprieta la formación del nuevo Gobierno, siendo el 29 de septiembre integrado por tres radicales, tres cedistas y un agrario.

Unos días después, el 20 de octubre, en la explanada de Comillas, fuera de Madrid, ante un público que se calculó en unas cuatrocientas mil personas, venidas de todos los puntos de España, Manuel Azaña hizo un análisis de los dos años de Gobierno de la derecha, e invitó a las izquierdas a formar un bloque unido para afrontar las próximas elecciones: “Hay que elaborar —dijo Azaña—, un programa de acción política que puedan apoyar todos los partidos de izquierda, y que comprenda todos los problemas urgentes del país. Sin embargo, hoy por hoy, lo fundamental es la unión electoral de las izquierdas”. En su discurso, Azaña no negó su condición política moderada, expresión de una burguesía ni política ni liberal que deseaba seguir dirigiendo tranquilamente su condición privilegiada: “Hay que poner —afirmó Azaña— a la sociedad española la vacuna del reformismo social, para que la librase el día de mañana de la viruela negra”; es decir, de la revolución. Por lo expuesto puede verse la coincidencia de pensamiento entre Manuel Azaña y Jacques Duclos. La Internacional Comunista podía considerar que encontraba en Azaña la persona capaz de realizar el Frente Popular en España. La campaña electoral quedaba abierta, y con ella comenzó la fiebre de unión, de unificación de fuerzas políticas en vistas a obtener mejor representación en el nuevo Parlamento.

La fracción izquierdista del Partido Socialista, a través de su órgano de prensa *Claridad*, recientemente lanzado, daba cuenta de su evolución en favor del entendimiento con el Partido Comunista. Alvarez del Vayo jugará una carta importante en esta inclinación, dadas las estrechas relaciones que le ligaban a Largo Caballero. Por otro lado, el agente de Moscú en España y secretario general del PC argentino, Vittorio Codovila, que se hacía llamar “Medina”, no despreciaba ocasión para hablar con Largo Caballero sobre lo benéfico que sería para “la clase obrera la unificación de socialistas y comunistas, a fin de crear el partido marxista español. Largo Caballero no se sentía muy atraído por dicha idea y, más bien, según él mismo escribe, le resultaba molesta la presencia del tal “Medina”. Aprensiones que no impidieron que el proceso de “entrismo” del PC en el PS se iniciara, reportando al primero éxitos como el de la fusión de las juventudes comunistas y socialistas y la entrada en la UGT del grupo de militantes comunistas que animaban la minúscula CGTU, creada en Sevilla por el PC para rivalizar en Andalucía con la CNT (diciembre 1935).

Otra reagrupación política importante fue la que tuvo lugar en noviembre de aquel mismo año entre los grupos comunistas disidentes del PC: el Bloc Obrero i Camperol (Bloque Obrero y Campesino), dirigido por Joaquín Maurín, y la Izquierda Comunista, animada por Andreu Nin. Un congreso preparatorio llevó a unificar a los grupos de esas dos minúsculas formaciones políticas, haciéndose definitiva la fusión bajo un nuevo anagrama: Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).

La idea lanzada por Manuel Azaña de una coalición electoral de las izquierdas fue ganando terreno. La toma de posición en favor de ésta por Indalecio Prieto — exiliado en Francia después de octubre de 1934—, en noviembre, terminó por hacerla efectiva. Desde entonces, comenzaron las conversaciones entre el Partido Socialista y Manuel Azaña, para la formación del frente electoral, según este último; “coalición de las izquierdas”, para los socialistas; y “preludio del Frente Popular”, para los comunistas.

Los estudiantes de izquierda, agrupados en torno a la Federación Universitaria Española (FUE), se entregaron también a una intensa campaña, dentro de su medio específico, en favor de la coalición de los partidos de izquierdas, lo que les hizo chocar fuertemente en las universidades con los grupos estudiantiles afectos a la Falange Española, a la CEDA o a Renovación Española, partido de Calvo Sotelo, agrupados éstos en torno al Sindicato Español Universitario (SEU).

En aquel momento España comenzaba a presentar, de manera alarmante, su división en dos bloques antagónicos, entre los que navegaba a la deriva la nave del Gobierno, compuesto por personajes desprestigiados ante la opinión pública.

En Europa, la campanada de la guerra la había dado el 4 de octubre de 1935 Mussolini, enviando sus divisiones contra el Negus, emperador del territorio etíope, en Africa oriental. Esta guerra tuvo ecos de apoyo en España entre los grupos falangistas y, naturalmente, sus detractores entre los grupos de izquierda, nuevo motivo para alimentar los enfrentamientos violentos.

Inglaterra, que se sentía temerosa de los avances de Mussolini por el Mediterráneo, para contrarrestar la influencia que el dictador italiano iba ga-

nando en España (teniendo como objetivo las islas Baleares), propició un pacto ibérico entre Portugal y España, en el que Londres se reservaba su orientación política y económica.

Hitler también se sentía atraído y con deseos de influencia sobre tierra española, particularmente por el hierro de Bilbao y por la potasa del Sahara español. Aprovechando la oportunidad que le había brindado el general Sanjurjo, pidiendo la colaboración nazi para un alzamiento fascista en España, comenzó a interesarse seriamente por las riquezas de la Península Ibérica, y a tal efecto hizo proposiciones de ayuda técnica “desinteresada” al Gobierno español, consistente en el envío de instructores y especialistas de aviación.

La intervención en los asuntos internos de España por parte de las potencias extranjeras (Inglaterra, Italia y Alemania) en aquellos últimos meses de 1935, era ya un hecho; y cada uno de estos estados buscaba, de entre los españoles, sus propios aliados. Las potencias fascistas los habían encontrado en los que conspiraban abiertamente contra la República. Inglaterra los tenía tanto en el lado de las izquierdas como en el lado de las derechas, por lo que demostraba que el escrúpulo moral está fuera de toda lógica diplomática y política.

Mientras el frente electoral buscaba un programa político capaz de movilizar a las masas obreras y la política internacional avanzaba sus peones en España, veamos cómo se rehacían las fuerzas anarcosindicalistas y las inquietudes de Durruti en la cárcel de Valencia.

Si la CNT ganaba influencia y prestigio en la clase obrera, su estructura de organización sindical se resentía fuertemente por el largo periodo de clandestinidad, del que apenas se percibía un resquicio de claridad para salir a la luz pública. A esa fragilidad organizativa había que unir también opiniones divergentes sobre la manera de encauzar el futuro, en el cual el tema de la posición de la CNT frente a las próximas elecciones tornaba convertirse en centro generador de disidencias. Un periodo de legalidad, en el que se respetara el derecho de asociación, y un Congreso Nacional, le eran necesarios a la organización confederal para poder fijar sus posiciones tácticas con plenos acuerdos de sus adherentes. Pero, por el momento, no había forma de pensar en ello, lo que era una manera de dejar las importantes cuestiones en suspenso o abordarlas de manera insegura.

Para la FAI, fijar su posición política ante los acontecimientos era mucho más fácil que para la CNT. En la clandestinidad desde su formación, y ligera de estructuras, sus grupos podían reunirse fácilmente y discutir con amplitud sus problemas. Fue esa facilidad lo que motivó que la organización anarquista pudiera fijar antes que la CNT su lugar ante el momento político:

“La lucha contra el fascismo —se escribía en *Tierra y Libertad*— no puede emplazarse en este terreno (el electoral), que es el terreno de la impotencia y del renunciamiento anticipado a toda otra acción de mayor trascendencia. No se puede halagar al proletariado con la promesa de unas elecciones futuras, de frentes únicos políticos, de Parlamentos obreros que tomarán el poder, a cambio de que los trabajadores se pongan de acuerdo para que en un día determinado voten una fórmula social izquierdista. No se le puede empujar por el blando y cómodo camino del menor esfuerzo, que tiene por fin la decepción y el desastre. Hay que sacudir

su fibra rebelde, hay que decirle y meterle entre ceja y ceja la convicción de que el fascismo sólo puede ser derrotado revolucionariamente...” 179.

En las cárceles, los debates tomaban también proporciones de discusión política electoralista, por parte de los militantes socialistas y comunistas. Al fascismo, se decía, hay que pararle en España con un frente único electoral que lleve a las izquierdas al Poder. Pero había una gran masa obrera que, escapando al control político de los aparatos burocráticos de los partidos, extraña de la revolución de octubre lecciones diferentes, en su concepción de la alianza obrera no se la situaba al nivel de las elecciones, sino en el terreno revolucionario. En la manera de discurrir de esa masa obrera había un detalle importante, y era la identificación que ella hacía del fascismo con la burguesía. Dentro de lo que esa masa obrera consideraba fascismo, incluía al clero, al militarismo, al gran comercio y a la alta y baja finanzas, al aparato burocrático del Estado, a la burguesía y a los propietarios rurales y terratenientes, sin olvidar a la aristocracia española. Ese antifascismo era lo más opuesto al “frentepopulismo” y a la coalición electoral republicana-socialista. En resumen, era una concepción proletaria clasista que no variaba el fondo práctico de lucha contra la burguesía. El punto débil del que adolecía dicha posición estaba en que, si bien era sentida, resultaba poco expuesta y desarrollada en los debates en los patios y en las celdas. Ello se podía intuir claramente en aquellos que no daban ese sentido clasista a la lucha antifascista y que la interpretaban en el sentido en que se estaba orientando en la calle: como una acción de colaboración de clases, incluyendo en tal frente antifascista todos cuantos se sintieran liberales o “progresistas”. Ese equívoco era peligroso para el propio futuro de la revolución proletaria. La FAI, acentuando como lo hacía en el escrito que antes citamos, orientaba justamente toda su acción propagandística a esclarecer la confusa expresión antifascista.

En la cárcel Modelo de Valencia, donde se hallaba Durruti desde el mes de agosto, prevalecían los presos de la CNT y de la FAI, procedentes de Cataluña, de Aragón o del mismo Levante. Esta homogeneidad de los presos hacía que los debates fuesen más concretamente centrados en los problemas internos de la CNT y de la FAI, y uno de dichos problemas afectaba a la corriente “treintista”, fuertemente implantada en la región valenciana y también en algunos presos de la cárcel. Los dos años que transcurrieron desde la separación de los llamados “treintistas” de la CNT, había sido un tiempo de reflexión para algunos de ellos y, para el conjunto, de clarificación entre las diversas corrientes que en un momento dado convergieron alrededor de “los treinta”. El grupo de Sabadell se orientó pronto en dos direcciones políticas: una, que los conducía hacia la UGT; y otra, que los llevaba hacia la Esquerra Republicana de Catalunya. En cualquier caso, quedaban separados de la CNT ya para siempre. Los adictos de Pestaña siguieron a éste cuando, en 1933, fundó el Partido Sindicalista, con cuya plataforma política intentaba realizar, con relación a la CNT, la misma operación de control e influencia que la practicada por el Partido Socialista con respecto a la

179. *Tierra y Libertad*, 7 de febrero de 1936.

UGT. Y por último, quedaba el grueso de los militantes, los cuales se constituían en Sindicatos de Oposición y seguían reclamándose de la ideología de la CNT, pero manteniendo su criterio sobre la dictadura de la FAI. Sin embargo, en contradicción a su propia concepción, crearon una Federación Sindicalista Libertaria, que sí practicaba su dictadura sobre los Sindicatos de la Oposición. Dos años después de la separación de la CNT, desapasionado el debate, comenzaba a abrirse camino la idea, animada por Juan Peiró y Juan López, de volver a la CNT; pero lo que no se encontraba era la manera de negociar ese retorno. Todos estos temas y problemas eran discutidos apasionadamente en las celdas y patios de la cárcel.

Durruti, preocupado más bien por problemas de otra índole, pasaba su tiempo carcelario un tanto apartado de las citadas discusiones y, a juzgar por una carta de aquellos días, diríamos que se encontraba en plena lucha contra los Comités de la CNT, por lo que se nos revela no el Durruti “disciplinado” que nos describe siempre Manuel Buenacasa, sino el militante consecuente que no oculta su pensamiento “por responsabilidad orgánica”, fórmula tras la que muchos militantes silenciaban su crítica.

La carta en cuestión lleva fecha del 11 de setiembre de 1935 y va dirigida a José Mira en respuesta a una de éste. Dicha carta empieza así: “Tu carta en mi poder, a la cual voy a contestar ¡cómo no!, y más tratándose de cosas que me interesan particularmente. De aquí, no tengo nada nuevo que contarte, aparte de que ayer salieron dos compañeros en libertad. Esperamos que las libertades continúen, y pronto nos encontraremos todos en la calle, que buena falta hacemos...”

“Ante todo, vaya esta salvedad por delante: que me interesa muy poco el criterio que puedan tener de mí unos cuantos compañeros de los que están presos contigo (en Barcelona). Yo soy consecuente conmigo mismo siguiendo la trayectoria que desde hace muchos años me he trazado.

“Si has tenido la curiosidad de seguir por la prensa o por conversaciones con camaradas mi actuación como anarquista y revolucionario, te habrás apercibido que en mí no existe la mentalidad del vulgar atracador o pistolero. Vine a las ideas y continué en ellas, porque creí y sigo creyendo que el ideal anarquista está por encima de todas las pequeñeces y rencillas miserables.

“Siempre creí y sigo creyendo que las luchas presentadas por los sindicatos de la Confederación en defensa de la peseta más y la hora menos eran escaramuzas necesarias para la organización, pero jamás puerto de desembarque como finalidad confederal y anarquista. La Confederación tiene unos principios bien definidos: va directamente a la transformación del régimen capitalista, para implantar el comunismo libertario. Pero para esta clase de revolución, amigo Mira, hay que tener ideas anarquistas y educación revolucionaria, y no mentalidad de camorrista; y menos creer que la CNT debe de hipotecar toda su vitalidad en uno o dos conflictos, con el fin de que los interesados puedan poner un pedazo más de bacalao en la comida del domingo.

“La CNT, que es la organización más potente de España, tiene que ocupar, en el orden colectivo, el puesto que le pertenece. Sus luchas tienen que responder a su grandeza. Sería ridículo ver a un león en plena selva sentado horas enteras a la

puerta de una ratonera, esperando la salida de un ratoncito para comérselo. Lo mismo le pasa a la CNT en estos momentos. Hay quien pretende que la lucha de la organización en Barcelona es una posición viril y revolucionaria. Yo, amigo Mira, pienso lo contrario. Un sabotaje lo hace cualquiera, el más pusilánime. En cambio, para el hecho revolucionario hacen falta hombres de valor, lo mismo en los Comités que en los cuadros de militantes que tengan que actuar en la calle. Después de la actitud de los compañeros y de la organización en el movimiento de octubre, no se puede hablar de dignidad confederal por el mero hecho de quemar uno o veinte tranvías. ¿No es lamentable tener que constatar, en los momentos tan difíciles por los cuales estamos pasando, que la organización en Barcelona no puede ser la más mínima garantía revolucionaria? ¿Es posible que, en estos momentos, cuando las posibilidades revolucionarias se nos van a presentar el día menos pensado, la organización no pueda ocupar su sitio como entidad? ¿No es vergonzoso abandonar los intereses colectivos por dos vulgares conflictos, de los cuales van a salir beneficiados unos cuantos? Yo soy uno de los seleccionados, y me da vergüenza que, por mi semanada, hipoteque la CNT su trayectoria revolucionaria. Hay quien sólo ve en la organización la entidad que defiende sus simples intereses económicos; y otros, la organización que colabore con los anarquistas a la transformación social. Por eso, amigo Mira, es muy difícil que nos podamos entender los sindicalistas a secas y los anarquistas.

“Pasemos ahora al documento en cuestión. En sí yo sólo le he dado la importancia que tiene: una sugerencia al Comité Nacional sobre la situación actual, y nada más. No comprendo cómo ha podido armarse ese revuelo del que me hablas. Fue un acto personal, con el derecho que asiste a cada militante a exponer sus juicios, aunque sea al Comité Nacional. Aquí han venido delegados del CN y, una vez aclarados algunos conceptos que, según ellos, se debían aclarar, nos pusimos de acuerdo. Es más, después de cambiar impresiones con el delegado del CN, éste coincidió conmigo en el fondo del documento...”

“El documento en sí no es otra cosa que la expresión de la opinión que yo manifestaba todos los días en el patio de la quinta Galería en Barcelona y entonces, cuando estábamos presentes, nadie tuvo nada que objetar, y fue preciso que se me trasladase a Valencia para que se manifestaran los oponentes.

“El Comité Regional de Cataluña vino también a vernos. Y después que discutimos ampliamente, no sabían qué objetar. Se lamentaban sólo de unas cuantas palabras que hería la sensibilidad del Comité Regional. No tuvimos inconveniente en quitarlas, porque en nada modificaban el fondo del documento.

“Terminadas las explicaciones de unos y otros (Comité Nacional, Comité Regional y los firmantes del documento) todos convinimos en la necesidad de publicar en la *Soli* una nota aclaratoria para que toda la militancia quedara informada. Nosotros redactamos la nota y la enviamos al Comité Regional para que fuese publicada en la *Soli*. En la nota no se rectificaba en nada el documento, puesto que era eso lo convenido con los delegados de la organización: ¿por qué no se ha publicado, pues, nuestra nota? ¿Y el Comité Regional de Cataluña y el Comité Nacional que se habían comprometido a publicar otra, con el fin de calmar los ánimos y no se interpretara mal nuestro documento, por qué no la han

publicado? Todo esto denota que los de la calle tienen interés en que todo se eche a perder. Y esto es algo significativo. Nadie más que ellos, que tienen en las manos todos los medios son los llamados a aclarar este asunto. ¿Por qué no lo hacen? Esta posición de los Comités resulta sospechosa. ¿Qué interés tienen en que este asunto no se aclare?

“Tengo cartas de los compañeros del Penal de Burgos, donde se leyó el documento en una reunión, y, según me informan, no hubo nadie que protestara, lo que no quiere decir que todos estén de acuerdo; pero antes de conocerlo se decían barbaridades y, ahora, al ser conocido, se reflexiona más sensatamente.

“De los resultados de la táctica de Barcelona hay mucho que hablar, pero por carta hay que ser prudentes. Lo único que puedo decirte es que, después de tantos sabotajes, han tenido que situarse —para ponerse al habla con la patronal del Ramo del Agua y de la Compañía de Transportes Urbanos—, un poquito fuera de los principios confederates. No los critico, dadas las circunstancias excepcionales por las que atravesamos. Pero sí pienso en el gran perjuicio que nos ha ocasionado y nos ocasiona el sistemático sabotaje. Como sistema es algo que la organización no puede tolerar. Como táctica es muy discutible. En el orden colectivo, pienso que nos ha causado un daño terrible haciéndonos perder mucho más de lo que se pueda ganar. Siempre que vayamos a una lucha es preciso pensar en los beneficios y los perjuicios. Jamás he sido partidario de que se abandonen los conflictos huelguísticos, pero una cosa es no abandonarlos y otra hacer que todas nuestras actividades giren en torno a un conflicto. Eso es limitar el área de acción de la CNT. Reducirla a una lucha salarial es limitarles sus objetivos finalistas.

“La situación política comienza a despejarse afortunadamente para nosotros, y lo que los compañeros deberían preguntarse es en qué condiciones vamos a encontrarnos para entrar en ella con todo nuestro peso... En los patios de los presidios y en las cárceles ya no se habla de la CNT, y ahora todo se espera de aquellos que combatimos constantemente. La CNT, de momento, no es ninguna garantía. En el ánimo de todos los presos no hay nada más que estas palabras: “que abran el Parlamento, que se levante el Estado de excepción, que se vaya a las elecciones. Ni una palabra de la CNT. Esto es lo que se ha ganado con la posición de la organización: matar la confianza en nuestras propias fuerzas.

“La CNT, que es la organización que más presos tiene, no podrá jugar ningún papel importante ni antes ni después de las elecciones. Los presos de la CNT tendrán que salir a la calle gracias a los políticos... Y esto, para mí, que soy anarquista, tiene mucho sentido. Yo quisiera salir en libertad gracias al esfuerzo de mis compañeros, y no por la filantropía de alguien al que tengo que combatir a sangre y fuego inmediatamente después...”¹⁸⁰

Ninguno de los escritos de Durruti refleja mejor que el presente su estado crítico y, a la vez, su afirmación revolucionaria anarquista. Los extranjeros no en-

180. Esta carta, completamente ignorada por nosotros (como seguramente otras que deben guardarse en archivos particulares), nos fue facilitada por el hijo de José Mira al enterarse que estábamos preparando la presente edición española.

cuentran otra definición del tipo español, cuando éste se halla ante situaciones de disminución, que la referencia a su orgullo. En toda la carta de Durruti trasciende ese orgullo, que él quisiera retransmitir a los otros para mantener con valor la grandeza de la CNT por el papel revolucionario que dicha organización estaba llamada a jugar en España. En este escrito crítico son varias las cosas que plantea, aunque todo sea alrededor de la misma cuestión; pero lo que sobresale en la mencionada carta como idea motriz es la finalidad de la CNT, como fuerza obrera colaboradora del anarquismo para la implantación del comunismo libertario. Que la lucha obrera era necesaria sostenerla, de acuerdo, pero no hasta el extremo de perder de vista objetivos principales, para entregarse en cuerpo y alma a los secundarios. Cuando el grupo “Nosotros” atacó el problema de “los expropiadores”, fue por las mismas razones que ahora Durruti criticaba el desgaste de fuerzas en los sabotajes cotidianos, los cuales no sólo resultaban ya inoperantes, sino que, además distraían la atención de los problemas que creaba el cambio político que se tenía en puertas. Las circunstancias eran demasiado grandes para los hombres que la clandestinidad había llevado a los Comités, los cuales administraban el coraje de la acción falsamente. Una vez más, la clandestinidad mostraba sus defectos, trayendo a la masa obrera de la vida sindical, de la cual, siempre, venía el impulso y la creación.

En noviembre de 1935 salió Durruti de la cárcel de Valencia. Y como él suponía, tuvo que hacer frente, en una reunión de militantes, a la defensa de su posición. Los que mayormente atacaban a Durruti eran los militantes del Sindicato del Transporte, que se sentían directamente afectados por las observaciones de él. Entre los acusadores (los “camorristas”, como los llamaba Durruti), había quienes parecían querer resaltar que la vida de presidiario que llevaba Durruti había terminado con el hombre de acción. Eso no era dicho de una manera directa, pero se daba a entender. El sentido de esa reunión lo da José Peirats, asistente a la misma, y quien por deseo de Durruti levantó el acta: “Durruti estaba cogido en el engranaje de la fama de valiente y no podía evadirse sino con la muerte. El público tiene muchas maneras de exigir y de pagar sus exigencias. Cualquier desviación de esta trágica trayectoria le hubiera sido reprochada severamente (como ocurrió) en el proceso que los transportistas barceloneses instruyeron contra Durruti al salir éste de la cárcel de Valencia. A cualquier otro se le hubiera perdonado una debilidad humana al nivel de cualquier militante medio. A Durruti, no. Y para defenderse tuvo que revalidar su hipoteca de hombre valiente golpeando la mesa con el puño, mientras hablaba. Esto convenció más que sus argumentos. Y fue absuelto”¹⁸¹.

Unos días después de esta reunión, Durruti hubo de tomar la palabra junto con Ascaso, en un mitin en favor de Jerónimo Misa, un joven libertario condenado a muerte en Sevilla, por haber liberado, pistola en mano, a un grupo de presos que se enviaban al Puerto de Santa María.

El primero en hablar fue Ascaso, quien, antes de abordar el objeto del mitin,

181. José Peirats, *Frente Libertario*, París, septiembre y octubre de 1972.

comenzó su discurso con consideraciones humanistas y filosóficas sobre el derecho a la vida. Cuando menos se lo esperaban, el orador se refirió al muchacho en cuestión y denunció con palabras violentas y agresivas el crimen que se iba a cometer en Sevilla llevando a Jerónimo Misa al garrote vil... El policía de turno, cuando reaccionó ya era tarde. Todo lo que había que decir estaba dicho; pero quedaba el recurso de la detención de Ascaso. Y esto fue lo que intentó llevar a efecto la policía que se encontraba en la sala. Se produjo un natural tumulto, en cuyo revuelo Ascaso, protegido por Durruti, pudo abandonar el local. La policía instruyó un proceso contra Ascaso y Durruti por insultos al Gobierno...

En la semiclandestinidad, Durruti fue solicitado por sus amigos de León para intervenir en un mitin en dicha capital. Hacía tiempo que Durruti no veía a su familia, y su madre le insistía siempre en que aprovechara unos días para descansar en León. Animado del propósito de sentirse útil a sus compañeros y visitar a la vez a los suyos, aceptó.

El sitio apto para esos actos era siempre la plaza de Toros, y volvió a repetirse el espectáculo de la última vez. Las gradas y la plaza estaban abarrotadas de público, no solamente de León, sino también de otros muchos que habían acudido en autocares de Asturias y de Galicia. El discurso que en esta ocasión pronunció Durruti no fue un discurso violento sino preventivo. Anunció que se preparaban jornadas de lucha, para las que convenía estar preparados y prestos a salir a la calle. Porque esta vez —anunció— la lucha sería dura y hasta el fin ¹⁸².

A la salida del mitin, un oficial de la Guardia Civil invitó a Durruti a acompañarle a la Comandancia, puesto que sus superiores querían hablar con él. En la Comandancia le anunciaron que no podía continuar en León y que tenían órdenes de conducirlo a Barcelona. Pero esta vez, la detención fue breve; el 10 de enero de 1936, salió en libertad.

182. *Solidaridad Obrera*, 10 de diciembre de 1935.

El 16 de febrero de 1936

El 14 de noviembre de 1935, Manuel Azaña comienza sus transacciones con el Partido Socialista, con miras de constituir un frente electoral. En respuesta a esta demanda, la dirección del PS elaboró un programa que pudiera servir de base a la coalición de las izquierdas. Huelga que nos detengamos en ese proyecto, puesto que a la hora de conformar el que servirá de base al acuerdo sólo será retenido el punto que trata sobre la amnistía, quedando, por último, como programa común, una muy modesta plataforma republicana en sus líneas generales.

Veamos:

a) Amnistía para los delitos político-sociales cometidos posteriormente a noviembre de 1933. Esto significaba que todos aquellos delitos sociales condenados de 1931 a 1933 no serían amnistiados, lo que se traducía por dejar en la cárcel una buena cantidad de militantes anarquistas.

b) Readmisión de los despedidos por sus ideas políticas. El punto en cuestión iba dirigido a los empleados del Estado, depurados por las derechas.

c) Restablecimiento de la Constitución.

d) Atender la cuestión del campo y efectuar reformas administrativas, tales como la disminución de impuestos, etc.

En cuanto a los demás puntos: elevación de salarios, reformas en la enseñanza, restablecimiento del Estatut de Catalunya, etc. Y un silencio absoluto a la cada vez más apremiante cuestión de Marruecos.

Este programa fue aceptado y firmado por las organizaciones y partidos políticos siguientes: por la Izquierda Republicana, Amós Salvador; por la Unión Republicana, Bernardo de los Ríos; por el Partido Socialista, Juan Simeón Vidarte y Manuel Cordero; por la Unión General de Trabajadores, Francisco Largo Caballero; por las Juventudes Socialistas, José Cazorla; por el Partido Comunista, Vicente Uribe; por el Partido Sindicalista, Angel Pestaña y por el Partido Obrero de Unificación Marxista, Juan Andrade.

Mientras las izquierdas se coaligaban en torno al citado pacto, el Gobierno, presidido por Joaquín Chapaprieta, entró en crisis a causa de otro escándalo financiero. Alcalá Zamora hizo nuevas consultas entre los líderes de la derecha, y le fue imposible encontrar un presidente de gobierno capaz de asegurarle una mínima estabilidad política. Sin embargo, para salir del paso, Portela Valladares se comprometió el 13 de diciembre a formar un Gobierno sin la CEDA y los Radicales, lo que en otros términos significaba que se iba a la disolución de las Cortes y a la preparación de nuevas elecciones. El líder de la CEDA, Gil-Robles, se adelantó a la disolución oficial de las Cortes, inaugurando la campaña electoral y apelando a los derechistas que formaban parte del Gobierno a presentar la

dimisión, cosa que hicieron Melquíades Álvarez y Martínez de Velasco. Esta sería la última crisis de los gobiernos de derecha, pues Alcalá Zamora la resolvió con la formación de un Gobierno compuesto de personalidades políticas encargadas de disolver las Cortes y convocar a elecciones para el 16 de febrero de 1936.

Para la CNT, que no entró en la combinación política del difuso y confuso pacto de las izquierdas, se le presentaba un duro problema: ¿había que aconsejar la abstención o, por lo contrario, votar en pro de la lista de izquierdas para liberar a los presos, de los que la mayoría pertenecían a la CNT?

El día 9 de enero, el Comité Regional de la CNT de Cataluña cursó una circular a los Sindicatos por la que se les convocaba el 25 del mismo mes a una Conferencia Regional en el cine Meridiana de Barcelona. Los temas a discutir en dicha Conferencia serían: "1.- ¿Cuál debe de ser la posición de la CNT en el aspecto de la alianza con instituciones que, sin sernos afines, tengan un matiz obrerista? y 2.- ¿Qué actitud concreta y definitiva debe adoptar la CNT ante el momento electoral?"¹⁸³.

La inclusión de estos dos puntos denotaba la confusión que existía en aquellos momentos entre los hombres que constituían los Comités, hombres con los cuales Durruti se había enfrentado y juzgado de "sospechosos"; sospechosos en el sentido de no saber realmente cuáles eran sus propósitos en relación a la dirección que imprimían a la CNT. Se percibe claramente una indecisión, cuando no una coacción al someter un orden del día que encajona una discusión o la hace nula. Había hecho mella en algunos militantes de la CNT el cambio que parecía operarse en Largo Caballero, quién se atrevía en sus mítines a llamar a la CNT para formar con la UGT "una hermandad en la revolución proletaria". Posiblemente... Y probablemente también era una manera para ellos de no intervenir en una campaña abstencionista, y entonces la balanza electoral se inclinaría a favor de la coalición republicana, de la que se esperaba que, al menos, cumpliría el punto relativo a la amnistía.

Un día después de cursarse la mencionada circular, salía Durruti en libertad. En los pocos días que había permanecido esta vez encerrado, la atmósfera de la calle había cambiado. Como por ensalmo, las explosiones de petardos de dinamita y bombas, así como los atentados personales y los choques con la fuerza pública habían cesado, lo que podía hacer pensar que algunos que muchos de tales hechos eran perpetrados por elementos provocadores de la Falange. En el ambiente parecía flotar un aire de tragedia que se apercibía en el mirar de las gentes. En las tertulias de café se denotaba una acusada indecisión, es decir, poca seguridad para dar juicios sobre el momento político y su desenlace. Esta misma indeterminación la pudo apreciar Durruti en las conversaciones con militantes que realmente dudaban de si se debía o no repetir la operación abstencionista del mes de noviembre de 1933. En una de esas reuniones Durruti se expresó crudamente:

"Los anarquistas —dijo—, somos realmente muy pocos en España. Nuestras ideas y propaganda influyen poderosamente en los trabajadores, pero esto ocurre

183. José Peirats, *op. cit.*

cuando hay situaciones adecuadas para que influyan. En las elecciones de noviembre de 1933 hubiéramos o no hubiéramos hecho una campaña abstencionista, el resultado, desde el punto de vista electoral, habría dado el mismo resultado, por la obvia razón de que los políticos republicanos y socialistas estaban completamente desprestigiados. Y como no había otros candidatos de izquierda nuevos, los obreros no hubieran votado a la derecha, pero se hubieran abstenido por sí mismos de votar a las izquierdas. En aquella ocasión, para nosotros, lo importante fue que la abstención fuera consciente y activa, es decir, una manera de hacer tomar conciencia al proletariado. Y lo logramos. Lo logramos porque la política socialista republicana venía en nuestra ayuda. Hoy, la situación es diferente. Hemos sufrido dos años de cruda represión. La inmensa mayoría de la clase obrera está harta de ella. Hay, además, 30.000 presos en las cárceles, buen motivo para sacarlos con un voto. Y eso es lo que se jaleará en los mítines que organizarán en toda España los políticos de las izquierdas. Por desgracia, la clase obrera es sumamente generosa. ¿No recordáis que la clase obrera de Barcelona votó como diputado a Francisco Largo Caballero para sacarlo de la cárcel después de aquella triste huelga de agosto de 1917? Los obreros olvidaron entonces el comportamiento de los socialistas en dicha huelga, y sólo pensaron en liberar al hombre de la cárcel. Hoy, la inmensa mayoría de los obreros ha olvidado la represión de 1931 a 1933, y no tiene presente nada más que las salvajadas que las derechas han cometido en Asturias. Propaguemos o no propaguemos la abstención, hoy los obreros votarán a las izquierdas, pero nuestro comportamiento debe ser idéntico al que adoptamos en noviembre de 1933, es decir, no podemos engañar a la clase obrera. Nuestra misión es hacerle tomar conciencia de la realidad que tenemos ante nuestras narices: si ganan las derechas, instaurarán la dictadura desde el poder; y si pierden, se lanzarán a la calle. De cualquier manera, el enfrentamiento entre la clase obrera y la burguesía es inevitable. Y es esto lo que hay que decir clara y fuertemente a la clase obrera, para que esté prevenida, para que se arme, para que se prepare y sepa defenderse llegado el momento. Nuestra consigna debe de ser fascismo o revolución social: dictadura de la burguesía o comunismo libertario. La democracia burguesa está muerta en España y la han asesinado los republicanos”¹⁸⁴.

Esta posición que expresó Durruti en la reunión de militantes de su Sindicato será la que mantendrá íntegramente en los meses que le quedan de vida...

El día 25 de enero de 1936 se reunió la Conferencia de Sindicatos:

“La mayoría de las delegaciones (142 delegados representando a 92 Sindicatos, 8 Federaciones Locales, 7 Comarcales, el Comité Nacional y el Comité Regional Pro-Presos) no traen mandato de sus respectivos Sindicatos, los cuales, en su inmensa mayoría se encuentran todavía clausurados. La precipitación de la convocatoria da, por otra parte, escaso margen de tiempo para la toma regular de acuerdos. La mayor parte de éstos proceden de reuniones de militantes. Esta situación tenía que provocar, forzosamente, severas críticas contra los pro-

184. Comunicación facilitada por Pablo Ruiz, uno de los organizadores en 1937 de la Agrupación “Los Amigos de Durruti”

motores de la Conferencia. No faltaron delegaciones que atribuyeron al Comité Regional un interés marcado en forzar a las delegaciones a la adopción de acuerdos contemporizadores con la situación electoral. En el orden de manifestaciones, se destacó la delegación de Hospitalet del Llobregat, al proponer un voto de censura a las supuestas intenciones coactivas del Comité Regional. Un acuerdo de un Pleno Nacional de Regionales (26 de mayo de 1935) fue revalidado por algún delegado como solución al punto planteado. Dicho acuerdo establecía lo siguiente: “Toda propaganda, tanto en período electoral como en épocas normales, se hará de forma expositiva y doctrinal de nuestros principios y finalidad orgánica, sin caer en demagogias perniciosas y combatiendo la política y sus partidos por igual. Se hará, en todo momento propicio, propaganda abstencionista, respondiendo a los acuerdos de la Organización, y sin supeditar nuestra conducta al resultado de unas elecciones. Los actos serán controlados por los Comités responsables.

“Sin embargo, la mayoría de las delegaciones, entre las cuales abundaba el criterio de que la posición antielectoral de la CNT era más bien una cuestión táctica que de principios, lograron el propósito de que el problema se debatiera. La discusión reveló un estado de vacilación ideológica, abundando los exégetas que se extendieron sobre el valor intrínseco de los conceptos “apolítico” y “anti-político”. Finalmente, fue designada una Ponencia encargada de emitir un dictamen. El dictamen que emitió la Ponencia fue el de una ratificación en principios y finalidades de la CNT, “demostrar a los trabajadores la ineficacia del voto, recurriendo a hechos históricos tales como los de Alemania y Austria”.

“En el punto relativo a la alianza obrera, se acordó que, como condiciones indispensables para ella, “la UGT debía reconocer que solamente por la acción revolucionaria es posible la emancipación de los trabajadores. Sobreentendiéndose que al aceptar ese punto tiene que romper toda colaboración política y parlamentaria con el régimen burgués (...). Para que sea efectiva la revolución social, hay que destruir completamente el actual régimen social que regula la vida económica y política de España (...). El nuevo régimen de convivencia nacido del triunfo revolucionario será regulado por la voluntad expresa de los trabajadores reunidos públicamente, con completa y absoluta libertad de expresión por parte de todos (...). Para la defensa del nuevo régimen social es imprescindible la unidad de todos los esfuerzos, prescindiendo del interés particular de cada tendencia”. A estos cuatro puntos se añadía una nota para el Comité Nacional de la CNT, pidiendo la convocatoria para el mes de abril de una Conferencia Nacional de Sindicatos, la cual deberá estudiar la oportunidad y modalidad de un pacto con la UGT. Y concluía haciendo una llamada a las organizaciones autónomas para que, de acuerdo a sus afinidades, se incorporaran a la CNT o a la UGT”¹⁸⁵.

El carácter del texto de la Alianza, coma más, coma menos, era el que venía afirmando la posición de la CNT. Desgraciadamente, la actitud de los socialistas también continuaba siendo la misma. Las llamadas de Largo Caballero, en este período electoral, eran buscando la manera de atraerse los votos de la CNT; pero su posición no solamente era invariable, sino que, de acuerdo con su “sarampión”

185. José Peirats, *op. cit.*

bolchevique, ya era más que peligroso. En la Asamblea de la Agrupación Madrileña, celebrada a primeros de junio de aquel año y recogida la intervención de Largo Caballero por *Claridad*, éste se expresaba en los términos siguientes: “El hecho de quitar el papel de único director al Partido Socialista supondría una traición a las mismas esencias del Partido (...). Cuando se instaure la dictadura proletaria habrá que luchar contra todos los que no están conformes con ella, al igual que en Rusia el partido bolchevique no permitió la oposición de nadie y destruyó todo lo que se opuso a su dictadura” 186.

El 16 de febrero se celebraron las elecciones en medio de una calma nunca vista, reconocido incluso por el periódico conservador *La Vanguardia*: “Las elecciones se han celebrado en perfecta disciplina”. La coalición de izquierdas salió victoriosa, pero por una cifra escasa:

Izquierdas:	4.838.449	263 diputados
Derechas:	3.996.931	129 diputados
Centro:	449.320	52 diputados

Los socialistas totalizaban 90 diputados, lo cual significaba, en relación a las elecciones de 1931, la pérdida de 26 puestos, que seguramente fue parte de la concesión que hizo al Partido Comunista, a quien se le otorgaron 13 diputados. Izquierda Republicana (Azaña) y la Unión Republicana (Martínez Barrio) recuperaron los votos de la burguesía liberal, totalizando, entre ambos, 117 diputados. En Cataluña, la Esquerra Republicana obtuvo 38 diputados.

En el grupo de la derecha, la CEDA continuaba siendo aún el sector más importante de dicho conglomerado, con sus 94 diputados. La Falange Española, que había presentado en una candidatura independiente a su fundador José Antonio Primo de Rivera, no obtuvo un solo diputado.

Y en el Centro, el gran derrotado fue el Partido Radical (Lerroux), que de 80 diputados en las elecciones del 1933, quedaba reducido a 8 diputados el 16 de febrero.

Según la Constitución, Portela Valladares y su Gobierno debían quedar en su sitio durante un mes, antes de pasar el Poder a los vencedores del 16 de febrero; pero las cosas se precipitaron de tal manera que Manuel Azaña, con su equipo ministerial, hubo de asumir el Poder el 19 de febrero. Esta violación de la Constitución fue por voluntad expresa del Presidente de la República, para evitar que, en el ínterin, se produjera un golpe de Estado.

En la madrugada del día 17 de febrero, Calvo Sotelo y Gil-Robles fueron a visitar a Portela Valladares para conminarle que decretase el Estado de Guerra. Mientras tanto, el general Franco, que seguía siendo Jefe del Estado Mayor del Ejército, se dirigió en el mismo sentido al general Molero, ministro de la Guerra, y trató de convencer al general Pozas, inspector de la Guardia Civil, para que secundara, con las fuerzas a sus órdenes, una intervención del Ejército. Molero y

186. *Tierra y Libertad*, 10 de julio de 1936. Artículo de Fontaura, “A propósito de la Alianza Planes socialistas para el futuro”

Pozas se opusieron; y el general Franco, tomando las cosas en sus manos, se entregó por su cuenta, según Joaquín Arrarás, a organizar el levantamiento:

“El general Franco tenía redactadas las oportunas órdenes que puso en circulación. A la vez, inició una serie de conversaciones con los Comandantes generales, que hubo de suspender ante el aviso que le transmitía un ayudante de que el señor Portela le llamaba con toda urgencia. Era para comunicarle la irritación del Presidente de la República...”¹⁸⁷.

Si el golpe de Estado falló en la noche del 18 al 19 de febrero fue, más que por la intervención de Portela Valladares y Alcalá Zamora, debido a la indecisión de los jefes militares consultados por el general Franco. Ante esa situación, Alcalá Zamora creyó oportuno no aguardar el plazo necesario para la transmisión de poderes, y encomendó a Manuel Azaña la formación de su Gobierno, el día 19 de febrero.

Manuel Azaña formó un Gobierno republicano de izquierdas. La clase obrera, que en su acción no había ido más allá de manifestaciones públicas y de la apertura de las cárceles para liberar directamente a los presos, acordó con su actitud, una vez más, su confianza a los gobernantes republicanos de izquierdas, esperando que en esta ocasión los citados dirigentes habrían comprendido la necesidad indispensable de orientar al país por unas vías nuevas que rompieran con el pasado reaccionario. La esperanza del pueblo emanaba del carácter que se había dado a la campaña electoral izquierdista que presentara a la coalición como una auténtica barrera al fascismo. Pero la primera decepción la recibió el pueblo cuando, pese a que Gil-Robles, Calvo Sotelo y el general Franco habían descubierto suficientemente su juego, el nuevo Gobierno no mostró estar enterado de ello y no tomó ninguna clase de medidas contra los conspiradores.

El 19 de febrero, en todos los círculos políticos se daba por segura la detención del general Franco; y el propio general, quizá para dulcificar la posible pena que se le impusiera, se adelantó a los hechos, presentándose al ministro de la Gobernación. Allí se encontró con la sorpresa de que no solamente Amós Salvador no lo hacía detener, sino que le reconocía su fidelidad a la República. Manuel Azaña, para alejar a Franco de la península, le confió la Comandancia militar de las Islas Canarias; y al general Goded, otro de los conspiradores, lo envió como jefe militar de las Islas Baleares, donde Mussolini —en Mallorca— tenía instalado su cuartel general de operaciones sobre España.

Con estas primeras medidas Manuel Azaña y su Gobierno proseguían la política de Gil-Robles o Lerroux, y la primera decepción fue sentida por el pueblo como una fuerte bofetada, cuyo efecto no borró la medida de amnistía que se promulgó el 21 de febrero; primero, porque en parte había sido ya impuesta por el pueblo, abriendo directamente las cárceles provinciales y, segundo, porque comenzaba ya a ser restrictiva al dejar en presidio a infinidad de detenidos sociales de la CNT y muchos presos que, aunque condenados por delitos comunes, eran auténticamente sociales, puesto que hacían referencia a robos en los campos cometidos por campesinos hambrientos.

187. Manuel Tuñón de Lara en op. cit. da esta cita de Joaquín Arrarás.

Todos estos atropellos los denunció Durruti en un mitin celebrado el 6 de marzo en el teatro Price de Barcelona, en el cual declaró: "Recordamos a los hombres que están en el Gobierno que si lo están es porque la clase obrera los ha votado; pero de la misma manera que los ha puesto en el poder, también puede echarlos si su paciencia se agota. Y hay ya motivos para pensar que, con la política que están practicando, la clase obrera está ya en el límite de su paciencia"¹⁸⁸.

En las zonas rurales la situación se tornaba cada vez más angustiosa. Muchos propietarios habían huido, bien porque temiesen la revolución, o bien por boicotear al nuevo Gobierno; y esto se traducía por el abandono de las tierras. Los propietarios que quedaban buscaban mil excusas para no realizar trabajos, cosa que dejaba en pie el paro obrero campesino. El día 27 de febrero el Gobierno dicta normas para la readmisión de los obreros despedidos por sus ideas políticas o por su participación en la huelga revolucionaria de octubre. La burguesía rural o industrial ignoró esas directivas y se mantuvo firme en su propósito de no readmitir a los obreros despedidos. En las zonas industriales, los sindicatos, ya en pleno funcionamiento, iban imponiendo a la burguesía el cumplimiento de las disposiciones, pero en el campo no quedaba otra medida que pasar directamente a la ocupación de las tierras abandonadas por unos u otros motivos. Y la expropiación en el campo pasó a ser como una mancha de aceite desde que la iniciaron los campesinos de Cenicientos:

"Los obreros agrícolas de un pueblecito cercano a Madrid, mostraron el camino apoderándose de las tierras (...) la dehesa "Encinar de la Parra", de 1.317 hectáreas, y han empezado a trabajar en ella. Hecha esta ocupación, dirigieron al Ministerio de Agricultura un escrito que, en resumen, decía así:

"En nuestro pueblo hay una extensa dehesa susceptible de cultivo, y ya cultivada en otros tiempos, que hoy se destina a caza y pasto. Inútiles han sido nuestras frecuentes demandas de arriendo al propietario, que junto con dos o tres terratenientes más, poseen la totalidad del término municipal perteneciente en otras épocas al común de los vecinos. Con nuestros brazos y yuntas paradas, con nuestros hijos hambrientos, no nos queda otro recurso que invadir estas tierras. Y las invadimos. Con nuestro trabajo producirán lo que antes no producían; acabará nuestra miseria y aumentará la riqueza nacional. Creemos que con ello no perjudicamos a nadie y sólo pedimos que se legalice esta situación, y que se nos concedan créditos para hacer en paz nuestros trabajos".

"Dos semanas más tarde de la ocupación del dominio de Cenicientos, los campesinos de ochenta pueblos de Salamanca hicieron lo mismo. Cuatro días después, los habitantes de algunos pueblos de la provincia de Toledo siguieron este ejemplo, y, al amanecer del 25 de marzo, ochenta mil campesinos de las provincias de Cáceres y Badajoz se apoderaron de las tierras y comenzaron a cultivarlas"¹⁸⁹.

La prensa rendía cuenta de estas ocupaciones en términos suficientemente

188. *Solidaridad Obrera*, 7 de marzo de 1936.

189. Burnet Bolloten, *El Gran Engaño. Las izquierdas en la lucha por el poder*, Caralt, Barcelona, 1977.

claros como para sopesar bien el carácter de la lucha: “Dos mil hambrientos de esta localidad (Mansalbas-Toledo) acaban de apoderarse de la finca “El Robledo”, de la que se apropió el conde de Romanones hace veinte años, sin dar nada al pueblo”¹⁹⁰.

La actitud de los campesinos llenó de espanto a los gobernantes del Frente Popular, porque ellos pensaban que, dada la mansedumbre con que los obreros les habían votado, podrían continuar especulando con “si aplicamos o no aplicamos la reforma agraria”. Cuando pocos días después de instalarse en el poder comenzaron las primeras ocupaciones de tierra en Murcia, recurrieron al antiguo procedimiento de expulsar a los campesinos ocupantes por medio de la Guardia Civil que, en esta ocasión, produjo 27 víctimas. En respuesta a dicha actitud del Gobierno, se desencadenó el fuerte movimiento campesino que hemos señalado y, esta vez, Manuel Azaña comprendió que no era con máuseres como podría convencer, sino con ingenieros agrónomos y legalizando las tierras ocupadas, por lo cual se demostraba que las únicas reformas eficaces y radicales son aquellas que se imponen por la fuerza y desde la base: la acción directa era mucho más eficaz que la cháchara parlamentaria que, desde 1931 a 1933, había girado en torno a si se ponía en práctica o no la ley votada sobre la Reforma Agraria.

Tras las mencionadas ocupaciones de tierras, vinieron otros hechos, tales como asaltos a las iglesias, en donde se conspiraba descaradamente desde el púlpito, y sus sacristías servían de depósitos de armas. La revolución se iniciaba desde abajo, y la situación que presentaba tenía muy poco que ver con aquella defensa de la democracia burguesa con la que se pretendía presentar la función del Frente Popular.

Una somera estadística de los sucesos que ocurrieron desde el 16 de febrero hasta el 15 de junio de 1936 muestra de por sí el carácter de la guerra preventiva entre la clase obrera y la burguesía:

“Ciento sesenta iglesias incendiadas; 269 muertos; 1.287 heridos; 215 atentados; 113 huelgas generales; 228 parciales y 145 explosiones de bombas”. La fisonomía política del país era: “UGT, 1.447.000 afiliados; CNT 1.577.000 afiliados”. La suma de ambas cifras daba más de tres millones, lo que significaba que, dentro de los ocho millones de trabajadores, más de un tercio estaba sindicado.

Las derechas “tenían inscritos en sus diversas formaciones, 549.000; de 20 a 30.000 militares retirados; 50.000 falangistas; 50.000 curas y millones y millones de pesetas”¹⁹¹.

Tal era la distribución de fuerzas políticas en aquel clima de guerra preventiva cuando la CNT convocó su IV Congreso Nacional el 1 de mayo de 1936 en Zaragoza, en la sala del teatro del Iris Park.

190. *Idem.*

191. Miguel Maura, *op. cit.*

El IV Congreso de la CNT

Desde que se proclamó la República en España, jamás los componentes del grupo “Nosotros” pisaron el terreno con tanta firmeza como lo estaban haciendo desde enero de 1936. Sus energías se habían ido gastando entre las constantes insurrecciones, y tres cuartas partes de su existencia habían discurrido en las cárceles. Era la primera vez, desde enero, que vivían no bajo la amenaza de la prisión, sino en una ebullición perpetua, fortificando las estructuras sindicales de la CNT, reajustando los Comités de Defensa CNT-FAI, atando relaciones con militares para vivir de cerca la evolución que esta institución seguía y acudiendo a las conferencias, reuniones sindicales y mítines que casi diariamente se realizaban. Pero el caso de los componentes del grupo “Nosotros” no era único, sino que igualmente era la vida cotidiana de todos los militantes de la CNT y de la FAI.

Resulta increíble —y denota la fe y la voluntad de esos militantes— que una organización como la CNT, que no disponía de “permanentes”, ni de “funcionarios” sindicales retribuidos o “liberados”, salvo su secretario general del Comité Nacional, que la cotización que pagaban sus afiliados iba destinada totalmente a atender a los presos, a la propaganda y a los obreros parados —que en la crisis que se atravesaba era un peso importante en el millón y medio de afiliados— y sometida, además, por lo que refiere especialmente a Barcelona, a la constante ilegalidad, pudiera, en muy poco tiempo, recuperarse totalmente, poner en marcha sus sindicatos y preparar un Congreso Nacional, cuyas asambleas se celebraban bajo la asistencia de miles de obreros en salas de cines y teatros. No creemos que un movimiento como éste encuentre parangón en el mundo.

Existía en la CNT un cierto liderazgo, pero un liderazgo muy “específico”. En una sindical donde no hay un aparato que maneje el funcionamiento de la organización, el liderazgo tiene otras raíces que provienen de la abnegación y el tesón militante, no teniendo otra gratificación que el respeto que inspiran entre los trabajadores el tipo de hombre con estas virtudes. Esos líderes conseguían un prestigio derivado de su propio comportamiento y entrega en la lucha. Formaban en la fábrica entre los trabajadores; aparecían en la lucha cotidiana en primera fila; eran los primeros en ir a la cárcel, y eran los que, esclavos del respeto que inspiraban, no tenían derecho a debilidades en los momentos graves y decisivos, pues si caían en faltas o fallaban eran sancionados y juzgados de manera inexorable por el conjunto de la organización. Eran líderes cuya persona obtenía el respeto que inspiraba su vida ejemplar.

En Durruti y Ascaso esa “fama”, aprecio o “confianza” pesaba como una losa. Tanto uno como otro eran conscientes de que aun no ejerciendo ningún poder que se apoyara en resortes de mando, la influencia personal era pernicioso desde el punto de vista anarquista. Y en diversas ocasiones lo habían hecho sentir en su me-

dio social: "El hombre que se somete al influjo de otro hombre no será jamás dueño de sí mismo"; y "no siendo uno dueño de sí mismo, no podrá haber una completa liberación de la persona humana". Aunque parezca mentira, esa actitud, en vez de mermar la confianza que la gente ponía en ellos, la aumentaba, creándose, como consecuencia, una especie de doble conciencia, que les exigía no caer en vicios que pudieran estimular en ellos la pretensión de considerarse "superiores".

Esa actitud o esa conciencia del papel que jugaban a veces chocaba con sus compañeros de grupo u otros militantes. Un caso concreto era el de García Oliver, el cual se sentía siempre seguro en sus juicios, cosa que, unida a una brutal sinceridad al expresar su pensamiento, le daba un cierto aire de superioridad del que parecía sentirse satisfecho. Ese sentimiento de superioridad podía ser el principio del liderazgo consciente, o encontrarse bien en el papel de "militante influyente".

En pocos meses García Oliver llegó a madurar muchos de sus análisis. El veía venir con precisión el golpe militar y pensaba que la CNT debía aprovechar esa circunstancia para realizar su revolución. Acordaba un valor único a la CNT y a la FAI en esa revolución. Había algo de bolchevismo en su concepción de la eficacia revolucionaria. Además, era un revolucionario osado.

Durruti también había plasmado mucho su pensamiento, y en su horizonte aparecía un enfoque que discrepaba del de su compañero de grupo, y era justamente sobre la cuestión de la eficacia. El deseaba una revolución anarquista y no una revolución CNT-FAI. Una revolución CNT-FAI era una revolución prácticamente bolchevique. Una revolución anarquista era la conjunción de todas las fuerzas libertarias orientadas hacia el comunismo libertario, que abriría por sí mismo cauces de organización social y política que impidieran el sostenimiento; sin embargo, él partía de la realidad CNT-FAI como únicas organizaciones revolucionarias, y de la necesidad que éstas tenían de concretizar su defensa frente a las fuerzas adversas. Desde este punto de vista, García Oliver era un práctico de la revolución; pero su sentido práctico podía conducirle a la dictadura CNT-FAI. Durruti, aun reconociendo la realidad revolucionaria CNT-FAI, no quería una dictadura CNT-FAI, porque consideraba que, aunque la dictadura fuera ejercida por anarquistas, no dejaría por ello de ser dictadura. Lo que existía en el fondo de ambas teorías era la gran cuestión del poder revolucionario, tabú que, al no atacársele directamente, contribuía a mantener equívocos, pues si no eran perjudiciales por el momento, lo serían tan pronto como los acontecimientos situaran a la CNT-FAI ante la realidad revolucionaria.

El choque entre Durruti y García Oliver se produjo en el Sindicato donde ellos militaban, Fabril y Textil, cuando se trató el temario del Congreso Nacional, concretamente en su punto relativo a la preparación y defensa de la revolución. García Oliver avanzó la idea de constituir una organización paramilitar como medio eficaz para oponerse al golpe de Estado que él sentía venir. Durruti sostuvo que ni tan siquiera desde el punto de la eficacia podía sostenerse esa concepción: "Cierto —decía— que la teoría de García Oliver es más eficaz, desde el punto de vista de la organización militar, que la guerrilla que yo defiendo. Pero estoy seguro que esa organización paramilitar, justamente y en nombre de su eficacia, condu-

cirá a la derrota revolucionaria, porque ese organismo comenzará por imponerse en nombre de la eficacia, ejercerá una autoridad y terminará por imponer su poder sobre la revolución. En nombre de la eficacia los bolcheviques asesinaron la revolución rusa, lo que seguramente no deseaban, pero era fatal que así ocurriera. Dejemos que nuestra revolución se desarrolle por sus propias vías”¹⁹².

En el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, sus adherentes se pronunciaron mayoritariamente en favor de la proposición de García Oliver, la cual consistía, en relación al punto que nos hemos referido, en lo siguiente: “Los grupos de acción de la CNT y los grupos anarquistas constituirán una organización nacional de defensa que, partiendo del grupo, formará la Centuria, principal unidad del Ejército Proletario”.

El temario de este importante Congreso de la CNT fue muy extenso. Uno de sus puntos trataba de definir lo que se entendía por Comunismo Libertario. En cualquier otra circunstancia, una definición sobre esta materia hubiera sido ociosa, pero en mayo de 1936 resultaba indispensable, debido a la situación pre-revolucionaria que se vivía. Las discusiones fueron apasionadas, en razón de las dos corrientes que circulaban intensamente en el interior de la CNT. Para los sindicalistas la cosa era simple, puesto que se trataba de hacer de las estructuras de la CNT el organismo económico de la revolución; pero para los anarquistas, que entendían que todo programa era poner un límite a la revolución, y además no concebían la nueva estructura social tomando como modelo a una organización basada en la lucha de clases, esta discusión despertaba en ellos todas las reservas que oponían al sindicalismo. Todo esto, manifestándose en las asambleas obreras, hacía de éstas un campo propicio de propaganda, que ponía en guardia a la clase obrera sobre los peligros que podían acechar a la revolución. Durante los tres meses que duró la preparación de este Congreso, los temas del Comunismo Libertario y la defensa de la revolución se encontraron expuestos en asambleas, mítines y prensa con controversias que ayudaban a clarificar los conceptos.

El 1 de mayo de 1936 se inauguraron las sesiones del IV Congreso de la CNT en Zaragoza, comenzando las mismas con la celebración de un importante mitin en la plaza de Toros, la cual fue invadida no sólo por los trabajadores de la capital aragonesa, sino también por los miles de obreros que, en trenes especiales, se habían desplazado a Zaragoza desde Barcelona, Valencia y Madrid.

La primera cuestión que el Congreso tuvo que resolver fue la de los Sindicatos de Oposición, es decir, aquellos que se habían separado de la CNT en marzo de 1933, y que ahora solicitaban su reingreso en bloque. El problema fue discutido intensa y ampliamente en las asambleas sindicales, y, en general, se aceptaba el retorno a la central confederal. El Congreso tenía que decidir ahora si entraban o no en la CNT, y esto era muy urgente por cuanto los Sindicatos de Oposición, que tenían estudiado el orden del día, traían acuerdos sobre los puntos del temario.

El argumento que servía de base a los Sindicatos de la Oposición para plantear su reingreso en la CNT era que “la unificación de la CNT está impuesta por

la necesidad de no ser arrollada por la corriente marxista que ni ha hecho sacrificios revolucionarios ni ha creado el ambiente propenso a la insurrección de las masas obreras como para que la futura revolución española les venga a las manos. Esta necesidad de unirse es la condición primera que deben apreciar los congresistas, impidiendo que la revolución se deforme en manos de los marxistas”¹⁹³. A esta declaración siguieron importantes intervenciones, en las cuales se considera que “el árbol no podía ocultar el bosque”, y que, por tanto, so pretexto de la unidad, se dejaban en suspenso cuestiones de fondo que afectaban al papel de los anarquistas en los Sindicatos. Sin embargo, la corriente mayoritaria que animaba al Congreso era la de poner fin al pleito. La intervención de García Oliver, en nombre del Sindicato Textil de Barcelona, es significativa de ese espíritu:

“Camaradas de la Oposición: Las minorías vencen siempre cuando tienen razón. Que aprendan todos de nosotros, que luchen todos para conquistar la mayoría como nosotros luchamos. El que teniendo la razón de su parte no triunfa es porque no tiene energías, es porque no pone pasión en la propagación de sus puntos de vista. A luchar, a vencer; pero que los acuerdos que recaigan en los comicios de la Organización sean respetados por todos. Que su acatamiento sea una norma. Pero todos dentro de la Confederación (...).

“La CNT tenía un solo diario de cuatro páginas (1931). Después ha salido otro en Madrid (*CNT*). *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, ha crecido primero a seis páginas, después a ocho, y dentro de unos días a doce. Esta es, camaradas de la Oposición, la CNT que encontráis al volver a ella. El problema de la escisión debe quedar zanjado en este Congreso. Necesitamos nuestras fuerzas sólidamente unidas para la acción revolucionaria en pro de nuestro programa”¹⁹⁴.

Otro punto importante fue el relativo al análisis del ciclo revolucionario cubierto por la CNT desde 1931:

“En 1931 se daban factores a favor del proletariado y a favor de nuestra revolución libertaria, circunstancias favorables al trastocamiento de la sociedad, como después ya no se han repetido. El régimen estaba sumido en la mayor descomposición: debilidad del Estado, que aún no se había consolidado, adueñándose de los resortes del poder, un Ejército relajado por la indisciplina, una Guardia Civil menos numerosa, fuerzas del orden público peor organizadas y una burocracia medrosa. Era el momento propicio para nuestra revolución. El anarquismo tenía el derecho a realizarla (...). Decíamos nosotros, interpretando aquella realidad: cuando más nos alejamos del 14 de abril, tanto más nos alejamos de nuestra revolución, porque damos al Estado el tiempo para reponerse y organizar la contrarrevolución (...). Dos intentos revolucionarios ha realizado la CNT: el de enero y el de diciembre. Con ellos hemos desbrozado el camino. El primero de estos intentos pulverizó completamente a las izquierdas después del crimen de Casas Viejas. Lanzó a las masas y al propio socialismo por las vías revolucionarias. Lo re-

193. *Actas del Congreso de Zaragoza, 1936, CNT, Toulouse, 1954.*

194. *Idem.*

movió todo. Desenmascaró el ilusionismo político. Fracasamos en estos dos intentos, es cierto. Pero estos fracasos nos demuestran que, por primera vez, la CNT emprende luchas nacionales de vasta perspectiva. Sabemos que la CNT fue siempre, hasta entonces, una organización absorbida por las luchas gremiales contra el patronato. En el mundo se ignoraba qué era la CNT. Pero ahora se nos conoce en todos los países, representamos la esperanza de una sociedad comunista libertaria. Hemos dado una bandera y un símbolo reivindicador a la clase obrera”.

Entre las resoluciones del Congreso se encontraban los siguientes dictámenes: Comunismo Libertario, Paro Obrero, sobre la situación político militar, sobre lo que la CNT entendía como reforma agraria, y, por fin, un dictamen sobre la Alianza Obrera Revolucionaria, en atención a la UGT, invitando a esta central sindical a formar un bloque de acción, para ir a la destrucción del régimen capitalista e instaurar un régimen socialista basado en la democracia obrera.

Para condensar los acuerdos del Congreso se organizó un importante mitin en Zaragoza, seguido de otros en Barcelona, Valencia, Sevilla, Madrid, etcétera.

Solidaridad Obrera, al dar la última crónica relativa al Congreso, publicó lo que sigue: “El Congreso ha terminado, pero ahora comienza la gran obra de reconstrucción confederal y de preparación revolucionaria. En el Congreso no ha prevalecido la opinión personal de nadie, sino el pensamiento colectivo de la Organización. Ha habido unanimidad y unánimemente es como hay que pasar a la puesta en práctica de sus resoluciones. Mostremos a los obreros del mundo cómo nos preparamos para hacer la revolución”¹⁹⁵.

¿Eran utópicos el millón y medio de obreros que se habían pronunciado por el Comunismo libertario, por la vía revolucionaria? La dialéctica de los hechos va a demostrar la lucidez de apreciación de la situación de España en aquellos momentos que, pese a todas las especulaciones intelectuales, la Península no estaba bajo el auspicio de un Frente Popular, sino en plena ebullición revolucionaria.

Fernando Claudín, detectando el fenómeno social que se había creado en España entre el mes de febrero y julio, escribe muy acertadamente que “se vivía bajo un triple poder: el legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, cuyos partidos y sus sindicatos se manifiestan a la luz del día. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos fascistas, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar. Secreto de Polichinela, porque la conspiración de los generales era del dominio público, denunciada en el Parlamento, agitada en los mítines. Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936, no puede por menos que preguntarse: ¿por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida, para aplastar en el huevo el levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario?”¹⁹⁶.

195. *Idem*.

196. Fernando Claudín, *op. cit*

Durante el mes de junio y julio las luchas obreras fueron radicalizándose, y en cada una de ellas se afirmaba más el proletariado urbano, que unido al campesinado consolidaba más un potencial revolucionario. Paralelamente, la burguesía, formando bloque con el Ejército y la Iglesia, también afirmaba su propósito de hacer frente al poder revolucionario de la clase obrera. Durruti no se había equivocado al considerar que el dilema era dictadura burguesa o revolución social. Y que llegado el momento, “los obreros españoles no debían limitarse solamente a España, sino que necesitaban para triunfar internacionalizar su lucha”¹⁹⁷.

Las perspectivas revolucionarias se ensancharon poco después con el triunfo popular en Francia, que desencadenó la gran ola de ocupaciones de fábricas. La concatenación de los hechos españoles y franceses abría perspectivas europeas a la revolución proletaria. Perspectivas que declaró abiertamente Durruti en un mitin, dirigiéndose a los socialistas:

“Si el movimiento huelguístico se radicaliza en Francia, y los obreros no se dejan embaucar por sus jefes políticos o sindicales, entramos abiertamente en un proceso revolucionario a escala europea. ¡Compañeros, precipitemos los acontecimientos!”

Desde Cataluña se insiste de manera apremiante al Comité Nacional de la CNT para que presione a la Ejecutiva de la UGT a pasar inmediatamente a la realización del pacto revolucionario acordado en el Congreso de la CNT, pero la Ejecutiva de la central socialista no contesta a ninguna de las llamadas urgentes de la CNT. Actitud que denuncia Francisco Ascaso en un mitin: “Camaradas socialistas: ¿qué esperáis para mostrar vuestra solidaridad con la clase obrera francesa?”¹⁹⁸.

Pero cuando la fiebre alcanzaba alto nivel en España, los obreros franceses, cloroformados por el dirigismo social-comunista, negociaron su verdadera liberación por unos miserables ocho días de vacaciones...

197. Liberto Callejas, testimonio al autor.

198. Véase *Solidaridad Obrera* de los meses mayo-junio de 1936.

La larga espera del 19 de julio de 1936

Desde el 10 de mayo, fecha en que había sido nombrado Manuel Azaña Presidente de la República, reemplazando a Alcalá Zamora, Santiago Casares Quiroga ocupaba el cargo de Presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra a la vez. Como el anterior ocupante de ese puesto, Casares Quiroga siguió idéntica política, que consistía en no darse por enterado de la conspiración que se estaba tramando a ojos vistas. Según el Jefe del Gobierno, “no había motivos para alarmarse, puesto que el Gobierno controla la situación”.

Pero el colmo de esta inexplicable actitud llegó a partir del día 10 de julio, cuando se mostró a las claras que el Gobierno no controlaba nada de nada. Los militares comprometidos en el alzamiento no obedecían otras órdenes que las del general Mola, jefe de la sublevación, que había establecido en Pamplona su Estado Mayor. Los militares fieles a la República, vista la ineficacia del Ministerio de la Guerra, contactaban con las organizaciones obreras o partidos políticos de su preferencia, con el propósito de ponerse a disposición de las izquierdas para mejor servir en la lucha que se consideraba inevitable.

Los grupos de Falange Española multiplicaban los actos terroristas, con el objeto de crear, por dicho procedimiento, una psicosis de pánico en la gente. Los atentados personales a los militantes de izquierda se multiplicaban y, así, por ejemplo, cayó gravemente herido en uno de ellos el jurisconsulto socialista, Vicepresidente de las Cortes, Jiménez de Asúa.

Francisco Largo Caballero, según cuenta él mismo, antes de salir de Madrid el día 8 de julio para dirigirse a Londres, donde debía asistir al Congreso de la Federación Sindical Internacional, tuvo una larga conversación con Casares Quiroga en casa de Araquistáin, y ambos socialistas previnieron seriamente al Jefe de Gobierno de la inminencia del golpe de Estado militar. Como respuesta, Casares Quiroga los trató de “alarmistas”¹⁹⁹.

El 11 de julio, un grupo falangista asaltó el local de Radio Valencia y difundió que “en estos momentos, Falange Española ocupa militarmente el estudio de Unión Radio”, y terminó su noticia con un “¡Arriba el corazón!” El 12 de julio, el teniente de Guardia de Asalto José Castillo, significado por sus opiniones izquierdistas, era asesinado en Madrid por cuatro pistoleros; según unos, por orden de la Unión Militar Española (UME), y según otros, por falangistas²⁰⁰. Aquella misma noche, un comando de Guardias de Asalto sacaba a Calvo Sotelo de su do-

199. Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos, México, 1954.

200. Véase Tuñón de Lara, *op. cit.*

micilio para ser conducido a la Dirección General de Seguridad, pero de madrugada se encontró su cadáver en el cementerio del Este, en Madrid.

El 14 de julio el general Mola convocó en su puesto de mando a los jefes militares de diversas poblaciones del norte de España, lugar donde seguramente se concretarían los últimos detalles para la sublevación.

El día 15 se efectuaron en Madrid los entierros de Calvo Sotelo y del teniente Castillo. Los militares en uniforme, que acompañaron al primero, gritaron cuanto quisieron el “¡Te vengaremos!” Por su parte, los obreros que acompañaban el féretro del segundo fueron asediados por escuadrones de la Guardia Civil, produciéndose con sus cargas violentas varios heridos.

En el día 16 moría en un accidente el general Balmes, jefe de la plaza militar de Las Palmas. El día 17, para rendir homenaje al compañero de armas, el general Franco se desplazó pues a Las Palmas. Allí recibió los pasaportes falsos con los que habría de trasladarse al Marruecos español, vía Casablanca, a bordo de un avión inglés, el “Dragon Rapide”. En la tarde de aquel día se sublevó la guarnición de Melilla, y pocos momentos después voló Franco para Marruecos. La guerra había comenzado, pero el Gobierno de la República publicó un parte en el que aseguraba que “controlaba la situación”.

El 14 de julio, Durruti, que había sido operado unos días antes de una hernia, abandonó la clínica sin encontrarse completamente restablecido. Aquel mismo día se reunió con los compañeros de su grupo, que a la vez constituían el Comité de Defensa de Barcelona. El plan, tan metódicamente estudiado desde hacía ya tiempo, comenzaba a dar sus frutos, se le dijo. El día anterior, los Comités de Defensa de Barriada comenzaron a actuar, y el contacto entre éstos y los grupos de la CNT, de la FAI y de las Juventudes Libertarias fue perfecto, como igualmente se mostró eficaz el contacto entre los Comités de Barriada y el Comité de Defensa local.

Los contactos con el Parque de Artillería de Atarazanas eran continuos, a través de los sargentos Manzana y Gordo. Igual relación existía con varios oficiales de la base aérea militar del Prat. Con estos oficiales se había convenido que, tan pronto salieran las tropas a la calle, se procediera a un bombardeo del Parque Central de Artillería de Sant Andreu, operación que sería aprovechada por los obreros de Poble Nou, Sant Andreu y Santa Coloma, previamente concentrados en torno al cuartel para asaltarlo. Si dicho cuartel caía en manos de los obreros, el armamento del pueblo estaba asegurado, porque estaban allí almacenados cerca de noventa mil fusiles y decenas de ametralladoras sin contar los cañones ²⁰¹.

En una amplia reunión con los Comités de Defensa de Barriadas, y sobre plano, se había estudiado con ellos la situación táctica de la ciudad, tanto para la defensa como para el ataque. Se asignó a cada barriada el control de los centros oficiales, comisarías y cuarteles de la Guardia Civil y de Asalto, de su zona. Los

201. *Le Libertaire*, París. Artículo de Juan García Oliver sobre el 19 de julio de 1936. En este artículo expone el plan que se habían trazado, y hace un análisis de las causas que motivaron la victoria obrera.

grupos de militantes del Sindicato de Gas y Electricidad ocuparían inmediatamente las centrales eléctricas y las fábricas de Gas, así como los depósitos centrales de la CAMPSA (gasolina y petróleo). La parte subterránea de la capital también sería controlada por los grupos de defensa de la CNT y de la FAI, pues las alcantarillas podían servir perfectamente para llevar refuerzos a las zonas más comprometidas. Los subterráneos de los Metropolitanos serían controlados por los grupos de acción de ese Sindicato. La consigna que se dio a los Comités de Defensa era que, llegado el momento de la salida de la tropa a la calle, se la dejara marchar confiada, alejándola al máximo de sus cuarteles y, entonces, cortándoles la retirada, atacarlas, obligándolas a mantener nutridos tiroteos con el fin de que agotaran la munición e impedir a la vez, a toda costa, que las unidades militares sublevadas pudieran establecer contactos entre sí. Los puntos máximos que podía dejarse avanzar a las tropas eran hasta la línea Brecha-Rondas-Plaza Universidad-Cataluña, impidiendo a todo trance que cayera en manos de los sublevados Las Ramblas. El dominio del casco viejo de la capital debía ser defendido a toda costa, como también la zona portuaria. Cada Comité de Barrio asumiría la defensa de su propio terreno, evitándose así el desplazamiento de un lado para otro de los compañeros, cosa que daba la ventaja de conocerse todo el mundo entre sí y evitar infiltraciones de elementos contrarios desconocidos.

El día 15, *Solidaridad Obrera* dio la noticia de que los militantes de la CNT y de la FAI habían permanecido en vela toda la noche, patrullando por la ciudad y vigilando los movimientos sospechosos de los enemigos. Y, efectivamente, era así. Las armas de que se disponía eran muy escasas; en general, pistolas de pequeño calibre y con poca munición. Se tenía también algunos “Winchester”, recogidos cuando los tiraron las fuerzas de Estat Català en la madrugada del 6 de octubre, pero dichas armas largas se hallaban en reserva, pues la policía de la Generalitat, que igualmente patrullaba por las calles, solía cachear a los grupos y, en algunos casos, desarmarlos, aunque pronto se recuperaran las armas, ya que ni los policías ni los obreros tenían interés en iniciar una lucha entre posibles aliados.

Aquel día 15, según cuenta un testigo que se encontraba presente, Durruti fue visitado por un individuo vestido elegantemente con un traje claro de verano. Ambos se encerraron en una habitación y permanecieron discutiendo un buen cuarto de hora. Cuando el visitante se marchó, Durruti le dijo al testigo en cuestión:

“-Es Pérez Farràs, el comandante de los Mossos d’Esquadra, que viene a sondearnos para saber lo que tramamos. Saben que, sin nosotros, les ocurrirá lo que les pasó en octubre; y, sin embargo, nos tienen miedo. No quieren darnos armas. Su táctica es la de valerse de nosotros de carne de cañón...”²⁰²

El 16 de julio se celebró, por la noche, una gran asamblea de Comités de Defensa en el local de “La Farigola”, en el Clot, que era donde el Sindicato Fabril y Textil tenía ubicado su domicilio social. En esa reunión se informó de que era muy dudoso que la Generalitat entregara armas a la CNT, y que los militantes te-

nían que hacerse a la idea de que las armas habría que conquistarlas, siguiendo el plan establecido, es decir, asaltando el cuartel de Sant Andreu.

El día 17, si seguimos la narración que hace Santillán de estos hechos, una delegación de la CNT se entrevistó con el Conseller de Governació de la Generalitat, Josep María España, y le planteó la necesidad de que se armara a mil militantes, con los cuales la CNT aseguraba la derrota de los militares. España aseguró que la Generalitat no disponía de armas, y que, quizá, en último instante, pudieran facilitarse algunas pistolas. Sobre el particular, Santillán comenta:

“Tuvimos la neta impresión de que si los políticos temían al fascismo, aún nos temían más a nosotros (...). En vísperas del 19 de julio, hubimos de consagrar todas nuestras energías para defender las pocas armas de que disponíamos, intercediendo cerca de las comisarías de policía, de las que sus miembros habían desarmado a algunos de nuestros compañeros que realizaban sus patrullas nocturnas”²⁰³.

Aquel día 17, la censura tachó un manifiesto de la CNT y de la FAI que publicaba *Solidaridad Obrera* dando instrucciones a la clase obrera. Pero como el manifiesto era urgente, se imprimió clandestinamente y se distribuyó a mano. En la noche de este día el rumor público aseguraba —y era verdad— que las tropas se habían sublevado en Marruecos contra la República, pero los diarios vespertinos no daban la menor noticia sobre el hecho, pero sí publicaban una nota del Gobierno en la que éste aseguraba “controlar la situación”.

Aquella misma noche del día 17 al 18, un grupo de obreros del Sindicato del Transporte Marítimo, orientados por el marino Juan Yagüe, tomaron por asalto varios barcos mercantes, recuperando de sus dotaciones armas consistentes en unos doscientos fusiles, que se distribuyeron inmediatamente entre varios sindicatos, entre ellos el Metalúrgico, sito en la Rambla Santa Mónica. La noticia del asalto a los barcos mercantes llegó a la Conselleria de Governació, y España ordenó al Comisario General de Orden Público, capitán Federico Escofet, que recuperara inmediatamente esos fusiles. Escofet encomendó dicha misión a su Jefe de Servicios, comandante Vicente Guarner. Guarner se presentó en el Sindicato Metalúrgico, acompañado por una Compañía de Guardias de Asalto, dispuesto a tomar por la fuerza el Sindicato y desarmar a los ocupantes. Benjamín Sánchez, que era el secretario de ese sindicato, salió al encuentro de Guarner y, al conocer el propósito que le animaba, le dijo categóricamente que no siguiera adelante si verdaderamente deseaba que no comenzara ya la lucha entre la CNT y la Guardia de Asalto. Su razonamiento era el siguiente:

“La Generalitat rechaza armar al pueblo pretextando que no dispone de armas; y cuando los obreros demuestran que sí existen armas entonces recurre a la

203. Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977. En la edición francesa, escribíamos como bueno que una comisión de la CNT y de la FAI se entrevistó con Lluís Companys. Otros escritores han comentado, también, que García Oliver y Durruti se entrevistaron con Escofet. Ni lo que nosotros afirmábamos entonces, ni esto último es cierto. García Oliver nos escribe aclarando que ellos no vieron a Companys hasta que éste les llamó el día 20 de julio. En cuanto a Escofet, no hubo ningún trato directo antes del 19 de julio. Hacemos esta importante rectificación, y con ello cumplimos un deber para con la historia.

policía para desarmarlos. En estas horas trágicas que estamos viviendo, ¿no le parece a usted, comandante, que es infantil el prurito de mantener el principio de autoridad?”²⁰⁴.

A Benjamín Sánchez le sobraba la razón, y bien lo sabía el comandante Guarner, quien estaba perfectamente al corriente, por haber sido ya detenido el capitán de Guardias de Asalto Valdés, y habérsele ocupado las órdenes que tenían las tropas para sublevarse. Y sabía aún más, por ejemplo: que la guarnición militar de Barcelona estaba compuesta de unos seis mil hombres, sin conocerse exactamente el número de falangistas o gente de derecha que pudieran hacer causa común con los militares alzados. Sabía que frente a esa fuerza la Generalitat sólo podía oponer unos mil novecientos sesenta guardias de Seguridad y de Asalto. Y, además, sabía que los tres mil guardias civiles que estaban a las órdenes del general Aranguren eran una fuerza dudosa que, en cualquier momento, podía volcarse en favor de los sublevados. Guarner conocía todo eso y, sin embargo, como órdenes son órdenes, estaba dispuesto a empezar ya la lucha entre la policía y los obreros... Fuese accidentalmente, fuese porque alguien les previniera, el caso es que aparecieron en escena García Oliver y Durruti. Guarner consideró que estos “jefes” comprenderían mejor la delicada situación, y explicó a García Oliver que necesitaba efectuar un registro y llevarse los fusiles. Durruti se exaltó y le dijo:

“Hay circunstancias en la vida en las que es imposible ejecutar una orden, por muy alto que esté la persona que la haya dado. Es desobedeciendo que el hombre se civiliza. En su caso, civilícese haciendo causa común con el pueblo. A estas horas el uniforme ya no representa nada. Y no hay más autoridad que el orden revolucionario, y ese orden exige que los fusiles estén en manos de los trabajadores”²⁰⁵.

Le convencieran o no los argumentos que Durruti dio a Guarner, el caso fue que se buscó “salvar el prestigio de la autoridad” entregándole una docena de fusiles inservibles.

Vicente Guarner y Federico Escofet, en las dos obras que han escrito con relación a la guerra, mencionan muy especialmente esta cuestión de los fusiles. El primero habla de que se llevó 50 o 60 fusiles, el segundo escribe que recuperó su totalidad, es decir, los 200 fusiles. La verdad, la escueta verdad, es que no salieron del Sindicato de los Metalúrgicos nada más que esa docena de fusiles inservibles, y que por mucho que Guarner hubiera registrado no hubiese dado con ellos, por la obvia razón de que habían sido distribuidos inmediatamente a los Comités de Defensa de las Barriadas²⁰⁶.

204. Comunicado al autor por Benjamín Sánchez, que era en aquel momento secretario del Sindicato Metalúrgico de Barcelona. Santillán, en la op. cit., da también detalles sobre este asunto.

205 *Idem*.

206. Nos consta, por haber sido testimonio, que en la misma noche se repartieron fusiles, procedentes del puerto, en el Camp de l'Arpa (Horta-Guinardó) a los GG. de DD. de esta barriada.

El sábado, 18 de julio, fue un día intenso en actividades y tenso en nervios. A pesar de todos los esfuerzos que la CNT había hecho para recuperar armas, los resultados fueron negativos. Ciertamente que algunos jóvenes obtuvieron armas desarmando a los serenos de la ciudad, pero esos "Smith 38", con seis balas, servían más de ostentación que de eficacia. Quedaban en reserva la docena de armerías que se pensaba asaltar en un momento dado. Pero ¿qué significaba eso frente a los fusiles y los cañones? La única esperanza estaba en poder llevar a efecto el asalto al cuartel de Sant Andreu, y fue hacia ese lugar adonde se recomendó ir a los trabajadores.

Por su parte, la Generalitat tomaba medidas que podía pensar que eran eficaces, pero que, en realidad, rayaban en lo absurdo: emitió una orden en virtud de la cual los soldados no estaban obligados a obedecer a sus jefes. Y esa disposición fue respaldada por otra no menos absurda, por la que destituía a los jefes que se suponía de simpatías fascistas. Los soldados estaban acuartelados, a merced de sus jefes, y encuadrados por los falangistas que iban entrando en los cuarteles. De la segunda orden, "los destituidos" podían reírse, puesto que justamente estaban obrando para destituir a Lluís Companys.

A las 23.30 horas Durruti, Ascaso y García Oliver se encontraban en la Conselleria de Governació, en un último intento por convencer a España que desarmara a una parte de la Guardia Civil y de Asalto para armar a los obreros. El general de la Guardia Civil Aranguren hacía votos de su fidelidad a la República de los hombres que mandaba. Mientras se discutía en el interior de Governació, la Plaza Palacio fue llenándose de obreros que acudían de la Barceloneta exigiendo armas. Tres compañías de Guardias de Asalto estacionadas en la Plaza protegían el edificio gubernamental. La multitud fue aumentando con los que continuaban llegando, hasta cubrir virtualmente la Plaza y el Paseo Colón. El Conseller España dio muestras de inquietud, y demostró aún más su miedo cuando rogó a García Oliver que saliese al balcón y dijera algo para calmar a los obreros. García Oliver salió al balcón y dijo a los portuarios lo mismo que la Generalitat venía diciendo desde hacía una semana: "que no disponía de armas para armar a los trabajadores". Estas palabras fueron muy mal recibidas, y el gentío reunido abajo contestó con un grito unánime: "¡Octubre! ¡Octubre...!" España, Companys y todos cuantos disponían de resortes de mando y control sobre las armas comprendieron perfectamente lo que aquel grito significaba. Sin embargo, quedaba claro que se temía más a la clase obrera que a los fascistas. ¿Sacaría lecciones provechosas la clase obrera de la actitud en Barcelona del Govern de la Generalitat en la noche del 18 de julio?

Mientras en Governació se continuaba discutiendo nerviosamente —con pasión García Oliver y con un manifiesto desprecio Francisco Ascaso—, sonó el teléfono y España tomó el auricular. Las noticias que recibía no debían agradarle mucho por la palidez que iba cubriendo su rostro. Cuando colgó el aparato, les dijo a los delegados de la CNT:

"-¡Esto no puede ser, esto es el desorden! Se me dice que la gente de la CNT está requisando coches que pintan con las letras de sus Sindicatos...! ¡Que se ha asaltado las armerías de la capital! ¡Vayan, vayan ustedes a calmar a esa gente!"

Durruti se quedó mirando fijamente al Conseller España. Avanzó hacia él y, separados sólo por la mesa de oficina, golpeó duramente sobre ella a la par que le decía:

“-Pero ¿por quién nos ha tomado usted? ¡Nosotros somos los representantes de esa gente que grita en la calle pidiendo armas, representantes de los que requisan coches y asaltan armerías, los representantes de una clase obrera que no quiere ir indefensa a la lucha, pero no somos los lacayos del poder! Es obligación suya, señor España, ir a “calmar a esa gentuza”, como usted llama a la clase obrera...”

“-Aquí no hay nada más que hacer, amigos —dijo Durruti a sus compañeros”.

Y los tres abandonaron la Conselleria de Governació. Al salir se cruzaron con Diego Abad de Santillán, que iba acompañado de dos militantes del Sindicato de Construcción, con la misión también de reclamar armas. No hubo necesidad de amplias explicaciones, pero Santillán, seguido de sus acompañantes, insistió en ver a España. Esta gestión de Santillán no fue completamente inútil, pues cuando se anunciara la salida de la tropa a la calle, un oficial de Asalto, sin pedir permiso a nadie, comenzó a buscar por las habitaciones del Palacio hasta que dio con una caja conteniendo cien pistolas que entregó a Santillán ²⁰⁷.

Ya en la calle, Durruti, Ascaso y García Oliver hablaron con los portuarios. García Oliver les aconsejó se dirigieran hacia Sant Andreu, pero Durruti le contradujo considerando que era mucho mejor que permanecieran allí mismo exigiendo armas y montando vigilancia en torno al cuartel de Artillería de los Docks y el de Infantería del Parque de la Ciudadela.

El oficial que debía asumir la dirección del levantamiento fascista en Barcelona ciudad y el resto de Cataluña era el general Goded, designado en último momento por el general Mola; pero el general Goded se encontraba en las islas Baleares como comandante militar de dicho archipiélago. Su llegada a Barcelona desde Mallorca estaba anunciada para el amanecer del 19 de julio. Mientras llegaba Goded la dirección del movimiento la asumió el general de Caballería Burriel, el más antiguo de los generales con mando en la plaza de Barcelona. Burriel se encontraba en el cuartel de Caballería de la calle Tarragona al mando del Regimiento Montesa. Y era desde allí desde donde enlazaba con los demás cuarteles dirigiendo la sublevación.

Como Capitán General de la Región se encontraba el general Llano de la Encomienda. Este general comprendió desde un principio que la oficialidad que le rodeaba se había pasado en su mayoría al bando de los conspiradores y que, por lo tanto, podía considerarse prisionero. Sin embargo, Llano de la Encomienda podía ser aún muy útil al poder de la Generalitat no declarando el Estado de Guerra, cosa que le pedía insistentemente el general Burriel, a fin de maniobrar mejor con sus tropas escudándose en el citado bando.

En el Gobierno Militar o Dependencias Militares, potente edificio enclavado

207. Diego Abad de Santillán, *op. cit.* Nos servimos del testimonio de Miguel García Vivanco sobre el empleo de su tiempo por parte de Durruti y García Oliver en la noche del 18 al 19 de julio.

en la esquina Ramblas-Paseo Colón, se encontraban reunidos infinidad de jefes militares, dependientes de los servicios burocráticos del Ejército que obedecían todos a Ramón Mola, hermano del general, el cual actuaba como su representante en Cataluña.

Pasemos revista a las fuerzas militares que iban a sublevarse al amanecer del día 19 ²⁰⁸:

Regimiento número 10, perteneciente a la VII Brigada de Infantería, bajo el mando del general Angel San Pedro. El Regimiento sublevado tenía su cuartel en Pedralbes, y a su mando estaba el coronel Fermín Espallargas. Casi la totalidad de los oficiales de este Regimiento estaba comprometida en la sublevación. El comandante López Amor asumió la dirección de los dos batallones, después de encarcelar a Fermín Espallargas y a San Pedro, que se mantuvieron fieles a la República. Dados los permisos veraniegos, no se conoce (aún) la cifra exacta de los hombres que componían dicho Regimiento. No obstante, no bajaría la cifra de 600, más los falangistas o jóvenes de la derecha que aquella tarde fueron incorporándose a los sublevados. Su armamento era de 17 ametralladoras y cuatro morteros.

Regimiento número 34 (antes Alcántara). Cuartel del Parque de la Ciudadela (calle Sicilia). Estaba al mando del coronel Jacobo Roldán, comprometido en el movimiento. En este cuartel la mitad de la oficialidad estaba comprometida, lo que se traducirá más tarde en una media neutralidad. Sus componentes podían calcularse en hombres y material bélico al anterior.

II Brigada de Caballería, al mando del general Alvaro Fernández Burriel, quien se propuso dirigir la sublevación en Barcelona. Los dos Regimientos de esta brigada tenían sus cuarteles en el Regimiento número 4 (antes Montesa) en la calle Tarragona, al mando del coronel Pedro Escalera. El número de sus componentes es desconocido, pero puede suponerse que sería de 600 hombres, como los de Infantería, pero su dotación era menor, ya que contaba con 6 ametralladoras. En este cuartel, el general Burriel había establecido su puesto de mando. El Regimiento número 3 (antes Santiago). Cuartel de Lepanto, al mando del coronel Francisco Lacasa. Casi toda la oficialidad, incluido el coronel, estaba comprometida. Su dotación bélica y hombres, más o menos como el anterior.

Brigada de Artillería. Estaba bajo el mando del general Justo Legorburu, comprometido en el alzamiento militar. Esta Brigada se componía de dos Regimientos. El Regimiento número 7 tenía su cuartel en Sant Andreu, y estaba mandado por el coronel José Llanas. Estaba compuesto por dos grupos de tres baterías de cuatro piezas de 10,5 "Vickers" (24 piezas) cada uno. La oficialidad estaba dividida, pero vencieron los sublevados, los cuales sacaron las piezas a la calle, acompañadas con ametralladoras.

En Sant Andreu se encontraba también el Parque Central de Artillería y el depósito general de armamentos, en el que el Comité de Defensa de la CNT-FAI

208. Utilizamos la obra de Francisco Lacruz, *Barcelona bajo el terror, para el movimiento de tropas rebeldes y lo relativo a sus asuntos internos*.

suponía que existían unos nueve mil fusiles; luego, después de su asalto se habló de treinta y cinco mil. De cualquier manera, la cifra era importante, y el C. de D. C. no estaba desencaminado al señalarlo como el arsenal de la revolución.

La mentada Brigada de Artillería, a más del Regimiento número 7, disponía de otro en reserva en las proximidades de Barcelona (Mataró), el cual disponía de 16 piezas.

Regimiento de Montaña número 1. Lo mandaba el coronel Francisco Serra y tenía su cuartel en la Avenida Icaria (los Docks). Disponía de 24 piezas “Skoda” de 10,5. Excepto el coronel, toda la oficialidad estaba comprometida en el levantamiento. En este cuartel residía el núcleo básico de la conspiración, en el que era su representante de la UME el capitán López Varela.

Batallón de Ingenieros. Tenía su cuartel en la calle de las Cortes, próximo a la Plaza de España. Sus efectivos en hombres serían de unos 400.

La *Base de Aviación Militar del Prat del Llobregat* estaba mandada por el coronel Díaz Sandino, afecto a la República. Disponía de tres escuadrillas de cinco aparatos cada una, marca “Breguet”. La mayoría de los oficiales eran adictos a la República siendo con algunos de ellos que el Comité de Defensa Confederada mantenía relaciones. Sin embargo, al amanecer, varios de los oficiales fascistas desertaron pilotando aparatos, seguramente de los que se encontraban en mejor estado.

La aviación naval contaba con 10 hidroaviones marca “Savoia”. Toda la base, salvo algunos mecánicos, estaba comprometida con el alzamiento. Fue de esa base desde donde salieron por la madrugada los “Savoia” que debían trasladar a Godes de Mallorca a Barcelona.

Comandancia de Carabineros. Este cuerpo estaba compuesto de unos 400 hombres, con cuartel en la calle San Pablo. Se mantendrá neutral, pero su inclinación iba hacia los sublevados. El hecho de no incorporarse fue debido a que se le cercó a partir de las primeras horas del 19 de julio.

Guardia Civil. Disponía en toda Cataluña de tres mil hombres al mando del general Aranguren, que se declaró afecto a la República. En Cataluña había dos Tercios (equivalente a Regimientos). El 19, guarnecía Barcelona y se encontraba al mando del coronel Antonio Escobar, con cuartel en la calle de Ausias March. Lo formaban dos comandancias (equivalentes a Batallones) de cuatro compañías. El Tercio número 3, al mando del coronel Francisco Brotons, tenía sus fuerzas repartidas por toda Cataluña, pero con un retén, cuyo número ignoramos, en Barcelona. Además de estos dos Tercios, existía una Comandancia de Caballería, con cuartel en la calle Consejo de Ciento, compuesta de tres Escuadrones de 150 hombres cada uno. El estado de espíritu de estas fuerzas era netamente adverso a la República; y tanto era así que a las seis de la mañana del 19 de julio se encargó a un escuadrón, al mando del comandante Suero, que saliera a fortalecer la acción de los Guardias de Asalto; y lo primero que hicieron fue pasarse al lado de las fuerzas del Regimiento de Caballería número 3, virtualmente sitiadas por el pueblo en el llamado “Cinc d’Ors”, actualmente Plaza de la Victoria, en el cruce Diagonal-Paseo de Gracia. Como las fuerzas de Carabineros, y aún peor, desde las cinco de la mañana del 19 de julio hasta las 14 horas, su actitud fue una preocupación constante para los revolucionarios. Incluso la propia Generalitat, con la

idea de controlar directamente a esas fuerzas, ordenó al general Aranguren que las concentrara en la Plaza de Palacio a las 7 de la mañana.

Las fuerzas militares que había diseminadas por la región catalana eran, en su mayoría, solidarias de los sublevados; el hecho de que ninguna de esas fuerzas pudiera responder a la llamada que les hacía el general Goded, a las 15 horas del 19 de julio, para marchar sobre Barcelona, obedecía, primero, al fuerte efecto psicológico que les produjo la vertiginosa derrota de los militares en Barcelona, y, segundo, a que los Comités Revolucionarios, formados inmediatamente, cercaron dichas tropas, impidiéndoles todo movimiento.

¿Qué podía oponer la Generalitat a esas fuerzas? la respuesta nos la da Vicente Guarner, Jefe de Servicios en la Comisaría General d'Ordre Públic en aquellos momentos:

“En nuestra enorme inferioridad, el “hierro de nuestros escuadrones armados” no era más que modestas limaduras. Nuestros cálculos hacían suponer que tendríamos que enfrentar fuerzas disciplinadas, aunque mal dirigidas, que podrían consistir aproximadamente en unos 5.000 hombres, con 24 piezas de artillería, 48 ametralladoras y 20 morteros pesados, por frente a nuestros 1.960 guardias de Seguridad y de Asalto, apoyados, en forma precaria para la lucha callejera, por 16 ametralladoras y 8 morteros ligeros. Era incierta todavía la actitud de la Guardia Civil, y nuestros viejos guardias de las compañías locales de Seguridad estaban desentrenados militarmente (...). Tampoco teníamos granadas de mano, ni siquiera bombas lacrimógenas (...). La perspectiva no podía ser más desoladora”²⁰⁹.

El Estado Mayor de la Generalitat, compuesto por Escofet, Guarner y el comandante Arrando, trazó su defensa de la capital catalana por los supuestos que ellos entendían aplicarían los sublevados. Tomaron puntos esenciales sobre los cuales giraría su defensa: “El Cinc d'Ors” —por el que querían hacer concentrar todas las fuerzas del enemigo— y la protección de Governació, haciendo frente a las tropas artilleras y de infantería del sector del Parque de la Ciudadela. Aquí y acullá diseminaron compañías de Asalto; unas, en la Plaza de España; otras, en el Puerto, protegiendo Aduanas y enfrentando Atarazanas; y, por fin, los cuarteles de Sant Andreu. Algunas tropas, protegiendo por Urquinaona y Plaza de Cataluña la Generalitat y la Comisaría General d'Ordre Públic. Cuando este plan de defensa se le confió a Díaz Sandino, éste “sugirió, ante la magnitud de las fuerzas que se iban a sublevar y la debilidad de las nuestras, que el Presidente de la Generalitat y sus consejeros, así como los altos funcionarios de Cataluña, se trasladaran a la base aérea del Prat del Llobregat...”²¹⁰. Con una moral de ese tipo, y con un reconocimiento claro de su inferioridad, si la clase obrera no intervenía, la repetición del 6 de octubre estaba más que clara. Y, sin embargo, todo cuanto hicieron las autoridades durante la semana que precedió al 19 de julio fue encaminado a desmoralizar a los trabajadores cuando no a afrontarlos con las armas en

209. Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Ed. G. del Toro, Madrid, 1975.

210. Federico Escofet, *Al servei de Catalunya i de la República*.

las manos como en la noche del 18 de julio en el suceso del Sindicato de Metalúrgicos.

Si observamos detenidamente el plan elaborado por los militares de la Generalitat y el que habían realizado los obreros del Comité de Defensa Confederacional, se ve una notable diferencia. El del Comité de Defensa Confederacional presupone una estrategia basada en la fuerza obrera. A la táctica clásica militar opone la táctica de guerrilla urbana, que permite que el enemigo se desgaste, y, aisladas sus unidades entre sí, derrotarlas una a una. Por otro lado, los obreros suponían que el interés de los militares residía en crear dos barreras, que aislaran el oeste de las barriadas obreras del este obrero industrial, y dominar el casco central de la ciudad, sector donde se encontraban los edificios oficiales con la central de Teléfonos y las Emisoras de Radio. Para impedir que se realizara ese plan, los grupos distraerían al máximo a las fuerzas sublevadas, y no permitirían en ningún momento que se estableciera, no solamente contacto entre los grupos sublevados, sino tampoco ninguno de ellos con sus cuarteles.

El plan que la Generalitat proyectó giraba en torno de un solo objetivo: "el Cinc d'Ors". Las medidas que se tomaron en Governació eran puramente defensivas, de protección. Y las que se señalan en el Cuartel de Sant Andreu, netamente dirigidas contra la clase obrera; es decir, para impedir a todo trance que los trabajadores asaltaran el cuartel y se hicieran con las armas. Esta medida fue tomada tan pronto se supo la insistencia del Comité de Defensa Confederacional a los aviadores para que bombardeasen el Parque de Artillería. En realidad, como tendremos ocasión de ver, no cumplieron su palabra, y cuando efectuaron el bombardeo era ya innecesario, puesto que a esa hora los obreros dominaban la situación y los núcleos sublevados resistían sin ninguna esperanza y, más bien, presionados los soldados por los oficiales, los cuales preferían morir en la lucha antes que caer en manos de los revolucionarios.

Hacia las tres de la madrugada del día 19 de julio, Durruti, Ascaso y García Oliver efectuaron una visita a los Comités de Defensa de las Barriadas y a los Sindicatos elegidos para la concentración de los obreros: el de la Madera, en la calle de Rosales, en el Paralelo; el de la Construcción, en la calle Mercaders, en pleno casco viejo del Barrio de Santa Catalina; el del Transporte y Metalurgia, en la Rambla Santa Mónica, corazón del Distrito Quinto y el Fabril y Textil, en el centro mismo de la gran barriada obrera de Sant Martí. Terminada la inspección, desde el Fabril y Textil, por la calle San Juan de Malta, descendieron hasta el n. 276 del Paseo de Pujadas, donde Gregorio Jover habitaba en el tercer piso, constituido en centro de reunión del grupo "Nosotros". Al verles entrar, todos lanzaron un suspiro de satisfacción. García Oliver y Ascaso, que estaban verdaderamente fatigados, se sentaron. Solamente Durruti, que parecía que sus energías se nutrían de la fatiga, permaneció de pie y aún tuvo humor para decir:

"-Estos tíos son capaces de no lanzarse tampoco hoy a la calle".

La broma de Durruti cayó en el vacío, porque todos estaban convencidos de que esta vez "era la buena". Y se hizo un silencio que no se rompió durante un buen momento, oyéndose solo el ruido que hacía Jover distribuyendo bocadillos de pan con salchichón, acompañados de un vaso de vino tinto. Todos comían,

salvo Ascaso, que bebía un café y apuraba nerviosamente un cigarrillo. La única nota de vida la daba una musiquilla lánguida que se dejaba oír por el viejo aparato de radio. De pronto, la musiquilla desapareció, y todos pusieron oído atento a lo que el locutor iba a decir. Se trataba de una angustiada llamada al pueblo francés, al que se le prevenía de que los fascistas iban a lanzarse a la calle de un momento a otro. Eran cerca de las cuatro de la mañana. Durruti, de quien pronto desapareció de su mirada su reflejo infantil, se ensombreció y paseó por unos momentos sus ojos por las personas que se encontraban allí: Ascaso, dando chupadas nerviosas al cigarrillo, como si tuviera prisa en terminarlo para encender otro; García Oliver, que miraba a Aurelio Fernández, como extrañado de su habitual indumentaria de elegante traje, mostrando del bolsillo superior de la americana el pico de un pañuelo blanco; Ricardo Sanz, que devoraba con verdadera hambre su bocadillo, mientras sostenía en su mano derecha un medio vaso de vino; Gregorio Jover, delgado, de cara bien chupada, yendo y viniendo de la cocina al comedor; Antonio Ortiz, pasándose y repasándose la mano por la cabeza, poniendo orden a los mechones rebeldes de su ensortijado cabello negro; y, por fin, “El Valencia”, el mayor, recién ingresado en el grupo, de la estatura de Ascaso y nervioso como él, fumaba cigarrillo tras cigarrillo. ¿Qué impresión podía sacar Durruti de la excursión de su mirada? En aquellos momentos, sólo se podía pensar en una cosa: ¿quién de los presentes sobreviviría a la incierta batalla que se iba a iniciar? La voz de García Oliver rompió el silencio:

“-¿Está montada la ametralladora?”

La ametralladora era una vieja “Hotchkiss”, que había sido extraída pieza a pieza del cuartel de Atarazanas.

“Sí —respondió alguien—, y ya está instalada en el camión. No hay que bajar nada más que los cacharros que hay en el cuarto”.

Los “cacharros” eran dos fusiles ametralladores y varios “Winchester” de repetición. Volvió de nuevo a hacerse el silencio. Un silencio cargado de inquietudes y de angustia... Unos golpes discretos en la puerta, y luego la noticia: “Las primeras tropas comienzan a salir del cuartel de Pedralbes”. Todos saltaron, como movidos por un resorte, y cada uno empuñó un arma. En la calle, mirando hacia Poble Nou, había dos camiones y una docena de hombres dándoles escolta. Los hombres del grupo “Nosotros” se repartieron entre los dos camiones, y los que los escoltaban también. El que iba delante llevaba la ametralladora y un banderín rojinegro que empezó a tremolar con el viento a la marcha del vehículo. A medida que los camiones avanzaban en dirección al centro de Barcelona, los grupos de obreros que habían estado patrullando toda la noche los saludaban con el grito que, en pocas horas, iba a ser la consigna única de toda la ciudad: “¡CNT-FAI!”²¹¹.

En la Plaza de Palacio, en la que miles de obreros seguían inútilmente pidiendo armas, también se dio la noticia de la salida de las tropas. Por un mo-

211. Aurelio Fernández y Miguel García Vivancos nos testimoniaron sobre los detalles de aquella noche, y, en líneas generales, nuestro relato es coincidente con el que hace Luis Romero en *Tres días de julio*.

mento, cesaron los gritos, y todos los que estaban allí se miraron cara a cara. La mirada y el silencio fue profundo, verdaderamente hondo, que no interrumpió siquiera la salida precipitada de Santillán, con sus dos compañeros cargados con las célebres cien pistolas encontradas tan oportunamente. Uno de los guardias de Asalto miró a la multitud y se miró a sí mismo; se vio con un fusil en la mano y una pistola en el cinto. Una de las dos armas era inútil, y había tantos hombres desarmados... Ese guardia fue el primero en romper la disciplina, que pronto se contagió al resto de sus compañeros. Echa mano al cinto, saca la pistola, y dándosela al más próximo, le dijo:

“-Toma, compañero, ¡vamos juntos a luchar!...”²¹².

En todos los relojes de Barcelona marcaban sus manecillas las 4,45 horas del día que sería el más largo en la vida de miles de hombres. A esa misma hora, como había sido convenido por la CNT y sus Comités de Defensa de Barriada, las sirenas de todas las fábricas comenzaron a sonar a un mismo tiempo: la hora de la lucha sonaba...

212. Varios testimonios, entre ellos el viejo militante aragonés y portuario, Lecha, nos han comunicado estos hechos.



Arriba: Barcelona, septiembre 1936. Foto en la terraza de la Casa CNT-FAI. De izquierda a derecha: Martín Gudell, lituano, asesor para asuntos internacionales de la CNT-FAI; Mariano R. Vázquez, secretario general del Comité Regional de la CNT de Cataluña; su compañera, Conchita; Feroze Ghandi, abogado y marido de Indira Ghandi, hija de Nehru, que aparece en el fondo; entrambos, Bernardo Pou, responsable de los Servicios de Información y Propaganda de la CNT-FAI. Nheru Sri Jawaharial (1889-1964), visitó la España republicana como miembro Presidente del Partido del Congreso Nacional Hindú. Después de visitar España y con el fin de llamar la atención del mundo sobre lo que ocurría en este país, escribió un libro, "Spain! Why?" que publicó en Londres en 1937. Abajo: "Casa Cambó" o Fomento del Trabajo Nacional, conocida después del 19 de julio de 1936 por la "Casa CNT".





Arriba: Barcelona, agosto-septiembre de 1936. Reunión plenaria del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, constituido el 21 de julio de 1936 y disuelto el 28 de septiembre de aquel mismo año. La sede de aquel organismo se hallaba en el edificio de la Escuela Náutica. Abajo y página siguiente arriba: Durruti en el Frente con los milicianos. Página siguiente, izquierda: María Ascaso, hermana de Francisco Ascaso, junto a Durruti, durante una visita que ésta hizo a la Columna en el Frente aragonés. Anciana campesina enrolada con los milicianos, descansa un momento sentada sobre los sacos terreros de una trinchera. Derecha: la escritora francesa Simone Weil, vistiendo el clásico mono azul de los milicianos, mientras formó parte del Grupo Internacional de la Columna "Durruti"







Arriba: dos de las últimas fotos que le hicieron en vida a Durruti. La de la izquierda pertenece ya a su estancia en el frente de Madrid.

Abajo: Bujaraloz, octubre 1936. Durruti y su compañera que cooperaba en la Columna en los trabajos administrativos, prensa e intérprete.





Arriba: Juan García Oliver, destacado miembro de la CNT en el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Anarquista intransigente, fue ministro de Justicia de la República durante la guerra civil, cargo que aceptó atendiendo a su "responsabilidad militante". Foto realizada en su exilio en México. *Izquierda:* Durruti en los primeros días en Aragón, como delegado de la Columna anarquista que llevaba su nombre (julio 1936). *Abajo:* el mexicano Enrique Obregón, secretario de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona, muerto en la conquista de la Telefónica.





Arriba, izquierda: otra de las últimas fotos de Durruti.

Derecha: Jesús Collén, del "Grupo Metalúrgico", muerto durante el ataque a Pina de Ebro el 3 de agosto de 1936.

Abajo: Bujaraloz. Durruti dirigiéndose a sus hombres para anunciarles la marcha de una fracción de la Columna al frente de Madrid.





Arriba: Frente de Aragón. Septiembre de 1936. Centuria compuesta por campesinos de Calanda (Teruel) perteneciente a la Columna "Durruti".

Abajo: Federica Montseny —en nombre de la FAI— se dirige a los asistentes al mitin celebrado el 25 de octubre de 1936 en la Plaza de Toros Monumental de Barcelona.





Arriba, izquierda: Frente de Aragón. Octubre de 1936. Durruti acompañado de Francisco Cabré, piloto de aviación que le acompañaba en sus visitas de inspección del frente.

Derecha: Durruti en Bujaraloz, poco antes de partir su columna hacia el frente de Madrid.

Abajo: Mariano Rodríguez Vázquez, "Marianet", secretario general de la CNT, durante una concentración masiva en la plaza de toros de Barcelona en el otoño de 1936.

Página opuesta, arriba izquierda: Durruti en el frente de Aragón. *Derecha:* milicianos de la Columna "Francisco Ascaso" se fotografían poco antes de partir. Barcelona, 13 de agosto de 1936. *Centro:* frente de Aragón, una de las numerosas trincheras. *Abajo:* Prensa de campaña. Taller tipográfico ambulante de la Columna "Durruti", en el cual se imprimía el diario o boletín de guerra *El Frente*.









Página anterior. Arriba y abajo: Durruti en el frente conversa con los compañeros. Centro: grupo de milicianos partiendo de Barcelona hacia el frente. En esta página, arriba: un grupo de la Columna "Durruti", durante la visita a la misma del anarquista francés Sebastien Faure (en el centro de la foto). Los otros personajes son: a su derecha, Durruti, con Sol Ferrer (hija del pedagogo libertario Francisco Ferrer y Guardia). La joven que se halla entre Ruano y Mora es la hija de Sol. Era miembro de la Columna y fue asesinada por los estalinistas del PCE durante los enfrentamientos de mayo de 1937 en Barcelona. Abajo: avance de la Columna "Durruti" en Bujaraloz.





Arriba: Bujaraloz (Zaragoza), agosto de 1936. De izquierda a derecha: el sargento Manzana, consejero militar de la Columna "Durruti"; Durruti, delegado general de la Columna, y Francisco Carreño, miembro del Comité de Guerra.

Abajo, izquierda: Barcelona, 28 de agosto de 1936. Salida hacia el frente de Huesca de la Columna anarcosindicalista "Los Aguiluchos". A la cabeza de la misma figuran García Oliver, Ricardo Sanz y otros miembros destacados de la FAI. Derecha: Camilo Berneri, teórico anarquista italiano director del periódico *Guerra di Clase*, editado en Barcelona para los exiliados de su país. Denunció constantemente las maniobras de Stalin en España, muriendo por ello asesinado por la GPU durante las sangrientas jornadas de mayo de 1937 en la Ciudad Condal.





Arriba, izquierda: Kh. D. Mamsourov, (a) Hadji, de origen caucasiano. Según Ilya Ehrenbourg, Hadji podía pasar por español. Según éste, Hadji es el "Santi" consejero ruso que tuvo Durruti. Pertenecía a la G.P.U. Derecha: Barcelona, noviembre de 1936. Durruti dirigiendo el embarque de sus tropas con destino al frente madrileño.
Abajo: Sección francesa (Sebastien Faure) del Grupo Internacional de la Columna "Durruti".





Arriba: un alto en la marcha hacia el frente. La foto nos muestra uno de los camiones pertenecientes a la Columna "Durruti".

Abajo: la gente se agolpa alrededor de un camión blindado, perteneciente a la primera Columna "Durruti".

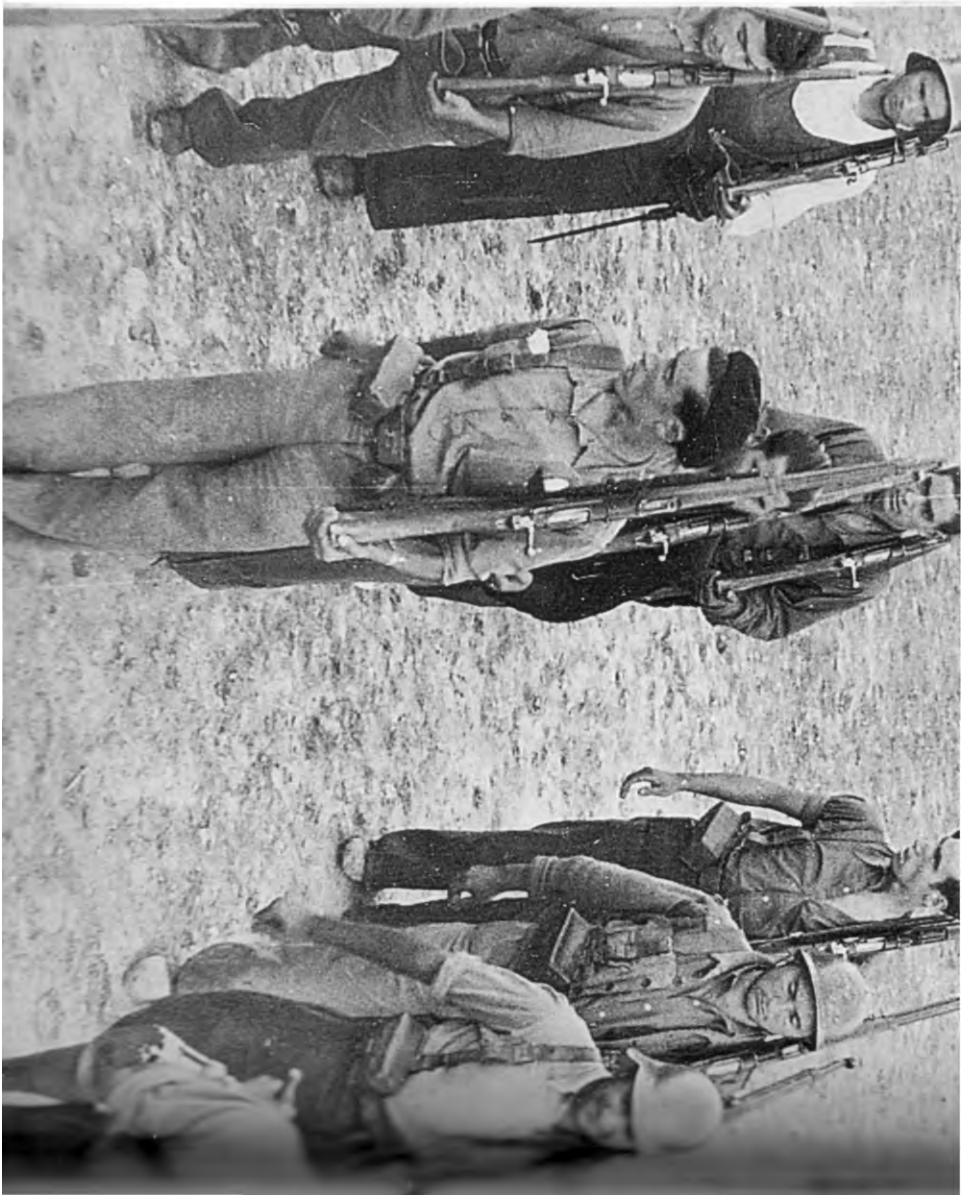


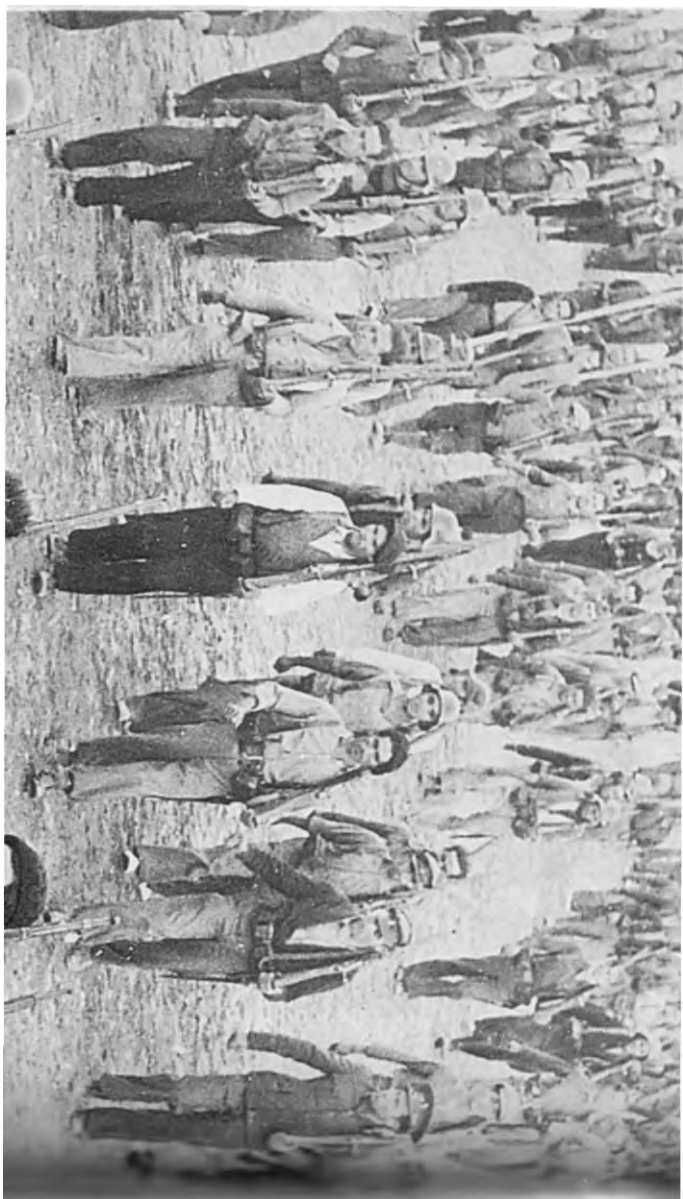


Arriba: Durruti rodeado de un grupo de milicianos en el frente de Aragón.
Abajo: Vehículos blindados de la Columna.

Página siguiente: formación de milicianos en el frente









T E R C E R A P A R T E

El revolucionario

Del 19 de julio al 20 de noviembre de 1936



Barcelona en llamas ¹

A las cinco de la madrugada los sublevados pusieron en marcha su aparato militar, mandados por jefes y oficiales que sabían muy bien lo que querían y soldados engañados que pensaban que iban a defender la República en peligro.

Salieron a la calle los regimientos de Caballería de Montesa, por la calle Tarragona hacia la Plaza de España, y el de Santiago, de su cuartel de la calle Lepanto, por la calle Industria hacia el “Cinc d’Oros”; la Artillería del Séptimo Ligerero de Sant Andreu, dividida en dos columnas, circunvalando una la capital y otra marchando transversalmente, se dirigieron ambas con objetivo Plaza de Cataluña; la Artillería de Montaña de los Docks, por la Avenida Icaria, marchó con objetivo Plaza de Palacio y dominio del Puerto de Barcelona; el Regimiento de Infantería de Badajoz, dejando a su espalda su cuartel en Pedralbes, avanzó por la Diagonal, con el objetivo de ocupar el centro de la capital, tomando para ello la calle de Urgell; las compañías del Batallón de Zapadores, dejando atrás su cuartel en la calle de Cortes avanzó por dicha ruta hacia la Plaza de España, para enlazar con los de Montesa y dominar la importante arteria del Paralelo, vía directa hacia el Puerto; el Regimiento de Infantería de Alcántara, con cuartel en la calle Sicilia, cerca del Parque de la Ciudadela, neutralizado por la división existente entre sus oficiales, su coronel Jacobo Roldán logró poner en marcha una compañía cuyo objetivo era la Emisora Radio Barcelona, en la calle de Caspe. ¿Contra qué enemigo van a luchar esas fuerzas? Sus jefes, algunos de ellos protagonistas en los hechos de octubre de 1934, se repiten constantemente: “En cuanto oigan el tronar de los cañones, la chusma correrá como conejos...” ².

¿La chusma? Unos Guardias de Asalto, que daban ya expresivas muestras de ruptura de la disciplina, mezclados con los obreros de la CNT y de la FAI, conforman una fuerza de guerrilla urbana que determinará los resultados de la lucha. A estas fuerzas se unían los grupos del POUM —tan desarmados como los de la CNT—, los activistas de la UGT, y, después, los más decididos militantes de la Esquerra Republicana de Catalunya, éstos bien armados por la Generalitat. Todo este conglomerado humano, que ante el peligro hacía abstracción de sus diferencias ideológicas, era el que formaba la avanzadilla para detener la maquinaria militar que proclamaba a su paso el Estado de Guerra.

1. Para la redacción de este capítulo hemos utilizado: *Tres días de julio*, de Luis Romero; Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Editorial Iman, Buenos Aires, 1943; Francisco Lacruz, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, y Abel Paz, *Paradigma de una revolución*, ed. AIT, París, 1967. Más testimonios directos.
2. Francisco Lacruz, *op. cit.*

¿Dónde estaban los Estados Mayores de uno y otro bando? El Estado Mayor de los sublevados se había instalado en Capitanía General, y lo dirigía el general Fernández Burriel, tras reducir a la impotencia al capitán general Llano de la Encomienda, abandonado por sus oficiales. ¿Y el de los otros, dónde se encontraba?

No precisamente en Governació, donde el Conseller España, pese a estar asistido por el general Aranguren y contar en la Plaza de Palacio con el 19 Tercio de la Guardia Civil y tres compañías de Guardia de Asalto de retén era incapaz de coordinar una acción o dar una orden.

Tampoco se encontraba en la Generalitat de Catalunya, donde Lluís Companys había aceptado la lucha “sea cual fuere la suerte que le espere”, pero que, tan pronto sonaron los primeros disparos apremiado por el Comissari General d'Ordre Públic, capitán Federico Escofet, se trasladó a la Vía Layetana, considerado el lugar más seguro para su persona ³.

Menos aún se encontraba dicho Estado Mayor en la Jefatura Superior de Policía, donde su comisario Escofet, rodeado de los comandantes Guarner y Arrando, tenía la pretensión de dirigir la lucha sobre un mapa de la ciudad, y había tratado despreciativamente a Julián Gorkin que, en nombre del POUM, le reclamara armas para sus militantes...

¿Dónde se encontraba, pues, ese Estado Mayor de la “chusma”? En realidad, no había Estado Mayor, sino una iniciativa descentralizada animada por los Sindicatos obreros, por los Comités revolucionarios de las Barriadas y por la fuerza entusiasta de una multitud de mujeres, hombres y chiquillos que acechan al enemigo, que toman la decisión de levantar barricadas aquí y más allá, poniendo, en cada adoquín que se pasa en cadena de mano en mano, un propósito de aplastar a los sublevados.

A las ocho de la mañana la situación estaba ya clarificada, bajo el sol de un mes de julio auténticamente mediterráneo. La columna del Séptimo Ligero de Artillería, al desembocar por la calle de Balmes a la Diagonal, quedó paralizada por las bombas de mano y tiros de pistolas mezclados con los disparos que hacían los mosquetones de los Guardias de Asalto. El otro destacamento de ese cuerpo de Artillería, que había cruzado transversalmente Barcelona, al descender por la calle Claris, su avance fue paralizado por los grupos apostados en la calle de las Cortes Catalanas. Los oficiales dieron orden de repliegue a los soldados, tomando los portales de las casas como lugar de refugio en los primeros momentos, y luego les conminaron a plantar las ametralladoras.

La infantería de Pedralbes, protegida en la calle de las Cortes Catalanas por un escuadrón de Caballería de Montesa, avanzó hacia la Plaza de la Universidad, haciendo irrupción en ella al grito de “¡Viva la República!”, lo cual creó una ligera confusión que le permitió aprehender a varios de los obreros que montaban guardia en dicho lugar y replegarse, con ellos, una parte del Regimiento hacia la Universidad, mientras el resto de los soldados a las órdenes del comandante López

3. Frederic Escofet, *Al servei de Catalunya i de la República*.

Amor, ganaba la Plaza de Cataluña, con la intención de descender por las Ramblas. Pero el recibimiento que se les hizo a tiro limpio rompió su formación militar, diseminándose su tropa y ocupando el Hotel Colón, el Casino Militar, la Maison Doré y, después de una refriega con los Guardias de Asalto, la central Telefónica.

En el sector de la Plaza de España, penetraron pie a tierra los de la Caballería de Montesa que llevaban con ellos una pieza de artillería mandada por un capitán llamado Sancho Contreras. Los soldados dan el mismo grito de “¡Viva la República!”, e inmediatamente comenzaron a tomar posiciones. Se produjo la misma confusión que en otros lugares, y ésta aumentó aún más cuando los Guardias de Asalto hicieron causa común con los soldados. Pronto los obreros reaccionaron y se entabló el tiroteo, aquí sólo de pistolas y de escopetas de caza. Los oficiales sublevados aprovecharon aquellos momentos de confusión para ocupar una parte de la Plaza de España y repartir sus tropas, unas por el Paralelo y otras por la calle Cortes, hacia la Plaza de la Universidad. Mientras tanto, el capitán Sancho Contreras plantó su cañón, dirigiendo sus tiros hacia una barricada que se había levantado al pie mismo de la Alcaldía de Hostafrancs. El cañoneo produjo 19 víctimas, pero nadie corrió si no fue para atender a los heridos. La gente se rehizo de su sorpresa, y los Guardias de Asalto reaccionaron, dejando abandonado a su capitán y pasándose al lado de los obreros. El estruendo de la fusilería y del cañoneo atrajo a más gente, y con ello se incrementó la lucha. Las mujeres, desde los balcones, lanzaban sobre la tropa lo que les venía a mano, junto con sus gritos angustiosos de “asesinos”, a la vista de unos pingajos de carne humana que el cañoneo había dejado colgantes de un árbol... El capitán Sancho Contreras tuvo su primera sorpresa: la “chusma” no corría ante los cañonazos, sino que rehacía su barricada y seguía a pie firme su resistencia. ¡Esta vez no era el 6 de octubre!

La lucha en la Plaza de España, quizá la primera que estalló aquella mañana, creó una confusión terrible que los sublevados aprovecharon para hacer pasar una compañía de infantería, al mando del capitán López Belda, que le sirvió al general Burriel, pasado también velozmente en un coche, para dominar en Capitanía General a Llano de la Encomienda. Pero fue ésa la única victoria de los sublevados.

La fracción de los soldados del Regimiento de Montesa, junto con los Zapadores que habían coincidido en aquel momento con ellos en la Plaza de España, tomó el Paralelo y tropezó en la Brecha de San Pablo con la barricada que levantaron los obreros de la CNT del Sindicato de la Madera. Viéndose repelidos por dicha fuerza, los oficiales sublevados utilizaron como escudo a los obreros que tomaron presos en su camino, y lograron así poner en la plaza varias ametralladoras que barrían virtualmente el ancho del Paralelo; pero los obreros continuaron haciendo frente, a pesar de las víctimas que las máquinas producían entre sus filas. El frente quedó, pues, estabilizado. Estos tampoco llegarían a cubrir su objetivo.

La Artillería de Montaña que salió de los Docks se encontró pronto con una gran sorpresa. Los obreros portuarios habían trasladado con carretillas eléctricas, desde el puerto, numerosas balas de papel prensado y, con ellas, formaron una inmensa barrera, tras la cual los portuarios de la Barceloneta, ayudados por la

Guardia de Asalto, formaron una línea de resistencia capaz de hacer frente a los cañonazos que ordenaban rabiosamente el capitán López Varela y el comandante Fernando Urzué. Este último estaba asombrado, pues había sido quien sostuviera la teoría de que la "chusma" correría al ver los cañones, al igual que corrió cuando él mandó disparar el 6 de octubre sobre la Generalitat. En este sector, el desconcierto era enorme. Se disparaba de todos los lados y no sólo de la barricada, sino desde los terrados de las casas. Los sublevados trataban de protegerse, mientras los mulos, cargados de armamento y abandonados a su suerte, relinchaban, yendo de un lado para otro o cayendo despedazados cuando había el acierto de hacer estallar sus cargas de explosivos.

En el "Cinc d'Ors", el Regimiento de Santiago, apoyado por el escuadrón de la Guardia Civil al mando del comandante Recas, que había hecho causa común con los sublevados, tuvo que paralizar su avance. Grupos de obreros, de la Guardia de Asalto y de la Guardia de Seguridad, lo pararon en seco. Se disparaba desde todos los lados: desde los terrados de las casas, desde detrás de los árboles y desde los portales, y también hicieron su aparición en un santiamén las barricadas, cuando se estabilizó la lucha.

El otro sector donde la lucha era intensa quedaba centrado en torno a la estatua de Colón, que comprendía la Puerta de la Paz, Aduanas, el cuartel de Atarazanas y Dependencias Militares, en cuyo último sitio se encontraba el animador en Barcelona del alzamiento fascista Ramón Mola, hermano del general que dirigía el alzamiento militar nacional desde Pamplona.

Atarazanas y Dependencias Militares, frente a frente, hacían un fuego cruzado, dominando la zona portuaria y toda la anchura de la Rambla Santa Mónica, hasta el antiguo mercadillo de libros de ocasión.

Algo más arriba de la Rambla Santa Mónica, los obreros del Transporte y de Metalurgia habían levantado una imponente barricada de lado a lado de la Rambla, impidiendo así su salida a la tropa de Atarazanas y Dependencias Militares.

En la Plaza Arco del Teatro, el Comité de Defensa local de la CNT y de la FAI instaló su puesto de coordinación, manteniendo de esta manera el contacto, por enlaces, con el Comité Regional de la CNT, que ya se había establecido en el imponente edificio del número 32 de la Vía Layetana, llamado "Casa Cambó", en el que el Fomento Nacional del Trabajo tenía instaladas sus oficinas. A través de las callejuelas del Distrito Quinto, se mantenían los contactos con el Paralelo; y por el llamado Barrio Gótico, con el sector de la Plaza de Palacio. El dominio por la CNT de esta arteria principal decidiría no sólo la eficacia de la orientación de la lucha, sino que, además, sería el factor principal de la victoria obrera, como García Oliver escribirá más tarde ⁴.

A las once de la mañana, en todos los puntos "calientes" que hemos dejado apuntados, la evolución era netamente favorable a los obreros:

4. *Le Libertaire*, 18 de agosto de 1938, Artículo de García Oliver titulado "Ce que fut le 19 de juillet" ("Lo que fue el 19 de julio")

A las 9.30 horas, las tropas del regimiento de Artillería de Montaña, que actuaba en el sector de la Plaza de Palacio, comprendiendo que era inútil todo avance, y antes de sentirse completamente diezmado, su comandante ordenó el repliegue a sus tropas para ganar el cuartel de los Docks; pero dicho repliegue no fue cosa fácil, pues a medida que los soldados lo iniciaron, las balas de papel que servían de barricadas avanzaban empujadas por unos, a medida que otros, resguardados tras ellas, disparaban. La retirada en tales condiciones fue un disloque general. Y a pesar de que las ametralladoras emplazadas por los sublevados barrían la zona de lucha, obreros y guardias dieron el asalto final, quedando presos varios oficiales, entre ellos López Varela, y en manos de los trabajadores varios cañones. Libres los soldados de la coacción de los oficiales, confraternizaron con los obreros uniéndose a ellos. Esto ocurría hacia las diez de la mañana a la vista de Durruti, que acababa de llegar al citado sector, para enterarse de la situación por informaciones que le daba el capitán de asalto que mandaba a los guardias que se batían, junto con los trabajadores, en aquella zona ⁵. Esta era la primera batalla que ganaban los obreros esa mañana. Los cañones, en manos de improvisados artilleros, uno de ellos el portuario Lecha, iban a acelerar el triunfo de los trabajadores sobre los facciosos... Los que pudieron ganar el cuartel se encerraron en los Docks, comenzando de esta forma un asedio tenaz al cuartel de Artillería de Montaña número 1. El pueblo, dueño de la calle, levantaba barricadas a menos de cien metros de la puerta principal. Esta situación de asedio se mantendrá hasta el asalto final al cuartel... Entre los facciosos el desconcierto era enorme debido a que no existía entre ellos comunicación alguna. A primeras horas de la mañana habían iniciado las comunicaciones mutuas a través de Francia ⁶, pero cuando el Comité Obrero, que había ocupado en la noche del sábado la Central de Correos, se dio cuenta de lo que ocurría, las interceptó, variándolas de tal manera que hundió aún más en la confusión a los comunicantes. Luchaban desconcertados, sin conocer exactamente la situación de unos y otros de los núcleos sublevados.

La compañía de Infantería que había salido del cuartel de Alcántara tropezó ya, a la altura del Arco del Triunfo en el Paseo de San Juan, con grupos de obreros que la fueron asediando, de tal manera, que no pudo cubrir su objetivo de ocupar la emisora de Radio de la calle Caspe. Su capitán, Maeztu, perdiendo hombres, porque o bien desertaban o bien caían heridos, fue retrocediendo hasta la Plaza de Urquinaona, y por la calle Lauria logró refugiarse en el Hotel Ritz; pero eso, que ocurría hacia las diez de la mañana, no era muy estimulante para el capitán Maeztu, que entraba en plena zona de peligro, puesto que en el cruce Claris-Cortés se decidía, por parte de los obreros, terminar con la resistencia de las ametralladoras del Séptimo Ligero, por el insólito procedimiento de lanzar contra ellas tres camiones a 120 kilómetros por hora que, en su marcha, arrollaron ametralladoras y hombres. Rotas las líneas, los obreros que se encontraban próximos

5. Luis Romero, op. cit.

6. Comité Nacional de CNT, *De julio a julio: un año de lucha*, Ed. Tierra y Libertad, Barcelona, 1937.

se lanzaron sobre las ametralladoras, que pronto comenzaron a abrir fuego contra sus antiguos dominadores.

A esa hora, Barcelona ardía por sus cuatro costados. Desde los campanarios de las iglesias, desde las casas burguesas, desde los centros de la derecha se tiroteaba a la gente que deambulaba por las calles. En dichas zonas, fuera de los centros activos de la lucha, también se habían levantado barricadas, y los obreros patrullaban por la calle; así, cuando se localizaba una casa desde donde se tiroteaba, o una iglesia, o un centro clerical, por propia iniciativa de la gente lo asediaban terminando por tomarlo por asalto. Los primeros incendios comenzaron ya a verse. Cuando caía una iglesia en poder del pueblo, después de haber silenciado al cura o curas que disparaban, se penetraba en ella, rociándola de gasolina y prendiéndole fuego a continuación.

Ante la resistencia que ponía el Regimiento de Santiago en el “Cinc d’Ors”, se cambió de táctica, llevando la guerrilla hasta sus últimas consecuencias, y, cuando el coronel Lacasa se dio cuenta de que sus tropas iban a encontrarse de un momento a otro acorraladas, ordenó una retirada escalonada para refugiarse en el convento próximo de los Carmelitas, lugar donde sería encierro y muerte de los restos del Regimiento de Santiago y del escuadrón de la Guardia Civil del comandante Recas, que encontraría allí la muerte en el asalto final.

En la Plaza de España, Plaza de la Universidad y Plaza de Cataluña —posiciones en línea recta—, se mantenía el combate sin avanzar ni retroceder; pero donde la situación resultaba verdaderamente trágica era en la Brecha de San Pablo, porque, si bien no avanzaba la tropa, por otra parte su resistencia permitía la comunicación con la Plaza de España y el Puerto, zona ésta última que era indispensable dominar ante un peligro de desembarco, en caso de que Goded, desde Mallorca, lo hubiera previsto. En torno a esta importante cuestión giró el cambio de impresiones que sostuvieron García Oliver, Ascaso y Durruti en la Plaza Arco del Teatro, hacia las 9 de la mañana.

Además de los nombrados se encontraba Belmonte, un militante del Sindicato de la Madera que les informaba de la situación que se había creado en la Brecha San Pablo, donde los militares, mandados por un capitán de la Guardia de Asalto que se había incorporado a los rebeldes, lograron emplazar sus ametralladoras y expulsar a los obreros de la barricada que ocupaban en el Paralelo. “Sin embargo —afirmaba Belmonte—, los compañeros no abandonan la partida y hacen frente disparando desde las azoteas de las casas, desde los portales, y desde donde puedan frenar el avance del enemigo”. Pero —agregaba— “la situación es difícil y deberíamos librarnos de esas ametralladoras que nos impiden todo movimiento en dicho sector”⁷. También se encontraban los sargentos Manzana y Gordo, que habían fracasado en su intento de apoderarse de Atarazanas, y, teniendo que huir por la puerta que daba a la calle de Montserrat, afortunadamente salieron llevándose unas cajas de municiones de fusil y cintas para ametralladora. A los reunidos se

7. Información de Pablo Ruiz. (Pablo Ruiz será a partir de noviembre de 1936, junto con Jaime Balius, uno de los animadores principales de la Agrupación “Los Amigos de Durruti”)

agregaron Antonio Ortiz y Aurelio Fernández. Este último se había desprendido de su planchada americana, y su camisa, que había sido blanca, ahora, pegada al cuerpo, presentaba el color amarillento que da la pólvora a la ropa.

“—Disparan desde el Hotel Falcón”, comenzaron a decir acercándose el grupo.

“—Efectivamente —replicó Durruti—, y nos asarán a tiros si no reaccionamos pronto”⁸.

Se tomó por asalto el hotel, limpiándolo de los improvisados tiradores. Restablecida la tranquilidad en la Plaza Arco del Teatro, se convino en trasladar la ametralladora disponible a la terraza de la casa donde se hallaba el restaurante “Casa Juan”, para, desde allí, atacar a Dependencias Militares. Esta operación quedó a cargo de los sargentos Manzana y Gordo, apoyados por un grupo de militantes del Sindicato del Transporte.

“—¿Qué hacemos con la Brecha?”, interrogó de nuevo Belmonte.

“—Vamos a limpiarla”, repuso Ascaso.

Se reunieron los militantes mejor armados de los que se encontraban allí y se formaron dos grupos con ellos. Uno saldría por la calle de San Pablo, dirigido por García Oliver; y el otro remontaría por la calle Nueva de la Rambla, y, a su cabeza iría Ascaso. Durruti quedaría en la Plaza coordinando las fuerzas para dirigirlas a los lugares más necesitados⁹.

La situación en la Brecha de San Pablo era verdaderamente delicada. Los sublevados habían logrado instalar tres ametralladoras. Una, frente al Teatro Victoria, junto al cabaret “Moulin Rouge” y en la Brecha de San Pablo, que tiraba sin economizar munición. Los compañeros que iban con Ascaso por la calle Nueva de la Rambla, ofrecieron un excelente tiro al desembocar en el Paralelo. Se resguardaron como pudieron en el quicio de las puertas y en el suelo, disparando sus pistolas; pero hubieran sido masacrados si el grupo que conducía García Oliver no hubiese cogido al revés a los sublevados. Estos, tomados ya entre dos fuegos, quedaron completamente desorientados, y los que hasta aquel momento habían ido manteniéndoles a raya, reaccionaron prestamente, formando todos los atacantes una masa suicida contra los rebeldes. En ese empuje, el capitán que alentaba a la tropa fue alcanzado por una ráfaga de la pistola ametralladora de Ascaso. Un teniente quiso sustituirle, pero un cabo de caballería disparó contra el teniente y así terminó la resistencia en la Brecha de San Pablo. Un cronista de esos hechos, partidario de los alzados, concluye dicha situación con las frases siguientes: “Darnell (el capitán de Asalto) y las fuerzas de Montesa mantuvieron las posiciones conquistadas (...), hasta ser materialmente desbordadas por el populacho, que puede decirse que aniquiló al escuadrón. Los oficiales quedaron prisioneros, sufriendo casi todos ellos la suerte infortunada que les estuvo reservada...”¹⁰.

8. Pablo Ruiz. Véase también Luis Romero, *op. cit.*

9. Artículo citado de García Oliver.

10. Francisco Lacruz, *op. cit.*

Hacia las 12 horas de aquel domingo ya podía darse por fracasada la intentona militar. Los reductos estaban bien clasificados: Hotel Colón-Telefónica, Universidad-Plaza de España, Atarazanas-Dependencias Militares, y hacia el norte de la capital, el convento de los Carmelitas. Eso era todo.

El coronel Díaz Sandino ordenó a sus aviones que salieran en exploración, lanzando octavillas sobre los cuarteles para informar a los soldados que se encontraban en ellos que la intentona militar había fracasado y que se rindieran. A la hora en que los aviones de Díaz Sandino patrullaban el espacio azul de Barcelona, amerizaban en la base naval de Barcelona, procedentes de Mallorca, cuatro hidroaviones, y un quinto, en el que se encontraba el general Goded, revisaba en rápido vuelo la situación que presentaba la capital catalana...

La rendición del general Goded

Al posarse en la base naval el hidroavión en que viajaba el general Goded, salieron a su encuentro los oficiales que había enviado el general Burriel con la misión de darle escolta. Fue recibido con gritos de “vivas”, que alertaron a los “auxiliares” de la base, quienes habían creído que el alzamiento era “un movimiento anarquista contra la República”, comprendiendo ahora claramente que la sublevación era de carácter militar y contra el Gobierno, lo cual les indujo a preparar una revuelta contra la oficialidad facciosa.

El recibimiento hecho a Goded era más protocolario que entusiasta, y pese que a este general le atraían esta clase de recibimientos, en esta ocasión, por entusiastas que hubiesen sido, no hubieran podido borrar la imagen que Goded había recibido a la vista de la situación en Barcelona.

El comandante Lázaro, Jefe del Estado Mayor del general, se acercó un momento a Goded y deslizó a su oído:

“—Mi general, creo que nos metemos en una ratonera...”

“—Ya lo sé. Pero he dado mi palabra y aquí estoy”.

Mientras este diálogo se sostenía en voz baja, claramente se oía el fragor del combate por las descargas de fusilería y el tableteo de las ametralladoras.

Un oficial se acercó a Goded para prevenirle de que el camino a seguir hasta Capitanía era muy peligroso. A lo lejos tronó un cañón.

“—¿Está la artillería en la calle?” preguntó Goded.

“—Sí, mi general —le repuso un oficial—. Esta mañana salieron unas baterías, pero cayeron en poder del populacho”.

En estas circunstancias, subieron en un coche blindado que les condujo a Capitanía hacia las 13 horas. Goded, al ver a Llano de la Encomienda rodeado de oficiales, no pudo reprimir su cólera:

“—¡Traidor!.

“—El traidor eres tú”.

Goded echó mano a la pistola, pero Burriel se interpuso:

“—Un tribunal de honor juzgará su traición”.

Llano de la Encomienda sonrió sarcástico ¹¹.

La presencia del general Goded levantó los decaídos ánimos de la oficialidad facciosa que se encontraba en Capitanía, esperando que el prestigioso general hiciera el milagro de transformar una derrota en victoria. Pero pocas ilusiones se pudo hacer Goded cuando fue enterándose de los pormenores de la lucha. Sin embargo, como este general sentía un hondo desprecio por los obreros y no podía

concebir cómo habían derrotado al Ejército, él mismo se dio ánimos, pensando que podría ganarse a la Guardia Civil y, con esta fuerza, transformar el giro de los acontecimientos. Como primera medida, hizo prisionero a Llano de la Encomienda, y después se puso al habla con el general Aranguren, que se encontraba en Governació:

“—General Aranguren —grita Goded por teléfono—, póngase usted a mis ordenes”.

Aranguren, desde el otro lado, le contestó:

“—Yo sólo obedezco órdenes de la República”.

Goded exhaló una exclamación:

“—Es increíble que usted, mi general, ante la ruina de España no sepa decirme otra cosa”.

Y Aranguren, con su calma imperturbable, le preguntó:

“—¿Pero, Goded, contra quién se subleva usted, contra el Gobierno o contra el régimen?”.

“—Contra el Gobierno. Lo del Régimen es cosa aparte, que se resolverá cuando convenga.

“—Si es así —le informó Aranguren—, deberá usted saber que desde esta mañana tenemos nuevo Gobierno.

“—No es nuevo Gobierno —replicó Goded, perdiendo la paciencia—, sino los mismos partidos”.

Y cambiando el tono de actitud por la afabilidad, insistió de nuevo:

“—Piense usted, general Aranguren, que el Ejército está en pie y no se podrá evitar nuestro triunfo.

“—Y usted debe tener en cuenta la realidad de los hechos: el Gobierno domina la situación y el alzamiento de ustedes es un fracaso completo...”

Goded cortó colérico:

“—¿Es su última palabra, Aranguren?”

“—Mi última palabra, Goded.

“—Entonces será muy triste para nosotros tener que luchar contra la Guardia Civil, pero no habrá más remedio, general Aranguren”¹².

Aquella calma del general de la Guardia Civil sacó de quicio a Goded, y mirando despreciativamente al general Llano de la Encomienda, que seguía imperturbable las idas y venidas de Goded alrededor de la gran sala de Capitanía, le dijo: “—¿Aranguren es un traidor como tú!”

Llano pasó en silencio el insulto. Burriel, nervioso trataba de achicarse para no recibir la cólera del altanero Goded. Era un trío de generales frente a frente, con un séquito de coroneles y oficiales que no sabían qué hacer...

Goded tomó el teléfono y pidió contacto con el Regimiento de Alcántara. El coronel Roldán, que ya tenía conocimiento de la llegada de Goded atendió la llamada.

12. Diego Abad de Santillán, *La revolución y la guerra en España*, Editorial Nervio, Buenos Aires, 1937. Esta obra fue realmente editada y distribuida clandestinamente en España. Véase también Francisco Lacroz, op. cit.

“-¿Eres tú, Roldán? Te llamo para comunicarte que me he hecho cargo de la División, y que voy a lanzar una operación de reconquista. ¿Qué fuerzas tienes ahí?”

“-Dispongo de casi todo el Regimiento..., pero el cuartel está rodeado por el populacho... Dos compañías que han intentado salir han quedado deshechas. Los soldados creen que luchamos para defender la República, pero esta situación **no** se podrá aguantar por mucho tiempo, y sólo Dios sabe lo que puede suceder **tan** pronto sepa la tropa que nos levantamos contra ella...”

“-Espera mis órdenes” le respondió Goded.

El comandante Lázaro seguía repitiendo al general:

“-Ya se lo decía yo, mi general, que esto era una ratonera...”

Estas palabras le recordaron a Goded los hidros:

“-Lázaro, envía un enlace a la base naval ordenando que no salgan los hidros...”

La respuesta a esta orden la trajo el capitán Lecuona:

“-Mi general, tan pronto como abandonamos la base, los hidros levantaron el vuelo hacia Mahón”.

Eran las 14 horas 45 minutos.

“-Comandante Lázaro, tenía usted razón, mucha razón. Estamos abandonados...”, le dijo Goded a su ayudante.

Pero Goded no se daba por vencido, y volvió de nuevo a ponerse en contacto con Roldán:

“-Envía fuerzas al cuartel de Artillería de los Docks. Sal tú mismo al frente de ellas, y allí espera mis órdenes para salir escoltando una batería que mandará el propio comandante Urzué”.

Y después, por teléfono, ordenó lo mismo al comandante Urzué:

“-Comandante Urzué: urge la salida de dos baterías apoyadas por las fuerzas de infantería, que le llegarán o le han llegado ya al mando del teniente coronel Roldán”.

El comandante Urzué respondió a Goded:

“-Si mi general lo manda, se cumplirán sus órdenes, pero antes debo informarle de lo que ocurrió esta mañana, antes de llegar usted. Salí con dos baterías con sus piezas completas y otras con mosquetones para la protección de ellas, pero fuimos tan terriblemente atacados por grupos de paisanos y Guardias de Asalto, que la que iba en avanzada cayó en manos del enemigo, así como sus oficiales, entre ellos el capitán Varela. Sólo con grandes dificultades pude retirar la otra. Ahora, la salida del cuartel es mucho más difícil, puesto que el populacho ha levantado una barricada a menos de cien metros, desde la cual dominan la entrada principal del cuartel; así que, en estos momentos, estamos sufriendo un duro tiroteo, porque los que se encuentran en la barricada y otros puntos se han dado cuenta de la entrada de refuerzo de Roldán. Puedo decirles que estos refuerzos nos han llegado por verdadero milagro... Esta es mi situación, mi general...”

Goded:

“ Permanezca ahí, hasta ver si es posible organizar otra cosa”.

“-Abandonado, abandonado...”, repetía Goded.

Y Llano, desde el otro extremo, escoltado por los oficiales:

“—Derrotado, que no es lo mismo, Goded”.

Y Goded, mirando a Llano, como si se lo quisiera comer:

“—Aún no, Llano”.

“—Lázaro —ordenó Goded—, envía un radiotelegrama a Palma, para que se nos envíe urgentemente un batallón de infantería y una batería de Montaña. Otro cable a Zaragoza, solicitando envío rápido de fuerzas. Ponte al habla con Mataró y Gerona para que sus tropas marchen sobre Barcelona”.

A los pocos minutos el comandante Lázaro venía con la respuesta:

“—Mi general, los radios han sido cursados... Imposible relacionarse con Mataró y Gerona; las comunicaciones están cortadas...”

“—Envía un oficial a Mataró para que personalmente cumpla esa orden”.

A los cinco minutos, el enviado a Mataró volvía al despacho de Goded:

“—Imposible salir de Capitanía, estamos rodeados”¹³.

La atmósfera que se respiraba en los salones de Capitanía era asfixiante. Los “briosos” oficiales que, por la mañana, querían abatir a pistoletazos al general Llano, lo miraban ahora con una cierta deferencia, como deseando borrar las tensas escenas de la mañana. Entre ellos cuchicheaban ya sin recato y sin importarles la presencia de Goded, que se mantenía aislado de los grupos de oficiales y jefes que se dividían en dos grupos, los que propugnaban por una rendición inmediata, entre ellos el general Burriel, y los que querían resistir a ultranza...

Goded seguía paseándose por el amplio salón y, a su lado, el asustado comandante Lázaro seguía murmurándole:

“—La ratonera..., la ratonera...”

Hacia el mediodía de aquel domingo se produjo el fenómeno del contagio revolucionario. A medida que fueron conociéndose las derrotas que sufrían los militares, la multitud fue aumentando en la calle, sumándose a ella incluso hasta los más timoratos.

Considerando pasado el peligro, ¿todo el mundo quería demostrar haber hecho acto de presencia en la lucha? Posiblemente. Para muchos, que tenían consecuencias personales de la victoria proletaria, era ése el pensamiento que les guiaba; pero, en general, para la masa obrera, ella sí se sentía parte integrante del triunfo, aunque no hubiera disparado un solo tiro y, por tanto, quería vivir ese instante de delirio revolucionario participando de cualquier manera en aquel magno acontecimiento.

Los cafés o restaurantes más próximos a las barricadas fueron abiertos y convertidos en comedores o cantinas, donde los combatientes se refrescaban la garganta seca por el calor y la respiración de una atmósfera enrarecida por el humo de la pólvora.

Los coches, siempre pintados con las letras “CNT”, iban de un lado para otro informando sus ocupantes en las barricadas sobre las vicisitudes de la lucha. Un grupo de la FAI, se decía, en complicidad con unos soldados, se había apoderado

13. Francisco Lacruz, op. cit.

del cuartel de Pedralbes, disponiendo a partir de entonces de buenos fusiles para terminar pronto con los facciosos que aún resistían.

Esa noticia, dada al vuelo, era verdad. Un grupo anarquista de la Torrassa, entre los que se encontraba José Peirats, ocupó, al comienzo de la tarde, el cuartel de Pedralbes, el cual pronto pasaba a hacerse famoso bajo el nombre de "Cuartel Bakunin". Y allí nació el primer Comité de Guerra, organizando milicias obreras, idea que iba a extenderse muy pronto a los otros cuarteles, a medida que fueron cayendo en manos de los trabajadores ¹⁴.

En los cuerpos armados se había producido también el fenómeno del contagio revolucionario. La disciplina había quedado completamente rota, y guardias y obreros formaban un solo cuerpo que, colectivamente, gritaba: "¡Viva la CNT!" "¡Viva la FAI!" Los nombres de Durruti, Ascaso y García Oliver habían eclipsado los de otros personajes. A ellos se les había visto, en todos los momentos más difíciles, poniendo el hombro y animando a los combatientes en los sectores más comprometidos. Hacía escasamente unas horas que casi habían mendigado armas para los combatientes, recibiendo por respuesta la negativa. Ahora la CNT no sólo disponía de centenares de fusiles ganados en la lucha, y de ametralladoras y cañones arrancados de las manos de los sublevados, sino que la opinión popular la reconocía como cabeza de la lucha y animadora del combate...

A las 2 de la tarde, todos los combatientes de primera hora se preguntaron qué era lo que hacía la Guardia Civil concentrada en la Plaza de Palacio. ¿Estaba con el pueblo o contra el pueblo? La hora de la decisión había llegado, y se le presentó a Aranguren categóricamente la cuestión: "La Guardia Civil debía salir a pacificar la zona Cataluña-Universidad" ¹⁵. La tarea se le encomendó al 19 Tercio del citado cuerpo, cuyo jefe era el coronel Escobar. Y éste salió al frente de su gente para cumplir la misión encomendada. Al ponerse en marcha la columna, entre la primera comandancia y la segunda, para aislar ambos grupos se instalaron las tropas de Intendencia al mando del comandante Neira, que se habían mantenido fieles a la República desde el primer momento. En columna abierta y en doble fila, arrojándose a los edificios, avanzó la Guardia Civil por la Vía Layetana hasta Urquinaona, para ganar la Plaza de Cataluña y la Plaza Universidad. Las fuerzas obreras flanqueaban dicha columna, observándola con verdadera desconfianza. La Plaza de Cataluña hormigueaba de gente acantonada en las calles adyacentes y en las bocas de los Metros. Era el momento del asalto final. La Guardia Civil inició un recio tiroteo, y el cañón del portuario Lecha comenzó también a tronar. Las ametralladoras situadas en el Hotel Colón segaban la avalancha de gente que se lanzaba tras la Guardia Civil, mientras otros daban el asalto delante de ella. Al frente de estos grupos se encontraba lo más aguerrido y consciente de la militancia proletaria. Al cabo de media hora de lucha, en que se ganaba y perdía terreno a cada instante, y en que la plaza se cubría de muertos, se vieron aparecer banderas blancas de rendición en los edificios.

14. Comunicado por José Peirats.

15. Diego Abad de Santillán. *op. cit.*

Al otro extremo de la plaza, entre Fontanella y Puerta del Angel, los grupos anarquistas, llevando a su frente a Durruti, se lanzaban en tromba al asalto de la central Telefónica, dejando tras sí también cadáveres, entre ellos el del anarquista mexicano Enrique Obregón ¹⁶. No fue fácil alcanzar la puerta; pero una vez ante ella, se penetró en tromba. La lucha en el interior fue dura; no obstante, la CNT había ganado la Telefónica y, desde aquel momento, quedó en manos de un Comité Obrero ¹⁷.

La ocupación del Hotel Colón y de la Central de Teléfonos se produjo casi paralelamente, y en unas circunstancias de verdadera confusión. La Guardia Civil, que probablemente fue movilizada por Gobernación con el propósito de evitar, con su intervención, que el pueblo se tomase la justicia por su mano, quiso impedir que entrasen los obreros en el Hotel Colón; pero ese propósito lo impidió un grupo del POUM, dirigido por José Rovira, que desde la mañana se encontraba allí presente, y fueron ellos los que ocuparon realmente el Hotel Colón ¹⁸.

Terminados los focos de resistencia de la Plaza de Cataluña, los militares que se habían atrincherado en el edificio de la Universidad, comprendiendo que ya era inútil toda resistencia, izaron bandera blanca y se entregaron a las fuerzas de la Guardia Civil. Cuando se ocupó la Universidad, se liberaron a los apresados que los militares detuvieron en la mañana, entre quienes se encontraba Angel Pestaña, quien seguramente salvó la vida debido a que no fue identificado por sus captores. A las 15 horas de aquel domingo, los pocos centros de resistencia que quedaban estaban localizados en el Convento de los Carmelitas, Dependencias Militares y cuartel de Atarazanas. La rendición de Capitanía sería ya cuestión de minutos.

Desde Capitanía, el general Goded hizo un último intento, llevado más por el aspecto formal que por la esperanza que le animara en conseguir su éxito. Habló con el general Aranguren por teléfono, recordándole el espíritu que tradicionalmente había animado a la Guardia Civil. Pero aquella llamada no tenía sentido, aun en el caso de que al general Aranguren pudiera conmovérle. Primero, porque el general Aranguren no era dueño de sus movimientos, y segundo, porque en la Guardia Civil muchos de sus hombres, contagiados por el entusiasmo popular, habían roto la disciplina y aparecían envueltos entre los trabajadores, liberados del tricornio y de la chaqueta.

16. Enrique Obregón Blanco, nació en Veracruz, México, en el año 1900. Llegado a España en 1931, militó en el grupo anarquista "Germen". El 19 de julio era secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas de Barcelona.

17. En el período regresivo de la revolución, el otro asalto a la Telefónica efectuado el 3 de mayo de 1937, fue el detonante de las jornadas sangrientas que siguieron durante una semana, enfrentándose los trabajadores contra las fuerzas contrarrevolucionarias del PSUC. Para la cuestión del 3 de mayo de 1937, pueden consultarse José Peirats, *La CNT en la revolución española*, Ed. Ruedo Ibérico, París y Carlos Sempérn, *Revolución y contrarrevolución en Cataluña*, Ed. Meme, París, 1974.

18. José Rovira y Antonio Robles, militantes del POUM, testimonios al autor.

“—General Aranguren, me valgo de usted para que solicite a la Generalitat la rendición del pueblo, pues la jornada me ha sido favorable.

“—Lo siento mucho —respondió Aranguren a Goded—, pero mis informes son opuestos a los suyos, y ellos me dicen que la rebelión está dominada. Así que le ruego haga cesar el fuego donde aún se mantiene para evitar inútil derramamiento de sangre. Además, pongo en su conocimiento que hemos resuelto darle a usted media hora para rendirse. Al expirar este plazo, nuestra artillería comenzará a bombardear Capitanía...

“Goded debió responderle de mala manera; pero Aranguren, con su voccecita de anciano, sin inmutarse, sin el más leve asomo de irritación, le comunicó nuevamente la orden de rendición con garantías para la vida de los sitiados”¹⁹.

A las 16,30 horas expiró el plazo sin que Capitanía diera la más ligera muestra de rendición y, a esa hora, comenzó el cañoneo, por lo que las balas resultaron más elocuentes que las palabras de Aranguren.

El cañoneo aumentó aún más la confusión entre los sitiados. La altivez de Goded no tenía límites, en la ofensa que recibía su “pundonor militar” por tener que rendirse a lo que él llamaba “populacho”.

Burriel, comprendiendo que toda resistencia era inútil, y sin consultar con Goded ni oponerse éste a ello, comunicó a Governació la rendición de Capitanía. Desde Governació le dijeron que sacaran bandera blanca, y que entonces se darían órdenes de cesar el asedio. El coronel Sanfeliz comunicó a Goded las condiciones, sin que éste hiciera el más leve comentario.

Governació envió, para hacerse cargo del personal de Capitanía, al comandante de Intendencia Neira, quien avanzó por entre la multitud seguido de un pelotón de Guardias de Asalto y Guardias Civiles; pero en el momento en que se alcanzaba la puerta principal, desde un balcón, una ametralladora abrió fuego contra el gentío, causando diversas víctimas. Ese acto absurdo encolerizó a la multitud que, sin respetar ya las condiciones del cese de fuego, se abalanzó hacia la puerta principal con la intención de linchar a los que no respetaban sus propias condiciones. Los detenidos se libraron del linchamiento gracias a la intervención de varios militantes obreros que se encontraban allí. Y la vida de Goded fue respetada, porque el comandante de Mossos d'Esquadra tenía órdenes de Companys de conducir a Goded a la Generalitat.

Una vez frente a frente Goded y Companys, éste le dijo a aquél que hablara por radio ordenando a los que aún resistían que abandonaran las armas. En principio Goded se negó a ello, pero ante la insistencia de Companys, después de meditar un momento, pronunció su histórica declaración:

“—La suerte me ha sido adversa y yo he quedado prisionero. Por lo tanto, si queréis evitar el derramamiento de sangre, los soldados que me acompañáis quedáis libres de todo compromiso”²⁰.

19. Francisco Lacruz, *op. cit.* y Diego Abad de Santillán, *op. cit.*

20. Francisco Lacruz, *op. cit.*

CAPÍTULO III

Muerte de Ascaso

El primer cuartel que estuvo en manos de los obreros fue el de Pedralbes. A las 17,30 horas caía el cuartel de Alcántara; a las 18 horas, el de Lepanto; a las 20 horas, el de Montesa; a las 12 de la noche, el Parque central de Artillería de Sant Andreu; y poco antes, el de los Docks. Los auxiliares mecánicos de la base Naval, después de detener a los oficiales, se adueñaron de la Aeronáutica. En la fortaleza de Montjuich, los soldados sublevados hicieron prisioneros a los oficiales, y liberaron a su comandante Gil Cabrera, que había sido detenido por los oficiales facciosos. En todos los cuarteles se constituyeron inmediatamente Comités de Obreros y Soldados. Así lo que había comenzado como un movimiento de defensa de la República, en pocas horas se transformó en una verdadera revolución social, hecho que venía a dar la razón a Durruti, cuando éste anunció “que la revolución esta vez vendría no iniciada por el pueblo, sino como réplica al golpe de estado reaccionario”.

Mientras el proletariado de Barcelona aseguraba las posiciones conquistadas, se ignoraba completamente lo que ocurría en Madrid y en el resto de España; pero eso no podía ser óbice para que en la capital catalana y toda Cataluña se implantara sólidamente el proletariado.

Arma al hombro, los trabajadores patrullaron aquella noche por las calles de Barcelona, haciendo frente a los tiradores emboscados en la oscuridad. Se consolidaron las barricadas y se estableció un riguroso control para la entrada y salida de la Ciudad Condal. Y la consigna única era: “CNT, CNT, CNT”.

El cerco en torno a los núcleos que aún se mantenían firmes continuó durante toda la noche, esperando la llegada del día para terminar con ellos.

Los Comités de Defensa de Barrio, convertidos en Comités Revolucionarios, se constituyeron en lo que se llamó la “Federación de Barricadas”, y asumieron aquella noche el Poder en Barcelona. Estos comités tomaron a su cargo la responsabilidad de la defensa de la región catalana y enviaron emisarios con armas a los pueblos, para fortificar los Comités Revolucionarios que se habían creado en ellos, y acabar, caso necesario, con la resistencia armada facciosa que aún quedase en pie ²¹.

Durante aquella noche, anticipo del día 20 de julio, las noticias que iban llegando del resto de Cataluña eran animadoras: en Tarragona, el pueblo dominaba

21. En la mañana del 20 de julio, fui testigo de la salida de numerosos camiones cargados de armas en dirección a los pueblos cercanos a Barcelona. Detalle curioso: la inmensa mayoría de los fusiles no tenían cerrojos, y las piezas de éstos se encontraban en cajones. Varios soldados se dedicaron a montar los cerrojos, para ir distribuyendo los fusiles a los obreros.

la situación; en Gerona y la Seu d'Urgell, los militares, apoyados por las fuerzas reaccionarias, se habían apoderado de las poblaciones, pero enterados de la derrota que sus fuerzas sufrían en Barcelona, los jefes desertaban y los soldados confraternizaban con el pueblo. En Lérida la situación, confusa por la mañana, hacia el mediodía se aclaró en favor del proletariado, y se constituyó un Comité Revolucionario compuesto por el POUM y la CNT. En menos de 24 horas, el populacho había derrotado al Ejército faccioso. Pero, ¿qué pasaba en el resto del país?

El sábado, 18, se sabía que Queipo de Llano se había sublevado en Sevilla, y que se luchaba en sus calles, de la misma manera que en Córdoba, Cádiz, Las Palmas y Marruecos. También se sabía —según las declaraciones gubernamentales— que el Gobierno dominaba la situación en Madrid; pero desde el sábado, ¿qué giro habían tomado los acontecimientos? ¿Qué pasaba en Valencia? ¿Y en Zaragoza, desde donde se decía que habían salido tropas en dirección a Barcelona? ¿Y en el Norte?

En Madrid los trabajadores no confiaban en el Gobierno. Desde el viernes se habían concentrado, y pasaron el día y la noche del sábado como en Barcelona, o sea, pidiendo armas. La CNT se encontró en una situación difícil, debido al hecho de no pertenecer al Frente Popular, y ese organismo, dominado por los socialistas, fue quien manipuló las pocas armas que militares socialistas habían podido sustraer de los cuarteles. Esas armas se comenzaron a repartir entre los socialistas y los comunistas. Y para la CNT no hubo prácticamente casi nada. Ante esta situación, la CNT optó por actuar como fuerza independiente. Como primera medida, el Comité Regional del Centro convocó un pleno local, al que acudieron no solamente los delegados de los Sindicatos de Madrid, sino también todos cuantos pudieron enviar sus delegados de la región. En dicha reunión se adaptó la resolución de formar Comités de Defensa, integrados por delegados de la CNT, de la FAI y de las Juventudes Libertarias. Los Comités de Barrio se federarían a escala local, y los de los pueblos por comarcas. El organismo representativo sería un Comité de Defensa del Centro, para el que se nombraron a militantes de la CNT, de la FAI y de las JJ.LL. Este Comité asumió diversas tareas, tales como la de coordinar las fuerzas anarquistas en Madrid, procurarse armas e imponer al Gobierno la libertad de los presos, entre los que se encontraban Cipriano Mera, Teodoro Mora y el propio secretario del Comité Nacional, David Antona. En el primer contacto, el Gobierno puso en libertad a David Antona el sábado día 18, pero no quiso acceder a la libertad de los otros presos. Debido a ello, la CNT se había hecho la resolución de asaltar la cárcel, caso de que el Gobierno continuara manteniendo el propósito de no liberar al resto de los detenidos.

Por el momento, se pensó que lo más importante era poner en marcha un dispositivo de defensa, que fuese lo más eficaz posible. Los militantes formaron grupos de a cinco, y se distribuyeron las armas en razón de una pistola y una bomba de mano por grupo. Esos grupos serían los que, de manera escalonada, asegurarían la vigilancia nocturna, y durante el día mantendrían un estrecho contacto entre sí.

El sábado, día 18, transcurrió toda la jornada en reuniones y visitas a los ministerios en demanda de armas, sin ningún resultado positivo. Pero si el Gobierno

de Casares Quiroga se mantenía terco en no armar a los obreros, éstos se impacientaban dando visibles muestras de perder la calma. La Puerta del Sol siguió la tradición de ser el lugar de unión en los momentos de más trascendencia política. Y allí llegaron una tras otra todas las noticias que pasaban de boca en boca entre la inmensa multitud concentrada:

“Queipo de Llano dominaba en Sevilla. En Cádiz y Granada, los obreros desarmados eran ametrallados por los rebeldes. En Zaragoza, el gobernador republicano, después de convenir con el Comité Regional de la CNT que se concentraran sus afiliados en los sindicatos en espera de órdenes, asegurándoles a la vez que el Ejército era fiel a la República, resultó que no era cierto, y que los rebeldes en la calle pudieron cercar mejor a los obreros y ametrallarlos. En Valladolid, el levantamiento faccioso había triunfado. Y desde Marruecos parecía que se iban a trasladar tropas a la Península desembarcándolas en Algeciras”. Con estas noticias, la tensión subía de grado, y la gente no estaba dispuesta a caer en la misma trampa que habían caído los obreros en Zaragoza ²².

En la noche del 18 al 19, visto que Casares Quiroga no tomaba ninguna clase de medida, ciertos militares socialistas optaron por entregar armas por su cuenta, pero solamente a los socialistas, y que éstos distribuirían en la Casa del Pueblo a sus militantes. Para la CNT la situación era siempre la misma: para ella no había armas.

Uno de los camiones cargado de fusiles que salieron del Parque de Artillería hacia la Casa del Pueblo, al pasar por la Glorieta de Cuatro Caminos fue tomado al asalto por los grupos de la CNT que se encontraban en ese lugar, y las armas fueron rápidamente distribuidas a los cenetistas de la barriada de Tetuán. Todas estas armas se utilizaron en los sitios donde los fascistas se concentraban: Campamento Militar y Cuartel de la Montaña, donde el general Fanjul había instalado ya su Cuartel General ²³.

El 19 de julio, hacia las cuatro horas pasadas, en el momento en que los portuarios y la Guardia de Asalto confraternizaban en la Plaza de Palacio de Barcelona, Casares Quiroga presentó la dimisión de su Gobierno. Azaña nombró a Martínez Barrio para que formase un Gobierno de compromiso que se pusiera al habla con el general Mola ofreciéndole el Ministerio de la Guerra. Cuando la noticia corrió de boca en boca, el pueblo llamó a ese Gobierno “el Gobierno de la traición”. Martínez Barrio hizo el ofrecimiento al general Mola, pero éste le dijo que la cuestión no era de un ministerio, y que no había ningún arreglo posible. Tres horas después de haber sido nombrado primer ministro, Martínez Barrio presentó la dimisión. A las siete de la mañana del domingo, 19 de julio, Manuel Azaña encargó a José Giral que formara otro Gobierno. Con el nombramiento de Giral, las cosas variaron algo. Comenzó por poner en libertad a los militantes más

22. Eduardo de Guzmán, *Madrid rojo y negro*, Ed. CNT, Madrid, 1937. Reeditada en Caracas (Venezuela), Editorial Vértice, 1972.

23. *Idem.* Para las siguientes citas relativas a Madrid seguimos al mismo autor.

destacados de la CNT, entre ellos a Mora y Cipriano Mera; pero aún quedaban muchos presos en la cárcel, y David Antona, secretario del Comité Nacional de la CNT, presentó un ultimátum a Giral: "Si en el espacio de tres horas no se abren las puertas de la cárcel, la CNT las abrirá por sus propios medios". Giral puso en libertad a los presos y dio orden de repartir algunas armas, desde luego para los socialistas y comunistas. Indalecio Prieto se instaló, junto a Giral, como si realmente formara parte del nuevo Gobierno, cuando en realidad no era así, puesto que no había ningún integrante socialista. Largo Caballero, que acababa de llegar de Londres, donde, representando a la UGT, concurría al Congreso de la Federación Sindical Internacional, se instaló en su puesto de secretario general de la UGT.

El día 20 de julio, el pueblo de Madrid se dispuso a atacar al Cuartel de la Montaña y el Campamento Militar.

Mientras en Madrid se aprestaban a sitiar los cuarteles, en Barcelona, aquella mañana del 20 de julio, había prisa en terminar con los focos facciosos para orientar las energías revolucionarias en otros sentidos, tales como organizar milicias obreras que saliesen del territorio catalán para acudir en ayuda de las poblaciones caídas en manos de los militares.

El primer foco en rendirse fue el convento de los Carmelitas. Durante el tiempo que duró el sitio, los tiradores del interior, particularmente los Guardias Civiles, hicieron muchas víctimas, y los combatientes del pueblo deseaban dar curso a su ira. La Guardia Civil participaba también en este asalto, y el coronel Escobar en persona quería tomar a su cargo los presos. El sentido del orden del oficial Escobar chocó lógicamente con la ira popular en el momento final, y ofreció su pecho a los asaltantes, gesto innecesario, porque el pueblo tiene una cierta medida, que espontáneamente se impone. No se deseaba el linchamiento de nadie, sino mostrar ante los presos su fuerza. Que esa demostración fuera lejos de palabra, mientras la acción quedaba retenida por un cierto orgullo de no ensañarse con el caído. Escobar, con una idea muy burguesa de lo que Goded llamaba también "el populacho", no podía comprender el carácter que los obreros querían dar a su ira: esto no iba más lejos que demostrar a los soberbios jefes militares que ellos, simples obreros, con las manos desnudas de armas, los habían derrotado.

Mientras el convento de los Carmelitas cedía, la lucha proseguía dura en Atarazanas y Dependencias Militares. En éstas, durante la noche, se había desarrollado un drama personal en el animador de la revuelta, Ramón Mola. Al final de un íntimo diálogo consigo mismo, terminó por saltarse la tapa de los sesos de un pistoletazo. Ese suicidio se mantuvo oculto para no desmoralizar a los que aún resistían ²⁴.

Hubo un cambio de impresiones en la Plaza Arco del Teatro, al que asistieron García Oliver, Ascaso, Ortiz, Durruti, Pablo Ruiz y otros numerosos militantes. Todos opinaban lo mismo: hay que terminar cuanto antes con Dependencias Militares y Atarazanas. Alguien propuso utilizar un camión en el que, desde la tarde anterior, los componentes del grupo anarquista "Germen" habían instalado

24. Francisco Lacruz, *op. cit.*

sobre su cabina una ametralladora. Bien protegidos con colchones, el camión podría avanzar hacia esos lugares, despejando con ráfagas de ametralladora el camino a los que siguieran detrás. La idea no era mala. Y se incorporaron a los que ya ocupaban el vehículo Ricardo Sanz y Aurelio Fernández ²⁵.

El camión se puso en marcha Ramblas abajo, pero cuando llegó a la explanada de la Rambla Santa Mónica, la situación se hizo difícil, por el fuego cruzado de Atarazanas y Dependencias Militares, pero también por las descargas que se hacían desde el Sindicato del Transporte. Los que seguían protegiéndose por el camión comprendieron que había que salir del ángulo de tiro, y se pudieron situar al abrigo de un muro próximo al cuartel. Entre los que llegaron hasta allí se encontraban Ascaso, Durruti, García Oliver y Baró. Pero la situación era muy comprometida, ya que, desde una de las garitas del cuartel de Atarazanas que daba a la calle de Santa Madrona, se batía perfectamente dicho lugar, lo cual significaba que podían ser cazados tranquilamente uno a uno. Ascaso saltó sobre el lugar y, seguido de varios más, ganó la parte trasera de las barracas de madera del mercadillo de libros que había allí, con la intención de situarse lo más próximo posible a la mencionada garita. La salida de Ascaso fue tan rápida que ninguno de sus amigos pudieron retenerle; y cuando le interrogaron a distancia, él hizo un gesto con la mano como queriendo indicarles que iba a liquidar al tirador de la peligrosa garita. Desde el lugar en que se encontraba estudió la situación, y calculó poder situarse tras un camión que se hallaba entre la calle Montserrat y Mediodía. Salió corriendo para ganar pronto el citado refugio, pero su movimiento había sido seguido por el tirador de la estratégica garita, quien le hizo varios disparos sin hacer blanco. A continuación, Ascaso se detuvo un instante para descargar la pistola contra el tirador de la garita, muy próximo a él; pero en el momento de ganar, con otro salto, el camión, recibió una bala en plena frente que puso fin a su vida revolucionaria, una existencia de bien colmados treinta y cinco años. El tirador anónimo no comprendería jamás que, con un pedacito de plomo, había privado a la revolución española de uno de sus animadores más equilibrados y más tenaces... Nadie de los presentes consultó la hora; sin embargo, eran aproximadamente las 13 horas del 20 de julio de 1936 ²⁶.

Desde el momento de la muerte de Ascaso, todo se desarrolló a una velocidad de película. Dependencias Militares cesó su tiroteo y se entregaron sus defensores. Momentos después, en Atarazanas se levantaba bandera blanca. Eran las 13 horas y algunos minutos. En treinta y tres horas de lucha, el proletariado barcelonés logró derrotar a los militares "profesionales".

Los componentes del grupo "Nosotros" se encuentran frente a frente unos a otros. Pablo Ruiz pregunta a García Oliver: ¿Qué debe hacerse con los oficiales presos?

25. "Juanel" (Juan Manuel Molina) nos aclara que ese camión había sido montado por el grupo "Germen", al que el comunicante pertenecía.
26. Detalles facilitados por José Mira, Pablo Ruiz y Liberto Ros, que se encontraban presentes. Liberto Ros fue uno de los presos liberados en la tarde del día 19 de julio.

García Oliver mira un instante a Pablo Ruiz y, sin reflexionar mucho, le dice: “-Llévalos al Sindicato del Transporte, y que queden allí prisioneros”.

¿Quién ha hablado de esa manera? No es la voz de García Oliver, sino la voz anónima de todo un pueblo que, hasta 33 horas antes, fuera perseguido, escarnecido y hoy es el dueño de la Barcelona proletaria levantada en armas.

Durruti ha escuchado la orden de García Oliver y ha fruncido el ceño, conteniendo las lágrimas que pugnan por salir de sus ojos. Parecen haber quedado todos mudos. Ascaso pesaba mucho en todos ellos, particularmente en Durruti...

García Oliver, con un gesto cansado les dijo:

“-¡Vámonos! Esto ya ha terminado. Somos los vencedores y hay que pensar en el presente que hoy comienza de un mundo nuevo”²⁷.

Ascendieron Ramblas arriba en dirección al Sindicato del Transporte. Al llegar a la barricada de la Plaza Arco del Teatro, uno de los que se encontraban allí se plantó ante Durruti y le dijo con resolución:

“-No abandonaremos la barricada”.

Durruti se quedó un instante mirando aquel rostro conocido, aquella mirada decidida y al fusil en las manos callosas del obrero:

“-No es la barricada, es el fusil lo que no tienes que abandonar. La garantía de nuestro triunfo está en que sepamos conservar las armas y podamos con ellas llevar más lejos, más lejos, el triunfo de la revolución. La revolución no está ganada, sino en marcha. Mientras exista un foco faccioso en pie, en cualquier rincón de España, nuestra revolución estará amenazada...”²⁸.

27 Luis Romero, *op cit.*

28. Pablo Ruiz, *testimonio directo.*

CAPÍTULO IV

El 20 de julio

El choque había sido tan violento que todo el mundo se vio envuelto por la ola revolucionaria, quedando de esta forma desorganizada toda la vida ciudadana. Incluso *Solidaridad Obrera*, el diario de la CNT en Cataluña, había perdido a su director y redactores. El número correspondiente al 20 de julio, distribuido en las barricadas, fue obra de un grupo de militantes obreros que, pasando al azar por la redacción del periódico, se dieron cuenta de que allí no había nadie; y ellos, por propia iniciativa, se entregaron a la redacción, composición y tiraje de aquel número histórico²⁹.

Este ejemplo de iniciativa, multiplicado por mil otros, fue la base de partida de la nueva organización que brotaba de las ruinas del viejo régimen; y, con ello, se daba a la vida cotidiana otra dimensión, de la cual fluían las primeras formas de autogestión en los sectores industriales, en el de los transportes y en el de la distribución de la alimentación.

En este 20 de julio, el Poder estaba en la calle, representado por el pueblo en armas. El Ejército y la policía, en tanto que instituciones, habían desaparecido: soldados, policías y obreros formaban un solo bloque. Por doquier, el espíritu solidario y fraternal brotaba espontáneamente: los hombres y las mujeres, liberados de los prejuicios que la ideología burguesa había ido depositando en ellos durante siglos, rompieron con el viejo mundo, marchando hacia un futuro que cada uno imaginaba como la realización de sus más anhelados deseos.

“Una nueva vida empezaba sobre la rebelde y rica Cataluña, de inmensas zonas fabriles en manos de los trabajadores, y de fecundos campos redimidos, por siempre más, del feudal y del cura. Pronto, toda la ciudad de Barcelona fue teatro de la revolución desencadenada. Las mujeres y los hombres, dedicados a los asaltos de conventos, quemaban todo lo que dentro de ellos había, dinero inclusive. Los viejos conceptos de amo y esclavo ardían, al mismo tiempo que las imágenes religiosas en las mil hogueras que el pueblo había encendido aquí y allá. El 20 de julio terminaba como una gran fiesta liberadora de energías y de pasiones...”³⁰.

29. Detalles facilitados al autor por “Juanel”, que fue uno de los redactores improvisados.

30. Federica Montseny. Artículo publicado en *La Revista Blanca*, del 30 de julio de 1936. La autora pudo presenciar diversos actos de esta naturaleza en la mañana del 20 de julio. Uno de los hechos que más le impresionaron fue el asalto a una sucursal bancaria en la calle Mallorca. Un grupo de mujeres, después de abrir las puertas, sacaron los enseres de la Banca y les prendieron fuego, echando en la hoguera los billetes de banco que encontraron. Las mujeres reían satisfechas al ver cómo se quemaba el dinero, alegría con la que se daba a entender que el mundo del mercantilismo y la usura institucionalizada era lo que allí ardía.

La estampa que dejamos descrita era, por extensión, la que prevaecía y la que, siguiendo sus propios impulsos, destruía y creaba a la vez, resolviendo necesidades nacidas de un ritmo de vida colectiva que vive en la calle y quiere continuar viviendo en la calle. De cierta manera, la calle se había convertido en la casa de todo el mundo: un mundo de barricadas, de patrullas obreras y de alerta permanente frente a la amenaza que se guarece en la oscuridad y dispara y mata desde balcones y tejados. La calle y el pueblo en armas eran la fuerza viva de la revolución; es decir, su vanguardia.

La línea inmediata trasera quedaba constituida por los Comités de Defensa, transformados ya en Comités Revolucionarios de Barrio, los cuales atendían lo que podríamos llamar la federación de barricadas, tras las que seguían manteniéndose sus defensores. Los delegados de estas barricadas eran sus representantes ante los Comités Revolucionarios. Y la tarea inmediata no podía ir más allá que la de asegurar el triunfo revolucionario, obtenido frente a cualquier ataque de la reacción.

Pero eso no era todo. En Barcelona la revolución había triunfado por la fuerza de las armas. Derrotado militarmente el enemigo, los victoriosos no podían cometer el error de desentenderse de la lucha fuera de Barcelona y del resto de Cataluña, sino extenderla por la fuerza de las armas hasta la total derrota de los sublevados.

Y todo no terminaba ahí. Barcelona pasaba de un millón de habitantes. Su población tenía que continuar comiendo y atendiendo sus múltiples necesidades. Los circuitos que hasta hacía cuarenta horas habían resuelto esos problemas estaban ahora destruidos y, por lo tanto, había que reemplazarlos por otros que uniera la ciudad con el campo, mientras que la ciudad producía lo necesario para mantener la reciprocidad y alimentar a la vez a las unidades obreras que, ausentes del proceso de producción, iban a mantener la lucha armada. De todo esto se derivaba la necesidad de una puesta en marcha de otros circuitos de alimentación, de otros medios de relaciones sociales entre el proletariado y el campesinado, y de otros modos de producción; en una palabra, de otra organización que la revolución debía darse, para asegurar su propia victoria.

¿Qué forma de organización? El problema del poder quedaba planteado. Y la revolución tenía que encontrar su propia respuesta a esa cuestión central.

Hasta aquel momento, la revolución no había llegado al palacio donde el Govern de la Generalitat representaba el poder que la revolución, por su acción, había destruido materialmente al privarle de sus fuerzas represivas. ¿Bastaba con eso para que el Govern de la Generalitat dejara de existir como símbolo? ¿Era realmente un símbolo? Lluís Companys así lo reconocía:

“El Estado no es un mito, una máquina que funcione al margen de los hechos humanos. El Estado está integrado por seres vivientes que se mueven en función de un sistema de mando preestablecido, de una jerarquía autoritaria o liberal que sirve de “cadena de transmisión”. El Presidente da una orden y ésta es transmitida automáticamente al ministro o consejero encargado de hacerla efectiva; el ministro posee su propia “cadena de transmisión” que, a través de los secretarios y subsecretarios llega a los escalones de la jerarquía que se da la mano con el ciuda-

dano, dirigiéndole por el camino elegido o designado por el Presidente. Así es como funciona un “Estado normal”.

“El 19 de julio —continúa diciendo Companys—, yo pulsaba el timbre de mi despacho llamando a mi secretario. El timbre comenzaba por no sonar, porque no había corriente eléctrica. Si me dirigía a la puerta de mi oficina, el secretario no estaba; no había podido llegar al palacio del Govern; pero, si se encontraba allí, no podía comunicar con el secretario del director general, porque éste no había llegado a la Generalitat. Y si el secretario del director, venciendo mil dificultades, se encontraba en su sitio, su superior jerárquico no había acudido a la cita.

“Como resultado del choque brutal que se había operado en la calle, a causa de la irrupción de los *piojosos* (en el sentido histórico de la palabra) armados, el Estado era sólo él. Pero no un Estado como el de Luis XIV en la plenitud de sus funciones orgánicas, sino un Estado reducido a su persona, sin timbres que sonasen, secretarios a las puertas de los ministerios, y correa de transmisión que pusiera en movimiento su compleja y frágil maquinaria.

“Los pocos testigos —añade Jaume Miravittles— del drama de Companys en aquellos primeros días no olvidaremos nunca su angustia, su valentía y su esfuerzo desesperado para canalizar el río infernal de las pasiones desbordadas”³¹.

¿Qué podía hacer un hombre reducido a sí mismo? Muy poca cosa, si realmente hubiera estado Lluís Companys reducido a sí mismo; pero no lo estaba. ¿Quién estaba pues, junto a Lluís Companys?, el Frente Popular. La revolución triunfante en Barcelona tropezaba con el más grave de sus obstáculos, nacido justamente de su propia confusión, ya que, siendo por un lado radical en el más puro sentido de esta palabra, dejaba en pie el símbolo y, por tanto, el Frente Popular. ¿Quiénes podían cobijarse bajo la bandera del Frente Popular para que el símbolo recobrara su poder efectivo? Los enemigos de la revolución; es decir, la contrarrevolución. Los primeros en acudir en auxilio de Lluís Companys, mientras se seguía luchando en la calle, fueron los representantes políticos del minúsculo partido comunista existente en Cataluña:

“Entre el Partit Comunista de Catalunya, la Federació Catalana del PSOE, la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Català Proletari, se había formado un Comité de Enlace para la creación de un partido unificado marxista”. Y prosiguen los historiadores oficiales del PCE:

“Este Comité de Enlace demandó del President Companys la reunión del Frente Popular de Cataluña, para preparar una ampliación del Govern de la Generalitat y dar entrada en él a los diferentes partidos del Frente Popular.

“Companys accedió. La reunión se celebró el 21 de julio de 1936 con la participación de Vidiella, Comorera, Valdés y Sesé, por los partidos obreros; Tarradellas y Aiguader, por Esquerra; Tasis y Marcos, de Acció Catalana Republicana y el POUM.

“En la reunión prevaleció un ambiente unitario; la idea de crear un Gobierno catalán del Frente Popular fue acogida favorablemente. Se adoptó la decisión de

31. Jaume Miravittles, *Episodis de la guerra civil espanyola*, Ed. Portic, Barcelona.

constituir las Milicias Populares. Se estaban discutiendo ya las medidas de aplicación, la redacción de los decretos.

“De pronto, en la sala entró en tromba un nutrido grupo de dirigentes anarquistas: García Oliver, Durruti, Vázquez, Santillán, Eroles, Portela, con correajes y pistolas, algunos con fusiles. Venían a presentar un verdadero ultimátum...”³²

Este último párrafo es confuso, hasta el punto de que no se comprende de dónde y cómo salía ese grupo de anarquistas que imponía su ultimátum. Para esclarecer el mencionado hecho, habremos de volver atrás para situar, paralelamente, a Lluís Companys y a la CNT en sus respectivos papeles. No obstante —y ése es el valor que tiene la cita anterior— queda claro que desde el 20 de julio, mientras se luchaba en la calle, los directivos del comunismo catalán y del frentepopulismo republicano burgués tendían su mano a Lluís Companys para acudir en ayuda de su lucha contrarrevolucionaria, o lo que Miravittles llama “canalizar el tumultuoso río de pasiones”.

Después que se puso fin a la lucha en Atarazanas y Dependencias Militares, el Comisario General de Orden Público, Federico Escofet, que en sus *Memorias* se presenta como el artífice de la victoria sobre las fuerzas militares sublevadas, no puede explicarse el fenómeno que, siendo el autor de dicha victoria, una vez conseguida ésta no tenga el más mínimo control sobre las fuerzas que a sus órdenes fueron al combate en la madrugada del 19 de julio.

“El alzamiento militar había sido refrenado, pero en la Comisaría de Orden Público no sabíamos qué hacer, porque aquella sublevación contra un Gobierno al que considerábamos legal, aunque inhábil y poco enérgico, había desarticulado por completo todos los resortes del Orden Público, del que éramos responsables. Millares de personas de ambos sexos, la mayor parte de las cuales no habían luchado, se lanzaron a las calles con las armas que habían sido saqueadas, exhibiendo banderas rojas y negras, rojas o catalanas, algunas de éstas con la estrella solitaria, en camiones y coches requisados por comités de partidos, organizaciones obreras o por individuos incontrolados. Era punto menos que imposible restablecer la disciplina general y la de nuestras fuerzas de Orden Público, e incluso de la Guardia Civil, que, embriagadas de entusiasmo, se habían contagiado del ambiente y, en mangas de camisa, tripulaban también los camiones abanderados y con letreros de las organizaciones, predominando las inscripciones CNT-FAI”³³.

Esa era la situación cuando Federico Escofet se presentó en el palacio de la Generalitat para comunicar a Lluís Companys que la rebelión estaba completamente vencida. “En su rostro —escribe Escofet— se mezclaban la tristeza, la decepción y la inquietud”.

“—Presidente, vengo a comunicarle oficialmente que la rebelión está completamente vencida...”

“El Presidente me respondió:

32. Comité Central del PCE, *Guerra y revolución en España*, Ed. Progreso, Moscú, 3 vols, 1966, vol 1.

33. Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Ed. G. del Toro, Madrid, 1975.

“—Sí, Escofet, muy bien. Pero la situación es caótica. La chusma armada e incontrolada invade las calles y se entrega a toda clase de excesos”³⁴. Y, de otro lado, la CNT, potentemente armada, es la dueña de la ciudad y detenta el poder. ¿Qué podemos hacer para oponernos?”

Respuesta de Escofet:

“—Presidente, yo me comprometí a dominar la revuelta militar si ésta se producía. Y he sabido cumplir mi promesa. Pero una autoridad necesita los resortes coercitivos para hacerse obedecer y estos resortes hoy no existen. Por consiguiente, no hay autoridad. Y yo, querido Presidente, no sé hacer milagros. He hablado con el general Aranguren, jefe de la Guardia Civil y jefe también de la IV División Orgánica (Capitanía General) y con el comandante Arrando, jefe de los Guardias de Seguridad y de Asalto, y los dos están convencidos, como yo, que para restablecer el orden tendría que entablarse una batalla tan importante como la que se acaba de vivir, y eso no es posible. ¿Cómo obligar a nuestros guardias tan fatigados, pero embriagados y eufóricos por la victoria alcanzada, a matarse con las mismas personas con las cuales han luchado codo a codo contra un enemigo común, por unos ideales de libertad? Si cometiéramos la locura de intentarlo, tampoco lo conseguiríamos. Por las mismas razones, y por humanidad, las fuerzas del Orden Público no dispararon contra la masa que invadió el Parque de Artillería de Sant Andreu, todo y sabiendo que en razón de su actitud iba a perderse todo el armamento.

“De momento, todos estamos desbordados, e incluso los mismos dirigentes de la CNT. La única solución, Presidente, es mantener la situación políticamente sin abandonar nuestras respectivas autoridades. Si por vuestra parte lo conseguís, yo me comprometo a hacerme de nuevo el amo de Barcelona, cuando me lo ordenéis o cuando las circunstancias lo permitan. Si no, pondré a vuestra disposición mi cargo de comisario general del “Desorden Público”.

Y Escofet concluye:

“Bajo aquella triste impresión nos despedimos. Nunca había visto al Presidente Companys tan abatido como lo vi al término de aquella entrevista. ¿Sabría contener la situación políticamente? Desgraciadamente, el Presidente no supo o no pudo contenerla. ¿Algún otro hubiera podido conseguir aquello que el Presidente Companys, con sus dones, su experiencia y su prestigio no consiguió? Lo dudo. Además, creo que ninguno, y menos yo, tiene la autoridad necesaria para juzgar su actitud y su conducta en aquellos difíciles momentos.

“Horas después de nuestra entrevista, el Presidente expresaba el deseo de consultar a todos los partidos políticos y a todas las organizaciones sindicales. Y, naturalmente la CNT-FAI”³⁵.

34. Uno de estos actos considerados “excesos” fue abrir el Monte de Piedad y distribuir las prendas, colchones, máquinas de coser, etc., que el hambre había obligado a empeñar. La iniciativa fue tomada por el Comité de Defensa de la barriada en que estaba situado el citado Monte de Piedad.

35. Frederic Escofet, op. cit.

Escofet invierte los factores. Los partidos políticos en aquellos momentos no contaban. Solo entrarían en línea de cuentas caso que la CNT y la FAI se avinieran a tratar con Lluís Companys.

Cuando Lluís Companys se decidió a solicitar una entrevista con la CNT y la FAI, fue cuando quedó convencido que el apoyo que le ofrecía el Frente Popular no llegaba siquiera a tabla de salvación, y las fuerzas que le habían sido fieles, tras el contagio revolucionario, ya no podía contar con ellas. Pero el caso de Companys no era el caso de un político cualquiera que en un momento de naufragio se agarra, como vulgarmente se dice, a un clavo ardiendo. Su caso era más complejo. Para comprender bien las inquietudes de Companys y su "tragabilis", hay que dar un salto atrás y situarse en el 10 de mayo de 1934, cuando sostuvo la entrevista con la CNT que hemos dejado relatada en un capítulo de la Segunda Parte de esta obra. Entonces la CNT pedía que cesara la constante violencia que se ejercía contra ella, es decir, una pausa. Lluís Companys, en nombre del Govern de la Generalitat, no sólo no aceptó esa tregua, sino que aceleró aún más la represión con el propósito de destruir la CNT. Lo negativo de esa política fue el fracaso del 6 de octubre de 1934. Ese error político Companys no había querido reconocerlo nunca, pero habría de hacerlo públicamente y ante el mismo delegado que le pidiera la tregua el 10 de mayo. La nueva situación se daba a la inversa que entonces, pues ahora era Companys quien se veía obligado a solicitar, desde el mismo poder, una tregua. ¿Le otorgaría la CNT esa tregua? Y, en el caso de facilitársela, Companys estaba convencido de que lo que la CNT le daría no era otra cosa que un balón de oxígeno, puesto que la central confederal, u hombres de ella, como García Oliver, no renunciarían a la pérdida del terreno conquistado. Era seguro que la cuestión del Poder se tocaría sólo de manera indirecta y con el tácito conocimiento previo. La CNT y Companys iban, pues, a contraer un compromiso circunstancial. Y tanto era así en el ánimo de Companys, que aún después de la entrevista el Presidente continuó pensando que lo convenido entre él y la CNT no era otra cosa que un pacto coyuntural ³⁶.

Cuando se liquidó el reducto de Atarazanas, los componentes del grupo "Nosotros" y otros militantes de relieve de la CNT y de la FAI se dirigieron al Sindicato de la Construcción, sito en la calle Mercaders, donde el Comité Regional de la CNT había trasladado su residencia, abandonando la que tenía en el Pasaje del Reloj, hasta las 22 horas del 18 de julio. El camino que se hizo desde las Ramblas fue remontando la calle Fernando, se cruzó la Plaza de la República,

36. H. E. Kaminski, en *Ceux de Barcelone*, Ed. Denoël, París, 1937 [Existe traducción al español en Ediciones del Cotal, Barcelona, 1977], escribe en la página 181 y ss. sobre una entrevista mantenida con Companys. Kaminski: "¿Y los anarquistas?" Companys: "Colaboramos. Hasta ahora todo marcha bien. ¿Por qué razón no debe ser igual en el futuro? Naturalmente hay un punto en el que nuestra colaboración podría quedar amenazada. ¿Qué punto es ese? Eso es lo que yo no puedo decirle, porque éste es mi secreto, como igualmente lo es para los anarquistas. Lo importante es que ellos toman la responsabilidad que les incumbe. Mi tarea es la de dirigir esas responsabilidades por buen camino, y yo espero que las masas anarquistas no se opondrán a sus jefes".

dejando a la izquierda el palacio de la Generalitat y a la derecha el Ayuntamiento de Barcelona, para descender la calle Jaume I y remontar luego la Vía Layetana hasta la calle Mercaders, lugar donde se hallaba el sindicato mencionado de la Construcción. La explanada que servía de entrada al número 32 estaba llena de coches y gente armada. En la puerta del Sindicato había una fuerte guardia obrera, fusil en mano, y no lejos de allí unas ametralladoras montadas apuntando sus cañones hacia la Vía Layetana, dirección Jefatura Superior de Policía. La presencia de Durruti y García Oliver provocó un revuelo general entre los asistentes, pues muchísimos obreros de los que se encontraban allí no habían tenido la ocasión de verlos nunca tan de cerca. El cuarto de la secretaría que ocupaba Mariano R. Vázquez era pequeñísimo para la gente que se amontonaba allí y por la sala. Era imposible trabajar y atender a los compañeros que acudían en demanda de información. Francisco Isgleas tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para salir de la secretaría portador de la misión de trasladarse a Gerona, para informar a los compañeros de aquella localidad de la situación en Barcelona. A su salida se cruzó con Durruti y García Oliver, patentizando con un fuerte abrazo el entusiasmo que todo el mundo sentía.

Había un barullo impresionante, con idas y venidas de gente con armas y portadora de noticias o indagando por ellas. En esas condiciones, era imposible no sólo trabajar, sino poder cambiar impresiones sobre los acontecimientos. Fue en esos momentos cuando sonó el teléfono preguntando por Mariano R. Vázquez. Mariano atendió la llamada telefónica:

—Sí, aquí el secretario del Comité Regional de la CNT
“(…)”.

Todos los presentes sintieron que aquella llamada era importante, y pudieron oír la respuesta que daba Vázquez en tono burlón:

—Comprendo. Bueno, lo discutiremos ahora mismo”.

Colgó el teléfono, dio media vuelta e informó a los demás:

—El Presidente Companys ruega que el Comité Regional envíe una delegación. Quiere negociar”³⁷.

Hubo un breve cambio de impresiones y se decidió que no podía darse satisfacción a Lluís Companys sin consultar previamente a la militancia. Entonces se convino en convocar una reunión para dos horas más tarde. Emisarios y avisos por teléfono fueron comenzados a enviar y a dar para prevenir a los delegados de Sindicatos, Comités Revolucionarios y Comités Comarcales, de la reunión.

Entretanto, puesto que la “Casa Cambó”, sede del Fomento Nacional del Trabajo, que se encontraba a un paso del Sindicato de la Construcción, había sido ocupada por jóvenes libertarios, se pensó en celebrar la reunión en uno de los amplios salones de dicho edificio. Acto seguido comenzó a dirigirse la gente hacia la Casa Cambó. Y, a continuación, todo cambió en el local del Fomento Nacional del Trabajo, puesto que comenzaron a funcionar ya los comités y los órganos coordinadores de los Sindicatos de Barcelona, en las oficinas y departamentos en

37. Luis Romero, *op. cit.*

Service d'Information de la C.N.T. et de la F.A.I.

Adresse: Casa C.N.T.-F.A.I. (antes Fomento del Trabajo)-BARCELONA (Espagne)

EDITION SPECIALE EN LANGUE FRANÇAISE

Barcelona, 24 juillet 1936

La C.N.T. exterme le fascisme

Un groupe de militaires s'est levé en armes contre le régime fasciste et les libertés du peuple qui, les armes en main a résisté victorieusement. La C. N. T. avec l'héroïsme qui la caractérise, porte en elle l'hédonisme le mouvement révolutionnaire contre le fascisme

Le criminel soulèvement fasciste qui prit naissance au Maroc, à Melilla et à Ceuta, se propagea aux principales provinces d'Espagne. De toutes parts, le peuple tient tête aux insurgés.

Naturellement, la rébellion militaire fasciste, qui possédait de grandes ramifications, répéta également à Barcelone et autres lieux de Catalogne. Faute de temps et n'étant pas encore en possession des renseignements précis, nous nous abstons de publier une information plus ample. Nous le ferons en temps opportun.

L'insurrection commence à Barcelone

Ainsi qu'on le craignait, l'insurrection militaire fasciste commença de très bonne heure le dimanche 20 juillet. Les garnisons de presque toutes les casernes de Barcelone se déclarèrent en franche révolte contre le régime. A six heures du matin, un peloton de soldats de la caserne de Pedralbes envahit les rues de Barcelone avec des pièces d'artillerie dans le but de déclarer l'état de siège.

Les insurgés bombardent une barricade, occasionnent huit morts

La troupe de la caserne de Pedralbes arriva sans difficultés à la place d'Espagne, se dirigeant vers le quartier de Sans, avec une pièce d'artillerie. Le peuple, avait levé une barricade en face de la mairie du quartier nommé Hostafranchs. La troupe insurgée tira un formidable obus contre la barricade, tuant huit camarades et blessant onze autres.

A la suite de l'explosion, un morceau d'une tête de femme fut projeté à 70 mètres de distance du dit endroit, et d'autres morceaux de corps humains restèrent accrochés aux balcons et aux arbres.

Les insurgés arrivent jusqu'à la Place de Catalogne et furent vaincus par nos camarades

A 3 h. 15 de l'après-midi, les militaires fascistes, malgré la formidable résistance que leur opposèrent le peuple armé, réussirent à s'installer à la place de l'Université, à la place de Catalogne et les environs immédiats. Des groupes de syndicalistes de la C.N.T., marchèrent à la rencontre des insurgés, et commença un combat acharné qui dura plus de huit heures. Il y eut de nombreuses pertes de part et d'autre. Finalement, les hommes de la C.N.T. qui se virent renforcés au dernier moment par la Garde Civile, restèrent maîtres de la place.

Sanguin combat en face de la délégation du Ministère du Trésor

Les troupes de Pedralbes et d'autres casernes se placèrent à la place du Palais, en face de la Chancellerie du Trésorier. La situation arriva à un moment extrême-

ment difficile pour les forces restées fidèles au régime, mais lorsque nos camarades eurent connaissance du combat, il se préparèrent à l'attaque. Nos camarades, aidés par l'aviation, obligèrent les insurgés à la retraite. Il y eut assez bien de pertes de part et d'autre, mais en nombre supérieur chez les fascistes. Il y eut plusieurs officiers arrêtés.

Capitulation de la Commandance Militaire

Dimanche, vers 7 heures du soir, nos camarades ayant appris que le général fasciste Godes s'était retranché dans l'édifice de la Commandance Militaire, se dirigèrent vers le dit édifice, avec le matériel pris aux forces fascistes. Après un court combat, fut hissé le drapeau blanc. Les officiers et soldats prisonniers seront conduits à la forteresse de Montjuich.

Les détenus de la «Modelos» de Barcelone ont été libérés

Dimanche après-midi, lorsque les prisonniers de la «Carcel Modelos» de Barcelone eurent connaissance du soulèvement fasciste et de la victoire du peuple, il se produisit une certaine effervescence dans la prison. Devant l'attitude des détenus, les gardiens eux-mêmes ouvrirent les portes, et les prisonniers furent reçus avec joie par le peuple amassé devant la porte de la prison. Naturellement, la liberté n'a pas atteint les éléments fascistes détenus à la «Modelos», parmi lesquels figura l'ancien personnage des anciens syndicats libres, le chef des epistoleros, Ramon Sales.

Le peuple prend d'assaut la caserne de Saint-Andrés et s'empare de toutes les armes qui s'y trouvent

Les troupes de la caserne du faubourg de Saint-Andrés prirent également part au mouvement insurrectionnel fasciste. Pendant toute la journée du dimanche, la dite caserne fut constamment bombardée par un avion antifasciste. Dans la matinée du lundi, la caserne fut prise d'assaut. Nos camarades se sont emparés d'une énorme quantité d'armes qui furent chargées dans de nombreux camions que nos camarades avaient amenés de divers points de Catalogne. Le peuple a ainsi augmenté considérablement son armement, et il est absolument impossible que personne puisse le vaincre.

Deux autres casernes capitulent

Dans la matinée du lundi, tous les insurgés ne s'étaient pas encore rendus. Après un long siège soutenu depuis le dimanche et sous la menace d'un bombardement, les casernes de Pedralbes et d'Alaranzas (artillerie) se sont enfin rendues vers une heure de l'après-midi. Notre courageux camarade François Ascaso est tombé victime des balles fascistes; il mourut la main crispée sur le fusil avec lequel il défendit vaillamment nos libertés jusqu'au dernier moment.

La C.N.T. convoque une réunion pour prendre des décisions relatives au mouvement

Au moment où nous écrivons ces lignes, les délégations de toutes les fédérations locales et cantonales de la C.N.T. de Catalogne se sont réunies pour prendre

Boletín de información de la CNT-FAI, editado en varios idiomas. En estas cuatro páginas seguidas, reproducimos el primer número en francés, correspondiente al 24 de julio de 1936. Los textos comentan la trágica situación española durante los primeros días de la guerra civil.

de-accords sur la marche et l'orientation du mouvement contre le fascisme.

Aujourd'hui lundi le Comité Régional de Catalogne, au moyen de la T.S.F. a conseillé aux ouvriers boulangers de reprendre le travail et donné les instructions nécessaires en vue de normaliser les services de première nécessité.

Nous sommes sans nouvelles exactes de Madrid et autres provinces. La C.N.T. communiquera toutes les nouvelles qui lui parviendront, afin que le peuple sache la vérité sur la situation.

Rumeur

En dernière heure a circulé la rumeur qu'un régiment de «Sarracens» adhérait au mouvement fasciste, avancé vers la Catalogne. Malgré toutes nos démarches, nous ne sommes pas parvenus à confirmer cette nouvelle.

Le mouvement de la région catalane

C'est à peine si la normalité a été troublée dans la majorité des petites villes de Catalogne. Le peuple et les éléments ouvriers sont sur pied de guerre au cas où les fascistes se décideraient à se soulever.

Dans diverses localités voisines de Barcelone ou ont trompé les éléments de la C.N.T. et les anarchistes, le peuple a mis le feu aux édifices des centres réactionnaires aux convents et églises, d'où les fascistes retranchés tiraient sur le peuple.

Toutes les routes qui communiquent avec Barcelone sont barrées par de grandes barricades, derrière lesquelles sont retranchés de nombreux groupes d'ouvriers armés, avec des mitrailleuses à l'affût.

(Extrait du numéro extraordinaire et gratuit de «Solidaridad Obrera», du 21 juillet 1936)

La lutte contre les fascistes

A Barcelone et dans toute la Catalogne, la Confédération Nationale du Travail et la Fédération Anarchiste Ibérique, à l'avant-garde, donnent le coup de grâce au fascisme.

Dimanche 19 juillet, au matin

Des que l'on eut connaissance du soulèvement fasciste la mobilisation de tous les cadres de la C.N.T. et de la F.A.I. s'organisa selon une consigne déjà mûre. On réquisitionna toutes les voitures officielles et particulières et ce fut avec une grande satisfaction que l'on vit circuler les premiers groupes armés, sous les insignes de la C.N.T. et de la F.A.I.

La résistance s'organise rapidement

Les comités de ces deux organisations maintinrent une relation permanente en vue d'organiser l'insurrection armée d'opposition au fascisme criminel. Le dimanche 19 juillet, de très bonne heure, on apprit que les troupes de la caserne de Pedralbes, sous la pression des officiers qui assassinaient sans pitié tout soldat qui se résistait, avançaient vers les points stratégiques de la ville et occupaient les places de Catalogne et de l'Université.

Le peuple prend l'initiative

Dimanche 19 juillet, la lutte s'étendit dans toute la capitale. Des groupes armés de fusils et de mitrailleuses commencèrent à assiéger les forces retranchées dans l'Université. Dans ce combat, les groupes de la C.N.T. et de la F.A.I. se distinguèrent particulièrement.

Prise de la place de l'Université

Malgré le feu des mitrailleuses, les fascistes durent battre vivement en retraite, la place fut occupée immédiatement par les forces populaires.

Le peuple prend possession de la Centrale Téléphonique
La lutte continua à la place de Catalogne et les forces fascistes furent définitivement repoussées de l'intérieur de la Centrale Téléphonique. Furent également occupés par les forces populaires, l'Académie Militaire et l'Hôtel Ritz.

Concentration et marche sur Atrazanas

Rapidement, les nombreux groupes de la C.N.T. et de la F.A.I., tous bien armés se concentrèrent et sachant que la caserne d'Atrazanas était toujours au pouvoir des fascistes, une colonne se détacha, arborant le drapeau rouge et noir et en possession de deux mitrailleuses marcha vers le lieu du combat.

Siège acharné et prise d'assaut de la caserne d'Atrazanas

Une fois la colonne arrivée près de la caserne, celle-ci fut cernée. Les mitrailleuses placées aux endroits stratégiques et commença alors le véritable combat qui coûta tant de vies humaines.

Les fascistes, convenablement placés et cachés, couchaient à terre quiconque se trouvait pris dans sa ligne de tir.

Tout le jour de la journée du dimanche, les militaires ne cessèrent de faire des victimes dans les rangs de nos vaillants camarades, et pour éviter une plus grande tuerie, on décida de suspendre le siège, puisque l'on n'avait pas encore pu repérer exactement d'où partait la fusillade. Le peuple, obstiné et terrible continua le siège sans faiblir durant tout l'après-midi du dimanche et le lundi matin. Dans cette zone, la lutte acquit un caractère de véritable épopée. Les militants de la C.N.T. et de la F.A.I. accomplirent des actes d'héroïsme sans précédent. Plus de trente camarades, morts et blessés, rougirent le pavé de leur sang, mais l'enthousiasme ne faisait qu'augmenter. On amena un canon imposant, un camion avança et la mitrailleuse ouvrit une décharge impressionnante, désespérée, mais les fascistes ne se rendaient toujours pas.

Le lundi matin, les esprits étaient surexcités par cette résistance inutile et de la perte de tant de camarades.

Le cercle se fit plus étroit, le courage se transforma en témérité. Alors, les groupes populaires avancèrent résolument à l'encontre des ennemis. Le canon de la C.N.T. et de la F.A.I., avec sa mitrailleuse, placée à l'arrière, recula à côté de l'ennemi, tirant sans arrêt. Ce fut le signal de la capitulation. Les fascistes hissèrent un drapeau blanc. La C.N.T. et la F.A.I. avaient dompté, au sacrifice de leurs hommes et grâce à leur héroïsme culminant, un des plus terribles foyers fascistes de Barcelone.

(Extrait de «Solidaridad Obrera» du 21 juillet 1936)

Francisco Ascaso

Francisco Ascaso est mort héroïquement au service de la Révolution

Francisco Ascaso naquit en 1901 à Almudevar, province de Huesca. Très jeune, il participa au mouvement anarchiste. La première fois qu'il fut arrêté, ce fut à Saragosse lors d'une grève de caractère très violent. Il fut condamné, mais en raison de sa jeunesse, il fut grâcé.

1923, la réaction renaît en Espagne plus violente que jamais. A Saragosse, l'âme du mouvement réactionnaire était le cardinal Soldevila, qui fut tué dans un attentat. Ascaso, soupçonné d'avoir participé au dit attentat, fut arrêté, le «garrot» l'attendait, mais il put s'enfuir à l'étranger avant le procès.

SERVICE D'INFORMATION

3

Lors du «pronunciamento» de Primo de Rivera, une persécution sanglante se déclina en Espagne. Il n'y avait pas d'argent pour payer les avocats et venir en aide aux persécutés et à leurs familles. Ascaso décida de s'en procurer coûte que coûte, les autorités espagnoles commencèrent alors une véritable chasse à l'homme contre notre camarade. Il s'embarqua pour l'Amérique du Sud. En Argentine, au Chili, au Mexique, à Cuba, etc., il déploya sans relâche son activité révolutionnaire. En Argentine, une nouvelle condamnation à mort pesait sur lui. Il fut donc obligé de s'enfuir encore une fois et se fut en Europe. Aucune nation européenne ne voulait accorder le droit d'asile à cet anarchiste dangereux. Expulsé de France, repoussé d'Allemagne, le monde entier parlait des exploits révolutionnaires de ce jeune anarchiste espagnol. Ascaso avec ses amis Buenaventura Durruti et Gregorio Jover, formaient un inséparable «trois révolutionnaires». Finalement, la Belgique lui concéda un asile provisoire.

La révolution du 19 avril 1931 lui permit de retourner en Espagne. Immédiatement, il se jeta dans la lutte. On le trouva toujours en première ligne à côté de son ami Durruti dans les divers mouvements révolutionnaires qui éclatèrent depuis 1931. Orateur et militant, on aimait également sa parole claire et énergique et son courage de lutteur révolutionnaire. Il fut un des meilleurs éléments de la C.N.T. et de la F.A.I.

Dans la matinée du 19 juillet 1936, les groupes révolutionnaires luttaient avec un héroïsme sans pareil contre les militaires retranchés dans la caserne de «Atarazanas». Dans les barricades de la «Rambla de Santamonique», les camarades se battaient furieusement. Dans la statue de Colomb, les fascistes avaient installé une mitrailleuse qui crachait dur contre nos camarades.

François Ascaso, qui lutta à côté de ses camarades, est tombé mortellement blessé, le corps perforé par les balles de la mitrailleuse.

Tous les camarades tombés dans la lutte contre le fascisme nous ont causé rage et douleur, mais la mort de Ascaso nous incite à la vengeance rapide et sans hésitation. Nous le vengerons, oui, nous le vengerons!

Barcelone, mardi 21 juillet 1936

C.N.T. A.I.T. F.A.I.

Au peuple travailleur!

Le peuple travailleur de Barcelone a vaincu les fascistes. La victoire a seulement été possible grâce aux efforts révolutionnaires de la

C.N.T. et de la F.A.I.

Ce fait d'armes a une grande importance pour la lutte contre le fascisme international. Toutefois, la lutte n'est pas encore terminée, à Saragosse, à Séville et autres villes de la péninsule, il existe encore des nids fascistes.

La C.N.T. et la F.A.I. sont aux côtés du peuple travailleur.

Camarades, Ouvriers, Hommes de conscience libre, tous debout armes en mains, pour écraser définitivement le fascisme!

Peuple travailleur, tiens-toi prêt. Organise toi en milices, ne rends ni les armes ni les munitions. Ne perds pas contact avec les syndicats, ta vie et ta liberté sont entre tes mains.

VIVE LA C.N.T. ET LA F.A.I.
VIVE LE PEUPLE LIBRE!

Les Comités Régionaux de la C.N.T.
et de la F.A.I.

Barcelone, 21 juillet 1936.

C.N.T. A.I.T. F.A.I.

Aux Femmes!

L'heure de la liberté a sonné

Femmes,

Le sang de vos fils, de vos frères, de vos compagnons a rougi les rues de Barcelone.

Tous nos hommes se sont battus et se battent encore comme des lions, comme de fiers et arrogants «guerrilleros» de l'armée de la libération définitive.

Femmes. Ne les abandonnez pas, soyez fortes, soyez utiles à la grande cause de l'écrasement du fascisme.

Nombre de vous ont donné leur propre sang à la révolution, mais cela ne suffit pas, vous devez encore intensifier votre champ d'action.

Aux incisées, aux timides, dites-leur qu'elles ne craignent rien et que leur devoir est d'apporter leurs efforts à la campagne entreprise pour l'écrasement de la réaction sanguinaire.

Pas de quartier pour les misérables qui, dans un moment d'orgueil insolent ont tenté de soumettre le pays sous le règne du catholicisme de Torquemada qui, pendant tant de siècles domina le pays.

Femmes, ne tolérez pas un moment de plus que la canaille fasciste fasse d'autres victimes parmi les enfants du peuple.

Contre le fascisme, toutes sur pied de guerre!

Contre la réaction, toutes en bloc pour l'exterminer sans compassion aucune.

VIVE LA REVOLUTION LIBERATRICE!

Les Comités Régionaux de la C.N.T.
et de la F.A.I.

Barcelone, 21 juillet 1936

C.N.T. A.I.T. F.A.I.

Justice directe et immédiate du peuple!

Les éléments fascistes, les bourreaux du peuple et de ses libertés ont échafaudé en toute conscience et avec un sang froid monstrueux, la boucherie des masses ouvrières et de la bourgeoisie libérale.

Ayant en mains tous les moyens de mort et de destruction que le peuple même, dans son inexpérience, forgea avec l'impôt et la contribution VOLONTAIRE A LA GUERRE, rien, ni la religion, ni les sentiments humanitaires, ni même l'enseignement sacré de la Croix Rouge ont pu retenir leurs ambitieux et sauvages desseins. SEUL, LE PEUPLE ARME, et seulement lui, peut affirmer que plus jamais cela se répétera.

Camarades Hommes libres et dignes,
VOUS TENEZ ENTRE VOS MAINS LE SORT DE VINGT-CINQ MILLIONS D'ETRES HUMAINS!

Les Comités Régionaux de la C.N.T.
et de la F.A.I.

Barcelone, 21 juillet 1936

C.N.T. A.I.T. F.A.I.

Peuple de Catalogne!

Après la criminelle entreprise des «esforçons» et officiers fascistes, la marche triomphale du peuple espagnol ne doit pas s'arrêter.

Se défendre contre ceux qui froidement, mitraillent les ouvriers est une NECESSITE.

Ecraser le fascisme pour qu'il ne se relève jamais est un DEVOIR.

Les Comités de la C.N.T. et de la F.A.I. lancent l'initiative et se préparent, d'accord avec les autres forces ouvrières et libérales, pour marcher vers les endroits où le fascisme résiste encore.

OUVRIERS! HOMMES DIGNES! CAMARADES! Soyez en relation étroite avec vos syndicats. Enrolez-vous dans les rangs de ceux qui iront repousser nos éternels bourreaux.

Les Comités Régionaux de la C.N.T. et de la F.A.I.

Barcelone, 21 juillet 1936.

La C.N.T. et la F.A.I. partout

Les initiales de la C.N.T. et de la F.A.I. se sont imposées comme consigne révolutionnaire et sont gravées sur les carrosseries des autos réquisitionnées.

Dans les journées révolutionnaires qui ont commencé le 19 juillet 1936, nous avons été témoins d'un spectacle que nous a enthousiasmé au plus haut point.

Malgré nos détracteurs, la C.N.T. et la F.A.I. se sont imposées. Il n'y a qu'une seule consigne : la nôtre.

Tous les partis et toutes les organisations inscrivent nos lettres sur leurs voitures. Un des cas les plus curieux est de voir la Gauche Républicaine de Catalogne mêler les initiales de son parti avec les glorieuses initiales de la C.N.T. et de la F.A.I.

Il est donc clairement démontré que la C.N.T. et la F.A.I. sont les organisations qui interprètent le plus fidèlement la pensée et les aspirations du prolétariat espagnol et que même les partis petit bourgeois se voient obligés à les respecter.

(Extrait du numéro extraordinaire et gratuit de «Solidaridad Obrera» du 20 juillet 1936)

La C.N.T. et la F.A.I. à la tête de la révolution espagnole

Après ces jours févres de lutte surhumaine, nous parvenons enfin à dominer notre émotion, nos impressions si profondes et si diverses afin de conter à nos camarades français ce que nous avons vu.

La Barcelone d'autrefois, a surgi de nouveau, au prix de combats acharnés, de pertes douloureuses, la capitale catalane a reconquis son titre de BARCELONE ROUGE. Ce fut un soulèvement populaire spontané qui répondit aux premiers coups de feu des fascistes. Lors que la première colonne militaire dirigée par les officiers insurgés, fit irruption dans les rues de Barcelone, désemparée à ces heures nocturnes, sembla se réveiller, des barricades s'élevèrent comme par miracle. La ville, me par un coup de baguette magique le peuple semblait sortir des pavés. Les armeries furent prises d'assaut et un clin d'œil presque tout le monde se trouva armé.

Les groupes de la C.N.T. et de la F.A.I., secondés par des éléments de divers partis et organisations ouvrières marchèrent résolument à la rencontre des fascistes dont le but était de prendre possession des points stratégiques de la ville. Ils avaient affaire à des militaires expérimentés, à de nombreux de la guer-

re, qui portaient avec eux canons et mitrailleuses et qui, bien qu'en minorité, sémaient solennellement la mort. Rien n'arrêta la poussée populaire, la haine du fascisme fit des miracles, les divergences de parti, les querelles politiques disparurent devant l'ennemi commun. Ce fut vraiment un «front populaire», non pas celui sorti des élections, mais le front populaire créé spontanément dans la rue.

Pourtant, les politiciens ne doivent pas se faire d'illusions. Cette révolution n'est pas la leur, et il faut crier bien haut que la victoire appartient à la Confédération Nationale du Travail et à la Fédération Anarchiste Ibérique, qui ont entraîné dans la lutte une écrasante majorité de travailleurs.

Les victimes

Selon les informations que nous avons pu recueillir et qui sont malheureusement incomplètes, plus de 500 personnes ont perdu la vie durant ces trois jours de lutte cruelle, dont 200 dans le camp antifasciste. Dans les rangs fascistes, la majorité des morts sont des militaires. De nombreux soldats tombent, entraînés dans la criminelle aventure fasciste, trompés par leurs chefs. Parmi les officiers insurgés, le nombre de morts est encore plus élevé que celui des soldats, d'aucuns furent tués par les soldats, eux mêmes, d'autres, plus nombreux furent fusillés sur place par les forces populaires, après la prise des casernes. Quelques officiers se firent eux-mêmes justice.

Pourquoi le peuple brûle les églises

Tous les gens «bien pensants» vont crier au scandale devant l'incendie des temples religieux et, pour faire taire les jérémiades de ces hypocrites, il faut expliquer au monde les motifs de ce geste purificateur des masses populaires. C'est une chose notoire que les églises servaient depuis longtemps de dépôts de munitions pour les fascistes qui se réfugièrent derrière les murs formidables des églises de Dieu pour mitrailler le peuple. Toutes les églises de Barcelone furent transformées en citadelles fascistes, et le peuple fou de rage et de douleur à voir tomber les siens, alluma le feu vengeur.

Après la victoire

Aussitôt après le combat, il s'est constitué un Comité des Milices Antifascistes de Catalogne, ainsi composé : C.N.T. Juan Garcia Oliver, Buenaventura Durri et José Asensi,

U.G.T. (Syndicats Socialistes) José del Barrio, Salvador Gonzalez et A. López,

F.A.I. Aurelio Fernandez, Abat de Santillan, E.R.de C. (Gauche Républicaine de Catalogne) : S.

Miratvilles, Artemio Aiguad et J. Pons

Parti Socialiste et autres fractions d'Unification Marxiste José Muste et Pousa,

Union de Rabassaires José Torrent Rosells;

Coalition de Partis Républicains Fabrega

Pour donner une idée de la force de chacun des composants de ce Comité, il suffit de lire les chiffres suivants :

Formation de la milice antifasciste :

C.N.T. et F.A.I.	23 000 hommes
U.G.T. (syndicats socialistes)	2 000 »
Organisations marxistes unifiées	3 000 »
Forces de police et garde civile	4 000 »

La mobilisation continue et ces chiffres augmenteront considérablement par la suite.

Dans le prochain bulletin, nous donnerons un compte-rendu complet sur la situation dans le reste de l'Espagne.

que hasta hacia treinta y seis horas ocupaban los grandes financieros e industriales de Barcelona y resto de Cataluña³⁸.

El cambio que se operó en la “Casa Cambó” en pocos minutos fue fácil reconocerlo en la puerta de entrada: el semicírculo que formaba el gran portal quedó obstruido por una barricada de sacos terreros llenos de arena y defendido por dos ametralladoras, asistidas por una curtida patrulla obrera. Se improvisó pronto un gran cartelón: “Comité Regional de la CNT de Cataluña. CNT-AIT”. El nombre que recibió al instante fue el de la “Casa CNT-FAI”.

A la caída de la tarde, todos los que habían sido avisados para asistir a la asamblea plenaria de la CNT y de la FAI se encontraron instalados en uno de los salones de la nueva “Casa CNT-FAI”.

La reunión comenzó teniendo a sus concurrentes divididos sobre la posición a adoptar, no solamente ante la invitación de Companys, sino ante la situación que se había creado en la calle. Aunque era cierto que no podía valorarse aún en profundidad en qué podía desembocar aquella acción de masas, tampoco era menos cierto que el papel de los anarquistas en semejante coyuntura no podía ser otro que el de impulsar a esas masas lo más lejos posible, desde el punto de vista revolucionario. La cuestión era importante, y en la respuesta que se le diera iban muchas cosas implicadas. El problema presentado exigía un estudio sereno, dedicándole el tiempo que requiriese, sin precipitaciones y tranquilamente. Sin embargo, en aquellos momentos, no se abordaba la cuestión en dicho sentido, sino al contrario, con prisas, con mucha fatiga física e intelectual, producto de las treinta y seis horas de lucha cargadas de nerviosismo e incertidumbres. La voz de todos ellos estaba enronquecida y la gente se mantenía despierta a base de café y tabaco.

Al primer tanteo del problema aparecieron claramente las posiciones, aunque un punto importante les unía a todos, y era el no dejarse arrebatar la victoria. En torno a esto, se matizaron los criterios, que iban desde el expuesto por García Oliver, que era el de proclamar el comunismo libertario, hasta el defendido por Diego Abad de Santillán, consistente en mantener la colaboración con las demás fuerzas políticas que habían intervenido en la lucha. Entre ambos se planteaba una tercera opinión, que García Oliver consideró equívoca³⁹, la cual, sostenida por su exponente Manuel Escorza, consistía en utilizar al Govern de la Generalitat para colectivizar el campo y socializar la industria, por lo que el sindicalismo se convertiría en la fuerza determinante de la nueva sociedad. Logrado eso, y vacío de poder el Govern de la Generalitat, éste caería por su falta de efectividad. Esta posición consideraba que no debía pactarse con el gobierno para

38. En aquellos momentos se encontraba en Barcelona Agustín Souchy, con otros militantes anarcosindicalistas de diversas nacionalidades, y, todos juntos, con Bernardo Pou tuvieron la idea de fundar un *Boletín de información CNT-FAI* redactado en varios idiomas: español, inglés, alemán y francés, cuyo primer número salió el día 24 de julio. De ese primer número en francés reproducimos el texto, el único que nos ha sido posible encontrar.

39. García Oliver, en carta al autor.

nada, puesto que el problema del poder quedaba prácticamente ya resuelto al encontrarse en manos de CNT-FAI. El equívoco de esta posición, desde el punto de vista anarquista, se atrajo la adhesión de los más radicales. La delegación de la comarca del Bajo Llobregat, representada por José Xena, se pronunció contra la colaboración gubernamental, pero al no unirse con la posición sustentada por García Oliver, se aproximaba a la de Escorza, o adoptaba una posición negativa ante un problema que reclamaba una solución.

Como conclusión —que no era tal— se adoptó el acuerdo de aceptar la entrevista con Companys, para indagar la actitud del President de la Generalitat, sin dejarse intimidar ni comprometerse ⁴⁰.

CAPÍTULO V

Lluís Companys ante la CNT, y la CNT ante sí misma

La plenaria o asamblea de militantes nombró a una comisión para entrevistarse con Lluís Companys. Entre los nombrados se encontraban García Oliver, Durruti y Aurelio Fernández. Esta comisión, no sabemos por qué razones, dada la corta distancia que había entre la “Casa CNT-FAI” y el palacio de la Generalitat, prefirió hacer el trayecto en automóvil. Llegó el vehículo a la Plaza de Jaime I y ascendió por la calle del mismo nombre hasta la Plaza de la República. Ante la puerta del palacio estaba un destacamento de Mossos d’Esquadra. En las calles transversales se encontraban apostados guardias de Asalto y también se veían civiles con brazaletes catalanistas. Los representantes de la CNT y de la FAI, formidablemente armados, descendieron del automóvil.

“El jefe de los Mossos d’Esquadra nos salió al encuentro en la puerta principal de la Generalitat. Íbamos armados hasta los dientes: fusiles, ametralladoras y pistolas. Descamisados y sucios de polvo y de humo.

“—Somos los representantes de la CNT y de la FAI que Companys ha llamado —le dijimos al jefe—. Y estos que nos acompañan son nuestra escolta”.

“Nos saludó afectuosamente el jefe de los Mossos d’Esquadra, y nos sirvió de guía hasta el Pati dels Tarongers, donde dejamos la escolta, convertido, una vez más, en campamento.

“Companys nos recibió de pie, visiblemente emocionado (...). La ceremonia de presentación fue breve. Nos sentamos cada uno de nosotros con el fusil entre las piernas. En sustancia, lo que nos dijo Companys fue lo siguiente:

“—Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente; y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad, y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mossos...”

“Meditó un momento Companys y prosiguió lentamente:

“—Pero la verdad es que, perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares fascistas. No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis, o no me queréis como President de Catalunya, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nom-

bre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, **no** sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social”.

“Nosotros —escribe García Oliver— habíamos sido llamados para escuchar. No podíamos comprometernos a nada. Eran nuestras Organizaciones las que habían de decidir. Se lo dijimos a Companys (...). Companys nos dijo que, en otro salón, estaban esperando los representantes de todos los sectores antifascistas de Cataluña, y que si nosotros aceptábamos que él, siendo President de la Generalitat, nos reuniese a todos, nos hacía una proposición con vistas a darle a Cataluña un órgano apto para proseguir la lucha revolucionaria hasta afianzar la victoria”.

Y García Oliver prosigue:

“En nuestro cometido de agentes y de informadores, aceptamos asistir a la reunión propuesta. Esta se celebró en otro salón, donde, como ya nos había dicho Companys, aguardaban algunos representantes de Esquerra Republicana, Rabassaires, Unió Republicana, POUM y Partit Socialista ⁴¹. Los nombres los recuerdo muy mal, ya sea por la precipitación y el cansancio de aquellos momentos, ya porque realmente no los conociera. Nin, Comorera, etc., etc. Companys nos expuso la conveniencia de ir a la creación de un Comité de Milicias, que tuviese el cometido de encauzar la vida de Cataluña, profundamente trastornada por el levantamiento fascista, y procurase organizar fuerzas armadas para salir a combatir a los rebeldes donde se presentasen, ya que, en aquellos momentos de confusión nacional, se ignoraba todavía la situación de las fuerzas combatientes” ⁴².

La sinceridad con que dice Companys expresarse es el reconocimiento de una situación sobre la cual no posee medio de control alguno. Y su realismo político, adaptado a aquella circunstancia, fue el de ganar la confianza de los delegados de la CNT, declarándose convencido de que no podía efectuarse marcha atrás. Los hechos van a demostrar que, en toda la entrevista que sostuvo Companys, no había otro deseo que el de *ganar tiempo*, según se desprende de la conversación que horas antes había sostenido con Federico Escofet, e inmediatamente a la entrevista que mantuvo con Comorera y las disposiciones oficiales de esa noche, 20 de julio, sin esperar las resoluciones que debía tomar la CNT. Desmenüemos estos aspectos, dejando ya por dicho la referida conversación con Escofet, verdadero tratado de maquiavelismo político.

Según Manuel Benavides, próximo al estalinismo catalán, Juan Comorera in-

41. El PSUC aún no estaba constituido ni representado.

42. El texto íntegro de esta entrevista se encuentra en *De julio a julio: un año de lucha*. El texto que apareció en *Solidaridad Obrera*, el 18 de julio de 1936, está censurado en tres líneas, al final, justamente en el discurso de García Oliver, donde, como consecuencia de la disolución del Comité Central de Milicias, presente los choques que han de producirse entre los diversos sectores políticos.

sistió a Companys, en el sentido de llevar a término un trabajo de zapa que desbancara a la CNT y la FAI de las posiciones que estas organizaciones habían logrado. Este plan era coincidente con el interés político de Companys:

“Debemos unificar nuestras fuerzas y organizar los sindicatos socialistas de UGT para oponerlos a la CNT. Usted, señor Presidente, no debería hacer uso de la fuerza en ningún caso en estos momentos. Deben tratar de asegurar el orden revolucionario y apoyar la formación de tropas que dependan de la Generalitat. Tenemos que ponernos a la tarea de construir un Ejército. Los anarquistas y los trotskistas chillarán mucho cuando se enteren. Hagámonos los sordos. Tan pronto como dispongamos de una fuerza armada y recuperemos un movimiento obrero-campesino sólido, dirigiremos la guerra en el frente y defenderemos la economía en la retaguardia, en lugar de hacer la revolución, que por ahora no es nuestro objetivo”⁴³.

En la noche del 20 de julio, Lluís Companys hacía un balance de su jornada; y tan positivo lo consideró, que reunido con sus consejeros dio por aceptada la proposición que había hecho a la CNT de formar “un organismo apto para dirigir la lucha”. Lluís Companys concebía dicho organismo como una especie de junta político-militar-popular, dependiente del departamento o Consellería de Defensa de la Generalitat. El decreto que elaboró esa noche, y que apareció en el *Bulletí Oficial de la Generalitat de Catalunya* el 21 de julio, no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones políticas. Se creaban unas Milicias Ciudadanas para la Defensa de la República. El jefe de esas milicias sería el comandante Enrique Pérez Farràs, y su consejero político Lluís Prunes i Sato, conseller de Defensa de la Generalitat. Como decreto del Govern de la Generalitat relativo a milicias, es éste el único que existe, y no hay ningún otro —a nuestro conocimiento— que instituya el Comité Central de Milicias de Cataluña y sus prerrogativas, cosa que indicaría que legalmente el Comité Central de Milicias no recibió la sanción legal del Govern de la Generalitat, y por tanto no fue otra cosa que un organismo de imposición revolucionaria. Jaume Miravittles, hablando del mencionado Comité Central de Milicias, escribe que supone que la iniciativa para la constitución de este consejo de soldados provino de los anarquistas. Ellos no querían participar en el Govern, porque ello no concordaba con sus ideas. Dejaron, pues, que el Govern siguiera funcionando. Pero, de hecho, en lo sucesivo, fueron las Milicias y su Comité los que tuvieron en sus manos el poder gubernamental. El Govern llevó en adelante una vida de apariencias⁴⁴. De todo esto podemos sacar la conclusión de que fueron las resoluciones del histórico pleno regional de la CNT, del día 21 de julio, las que alteraron las funciones del decreto de Companys sobre milicias, o, por mejor decir, lo ignoraron completamente. Y esto nos lleva ahora a tratar de ese Pleno de la CNT donde la delegación que se había entrevistado con Lluís

43. Manuel D. Benavides (intelectual del PSUC), *Guerra y revolución en Cataluña*, México, 1946.

44. Jaume Miravittles, *op. cit.*

Companys informó del estado de las conversaciones entre la CNT y el Govern de la Generalitat.

En torno a este Pleno de la CNT, celebrado el día 21 de julio de 1936, se ha escrito mucho por parte de los detractores del anarquismo, y muy escasamente por parte de los interesados. Esto hace que cualquier enfoque nuevo del asunto adolezca de la carencia de documentos, que en su día —cuando se publiquen— podrá estudiarse más a fondo lo que fue dicha asamblea regional de la CNT. Por nuestra parte hemos intentado, apoyándonos en documentos de primera mano, formarnos una idea del clima que prevaleció y del carácter que tomaron las intervenciones.

Sobre lo que fue el citado Pleno, Federica Montseny nos escribió lo siguiente:

“Desde el primer momento, se manifestó la voluntad —equivocada o no— de mantener el frente antifascista, constituido en la calle, en plena lucha (...). No fue, pues, una reunión de hombres indecisos y asustadizos la que decidió la creación del Comité Central de Milicias de Cataluña, sino una reunión de hombres que no se creían autorizados más que a buscar la mejor manera de continuar una lucha que tenían conciencia que no hacía nada más que empezar”.

Más adelante, Federica nos dice en esa carta:

“...No pasó por la imaginación de nadie, ni aun de García Oliver, el más bolchevique de todos, la idea de la toma del poder revolucionario. Fue después —agrega Federica—, cuando se vio la amplitud del movimiento y de las iniciativas populares cuando empezó a discutirse si se podía o si se debía, o no, *ir a por el todo*. Esto es claro y categórico”⁴⁵.

José Peirats escribe que la cuestión del poder se presentó en forma de dilema por García Oliver: o se iba a *por el todo*, o se aceptaba la colaboración política con el resto de los sectores políticos, manteniéndose a Lluís Companys como President de la Generalitat. Peirats elude la cuestión del análisis crítico, y escribe a modo de comentario: “No vamos a examinar aquí la justeza de esa apreciación. Lo que está fuera de duda es que la mayoría de los militantes influyentes interpretaron la realidad del momento de modo parecido. De entre ellos, las voces de algunos que desentonaban se perdieron en el vacío; el silencio de otros fue verdaderamente enigmático. Entre los que protestaron en balde y los que callaron por falta de resolución, la sugestión colaboracionista se abrió camino (...)”. Peirats cierra el espinoso tema con varias preguntas: “¿Fue tratado a fondo por los militantes anarquistas y confederales tan terrible problema? ¿Se agotaron todos los recursos en el análisis de las consecuencias de tan aventurada resolución? ¿Fueron sopesados con serenidad y con calma todos los pros y los contras? ¿Se recurrió al ejemplo ilustrativo de la experiencia de la historia de las anteriores revoluciones? Lo cierto es que triunfó el criterio colaboracionista sobre “el todo por el todo” o “dictadura anarquista”; en realidad, no necesariamente fatal”⁴⁶.

45. Federica Montseny, en carta al autor.

46. José Peirats, op .cit.

García Oliver —pieza discordante en este asunto— nos escribe, ilustrándonos sobre esta delicada cuestión:

“Conviene que te aclare que al apreciar la importancia de ir o no por *el todo* (bello eufemismo que yo utilicé precisamente para eludir eso de la toma del poder que tan en boga estaba entonces), conviene mejor el término integral (en el sentido de revolución radical), que no el de totalitario, que se deslizó en nuestros escritos en aquella época de manera equívoca (...). Si hubieras podido leer las Actas de ese Pleno, hubieras podido enterarte del contenido de mi discurso, de más de una hora, en apoyo de mi tesis y de los pobres argumentos que emplearon mis oponentes Santillán, Montseny, etc. Posteriormente se celebró otra Asamblea-Pleno (casi inmediatamente a la primera) donde, después de ratificarme en mis puntos de vista, y frente a las vaguedades de Marianet (secretario de la CNT catalana en ese momento) de “que, sin ir a por el todo, podríamos dominar igualmente la situación desde la calle”, hube de objetarle que tales pareceres no tenían nada de serio (...), ya que el conjunto de problemas de una revolución (ver lo ocurrido en Rusia), exigen la toma del poder revolucionario desde la CNT” 47.

La tesis de García Oliver fue descartada y se acordó —con el voto en contra de la Comarca del Bajo Llobregat— pronunciarse por la colaboración con los demás sectores políticos para “mantener el frente antifascista constituido en la calle”. Los partidarios de esta tesis consideraron que una colaboración democrática salvaba la revolución del totalitarismo dictatorial, incluso de los anarquistas.

El documento más concreto lo constituye el informe que hizo la CNT ante el Congreso de la AIT en diciembre de 1937. La delegación que representaba a la CNT en el citado Congreso Internacional Extraordinario estaba formada por José Xena, David Antona, Horacio M. Prieto y Mariano R. Vázquez. En él se expone lo siguiente:

“Se creó el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, órgano de coordinación de las fuerzas combativas en los frentes. Nuestro movimiento libertario aceptó dicho Comité, pero antes hubo de resolver el problema capital en nuestra Revolución: colaboración antifascista o dictadura anarquista. Aceptamos la colaboración. Pero ¿por qué? Levante estaba indefenso y vacilante, con la **guar-**nición sublevada dentro de sus cuarteles, con grupos de trabajadores armados de escopetas y hoces luchando en la montaña, el Norte era una incógnita todavía y el resto de España se suponía en poder de los fascistas. Estaba el enemigo **en** Aragón, a las puertas mismas de Cataluña, e ignorábamos cuál era la verdadera **si-**tuación de sus fuerzas, así en el plano nacional como internacional (...). La Revolución aparecía de pronto al frente de los revolucionarios y les planteaba **el** problema de dirigirla y encauzarla, pero sin dejarles ver ni su profundidad ni **su** extensión. En aquellos momentos culminantes de la Revolución, las **circunstan-**cias nos aconsejaron colaborar con los demás sectores antifascistas. Téngase **en** cuenta que las circunstancias, en este caso, constituyen el conjunto de hechos **y**

47. García Oliver, en carta al autor.

situaciones políticas, sociales y militares, geográficas y económicas que hemos apuntado. Por otra parte, el nerviosismo de las representaciones consulares extranjeras se tradujo en la presencia, ante nuestros puertos, de gran número de buques de guerra que navegaban por el Mediterráneo (franceses e ingleses) (...). Desde un principio, nuestra Revolución empezó a mirarse dentro de nosotros mismos. No había otro camino. Nada podíamos esperar del exterior. Para no tener que correr el riesgo de comprometer sus libertades, sus vidas y sus intereses bastardos, ningún dirigente del proletariado internacional fue a la cárcel por su ayuda a la Revolución española. Ninguno de ellos ha perdido la vida por solidaridad con nosotros. No se ha producido ni una huelga, ni motines para contrarrestar la asfixia de que hemos sido objeto por parte de los gobiernos fascistas y democráticos. Solamente, y al margen de la acción solidaria del proletariado internacional, han venido a España unos millares de trabajadores a compartir y convivir nuestra enorme tragedia (...). Un pueblo en Revolución crea un movimiento de acción de masas y no puede detenerse a contemplar. El movimiento libertario se decidió por el único camino que la indiferencia y la inhibición del proletariado internacional le deparaba. Su Revolución quiere decir adaptación a las propias posibilidades..."⁴⁸

Peirats, como corolario a su escrito, formula diversos interrogantes sin responder a ninguno de ellos, posiblemente porque, combatiente y testigo de los hechos, sabe que no puede dar una respuesta académica. Kropotkin señala en una de sus páginas que la revolución hay que concebirla como un largo proceso de desequilibrio, en el que es indispensable pasar por diversas formas de experimentaciones antes de alcanzar el equilibrio. El papel que los anarquistas —continúa Kropotkin— deben jugar en este proceso, es el de impedir a toda costa que se cree un poder reemplazante del destruido, porque cualquier poder que se instaure inmediatamente después de derrocado el anterior tiene que ser necesariamente conservador y contrarrevolucionario⁴⁹. No hay duda alguna que Kropotkin tiene razón, y la experiencia histórica alecciona en ese sentido. Pero una cosa es teorizar y otra cosa es estar situado ante un acontecimiento del calibre que se presentaba en España. En el caso que nos ocupa, pensamos que hubo demasiada prisa en resolver la cuestión del poder, apuro que impidió ver "la profundidad de la revolución" que se señala en el informe. Y no cabe duda de que si se hubiera adoptado la tesis defendida por García Oliver, el problema de la revolución se hubiera esclarecido inmediatamente. La creación del Comité Central de Milicias de Cataluña no era un error en sí mismo, ni tampoco el aceptar la colaboración con las otras fuerzas revolucionarias, tales como las que pudieran existir de tendencias socialistas en la UGT y en el POUM. Lo que posiblemente cabe considerar un error fue el dejar en pie el Govern de la Generalitat, porque lo que, a primera

48. *Informe del Comité Nacional de la CNT al Congreso Extraordinario de la AIT, París diciembre de 1937*, Ed. CNT, Artes Gráficas, Barcelona.

49. Artículo incluido por Daniel Guérin en *Ni Dieu ni Maître*, Ediciones Maspéro, París, 1973.

vista, según la teoría de Escorza, ofrecía una ventaja, en realidad, por el peso de los acontecimientos, tenía que ser el enterrador de la revolución. No obstante, y pensamos que en esto residía el futuro de la revolución española, faltaba a esta revolución el ligamen necesario para hacerla contagiosa y coherente a nivel nacional e internacional. Dado el carácter mayoritariamente de organización obrera, el éxito de la revolución pasaba por una alianza efectiva y revolucionaria de la CNT y de la UGT, es decir —hablando geográfica y socialmente—, el complemento de Madrid-Barcelona. Y ese ligamen, en verdad, no se daba el 19 de julio en España. Mientras en Barcelona, como tendremos ocasión de ver, el proletariado rompe todas las formas estructurales burguesas y crea las bases revolucionarias que permiten al Comité Central de Milicias de Cataluña reducir a cero al Govern de la Generalitat durante unos meses, en Madrid, por la intervención del Partido Socialista, no sólo no se rompen las estructuras burguesas, sino que se apuntalan fortificándose y dando vida a un Estado semi-muerto, sin crearse, tan siquiera, un doble poder que lo pueda neutralizar como se hace en Barcelona. Todo el drama de la revolución española reside, a nuestro entender, en el gran peso del anarquismo por un lado, y en la existencia de una socialdemocracia igualmente potente por el otro. La revolución tenía que haber alterado esa relación de fuerzas a través de una alianza obrera que hubiera encontrado en sí misma sus formas originales de organización, las cuales veremos apuntarse por todos lados, pero de manera incoherente.

Los derrotados en este Pleno de la CNT fueron los más fuertes animadores de la revolución, es decir, Durruti y García Oliver. Pero ninguno de estos derrotados se consideró un vencido y, aun sometiéndose a las resoluciones adoptadas, cada uno por su parte los veremos obrar, extendiendo la revolución dentro del cuadro que la revolución va a ir creando. García Oliver desbordará el esquema fijado al Comité Central de Milicias, y Durruti extenderá por Aragón la revolución libertaria sin ataduras políticas.

El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña

Puesto que se había admitido el principio de “colaboración democrática”, se arbi-
tró una fórmula que García Oliver definió de esta manera: “Se aceptaba el
Comité Central de Milicias, y se establecía una proporcionalidad representativa
de fuerzas para integrarlo que, aunque no justas —se le asignaron a la UGT y al
Partido Socialista, minoritarios en Cataluña, iguales puestos que a la CNT y la
FAI triunfantes—, suponían un precedente con vistas a conducir a los partidos
dictatoriales por la senda de una colaboración leal que no pudiese ser perturbada
por competencias suicidas”⁵⁰. La intención no era mala, pero como en política se
aceptan las concesiones a favor cuando se es minoritario y, cuando prevalece el
resultado mayoritario se hace jugar la preponderancia política, el sacrificio que
hacían la CNT y la FAI en las sendas políticas, con un espíritu generoso, sería
aprovechado por sus enemigos políticos para hacerlo valer, como norma, en
Cataluña, pero no así en los lugares del resto de España en que la CNT fuese mi-
noritaria.

El concepto de la “colaboración democrática” políticamente no hacía otra
cosa que revitalizar el Frente Popular y, en consecuencia, el nuevo organismo que,
por su formación, sería un organismo democrático-burgués. Junto a la CNT, FAI
y POUM convivirían los partidos Esquerra Republicana de Catalunya y Acció
Catalana Republicana, partidos representantes de la pequeña y mediana burgue-
sía que, en razón de las estructuras económicas e industriales del país, iban a ser
por la expropiación de los medios productores los principales perjudicados de la
revolución proletaria. Entre la extrema izquierda y la derecha iba a situarse un na-
ciente partido, el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), apéndice del
PC, “como partido de orden”, es decir, contrarrevolucionario. Estos son los pro-
legómenos del C.C. de M.A. de C. (Comité Central de Milicias Antifascistas de
Cataluña).

Después de la celebración del Pleno de la CNT, la delegación de esta organi-
zación retornó a la Generalitat para dar a Companys la respuesta a su proposición.
Pero entre lo que la CNT proponía y lo que pensaba Companys que debía ser el
Comité de Milicias había un franco desacuerdo: Companys deseaba que fuera un
organismo secundario, y la CNT creía que el C.C. de M. A. de C. debía ser un or-
ganismo popular que asumiera la dirección económica, militar y política de la
vida catalana, relegando al Govern de la Generalitat la función burocrática de le-
galizar cuanto decidiera aquel organismo. Lluís Companys reaccionó como era ló-
gico ante esa especie de ultimátum de la CNT, pero la delegación fue intransi-

50. Texto de García Oliver, citado en *De julio a julio: un año de lucha*.

gente sobre dicho punto: o Lluís Companys aceptaba la constitución de un organismo popular que asumiera plenamente su función o la CNT se desentendía de la cuestión y dejaba que la revolución desencadenada por la base se desarrollara hasta sus últimas consecuencias. Companys capituló, ya que, ante los dos males, lo mejor era la rápida constitución de un poder que pudiera servir de freno a la revolución. Con la capitulación de Companys, en la CNT (Escorza y demás) creyeron ver un triunfo, cuando en realidad no era otra cosa que una derrota, desde el punto de vista revolucionario. Y aquí es preciso señalar la visión política de García Oliver, que no se engañaba al considerar el nuevo organismo, desde el punto de vista revolucionario, como una fuerza contrarrevolucionaria⁵¹. No obstante, y luchando contra la evidencia de los hechos y en espera de una circunstancia propicia, la realidad de que el C.C. de M.A. de C. fuera quien detentara el poder y que en ese organismo la CNT y la FAI tuvieran una neta preponderancia, permitía esperar dar el golpe definitivo si el proletariado, particularmente el francés, entraba en lucha, contagiándose de los acontecimientos españoles. En una palabra: no todo se consideraba perdido; y, justamente para no perderlo, se pasó inmediatamente a la formación del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña aquella misma noche del 21 de julio de 1936.

Las fuerzas políticas que lo integrarían eran: la CNT, la FAI, la UGT, el Partido Socialista, la Esquerra Republicana de Catalunya, Acció Catalana Republicana, Unió de Rabassaires y POUM. Y aquella misma noche, para marcar bien la independencia de este organismo con relación al Govern de la Generalitat, se instaló el citado Comité en un amplio y moderno edificio en la Plaza de Palacio, ocupado anteriormente por la Escuela Náutica.

En la primera reunión que se celebró en torno a la gran mesa del salón central de la Escuela Náutica, los hombres que acudían a ella representaban a sus partidos y organizaciones, pero ninguno de ellos tenía una clara visión de lo que ese organismo iba a ser. Los únicos que realmente sabían lo que querían eran los representantes de la CNT y de la FAI. De esa realidad, y del hecho que representaran realmente a la revolución, el resto de los delegados quedaron a la expectativa, como si dijéramos en espera de órdenes.

Jaume Miravittles, que representaba a la Generalitat de Catalunya, se explica sobre el primer contacto con la CNT y la FAI:

“Yo participé en las sesiones como representante de la Esquerra, un partido liberal de izquierdas. Íbamos vestidos como típicos intelectuales burgueses, con corbata, chaqueta y pluma estilográfica, y de repente nos vimos frente a un grupo de anarquistas que entraron por la puerta, sin afeitarse, con sus uniformes de combate, revólveres, metralletas y correas donde llevaban sus bombas de dinamita. Su jefe era un hombre que, por su apariencia, su oratoria y su fuerza vital daba la impresión de un gigante: Buenaventura Durruti.

“Yo escribí una vez un artículo en el que afirmaba que entre los fascistas y la gente de la FAI no había gran diferencia. Durruti, guerrero furibundo, se acordaba

51. Ver nota 47

demasiado bien de ese artículo. Se acercó a mí, puso sus grandes manos sobre mis hombros y me dijo: “Usted es Miravittles, ¿no? ¡Tenga mucho cuidado! ¡No juegue con fuego! Le podría costar caro”. Así inició sus actividades el Comité Central de las Milicias Antifascistas, en un ambiente de tensión y de amenazas”⁵².

Hemos escrito antes que todo el mundo estaba a la expectativa, y era natural. Nadie, salvo la CNT, la FAI y el POUM, tenía interés alguno en que ese organismo creciera y anulara a la Generalitat, y como no había ese afán, Miravittles, tomándolo como una especie de tertulia, en la que se perdiera y se hiciera perder el tiempo, inició un debate, preguntándose quién había hecho la revolución, y, en razón de ello, cuál podía ser la mejor manera de servirla:

“En Francia —se preguntaba Miravittles— la revolución la habían hecho los “sans culottes”; en la Argentina de Perón, los “descamisados”⁵³. ¿Quién la había hecho, pues, en Barcelona?

“Yo planteé esta cuestión en la primera reunión que celebró el Comité Central de Milicias en la noche del 21 de julio en la Escuela Náutica del Puerto, del que formaba parte en representación de la Esquerra Republicana de Catalunya, conjuntamente con Josep Tarradellas, Artemi Aiguader y Joan Pons.

“¿Quién había hecho la revolución?, pregunté. La respuesta era importante, puesto que de ella dependía la estrategia política y la táctica de acción. Para los hombres de la Esquerra, era importante reducir el panorama histórico al marco de la realidad de los hechos. A pesar del nombre del Comité del que formábamos parte, nosotros creíamos que no se había producido un movimiento “fascista”, y que, por tanto, la represión no podía extenderse a unos estamentos especiales que no habían participado. Pertenecer a la Lliga no quería decir ser fascista, y aún menos el ser miembro de la Federación de los Jóvenes Cristianos, conocidos por la desgracia fonética de “fejocistas”.

“La pregunta fue recibida con un encogimiento de espaldas, tanto por los hombres de la FAI como los del POUM y los comunistas. Para ellos era una oportunidad histórica que se les ofrecía, y que no estaban dispuestos a dejarla pasar.

“Aurelio Fernández, uno de los dirigentes más impetuosos de la FAI, dio la respuesta que reflejaba exactamente la situación de los dos o tres primeros —pero decisivos— días: “La revolución la han hecho los de siempre: ¡los piojosos!”⁵⁴. Esta respuesta de Aurelio Fernández la traduce Miravittles por el término “lumpenproletariado”. Sin embargo, lo que dijo Aurelio Fernández, y así fue interpre-

52. Jaume Miravittles, op. cit.

53. Señalamos al lector que Miravittles redacta sus Memorias, o, al menos, las publica, en 1972. Por lo tanto, la referencia al peronismo (que en la Argentina surge entre el 44 y el 46) debe entenderse como un recurso literario y retrospectivo, y no como referencia concreta al 21 de julio de 1936. Miravittles podía haberse referido, además de los “sans culottes” de la Revolución francesa, a las masas hambrientas del Octubre Rojo de 1917 en la Rusia de los zares.

54. Miravittles, op. cit.

tado, puesto que “la estrategia política y la táctica de acción” que se fijó el Comité Central corresponde a eso, fue que “esos piojosos” no eran otros que los desheredados, los expoliados de sus fuerzas por la burguesía y las clases dominantes”.

Mientras tenía lugar ese cruce de palabras, los otros delegados meditaban. Ellos eran, por la CNT y la FAI, Santillán, Durruti, García Oliver, Aurelio Fernández, Assens y Ricardo Sanz; por la Esquerra, ya han quedado dichos; por la UGT y los socialistas ⁵⁵, Del Barrio, Comorera, Vidiella, Miret, García, Durán Rosell; por Unió de Rabassaires, Torrents; por Acció Catalana Republicana, Fábregas; y por el POUM, José Rovira.

Diego Abad de Santillán, que se había entretenido mientras se discutía, en trazar unos garabatos sobre un papel, propuso que lo mejor sería comenzar por un reparto de actividades, que darían estructura funcional al organismo. Y sometió como esquema los garabatos que trazara en su hoja de papel. Del estudio de tal esquema y de la división de trabajo que se derivó, el C.C. de M.A. de C. quedó estructurado de la manera que puede verse en el croquis ⁵⁶ (pág. 519):

Secretaría general administrativa: Jaume Miravittles; organización de milicias: Santillán y Ricardo Sanz; departamento de guerra: García Oliver, asistido de Durruti y de técnicos militares tales como el coronel Jiménez de la Beraza y luego los hermanos Guarner; departamento de investigación y vigilancia: Aurelio Fernández, José Assens, Rafael Vidiella y Tomás Fábregas; un departamento de abastecimientos a cargo de José Torrents y otro de Transporte.

Dependientes de cada departamento se crearon secciones, por ejemplo una de estadística, que dependía de la secretaría general; acuartelamiento y municionamiento, que dependía del Departamento de Milicias; y otras tales como cartografía, escuela de guerra, de transmisiones, operaciones, etc., que dependían del Departamento de Guerra.

“La tarea principal —escribe Santillán— y más abrumadora recayó, naturalmente, sobre nosotros, como representantes de la parte más numerosa y activa del proletariado de Cataluña. Asumimos los cargos de mayor responsabilidad, pero también aquellos en que el agotamiento físico por el esfuerzo enorme tenía que amenazarnos más pronto. Más de veinte horas diarias de tensión nerviosa incesante, resolviendo millares de problemas cada día, atendiendo a multitudes que se agolpaban, con las exigencias más variadas, en torno a nuestras oficinas, eran ambiente poco propicio a una meditación serena” ⁵⁷.

He aquí, a continuación, el primer documento que firmó dicho Comité Central de Milicias-Antifascistas de Cataluña. Se trata, por consiguiente, de un “Bando”:

55. Recordamos que aún no existía el PSUC propiamente dicho, ya que se constituyó de prisa y por obra de la fusión de varios “grupúsculos”.

56. Diego Abad de Santillán, en carta al autor.

57. Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*. Editorial Imán, Buenos Aires, 1943.

“1. Se establece un orden revolucionario, para el mantenimiento del cual se comprometen todas las organizaciones integrantes del Comité.

2. Para el control y la vigilancia, el Comité ha nombrado los equipos necesarios para hacer cumplir rigurosamente todas las órdenes que de éste emanen. Con tal motivo, los equipos llevarán la credencial correspondiente, que atestiguará su personalidad.

3. Estos equipos serán los únicos acreditados por el Comité. Todo aquél que actúe al margen será considerado faccioso y sufrirá las sanciones que el Comité determine.

4. Los equipos nocturnos serán rigurosos contra los que alteren el orden revolucionario.

5. Desde la una a las cinco de la madrugada, la circulación quedará limitada a los siguientes elementos:

- a) A todos los que acrediten pertenecer a cualquiera de las organizaciones que constituyen el Comité de Milicias.
- b) A las personas que vayan acompañadas por alguno de estos elementos y que acrediten su solvencia moral.
- c) A los que justifiquen el caso de fuerza mayor que les obligue a salir.

6. A fin de reclutar elementos para las Milicias Antifascistas, las organizaciones que constituyen el Comité quedan autorizadas para abrir los correspondientes centros de alistamiento y de adiestramiento. Las condiciones de este reclutamiento serán detalladas en un Reglamento interior.

7. El Comité espera que dada la necesidad de constituir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias”.

Y firmaban, en nombre de la Esquerra Republicana de Catalunya, de Acció Catalana Republicana, de la Unió de Rabassaires, de los partidos marxistas —el estalinista y el más o menos trotskista—, de la CNT (Durruti, García Oliver y Assens), de la FAI (Santillán y Aurelio Fernández), los delegados titulares ⁵⁸.

Según el escritor Manuel Benavides, cuando terminó la primera sesión del Comité de Milicias, “Durruti y García Oliver le dijeron a Comorera, delegado del Partido Socialista: “Sabemos lo que hicieron los bolcheviques con los anarquistas rusos. Os aseguramos que nosotros nunca permitiremos que los comunistas nos traten del mismo modo” ⁵⁹.

En la primera reunión, una de las determinaciones que se tomaron fue la de enviar una delegación exploratoria a Aragón para conocer las posiciones efectivas de los militares rebeldes. Y por otra parte se acordó como medida de precaución minar los accesos a Barcelona para impedir, caso que se lanzara sobre ella una columna enemiga motorizada, la entrada en la capital catalana.

Se trató, igualmente, de normalizar la vida urbana y productora de Barcelona;

58. Diego Abad de Santillán, *Idem*.

59. Manuel D. Benavides, *op. cit.*

pero la verdad era que no se podía dar un paso en ese sentido si no se contaba con los Sindicatos y los Comités Revolucionarios de Barrio. Cuando Santillán habla de que la tarea principal había recaído sobre ellos, era porque, efectivamente, ellos eran los únicos que podían tratar con los Sindicatos.

Se apuntó también, en dicha reunión, la necesidad de organizar fuerzas obreras en milicias para salir en busca del enemigo. La primera de esas columnas saldría el 24 de julio, llevando como delegado general a Buenaventura Durruti.⁶⁰ El paso de Durruti por el Comité Central de Milicias Antifascistas fue más simbólico que real. Pero es interesante recoger unas citas de Miravittles, porque en ellas se fijan ciertos rasgos de Durruti que la nueva campaña militar no logrará modificar:

“En el palacio gubernamental seguía funcionando como siempre el gabinete, una especie de gobierno fantasma que contemplaba impotente la situación revolucionaria. Con una excepción, sin embargo. El President de Cataluña, Lluís Companys, era un hombre de gran valor personal. Companys había sido antes el abogado defensor de los anarquistas en los procesos y tenía amigos dentro de la CNT. Cuando vino por primera vez a una sesión del Comité de Milicias, nos levantamos todos; pero los anarquistas permanecieron sentados. Con frecuencia se producían vehementes disputas entre la gente de la CNT-FAI y Companys, quien les reprochaba que con sus acciones violentas, ponían en peligro la victoria de la revolución. Hasta que un día Durruti se cansó y les dijo a los representantes del Govern: “Saludos de mi parte al President, y mejor que no vuelva a aparecer más por aquí. Podría pasarlo mal si insiste en darnos lecciones”.

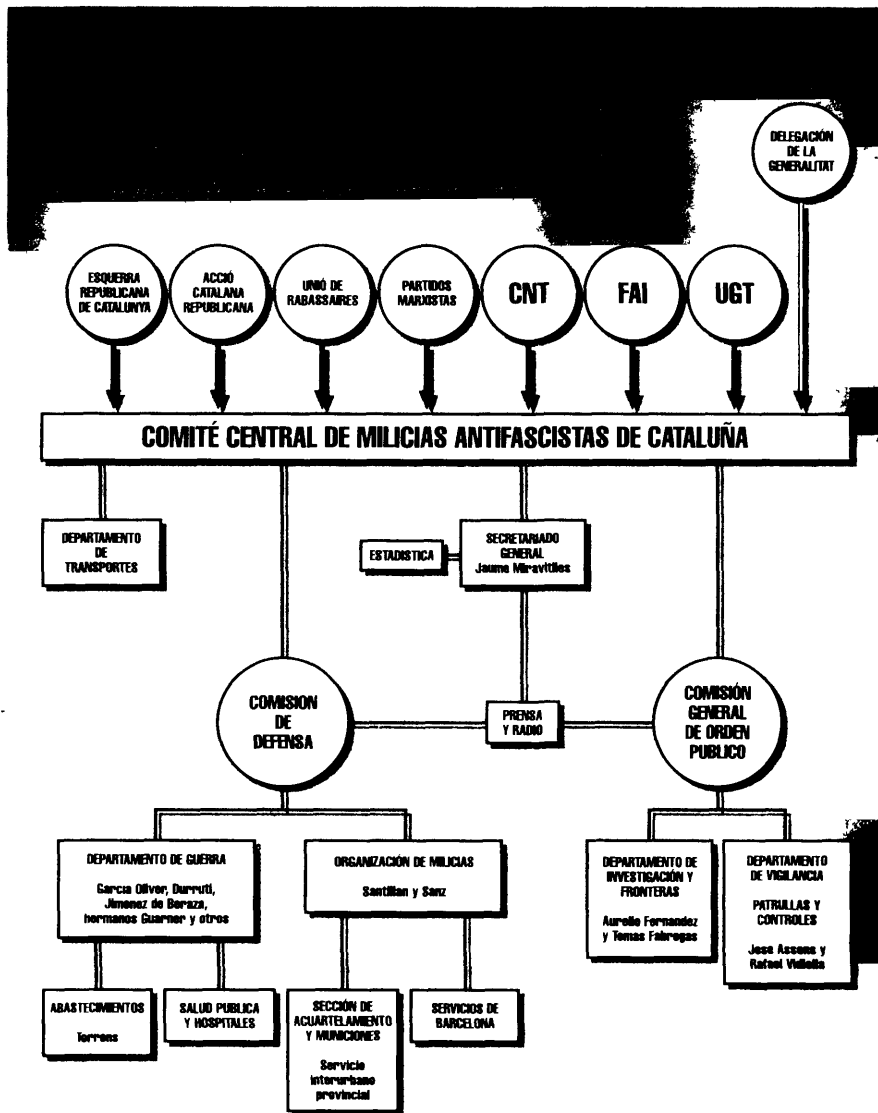
“Durruti se dio cuenta en seguida de que el Comité Central era un órgano burocrático. Se discutía, se negociaba, se decidía, se levantaban actas, había trabajo burocrático. Pero Durruti no era capaz de permanecer mucho tiempo sentado. Afuera se combatía. No lo soportó mucho tiempo. Organizó, pues, una división propia, la Columna “Durruti”, y se marchó con ella al frente de Aragón”⁶¹.

Hasta el 21 de julio, los cuarteles y las fortalezas militares estaban en manos de los hombres que las habían asaltado y conquistado, es decir, en manos de la CNT y de la FAI. Cuando se aceptó el principio representativo del Comité

60. La primera Columna en salir de Barcelona fue la “Durruti” el 24 de julio. Casi simultánea a ella partió la Columna de Antonio Ortiz Ramírez, que tomará el nombre de Columna “Sur-Ebro” (CNT), y con pocos días de intervalo, la Columna “Ascaso” (CNT), con los delegados Domingo Ascaso, Gregorio Jover y Cristóbal Aldabaldetrecu, la cual se situó en el frente de Huesca. Siguiéron a estas columnas la llamada “Trueba-Del Barrio” (PSUC), que se situó en Tardienta (1 500 hombres), y la “Rovira-Arquer” (POUM), que se situó en dos fracciones, una en Grañen (Alcubierre) y otra en Huesca. El 20 de agosto salió “Los Aguiluchos”, teniendo como delegado a Miguel García Vivancos (CNT), que se situó en Huesca. En septiembre partió la “Roja y Negra”, con García Pradas como delegado (CNT), y, por aquella misma fecha, la “Macià-Companys”, al mando del teniente coronel Jesús Pérez Salas.

61. J. Miravittles, *op. cit.*

Organigrama del Comité Central de Milicias Antifascistas



Organigrama del Comité Central de Milicias Antifascistas, mostrando las conexiones o relación de sus servicios

Central de Milicias Antifascistas se cometió un error importante, y era que cada partido político organizara sus propias fuerzas, es decir, sus milicias con los delegados propios de esos partidos. Eso significó que pasaban a disposición de los partidos políticos los cuarteles y las armas. La CNT cometió una equivocación aceptando eso, ya que se había creado la Jefatura de milicias, por lo tanto, la organización de las milicias, de acuerdo con los Sindicatos, debía depender de esa Jefatura. En tales condiciones, las armas conquistadas por los obreros hubieran continuado estando en manos de los obreros, o sea, de los revolucionarios. Al aceptar el hecho de que los partidos políticos organizaran sus propias columnas, significaba el primer desarme de la clase obrera en favor de los que, en realidad, no habían combatido, puesto que no tenían armas o quienes poseían las guardaban, como comenzaron haciendo los estalinistas, para sacarlas a la calle cuando consideraran llegado el momento de lanzarse a la contrarrevolución ⁶².

Ese reparto de cuarteles dio a la Esquerra Republicana de Catalunya el dominio de la fortaleza de Montjuich; al POUM, el Cuartel de Caballería de la calle Tarragona; y al que iba a ser el PSUC, el cuartel de Infantería del Parque de la Ciudadela. Al Partido Federal Ibérico, un antiguo convento. La CNT y la FAI se reservaron el cuartel de Infantería de Pedralbes, el Cuartel de Artillería de Sant Andreu y el de los Docks, y el de Caballería de la calle de Lepanto. El Parque de Artillería y la Intendencia serían comunes a todos. Inmediatamente a este reparto, y al posesionarse de los cuarteles, los estalinistas bautizaron el suyo con el nombre de "Carlos Marx"; los del POUM le pusieron el nombre de "Lenin"; y los anarquistas, por no ser menos, les pusieron los nombres de "Bakunin", "Salvochea", "Spartacus" y otros.

Al reparto de cuarteles siguió el reparto de locales. El POUM cedió a sus rivales del PSUC el Hotel Colón, que sus militantes habían tomado con las armas en las manos, y se reservó para su Comité Central un hotel en las Ramblas que también ocuparon durante la lucha. La CNT continuó instalada en la Casa Cambó. En los barrios, los Comités de Defensa o Revolucionarios se instalaron en lugares adecuados para llevar a cabo sus tareas y los Sindicatos también ocuparon vastos edificios.

Las cantinas que se crearon en el fragor de la lucha se transformaron en comedores populares, instalándose en los hoteles. De este modo fue como el Hotel Ritz se transformó en un hotel para los milicianos.

La huelga general continuaba en vigor. Pero pronto los servicios más importantes hubieron de ponerse en movimiento, y con ello el fenómeno "que no permitía verse el día 20 de julio" se manifestó claramente: la autogestión obrera. Los hospitales, los laboratorios y centros de productos farmacéuticos, que fueron ocupados en el primer momento de los combates, funcionaban bajo control obrero. Igual forma de organización apareció tan pronto como comenzaron a funcionar los tranvías, autobuses, metros y los ferrocarriles. En la Central Telefónica —que había quedado en manos de un comité obrero, entregado al trabajo de reparar los

62. Véase nota 17.

desperfectos que la lucha ocasionó en sus líneas, así como la instalación de nuevas líneas con los centros que se crearon en el transcurso de los tres primeros días-, los obreros se reunieron en asamblea y nombraron un comité Central, que extendía sus ramificaciones con las otras secciones por medio de los delegados obreros nombrados a ese efecto. El Sindicato de la Alimentación, que desde un principio de la lucha había creado centros de distribución de productos alimenticios y comedores populares, extendió inmediatamente sus actividades a asegurar la alimentación de toda la población de Barcelona, colectivizando los Mercados Centrales de frutas, verduras, pescado y carne. Los que hasta antes del 19 de julio venían abasteciendo esos mercados continuaron aportando sus productos que, por motivos de las circunstancias, no eran contabilizados mercantilmente, sino bajo régimen colectivista. Esa colectivización anulaba el circuito comercial y, por ende, debía recurrirse a procedimientos cooperativistas que aunque rudimentarios aseguraron inmediatamente la vida a los barceloneses. La revolución produjo el fenómeno de la gratuidad, fácil de practicarla en la cuestión alimenticia por medio de los comedores populares. Así, de forma espontánea, se creó una situación en la que daba la sensación de que la sociedad sin clases era un hecho y la abolición del dinero una realidad. La rápida formación del Comité Central de Milicias Antifascistas impidió que dicha situación desarrollara nuevas y más profundas formas de organización, que estaban llamadas a transformar las relaciones humanas de manera jamás conocida hasta entonces. No obstante y, como era irreversible el proceso iniciado, la colectivización de los medios de producción y de los circuitos de distribución continuaron, a pesar de los controles y frenos que se trató de poner desde el nuevo poder constituido.

· Cuando se inició la vuelta al trabajo, después de asegurado el triunfo sobre los militares sublevados, fue cuando se pudo apreciar, en su profundidad, el alcance de la revolución proletaria. Los dueños de las fábricas, los cuadros técnicos y directivos, pertenecientes todos sus miembros a una clase que se sentía amenazada, desertaron, escondiéndose unos o huyendo otros hacia Francia. Los trabajadores no se sintieron por ese hecho perturbados, sino al contrario, se entregaron a la producción, colectivizando fábricas, talleres y todos cuantos centros de producción existían en Barcelona y en el resto de Cataluña. Las asambleas de fábrica resolvieron los problemas inmediatos, nombrando Comités de Fábrica. Los centros metalúrgicos más importantes, tales como “Hispano-Suiza”, “Vulcano”, “La Maquinista Terrestre y Marítima”, etc., comenzaron a trabajar en el blindaje de camiones, dando con ello los primeros pasos para establecer lo que en breves días iba a ser la industria de guerra.

Los depósitos de la CAMPSA (petróleo y gasolina), las centrales eléctricas y las fábricas de gas, todo ello ocupado en el primer momento, funcionaba bajo la autogestión obrera desde el 22 de julio. Los distribuidores de gasolina llenaban los tanques de los coches, previo vale del Sindicato, del Comité para el cual el vehículo estaba en servicio. El dinero había desaparecido de la circulación.

Por aquellas fechas llegó a Barcelona el coronel de Artillería Ricardo Jiménez de Beraza, que había logrado huir de Pamplona. García Oliver lo enroló inmediatamente como asesor en su Departamento de Guerra, y tuvo interés en cono-

cer su opinión sobre la nueva organización que la revolución iba estructurando. Su respuesta fue categórica:

“Militarmente, esto es un caos, pero es un caos que marcha. No hagan nada por entorpecer su desarrollo, déjenlo que se desenvuelva por sí mismo, porque él terminará por encontrar su equilibrio y su forma de organización”⁶³.

Los Comités de Barrio, bajo diversos nombres, pero de orientación libertaria todos, se habían federado creando un Comité Local de Coordinación revolucionaria.

De hecho, el poder, propiamente hablando, no existía: la Generalitat era un puro simbolismo, el Comité Central de Milicias Antifascistas no podía dar un paso sin el apoyo de los Sindicatos, y las milicias no podían organizarse sin la colaboración de los Comités de Defensa y de los Sindicatos que eran los que controlaban a las bases obreras. El día 22 de julio, los Comités de Barrio abrieron los Grandes Almacenes, los empleados comenzaron a trabajar en régimen autogestionario y distribuyeron ropa gratuita a la gente. El Monte de Piedad también fue abierto, devolviendo las prendas empeñadas a sus antiguos poseedores. Y así fue como se vieron circular máquinas de coser, colchones, mantas y ropas de abrigo que se habían empeñado al terminar el invierno. Lluís Companys llamaba a todo esto “las violencias” de la CNT.

El día 23 de julio, la Federación Local de Sindicatos de la CNT de Barcelona publicó una octavilla en la cual se leía:

“Obrero, organízate en milicias. No abandones el fusil ni la munición. No pierdas el contacto con tu Sindicato. Tu vida y tu libertad están en tus manos”⁶⁴.

Esta octavilla era una respuesta a una determinación que el Comité Central de Milicias Antifascistas había transmitido a los Comités de Defensa de los Barrios, en la cual se decía que se extendiera una cartulina con nombre, arma y sindicato a cada uno de los obreros armados de su sector; que los obreros que no quisieran continuar armados entregaran el arma al Comité, y que ese Comité las depositara en los cuarteles más próximos a su sector. Los Sindicatos interpretaron esa medida como un intento de desarmar al pueblo. Junto con los Sindicatos reaccionaron también los Comités de Barrio, los cuales querían ser ellos los que ejercieran la vigilancia revolucionaria en su zona, a través de sus grupos armados. Estas actitudes contestaban al “bando” que el Comité Central de Milicias Antifascistas había hecho público. Veamos lo que sobre este asunto escribe Vicente Guarner, que había sustituido en el cargo de Comisario General al capitán Federico Escofet:

“Intenté efectuar un último intento de convenio para restablecer en la medida de lo posible el orden, llamando a mi despacho al Comité Regional de la CNT, que tenía a su cargo toda una organización constituida por los Comités de Defensa de las barriadas barcelonesas. Creo recordar que lo presidía Alcón (Marcos) y

63. Santillán, op. cit.

64. Octavilla reproducida en el *Boletín CNT-FAI*, del 24 de julio de 1936.

Assens (José) con otros importantes cenetistas. Les manifesté la necesidad de metodizar y encauzar la represión en contra del alzamiento militar. Los Comités de Barriada no deberían realizar registros de ninguna clase sin intervención de la Jefatura de Policía, uno de cuyos inspectores o agentes debía instruir un atestado en cada caso. Tampoco debían permitirse acciones de represión individual, con asesinatos absurdos y fuera de la ley, pues se iban a constituir “tribunales populares” cuya reglamentación estaba ya redactada. Se me contestó que el movimiento militar había producido una reacción en cierto modo revolucionaria y que el pueblo tenía que actuar por su cuenta. Dije a mi vez que mi obligación era hacer cumplir las leyes y evitar toda acción ilegal. Me preguntó (creo que Alcón) si creía contar con mis fuerzas de Seguridad y me hizo asomar al balcón para que viera ante la puerta de la Comisaría General a varios guardias que tenían anudado al cuello el pañuelo rojo y negro de la organización cenetista. Despedí a los confederados y ordené a mi secretario que dispusiera el arresto de todo guardia que ostentara prendas antirreglamentarias, y creí mi deber dar inmediata cuenta de aquella conversación al President Companys, quien aceptó mi dimisión. Llamó a su secretario, entonces Joan Moles, y le hizo extender un nombramiento, de asesor militar en el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña”⁶⁵.

En el torbellino de los acontecimientos, los componentes del grupo “Nosotros” se encontraron dispersos. Cada uno asumía responsabilidades importantes: Aurelio Fernández, con Assens, se entregaron a la organización de unas “Patrullas de Control”, compuestas por los militantes obreros que habían delegado los Sindicatos, y que tenían la doble misión de velar por el orden revolucionario, según instrucciones del Comité Central de Milicias Antifascistas, pero no perder el contacto con los Sindicatos y los Comités de Barrio para actuar conjuntamente en caso que llegaran órdenes de “arriba” de aplastar la revolución. Ricardo Sanz, con Santillán y Edo, se encargaron de organizar las Columnas obreras y dirigirlas hacia Aragón. García Oliver, al frente del Departamento de Guerra, ponía en pie la industria bélica, así como la escuela de guerra y la de aviación. Vivanco, Ortiz y Gregorio Jover estaban entregados a organizar sus respectivas Columnas para salir hacia Aragón.

A pesar de las múltiples actividades, el grupo “Nosotros” pudo reunirse a fin de tener un cambio de impresiones sobre la marcha de los acontecimientos. La coincidencia fue total, al apreciar que era necesario superar la alianza establecida por los organismos de la CNT con los partidos políticos, para crear un auténtico organismo revolucionario que se apoyaría directamente sobre los Comités revolucionarios de Barcelona y Cataluña, así como en los Sindicatos, formándose conjuntamente una Asamblea Regional que sería el órgano directivo de la revolución.

Pero la revolución, es decir, su triunfo, no derivaba simplemente de eso. Y esto lo sabían bien todos los componentes del grupo “Nosotros”. Sin el concurso y el apoyo del proletariado internacional, la revolución española tenía su tiempo con-

65. Vicente Guarnet, *op. cit.*

tado, pese a cuanto hicieran para salir adelante los revolucionarios españoles. Este era el punto más trágico para el anarquismo español. En España el anarquismo había ido ganando posiciones, hasta constituirse en una fuerza potente y determinante en el país. Pero en el resto del mundo, el anarquismo había ido perdiendo terreno, hasta perder completamente su influencia en la clase obrera, la cual había caído bajo el control de los socialdemócratas y de los estalinistas. Ahora todo estaba en saber cómo se podría hacer tomar conciencia al proletariado internacional, en el sentido de que en España se estaba realizando la primera y más profunda de cuantas revoluciones había sido protagonista la clase obrera. La tarea no era fácil: existía una Unión Soviética que basaba el triunfo de su política extranjera en la sumisión del proletariado a las democracias burguesas, con las cuales la URSS había establecido alianzas. No era fácil tampoco frente a un León Blum, que no ocupaba el poder, sino que lo regentaba, respetuoso con la regla de la democracia burguesa. La revolución española, con su carga de anarquismo, era algo que molestaba a todo el mundo. De nadie cabía esperar nada. Los revolucionarios españoles eran quienes debían crear situaciones que, desarreglando a todo el mundo, internacionalizaran la revolución. Y de eso fue de lo que trataron los componentes del grupo "Nosotros". El explosivo con el que contaba para ello era Marruecos. En esta región tenía Franco instalado su cuartel general y sus reservas. Y en Marruecos, la Francia democrática y frentepopulista sostenía una guerra contra los nacionalistas árabes. Si los revolucionarios españoles lograban sublevar al llamado "Protectorado español" en África del Norte, era tanto como llevar la sublevación a toda la zona colonizada francesa y obligar a Francia a intervenir como fuerza colonialista, acción por la cual podría despertarse el proletariado francés adormecido por Blum y Thorez. A García Oliver se le confió la misión de sublevar Marruecos.

La ofensiva Durruti-García Oliver

El 23 de julio de 1936 García Oliver se dirigió por radio a los obreros aragoneses, con un discurso incendiario, incitándolos a la lucha:

“Salid de vuestras casas. Arrojaos sobre el enemigo. No aguardéis un minuto más. En este preciso instante habéis de poner manos a la obra. En esta tarea han de destacarse los militantes de la CNT y de la FAI. Nuestros camaradas han de ocupar la vanguardia de los combatientes. Y si es preciso morir, hay que morir (...). Os decimos que Durruti y el que os habla —García Oliver— partirán al frente de las columnas expedicionarias. Mandamos una escuadrilla de aviación para bombardear los cuarteles. Los militantes de la CNT y de la FAI han de cumplir con el deber que exige la hora presente. Emplead toda clase de recursos. No aguardéis a que yo finalice mi discurso. Abandonad vuestras casas, quemad, destruid. Batid al fascismo”⁶⁶.

El anuncio de que se estaban organizando columnas obreras para marchar sobre Aragón suscitó enorme entusiasmo en Barcelona. Los obreros acudieron a sus respectivos sindicatos para inscribirse como voluntarios y los Comités de Barrio comenzaron a tomar la iniciativa de instruir a los voluntarios en los campos de fútbol, u otros terrenos, en las normas más elementales de la lucha, así como en el lanzamiento de bombas de mano y el funcionamiento del fusil.

Entre los inscritos los había de todas las edades, yendo desde los catorce hasta los sesenta años. Y prevalecían activos y competentes militantes obreros y jóvenes libertarios. Inmediatamente se tomó conciencia de que si lo más capaz y mejor preparado de la CNT y de las Juventudes Libertarias salían para el frente, la retaguardia quedaría en manos de los últimos llegados, lo que podría poner en peligro el proceso de autogestión que se estaba llevando a cabo por los obreros, y que se extendía como mancha de aceite. El entusiasmo hubo de frenarse, reflexionando que si bien era importante pegar tiros, aún era más vital triunfar en la expropiación colectiva que se estaba llevando a término, y salir airosos en la nueva etapa económica y social, puesto que de ella dependería, en última instancia, el triunfo de la revolución con la afirmación de la capacidad política y económica de la clase obrera⁶⁷.

Esta movilización obrera era única en su género. No había sido decretada por

66. *Solidaridad Obrera*, 23 de julio de 1936.

67. El autor fue testigo en el Comité de Defensa del Poblet, Barcelona. Al igual que Fuentes, uno de los que organizaban las milicias en esa barriada, rechazó a bastantes militantes que se empeñaban en ir al frente. La razón que se les daba era: “Si nos vamos todos, ¿quién va a asegurar la revolución en la retaguardia?”

nadie y brotaba directamente de la base. Los voluntarios discutían entre sí sobre la mejor manera de organizarse, porque no se quería resucitar ni el espíritu militarista ni la jerarquía de mando. Y fue de esas conversaciones entre los futuros combatientes que apareció la estructura y organización de las milicias, que se conservaría hasta la militarización general en marzo de 1937. La organización ideada era simple: diez hombres constituirían un grupo que nombraría un delegado; diez grupos formarían una centuria que elegiría a su vez su delegado de centuria; y cinco centurias formarían una Agrupación a cuya cabeza se situaría a un responsable que, junto con los delegados de centurias, formaría el Comité de Agrupación ⁶⁸.

Pérez Farràs, en tanto que militar y asesor técnico que sería de la Columna "Durruti" que se estaba formando, inmediatamente mostró su desacuerdo sobre esa forma de organización, manifestándose pesimista sobre su valor combativo. Durruti se aperció pronto que Pérez Farràs no sería mucho tiempo su asesor técnico-militar, y eligió al sargento de artillería Manzana, que comprendía mejor la psicología de los anarquistas hostiles a todo cuanto significara la práctica piramidal militar de manda y obedece. Como asesores, a Manzana y a Carreño, un maestro de escuela, Durruti les confió la tarea de dotar a la Columna con piezas de artillería, municiones y un cuerpo sanitario con médicos y enfermeras, dotados de un quirófano de urgencia.

Manzana, sin muchas explicaciones, comprendió pronto lo que Durruti deseaba de él, y se las compuso a las mil maravillas para cumplir su misión. Conocía a varios soldados de los que se incorporaron a la formación de la Columna, y también a algunos oficiales, y, contando con el apoyo de Durruti y con la idea de que pudieran servir de auxilio instructor a los demás, toda esa gente fue introduciéndose por entre los grupos formados, pero sin violencias, fraternalmente.

Sin embargo, por su lado, Pérez Farràs continuaba pensando de la misma manera, y terminó por plantear la cuestión directamente a Durruti:

“—Con ese método no se puede combatir”.

Y Durruti le repuso:

“—Ya lo dije, y vuelvo ahora a repetirlo: durante toda mi vida me he comportado como anarquista, y el hecho de haber sido nombrado delegado responsable de una colectividad humana no puede hacer cambiar mis convicciones. Fue bajo esa condición que acepté cumplir la tarea que me ha encomendado el Comité Central de Milicias.

“Pienso —y todo cuanto está sucediendo a nuestro alrededor confirma mi pensamiento— que una milicia obrera no puede ser dirigida según las reglas clásicas del Ejército. Considero pues, que la disciplina, la coordinación y la realización de un plan, son cosas indispensables. Pero todo eso no se puede interpretar según los criterios que estaban en uso en el mundo que estamos destruyendo. Tenemos que construir sobre bases nuevas. Según yo, y según mis compañeros, la solidaridad entre los hombres es el mejor incentivo para despertar la responsabi-

68. José Mira, *Guerrilleros confederales*, Sindicato Metalúrgico de la CNT de Barcelona, 1937.

lidad individual que sabe aceptar la disciplina como un acto de autodisciplina.

“Se nos impone la guerra, y la lucha que debe regirla difiere de la táctica con que hemos conducido la que acabamos de ganar, pero la finalidad de nuestro combate es el triunfo de la revolución. Esto significa no solamente la victoria sobre el enemigo, sino que ella debe obtenerse por un cambio radical del hombre. Para que ese cambio se opere es preciso que el hombre aprenda a vivir y conducirse como un hombre libre, aprendizaje en el que se desarrollan sus facultades de responsabilidad y de personalidad como dueño de sus propios actos. El obrero en el trabajo no solamente cambia las formas de la materia, sino que también, a través de esa tarea, se modifica a sí mismo. El combatiente no es otra cosa que un obrero utilizando el fusil como instrumento, y sus actos deben tender al mismo fin que el obrero. En la lucha no se puede comportar como un soldado que le mandan, sino como un hombre consciente que conoce la trascendencia de su acto. Ya sé que obtener esto no es fácil, pero también sé que lo que no se obtiene por el razonamiento no se obtiene tampoco por la fuerza. Si nuestro aparato militar de la revolución tiene que sostenerse por el miedo, ocurrirá que no habremos cambiado nada, salvo el color del miedo. Es solamente liberándose del miedo que la sociedad podrá edificarse en la libertad”⁶⁹.

Durruti se había expresado con suma claridad, y su propósito no era otro que unir la teoría con la práctica y viceversa. Como anarquista él deseaba continuar siendo fiel a sus concepciones libertarias, a pesar de asumir la responsabilidad de dirigir una columna obrera que partía en lucha hacia el frente de Aragón⁷⁰.

Mientras tanto, los preparativos de la expedición a Zaragoza proseguían avanzando. Y pronto, en tierras de Aragón, iban a librarse batallas importantes, tanto en el frente de la guerra como en el frente de la revolución campesina. En Zaragoza se encontraba el cuartel general de la V División Militar bajo el mando del general Miguel Cabanellas. Las fuerzas que este general mandaba en Zaragoza comprendían:

“Dos Brigadas de Infantería: la IX (cuartel general, Zaragoza) y la X (cuartel general, Huesca), más una Brigada de Artillería, la V (Zaragoza), con cuatro Regimientos de Infantería, dos de Artillería, un Batallón de Ingenieros y los Servicios correspondientes.

“Había, además, como unidades no divisionarias, un Regimiento de Carros, otro de Caballería, un Destacamento del Depósito de Remonta, un grupo de Defensa contra Aeronaves, un Parque de Cuerpo de Ejército, un Batallón de Pontoneros y una Comandancia de Sanidad.

“Como mandos principales se encontraban los generales don Miguel Cabanellas (V División), Alvarez Arenas (IX Brigada), De Benito (X Brigada) y don Eduardo Martín González (V de Artillería).

69. Idem. Aurelio Fernández, en su comunicación citada, abunda en el mismo asunto. Más tarde, Emma Goldmann, en una entrevista sostenida con Durruti, recoge la misma expresión. *Freedom*, Londres, abril, 1937.

70. Esa constancia en Durruti es lo que le reprocha Koltsov en su *Diario de la guerra de España*, Ed. Ruedo Ibérico, París.

“No deben olvidarse aquí las fuerzas de Orden Público. A las de Asalto de Zaragoza, había que agregar dieciocho compañías de la Guardia Civil y cinco de Carabineros.

“Los efectivos de las unidades del Ejército se encontraban muy mermados, pero, como compensación, puede decirse que, desde sus jefes más altos a los más subalternos, se encontraban, casi sin excepción, magníficamente dispuestos en favor de los planes del general Mola” 71.

José Chueca, refiriéndose a la pérdida de Zaragoza, se pregunta:

“¿Pudimos haber hecho más de lo que hicimos? Es posible. Fiamos excesivamente en las promesas del gobernador civil (Vera Coronel) y concedimos demasiado valor a nuestras fuerzas; no quisimos prever que frente a una acción violenta, como la que podía desencadenar el fascismo, hacía falta algo más contundente que treinta mil obreros organizados en las Sindicatos” 72.

Y Martínez Bande escribe:

“En la misma noche del 17, y nada más tenerse conocimiento de lo ocurrido en Marruecos, masas muy decididas de extremistas se adueñaron de las principales calles. Transcurrió en una tensa expectativa todo el día 18, en que numerosos grupos de voluntarios acudieron a los cuarteles, proclamándose en la madrugada del 19 el Estado de Guerra. Contra esta medida reaccionó la CNT, declarando el mismo día la huelga general revolucionaria, que el 22 quedaba estrangulada, gracias a las enérgicas resoluciones de las autoridades militares y no sin diversos choques.

“En Calatayud, el coronel Muñoz Castellanos declaró el Estado de Guerra el día 20, sin incidentes; pero bastantes pueblos tuvieron que ser rescatados por destacamentos del Ejército, fuerzas del Orden Público y paisanos voluntarios. Al norte del Ebro, fueron siete pueblos, en las riberas, cuatro, y al sur del Ebro, diez con Belchite” 73.

En las condiciones en que habían caído Zaragoza y Calatayud, cayeron también en manos de los sublevados Huesca y Teruel. Como un islote quedaba Barbastro en manos de los soldados que mandaba el coronel republicano Villalba.

Este era el cuadro que ofrecía el territorio aragonés, cuando Durruti, al frente de unos dos mil milicianos, se propuso conquistar Zaragoza.

El 24 de julio, a las diez de la mañana, la Columna “Durruti” debía salir del Paseo de Gracia en dirección Zaragoza, vía Lérida. A las ocho de la mañana, Durruti habló por radio dirigiéndose a la población obrera de Barcelona para pedirles que contribuyeran con artículos alimenticios al abastecimiento de la Columna. Esta llamada insólita sorprendió a todo el mundo. Y, lógicamente, había motivo para ello. La distribución de los alimentos estaba a cargo, en parte, de los Comités de Barrio, del Sindicato de la Alimentación y del Comité Central de Milicias Antifascistas. Por tanto ¿es que dichos organismos negaban a Durruti la

71. José Manuel Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Ed. San Martín, Madrid, 1970.

72. José Chueca, artículo en *De julio a julio*, op. cit.

73. José Manuel Martínez Bande, op. cit.

posibilidad de constituirse una intendencia? Pronto Durruti satisfizo la curiosidad:

“—El arma más potente de la revolución es el entusiasmo. En la revolución se triunfa cuando todo el mundo está interesado en la victoria, haciendo de ella cada uno su causa personal. La respuesta a mi llamada —les dijo a los que mostraron su sorpresa— nos dará la medida del interés que pone la ciudad de Barcelona en la revolución y su victoria. Además, esto es una manera de situar a cada uno frente a su propia responsabilidad, una ocasión para que todo el mundo tome conciencia de que nuestra lucha es colectiva y que su triunfo depende del esfuerzo de todos. Este y no otro es el sentido de nuestra llamada”, concluyó Durruti ⁷⁴.

Poco antes de salir la Columna “Durruti” fue cuando su delegado, que se encontraba discutiendo en el Sindicato Metalúrgico sobre una cuestión de blindaje de camiones, recibió al periodista del *Toronto Star*, Van Passen, que publicaría un reportaje bajo el título: “Dos millones de anarquistas luchan por la revolución”. En el mismo comienza inmediatamente por poner a Durruti ante el lector:

“Es un hombre alto, moreno, de rasgos morunos. Hijo de humildes campesinos. Su voz aguda, casi gutural”.

Van Passen le preguntó si él consideraba ya aplastados a los militares rebeldes:

“—No, todavía no los hemos vencido” contestó francamente. Y agregó: “Ellos tienen Zaragoza y Pamplona. Ahí es donde están los arsenales y las fábricas de municiones. Tenemos que tomar Zaragoza y después saldremos al encuentro de las tropas compuestas de Legionarios Extranjeros, que ascienden desde el Sur, mandadas por el general Franco. Dentro de dos o tres semanas nos encontraremos entregados en batallas decisivas.

“—¿Dos o tres semanas?” preguntó intrigado el periodista.

“—Dos o tres semanas o quizá un mes —afirmó Durruti—. La lucha se prolongará como mínimo todo el mes de agosto. El pueblo obrero está armado. En esta contienda el Ejército no cuenta. Hay dos campos: los hombres que luchan por la libertad y los que luchan por aplastarla. Todos los trabajadores de España saben que si triunfa el fascismo vendrá el hambre y la esclavitud. Pero los fascistas también saben lo que les espera si pierden. Por eso esta lucha es implacable. Para nosotros de lo que se trata es de aplastar al fascismo, de manera que no pueda levantar jamás la cabeza en España. Estamos decididos a terminar de una vez por todas con él, y esto a pesar del Gobierno...

“—¿Por qué dice usted a pesar del Gobierno? ¿Acaso no está este Gobierno luchando contra la rebelión fascista?, pregunté sorprendido.

“—Ningún Gobierno en el mundo pelea contra el fascismo hasta suprimirlo —me respondió Durruti—. Cuando la burguesía —agregó— ve que el poder se le escapa de las manos, recurre al fascismo para mantener el poder de sus privilegios. Y esto es lo que ocurre en España. Si el Gobierno republicano hubiera deseado terminar con los elementos fascistas, hace ya mucho tiempo que hubiera podido hacerlo. Y en lugar de eso, temporizó, transigió y malgastó su tiempo buscando compromisos y acuerdos con ellos. Aún en estos momentos, hay miembros del

74. Testimonio de Pablo Ruiz, y *Solidaridad Obrera*, 25 de julio de 1936, comentando el entusiasmo de la población.

Gobierno que desean tomar medidas muy moderadas contra los fascistas. ¡Quién sabe —dijo Durruti, riendo— si aún el Gobierno espera utilizar las fuerzas rebeldes para aplastar el movimiento revolucionario desencadenado por los obreros!

“—¿Entonces —preguntó Van Passen— usted ve dificultades aun después que los rebeldes sean vencidos?

“—Efectivamente. Habrá resistencia por parte de la burguesía, que no aceptará someterse a la revolución que nosotros mantendremos en toda su fuerza”, contestó Durruti.

El periodista le señaló la contradicción en que se encontraba la revolución que mantenían los anarquistas:

“—Largo Caballero e Indalecio Prieto han afirmado que la misión del Frente Popular es salvar la República y restaurar el orden burgués. Y usted, Durruti, usted me dice que el pueblo quiere llevar la revolución lo más lejos posible. ¿Cómo interpretar esta contradicción?”

“—El antagonismo es evidente —me respondió—. Como demócratas burgueses, esos señores no pueden tener otras ideas que las que profesan. Pero el pueblo, la clase obrera, está cansado de que se le engañe. Los trabajadores saben lo que quieren. Nosotros luchamos no por el pueblo sino con el pueblo, es decir, por la revolución dentro de la revolución. Nosotros tenemos conciencia de que en esta lucha estamos solos, y que no podemos contar nada más que con nosotros mismos. Para nosotros no quiere decir nada que exista una Unión Soviética en una parte del mundo, porque sabíamos de antemano cuál era su actitud en relación a nuestra revolución. Para la Unión Soviética lo único que cuenta es su tranquilidad. Para gozar de esa tranquilidad, Stalin sacrificó a los trabajadores alemanes a la barbarie fascista. Antes fueron los obreros chinos, que resultaron víctimas de ese abandono. Nosotros estamos aleccionados, y deseamos llevar nuestra revolución hacia adelante, porque la queremos para hoy mismo y no, quizá, después de la próxima guerra europea. Nuestra actitud es un ejemplo de que estamos dando a Hitler y a Mussolini más quebraderos de cabeza que el Ejército Rojo, porque temen que sus pueblos, inspirándose en nosotros, se contagien y terminen con el fascismo en Alemania y en Italia. Pero ese temor también lo comparte Stalin, porque el triunfo de nuestra revolución tiene necesariamente que repercutir en el pueblo ruso”.

Van Passen recapitula:

“Este es el hombre que representa a una organización sindical que cuenta aproximadamente con dos millones de afiliados y sin cuya colaboración la República no puede hacer nada, incluso en el supuesto de una victoria sobre los sublevados. Yo quise conocer su pensamiento porque para comprender lo que está sucediendo en España es preciso saber cómo piensan los trabajadores. Por esa razón he interrogado a Durruti, porque por su importancia popular es un auténtico y característico representante de esos trabajadores en armas. De sus respuestas resulta claramente que Moscú no tiene ninguna influencia ni autoridad para hablar en nombre de los trabajadores españoles. Según Durruti, ninguno de los Estados europeos se siente atraído por el sentimiento libertario de la revolución española, sino deseosos de estrangularla.

“¿Espera usted alguna ayuda de Francia o de Inglaterra, ahora que Hitler y Mussolini han comenzado a ayudar a los militares rebeldes? pregunté.

“Yo no espero ninguna ayuda para una revolución libertaria de ningún gobierno del mundo” respondió Durruti secamente. Y agregó: “-Puede ser que los intereses en conflictos de imperialismos diferentes tengan alguna influencia en nuestra lucha. Eso es posible. El general Franco está haciendo todo lo posible para arrastrar a Europa a una guerra, y no dudará un instante en lanzar a Alemania en contra nuestra. Pero, a fin de cuentas, yo no espero ayuda de nadie, ni siquiera, en última instancia, de nuestro Gobierno.

“¿Pueden ustedes ganar solos?, pregunté directamente.

Durruti no respondió. Se tocó la barbilla, pensativamente. Sus ojos brillaban. Y Van Passen insistió en la pregunta:

“-Aun cuando ustedes ganaran, iban a heredar montones de ruina —me aventuré a interrumpir su silencio”.

Durruti pareció salir de una profunda reflexión, y me contestó suavemente, pero con firmeza:

“-Siempre hemos vivido en la miseria, y nos acomodaremos a ella por algún tiempo. Pero no olvide que los obreros son los únicos productores de riqueza. Somos nosotros, los obreros, los que hacemos marchar las máquinas en las industrias, los que extraemos el carbón y los minerales de las minas, los que construimos ciudades... ¿Por qué no vamos, pues, a construir y aún en mejores condiciones para reemplazar lo destruido? Las ruinas no nos dan miedo. Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas, porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero —le repito— a nosotros no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones, dijo, murmurando ásperamente. Y luego agregó: Ese mundo está creciendo en este instante”⁷⁵.

Hacia las diez de la mañana, los voluntarios que iban a integrar la Columna “Durruti” comenzaron a afluir al Paseo de Gracia, donde un numeroso público había acudido también a presenciar la marcha de aquella extraña caravana, compuesta de camiones, autobuses, taxis y turismos. El entusiasmo era inmenso. El triunfo rápido en Barcelona autorizaba el optimismo. Y esa expedición hacia Aragón era concebida por muchos como un rápido paseo.

Hacia el mediodía, la columna compuesta de unos dos mil hombres se puso en marcha en un delirio de vivas, de puños levantados y de estribillos de cantos re-

75 Toronto Star, artículo de Van Passen, titulado “Dos millones de anarquistas luchan por la revolución, declara un líder español”, 18 de agosto de 1936. El texto lo hemos traducido directamente del inglés. La fecha de aparición y la fecha en que tuvo lugar esta entrevista están muy distantes. Por nuestras investigaciones hemos sacado en conclusión que esa entrevista fue hecha en Barcelona, en la mañana del 24 de julio, en el Sindicato de la Metalurgia de la CNT. Posiblemente, por razones periodísticas, Van Passen habla de “A lo lejos rugía el cañón”. Pero es importante situar en la fecha exacta o aproximada en que fue realizada, si no, no se comprenden bien algunas respuestas de Durruti sobre todo en relación a la guerra y las operaciones contra las fuerzas sublevadas.

volucionarios, sonando el más potente de “¡A las Barricadas!” el himno de la CNT-FAI.

A la cabeza iba un camión con una docena de jóvenes, entre los cuales destacaba la hercúlea figura de José Hellín blandiendo una bandera rojinegra, que por defenderla en Madrid morirá el 17 de noviembre, haciendo saltar a bombazos las tanquetas italianas. Detrás seguía la centuria que llevaba como delegado al metalúrgico Arís. Luego cinco centurias, que pronto iban a destacarse como una verdadera fuerza de élite como dinamiteros: eran los mineros de Figols y Sallent; y también los marineros del Transporte Marítimo, que se destacarían como guerrilleros, llevando siempre en la delantera al marinero Setonas.

Como delegado de la III Centuria iba El Padre, viejo luchador que había formado en las filas de Pancho Villa en la revolución mexicana. La IV Centuria llevaba como delegado al obrero del textil Juan Costa; y la V, formada exclusivamente de obreros metalúrgicos, la representaba el joven libertario Muñoz, de 19 años.

Entre dos autocares marchaba un “Hispano”, en el que iban Durruti y Pérez Farràs. Durruti iba silencioso, extraño y ajeno a los vivas y los puños levantados. Sentía la responsabilidad que las circunstancias le habían deparado. El setenta por ciento de los hombres que componían su columna era la flor y nata de las juventudes anarquistas de Barcelona. Jóvenes, y menos jóvenes, todos conocieron antes y durante el 19 de julio los combates callejeros y los enfrentamientos contra la Fuerza Pública. Pero no conocían la lucha en terreno descubierto, es decir, la guerra.

Antes de salir de Barcelona, Durruti se dirigió a los hombres de la Columna con un discurso en el cuartel Bakunin. En él quiso prevenir a todos sobre la diferencia que existía entre la lucha que ellos conocían y la que se iba a afrontar en Aragón. Pero él sabía que las palabras no pueden sustituir a la experiencia. Habló de los bombardeos de la aviación y de los cañonazos que precedían a los ataques. De los combates cuerpo a cuerpo con arma blanca. Y sobre todo insistió en la diferencia que existía entre un ejército burgués y el proletariado en armas, en su comportamiento con los campesinos y las poblaciones de retaguardia.

Seguía aún en pie el problema del mando. Su posición había sido netamente expuesta ante el Comité Central de Milicias Antifascistas, y repetida más tarde a Pérez Farràs. Durruti conocía la confianza que le otorgaban sus compañeros, y que yendo él delante todos le seguirían, incluso si los llevaba a la muerte. Pero la muerte no era el fin que perseguía Durruti, sino la vida. Un militar puede, desde su puesto de mando y sin ningún escrúpulo, enviar a la gente a la muerte; reemplaza las bajas y asunto concluido. Pero Durruti sabía que la mayor parte de los hombres que le seguían eran militantes revolucionarios, y tales hombres son irremplazables. En su reflexión entraban unas palabras que pronunciara Néstor Makhno en su presencia:

“La diferencia que existe entre un militar que manda y un revolucionario que dirige, reside en que el primero se impone por la fuerza, mientras que el segundo no dispone de más autoridad que la que se deriva de su propia conducta” 76.

76. Durruti rememora la entrevista mantenida con Nestor Makhno en París el año 1927, y que hemos dejado relatada en la Primera Parte de esta obra.

Vicente Guarnier juzga a los dos hombres que iban al frente de la Columna:

“Durruti, el jefe, a quien traté personalmente, era de una personalidad impresionante. De unos cuarenta años, decidido, de mirada penetrante e infantil, de estatura más que mediana, había sido obrero ferroviario. Pérez Farràs, leridano, era de un valor impulsivo, vehemente en sus opiniones, alto de estatura, de frente despejada y con talento natural, oscurecido por momentáneas obcecaciones...”⁷⁷.

Mientras la Columna “Durruti” seguía vía Lérida hacia Zaragoza, García Oliver no perdía su tiempo en el Departamento de Guerra. El día 23 de julio recibió a Julio Alvarez del Vayo, que llegaba de Francia y que se dirigía a Madrid. Habló con él y le insistió —dada su personalidad e influencia en los medios socialistas, particularmente cerca de Largo Caballero, y el peso que ese partido tenía sobre el Gobierno Giral— para que se comprendiera bien en Madrid que la guerra había que ganarla en Marruecos y no en la Península. Era preciso que el Gobierno republicano —le insistió García Oliver a Alvarez del Vayo— haga una declaración pública, declarando la independencia del protectorado español de Marruecos. Si el Gobierno español hace eso, señaló García Oliver, el general Franco está derrotado en su propia retaguardia, y el dominio de la Península por nosotros es cuestión de días. Alvarez del Vayo se comprometió a exponer en Madrid sus puntos de vista, pero, “desgraciadamente —según confesión de Alvarez del Vayo— en Madrid no hubo comprensión y no se prestó atención a lo expuesto por García Oliver”⁷⁸.

No obstante, García Oliver confiaba poco en Alvarez del Vayo, y lo que pudiera hacerse en Madrid, y comenzó por sí mismo la tarea de sublevar Marruecos:

“Días antes de nuestra revolución, el compañero de Artes Gráficas, José Margeli, que estaba muy ligado a mí y a nuestra obra, me presentó a un tal Argila⁷⁹, egipcio y profesor de idiomas en la Academia Berlitz. Según me contó Margeli después, Argila, y antes su padre, eran miembros prominentes del mundo

77. Vicente Guarnier, op. cit.

78. De una entrevista inédita hecha por el autor a Julio Alvarez del Vayo en 1972, recogida en cinta magnetofónica.

79. El Argila que nos encontramos aquí es el hijo de Argila que, en 1930, bajo el impulso del Emir Chekib Arslan (fundador de “La Nation Arabe”, o el panarabismo en oposición al panislamismo), interesó a algunos intelectuales españoles, entre ellos a Fernando de los Ríos y a Gonzalo de Reparaz, y crearon, en la fecha citada, la “Asociación hispano-islámica” en Madrid, la cual se relacionaba con los notables de Tetuán. Argila padre ejercía la función de periodista, y fue colaborador de la revista *Maghreb*, fundada en París por J. R. Conguez (un nieto de Carlos Marx). Desde aquella fecha, Argila fue el representante oficial del Emir Chekib Arslan en España. Ignoramos si Argila padre murió, o bien, anciano, le sucedió su hijo, profesor de idiomas con el cual entró en relación García Oliver por intermedio de Margeli, este último también de origen árabe. Para todo este asunto que se relaciona con Marruecos y el Comité de Acción Marroquí (el CAM), señalamos al lector la existencia de *Les Partis Politiques Marocains*, del profesor Robert Rezette, Ediciones Armand Colin, París, 1955.

árabe, bastante ligados al Comité Pan-islámico que operaba en Ginebra ⁸⁰. Al producirse el movimiento y apreciar nosotros cuán pocas ideas tenían los miembros de los gobiernos de la República, que estaban dimitiendo continuamente, llamé a Margeli y a Argila al Comité de Milicias de Cataluña, del que yo formaba parte y detentaba la Jefatura del Departamento de Guerra. Le pregunté a Argila cuáles eran las relaciones que tenía con el mundo oficial panislámico de Ginebra. Me contestó que él era su agente oficial en España, y que, como tal, se ponía a mi disposición. Considerando cuán importante podía llegar a ser el entrar en relaciones con los jefes conspiradores del mundo árabe, les di cita para el día siguiente si Argila, junto con Margeli, estaban dispuestos a encabezar una misión con el encargo de conseguir una alianza activa de nosotros y el mundo árabe. De acuerdo con Argila y Margeli, planteé el asunto a Marianet, secretario del Comité Regional de la CNT en Cataluña, quien se mostró de acuerdo en que yo siguiese adelante. Igualmente informé de las posibilidades que ofrecía el asunto en la reunión que celebramos cada noche del Comité Central de Milicias, estando todos de acuerdo y concediéndome las más amplias facilidades.

“Al día siguiente comparecieron Margeli y Argila. A ellos les acoplé al compañero Magriña, que lo tenía representándome en el Departamento de Propaganda del Comité Central de Milicias. Todos perfectamente informados por mí de lo que esperaba de la gestión en Ginebra, provistos de cartas acreditativas, de pasaporte y de dinero, partieron...” ⁸¹.

“Salimos en avión directos a París, para procurarnos una dirección que fue de Ginebra, y otra vez en avión salimos para Suiza. En Ginebra nos instalamos en el Hotel de Rusia. Establecido contacto, fuimos a entrevistarnos con un señor de edad avanzada, instalado en un lujoso domicilio que nos invitó a comer al estilo y costumbre de su país, con bastante solemnidad y señalado lujo.

“Durante la comida, mi acompañante le informó del objeto de la visita, y al quedar informado prometió trasladar nuestras propuestas a los líderes nacionalistas marroquíes. Se trataba, en concreto, de solicitar la ayuda de Torres y su organización para la causa de la República española en Marruecos, a cambio de concederles la independencia o la autonomía, según ellos lo entendieran” ⁸².

Mientras estas conversaciones seguían su curso, trasladémonos de nuevo a la Columna “Durruti”.

80. El Emir Chekib Arslan situó en Ginebra su residencia y la de “La Nation Arabe”, que servía de relación con los nacionalistas marroquíes de la zona española o francesa, es decir, con Tetuán y Fez.

81. García Oliver, en carta al autor.

82. Jaime Rosquillas Magriña en carta al autor. Magriña es, junto con Bernardo Pou, autor del libro *Un año de conspiración*, Barcelona, 1930, que hace referencia a todas las actividades de la CNT-FAI en aquel año.

La Columna «Durruti»

A medida que la Columna avanzaba, y al pasar por los pueblos, la gente se agolpaba para ver pasar la caravana. Más de uno exclamaba, al ver a Durruti:

“—¡Pero, no puede ser un jefe! ¡No lleva galones!”

Otros, mejor informados, replicaban “que un anarquista nunca es jefe y, por lo tanto, no lleva galones”.

En otros lugares, los campesinos recibían a la Columna con gritos de alegría y vivas a la CNT-FAI. En todos los lugares donde la Columna hacía un alto, y los campesinos se arrimaban en torno de los llegados, Durruti descendía del coche para hablar con los vecinos del pueblo:

“—¡Habéis organizado ya vuestra colectividad? No esperéis más. ¡Ocupad las tierras! Organizaos de manera que no haya jefes ni parásitos entre vosotros. Si no realizáis eso, es inútil que continuemos hacia adelante. Tenemos que crear un mundo nuevo, diferente al que estamos destruyendo. Si no es así, no vale la pena que la juventud muera en los campos de batalla. Nuestro campo de lucha es la revolución”⁸³.

De este modo iba naciendo, al paso de la Columna, y antes de emprender la batalla contra los militares fascistas, un mundo nuevo, porque ése y no otro era el objetivo del combate.

En Caspe hubo un primer encuentro con los fascistas. El capitán de la Guardia Civil, Negrete, había dominado el pueblo. Desde el día 23 de julio, un grupo importante de milicianos que habían salido por su cuenta y riesgo de Barcelona, entre los que se encontraban los hermanos Subirats, presentaron batalla; ya estarían entregados a ella cuando llegó la Columna allí, y gracias a su intervención se liberó Caspe. Con esa conquista, la Columna fue ya engrosándose y detrás de ella fueron quedando los pueblos de Fraga, Candanos, Peñalba, La Almanda, etc., llegando a Bujaraloz el día 27 de julio, donde, provisionalmente, se instaló el

83. Los Paules eran dos hermanos. El mayor se llamaba Cosme, y el menor se popularizó en la época por sus crónicas del frente firmadas con el pseudónimo “El Bandido”. Ambos hermanos salieron con la Columna “Durruti” de Barcelona. En varios artículos publicados en noviembre de 1964 en *Espoir* (CNT), de Toulouse (Francia), dan información sobre la constitución de la Columna y sus primeros pasos. Seguimos también los testimonios de Francisco Subirats y Liberto Ros. Para “los internacionales”, en la Columna puede verse también a Simone Weil en *Escritos históricos y políticos*, la cual fue voluntaria en la Columna “Durruti”, en el mes de agosto de 1936

Comité de Guerra ⁸⁴.

Al día siguiente, la Columna se puso en marcha hacia el Ebro, con objetivos en Pina y Osera para alcanzar Zaragoza. Al poco de ponerse en marcha, y a unos kilómetros de Bujaraloz, la Columna entró en contacto con la realidad de la guerra. La aviación fascista salió a su encuentro bombardeándola, acción que desmoralizó a no pocos de los milicianos que, llenos de pánico, echaron a correr. La reacción era lógica. El bombardeo, por su sorpresa, había sido mortífero, causando una docena de muertos y más de veinte heridos, entre ellos el comandante de Artillería Claudín, que mandaba las tres baterías de la Columna.

Un grupo de los que componían la Columna, obrando por instinto, se interpuso a los que corrían y con su prestancia de ánimo impidieron que se contagiara el pánico y terminar aquella expedición en una lamentable retirada.

Ante aquel choque, Durruti comprendió que era preferible hacer marcha atrás e informarse mejor sobre las posiciones del enemigo, evitando con ello caer en una emboscada. En ese retorno hacia Bujaraloz, Durruti se enteró que en uno de los camiones se encontraba Emilienne, enrolada también como miliciana. La miró sonriendo, sin hacer comentario alguno. Sobre este encuentro, Mimi escribe:

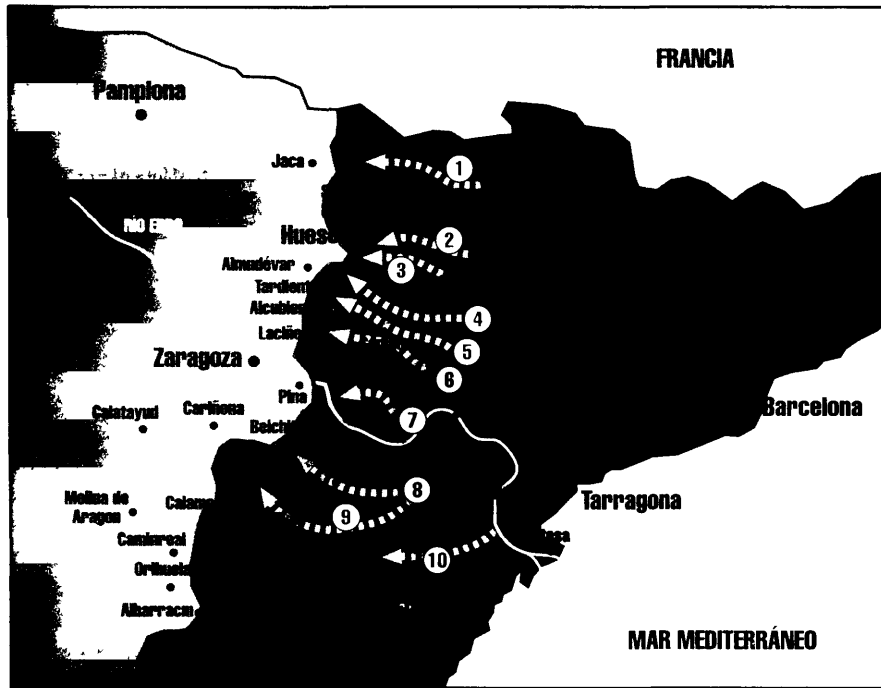
“Fue en ese pueblo (Bujaraloz), hoy ya histórico, donde encontré a mi compañero, después de dos semanas de separación. Pasada la primera emoción, organizamos inmediatamente el Cuartel General de la Columna. En una habitación sombría y húmeda, comenzamos las primeras tareas y sin material organizamos la primera administración de esta Columna de mil hombres que iba rápidamente a crecer. Fue de ese pequeño pueblo, triste y austero, de donde salió toda la formación de nuestra Columna, bien imperfecta al principio, pero que poco a poco estuvo en la medida de dar satisfacción a las enormes necesidades de varios miles de hombres” ⁸⁵

84 Martínez Bande, en su libro que citamos sobre la invasión de Aragón, escribe lo siguiente: “En las primeras horas del día 24 de julio las fuerzas de Durruti arrollan a los defensores del puente, y en un avance decidido e incontenible penetran en el pueblo, protegidos por el fuego de la aviación y varios vehículos blindados. La lucha en las calles de Caspe es durísima, y en ella muere el capitán Negrete, así como su segundo, el teniente de la Guardia Civil don Francisco Castro ()”. Según el mismo autor, las fuerzas nacionales allí concentradas se elevaban a 40 guardias civiles, auxiliados por 200 paisanos con armamento que Negrete había traído de Zaragoza. En el relato de Martínez Bande hay error de fechas. La Columna “Durruti” salió de Barcelona hacia el mediodía del 24 de julio, y marchando muy aprisa llegaría al amanecer del 25. Los defensores de Caspe se rindieron, pues, a media mañana del 25. De todo esto entresacamos que los que lucharon el 24 de julio fueron un pequeño grupo de milicianos entre ellos Francisco Subirats, que fue el que afrontó el ataque a Caspe. Al enterarse de la llegada de la Columna “Durruti”, la previnieron y actuó, liquidando Caspe en dos o tres horas, “a media mañana del 25”. Sobre la presencia de los aviones, ninguno de los que estuvo allí recuerda las avionetas republicanas. Y con respecto a los blindados, fueron los camiones con ligeras planchas que se fabricaron entre el 22 de julio al 24 por la mañana. El verdadero blindado —y llegó mucho más tarde a la Columna— fue el celebre “King Kong”, que conduciera Antonio Bonilla.

85 *Le Libertaire*, 7 de julio de 1938. Artículo de Emilienne Morin, “Souvenirs l'enfantement d'une révolution”.

Trayecto, avance y situación de las Columnas republicanas catalano-aragonesas

Verano de 1936



1. «Bueno» (pequeña columna compuesta casi toda por catalanes de Esquerra)
2. «Lenin» (columna compuesta por milicianos del POUM y un núcleo de Internacionales)
3. «Ascaso» (columna importante compuesta por milicianos de la CNT-FAI, anexionando las fuerzas militares de Barbastro Delegado general Gregorio Jover)
4. «Aguiluchos» (columna compuesta por milicianos de la CNT-FAI Delegado general García Vivancos)
5. «Carlos Marx» (columna compuesta por milicianos del PSUC Delegado general el José del Barrio)
6. «Maurín» (columna compuesta por milicianos del POUM, en su mayoría obreros de Lleida Delegado general José Rovira)
7. «Durruti» (columna compuesta por obreros de la CNT-FAI Delegado general Buenaventura Durruti)
8. «Sur-Ebro» (columna compuesta por obreros de la CNT-FAI Delegado general Antonio Ortiz)
9. «Peñalver» (pequeña columna salida de Tarragona, compuesta por obreros y militares Delegado general Peñalver)
10. «Mena» (columna pequeña salida de Tarragona Delegado general Mena)

Estas dos últimas columnas fueron absorbidas por la «Sur Ebro» y la «Mena» Companyys, al mando esta última de Pérez Salas

Vueltos ya a Bujaraloz, Durruti tuvo una primera discusión con Pérez Farràs. Como militar profesional que era éste, y no aprobando los métodos que Durruti empleaba, aprovechó la circunstancia habida para recomendarle que estructurara mejor la Columna y revisara su plan de ataque a Zaragoza. En cualquier otro momento Durruti hubiera acogido las observaciones de Farràs de buen grado, pero entonces sintió un punzante orgullo herido, ya que comprendía que esas observaciones no eran desinteresadas sino que nacían de una crítica al modo de organización libertaria. Durruti le repuso que cualquiera que no fuese libertario hubiera corrido también despavorido ante el citado ataque. Pero que existía la diferencia de “que esos hombres que habían corrido hoy, mañana se batirían como leones, pero sólo si se les trataba como obreros sorprendidos y no como soldados desertores ante el enemigo”⁸⁶.

Desde el balcón de la alcaldía de Bujaraloz, Durruti se dirigió a los hombres de la Columna que se habían concentrado en la plaza. Pronunció un discurso duro; quizá, según confesión de uno de los oyentes, el más sentido discurso que Durruti había pronunciado en su vida militante:

“—Amigos, nadie ha venido a esta Columna forzado. Es cada uno de vosotros que habéis elegido libremente vuestra suerte, y la suerte de la primera columna de la CNT y de la FAI es muy ingrata. García Oliver lo anunció por radio en Barcelona: salíamos para Aragón a conquistar Zaragoza o dejar la vida en el intento. Yo repito la misma cosa: antes que retroceder, hay que morir. Zaragoza está en manos de los fascistas, y allí se encuentran centenares, miles de obreros bajo la amenaza de los fusiles, que pueden dispararse a cada instante ocasionando la muerte de nuestros hermanos. ¡¿Para qué hemos salido de Barcelona, sino es para liberarlos?! Ellos nos esperan y nosotros, ante el primer ataque enemigo, echamos a correr. ¡Hermosa manera de mostrar al mundo y a nuestros compañeros el coraje de los anarquistas que se llenan de miedo ante tres aviones!

“La burguesía no nos permitirá implantar el comunismo libertario simplemente porque ése es nuestro deseo. La burguesía resistirá porque ella defiende sus intereses y sus privilegios. El único medio que tenemos nosotros para implantar el comunismo libertario es destruyendo la burguesía. El camino de nuestro ideal es seguro, pero hay que seguirlo con coraje. Esos campesinos que hemos dejado tras nosotros, y que han comenzado a poner en práctica nuestras teorías, lo han hecho tomando nuestros fusiles como garantía de su cosecha. Si dejamos el camino libre al enemigo, eso quiere decir que esas iniciativas tomadas por los campesinos son inútiles, y lo que es peor aún, los vencedores les harán pagar su audacia asesinandoles. Es éste y no otro el sentido de nuestro combate. Lucha ingrata que no se parece a ninguna de las que hemos librado hasta ahora. Lo que ha pasado hoy no es nada más que una simple advertencia. Ahora la lucha va a empezar de verdad. Nos enviarán toneladas de metralla y tendremos que defendernos con bombas de mano y hasta con cuchillos. A medida que el enemigo se sienta cercado nos morderá como una bestia acorralada. Y morderá duramente. Pero aún no ha llegado

86. Liberto Ros, comunicación al autor.

a ese punto, y ahora se bate para no caer bajo el peso de nuestras armas. Y es más, él cuenta con el apoyo de Alemania y de Italia, y nosotros contamos nada más que con la fe en nuestro ideal, pero contra esa fe se han quebrado los dientes todas las represiones. Y hoy se los tiene que quebrar también el fascismo.

“Nosotros contamos a nuestro favor la victoria que hemos conseguido en Barcelona, y debemos aprovechar con rapidez esa ventaja, porque si no la aprovechamos, el enemigo, abastecido por los alemanes e italianos, será más fuerte que nosotros y nos impondrá la dura ley del vencido.

“Nuestra victoria depende de la rapidez de nuestra acción. Cuanto más pronto ataquemos, más posibilidades tenemos de triunfo. Hasta este momento, la victoria está de nuestro lado, pero no será consolidada si no tomamos inmediatamente Zaragoza... Mañana no puede repetirse lo de hoy. En las filas de la CNT y de la FAI no hay cobardes. No queremos entre nosotros gente que se asusta ante los primeros disparos...

“A los que han corrido hoy, impidiendo a la Columna avanzar, yo les pido que tengan el coraje de dejar caer el fusil para que sea empuñado por otra mano más firme... Los que quedemos proseguiremos nuestra marcha. Conquistaremos Zaragoza, libertaremos a los trabajadores de Pamplona, y nos daremos la mano con nuestros compañeros mineros de Asturias y venceremos, dando a nuestro país un nuevo mundo. Y a los que vuelvan, después de estos combates, yo les pido que no digan a nadie lo que ha ocurrido hoy... porque nos llena de vergüenza”⁸⁷.

Y un testigo presencial comenta:

“Nadie soltó el fusil, pero aquellos que habían corrido lloraron de rabia ante sus compañeros. La lección había sido dura, pero esos hombres renacieron aquel día. Muchos de ellos fueron excelentes guerrilleros, y muchos también murieron en el transcurso de los treinta y dos meses de lucha desesperada”⁸⁸.

“La Columna “Durruti” emprendió su marcha hacia el Ebro, tomando Pina y Osera en combates bastante empeñados. Llegó hasta unos veinte kilómetros de Zaragoza, pero quedó detenida por el río y por la resistencia que opusieron las tropas de la capital aragonesa, estableciendo las tropas de Durruti una buena y eficaz red de trincheras y nidos de ametralladoras en sus últimas posiciones. Desde el Comité Central de Milicias se dio orden a esta Columna de detener su avance y estabilizarse, para esperar que la columna “Ortiz”, en el sur del Ebro, dominase Quinto y Belchite. Días antes vadearon con bastante dificultad este río fuerzas de dicha Columna, e hicieron prisioneros por sorpresa a una fuerza de caballería con un capitán y dos tenientes en el pueblo de Quinto, rechazándose con bastante frecuencia los contraataques de las tropas zaragozanas.

“Era de gran utilidad la información obtenida por esta Columna. Casi cada

87. Con la ayuda de dos testimonios presentes, Liberto Ros y Pablo Ruiz, hemos podido reconstruir el discurso de Durruti. Ambos testimonios confiesan que “quedaron profundamente impresionado.” por las palabras de Durruti: “Aquello no era un discurso de propaganda, sino una lección de combate revolucionario”.

88. Idem.

noche salían obreros de Zaragoza y entraban milicianos armados en la ciudad. Y así pudimos enterarnos de que muchos oficiales navarros habían sido instruidos en Italia y que, a finales de julio, al general Cabanellas le había sucedido en el mando de la V División el general Germán Gil Yuste”⁸⁹.

La importancia de la cita anterior reside en el hecho de que, por una vez, se nos aclara de dónde partió la orden que detuvo la marcha de la Columna a veinte kilómetros de Zaragoza. Los técnicos militares todos son coincidentes en apreciar que era indispensable esperar la llegada de las Columnas que partían de Barcelona, para poder atacar frontalmente Zaragoza. Durruti, después de discutir en Bujaraloz con el coronel Villalba (oficial de confianza del C.C. de M.A. en Aragón) y otros jefes militares, pareció aceptar dicha teoría, mejorando sus posiciones entretanto con la conquista de Pina y Osera y entregándose a la vez a una reestructuración de la Columna. Sin embargo, los más destacados militantes de Aragón, como José Alberola, juzgaron erróneo el que la Columna no se lanzara a la conquista de Zaragoza, basándose en dos factores: primero, en la explotación del momento psicológico, que daba el hecho de la victoria de Barcelona y Cataluña y, segundo, que el ataque no debía ser frontal, sino por Calatayud, por la izquierda de Zaragoza y por Tardienta a su derecha⁹⁰. Más tarde, cuando se evidenció ya imposible la conquista de Zaragoza, Durruti hubo de reconocer su error, que él lo justificó señalando el riesgo que entrañaba un ataque en el que podía quedar completamente diezmada la Columna y, con ello, el sacrificio estéril de los compañeros que la integraban.

En Barcelona el Comité Central de Milicias Antifascistas continuó la organización de columnas, saliendo la “Roja y Negra” (llamada también Columna “Sur-Ebro”), que llevaba como delegado general a Antonio Ortiz, obrero ebanista y miembro del grupo “Nosotros”, y como asesor técnico al comandante Fernando

89. Vicente Guarner, op. cit. Recordemos que Guarner era ya consejero técnico del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña en Barcelona.

90. José Mira, en op. cit., escribe que se dijo que “convenía, antes de proseguir más adelante, esperar que la Columna “Sur-Ebro” conquistara Quinto y Belchite, para situarse al lado de la Columna “Durruti” en la ribera del Ebro”. Guarner nos aclara que la orden de no proseguir el avance provino del Comité Central de Milicias Antifascistas. Según José Alberola, destacado militante de Aragón, que será consejero de cultura en el Consejo de Defensa de esa región, “fue un grave error el establecer el frente en plena planicie y fuera de los muros de Huesca”. Piensa que “hubiera tenido que explotarse la victoria sobre Barcelona, y caer en torrente sobre Zaragoza”. Y él cree que “Zaragoza no hubiera resistido a ese alud”. (CNT, 16 de junio de 1961, Toulouse, Francia). Felipe Alaiz (artículo recogido en *L’Espagne indomptable*, agosto de 1939, París) juzga como un éxito muy importante de la Columna “Durruti” el haberse situado de un solo golpe en Bujaraloz, porque del Segre al Ebro se extiende la comarca de Los Monegros, siendo la mayor parte de sus tierras consagradas al cultivo del trigo. Entre el Ebro y el Segre corre también el Cinca, en cuyas riberas se producen, además de trigo, otros productos de primera calidad. Precisamente, el triunfo del colectivismo aragonés se basó en la riqueza de esas tierras y, en consecuencia, para Alaiz fue la más importante de las batallas de la Columna “Durruti”, o sea, el colectivismo agrario.

Salavera Campos. La misión de esta Columna era ocupar la región situada al sur del río Ebro, y salió de Barcelona el 25 de julio con unos dos mil hombres y tres baterías de artillería.

El día 26 de julio salió la Columna “Del Barrio” (PSUC) ⁹¹, que llevaba al mencionado personaje como delegado y al comandante de infantería Sacanell como técnico militar. Su fuerza era de unos dos mil hombres también, y con tres baterías de artillería. La misión que se le encomendó por el Comité Central de Milicias Antifascistas fue la de ocupar la región comprendida entre la ciudad de Tardienta y sierra de Alcubierre, debiendo fijar su puesto de mando en Grañén, y rebasar con su acción Huesca por el sur y ocupar Zuera. Esta Columna tenía una característica especial, y era que contaba con un grupo extranjero compuesto por alemanes, exiliados antifascistas que habían acudido a la Olimpiada Popular que debía inaugurar sus juegos el 19 de julio. Ese grupo de alemanes tomaron el nombre de “Thaelmann”, y eran dirigidos por Hans Beimler, conocido militante del Partido Comunista alemán.

El día 25 de julio salió también una Columna del POUM, al mando de José Rovira, y con el asesor técnico el ex capitán italiano Russo. Su fuerza era de unos dos mil hombres, con la misma dotación artillera. Su posición quedó fijada al norte de la Columna “Del Barrio”, con su puesto de mando en el pueblo de Leciñena.

Además de las columnas mencionadas se crearon otras de menor importancia. Una de ellas se organizó en el sector donde iba actuar Antonio Ortiz, compuesta por aragoneses evadidos de Zaragoza y mandada por Saturnino Carod, militante de la CNT. Junto a este grupo se encontraba también otra partida que dirigía el anarquista Hilario Zamora, salida de Lérida. Estos dos grupos acabaron por unificarse con la Columna “Ortiz”. Lo que también hicieron poco después los 600 soldados llegados de Tarragona, al mando del coronel Martínez Peñalver, al decidir éste su vuelta a Barcelona, por no entenderse según él, con el anarquista Ortiz.

Entretanto, llegaron también al sector de Huesca una pequeña Columna del POUM y la Columna “Ascaso”, que llevaban como delegados a Gregorio Jover y a Domingo Ascaso, hermano de Francisco. Estas fuerzas, junto con la Columna de tres mil hombres que mandaba el coronel Villalba, con su puesto de mando en Barbastro, comenzaron el sitio de Huesca ⁹².

91. Se hace difícil precisar cuándo llegó la Columna al frente. Martínez Bande escribe: “Había salido de Barcelona, marchando a Lérida, conforme sabemos, pero en esta última ciudad quedó varios días, quizá merodeando por sus alrededores, consiguiendo que se le unieran algunos restos de unidades regulares del Regimiento allí ubicado, y tal o cual jefe profesional, más grupos de difícil clasificación y bastantes extranjeros”.

92. La Columna “Ascaso”, lo mismo que había hecho la “Durruti”, no se paró en Lérida sino que siguió hasta Barbastro, donde se encontró con el coronel Villalba y el teniente coronel González Morales, jefes de los restos del Regimiento de Barbastro que se habían mantenido fieles a la República. Ni Villalba ni González Morales hicieron gran cosa para establecer un frente, y sus fuerzas fueron absorbidas por la Columna “Ascaso”, quedando ambos militares como asesores técnicos de la misma. Inmediatamente comenzaron las operaciones de cerco a Huesca, tomándose Siétamo

La Columna "Durruti", prácticamente paralizada, había avanzado ligeramente sus líneas hasta Pina y Osera, situando su cuartel general en una venta llamada Santa Lucía, en la carretera general de Zaragoza, en pleno corazón de Los Monegros, granero de Aragón. A primeros de agosto, la Columna "Durruti" ofrecía la siguiente organización:

Comité de Guerra. Durruti, Ricardo Rionda, Miguel Yoldi, Antonio Carreño y Luis Ruano. Unidad mayor, la *Agrupación*, compuesta de 5 Centurias de a cien hombres, repartidos en cuatro grupos de veinticinco. Cada una de estas unidades tenía a su frente un delegado nombrado por la base, y revocable a cada momento. La responsabilidad representativa no confería privilegio ni jerarquía de mando.

Consejo Técnico-militar. Estaba constituido por los militares (oficiales) que había en la Columna. Su representante era el comandante Pérez Farràs. Y la misión de este consejo era asesorar al Comité de Guerra. No disponía de privilegio alguno ni jerarquía de mando.

Grupos Autónomos. El Grupo Internacional (franceses, alemanes, italianos, marroquíes, ingleses y americanos), que llegó a contar con unos 400 hombres. Su delegado general, enlazando con el Comité de Guerra, era el capitán de artillería francés llamado Berthomieu, que morirá en septiembre en una acción de guerra.

Grupos Guerrilleros. Misión línea enemiga. Los formaban: "Los Hijos de la Noche", "La Banda Negra", "Los Dinamiteros", "Los Metalúrgicos" y otros.

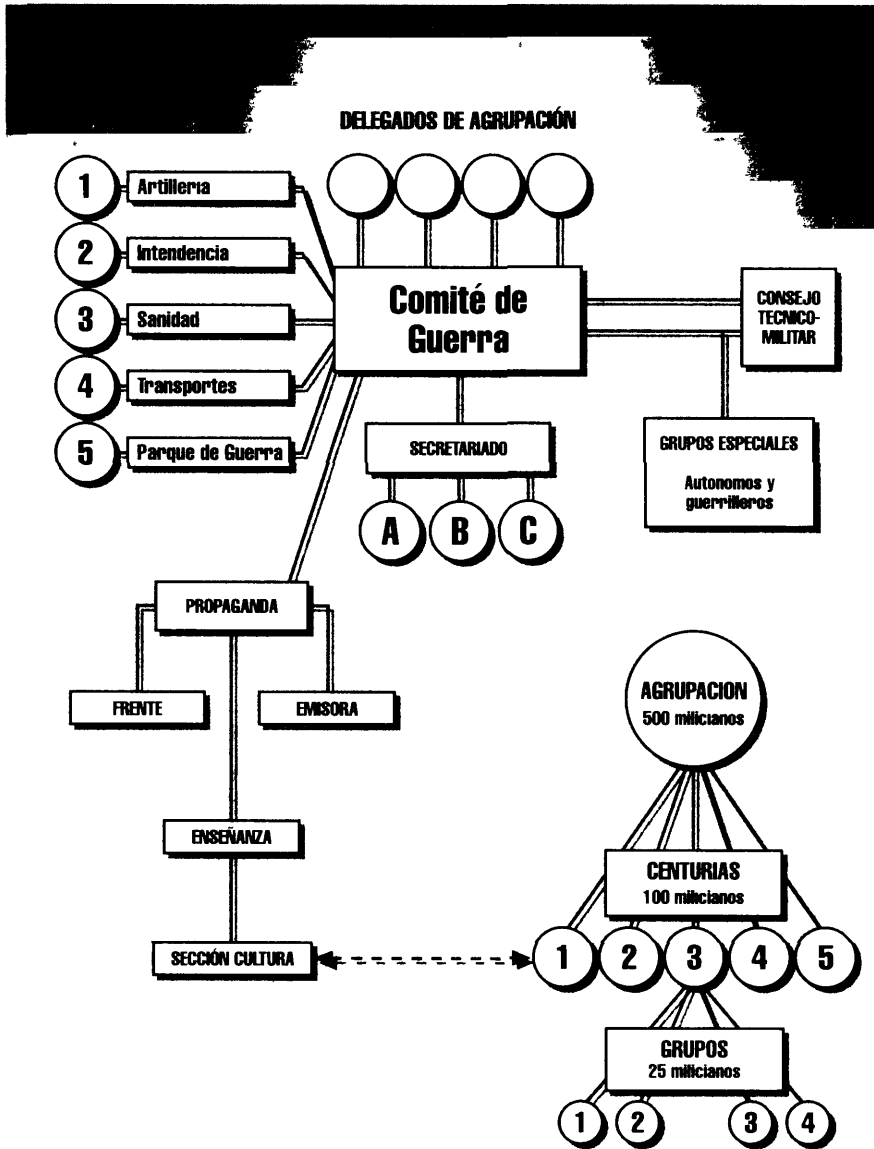
Estrategia. Condicionada la acción de la Columna por la carencia de armamento y munición, estableció una línea defensiva frente a Zaragoza de unos 78 kilómetros, que iba desde Velilla de Ebro hasta Monte Oscuro (Leciñena). Actúa como ofensiva, valiéndose de los grupos volantes guerrilleros que luchan por sorpresa y aseguran, con las posiciones tomadas al enemigo, rectificar progresivamente la línea defensiva de la Columna. A mediados de agosto contaba con unos seis mil hombres.

Material bélico. 16 ametralladoras (la mayoría de ellas tomadas al enemigo), 9 morteros y 12 piezas de artillería. Fusiles contaba con tres mil, lo que significaba que no podía poner en línea todos sus efectivos humanos.

Modo de vida. La Columna era la imagen de la sociedad sin clases por la cual se luchaba. Y alrededor de ella fueron creándose Colectividades campesinas que abolieron el dinero, el asalariado y la propiedad privada. Los miembros de la Columna, que por falta de armas no podían estar en el frente, mientras esperaban

y perdiéndose luego de nuevo. A las fuerzas de Huesca, en el sector de la Columna, vinieron a agregarse la agrupación internacional de los hermanos Roselli, "Giustizia e Libertà", que formaron con los italianos anarquistas que animaban Camilo Berneri y Fausco Falschi, un conjunto armonioso. También, entre los internacionales de origen marxista se encontró la Centuria que conducía Hans Beimler. En este sector la lucha fue intensa y jamás se comprendió cómo no se pudo tomar Huesca. Y quizá la razón residiera en la actitud de Villalba, muy criticado tanto por las fuerzas anarcosindicalistas como por las del POUM, y únicamente defendido por el PSUC. "Barbastro es un nido de intrigas", se dirá en la Conferencia Militar del mes de octubre en Sariñena, a la cual asistieron Villalba, los jefes de Columna, el teniente coronel Díaz Sandino y García Oliver, como responsable del Departamento de Guerra.

Columna Durruti



su turno de trinchera colaboraban en las labores campesinas, combatiéndose de esa manera el parasitismo que engendra la vida de soldado.

Disciplina. La disciplina descansaba en el propio carácter del voluntariado: libremente consentida, apoyándose en la solidaridad de clase. Las órdenes se daban de compañero a compañero. La representación delegada no confería privilegio alguno. El principio era igual, de derechos y deberes. La coacción moral del medio social suplía el carácter punitivo de los códigos militares.

Acción Cultural. Secciones culturales que aseguraban la enseñanza en general. Una emisora que difundía textos y conferencias sobre diversas materias y radiaba llamamientos a los soldados que combatían en las filas franquistas. Un Boletín impreso sobre un camión con imprenta ambulante, llamado *El Frente*, informaba de la vida de la Columna y servía a la vez como buzón de ideas y de críticas.

Alrededor del Comité de Guerra se concentraron diversos servicios, tales como los administrativos, en los que trabajaban varias personas, entre ellas Emilienne Morin. Una panadería, que llegó a asegurar el pan de la columna, y que estuvo a cargo de los hermanos Subirats. Un parque de mecánica y automóviles, que tuvo como delegado a Antonio Roda. Un excelente servicio sanitario, con dos cirujanos, los doctores Santamaría y Fraile, asistido por un equipo de enfermeras, algunas de ellas llegadas del extranjero, solidarias de la revolución española.

La estructura u organización de la Columna fue surgiendo sobre la marcha, renunciando a aquello que no servía y reemplazándolo por otro modo que cumplía mejor la función. Fue un proceso experimental, comenzado ya el 22 de julio, cuando se dieron los primeros toques entre los voluntarios que acudían a los sindicatos. No se podía considerar obra de nadie, porque había sido una obra colectiva, en la que cada uno colaboraba con su iniciativa⁹³.

A continuación, transcribimos la división por sectores y grupos, con la nómina de sus respectivos delegados, que ocupaban los 78 kilómetros de frente de guerra; desde Velilla de Ebro hasta Alcubierre:

Primer sector. Delegado Ruano

- 1 Agrupación (cinco centurias). Delegado José Mira
- 2 Agrupación (cinco centurias). Delegado Liberto Roig
- 3 Agrupación (cinco centurias). Delegado José Esplugas

Segundo Sector. Delegado Miguel Yoldi

- 4 Agrupación (cinco centurias). Delegado José Gómez Talón
- 5 Agrupación (cinco centurias). Delegado José Tarín
- 6 Agrupación (cinco centurias). Delegado J. Silvestre

93. Para esta descripción de la Columna nos hemos valido del libro citado de José Mira, de un artículo histórico de la Columna, publicado en la revista *Umbral*, de noviembre de 1938, del libro citado de Ricardo Sanz, y de testimonios de José Esplugas, que fue delegado de Centurias; de Ricardo Rionda, miembro del Comité de Guerra, y de un centenar de respuestas a una encuesta entre los antiguos componentes de la Columna.

Tercer Sector. Delegado Mora

- 7 Agrupación (cinco centurias). Delegado Subirats
- 8 Agrupación (cinco centurias). Delegado Edo
- 9 Agrupación (cinco centurias). Delegado R. García

Grupo Internacional. Delegado Louis Berthomieu

Composición: en cinco grupos de cincuenta. Total 250
 Delegados: Ridel, Fortin, Charpentier, Cottin y Carles

Resumen

Delegado general de Centurias: José Esplugas
 Agrupaciones: Miguel Yoldi
 Sectores: Rionda (Rico)
 Artillería: Capitán Botet
 Tanques (Blindados): Bonilla
 Consejeros militares: Comandante Pérez Farràs y Sargento Manzana
 Delegado General de la Columna: Buenaventura Durruti

Comité de Guerra: Miguel Yoldi, José Esplugas, Rionda, Ruano, Mora y Durruti
 Responsable de Información Comité de Guerra: Francisco Carreño
 Asesores Militares: Comandante Pérez Farràs, Sargento de Artillería
 Manzana, Capitanes de Artillería Botet y Carciller ⁹⁴.

El profundo proceso revolucionario abierto en España atrajo hacia su tierra a infinidad de personas de las más variadas características: militantes, intelectuales, periodistas, políticos, historiadores, y, por supuesto, también a intrigantes y aventureros. La mayoría traía un cliché determinado, y bajo él deseaban apreciar los sucesos de la Península, por lo que sin conocer la historia de nuestro país ni las razones por las cuales se había producido aquella guerra, lo juzgaban todo con aires de suficiencia, observando a los españoles como bichos raros. A ese prejuicio se agregaba el hecho de que el anarquismo, que iba de capa caída en el mundo, se mantuviera lozano en España. Y, en consecuencia, como del anarquismo se tenía un falso concepto, no se podía aceptar que en España pudiera jugar un papel predominante en la vida del país como fuerza organizadora. Además, por una coincidencia histórica, en España se iba a replantear el debate que iniciaron, setenta años atrás, Carlos Marx y Miguel Bakunin. Era lógico que los seguidores de Carlos Marx se entregaran por sectarismo y siguiendo las órdenes de Stalin a denigrar cuanto no fuese obra de ellos, particularmente si los realizadores eran anarquistas. En el aspecto concreto del frente de Aragón, con relación a la organización de las milicias, los elementos de obediencia estalinista o trotskista intentaron imprimir

94. Esta descripción corresponde al 15 de agosto de 1936, cuando la Columna contaba ya con 4.500 combatientes, repartidos en 45 Centurias, reunidas en 9 Agrupaciones. El Cuartel General estaba a dos kilómetros de Bujaraloz, en la Venta Monzona, hoy Santa Lucía. Para la reconstrucción de la Columna nos hemos valido de los anteriores testimonios.

un carácter castrense a sus fuerzas milicianas, pero hubieron de renunciar ante la oposición de los propios milicianos, aunque éstos no fueran voluntarios. El POUM intentó codificar la vida de las milicias bajo reglamento castrense, y hubo de renunciar⁹⁵. Aragón, con sus cuatrocientas colectividades agrícolas y los dieciséis mil combatientes de la CNT-FAI, había cambiado la fisonomía de su territorio en lo tocante a las relaciones sociales, y ya era imposible volver atrás.

La estructura “militar” de las milicias no satisfacía a los visitantes extranjeros, que la juzgaban ineficaz y condenada al fracaso. Koltsov, corresponsal ruso del diario bolchevique *Pravda* de Moscú, que visitó el frente de Aragón a mediados de agosto, se burlará de este sistema de milicias proletarias de la misma manera que sus colegas burgueses. No obstante, escritores y otros hombres mejor preparados para la comprensión de los problemas que presentaba la Revolución, rindieron homenaje a esas fuerzas revolucionarias que habían hecho retroceder a las fuerzas armadas insurrectas.

Entre estos últimos testimonios el más significativo de todos es el de George Orwell, combatiendo en Aragón, y no precisamente entre las fuerzas anarquistas:

“Los periodistas que se burlaban del sistema de las milicias pocas veces recordaban que éstas tuvieron que contener al enemigo mientras el Ejército Popular se adiestraba en la retaguardia. Y el mero hecho de que las milicias hayan permanecido en el frente constituye un tributo a la fuerza de la disciplina revolucionaria, pues, hasta junio de 1937, lo único que las retuvo allí fue la lealtad de clase”.

Orwell podía incluso ser más concreto, preguntando a esos periodistas: ¿Qué

95. En la cuarta página del número 1 de *La Revolution Espagnole*, Boletín de Información del POUM en lengua francesa, aparece un reglamento interno para las milicias del POUM, dado en Grañen el 2 de agosto. Y “estas instrucciones —se escribe— de la Columna del POUM, han sido aprobadas por unanimidad por las milicias del POUM del frente de Huesca: Art. II. Quien se indisciplina o incite a los otros camaradas a cometer actos de desobediencia al mando militar, incurre en la más grave responsabilidad, y será juzgado según su acto, sufriendo el castigo apropiado a la falta cometida; Art. III. Son rigurosamente prohibidas las querellas o discusiones entre milicianos, porque esos actos reprobables conducirían a la disgregación de nuestras fuerzas y al reforzamiento del enemigo; Art. IV. Quien, habiéndose enrolado en las milicias, desertara, tanto en el frente o en la retaguardia, será juzgado con la más grave severidad por el Comité Militar y cuatro camaradas nombrados por los milicianos. Las sentencias dictadas por este tribunal popular serán ejecutadas sin remisión; Art. VI. Quien, pertenezca o no a las milicias, se dedique a actos de pillaje, al robo, o cometa cualquier acto análogo, será pasado por las armas sin formación de causa; VII. La acción en la lucha está centralizada bajo todas sus formas, y nadie podrá tomar ninguna decisión sin previa autorización del Comité Militar; Art. VIII. Las presentes instrucciones de esta ordenanza serán ejecutadas sobre el terreno, y si alguna reclamación u observación se cree necesaria, ella deberá ser formulada de la manera siguiente: Las reclamaciones, iniciativas u observaciones se retransmitirán al jefe de grupo y éste a su jefe de compañía, los cuales la harán saber al Comité Militar”. Este reglamento de tipo castrense, si seguimos a George Orwell, no solamente no existía cuando él llegó a la Columna del POUM, sino que los milicianos no lo hubieran soportado. Eso indica que los jefes de Columna marxistas hubieron de adaptarse a las relaciones sociales que se habían establecido en las columnas de la CNT.

hubiera sucedido si esos milicianos, cuando se produjo la sublevación militar, en vez de salir hacia Aragón se hubieran metido en un cuartel para aprender la “instrucción” militar y marcar el paso? No hay que ser un lince para saber que, licenciado el Ejército por la República el 20 de julio, y pasadas las tres cuartas partes de los oficiales del mismo al bando enemigo, los rebeldes se hubieran adueñado de España en 24 horas, porque no existía un Ejército para impedirselo. Fueron esas milicias las que pararon, como pudieron, el avance de los sublevados. Cuando después de un año de lucha se contaba ya con un medio Ejército, infiltrado de estalinistas, fue, como escribe Orwell, el momento de atacar no a las milicias, sino a las bases sobre las cuales descansaban esas milicias.

“Más tarde se puso de moda criticar a las milicias y sostener que los fallos debidos a la falta de armamento y de adiestramiento eran el resultado del sistema igualitario... En la práctica, el estilo revolucionario de la disciplina merece más confianza... En un Ejército compuesto por obreros, la disciplina tiene que ser voluntaria... En las milicias, los abusos que son inherentes al Ejército no se hubieran tolerado un solo momento... Los castigos militares existían, pero eran aplicados en casos muy graves... La disciplina revolucionaria depende de la conciencia política, de una comprensión de *por qué* deben obedecerse las órdenes; necesita tiempo para formarse, pero también se necesita tiempo para convertir a un hombre en un autómatas dentro de un cuartel... Dentro de las milicias se intentó crear una especie de modelo provisto de la sociedad sin clases...”⁹⁶.

En los primeros días de agosto, aunque no puede hablarse de inactividad, la actividad que se llevaba a cabo no satisfacía a Durruti. El no era hombre de estar sentado, ni tampoco partidario de pasar su tiempo en inocuas conversaciones, que son las que se desarrollan generalmente cuando se espera algo que no llega. Iba de un lado para otro, visitando los puestos avanzados e interesándose por todos los detalles que pudieran informarle del movimiento del enemigo. El amanecer era el momento más importante en la vida de Durruti, porque era a esa hora cuando llegaban los compañeros que habían salido en misión especial al campo enemigo o a la ciudad de Zaragoza; los informes que traían eran aprovechados para mejor reforzar las líneas defensivas de la Columna, y cuando eran de orden general, se retransmitían al Comité Central de Milicias Antifascistas⁹⁷.

Los golpes de mano en campo enemigo daban también sus frutos: bien fuera realizando prisioneros, haciendo saltar con dinamita posiciones enemigas o agenciándose armas o munición que comenzaba ya a escasear de manera alarmante. Pero todo esto era insuficiente para dejar satisfecho a Durruti. Y fue entonces cuando fijó su atención en las colectividades campesinas que iban brotando por todo el Aragón liberado con una espontaneidad asombrosa. Las relaciones que se habían establecido entre las colectividades en el sector que ocupaba la Columna

96. George Orwell, *Cataluña 1937* [Edición en castellano de Ed. Proyección, Buenos Aires, 1963].

97. Vicent Guarner, *op. cit.*

y la Columna eran sumamente fraternales ⁹⁸. Los campesinos visitaban la Columna, bien fuera para traer víveres o para pedir a Durruti que visitara la colectividad y les diera su opinión de cómo marchaban allí las cosas. Durruti, generalmente, accedía de buen grado, y si no podía enviaba a Carreño u otro compañero, de los tantos que había en la Columna, que pudieran dar su opinión sobre la marcha de la Comunidad visitada.

En el curso de las visitas que efectuó Durruti a las diversas comunidades, valoró la importancia que dicha obra colectivista podía tener para la expansión revolucionaria, y también estimó los peligros a que esa expansión colectivista estaba expuesta si no llegaba a constituir una fuerza unida. Y sugirió a los campesinos que crearan una federación que comprendiera todas las colectividades formadas en Aragón. Esa federación —les dijo— no sólo os dará una fuerza organizativa, sino que os permitirá también elaborar planes de conjunto que puedan poner en marcha una economía socialista libertaria. Eso era, según Durruti, tanto más urgente por cuanto había, por parte de los elementos que constituían algunas columnas estalinistas, un propósito deliberado de hacer la vida imposible a los colectivistas. Con la federación, pensaba Durruti, se crearán condiciones nuevas en las que la solidaridad entre los campesinos será la mejor arma de defensa contra los enemigos del colectivismo.

A la vuelta de una de esas visitas a las colectividades, propuso al Comité de Guerra que se diera a conocer a los milicianos la obra que se estaba realizando, y que en vez de permanecer ociosos colaborasen con los campesinos en esa época de la cosecha del trigo. Además, los que estuvieran mejor informados, podrían discutir con los campesinos sobre la sociedad libertaria y sus organismos económicos. Se recogieron varias iniciativas que se pasaron, en forma de volante, para su discusión en las centurias, a fin de que todo el mundo tomara conciencia de la obra que estaba naciendo en Aragón. Los resultados de esa iniciativa fueron altamente positivos. Grupos de jóvenes libertarios fueron los primeros en presentarse como voluntarios para llenar el papel de combatientes-productores. Y ése fue el comienzo de lo que en breve sería la Federación de Colectividades Aragonesas, del Consejo de Defensa de Aragón.

Pero no todo era idílico. La guerra existía en su aspecto brutal, y Durruti era el primero que más conciencia tenía de ello, porque el modo de vida que la guerra impone termina por degradar hasta al más revolucionario.

“El fin del hombre no es acechar y matar, sino ¡vivir!, ¡vivir!...” prorrumpía a veces Durruti, mientras daba grandes pasos por la sala en que se había instalado

98. Cécile Pierrot, periodista francesa, escribe en *Plus Loin*, de París, en septiembre de 1936, sobre el frente de Aragón, y especialmente de la zona en que se encuentra la Columna “Durruti”, en donde se “ha socializado la tierra”: “Hay un Comité de Guerra que dirige la columna de milicianos. Hay Comités Populares elegidos en los pueblos. No me quedó el tiempo suficiente para verlos funcionar. Pero lo que vi es que campesinos y milicianos se confunden (...). Todos están convencidos de que ellos hacen en este momento la revolución más completa y más importante de la historia. ”

el Comité de Guerra. “Si esta situación se prolonga, terminará con la revolución, porque el hombre que salga de ella tendrá más de bestia que de humano... Tenemos que darnos prisa, mucha prisa, para terminar cuanto antes”⁹⁹.

Estas reflexiones hacían nacer en Durruti una impaciencia devoradora. Muchas noches, sin poder alcanzar el sueño, abandonaba el jergón donde dormía y “se iba hasta los puestos de vanguardia, pasando junto a los centinelas horas enteras contemplando fijamente las luces de Zaragoza. Muchas veces el día le sorprendía en aquella actitud”¹⁰⁰.

A estas preocupaciones venían a agregarse otras que se derivaban de su función de delegado de Columna. Escuchar quejas de campesinos, que se lamentaban por el comportamiento de algunos hombres de su Columna en el pueblo. En general eran cosas mínimas, pero era el signo evidente de los vicios que provoca la guerra en el soldado, aunque sea miliciano. Cuando esto ocurría, trataba de llamar la atención del interesado ante la mayor cantidad posible de gente como medio de hacer reflexionar a la colectividad.

Pero a veces no bastaba la simple reprimenda. Un día encontró a un delegado de Centuria lejos de su sector. Y preguntado qué hacía allí, le respondió que cinco hombres de su centuria habían abandonado la guardia y que les buscaba. Al fin se les encontró en un pueblo vecino, entretenidos en beber vino. Durruti se dirigió a ellos: “¿Os dais cuenta de la gravedad del acto que habéis cometido? ¿No habéis pensado que los fascistas hubieran podido pasar por el puesto que habéis abandonado, y realizar una masacre entre los compañeros que os han confiado su seguridad? ¡Vosotros no sois dignos de pertenecer ni a la Columna ni a la CNT! ¡Dadme vuestros carnets!”

Los interpellados echaron mano a sus bolsillos y le dieron sus carnets. Aquello era lo último que de Durruti podía esperarse:

“¡Vosotros no sois cenetistas, ni obreros; sois mierda, nada más que mierda! ¡Causáis baja en la Columna! ¡Iros a vuestra casa!”

Lejos de sentirse conmovidos, más bien parecían satisfechos. Y esa actitud exasperó aún más a Durruti: “¿Sabéis que las ropas que lleváis pertenecen al pueblo? Quitaos los pantalones”.

Y en calzoncillos fueron conducidos a Barcelona¹⁰¹.

Durruti tenía la facultad de pasar de la irritación extrema a la calma más perfecta, debido a que no era una naturaleza mezquina. Llegado al Comité de Guerra, le dijo a Mora que llamara a Barcelona por teléfono porque deseaba hablar con Ricardo Sanz:

“-Ricardo, ¿estás enterado de que hay en Sabadell un partidillo político que

99. Estas anécdotas fueron comunicadas al autor por milicianas o milicianos de la Columna, tales como Teresa Margalef o Francisco Subirats.

100. *Idem*.

101. Testimonio de diversos miembros de la Columna. Ilya Ehrenburg, en *La Nuit Tomba*, Ed. Gallimard, París 1968, hace también referencia a este hecho.

tiene en su local ocho ametralladoras escondidas? Te doy 48 horas de tiempo para que me sean enviadas esas ametralladoras... Escucha, envíame también con ellas tres agrónomos”¹⁰².

Y colgó el teléfono, ante la extrañeza de Mora y, seguramente, aún más de la de Ricardo Sanz, que no podía compaginar eso de ametralladoras con agrónomos.

Aquel día Durruti había visitado varias colectividades, y en todas se lamentaban de no disponer de personal técnico. Algunas de ellas pedían agrónomos y otro personal técnico que pudiera orientarles sobre ensayos agrícolas que querían hacer sobre nuevos cultivos; y otras, en fin, se quejaban de que los militantes de mayor capacidad habían abandonado la colectividad para enrolarse en la Columna. Durruti tomó el nombre de los militantes reclamados que se habían inscrito en su Columna. Y los mandó llamar al Comité de Guerra. Cuando los tuvo presentes, les dijo:

“-Vuestros servicios no son necesarios en la Columna”.

Y viendo el efecto que habían causado sus palabras en aquellos campesinos cambió de tono y les dijo sonriendo:

“-No, no se trata de eso que vosotros pensáis. Yo sé que os batís bien. Que sois valientes y generosos, pero los compañeros de vuestros pueblos os reclaman, os necesitan para poder llevar adelante la obra que habéis comenzado... ¿Qué quedará, después de la guerra, de los tiros que pegamos? La obra que estáis realizando en vuestros pueblos es más importante que el hecho de matar fascistas, porque lo que vosotros matáis con esa obra es el sistema burgués. Y lo que seamos capaces de crear en ese sentido será sólo lo único que registrará la historia”¹⁰³.

102. Ricardo Sanz, *Durruti*, Ed. El Frente, Toulouse, 1946.

103. Comunicado al autor por un militante de la CNT del pueblo de Valderrobres (Aragón).

«La revolución clandestina»

En algo más de dos semanas de guerra, podían considerarse ya agotadas las reservas de munición de fusil en el frente de Aragón. Pero eso no era todo: los fusiles del viejo modelo 94 debían ser frecuentemente llevados a los armeros para su reparación, y en muchos casos para ser abandonados por inservibles. La artillería, que también conocía la penuria de munición tenía que economizar sus obuses, y la aviación, muy reducida, hacía breves apariciones, obteniéndose como único resultado exasperar a los fascistas, los cuales ya disponían de aviones italianos y alemanes.

La Columna que actuaba en el sur-Ebro, intento varias veces, sin suerte, asaltar la fortificada posición fascista de Belchite. Los fascistas enviaban constantemente refuerzos y munición desde Zaragoza y Calatayud, con el objeto de fortificar aún más el sector clave que tenían en esa zona del sur-Ebro. Y eso disminuía considerablemente las posibilidades de victoria de la Columna "Ortiz". En el sector de Alcubierre, las cosas no iban mejor para los milicianos, cuyos ataques para cortar las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza tropezaban con una fuerte resistencia por parte de los rebeldes. El tesón que ponían los insurrectos en defender los sectores de Alcubierre y Belchite quedaba suficientemente explicado por el motivo de que la pérdida de cualquiera de estos dos sectores conllevaba la pérdida de Zaragoza, dejando el camino abierto a las milicias revolucionarias.

Desplazada la actividad militar a los extremos, el frente frontal de Zaragoza, que era el que ocupaba la Columna "Durruti", tenía que quedar forzosamente en inactividad o reducido a simples escaramuzas provocadas por los grupos guerrilleros de la Columna. Sin embargo, no se podía pensar en desgarnecer dicho frente, porque cualquier embestida de los rebeldes ponía en peligro la importante zona de Los Monegros y, lo que era peor aún, podía provocar el corte entre las milicias de Huesca y las que actuaban en la zona de Teruel, quedando así libre a los facciosos el camino de Lérida. Pese a la inactividad, la Columna "Durruti" cumplía una función vital y, para hacerla aún más efectiva, se aprovechó aquella calma para reforzar con sólidas fortificaciones los puntos estratégicos. Con todo, aquella quietud era un suplicio, tanto para los combatientes como para Durruti; y éste, para no consumirse en tal inactividad, decidió efectuar un viaje a Barcelona para examinar personalmente con el Comité Central de Milicias Antifascista la manera más conducente para salir de aquel inmovilismo, explicable en mucho por la carencia de armamento y municiones.

Recorriendo la ruta de Bujaraloz a Barcelona pudo darse perfecta cuenta del

cambio que la revolución había operado en los hombres y en las cosas. El torbellino que en los primeros días de lucha envolvió a las gentes prácticamente había desaparecido. Campesinos y obreros canalizaban su entusiasmo cambiando su manera de vivir, creando con ello nuevas relaciones sociales. El pueblo, es decir, obreros y campesinos, seguían armados, montando guardia a la entrada y salida de sus respectivos pueblos. En esos controles, ni una sombra de Guardias de Asalto o Guardias Civiles sino hombres, proletarios, aseguraban el orden revolucionario.

En uno de los pueblos de la provincia de Lérida, Durruti detuvo el coche ante el control y se presentó como un miliciano que baja del frente a la retaguardia, solicitando gasolina para su vehículo. Por dicho acto deseaba darse cuenta de los cambios en el comportamiento de los campesinos de ese pueblo de unos tres mil habitantes. Uno de los milicianos de control le indicó que se dirigiera al Comité Revolucionario que se encontraba en el local de la antigua alcaldía, y allí le darían el "vale" necesario para aprovisionarse.

Durruti cruzó la plaza del pueblo. Era aproximadamente hacia el mediodía. La plaza, salvo unas mujeres que salían de la iglesia con un canasto de provisiones, estaba desierta. Durruti les preguntó por el camino del Comité y, a la vez, si es que se estaba oficiando misa en la iglesia.

"—No, no —respondieron—. No hay cura. El cura se encuentra trabajando en el campo con los demás hombres del pueblo. ¿Matarle? ¿Para qué matarle? —le dijeron—. No es peligroso; incluso habla de ponerse a vivir con una muchacha del pueblo... Y, además —le aseguraron—, se siente muy satisfecho con todo lo que está ocurriendo.

"Pero —indica Durruti— la iglesia está ahí.

"Ah, sí, la iglesia. ¿Para qué quemar o destruir ese edificio? Se sacaron las estatuas y se quemaron en la plaza. Así, Dios ya no existe, está expulsado de este pueblo; y puesto que ya no existe Dios, la asamblea ha decidido reemplazar el "adiós" por la palabra "Salud". En la iglesia se ha instalado la Cooperativa, y como todo está colectivizado, el pueblo se suministra de la Cooperativa"¹⁰⁴.

Cuando Durruti entró en el Comité se encontró con un anciano. Era el antiguo maestro del pueblo, que dos meses antes de la revolución había sido reem-

104. Frank Borkenau, en su libro *El Reñidero Español*, pág. 90 relata el caso siguiente: "En Tosas (...). La quema de objetos religiosos había sido llevada a cabo allí, como en Sitges, a instigación de los anarquistas de un pueblo vecino. Se llevó la impresión de que a las aldeanas les disgustaba tener que entregar sus objetos religiosos, pero luego se iban convenciendo de que ya el catolicismo se había terminado; les oyó decir cosas como: "San José ha muerto". Al día siguiente el pueblo mismo abolió la despedida "adiós", "porque ya no había más Dios en el cielo". Había dos sacerdotes en el pueblo, uno fanático y estricto, el otro laxo en todo aspecto y especialmente en cuanto se refería a las muchachas de la aldea. A este último el pueblo lo tenía escondido desde el comienzo de la revolución, mientras que "el buen" sacerdote, odiado por todos como aliado de los reaccionarios, había intentado huir y se había roto el cuello cayendo de unas rocas".

plazado por un joven maestro llegado de Lérida. Durante esos dos meses, el anciano estuvo inactivo; pero cuando llegó la revolución, se presentó como voluntario para realizar los trabajos administrativos y asegurar la permanencia del Comité del Pueblo. Los otros campesinos que formaban parte del Comité se encontraban en los campos trabajando, y se reunían al anochecer para estudiar los trabajos del día siguiente o las cuestiones urgentes que se hubieran presentado en el pueblo durante el día. La cosecha era urgente recogerla. Los jóvenes del pueblo se habían ido voluntarios a los frentes y los viejos para asegurar la cosecha tenían que redoblar sus fuerzas e interés.

“—Pero no crea —le dijo el viejo maestro—, a nadie le pesa el trabajo, porque ahora trabajamos para nosotros, para todos...”

Durruti le preguntó cómo había sido nombrado el Comité. El aire campechano y simple que adoptó Durruti infundió confianza al maestro, que lo tomó como uno de los tantos curiosos milicianos de la ciudad que se interesaban por lo que pasaba en los pueblos.

“—Celebramos una asamblea del pueblo —contó el maestro—, y en ella se tuvo en cuenta la capacidad de cada uno; pero, sobre todo, la conducta que se había observado antes de la revolución, y allí se nombró el Comité”.

“—Pero ¿y los partidos políticos? preguntó Durruti.

“¿Partidos? Existen algunos viejos republicanos como yo, y algunos socialistas; pero no, los partidos políticos no han jugado ningún papel. En la asamblea se tuvo en cuenta la capacidad y la conducta, y se nombraron a los que nos parecieron los mejores. El Comité representa al pueblo, y es ante el pueblo que tiene que rendir cuentas de la misión que se le ha encomendado de velar por los intereses de la colectividad”.

“Pero Durruti insiste de nuevo sobre los partidos.

“—¿Los partidos? —se pregunta intrigado el maestro por tanta insistencia—. ¿Para qué necesitamos los partidos políticos? Se trabaja para comer y se come para trabajar. No es con la política de los partidos que se siembra el trigo, se recogen las aceitunas o se cura a las bestias. No, no; los problemas son colectivos y es colectivamente como tenemos que encontrarles solución. La política divide, y nuestro pueblo quiere vivir unido, y en colectividad total”.

“—Por lo visto, en este pueblo todo el mundo está contento. Pero ¿y los antiguos propietarios? pregunta Durruti.

“—Es evidente —le responde el maestro—, que los antiguos patronos no están satisfechos. No lo dicen porque tienen miedo, pero se les nota en la cara. Algunos han entrado a formar parte de la colectividad, otros han elegido lo que ahora se llama “individualismo”. Estos han conservado sus tierras, pero tienen la obligación de cultivarlas ellos mismos, porque en el pueblo la explotación del hombre por el hombre ya no existe, y en consecuencia no encontrarán a nadie como asalariado.

“Pero —pregunta Durruti—, ¿y si esos patronos no pueden cultivar ellos mismos sus tierras, qué ocurre?

“—Sencillamente, eso demuestra que tienen demasiada tierra, y la colectividad toma a su cargo la tierra no cultivada, porque dejar incultas esas tierras significa-

ría un atentado a la comunidad” 105.

Durruti se despidió del maestro, y cuando llegó al control, los obreros de guardia le preguntaron si le habían dado el “vale”. Con una sonrisa respondió que sí. Desde el coche, les lanzó un “¡Salud!”, saliendo velozmente vía Barcelona.

El episodio del control de vigilancia de ese pueblo se repitió en todos los que encontraron sobre la ruta, lo que indicaba claramente que eran los trabajadores armados los que aseguraban la vigilancia en todos los lugares 106.

En los pueblos de mayor importancia la vida era más complicada, pero la profundidad del cambio era la misma. Lo que cambiaba era que el Comité Revolucionario había tomado el carácter de representatividad política del Comité Central de Milicias Antifascistas, y en él se encontraban representados los partidos políticos y las organizaciones obreras; pero el control por la base, en estas poblaciones, sobre los componentes del Comité era directo y no como en Barcelona, que los delegados al Comité Central de Milicias Antifascistas eran simplemente controlados por los comités de los partidos políticos o de las organizaciones obreras que los habían nombrado. Esta diferencia se notaba en los documentos que esos comités extendían. Los del Comité Central de Milicias Antifascistas iban sellados con una estampilla colectiva, y en los primeros (hasta el 10 de agosto), para ser válidos, debían ir avalados con la estampilla del Comité Regional de la FAI. En los documentos que se extendían en los pueblos, cada organización o partido debía sellar con su estampilla el documento para que tuviera validez. En cierta manera, estos Comités de Pueblo habían sustituido a los ayuntamientos, y ejercían una especie (aunque muy limitado) de poder político-administrativo. Sin embargo, como todos los centros de producción habían sido colectivizados, el verdadero poder económico estaba en los Comités Obreros de las fábricas y demás centros de producción que encontraban su punto de unión en los Sindicatos, que también habían sufrido una modificación, pudiéndose hablar de Uniones Locales Obreras.

En Barcelona, el control armado de los obreros aún era más potente; y ese mismo control armado en las puertas de las fábricas expresaba que los medios de producción estaban en manos de los obreros. Durruti quedó impresionado por la

105. Cualquiera de los pueblos que cruzó Durruti por ese lado de Lérida puede servir de modelo al pueblo descrito. Podemos testificar por haber vivido en uno de los 22 pueblos de la comarca de Les Garrigues, Cervià, y haber visitado todos ellos, conviviendo en las colectividades agrícolas por espacio de seis meses que, en general, ése era el modelo de vida que se estableció después del 19 de julio, y continuó persistiendo hasta después de la retirada de Aragón, al establecerse el frente en la provincia de Lérida.

106. Richard Bloch, en su libro *Espagne! Espagne!*, Ediciones Sociales, Paris, 1937, constata el hecho de que la vigilancia en las carreteras a la entrada y salida de los pueblos estaba asegurada por los milicianos y que no había rastros de guardias civiles ni de asalto. Bloch se refiere al viaje que hizo entre el mes de agosto y septiembre de 1936, y su recorrido fue de Port-Bou a Barcelona, de Barcelona a Valencia y de aquí a Madrid

rápida manera en que se había encauzado la vida cotidiana en Barcelona. Los transportes urbanos y Metros funcionaban como colectividades obreras. La expropiación había sido total en el transporte. Los Comités obreros de Tranvías, Autobuses y Metros, nombrados en amplias asambleas, indicaban claramente que se vivía en régimen de propiedad colectiva. En el mismo régimen se encontraban los transportes marítimos y los transportes de camiones. Las compañías ferroviarias habían dejado de existir, y eran los ferroviarios de la CNT y de la UGT las que las administraban. Por extensión, el colectivismo se había extendido a los centros de producción del textil, metalurgia, alimentación, centros electroquímicos, servicios públicos de gas y electricidad, petróleo, gasolina y derivados, industria de la madera, cines, teatros, etc., etc.

Los cambios operados en la propiedad habían repercutido en las personas, modificando las relaciones sociales y derrumbando, en muchos casos, la antigua separación entre hombres y mujeres, así como también tocaba las bases tradicionales de la concepción burguesa de la familia. La revolución, como un volcán, iba sacando de sus entrañas, con explosiones conflictivas, materias que tomaban nuevas formas bajo la presión de las energías que esa misma revolución había liberado. Cuando Durruti dijo a Van Passen que un mundo nuevo estaba naciendo, no se equivocaba, al apreciar que lo que se comenzaba a vivir era una profunda revolución.

Los líderes del socialismo parlamentario y, sobre todo, los estalinistas, no ejercían ningún poder de control sobre ese proceso que la revolución había iniciado. Y en su afán de asfixiarlo se entregaron a una labor de falsificación, tratando, con sus declaraciones de cara al exterior, de presentar ese proceso como algo muy limitado y anormal, prevaleciendo en su conjunto la adhesión entusiasta del pueblo al Gobierno Republicano. Fue en esos términos en que se expresó, en agosto, Jesús Hernández, miembro del Comité Central del Partido Comunista Español al corresponsal de *La Dépeche*, de Toulouse. Pero había que estar ciego para no ver el cambio tan grande que se había operado en la sociedad y en los hombres. Y Durruti no lo estaba. Antes de visitar los Comités de la CNT-FAI, quiso continuar visitando los centros obreros para ver cómo se desenvolvían. Y por todos lados que estuvo, bien fuera en los centros textiles como metalúrgicos, transportes u hospitales, por todos los lugares rezumaba en los obreros la pasión revolucionaria que sabía abatir todos los imposibles. Esta vez, la revolución era de verdad.

Al fin, después de visitar centros industriales y sindicatos, Durruti se dirigió a la "Casa CNT-FAI". Y a su puerta, lo mismo que en las fábricas, comprobó el control obrero armado de fusiles y una ametralladora que asomaba su cañón por un boquete abierto entre los sacos terreros que servían de protección al portal de entrada de la sede de los Comités de la CNT y de la FAI. Cuando entró en el vestíbulo, le llamó la atención un letrero: "Compañero, sé breve: la revolución no se hace hablando, sino actuando" ¹⁰⁷.

Los ascensores subían y bajaban cargando y descargando a los muchos que

107. Testimonio del autor por haber visto este cartel.

aguardaban en el vestíbulo para subir a una de las múltiples oficinas en las que debía resolver su problema. Otros, impacientes, subían a grandes zancadas por las amplias escaleras de mármol. Durruti se encuentra allí como un extraño, aun sintiéndose en su casa. La Casa CNT-FAI causaba la sensación de ser el centro nervioso de la vida barcelonesa y catalana. Entre aquel tumulto de gente, Durruti se alegró de pasar desapercibido, puesto que tuvo la suerte de no tropezar con ningún conocido. Unos días antes, Barcelona entera gritaba su nombre como si lo conocieran de toda la vida; unos días después, no lo conocía nadie...

Cuando se encontró ante Mariano R. Vázquez, le dijo:

“—¿No te da miedo todo este engranaje? ¿Terminaremos sumergidos en la burocracia?”

Marianet fue incapaz de dar una inmediata respuesta.

“—De golpe y porrazo —declaró después—, la CNT se ha revelado indispensable para resolver todos los problemas de la vida local y regional. Los centros de producción están todos controlados por los obreros y los sindicatos tienen que estudiar los problemas que presenta la gestión colectiva de la producción y, como consecuencia, ha sido necesario crear esta estructura que ha ido naciendo por sí misma, imponiéndose en razón de las necesidades. En realidad —reconoció Marianet—, todo este aparato que ves no obedece a un centro. Cada organismo lo controla su propio Sindicato. Los compañeros que los atienden siguen siendo obreros en sus respectivas fábricas, y sus asambleas controlan sus actividades. Por el momento, el control sobre el militante no se ha perdido”.

De esta conversación que sostuvo con Marianet, Durruti creyó comprender que el Secretario de la CNT en Cataluña tenía conciencia de los peligros que acechaban a la revolución. Y esa convicción se afirmó aún más cuando Marianet, a modo de conclusión, le dijo:

“—La revolución ha puesto al anarquismo a prueba. Durante años hemos preconizado la revolución, y ahora que llega la hora de la verdad no podemos eludir la responsabilidad de orientarla. Esperemos que nuestra calidad de anarquistas sepa resistir a la degeneración personal. Ahora, más que nunca, la situación exige que la base ejerza un control sobre los cuadros dirigentes que somos nosotros, aún sin quererlo. El único modo de evitar que los comités sustituyan a las bases es que éstas controlen activamente a los militantes que la revolución ha situado en los puestos de dirección...”¹⁰⁸

Cuando Durruti abandonó a Marianet sacaba la convicción de que hasta aquel momento la victoria no había hecho perder la cabeza a los militantes anarquistas que, de golpe, se habían convertido en el eje principal de la nueva situación. La reflexión de Marianet era una prueba de ello. Pero ¿tenía razón Durruti para ser optimista? Los anarquistas que detentan el poder no pueden estar nunca al abrigo de las tentaciones que ofrece justamente ese poder. Son hombres que, como no im-

108. Esa era la posición sostenida en aquellos momentos por todos los militantes de la CNT y de la FAI, y se expresaba en asambleas de sindicatos y de los grupos anarquistas.

porta quién, también pueden caer y enredarse en las trampas que ese poder tiende a quien lo ejerce. Sí, Marianet tenía razón: en aquel momento, más que nunca, la base tenía que controlar la altura, pero Marianet y el propio Durruti ignoraban o no habían pensado que el primer paso sobre la pendiente se había dado entre el 19 y el 20 de julio, en que un grupo de militantes había sustituido a la base y habían decidido por ella. Desde dicho momento, por la inmediata acción de la clase obrera, entre la base y la altura se había establecido un divorcio: la base quería ampliar la revolución, pero la altura, deseándola controlar, la restringía. Esa lucha apenas era perceptible, pero ya era manifiesta. La diferencia que existía entre Durruti y Marianet era que el primero estaba en contacto directo con la base, mientras que el segundo estaba alejado de ella. Un miliciano de la Columna, cuando alguien que visitaba la citada unidad quiso confundirle diciéndole que Durruti era obedecido porque era el jefe, el interpelado le replicó que “no se le obedecía porque era jefe, sino porque tenía la responsabilidad de la dirección de la Columna, pero que cuando dejara de interpretar su voluntad, lo destituirían”¹⁰⁹. Esa diversa situación seguramente fue lo que Durruti no pudo apreciar en aquellos momentos, aunque no tardaría mucho en darse cuenta de ello.

Saliendo Durruti de la “Casa CNT-FAI” se encaminó hacia la Plaza Palacio a visitar a García Oliver, que ya sabemos estaba aposentado en la Escuela Náutica, residencia del Comité Central de Milicias Antifascistas. La actividad que desplegaba era enorme, y apenas dormía unas horas entre reunión y reunión. El mismo Santillán reconoce su fortaleza física cuando escribe que en las reuniones nocturnas del Comité Central de Milicias todos los delegados de la CNT y de la FAI habían convenido en dejar a García Oliver la responsabilidad de defender en ese comité las posiciones de las dos organizaciones, debido a que era el único que pese a la fatiga sabía mantener despierta su inteligencia gozando de una agilidad mental inexplicable¹¹⁰. Atendía García Oliver a los delegados de la CNT y de la FAI que acudían, por razones militares, al Comité Central de Milicias Antifascistas, porque ninguno de ellos deseaba confiarse a nadie que no fuese él, pensando que si les daba una palabra la cumpliría. Se entregó, pues, a la tarea de organizar una Escuela de Guerra, reclutando para ello a profesionales del Ejército, con el propósito de que en breves cursillos se dieran a los delegados de Centurias y de Agrupaciones nociones tácticas. Dentro de esa Escuela de Guerra situó una sección de lucha Guerrillera en la que él mismo daba conferencias a los jóvenes que asistían a los cursos. Con el auxilio de unos aviadores echó las bases de una Escuela de Aviones, aprovechando para la instrucción de vuelo los destartalados aviones de la base del Prat de Llobregat. Despachó emisarios a Francia, para que entrasen en relación con consorcios armamentistas para la compra de material bélico y, en ello, intervenían los Comités de Defensa de las Barriadas y pueblos que

109. André Ulman, *20 de noviembre*, folleto editado por la CNT en 1937. En ese folleto se recogen testimonios sobre Durruti y su vida de militante.

110. Diego Abad de Santillán, *op. cit.*

habían puesto a disposición de la Secretaría de Guerra las joyas y valores expropiados. Discutió con Eugenio Vallejo, un militante del sindicato metalúrgico, para que se entregara inmediatamente a la organización de una industria de guerra, asociando en esa tarea a los sindicatos de Productos Químicos y Mineros de Sallent, productores de potasa, a fin de obtener pólvora y explosivos en el más breve tiempo posible. Sus actividades eran múltiples, puesto que también dependían de él las operaciones militares del frente de Aragón. Y agreguemos, por fin, a ese variadísimo quehacer, las visitas de personalidades extranjeras y las de los cónsules de las naciones que tenían intereses comerciales e industriales en Cataluña que, por efecto de la expropiación colectiva, habían quedado bajo el control obrero.

Cuando Durruti tuvo a García Oliver ante sí, lo encontró desconocido. La revolución, permitiéndole el desarrollo y realización de su capacidad organizadora, lo había transformado. Era otro hombre. Y sólo vivía para la revolución. En un rincón de su despacho había una camilla en la que se tendía a veces unos minutos para descansar. Su vestimenta y su persona estaban descuidadas, y eso que él estaba acostumbrado a velar por su atuendo personal.

“—Estás cambiado”, comentó Durruti.

“—Tú también lo estás”, le respondió García. Y agregó: “¿Quién no ha sido cambiado por la revolución? Para continuar siendo los mismos no valía la pena hacerla”.

Ambos hombres reflexionaron unos momentos, antes de entrar en los asuntos que tanto uno como otro sabían de antemano que debían tratarse: la conquista de Zaragoza, el problema del armamento y de las municiones, la reestructuración del Comité de Guerra de Aragón, el problema del coronel Villalba, etc., etc.

García Oliver observaba a Durruti y esperaba su reacción ante la mala noticia que debía darle. A él tampoco le agradaba dicha noticia, pero el capitán Bayo, removiéndolo todo, había creado una situación de la que no se podía echar marcha atrás. Se trataba del desembarco de Mallorca. La organización de ese desembarco exigía una atención especial que, naturalmente, iba en detrimento del frente aragonés. Durruti iba a sentir esa noticia como un golpe traicionero:

“—Había que postergar el ataque a Zaragoza. Primero, porque ni las Columnas que actuaban al sur-Ebro y Alcubierre habían logrado sus objetivos, y era preciso alcanzarlos antes del ataque frontal; y segundo, porque se estaba organizando la expedición a Mallorca. Esa operación era sumamente importante, no sólo por el objetivo militar, sino porque se obligaría a Italia a intervenir, a fin de conservar las bases que había conquistado en el archipiélago de las Islas Baleares. Inglaterra no podría quedar impasible si Italia actuaba descaradamente en Mallorca. La intervención de Inglaterra daría un aspecto nuevo a la guerra de España. La suerte de la revolución española —concluyó García Oliver— se juega fuera de España. Y nuestra vista debe de estar fija en Mallorca y Marruecos”.

Durruti objetó a ese proyecto que los franceses e ingleses podrían muy bien entenderse con los italianos persiguiendo evitar la extensión del conflicto; que la operación de Mallorca podía terminar en un fiasco y en ese caso se habría perdido un tiempo precioso en Aragón, tiempo que no había ninguna duda aprovecharla

el enemigo para reforzarse en ese frente, puesto que sabía la importancia que tenía Zaragoza para el futuro de la guerra. Zaragoza había que conquistarla a toda costa. Era el enlace con el norte. Restablecidas las relaciones con el norte, la guerra estaba ganada, pues todos los esfuerzos se orientarían contra las tropas que Franco desembarcaba en Andalucía. Dueños de la Península, aseguraba Durruti, podemos resistir todos los bloqueos que el capitalismo internacional nos haga.

Había dos tesis en presencia. Una correspondía a una estrategia estatal, que jugaba con la diplomacia, haciendo chocar sus intereses imperialistas. No era del todo equivocada, desde el punto de vista estratégico-militar, pero adolecía del defecto principal, que no era el Gobierno republicano quien controlaba esta estrategia, sino las fuerzas revolucionarias, y contra éstas estaban coaligados los intereses tanto ingleses y franceses como italianos y alemanes. La otra tesis, defendida por Durruti, se ajustaba más al realismo revolucionario. Aceptaba el bloqueo y la lucha contra el mundo capitalista, pero para resistir a todo esto, era preciso terminar cuanto antes en la Península con los militares rebeldes. Toda prolongación de la guerra era un atentado directo a las conquistas revolucionarias, con el peligro de transformar la revolución en guerra, y para eso no valía la pena hacerse matar. Alrededor de estas dos tesis iba a girar la tragedia de la revolución y del anarquismo militante. A partir de entonces la revolución iba a quedar subordinada a la guerra.

García Oliver recordó a Durruti que la situación que se comenzaba a vivir era la consecuencia fatal de la determinación que tomó la CNT y la FAI el 20 de julio, es decir, la colaboración democrático-burguesa.

“—De hecho —agregó—, no suprimiendo el Govern de la Generalitat y aceptando colaborar con los partidos políticos, se renunció a la revolución. ¿Qué hubiera salido si se hubiese adoptado la posición extremista? La situación hubiera quedado despejada. Y tomando toda la responsabilidad sobre nosotros, todos los problemas se hubiesen orientado de manera diferente. No hubiéramos cometido el error de la Comuna de París de encerrarnos en Barcelona, porque ya estábamos proyectados sobre dos regiones: Aragón y Levante, con el camino abierto hacia Andalucía... Pero esa solución fue rechazada por el Pleno. Y se adoptó la posición colaboracionista, que a la larga será la muerte de la revolución”¹¹¹.

Los dos revolucionarios se encontraban presos de una situación que no habían querido, pero que habían aceptado por responsabilidad militante. Ninguno de los dos renunciaba a la revolución, y cada uno, a su manera, luchaba por extenderla y asegurarle su triunfo. Pero la realidad era que la revolución quedaba en suspenso en espera de la derrota fascista...

¿Cómo vencer y derrotar a un enemigo dotado de un excelente aparato militar, fortalecido, además, por Italia y Alemania? Cataluña estaba privada de materias primas necesarias para hacer marchar una industria de guerra. Carecía, además, de divisas para adquirir ese material de guerra que necesitaba. El oro, es decir, el tesoro público, se encontraba en las arcas del Banco de España, en Madrid.

111. Véase el capítulo que trata sobre el Pleno del 20 de julio.

Y en la capital española, la CNT era el 19 de julio una fuerza minoritaria. La situación la dominaba en Madrid el Partido Socialista, que pronto encontró apoyo en los republicanos y en los comunistas. Madrid había adoptado, pues, sostener al Gobierno republicano-burgués de José Giral. ¿Cómo, en esas condiciones, apoderarse del oro del Banco de España? Había sólo una solución: Largo Caballero estaba descontento de la actividad que desplegaba el Gobierno Giral, y consideraba que ese Gobierno no hacía nada por acelerar el triunfo del pueblo. Largo Caballero era el secretario de la UGT, y su prestigio había aumentado al enfrentarse a Indalecio Prieto, que era partidario acérrimo de sostener a José Giral. La única solución que se le ofrecía a la revolución española para salir adelante era una entente entre la UGT y la CNT y ambas organizaciones constituir un Consejo de Defensa nacional que recabara para él la dirección de la lucha en todos los terrenos. ¿Se podría hacer entender a Largo Caballero que el triunfo de la revolución pasaba por la alianza de la CNT y de la UGT? Era ésa la única esperanza que había. Pero García Oliver y Durruti tenían muy poca fe en que el social-demócrata Largo Caballero se inclinara del lado de la revolución proletaria. Si Caballero alguna vez llegó a pensar en ello alguien que ya se encontraba en España tenía la misión de impedir la realización de ese plan de entente sindical: Mijail Koltsov, quien se las agenciaría, siguiendo las instrucciones de su patrón, Stalin, para mantener a Largo Caballero en su puro papel de social-demócrata ¹¹².

A la conclusión que García Oliver llegaba era que, tal y como estaban las cosas, no quedaba otra solución que seguir los acontecimientos y mirar de controlarlos. Había que mantenerse en el Comité Central de Milicias Antifascistas, no soltar los puestos de dirección que la CNT y la FAI tenían, sostener los Comités de Defensa, y utilizar la fuerza armada del pueblo como una constante amenaza ante una eventual tentativa de reconstruir el antiguo poder; así como organizar la economía en manos de los trabajadores, y crear un cuerpo armado en la retaguardia, subordinado a los Sindicatos. Pero a todo esto, decía García Oliver, hay que darle un carácter legal, desde el Comité Central de Milicias Antifascistas. En otros términos, había que llevar la revolución hacia adelante, pero de una manera clandestina.

A Durruti le hizo gracia el término: ¡Eso sería como la clandestinidad de la FAI bajo la República!, cuando todo el mundo conocía a sus principales militantes. Al fin y al cabo, García Oliver, enredado con las contradicciones creadas, venía a defender las mismas posiciones que Manuel Escorza había defendido en el Pleno del 20 de julio. Durruti le objetó que en aquella hora nadie engañaba a nadie. Cuando los obreros expropiaban a los burgueses, cuando se atenta a las propiedades extranjeras, cuando el orden público está en manos de los trabajadores, cuando las milicias son controladas por los sindicatos, cuando en realidad todo lo que se está haciendo es una verdadera revolución, ¿cómo es posible dar a todo esto, sin que pierda su fuerza originaria, una sanción legal?

112. Véase más adelante el papel del embajador soviético Marcel Rosemberg con relación a Largo Caballero.

“—Cuanto más legalicemos —añadió—, más reforzaremos al Govern de la Generalitat, puesto que es él quien decreta y pone su sello; y cuanto más se re- fuerce el Govern de la Generalitat, más se debilitará el Comité Central de Milicias Antifascistas. Esto significará que la CNT reforzará al Govern de la Generalitat, y del hecho que ella tendrá en sus manos una economía integrada marcharemos hacia una especie de socialismo económico estatal”.

El último punto sobre la economía que Durruti tocaba tenía una relación directa con la creación del Consejo Económico en el que Santillán, en nombre de la CNT, jugaba un papel de primera magnitud. Y ese organismo económico por su fuerza legal, terminaría integrando en el Estat catalán toda la economía, es decir, se caminaba hacia un capitalismo de Estado. García Oliver reconoció que la observación que hacía Durruti era justa, y que ponía de relieve la contradicción de la tesis que defendía Santillán. Había que oponerse al máximo a que triunfase el concepto legalista de la economía. Sin embargo, ni a uno ni a otro se le escapaba que el recurso al enfrentamiento armado sería inevitable; pero para que ese recurso fuera efectivo había que conservar el ardor revolucionario en las masas obreras, oponiéndolas tanto al poder efectivo del Comité Central de Milicias Antifascistas como al pasivo de la Generalitat de Catalunya. Una especie de revolución dentro de la revolución. Pero Durruti no se encontraba satisfecho en esa situación tan confusa y contradictoria, y pensaba que era indispensable plantear la cuestión brutalmente en el próximo Pleno que tenía anunciado la CNT en Cataluña. Y ambos amigos convinieron que en el Pleno había que situar de nuevo a los militantes ante sus propias responsabilidades.

En este Pleno regional de la CNT, a comienzos de agosto de 1936, había ya motivos para tomar conciencia de la ambigüedad en que se vivía entre un Govern que no gobierna y una CNT cada día más comprometida en el proceso revolucionario y, en razón de ello, en la dirección real de los acontecimientos. García Oliver y Durruti plantearon crudamente el problema: era preciso salir de esa ambigüedad poniendo fin a una colaboración política que desorientaba a la revolución, consumía energías e impedía llevar la revolución hacia adelante.

La fracción colaboracionista, pese al saldo negativo de esa teoría, y so pretexto de que la ruptura del frente antifascista provocaría una guerra civil entre los propios antifascistas, mantuvo su posición. Y el tono dramático dado por algunos oradores a sus intervenciones paralizó a muchos delegados, por lo cual no pudo llevarse a fondo la revisión de los acuerdos del Pleno del día 20 de julio. Se apuntó, como solución, la alianza revolucionaria con la UGT y la formación de un Consejo Nacional de Defensa, cuyos inconvenientes ya los hemos señalado más arriba. Pero privó ese criterio en el Pleno, lo cual daba como resultado que la fracción extrema minoritaria quedaba otra vez ligada por “la sacrosanta responsabilidad militante a las resoluciones generales”. Había una manera de salir de ese círculo vicioso, y era rompiendo con “la responsabilidad militante” y situar el problema en la calle, contra el sentir de la propia organización. Pero ningún militante, ni tan siquiera Durruti y García Oliver, era capaz de eso: primero, porque para ello era preciso prepararse de manera que se pudiera encauzar la revolución de forma que ésta no pudiera ser aplastada por la contrarrevolución; y, segundo,

porque pesaba demasiado sobre ellos la práctica organizativa que exigía el respeto a los acuerdos mayoritarios. Luego, se abrió ante los más audaces la incógnita del resto de España. En Cataluña se está seguro del resultado de una acción revolucionaria debido a la fuerza que tienen en esta región la CNT y la FAI. Pero ¿y en el resto de España, Madrid sobre todo...? Sin embargo, tanto para la fracción colaboracionista como para la fracción extremista, todos estaban convencidos de que el enfrentamiento armado en el campo antifascista era inevitable; por tanto, lo único que hacían los primeros era retardarlo.

Durruti fue llamado con urgencia desde Bujaraloz, y hubo de salir precipitadamente de Barcelona, pero ya se tenía trazada su línea de conducta: mantener, contra viento y marea, sus posiciones, dar coherencia a las milicias confederales para constituir una fuerte agrupación armada y llevar la revolución adelante.

Koltsov visita la Columna «Durruti»

Hemos dejado dicho que cuando Durruti salió para Barcelona las actividades en su sector habían disminuido. Las posiciones más avanzadas de la Columna eran los “Calabazares Altos”, balcón desde el cual se avistaba Zaragoza. Los pueblos conquistados eran Aguilar, Osera de Ebro, Monegrillo, Farlete, y se ponía cerco a Pina. Pero, por falta de munición, no había que pensar en grandes operaciones. Y fue entonces cuando se intensificó la táctica de los golpes de mano de los grupos guerrilleros:

“Un día son los Internacionales ¹¹³ los que, aprovechándose de un vado existente en las inmediaciones de Aguilar, pasan el río Ebro sorprendiendo al enemigo en sus trincheras, asaltándolas y haciendo prisioneros a los que las defendían; otro día es “La Banda Negra” los que vuelven a vadear el río y asaltan el puesto de mando faccioso de Fuentes de Ebro, haciendo 59 prisioneros (varios oficiales) y logrando un excelente botín de guerra. Más tarde son “Los Hijos de la Noche” los que, rebasando en muchos kilómetros las líneas facciosas, se internan en el campo enemigo para volver de madrugada extenuados, pero alegres por haber conseguido como botín millares de cabezas de ganado” ¹¹⁴.

La llamada urgente que había recibido Durruti en Barcelona provenía del Comité de Guerra de Aragón ¹¹⁵, en el que el coronel Villalba ejercía el puesto de consejero mayor ¹¹⁶. Estudiándose la situación que se creaba en Aragón, el Consejo Técnico-Militar había elaborado una operación militar de envergadura en el sector de Huesca, pero para llevarla a efecto era necesario un desplaza-

113. El Grupo Internacional estaba compuesto en su mayoría por franceses, algún belga, marroquíes e italianos. Destacaban Karl Einstein (alemán); Mathieu Corman (belga); los franceses Ridel, Charpentier, Emile Cottin, Fortin, Georgette y Simone Weil; y, entre los italianos, Ragazini.

114. José Mira, op. cit.

115. El Comité de Guerra de Aragón residía en Sariñena y estaba constituido por Antonio Ortiz, Buenaventura Durruti y Cristóbal Aldabaldetrecu por las Columnas de la CNT; José del Barrio por la Columna de la UGT-PSUC; Jorge Arquer del POUM y por los asesores militares: Franco Quinza y el comandante Reyes de Aviación, el coronel Villalba, el teniente coronel Joaquín Blanco y los capitanes Medrano y Menéndez.

116. El coronel Villalba resultaba siempre un foco de disturbios dentro del Comité de Guerra. Tenía la obsesión de crear otro Comité -que al fin lo haría— en Huesca por lo que Aragón resultaría encontrarse dividido en dos sectores (norte y sur). Durruti era enemigo de esa división, pues entendía que todas las columnas debían ser solidarias unas con otras. Además, ni Durruti ni Ortiz veían con buenos ojos la parálisis del frente de Huesca, cuya iniciativa militar la llevaba Villalba.

miento de fuerzas de otros sectores, y la Columna “Durruti”, menos apremiada, era solicitada para colaborar en esa operación. Fue en los días en que Durruti preparaba a sus milicianos en el sentido de que debían intentar la ofensiva proyectada sobre Huesca, y que se terminaba la limpieza de Pina de Ebro, cuando llegó a Bujaraloz el corresponsal del diario *Pravda*, Mijail Koltsov.

Este había arribado a Barcelona el día 8 de agosto. Después de visitar a sus camaradas comunistas en el Hotel Colón, visitó a García Oliver el día 10 de agosto. El relato de la entrevista es muy pintoresco, propio del periodista Koltsov, “el ojo de Moscú en España”:

“Al mediodía he visitado a García Oliver. De él dependen ahora todas las unidades de milicias catalanas. El Estado Mayor lo tiene instalado en el edificio del Museo Marítimo. El edificio es espléndido, con amplias galerías y salas, techos de cristal, enormes modelos de barcos antiguos artísticamente ejecutados, etc. mucha gente, armas, cajas de cartuchos...

“El propio Oliver está en un lujoso despacho, entre tapices y estatuas, en seguida me ha ofrecido un enorme habano y coñac. Moreno, guapo, con una cicatriz en la cara, cinematográfico, hosco, con una inmensa “Parabellum” al cinto. Al principio callaba y se mostraba taciturno, mas, de pronto, ha soltado un largo y apasionado monólogo, que revelaba al orador experimentado, tesonero, hábil”.

El discurso que Koltsov pone en los labios de García Oliver tiene dos caras: primero le hace cantar alabanzas a la CNT y a la FAI, muchas alabanzas.

“Luego —escribe Koltsov—, nerviosamente, parece que con nerviosismo excesivo comienza a desmentir todo lo que ha dicho antes.

“—No es cierto —le hace decir Koltsov a García Oliver— que los anarquistas estén contra la Unión Soviética (...).

“Que la Unión Soviética, en sus cálculos, no desdeñe una fuerza como la de los obreros anarquistas españoles, etc. Al final, escribe Koltsov, García Oliver me aconseja hablar con su amigo Durruti, pero Durruti se encuentra a las puertas de Zaragoza; ¿por qué no va a verle? Koltsov le responde que sí, que desea visitar el frente aragonés y le pide un pase:

“—¿No podría extendermelo, Oliver?

“—Sí, Oliver accede de buena gana a facilitármelo. Habla con el ayudante y este, allí mismo, escribe un papel a máquina. Oliver firma. Me estrecha la mano y pide que los obreros rusos reciban información verídica acerca de los anarquistas españoles”¹¹⁷.

El 12 de agosto Koltsov, acompañado de un tal Julio Jiménez Orgue, un coronel de artillería ruso “muy misterioso” que ha encontrado en Barcelona, llegado de Francia para “ayudar a los rojos”, se encuentra ya en Aragón, en el sector de Villalba, en Barbastro, y en un pueblo que él denomina Angues, (Angüés); se decidió a interrogar a un capitán, militar profesional, de las fuerzas de Villalba:

“—¿Qué enemigo tiene enfrente?

“—Los facciosos.

“—¿Pero quiénes, en concreto? ¿Qué fuerzas? ¿Cuántos cañones y ametrallado-

117. Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ediciones Ruedo Ibérico, París.

ras? ¿Disponen de caballería?

“El capitán se ha encogido de hombros. Si el enemigo se llama enemigo es porque no da cuenta de sus dispositivos ni de sus fuerzas. ¡De otro modo no sería enemigo, sino amigo! En torno, todo son risas ante la sabiduría y la agudeza del capitán”.

El único que no ríe es Koltsov, y ello porque no tenía sentido del humor. ¿Cómo podía ocurrírsele a Koltsov tal interrogatorio el día 12 de agosto de 1936!? Y lo más curioso es que, por lo que posteriormente escribe, lo hacía en serio. Orwell, posiblemente, escribió su ensayo teniendo presente al corresponsal del *Pravda*.

Antes de visitar a Durruti, Koltsov visitó a Trueba y Del Barrio en Tardienta. Naturalmente, allí lo que encontró fue la máxima organización, eficacia e incluso hasta “un tren blindado”. Trueba, al enterarse que Koltsov iba a visitar a Durruti, se agregó a la comitiva “porque tenía interés en ver la Columna anarquista”. La narración que hace el corresponsal de *Pravda* de esa entrevista con Durruti tiene el mismo valor que el resto de su *Diario de la guerra de España*, libro sobre el que su colega de *Izvestia*, Ehrenburg, escribe “que no presenta ningún carácter histórico”¹¹⁸.

Durruti se encontraba ese día 14 de agosto en la Venta Monzona o Santa Lucía. Según Koltsov, “a dos kilómetros del frente”, lo que significaba “una locura” y, por ello, prefirió entrevistarle en Bujaraloz.

Koltsov hace una descripción del pueblo, inundado, según él, de órdenes y decretos firmados por Durruti. Y después, entra a fondo en el asunto:

“El famoso anarquista nos ha recibido, al principio, sin prestarnos mucha atención; pero al leer en la carta de Oliver las palabras “Moscú”, “*Pravda*”, en seguida se ha animado. Allí mismo, en la carretera, entre sus soldados, con el evidente propósito de atraer su atención, ha iniciado una fogosa polémica”.

Esta es la descripción, según Koltsov, del famoso Durruti. Vamos ahora al relato que se recoge en su *Diario de la guerra de España*.

Durruti comenzó por preguntar a Koltsov “¿qué era lo que pensaba hacer la Unión Soviética en favor de la revolución española?” El periodista ruso evocó razones de orden internacional, que impedían a la URSS intervenir directamente. Pero él no excluía la posibilidad de ayudar a la República española de manera indirecta. En cuanto a los obreros rusos —dijo—, por intermedio de sus sindicatos habían organizado una suscripción nacional, cuyo primer envío de dinero se dirigió al primer ministro, señor Giral¹¹⁹.

118. Ilya Ehrenburg, op. cit.

119. Koltsov, op. cit. Por lo que se refiere a ese dinero recaudado por los obreros rusos que, según Koltsov, fue enviado al Gobierno español (Giral), Dominique Desanti, hablando de esa misma suscripción, escribe: “El día 26 de julio, nueva reunión del Profintern en Praga: los sindicatos rusos ofrecen cerca de mil millones para ayudar a España. Para justificar dicho donativo de los sindicatos se organizaron suscripciones en las fábricas. Thorez y Togliatti fueron nombrados para administrar ese dinero”. *L'Internationale Communiste*, Editorial Payot, Paris, 1970.

La respuesta no satisfizo a Durruti, quien replicó con vivacidad:

“—La lucha contra el fascismo no es obra del Gobierno de Azaña, sino de los trabajadores españoles, que en respuesta al ataque militar han desencadenado la revolución. El Gobierno republicano —añadió— no solamente no ha armado a los obreros, sino que no ha hecho nada para impedir la sublevación militar. En tales condiciones —le objetó Durruti a Koltsov— no tiene sentido que el dinero recaudado por los obreros rusos no venga a los obreros españoles, sino que se entregue a un Gobierno que, como el que tenemos, disponiendo del tesoro español, descuida el armamento de las milicias revolucionarias. El sentido de nuestra guerra está claro: no se trata de mantener, sino de destruir las instituciones burguesas. Si el pueblo ruso no está enterado del contenido de nuestra lucha, es deber de los corresponsales de la prensa rusa informarles”.

Esta fue una neta respuesta dada por Durruti a Koltsov, que el autor del *Diario* olvida consignar en sus páginas, “olvido”, por demás, comprensible, puesto que Stalin no tenía ningún interés en que el pueblo ruso estuviese informado de lo que sucedía realmente en España.

Con la ocultación de la verdadera respuesta de Durruti, y haciéndole decir insensateces, Koltsov sigue alimentando la imagen que los estalinistas desean dar de los revolucionarios anarquistas.

Después de un paréntesis, en que Koltsov intercala los grandes deseos de la Unión Soviética del triunfo del antifascismo español, la conversación se centró más concretamente sobre temas militares que, por la insistencia de Koltsov en este tema, aprovecha para dar lecciones.

“Durruti señaló que sería importante concentrar la atención en Zaragoza y emprender un ataque decisivo sobre esa capital, pero reconoció que el frente se desplazaba en otras direcciones, cosa que él deploraba.

“Explicó que la inmovilidad de su sector obedecía a una estrategia establecida por los técnicos militares, los cuales juzgaban que antes de atacar Zaragoza debían mejorarse las posiciones norte y sur del frente. No obstante, con el ataque que vamos a lanzar sobre Fuentes del Ebro, las posiciones se mejorarán. Y en cuanto a los problemas llamados de “disciplina” y “mando” no existían en la Columna.

“Dijo a Koltsov que el Comité de Guerra y el Consejo Técnico de la Columna actuaban de común acuerdo, y que no existía divorcio alguno entre los militares profesionales y los milicianos. Que la Columna se regía bajo un espíritu de autodisciplina y de responsabilidad solidaria. Ese espíritu de responsabilidad y de autodisciplina —señaló— hacen innecesarios los castigos de los reglamentos castrenses.

“Durruti explicó en detalle cómo funcionaba la Columna, pero sus palabras fueron transformadas por Koltsov en su *Diario*, en el que el corresponsal de *Pravda* escribe que Durruti le dijo que las desertiones eran importantes, y que no quedaban en la Columna nada más que unos mil doscientos, cuando en esa época la Columna contaba con seis mil, de los cuales cuatro mil quinientos estaban armados.

“En cuanto al estado del armamento de la Columna, Koltsov asegura que Durruti le dijo que “era excelente, y que poseía muchas municiones”. En realidad,

lo que dijo Durruti fue “que no se disponía nada más que de fusiles viejos e insuficientes para armar a todo el mundo, por lo que se habían establecido turnos alternando la función guerrera con los trabajos agrícolas en los que estaban empleados mil quinientos, y que otros estaban entregados a trabajos en una pista entre los pueblos de Gelsa y Pina”. De la munición Durruti dijo “que eso era una verdadera pesadilla, y que tanto era así, que los milicianos estaban obligados a guardar los cartuchos vacíos para enviarlos a Barcelona para ser recargados”.

“Koltsov planteó el problema de “la instrucción militar”. En este aspecto Durruti también fue concreto: “A los combatientes se les enseña el funcionamiento de las armas, el ejercicio de tiro, la manera de fortificar una posición, cómo protegerse de los bombardeos, cómo atacar por sorpresa una posición enemiga y, en general, la manera de salir victorioso en un combate cuerpo a cuerpo. Pero aquí no enseñamos a marcar el paso ni a saludar, porque no hay superiores ni inferiores. Las relaciones entre delegados y milicianos son cordiales. Durruti cree, y los milicianos piensan como él, que para hacer la guerra no era preciso el talonazo a la prusiana”. Esta respuesta fue lo que le hizo escribir a Koltsov, que, “militarmente, la Columna era un desastre”.

La separación entre Koltsov y Durruti, como escribe el primero, fue cordial, terminándose con una frase célebre:

“—Hasta la vista, Durruti. Iré a verle a Zaragoza. Si no le matan aquí si no le matan en las calles de Barcelona peleando con los comunistas, dentro de unos seis años quizá se haga usted bolchevique”.

“Ha sonreído y en seguida, volviendo sus anchas espaldas, se ha puesto a hablar con alguien que casualmente se encontraba allí”.

Ese “alguien que casualmente se encontraba allí”, no eran otros que Mora, el secretario del Comité de Guerra que con Francisco Carreño y Francisco Subirats asistían a la entrevista ¹²⁰.

Mijail Koltsov no era el único periodista que visitaba el frente aragonés, y como cosa imprescindible en esa excursión por los frentes, la visita a la Columna “Durruti” y la entrevista consabida con su responsable era indispensable para que el trabajo periodístico fuera completo. Lo original en la guerra o revolución española era la participación, y como una fuerza necesaria, como dice Van Passen, de los anarquistas en dicha contienda. Sobre el anarquismo, la gran mayoría de los periodistas que acudían a España, o venían ya influidos por lo que Chomsky define “como cultura liberal”, o eran estalinistas o “compañeros de viaje” ¹²¹. Ni de unos ni de otros podía esperarse que contemplaran la realidad española sin los anteojos mencionados, por la sencilla razón que, pagados para su trabajo, éste debía agradar a su patrón. Y añadamos a ello la propia ideología de esos periodistas, que

120. Hemos sometido el texto de Koltsov, relatando la entrevista con Durruti, a personas que estaban presentes en la conversación. Uno de ellos, Francisco Subirats, ha sido quien ha reconstruido las respuestas categóricas que dio Durruti y que Koltsov tergiversa.

121. Noam Chomsky, *L’Amérique et ses nouveaux mandarins*, Editorial Seuil, Paris, 1969.

consideraban al anarquismo como su enemigo mortal. La actitud de estos intelectuales, influyendo en la gran prensa, tenía que dar como resultado una mixtificación de los hechos y, cosa aún más grave, entregar a la posteridad piezas trucadas capaces de inducir al investigador a falsas conclusiones a la hora de hacer un balance histórico de los sucesos acontecidos en España entre julio de 1936 hasta el primero de abril de 1939.

Antes que llegara Koltsov a Bujaraloz, acudió a ese sector el enviado especial de *L'Intransigeant*, Guy de Traversay, que fecha su artículo en Barbastro el 13 de agosto de 1936. Su crónica comienza así:

“He aquí a Durruti, quien me dijo en su francés pintoresco: “¿El francés? Lo aprendí en La Santé, donde Alfonso XIII dio órdenes a tu Gobierno para que me encerrase. Hazme las preguntas que quieras, que responderé según las entienda, porque en cosas relativas al frente no pueden darse detalles que puedan orientar al enemigo. Visitarás aquellas partes del frente cuyo conocimiento de sus posiciones no implica riesgo el que sea conocido”.

Guy de Traversay visitó diversos puntos del sector de la Columna, y discutió con Durruti problemas relativos a la militarización de las milicias. Durruti defendió su ya conocido punto de vista; pero, naturalmente, aun viendo De Traversay la realidad de los hechos, no quedó convencido de la eficacia militar de tal sistema. Eso era de esperar. Resalta en su escrito que por doquiera que pasa la Columna un orden nuevo se pone en pie, aboliéndose la propiedad privada.

“Pero todo se hace —escribe— en regla: son los campesinos reunidos en asambleas los que deciden. Se queman los registros de propiedad, y se requisan a los burgueses sus valores materiales que son enviados a Barcelona, al Comité Central de Milicias. Pero todo esto se hace de manera que no se produzcan actos de pillaje individual, cosa que está severamente castigada”.

Guy de Traversay concluye su artículo escribiendo:

“Que se derrote a los sediciosos militares, o que se llegue entre bastidores a un arreglo con ellos, todo este mundo obrero pesará en la balanza con los incorruptibles a lo Durruti. El hombre que considera a Largo Caballero un orador inocuo y blando no se dejará robar la victoria fácilmente. Cierta que la mayoría no está con él, pero yo conozco a algunos que lo pensarán mucho antes que entrar en guerra contra el ejército anarquista”.

Después de Guy de Traversay y Koltsov, llegaron a Bujaraloz los periodistas Albert Souillon, de *La Montagne*, y José Gabriel¹²², de la prensa argentina. Estos expresaron al Comité de Guerra su deseo de asistir al ataque de Fuentes de Ebro, situado a la otra orilla del río Ebro. El periodista francés describe para su diario la toma de este pueblo, pero expresa el miedo que pasó en dicha operación, lo que no le impide mostrarse a sí mismo orgulloso por haber estado presente en esa victoria obtenida por la Columna “Durruti”. Después de la batalla, Souillon habló con Durruti:

122. José Gabriel, periodista argentino. Ha dejado un libro sobre Aragón, titulado, *La vida y la muerte en Aragón*, editado en Buenos Aires.

“—¿Y Francia, qué?, me preguntó Durruti a quemarropa.

“Durruti —expresa el corresponsal francés— tiene mucho interés en estar al corriente de las cosas en Francia. Lamenta la actitud del Gobierno francés (la no-intervención ideada por Léon Blum para lavarse las manos del asunto español), y por ello no la acepta. La comprende, porque Durruti estaba dotado de una clara inteligencia, pero no puede admitirla, porque es un valiente que se bate y ve caer a sus hombres bajo los bombardeos de los trimotores alemanes e italianos.

“—Yo me hubiese dirigido por radio al pueblo francés —me dice Durruti—, pero vuestro Gobierno tiene necesidad de sus clases medias... Diga claramente en su crónica, diga en París, que nosotros nos batimos tanto por nosotros como por vosotros. Subraye bien la necesidad que tenemos de poseer aviones para terminar pronto esta guerra. Subraye también que nosotros, los anarquistas, que formamos numerosas columnas de milicianos, no tenemos más objetivo que aplastar al fascismo. Diga igualmente a los franceses que nosotros, aquí en España, nos batimos todos como hermanos, y que, cuando nos llegue, después de la victoria, la hora de poner en marcha las nuevas estructuras económicas y sociales, los que realmente se han batido codo a codo sabrán entenderse y resolver las cosas fraternalmente”¹²³.

La anarquista Emma Goldmann también visitó, por los días de agosto, la Columna “Durruti”:

“Yo había oído hablar mucho de la fuerte personalidad de Durruti, y del prestigio revolucionario de que él gozaba entre los hombres de su Columna. Además, me interesaba conocer por qué medio Durruti mantenía la coherencia de la Columna. A Durruti le sorprendió que yo, una vieja anarquista, le hiciera esa pregunta.

“—Y Durruti me respondió: “Yo he sido anarquista toda mi vida y espero continuar siéndolo, y por esa razón me sería muy desagradable convertirme en general y mandar a mis compañeros con la estúpida disciplina castrense. Los compañeros que han venido aquí lo han hecho por su propia voluntad y dispuestos a dar su vida por la causa que defienden. Yo creo, como siempre he creído, en la libertad, la libertad comprendida en el sentido de la responsabilidad. Considero la disciplina indispensable, pero ésta debe ser una autodisciplina movida por un ideal común y un fuerte sentimiento de camaradería”.

“Claro que no todo era fácil, tratándose de Durruti, que tenía a su cargo la dirección de seis mil hombres en una tarea muy difícil, como era la de conducir esas fuerzas al combate. A esas dificultades venía a unirse que no todos los integrantes de la Columna poseían desarrollado al mismo nivel el sentimiento fraternal en la responsabilidad colectiva. Y algunos, en los momentos más delicados, venían a solicitar un permiso especial. Entonces, Durruti, pacientemente, le decía al camarada en cuestión: “—Piensa, camarada, que la guerra que yo, tú y nosotros todos sostenemos es para que triunfe la revolución, y que la revolución la hacemos para

123. Albert Souillon, “Combats sur l’Ebre. Souvenirs sur Durruti” en *La Montagne*, agosto de 1936. Este texto está reproducido en el número 31 de *L’Espagne Antifasciste*.

EL FRENTE

C. N. T.

BOLETIN DE GUERRA DE LA COLUMNA DURRUTI

F. A. L.

AÑO I

Pina de Ebro, 27 de agosto de 1936

NUM. 3

TODOS ADELANTE; NINGUNO HACIA ATRAS

Este Comité Central recibe diariamente innumerables peticiones de permisos para ausentarse de la columna por uno o varios días. Esto representa un constante desplazamiento de milicianos y un ir y venir de personal que altera todo posible control de las centurias, y que hace imposible toda distribución regular de los servicios.

Para evitar estos inconvenientes, y otros que no debemos detallar, nos vemos obligados a recordar a todos los milicianos lo siguiente:

Hemos venido a hacer la guerra, y no a practicar un deporte, y en una lucha que tiene objetivos tan sublimes como los que perseguimos, el que se ausenta de su puesto por un momento falta a los deberes que nos imponen las circunstancias. Está la libertad amenazada, y el porvenir se está creando y conquistando con el apoyo de todos, en cada momento del día.

Al venir al frente, el miliciano viene a ofrecer su vida, a sacrificar comodidades, a dar todo su ser por el triunfo de nuestra causa. El que no viene con estas disposiciones no sirve para el frente.

Hay que desligarse de toda traba que no sea la

de conseguir con constancia y con energía el triunfo.

No nos vengan a pedir, por tanto, permisos de ausencia con pretextos fá-

ctivos. El nacimiento de un hijo, la jaqueca de una compañera, la falta de noticias de un familiar, no pueden, no deben influir en la desorganiza-

ción de nuestra columna.

Desde Barcelona vinimos. Los caminos quedaron a nuestra espalda, claros y limpios. El que no sirva para recorrerlos hacia adelante, sin mirar atrás, que vuelva la espalda definitivamente. No haremos comentarios sobre los ausentes, pero queremos tener el convencimiento de que los que van con nosotros, no tienen más ideas ni más pensamiento que la de avanzar, liberando hermanos y creando el porvenir.

Cuando volvamos, cumplida nuestra misión, podemos compartir dolores y alegrías en el seno de nuestras familias.

Mientras tanto, prestemos nuestra atención absoluta a los pueblos que sufren bajo la espuela. En ellos están nuestras madres, nuestros hermanos y nuestros hijos, y su dolor nos ha de importar más que el nuestro propio.

B. DURRUTI.—L. RUANO.—MANZANA.—M. YOLDI.—CARREÑA.

PARA LOS LLAMADOS A FILA

Por acuerdo del Comité de Guerra del frente de Aragón y siempre de acuerdo con el Comité Superior de las Milicias Antifascistas de Barcelona, se pone en conocimiento de todos los reclutas de los reemplazos llamados por decretos del Gobierno que no puede tolerarse de ninguna de las maneras que con el pretexto de la desmilitarización y constitución de las Milicias Antifascistas existan ciudadanos que se queden en sus casas mientras los amantes de la libertad luchan en la calle. Por tanto, este Comité, de acuerdo siempre con el Comité Superior y Central de Milicias Antifascistas de Barcelona, ordena a todos los incluidos en los decretos mencionados de incorporación a filas que se presenten con toda urgencia en sus respectivos cuarteles o en alguna Milicia controlada por los partidos u organizaciones Obreras, dando éstas cuenta a los cuarteles donde debieran haberse presentado los milicianos en ellas existentes para el debido control y que jamás pueda ninguna camarada perteneciente a estos reemplazos quedarse en su casa mientras los demás luchan en bien de sus intereses.

Sarriena, 26 de agosto de 1936,

Por el Comité de Guerra:

Buenaventura Durruti, C. N. T. Antonio Ortiz, C. N. T. Cristóbal Aldabaldetrecu, C. N. T. José del Barrio, U. G. T. Jorge Arquer, P. O. U. M. Franco Quíñza, Aviación. Coronel Villalba. Comandante Reyes, Aviación. Capitán Medrano. Capitán Menéndez. Teniente Coronel Joaquín Blanco.

El día 23, el Depósito de Lérida suministró a la Columna Durruti un coche Hudson, 8 cilindros, para el servicio del Comité de Guerra; 1.764 camisas, 2.000 calzoncillos, y 1.920 calcetines y granotas.

cambiar la vida de los hombres, poniendo fin a sus miserias morales y físicas”.

“Ninguna severidad militar, ninguna imposición, ningún castigo disciplinario —escribe Emma Goldmann— existía para sostener la coherencia de la Columna. No había otra cosa que una gran energía en Durruti que, por su conducta, se trasladaba a los demás y hacía todo un conjunto que sentía y actuaba al unísono” ¹²⁴.

Algunos han visto en Durruti un educador de masas. Este término nos parece que no expresa suficientemente claro la intención que dominaba los actos de Durruti. Creemos que es mejor reconocer el hecho de que Durruti estaba persuadido de que si la revolución no transformaba al hombre, despertando en él su sentido de responsabilidad, la revolución caería en manos de una casta que la desnaturalizaría, imponiendo su dictadura so pretexto de mejor *servir* al *pueblo*. Hacer comprender a todos que la revolución era un asunto de todos, pensamos que era correctamente la intención y el proyecto de Durruti, convertido en el eje del Aragón libertario. Y en este sentido, vale la pena citar una anécdota que se recogió en *Guerre di Clase*:

“Un día Durruti se encontraba comiendo con los milicianos que estaban a cargo de una batería. Uno de ellos le pidió permiso para ir a Barcelona. “Imposible en este momento”, le contestó. El miliciano insistió. Entonces, Durruti tomó una decisión: Se dirigió al resto de los milicianos, y les propuso que votaran a mano levantada a favor o en contra del permiso. La mayoría fue favorable. Y el miliciano salió de permiso para Barcelona ¹²⁵.

124. Emma Goldman, 20 de noviembre, folleto citado.

125. Esta anécdota se recoge en el citado folleto.

CAPÍTULO XI

Largo Caballero, reconstructor del Estado republicano

El 4 de septiembre Largo Caballero salió de su enigmático silencio informando al país que asumía la jefatura del Gobierno y la dirección de la guerra, asistido en su Gobierno con cinco ministerios socialistas, entre ellos Hacienda, que lo ocupaba Juan Negrín; Asuntos Exteriores, Julio Alvarez del Vayo; y Marina, Indalecio Prieto. A los comunistas les daba dos ministerios: el de Agricultura, a Vicente Uribe; y el de Instrucción Pública, a Jesús Hernández. El resto de los ministerios los ocupaban políticos republicanos afectos al Presidente de la República, Manuel Azaña.

La tarea que tomaba Largo Caballero era la de reconstruir el Estado que, entre atacado por los militares sublevados y defendido por el pueblo, se había hecho pedazos. La misión de revitalizar el Estado no podía llevarla a cabo otro político más que Largo Caballero. Para esa tarea no solamente era el hombre ideal, sino que gozaba de un cierto prestigio entre las masas obreras. Los agentes de Moscú en España, dirigidos por el italiano Togliatti, así lo habían hecho sentir en el interior de los cuadros dirigentes del Partido Comunista; el *eslogan* "Caballero, el Lenin español", había que ponerlo otra vez en circulación y hacer resaltar con ello las rivalidades Caballero-Prieto. Y terminar, además, con el coqueteo UGT-CNT. Pues, en efecto, hubo un momento, a mediados de agosto de 1936, en que Largo Caballero llegó a pensar que la mejor manera de deshacerse del Gobierno José Giral era una entente con la CNT, y formar ambas organizaciones un Gobierno obrero. Cuando este propósito fue conocido por los agentes de Moscú, pusieron todos sus recursos en marcha para evitar que Largo Caballero diera ese mal paso. La llegada primero de Koltsov y luego de Marcel Rosemberg, como embajador de la Unión Soviética en España, a últimos de agosto, vinieron como llovidos del cielo moscovita para evitar los traspies del viejo líder de la UGT. Estos dos personajes se las compusieron de tal manera que llevaron a imbuir al secretario de la UGT la creencia de su papel histórico en España, como en Rusia lo había sido Lenin. Despertado el apetito de grandezas, la jefatura del Estado, junto con la dirección suprema de la guerra, era el cenit de la gloria política para Caballero. Largo Caballero se meció en el lecho que la Internacional Comunista había pedido prestado a Procustes. El hecho de que, con el tiempo, Largo Caballero llegue a rebelarse contra esa dictadura es anecdótico; lo importante es que Caballero era en setiembre el Noske de la revolución española.

Marcel Rosemberg se constituyó en el consejero político del jefe de Estado español:

Un jefe de Estado no es jefe de Estado si no dispone del control del aparato estatal, y como no existía aparato estatal, era indispensable crearlo. Un Estado sin Ejército y sin policía no es un Estado. El Estado, para poder gobernar, necesita dis-

poner ampliamente de la autoridad. En España el poder del Estado estaba atomizado y la autoridad repartida por entre los miles de comités que la ejercían en su radio de acción. Estaba bien que, al principio, con el desorden creado por la sublevación militar los obreros defendieran la República; pero pasados los primeros momentos debía entrar todo dentro del marco de una República democrático-burguesa, respetuosa con la propiedad privada y, sobre todo, con los intereses de los capitalistas extranjeros. Por el momento, lo que importaba era ganar la guerra sobre Franco, y esa guerra no se podría ganar sin la ayuda de las democracias inglesa y francesa. Y esas democracias burguesas no ayudarían nunca a una España que, como en Cataluña, un Comité de Milicias había eliminado al Govern de la Generalitat, y los trabajadores habían expropiado a la burguesía española y extranjera sus pertenencias. Después de todas estas consideraciones, Rosemberg le transmitió la ciencia política de Stalin:

“La revolución española sigue caminos diferentes, en muchos aspectos, de los que siguió la revolución rusa. Eso obedece a la diferencia de las condiciones sociales, históricas y geográficas, así como a las necesidades internacionales distintas de aquellas que tuvo que afrontar la revolución rusa. Es posible que el camino parlamentario sea en España un medio de desenvolvimiento revolucionario más eficaz que en Rusia”.

Para aplicar esta política, Stalin suministró las reglas siguientes:

1º Es necesario tener en cuenta a los campesinos que, en un país preponderantemente agrícola como España, constituyen la mayoría de la población. Sería necesario pensar en reformas agrarias y fiscales que correspondan a sus deseos. Sería necesario atraerse a los campesinos al Ejército y crear destacamentos de guerrilleros que actúen en la retaguardia de los ejércitos fascistas. La publicación de decretos favorables al campesinado podría facilitar el reclutamiento.

2º Sería necesario atraerse al Gobierno a la pequeña y media burguesía; y si esto no es posible, por lo menos neutralizarla en favor del Gobierno. Y a ese efecto, sería necesario protegerlas contra cualquier confiscación de sus bienes, y asegurarles, hasta donde sea posible, la libertad de comercio.

3º No hay que rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino al contrario, atraerlos para que colaboren con el Gobierno. Es preciso, indispensable, asegurarse la colaboración de Manuel Azaña y de su grupo, haciendo lo posible para ayudarles a superar sus vacilaciones. Todo esto es necesario para impedir a los amigos de España el considerarla como una República comunista...

4º Se podría encontrar una ocasión para que el Gobierno español haga una declaración a la prensa, en el sentido de que éste no permitirá que se perjudique la propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros residentes en España, ciudadanos de países que no ayudan a los rebeldes”¹²⁶.

Estos sabios consejos, Largo Caballero los asimiló de tal manera que continuó la política de asfixia a la Cataluña revolucionaria, seguida por José Giral, y el boicot más declarado al frente de Aragón.

El 11 de setiembre de 1936, el sector de Huesca se encontraba en plena ac-

ción guerrera en la que se disputaba la posición de Siétamo y Estrecho Quinto, importantes posiciones cuyo dominio permitía no sólo cortar el abastecimiento de agua potable a Huesca, sino incluso apoderarse de esa capital, en un ataque decisivo de las fuerzas milicianas que luchaban a sus puertas. El coronel Villalba dirigía las operaciones con su Columna, compuesta de unos tres mil soldados. Entre Durruti y Villalba desde un principio existieron disidencias; éstas tenían como base el hecho de que Durruti no tenía ninguna confianza en este militar profesional. Las milicias habían constituido un Comité de Guerra en Sariñena, en el que estaban representadas todas las Columnas de milicianos; pero Villalba, aunque muy partidario del *mando único*, se empeñó en mantener su Comité de Guerra o Estado Mayor de Barbastro, en oposición a Sariñena. Esa duplicidad de organismos creaba no pocas dificultades en la dirección de las ofensivas generales, pues cuando un sector se movía, el otro permanecía inactivo. La necesidad de dar una coherencia a las actividades militares obligó a Durruti a enfrentarse con Villalba. Y el pleito quedó presentado en el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, de donde dependían la Columnas milicianas del frente de Aragón. Una de las acusaciones que Durruti formulaba contra el coronel era justamente la pérdida de Siétamo, a mediados de agosto de aquel año. Unos días antes, Villalba había solicitado a Durruti el concurso de sus fuerzas para atacar Siétamo. La Columna destacó varias centurias de la Agrupación de José Mira. En tres días de duro combate los milicianos ocuparon dicha posición que, una vez conquistada, quedó bajo el poder de las fuerzas de Villalba, con la responsabilidad de defenderla por ser una posición, repetimos, de una importancia decisiva para ocupar Huesca. Si Villalba comprendió o no comprendió la importancia de esa posición, no lo sabemos, pero fue el caso que los mandos facciosos de Huesca contraatacaron derrotando a las fuerzas de Villalba, que hubieron de abandonar Siétamo. Desde entonces la citada posición se convirtió en una pesadilla para los atacantes a Huesca, y a primeros de septiembre se convino en atacar de nuevo Siétamo; pero esta vez la batalla sería mucho más dura, pues el enemigo se había fortificado metiendo en ese pueblo para su defensa una compañía de infantería, una agrupación de falangistas y fuerzas importantes de la Guardia Civil. La posición estaba fortificada y defendida, además, por la posición alta que ocupaba, por seis ametralladoras muy estratégicamente situadas, y por una batería de artillería. Villalba volvió de nuevo a solicitar ayuda a la Columna "Durruti", y el Comité de Guerra de la Columna envió de nuevo a José Mira, con varias centurias, que entraron en combate el día 4 de setiembre, bajo el vuelo rasante de la aviación alemana que ametrallaba y bombardeaba incesantemente a los atacantes.

"Desde que iniciamos la ofensiva —escribe Mira—, los "Alas Negras" no cesaron ni un instante de volar, convirtiendo en ruinas todos los pueblos de nuestra retaguardia (...). Por encima de nuestras "tribus" ¹²⁷, también evolucionaron en vuelo rasante, ametrallando a nuestros guerrilleros y dejando caer bombas a

127. El término de "tribus" fue como llamó Comorera a las milicias de Aragón cuando se proclamó la militarización en octubre de 1936. El calificativo era despectivo, equivalente a "no es con parecidas tribus que puede ganarse la guerra..."

granel (...). Después de tres días de titánica lucha conseguimos ocupar las primeras casas de Siétamo, donde la pelea se hacía en extremo durísima: cada casa se había convertido en un fortín, y de todas ellas salían ráfagas de mortífero fuego contra nuestros combatientes”¹²⁸.

Lo que escribe Mira queda corroborado por el comandante Vicente Guarner, a quien el Comité Central de Milicias Antifascistas envió como observador en esa batalla:

“La resistencia fue enconada, como pude apreciar personalmente, pues estuve al lado del coronel Villalba los días 4 y 5 de septiembre, en que la aviación, probablemente alemana, del campo zaragozano de Garrapinillos, bombardeó con bastante eficacia el puesto de mando, causando en sus alrededores muchos muertos y heridos (...). El fuego de Siétamo llegaba hasta la caseta, y se comenzó a luchar de casa a casa, pues dentro de la población se habían fortificado, como última línea defensiva, la iglesia y el castillo del conde de Aranda. La situación era insostenible para los defensores, que el día 12 evacuaron el pueblo, retirándose a las fortificaciones de Estrecho Quinto, situadas en el kilómetro 6 de la carretera de Barbastro, con el río Elumen como foso (...). Nuestras fotografías aéreas denotaban que las trincheras adversarias se extendían desde Loporzano y Monte Aragón hasta una colina llamada Plano Loporzano, ante el pueblo de Tierz, cubriendo este lugar y Quicena, al otro lado de la carretera, con artillería, ametralladoras, piezas antiaéreas, y aproximadamente un batallón bien situado (...). Se trató de flanquear por el norte y por el sur estas líneas fortificadas de Estrecho Quinto, encontrándose bastante resistencia entre los días 15 y 18 de septiembre. El día 30 de septiembre fue ocupado Loporzano, mediante un ataque brillantísimo de la columna de milicianos, al mismo tiempo que caía Fornillos, más al norte, y, por el sur, se atacaba a Tierz, y de frente se avanzaba a Estrecho Quinto, que no tuvo más remedio que ser evacuado con todas las fortificaciones que cubrían Huesca por el este, quedando en poder de las fuerzas de Villalba numerosos muertos, heridos y bastantes prisioneros; doce ametralladoras, dos piezas del 75, una de 155 y dos antiaéreas, además de varios camiones. El camino de Huesca quedaba libre...”

En ese relato Guarner menciona “la columna de milicianos” como completamente anónimos. Sin embargo, resalta la personalidad de Villalba¹²⁹.

Prosigamos con el relato de Mira, no como observador, sino como participante en esas operaciones:

“...Estimulándose al grito de “¡Viva la FAI!” los anarquistas se lanzaron por sus calles. El empujón de los primeros momentos fue durísimo, y parte de nuestras fuerzas llegaron cerca de la iglesia, donde estaba atrincherado el grueso de los combatientes enemigos sostenidos moralmente por el barranco de Siétamo. Pero se tomó la iglesia en cuerpo a cuerpo y quedó liberado Siétamo (...). Sin embargo, no paró aquí la ofensiva, sino que la intensificamos, ayudados eficazmente por unas centurias de la columna del POUM, mandada por Manuel Grossi (...). Las lomas de Estrecho Quinto fueron escaladas a pecho descubierto por nuestros ca-

128. José Mira, *op. cit.*

129. Vicente Guarner, *op. cit.*

maradas y en cinco días de combate quedó ganado para la revolución Loporzano, Estrecho Quinto y Monte Aragón (...). Entre el material de guerra conquistado figuraba: en Siétamo, dos cañones del 10,5; cuatro morteros del 81; ocho ametralladoras y trescientos fusiles; y ciento cincuenta prisioneros. En Loporzano, aproximadamente igual; y en Monte Aragón y Estrecho Quinto, seis piezas de artillería, cuatro del 7,5 y dos del 10,5; doce morteros y un millar de fusiles (...). Lo que más estimuló a aquellos combatientes fue el comportamiento que Durruti adoptó en todo momento, aguantando como el que más las vicisitudes de la guerra...”¹³⁰.

Para explotar, propagandísticamente, los éxitos que se obtenían en Siétamo, Monte Aragón y Estrecho Quinto, se creyó oportuno que un delegado de la Columna se dirigiera por radio a los trabajadores españoles, y esa tarea se le encomendó a Durruti. Los militares profesionales esperaban que Durruti pusiera el acento de su discurso en dos temas que para ellos eran esenciales: la disciplina entre los soldados y el mando único en las operaciones militares. Pero las preocupaciones de Durruti eran muy otras. El había visto claro cuál era la intención del Gobierno de Largo Caballero; veía igualmente cómo la contrarrevolución comenzaba ya a levantar la cabeza en la retaguardia, particularmente en Barcelona, donde el PSUC, desconocido hasta el 19 de julio, empezaba a manifestarse como una fuerza política, a la que habían acudido a hacer montón todos los expropiados por la revolución y los propios personajes de la Esquerra Republicana de Catalunya, con miras a hacer un frente común contra la clase obrera catalana, es decir, contra la base obrera de la CNT y de la FAI. De esta forma, lo que era impensable apenas quince días atrás, comenzaba ya a decirse de manera disfrazada: no se atacaba a la revolución, a la CNT y la FAI mencionándolas, pero se identificaba a la clase obrera “con los incontrolados, y sus conquistas y ensayos económicos eran motejados en términos despectivos como “locos ensayos económicos que sabotaban, con su “utopismo”, la economía nacional”. Forzosamente, el discurso de Durruti tenía que tratar sobre estos temas fundamentales para la revolución y de los peligros que la acechaban con la constitución del Gobierno de Largo Caballero¹³¹:

“Compañeros: en el Frente de Aragón, las milicias obreras no están inactivas: atacan, derrotan al enemigo y ganan terreno para la causa revolucionaria; pero esto es sólo el preludio de la gran ofensiva que las milicias van a emprender en todo el frente aragonés. Vosotros también, trabajadores de España, tenéis una importante misión que cumplir, porque la revolución no se gana y se asegura solamente tirando tiros, sino produciendo. No hay frente y retaguardia porque todos formamos un solo bloque que debe luchar unido para alcanzar el mismo objetivo. Y nuestro objetivo no puede ser otro que levantar una España representativa de la clase obrera.

“Los trabajadores que luchan hoy en el frente y en la retaguardia no luchan para defender los privilegios de la burguesía, sino que se batan por el derecho a vivir dignamente. La auténtica fuerza de España está en su clase obrera y en sus organizaciones. Después de la victoria, la CNT y la UGT discutirán y se pondrán

130. José Mira, op. cit.

131. Véase la prensa socialista, comunista y anarquista de la época.

DARIDAD OBRERA

DIARIO DE LA CLASE OBRERA
PUBLICADO EN LA CONFEDERACION OBRERA DEL TRABAJO DE ESPAÑA

Barcelona sábado 12 de septiembre de 1936

NÚMERO 1377

¡Que tomar Zaragoza! y la capital de Aragón se va des- plazando a pasos agigantados. - Hemos tomado Quicena, y han sido completa- mente marcados los reductos de Estrecho Quinto y Monte Aragón

ARAGONIA prosiguen junfai

Una vez más el pueblo aragonés se levanta para defender su libertad y su independencia. En estas horas, por el momento, se lucha en Quicena, Estrecho Quinto y Monte Aragón.

El pueblo aragonés se levanta para defender su libertad y su independencia. En estas horas, por el momento, se lucha en Quicena, Estrecho Quinto y Monte Aragón.

El pueblo aragonés se levanta para defender su libertad y su independencia. En estas horas, por el momento, se lucha en Quicena, Estrecho Quinto y Monte Aragón.

El pueblo aragonés se levanta para defender su libertad y su independencia. En estas horas, por el momento, se lucha en Quicena, Estrecho Quinto y Monte Aragón.

¡Al fascismo no se le discute, se le destruye!, ha dicho el camarada Buenaventura Durruti en su discurso dirigido a España entera desde uno de los micrófonos de las emisoras instaladas en el frente aragonés.



"El fascismo no se le discute se le destruye" - el abril 37

Federación Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña

De la crónica a todos al mismo que se celebró hoy día 12 del corriente a las diez de la mañana, en nuestro local social Via Layetana, número 21 y 23.

Oyendo a Quelpo de Llano Vino, discursos, mujeres y locura

Atendidos a los acuerdos del momento, se celebró en el local social de Via Layetana, número 21 y 23, una reunión de carácter informativo y de carácter político.

de acuerdo sobre las formas y orientaciones económica y política de España”.

“Nosotros, que nos encontramos en el campo de batalla, no nos batimos para obtener condecoraciones. No luchamos para ser diputados ni ministros. Cuando la victoria sea lograda y volvamos de los frentes a las ciudades y pueblos, ocuparemos los puestos en las fábricas, talleres, campos y minas de los cuales salimos. Nuestra gran victoria será la que ganemos en los puestos de producción...”

“Nosotros somos campesinos y sembramos contra las tempestades que puedan venir para poner en peligro nuestra cosecha, estamos prevenidos y sabemos cómo combatirlas. La cosecha está madura. ¡Almacenemos el grano! Y será para todos, y en el reparto no habrá privilegios. A la hora de la distribución, ni Azaña ni Caballero ni Durruti, tendrán derecho a una parte mayor. La cosecha pertenece a todos, a todos los que trabajan de una manera constante y sincera poniendo toda su inteligencia, voluntad y fuerza para que la cosecha no nos sea robada”.

“Trabajadores de Cataluña, hace pocos días que desde Sariñena me dirigí a vosotros para haceros patente el orgullo que sentía representándoos en el Frente de Aragón; e igualmente os decía que nosotros seríamos dignos de la confianza que habíais depositado en nuestros fusiles y en nosotros. Pero para que esa confianza y esta fraternidad persista es preciso que nos entregemos tan íntegramente a la lucha hasta el punto de dejar de pensar en nosotros mismos. Por encima de todo, vosotras, compañeras, no sigáis las llamadas de vuestro corazón, y dejad que sigan luchando los que se encuentran en el Frente de Aragón. No les escribáis anunciándoos malas noticias, soportadlas vosotras mismas. Dejadnos combatir. Pensad que es de todos nosotros que depende el futuro de España y el porvenir de nuestros hijos. ¡Ayudadnos a ser fuertes en esta guerra que exige de nosotros toda nuestra voluntad si deseamos vencer!

“Compañeros, las armas deben estar en el frente. Necesitamos todas las armas para levantar una barrera de hierro ante el enemigo. Tened confianza en nosotros. Las milicias no defenderán jamás los intereses de la burguesía. Ellas son y serán siempre la vanguardia proletaria en esta lucha que tenemos emprendida contra el capitalismo. El fascismo internacional está decidido a ganar la batalla, y nosotros debemos estar decididos a no perderla. A vosotros, trabajadores que me escucháis tras las líneas enemigas, os decimos que la hora de vuestra liberación está próxima. Las milicias libertarias avanzan, y nada ni nadie podrá detenerlas porque las empujan la voluntad de todo un pueblo. Colaborad vosotros también en nuestra obra sabotando la industria de guerra de los fascistas, creando centros de resistencia y guerrillas, tanto en la ciudad como en la montaña. Luchad, todos los que podáis, mientras quede una gota de sangre en vuestras venas.

“¡Trabajadores de España, coraje! ¡Si está escrito que en la vida de los hombres hay un momento en que hay que exponerla, digámonos que ese momento ya ha llegado y que es hoy!

“Compañeros, seamos optimistas. Nos acompaña nuestro ideal, que es nuestra fuerza. ¡Animo y adelante; al fascismo no se le discute, sino que se le destruye, porque fascismo y capitalismo son una misma cosa!”¹³².

García Oliver, Largo Caballero y el problema de Marruecos

Cuando la prensa dio cuenta del discurso de Durruti, cada periódico lo interpretó según su color político. Los comunistas y los socialistas tomaron de dicho discurso nada más que la llamada que Durruti hizo sobre “el envío de las armas al frente”. Y en torno a este tema, particularmente la prensa del PSUC, se entregó a un ataque en regla contra “los incontrolados”: que boicoteaban los frentes de batalla, reteniendo en la retaguardia los fusiles y la munición que hacía falta en las trincheras para destruir al fascismo. Después de atacar a los Comités de Defensa, aunque sin nombrarlos, se arremetió contra los Sindicatos y las colectivizaciones, manifestando que no era hora de “ensayos utópicos” en el terreno económico, sino de asegurar una producción por medios eficaces de mando y dirección. “Tampoco se decía era la hora de la revolución, sino de la defensa de la legalidad Republicana, que el fascismo había puesto en peligro”¹³³.

Los primeros en reaccionar contra esta campaña fueron los Comités de Defensa de Barcelona, que celebraron una amplia asamblea acordando la publicación de un manifiesto:

“Mientras que la Revolución no haya resuelto el problema del poder político y exista una fuerza armada obediente a las órdenes del Gobierno de Madrid no sometida al control de los trabajadores, *los grupos de defensa* no depondrán sus armas, porque ellas constituyen la defensa y la garantía de las conquistas revolucionarias”¹³⁴.

Por su parte, *Solidaridad Obrera* pasó en silencio el ataque a los Comités de Defensa; pero, sin embargo, saliendo en defensa de las colectividades, en el periódico se decía que la aplicación de una política de ataque a las conquistas obreras no podía conducir nada más que a la derrota, ya que la oposición al fascismo no tenía más fuerza que el entusiasmo revolucionario de la clase trabajadora. Si se desnuda a la guerra de su carácter revolucionario ningún obrero sentiría el más mínimo deseo de hacerse matar por un gobierno parecido al que existía antes del 19 de julio¹³⁵.

Fue durante el curso de esta polémica cuando los trabajadores de Sabadell, localidad próxima a Barcelona, se dieron cuenta de que habían sido almacenadas armas en el local del PSUC de esta población, procedentes del cuartel “Carlos

133. Véase la prensa citada de la época.

134. El autor fue testigo de este hecho. El Comité de Defensa de la Barriada de Gracia de Barcelona se puso a la cabeza de esta posición.

135. Véase números de *Solidaridad Obrera* del mes de septiembre de 1936.

Marx” de la capital catalana. Los sindicatos, alertados por el discurso de Durruti, enviaron a Bujaraloz una comisión para entrevistarse con el Comité de Guerra de la Columna e informarle de su hallazgo. La noticia circuló pronto entre los milicianos y los Comités de Centuria tomaron la resolución de enviar un ultimátum al Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña para que este organismo recuperara el material de guerra que el PSUC había sustraído de los frentes.

En la Columna “Durruti” la situación era explosiva. El Comité de Guerra telefoneó a Santillán y a Ricardo Sanz, responsables en el Comité Central de Milicias Antifascistas del Departamento de Milicias, exigiéndoles se recuperara inmediatamente ese material de guerra. Santillán, que se dio cuenta de que la amenaza que formularon los Comités de Centurias, de bajar a Barcelona y arreglar ese asunto directamente, no eran palabras vanas, sino que entrañaban una enorme gravedad, se puso inmediatamente al habla con el comité del cuartel “Carlos Marx”, advirtiéndole que si no entregaban el armamento que habían sustraído a los frentes, corrían el peligro de verse envueltos en un enfrentamiento armado. Sea porque realmente estaban asustados, sea porque no consideraban que había llegado la hora del enfrentamiento, el caso fue que entregaron las ocho ametralladoras que habían depositado en Sabadell ¹³⁶.

Tal era la situación en Barcelona, cuando el 15 de septiembre visitó España, por primera vez, el Secretario General de la AIT, a la cual la CNT se hallaba adherida. Hasta aquel momento, Pierre Besnard, desde el Secretariado de la AIT en París, se había limitado a atender y resolver los problemas que la CNT presentaba al Secretariado Internacional; pero cuando constató el carácter regresivo que iba tomando la revolución en España, abandonó la táctica seguida hasta entonces de aconsejar por cartas, para intervenir personalmente en los asuntos españoles. Llegado a Barcelona se entrevistó con el Comité Regional de la CNT de Cataluña y con los miembros de esta organización en el Comité Central de Milicias Antifascistas, exponiéndoles “que la única manera de sacar a la revolución española del cenagal en que la había metido Léon Blum, era internacionalizando su lucha”. Y a tal efecto, Pierre Besnard les expuso en detalle un plan para sublevar las tribus de Marruecos (Protectorado español), que debía iniciarse procurando la evasión de Abd-el-Krim ¹³⁷, desterrado por los franceses desde 1926 en la isla de la Reunión. Dicho plan debía coordinarse con una revolución en Portugal, po-

136. Diego Abad de Santillán, op. cit. Además, diversos testimonios de la Columna facilitaron detalles al autor.

137. Patriota rifeño que declaró la guerra a España y Francia. Implantó en el Rif la República rifeña. La confluencia de los dos ejércitos, masivamente concentrados contra el Rif, asistiéndose de aviación y la Flota, derrotaron al valiente guerrillero, que cayó prisionero en manos de los franceses el 27 de mayo de 1926. Y el 21 de agosto, Francia lo desterraba a la lejana isla de la Reunión. El éxito, que se le había prometido sería de poca duración, se prolongó 20 años. La prolongación de su exilio, y el trato recibido, le hizo exclamar que “de haber sabido la suerte que le esperaba, hubiera preferido morir al frente de sus bravos guerreros”. Y añadió: “En el Islam se está incubando una guerra que estallará como en el glorioso tiempo de los almorávides” *Cahiers d'Histore*, núm. 33, enero de 1964, París.

tencia aliada con Franco. En relación a Portugal, les señaló que mantenía relaciones con la oposición en ese país, y que ésta mostraba intenciones de lanzarse a la calle. Que en la citada conspiración había entrado también la Confederación General del Trabajo, adherida a la AIT, la cual se proponía, junto con la oposición política, desencadenar una acción contra la dictadura de Salazar. Pierre Besnard daba a sus dos iniciativas una gran importancia, y de efectos benéficos sobre la revolución española. A modo de conclusión, Besnard señaló que antes de abandonar París se había entrevistado con Léon Jouhaux y otros socialistas de la oposición a la política de Léon Blum, sobre “la no-intervención”, y que éstos le autorizaron a hablar en nombre de ellos a fin de convencer a Largo Caballero para que hiciera una declaración pública, por la cual el Gobierno republicano español acordaba la independencia del Rif y de todo el Protectorado español¹³⁸.

García Oliver dijo a Pierre Besnard que necesitaba reflexionar sobre esa información, y que era conveniente prevenir a Durruti para que asistiera a ese cambio de impresiones. Previno por teléfono a Durruti y éste llegó aquel mismo día a Barcelona. En la reunión celebrada, García Oliver informó de las gestiones que venía realizando con los elementos marroquíes desde julio y que las mismas se encontraban en buena vía, y que el Comité de Acción Marroquí (CAM) iba a enviar una delegación a Barcelona para negociar la manera en que dicho organismo podría colaborar con el Gobierno republicano en su lucha contra los militares sublevados.

En el documento que utilizamos de Pierre Besnard sobre el intrincado asunto en cuestión, éste pone mucha insistencia en resaltar la discrepancia que hubo entre Durruti y Santillán con García Oliver en relación al problema de Marruecos, pero no habla para nada de las gestiones orientadas por García Oliver con el Comité presidido por El Fassi. De acuerdo con los documentos que nosotros poseemos nos resulta difícil creer que no se informó al Secretario General de la AIT

138. La delegación española de la CNT al Congreso Internacional de la AIT, en diciembre de 1937, trató “de infantil el proyecto de Pierre Besnard”, en relación a Marruecos (véase Informe citado). La reflexión que seguramente se hizo el Comité Nacional de la CNT, y era lógica, se basaba en estos puntos: ¿Cómo podían interesarse los políticos franceses en la cuestión de una declaración de independencia por parte del Gobierno español, al Protectorado de Marruecos, siendo Francia la menos interesada en ello? Y sin embargo así era. No todos los socialistas franceses compartían los puntos de vista de Blum sobre la “no intervención” y tampoco el cruzarse de brazos en el asunto marroquí. Recientemente se ha publicado (*Le Monde*, 26-XI-1975) una carta inédita de Vincent Auriol dirigida a Léon Blum tratando precisamente el problema que creaba Franco en Marruecos actuando como un sublevado contra un gobierno legítimo; tampoco Auriol se mostraba satisfecho del plan de “no intervención”, que él calificaba de *jeux de dupes* (juego de engaños). Que ese malestar existía es un hecho, y que había personalidades que estaban dispuestas a ayudar más intensamente a la España republicana está fuera de toda duda. Sin embargo, la liberación de Abd-el-Krim era una cosa muy hipotética, mientras que las gestiones que promovía García Oliver eran más realizables. La responsabilidad máxima del proyecto incumbe a partes iguales a Blum y a Largo Caballero, aunque tanto uno como otro luego lo lamentarán...

sobre esas diligencias, y por ello hemos hecho, párrafos arriba, la afirmación de que García Oliver notificó sus pasos al respecto en aquella reunión. Como el documento de Besnard puede prestarse a confusión, pensamos que cuando él afirma que Durruti y Santillán se inclinaron por Abd-el-Krim, lo entendemos en el sentido que se juzgaba la intervención del líder marroquí exiliado más eficaz que la de los notables de Fez, lo que no quiere decir que se jugara la carta Abd-el-Krim preferentemente a la de El Fassi. Y la razón era obvia. Los notables de Fez estaban en libertad y a una hora de vuelo de Barcelona, mientras que Abd-el-Krim se encontraba preso y a miles de kilómetros del Rif. Dada la posición de los franceses con relación a Marruecos, y más concretamente con Abd-el-Krim, el proyecto de Pierre Besnard, pese a obtener simpatías entre los socialistas de oposición a la política de Léon Blum no pasaba de un quimérico deseo con escasas posibilidades de realización.

Lo importante de la citada reunión, y es lo que interesa para nuestro caso, fue que se retuvo una cuestión fundamental, consistente en que, tanto la intervención de Abd-el-Krim como la del Comité de Acción Marroquí pasaba por una declaración del Gobierno español de independencia de Marruecos. Dada la personalidad de Pierre Besnard, y el apoyo que llevaba de los socialistas franceses y del propio Secretario General de la CGT de Francia, si lograba de Largo Caballero que se interesara por el asunto de Marruecos, ello sería camino avanzado en el proyecto de insurrección de las tribus del Rif. Para que Besnard se encontrara mejor apoyado en su entrevista con Largo Caballero, García Oliver previno de la entrevista y sus objetivos a Lluís Companys, y éste informó a Largo Caballero sobre lo que Besnard debía discutir con él, señalándole a la vez que consideraba esos asuntos muy importantes para la causa republicana.

El 16 de septiembre Pierre Besnard salió para Madrid en avión; pero, a causa del mal tiempo, el aparato tuvo que hacer escala en Valencia, y no pudo reemprender el vuelo hasta el día 17, llegando a la capital de España hacia el mediodía, cosa que significaba un retraso considerable en relación a la hora señalada a Largo Caballero como posible llegada de Besnard. Había, efectivamente, un retraso, pero dadas las circunstancias, eso no era motivo para tenerlo en cuenta y utilizarlo como reproche, cosa que como vamos a ver hará Largo Caballero a Pierre Besnard con el propósito de esquivar la entrevista.

Tan pronto como Pierre Besnard llegó a Madrid, se presentó en el Ministerio de la Guerra, y se le anunció que el Presidente del Consejo de Ministros no podía recibirle porque se encontraba ausente. Entonces Besnard se dirigió al Comité Nacional de la CNT, cuyos miembros, una vez informados, le delegaron como acompañante a Federica Montseny, que se encontraba accidentalmente en Madrid. A las 17 horas Largo Caballero recibió a Federica Montseny y a Pierre Besnard, pero de muy mal humor, basado "en un vago incidente que acababa de tener con la CNT". La intención en Largo Caballero era clara, pues con el pretexto de que no se encontraba de buen humor, trataba de esquivar la discusión sobre el proyecto de Marruecos. Federica Montseny respondió también de manera airada a Largo Caballero, diciéndole que no se podían postergar asuntos vitales bajo la excusa de "vagos incidentes". La actitud de Federica impresionó al líder

socialista y aparentó calmarse, pero no accedió a la entrevista, fijándola para el día 18 de septiembre a las 16 horas.

El día 18 a las 16 horas, Pierre Besnard, acompañado esta vez del Secretario General de la CNT, David Antona, aguardó en la antesala; ambos hubieron de esperar para ser recibidos a las 17 horas ¹³⁹. La recepción fue fría e incluso descortés. Sin preámbulos, Largo Caballero se negó a discutir con el Secretario de la AIT, añadiendo que él sentía horror por las complicaciones. Besnard respondió también utilizando el mismo tono y le dijo que la CNT, organización obrera tanto o más importante que la UGT, pertenecía a la Internacional de la que él era Secretario. Quizá porque Largo Caballero no esperaba esa puntualización, ni tampoco una actitud tan arrogante como la suya, fue el caso que se calmó, y bajó el tono, pero una conversación de la importancia que significaba la cuestión a discutir, estaba claro que requería otro clima psicológico. ¿Fue casual y temperamental todo eso? Hay motivos para pensar que por parte de Largo Caballero fue todo deliberado. Pues no tratándose ni tan siquiera el tema, caso que algún colega suyo francés reprochara su actitud, él podía siempre alegar una ignorancia completa del asunto. “Nos separamos —escribe Besnard— después de un agrídulce cambio de palabras”. Estando presente David Antona, éste informó al resto de los miembros del Comité Nacional sobre el incidente que, según Besnard, “tomaron nota sin reaccionar”. Visto esto, Pierre Besnard optó por redactar una carta abierta a Largo Caballero, que el Comité Nacional se comprometió a publicar. El texto en cuestión no rozaba puntos importantes, sino simplemente ponía los puntos sobre las íes respecto a las relaciones que debían existir de mutuo respeto entre la CNT y la UGT ¹⁴⁰.

De vuelta a Barcelona, Besnard informó a García Oliver del comportamiento de Largo Caballero. Esa información dejó muy preocupado a García Oliver, pues justamente acababa de llegar a Barcelona la delegación del Comité de Acción Marroquí para tratar en torno a la cuestión del Protectorado español.

Cuando Besnard tomó plaza en el avión que debía conducirlo a París, consignó en su *Diario* la impresión que se llevaba de España:

“La revolución va marcha atrás, y no es por defecto del pueblo, puesto que éste se bate con un entusiasmo sin igual, sino de sus dirigentes, que van a remolque de los acontecimientos, dando pruebas con ello de haber perdido la iniciativa revolucionaria y aceptando situaciones humillantes como la que yo he vivido ante Largo Caballero. Si el anarquismo comete la estupidez de colaborar con Largo Caballero o simplemente apoyarlo, la Revolución estará irremediabilmente perdida. El único medio que tiene el anarquismo para salir de ese círculo infernal en el que se ha metido es la prueba de fuerza. Pero yo me pregunto si los dirigentes

139. Esa espera quedó explicada por la visita que de improviso le hizo a Largo Caballero el embajador soviético. Resulta curiosa dicha visita y también la coincidencia de que Koltsov se ocupe en su *Diario*, en los días 18 y 20 de septiembre, de Marruecos y de Abd-el-Krim.

140. Pierre Besnard, informe citado.

de la CNT hoy son los mismos hombres del 19 de julio. El único que me parece escapar a esa regla es Durruti, tipo de revolucionario original, que en muchos aspectos recuerda al guerrillero Néstor Makhno. Como éste, él actúa con el pueblo, sin separarse del mismo, y en eso se diferencia de los otros dirigentes anarquistas”.

Sobre muchos puntos, Besnard considera a Durruti “como superior al ucraniano”, particularmente “en el dominio que Durruti ejerce sobre sí mismo”¹⁴¹.

Siguiendo el documento de Besnard, se comprueba que éste pudo entrevistarse, aunque por muy escaso tiempo, con Durruti en Barcelona, antes de volver a Francia. Esa premura de tiempo era debida a que se había iniciado en el sector que ocupaba la Columna, frente a Zaragoza, un ataque del enemigo, y Durruti fue llamado urgentemente del frente. Sin embargo, Durruti empleó tiempo suficiente para discutir con Besnard la cuestión del armamento de la Columna, y encargó al Secretario de la AIT que contactara por todos los medios posibles con algún consorcio armamentista que estuviese en condición de procurar armamento moderno y en abundancia.

Mientras Durruti salió para el frente de Aragón, García Oliver se entregó en el frente diplomático a las conversaciones con los líderes nacionalistas árabes, representantes del Comité de Acción Marroquí, llegados a Barcelona.

El primer contacto con los nacionalistas árabes, como ya hemos dicho, fue a últimos de julio. El centro nacionalista de Ginebra se puso en contacto con Fez y Tetuán (los dos centros del CAM). Mientras los líderes nacionalistas árabes discutían la proposición del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, coincidieron en Fez dos franceses: Robert Louzon y David Rousset. El primero iba delegado por la CNT-FAI para impulsar los primeros contactos, y el segundo se encontraba en Fez como delegado de la Sección francesa de la IV Internacional¹⁴². La intervención de estos dos militantes cerca del CAM aceleró

141. *Idem*.

142. David Rousset ha tenido a bien darnos amplias referencias sobre este asunto. En agosto de 1936, miembro del Bureau Político del POI (Partido Obrero Internacional), en la sección de asuntos coloniales, se encontraba en Fez en relación con miembros del CAM (movimiento que llegó a concretizarse como embrión de partido político marroquí en 1934), y pensó en lo importante que sería para la República española que el CAM tomara posición en favor de ésta y contra Franco, y entonces trabajó en ese sentido. Mientras tanto, Robert Louzon, que se encontró en Barcelona con Simone Weil, tuvo conocimiento, por parte de ésta, de la agitación que se manifestaba en las cábilas, y de lo esencial que sería estimular dicho movimiento, con el objetivo de crear dificultades a Franco en su retaguardia. Louzon se entrevistó con elementos de la CNT y de la FAI, que le delegaron para ir a Fez. Por lo que se desprende de lo que nos han comunicado David Rousset y el propio Robert Louzon, ambos estaban en la ignorancia de los tratos que García Oliver tenía establecidos desde julio, a través de Suiza, con el CAM. Y como de este asunto pensamos que es la primera vez que se habla con amplitud, no es extraña la confusión que lo envuelve y las pocas referencias que de él se dan. Los mejor informados al respecto, como son Pierre Broué y Emile Témime, en su historia de la revolución en España, apenas tocan la cuestión, presentando a David Rousset y Jean Rus como los instigadores de esas transacciones entre republicanos españoles y árabes, sin llegar más lejos en sus investigaciones.

a éste el enviar una primera delegación a Barcelona, presidida por el joven Abdeljalk Torres, y de cuya delegación García Oliver nos dice lo siguiente:

“Recuerdo que uno de los delegados marroquíes, que simpatizó mucho conmigo, hasta el extremo de que antes recibía siempre de él la felicitación anual de Año Nuevo, se llamaba Torres, creo que hijo de uno de los grandes jefes marroquíes. Les expliqué mi plan, que escucharon atentamente, y que consistía en esto: el Comité Central de Milicias les ofrecía armamento y dinero para promover una sublevación general en Marruecos contra los militares de Franco y por la independencia de su país, pudiendo ellos, desde aquel momento, pedirme las garantías que estimasen convenientes. Ellos no discutieron nada. Simplemente me dijeron que su misión, consistente en escuchar mis deseos y proposiciones, estaba terminada, faltando solamente que regresasen a dar cuenta al CAM, que en este asunto había sido designado por el Comité Panislámico, por ser Marruecos el primer eslabón en el problema español”.

Hacia el 20 de septiembre se situó la tercera fase de esas negociaciones, que era la que debía atender García Oliver, recién salido Besnard de España. Pero prosigamos utilizando la misma fuente de información:

“Regresaron los delegados del CAM y, a mis proposiciones concretas sobre ayuda económica y armamento para luchar en Marruecos contra los militares y por la defensa de su país, expusieron sus puntos de vista y proposiciones, consistentes en:

“1. No aceptaban, en aquellos momentos, la independencia de Marruecos, porque, según ellos, su independencia atraería sobre Marruecos la dominación de Italia o Alemania, que consideraban peores que la española.

“2. Ellos deseaban, entonces, para Marruecos, una autonomía parecida a la que Inglaterra había concedido a Irak después de la I Guerra Mundial.

“3. Si nosotros aceptábamos los dos puntos anteriores, ellos estaban dispuestos a suscribir el correspondiente Pacto, que entraría en vigor después que nosotros lográsemos lo siguiente:

“a) Que lo aceptase y lo hiciese suyo el Gobierno de la República Española.

“Y b) Que el Gobierno de la República Española lograra que, a su vez, fuese aceptado por el Gobierno de Francia”.

“Como es natural —prosigue García Oliver—, dichos puntos de vista substrajan de nuestra dirección revolucionaria el problema, tanto marroquí como panislámico, centrándolo por parte de ellos en un punto esencialmente conservador y legalista. Mi punto de vista, reiteradamente expuesto a ellos, consistía en lo que sigue: vivíamos una situación revolucionaria en España, la cual, de triunfar, como esperábamos, había de afectar necesariamente todas nuestras relaciones internacionales, comprendido Marruecos. Por ello, les aconsejaba aceptar la actitud revolucionaria de admitir inmediatamente el hecho, en espera de que después el Derecho ya se restablecería. No obstante, ellos, representantes de un mundo árabe todavía durmiendo la secular siesta de la sumisión al mundo occidental, se aferraron a la orientación conservadora del mandato que habían recibido, de primero el Derecho para después ir al Hecho.

“Sin embargo, no queriendo yo desear las escasas posibilidades que pudie-

rarse obtener de los imprevistos acontecimientos que pudieran presentarse, no rompí las negociaciones, antes bien, las aceleré admitiendo suscribir todos sus puntos de vista y condiciones, con las reservas verbales de que me temía que la condición del apartado B hacía completamente nulo todo lo tratado, lo que suponía postergar *sine die* las posibilidades de obtener ellos la independencia de Marruecos. Convinimos que al día siguiente se haría la firma del Pacto en tres originales: uno para el C.C. de M.A. de C., que yo guardaría; otro para el Gobierno de la República; y el tercero para el CAM. La firma, que fue un acto rodeado por mí de todo el esplendor posible, se realizó en el Salón llamado del Trono, de la Capitanía General de Barcelona, con la presencia de los tres delegados del CAM del pleno de delegados componentes del C.C. de M.A. de C., y la asistencia de todos los Secretarios Generales y Presidentes de las Organizaciones y Partidos componentes del C.C. de M.A. de C., que firmaron también el Pacto, de cuyo acto se tomó una fotografía de conjunto que también fue firmada y que quedó en mi poder”¹⁴³.

En el supuesto de que el Pacto fuera aceptado por el Gobierno de la República española, el CAM se comprometía a organizar la sublevación en Marruecos contra Franco; oponerse al reclutamiento de moros en el Protectorado por parte de los sublevados y, por fin, realizar una campaña de desmoralización entre las tropas moras que luchaban en la Península contra la República española.

A fin de informar al Gobierno de Madrid, el Comité Central de Milicias Antifascistas nombró una delegación con la misión no solamente de informar sino de defender el Pacto. Los delegados nombrados fueron Aurelio Fernández por la CNT-FAI, Rafael Vidiella por la UGT y el PSUC, Jaume Miravittles por la Esquerra Republicana de Catalunya, y Julián Gorkin por el POUM. En Madrid la primera personalidad con que la delegación se entrevistó fue el ministro de Marina, Indalecio Prieto. Informado del asunto, repuso:

“Estoy de acuerdo con ese convenio que ustedes han firmado, y estoy dispuesto incluso a defenderlo en el próximo Consejo de Ministros. Y asimismo a pedir que se voten créditos para la compra de armas con destino a esos marroquíes. Y si su lucha en el Marruecos español tiene repercusiones en el Marruecos francés, miel sobre hojaldres”.

La entrevista con Largo Caballero no fue tan optimista. Rodolfo Llopis, que ocupaba el cargo de secretario general del Jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, se encargó de introducir a la delegación ante el Presidente del Gobierno:

“Nos recibió Caballero de pie y, al terminar mi breve exposición, exclamó lacónicamente: “-Pero ustedes representan a una región autónoma y no tienen autoridad para negociar ni firmar convenios ni pactos. Vayan en busca de esos delegados marroquíes, y que vengan a tratar conmigo y entonces veremos”¹⁴⁴.

Como no era cosa que, por una cuestión de amor propio, se perdiera esa oportu-

143. García Oliver, en carta al autor.

144. Testimonio de Julián Gorkin, comunicado al autor.

tunidad, se comunicó a la delegación marroquí que Largo Caballero deseaba entenderse directamente con ellos. La delegación marroquí se entrevistó con Largo Caballero, y los resultados de dicha entrevista fueron comunicados, por los propios marroquíes, a David Rousset, que los precede del siguiente comentario:

“En Madrid (la delegación marroquí) se encontró con Largo Caballero, quien había sido sometido a una fuerte presión del lado de París y de Londres. París y Londres, que habían sido informados, ¿cómo?, ¡yo no lo sé!, pero era natural e inevitable, sobre ese proyecto, eran francamente hostiles. En el caso de París se comprende, porque el Gobierno de Léon Blum debió preguntarse qué podría ocurrir en el caso que efectivamente el Rif consiguiera su independencia. En consecuencia, el Gobierno español explicó a la delegación árabe que no podía ratificar el tratado hecho en Barcelona, pero que estaba dispuesto a facilitar dinero y armas para que se llevaran a efecto acciones contra Franco en el Protectorado español. Aquí —sigue comentando David Rousset— topamos con el comportamiento de la delegación marroquí. Si yo me hubiese encontrado junto a ellos, debo decir que les hubiera aconsejado aceptar los medios de acción, lo que no fue el caso. La delegación marroquí se comportó como una delegación representante de un movimiento burgués, que no desea emprender operaciones si estas no reciben todas las garantías políticas necesarias. Respondieron a Largo Caballero “que ellos no eran agentes del *Segundo Bureau*. Que estaban dispuestos a emprender inmediatamente su acción en los términos que se reconocían en lo tratado en Barcelona”, que no era otra cosa que un pacto del tipo tratado Franco-Sirio”¹⁴⁵.

Concluamos este importante e ignorado capítulo de la revolución española, en el que diversos testimonios interrogados independientemente coinciden casi en su totalidad en la exposición del mismo hecho, cosa verdaderamente rara en la historia, citando el testimonio de Allal el Fassi, uno de los delegados marroquíes:

“...Una delegación de republicanos españoles se trasladó a Ginebra a fin de contactar al emir Shakib Arsalane y estudiar con él esta cuestión. El emir les comunicó que sólo nuestro comité (el CAM) era capaz de realizar ese proyecto, naturalmente si él obtenía satisfacción en sus reivindicaciones. Nuestra delegación fue recibida en septiembre de 1936 por el Gobierno catalán, reservándole la recepción propia a los diplomáticos oficiales. Las conversaciones se mantuvieron en un clima de comprensión y de mutuo respeto (...). Pero los esfuerzos que hicieron los representantes catalanes fueron vanos, y este acuerdo quedó en letra muerta”.

Las razones de ello las da el mismo Allal el Fassi:

“Después de una discusión entre las dos partes, el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Madrid (nota nuestra: Julio Alvarez del Vayo), se mostró muy reservado, y solicitó postergar la decisión hasta que se consultara al Gobierno de Francia. Más tarde —continúa escribiendo Allal el Fassi— supimos que el ministro español consultó al Gobierno francés, y que éste consultó al general Nogues (representante de Francia en Marruecos-zona francesa), y éste re-

145. David Rousset, en el testimonio citado recogido en cinta magnetofónica.

chazó todo acuerdo sobre ese grave proyecto. Monsieur Herriot amenazó con las peores represalias, caso que España diera su acuerdo sobre tal cosa, que él consideraba una locura. El Gobierno español —concluye Allal el Fassi— presentó verbalmente sus excusas a nuestra delegación, por no poder proclamar la independencia de Marruecos en aquella coyuntura, y pedía a nuestra delegación del CAM que aceptara la suma de 40 millones de pesetas que servirían para realizar propaganda en favor de la democracia española. Esto acompañado de la promesa que la República, una vez victoriosa, obraría por el bien de Marruecos (...). Nuestra delegación se sintió ofendida por esta vil proposición, y se retiró de la sala de conferencias en señal de protesta”¹⁴⁶.

A partir de este momento la Revolución española quedaba asediada.

3

146. Allal el-Fassi, *Les mouvements nationalistes au Maghreb*, Ed. Abde-saalam Guessous, Tánger, s. d., 1973, págs. 179-82. Traducido directamente del árabe para esta biografía por Jakima K.

Antonov Ovssenko y García Oliver

Desde sus comienzos, la guerra civil española trascendió sus marcos territoriales y se situó como un conflicto internacional. Las primeras potencias en intervenir fueron Italia (Mussolini) y Alemania (Hitler). Luego siguió Francia (Frente Popular), como proveedora de armamento al Gobierno republicano español. El Gobierno francés se vio forzado a fijar su posición cuando el 19 de julio recibió un telegrama del primer ministro de España, José Giral, quien, recordando los compromisos entre ambos Estados, solicitaba con urgencia el envío de una cantidad determinada de aviones, cañones y munición (existía un acuerdo previo en cuanto a la venta de armas, firmado por Alcalá Zamora, por España, y Edouard Herriot, por Francia, de 1932).

Léon Blum, que recibió aquel mismo día 19 el cable de Madrid, consultó con los hombres de su partido: unos no pusieron en duda la necesidad de dar cumplimiento a los acuerdos con la España republicana; pero otros plantearon que eso significaría poner a Francia ante el grave riesgo de una guerra contra Alemania. Esta última opinión era compartida por el mismo primer ministro Blum. Vincent Auriol, por el contrario, pensaba que no solamente había que cumplir con España en cuanto a lo provisión de armas, sino también intervenir en Marruecos, puesto que, en ambos casos, así lo exigían los contratos establecidos: “El general Franco no es otra cosa que un rebelde que altera el orden de Marruecos”¹⁴⁷.

Indeciso, Léon Blum viajó a Londres en busca de consejo. La respuesta que el líder socialista recibió de Inglaterra fue que se mantuviera fuera de ese conflicto en suelo ibérico, “dejando que los españoles se degollaran entre ellos”. Léon Blum, para tranquilizar su “conciencia socialista”, ideó “la política del justo”: la “No-intervención”¹⁴⁸.

147. Carta citada de Vincent Auriol a Léon Blum.

148. Terminada la guerra española y también la Segunda Guerra Mundial, Francisco Largo Caballero escribió su opinión sobre la No Intervención: “¿Qué temía Blum? ¿Una conflagración europea? A León Blum le ocurrió lo que al ciego que huyendo del abismo se precipitó en él. No vio lo que cualquier campesino analfabeto veía (...). Resultado positivo de la No Intervención: restringir a la República las posibilidades de armarse para su defensa, y ampliarlas a los traidores para que la vencieran (...). No sé si será acariciar una ilusión el esperar que algún día los responsables de tal felonía den cuenta de su conducta al proletariado francés, a los socialistas y republicanos españoles, y a la Internacional Socialista. Si esto no se hace, habrá que reconocer que la solidaridad internacional entre los partidos socialistas y los organismos obreros son simples palabras para engañar a los trabajadores (...). Hay errores políticos que, por su trascendencia, no pueden ser perdonados”. En Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos, México 1954, pág. 198.

La “No-intervención” consistió, en realidad, en privar a la República española de fuentes de suministro bélico y, por el contrario, darle a Franco todas las posibilidades de triunfo gracias a la constante ayuda que recibía de Italia, Alemania y de la misma Inglaterra; esta última, bajo pretexto de proteger sus intereses mineros de Almadén (de mercurio) ¹⁴⁹.

La Unión Soviética, por su lado, se mantuvo a la expectativa, observando la actitud que tomaban “las democracias occidentales” con relación a la guerra de España. Y cuando vio que podía intervenir sin mayores riesgos y sin exponer demasiado, así lo hizo, tal como lo explica claramente uno de sus agentes:

“Stalin intervino con la idea de hacer de Madrid un vasallo del Kremlin. Con tal vasallo obtendría, por un lado, estrechas relaciones con París y Londres y, por el otro, reforzaría su posición para un tratado con Berlín y Roma. Una vez dueño de España, posición de vital importancia estratégica para Francia y Gran Bretaña, su nave del Estado encontraría la seguridad que deseaba, y entonces vendría a ser una potencia con la que habría que contar y un aliado codiciado”.

Y el mismo agente prosigue:

“Pero Stalin, al revés que Mussolini, quería jugar con España sin arriesgar nada. La intervención soviética pudo, en ciertos momentos, haber sido decisiva si Stalin hubiese arriesgado del lado gubernamental lo que Mussolini hizo al lado de Franco. Pero Stalin no arriesgó nada. Hasta se aseguró con anterioridad que había bastante oro en el Banco de España para cubrir con creces el costo de su ayuda material a Madrid. Stalin procuró siempre, por todos los medios, evitar que la Unión Soviética se viera envuelta en una conflagración. Su intervención fue bajo la consigna de “mantenerse fuera del alcance del fuego de artillería”. Esta consigna trazó nuestra línea de conducta durante toda nuestra campaña” ¹⁵⁰.

La primera fase de la intervención soviética se inició en agosto de 1936, cuando se establecieron las relaciones diplomáticas entre España y la Unión Soviética (la URSS).

La República española envió a Moscú a Marcelino Pascua y la Unión Soviética a Madrid a Marcel Rosenberg, un verdadero burócrata, asistido por dos personajes importantes, Ilya Ehrenburg y Mijail Koltsov.

La segunda fase de la intromisión soviética en la guerra en España la facilitó la República española cuando, a fines de agosto, llegaron a Rusia tres españoles con la misión de concertar con la URSS una compra de armamento. Esos empleados habían ya fracasado en su intento con los armamentistas Vickers de Inglaterra, Skoda de Checoslovaquia y Schneider de Francia. Una vez en Rusia, discutieron en la ciudad de Odesa con una personalidad soviética, asegurándole que España estaba dispuesta a pagar en oro contante y sonante cualquier material de guerra

149. Henri Rabasseire, op. cit.

150. W. G. Krivitsky, *La mano de Stalin sobre España*, Claridad, Toulouse, 1945; Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, Editorial G. del Toro, Madrid, 1974; Dominique Desanti, op. cit.; José Peirats, op. cit.; Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, Ed. Oasis, México, 1968, vol. II.

que se le vendiera. La personalidad rusa que les atendió les buscó un hotel en Odesa, dejándolos allí sometidos a la vigilancia de la policía secreta política soviética GPU. De todos modos, la URSS debía tomar una decisión al respecto, y así fue, estableciendo la siguiente determinación: El jueves 28 de agosto de 1936 Stalin firmó un decreto por el cual el comisario de Relaciones Exteriores de la URSS prohibía “la exportación, reexportación o tránsito a España de toda clase de armamentos, municiones, material de guerra, aeroplanos y barcos de guerra”.

Con este decreto, Stalin colocaba a la Unión Soviética entre las potencias firmantes de la “No-intervención”. Pero esto era una coartada, porque en septiembre, después de formarse en Madrid el Gobierno de Largo Caballero, Stalin reunió el Buró Político y en esa reunión se manifestó partidario de una acción inmediata en España; pero Stalin hizo hincapié a sus comisarios de que la ayuda a España, por parte del Soviet, debía llevarse con todo secreto, con el fin de eliminar cualquier posibilidad de que su Gobierno se viera envuelto en un conflicto armado.

“Dos días después de esta reunión —prosigue Krivitsky, en el folleto citado—, un enviado especial vino a Holanda en avión y me trajo instrucciones de Moscú. Esas órdenes fueron: “Amplíe inmediatamente sus actividades a la guerra civil española. Movilice todos los agentes disponibles, y dé todas las facilidades para la pronta creación de un sistema de compra y transporte de armamento a España. Sale un agente para París para ayudarlo en este trabajo. Se presentará a usted y trabajará bajo su dirección”.

“Al mismo tiempo —continúa el agente ruso—, Stalin daba instrucciones en Moscú a Yagoda, entonces jefe de la GPU, de establecer una ramificación de la policía secreta soviética en España:

“El 14 de septiembre, Yagoda convoca una conferencia urgente en la Lubianka, su oficina central de Moscú, en la que estaban presentes el general Uritaky, del Estado Mayor del Ejército Rojo; Frinovsky, actual comisario de Marina, y por aquel entonces jefe de las Fuerzas Militares de la GPU pero considerado ya en el seno de los círculos soviéticos como uno de los hombres de Stalin que más prometía; y mi camarada Sloulsky, jefe del Departamento Extranjero de la GPU. En esa conferencia se designó a un oficial para organizar la GPU en la España republicana, llamado Nikilsky, alias Schewed, alias Lyova, alias Orlov. “La conferencia de la Lubianka puso también bajo el control de la policía secreta soviética las actividades del Komintern en España. Decidió coordinar o armonizar las actividades del Partido Comunista Español con la policía de la GPU.

“Otra de las decisiones de esta conferencia —concluye Krivitsky— fue que la policía de la GPU se hiciese cargo del movimiento de voluntarios de cada país hacia España. En el Comité Central de cada Partido Comunista del mundo hay un miembro que desempeña una misión secreta de la GPU”. Bajo estas orientaciones se puso en marcha la intervención de Stalin en España”.

Mientras tenían lugar todas estas medidas en la Unión Soviética, Rosenberg, junto con Ehrenburg y Koltsov, entraban en relación en España con los hombres representativos de las organizaciones y partidos políticos, a fin de convencerles de la necesidad de una vuelta a la normalidad republicana que existía antes del 19 de julio. El más “trabajado” fue Largo Caballero. Ehrenburg insistió a Moscú, por

intermedio de Rosemberg, para que se mandara un cónsul de “peso” a Cataluña, que pudiera ir sobre los dirigentes anarquistas. Moscú envió a Antonov Ovssenko. A principios de la segunda quincena de septiembre, Ehrenburg se encontró con Ovssenko en París, que viajaba para Barcelona ya como cónsul soviético en la mencionada capital catalana. Sobre dicho encuentro, Ehrenburg escribe:

Ovssenko a Ehrenburg:

“—Me han dado órdenes en Moscú de que haga entrar en razón a los anarquistas para que participen en la defensa...”

Comentario de Ehrenburg:

“—¡Qué suerte que sea Ovssenko el que ha elegido Moscú como cónsul para Barcelona! El sabrá influir sobre Durruti, porque no tiene nada de diplomático ni de alto funcionario: es modesto, simple y respira aún la atmósfera de Octubre (1917), que todavía no ha olvidado la clandestinidad de antes de la revolución. Yo tenía razón: Antonov Ovssenko aprendió rápidamente a hablar el catalán y ligó amistad con Companys y Durruti”¹⁵¹.

No tenemos ninguna referencia de que haya habido entrevistas entre Ovssenko y Durruti, pero no es extraño. Sin embargo, Jaume Miravittles ha escrito sobre las relaciones entre Ovssenko y García Oliver, algo que juzgamos de interés reproducir:

“Stalin enviaba un alto funcionario a Madrid y un revolucionario a Barcelona ¿Por qué esa diferencia? Las tareas de uno y otro eran diferentes. Antonov Ovssenko venía a Barcelona, capital del anarcosindicalismo español y centro europeo de una ideología revolucionaria hostil al marxismo. Nunca había habido un movimiento socialista catalán de cierta envergadura. El Partido Socialista Obrero Español había sido siempre una organización minúscula, sin ninguna fuerza. La Unió Socialista de Catalunya tenía, seguramente, dirigentes de prestigio, pero sin su alianza electoral con la Esquerra no hubiera tenido nunca un diputado ni un consejero municipal. El Partido Comunista pro Moscú, era, de hecho, inexistente, y el Bloc Obrer i Camperol (Bloque Obrero y Campesino) era una agrupación joven y dinámica, pero sin ninguna influencia en las masas obreras del país.

“Las dos grandes fuerzas populares eran la CNT, de raíz anarcosindicalista, y la Esquerra Republicana, de raíz catalanista. La misión del cónsul general soviético era ciertamente difícil, más peligrosa aún que el asalto al Palacio de Invierno: tenía que atraer, neutralizar o destruir aquellas dos fuerzas.

“Pocos días después de su llegada a Barcelona, y orientado probablemente por un conocedor de la escena política catalana, Antonov Ovssenko entró en relaciones personales conmigo, de la Esquerra, y con García Oliver, uno de los representantes más auténticos del anarcosindicalismo catalán.

“En principio, el cónsul soviético se hospedó en el hotel Majestic del Paseo de Gracia. Y en dos o tres ocasiones nos invitó —a García Oliver y a mí— a comer con él a solas, simplemente para “hablar de la situación”. Su propósito era doble:

151. Ilya Ehrenburg, *op. cit.*

enterarse de quiénes éramos y cómo pensábamos, y estudiar si había posibilidad de ganarnos para su tesis.

“Entonces la discusión estaba centrada entre la alternativa: “guerra-revolución”. Los anarquistas defendían la tesis revolucionaria. Una vez convertido el golpe de Estado 18-19 de julio de 1936 en guerra civil —decía García Oliver—, la victoria de las fuerzas republicanas no puede ser nada más que el resultado de la acción militante de la clase obrera. Y, por tanto, es necesario hacer “una guerra revolucionaria”, expresión física, social y económica del proletariado revolucionario.

“La tesis del cónsul soviético era contraria. No se trataba de la revolución obrera, sino de un movimiento de liberación nacional, en el cual pueden participar todas las fuerzas antifascistas, desde los obreros a los burgueses liberales, pasando por las clases medias e intelectuales. Es necesario dejar en suspenso todas las reformas sociales susceptibles de acentuar el antagonismo de algunos de aquellos estamentos populares, hasta *después* de la victoria. Ahora tenemos que hacer la guerra; después haremos la revolución.

“Este debate —comenta Miravittles— (que continua siendo válido en muchas situaciones actuales) tenía trascendencia inmediata, sobre todo por sus implicaciones. Los anarquistas querían mantener las milicias como fuerza militar; los comunistas pedían la formación de un Ejército popular fuertemente centralizado; los anarquistas habían procedido a la colectivización de la industria y la agricultura; los comunistas eran partidarios de conservar las antiguas estructuras socio-económicas, aunque adaptadas a las necesidades de la guerra; los anarquistas eran partidarios de la formación de “Consejos Regionales” —como lo demostraban con la constitución del Consejo de Aragón, verdadero gobierno popular—, los comunistas abogaban por el “centralismo democrático”, y llegaron a limitar drásticamente —siempre en nombre de las necesidades de la guerra— las atribuciones de la Generalitat.

“Explicado así, en términos esquemáticos, las proposiciones comunistas parecían más “lógicas” y “eficaces”, y era así como las defendía Ovssenko. Pero García Oliver, que no carecía de inteligencia y de dotes de persuasión, las rebatía punto por punto. “Es inútil esconder —decía— que la guerra civil es ya, de hecho, una guerra revolucionaria. Las únicas fuerzas que han participado espontáneamente en la lucha en el campo republicano son las fuerzas obreras. La burguesía, tanto la liberal como la reaccionaria, es y será siempre hostil; las clases medias no participan ni participarán activamente en la lucha, y aceptarán pasivamente el resultado, sea el que fuere. Las concesiones que puedan hacerse a esos sectores no conseguirán su movilización, y en cambio debilitarán el entusiasmo revolucionario de las masas obreras. Por otro lado, todo cuanto usted me dice, ya hemos podido apreciar adónde ha conducido a Rusia: a la liquidación de elementos auténticamente revolucionarios y a la instauración de la tiranía del Partido Comunista bajo la falsa plataforma de “la dictadura del proletariado”.

“Antonov Ovssenko, delgado, vibrante, de mirada penetrante bajo la cabellera blanca de los años, escuchaba a García Oliver con interés creciente. Lenin no había aplicado —ante el Gobierno democrático, dirigido por el socialista

Kerenski— las tácticas de “unión popular” que ahora estaba obligado a defender ante García Oliver (...). Los bolcheviques habían hecho *primero* la revolución y *después* la guerra, y aquella guerra la ganaron precisamente porque los revolucionarios se sentían identificados con el régimen que había salido de la revolución.

“Yo veía —comenta Miravittles— en su mirada y en su voz cómo aquel hombre, ya viejo y fatigado, sentía revivir el entusiasmo contagioso de su interlocutor anarquista, su juventud, su participación en un hecho revolucionario que le aseguraba un sitio permanente en la historia. El “viejo revolucionario” ganaba posiciones al “nuevo diplomático”. Y poco a poco, Antonov Ovssenko se dejaba seducir por la elocuencia verbal y la febril exaltación de García Oliver (...). El “seductor” quedaba seducido. Poco podía imaginarse —ni él ni nosotros— que aquella visión justa de la realidad catalana, que tanto le ayudamos a hacer comprender, tenía que costarle la vida...

“Fue en esas circunstancias, cuando se nos anunció la llegada a Barcelona del primer barco ruso que arribaba a España (...). El Comité de No-intervención de Londres había hecho ya imposible a la España republicana que pudiera conseguir armas y municiones en el extranjero. El Comité Central de Milicias de Cataluña había dado la orden de un ataque contra Huesca (se trata de los ataques de que hemos hablado de Siétamo), con tal penuria de munición que los milicianos disponían de un solo peine de fusil. El barco ruso se llamaba *Zirianni*. Y todo el mundo en Barcelona se esperaba que llegara cargado de armamento o, al menos, de munición. El Sindicato de la CNT de los Portuarios había tomado las medidas de movilizar al máximo de personal para descargar lo más pronto posible ese vapor, en prevención de que pudieran venir los aviones y bombardear el puerto, haciendo saltar ese tan esperado material. La gente acudió en masa al puerto para dar la bienvenida a los marineros rusos y contemplar la bandera roja con la hoz y el martillo, porque en el entusiasmo se hacía abstracción del estalinismo para revivirse la revolución de Octubre”.

El barco quedó fuera de puerto, y salió una canoa con Ovssenko, personal del Consulado y varios miembros del Comité Central de Milicias para saludar a la marinería y entrar en el puerto. Miravittles formaba parte de ese grupo de privilegiados en saludar los primeros a los marinos rusos. Y él describe ese histórico encuentro de esta manera:

“A bordo del *Zirianni* se produjeron escenas de gran emoción. “¡Viva la República!”, gritaban los marineros. “¡Viva la Unión Soviética!”, contestaban los anarquistas. De pronto, Antonov Ovssenko, incapaz de controlar su exaltación, dio un grito que, seguramente, selló su destino: “¡Viva la FAI!”.

“A mí —escribe Miravittles— que conocía el mecanismo seco e inapelable de los organismos oficiales rusos y de los agentes de la GPU, se me heló la sangre. Instintivamente miré a mi alrededor, buscando con la mirada al misterioso personaje que tomaría nota del hecho para cargarlo en la futura acta de acusación contra el viejo conquistador del Palacio de Invierno”¹⁵².

En la noche de aquel día se organizó una recepción a la marinería y los miembros del Consulado general de la URSS, a la que asistió Lluís Companys y miembros del Govern de la Generalitat y, naturalmente, todos los miembros del Comité Central de Milicias Antifascistas.

Mientras tanto, en medio de un enorme secreto, los portuarios de la CNT, ayudados por marinos rusos y protegidos por un cordón de milicianos, se entregaron a descargar la mercancía. La impaciencia hizo abrir varias cajas para comprobar lo que había en ellas, y aparecieron botes de leche condensada y carne en conserva.

“Esa noticia nos llegó —concluye Miravittles— en plena euforia social y revolucionaria al hotel Majestic. Los anarquistas, indignados, amenazaron retirarse de la sala. Y fui testimonio —y mediador— de un violento diálogo entre García Oliver e Ilya Ehrenburg. En un determinado momento, el anarquista de Reus, hablando en catalán, lo trató de estúpido. Ehrenburg, impávido, me preguntó si quería traducirle la expresión. Con la misma aparente serenidad le contesté que la semejanza entre el “estúpid” catalán y el “estupide” francés era tan grande, que consideraba innecesaria mi ayuda”¹⁵³

CAPÍTULO XIV

El oro español camino de Rusia

A últimos de septiembre de 1936 se estaba ya muy lejos de la euforia del 19 de julio y, sin que se pueda decir que la revolución estuviera diezmada, sí puede afirmarse que se encontraba asediada entre Moscú y Madrid. Madrid controlaba el tesoro nacional y Moscú, gracias a la "No-intervención", se constituía en el guardián de la República española. Pero la guerra era una realidad. Por doquiera que pasaran las tropas de Franco aplicaban la represión como arma psicológica de guerra. En muchos lugares la lucha tenía un solo sentido: salvar la vida ante todo. La tragedia de Andalucía y Extremadura ponía a lo vivo esa realidad. Y mientras la guerra se extendía con esas prácticas, ascendiendo hacia Madrid por el sur y descendiendo por el norte, en las altas esferas del Gobierno lo único que parecía interesar no era la lucha contra los militares sublevados, sino la instauración de un poder fuerte que pusiera fin a las conquistas obreras. El último acto de esa política contrarrevolucionaria lo había cometido el recién nombrado Gobierno de Largo Caballero abandonando Irún, lo que significaba dejar al norte aislado por vía terrestre.

En Irún, las milicias de esta población estaban dispuestas a derramar su última gota de sangre defendiendo esa plaza tan estratégica para la revolución. Pero les faltaban armas y munición, sin que podamos llegar a comprender por qué no las recibían de Bilbao cuando en dicha zona se encontraban las mejores factorías de armamento. Una delegación obrera de Irún acudió a Madrid en demanda de ayuda y salió con las manos vacías, pero eso sí, con muy buenas promesas. Naturalmente, la guerra no se ganaba con promesas, sino con acero y plomo. Esa misma delegación acudió a Barcelona, y los Comités de Defensa y la industria de guerra catalana les entregaron unos cientos de fusiles y ametralladoras que salieron por vía terrestre, pasando por Francia hacia Irún, pero las autoridades francesas, respetuosas de la "No-intervención", no permitieron la entrada de ese material en Irún, y los camiones quedaron intervenidos. Del escaso *stock* de municiones de que disponía el Comité Central de Milicias Antifascistas, separó treinta mil cartuchos para Irún, pero aleccionados por lo de los camiones, se pensó enviar por aire la munición. Se pidió con urgencia un avión a Madrid, desde donde se prometió el envío de un "Douglas" que no aterrizó jamás en el Prat del Llobregat, donde estaban apiladas las cajas de munición, mientras los vecinos de Irún, después de disparar el último cartucho, incendiaban la población y se refugiaban en Hendaya ¹⁵⁴. A Irún le siguió San Sebastián el 15 de septiembre. Todo el norte quedaba ya amenazado por las tropas del general Mola. Se podía pensar que el Gobierno sacrificaba el norte para defender la capital. No siendo esa una

154. Diego Abad de Santillán, op. cit.

buena estrategia, se le podía encontrar un atenuante si hubiera sido así. Pero no lo era. Talavera había caído en manos de Yagüe, y sus Regulares encontraban vía libre hacia Madrid por un terreno plano, huérfano de toda fortificación. El general Asensio, del lado republicano, daba ya por perdida la batalla y veía Madrid en manos de los facciosos.

Por el norte de Madrid también era el repliegue. Los milicianos, aunque se defendían bien, tenían que ceder terreno. Franco podía haber avanzado tranquilamente y ocupar Madrid, pero políticamente no le interesaba, porque aún no se había constituido la Junta de Burgos, que sería su primer paso a la conquista del poder. Prefirió ocupar el Alcázar de Toledo, que Moscardó defendía con la espada que el reaccionario *L'Echo de Paris* le había regalado por su "bravura" ¹⁵⁵. La operación del Alcázar no era una operación militar estratégica, sino política. El general Franco mostraba ya con ello que "la guerra no se gana en los campos de batalla, sino en las cancillerías", como ha escrito no recordamos quién. Mientras los sublevados iban cambiando a su favor la geografía española que en un primer tiempo impuso la reacción popular, el Gobierno republicano no tenía otro objetivo que asfixiar la revolución, hiriéndola en su corazón: Barcelona. Y en Barcelona la revolución entraba en una honda crisis, en la que se acentuaba ostensiblemente el divorcio entre la base y la altura. El camino que se impuso seguir la CNT el 20 de julio le llevaba a pasos agigantados al descalabro revolucionario. Lo que nunca había existido en la CNT apareció casi por generación espontánea: el burocratismo, el aparato dirigente y la sumisión, por "responsabilidad militante", de los principales de sus hombres ¹⁵⁶.

Lo único que se mantenía firme en ese naufragio eran los Comités de Defensa de la CNT y de la FAI que representaban a la auténtica base, pero también se encontraban paralizados por el problema de la guerra. Además, los militantes más audaces que se encontraban solidarios con ellos, unos, implicados en los cargos de responsabilidad, lo confiaban todo a una reacción de la organización en sus plenos y asambleas regulares; y otros, guerreando en Aragón, no tenían más obsesión que terminar con Huesca y Zaragoza para poder decir a los Comités "que las concesiones se habían acabado, y que era la hora de afrontar la contrarrevolución, proclamando el comunismo libertario" ¹⁵⁷. Mientras tanto, los Comités de la CNT y de

155. La espada de Moscardó y la pistola de Durruti. *L'Echo de Paris*, órgano periodístico de la reacción francesa, quiso simbolizar en el coronel Moscardó una suscripción pública a fin de comprar y regalarle una espada de plata. *Le Merle Blanc*, revista de la izquierda francesa, recogió el reto y organizó otra para obsequiar a Durruti con una magnífica "Colt" del 11,5. Pierre Scize, el gran panfletista francés, fue delegado, junto con otros periodistas para entregar a Durruti esa magnífica pistola, símbolo de la solidaridad revolucionaria de la vanguardia proletaria francesa. *Solidaridad Obrera*, 22 de noviembre

156. Sobre el particular, recomendamos la lectura de Vernon Richards, *Enseñanzas de la revolución española*, Ediciones Belibastos, París, 1971.

157. El autor puede testificar sobre este estado de ánimo en la base militante de la CNT y de la FAI por haber militado en los Comités de Defensa de aquella época.

la FAI, sustituyendo sus componentes a la base que representaban, se hacían “realistas” y aceptaban el juego político como medio, no de ampliar la revolución, sino de conservar el poder que habían ido concentrando en su aparato, gracias a la acción obrera y campesina, con la expropiación generalizada que se había desencadenado inmediatamente después del triunfo sobre los facciosos en Barcelona. El primer acto de contrarrevolución realizado por los comités de la CNT y de la FAI fue el que cometieron ambos organismos catalanes acordando la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas para hacer entrar a sus militantes como consellers en el Govern de la Generalitat el día 26 de septiembre de 1936. La base sindical reaccionó contra ese atropello que la burocracia cometía contra la CNT; pero los militantes más significativos, como García Oliver, Aurelio Fernández, Severino Campos, José Xena, Marcos Alcón, y otros más, lo aceptaron a regañadientes, lo que significaba una complicidad en la traición. A los pies de la CNT, el terreno ya no era firme, y todo su cuerpo sentía la atracción del abismo...

En Bujaraloz, Durruti se encontraba al frente de seis mil hombres que le hubieran seguido en su marcha sobre Barcelona para aplastar la contrarrevolución; pero él no luchaba por el poder, pues lo que deseaba era el triunfo revolucionario, asegurado por el compromiso colectivo, es decir, la gestión de la sociedad por hombres libres e implicados todos directamente en el proceso revolucionario. Elegía el camino más difícil. Y él lo sabía. Pero como había sido anarquista toda su vida, no podía dejar de serlo ¹⁵⁸. Su táctica era desarrollar la revolución al máximo y asfixiar la contrarrevolución dentro del proceso revolucionario. A cada golpe reaccionario se respondería con un golpe revolucionario...

En tal estado de reflexión se encontraba Durruti cuando García Oliver le llamó por teléfono anunciándole la buena noticia de que Pierre Besnard había logrado ponerse en relación con un consorcio armamentista que estaba dispuesto a vender las armas que la República española tuviese necesidad. Urgía que bajase a Barcelona para que se discutiera conjuntamente la mejor manera de llevar a término dicha operación.

Unas horas más tarde, en la noche del día 28 de septiembre, llegó a Barcelona. García Oliver y Santillán estaban eufóricos: al fin se iba a disponer de armas modernas y eficaces para dar en Aragón el empujón necesario que hiciera caer en manos de la revolución las plazas de Zaragoza y Huesca.

La oportunidad que se presentaba no había que dejarla perder. Hasta entonces —dijo Santillán— todas las gestiones que Cataluña había hecho con los Gobiernos de Madrid, fueran con Giral o Largo Caballero, habían fracasado. Los emisarios habían vuelto con buenas promesas, pero en la práctica Madrid no acordaba nunca las divisas que controlaba en el Banco de España ¹⁵⁹. La industria de

158. Remitimos al lector a las declaraciones que hizo Durruti a Emma Goldman.

159. Diego Abad de Santillán, en op. cit. explica la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas, por las razones siguientes: “Se nos decía constantemente, como respuesta a nuestras demandas de divisas, por parte del Gobierno central (Giral o Largo Caballero), que no se nos ayudaría mientras el poder del Comité Central de

guerra que se había montado en Barcelona no daba de sí todo lo que podía dar, debido a la vieja maquinaria que se utilizaba y a la falta de materias primas. Se había planteado a Madrid la necesidad de renovar tal maquinaria. Pero ni eso se había obtenido. Estaba más que claro que Madrid no accedería nunca a poner en manos de los trabajadores los medios que podían asegurar la victoria de la revolución. Si los catalanes estaban dispuestos a postergar la revolución para después de la guerra, Madrid accedería. Aquello era una trampa. Los Comités de la CNT habían caído en ella disolviendo el Comité Central de Milicias Antifascistas e integrándose en el Govern de la Generalitat, pero las bases obreras no seguían a los comités en ese camino, y no estaban dispuestas a abandonar el control que ejercían sobre la producción. El problema era muy complejo. Sin embargo, Santillán y García Oliver consideraban que debido a la asfixia que la “No-intervención” aplicaba a España, y la consecuente carencia de armamento de la República, Largo Caballero aprovecharía forzosamente esa oportunidad, so pena que el ministro de la Guerra prefiriese el triunfo de las tropas de Franco. Naturalmente, era de esperar que si el Gobierno compraba armas trataría por todos los medios de que no llegaran a Barcelona; pero eso ya era otro asunto, y se buscarían todos los medios para apoderarse de algún cargamento. Lo importante —insistían los dos amigos de Durruti— es que el Gobierno compre el armamento que se le ofrece.

“—Y precisamente, hemos pensado que seas tú, como combatiente y representante del frente de Aragón, quien acompañes a Pierre Besnard a Madrid. Tu presencia ante Caballero será decisiva”¹⁶⁰.

Durruti no estaba tan convencido como sus amigos, y pensaba que Largo Caballero podría decir que sí a todo y luego no cumplir su palabra. El pensaba que había que terminar con las “medias tintas”: o se estaba al lado de la revolución o contra ella. En el primer caso, había que lanzarse a una campaña de información en los frentes y en la retaguardia, explicando claramente la política que seguía el Gobierno, y que los trabajadores determinaran su actitud; en el segundo caso ya no valía la pena hablar, puesto que él, Durruti, no estaba dispuesto a traicionar a la clase obrera... Como siempre, cuando se llegaba a ese punto, el debate quedaba en suspenso, mientras se llegaba a la próxima reunión de la CNT, y entonces... Durruti ya no estaba para tantos entonces... Y fue en esta disyuntiva que se planteó el proyecto del asalto al Banco de España.

¿Qué hacer? Santillán expone, con otro interrogante, la respuesta que se dio a esa pregunta: ¿Había de ser nuestra guerra la primera que se perdiera por falta de armamento cuando había un tesoro nacional con que comprarlo?

“Se concibió el proyecto de tomar del tesoro del Banco de España lo que nos correspondía. Ese tesoro no se podía dejar al albur de un Gobierno que no acer-

Milicias fuese tan visible. En el mismo sentido presionaba el cónsul ruso en Barcelona. Para poder conseguir armas para el frente y materias primas para nuestra industria, consentimos la disolución, es decir, el abandono de una importante posición revolucionaria”. En cartas que Santillán nos ha dirigido abunda, con nuevos detalles, sobre este asunto.

taba una y que estaba perdiendo la guerra. ¿Fracasaríamos nosotros también en la adquisición de armamentos? Por lo menos, de lo que estábamos seguros era de no fracasar en la provisión de materias primas y de máquinas para nuestra industria de guerra, y el armamento lo haríamos nosotros mismos. Con muy escasas complicidades, se alentó la idea de trasladar a Cataluña una parte al menos del oro del Banco de España. Se sabía de antemano que habría que recurrir a la fuerza, y fueron situados en Madrid alrededor de tres mil hombres de confianza y preparados todos los detalles del transporte en trenes especiales. Bien ejecutado el plan, era cuestión de poco tiempo y, antes que el Gobierno tomase las medidas del caso, se habría salido para Cataluña con una parte del oro, la mejor garantía de que la guerra podría entrar en un nuevo cauce...”¹⁶¹.

¿Quiénes eran esos tres mil hombres de que habla Santillán? Esos hombres eran los componentes de la columna anarquista “Tierra y Libertad”. Esta columna se había organizado de manera muy diferente a como se constituyeron las otras. Sus componentes eran especialmente seleccionados. Todos pertenecían a los grupos anarquistas de Cataluña. Cuando la columna estuvo organizada, la situación en que se encontraba Madrid exigió su envío a dicho frente. Pero como la función de la columna era ser un escudo de la revolución, en Madrid debía estar ojo avizor para intervenir inmediatamente ante cualquier intento dictatorial del Gobierno. La cuestión del tesoro nacional fue también discutida, y sobre el terreno debía tenerse todo previsto para que, llegado el momento, pudiera ponerse en práctica el plan. Estos detalles que nosotros hemos obtenido, por diversos conductos, de hombres que pertenecieron a “Tierra y Libertad”, son los que mejor explican que se pudiera pasar inmediatamente a la acción, como escribe Santillán¹⁶².

Cuando se llegó a la concreción de este plan no era cosa ya de esperar la llegada de Besnard, sino de salir para Madrid con el propósito de poner en marcha la “Operación Banco de España”. Aquella misma noche Durruti salió para Madrid en avión gracias a la presencia de André Malraux que se encontraba en el campo de aviación del Prat del Llobregat dispuesto a salir para la capital española. Durruti viajaba extraoficialmente, es decir, sin un pase oficial. Tuvo dificultades para conseguir el viaje, y buscando quién pudiera llevarle fue cuando dio con André Malraux, que lo acogió en su avión, siendo ésta la primera vez que ambos hombres se trataron personalmente¹⁶³.

161. *Idem*.

162. Diversos milicianos que componían la Columna “Tierra y Libertad” —cuyo delegado general era Germinal de Souza, miembro a la vez del Comité Peninsular de la FAI—, nos han declarado sobre los enormes cuidados que se pusieron en seleccionar a los militantes que debían formar parte de ella, siendo todos, o en su mayoría, miembros de la FAI (declaración de J. E.).

163. André Malraux, en carta que nos dirigió el 22 de octubre de 1970, nos decía, sobre este asunto, lo siguiente: “Durruti se encontraba en el campo de aviación de Barcelona deseando salir para Madrid, y nadie osaba tomarle a su cargo. Yo lo acogí y lo conduje a Madrid. Desgraciadamente, esto es todo cuanto puedo decirle a excepción de la admiración que me inspiraba su carácter y su coraje. Ya no volví a verle jamás”.

Santillán también salió para Madrid; pero, provisto de sus documentos oficiales, no tuvo dificultad alguna para encontrar plaza en uno de los aviones que partían para la capital de España. García Oliver, en Barcelona, debía atender la llegada de Pierre Besnard para hacer las debidas presentaciones ante el Consell de la Generalitat. ¿Estaba al corriente García Oliver del plan que habían trazado Santillán-Durruti? En carta que nos ha dirigido personalmente García Oliver nos indica que él nunca estuvo al corriente de ese proyecto. No tenemos por qué dudar, y con esto, rectificamos la afirmación que hicimos en la edición francesa de esta biografía.

“Llegué a Barcelona —escribe Besnard—, y García Oliver me presentó a los consellers de la Generalitat; y ante ellos expuse las posibilidades que se nos ofrecían de comprar armamento para la República española (...). Al día siguiente llegaron dos delegados del consorcio armamentista a Barcelona y ellos corroboraron mis afirmaciones (...). Por teléfono, Lluís Companys puso al corriente del asunto a Largo Caballero, y éste mostró urgencia en recibirnos. Señaló que los dos comisionados fueran acompañados de consellers de la Generalitat y de Pierre Besnard ¹⁶⁴.

“... Al llegar al momento de los hechos —comenta en su obra Santillán— no se quiso cargar, por parte de los promotores del plan, con la responsabilidad del gesto que habría de tener una gran responsabilidad histórica. Fueron comunicados los propósitos al Comité Nacional de la CNT y a algunos de los compañeros más significativos. El plan produjo escalofríos de espanto entre los amigos; el argumento principal que se opuso en la negativa a dejar hacer lo proyectado, *lo cual se iba a llevar a cabo de un momento a otro* (la cursiva es nuestra), fue que con ello sólo aumentaría la animosidad que reinaba contra Cataluña. ¿Qué se podía hacer? Era imposible enfrentarse también con las propias organizaciones y hubo que desistir. El oro, *pocas semanas más tarde* ¹⁶⁵ (la cursiva es nuestra) —cuya partida ha-

164. Pierre Besnard, op. cit.

165. La intervención de Stalin en España la situó a tres niveles: militar, policíaco y financiero. El general Ivan Berzín tenía la misión de controlar y conducir la guerra en España; Alexander Orlov, en extender la policía por todo el territorio republicano, y Artur Stashevsky, en apoderarse del oro español. Este último se le agregó a Ovssenko como especialista comercial: “Stalin le designó para el trabajo de llevar las riendas de la política y economía de la España gubernamental” (Stashevsky). “Descubrió en Juan Negrín, ministro de Hacienda del Gobierno de Madrid (con Largo Caballero, desde el 4 de septiembre y hasta mayo de 1937), un colaborador que se prestaba con voluntad a sus planes financieros”. Stashevsky ofreció enviar el oro español a la Rusia Soviética y a cambio del mismo suministrar armamento y municiones a Madrid (pero ningún cargamento de armas debía tocar el puerto de Barcelona). “Por mediación de Negrín se hizo el convenio con el Gobierno de Largo Caballero. Y así fue como salió, para Odesa, el oro español el 25 de octubre de 1936”. (Krivitsky, op. cit.). Muchas cosas han quedado en el aire con la terminación de la guerra, y una de ellas es esta cuestión del oro. Todavía hoy aquellos que estuvieron directamente implicados en este sucio “negocio”, están dominados por un loco afán de “borrón y cuenta nueva”, pretendiendo tomar por tonto al obrero español. Que tengamos que reconciliarnos

cia Odesa, desde Cartagena, se efectuó el 25 de octubre de 1936—, salió de Madrid, pero no para Cataluña, sino para Rusia; más de 500 toneladas cayeron en manos de Stalin, y ha servido para perder nuestra guerra y para reforzar el frente de la contrarrevolución mundial” 166.

“Tan pronto llegamos a Madrid —añade sobre el particular Besnard— fuimos inmediatamente recibidos por Largo Caballero, y después de una breve conversa-

los españoles para no vivir en perpetua guerra civil es una cuestión lógica, pero que con ello pretenda lavarse las manos el Partido Comunista, e incluso el Partido Socialista, eludiendo con ello dar explicaciones a los trabajadores de sus respectivas gestiones políticas contrarrevolucionarias en aquella época, eso ya es otra cosa. Le guste o no le guste a Santiago Carrillo, el Partido Comunista tiene que dar explicaciones sobre el asunto, y no zafarse por el foro con el remedio buscado del “eurocomunismo”, careta que sigue ocultando el estalinismo en acción. ¿Quiénes intervinieron en el desfalco que se le hizo al proletariado español con el envío del oro a Moscú? Si leemos a Largo Caballero, éste se enteró a medias, si recurrimos a Indalecio Prieto, —ministro de Marina y del Aire entonces—, tampoco supo nada. El único que se constituyó en el principal banquero del mundo fue, pues, Juan Negrín, y éste era la “trabazón” entre el Partido Comunista y el Socialista. Aunque ya ha sido aireado suficientemente el problema relacionado con el envío del oro a Moscú remisión, cantidades, etc., sin embargo, hay otros aspectos relativos a esto oro que reclaman aclaraciones para conocimiento del pueblo español. Contribuyendo a ello pasamos a citar, de un categórico escrito de Indalecio Prieto —que sabía bien lo que decía—, lo siguiente: “Los comunistas franceses, cajeros del Estado español. Entre mis revelaciones de 1940, figuraron las siguientes. Que el Partido Comunista francés administró para compras de material de guerra dos mil quinientos millones de francos entregados por Negrín sin que la administración de tan enorme suma la hubiese controlado, poco ni mucho, ningún funcionario del Estado español. Que el Partido Comunista francés había retirado para sí, quizá como beneficio de intermediario, cantidades considerables del dinero proporcionado por Negrín. Que la propaganda, pública primero y clandestina después, del Partido Comunista francés, se costeaba con dinero así extraído del Estado, pues los auxilios de la Tercera Internacional eran nulos, y el producto de las cotizaciones distaba muchísimo del gasto enorme de esa propaganda. Que, ávido de dinero, el Partido Comunista francés, rectificando constantemente sus liquidaciones por nadie examinadas, reclamaba mayores sumas a los señores Negrín y Méndez Aspe. Que el espléndido diario comunista *Ce Soir*, remedo del triunfalista *Paris Soir*, se sostenía con fondos suministrados por Negrín. Y que la flota compuesta por doce buques perteneciente a la France-Navigation, era propiedad de España, pues con dinero español se compraron todos los barcos, no obstante lo cual, los comunistas franceses, administradores de esa compañía, se negaron a devolverlos considerándolos suyos”. En Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, Ed. Oasis, México, 1966, vol. II, pág. 147. Quienes se aprovechaban tan cínicamente de la revolución española eran a la vez sus enterradores, pues la propaganda que realizaban en nombre de la República española era para denigrar a los trabajadores españoles que estaban empeñados en llevar su revolución adelante. Sin embargo, estos “moralistas” encontrarán ocasión como por ejemplo al tratar el tema de la guerra de España, de apuntar el intento —fallido— de Santillán y Durruti de asaltar el Banco de España, a fin de señalar, una vez más, el carácter negativo de la CNT y de la FAI en la guerra española. De esa triste aventura, el pueblo español salió más molido que Don Quijote en su lucha contra los Molinos, más molido porque fue “cornudo y apaleado”.

ción, en la que Durruti puso al presidente del Consejo ante sus propias responsabilidades, éste aceptó presentar la cuestión en el Consejo de Ministros.

“La decisión que tomó aquella misma tarde el Consejo de Ministros fue la de concluir una compra de material de guerra por valor de 800 millones de pesetas; pero que, al día siguiente, se dobló la cantidad, quedando en 1.600 millones los que se invertirían. Quedó entendido que un tercio de la compra quedaría en Cataluña y Aragón.

“El jefe del Estado Mayor de Caballero dio las instrucciones necesarias a la Embajada de España en París para la rápida conclusión de la compra. El día 3 de octubre, en el propio Ministerio de la Marina, se redactó la lista de los materiales de la compra, en presencia de Durruti, los vendedores y yo mismo”.

“La firma de este contrato tuvo inmediata repercusión, pues provocó la primera intervención de los agentes rusos en los asuntos oficiales de la política española. En efecto: en la noche del 3 al 4 de octubre, Rosemberg en persona, el embajador ruso en Madrid, nos telefoneó a Durruti y a mí, a las 3 de la madrugada, al hotel de la Gran Vía, expresándonos el deseo de vernos con la máxima urgencia posible. Como no teníamos nada que hablar con el embajador de la Unión Soviética, alegamos que nuestros deseos no coincidían con los suyos, y declinamos la invitación a la entrevista. El día 4 de octubre por la mañana salimos de Madrid para Barcelona”¹⁶⁷.

Dos días después, la prensa local daba cuenta de la visita que Durruti había hecho a Madrid; y CNT, el órgano de la Confederación, publicó una interviú de Durruti que, por su importancia, damos in extenso:

“HABLA EL COMPAÑERO DURRUTI

“Nosotros hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo. El miliciano tiene que saber que lucha por la conquista de la tierra, de las fábricas, del pan, de la cultura...; el pico y la pala valen tanto como el fusil. ¡Ganaremos la guerra, compañeros!”.

“Estampa de guerrillero

“Durruti ha estado en Madrid. Hemos estrechado su mano proletaria, ancha, mutilada y fuerte. Hemos escuchado sus palabras sinceras, en las que hay bravura de león, perspicacia de viejo militante de la lucha social y joviales chispas de juventud. Siempre tuvo leyenda y actos de combatiente, de luchador acerado; su ambiente es el de la pelea ruda y difícil; ha sonado su hora en España, y forzosamente había de destacarse, con cuanto es y cuanto vale, en el panorama trágico de la guerra actual.

“Le hemos tenido un día entre nosotros. Fuerte, alto y membrudo; curtido por el aire del frente aragonés, en sus ojos, de mirada de acero, brilla ya la victoria. Ha venido esperanzado, y su visita nos ha traído mucho optimismo. Con su chaquetón de cuero y su gorra montañera, se ha preparado, sin darse cuenta, un magnífico tipo de guerrillero de la revolución.

“En efecto: esto es; pero Durruti —conviene decirlo— no se parece a Pancho Villa. El aventurero mexicano peleaba por pelear; hacía la guerra, sin saber por qué ni para qué, desprovisto de un programa político o social; y Durruti es un anarquista en combate continuo, con clara visión sociológica, con un poderoso impulso revolucionario que le hace muy superior a Villa. Era éste el guerrero, con su alma vieja y bastante brutal, y nuestro camarada es el revolucionario, con el espíritu abierto al mañana, culto, ansioso de mejores normas de vida.

“Deportado ayer...”

“Durruti, en Aragón, está al frente de muchos millares de compañeros, con los cuales ha conseguido una larga serie de victorias antifascistas. Su Columna es un ejemplo de organización, y en ella hemos puesto todos las mayores esperanzas. Nuestro camarada es hoy uno de los primeros valores de la guerra contra el fascismo, y al advertir esto no podemos olvidar que hace cuatro años fue deportado a Villa Cisneros por quienes se han declarado impotentes para defender la República. Estamos en una hora de rectificación de errores y desaparece de la circulación social la moneda falsa de los hombres vacíos. Cuando Casares Quiroga no cuenta con un recuerdo emocionado en el alma popular, el nombre de Francisco Ascaso está cubierto de heroísmo y el de Durruti enciende de esperanza al proletariado español, especialmente al zaragozano, que, bajo el horror de los fusilamientos, aguarda la hora de la justicia popular.

“Durruti ha venido a Madrid con el intento de resolver cuestiones de extraordinaria importancia para el curso general de la guerra, y, en gran parte, ha conseguido su propósito. Cuando podamos hablar sin ningún reparo, después de la victoria segura sobre el fascismo, conocerá el pueblo el interés de esta visita rapidísima y eficaz, gracias a la cual nuestras operaciones en diversos frentes mejorarán muy pronto en proporciones magníficas.

“La ofensiva a Madrid”

“Hemos aprovechado esta ocasión para hablar con nuestro compañero acerca de varios aspectos de la lucha actual y, respecto a los frentes del Centro, nos ha dicho lo siguiente:

“—Con un poco de sentido común se comprenden en seguida los movimientos del enemigo. Ahora, como bien claro se ve, pone todos sus empeños en un ataque a Madrid; pero esto no supone que haya mejorado su situación general en España, sino todo lo contrario. La presión de Cataluña y de Levante en los frentes de Aragón crece de día en día, y los fascistas saben que, por mucha que sea su resistencia, hagan lo que hagan, Huesca, Zaragoza y Teruel caerán pronto en nuestras manos. En cuanto eso ocurra, habrán perdido la guerra. Desde el punto de vista estratégico, esas tres plazas tienen una importancia extraordinaria. En cuanto las ganemos, y es seguro que hemos de ganarlas, se habrá desmoronado el frente enemigo, desde Calatayud a Burgos y se hundirá el cerco de Sigüenza, exactamente igual que la ofensiva de la Sierra.

“Por otra parte, podremos poner en pie de guerra, de ese lado, un ejército de más de cien mil hombres. Además, tened en cuenta la situación de Oviedo.

Dentro de poco tiempo, de aquí a unos días, Asturias estará limpia de fascistas y los compañeros de allá, que tan bravamente lucharon en octubre del 34, saben lo que tienen que hacer respecto a Galicia y a Castilla. Advertid ahora la situación de Granada y de Córdoba, a punto de ser tomadas por nuestra gente. Así va la campaña, y, ¡claro!, en estas condiciones, el enemigo tenía que ser tonto para no pensar en salvarse mediante la conquista de Madrid. Ve a la capital de España como un estupefaciente; pero se estrellará en los frentes del Centro, y como para realizar este ataque desesperado se ve en la necesidad de desguarnecer otros frentes, la resistencia de aquí, en combinación con nuestros ataques en otros sitios, darán al traste con él. Esto es todo”.

“Fortificaciones

“—Ahora bien: la resistencia no se consigue con palabras, sino con fortificaciones. El pico y la pala valen tanto como el fusil. No os canséis de repetirlo. Hay una infinidad de vagos de siempre y de vividores de la retaguardia en Madrid. Es necesario movilizarlos a todos, así como también es preciso que no se consuma inútilmente ni una gota de gasolina. Nuestra fuerza en el frente de Aragón consiste, principalmente, en que todos nuestros avances, por pequeños que sean, estén asegurados por la inmediata construcción de trincheras y parapetos. Nuestros milicianos, que conocen el acondicionamiento de su campo de batalla, han llegado a comprender que en cualquier ataque su salvación está en no retroceder. El instinto de conservación es muy poderoso; pero no es cierto que por él se pierda una guerra. No, se combate por la vida, y hay que aprovechar el instinto de conservación para ese mismo combate. Los camaradas de mi Columna hasta por instinto de conservación resisten, sin moverse, los ataques del enemigo. Eso, entendedlo bien, sólo se consigue mediante las fortificaciones.

“Por lo tanto, respecto a lo que me preguntáis con referencia a estos frentes del Centro, insisto en que es absolutamente necesario que se abra una red de trincheras, parapetos y alambradas, que se hagan fortificaciones, que todo Madrid viva para la guerra y entregado a su propia defensa, en la seguridad de que, si eso se hace, el intento de los fascistas que ahora os preocupa, casi será conveniente para la marcha general de la campaña porque el enemigo invertirá aquí, inútilmente, los esfuerzos que le son necesarios para resistir nuestro ataque en otros frentes”.

“Somos revolucionarios

“—¿Y qué nos dices de tu Columna?”

“—Estoy satisfecho de ella. Mi gente tiene todo lo que necesita, y a la hora de pelear funciona como una máquina perfecta. No quiero decir con esto que se deshumanizan los milicianos. Nada de eso. Nuestros compañeros de aquel frente saben por qué y para qué luchan. Se sienten revolucionarios, y no pelean por unas palabras huecas, ni por unas leyes más o menos prometedoras, sino por la conquista de la tierra, de las fábricas, de los talleres, de los medios de transporte, del pan, de la nueva cultura... Saben que su vida está en la consecución de la victoria.

“Además, nosotros, según creo que exigen las circunstancias, hacemos la gue-

rra y la revolución al mismo tiempo. Las medidas revolucionarias de retaguardia no se toman únicamente en Barcelona, sino que llegan desde aquí hasta la línea de fuego. Cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente. Esto es lo mejor de la campaña. ¡Se emociona uno, chicos! A veces cuando estoy a solas, me pongo a meditar la obra que estamos realizando, y es entonces cuando más hondamente siento mi responsabilidad. Una derrota de mi Columna sería algo espantoso, porque nuestra retirada no se parecería a la de ningún ejército. Tendríamos que llevarnos con nosotros a todos los habitantes de los pueblos por donde hemos pasado, ¡absolutamente a todos! Desde las primeras líneas de fuego hasta Barcelona, en la ruta que hemos seguido, no hay más que combatientes, todo el mundo trabaja para la guerra y para la revolución. Esa es nuestra fuerza”.

“Sobre la disciplina

“—Pasemos a la cuestión batallona de estos momentos: la disciplina”.

“—¡Hombre! Me alegro. Se está hablando mucho acerca de eso, y, a mi entender, son muy pocos los que dan en el clavo. Para mí, la disciplina no es más que respeto a la responsabilidad propia y ajena. Estoy en contra de la disciplina de cuartel, que sólo conduce al embrutecimiento, al odio y al automatismo; pero tampoco puedo admitir, porque las necesidades de la guerra la rechazan, esa libertad mal entendida a que suelen recurrir los cobardes para escurrir el bulto. En nuestra organización, en la CNT, está la mejor disciplina: esa mediante la cual los confederados, que han dado su confianza a los compañeros que ocupan los cargos de los Comités. Acatan y cumplen los acuerdos de éstos. En guerra, los delegados deben ser obedecidos, de lo contrario no es posible realizar ninguna operación. Si la gente no esta de acuerdo con ellos, ya dispone de asambleas en las que puede estudiar su sustitución.

“En mi Columna han surgido todos los trucos de la Gran Guerra: la madre moribunda, la compañera en parto, el hijo enfermo, la cara hinchada, los ojos malos... Dispongo de un magnífico equipo sanitario. Quien miente..., ¡jornada extraordinaria de pico y azadón! ¡Las cartas desalentadoras..., al cesto! Quien quiere volver a casa, alegando que voluntario vino y voluntario puede irse, tiene que escucharme unas cuantas consideraciones acerca de la extorsión que nos hace a todos, porque contábamos con su esfuerzo, y luego, cuando ya se le ha dejado sin armas, porque éstas son de la Columna, se le permite marcharse, pero a pie, porque también los coches están al servicio de la guerra. Casi nunca se llega a este extremo. El amor propio del miliciano se subleva pronto, y, por regla general, con un “¡De mí no se ríe nadie, aunque sea el jefe de la columna”, se inicia la vuelta a la línea de fuego, en disposición de luchar con heroísmo”.

“Francamente: estoy satisfecho de los compañeros que me siguen. Supongo que ellos también están contentos conmigo. Allí no falta nada. Las compañeras pueden estar dos días en el frente; al cabo de ellos, se van a retaguardia... La Prensa llega todos los días, se come estupendamente, hay libros en abundancia y, en las horas de asueto, las conferencias despiertan y avivan el espíritu revolucionario de todos los camaradas. El ocio **no es conveniente. Hay que ocuparse en**

algo. Principalmente, estando en guerra, en hacer fortificaciones. ¡Qué hora **es**? La una de la mañana, ¿no? Pues ahora, detrás de los sacos terreros, mis leones **del** frente de Aragón estarán abriendo trincheras con el mayor entusiasmo...”

“(Y Durruti sonrío, recordando a sus compañeros de pelea. Siente en Madrid la emoción de su columna lejana.)

“—No saben que estoy aquí” dice, como si hablase consigo mismo.

“Ha levantado la mirada, que se le pierde en la noche oscura de Madrid. Reacciona pronto. Se pone en pie, firme y sonriente; bajo la visera de su gorra de cuero, brilla con optimismo su penetrante mirada de guerrillero de la revolución. Nos pone en el hombro su ruda mano proletaria, y dice, una vez terminada la entrevista:

“¡Ganaremos la guerra, compañeros!”¹⁶⁸.

CAPÍTULO XV

La Confederación Libertaria Aragonesa

En el informe que citamos en el capítulo anterior de Pierre Besnard, éste concluye, como resultado de las gestiones hechas por Durruti y él en Madrid, de la siguiente forma:

“Largo Caballero —que en realidad no veía con muy buenos ojos nuestra intervención— debió dejarse convencer, o Rosemberg *supo convencerle*, de que era más importante esperar la ayuda desinteresada de Rusia (...). Es evidente que si España, con su depósito de oro, lograba aprovisionarse de armamento en el extranjero por su cuenta, Rusia no hubiera jugado jamás ningún papel en España, ni entonces ni después (...). Rosemberg logró convencer al cerril Caballero, y a partir de ese momento quedó claro que el acuerdo de los mil seiscientos millones de pesetas en material de guerra no se realizaría jamás. Y fue lo que en realidad ocurrió: un poco por la falta de los vendedores, mucho por la parte de los compradores, y aún más por la parte de los rusos, los cuales llegaron a presentar a los vendedores como agentes de Franco (...). Fue así cómo la España libre no recibió las armas de las que tenía de necesidad inmediata, y que Rusia pudo enviarle, contra dinero contante, y material de valor discutible que fue llegando a cuentagotas, con la promesa de que ese material no sería entregado a las columnas de la CNT y que el Partido Comunista podría desarrollarse y actuar en inmejorables condiciones”¹⁶⁹.

La existencia de las comunidades agrícolas que habían ido creándose, así como la presencia en Aragón de una fuerza armada revolucionaria, unido al retroceso que la revolución marcaba en Barcelona, todo ello hizo que se concentrara en esta región la atención de los militantes anarquistas más extremistas, apareciendo, a la vista de todos, Aragón como el faro de la revolución española.

La personalidad y la actitud de Durruti no eran extraños a dicho fenómeno. Desde un principio se convirtió no sólo en el eje de la resistencia al fascismo, sino también en propulsor del movimiento colectivista. Pero Durruti era consciente de que si esa fuerza no tomaba en ella misma una coherencia, sería vulnerable a los ataques de las unidades milicianas de tipo marxista, ya que incluso las del POUM se mostraban enemigas de las colectividades.

De diversos puntos del Aragón libre acudían los campesinos a los Comités de Guerra de las Columnas libertarias para quejarse de los atropellos que sufrían en aquellas zonas donde dominaban las milicias catalanistas o estalinistas. Los ataques cobraban diversos aspectos. Unas veces se disolvían, *manu militari*, los Consejos locales que los campesinos habían nombrado en asamblea; otras, ale-

169. Pierre Besnard, op. cit.

gando razones de guerra, se saqueaban sus almacenes o se les robaba los tractores que se les había procurado por las unidades confederales. Durruti insistía siempre, ante todas las comisiones campesinas que acudían a quejarse, que la fuerza la tenían que encontrar en ellos mismos y no en las Columnas libertarias, porque éstas, a medida que se avanzara en la guerra, irían abandonando el territorio aragonés. Necesitaban coordinarse entre ellas; pero les prevenía sobre el frente político antifascista que se había puesto de moda en España. No había que incurrir en ese mismo defecto. En Aragón no había partidos políticos, y no era necesario crearlos para dar gusto al antifascismo. La asamblea popular debía ser el único frente activo ¹⁷⁰.

Cuando Durruti llegó de Madrid, el 5 de octubre de 1936, tuvo la satisfacción de encontrarse ante una convocatoria de Asamblea Regional que la CNT había convocado en Bujaraloz para el día 6 de octubre. Esa Asamblea iba a ser el acta de nacimiento del Consejo de Defensa de Aragón y de la Confederación de Comunidades Libertarias de esa región ¹⁷¹.

Al día siguiente, cuando la Asamblea Regional inauguró sus sesiones, están en ella representados por 139 delegados todos los pueblos de Aragón. Además, asistían las Columnas confederales siguientes: “Cultura y Acción”, “Roja y Negra”, “Cuarta Agrupación de Gelsa”, “Centuria Malatesta” (Grupo italiano de Huesca), Columna “Sur-Ebro” (Ortiz), Columnas Confederales de Huesca, Aldabaldetrecu y Columna “Durruti”.

La Asamblea comenzó con un informe oral del secretario del Comité Regional de la CNT de Aragón dando cuenta de los acuerdos que habían sido tomados en el Pleno Nacional de Regionales, celebrado en Madrid el día 15 de septiembre. En ese pleno se propuso la formación de un Consejo Nacional de Defensa, a base de la UGT y la CNT, y en el punto 2 se establece lo que sigue: “Federalismo local, provincial, regional y nacional, en sus dos facetas de administración política y económica, e implantación de los Consejos de Defensa, observando la misma escala de supresión de los Ayuntamientos, Diputaciones y Gobiernos civiles. Las regiones quedarán facultadas para establecer la proporcionalidad de las fuerzas antifascistas dentro de los Consejos Regionales de Defensa para introducir las modificaciones locales que requieran las circunstancias y las facilidades del ambiente”.

“Esta proposición —dijo el Comité Regional— no obtuvo la respuesta positiva de la UGT (...). Ante esto, el Pleno (se refiere a otro pleno nacional, celebrado el 30 de septiembre) determinó minar la influencia del Poder central, y para ello nada mejor que ir a la constitución del Consejo Regional de Defensa”.

Terminado el Informe, la Asamblea entró en debate con la delegación de Barbastro:

170. José Peirats. op. cit., vol. I, capítulo sobre las Colectividades en Aragón. Véase también op. cit. de Pierre Broué y Emile Témime, pág. 120.

171. Para detalles sobre dicha Asamblea puede consultarse a Alardo Prats, *Vanguardia y retaguardia en Aragón*, Ed. CNT, Barcelona, 1937.

“...Considera de necesidad imperiosa la creación de este organismo, ya que esto restará influencia a determinados elementos militares que, valiéndose de la ocasión, tratan de oponerse a los avances del pueblo en el orden social; y como prueba testimonial hace referencia a un artículo que quiso publicar en *Orientación Social*, y la censura de guerra lo tachó íntegro porque hacía referencia a la autonomía de Aragón”.

Todas las intervenciones posteriores coinciden en la necesidad de pasar a la constitución de este organismo, pero discrepan unas de otras en el sentido de que unos piensan que el Consejo debe ocuparse de las cuestiones económicas y administrativas de la región, sin mezclarse en las cuestiones guerreras, puesto que las Columnas dependen de Cataluña; otros creen que el Consejo debe intervenir en las cuestiones de guerra, puesto que las Columnas actúan en el territorio aragonés, y que la cuestión con Cataluña se resuelva enviándose a este organismo un representante del Consejo de Defensa de Aragón. Conviene señalar que las delegaciones partidarias de asumir la dirección de la guerra son aquellas que, como Barbastro o el Comité Provincial de Huesca, deben enfrentarse, de una manera u otra, a las milicias estalinistas o al Comité de Guerra del Alto Aragón, constituido por Villalba en oposición al que funcionaba en Sariñena ¹⁷².

A mitad de la Asamblea, Durruti, en nombre de su Columna, intervino, diciendo:

“Es necesario, y a la vez urgente, la constitución del Consejo Regional de Defensa de Aragón. Con ello conseguiremos aunar voluntades, afrontar de una vez la cuestión del mando único, ganar la guerra a fin de cuentas (...). Hay que darse cuenta exacta de cómo van discurriendo los acontecimientos en España. Vengo de Madrid, he estado conversando con el ministro de la Guerra y le he expuesto, sin rodeos, la realidad que vivimos. A él no le ha quedado otro remedio que rendirse a la evidencia, pero eso no es suficiente, porque para llevar las cosas por sus verdaderos caminos es imprescindible poner en práctica los acuerdos del Pleno Nacional de la CNT; si el Consejo Nacional de Defensa no se constituye, corremos peligro de perderlo todo. Por eso, la partida se debe ganar al fascismo, pero para lograr también presionar al Poder central para que acepte nuestras proposiciones, debemos constituir en Aragón el consejo que regule todas nuestras actividades”.

De esta intervención de Durruti puede corregirse que él era partidario de que el Consejo de Defensa de Aragón debía asumir también la dirección de la guerra.

Al final, y para concretar la opinión general, se nombró una ponencia que dictaminó lo siguiente:

“Acatando los acontecimientos revolucionarios desencadenados en el país, como consecuencia de la lucha provocada por el fascismo, y cumpliendo los últimos acuerdos tomados en el Pleno de Regionales de la CNT, se toma el acuerdo de formar el Consejo Regional de Defensa, el cual se hará cargo de todo el desa-

172. Habiendo logrado Villalba crear el Comité de Guerra del Norte de Aragón, se confirmaba, una vez más, la actitud del PSUC (Del Barrio), en relación a las colectividades, que deseaba disponer de un asiento oficial para combatir las.

rollo político, económico y social de Aragón.

“Los departamentos de que está compuesto el Consejo son los siguientes: Justicia, Obras Públicas, Industria y Comercio, Agricultura, Información y Propaganda, Transporte y Comunicaciones, Orden Público, Sanidad e Higiene, Instrucción Pública y Economía y Abastos.

“Todos los Departamentos elaborarán un plan que siempre será sometido al estudio y a la aprobación de los organismos representados; pero una vez aprobado, será cumplido con carácter general en todos sus aspectos.

“Toda la acción de las distintas localidades será cumplir el plan económico y social, ya que en él se verán medidas transitorias o firmes que se encaminen a la nueva estructuración social, no como hasta la fecha, que hay proyectos y realizaciones muchas veces contradictorios.

“En el problema de la guerra, hemos creído conveniente no formar un departamento, a fin de no crear un organismo más que, sin pensarlo, originara confusión con los organismos ya existentes; pero para poder presionar y realizar una labor más eficaz, resolvemos lo siguiente:

“1. Nombrar dos delegados, que representarán en el Departamento de Guerra de Barcelona a la Regional de Aragón.

“2. Crear un Comité de Guerra de las fuerzas que operan en Aragón, que será el responsable de la dirección única de todo movimiento de las Columnas.

“3. Dicho Comité estará compuesto por los siguientes miembros: Uno por la Columna “Durruti”, uno por la Columna “Ortiz”, tres por el sector Huesca, y dos por el Consejo de Defensa de Aragón.

“Esta composición será provisional hasta que las Columnas que operan en el sector de Teruel nombren otro delegado, que integrará el Comité de Guerra.

“Esta ponencia, una vez aprobada por las delegaciones, será sometida a la consideración de las Regionales de Cataluña y Valencia”.

La citada ponencia estaba propuesta y firmada por los siguientes personajes: Comarcal de Angües: Francisco Ponzán; Sindicato de Utrillas: Gil Gargallo; Mas de las Matas: Macario Royo; Comité Provincial de Huesca: Gregorio Villacampa; Comité Regional: Francisco Muñoz; Comité Zona Ocupada de Teruel: P. Abril-Honorato Villanueva; por las Columnas del Frente de Aragón: Francisco Carreño y Joaquín Ascaso.

La ponencia fue aceptada por unanimidad y se fijó como lugar de residencia del Consejo de Defensa de Aragón, Alcañiz ¹⁷³.

En el curso de los debates que tuvieron lugar en esta Asamblea de Bujaraloz se apuntaron los problemas que tenía Aragón como zona de guerra y de retaguardia, tan íntimamente mezclados, que no había manera de saber dónde terminaba aquella y dónde comenzaba ésta. Estos problemas se agudizaban más en razón de

173. Utilizamos las “Actas del Pleno Extraordinario de Sindicatos de Aragón con representación de las Columnas Confederales que operan en el frente, celebrado en Bujaraloz el día 6 de octubre de 1936. Circular de la Confederación Regional del Trabajo de Aragón, Rioja y Navarra (CNT) Comité Regional”. Archivo de Salamanca, Guerra Civil B-39/E-178/180/151 (Salas)

las diversas fuerzas políticas que había detrás de cada Columna. Cada una pretendía orientar en su retaguardia la vida económica de los campesinos. La confusa situación de Aragón no tenía otra causa que esa. La constitución del Consejo de Defensa era un paso importante, pero a condición de que pudiera delimitarse bien la función de las Columnas y las atribuciones del mismo Consejo, así como el papel del Govern de la Generalitat en Aragón. Pero todo ello presentaba tantos choques de intereses que en ningún lugar como Aragón la lucha entre la revolución y la contrarrevolución se presentaba de una forma tan clara.

La fuerza predominante en Aragón era la CNT. La UGT, cuando existía, era de tan ridícula representación que no podía aparecer como una fuerza determinante. Los confederales de Aragón no quisieron caer en el error que había caído la CNT en Cataluña, y por dicha razón no acordaron a la UGT el mismo papel que a la CNT. La asamblea del pueblo era la soberana, y ésta elegía a los miembros de los comités locales. Los elegidos eran los vecinos de mayor historial revolucionario, que entre ellos se conocían bien. De esas asambleas salió la configuración libertaria de Aragón.

En las zonas en donde actuaban las Columnas de la CNT no había prácticamente problema alguno: los milicianos se habían identificado con el campesino y viceversa. Sin embargo, eso no era lo mismo cuando las colectividades libertarias tenían que desarrollarse en zonas donde militarmente actuaban las Columnas del PSUC o del POUM, fuerzas que, por su antianarquismo, aunque enemigas entre sí, se reconciliaban en su lucha contra la CNT. La zona más afectada por esas luchas abarcaba Huesca y Barbastro. El coronel Villalba procedía como un militar; y la Columna de Del Barrio (PSUC), haciendo gala siempre de su realismo político, se reafirmaba en el criterio de que "no era la hora de la revolución, sino de la guerra", convirtiéndose en protectora de individuos que, de la noche a la mañana, se constituían en UGT. Por la existencia de esa UGT espontánea, Del Barrio la tomaba como argumento para disolver las colectividades libertarias; pero los campesinos de la CNT no se dejaban dominar fácilmente, y ello provocaba choques armados. Esa lucha en la retaguardia era lo que impedía a las fuerzas del sector de Huesca apoderarse de dicha capital en un empujón decisivo. Esa situación era insostenible, y cuando en la Asamblea de Bujaraloz se hablaba de "mando único" era teniendo en cuenta tal situación más la existencia de dos Comités de Guerra que actuaban de manera autónoma.

Al principio se constituyó un Comité de Guerra en Sariñena, donde estaban representadas todas las Columnas, asesoradas por un Consejo técnico-militar. Pero el mencionado Comité de Guerra ofrecía a los estalinistas una dificultad, consistente en la supremacía que ejercía la CNT en él; y se comprende, puesto que la CNT tenía en pie de guerra unos quince mil hombres, mientras el PSUC apenas contaba con unos dos mil, e idéntica cifra el POUM. El coronel Villalba, alegando razones de estrategia, logró fraccionar el Comité de Guerra y montó otro en el llamado Norte Aragón, al que se unió Del Barrio, compenetrándose con Villalba de tal manera que aun siendo inferiores las fuerzas del PSUC, era Del Barrio quien asumía la jefatura de ese Comité en las ausencias deliberadas de Villalba. En dichas ausencias, Del Barrio aprovechaba para, *manu militari* asaltar

algunos pueblos y disolver las colectividades. Así estaban las cosas cuando se efectuó la Asamblea de Bujaraloz. El acuerdo de la constitución del Consejo de Defensa de Aragón sonó como un disparo en Barbastro, cuyo eco pudo apreciarse inmediatamente en Barcelona. La prensa del PSUC calificó el citado acto de "cantonalista y faccioso". El Govern de la Generalitat tampoco lo vio con muy buenos ojos porque consideraba a Aragón como una colonia ¹⁷⁴. A estos enemigos vino a unirse el propio Comité Nacional de la CNT que, ante la negativa de Largo Caballero de constituir el Consejo Nacional de Defensa, orientó su política a negociar la entrada de la CNT en el Gobierno de Madrid. Del conjunto de todos estos factores resaltaba aún la audacia revolucionaria del Consejo de Defensa de Aragón, que al dar cuenta de su constitución en la lista de hombres que lo componían, todos eran pertenecientes a la CNT. Por primera vez en la historia social una región afrontaba la acción revolucionaria al margen de los partidos políticos y tomando como base la asamblea considerada como organismo soberano. De este hecho, el régimen que estaba naciendo en Aragón era el más próximo al comunismo libertario. La audacia era grande: cuando la revolución se batía en retirada en toda España, Aragón se reivindicaba como el polo más avanzado de la misma. ¿Se iba a repetir en Aragón el mismo fenómeno que en Rusia con Ucrania? La presencia de Durruti invocaba fatalmente la personalidad de Néstor Makhno.

Coincidente con la celebración de la Asamblea de Bujaraloz, los facciosos desencadenaron un ataque el día 4 de octubre, que amenazó todo el frente de Perdiguera-Leciñena, cogiendo de plano la avanzada de la Columna "Durruti" en ese sector, contiguo con las tropas del POUM; pero este ataque y la manera con que la Columna supo liberarse, lo abordaremos en el capítulo siguiente, para tratar ahora de los primeros efectos que produjo en Barcelona la constitución del Consejo de Defensa de Aragón.

Ya ha quedado dicho que en el Govern de la Generalitat, que se constituyó el 26 de setiembre, el coronel Felipe Díaz Sandino fue encargado de la Conselleria de Defensa, y que García Oliver desempeñaba el cargo de secretario de la misma.

Al ocupar Díaz Sandino sus funciones, su máxima preocupación fue poner en práctica los decretos relativos a la militarización de las milicias dictados por Madrid. Pero él sabía que dicha operación no podía llevarse a término de golpe y porrazo en el frente de Aragón, sino que debía proceder con mucho tacto para evitar una reacción brutal por parte de las Columnas confederales. La ocasión vino a brindársela la tirantez que se había creado en el frente de Aragón entre los confederales y Villalba, bajo cuya sombra actuaba Del Barrio boicoteando al máximo las colectividades campesinas en el sector de Tardienta y Barbastro. El problema en Aragón no era militar, sino político. La CNT estaba dispuesta en Aragón a llevar adelante su obra revolucionaria; pero el PSUC, por intermedio

174. Horacio M. Prieto, *Posibilismo Libertario*, Edición a cargo del autor, París, 1967. En la pág. 80, considera que las relaciones políticas que "la Generalitat de Catalunya tenía con Aragón denotaban un carácter colonialista".

de sus milicias, estaba también dispuesto a impedirlo. El proceso de la contrarrevolución en Aragón estaba clarísimo, realidad que se disfrazaba bajo el ropaje de la guerra y que se tocaba con los dedos. El coronel Villalba, presentándose como un militar republicano “que no hacía política”, en los hechos facilitaba la tarea al PSUC, creando situaciones de tirantez en el frente y llegando hasta el extremo de crear en el Norte de Aragón un Comité de Guerra autónomo del de Sariñena. El objetivo Huesca quedaba así postergado ante los objetivos de boicotear las colectividades. El Comité Central de Milicias Antifascistas había destinado a ese sector un millón de cartuchos con el fin de que se moviera todo el citado sector y se terminara ya con la conquista de Huesca. Pero Huesca no se conquistó, y el millón de cartuchos fue empleado en operaciones de retaguardia o enviado a Barcelona. Ante esa situación, Díaz Sandino y García Oliver determinaron convocar una reunión en Sariñena de los delegados de Columna, a fin de estudiar conjuntamente la puesta en marcha de un Estado Mayor en Aragón. Esta reunión se celebró el 8 de octubre, en plena ofensiva de la Unidad Móvil de Aragón, mandada por el coronel Gustavo Urrutia, que lanzó contra la Columna “Durruti” sus cuatro mil quinientos hombres, asistidos por la aviación y la artillería.

A esa reunión asistieron por la Conselleria de Defensa: Díaz Sandino, Joan Moles y García Oliver, y por las Columnas de Aragón: coronel Villalba, Del Barrio, Antonio Ortiz, José Rovira, Durruti y Pérez Salas. Estos nombres indican que lo que se iba a dirimir en dicha reunión era el litigio Villalba-Del Barrio con Durruti-Ortiz.

El coronel Díaz Sandino comenzó por exponer la trágica situación en que se encontraba Madrid después de la pérdida de San Martín de Valdeiglesias, Sigüenza y Navas del Marqués. El avance faccioso sobre la capital española obligó al Gobierno a movilizar las quintas o clases de 1932 y 1933, y pasar a la militarización de las milicias. Se imponía, según criterio de Sandino, reforzar la disciplina en el frente y unificar los mandos militares, creándose un Estado Mayor que sería presidido por el comandante de aviación Reyes, asistido por los capitanes Guarner y Batet. A ese Estado Mayor se agregarían los jefes de Columna. Del Barrio fue el primero en objetar el mencionado plan, presentando la cuestión de la “guerra que cierto sector de milicias había llevado al coronel Villalba”. Lo que a él le interesaba no era la creación del Estado Mayor, sino aclarar por qué se guerreaba contra Villalba. El coronel Díaz Sandino indicó que no se trataba en aquellos momentos de continuar sacando las cosas pasadas a relucir, sino de pasar a una organización sería que pudiera colocar a las milicias en situación de conquistar las posiciones que tenían antes. Del Barrio persistió en mantener “que él no podía olvidar lo pasado”.

“Las diferencias políticas que tienen ustedes —señaló Díaz Sandino— ya las resolverán cuando se haya ganado la guerra. Ahora lo que importa es que unifiquemos los mandos”.

Rovira, en nombre de las fuerzas del POUM, manifestó “que puede haber varias maneras de interpretar el mando único”, y, en consecuencia, “se reserva su opinión sobre esa cuestión”.

Del Barrio insiste en que lo que hay que tratar “no es la cuestión del mando

único, sino de otras cosas". Ante esas posiciones y los antagonismos que se provocan, en vez de unificar esfuerzos, Díaz Sandino dice:

"-En esto, si no vamos todos cogidos del brazo no conseguiremos nada; desde luego, así nos ganan. No tenemos material ni tenemos nada; luchamos con una serie de dificultades. Ellos están organizados y tienen material. Si no queremos unificar nuestros esfuerzos, entonces lo mejor es marcharse cada uno a su casa y que los fascistas se metan en Barcelona".

Del Barrio, por su parte, exclamó:

"-No discutamos más. Iniciaremos esto, pero opinaremos, porque somos de hecho los que sufrimos las consecuencias directas. Ha habido siempre un divorcio entre el frente y Barcelona".

Y García Oliver replicó:

"-Hemos tratado de ser lo más imparciales posibles en la elección del hombre. Si hubiéramos designado a Durruti, hubierais dicho que se hacía una política partidista, y si hubiéramos propuesto a Ortiz, hubierais dicho lo mismo. Tenía que ser un militar de los que se han destacado en el frente, y Villalba podía haber sido, pero queda incapacitado por las rencillas que existen entre vosotros. Por esa razón hemos buscado a un hombre que nos parece que reúne las condiciones morales y técnicas (...). Pero si tiene que ser aceptado con reservas, yo no cargo con esa responsabilidad y dimito".

A esto, respondió Del Barrio:

"-Se ha creado un estado pasional... Hay una parte del frente que lucha contra el coronel Villalba".

Y Ortiz:

"-Lo digo francamente: yo voy a lo mío. Yo soy anarquista, y creo que lucharemos hasta allí donde podamos llegar. Pero hasta tanto no discutamos, procedamos honradamente, y todo lo que se me mande lo haré, lo hago y lo he hecho".

En cuanto a Durruti, expuso lo que sigue:

"-Yo había llegado a una conclusión. Lo peor que tenemos en el frente de Aragón, donde más rencillas y más cosas hay, es en Barbastro. Barbastro es un nido de perturbaciones (...). Hay que darse cuenta de la situación. Ya nos han desplazado fuerzas del norte, como están desplazando fuerzas de otros sectores en el frente de Aragón. Yo los estoy viendo apenas a cien metros delante de nosotros. Estamos viendo allí una cantidad enorme de gente, y esperamos que nos den el achuchón. Si me preguntarais cómo el otro día defendimos Farlete y Monegrillo, os respondería que nos defendimos como pudimos, y estaba viendo el momento que salíamos corriendo hacia Fraga y que perdíamos esas dos posiciones. Esto tiene que terminar. Hay que acabar con la cuestión de Barbastro para que renazca la confianza en el frente".

A continuación, Del Barrio comentó:

"-Yo, el otro día, en ausencia del coronel, me tomé la atribución que parecía me correspondía como miembro del Comité de Guerra, de enviar veinticinco carabineros a Graus con orden de detener a todo el comité del pueblo. Y si no mandamos los veinticinco carabineros a Graus los compañeros de la CNT nos fusilan a diecisiete hombres que no eran socialistas todos, sino republicanos los más. Los

carabineros no lo cumplieron por desgracia, pero la orden era ésta, firmada por mí. No mandé la Guardia Civil porque no se hablara otra vez de la lucha de la Guardia Civil contra el pueblo (...)"

El coronel Villalba intervino:

"—Queda una cosa en el aire, una acusación (...)"

Y Durruti replica:

"—Los militares deberían ser los asesores, unos verdaderos asesores, y no debierais meteros ni con bandos ni con nada. Que tuviesen esa responsabilidad las representaciones políticas de las Columnas (...)"

Del Barrio:

"—El pueblo quiere a los militares que se han puesto a su lado y están con nosotros. Y lo ha demostrado que cuando he hablado del coronel Villalba en el mitin, el pueblo se levantó en masa y aclamó al coronel".

Durruti:

"—En cuestión de decretos y de bandos, el pueblo no traga nunca a los militares. Cuando un militar pone su firma en un decreto o bando, tendrá eficacia, pero en seguida despierta recelos. Se les quiere porque están luchando, pero nada más".

Del Barrio:

"—Yo he expuesto mis reservas con relación al mando único, y las expondré a mi partido, y haré lo que él mande (...)"

Ortiz:

"—Por mi parte, las reservas son siempre falta de honradez".

Durruti:

"—Una cosa inadmisibile ahora en vosotros es la reserva. Nosotros no hemos tenido ninguna reserva. En Madrid se ha formado un Gobierno, y sin que nos hayamos preocupado de si era socialista, nosotros a luchar. Y si vosotros venís ahora y nos decís, aquí hay una reserva, veremos que no acertáis. En estos momentos consideramos falsas las posiciones de reserva. Yo, por mi parte, no he pedido nunca nada a mi organización".

García Oliver, dirigiéndose a Del Barrio:

"—¿Qué idea tienes tú del mando único?"

Del Barrio:

"—Yo he sido siempre partidario del mando único, pero como consecuencia de una situación creada con anterioridad, y, naturalmente, el mando único que se constituye no es normal".

García Oliver:

"—El que más se ha resistido a aceptar el mando único en el frente he sido yo, y ya sabe Sandino por qué me resistía. El problema del mando único tiene una dificultad: y es la de dar el mando. En esta guerra se está dando un fenómeno, y es que los fascistas, cuando les atacan en ciudades, aguantan mucho y los nuestros no aguantan nada; ellos cercan una ciudad y al cabo de dos días la toman. La cer-camos nosotros y nos pasamos allí la vida. Se ha abandonado ahora una posición, Leciñena; pero eso no puede ocurrir más. Así como así, nadie puede abandonar un puesto ocupado. Se explica que ante un ataque se abandone una trinchera..."

Rovira:

“–Abandonaron la población ante la falta de municiones. Estábamos incomunicados”.

García Oliver:

“–No se trata de Leciñena, sino que esto es un ejemplo. Una ciudad y un pueblo se defienden, porque de lo contrario esto será lo mismo que Madrid, y nos los encontraríamos en casa después de una serie de empujones. Ahora, con el mando único, si una ciudad se ve comprometida, no tiene que abandonarse y se le mandarán refuerzos de donde sea. Lo que tiene que hacer el mando es llamar a otras fuerzas” 175.

Del resumen que hemos dado de esta conferencia resalta el choque entre el PSUC y la CNT, rivalidad que restaba fuerzas para conducir la guerra y que explica, en mucho, las razones de la parálisis en el frente de Aragón. La alianza entre Villalba y el PSUC no sólo boicoteaba las acciones en torno a Huesca, sino que hacía inexplicable que las tropas de Del Barrio, a pocos kilómetros de Leciñena, permitieran la pérdida de esa localidad porque era una posición defendida por el POUM. La actitud de Del Barrio oponiéndose a la formación de un Comité de Guerra unificado y responsabilizado en todo el frente aragonés contrastaba con la posición demagógica que el PSUC defendía en su prensa en pro del Ejército y del mando único.

A la vista de todos estos hechos se comprende con mayor claridad el acierto de la Asamblea de Bujaraloz, tomando como resolución la formación de un Consejo de Defensa de Aragón que iba a poner fin a “la mexicanización” que se había hecho de la guerra en Aragón.

175. El texto completo de esta Conferencia Militar lo constituyen 23 folios mecanografiados. Depósito privado de Burnet y Gladis Bolloten en la Colección Hoover Institution (USA). La copia que nosotros utilizamos nos ha sido facilitada, previa autorización de Bolloten, por la dirección de dicha institución. Aprovechamos la ocasión para expresar a Bolloten y a la Institución Hoover nuestras más sinceras gracias.

CAPÍTULO XVI

La sombra de Stalin sobre España

La asamblea de Bujaraloz y la conferencia militar de Sariñena tuvieron lugar bajo la presión de la ofensiva que los facciosos desencadenaron contra el sector defendido por la Columna "Durruti". El día 4 de octubre, el teniente coronel Urrutia, con una Columna nutrida, compuesta por el batallón número 19 de infantería, tres compañías de carros, el "Tercio del Pilar", tres compañías de ametralladoras del Regimiento de Gerona, ametralladoras de la bandera "Palafox", cinco compañías de Falange, dos escuadrones y dos baterías, con un total de unos cuatro mil quinientos hombres, respaldados por la aviación, realizaba un reconocimiento ofensivo al norte de Osera y Villafranca, y otro el día 8 hacia Farlete, partiendo de Villamayor y llegando a tres kilómetros de aquel pueblo. El día 10 se destacaban bastantes refuerzos a Perdiguera, Zuera, Villanueva y Quinto, y en la noche de ese día, partiendo de Perdiguera, una Agrupación al mando del mismo teniente coronel ascendía a las alturas que por el este corren desde Perdiguera a Leciñena, mientras que otras fuerzas, saliendo también de Perdiguera, ganaban las alturas más lejanas de la Sierra de Alcubierre para caer luego sobre el puerto de ese nombre. La operación culminó el día 12, en que las unidades nacionales entraban en Leciñena, después de causar al adversario un gran quebranto ¹⁷⁶.

A esta operación de ataque enemigo, la Columna "Durruti" respondió, según la crónica de la misma Columna, de esta manera:

"La Columna Móvil nos atacó el día 4 de octubre, partiendo de Villafranca, en nuestras posiciones de Calabazares-La Puntaza, siendo su objetivo el corte de la carretera Osera-Monegrillo y ocupación del primero de los pueblos citados. Logró inicialmente una ligera progresión, siendo contenida y posteriormente rechazada, a pesar de la constante actividad de su nueva aviación, que actuó intensamente en vuelos rasantes de ametrallamiento. A los dos días (el día 8), y con nuevo dispositivo, iniciaba una ofensiva de más importancia que la anterior. El

176. Leciñena estaba ocupado por las fuerzas del POUM. Según Rovira, en la Conferencia Militar que hemos citado, estas fuerzas hubieron de ceder después de agotar las municiones (informe cit. *Bolloten*). Por otra parte, Grossi, en sus *Memorias* (inéditas, léidas gracias a la facilidad que nos ha dado), nos dice: "Desde hacía varios días se solicitaba munición a Villalba, pero éste no les atendía, pues todas sus atenciones iban hacia Del Barrio (PSUC)". Y según Martínez Bande, op. cit., cuando "las fuerzas nacionales, después de causar al adversario un gran quebranto, ocuparon Leciñena, se encontraron con 104 muertos y un botín de guerra en el que figuraban 23 ametralladoras, 64 cajas de municiones, dos morteros, 21 coches y camiones, gran cantidad de fusiles, accesorios de ametralladoras, víveres y efectos militares". Si es cierto este botín de guerra, contradice a Rovira y Grossi. Sin embargo, conociendo como conocemos nosotros la situación del frente de Aragón, el botín de guerra que nos describe Martínez Bande nos parece exageradísimo.

grueso de sus fuerzas, progresando por la carretera Villamayor-Farlete, con artillería y tanques, llegó hasta las inmediaciones de Farlete. El flanco derecho actuaba por la zona del anterior ataque, constituyendo un elevado contingente de sus fuerzas, destacamentos de caballería. El izquierdo tenía como eje el camino Perdiguera-Farlete.

“El combate fue intensísimo y las escasas fuerzas que cubrían el sector se batieron muy bien, pero cediendo terreno a consecuencia de la enorme superioridad del enemigo. Rápidamente se organizó una fuerte Columna de artillería y fuerzas de los demás sectores para iniciar un contraataque, pero se presentó, de un modo alarmante, la falta de munición; para dotar a las fuerzas operantes se recogió munición de las demás unidades de la Columna, dejando en los puntos tranquilos del frente a los milicianos con diez cartuchos.

“Con oportunidad, llegaron las fuerzas de socorro al punto atacado cuando la vanguardia enemiga distaba menos de un kilómetro de Farlete y su caballería intentaba un movimiento envolvente por el sur del pueblo. Una batería ligera propia, emplazando sus piezas en la misma carretera, al pie de los camiones, abrió fuego contra la caballería enemiga, extraordinariamente eficaz, paralizando sus avances y obligándola a un precipitado repliegue muy sangriento. También camiones blindados propios iniciaron su persecución, convirtiendo el retroceso enemigo en fuga desordenada.

“Como consecuencia de la acción descrita en su flanco derecho, el enemigo paralizó su avance desconcertado, iniciándose entonces un violento contraataque con éxito. El repliegue enemigo no se hizo esperar, coincidiendo con la aparición de una escuadrilla propia de bombardeo, que a escasa altura bombardeó con eficacia pocas veces igualada las concentraciones enemigas, causando un número muy elevado de bajas y convirtiendo en derrota completa la retirada, hasta entonces parcialmente ordenada, del enemigo. Las fuerzas atacantes, dispersadas, abandonaron armamento y material, capturándose gran número de prisioneros, casi todos falangistas y requetés. También se registraron numerosas deserciones de soldados enemigos, que se pasaron a nuestras líneas con armamento.

“Al finalizar la jornada nuestras fuerzas dominaban por completo la situación, a pesar de su indiscutible inferioridad en hombres y material, avanzando en persecución del enemigo, que retrocedió hasta Perdiguera en una profundidad de quince kilómetros.

“Pocos días después (el 12), el enemigo reproducía el ataque fracasado en nuestro sector contra las posiciones cubiertas por la columna operante (POUM), al norte de la Sierra de Alcubierre, produciendo una ruptura muy peligrosa del frente al ocupar el pueblo de Lecifena, y amenazando, con su avance, toda la seguridad del frente propio. Se logró contener su acción en las inmediaciones de Alcubierre con la presencia de numerosos refuerzos. Para descongestionar el frente de la Columna atacada en Lecifena y colaborar en su contraataque, nuestra Columna preparó (día 14) una acción ofensiva para establecer contacto con el enemigo, perdido desde su derrota en Farlete, y amenazar la carretera de Villamayor-Perdiguera-Lecifena.

“Ya entonces nuestros milicianos demostraron cohesión y dominio de movi-

mientos, que se efectuaron en el espacio y en el tiempo de acuerdo con las órdenes directivas. Pero las fuerzas que cubrían nuestro flanco derecho, y que progresaban en dirección a Perdiguera, constituido por el Grupo Internacional, debido a su exceso de ardor combativo, avanzaron excesivamente perdiendo contacto con el resto de las fuerzas.

“Al llegar a las inmediaciones de Perdiguera, el Grupo Internacional atacó sus defensas (día 16) con bombas de mano, logrando entrar en la población y derrotando a la guarnición enemiga. Pero fuerzas procedentes de Zaragoza, que llegaron en camiones, con un total de más de dos batallones, establecieron cerco alrededor del pueblo, donde nuestros internacionales se batieron con energía, logrando una parte romper el sitio y replegarse hacia nuestras líneas y sucumbiendo los otros, parapetados en unas casas del pueblo, donde lucharon hasta el último instante. A tres enfermeras de la Cruz Roja Internacional de distintas nacionalidades, que fueron capturadas, las fusilaron en el mismo pueblo.

“Intentando auxiliar al Grupo Internacional, varias centurias nuestras se acercaron a Perdiguera, pero simultáneamente llegaban de Zaragoza nuevas fuerzas muy superiores en número que imposibilitaron nuestros propósitos.

Finalmente se estableció un frente continuo de acuerdo con las órdenes del Comité de Guerra de la Columna, prolongando hacia el Norte nuestra línea para obtener el dominio del macizo Monte Oscuro, máxima altura de la Sierra de Alcubierre, de donde se logró desalojar al enemigo, que ofreció escasa resistencia, estableciéndose enlace con la columna vecina (POUM), que contraatacaba por Alcubierre por medio de patrullas” 177.

Por lo que respecta a los internacionales, Corman escribe:

“Berthomieu y cuarenta de sus hombres han sido demasiado audaces. Como consecuencia de su avance impetuoso han quedado cortados del grueso de la Columna. El enemigo se dio cuenta de ello y los cercó con su caballería mora.

“Sitiados en diversas casas, los cuarenta hombres hicieron frente a una fuerza veinte veces superior. Pronto sus municiones se agotaron. Y dos milicianos, Ridel y Charpentier, aceptaron la peligrosa misión de escurrirse por entre las posiciones de los marroquíes para ir a prevenir a Durruti. Pero fueron los dos únicos que pudieron salvarse de los cuarenta que habían entrado en Perdiguera. Los que allí quedaron murieron al pie de sus puestos de combate. Entre los muertos se encontraban Berthomieu, Giralt, Trontin, Bourdom, Emile Cottin, Georgette, una joven militante de la *Revista Anarquista* de París, Gertrudis, una joven trotsquista alemana, y dos enfermeras más cuyos nombres quedaron ignorados.

“Las líneas de nuestro frente fueron rectificadas a nuestro favor en ocho kilómetros. Pero las ganancias de terreno no compensaba las pérdidas que la Columna había tenido. Berthomieu, él solo, valía más que todo eso.

“Si la guerra es una gran devoradora de hombres, aquí ella alcanzó a hombres de calidad. Los más valientes y generosos fueron los primeros en caer” 178.

177. José Mira, op. cit.

178. Mathieu Corman, *¡Salud, camaradas!*, Ed. Tribord, París, 29 de junio de 1937.

Cuando en el sector reinó la calma, Durruti vuelve a la Venta de Monzona, y Besnard le comunica que Largo Caballero había roto con el pacto ¹⁷⁹.

Esto fue el colmo para Durruti, que maldijo a Santillán por haberlo echado todo a perder debido a sus escrúpulos, y se maldijo a sí mismo por haber creído en la palabra de Largo Caballero. (Recordemos, en cuanto a Santillán, que se trataba de la cuestión del Banco de España). Pero esta noticia no venía sola, la acompañaba el decreto de militarización, o sea, el restablecimiento de la jerarquía de mando y la entrada en vigor del antiguo Código Militar hasta que fuera redactado el nuevo. Muchos de los combatientes pidieron la baja de la Columna a Durruti porque no querían someterse a los “ucases” del Gobierno. ¿Qué respuesta podía darles Durruti? ¿Que se sometieran? ¿Que se quedasen en sus puestos? El no dijo nada. Por primera vez en su vida se encontraba abatido, dándose cuenta de que se caminaba hacia el precipicio y que nada ni nadie podía impedir la caída. ¿Renunciaría él? El, que nunca había renunciado a ninguno de sus proyectos! ¿Cómo echaba en falta la presencia de Ascaso!

Aquella noche Durruti no durmió en el Cuartel General y fue a reunirse con los “Hijos de la noche”, que debían efectuar un “golpe de mano” en territorio enemigo...

El decreto de militarización era la primera victoria conseguida por los rusos. La política de éstos se imponía. Largo Caballero estaba entre sus manos. Otro tanto más era que la promulgación del decreto coincidía con la fecha del envío para Odesa de las reservas de oro del Banco de España. No cabía duda de que Caballero hipotecaba su porvenir siguiendo la política de Stalin. Pero ¿quién sabía, en aquella época, que diversos usureros encerrarían en sus contadores la libertad de España?

La influencia de Rusia, bajo la promesa de suministrar armas, aumentó la fuerza del Partido Comunista español. De un solo golpe llegó a ser el dueño de la situación. Hasta ese momento sus líderes atacaban a los anarquistas y a los trotskistas solamente con palabras; pero a partir de aquel instante pasaban ya a los hechos. El decreto formulado se lo permitía. Los milicianos estaban luchando por la revolución sin pensar en los intereses del Partido, pero el Partido luchaba para sí mismo. Mientras los soldados caían en el campo de batalla el Partido Comunista, a las órdenes del agente estalinista Carlos Contreras, había creado una “escuela de mandos”; el “Quinto Regimiento”, que no era otra cosa que el horno donde se cocía “la pasta futura” de los jefes del Ejército Popular. Los militares profesionales, a los que los milicianos no toleraban más que en calidad de técnicos, se dirigían hacia el “Quinto Regimiento” buscando abrigo en el seno del Partido Comunista, que se mostraba como un representante del orden burgués, evidentemente. El “Quinto Regimiento” atraía también a una buena parte de los intelectuales, funcionarios y antiguos burócratas del aparato estatal. Presentándose el Partido Comunista como un “partido de orden”, por la condi-

179. Remitimos al lector a los detalles ya narrados en relación a las conversaciones entre Besnard-Largo Caballero.

ción de sus adherentes, tomaba el carácter de partido de la clase media ¹⁸⁰.

La política de los rusos era cada día más exigente en el terreno político. Largo Caballero, prisionero como estaba de ellos, iba de concesión en concesión sin pensar que cada renuncia que hacía era un paso que daba hacia su propio abismo político.

En Cataluña la situación era aún mucho más trágica que en Madrid. Los rusos se habían propuesto la eliminación primero del POUM y luego reducir la CNT-FAI a la impotencia. Aunque los trabajos que llevaba a cabo el cónsul ruso, Antonov Ovssenko, eran escalonados, por la velocidad con que se procedía se pasaba de una etapa a otra sin apenas darse cuenta. El punto débil de la CNT era el frente de Aragón y la marcha de la industria catalana. Para atenderse al frente de Aragón se precisaban armas y, para hacer marchar las fábricas, materias primas. Si se practicaba una marcha atrás en los avances revolucionarios, Ovssenko prometía que habría una cosa y otra. Los Comités de la CNT y de la FAI lo creyeron e hicieron la máxima concesión con la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas; pero cuando se pone el dedo en el engranaje se termina por pasar todo el cuerpo. Y se iba camino de ello. El pacto de unidad entre la CNT y la UGT, y entre el PSUC y la FAI, con el abrazo de Mariano R. Vázquez y Rafael Vidiella, el 25 de octubre de 1936, significó la eliminación del POUM del Govern de la Generalitat y el preludio de las jornadas de mayo de 1937.

Lluís Companys y la Esquerra Republicana de Catalunya, para liberarse de la presión que la CNT y la FAI ejercían sobre uno y otra, buscaron su alianza con el PSUC, pero la primera condición que les impusieron los estalinistas fue la eliminación de Andreu Nin como consejero de Justicia en el Govern de la Generalitat. Lluís Companys accedió y simuló una crisis de Gobierno. En el nuevo Gobierno el POUM quedó eliminado y el PSUC mejoró sus posiciones. Y tanto fue así que su líder, Joan Comorera, pudo atacar directamente a las milicias de Aragón, comparando su forma de lucha con la propia de las tribus. La gran ofensiva de la militarización de las milicias comenzaba.

Los Comités de la CNT y de la FAI creyeron salvar los peligros que se avecinaban buscando fórmulas que les aseguraran el control militar de sus milicias. Al Gobierno de Largo Caballero y al propio Partido Comunista no les molestaba el hacer esa concesión, pues sabían que una vez impuesto el Ejército, por el propio desenvolvimiento del mismo, se le iría arrancando a la CNT su influencia en él. Los Comités de la CNT-FAI, absorbidos como estaban por la vida política, “el árbol les impidió ver el bosque”. Pero los milicianos vieron más claramente que los Comités. Los primeros en plantear el problema de “revolución o guerra” fueron los internacionales de la Columna “Ascaso” en el frente de Huesca.

“Si despojamos a la guerra de toda su fe revolucionaria, de toda su idea de transformación social y de su sentido de lucha universal, no queda nada más que una guerra de independencia nacional, que si bien nos coloca ante el problema de la vida o la muerte, nos muestra igualmente que ya no se trata de una guerra

180. José Díaz, *Tres años de lucha* (reedición), Ed. Ebro, París, 1969.

de creación revolucionaria en pro de un nuevo régimen social. Se nos dirá que no todo está perdido, pero nosotros afirmamos que todo está amenazado, y que no podremos salir victoriosos a menos que se produzcan acontecimientos que escapen a nuestras previsiones”¹⁸¹.

Las milicias confederales del Centro plantearon el mismo problema:

“¿En nombre de qué derecho el Gobierno actual se permite forjar nuevas cadenas al proletariado después que éste ha liquidado las que impedían la realización de sus aspiraciones? ¿En nombre de qué derecho se rescuica el militarismo, que nosotros hemos sufrido bastante para saber exactamente lo que vale? Para nosotros, el militarismo es parte integrante del fascismo. El Ejército es el instrumento típico del autoritarismo. Suprimir el Ejército es suprimir la posibilidad que el autoritarismo tiene de oprimir al pueblo. Esta guerra que nosotros sostenemos no es una guerra decretada por el Estado, es una reacción popular contra las fuerzas que pretenden aplastar nuestra dignidad de personas. En consecuencia, es el pueblo quien debe escoger su forma y la táctica que conviene para llevarla a su término. La clase obrera no quiere perder lo que tanta sangre le ha costado. La constitución de un Ejército no es otra cosa que la vuelta al pasado, un pasado que fue enterrado el 19 de julio”.

La Columna “Durruti” dio también su respuesta al decreto a través de la declaración de Durruti a *L’Espagne Nouvelle*. Declaración que la redacción del periódico precede de una explicación sobre la situación en el frente:

“Puestos en la alternativa de someterse a la nueva ley o dejar el fusil, abandonando las milicias, los combatientes consideran ambas cosas perniciosas para la revolución que ellos pretenden llevar adelante y, a pesar de las órdenes sobre las organizaciones, la mayor parte optará por no hacer ni lo uno ni lo otro. Pero la combatividad en los milicianos se resiente. La fuerza de la Columna “Durruti” decidió no darse por enterada de la nueva, aplicando, no obstante, los aspectos positivos que tienen algunas disposiciones, y con ello se ponía al abrigo del reproche de indisciplina. En esto se manifestaba el realismo personal de Durruti, su ascendiente moral sobre los hombres de su Columna y en el país, consistente en una especie de socarronería campesina, que veremos manifestarse de manera obstinada y astuta en las respuestas a nuestras preguntas:

“—¿Es verdad que se va a restablecer en las milicias el Código y la jerarquía de mando del antiguo Ejército?”

“—¡No! No es así como la cosa se presenta. Se han movilizado algunas quintas, y se ha instituido el mando único. La suficiente disciplina para combates callejeros era insuficiente para una larga y dura campaña militar, frente a un Ejército equipado de forma moderna. Esa deficiencia había que superarla”.

“—¿En qué consiste el reforzamiento de la disciplina?”

“—Hasta ahora teníamos un gran número de unidades diversas con sus propios jefes y efectivos (pero que de un día a otro variaban de manera extraordinaria), con su armería, sus transportes, su abastecimiento, su política particular cara a los

181. A y D. Prudhommeaux, *Catalogne 1936-37*, folleto, Ed. Spartacus, marzo de 1937.

habitantes y, a menudo, una manera muy especial de ver la guerra. Eso no podía continuar. Se han aportado algunas correcciones y seguramente habrá que aportarse más”.

“—¿Pero los grados, los saludos militares, los castigos, las recompensas...?”

“—Nosotros no tenemos necesidad de nada de eso. Aquí somos anarquistas.”

“—El antiguo Código de Justicia Militar, ¿no ha sido puesto en vigor por un reciente decreto de Madrid?”

“—Sí, y esta decisión del Gobierno ha producido un efecto deplorable. Allí tienen una falta absoluta del sentido de la realidad. *Existe un contraste total entre aquel espíritu y este de los milicianos. Nosotros somos muy conciliadores, pero sabemos que una de estas mentalidades debe desaparecer delante de la otra*”.

“—¿No piensas que si la guerra dura mucho tiempo el militarismo se estabilizaría y pondría en peligro a la revolución?”

“—¡Bien! ¡Es precisamente por lo que hace falta ganar la guerra lo antes posible!”

“Con esta réplica, el camarada Durruti nos sonrío y nos damos un apretón de manos”¹⁸².

Por su parte, la CNT y la FAI publicaron la siguiente nota:

“Sería infantil dejar las fuerzas proletarias bajo el control absoluto del Gobierno. Un obrero movilizado no es un soldado, sino un trabajador que ha cambiado su útil por un fusil; entonces, el combate es el mismo en la fábrica que en el frente. En consecuencia, es también a las organizaciones a quienes les conviene controlar sus efectivos. La CNT, sin esperar órdenes de nadie, toma sus responsabilidades, dando las órdenes siguientes a los obreros adherentes tocados por la movilización: “Presentarse inmediatamente en los cuarteles controlados por la CNT, o en sus sindicatos y comités de defensa, donde se les dará la tarjeta de miliciano para su incorporación en las Columnas Confederales”. Tomando esta decisión, la clase obrera afirma una vez más su fe en la revolución en marcha”¹⁸³.

Con esta resolución la CNT trataba de armonizar la actitud de los milicianos anarquistas y las decisiones del Gobierno. Pero lo que la CNT ignoraba era que la maquinaria estatal en manos de Largo Caballero era insaciable, y no porque Caballero lo quisiera, sino porque él mismo era prisionero del aparato que estaba reconstruyendo.

Al decreto de militarización siguió el de nacionalización de la industria de guerra, lo que significaba arrancar de las manos de los obreros la administración y el control de esa industria para ponerla en manos de una burocracia que no buscaba otro fin que el devolver a sus antiguos propietarios las empresas expropiadas por la revolución.

Camilo Berneri, desde su periódico, órgano de los exiliados italianos en España, *Guerre di classe*, denunciaba los avances de la contrarrevolución; y llegados ya al momento en que estamos escribía que “flotaba en el aire un cierto per-

182. *L'Espagne Nouvelle*, noviembre de 1936.

183. A. y D. Prudhommeaux, *op. cit.*

fume de Noske”¹⁸⁴. Denunciar no era suficiente, sino que había que contrarrestar; pero ¿cómo...?

Estaba claro que toda la política de Largo Caballero iba dirigida contra la clase obrera, y por tanto contra la CNT. Pero ¿es que Largo Caballero podía realizar otra política? ¿Su Gobierno, acaso, no fue formado para reconstruir el antiguo aparato estatal republicano burgués?

Y la CNT, aceptando la colaboración democrático-burguesa con las otras fuerzas antifascistas, ¿no había obrado también en el mismo sentido...? La revolución estaba en un punto muerto, y no existía otra manera de salir de él que afrontando la contrarrevolución con las armas en las manos, dentro del propio campo antifascista y, a la par, batirse contra las tropas de Franco; pero ¿era eso posible...?

Un pleno nacional de la CNT arbitró una fórmula que habría podido ser factible si la Unión Soviética no hubiese entrado en España y no guardara ya en su país el tesoro español. Con la penetración del poder soviético en España, y Largo Caballero prisionero de esa influencia, el plan de la CNT estaba condenado al fracaso. Ese plan consistía en la formación de un Gobierno obrero a base de la CNT y de la UGT en el que los partidos jugarían un papel secundario. A ese Gobierno se le llamó Consejo Nacional de Defensa. Por un momento, Largo Caballero se sintió atraído por la propuesta; pero una ligera indicación del embajador ruso Marcel Rosenberg le devolvió el sentido del realismo político de su condición de prisionero de la URSS. Y el clavo fue remachado por una campaña que inició el PCE denunciando la “conspiración CNT-UGT”. Toda el ala pro-estalinista del Partido Socialista, con Indalecio Prieto en cabeza, se levantó contra ese intento “de descartar a los partidos políticos de la dirección de la guerra”.

A partir de aquel momento Largo Caballero sintió cómo la tierra comenzaba a resquebrajarse bajo sus pies¹⁸⁵. Y el PC, sin importarle provocar la guerra civil en el campo antifascista, se lanzó ya a sus ataques directos contra la clase obrera. Vicente Uribe, ministro de Agricultura por el Partido Comunista, publicó un decreto sobre colectivizaciones agrícolas, en el cual se decía que no podrían expropiarse tierras de las cuales no se pudiera demostrar, con pruebas en la mano, que los propietarios expropiados eran verdaderamente fascistas. En razón de este decreto, las mil quinientas colectividades campesinas organizadas por la CNT en Levante, Aragón, Andalucía y Castilla quedaban amenazadas de muerte. Pero la contrarrevolución no se detenía en eso, sino que atacó asimismo a los transportes, minas y otros centros de producción que los obreros habían colectivizado o socializado. Eran todas las conquistas obreras las que estaban en peligro. Era, por

184. Camilo Berneri, *Entre la revolución y las trincheras*, Ed. Tierra y Libertad, Burdeos. Folleto que recoge diversos artículos publicados en *Guerre di Clase* (1936-37).

185. Para las relaciones PC-Largo Caballero véase: Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, Editorial G. del Toro, Madrid, 1975, y Largo Caballero, *Mis recuerdos*, obra ésta muy difícil de encontrar por lo que sería interesante su redición y, más aún, la publicación de las Memorias inéditas que ha dejado Largo Caballero, documento que seguramente con su publicación los historiadores habrán de ajustar su punto de mira.

tanto, evidente que esa política convocaba a la prueba de fuerza; y ésta era el triunfo de las tropas de Franco...

En la noche del 20 de julio, todos los revolucionarios estaban de acuerdo en que la Revolución española no podría seguir adelante si el proletariado internacional, o por lo menos el francés, no acudía en su ayuda. En octubre, no solamente no quedaba esperanza alguna de que el proletariado mundial viniese en ayuda del proletariado español, sino que la Revolución española no sólo tenía que batirse contra las potencias fascistas y “democráticas” burguesas, sino también contra la URSS, la “patria del proletariado”.

La Federación Socialista del Sena había organizado una concentración proletaria para exigir del Gobierno del Frente Popular francés una ayuda eficaz a la Revolución española. León Blum, que no fue invitado, decidió asistir aunque fuera desafiando las iras populares. Y, en efecto, fue recibido con el grito de: “¡Cañones para España!, ¡Cañones para España!” Pasados los primeros momentos, el secretario general del partido socialista francés se dirigió a la multitud con palabras sentimentales:

“Vosotros, que me conocéis bien, sabéis que yo no he cambiado. ¿Creéis que yo no apruebo y comparto vuestros sentimientos? Vosotros oísteis la otra noche en el Velódromo de Invierno a los delegados del Frente Popular español; yo les hablé aquel mismo día, por la mañana. ¿Creéis que yo les escuché con menos emoción que vosotros? (Aplausos.) Hay que hacer todo lo que sea necesario para descartar el peligro de la guerra”¹⁸⁶.

¡En nombre de la paz poco importa que el pueblo español perezca! Eso fue lo que dijo León Blum el 6 de septiembre en el Luna Park a la multitud obrera que le escuchaba. Y como las multitudes son versátiles, León Blum ganó la partida. Todo el mundo se puso en pie gritando al unísono: “¡Viva León Blum!” mientras las notas de *La Internacional* se mezclaban con los vivas al primer ministro francés. De los gritos: “¡Cañones para España!” se pasaba a los vivas a la “No-intervención”, equivalente al “¡Viva Blum!” ¡Triste escena que anunciaba la segura derrota de los revolucionarios españoles! Pero en España la lucha era a vida o muerte y, aunque el círculo de la contrarrevolución se estrechaba día a día, no se podía dejar de luchar...

Ante la imposibilidad de formar el Consejo Nacional de Defensa, y batiéndose como ya se batía la CNT en el terreno político, su entrada en el Gobierno central era inevitable. Después de la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas y su entrada en el Govern de la Generalitat, su etapa final era Madrid. Eligiendo ese camino, transitaba la CNT por el peor de los que podía haber elegido, pues no solamente lanzaba por la borda todas sus concepciones antiestatales, sino que se privaba de su propia fuerza, como era la de su base militante que se rebelaba contra ese “viraje”. Además, queriendo evitar el enfrentamiento dentro del campo antifascista no hacía otra cosa que retrasarlo con una

186. León Blum, *Le socialisme démocratique*, Ed. Albin Michel et Denoel, Paris, 1972. En este texto se encuentra el discurso completo de León Blum, del 6 de septiembre de 1936, en el Luna Park.

guerra preventiva en la que mermaba su capacidad de lucha ¹⁸⁷.

Los agentes estalinistas observaban con mucha atención la crisis interna de la CNT y del anarquismo con propósitos de sacar de ella el mejor partido. En este sentido, Antonov Ovssenko, en Cataluña, jugaba un papel de primer plano. Constantemente repetía “que el camarada Stalin no tenía ambiciones políticas en relación a España, y que sinceramente deseaba el triunfo de la República española”. Esa ofensiva de la propaganda estalinista llegó incluso hasta hacer mella en el interior de la CNT-FAI. El cónsul ruso dijo confidencialmente a Lluís Companys que sería de muy buen efecto que una representación catalana bien nutrida pudiera asistir en Moscú al aniversario de la Revolución de Octubre. Incluso —insinuó—, la presencia de Durruti en esa delegación sería de un efecto magnífico... Lluís Companys transmitió la sugerencia de Ovssenko al Comité Regional de la CNT, el cual dio su acuerdo de incluir representantes de la CNT, y envió a Bujaraloz una comisión a fin de convencer a Durruti.

Cuando en Bujaraloz los enviados de la CNT expusieron a Durruti el propósito de enviarle a Moscú, éste manifestó rápido:

“—Quizá, para la propaganda, convenga a la CNT enviar un delegado en el conjunto de esa delegación colectiva; pero pensar que eso va a dar ocasión de decir al pueblo ruso lo que significa nuestra revolución y sus necesidades, es desconocer la realidad soviética. Esa delegación estará asediada por las autoridades y por los agentes de la GPU. Irá de fiesta en fiesta y será una pancarta en la tribuna oficial. Así se demostrará al pueblo ruso que España agradece su ayuda. Pienso, pues, que es un error enviar delegados de la CNT y, desde luego, inútil enviar un delegado de la Columna. No obstante, será el Comité de Guerra el que decida” ¹⁸⁸.

El Comité de Guerra decidió delegar en Francisco Carreño la misión de representar a la Columna en el aniversario de la Revolución de Octubre en Moscú. Pero Durruti reivindicó la libertad de redactar un saludo a los trabajadores rusos, que Carreño daría a conocer en la capital soviética. Si situamos el texto que redactó Durruti en el contexto histórico que se vivía entonces, en el cual el culto a la personalidad de Stalin llegaba a los extremos más absurdos, estamos seguros que ese saludo no fue leído en Moscú, y que la GPU no olvidaría la osadía de Durruti. Un texto dirigido a los obreros rusos en el que no se hiciera mención ni al “glorioso” Stalin ni al papel dirigente del heroico partido bolchevique ni se reconociera a la Unión Soviética la función de “patria del proletariado”, tenía que ser, forzosamente, recibido por la burocracia estalinista como un insulto. Veamos el texto en cuestión:

“Compañeros:

“Sirvan estas líneas para mandaros un fraternal saludo desde el frente de Aragón, donde miles de hermanos vuestros luchan, como vosotros luchasteis

187. Remitimos al lector a las notas que tratan sobre este tema.

188. Declaraciones de Francisco Carreño en una conferencia pronunciada en el Ateneo Faros de Barcelona, después de los hechos de mayo de 1937, a la cual asistimos, pudiendo oír el relato de su viaje a Rusia.

hace veinte años por la emancipación de una clase ofendida y humillada durante siglos y siglos. Hace veinte años que los trabajadores rusos izaron en Oriente la bandera roja, símbolo de la fraternidad entre el proletariado internacional, en el cual depositasteis toda vuestra confianza para que se os ayudara en la magna obra que habíais emprendido; depósito del que supimos todos los trabajadores del mundo hacernos cargo respondiendo abnegadamente con las posibilidades que el proletariado posee.

“Hoy es en Occidente donde renace una revolución, y ondea también una bandera que representa un ideal, el cual, triunfante, unirá con lazos fraternales a dos pueblos que fueron escarnecidos por el zarismo por un lado y la despótica monarquía por otro. Hoy, trabajadores rusos, somos nosotros los que depositamos en vuestras manos la defensa de nuestra revolución; no confiamos en ningún político sedicente demócrata o antifascista; nosotros confiamos en nuestros hermanos de clase, en los trabajadores; ellos son los que tienen que defender la Revolución española, lo mismo que hicimos nosotros hace veinte años cuando defendimos la Revolución rusa.

“Confíad en nosotros; somos trabajadores auténticos, y por nada del mundo abandonaremos nuestros principios, y menos humillaremos la herramienta símbolo de la clase trabajadora.

“Un saludo de todos los trabajadores que luchan contra el fascismo, con las armas en las manos, en el frente de Aragón.

“Vuestro camarada: B. DURRUTI

“Frente de Osera, 23 de octubre de 1936”¹⁸⁹.

En el Centro, la situación militar era de día en día más angustiosa. Las tropas facciosas por el Sur, tomando pueblos y ciudades, se aproximaban peligrosamente a Madrid. El Gobierno, dando ya por seguro que Madrid caería en manos de los sublevados, pensó seriamente en cambiar su residencia; pero llevándose con él a los organismos directivos de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales. El 18 de octubre, Largo Caballero convocó una reunión de representantes del Frente Popular y, de hecho, también a la CNT, aunque paradójicamente se daba el caso de que la CNT no formaba parte de ese conglomerado político, aunque actuaba unido a él.

En esa reunión del 18 de octubre, la CNT estuvo representada por Horacio Martínez Prieto, quien recientemente había tomado su Secretaría General, terminándose con ello la interinidad asegurada por David Antona. Largo Caballero pronunció un discurso patético, con el cual buscaba convencer a los presentes de lo efectivo que sería para la guerra el cambio de residencia del Gobierno. Ninguno de los representantes, ni tan siquiera el delegado del Partido Comunista, encon-

189. El texto fue publicado el 2 de noviembre de 1936 en CNT, Madrid, y en casi toda la prensa republicana. La delegación CNT-Columna quedó integrada por Francisco Carreño y Martín Gudell. Este, de nacionalidad lituana, hablaba correctamente el ruso, detalle que se desconocía en la Embajada soviética en España. En razón de sus conocimientos del idioma ruso, pudo luego, a su llegada a España, escribir un libro en el que relata su viaje: *Lo que vi en Rusia*, publicado en México en 1945.

tró desatinada la medida propuesta y cuando parecía que todo el mundo estaba de acuerdo el delegado de la CNT declaró que el pueblo interpretaría ese cambio de residencia del Gobierno como un abandono de Madrid, es decir, como una vergonzosa huida; y que ello, dadas las continuas derrotas que se venían sufriendo podría ser un golpe moral al espíritu combativo de las milicias. La única respuesta que dio Caballero a esas observaciones fue “que la CNT no tenía una visión realista de la situación”. Pero Horacio M. Prieto sostuvo su tesis agregando que “en el supuesto de que se efectuara ese traslado, la CNT se mantendría en Madrid, y su Comité Nacional no seguiría al Gobierno”. Ante esta actitud, el líder socialista hubo de renunciar a su proyectado traslado, con lo cual la CNT se ganó la antipatía de los representantes políticos que se veían ya “fuera de la línea de fuego”, y que el “irrealismo de la CNT” los sumergía hasta el cuello en la guerra ¹⁹⁰.

Ante Largo Caballero, Horacio M. Prieto ganaba en el primer asalto; pero el líder socialista, que no veía con buenos ojos la autonomía de que gozaba la CNT con relación al Gobierno, intensificó su acción con miras a obligar a ésta a compartir la responsabilidad gubernamental. Entre las medidas de presión que utilizaba Largo Caballero pueden ser interpretados los decretos de militarización, nacionalización de industrias y los relativos a la agricultura. Largo Caballero sabía que Horacio M. Prieto era partidario de la entrada de la CNT en el Gobierno, y su actitud adoptada el 18 de octubre más le parecía una presión política que un deseo de interpretar el sentir de las masas. Así, el Jefe de Gobierno interpretó que era una cuestión de fijación de ministerios para que la CNT participara en el Gobierno. Entre Largo Caballero y Horacio M. Prieto se entablaron discretas conversaciones, negociando la entrada de la CNT en el Gabinete. Al fin, se convino que ésta dispondría de cuatro ministerios; pero la CNT elegiría sus ministros, aunque se comprometía a enviar a Durruti a Madrid. A partir de este momento la operación fue rápida.

Horacio M. Prieto sabía que la mejor manera de hacer aceptar a la base sindical de la CNT la entrada de ésta en el Gobierno era eligiendo para los cargos ministeriales a las figuras más representativas de su ala izquierda, es decir, la tendencia “faísta”. Y los más representativos de dicha tendencia eran Federica Montseny y Juan García Oliver. En la elección de personas Horacio no consultó con nadie, ni siquiera con sus compañeros de Comité. Obró como un verdadero jefe de partido. A los moderados, Juan López y Juan Peiró, les previno por teléfono que asegurarían uno y otro, respectivamente, los ministerios de Comercio e Industria. Con la Montseny y Oliver las cosas variaban porque no solamente debían vencerse “escrúpulos anarquistas”, sino también “razones tácticas”. En tales condiciones no bastaba el teléfono y, por ello Horacio se desplazó a Barcelona para resolver personalmente esta cuestión. Cuando se le comunicó a Federica que

190. César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, Editorial Seuil, Paris 1969. Esta obra tiene el defecto de haber sido escrita bajo la orientación de Horacio M. Prieto. Expuesto de manera algo más imparcial, César M. Lorenzo habría podido dar un mayor valor a su ya meritorio estudio, excelentemente documentado.

debía ser ministro, según ésta, tuvo una verdadera crisis. Primero rechazó, alegando que había otros que cumplirían mejor esa función, luego consultó con su padre, el viejo anarquista Federico Urales, y pese a que éste le aconsejó que aceptara —dadas las difíciles circunstancias que se vivían— se resistió y no dio su conformidad hasta que Horacio, haciendo uso de todas las prerrogativas de su cargo, apeló a la “responsabilidad militante”. Animado por este triunfo, Horacio entonces se entrevistó con García Oliver; pero aquí la situación era mucho más difícil. En García Oliver la cuestión de entrar o no entrar en el Gobierno no era problema que le quitara el sueño. Eran razones tácticas de más peso que las que exponía Horacio lo que obligaba a García Oliver decir que no. García Oliver pensaba que el centro nervioso de la revolución y de la guerra se encontraba en Barcelona, que si la CNT perdía su influencia y el control político de Barcelona, lo perdía todo. Ya fue un error, según él, la disolución del Comité Central de Milicias Antifascistas, pero ese error se había compensado controlando la Conselleria de Defensa, en la que él ocupaba el cargo principal controlando directamente las milicias de Aragón, la Escuela de Guerra y la Escuela de Aviación, recientemente formada por él mismo. La policía aún se mantenía bajo el control de Aurelio Fernández y de Dionisio Eroles, y las “Patrullas de Control” se encontraban bajo el control de José Assens. Desde todos estos puntos se podía contener al PSUC, el cual ganaba posiciones gracias a las debilidades del Comité Regional de la CNT. García Oliver alegaba —y no le faltaba razón— que él era una pieza fundamental para mantener ese equilibrio que tan difícilmente se sostenía. Si salía él de la Conselleria de Defensa su reemplazante carecería de su influencia y, poco a poco, Díaz Sandino terminaría por imponerse, y las posiciones que tan frágilmente se mantenían irían cayendo una a una en manos o bajo la influencia del PSUC. El análisis de García Oliver era coherente, y no continuar afirmándolo era tanto como poner en peligro todas las conquistas revolucionarias. Pero Horacio, que realmente no creía en la revolución y no buscaba otra cosa que transformar al anarquismo de la FAI en un partido político, sirviéndose de la CNT como trampolín electoral, presionó fuertemente sobre García Oliver, y éste terminó por aceptar, no sin señalar que hacía responsable al Comité Nacional del mal paso que se daba. A nuestro juicio aquí García Oliver cometió un grave error, porque aleccionado como estaba por lo del Comité Central de Milicias Antifascistas debía haberse negado rotundamente a seguir a Horacio M. Prieto en su maniobra política. La acusación que pesaba sobre García Oliver de “anarco-bolchevique” quedaba una vez más confirmada, aunque carente de base, porque uno de los más graves defectos de este “anarco-bolchevique” fue siempre el de ser respetuoso con los acuerdos de la CNT, sometién dose a sus resoluciones.

Para que Horacio M. Prieto pudiera considerarse victorioso en toda su línea, faltaba solamente convencer a Durruti; y con ese propósito se desplazó a Bujaraloz. Pero, para entonces, Durruti estaba ya prevenido por García Oliver sobre las intenciones de Horacio. Inmediatamente que afloró la cuestión, Durruti cortó rápido al secretario general de la CNT: “No, él no abandonaría Aragón, y menos cuando el Consejo de Defensa de Aragón vivía una vida precaria, no reconocido aún por la CNT, tratado de organismo “incontrolado” por los comunis-

tas, e ignorado por el Gobierno Central”. Horacio insistió, recordándole “la responsabilidad militante”. Hablarle a Durruti de responsabilidad, y mencionarle a la “disciplina”, después de lo que ya estaba viviendo, fue sacarlo de sus casillas:

“-Yo no reconozco más disciplina que la que se deriva de la Revolución”.

En cuanto a “la responsabilidad orgánica” fue aún más duro diciéndole que en la retaguardia habían sustituido la antigua responsabilidad militante por una nefasta *responsabilidad burocrática*¹⁹¹.

A Horacio no le quedó otro remedio que salir de Aragón, maldiciendo “la irresponsabilidad de los combatientes del frente”.

¿Qué había pasado en Durruti para que adoptara, frente a la CNT, esa actitud? Pensando en su revuelta, le vino a la memoria unas frases pronunciadas por Francisco Ascaso ante Manuel Buenacasa, cuando éste, en nombre de la CNT, y como secretario que era de la misma, le dijo “que la Organización tenía siempre razón”, a lo que Ascaso respondió: “No siempre; y en esta ocasión, soy yo quien la tengo”¹⁹². El hecho de que ahora Durruti, que siempre se había sometido a los acuerdos de la Organización, dijera no a su secretario general, podía interpretarse como un “alzamiento” contra el burocratismo de los comités, los cuales, abusando de unas circunstancias especiales, obraban en nombre de la CNT sustituyendo a sus militantes. Su revuelta podía decirse que arrancaba ya del 19 de julio, y se fue afirmando al convertirse “de biela de la CNT en eje de la revolución en Aragón”¹⁹³. Los tres meses de guerra hicieron comprender a Durruti infinidad de cosas; pero la principal enseñanza que sacaba de este período era la plena confirmación de la capacidad política de la clase obrera para regirse a sí misma y el mal que causaba a la revolución el dirigismo burocrático de los comités...

Tan pronto como Horacio M. Prieto llegó a Madrid se apresuró a ultimar con Largo Caballero los trámites de entrada de la CNT en el Gobierno. La actitud adoptada por Durruti podía echarlo todo a rodar, si García Oliver se desdecía y se provocaba un pleno regional de la CNT en Cataluña, donde se planteara y discutiera la gravedad del paso que, entre bastidores, el Comité Nacional de la CNT estaba presto a dar. Así, el 4 de noviembre, la inmensa mayoría de militantes de la CNT y de la FAI quedaron sorprendidos por la noticia que daba la prensa de la entrada de los nuevos cuatro ministros en el Gobierno de Largo Caballero. Pero la sorpresa no era sólo para los militantes de la CNT, sino también para todo el mundo “bien pensante de la burguesía”, al ver que un perseguido, un “bandido de vieja leyenda”, regentaba en ese Gobierno nada menos que el Ministerio de Justicia. Nos referimos a García Oliver.

191. Comunicado al autor por diversos conductos, y corroborado por la actitud de Durruti ante el burocratismo naciente y ante el propósito de enviarle a Madrid.

192. Anécdota contada por Buenacasa en las cuartillas que citamos en la Primera Parte de esta obra.

193. Juicio expresado por Peirats en diversos escritos.

CAPÍTULO XVII

«¡Viva Madrid sin Gobierno!»

El día en que los ministros de la CNT se sentaron a la mesa con los demás ministros del Gobierno de Largo Caballero, Madrid estaba virtualmente asediado por las cuatro columnas facciosas que se habían propuesto tomar la ciudad por asalto. Para muchas personalidades republicanas e incluso socialistas, y entre éstas Indalecio Prieto, la caída de Madrid era cuestión de horas, a lo sumo de “dos o tres días”. En los centros oficiales se miraba más hacía la única salida, vía Valencia, que a la manera de organizar la resistencia. Los ministros, dominados por el pánico, apremiaban a Largo Caballero a dar la orden de partida, y que “los locos” que quisieran hacer de Madrid una nueva Numancia que lo hicieran, pero estando ellos lejos del fuego ¹⁹⁴.

En Barcelona, aunque no se vivía el mismo clima que en Madrid y los cañonazos no llegaron a la Plaza de Cataluña, como en Madrid llegaban a la Puerta del Sol, no obstante, el nerviosismo era idéntico, pero a un nivel diferente, porque no se pensaba en correr, sino en acudir en ayuda de Madrid, ya que se tenía plena conciencia de que si la capital del país caía en manos de los facciosos, las cancillerías diplomáticas del mundo entero reconocerían al Gobierno del general Franco y, con ello, se podía dar ya la guerra por terminada. Para discutir esa situación, el Consell de Defensa de la Generalitat convocó a todos los delegados de Columna que actuaban en Aragón; delegados que, dicho sea de paso, en razón del último decreto sobre militarización, muchos de ellos ostentaban ya el uniforme con la graduación otorgada. Los únicos en mantenerse igual que antes eran los responsables de las columnas de la CNT, y Rovira, delegado de las fuerzas milicianas del POUM. Díaz Sandino, y después Santillán, hicieron una exposición sobre la grave situación de Madrid, resumiendo la conclusión en una llamada sobre envíos de fuerzas para defender la capital. A esa exposición siguió un silencio en el que las miradas de todos se centraron en Durruti, pero éste guardó el mismo silencio que los demás. Sin embargo, en el ánimo de todos se encarnaba la imperiosa necesidad de acudir rápidamente en socorro de la capital amenazada. Pero no se concretó ni fuerza a enviar ni fecha de salida. Se propuso a Durruti para que pronunciara por radio un discurso que levantara la moral de los combatientes y que pudiera pesar también sobre la voluntad de la población madrileña. Se fijó la fecha del 4 de noviembre de 1936 para la radiodifusión del discurso.

Al salir de la reunión, Durruti, que tenía cita con un viejo compañero de los años 20, Marcos Alcón, se encontró con éste, decidiendo cenar juntos en unión

194. Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Ed. Librería Española, París.

de otros compañeros de vieja amistad; es decir, de los tiempos heroicos. ¡De qué se podía hablar entre ese grupo de revolucionarios que no habían renunciado a la revolución y que cada uno, a su manera, luchaba contra la tendencia burocrática de los comités? “Durruti declaró a sus amigos que estaba asustado por los rápidos progresos que había hecho la contrarrevolución y los estragos que estaba haciendo el burocratismo en las filas de la CNT y de la FAI. Y nos dijo que él tenía la intención de atacar ese tema en el discurso que le habían propuesto pronunciar; y Marcos Alcón añade:

“Recuerdo perfectamente el efecto que hizo ese discurso en muchos compañeros “responsables” de la CNT y de la FAI, y con más razón recuerdo también el pánico que sintieron los medios políticos catalanes. Durruti les hizo saltar de miedo cuando, en lenguaje extremadamente duro, les anunció que hicieran lo que hicieran no lograrían estrangular la revolución so pretexto de un antifascismo incoloro. No te exagero, y hay aún testimonios que unánimemente están de acuerdo al considerar que el texto publicado por la prensa, incluso la confederal, era un texto que, aunque violento, había sido censurado. Puedo asegurarte que ni de lejos el texto publicado correspondía a las palabras pronunciadas por Durruti, cuyas frases sonaron como verdaderas bofetadas para los aprovechados de la Revolución. Estos cortes y arreglos al discurso hacen a veces de él algo incoherente, pero queda que fue un discurso violento, agresivo, pero razonado”¹⁹⁵.

He aquí el texto del citado discurso:

“¡Trabajadores!: Me dirijo al pueblo catalán, a ese pueblo generoso que hace cuatro meses supo deshacer la barrera de los militares que querían someterle bajo sus botas. Os traigo un saludo de los hermanos y compañeros de Aragón, a unos kilómetros de Zaragoza, y que están viendo las torres de la Pilarica.

“A pesar de la amenaza que se cierne sobre Madrid, hay que tener presente que hay un pueblo en pie y por nada del mundo se le hará retroceder.

“Resistiremos en el frente de Aragón ante las hordas fascistas aragonesas y nos dirigimos a los hermanos de Madrid para decirles que resistan, pues los milicianos de Cataluña sabrán cumplir con su deber, como cuando se lanzaron a las calles de Barcelona para aplastar al fascismo.

“No han de olvidar las organizaciones obreras cual ha de ser el deber imperioso en los momentos presentes. En el frente, como en las trincheras, hay un pensamiento, sólo un objetivo. Se mira fijo, se mira adelante, con el solo propósito de aplastar al fascismo.

“Pedimos al pueblo de Cataluña que se terminen las intrigas, las luchas intestinas; que os pongáis a la altura de las circunstancias; dejad las rencillas y la política y pensad en la guerra. El pueblo de Cataluña tiene el deber de corresponder a los esfuerzos de los que luchan en el frente. No habrá otro remedio que movilizarse todo el mundo; y que no crean que han de movilizarse siempre los mismos. Si los trabajadores de Cataluña han de asumir la responsabilidad de estar en el frente, ha llegado el momento de exigir del pueblo catalán el sacrificio también

de los que viven en las ciudades. Es necesaria una movilización efectiva de todos los trabajadores de retaguardia, porque los que ya estamos en el frente queremos saber con qué hombres contamos detrás de nosotros.

“Y que no piense nadie ahora en aumentos de salarios, ni en reducciones de horas de trabajo. El deber de todos los trabajadores, especialmente los de la CNT, es el de sacrificarse, el de trabajar lo que haga falta.

“Me dirijo a las organizaciones y les pido que se dejen de rencillas y de zancadillas. Los del frente pedimos sinceridad, sobre todo a la CNT y a la FAI. Pedimos a los dirigentes que sean sinceros. Esta guerra tiene todos los agravantes de la guerra moderna, y está costando mucho a Cataluña. Se tienen que dar cuenta los dirigentes que si esta guerra se prolonga mucho hay que empezar por organizar la economía de Cataluña.

“Si es verdad que se lucha por algo superior os lo demostrarán los milicianos que se sonrojan cuando ven en la prensa esas suscripciones a favor suyo, cuando ven esos pasquines pidiendo socorros para ellos. Se sonrojan, porque cuando vuelan los aviones fascistas les lanzan periódicos facciosos en los que se leen suscripciones y consejos idénticos. Si queréis atajar el peligro se debe formar un bloque de granito.

“Los que estamos en el frente queremos detrás una responsabilidad y una garantía; y exigimos que sean las organizaciones las que velen por nuestras mujeres y por nuestros hijos.

“Si la militarización decretada es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado, e invitamos a los que han confeccionado el decreto que vayan al frente a ver nuestra moral y nuestra disciplina, y luego vendremos nosotros a comparar aquélla con la moral y con la disciplina de retaguardia.

“Estad tranquilos. En el frente no hay ningún caos, ninguna indisciplina. Todos somos responsables y conocemos el tesoro que nos habéis confiado. Dormid tranquilos. Pero nosotros hemos salido de Cataluña confiándoos la economía. Responsabilizaos, disciplinaos. No provoquemos, con nuestra incompetencia, después de esta guerra, otra guerra civil entre nosotros”.

“Si cada cual piensa que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocado, porque frente a la tiranía fascista sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única.

“Por nada del mundo aquellos tiranos fascistas pasarán por donde estamos. Esta es la consigna del frente. A ellos les decimos: “¡No pasaréis!” A vosotros: “¡No pasarán!”¹⁹⁶.

El discurso de Durruti causó, como todos sus discursos, un doble efecto: a los obreros les confirmó, aún más, que Durruti seguía siendo el revolucionario de siempre; y a los burócratas y políticos les refrescó la idea de que si había muchos Durruti, por más manejos que hicieran ellos, los revolucionarios terminarían por

196. *Solidaridad Obrera*, 5 de noviembre de 1936. Discurso pronunciado desde la Emisora de Radio Barcelona, de Barcelona.

imponerse a la postre. Como vulgarmente se dice, ante una situación no definida, “la pelota estaba en el tejado”.

En Madrid también “la pelota estaba en el tejado”. Entre el 4 y 5 de noviembre las columnas facciosas se acercaban peligrosamente a Madrid. Habían caído Leganés, Alcorcón y Getafe en manos del general Varela. La Junta de Burgos, es decir, el Gobierno que formaron los facciosos, daba ya por segura la caída de Madrid y habían confeccionado la lista de las personalidades que debían hacerse cargo de la capital de España. Martínez Anido, que sustentaba el cargo en la Junta de Burgos de ministro de Gobernación, había declarado que entre Valencia, Madrid y Barcelona serían fusilados unos dos millones de “rojos”. Pero no fueron esas declaraciones de Martínez Anido ni los cañonazos sobre Madrid los causantes del fenómeno psicológico que se estaba produciendo entre los milicianos. Hasta entonces los milicianos, aunque se batían bien, eran derrotados por el moderno Ejército de los generales facciosos. Y corrían, corrían, pensando en que quizá pudiera producirse un milagro que se interpusiera entre los atacantes y los atacados. Corriendo llegaron hasta Madrid, pero ya no se podía correr más... Y, además, el espectáculo que se ofrecía a la vista era algo impensable: mujeres, chiquillos y ancianos levantaban, sin orden ni concierto, barricadas, lo que demostraba que nadie pensaba en abandonar Madrid. Ante esta realidad masiva, que parecía un reproche a los que huían, todas las fuerzas que venían retrocediendo se dispusieron para resistir. Y puesto que había que morir, era mejor morir matando. El milagro que se esperaba se había producido.

En la sala del Consejo de Ministros reinaba el pánico. Largo Caballero, tomando un aire patético, propuso la inmediata retirada a Valencia. Era ése el primer Consejo de Ministros al que asistían los ministros confederales de la CNT. Iniciar la carrera ministerial saliendo de estampida de Madrid, a ninguno de los ministros de la CNT, ni aún a los moderados, les parecía un buen comienzo. Todos ellos tuvieron que sufrir una verdadera violencia personal al aceptar el cargo de ministros; incluso Peiró escribiría, más tarde, que “había otras soluciones para la CNT, antes de llegar a ésa”. Además, conocían ellos que su nombramiento había levantado gran polvareda en las filas de la CNT, porque el procedimiento no fue muy correcto. Y si a todo ello agregaban el abandono y huida de Madrid, sabían que esto no se lo perdonaría nunca la militancia. Luego, la CNT, para justificar su entrada en el Gobierno había declarado: “Tenemos la seguridad absoluta de que los camaradas elegidos para representar a la CNT en el Gobierno sabrán cumplir con el deber y la misión que se les ha encomendado. En ellos no se ha de ver a las personas, sino guerreros y revolucionarios al servicio de la victoria antifascista...”¹⁹⁷. ¿Guerreros y revolucionarios y ante el primer asalto abandonaban el terreno, haciendo de comparsa con todos aquellos personajes y personajillos que oyendo los cañonazos no les tocaba la ropa en el cuerpo? ¡Imposible!

“—¿Marchamos? —preguntó García Oliver, en nombre de los cuatro confederales, a Largo Caballero—. ¡Pero si acabamos de llegar! ¡No! El Gobierno debe

197. *Solidaridad Obrera*, 5 de noviembre de 1936.

continuar en Madrid y los ministros, como auténticos comisarios deben ser los animadores de la lucha e incluso batirse en las barricadas”.

Todos los ministros, comprendidos los comunistas, miraron con ojos de espanto a ese loco que les pedía acudir a las barricadas..., y fijaron después la mirada en el primer ministro, el cual, por su gesto, expresaba bien su irritación. Largo Caballero volvió a hacer uso de la palabra, instando a los ministros de la CNT para “que se comportaran razonablemente”, porque el tiempo apremiaba, y la resolución debía tomarse por unanimidad. García Oliver se ratificó en lo dicho, ratificación que situaba al Gobierno en un punto muerto. ¿Qué hacer? Largo Caballero propuso que los ministros de la CNT que se concertaran en privado porque la votación, repitió, había de ser unánime. Los cuatro ministros de la CNT abandonaron el salón para reunirse aparte. En privado no podían modificar una posición que era compartida por todos, pero como había que salir de aquella situación determinaron telefonar al Comité Nacional de la CNT, y que ese organismo tomara una resolución. La respuesta de Horacio M. Prieto fue: “Mantenerse firme, pero si se corre el riesgo de crisis, entonces ceder...” Nueva afirmación de García Oliver; nueva respuesta de Largo Caballero; callejón sin salida... La atmósfera era irrespirable... ¿Cómo terminar con esos locos de la CNT? Los ministros perdían su seriedad y, a viva voz, por ejemplo, los del Partido de Manuel Azaña reprocharon a Largo Caballero su empecinamiento en meter en el Gobierno a los anarquistas.

“-¡Vea usted mismo los locos que nos ha metido en el Gobierno!”

Nueva salida de los ministros confederales para conferenciar en privado. Y nueva llamada telefónica a Horacio M. Prieto, quien esta vez respondió:

“-Votad, y después volveréis inmediatamente a Madrid”.

Cuando García Oliver se levantó para comunicar el resultado de la deliberación se hizo un silencio grave, pesado y en medio de ese silencio anunció “que la CNT votaba por la salida del Gobierno”. La exhalación de alivio que se escapó de todos los pechos se oyó perfectamente en la sala ¹⁹⁸. A partir de este momento todo se desarrolló a un ritmo loco. La obsesión era: marchar, marchar y marchar cuanto antes.

La situación en las calles contrastaba con el ambiente mezquino del Consejo de Ministros. La CNT y la UGT habían lanzado un manifiesto que se resumía en esto: “¡Libertad o muerte!” Las emisoras retransmitían improvisados discursos llamando a la resistencia. En las calles, improvisados oradores arengaban a los que querían fusiles, y eran muchos los que reclamaban armas. El entusiasmo era un delirio colectivo, y cuando se llega a ese grado, no cuenta el individuo sino la multitud. Se respiraba colectivamente porque se presentía una muerte colectiva.

Con las primeras sombras de la noche, el Gobierno organizó su escape siendo aquello no una salida correcta, sino una verdadera huida. Largo Caballero ordenó

198. Para esta cuestión de la salida del Gobierno de Madrid, y la actitud de los ministros de la CNT, hemos seguido las informaciones suministradas por Federica Montseny al autor.

al jefe de su Estado Mayor que retransmitiera las órdenes necesarias al general Miaja, nombrándole responsable de la Plaza de Madrid; y al general Pozas, directrices para el ejército del Centro. Esas órdenes iban en sobres lacrados y separados con la recomendación de “No abrirse antes de las 6 de la mañana del día 7 de noviembre”.

El Gobierno emprendió la huida por la carretera que conduce a Valencia vía Tarancón, población situada a unos 40 kilómetros de la capital. Allí se encontraban los restos de una unidad que había combatido en Sigüenza. El delegado responsable de esa unidad era el anarquista Villanueva. Ni Villanueva ni sus hombres estaban al corriente de lo que ocurría en Madrid, pero habían recibido órdenes estrictas del Comité de defensa de la CNT del Centro de impedir la salida de la capital y desarmar a todos cuantos acudieran a ese control.

“De Madrid sale una larga caravana de coches. En ellos van los cobardes que huyen del peligro. En Tarancón, los milicianos, fusil en mano, detienen los automóviles. Y se establece el diálogo:

“—¿Adónde vais?”

“—A Valencia”.

“—¿A qué?”

“—¿Misión especial!”

“Es la hora de las misiones especiales. Todos los flojos de espíritu se han buscado una misión especial. Los milicianos no transigen:

“—¿Sois unos cobardes! ¡Volved a Madrid!”

“Algunos, avergonzados, regresan. Otros insisten en pasar.

“—Bueno, dejad las armas. En Valencia no las necesitáis para nada”.

“En un auto llega Pedro Rico. Va tirado en el coche, hecho una bola, con el pánico reflejado en el rostro. Los milicianos ríen ante su aspecto:

“—¡Tú también quieres huir, cobarde!”

“Pedro Rico es el alcalde de Madrid, y trata de justificarse; pero un miliciano le interrumpe:

“—¡Deberíamos ponerte de cara a la pared!

“Consigue escapar. Da vuelta hacia Madrid, perseguido por las risas y las burlas. Cuando llegue a la ciudad, buscará refugio en una embajada extranjera.

“Noche avanzada ya. Mandando los grupos de control está José Villanueva. Es un hombre delgado, resuelto, decidido. Se ha batido en el cuartel de la Montaña, en Guadalajara y Sigüenza. Cuando amanezca marchará con sus hombres para cooperar en la defensa de Madrid. Luchará en la Casa de Campo y morirá en la dura batalla de Teruel.

“Llega una caravana de autos. Los milicianos les contienen. Una voz grita:

“—¡Paso libre! ¡En los coches van varios ministros!”

Todos los ocupantes tienen que descender de los coches. Uno de ellos se adelanta a Villanueva:

“—¡Esto es un atropello! Soy el ministro de Asuntos Extranjeros y me dirijo a Valencia”.

“Villanueva le responde:

“—Su obligación, como ministro, es permanecer al lado del pueblo en la hora dramática. Al huir desmoralizan ustedes a los combatientes...”

“Se han presentado tres o cuatro más. Son también ministros (se trata de los ministros comunistas Jesús Hernández, Vicente Uribe y del cenetista Juan López). Villanueva les desarma y les hace pasar a una habitación. Uno de ellos pregunta asustado:

“—Qué vais a hacer?”

“—Por mi gusto —replica Villanueva— llevaros mañana delante cuando entremos en fuego...”

“—¡Eso es una barbaridad!”

“—Mayor sería que os fusilara, como os merecáis” ¹⁹⁹.

Cipriano Mera, que iba de paso a Madrid, paró en Tarancón para hablar con Feliciano Benito, que tenía su puesto de mando en ese pueblo, pero allí se enteró que Feliciano, requerido por Eduardo Val, había salido para Madrid. Fue entonces cuando decidió acercarse a tomar novedades de José Villanueva:

“Villanueva me comunicó que tenía detenidos, por huir hacia Valencia abandonando Madrid, al general Asensio ²⁰⁰, subsecretario de Guerra; al socialista Alvarez del Vayo, ministro de Estado; a nuestro compañero Juan López, ministro de Comercio; al general Pozas, el cual arguyó que se le había ordenado situar su puesto de mando precisamente en Tarancón ²⁰¹, y a algunos más...

“(...)”

“Allí me puse al habla con Val, en Madrid..., y le referí las detenciones operadas, y qué era lo que había que hacer con ellos... Val me respondió que salía inmediatamente para Tarancón.

“(...)”

“Serían las dos de la madrugada cuando llegó a Tarancón el compañero Val, acompañado del secretario general de la CNT, Horacio M. Prieto, que también era uno de los que se iban (...). Nos dijo (Val) que, dada la situación, particularmente en Madrid, cada cual debía ocupar su lugar, o sea, refiriéndose a las personalidades detenidas, dejarles ir a Valencia, que era donde estaba instalado ahora el Gobierno. Nos reiteró, asimismo, que los compañeros que nos representaban en el Gobierno se habían opuesto al abandono de Madrid para trasladarse a Valencia, mas como la mayoría del mismo optó por lo contrario, cabía aceptar su decisión. Y añadió:

199. Eduardo de Guzmán, *op. cit.*

200. El general José Asensio era subsecretario del Ministerio de la Guerra. No debe confundirse a este general con el general Asensio que sitiaba a Madrid. Téngase bien en cuenta esto para evitar errores de interpretación en el relato siguiente.

201. El general Sebastián Pozas Perea era el jefe del Ejército del Centro, y el Ministerio de la Guerra le había ordenado situar su Cuartel General en Tarancón, situación ignorada por Villanueva. Seguramente el general pensaba ir a Valencia antes de establecerse en Tarancón, pues, de lo contrario, hubiera tenido que presentarse a Feliciano Benito (CNT), comandante militar de la plaza de Tarancón, cosa que no hizo.

“—Así que, compañeros, una vez más vamos a ceder. Dejadlos ir”²⁰².

La importancia que tiene este relato que acabamos de hacer es porque en él se ponen de relieve dos actos de indisciplina, en virtud de los cuales pudo salvarse Madrid; lo que indica claramente que en la vida los hombres no pueden comportarse como autómatas, sino como seres pensantes. Vayamos a los actos a que hemos hecho referencia.

Las indicaciones que se le habían dado a Miaja eran las de no abrir el sobre hasta las 6 de la mañana del día 7 de noviembre. A todas luces, ésa era una orden absurda, dado el estado en que se encontraba Madrid y el nuevo cargo del general Miaja, al que debía entrar inmediatamente en funciones. Este oficial se mantuvo inactivo, dando vueltas y vueltas al maldito sobre en sus manos; pero llegó a considerar que aquella pasividad no tenía ningún sentido cuando la gente se estaba batiendo en Carabanchel, y en cualquier momento podía haber una ruptura de frente y encontrarse los facciosos en la Puerta del Sol. Ciertamente, mientras tanto, Miaja nombró jefe de su Estado Mayor a Vicente Rojo Lluich pero ya, en los primeros pasos que éste dio, pudo darse cuenta del desbarajuste que había: nadie sabía nada de nada, y ni tan siquiera se conocía exactamente dónde se encontraban los defensores de Madrid. Había que intentar, partiendo de cero, organizarlo todo. Ante tal situación, Miaja ya no esperó más y, a las 23 horas, abrió el sobre en cuestión. ¡Y cuál no sería su sorpresa cuando se encontró que el contenido de dicho sobre no era para él, sino para el general Pozas, y que, por tanto, a Pozas se le había dado también un sobre equivocado! Pero ¿dónde se encontraba Pozas?

Pozas se encontraba en Tarancón detenido por Villanueva, pero Miaja lo ignoraba completamente. Y fue entonces —después que Cipriano Mera comunicara a Eduardo Val que Villanueva tenía detenidos a los generales Asensio y Pozas— cuando Val, con el propósito de informar a Miaja de dicho incidente, comunicó a éste que Pozas se encontraba en Tarancón. Gracias al incidente, Miaja pudo cambiar su sobre con el de Pozas²⁰³.

Aquella noche del 7 de noviembre la lucha resultó dura, y fue la primera vez que los milicianos se batían a pie firme y sin retroceder. Los altavoces de los radios estimulaban a los combatientes con discursos que preconizaban que “Madrid sería la tumba del fascismo”. La Federación Local de los Sindicatos de la CNT difundió un llamamiento por radio:

“Madrid, libre de ministros, de comisarios y de “turistas”, se siente más seguro en su lucha (...) El pueblo, la clase obrera madrileña, no tienen necesidad de todos estos turistas que han salido para Valencia y Cataluña. Madrid, libre de mi-

202. Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1975. En la edición francesa utilizamos el texto inédito de Cipriano Mera. Ahora usamos sus Memorias, ya publicadas, lo que implica, a veces, otra redacción de estilo, pero no cambios de fondo.

203. Vicente Rojo, *Así fue la Defensa de Madrid*, Ed. Era, México, 1967. En esta obra se dan detalles del asunto de los sobres.

nistros, será la tumba del fascismo. ¡Adelante, milicianos! ¡Viva Madrid sin Gobierno! ¡Viva la Revolución social!”

En Valencia, la declaración que hizo pública la CNT y la FAI fue aún más radical:

“Para las mujeres, para los niños, para los ancianos y los heridos de Madrid, nuestra casa y nuestro pan. Pero para los cobardes y desertores que se pasean en coche exhibiendo sus armas, nuestro desprecio. ¡Compañeros, hay que boicotearlos y hacerles la vida imposible!”²⁰⁴.

La reacción de la CNT en Madrid, Valencia y Barcelona correspondía al clima revolucionario que se desarrollaba en el pueblo, que en todos los momentos históricos claves se sitúa más a la izquierda que sus dirigentes.

Fue precisamente en este clima de descontento cuando Durruti pronunció el discurso que hemos citado más arriba. Su actitud coincidía con la de las masas obreras, y eso no podía obrar de otra manera que aumentando la radicalización de las mismas. En pocas horas, la popularidad de Durruti ascendió en flecha, haciendo de él el personaje del auténtico pensar del pueblo. Durruti expresaba en voz alta lo que la clase obrera sentía:

“La guerra que hacemos actualmente sirve para aplastar al enemigo en el frente. Pero ¿es éste el único? ¡No! El enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias y que se encuentra entre nosotros, y al que aplastaremos igualmente”.

Muchos eran los que empleaban el lenguaje que utilizaba Durruti, pero existía una diferencia, y el pueblo la había captado. Con Durruti la teoría y la práctica se conjugaban al mismo tiempo. Durruti decía no al militarismo, y mantenía ese principio sin disfrazarse de militar; decía no a los privilegios, y vivía entre los milicianos como uno más de ellos; luchaba por una sociedad sin clases, y la práctica cotidiana de la Columna era la que más se aproximaba a ella. El crédito de Durruti residía en su continuidad revolucionaria.









Arriba: otro momento del paso del cortejo por el Monumento a Colón.

Abajo: familiares y compañeros de Durruti presidiendo el entierro. En primera fila y de izquierda a derecha: Mora, Manzana, Emilienne Morin, Luisa Santamaría (esposa de Yoldi) y Francisca Subirats. En segunda fila iban García Oliver y Abad de Santillán.





Arriba: vista general del entierro.

Abajo: carteles instalados en Barcelona en recordatorio de Durruti.





Arriba: vista general del entierro de Durruti a su salida de la Casa de la CNT. Barcelona 1936, 23 de noviembre.

Abajo: escenas de dolor entre los asistentes.

Página siguiente: portada de *La Vanguardia* del 22 de noviembre de 1936 y cartel.











Arriba: mitin ofrecido por la CNT en Valencia, 1937. Federica Montseny se dirige a los asistentes.

Abajo: banderas en la inauguración del mausoleo a Durruti-Ascaso-Ferrer.





Dos fotografías del 20 de noviembre 1938, en el cementerio de Barcelona, día de la inauguración del mausoleo a Durruti-Ascaso-Ferrer.

Arriba: en el centro: Juan García Oliver. A su izquierda, Juan José Doménech, secretario del Comité Regional de la CNT de Cataluña. El orador: Bernardo Pou, secretario de la Oficina de Propaganda de la CNT-FAI.





Vista general de mausoleo inaugurado el 20 de noviembre de 1938 a Durruti y sus compañeros. Se puede observar el triángulo-zócalo que une las tres tumbas. Cuando las tropas franquistas ocuparon Barcelona, el 26 de enero de 1939, violaron estas tumbas e hicieron desaparecer el triángulo-zócalo. Las tumbas quedaron tal y como aparecen en la foto que hizo el autor en viaje clandestino a Barcelona en julio de 1967.





Arriba: homenaje a Durruti y rotulado de la Vía Layetana como Vía Durruti.

Abajo: rótulo de la actual Plaza Buenaventura Durruti, Barcelona, 1993.





Arriba: estado actual de las tumbas.



Izquierda: Emilienne Morin y su hija Colette en Francia, en los años 70.

Abajo: foto que hizo el autor en viaje clandestino a Barcelona en julio de 1967.



El paso del Manzanares

En este capítulo, como en otros de la vida de Durruti, empezamos con las contradicciones entre los informantes de sus actividades en Madrid. La primera confusión se presenta ya en saber exactamente cuándo y cómo llegó la Columna “Durruti” a la Ciudad Universitaria. Esa mala información tendría poco valor si no hubiese tras ella un motivo político interesado. El hecho de que la Columna “Durruti” entre en Madrid el 13 de noviembre de 1936 es muy importante para los que han sostenido la peregrina teoría de que los que atacaban a Madrid pudieron poner pie en la Ciudad Universitaria gracias a que los anarquistas catalanes de la Columna “Durruti” se asustaron ante la avalancha enemiga y cedieron el paso a ésta. Reconocido este hecho, “se colige que la acción de las milicias confederales en Madrid fue negativa y, como resultado de ello, toda la resistencia a los invasores fue obra de las Brigadas Internacionales y del Quinto Regimiento, es decir, del Partido Comunista Español”; juicio éste que puede apreciarse en la infinidad de “imparciales historiadores”, en sus ya “obras clásicas”. Pero ¿y si en vez de actuar la Columna “Durruti” en Madrid en la mencionada fecha lo hubiera hecho pasada la medianoche del día 15, es decir, en los primeros minutos del día 16 de noviembre de 1936? Este simple dato obligaría a revisar —si hay honestidad histórica— todo lo escrito sobre el asunto y buscar otros responsables del mencionado “chaqueteo”. Es más que evidente que una investigación de ese tipo pone ya en duda la “heroica leyenda del general Kleber” y la preponderante importancia de que se ha querido revestir a “los piquetes del Quinto Regimiento”, habiéndose de centrar más la vista en los obreros anónimos del Sindicato de la Construcción, los verdaderos héroes de la resistencia en Madrid. Nuestra intención va en el sentido de una revisión de la historia interesada en el mantenimiento de los mitos. Iconoclastas, al mito atacamos.

Antes de situar la marcha de la Columna “Durruti” hacia Madrid, nos parece prudente recopilar ciertas informaciones relativas a la Columna, seguidas éstas de un trazado de los hechos relacionados con la situación de la capital entre las fechas del 10 y el 15 de noviembre.

El día 3 de noviembre los Regulares de Yagüe (una de las columnas que atacaban Madrid) ocuparon Getafe, situado a 13 kilómetros de la capital. Y avanzaron hasta situarse en las primeras casas de Carabanchel Alto. Largo Caballero no deseaba abandonar Madrid sin que la CNT se encontrara comprometida en el Gobierno. Discutió y casi se impuso a Manuel Azaña en su esfuerzo por hacer ceder a éste en la idea de dar entrada a la CNT en el Gobierno. El día 4 de noviembre entraban en el segundo Gobierno de Largo Caballero cuatro ministros de la CNT. El día 5, Largo Caballero plantea la necesidad de la salida del Gobierno de Madrid y, el día 6, salen todos los ministros hacia Valencia. El general Miaja

queda encargado de la defensa de la capital española. En esa noche Miaja nombra al teniente coronel Vicente Rojo jefe del Estado Mayor. Y se puso en acción la defensa de la capital, echándose mano de cuanto se encontraba disponible para oponerse a las columnas asaltantes. Brotando, a la par, desde abajo, la heroica resistencia del pueblo madrileño, de la cual se alimenta la defensa militar. Y con ello comienza también la leyenda, como podrá apreciarse en el siguiente relato:

“Al amanecer del día 8, las fuerzas de los generales Varela y Yagüe se lanzaron al ataque: la Columna de Asensio por la Casa de Campo, así como la de Castejón (que resultó herido) y la de Delgado Serrano, mientras que Tella y Barrón presionaban como movimiento de diversión en dirección a los puentes de Toledo y Segovia. En aquel momento, la XI Brigada Internacional desfiló por la Gran Vía entre ovaciones delirantes. Formada por los Batallones “Edgar André” (alemán), “Comunne de París” (francés) y “Dombrowski” (polaco), su jefe era el general Kleber y su comisario Nicoletti (De Vittorio); en total unos dos mil hombres. La Brigada ocupó sus posiciones en el Parque del Oeste, pero parte de sus unidades entraron en línea en la Casa de Campo, donde el empuje atacante era muy violento, mientras la aviación enemiga bombardeaba Madrid sin cesar. Pero los objetivos del ataque de Varela habían fracasado: lo único que consiguieron sus columnas fue una penetración en el sector de la Casa de Campo.

“Al día siguiente, el propio Mola asumía el mando directo de todo aquel sector. Sus fuerzas, que habían ocupado en la Casa de Campo la importante posición del cerro de Garabitas, donde emplazaron la artillería para disparar sobre Madrid, se aproximaron al Manzanares por el Puente de los Franceses”.

Este cliché que nos ofrece Tuñón de Lara ²⁰⁵ no le es propio, sino que lo ha copiado de otros, como otros le copiaron a él, y así se continuará escribiendo la historia sobre la resistencia de aquellas primeras cuarenta y ocho horas en Madrid. En líneas generales, lo que se describe es cierto, lo único que hay de falso es la referencia a la XI Brigada Internacional. Afortunadamente, el teniente coronel Vicente Rojo nos da cuenta exacta de dónde se encontraba en esos momentos Kleber con sus hombres:

“Lo cierto es que digan lo que quieran todos los libros que relaten el suceso en esos o similares términos, o cualquiera de los flamantes periodistas que desde sus parapetos de los hoteles madrileños anunciaron aquel día la inminencia de la caída de Madrid, aquel día, Kleber y sus hombres (que tan valiente como eficazmente se comportarían varios días después, cooperando con los otros veinte o veinticinco mil que ya estaban defendiendo heroicamente la capital) simplemente estaban tomando el sol en algún pueblo del valle del Tajo o del Tajuña, adonde ni siquiera llegaba el eco de la batalla... y que quien esto escribe, ni el 8, ni el 10, ni el 12 (fechas citadas por Hugh Thomas en página 271) ni ningún otro día, se reunió, según se afirma, con Berzín, Kleber y el general Miaja para saber por dónde iba a repetirse el ataque a la capital” ²⁰⁶.

205. Manuel Tunón de Lara, *op. cit.*

206. Vicente Rojo, *op. cit.*

Será el día 12 de noviembre cuando entrará en línea la XI Brigada Internacional y pese a batirse brillantemente perderá terreno en el punto que será el talón de Aquiles de la Ciudad Universitaria:

“Fue el día 13 cuando la Columna adversaria consiguió colocar su primer escalón en el Manzanares, entre el Puente de los Franceses y el Hipódromo, ocupando un frente aproximado de mil metros, aunque sin pasar el río. Por su parte, la Columna 4 pudo profundizar hacia el Oeste y el Norte sin alcanzar la tapia. En esa lucha se batió brillantemente la XI Brigada Internacional”²⁰⁷.

Se batió, pero *cedió terreno*, cosa que para la XI Brigada no era reproche, pero sería grave acusación tratándose de fuerzas pertenecientes a otro sector político.

¿Cuáles son las primeras referencias que hacen los *historiadores* a la Columna “Durruti” en Madrid? Robert G. Colodny la describe muy *llamativamente*:

“El 14 de noviembre llegó a Madrid la Columna de Durruti, formada por anarquistas catalanes; y sus tres mil hombres, bien armados, con bellos uniformes verdes, desfilaron por la Gran Vía, despertando con su marcialidad las mismas aclamaciones entusiastas que habían saludado a la Brigada Internacional, *seis días antes* (la cursiva es nuestra). Rojo y Miaja saludaron también con alborozo la llegada de los rudos combatientes catalanes. Difícilmente podían saber que los catalanes pronto iban a dilapidar las ganancias que tanto habían costado a los milicianos de Madrid y a los batallones internacionales.

“García Oliver, ministro anarquista de Justicia, acompañó a Durruti al Ministerio de la Guerra, donde celebró una entrevista con el general Miaja y el teniente coronel Rojo. Los jefes anarquistas pidieron que se le asignara a la Columna de Durruti un sector independiente del frente para evitar que otros se anotaran sus triunfos posteriormente. Miaja aceptó la petición y asignó a Durruti el sector clave de la Casa de Campo.

“Durruti dijo que salvaría Madrid para volver después a luchar ante los muros de Zaragoza. Decidió atacar a la mañana siguiente y arrojar a los rebeldes de los puntos que aún controlaban en el Parque. El comandante anarquista pidió un asesor de las Brigadas Internacionales, puesto que fue ocupado por “Santi”, miembro del Estado Mayor del general Goriev.

“El 15 de noviembre, Durruti pidió que toda la aviación y artillería de la ciudad operara en apoyo de su Columna. El mando madrileño concentró la artillería que estaba distribuida en distintos sectores de la ciudad, y los pocos aviones de que disponía el Estado Mayor volaron sobre los catalanes; pero el fuego de ametralladoras lanzado por los rebeldes desmoralizó a los anarquistas, que se negaron, a pesar de las amenazas de su valeroso jefe, a entrar en combate”²⁰⁸.

“Durruti, furioso y avergonzado, prometió a Miaja que a la mañana siguiente reanudaría el ataque. El presidente de la Junta de Defensa de Madrid cometió entonces un trágico desatino al permitir que los catalanes permanecieran en la Casa

207. *Idem*.

208. Colodny reproduce textualmente el texto de Koltsov.

de Campo en el sector situado justo frente a la Ciudad Universitaria”²⁰⁹.

Robert G. Colodny maneja perfectamente la técnica de la ciencia ficción, ambientándose en “la biblia” de Koltsov. Confunde y mezcla deliberadamente los acontecimientos y también a los hombres. Así, a los combatientes que describe desfilando marcialmente, éstos no eran otros que los de la Columna del PSUC “Libertad-López Tienda”, que si bien estaba compuesta de *catalanes*, no se trataba de los catalanes de la Columna “Durruti”, la cual (como vamos a ver en el capítulo siguiente) se encontraba ese día 13 de noviembre aún en Barcelona y, el día 15, en “que los catalanes dilapidaron las ganancias que tanto habían costado a los milicianos de Madrid y a los batallones internacionales”, no eran éstos “los catalanes anarquistas”, sino los marxistas del PSUC, como ya veremos inmediatamente.

Hemos dicho en el capítulo anterior que la Conselleria de Defensa de la Generalitat había convocado a los jefes de Columna a una reunión para tratar sobre la manera de acudir en ayuda de Madrid. De esa reunión salió el acuerdo de que Durruti se dirigiera por radio a los trabajadores de España. Durruti pronunció ese discurso del día 4, y luego volvió a Aragón. Pero, nuevamente, la Conselleria de Defensa de la Generalitat convocaba otra reunión de jefes de Columna para el 11 de noviembre, reunión de la que nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Entretanto ocurrieron cosas importantes en las que reside la clase de todos los interesados “malos entendidos” en la cuestión del “paso del río Manzanares”.

En aquellos momentos, el Partido Comunista (en Cataluña el PSUC), gueareaba ya fuerte contra la CNT bajo los *sabios* consejos de la GPU, a cuyo frente en Barcelona se encontraba “Pedro”²¹⁰. Uno de esos consejos fue el de adelantarse a los envíos de hombres a Madrid, de acuerdo con la decisión tomada en la

209. Robert G. Colodny, *El Asedio de Madrid*, Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1970.

210. “Pedro”, llamado también Erno Geroe, o Gero, era junto con Togliatti (Ercoli) y Codovila (Medina), quienes formaban la “troika” que dirigía a las marionetas del Buró Político del PC, especialmente la otra “troika” Hernández-La Pasionaria-Uribe, porque el secretario general José Díaz, ex anarquista, estaba condenado por su “pecado originario”. “Pedro” se encuentra en su país, Hungría, en 1956 cuando el alzamiento popular. En España en aquella hora, era quien dirigía toda la política del PSUC y quien preparó la provocación estalinista de los hechos de mayo de 1937. Según R. Cabrer Pallás, quien se presenta él mismo, desde 19 de julio de 1936 hasta el 1937, miembro de la Comisión Político-Militar del PSUC, fue este “Pedro” el causante de la eliminación física en la URSS de Antonov Ovssenko. Y las razones fueron que en aquel entonces —según Cabrer— en Rusia había dos tendencias: los que hacían coro a Stalin y los que sostenían el internacionalismo revolucionario. De acuerdo con Cabrer esta última tendencia quería que “saliera para España material útil y necesario a los combatientes de la primera línea de la resistencia al nazismo (...). Stalin y sus corifeos preferían que los barcos fueran hundidos para que así en Barcelona, en Valencia o en Cartagena, no se enteraran de la chatarra que les entregaba la gran propaganda soviética, siempre basada en el engaño”. De esta forma, pues, Ovssenko, denunciado por “Pedro” por “haber visto claro el juego de Stalin en España”, fue liquidado junto con otros muchos más en los grandes procesos de 1937. Jaime Miravittles, op. cit.

Conselleria de Defensa de la Generalitat; y eso —el consejero comunista— con el deliberado fin de contrarrestar el efecto que pudiera producir la posible llegada a la capital de Durruti ²¹¹ con sus milicianos. El PSUC organizó o, más bien improvisó, una Columna, a la cual se dio el nombre de “Libertad-López Tienda”. Un miembro de la misma Columna nos va a aclarar, de manera definitoria, el paso del Manzanares:

“La Columna “Libertad-López Tienda”, que salió de Barcelona para el frente de Madrid el 9 de noviembre, organizada urgente y apresuradamente en el cuartel controlado por la UGT-PSUC, ante la petición del envío de fuerzas combatientes hecha por el Ministerio de Defensa de Madrid, ante el cariz de los acontecimientos militares, estuvo constituida, fundamentalmente, por elementos que pueden agruparse en la forma siguiente:

“—Una mayoría de individuos de filiación marxista (o, por lo menos, con carnet de la UGT o del PSUC).

“—Restos de anteriores Columnas de la misma filiación y origen que, disgregadas en el frente de Aragón, habían vuelto a Barcelona y se incorporaban a las nuevas columnas.

“—Personal de tropa del reemplazo de 1935 y afines, que, al disolverse el Ejército en julio de 1936 no pudieron reintegrarse a sus domicilios y deambulaban por Barcelona incorporándose a esta Columna, también por la ya anticipada noticia de que se iba a proceder a la movilización de quintas, como el hecho de encontrar en aquélla algunos de sus antiguos oficiales.

“—Un grupo de militares profesionales (...) que, por la peligrosidad de circular por Barcelona sin más documentación que la militar (no demasiado bien mirada entonces) les inclinó a ingresar en ella. La UGT, por su parte, no puso ningún obstáculo a su incorporación, ya sea porque les hicieran falta, o porque les fuera impuesto por López Tienda, que tenía ante ellos un determinado prestigio.

“Se organizó (como se dijo) apresuradamente, dividiéndola en Batallones (...) Sus efectivos rebasaban en algo los dos mil quinientos hombres. Casi todos los Batallones, Centurias y Secciones iban al mando de militares profesionales...

“No llegó a dárselos ninguna clase de instrucción militar. Se les equipó y uniformó totalmente en forma bastante regular. (Pero no se les armó, aunque recibieron las armas en el camino a Madrid.) Fue la primera unidad —yo creo que la única— en la que sus mandos ostentaron los distintivos oficiales de su categoría (es decir, las estrellas)”.

En Valencia se entregó a esa Columna armamento checo y una dotación de munición bastante escasa:

“Prosiguiendo su marcha hacia Albacete, donde, según indicaron a López Tienda en Valencia, se completaría el armamento de la Columna”.

Según el testimonio, en Albacete no se suministró armamento alguno, pero sí se repartió la obligación a los oficiales de cambiar las estrellas por las “barras”, que

211. Diego Abad de Santillán, op. cit. En la primera reunión de la Conselleria de Defensa de la Generalitat se había hablado ya de la conveniencia de enviar a Durruti a Madrid

era el nuevo distintivo de mando del Ejército que se estaba formando.

Después pasaron una serie de peripecias de Albacete a Madrid, durante las cuales parte de la Columna se perdió (...).

“Tras una continua comunicación de López Tienda con sus oficiales inmediatos, con Miaja y Rojo, al día siguiente, 13 por la mañana, desfiló la Columna por la Gran Vía madrileña, entre los aplausos del público “a los catalanes que venían a defender Madrid! (...) A primeras horas de la tarde, esta Columna tomó posiciones por los altos de la Moncloa-Parque del Oeste, especialmente en las trincheras, ya abiertas con anterioridad, a lo largo del Paseo de Moret y Rosales.

“El día 14... fue de total inactividad para la Columna. (Pero) fue de una intensa actividad para López Tienda y sus inmediatos colaboradores. Como muy bien dice el señor Martínez Bande ²¹², recibió la orden de poner su Columna bajo el mando de Durruti, que había llegado con el grueso de su Columna (ésta sí compuesta de anarcosindicalistas) desde el frente de Aragón, y, también, debió recibir tal orden la Columna de Palacios. Ahora bien, dicha orden no tuvo efectividad más que sobre el papel. La Columna “Libertad-López Tienda” no se incorporó a las fuerzas de Durruti (...). La oposición personal de López Tienda a ponerse a las órdenes de Durruti, cediendo con ello en su mando único sobre “su Columna”; el disgusto entre sus mandos profesionales de pasar a depender de un jefe de milicias; y la negativa rotunda y declarada del comisariado y parte de la Columna (marxista) a estar bajo un anarquista como era Durruti, motivaron que tal orden no tuviera una efectividad real y que López Tienda siguiera recibiendo sus órdenes directamente de la Junta de Defensa, es decir de Rojo y Miaja”.

Abramos un paréntesis:

Durruti había dejado a sus hombres en Valencia y con el fin de ganar tiempo se desplazó con Manzana, Yoldi y, seguramente, con García Oliver, a Madrid. Debió anunciar a Rojo y Miaja la llegada de su Columna y, como Rojo tenía planeado y organizaba una contraofensiva para el día 15, por la madrugada, y como Durruti arribaba a Madrid como delegado general de los catalanes, Rojo, en su orden (dada el día 14, como lo señala bien Martínez Bande, englobó a las órdenes de Durruti a la Columna “Libertad-López Tienda”. Pero como queda ya claro que López Tienda y los marxistas de la Columna no quisieron someterse a las órdenes de un anarquista y, como además, y ya lo veremos luego, la Columna “Durruti” llegó a Madrid en la mañana del día 15, y no entrará en fuego hasta la madrugada del día 16, con todo esto se concluye que ni Durruti ni su Columna tienen nada que ver con cuanto aconteció el día 15 de noviembre; es decir, el día en que los facciosos del general Asensio cruzaron el Manzanares. Y en esto es terminante lo que a continuación agrega:

“El día 15 los mandos de la Columna recibieron la orden de López Tienda de: “Avanzar y tomar posiciones a lo largo de la margen del Manzanares, en especial, delante del Puente de los Franceses”, donde los nacionales estaban atacando furiosamente con la idea de establecer una cabeza de puente que les permitiera un

212. *Historia y Vida*, Núm. 31, de octubre de 1970, artículo de Martínez Bande, sobre Durruti en la defensa de Madrid.

rápido avance y subsiguiente penetración en Madrid. Habían acumulado —según la orden— fuertes contingentes de aviación, elementos acorazados y fuerzas marroquíes. No se les debía permitir atravesar el río por ningún sector, y mucho menos por el puente.

“Sobre un plano de Madrid se fijaron las posiciones que, aproximadamente, deberían ser cubiertas y sostenidas por cada Batallón. Se cruzó el Parque del Oeste de una forma, militarmente hablando, risible, por lo absurda (recuérdese que, a pesar de los mandos profesionales que había, la Columna carecía de toda instrucción militar), y que ocasionó ya las primeras bajas, aún antes de ocupar posiciones fijadas.

“No cabe duda alguna ni de los enérgicos ataques de las fuerzas nacionales ni de la absoluta fijación al terreno y defensa de las republicanas. Y, efectivamente, ante el temor de que en alguno de sus ataques las fuerzas de los nacionales consiguieran sus propósitos, se dio la orden de volar el Puente de los Franceses, previamente dinamitado. Puedo indicar que, al efectuar la voladura, en casi el centro del puente se hallaban dos carros de combate con un grupo de fuerzas marroquíes a punto de forzar su paso, ya que la intensidad del fuego por parte de las fuerzas republicanas respondía a la escasez de armamento y munición de que adolecía, y, por parte de la artillería, se procedía a batir, no la misma línea del frente, sino a las fuerzas sitas en el recinto de la Casa de Campo.

“Y, anecdótico: un pequeño grupo de Guardias Civiles (entonces Guardias Nacionales) que ocupaban unas posiciones en el flanco derecho de esta Columna (la de López Tienda), algo antes de la voladura del puente y en un intervalo del combate, abandonaron aquéllas y se dirigieron tranquilamente hacia el mismo. Lo cruzaron sin impedimento alguno por parte de las fuerzas nacionales (¿tendrían algún aviso previo al respecto?) ni de las republicanas que, aunque algo extrañadas, no hicieron nada para obstaculizarles, ante la duda de que “aquello” fuera “una maniobra ordenada por el mando”. Tras cruzar el puente, prorrumpieron en unos vítores patrióticos y, uniéndose a las fuerzas nacionales, empezaron a disparar contra sus anteriores posiciones.

“Todo esto, la continuación de los combates, algo amainados por la parte nacional tras la voladura del puente, salvo un furioso ataque esporádico bajo los restos del mismo algo más tarde, es lo único que puedo contar “de visu”. Caí herido a primeras horas de la tarde, retirado con otros muchos del frente, efectuada una primera cura de urgencia, hospitalizado y, finalmente, evacuado... Aquí acabó mi relación con la Columna “Libertad-López Tienda” y con el frente de Madrid”.

“Pero, “al parecer”, y por lo que “oí” hasta el momento de mi evacuación, y por lo que “me contó” algún componente de dicha Columna, con los que me encontré a lo largo de la guerra, la Columna “Libertad-López Tienda”, después de 48 horas de estas operaciones, no existía ya más que sobre el papel”²¹³.

213. *Historia y Vida*, Num. 35. En la sección Correo del Lector un oficial profesional que formó parte de la misma y que fue a Madrid, Francisco Hidalgo Madero, responde a Martínez Bande, sobre su artículo que hace referencia a la Columna “Libertad-López Tienda”

A la vista de este testimonio ya es fácil leer y comprender la explicación que da Vicente Rojo sobre el paso del Manzanares:

“En buena lógica, aquel ataque debió ser detenido en seco con los medios que allí teníamos reunidos, muy superiores a los de cualquier otro lugar, durante los días anteriores a la batalla. Pero en este caso, el atacante había aplicado la máxima potencia en un frente muy estrecho y, además, tuvo la fortuna de provocar el pánico en una de nuestras improvisadas unidades que, por haber llegado desde otros frentes y por no haber vivido la crisis de reacción moral del día 7 de noviembre, aún no había captado el ambiente de la lucha en Madrid.

“Esa unidad retrocedió en desorden, contagiando a otras fuerzas, y el enemigo pudo arrollarlas, penetrar en la Ciudad Universitaria y ocupar diversos edificios, hasta llegar al Hospital Clínico como lugar más avanzado” ²¹⁴.

A todas luces es evidente que la Columna “Durruti” no era “una unidad improvisada”, puesto que llevaba combatiendo desde el 25 de julio en Aragón y por tanto puede desprenderse del texto de Rojo que no se refiere a la Columna “Durruti”. Sin embargo, su texto es confuso, máxime cuando se mezclan los “catalanes”. Ahora, ese texto aparece claro, debido a que el testimonio de Francisco Hidalgo es preciso y terminante, insistiendo varias veces en la improvisación de la Columna “Libertad-López Tienda”.

Alcofar Nassaes ha sido uno de los primeros en ver claro en este asunto y, a tal efecto, escribe:

“Hoy en día sabemos que el Puente de los Franceses estaba defendido por la Columna “Romero”, que había englobado a los hombres de la antigua Columna “Francisco Galán”, y que a su derecha tenía a la IV Brigada Mixta de Arellano, el cual murió aquel día en la Ciudad Universitaria, tomando Romero el mando de las unidades. También se encontraba allí la columna catalana del PSUC “Libertad-López Tienda”. Creemos sinceramente que estas dos últimas unidades fueron las verdaderas responsables del paso de las primeras fuerzas nacionales al otro lado del río. En este caso, ¿dónde estaba, pues, la Columna “Durruti”? Muy posiblemente en reserva, en Madrid, y no entró en combate hasta aquella misma noche” ²¹⁵.

214. Vicente Rojo, op. cit.

215. J. L. Alcofar Nasses, Spansky. *Los Extranjeros que lucharon en la Guerra Civil Española*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1973.

La Columna «Durruti» en Madrid

Los primeros en solicitar la presencia de Durruti en Madrid fueron los militantes de la CNT del Centro, que en una reunión celebrada el 9 de noviembre, a la vista del desamparo defensivo en que se encontraba la capital, y vista también que el arma psicológica podía rendir una gran contribución a la resistencia, pensaron en lanzar el nombre de Durruti, el de la leyenda, en el campo de la lucha para reactivar el espíritu combativo de la población y los defensores. Delegaron a David Antona y a Miguel Inestal para que se trasladaran a Bujaraloz a convencer a Durruti para su venida a Madrid. Llegados los dos delegados a Valencia, allí se les informó de que la misma idea tenía el Gobierno y que Federica Montseny se había comprometido a lograr el acuerdo con Durruti ²¹⁶.

En Barcelona se actuaba también en el mismo sentido que Valencia y Madrid en relación con Durruti. El cónsul soviético Ovssenko había manifestado a la Conselleria de Defensa del Govern de la Generalitat que si se enviaba un rápido refuerzo a Madrid, ellos, los rusos, estaban dispuestos a armar a los hombres que salieran a defender la capital de España. Diego Abad de Santillán, que había ocupado en la Conselleria de Defensa el cargo que antes tuviera García Oliver, convocó con urgencia a todos los delegados de Columna de Aragón para celebrar una conferencia militar en Barcelona. Esa conferencia se efectuó en la noche del 11 al 12 de noviembre. Entre los jefes o delegados de columna se presentó el problema de quién de ellos sería el más indicado para ponerse en Madrid a la cabeza de las fuerzas catalanas que tendrían que colaborar en la defensa de la capital. Se decidió el traslado de unos 12.000 hombres, y todos coincidieron en que debía ser Durruti su delegado o jefe general:

“Pero el único que ponía objeción era Durruti, que no quería marchar. Estaba emocionado, y nos pidió que lo dejáramos en el frente de Aragón.

“—Si tú vieses —le dijo a Santillán— como yo veo los tranvías de Zaragoza, no te irías a Madrid”.

“Le repliqué que dada la situación en que estábamos era inútil pensar en un ataque a Zaragoza. Y entonces me dijo que enviasen a otro; a Miguel Yoldi, que era más capaz que él. Le respondí que, aunque eso fuese cierto, Miguel Yoldi no se llamaba Durruti, y que lo que hacía falta en Madrid era Durruti, para levantar la moral de los combatientes. Finalmente cedió. Así terminó aquella reunión de delegados de milicias, yéndose cada uno a su puesto para organizar a los hombres que habían de ser enviados a Madrid” ²¹⁷.

216. *Nosotros, Valencia, 20-XI-1937*, artículo de David Antona, sobre Durruti en Madrid.

217. Diego Abad de Santillán, *op. cit.*

El día 12 por la mañana Durruti telefoneó a Bujaraloz y pidió que se preparasen, para su ida a Madrid, la I Agrupación (José Mira) y la VIII (Liberto Ros), añadiéndoseles las Centurias 44, 48 y 52, compuestas exclusivamente de internacionales. Estas fuerzas, a más de contar entre ellas a bastantes mineros, buenos conocedores de la dinamita, tenían la ventaja de ser las más fogueadas por haber intervenido en la ocupación de Siétamo, en la toma de Fuente de Ebro y haber estado a la cabeza en la contraofensiva en Farlete contra la Columna Móvil de Urrutia. No se trataba pues de tropas bisoñas. En total, estas fuerzas sumarían no más allá de mil cuatrocientos hombres. Esta cifra está muy lejos de todas las cifras avanzadas en los escritos que hemos citado. El Comité de Guerra que llevaría esta Columna se componía de Miguel Yoldi, Ricardo Rionda (Rico), Manzana y Mora, el secretario de Durruti.

La salida de la Columna "Durruti" de Barcelona, hasta su llegada a Madrid, la vamos a reconstruir basándonos en dos testigos que, meses después de los hechos que vamos a relatar redactaron sus memorias, a bastantes kilómetros el uno del otro. Y si bien de uno de ellos puede sospecharse el propósito de ocultar algunos hechos, "por no perjudicar a su organización —la CNT— en el caso de José Mira; el otro, el periodista belga Mathieu Corman, queda limpio de ese pecado, pues ni era anarquista y sólo estaba ligado a la Columna por la solidaridad humana que le impulsó a unirse al grupo Internacional de dicha Columna.

Sobre el particular, Mathieu Corman escribe lo siguiente:

"(El día 13), en el puerto, los milicianos descargaban febrilmente caja tras caja de un navío llegado de América Central, bajo la constante premura de Durruti, de "¡Vamos!, ¡Vamos!". Otros milicianos amontonaban esas cajas, repletas de fusiles o de piezas de ametralladoras, en vagones de ferrocarril. Estos milicianos — continúa escribiendo Corman— hacía ya 48 horas que no dormían y, una vez terminada la operación, saldrían de noche para un largo viaje de 800 kilómetros. Los vagones, de los cuales tiraban dos potentes locomotoras, llevaban la pesada carga de nuestro material de guerra del que ²¹⁸, una parte, llegado a Madrid, habría de pasar a manos de los Internacionales".

La referencia que Corman hace al puerto de Barcelona, describiendo a Durruti con lentes tomando nota del material que se descargaba a la luz de uno de los faroles, indica que era de noche o, al menos, ya oscuro, el día 13 de noviembre. Joan Llach, en el libro que ha dedicado a estudiar la muerte de Durruti, ²¹⁹ comete infinidad de errores y, sobre todo, uno imperdonable, como es el de no dar fuentes que acrediten el origen de las citas; no obstante lo dicho, hay datos históricos que, cuando se conoce la trama del tema Durruti, se puede sacar el hilo y en este caso nosotros aprovechamos para ampliar a Corman en lo que se refiere al descargue en el puerto, cosa que se hizo en el tinglado número 8. El origen de las armas que se descargaron era suizo y mexicano; se trataba de un armamento que los rusos ha-

218. Mathieu Corman, op. cit.

219. Joan Llach, *La muerte de Durruti*, Ed. Aura, Barcelona, 1973.

bían comprado, pagándolo a peso de oro, pero que era pura chatarra. Los de origen mexicano eran unos *winchester* de peines a cinco balas como los fusiles máuser, pero no de calibre español, lo que implicaba una enorme dificultad para obtener munición, y a esto se unía la fragilidad de su culata, la cual se quebraba con un simple golpe, todo ello reducía el arma a su mínima expresión. Los fusiles suizos eran todavía peores, ya que se trataba de un modelo que correspondía al año 1886, con munición de época, que atascaba el cañón a los pocos disparos. Durruti no tuvo ocasión de comprobar ese material en Barcelona; pero una vez en Madrid, y al darse cuenta de la calidad de esas armas, telefoneó a Santillán diciéndole “que los fusiles que le había dado se los podía meter en los c..., y que le enviara urgentemente treinta y cinco mil bombas de mano de las denominadas “la FAI”²²⁰.

Sin que podamos precisar la hora, sería muy entrada la noche del día 13, salió la expedición en un tren de carga dirección a Valencia. Mientras el tren seguía su ruta, Durruti se trasladó también a Valencia viajando en avión acompañado de Manzana y Yoldi. Cuando la expedición llegó a la ciudad del Turia, hacia el mediodía del 14 de noviembre, Durruti, acompañado de García Oliver, se encontraba en el andén de la estación²²¹. Conversó con José Mira y Liberto Ros, que eran los delegados de las agrupaciones, y les informó que el viaje a Madrid habría de completarse en autocares o camiones, debido a que la vía ferroviaria había sido volada en parte por un bombardeo enemigo. Les dijo que a fin de preparar la llegada de la Columna él salía en avión con García Oliver hacia Madrid.

Durruti, con García Oliver, llegaron, pues, a Madrid, en la tarde del 14. Era en ese día que Rojo y Miaja proyectaban su ataque para el día 15. La presencia de Durruti hizo creer a mucha gente que había llegado con su Columna. Posiblemente, Durruti y Rojo debieron pensar que la Columna llegaría aquella misma noche, y de ahí la célebre orden de la cual ya hemos hablado, y en la que se indicaba que la Columna “Libertad-López Tienda” debía ponerse bajo las órdenes de Durruti.

Al salir Durruti y García Oliver del Ministerio de la Guerra, para trasladarse al número 111 de la calle Serrano, que era donde estaba instalado el Comité de Defensa de la CNT en Madrid, se encontraron con Koltsov, y éste registra en su *Diario* una pintoresca conversación que a título de curiosidad transcribimos:

“Ha llegado la Columna catalana con Durruti (aquí amalgama Koltsov el nombre de Durruti con la Columna catalana “Libertad-López Tienda”). Son tres mil hombres muy bien armados y equipados, exteriormente en nada parecidos a los combatientes anarquistas que rodeaban a Durruti en Bujaraloz.

“Durruti me ha dado un jubiloso abrazo, como a un viejo amigo. Y en seguida ha dicho en son de broma:

“-¿Ves? No he tomado Zaragoza, no me han matado, y no me he hecho marxista. Todo queda para más adelante”.

220. Diego Abad de Santillán, comunicado por carta.

221. Mathieu Corman, *op. cit.*

“Ha adelgazado, se ha vuelto más disciplinado, su aspecto es más marcial, tiene ayudantes y habla con ellos no en tono de mitin, sino de jefe. Ha pedido un oficial-consejero (ruso). Le han propuesto a Santi ²²². Ha hecho varias preguntas acerca de él y lo ha aceptado. Santi es el primer comunista en las unidades de Durruti. Cuando ha llegado éste le ha dicho:

“—Tú eres comunista. Está bien. Veremos. No te moverás de mi lado. Comeremos juntos y dormiremos en la misma habitación. Veremos”.

“—De todos modos, tendré algunas horas libres. En la guerra suele haber siempre muchas horas libres. Pido permiso para poder apartarme de tu lado en esas horas”.

“—¿Qué quieres hacer?”

“—Quiero aprovechar las horas libres para instruir a tus combatientes en el tiro de ametralladoras. Disparan muy mal con ametralladora. Quiero enseñar a unos cuantos grupos y crear secciones de ametralladoras”.

“Durruti se sonrió:

“—Yo también lo quiero. Enséñame a mí a manejarla”.

“Al mismo tiempo ha venido a Madrid García Oliver; ahora es ministro de Justicia. Durruti y Oliver van juntos.

“Los dos famosos anarquistas han conversado con Miaja y con Rojo. Han explicado que las unidades anarquistas han venido de Cataluña a salvar Madrid y que lo salvarán, pero después de esto no se quedarán aquí, sino que volverán a Cataluña y a los muros de Zaragoza. Luego han pedido que se les asigne un sector independiente, donde los anarquistas puedan mostrar sus éxitos. De otro modo podrían surgir equívocos, hasta el punto de que otros partidos comenzaran a atribuirse los éxitos de los anarquistas.

“Rojo ha propuesto situar la Columna en la Casa de Campo para atacar mañana a los fascistas y arrojarlos del Parque en dirección Suroeste. Durruti y Oliver han estado de acuerdo ²²³”.

El interés en la transcripción de lo escrito por Koltsov es que en ello se ve claramente cómo Hugh Thomas, Tuñón de Lara y otros han dado a esa narración el valor de un hecho verídico y, sin tomarse la pena de verificar, lo han copiado íntegramente. El hombre de la “historia-ficción”, como lo llama su colega Ehrenburg, ha resultado “para los historiadores de la guerra de España una mina de información”.

“Al anochecer del día 15 —escribe Eduardo de Guzmán— la situación es difícilísima. No hay fuerzas que mandar. No hay elementos que oponer al avance

222. Santi, coronel del Ejército Rojo, de origen caucásico. Su nombre real era Mansurod Hadji-Umar. Se le conoce por diversos apelativos: Santo, Xanti, Hadji, Faber. Como en varios casos más, ésta fue otra de las bromas que gastó Koltsov a los historiadores que lo copian al pie de la letra. Santi, o como se llamara, no actuó nunca como consejero militar de Durruti, ni le enseñó tampoco a manejar la ametralladora. Pero, en fin, como es un chiste más de Koltsov, nosotros lo vamos a seguir.

223. Koltsov, *op. cit.*

enemigo. Quitarlos de cualquier otro sector es dejar éste al descubierto. Pero si no se hace, acaso Madrid esté perdido mañana mismo...

“Por fortuna, esta misma tarde llegan a Vallecas los hombres de la Columna “Durruti”. Son cuatro mil luchadores esforzados y decididos, son cuatro mil anarquistas curtidos por cuatro meses de pelea incesante. Han venido de un tirón desde el frente de Aragón. Vienen rotos por el cansancio de un viaje interminable. Pero Durruti dice a Miaja:

“A las dos de la madrugada estarán mis hombres en el sitio que se les designe...”

De Guzmán, en el texto que transcribimos, incurre también en el mismo error en cuanto al número de combatientes; sin embargo, en cuanto a la intervención de la Columna, fijándola a las dos de la madrugada del día 16, se ajusta perfectamente a la verdad histórica.

Veamos ahora cuál era el estado de la Ciudad Universitaria después de la ruptura del frente en el atardecer del día 15 de noviembre:

“La conquista de la Ciudad Universitaria “no se realizó en diez minutos” (como apuntan algunos escritores extranjeros). Las tropas nacionales tuvieron que conquistar sus fuertes edificios uno a uno, y estos edificios fueron tenazmente defendidos por anarquistas, comunistas o internacionales, sufriendo ambos contendientes un tremendo desgaste. La reacción republicana, ante el paso del río por sus enemigos, fue colocar en la Ciudad Universitaria todas las reservas con que contaban para intentar un contraataque que restableciera la situación. Fue seguramente en este contraataque donde entró en fuego la Columna “Durruti” y, mal conducida, fue espantosamente diezmada.

“Para rodear por todas partes a la nueva cuña nacional, los internacionales de la XI Brigada ocuparon el sector norte de la Ciudad Universitaria —el llamado sector del Palacete—, dejando su antigua zona hasta el Puente de San Fernando a la V Brigada Mixta de Sabio. Completaban el frente los restos de la “López Tienda”, la Columna “Durruti” y la maltrecha IV Brigada, ya mandada por Romero; pronto llegaron, como refuerzos, las reservas del V Regimiento —Columnas “Heredia” y “Ortega”—. La defensa de toda la Ciudad Universitaria quedó encomendada al coronel Alzugaray.

“Kleber estableció su puesto de mando en el Club de Puerta de Hierro mientras sus batallones se adelantaron, instalándose el “Commune de París” en Filosofía y Letras; el “Dombrowski” en la Casa de Velázquez, con el “Thaelmann” a su izquierda, al otro lado del arroyo Cantarranas, junto al Viaducto. La V Brigada cubría la derecha hasta el río, en tanto que Durruti se establecía en la Facultad de Ciencias, con sus hombres sobre la Escuela de Odontología y las Facultades de Medicina y Farmacia y en el Asilo de Santa Cristina. Más atrás, sobre el Clínico y hospitales cercanos, se colocaron las fuerzas del V Regimiento”²²⁴.

El contraataque fue ordenado por Vicente Rojo y Miaja para el filo del amanecer del día 16. Seguidamente vamos a ver el comportamiento y situación de la

Columna “Durruti” en esta circunstancia. Y para ello seguiremos los testimonios que poseemos, es decir, Corman y Mira. Pero, antes, es importante dejar consignada la entrevista que tuvo lugar aquella noche en el Comité de Defensa de la CNT-FAI, sito en el 111 de la calle Serrano. Tomamos de Cipriano Mera los datos siguientes:

“Por la noche, hacia las diez, se recibió en el puesto de mando una llamada telefónica reclamando mi presencia con carácter urgente en el Comité de Defensa de la CNT. En cuanto se me comunicó, salí disparado hacia la calle Serrano, encontrándome allí a Eduardo Val, Durruti, García Oliver, Federica Montseny, Manzana —ayudante de Durruti—, Yoldi y otros compañeros más (...). Durruti quiso conocer mi opinión sobre la situación en Madrid. Se la di, informándole al mismo tiempo de las sugerencias que habíamos hecho al general Miaja y al teniente coronel Rojo, así como a nuestro Comité de Defensa (se trata de un contraataque propuesto por Cipriano Mera y el comandante Palacios, inmediatamente después que éstos supieran la ruptura del frente por el cruce del Manzanares). Insistí —continúa relatando Mera— en el peligro que suponía la ocupación por el enemigo de las alturas de Cuatro Caminos, señalando igualmente la existencia del colector que iba desde el Hospital Clínico al Manzanares, y por el cual los rebeldes podrían abastecer a sus fuerzas sin ser vistos”.

(Mera había trabajado como albañil en ese edificio). Después, Mera dijo a Durruti:

“—Parece ser que has traído dieciséis mil hombres...”

“—No; sólo de cuatro a cinco mil”²²⁵.

“—¿Cómo crees tú —me preguntó— que debemos contraatacar?”

“—Métete bien en la cabeza, Buenaventura, que no sólo tenemos enemigos en el otro lado. El general Miaja parece querer ser correcto con nosotros, pero lo tienen cercado los comunistas, y éstos no desean que Durruti, el guerrillero anarquista más destacado, se apunte el triunfo de la defensa de Madrid, en la que ellos, con sus cartelones y murgas, tratan de aparecer como los únicos actores...”

“—Lo sé, Cipriano; yo no quería venir aquí sin el conjunto de la Columna que operaba en Aragón²²⁶. Ha sido nuestra propia Organización la que me exigió trasladarme con una parte solamente de la misma, para ver si podíamos salvar la situación. También el Gobierno me insistió en que, dada la gravedad, no podía sacar de Aragón todas mis fuerzas, pues la urgencia del traslado hacía el tiempo insuficiente para efectuar un relevo completo. En fin, las cosas son así, y lo que puede hacerse ahora es, como dices, agrupar nuestras dos Columnas, cosa que me parece factible, sacando la tuya de donde está y juntándola a la nuestra”.

225. No comprendemos esta alteración de efectivos hecha por Durruti, quizá Mera se equivocó al dar la cifra.

226. Con esa respuesta de Durruti se aclara la confusión de Mera, pues si aquél hubiera dispuesto de cuatro mil a cinco mil hombres, no se hubiera lamentado por la falta de efectivos, salvo que Durruti incluyera a aquellos que la Conselleria de Defensa de la Generalitat había prometido enviar.

“—En esas condiciones —intervine— la agrupación es imposible. Miaja se opondrá, pues entiende que debemos guardar el sector que ocupamos por ser uno de los más delicados”.

“—Bueno, entonces tendré que operar —declaró Durruti— únicamente con mi gente y según se me ordena, es decir, contraatacar de madrugada en dirección a la Casa de Velázquez e intentar progresar hasta el Manzanares. Hubiera preferido aguardar un día más para que mis fuerzas descansan y conozcan mejor dónde se encuentra el enemigo. Pero haremos lo que nos mandan”.

“—Lo que puedo hacer —le respondí— es darte una centuria que conozca bien esa parte de terreno, para que así sirva de guía a tu gente”.

“—Ya no puede ser hoy, pues es tarde. Podrás hacerlo mañana.”

“Nos despedimos con un abrazo y, deseándole mucha suerte, me volví a mi puesto de mando” ²²⁷.

“Serían aproximadamente las nueve de la mañana cuando entramos por el Puente de Vallecas (día 15). A nuestro paso por la ciudad éramos saludados con frenesí por productores y combatientes. Pasaba nuestra columna por las inmediaciones de la Embajada de Finlandia, desde donde se agredió cobardemente a nuestras fuerzas. La Embajada fue asaltada por nuestra gente, y encontramos en su interior un verdadero arsenal de armas automáticas y bombas de mano, de las cuales nos adueñamos (...). Después de liquidar el foco faccioso, fuimos a parar a la carretera de Hortaleza, donde nos fue cedido alojamiento en un colegio de niños, sito en el cruce del paso nivel del tren de la Ciudad Lineal”.

“A las cuatro de la tarde paró un coche de turismo en la puerta del colegio que habíamos habilitado como cuartel y del mismo descendió toda nerviosa Federica Montseny, quien con voz enérgica nos dijo:

“—Camaradas, los moros han llegado al Paseo de Rosales. Se precisa en gran manera que estas fuerzas salgan inmediatamente para aquel lugar si no queréis pasar por la amargura de contemplar cómo Madrid es invadido por los moros esta misma tarde”.

Liberto Ros y José Mira le respondieron:

“—Durruti, al marchar, nos dijo que bajo ningún concepto nos moviésemos de aquí. Como comprenderás, hemos de esperar hasta que él venga, que confío no ha de tardar, si como tu señalas es evidente lo que acabas de decir”.

“—¡Suerte os deseo a todos!” Y arrancó veloz ²²⁸.

Son las 16 horas del día 15. El testimonio de Mira, tanto por el escrito que utilizamos como por lo que verbalmente nos ha confirmado, refrendado a la vez por el otro testimonio citado, ambos son formales:

“Mientras tanto —prosigue José Mira—, el enemigo iba avanzando por la Bombilla, llegando incluso hasta el Puente de los Franceses, y aunque previsoriamente éste había sido volado, vadeó el río, invadiendo por aquel extremo la Ciudad Universitaria.

227. Cipriano Mera, op. cit.

228. José Mira, op. cit.

“A los pocos minutos de marchar Federica, llega Durruti y nos dijo:

“—Preparaos para salir a las dos de la madrugada hacia la Prisión Celular; allí, sobre el terreno, estudiaremos la forma más conveniente y terminaremos de ponernos de acuerdo”.

“La distancia que media hasta el cuartel de la Moncloa la hicimos a pie. En cabeza iba el “Grupo Madrid”, dirigido por el camarada Timoteo, que moriría ante el enemigo el 5 de enero de 1937, en Puerto Aravaca. A nuestra llegada a la cárcel veo a Durruti y Manzana que aguardaban impacientes nuestra llegada. Ante un plano de la Ciudad Universitaria se nos señalan las posiciones que hemos de ocupar. Manzana señala la conveniencia de adelantarnos unos cuantos para examinar el terreno. Protegidos por la oscuridad, marchamos hacia la Plaza de la Ciudad, regresando al poco tiempo, y dejando sobre el recorrido a los compañeros Miguel, Navarro y Marino, para que sirvieran de orientación a las fuerzas que íbamos a buscar.

“Con toda rapidez repartimos las bombas de mano y la munición que a cada miliciano le era posible llevar a cuestas...”²²⁹.

Abramos aquí un paréntesis antes de proseguir con la Columna “Durruti”. A Kleber, como a los demás responsables de las fuerzas que debían contraatacar, se les dio órdenes de hacerlo al filo de la madrugada. Pero el general Kleber —según Vicente Rojo— no obedeció esa orden, ya que su acción no la comenzó hasta las 10 de la mañana, razón por la cual “ese retraso benefició al enemigo, que tuvo tiempo de reforzar y organizar sus posiciones”²³⁰. Pero, “los que sí se lanzaron al ataque apenas hubo luz fueron los soldados de Asensio que, pese a su inferioridad y a su cansancio, conquistaron la Casa de Velázquez y la escuela de Ingenieros Agrónomos, precisamente en el sector encomendado a la XI Brigada Internacional. El ataque sorprendió al batallón “Dombrowski”, recién establecido en la Casa de Velázquez, y los hombres huyeron, permaneciendo sólo dentro la tercera compañía que, tras heroica resistencia, fue aniquilada por completo (...)”²³¹.

La ocupación de la Casa de Velázquez y la Escuela de Ingenieros, así como la dispersión de fuerzas, indudablemente añadió una mayor confusión en aquel contraataque, sobre todo para las fuerzas de la Columna “Durruti”, las cuales ponían por primera vez pie en la Ciudad Universitaria.

Volvamos, pues, al relato de José Mira:

“Al apuntar el día, desplegamos por dos flancos: Liberto, con sus fuerzas, entró por el Parque del Oeste, continuando avanzando hasta ocupar el Instituto Rubio, encontrándose en ese avance una resistencia feroz. A mí me fue designado el flanco izquierdo, que comprendía el Asilo de Santa Cristina y edificios colin-

229. José Mira, *op. cit.*

230. Vicente Rojo, *op. cit.* Véase en el Apéndice de ese libro la carta de Rojo a Miaja, en la cual pide se impongan sanciones al general Kebler, por haber perdido la Casa de Velázquez, el Palacete de la Moncloa y haber desobedecido órdenes, sin declarar esas pérdidas como propias.

231. J. L. Alcofar Nasses, *op. cit.*

dantes, la tapia que da al paseo y que sigue hasta el Hospital Clínico (ocupado por el V Regimiento), Casa de Velázquez, y Filosofía y Letras, en donde debíamos establecer contacto con Liberto, por el Palacete, y con un grupo Internacional (la XI Brigada), por la parte norte del mencionado edificio.

“Nuestro avance coincidió con el que el enemigo había iniciado, encontrándonos ambos a cuerpo descubierto. La matanza fue horrible, tanto para ellos como para nosotros; tuvimos, en diferentes ocasiones, que aceptar el ataque cuerpo a cuerpo...”

Mira continúa su relato de luchas y asaltos sin dar precisiones de los lugares, aunque se supone que ocuparon el Asilo de Santa Cristina, como veremos más tarde.

“A las siete de la mañana —sigue escribiendo Mira—, se ocupó el Hospital Clínico, y quedó a su custodia la Centuria 44, que llevaba a Mayo Farrán como delegado”.

Mira señala que hacia las nueve de la mañana, “noventa baterías enemigas, centenares de aviones y numerosos tanques coadyudaban sin cesar a los avances de la infantería enemiga; la tierra hervía de metralla”. Y a esto añade que “aparecieron en el espacio “aviones microscópicos”, conocidos más tarde con el nombre de “chatos”, los cuales, con un heroísmo indescriptible, acometieron contra un centenar de trimotores y cazas facciosos. A pesar de la inferioridad numérica, nuestros temerarios aviadores abatieron a diez aviones enemigos, que fueron a caer en nuestras propias líneas...”

“A las once de la mañana, se presentaron por Cuatro Caminos unas fuerzas a las órdenes de un comandante llamado “Minenza”. Estas fuerzas traían una orden por escrito del Estado Mayor, ordenando se quedasen de guarnición en el Clínico, apoyando el avance de nuestras fuerzas...”

Según los documentos que estamos consultando, esas fuerzas del “comandante Minenza” pertenecían al V Regimiento. Este hecho indica que, como Kleber, el V Regimiento inició su intervención con bastante retraso.

“Mientras tanto —prosigue Mira—, varios intentos de asalto a la Casa de Velázquez habían fracasado por falta de personal, ya que la mayoría de los refuerzos nuestros habían sido diezmados considerablemente, y otros estaban ocupando posiciones (Santa Cristina) de las rescatadas a primeras horas de la mañana”.

José Mira escribe que aquella noche del 16 al 17, estuvieron luchando por ocupar la Casa de Velázquez y Filosofía y Letras. También dice que en el sector del Hospital Clínico dicha noche apenas hubo lucha, e indica que “el comandante Minenza abandonó o evacuó, como quiera llamársele, el Hospital Clínico, a las 23 horas”. Luego añade que, “por fin, tuvimos la satisfacción de abrazar a los internacionales que habían conseguido, a costa de muchos esfuerzos, romper el cerco, y coadyuvar con nosotros al asalto definitivo de Filosofía y Letras”. Pero, “durante toda la noche, hubieron de estar defendiéndose de ataque tras ataque, que los nacionales lanzaban contra la Facultad”.

Y prosigue:

“Sin tomar ninguna clase de alimentos desde que iniciamos nuestro avance por la Ciudad Universitaria y sin mitigar el cansancio que, por momentos, se apo-

deraba de nosotros, comenzó a clarear la mañana del día 17 de noviembre, luchando con la misma intensidad que al anochecer del día transcurrido”²³².

El día 17 de noviembre fue un día aciago. Los bombardeos sobre la capital fueron terribles. El corresponsal en Madrid de *Paris Soir*, telegrafaba su crónica con esta frase:

“¡Oh, vieja Europa, siempre tan ocupada con tus pequeños juegos y tus graves intrigas! ¡Dios quiera que toda esta sangre no te ahogue!”

Y César Falcón, otro periodista, redactaba la suya:

“Madrid es la primera ciudad civilizada del mundo que está sometida al ataque de la barbarie fascista. Londres, París y Bruselas deben ver, en las casas destruidas de Madrid, en sus mujeres y niños que han sido destrozados, en sus museos y librerías que han sido convertidos en montones de ruinas, en su vasta población que ha sido abandonada sin protección... lo que será su propio destino cuando el fascismo las ataque”²³³.

Las tropas del general Asensio, ya bien reforzadas en ese día 17 de noviembre, fueron lanzadas al ataque en tres direcciones: las que conducían Barrón, sobre la Residencia de Estudiantes, con la intención de ganar los paseos de Rosales y Moret por el Parque del Oeste; las de Serrano, en dos columnas, contra el Asilo de Santa Cristina y el Hospital Clínico, para abrirse vía hacia Cuatro Caminos.

La marcha de estas tropas iba acompañada de los bombardeos que sufría la capital, y de las descargas de artillería sobre la ciudad Universitaria, desde Garabitas y Carabanchel Alto. Los *Junkers* dejaban caer también sus mortíferas cargas. Para definir esa situación, José Mira vuelve a utilizar una frase muy expresiva: “la tierra hervía de metralla”.

Para alcanzar el Hospital Clínico a las tropas de Serrano les era preciso antes atacar el Asilo de Santa Cristina, donde estaban guarecidos parte de los restos que quedaban de la Columna “Durruti”. El choque fue violentísimo. Y la lucha cuerpo a cuerpo se repitió incesantemente.

En el fragor de estos combates, algunas tropas se desbandaron, sobre todo las que quedaban en el Hospital Clínico, que había dejado el comandante “Minenza” antes de evacuarlo la noche anterior. Parte de todos estos tráfugas salieron corriendo hacia la Plaza de la Moncloa; pero allí fueron detenidos por un grupo que Miguel Yoldi pudo organizar, aunque la mayoría de ellos no pertenecían a la Columna. Pistola en mano, se detuvo a los que corrían, cortándose con ello la incipiente ola de pánico²³⁴.

A las 16 horas del día 17, Cipriano Mera se entrevistó con José Manzana para ayudarlo a situar fuerzas frente al Hospital Clínico:

“Nuestra gente ocupó rápidamente el cementerio que se encuentra frente al depósito de aguas del canal de Isabel II, el convento de monjas y el cuartel de la

232. José Mira, op. cit.

233. Tomamos las citas de Vicente Rojo, op. cit.

234. José Mira, op. cit

Guardia Civil de Guzmán el Bueno, así como el Instituto Geográfico y Catastral, el Hospital de la Cruz Roja y toda la colonia de hotelitos del Estadio Metropolitano.

“Al caer la noche —prosigue Mera—, nos acercamos con el compañero Yoldi al cuartel general de la Columna “Durruti” (que se había instalado en la Calle Miguel Angel, número 27, un palacio que había sido de los duques de Sotomayor). Al poco rato llegó Durruti y le pusimos al corriente de la situación. Movilizó a todos los enlaces para transmitir a los delegados de Centurias la orden de proceder a su reagrupación durante la noche, sin abandonar ninguno de los edificios que ocupaban”.

Era tanto el desconcierto que existía, y los cambios operados durante el día en el interior de la Ciudad Universitaria, que Durruti no sabía en qué lugar se encontraban sus centurias. Después de despachar a los enlaces pidió a Mera que le enviara la centuria que le había prometido, fijándole el cuartel de la Guardia Civil de Guzmán el Bueno como lugar de cita.

Aquella noche del día 17 al 18 de noviembre, cuando Durruti, al filo de medianoche, pudo reunir a los delegados de centuria en la Facultad de Ciencias, el balance que se hizo de las 36 horas de lucha era terrible. Más de la mitad de los efectivos habían caído en la lucha. De la centuria de internacionales, según Corman, quedaba un cuarto de sus efectivos. En total, de los mil setecientos hombres que entraron en combate, apenas quedaban 700, y, en tan malas condiciones que llevaban treinta y seis horas sin probar bocado ni un sorbo de café. El frío helaba hasta los huesos. La lluvia caía constantemente. Y se luchaba sin parar sobre un escenario en que la muerte —por bala o por un bayonetazo— podía sorprender a cada instante.

Aquella noche Durruti la pasó entre sus hombres visitando los puntos en que aseguraban la resistencia. Mira describe lo que fue la citada noche:

“No fue ni mejor ni peor que la anterior: los ataques a la bayoneta se sucedieron sin interrupción. Extremadamente grande y fabuloso era el número de víctimas, tanto de nuestro lado como del lado adversario. Pero en nuestro lado las filas se clareaban, no habiendo manera de reemplazar a los caídos; sin embargo, del lado enemigo, los refuerzos eran constantes, mandándonos cada diez minutos carne fresca que nuestras armas automáticas se encargaban de liquidar”.

“A la mañana siguiente, los frentes de la Ciudad Universitaria volvieron a convertirse en terribles cráteres volcánicos, y por doquier se sembraba la muerte y el exterminio”²³⁵.

Durruti, cuando se despidió de Liberto Ros y de José Mira, les dijo que iba a intentar que se reemplazara a los más cansados, y discutir la cuestión del relevo de los que quedaban en pie con el Ministerio de Guerra.

Este problema del relevo era para Durruti un asunto obsesivo. El sabía bien cuánto podía dar de sí un combatiente, y que la mejor manera de sostener la continuidad de la lucha era organizando el reposo. En Madrid, las circunstancias ha-

bían hecho imposible la aplicación de su táctica, y había tenido que meter a todos sus hombres en línea. De todas las fuerzas que luchaban en la Ciudad Universitaria, el único que tenía entregados al combate a todos sus hombres era Durruti. Los otros, empezando por los Internacionales, alternaban a sus combatientes. Así que, en aquella madrugada del 18 de noviembre, Durruti pudo darse cuenta de cómo los Internacionales de Kleber eran reemplazados en parte por la XII Brigada Internacional, y cómo también otras unidades españolas actuaban de la misma manera.

Cuando Durruti llegó al cuartel general de la Columna se encontró allí al corresponsal de *Solidaridad Obrera*, Ariel, quien le preguntó sobre sus impresiones de la batalla ²³⁶.

“—La batalla será dura, muy dura, pero si resistimos hoy, Madrid está salvado: los fascistas no entrarán en la capital. Los compañeros se han portado y siguen portándose como leones, pero hemos tenido muchas bajas. Manzana y Yoldi están heridos. Hay que mirar la forma de reemplazar a nuestros combatientes, porque te aseguro que la batalla es y será dura, muy dura”.

“Sin pérdida de tiempo —sigue escribiendo Ariel—, me dirigí al Comité de Defensa para comunicar a Eduardo Val lo que me había dicho Durruti. Al informarle de la situación, Val quiso discutir directamente dicha cuestión con Durruti, y salimos ambos hacia Miguel Angel”.

A Val, Durruti le dijo lo mismo que a Ariel: había que reemplazar, y lo más pronto posible, a la gente. Desde allí mismo, Val telefoneó a los centros confederales en demanda de hombres. Un compañero de una unidad confederal reemplazó a Yoldi, pero Manzana, pese a su brazo en cabestrillo, quiso continuar en la lucha ²³⁷.

Después de efectuar diversas llamadas telefónicas, Val, desalentado, le dijo a Durruti que no había manera de reunir gente para reemplazar a sus hombres. Todos los compañeros estaban movilizados, y muchos de ellos luchando con unidades que no son confederales... Para Durruti aquello era una terrible situación: si seguía manteniendo a sus hombres en el combate, era conducirlos a la muerte segura; y retirarlos, sin repuesto, no podía hacerlo, porque eso era no sólo mermar la moral combativa de quienes luchaban, sino, además, dejar el paso abierto al enemigo. Ante esa situación, Durruti optó por presentar el problema al Estado Mayor, y discutir allí la manera de solucionarlo.

En el momento en que Durruti se preparaba para salir hacia el Ministerio de la Guerra entró Liberto Ros con malas noticias. José Mira había sido herido, y los hombres en general pedían ser relevados.

236. Ariel envió este parte de guerra a *Solidaridad Obrera*, que lo publicó el 19 de noviembre. El primer comunicado de Ariel sobre la Columna fue del día 17, y apareció en el periódico el día 18. Estos dos detalles, unido a todo el resto, fija bien la posición de la entrada en fuego de la Columna en la madrugada del día 16 de noviembre.

237. Ariel, *¿Cómo murió Durruti*, Ed. Comité de Relaciones de la Regional del Centro de la CNT en el exilio, Toulouse, 1945.

Liberto Ros formaba parte, junto con Mariño, de un grupo anarquista que comenzó su bautismo de luchas en 1933. Ahora Mariño tenía 21 años y Liberto 22. Durruti apreciaba mucho a esos dos jóvenes que pese a su juventud venían comportándose excelentemente en la lucha. Durruti se quedó mirando a Liberto y le preguntó:

“—¿Dónde se encuentran los fascistas?”

A esa extraña pregunta, Liberto respondió:

“—Tú lo sabes perfectamente: nos batimos en la Moncloa”.

“—¡Exactamente —le repuso Durruti—: ¡Justo a quince céntimos de tranvía de la Puerta del Sol! ¡Tú crees, Liberto, que en esas condiciones se puede pensar en relevos? Habla crudamente a los compañeros. Diles la verdad: no hay relevo. ¡Hay que aguantar, aguantar y aguantar! Yo me encuentro en las mismas condiciones que vosotros. Esta noche la he pasado en la Ciudad Universitaria; esta mañana he estado con vosotros en la Moncloa, y esta noche yo reemplazaré a Mira. Di todo esto a los compañeros. Y si tu herida no es grave, continúa en tu puesto, Liberto”²³⁸.

Después que Liberto se marchó, Durruti anunció a Mora que iba a acercarse al Ministerio de la Guerra para tratar de obtener gente para el relevo. Pero en el momento que salía de la habitación, Mora le anunció que tenía al teléfono a Emilienne, que lo llamaba desde Barcelona. Durruti dudó un instante, y terminó por tomar nerviosamente el teléfono:

“—¿Qué hay?” —pregunta demasiado seca para ser un querido que espera a cada instante enterarse de la muerte del ausente-. Sí, me encuentro bien. Perdona... Tengo prisa... ¡Hasta ahora!”

Y colgó el auricular. El rostro de Mora reflejaba una profunda sorpresa. Esa expresión no escapó a Durruti, y éste le dijo en un tono indefinible:

“—¿Qué quieres? La guerra hace del hombre un chacal”²³⁹.

238. Comunicación de Liberto Ros.

239. Manuel Buenacasa nos ha relatado la escena en la que Mimi se lamentó de la respuesta de Durruti. Luego Buenacasa le telefoneó, y Durruti se excusó diciéndole también “que la guerra transformaba al hombre en chacal”.

CAPÍTULO XX

El 19 de noviembre de 1936

Durruti se entrevistó con Vicente Rojo y el general Miaja en el Ministerio de la Guerra. Les informó de la situación en que se encontraba su Columna o lo que quedaba de ella, que no serían más de unos 400 hombres. Seguramente que no era Durruti el único responsable de Columna o de fuerzas militares combatiendo en la Ciudad Universitaria que presentaba un estado tan precario de sus fuerzas; y tampoco sería el único que apremiase al Estado Mayor con la necesidad de un relevo de fuerzas. ¿Pero qué podían hacer Miaja y Rojo? La batalla de Madrid no se desenvolvía en las clásicas condiciones que Rojo y Miaja habían aprendido en los manuales militares, sino que se desarrollaba en condiciones que dichos militares quedaron reducidos al papel de coordinadores o centralizadores de informaciones, y que al anochecer de cada día retransmitían a los responsables de los diversos sectores. De todo ello salían los planes generales de ofensivas o defensivas que se llevaban a la práctica, sin coacciones, y por la voluntad de los combatientes. “El miliciano era quien ganaba la batalla en Madrid”, repetía constantemente Rojo en aquellos momentos, y lo repetiría después en sus escritos, relatando lo que fue la defensa de la capital de España. En conclusión, lo único que Durruti sacó como positivo de aquella entrevista fue que se intentaría, por todos los medios, reemplazar a los combatientes de la Columna “Durruti” al día siguiente, 19 de noviembre. Pero había que aguantar hasta entonces. Apoderarse, si era posible, del Hospital Clínico, y mantener las líneas interiores en la Ciudad Universitaria. La impresión que se tenía en el Ministerio de la Guerra era que los facciosos habían metido el “paquete” en las últimas 24 horas, con la intención de llegar a la Puerta del Sol. Fracasados en su intento, se pensaba que ahora dedicarían todo su esfuerzo a sostenerse en las posiciones ganadas, con miras a efectuar nuevos ataques más adelante. Sin embargo, aunque tal hicieran, si los milicianos podían mantener un círculo de hierro, conteniendo a los facciosos en la Ciudad Universitaria durante aquellas últimas 24 horas, Madrid estaba salvado. Los hechos vinieron a demostrar la certeza de ese pronóstico...

Durruti abandonó el Ministerio de la Guerra preocupado. Analizando fríamente las cosas, la cuestión debatida era así: en Madrid no había hombres ni armas suficientes. La capital se defendía por la acción desesperada de los acontecimientos. Estratégicamente, el Gobierno de la República, cuando confió la plaza de Madrid al general Miaja, no contaba con que dicho general lograra retenerla, y por ello le indicó que si las cosas iban mal se retirara a Cuenca. Pero ocurrió lo que nadie esperaba: y fue que los que venían huyendo hacia Madrid, al llegar a la capital comprendieron que ya no se podía correr más, y en tal caso lo mejor era morir matando. Eso fue todo lo que explica el fenómeno psicológico que se produjo el 7 de noviembre. A partir de aquel momento sobraron los manuales mili-

tares y se puso en práctica el valor de la iniciativa individual, que llegó a transformarse en una fuerza colectiva que optó por vencer o morir. Vicente Rojo define perfectamente aquella situación:

“Tampoco faltó ese espécimen “agregado de embajada” que, en la confusión de los primeros días, se permitió, con actitud un tanto insolente y otro tanto estúpida, introducirse en uno de los despachos del comando diciendo:

“—Pero ¿por qué no se rinden ya?”

“—¡Porque no nos da la gana!”— fue la réplica”²⁴⁰.

Madrid se defendía en razón de esa estrategia. Y de esa escuela brotaron tipos como Antonio Coll, que mostró a sus compañeros que con un poco de serenidad y una bomba se podía poner panza arriba a aquellas bestias mecánicas que arrasaban Carabanchel Bajo, Usera, el Puente de Segovia y las barriadas extremas. La acción de Coll hizo escuela. Muchos tanques saltaron de esa manera, y muchos valientes quedaron también triturados entre sus ruedas, como aquel delegado de la Columna “España Libre”, que para estimular a sus hombres fue el primero en lanzarse contra un tanque, que si bien lo hizo estallar, pagó con su vida su hazaña...

Durruti llevaba su mente llena de ese alocado y cotidiano vivir mientras descendía las escaleras del Ministerio de la Guerra. Y en el rellano topó con Koltsov. Se saludaron, y declinó la invitación que éste le hizo de ir a presenciar un combate en la Ciudad Universitaria (la cosa resulta insólita).

“Meneó negativamente la cabeza, me dijo que iba a preparar su propio sector y, ante todo, a poner a cubierto de la lluvia a parte de sus combatientes (...). Han sido éstas las últimas palabras que le he oído. Durruti estaba de mal humor”²⁴¹.

Desde su salida del Ministerio de la Guerra, hasta las 20 horas de ese día 19 de noviembre, Durruti empleó su tiempo en visitar las nuevas posiciones que había ocupado la Columna: “Después de la fábrica de Petróleo Gal, atravesando el Cerro del Pimiento y hasta el cuartel de la Guardia Civil, así como todos los hotelitos que se encuentran al este del Hospital Clínico, hasta enlazar con algunos de los edificios de la Ciudad Universitaria”²⁴².

Cuando Durruti llegó hacia las 20 horas a su cuartel general ya había pasado por el Comité de Guerra para conocer las novedades para el día siguiente y también había discutido con Eduardo Val sobre la cuestión de la militarización de las milicias. Las únicas milicias que se encontraban en el frente de Madrid, conservando aún la antigua estructura, eran las confederales. Todas las demás fuerzas socialistas o comunistas aceptaron someterse a la militarización, y sus delegados tomaban ya la graduación militar correspondiente. Los más frenéticamente militaristas eran, naturalmente, los comunistas, cuya influencia comenzaba ya a hacerse sentir seriamente. La intervención de las Brigadas Internacionales era muy exagerada y bien orquestada por la propaganda comunista, tratando de hacer aparecer a dicha fuerza como el factor principal de la resistencia. Unida a tal propa-

240. Vicente Rojo, op. cit.

241. M. Koltsov, op. cit.

242. Cipriano Mera, op. cit.

ganda estaba la Unión Soviética, cuya ayuda militar era ya una realidad tangible. Los “chatos” estaban allí, en el cielo de Madrid, enfrentándose valientemente a las escuadrillas de cazas y bombarderos alemanes que arrasaban la capital con sus bombas incendiarias. También los tanques rusos habían hecho su aparición. En un Madrid sitiado y desarmado, todo esto tenía que hacer un efecto de inmediata simpatía. Pero lo trágico era la manera innoble de explotar los sentimientos espontáneos de la gente. Los propagandistas del Partido Comunista multiplicaban por mil las ventas soviéticas, presentándolas como una ayuda desinteresada al pueblo español. La prensa comunista inundaba también, con su prosa de exaltación estalinista, los gestos de desinterés de la URSS. Además, los héroes de todos los frentes eran los hombres del Partido. Los líderes del momento eran los Líster o “El Campesino”. Y entre esa prosa, los ataques indirectos a los anarquistas se deslizaban ya de manera alarmante. El hecho de ser la URSS la única potencia que vendía productos bélicos a España, desconociéndose la realidad de haber exigido el “previo pago”, era un motivo suficiente para que el Partido se implantara, comenzando a dominar ya en el Ministerio de la Guerra por intermedio del “agajado general Miaja”.

La conversación entre Durruti y Val giró en torno a este tema, y como medida inmediata para hacer frente al peligro estalinista se había convocado a una reunión de militantes para el día siguiente, 19 de noviembre. Cipriano Mera —le anunció Val a Durruti— pasaría a verle aquella noche por su cuartel general.

“A las ocho de la noche, nos presentamos en su puesto de mando Feliciano Benito, Villanueva y yo —escribe Mera—, para ver si podíamos serle útiles en algo”.

Hablaron en torno a la cuestión que preocupaba tanto, como era la defensa de Madrid. Mera insistió en su idea. Había que unificar todas las fuerzas confederales en una fuerte unidad. Y Durruti debería ponerse al frente de ella. La cuestión de la representatividad le preocupaba mucho a Durruti, pues él consideraba que los Comités de Guerra debían continuar cumpliendo su función como órganos de dirección colectiva, sometidos al control de la base. Eso, reconocía, tenía sus inconvenientes, pero también la virtud de impedir la formación de un Ejército, aunque no se llamara tal, pero que actuara como tal...²⁴³.

Mera, llamado desde su puesto de mando, hubo de ausentarse, pero antes quedó convenido entre él y Durruti encontrarse a las seis de la mañana del día 19 en el cuartel de la Guardia Civil, desde donde debía dirigirse el ataque al Hospital Clínico. El Estado Mayor puso a su disposición unas fuerzas llegadas de Barcelona. Y sería con esas fuerzas, más la centuria mandada por Villanueva, que Cipriano Mera le había pasado, con las que debía conquistarse el Clínico.

El día 19 de noviembre amaneció con el tiempo similar al día anterior: llovía y, por momentos, el agua caía torrencialmente. Las ráfagas de viento frío hacían aún más inclemente la jornada. Barro, agua, viento y plomo, con la muerte espantando en cada esquina, tras cada árbol, o desde una ventana. Estaba aún oscuro cuando a las seis de la mañana se encontraron Durruti y Mera a la entrada del cuartel de la Guardia Civil de la Reina Victoria. A Mera le acompañaban

Feliciano Benito y Artemio García, su enlace. Con Durruti iban Yoldi y Manzana. Todos juntos ascendieron al torreón del cuartel, para seguir mejor desde allí la operación.

“Todavía era de noche, por lo que no pudimos ver el desarrollo inicial del ataque; pero hacia las siete comprobamos que nuestras fuerzas se encontraban en algunos de los pisos del Clínico que daban al exterior y en las azoteas. Durruti mandó un parte al capitán encargado del asalto, recomendándole, ante todo, la ocupación de la planta baja y los sótanos, para efectuar luego la limpieza del resto del edificio. Esta orden era debida a habernos enterado, por los enlaces, que al efectuar el ataque se había encontrado alguna resistencia en la parte baja, y por ello los milicianos se fueron hacia los pisos superiores. Yo le dije entonces a Durruti que recordaba perfectamente, de cuando había estado trabajando allí como albañil, que en el Clínico existía una galería que iba a dar al colector general del Manzanares, y era suficientemente amplia como para permitir transitar por ella. Fue entonces que Durruti le envió con urgencia la referida orden al capitán” ²⁴⁴.

Pero esa orden llegó tarde. Dueños como eran de la planta baja los facciosos, las fuerzas instaladas en los pisos superiores quedaron incomunicadas. Había que atacar de nuevo, afrontando a los que estaban en la planta baja. Durruti contaba con un batallón de reserva, y mandó a su jefe que enviara dos compañías sobre el Clínico. El capitán que mandaba el batallón presentó reparos para cumplir aquella misión, pero Durruti le insistió señalándole que si no se terminaba con la planta los compañeros que se encontraban en los pisos perecerían. “Si los combatientes —le dijo— no se confían unos a otros se perderá la confianza entre ellos; y pérdida ésta no hay ya victoria posible”. Convencido o no, fue el caso que las compañías designadas salieron hacia el Clínico...

Cuando Durruti volvió de nuevo al puesto de observación Cipriano Mera quiso enzarzar una conversación en torno a la disciplina:

“...Porque hay momentos —le dijo éste— en que las órdenes han de cumplirse inmediatamente, y nos cortó la palabra una bala que pegó a nuestro lado, metiéndose luego por la caja de la escalera. Durruti exclamó:

“—¡Qué cerca nos ha dado, ese mamón!”

Mientras se reiniciaba el ataque al Hospital Clínico, Mera y Durruti abandonaron el torreón y descendieron a la calle. A Mera le preocupaba mucho el problema de la disciplina. La lucha le había enseñado —decía él— que “para que la gente cumpla la misión que se le encomienda, y no se mueva del lugar que se le indica, en una palabra, para que obedezca, no hay más remedio que emplear eso que tanto miedo nos da pronunciar: la disciplina. Mera registra la respuesta de Durruti:

“—Bueno, Mera, en la mayor parte de lo que dices estamos de acuerdo. Lo estoy en lo fundamental y también en juntar nuestras fuerzas. Las mías hay que relevarlas porque han recibido estos días golpes muy duros. Esta tarde, a las cuatro, nos veremos con el compañero Val, y hablaremos juntos de todo esto” ²⁴⁵.

244. *Idem*.

245. *Idem*.

Eran las 12:30 horas del 19 de noviembre de 1936.

Cuando Durruti, al entrar en el cuartel general preguntó a Mora sobre las novedades, éste le dio el último parte recibido:

“Camarada Durruti: Nuestra situación es desesperada; procura, por los medios que sean, sacarnos de este infierno. Hemos tenido muchas bajas, y por si esto fuera poco, son siete días los que ni comemos ni dormimos; por lo tanto, reconozco que físicamente estamos deshechos... Espero tu pronta contestación, te saluda. Mira” 246.

Inmediata a esta lectura envió con un enlace la siguiente nota:

“Compañero Mira: Reconozco vuestro agotamiento físico, porque el vuestro es el mío propio; pero ¿qué queréis, amiguitos? La guerra es cruel. No obstante, la situación ha mejorado. Vosotros tenéis que continuar en vuestro puesto hasta que os reemplacen, que será fácilmente hoy mismo. Os saluda, Durruti”.

• Y a Mora le dictó la orden siguiente para ser llevada a la firma del general Miaja:

“Al compañero Mira: Habiendo decidido el Ministerio de la Guerra el relevo del personal que de esta Columna ocupa los puestos de vanguardia, tú velarás para que, en el día de hoy, esas fuerzas se retiren de las posiciones que ellas defienden, y se concentren en el cuartel de la calle de Granada, número 33. Y a ese efecto, tú deberás poner en conocimiento del jefe responsable de ese sector, para que él designe las fuerzas que te deben reemplazar tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en el Asilo de Santa Cristina. Del cumplimiento de esta orden, tú me rendirás cuentas antes de las 12 horas del día de mañana. Madrid, 19 de noviembre de 1936. Firmado: B. Durruti. Visto Bueno: General Miaja” 247.

Apenas ha terminado Durruti de firmar este documento y daba ya instrucciones a Mora para pasarlo a la firma del general Miaja, llegó Bonilla, acompañado de Lorente y de Miguel Doga, para ponerle al corriente de cambios desagradables que se habían producido en el Hospital Clínico. Esa intervención de Bonilla alteró los planes de Durruti, pues Julio Graves, el chófer, tenía ya listo el coche (un “Packard”) para conducir a Durruti al Comité de Defensa de la CNT, a fin de asistir a la reunión de militantes que se había convocado. Manzana aconsejó a Durruti que marchase a la reunión y que él se encargaría de resolver la cuestión que se planteaba. Durruti dudó un momento, y luego dijo:

“-Si se trata de una desbandada, será más eficaz mi presencia”.

Seguimos el relato de Antonio Bonilla:

“Eran las 13 horas (del día 19) cuando decidí hablar con Durruti para explicarle lo que había pasado. Lorente condujo el coche, y me acompañó un carpintero catalán muy valiente que se llamaba Miguel Doga. Al llegar al cuartel vimos que el “Packard” de Durruti estaba en marcha, y que éste iba a salir con Manzana. Le expliqué lo ocurrido y decidió ir a verlo personalmente. Le dije a Julio Graves (el chófer) que siguiera a nuestro coche, porque había que evitar pasar por las zo-

246. José Mira, op. cit.

247. Idem.

La situación se mejorado,
 nosotros seguiremos que continuará en nuestro
 puesto hasta que es remplazado, que
 sea fácilmente hoy mismo
 Di salud
 Durruti

Ultimo documento firmado por Durruti y dirigido a Jose Mira, fechado en Madrid el fatídico 19 de noviembre de 1936

nas batidas por el fuego, y así lo hizo Manzana, como de costumbre, llevaba su "naranjero" colgado del hombro, y pendía de su cuello un pañuelo donde descansaba a veces la mano derecha, porque hacía unas semanas que se había herido en un dedo. Durruti iba aparentemente desarmado, pero bajo su chaqueta de cuero llevaba, como era habitual, un "Colt 45". El coche de ellos nos fue siguiendo, hasta que llegamos cerca de los chalets que ocupaban nuestras menguadas fuerzas. Entonces el coche de ellos se paró, y nosotros lo hicimos unos veinte metros delante.

"Durruti bajó para decirles algo a unos milicianos que estaban allí tomando el sol, tras una tapia. Aquella zona no estaba batida por el fuego. En aquel mismo lugar, Durruti fue herido de muerte y la revolución española sufrió el más duro e imaginable revés.

"Nosotros estábamos en el otro coche, unos veinte metros delante, y estuvimos parados unos tres o cuatro minutos. Cuando Durruti estaba entrando en el coche, iniciamos la marcha y, al mirar atrás, para ver si nos seguían, vimos que el "Packard" estaba dando la vuelta y se marchó a toda velocidad. Bajé del coche y les pregunté a los muchachos qué había pasado. Me dijeron que había un herido. Les pregunté si sabían quién era el hombre que les había hablado, y me dijeron que no. Le dije a Lorente que regresáramos inmediatamente. Eran las dos

y media de la tarde”²⁴⁸.

Antonio Bonilla expresa claramente dos cosas. a) que al salir Durruti del cuartel general de la calle Miguel Angel llevaba consigo solamente *dos* acompañantes: Julio Graves (el chófer) y José Manzana, su ayudante; y b) que no vieron lo que ocurrió en el instante en que “Durruti estaba entrando en el coche, porque iniciamos la marcha y, al mirar atrás (...), vimos que el “Packard” estaba dando la vuelta”. Sin embargo, en el testimonio de Bonilla se presenta ya una primera duda: “bajé del coche y les pregunté a los muchachos qué había pasado. Me dijeron que había un herido”. Bonilla reconoce que “aquella zona no estaba batida por el fuego” y además se desprende que desde la distancia de “veinte metros” observaron cuanto ocurría alrededor de Durruti. Veinte metros es poca distancia y un disparo, aunque sea de “naranjero”, puede oírse perfectamente. Bonilla no dice haber oído el disparo. ¿Cómo podían saber “los muchachos que había un herido?” ¿Presenciaron ellos cómo Durruti era herido desde su mismo coche? Aquí Bonilla no es preciso. Resulta extraño que al decirle esos muchachos a Bonilla que “había un herido” no indagara la causa, puesto que “aquella zona no estaba batida por el fuego” y, por tanto, Bonilla no había oído ningún disparo...

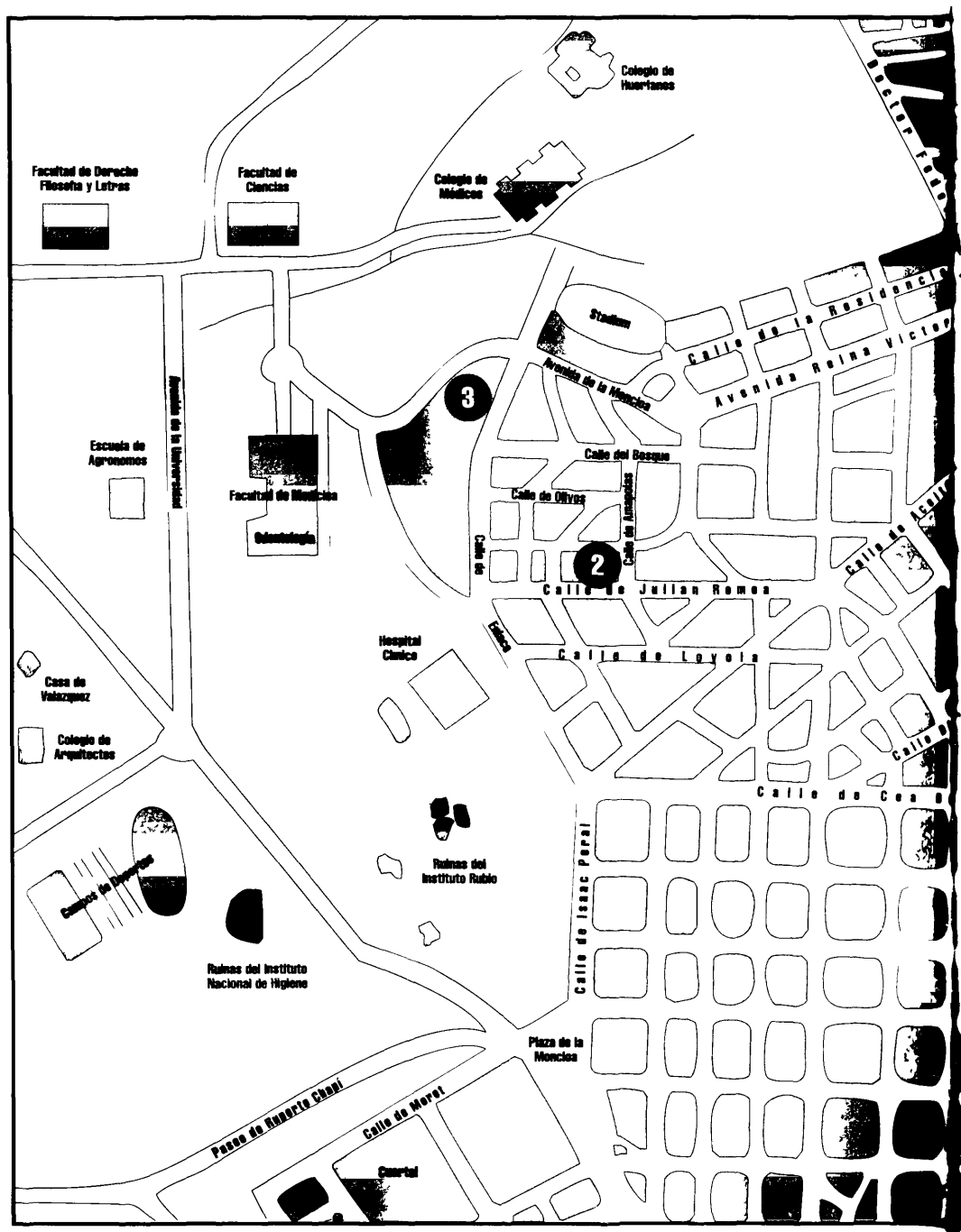
El relato del chófer, Julio Graves, lo tomamos del corresponsal de *Solidaridad Obrera*, Ariel:

“Aquel día —el día de la muerte de Durruti— había de celebrarse un pleno de militantes en el Sub-Comité Nacional, calle de la Reforma Agraria, frente al Retiro. Como representante del Comité Nacional, había llegado a Madrid el compañero Prats, de Tarrasa. Como el edificio de la delegación de *Solí* había quedado inutilizado por el bombardeo de noches pasadas, empleamos, para lugar de trabajo para hacer las informaciones para el periódico, una de las habitaciones altas de este edificio. A mediodía, como sabían los compañeros del Sub-Comité Nacional que iba todos los días al Cuartel General de Durruti para coger informaciones para el periódico, me dijeron que manifestase a Durruti que aquella tarde, a las 15 horas, había de celebrarse una reunión de militantes, para tratar de la militarización de las milicias confederales.

“Así lo hice. Después de comer me fui, como de costumbre, al Cuartel General de Durruti. Al llegar allí, me dijeron que éste hacía pocos minutos que había salido para el frente de combate. ¡Cuántas veces he sentido no haberlo encontrado! Si así hubiese sido, tal vez hubiera asistido al pleno de militantes, y se hubiese salvado de la muerte. Pero el sino, la fatalidad lo habían predispuesto de otro modo. Durruti había de morir como un héroe aquel día (...).

“A media tarde (...), veo que entra el chofer de Durruti. Un joven de mediana estatura y de fino porte. Se llamaba Julio Graves. Preguntó por mi hermano Eduardo —con el cual tenía una íntima confianza desde los tiempos de las luchas sociales en Barcelona—, y yo le dije que se hallaba durmiendo en una habitación contigua. El muchacho tenía el semblante lleno de tristeza, y reflejaba en él una

248. Revista *Posible*, Madrid, núm. 80, julio de 1976, artículo de Pedro Costa Muste, recogiendo declaraciones de Antonio Bonilla.



Plano del sector madrileño en que tuvieron lugar las últimas actividades de Durruti, destacando los sitios donde estuvo, fue herido y murió

honda emoción. Pero no le di mayor importancia, debido a las horas emocionantes que todos vivíamos.

“Apenas escuché que mi hermano se había despertado y cruzó una palabra con el chófer de Durruti, oí que ambos se pusieron a llorar. Yo me levanté presuroso y me dirigí hacia el lugar donde se hallaban sollozando.

“—¿Qué pasa?” —les pregunté lleno de preocupación—.

“—Durruti ha sido herido de muerte —me dijo uno de ellos—, y quizá haya muerto ya”.

“—Pero no conviene divulgar la noticia”— me dijo el compañero Julio Graves.

“Eran las cinco de la tarde.

“(…)

“Dime toda la verdad”, le dije al compañero Julio Graves.

“—La verdad no es más que una, y es ésta; Nos fuimos después de comer a recorrer el frente de la Ciudad Universitaria, acompañados del compañero Manzana. Subimos hasta Cuatro Caminos. Desde allí descendimos por la avenida de Pablo Iglesias, a toda velocidad. Cruzamos la colonia de hotelitos que hay al final de esta avenida y nos dirigimos hacia la derecha. Las fuerzas de Durruti habían cambiado de sitio, después de las muchas bajas sufridas en la plaza de la Moncloa y en las tapias de la cárcel Modelo. La tarde estaba llena de un sol otoñal. Al llegar a una amplia carretera, vimos un grupo de milicianos que venían en dirección a nosotros. Durruti comprendió que eran algunos muchachos que se iban del frente. Aquel lugar estaba completamente batido. El Hospital Clínico, tomado aquellos días por los moros, dominaba todos aquellos alrededores. Entonces Durruti me hizo parar el coche. Así lo hice, en la esquina de uno de aquellos hotelitos como medida de precaución. Durruti descendió del automóvil y se dirigió hacia los milicianos que huían del frente. Les preguntó que adónde iban, y, como no supieron qué contestar, éste les hostigó para que se volviesen a sus puestos de combate, con su palabra recia y su verbo preciso.

“Una vez que los muchachos obedecieron a Durruti —continuó diciendo el compañero Graves— éste se vino hacia el coche. La lluvia de balas arreciaba cada vez más. De la gigantesca mole colorada del Hospital Clínico los moros y la Guardia Civil disparaban con mayor ahínco. Al llegar a la portezuela del vehículo, Durruti se desplomó. Su pecho se hallaba traspasado. Manzana y yo descendimos presurosos del coche y lo metimos dentro del mismo sin pérdida de tiempo. Di la vuelta al coche, maniobré de la manera más rápida que pude y me dirigí hacia Madrid, en dirección del hospital de las milicias catalanas, donde hemos estado hace poco. Lo demás, ya lo sabes. Y esto es todo”.

Ariel remata esta declaración reafirmando un detalle importante: “Unas lágrimas resbalaban por las mejillas de aquel muchacho confederal. El, con Manzana, habían sido *los únicos* testigos presenciales de aquella hora trágica y fatal del héroe de la defensa de Madrid...”²⁴⁹

Durruti mata a Durruti

Cuando entre las 14.30 y las 15.00 horas ingresó en el Hospital de la Columna (Hotel Ritz) el cuerpo mortalmente herido de Durruti, los médicos que se encontraban allí aquel día eran los doctores José Santamaría Jaume, responsable del Servicio de Sanidad de la Columna, asistido por Moya Prats, Martínez Fraile, Cunill, Sabatés y Abades.

Inmediatamente a su ingreso, el herido fue dirigido al quirófano, el cual estaba instalado por motivos de seguridad ante los constantes bombardeos que sufría Madrid, en los sótanos del edificio. Todo el personal médico, al enterarse de quién era el herido, acudió presuroso al quirófano.

“Durruti, al reconocer en uno de ellos al que, de entre todos, le unían más frecuentes lazos de relación y confianza, se incorporó levemente de la mesa en la que había sido tendido y habló con acento excitado y la expresión alterada, en la que se mezclaban el desconcierto y la incredulidad por lo que acababa de ocurrirle de forma tan inesperada e irremediable. El médico palideció intensamente al oír sus palabras reveladoras. Al punto, le mandó con enérgico gesto y determinación inapelables que se callara, recomendándole se calmase”²⁵⁰. Cuando con sus colegas hubo examinado y reconocido la gravedad de la herida y todos advirtieron la responsabilidad en que iban a incurrir —debido a la personalidad del herido— si decidían una intervención quirúrgica de dudosos resultados, los doctores Martínez Fraile y Santamaría resolvieron asesorarse de un médico de probado prestigio y con muchos más años de experiencia operatoria. Santamaría ordenó que se fuese a buscar, con toda urgencia, al célebre cirujano Manuel Bastos Ansart, el cual se encontraba en otro hospital de la CNT no muy lejos del Ritz, en el Hotel Palace.

En el Hotel Palace se había instalado el Hospital Quirúrgico número 1 de la CNT. El responsable de sus servicios quirúrgicos era el citado cirujano llamado a consulta por Santamaría. Pero hemos de señalar dos detalles curiosos con relación a este hospital. El primero es que en una de las alas de la planta baja del Hotel Palace se encontraba instalada la Embajada soviética en Madrid; el otro es que fue precisamente en ese Hotel Palace donde los servicios de espionaje del general Franco instalaron una de sus primeras redes. Esos servicios de espionaje y protección no solamente se extendían a esas funciones, sino que se las arreglaban para hacer desaparecer la documentación de los heridos y, mejor aún, de los muertos, y con ella se documentaba a los agentes de Franco.

Una vez constatado lo anterior, pasemos ahora al testimonio de Manuel Bastos Ansart:

250. Joan Llarch, op. cit. Este detalle es importante, pero al no dar el autor referencia alguna, no tiene ningún valor.

“Durante uno de aquellos bombardeos se me acercó un grupo de milicianos, requiriéndome, con mucho misterio y visible agitación, para que visitara a un importante mandamás que estaba gravemente herido en otro hotel-hospital (...). Supe así que éste (el herido) era un capitoste de gran prestigio, pero de tremenda reputación, y los que le rodeaban no se recataron en darme a entender que habían sido sus propios secuaces los causantes de la herida. Esta atravesaba horizontalmente la parte alta del abdomen y lesionaba importantes vísceras. Era, pues, mortal de necesidad, y nada se podía hacer por el paciente, que estaba ya en su último aliento. Aún pude oírle las que probablemente fueron sus palabras postreras. Fueron éstas: “Ya se alejan”, aludiendo al ruido más apagado de las explosiones, que hacía creer en una retirada de los aviones atacantes.

“El caso es que, al formular yo mi dictamen de absoluto desahucio —el citado falleció, efectivamente, muy poco después— casi se oyó en la habitación el suspiro que exhalaban todos los médicos asistentes. Pues éstos se habían quitado con ello un gran peso de encima: el que se les conminara a operar al herido, con el temor de su más probable fallecimiento. Que los adláteres atribuirían seguramente a la intervención, haciéndoles responsables del óbito con todas sus consecuencias. Me he encontrado años después a varios médicos de los que asistieron a aquella escena y todavía temblaban al evocarla; no se atrevían a darse a conocer más que de oído a oído, y palidecían a su sólo recuerdo”²⁵¹.

Ante el diagnóstico de Manuel Bastos se optó por no operar lo que equivalía a dejar que el herido fuera extinguiéndose. Así, a las 4 horas del día 20 de noviembre, en la habitación número 15 del Hotel Ritz, y asistido por el médico José Santamaría, quien permaneció permanentemente a la cabecera de la cama dando órdenes rigurosas para que nadie entrase a molestar, moriría Buenaventura Durruti a los 40 años y 129 días de su nacimiento. Cuatro meses después de la muerte de Francisco Ascaso. Con la extinción de estas vidas terminaba uno de los más agitados capítulos de la lucha proletaria.

Durruti vivió la mayor parte de su existencia en la clandestinidad. Su militancia había sido siempre una trayectoria discutida: enemigo del orden burgués, Durruti no podía ser otra cosa para ese orden que un bandido; sin embargo, entregado en cuerpo y alma a la revolución, para los revolucionarios Durruti era un personaje especialmente dotado. El fin de este revolucionario, para cualquiera de esos dos mundos, no podía ser un fin corriente, vulgar, sino, todo lo contrario, excepcional... Así, lo que era dable a cualquiera de los tantos que caían diariamente luchando frente a los invasores de Madrid, no podía ser destino adecuado para Durruti. La imaginación colectiva comenzó, ya antes de su muerte, a crear una situación fuera de lo común sobre el escenario de la muerte.

Cuando Antonio Bonilla abandonó con sus amigos Lorente y Miguel Doga el lugar en que Durruti había sido herido, los tres se dirigieron al Cuartel General de la Columna, situado en la calle Miguel Angel:

251. Manuel Bastos Ansart, *De las guerras coloniales a la guerra civil. Memorias de un cirujano*, Ed. Arnel Barcelona, 1969

“Me recibió Manzana. Le pregunté dónde estaba Durruti, y me dijo que había ido a una reunión del Comité Nacional. Le contesté que era mentira, que el Comité Nacional de la CNT no estaba en Madrid. Cambió de color su cara, y me dijo que si él estaba en la Columna, era por Durruti y por todos nosotros, y que si perdíamos la confianza en él, se marcharía. “Me has mentado —le dije—, pero a ti te hago responsable de lo que pueda haber ocurrido, y te emplazo a que en otro momento me lo cuentes todo”. Yo tenía que volver con los míos. A las cinco de la mañana del día siguiente, vino el compañero Mora en una moto para decirme que Durruti había muerto”²⁵².

“Aunque el reloj marcaba una hora más de la convenida (es decir, eran las 16 horas del día 19 de noviembre), no nos sorprendió el retraso de Durruti, porque sabíamos el mucho ajetreo que tenía y la necesidad en que se veía de estar en todas partes. Un rato después llegó Manzana, el cual me hizo llamar aparte, para hablarme a solas. Le vi bastante descompuesto, por lo que me apresuré a preguntarle:

“—¿Qué sucede, Manzana?”

“Casi con lágrimas en los ojos, me contestó:

“—Acaban de pegarle un tiro al compañero Durruti, y me parece que no tiene salvación.”

“—¿Qué? ¿Qué diablos dices? Pero si estuve con él hace pocas horas, y me dijo que se iba a su puesto de mando por tener que ordenar el trabajo”.

“—Sí así fue. Pero hacia las cuatro de la tarde (la hora está equivocada), nos comunicó un enlace que el capitán que mandaba las dos compañías enviadas al Hospital Clínico había dado orden a toda su tropa de retirarse. Ya sabes cómo es Durruti para estas cosas. Mandó traer el coche y nos dirigimos rápidamente hacia el Clínico, para comprobar si era cierta la información. Le advertí entonces que no era, en realidad, necesaria su presencia para comprobar los hechos. No es que yo creyese que pudiera ocurrirle algo, pero mi criterio era contrario, o sea que debía permanecer en el puesto de mando, para poder dirigir así las fuerzas con mayor tranquilidad...”

“—Bueno, bueno, ¿pero qué pasó?”

“—Llegamos al final de la avenida y, sin detenernos, nos adentramos por una calle que da a la parte Este del Clínico. En esa calle, Durruti hizo parar el auto, al ver que venía corriendo en nuestra dirección un miliciano. Se apeó y le preguntó al miliciano por qué corría. Este le respondió que se dirigía al puesto de Sanidad, para que enviasen inmediatamente unas camillas, puesto que tenían varios heridos y algún muerto. Durruti le dejó que siguiera su camino y, en el momento de subir al coche, cuya portezuela abierta daba precisamente hacia el Clínico, nos dijo que le habían pegado un tiro...”

“—¿Quién iba con vosotros?”

“—Ibamos Durruti, sus dos enlaces, Yoldi y yo.”

“—¿Crees que el disparo partió del Clínico, y que nuestras fuerzas ya lo habían abandonado?”

“—Sí, no cabe duda de que fue un disparo del enemigo.”

“El compañero Manzana me advirtió que era sumamente necesario guardar silencio sobre lo ocurrido, pues sus fuerzas, después de tantos sobresaltos, podían llegar a creer que lo mataron a traición. Así lo convenimos, pero dije a Manzana que era necesario decírselo a Val. Aceptó y entramos en el despacho de éste, para comunicarle la terrible noticia.

“Inmediatamente después nos fuimos Manzana y yo al Hotel Ritz (...). Cuando llegamos, le sacaban del quirófano en una camilla. Le subieron al piso principal, a la habitación aislada. Una vez en la cama, abrió los ojos y se quedó mirándonos sin poder decir nada. Emocionado, le besé en la frente y salí de la habitación junto con Manzana, al que dije:

“—Hemos perdido a nuestro compañero Durruti.”

“ (...)”

“Val sugirió que yo me trasladara urgentemente a Valencia para poner al corriente de lo sucedido al Comité Nacional de la CNT y personalmente a los compañeros Mariano Rodríguez Vázquez (que recientemente había reemplazado como secretario general a Horacio Martínez Prieto, sancionado por haber abandonado Madrid), García Oliver y Federica Montseny. Yo me resistí, diciendo que el médico podía equivocarse y que no había necesidad de extender la alarma al resto de los compañeros. No convencí a nadie, pues todos estaban convencidos de que la suerte de Durruti estaba echada. Se volvió, pues, a hablar de las circunstancias en que se produjo el deplorable suceso, y la sospecha surgió en los labios de Val al preguntar a Manzana:

“—¿No se tratará de una traición de los comunistas?”

“—No —respondió rotundamente Manzana—, el tiro partió desde el Clínico. Fue una fatalidad. El hospital estaba ya en manos del enemigo.”

“Cambiamos unas palabras más y nos despedimos. Yo salí acto seguido en dirección a Valencia”²⁵³.

Durante las horas que transcurrieron entre el momento en que se consideró a Durruti como un caso perdido hasta el instante en que expiró, para contrarrestar los dolores se le administraron dosis masivas de morfina que lo dejaron en un estado de semi-inconsciencia, con breves momentos de lucidez, muriendo a las 4 de la mañana del día 20 de noviembre.

En el mismo hospital el doctor Santamaría llevó a cabo la autopsia del cadáver, comprobando los destrozos causados por la trayectoria de una bala calibre 9 largo. El agujero de penetración del proyectil estaba en el tórax, casi debajo mismo de la tetilla izquierda, hacia el sobaco. Los resultados de la autopsia fueron:

“Durruti tenía un pecho muy desarrollado. Por la topografía que presentaba el tórax, me di cuenta que se había cometido un error en el diagnóstico, cuando, equivocadamente, se consideró que no era posible llevar a cabo una intervención. Comprobé entonces que la operación pudo llevarse a cabo con resultados positi-

vos, aunque, indudablemente, el herido no habría sobrevivido” 254.

Una vez realizada la autopsia, el cadáver de Durruti fue entregado a los servicios especializados del Municipio de Madrid para su conservación por embalsamamiento, ya que se había decidido trasladar al muerto a Barcelona, ciudad en donde debía ser enterrado.

Ningún capítulo de la vida de Durruti contiene tantas contradicciones como las que se manifiestan en éste de sus últimos momentos. De los tres testigos presenciales, y que conocemos por sus declaraciones, ninguno coincide en el relato de los hechos. Cada uno de ellos da una visión diferente, introduciendo u ocultando detalles, por lo que el acontecimiento, quizá simple en sí, toma carácter misterioso. Julio Graves desmiente a Manzana cuando éste afirma que en el coche se encontraban, además de los tres pasajeros que ya conocemos, tres más; dos desconocidos (los escoltas) y Miguel Yoldi. La declaración de Graves es categórica: los testigos habían sido él y Manzana. Con la declaración reciente de Antonio Bonilla, y que nosotros hemos utilizado en parte (rectificándonos en nuestra narración francesa), éste queda descartado como ocupante del vehículo; pero nadie (nos referimos a Manzana y Graves) hace mención de la presencia de Bonilla, “como el enlace” que previno a Durruti sobre la cuestión del Hospital Clínico.

Los dos médicos declarantes se contradicen también entre ellos: José Santamaría declara que la herida que sufrió Durruti fue causada por un disparo hecho a menos de cincuenta centímetros de la víctima, probablemente, unos treinta y cinco, cálculo deducido por la intensidad de la impregnación de pólvora en la prenda que vestía en el instante de los hechos” 255.

Manuel Bastos Ansart, que dio el diagnóstico definitivo (y equivocado, según Santamaría), dice: “...la herida atravesaba horizontalmente la parte alta del abdomen y lesionaba importantes vísceras”. Más concretamente, y ampliando su informe, el mismo doctor, escribe: “... la bala, de gran calibre, (seguramente del 9 largo), rozó el colon, destruyó el bazo, perforó el diafragma, hiriendo el pulmón donde quedó alojada” 256. El doctor Bastos, al describir la trayectoria a través de varias vísceras del herido, no hace mención a que el disparo hubiese sido efectuado desde corta distancia, ni que alrededor del orificio mortal en el cuerpo quedaran señales de tatuaje alguno, ocasionado por el fognazo de un disparo efectuado a menos de cincuenta centímetros.

Añadamos a todas estas contradicciones la absurda determinación tomada, según parece por Manzana, de mantener en secreto la herida de Durruti, y sostener la teoría de “bala disparada desde el Hospital Clínico”; el cual encontrándose a mil metros de distancia no hacía factible que una bala del calibre 9 largo pudiera causar el destrozo que mostraba el cuerpo de Durruti. ¿Qué instinto le aconsejó a

254. Joan Llarch, op. cit. Este autor inserta la respuesta dada por el médico Santamaría a un cuestionario suyo.

255. Idem.

256. Jesús Arnal, en carta enviada al autor el 13 de junio de 1971.

Manzana falsear los hechos? La única personalidad verdaderamente de peso que se encontraba en aquellos momentos en Madrid no era otra que la de Eduardo Val y, según Mera, aquél se enteró, gracias a su insistencia, por Manzana. Mariano Rodríguez Vázquez, García Oliver, Federica Montseny, y demás militantes de “so- lera”, estaban fuera de Madrid, y por tanto no podían aconsejar una explicación cualquiera, por lo que de hecho hubieron de asumir y mantener la explicación dada por Manzana, Graves y demás.

En consecuencia, antes de dar sepultura al cadáver de Durruti, y aún moribundo éste, ya se había transformado en un gran problema para aquellos que de cerca o de lejos tenían sus vidas ligadas a la del revolucionario herido de muerte. Sus compañeros, que bien sabían que Durruti fue siempre un revolucionario intransigente, seguían firmes defendiendo Madrid guiados por su limpio y consecuente ejemplo. Además, esos hombres —sus compañeros de tantas jornadas y luchas— reconocían que la revolución había entrado ya en una fase de retroceso, y que con Durruti se perdía un importante punto de apoyo para dicha revolución. Una explicación cualquiera —y menos un accidente— sobre la muerte de Durruti, olía a atentado, y un atentado no podía venir nada más que de los estalinistas. Si mezclamos todos estos elementos tenemos como resultado lo que llamaremos “el complot del miedo”. Miedo sintieron Manzana y Graves (y los que con ellos estuvieran), y miedo sintieron los médicos al encontrarse en sus manos a Durruti herido. Temblaban al pensar que si operaban y se moría en el quirófano los milicianos iban a creer que eran ellos los que le habían asesinado. El diagnóstico del doctor Bastos les sirvió a todos de tabla de salvación, y así dejaron que la vida de Durruti se fuese perdiendo en las doce horas que duró su agonía. Ese miedo queda de manifiesto en el párrafo que hemos transcrito de Santamaría, en el que este médico asegura que se equivocaron no operando, pero que de todas maneras tampoco se hubiera salvado. ¿Qué quiere indicarse con ello? Si se podía operar era porque existían posibilidades de vida. No explotando esas mínimas posibilidades se le condenaba irremisiblemente a muerte por una hemorragia interna.

Concluamos diciendo que el héroe que se había hecho de Durruti mató al hombre Durruti. La colectividad había hecho de un anti-héroe un héroe, es decir, la mejor manera de no haber comprendido nunca a Durruti.

El entierro de Durruti

Mientras en la habitación número 15 del primer piso del Hotel Ritz Durruti iba perdiendo lentamente la vida, en la calle de la Reforma Agraria continuaba reunida la militancia de la CNT de Madrid. Ariel, el corresponsal de *Solidaridad Obrera*, no se atrevía a telefonar a Barcelona para comunicar a su periódico la noticia mientras no se dieran a conocer los acuerdos de la mencionada reunión de militantes. “Dar a conocer la muerte de Durruti sin estudiar las consecuencias hubiera sido una ligereza en aquellos momentos”. Para Ariel, la ocultación de la noticia tenía como razón la de no restar fuerzas morales a los combatientes. Las tropas del general Franco habían redoblado su potencial ofensivo y en tales condiciones cualquier alteración en las líneas republicanas podía acarrear desastrosas consecuencias en la defensa de Madrid ²⁵⁷.

Cipriano Mera llegó a Valencia hacia las 6 de la mañana, encontrando, a esa hora temprana, que el local donde se hallaba instalado el Comité Nacional de la CNT estaba vacío. Pero, afortunadamente, encontró allí a un muchacho al que Mera se dio a conocer, diciéndole que le urgía ver a García Oliver. Casi todos los ministros del Gobierno de Largo Caballero se hospedaban en el Hotel Metropolitano, y fue allí donde Mera pudo localizar a García Oliver y a Federica Montseny.

La reacción de García Oliver fue la de lamentar lo que hubiera sido natural prever. Cuando la CNT determinó enviar a Durruti a Madrid él se opuso por considerar que, desde todos los puntos de vista su permanencia en Aragón era mucho más importante que en Madrid.

Federica Montseny, como sintiéndose responsable de lo ocurrido, por haber sido ella quién más empeño puso para que fuese a Madrid, tuvo una crisis de nervios... En aquel momento sonó el teléfono anunciando a García Oliver que Durruti había muerto hacia las seis de la mañana. Y, aunque era de esperar, la noticia dejó a los tres como atontados, preguntándose cada uno qué era lo que iba a ocurrir cuando el desgraciado suceso fuera conocido entre los combatientes de la CNT.

“Salimos los tres finalmente del hotel para dirigimos al Comité Nacional. Reunidos con Marianet, secretario general desde hacía sólo unos días, este nos dijo que ya Val le había telefonado desde Madrid, comunicándole la muerte de Durruti. Nos miró luego a todos, al tiempo que reflexionaba sobre el problema planteado, por el sustituto de nuestro compañero desaparecido (...). Se citaron varios hombres: Ortiz, Jover, Ricardo Sanz. Al fin se convino que el último citado

257. Ariel, *op. cit.*

reunía las mejores condiciones para hacerse cargo de los restos de la Columna en Madrid, y continuar allí combatiendo. Manzana —se determinó— saldría para Aragón, para ponerse al frente de la que actuaba allí. Personalmente —escribe Mera—, no me sentí satisfecho por la solución dada, ya que opinaba que el llamado a ocupar el puesto de Durruti era García Oliver” 258.

“La sala en que se instaló el cadáver de Durruti era blanca y cuadrada. Sobre una pequeña cama de hierro yacía el cuerpo de Buenaventura, envuelto en una blanca sábana. Su cabeza reposaba sobre un almohadón. La luz del nuevo día iba penetrando por las vidrieras del balcón que da frente a la glorieta, donde se levanta el obelisco de los héroes del 2 de Mayo... Todo aquello era como un símbolo y un recuerdo al nuevo héroe popular. Unos castaños de Indias dejaban caer las postreras hojas del oro otoñal.

“A las ocho de la mañana llegó Victoriano Macho, el gran escultor español, para hacer la mascarilla de Durruti. Le acompañaban otros artistas de la Alianza Intelectual (...). Macho pidió que se liberara al cuerpo de la sábana que lo cubría para poder trabajar mejor:

“—¡Un hércules, un verdadero hércules!” exclamó Victoriano Macho, viendo el cuerpo desnudo de Durruti...” 259.

“El día 20 de noviembre, a las 12 del mediodía, me encontraba en Figueras acompañado del comandante Ramos de Iglesias (en misión de inspección de la defensa costera). La mesa estaba puesta. Ibamos a comer... Una llamada telefónica de García Oliver me dio la terrible noticia:

“—Sin pérdida de tiempo, coge el coche y regresa inmediatamente a Barcelona. Nos acaban de notificar de Madrid que han matado a Durruti en la Ciudad Universitaria. Reunido el Consejo de Defensa, hemos acordado que vayas tú a ocupar su sitio. No pierdas tiempo, ven en seguida”.

“Entré descompuesto en el comedor —escribe Ricardo Sanz—. Estaban todos alrededor de la mesa, esperándome para comer. Les comuniqué la terrible noticia (...). Minutos después, a toda marcha, salíamos para Barcelona.

“En la Conselleria de Defensa no había más detalles que los que yo conocía. Me dieron el nombramiento de jefe de las tropas catalanas en Madrid. Y de García Oliver el encargo siguiente: “Averigua qué es lo que ha ocurrido, y tenme al corriente de todo” 260.

“Por la noche, el cadáver de Durruti fue trasladado al domicilio del Sub-Comité Nacional y colocado dentro de una caja de caoba.

“Se trajo la maleta de Durruti, que era su único equipaje. ¿Qué era lo que contenía aquella maleta? Una maleta más vieja que nueva, y de pequeñas dimensiones. Y, en aquellos momentos en que todo abundaba, la maleta de Durruti estaba casi vacía. Y no estaba vacía del todo, porque contenía una muda sucia. Y un

258. Cipriano Mera, op. cit.

259. Ariel, op. cit.

260. Ricardo Sanz, op. cit.

equipo de afeitar. Era todo lo que había en ella. Era todo el equipaje de Durruti.

“Allí estaba representada la austeridad del luchador. Días anteriores había pedido al Sub-Comité Nacional de la CNT cien pesetas para atender las pequeñas necesidades (...). El, que había conseguido grandes medios para la Organización Confederal, jugándose la vida, renunciaba a todo con tal de ser un ejemplo de pulcritud. Aquella maleta era un tesoro de dignidad.

“Había renunciado a todo, menos a la victoria. Pero la victoria era para él la conducta de cada día, que es la estela luminosa que queda tras de sí, como recuerdo de toda una conducta.

“(…)

“(…) La visita más emocionante fue la de un grupo de compañeros de las fuerzas de Durruti. Gorras y chaquetas de cuero y pantalones de pana. Llevaban los fusiles aún calientes de los últimos disparos. Habían dejado por un momento el frente de combate. Todos los compañeros de la unidad querían venir a ver el cadáver del compañero muerto, a quien tanto querían, y que tantas pruebas les había dado de lealtad y valor. Pero no era posible. El frente no podía quedar abandonado (...). En los ojos de ellos se les veía brillar una lágrima desoladora (...). Y en el silencio, en la honda emoción de su silencio (...), prometieron, desde el fondo de su espíritu, proseguir la lucha, hasta la victoria definitiva por el triunfo de la verdadera libertad (...), hasta la consecución del triunfo del proletariado”²⁶¹.

“Al amanecer del día 21 de noviembre salí para Madrid. A la entrada de Valencia, cerca del penal de San Miguel de los Reyes, me encontré con el cortejo de coches que seguían el furgón que conducía a Barcelona el cadáver de Durruti.

“Me detuve un momento, para obtener algunos detalles de lo ocurrido, preguntando a los testigos presenciales que acompañaban a Durruti, y continué el viaje hacia Madrid.

“Llegué a Madrid al caer la tarde. Un gran desorden reinaba por todas partes. Nadie quería creer que Durruti hubiera muerto.

“Todo el mundo creía que Durruti no podía morir. Podía ocurrir todo, menos eso. No importaba que se hundiera el firmamento. Era igual que pereciera hasta el último gato de Madrid. Lo que no podía ser, lo que no se comprendía de ninguna manera, era que fuera Durruti el que esta vez una bala enemiga le hubiera rozado el corazón.

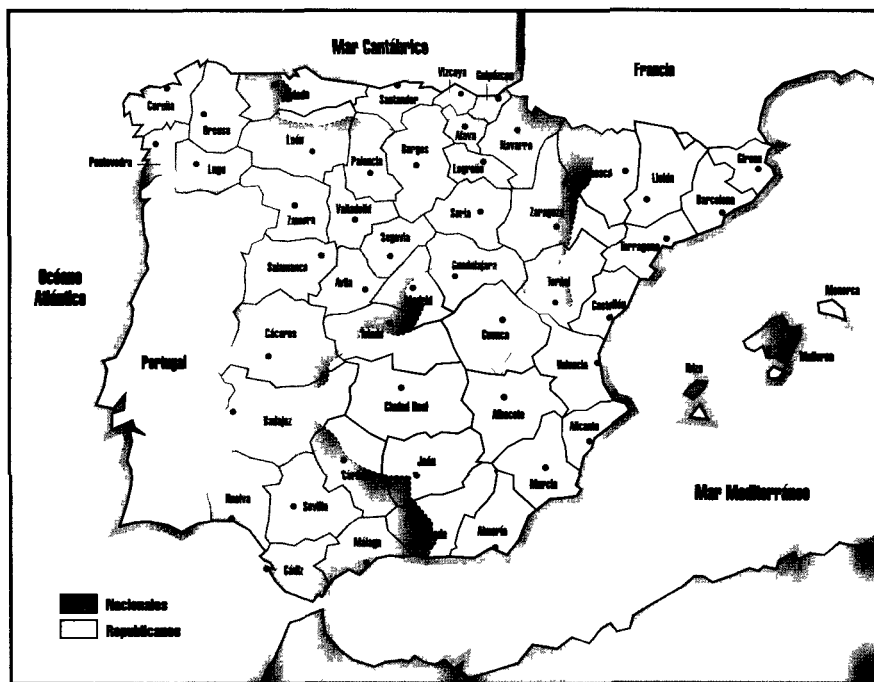
“Le han matado los comunistas”, decían unos. “Le han matado desde un balcón”, añadían otros. “Nadie que no sean sus enemigos pueden haberle matado”, coincidían todos. Al hablar de esta manera, nadie pensaba que Durruti hubiese podido morir de una bala enemiga, disparada desde las trincheras de enfrente”²⁶².

A primera hora del día 22 de noviembre llegó la comitiva que acompañaba el cadáver de Durruti a Barcelona. Desde entonces, hasta la mañana del 23, en que tuvo lugar el entierro, la Vía Layetana y la “Casa CNT-FAI” eran intransitables.

“Al día siguiente por la mañana tuvo lugar el entierro. Bien se vio que la bala

261. Ariel, op. cit.

262. Ricardo Sanz, op. cit.



Situación de los frentes españoles (zonas republicana y nacional) en los meses inmediatos a la muerte de Durruti.

que había matado a Durruti también había dado de lleno en el corazón de Barcelona. Se ha calculado que de cada cuatro o cinco habitantes uno de ellos desfiló detrás del ataúd, sin contar las masas que bordeaban las calles, que estaban en las ventanas, en los techos e inclusive en los árboles de las Ramblas. Los partidos y los sindicatos de todas las tendencias convocaron a sus miembros y las banderas de todas las organizaciones antifascistas ondearon al lado de las anarquistas, por encima de este mar humano. Era grandioso, sublime y extravagante. Pues toda esta multitud andaba sin estar dirigida, ya que no había ni orden ni organización. Todo ocurría de cualquier modo; el caso era indescriptible”.

“El entierro estaba fijado para las diez. Una hora antes ya era imposible llegar a la casa del Comité Regional Anarquista. Nadie había pensado en despejar el camino para la comitiva. De todos lados llegaron grupos. Los de las fábricas se cruzaron, se entremezclaron y cortaron el camino. En el centro, el destacamento de caballería y la tropa motorizada que tenían que preceder al ataúd se encontraban bloqueados. Había por todas partes, parados, coches con coronas, no pudiendo ni avanzar ni retroceder. Con grandes dificultades se pudo conducir a los ministros hasta el féretro.

“A las diez y media, el cuerpo de Durruti, cubierto con una bandera roja y negra, salió de la casa de los anarquistas en hombros de los milicianos de su Columna. La multitud levantó el puño para el último saludo. Se cantó el himno anarquista *Hijos del Pueblo*. Fue un momento emocionante.

“Pero, por inadvertencia, se habían hecho venir dos orquestas; una tocó bajito, la otra muy fuerte y sin conseguir conservar la misma cadencia. Las motos hacían ruido, los autos tocaban la bocina, los jefes de milicia hacían señas, dando silbidos, y los portadores del féretro no podían avanzar. Era imposible formar el entierro. Las orquestas tocaron otra vez, y otras veces más el mismo himno; lo tocaron sin preocuparse la una de la otra, y los sonidos se mezclaban, en una música sin melodía. Los puños seguían en alto. Al final cesaron la música y los saludos. Desde entonces, sólo se oía el ruido de la multitud, en cuyo centro descansaba Durruti en hombros de sus compañeros.

“Transcurrió al menos media hora antes que la calle estuviera despejada y el entierro pudiera echar a andar. Varias horas transcurrieron antes que pudiera llegar a la Plaza de Cataluña, distante apenas algunos centenares de metros. Los de caballería buscaban su camino, cada uno por su cuenta. Los músicos, que se habían más o menos extraviado, trataban de reagruparse. Los coches, parados en dirección opuesta, daban marcha atrás. Los autos que llevaban coronas pasaban por calles desviadas para poderse colocar como fuera en la comitiva. Y todos gritaban y chillaban.

“No, no era un funeral real, era un funeral popular. Nada estaba ordenado, todo ocurría espontáneamente, de manera improvisada. Era un funeral anarquista, ¡he aquí su majestad! A veces extraño, pero sin dejar de ser grandioso, de una grandeza rara y lúgubre”.

“Al pie de la columna de Cristóbal Colón, no lejos del lugar donde, el 19 de julio, Ascaso, el amigo del muerto, había luchado y caído a su lado, fueron pronunciadas las oraciones fúnebres.

“Oliver, único superviviente de los tres compañeros, habló en calidad de amigo, de compañero y de ministro de Justicia de la República española. “En estas horas de angustia —dijo—, el Gobierno de la Revolución saluda con emoción a Durruti y a todos los caídos en la lucha contra el fascismo. En su compañera, saluda a todas las mujeres que lloran la pérdida de un ser querido. Saluda en la hija de Durruti a todos los niños que han perdido a sus padres. Saludamos a todos los que luchan en el frente, y que seguirán luchando hasta la victoria final.”

“Luego tomó la palabra el cónsul ruso, terminando su discurso en catalán, con la exclamación: “Mort al feixisme”. El president de la Generalitat, Companys, habló el último: “Comaradas”, dijo, y concluyó exclamando: “¡Adelante, adelante!”

“Se había previsto que la gente se dispersaría después de los discursos, y que sólo algunos amigos acompañarían el féretro hasta el cementerio. Pero fue imposible seguir el programa trazado de antemano. El gentío no se dispersaba había ocupado el cementerio, cerraba el camino que conducía a la tumba. Y aún era más difícil acercarse, porque todas las avenidas del cementerio resultaban impracticables, a causa de los millares de coronas.

“Caía la noche. Empezaba a llover de nuevo. Pronto cayó el agua a torrentes, y el cementerio se transformó en un campo de barro, donde se ahogaban las flores. Se decidió, en el último momento, aplazar la inhumación, y los portadores del ataúd dieron media vuelta ante la tumba y llevaron su carga al depósito mortuario.

I. Durruti era conocido en el país

En el mes de noviembre del año pasado nos encontramos en la U. R. S. S. un pequeño grupo de compañeros. Los Sindicatos de aquellos nos invitaron para demostrarnos lo que ellos habían hecho desde la Revolución. Por otro parte, nuestros Sindicatos también le tenían interés en que nosotros explicáramos a los Sindicatos y al pueblo ruso, nuestra difícil situación creada por la guerra y el fascismo internacional.

Al primer contacto con los representantes de la U. R. S. S. pudimos apreciar que Durruti no les era desconocido. Varios veces aparecieron en la prensa soviética reportajes sobre nuestro compañero el cual no solamente era conocido por sus hechos durante la guerra civil sino también muchos antes del 19 de julio. Los periodistas rusos que venían cuando pasaban por tierras españolas se preocuparon de buscar a Durruti en los talleres de Barcelona y conversar con él. Una parte de estos intereses la reproducen en su prensa para informar al pueblo ruso. En nombre de la verdad he mo de decir que Durruti era conocido por el pueblo ruso como un gran artista, cosa que no ha sucedido con ningún compañero nuestro. Tuvimos ocasión de comprobar que en Rusia eran muy populares algunos de nuestros países—desde luego más populares en Rusia que en España—como la Pasanoria, Diaz Mujó y otros. Por una parte esto es comprensible como en la U. R. S. S. está prohibida toda prensa que no sea comunista así entran a los suyos por la popularidad de Durruti, a pesar de no ser comunista era tan grande como la de estos. Con Durruti hicieron una excepción. Un delegado de la C. N. T. que también se presentaba a la columna Durruti, no tuvo necesidad de explicar quién era el jefe de su columna puesto que muchos ya le conocían.

II. Noticias de su muerte

La noticia de la muerte de Durruti llegó a nosotros cuando nos encontramos en Moscú. Al día siguiente de aquel día la delegación española salió del hotel donde se hospedaba para visitar una de las muchas instituciones que querían en señarnos los organizadores de nuestra excursión a la U. R. S. S. cuando se presentó un informador de la Agencia telefónica y nos mostró un telegrama que contenía las más cónicas palabras. En el frente de Madrid ha muerto Durruti. Esta noticia nos quitó a todos el ánimo para seguir haciendo visitas periódicas nosotros lo sentamos como si hubiéramos perdido la más valiosa que tenemos en España. Todos los delegados hasta los que no compartían la ideología de Durruti, sabían que con él se perdía el mejor guerrillero de España y que había muerto el más valiente revolucionario de nuestra tierra.

Aquella noche ya no quisimos ir a visitar nada. Cada cual se concentró en sí mismo y pensaba en las consecuencias que trae a po a

Durruti en la U. R. S. S.

Revolution española y también para la mundial. La pérdida de Durruti. Los dirigentes soviéticos dispusieron que aquella misma noche saliéramos para el Kiev capital de Ucrania aunque algunos de nosotros hubiéramos preferido regresar a los ríos rápidamente por vía a España.

Momentos antes de salir, Abolín, secretario general de los Sindicatos de la U. R. S. S. nos comunicó que en la central sindical habían recibido un telegrama en el que se decía que Durruti estaba gravemente herido y que había sido transportado al hospital. El periodista que lo transmite — decía — es serio y se puede fiar en sus palabras.

Aquella noticia levantó un poco el ánimo y alegró el rostro de aquellos compañeros que no padecían acedia. La tristeza y el sentimiento que las autoridades le hacían de la muerte de Durruti.

III. Autoridades soviéticas hacen su informe

Al día siguiente llegamos a Kiev. En la estación y a lo largo de toda la estación como tan grande la efusión de gente para saludar a la delegación española que no teníamos posibilidad de ir para hablar con la gente e informarnos sobre las últimas noticias.

Por la noche las autoridades civiles y militares los representantes de las Universidades, Escuelas y otras instituciones estofadas nos dieron una recepción. La gran sala de una de las mejores hoteles de Kiev estaba repleta de invitados. Allí estaba reunido lo mejor de la U. R. S. S. oficial.

El jefe de la guarnición de Kiev un viejo bolchevique con alta graduación en el ejército después de saludar a los delegados españoles comenzó a las reuniones la muerte de Durruti e invitó a todos los presentes a que se pusieran en pie y guardaran un minuto de silencio en honor al gran guerrillero de España que nosotros lo habíamos matado. Los jefes militares las autoridades civiles y en fin toda la sala se levantaron con un solo hombre y guardaron el silencio pedido.

Después el jefe de la guarnición nos explicó varias apodas de las luchas que él y muchos de los presentes habían sostenido durante la guerra civil. Nos relató anécdotas sobre la difícil situación en que se encontraban los obreros rusos durante los años 18, 19 y 20. Dijo que a él le habían tocado luchar en Siberia y que por entonces él no era más que un simple soldado pero que durante la guerra tuvo que dirigir batallas enteras. Dijo igualmente que en la U. R. S. S. también había muerto las mejores compañías y los hombres más revolucionarios y decididos pero que a pesar de ello habían triunfado. Nos animaba diciendo que a pesar de que Durruti era una gran pérdida que por ello creyéramos que el

pueblo español iba a perder lo que era siempre que cantáramos. ¡No, no como había dicho Durruti!

Después habló uno de los más conocidos escritores de Ucrania el poeta Utkin. Nos contó que durante la guerra civil él tenía 19 años y se encontraba luchando con sus batallones en Siberia. Nos explicó los peligros que habían pasado el hombre el frío y la falta de municiones. Al terminar su discurso Utkin como poeta nos recitó uno de sus poemas en la cual nos alientaba diciendo que a pesar de las grandes pérdidas su espíritu era decidido a vencer o morir.

Pudimos apreciar que todos las reuniones estaban apenadas por la muerte de Durruti y deseaban que en España vencieran los antifeudales.

Al día siguiente toda la prensa rusa y ucraniana cantó la muerte de nuestro compañero y reproducía la carta que Durruti escribía para el pueblo ruso la cual fue llevada a Moscú por el delegado de la Columna Durruti, compañero Carrizo. También se reproduce una fotografía del mismo con el "monarca" de guerrillero.

Por la noche toda la prensa reproduce un reportaje de Erenburg que había sido transmitido telefóricamente desde Valencia, en el cual hablaba sobre el gran interés que se hacía a nuestro compañero y se explicaba algunas de las anécdotas más importantes de su vida.

IV. Durruti y Majno

No solamente admiraban a Durruti las personas oficiales. En la U. R. S. S. Durruti era tan admirado a más por el pueblo trabajador. De que así os convenceréis por un detalle que tuvimos ocasión de observar en la U. R. S. S.

Durante nuestra estancia en Moscú tuvimos la oportunidad de visitar a unas simples obreros. Era una casucha en los barrios obreros de Moscú. El dueño de la casa no era un comunista ni un delegado del Gobierno ni un comité de los Sindicatos era un simple metalúrgico. Hacía ya años que se interesaba por las asuntos sociales. Tomo parte en las luchas de 1918 y tenía a su hijo en Siberia también por asuntos sociales. Este obrero que era miserablemente pobre tenía que mantener a muchas personas se interesaba mucho y seguro con atención las luchas que sosteníamos en España. Después que hablamos sobre varios aspectos de la vida en España y de explicarle la verdadera situación en que nos encontramos nos explicó el ambiente que vivía en las masas obreras en relación con la guerra civil española.

Si decimos en una palabra, el día a día un millón de los bolcheviques de un pequeño armario que había colgado en la pared—donde antes los rusos tenían a sus santos—saco un libro viejo que resultó ser la antigua edición de uno de los

obras del gran escritor ruso Kava. De él extrajo un recorte del periódico "Pobeda" de Moscú que los muestra. Este recorte era una reproducción de una fotografía de Durruti que hacía más de una semana a haber corrido por toda la América. Con una fotografía tenía fama en guardado un pequeño recorte sobre la vida de Durruti. Tanto nos intriga esto que le hicimos varias preguntas sobre el particular.

«Por qué guardas a Durruti?»

«Porque tenía te en el porque creo que era nuestro. La gente como yo no defrauda a la clase obrera».

Mostrando el libro de Kava me encontré otro recorte de un periódico ruso. Era una reproducción de una fotografía de Majno. Se ve que este viejo obrero apreciaba a Durruti lo mismo que a Majno puesto que a los dos los tenía guardados en el mismo libro.

Nos relató algunas historias de Majno durante la Revolución y uso y también en nos explicó su trabajo en España.

Estas reliquias del obrero ruso guardadas en la obra del gran pensador que junto con su pueblo y a la vida de los perseguidos y heridos nunca se borrarán de su memoria. Este simbólico encuentro y la conversación que sostenimos demuestra que entre el alma del pueblo ruso y el español hay muchas cosas comunes.

Ma no era uno de los hombres más grandes de la Revolución rusa—nos dijo con tristeza el obrero—y ahora se presenta como a un bandolero. Temes que a pesar que luchó la misma a Durruti que no profanan su memoria.

Se lo prometimos.

MARTIN JUDELL

FRIO

Es una obligación de todos los trabajadores procurar que nuestros hermanos del frente sufran las menos molestias posibles. Una manera digna de honrar la memoria de Durruti, es mandar una prenda de abrigo para los del frente. Colaboremos todos para atenuar los sufrimientos del frente. ¡Luchan por nosotros!

“Tan sólo un día más tarde fue sepultado Durruti. Descansará definitivamente en el mausoleo que se construirá para Ascaso y para él. Será un lugar de peregrinación para este pueblo que siente la muerte de sus héroes, sin llorarlos, y los honra sin este sentimentalismo que nosotros llamamos piedad”²⁶³.

“El día 23 de noviembre de 1936 tuvo lugar, en Leganés, una reunión de gran importancia, a la que, presididos por el Generalísimo (Franco), acuden los generales Mola, Saliquet y Varela, con sus jefes de Estado Mayor. Allí se tomó la importantísima decisión de desistir del ataque frontal a Madrid, cambiándose así el curso y el signo de la lucha...”²⁶⁴.

Aquel mismo día 23 de noviembre toda la prensa, española y mundial, rendía cuenta de los funerales de un anarquista, del ilegalista que había sido Durruti toda su vida.

“La manifestación proletaria que acompaña el cuerpo de Durruti, junto al entierro de Lenin, es una de las manifestaciones obreras más importantes en la historia del proletariado. Más de medio millón de personas estaban presentes, pero la grandeza de este acontecimiento no se debía a la presencia física de esa multitud, sino a la profunda emoción que produjo la muerte de Durruti en toda la España revolucionaria”, como acertadamente lo escribe Kaminski.

El Frente, órgano de la Columna “Durruti”, fechado en Pina de Ebro el 23 de noviembre de 1936, resume así: “La historia y la leyenda serán sus augustos heraldos” y de hecho, desde que se expandió la noticia de la muerte de Durruti, se forma una leyenda que 40 años después persiste todavía. La imaginación popular no encontró el fin de Durruti adecuado a su dimensión histórica. Y, como en otros momentos de su aventurera existencia, esa imaginación teje otra más de acuerdo con el hombre que en aquellas horas encarnaba sus aspiraciones. En razón de esto, *Ruta*, órgano de las Juventudes Libertarias, escribe:

“Durruti, el luchador que no había olvidado nunca el taller; Durruti, el encargado de Columna que despreciaba honores y estrellas; Durruti, el hombre del pueblo que vivía para el pueblo, era para nosotros, los jóvenes anarquistas, una firme esperanza”.

Y, *El Frente Libertario*, órgano de las Milicias Confederadas, citaba las últimas palabras de Durruti, como “un grito de aliento”:

“—¡Hermanos, adelante por la revolución!”

Y el periódico añadía:

“Mereceríamos el desprecio del traidor si no cumpliéramos su último deseo”.

La prensa de los otros sectores antifascistas rendía culto al héroe, pero los anarquistas, enemigos de todo culto, escribían en *Solidaridad Obrera*:

“Una organización que no fuera la CNT le hubiera consagrado como a un caudillo”.

Y en *Tierra y Libertad*, órgano de la FAI, se decía:

263. E. H. Kaminski, op. cit.

264. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Ed. San Martín, 1968.

“La ciudad y el hombre se buscaron, se hallaron y se compenetraron, y ambos fueron dignos el uno para el otro”.

Millares de cartas y telegramas, procedentes de todas partes del mundo, llegaron a los Comités de la CNT y de la FAI. Personalidades políticas españolas y delegados y jefes de las Columnas expresaron su dolor. Las figuras de la izquierda revolucionaria, como Andreu Nin o Marceau Pivert, subrayaron la terrible pérdida que la muerte de Durruti significaba para la revolución.

Decenas de escritores españoles y extranjeros manifestaron su pesadumbre. Entre ellos, Pierre Scize es el que mejor logra señalar la importancia del vacío dejado por Durruti:

“¿Quién será lo bastante fuerte y suficientemente digno para asumir la terrible herencia de Durruti?”²⁶⁵.

¿Cómo podríamos resumir ese legado? Nada mejor que citar un párrafo de su última carta, escrita a Liberto Callejas, 24 horas antes de morir:

“Antes de marchar de Cataluña, pedí conciencia a los que están interesados por lo mismo. No me refiero a los pobres de alma y energía. Me refiero a los que estamos empeñados en dar el empujón postrero. Los fusiles no hacen nada si no hay una voluntad y un cálculo en el disparo. *En Madrid no hay duda de que no entrarán los fascistas, pero hay que echarlos pronto, porque a España hay que volverla a conquistar*”²⁶⁶.

265. CNT, folleto del 20 de noviembre de 1936.

266. *La Noche*, vespertino de Barcelona, reproduce el 24 de noviembre de 1936, la carta enviada por Durruti a Liberto Callejas.

C U A R T A P A R T E

Las muertes de Durruti

“En Cataluña, la depuración de elementos trotskistas y anarcosindicalistas ha empezado. Esa obra será conducida en España con la misma energía con que se ha dirigido en la URSS.”

Pravda, 17 de diciembre de 1936

Introducción

Si tras la muerte de Durruti no se hubiese creado una nebulosa en torno a ella, esta cuarta parte sería innecesaria. Pero como aún después de cuarenta años transcurridos todavía persiste el *enigma*, no podemos rehuir la obligación de añadir este epílogo.

Desde el mismo momento en que Durruti recibió la herida que pocas horas después sería la causa de su muerte, los propios testigos del hecho se enredaron, al relatarlo, en contradicciones; e inmediatamente comenzaron a circular versiones contradictorias, que no pudieron ser contrarrestadas ni por la propia organización a la que Durruti pertenecía. Es evidente que detrás de cada versión se ocultaba —y se oculta— el interés político del que la sostiene. A estas contradicciones vinieron a añadirse actitudes políticas relacionadas con la guerra de las diversas fracciones que ocupaban un puesto en el escenario del drama español. Por lo que se refiere al sector antifascista, y en razón de los conflictos ideológicos que se vivían en su seno, y por el hecho de ser considerado Durruti como uno de los hombres más brillantes de Cataluña y de todo el movimiento obrero español, como el propio Koltsov reconoce, hizo que todo el mundo deseara explotar con fines propagandísticos, y en beneficio propio, su memoria, siendo el hecho más expresivo otorgarle a título póstumo el grado de teniente coronel (al que había muerto como simple miliciano), para poder conceder la misma graduación a Líster, Modesto, Valentín González y Cipriano Mera. Sin lugar a dudas, ese hecho constituía un asesinato político, dada la actitud revolucionaria que Durruti había sostenido hasta el momento de su muerte. Eso, unido a la explotación masiva de una frase adjudicada a Durruti (pero que de ella no encontramos huella alguna en sus declaraciones y discursos), valió para consumir no ya el asesinato político de Durruti, sino el de la misma revolución proletaria y campesina, pues, inmediatamente a su muerte, la GPU, apoyándose en el Partido Comunista, desencadenó la contrarrevolución y la caza a los anarco-trotskistas, en nombre de, como había dicho el camarada Durruti, “renunciar a todo menos a la victoria”.

En razón de lo dicho no se puede hacer un análisis de las diversas versiones que aún se sostienen sobre la muerte de Durruti sin tener en cuenta el clima político del momento en que tal muerte ocurrió y de las razones psicológicas que caracterizaban la tragedia española. En esa situación conflictiva, una versión oficial de la muerte de Durruti que no fuese categórica, y categórica debía ser que Durruti había sido muerto “por bala enemiga”, podía ser el detonante del enfrentamiento armado en el interior del campo antifascista. Y quizás fuera ésta la principal razón de que se esquivara la sencilla explicación de su muerte, dando una *versión categórica* que, posiblemente, no siendo la *real*, da pie a las contradicciones y abre el abanico de interrogantes que por muchos esfuerzos imaginativos que se hagan no

aclararán jamás lo que nos atrevemos a calificar de “enigma psicológico de la revolución española”.

Las diversas versiones sobre la muerte de Durruti pueden ser agrupadas en tres direcciones:

- a) Durruti murió como un combatiente más ante los fascistas.
- b) Durruti fue víctima de uno de sus compañeros... porque evolucionaba hacia posiciones comunistas.
- c) Durruti fue víctima de la GPU.

A estos tres grupos podemos añadir un cuarto, el de “la vox-populi”: Durruti fue asesinado por la contrarrevolución, es decir, por el conjunto de fuerzas políticas que se esforzaban en hacer retornar a España al punto de partida del 18 de julio de 1936.

Las primeras versiones

Cipriano Mera (18 de Noviembre)

“Manzana me invitó a subir a una de las azoteas del llamado Cerro del Pimiento, donde comprobamos que, en efecto, el Hospital Clínico estaba ya en manos del enemigo. Para recuperarlo, vistas las posiciones, sería preciso ocupar casa por casa toda la manzana que está enfrente de dicho hospital. Nos trasladamos, pues, desde Cerro del Pimiento hasta Canalillo, a fin de que nuestra gente ocupase rápidamente el cementerio que se encuentra frente al depósito de aguas del Canal de Isabel II, el convento de monjas y el cuartel de la Guardia Civil de Guzmán el Bueno, así como el Instituto Geográfico y Catastral, el Hospital de la Cruz Roja y toda la colonia de hotelitos situados al norte del Estadio Metropolitano” ¹.

Antonio Bonilla (19 de noviembre)

“Los supervivientes de la Columna “Durruti” se quedaron, para defender la zona, en unos chalets que por la parte de Reina Victoria (entonces Pablo Iglesias) quedaban a unos 400 metros del Hospital Clínico, cuyo edificio en construcción se hallaba en poder de las fuerzas franquistas. El día 18 llegó para ayudarnos la Columna “Del Rosal”, de Asturias, y uno de sus miembros, un capitán de dinamiteros, me señaló que el enemigo abandonaba por la noche el edificio en construcción del hospital y lo volvía a ocupar de día. Me propuso tomarlo aquella noche (...). A las cuatro de la madrugada de aquel fatídico día 19 hicimos una descarga sobre el edificio y, como nadie respondiera, un numeroso grupo de compañeros lo tomó. Desde la terraza del edificio me gritaban diciéndome si les oía cantar la Internacional.

“Unas horas después se produjo un sorprendente encuentro. Los nacionalistas llegaron por un túnel que les comunicaba con la Casa de Velázquez ², para ocupar el edificio, como hacían todas las mañanas, y los dos bandos se encontraron frente a frente. Hubo tiros y más muertos por el bando de las fuerzas de Durruti, cuyos supervivientes se refugiaron en los pisos altos. Los franquistas, al cabo de cierto tiempo, se retiraron por el mismo subterráneo, y los miembros de la Columna “Durruti” regresaron a la zona de los chalets.

1. Cipriano Mera, op. cit.
2. Seguramente Bonilla se refiere “al colector” que desaguaba desde el Clínico al Manzanares, al que varias veces hace referencia Mera en sus Memorias.

“Eran las 13 horas del día 19 de noviembre cuando decidí ir a hablar con Durruti para explicarle lo que había pasado. Lorente condujo el coche, y me acompañó un carpintero catalán muy valiente que se llamaba Miguel Doga. Al llegar al cuartel vimos que el “Packard” de Durruti estaba en marcha, y que éste iba a salir con Manzana ³. Le expliqué lo ocurrido, y decidió ir a verlo personalmente. Le dije a Julio Graves (el chófer) que siguiera nuestro coche, porque había que evitar pasar por las zonas batidas por el fuego, y así lo hizo. Manzana, como de costumbre, llevaba su “naranjero” colgado del hombro, y pendía de su cuello un pañuelo, donde descansaba a veces la mano derecha, pues hacía unas semanas que se había herido en un dedo. Durruti iba aparentemente desarmado, pero bajo su chaqueta de cuero llevaba, como era habitual, un “Colt 45”. El coche de ellos nos fue siguiendo hasta que llegamos cerca de los chalets que ocupaban nuestras manguadas fuerzas. Entonces el coche de ellos se paró, y nosotros lo hicimos unos veinte metros delante.

“Durruti bajó para decirles algo a unos milicianos que estaban allí tomando el sol, tras una tapia. Aquella zona no estaba batida por el fuego. En aquel mismo lugar Durruti fue herido de muerte y la revolución sufrió el más duro e imaginable revés.

“Nosotros estábamos en el otro coche, unos 20 metros delante, y estuvimos parados unos tres o cuatro minutos. Cuando Durruti estaba entrando en el coche iniciamos la marcha, y al mirar atrás, para ver si nos seguía, vimos que el “Packard” estaba dando la vuelta y se marchó a toda velocidad. Bajé del coche y les pregunté a los muchachos qué había pasado. Me dijeron que había un herido. Les pregunté si sabían quién era el hombre que les había hablado, y me dijeron que no. Le dije a Lorente que regresáramos inmediatamente. Eran las dos y media de la tarde”.

Hasta aquí hemos copiado lo que Bonilla ha declarado a Pedro Costa Muste ⁴, pero interrogado aquél por nosotros, a la pregunta de “si oyó un disparo”, nos ha respondido que no, y a la de “cuántas personas iban en el coche que ocupaba Durruti y quiénes eran sus escoltas” nos ha afirmado que del cuartel con Durruti no salió nadie más que Manzana y el chófer, que los dos primeros ocuparon el asiento trasero del coche, y que Durruti no tenía ninguna “escolta oficial”, sino que si alguien le acompañaba “era el compañero más próximo que se encontraba

3. Hasta aquí, el relato de Bonilla es más coherente con la verdad que los otros. Durruti tenía el propósito de acudir a la “reunión de militantes de la CNT-FAI, que se había convocado en Madrid”. Y el coche que Durruti utilizaba en sus desplazamientos era un “Packard”.
4. Estas son las declaraciones hechas por Antonio Bonilla a Pedro Costa Muste para *Posible*, de fecha 22-28 de julio de 1976. Aprovechamos esta cita para señalar la fea costumbre que están adquiriendo ciertos editores de revistas en España que para ilustrar sus artículos “saquean” donde pueden sin tomarse la molestia de indicar las fuentes del “saqueo”. La foto que se da del mitin de Durruti en León, en ese reportaje, está extraída de nuestro libro en su edición francesa. Fue en esa edición donde apareció por primera vez dicho documento, hasta entonces inédito.

en ese momento a su lado”. Preguntado Bonilla por nosotros si conocía la existencia de un tal Ramón García (“Ragar”, según Montoto) ⁵, fue categórico: “había en la Columna “Durruti” dos milicianos que correspondían a ese nombre, pero ninguno de ellos frecuentaba el Cuartel General de la Columna, y menos aún que fuesen “escoltas” de Durruti. Por otro lado, no recuerda haber visto en Madrid a ninguno de estos dos Ramón García ⁶. De lo que hemos transcrito no sale ninguna prueba material por la cual pueda sostenerse de la manera en que Durruti fue herido. En Bonilla existe solamente una apreciación moral, en la que entra lo “accidental o intencionado” de un disparo del “naranjero” que portaba José Manzana.

Julio Graves (declaración a Ariel a las 17 horas)

“Nos fuimos después de comer a recorrer el frente de la Ciudad Universitaria, acompañados del compañero Manzana ⁷. Subimos hasta la plaza de Cuatro Caminos. Desde allí descendimos por la avenida de Pablo Iglesias (Reina Victoria), a toda velocidad. Cruzamos una colonia de hotelitos que hay al final de esta avenida y nos dirigimos hacia la derecha. Las fuerzas de Durruti habían cambiado de sitio después de las muchas bajas sufridas en la plaza de la Moncloa y en las tapias de la cárcel Modelo. La tarde estaba llena de un sol otoñal. Al llegar a una amplia carretera vimos un grupo de milicianos que venían en dirección a nosotros. Durruti comprendió que eran algunos muchachos que se iban del frente. Aquel lugar estaba completamente batido. El Hospital Clínico, tomado aquellos días por los moros, dominaba todos aquellos alrededores. Entonces Durruti me hizo parar el coche. Así lo hice, en la esquina de uno de aquellos hotelitos, como medida de precaución. Durruti descendió del automóvil y se dirigió hacia los muchachos que huían del frente. Les preguntó que adónde iban, y, como no supieron qué contestar, éste les hostigó para que se volvieran a sus puestos de combate, con palabra recia y su verbo preciso.

“Una vez que los muchachos obedecieron a Durruti, éste se vino hacia el coche. La lluvia de balas arreciaba cada vez más. De la gigantesca mole colorada del Hospital Clínico, los moros y los guardias civiles disparaban con mayor ahínco. Al llegar a la portezuela del vehículo Durruti se desplomó. Su pecho se hallaba traspasado. Manzana y yo descendimos presurosos del coche y lo metimos dentro del mismo, sin pérdida de tiempo. Di la vuelta al coche, maniobré de la manera

5. Angel Montoto, artículo “La discutida muerte de Durruti”, aparecido en *La Actualidad Española*, 25 de noviembre de 1971. Aprovechamos esta cita para señalar que la foto que se publica en ese reportaje, en el que se dice “Durruti, acompañado de su compañera Emilienne”, la mujer no es Emilienne Morin, sino María Ascaso, hermana de Francisco Ascaso.
6. Antonio Bonilla ha sido interrogado por nosotros el 22 de febrero de 1977 en su casa, en Zaragoza, y de él tomamos esas referencias.
7. En esta declaración Graves coincide con Bonilla en cuanto al número de personas que iban en el coche, es decir, tres, incluido el chófer.

más rápida posible y me dirigí hacia Madrid, en dirección al hospital de las Milicias Catalanas, en donde hemos estado hace poco. Lo demás ya lo sabes. Y esto es todo”⁸.

Joan Llach, al manejar el testimonio de Julio Graves en su libro *La muerte de Durruti*, comete un error de interpretación y con ello deja en el aire un interrogante. Llach supone que cuando Durruti y sus acompañantes salieron de la calle Miguel Angel pasaron antes de dirigirse a la Ciudad Universitaria por el Hospital de las Milicias (Hotel Ritz). Y ese supuesto es falso. La frase de Julio Graves es concreta: “...me dirigí hacia Madrid, en dirección al Hospital de las Milicias Catalanas, en donde hemos estado hace poco”. Efectivamente. Julio Graves fue a ver al hermano de Ariel al local del Sub-Comité Nacional de la CNT, sito en la calle de la Reforma Agraria, frente al Retiro. En ese local el corresponsal de *Sol* ocupaba una secretaría. Y fue a esa secretaría adonde se dirigió a las 17 horas, después de haber dejado a Durruti herido en manos de los médicos. Y fue ahí donde comunicó a Ariel la noticia:

“—¿Qué pasa?”, le pregunté (Ariel) lleno de preocupación.

“—Durruti ha sido herido de muerte —me dijo uno de ellos—, y quizás haya muerto ya”.

“—Pero no conviene divulgar la noticia”, me dijo el compañero Julio Graves.

“Eran las cinco de la tarde. Los tres nos fuimos al Hotel Ritz, donde se hallaba el hospital de las Milicias Catalanas.

“Muy pocos conocían aún la noticia del estado agónico de Durruti”.

Ariel prosigue contando su llegada al Hotel Ritz junto con su hermano y Julio Graves; narra también la conversación que mantuvo con el doctor Santamaría:

“Me despedí de ellos, quedando en volver poco después. Me fui al Sub-Comité Nacional de la CNT para dar a conocer la noticia. Ya habían llegado allí algunos informes. Se habló de guardar silencio y discreción. Yo no me atrevía a telefonar a Barcelona hasta más tarde. La defensa de Madrid obligaba a esto y mucho más, si fuese necesario. Habíamos de esperar los acuerdos tomados por la militancia confederal, reunida en aquellos momentos”⁹.

“El chófer de Durruti se vino conmigo a la delegación de *Sol* para poder hablar allí más tranquilamente”.

Es lógico que al finalizar Julio Graves su narración a Ariel concluya con la frase “en donde hemos estado hace poco”, puesto que ambos venían del Hotel Ritz¹⁰.

8. Ariel, op. cit.

9. Idem.

10. El error de Joan Llach consiste en que toma su cita de Santiago Cánovas Cervantes, *Durruti y Ascaso*, Toulouse, 1946. Cánovas Cervantes comete un error de tiempo cuando utiliza el verbo haber, al escribir “en donde habíamos estado hacía poco...”. Ariel pone en labios de Graves la frase: “en donde hemos estado hace poco”. De ninguna manera se puede suponer lo que Llach insinúa y es que “antes de salir para la Ciudad Universitaria, pasaron por el Hospital Ritz”. Llach, suponiendo eso, comete un doble error: deja una zona misteriosa e inventa un doble recorrido del coche de Durruti en ese día.

Cipriano Mera

“Por la tarde del día 19 me dirigí al Comité de Defensa... Continuamos nuestra charla (Val y Mera), aguardando la llegada de Durruti. Aunque el reloj marcaba una hora más de la convenida, no nos sorprendió el retraso de Durruti, pues sabíamos el mucho ajeteo que tenía y la necesidad en que se veía de estar en todas partes. Un rato después llegó Manzana, el cual me llamó aparte, para hablarme a solas. Le vi bastante descompuesto, por lo que me apresuré a preguntarle:

“—¿Qué sucede, Manzana?”

“Casi con las lágrimas en los ojos me contestó:

“—Acaban de pegarle un tiro al compañero Durruti, y parece que no tiene salvación.

“—¿Qué diablos dices? ¡Pero si estuve con él hace pocas horas, y me dijo que se iba a su puesto de mando por tener que ordenar el trabajo!

“—Sí, así fue. Pero hacia las cuatro de la tarde nos comunicó un enlace que el capitán que mandaba las dos compañías enviadas al Hospital Clínico había dado la orden de que todas nuestras fuerzas se retiraran del mismo. Ya sabes cómo es Durruti para estas cosas. Mandó traer el coche y nos dirigimos rápidamente hacia el Clínico, para comprobar si era cierta la información. Le advertí entonces que no era en realidad necesaria su presencia para comprobar los hechos. No es que yo creyese que pudiera sucederle algo, pero mi criterio era contrario, o sea, que debía de permanecer en el puesto de mando, para poder dirigir así las fuerzas con mayor tranquilidad...

“—Bueno, bueno; pero, ¿qué pasó?”

“—Llegamos al final de la avenida y, sin detenernos, nos adentramos por una calle que da a la parte este del Clínico. En esa calle Durruti hizo parar el auto, al ver que venía corriendo en nuestra dirección un miliciano. Se apeó y preguntó al miliciano por qué corría. Este le respondió que se dirigía al puesto de Sanidad, para que enviasen inmediatamente unas camillas, pues tenían varios heridos y algún muerto. Durruti le dejó que siguiera su camino, y en el momento de subir al coche, cuya portezuela abierta daba precisamente hacia el Clínico, nos dijo que le habían pegado un tiro...

“—¿Quién iba con vosotros?”

“—Íbamos Durruti, sus dos enlaces, Yoldi y yo.

“—¿Crees que el disparo partió del Clínico, y que nuestras fuerzas ya lo habían abandonado?”

“—Sí, no cabe la menor duda de que fue un disparo del enemigo.

“El compañero Manzana me advirtió que era sumamente necesario guardar silencio sobre lo ocurrido, pues sus fuerzas, después de tantos sobresaltos, podían llegar a creer que lo mataron a traición. Así lo convinimos, pero dije a Manzana que era necesario decírselo a Eduardo Val. Aceptó y entramos en el despacho de éste para comunicarle la terrible noticia”.

Cipriano Mera sigue describiendo el traslado al Hospital para cerciorarse del estado del herido. Y ya en el Hospital, Mera con Manzana y Yoldi vuelven a discutir la necesidad de mantener secreta la noticia para evitar una ruda reacción de

los hombres de la Columna “Durruti”. En esa conversación, escribe Mera que intervino Val recién llegado al Hospital, y que sugirió a Cipriano Mera el que se trasladara a Valencia para comunicar a Mariano R. Vázquez, secretario general de la CNT, y a los ministros García Oliver y Federica Montseny, la noticia:

“Se volvió, pues, a hablar de las circunstancias en que se produjo el suceso, y la sospecha surgió en los labios de Val al preguntar a Manzana:

“—¿No se tratará de una traición de los comunistas?

“—No —respondió rotundamente Manzana— el tiro partió desde el Clínico. Fue una fatalidad. El Hospital estaba ya en manos del enemigo (...). Yo salí acto seguido en dirección a Valencia” ¹¹.

En la versión que nos suministra Cipriano Mera hay varios errores. Confunde la hora en que Manzana llegó al Comité de Defensa con la hora en que Durruti fue herido. Manzana llegó a las 16 horas, y no podía ser entonces cuando se hería a Durruti. La determinación del viaje de Mera a Valencia no fue una resolución de Val, sino una decisión del pleno de militantes que se estaba celebrando, en el cual el Comité Nacional estaba representado por José Prats.

Entre la versión de Manzana y la de Julio Graves no hay concordancia posible, ni en el fondo ni en los detalles. Entre ambos testigos no hay acuerdo sobre la cuestión de los milicianos. Manzana introduce en su testimonio la presencia de Yoldi y la de dos enlaces. Julio Graves afirma que se encontraban solamente él y Manzana. Graves está más próximo a la realidad que Manzana. Sin embargo, se nos ocurre pensar que Mera cometiera error también en esto, error comprensible, sabiendo que Yoldi era inseparable de Durruti.

Pese a los errores señalados y las contradicciones apuntadas, hay algo en lo que todos coinciden, y es en lo relativo a la necesidad de *guardar silencio*. Hasta las 17 horas del día 19 de noviembre un número muy escaso de personas estaba informado del suceso; en ese detalle son todos los que hasta ahora han hablado coincidentes.

R. Diknanié Karmen

Karmen era un *cámara* ruso que viajaba con Ilya Ehrenburg cuando éste actuaba de corresponsal de *Izvestia* en la guerra de España. En 1947 publicó su *Bloc de Notas* sobre la guerra española en el *Novy Mir* de Moscú. En una de esas notas, Karmen relata el último encuentro que tuvo con Durruti, unas horas antes de morir éste. Escribe que encontró en el Ministerio de la Guerra a Hadji (a) Kh. D. Mansurov (Hadji no es otro que el «Santi» que Koltsov describe como “asesor técnico militar” de Durruti, un teniente coronel del ejército ruso), cuando éste se disponía a ir a ver a Durruti para convencerle de que no retirara su Columna del frente de Madrid. Y decidió acompañarle, ya que tenía deseos de hablar con Durruti, a quien no veía desde agosto, cuando estuvo en Bujaraloz con Ehrenburg.

11. Cipriano Mera, *op. cit.*

Encontraron a Durruti en el palacio de la calle Miguel Angel:

“Nos introdujeron en el despacho donde Durruti dictaba algo a una **mecanógrafa**. Al vernos se levantó bruscamente y, precipitándose hacia Hadji, le **estrechó** largamente la mano, como si temiera no poderle ver más. Sus ojos negros, siempre brillantes de un resplandor vivo, ahora apuntaban una cierta tristeza. Hadji hacía pocos días que había sido agregado al estado mayor de Durruti, en **calidad** de consejero, y Durruti no podía pasarse sin él (...).”

Según Karmen, Durruti les hizo visitar el palacio, y les brindó que se llevaran lo que apetecieran, pinturas o cualquier otro objeto, pero todo eso “con la intención de esquivar una explicación sobre su determinación de retirar sus hombres del frente”.

“Hadji lo tomó por el brazo y lo hizo sentar en un diván cubierto de terciopelo, bajando dócilmente, Durruti su mirada.

“Hadji se lamentó de que Durruti retirase sus hombres del frente, porque, con ello, asestaba un duro golpe a la moral de los combatientes. Al fin convenció a Durruti para que continuara luchando en Madrid:

“—Bueno, voy a “la brigada”...

“—Yo te acompaño, le propuso Hadji.

“—¡No, no! —repuso Durruti visiblemente contrariado—. Iré solo. —Y con paso decidido se dirigió al cuerpo de guardia: “¡El auto! ¡A la brigada!”

“Durruti se ajustó al cinto su pistola, y todos salimos a la calle. El coche, acompañado de la guardia, estaba ya allí. Del interior de la casa salió el jefe del Cuartel General de Durruti, con su brazo vendado. Yo le pedí a Durruti que me dejara acompañarle, porque deseaba tomar algunas fotos del frente; pero me dijo secamente:

“—No, no, y menos ahora.

“Preguntó a su jefe de Estado Mayor:

“—¿Qué hay de nuevo en el sector?— Y saltó inmediatamente en el coche, que partió veloz seguido de cuatro motoristas. Hadji y yo nos volvimos al Estado Mayor de la defensa de Madrid.

“Una hora después, pasando por uno de los pasillos del Ministerio de la Guerra, vi a Hadji, que estaba mirando a través de una ventana. Le llamé, pero no me contestó, y entonces le sacudí por las espaldas. Se volvió hacia mí, y vi sus ojos llenos de lágrimas.

“—¿Qué pasa?

“—Han matado a Durruti. Acaban de matarle.

“El golpe traidor por la espalda ha roto la vida de Durruti, en el momento **más crítico** de la lucha que él libraba contra sí mismo y contra los anarquistas “clásicos” (...). Era un hombre honesto, que estaba presto a hacer deducciones justas de todo cuanto acontecía en su patria; pero ellos lo han matado” ¹².

12. R. Diknane Karmen, “La Respiración de Madrid. Bloc de Notas de un Operador de Cinema”, artículo aparecido en *Novy Mir*, 12, 1947, págs. 2943. Traducido del ruso para este trabajo por G. Balkanski.

Si este relato de Karmen puede tomarse en serio, hay que preguntarse: ¿quién había informado a Hadji inmediatamente después de disparar el tiro contra Durruti?

Las contradicciones de los médicos

Durruti ingresó en el hospital y lo trasladaron inmediatamente al quirófano, donde le rodeó media docena de médicos, todos ellos paralizados “por el miedo”. No deseando ninguno de los médicos que rodeaban al herido asumir la iniciativa en la asistencia, optaron por llamar a consulta al cirujano Manuel Bastos Ansart, quien formuló, a la vista del herido, “un dictamen de absoluto desahucio (...), tras el cual casi se oyó en la habitación el suspiro que exhalaban todos los médicos asistentes. Pues éstos se habían quitado con ello un gran peso de encima: el de que se les conminara a operar al herido con el temor de su más probable fallecimiento, que los adláteres atribuirían seguramente a la intervención, haciéndoles responsables del óbito con todas sus consecuencias. Me he encontrado años después a varios médicos de los que asistieron a aquella escena y todavía temblaban al evocarla. No se atrevían a darse a conocer más que de oído a oído, y palidecían a su solo recuerdo”.

El diagnóstico del doctor Bastos fue: “(la herida) atravesaba horizontalmente la parte alta del abdomen y lesionaba importantes vísceras. Era, pues, mortal de necesidad, y nada se podía hacer por el paciente, que estaba ya en su último aliento”¹³. El diagnóstico de Bastos, como luego veremos, fue equivocado. En cuanto a las características de la herida, no indica la que se aprecia bajo la tetilla izquierda, a la altura del corazón, que aparece en todas las fotografías del cadáver de Durruti. ¿Por qué ese silencio? Más que silencio, pensamos que el doctor Bastos, no disponiendo quizás en el momento de redactar su libro de su fichero médico, y habiendo operado a miles de heridos, confunde la herida de Durruti con la de cualquier otro de sus heridos. Pero ese error —si es como pensamos nosotros— no hace otra cosa que aumentar las contradicciones en torno al tema, y hacer aún más enigmático su caso, por estar en contradicción con otro de los médicos, Santamaría.

13. Manuel Bastos Ansart, op. cit. El 21 de agosto de 1971 nos dirigimos al señor Bastos rogándole nos hiciera algunas precisiones en relación a la herida de Durruti y nos explicara lo que a nosotros se nos antoja una contradicción entre su descripción de la herida con la de Santamaría. El tono de la respuesta fue agrisado: “Estoy decidido a no hacer manifestación alguna relativa a mi actuación durante la guerra civil española”. Refiere que fue alguien a visitarle (se trata del sacerdote Jesús Arnal, del que luego hablaremos), para obtener más datos que los que Ansart daba en su libro citado. “Se los proporcioné, creyendo que se trataba de un asunto sentimental de la familia, y ahora veo en la suya, que lo que yo le dije, lo dio aquel señor a la publicidad, ocasionándome con ello un grave disgusto”. Carta fechada en Barcelona el 30 de septiembre de 1971.

José Santamaría Jaume, después de fallecer Durruti, hizo la autopsia: “Abrí el tórax para comprobar los destrozos causados por la bala en su trayectoria. Durruti tenía un pecho muy desarrollado. Por la topografía que presentaba el tórax me di cuenta de que se había cometido un error en el diagnóstico, cuando, equivocadamente, se había considerado que no era posible llevar a cabo una intervención. Comprobé entonces que la operación pudo llevarse a cabo con resultados positivos, aunque, indudablemente, el herido no habría sobrevivido”.

En cuanto a las características de la herida, según Santamaría, ésta “fue causada por un disparo hecho a menos de cincuenta centímetros de la víctima, probablemente, unos treinta y cinco, cálculo deducido por la intensidad de la impregnación de pólvora en la prenda que vestía en el instante de los hechos”. En cuanto a la bala, “era del 9 largo”. Y “la herida estaba debajo de la tetilla izquierda y en el tórax”¹⁴. Esta localización de la herida no coincide con la descripción de Bastos, por lo que pudiera deducirse que no se habla de la misma herida. O hablándose de la misma, se expresan los médicos en lenguaje diferente. Señalada esta contradicción, es preciso indicar otra, que no alcanzamos a comprender, cuando Santamaría reconoce que “la operación pudo llevarse a cabo con resultados positivos, aunque, indudablemente, el herido no habría sobrevivido”. Si el herido no habría sobrevivido, la operación no hubiera sido positiva. Y si la operación podía dar resultados positivos, significa que dejaban un amplio margen de posibilidades de vida. La afirmación de Santamaría en su aspecto negativo nos parece más justo entenderla en el sentido del pánico, a que hace alusión el doctor Bastos, que reinaba entre los médicos.

Si resumimos lo que llevamos expuesto hasta aquí, lo que sacamos en claro es una serie de contradicciones que no colaboran a esclarecer la herida de Durruti, sino, más bien, a echar las bases sobre las cuales vamos a ver de inmediato cómo fue formándose, en torno a la muerte de Durruti, una leyenda que por muchos esfuerzos que se haga para despejarla quedará siempre en pie el enigma de su muerte.

El Comité Nacional de la CNT nombró como sustituto de Durruti en el frente de Madrid a Ricardo Sanz, otro componente del grupo “Nosotros”. En aquellos momentos, Ricardo Sanz desempeñaba la función de Inspector General de los frentes de Aragón y Cataluña. La orden de traslado a Madrid se la comunicó García Oliver a Ricardo Sanz cuando éste se encontraba en Figueras, a las 12 horas del día 20 de noviembre. Al amanecer del día 21, Ricardo Sanz salió para Madrid, y a la altura del penal San Miguel de los Reyes (Valencia) se cruzó con la caravana que conducía el cadáver de Durruti a Barcelona, lugar donde se había decidido enterrarle. Según Sanz, tuvo un cambio de impresiones con Manzana y Miguel Yoldi, que iban representando a la Columna en aquella comitiva. En su escrito, Sanz no cuenta lo que los interpelados le comunicaron. Y prosiguió el viaje hacia Madrid, a donde llegó al caer de la tarde.

14. Este testimonio lo tomamos de Joan Llach en su obra citada, y a él dejamos la entera responsabilidad, pues desgraciadamente no hemos podido confirmar su autenticidad, al no poder localizar la dirección del doctor José Santamaría Jaume.

“Un gran desorden reinaba en todas partes. Nadie quería creer que Durruti hubiera muerto (...). Todo el mundo creía que Durruti no podía morir. Podía ocurrir todo menos eso (...). “Lo han matado los comunistas”, decían unos. “Lo han matado desde un balcón”, añadían otros. “Nadie que no sean sus enemigos pueden haberle matado”, coincidían todos. Al hablar de esta manera, nadie pensaba que Durruti hubiese podido morir de una bala enemiga disparada desde las trincheras de enfrente.

“Yo estaba vivamente interesado en aclarar cómo se había producido la muerte de Durruti. Estaba interesado, como es fácil comprenderlo, por diferentes motivos.

“En primer lugar, Durruti era íntimo amigo mío de toda la vida. En segundo lugar, yo, como sustituto de Durruti, tenía necesidad de saber con todo detalle lo ocurrido para saber la forma en que yo tenía que proceder desde mi nuevo destino como jefe de la unidad que hasta entonces había mandado Durruti”.

Ricardo Sanz se entrevistó con el doctor Santamaría, e hizo una inspección al sector del Hospital Clínico. Tomó declaración a las personas que se encontraban junto a Durruti en el momento en que éste fue herido (no menciona nombre alguno), y tras esta investigación, Sanz concluye: “...Jamás me quedó la duda de que Durruti había muerto de cara al enemigo, y por una bala disparada desde el edificio del Hospital Clínico, situado en la Ciudad Universitaria”. Y sigue: “Durruti fue, sin duda alguna, víctima de una imprudencia (...). El enemigo vigilante, al ver pararse el coche a un kilómetro escaso del edificio (el Hospital Clínico), esperó a que los ocupantes del mismo, al apearse de él, se pusieran al descubierto; y cuando los tuvo a tiro, disparó una ráfaga de ametralladora al azar que dio en el blanco, hiriendo de muerte a Durruti y de menos gravedad a dos de sus acompañantes (...). Así fue, de esa manera tan inesperada, cuando no había lucha, y cuando nadie la esperaba, cómo una agresión tan imprevista segó la vida preciosa de nuestro Durruti”¹⁵.

Esta declaración de Ricardo Sanz, formulada en 1945, adolece de diversos defectos que en vez de aclarar definitivamente la cuestión de la muerte de Durruti, la oscurece aún más.

Julio Graves y José Manzana, ambos, aunque equivocándose en el número, hablan, como explicación de apearse Durruti del coche, de la existencia de uno o varios milicianos. En este detalle también coincide Antonio Bonilla. Sanz no habla de la existencia de miliciano alguno y escribe sólo que fue una imprudencia apearse del coche, en un lugar batido por el fuego enemigo. También habla Sanz de una ráfaga de ametralladora, de la cual ni Manzana ni Graves hacen mención. Y luego, Sanz contradice a Manzana, el cual ya hemos visto que habla de un fuerte tiroteo, cuando Sanz escribe “había calma absoluta”. Sanz tenía que haber sido más preciso en su narración, y dar el nombre de las dos personas que fueron heridas junto con Durruti. Al no hacerlo, sin desearlo quizá, no hace otra cosa que crear aún más confusión, máxime cuando, por las fechas que Sanz publicó su escrito, Ariel publicaba también el suyo, dando cuenta de la versión de Julio

15. Ricardo Sanz, *op. cit.*

Graves, discrepante de la de Sanz.

Después de 1945 y si damos crédito al libro de Joan Llach, Ricardo Sanz ha respondido a un cuestionario suyo posiblemente en el año 1970. Las respuestas que recoge el autor mencionado enturbian aún más la cuestión. Los heridos de los que se habla son Manzana y Yoldi y, en realidad, ninguno de ellos fue herido en esa ocasión, sino unos días antes. En estas nuevas declaraciones, Sanz reconoce que no encontró en Madrid a ninguno de los que iban con Durruti en el momento del accidente, pero habló con Manzana y Yoldi cerca de Valencia, cosa que Sanz descuida decir. De las personas que informaron a Sanz, ninguna de ellas se encontraba presente, pues Gil de Montes se hallaba en la Ciudad Universitaria, y en cuanto a Joaquín Morlanes, se incorporaba en aquellos momentos a la Columna. Así, la versión de Sanz, en vez de aclarar dudas, oscurece aún más el asunto.

Antes de concluir con el testimonio de Sanz nos importa mucho hacer unas precisiones con relación a la Columna y al estado psicológico en que Sanz encontró a los componentes de la misma.

Sanz reunió en el cuartel de la calle de Granada a los que quedaban aún vivos de las fuerzas que habían acompañado a Durruti a Madrid. En esa reunión se encontraba también Federica Montseny, que habló para aplacar los ánimos de la gente. Después de hablar Sanz y la Montseny, un miliciano habló en nombre de todos o al menos interpretaba el sentir de todos:

“—Compañero Sanz. No te extrañe nuestra excitación. Estamos convencidos de que a nuestro Durruti no le han matado los fascistas. Han sido nuestros enemigos de dentro de la República quienes han matado a Durruti (...). Tú corres el mismo peligro que él, pues en estos momentos se quieren eliminar a todos los hombres de ideas revolucionarias, porque hay quienes tienen miedo y temen que la revolución vaya demasiado lejos”.

A este discurso, Sanz comenta: “Todos los que no habían muerto al lado de Durruti pensaban más o menos igual que el compañero que acababa de hablar”¹⁶.

Algunos de los componentes de la Columna se mantuvieron firmes en su propósito de volver al frente de Aragón, pero la mayoría de ellos se quedó en Madrid, como se atestigua en un documento dirigido por el Comandante Jefe de la Brigada X, Miguel Palacios, a José Mira:

“Comandante Jefe a Compañero Mira, delegado de las fuerzas de Durruti. En vista de que la Compañía Polaca tiene que retirarse al pueblo del Pardo, procura, con tus fuerzas de reserva, cubrir el frente que la Compañía Polaca ocupa a lo largo de la tapia de la Casa de Campo, a partir de Puerta de Aravaca, quedando el resto de tu fuerza en reserva, para lo cual infórmate primero de la fuerza que tienes que relevar. Puesto de Mando. 7 diciembre 1936. El Comandante Jefe”. Firmado rubricado y sellado con sello redondo correspondiente a la Brigada X¹⁷.

16. *Idem*.

17. Este preciso documento nos ha sido facilitado en original por José Mira. Con su conocimiento, se despeja toda la palabrería que numerosos historiadores han vertido en torno a la Columna “Durruti”

La inmensa mayoría de historiadores, cuando tratan sobre la cuestión de Madrid, no sólo enturbian la actuación de la Columna "Durruti" en ese frente, sino que además la hacen desaparecer del frente de esa ciudad con la muerte de Durruti. El documento que hemos transcrito esperamos que inspire a los historiadores en cuestión para modificar sus escritos.

El día 21 de noviembre de 1936, *Solidaridad Obrera* daba cuenta de la muerte de Durruti dedicándole la primera página. La versión que da de la muerte de Durruti tampoco va a colaborar a esclarecer los hechos:

"Nuestro compañero se dirigía hacia las ocho y media de la mañana para visitar las avanzadillas de su Columna. Por el camino se cruzó con unos milicianos que regresaban del frente. Paró el coche y, al descender del mismo, sonó un disparo, que se supone efectuado desde alguna ventana de algún hotelito de la Moncloa. Durruti cayó desplomado y sin pronunciar una palabra. La bala asesina le había atravesado de parte a parte la espalda. La herida era mortal de necesidad".

¿Quién pudo haber proporcionado esa información a *Solidaridad Obrera*? Ariel era en Madrid el corresponsal de dicho diario, y por su escrito citado se encuentra muy lejos de haber dado esa información. ¿Sería esa versión una fantasía más del director del periódico, Jacinto Toranzo?

Al día siguiente del entierro, es decir, el 23 de noviembre, aparecieron los primeros comentarios públicos. Los fascistas, desde Radio Sevilla, difundieron lo siguiente: "Durruti ha sido asesinado por aquellos a quienes Durruti vivo molestaba, porque Durruti significaba un peligro para sus enemigos políticos". Y añadía: "que lo que le ha pasado a Durruti, les pasará a muchos de sus amigos".

Aquel mismo día, *Izvestia*, de Moscú, publicaba esto: "La formación del Gobierno del Frente Popular se debe, en gran parte, a la presión ejercida por Durruti. A través de las terribles experiencias de la lucha contra el fascismo, Durruti había vivido una evolución que le iba acercando al Partido Comunista. Cuando dejó el frente de Aragón para ir al frente de Madrid, declaró: "Sí, me siento bolchevique, y estoy dispuesto a poner en mi mesa de trabajo el retrato de Stalin" ¹⁸.

En aquellos momentos circulaba por Madrid un rumor incontrolado: "Durruti, convencido de la eficacia de la organización del Partido Comunista, había renegado del Anarquismo y se había afiliado al Partido Comunista, a condición de mantener su adhesión secreta hasta el momento oportuno" ¹⁹.

Para salir al frente de estas versiones, la CNT y la FAI hicieron público un comunicado conjunto que José Peirats lo precede de la frase siguiente:

"Atentos a desvirtuar lo que se tuvo por maquiavélica maniobra, los Comités de la CNT y de la FAI publicaron, el día 21 de noviembre, la siguiente nota:

"¡Trabajadores! Los emboscados de lo que se ha dado en llamar "quinta columna" han hecho circular la especie falsa y ruin de que nuestro compañero

18. *Izvestia*, 23 de noviembre de 1936.

19. Federico Bravo Morata, *Historia de Madrid*, Editorial Fenicia, Madrid, 1968, vol. III, pág. 282.

Durruti ha sido asesinado alevosamente en acto de traición. Contra esta calumnia infame ponemos en guardia a todos los compañeros. Se trata de un procedimiento vil, destinado a quebrantar la formidable unidad de acción y de pensamiento del proletariado, que es la más eficaz arma contra el fascismo. ¡Comaradas! Durruti no ha sido víctima de ninguna traición. Ha caído en la pelea como tantos otros luchadores de la Libertad. Ha caído como caen los héroes: en el cumplimiento de su deber. Rechazad todos la canallesca especie puesta en circulación por los fascistas para romper nuestro bloque indestructible. Rechazadla sin embargo y en su totalidad. No prestéis oído a los irresponsables que siembran rumores fraticidas. ¡Son los mayores adversarios de la revolución!—El Comité Nacional de la CNT.—El Comité Peninsular de la FAI”²⁰.

Como documento aclaratorio sobre las circunstancias en que Durruti había encontrado la muerte es nulo, pero su valor fundamental reside en el hecho político de que fueran las que fuesen las circunstancias en que Durruti había muerto, no restaba un ápice a su grandeza, ni tampoco al hecho de haber muerto frente al enemigo. Los Comités confederales y específicos sí realizaron una investigación a fondo sobre la manera en que Durruti había muerto, aunque no la dieron a conocer ni la han dado hasta el presente. De aquella y de esta actitud puede entresacarse la conclusión de que la idea que prevalecía en aquellos momentos era mantener el frente antifascista a todo coste. Sin embargo, esa generosidad de la CNT y de la FAI no era realmente compartida por sus aliados circunstanciales, puesto que alguno de ellos, concretamente el PC, era no sólo uno de los propagadores de infundios en torno a la muerte de Durruti, sino que se apresuró inmediatamente a llenar el vacío que éste dejaba, operación denunciada por el general Vicente Rojo, con Kleber, el 26 de noviembre, en carta dirigida al general Miaja:

“...La prensa está haciendo una labor de exaltación de este General (Kleber) a todas luces exagerada y falsa (...). Y en cuanto a sus dotes de mando, por el solo hecho de que quieren apoyarse en una popularidad artificiosa, son también falsas (...). (Kleber) resulta, al parecer, el ídolo militar de algunos de nuestros partidos políticos (...), que le están presentando como el caudillo capaz de dirigir a buen puerto la revolución (...). Y esto, como lo anterior, si siempre es extraordinariamente nocivo porque se fomenta el caudillismo que tantos daños ha hecho en nuestra patria, lo es más si en la persona que trata de elevarse no concurren verdaderas dotes de caudillo”²¹.

20. José Peirats, op. cit., vol. I.

21. Vicente Rojo, op. cit.

CAPÍTULO II

¿Leyenda o realidad?

Mathieu Corman (miliciano del Grupo Internacional de la Columna)

“Durruti fue asesinado por una ráfaga de balas al salir de su coche. Esa fue la única victoria de la “quinta columna” en Madrid. Los milicianos rodearon la casa desde la cual habían disparado y mataron a todos los hombres que en ella se encontraban”²².

Esta versión de Corman nos ha sido ampliada por otro combatiente de la Columna, que prefiere guardar el anonimato:

J. M.

“...Al salir del Cuartel General de la calle Miguel Angel, tomaron asiento en el coche Bonilla —emisario enviado por Liberto Ros—, Manzana, y una tercera persona que no recuerdo el nombre.

“Llegando a la Plaza de la Moncloa, que era el lugar más próximo al Hospital Clínico, Durruti indicó al chófer que parase junto a uno de los chalets que se encontraban en la avenida. Apenas paró el coche, de un chalet situado a la izquierda se hizo una descarga contra el vehículo. Una bala cruzó el cristal de la ventanilla e hirió a Durruti en un costado. Pasada la primera sorpresa, los ocupantes del coche se dirigieron al chalet desde donde se había disparado y del cual salieron dos o tres individuos corriendo. Uno de ellos fue alcanzado por una ráfaga y murió en el acto. Los otros lograron huir. Sobre el muerto se encontró un carnet de la CNT, extendido en Madrid por el sindicato de Panaderos. Se hizo una investigación y pudo comprobarse que su propietario había muerto unos días antes, y que su familia echó a faltar, entre los efectos personales que le entregaron, el carnet de la CNT. De eso se extrajo la conclusión de que en los hospitales debía haberse infiltrado gente de la “quinta columna”, que hacía desaparecer documentos de identidad política para documentar a los facciosos”²³.

22. Mathieu Corman, *op. cit.*

23. “J. M.”. Las razones por las cuales el testimonio quiso conservar su anonimato no le fueron expuestas al autor en 1971, pero quizá podamos intuir las del hecho de que este personaje jugó luego en la División 26 (numeración que se dio a la Columna “Durruti” en marzo de 1937, al ser ésta militarizada) un papel importantísimo en los servicios de espionaje “en línea enemiga”.

Jaume Miravittles

En sus memorias dice que “un año después de la muerte de Durruti se organizó en Barcelona una exposición conmemorando la heroica resistencia de Madrid; allí fue expuesta, entre otros objetos, la camisa que llevaba el día de su muerte. Estaba desdoblada en una vitrina, y alrededor de ella se agrupaba la gente para ver el orificio producido por la bala y los bordes desgarrados”. Miravittles añade que “él se encontraba allí cuando oyó comentar que era imposible que fuese producido por una bala disparada a una distancia de dos mil pies”.

“Esa misma noche —continúa diciendo— hice venir a especialistas del laboratorio médico para que examinasen la camisa. Todos opinaron lo mismo: la bala había sido disparada a poca distancia”.

Días después, “en un banquete donde se encontraba la mujer de Durruti” él la interrogó: “Usted debe saber la verdad: ¿cómo murió Durruti?” “Sí, yo lo sé”, me respondió. Yo insistí: “¿Qué le pasó?” Me miró fijamente, y me respondió: “Por mucho tiempo que viva, aceptaré la versión oficial, que fue asesinado por un guardia civil desde lo alto de una ventana”. Después añadió, en voz baja: “Aunque sé que fue asesinado por uno de los que estaban cerca de él. Fue un acto de venganza” ²⁴.

Pierre Rosli

Pierre Rosli, militante del Partido Comunista francés, Jefe de Sección en la XI Brigada Internacional, declara: “En el mismo día de la muerte de Durruti, el 21 de noviembre, su Columna atacó desde la mañana el Hospital Clínico y el Asilo de Santa Cristina. Al principio de la tarde, tras numerosos asaltos infructuosos, los anarquistas estaban bajo los muros del hospital. Durruti se hallaba en su puesto de mando, delante de la Cárcel Modelo. A veces, los disparos parecían salir por detrás. Durruti cayó muerto. ¿Una bala perdida? ¿Rebotada? Desde el mes de agosto, el jefe anarquista tenía muchos enemigos entre los viejos militantes de la CNT y la FAI. Le reprochaban su dureza en la disciplina, y algunos le acusaban de ambición y convivencia con comunistas”. Minutos más tarde, los anarquistas de su Columna decían al jefe de sección Pierre Rosli: “A Durruti lo han matado gente de los nuestros...” ²⁵.

Mijail Koltsov

“21 de noviembre. Una bala perdida, o tal vez traicioneramente dirigida, ha herido de muerte a Durruti cuando salía del coche, delante del edificio de su puesto de mando. ¡Qué pena, Durruti! A pesar de sus errores y sus procedimientos anar-

24. Jaume Miravittles, op. cit.

25. Jacques Depierre de Bayac, *Les Brigades Internationales*, Ed. Fayard, Paris, 1972, pág. 123

quistas, ha sido, sin duda alguna, uno de los hombres más brillantes de Cataluña, y de todo el movimiento obrero español”²⁶.

Dominique Desanti

“Delante de la Cárcel Modelo, orgullo de la República, mataron a Durruti. Todo ha sido dicho sobre su muerte. Pero hace unos años encontramos a un antiguo militante anarquista arrepentido, que aseguraba, con precisiones difíciles de inventar, que uno de sus camaradas se había encargado de la ejecución. “Con su disciplina en la indisciplina, Durruti nos habría hecho corderos. Refunfuñábamos, al igual que los socialistas y los comunistas. Exigía que combatiéramos sin rebatir sus órdenes. Pero cada uno de nosotros tenía derecho a decir si se debía o no atacar. Ordenaba como un general “soviético”. El anarquista arrepentido añade: “Yo ignoraba entonces que si las ideologías son múltiples, la forma de combatir es única, y que la regla es vencer”²⁷.

Hugh Thomas

“El 21 de noviembre, mientras la batalla estaba en su apogeo, Durruti encontró la muerte en el frente, delante de la Cárcel Modelo. Se decía que murió por una bala perdida disparada en la Ciudad Universitaria. Pero lo más probable es que hubiese sido abatido por uno de sus hombres, un “indomable”, refractario a la nueva actitud de los anarquistas —“la disciplina en la indisciplina”—. Los funerales de Durruti fueron celebrados en Barcelona. Durante todo el día el pueblo desfiló por la Avenida de la Diagonal, sobre un frente de 80 a 100 personas. Por la tarde, doscientas mil personas juraron ser fieles a los principios de Durruti. Pero su muerte pone fin a uno de los mejores momentos del anarquismo”.

Pierre Broué

“El 14 de noviembre llegan a Madrid, procedentes del frente de Aragón, tres mil quinientos hombres de la Columna Durruti. El pueblo madrileño los recibe calurosamente. Durruti exige la zona más peligrosa. Le confían la Casa de Campo, frente a la Ciudad Universitaria.

26. Mijail Koltsov, op. cit.

27. Dominique Desanti, op. cit., pág. 225. Tras la lectura de esta versión nos pusimos en contacto directo con Dominique Desanti y la única referencia que pudo darnos es que “en un Congreso de la Paz, celebrado en Varsovia, conoció a un anarquista arrepentido que poco después de la muerte de Durruti ingresó en el Partido Comunista de España y éste fue quien le facilitó dicha versión”. Pero, “desgraciadamente, no se acordaba del nombre del mencionado arrepentido”.

“El Estado Mayor le asigna un oficial como consejero, el ruso “Santi” (...). El 15 de noviembre comienza en su zona el gran ataque. Al atardecer, la columna de Asensio logra entrar en la Ciudad Universitaria (...). El 21 matan a Durruti, al parecer uno de sus propios hombres, que le reprochaba los riesgos que acarrearía por la disciplina que les imponía bajo ese fuego infernal”²⁸.

El crítico de *The Times*

“Con todo su enorme crédito, Durruti aceptó finalmente ir a Madrid para discutir un pacto con los comunistas y el Gobierno. Él y su escolta fueron instalados en el restaurante subterráneo de la Gran Vía, mientras las granadas de las tropas del general Franco estallaban afuera, en la calle. Los madrileños nunca habían visto un despliegue de poderío militar como el que aquellos guerreros presentaban, y se entusiasmaron al pensar que dichos hombres bien armados ocupaban por fin su lugar en la lucha.

“Durruti abandonó su escolta, e hizo un acuerdo con los comunistas; y quince minutos más tarde fue asesinado por los agentes de una organización anarquista llamada “Los Amigos de Durruti”²⁹.

Esta es la versión que da de la muerte de Durruti el crítico literario del Suplemento de *The Times*, enjuiciando en su artículo los libros *The Anarchists* de James Joll, y *Anarchism* de Georges Woodcock, autores a los que reprocha su “falta de justeza”:

“Ninguno de los dos autores que examinamos han encarado el episodio con justeza. Los dos aceptan la teoría de que Durruti llegó a Madrid y que fue asesinado por personas desconocidas. Esta fue la teoría que, por obvias razones, hicieron circular el Gobierno republicano español y el Partido Comunista en aquel momento. Ellos tenían interés en atenuar la violencia del conflicto entre los comunistas y los anarquistas. Se dijo que quizá Durruti había sido muerto por una bala perdida procedente de las trincheras fascistas. Nada de esto es verdad. Él fue muerto por la espalda, en presencia de muchos observadores en las calles de Madrid. Y el asesinato pudo ser visto como una posible y terminante demostración de la filosofía anarquista y sobre todo del conflicto final entre comunistas y anarquistas.

“Los Amigos de Durruti” fueron organizados poco antes de que Durruti cayera asesinado. Este grupo intentaba expresar el espíritu *verdadero* del anarquismo con-

28. Hugh Thomas, *Histoire de la Guerre Civile Espagnole*, Ed. Lafont, Paris, pág. 334. Pierre Broué et Emile Témime, *La Revolution et la Guerre Civile en Espagne*, Ed. Minuit, Paris, pág. 228. Estos dos autores no hacen otra cosa que seguir el relato de Koltsov. Su investigación propia es nula. Incluso Broué da como fecha de la muerte la “del 21 de noviembre”, para mostrar más el origen de su referencia.
29. *Times Literary supplement*, colaboración anónima, 24 de diciembre de 1964. Su afirmación sobre la existencia de “Los Amigos de Durruti”, como veremos luego, es una ficción del cronista.

tra las tendencias autoritarias del comunismo. Era, por lo tanto, lógico que “Los Amigos de Durruti” asesinaran a Durruti. Este fue el último acto en la querrela entre Bakunin y Carlos Marx”.

Las personas aludidas en el artículo transcrito, más otras interesadas en los temas relacionados con la historia de la guerra de España, replicaron en el número siguiente de *The Times* ³⁰:

“Señor director —escribe Hugh Thomas—: vuestro crítico de *The Anarchism*, de Georges Woodcock, escribe categóricamente, como un hecho definitivo, casi como si él mismo hubiera estado allí, que el líder anarquista español Durruti fue asesinado en las calles de Madrid en 1936 por la organización extremista conocida, irónicamente, como “Los Amigos de Durruti”. Y él agrega que: “muchos observadores” vieron al asesino, y que el Gobierno republicano español y el Partido Comunista hicieron circular la teoría de que había sido muerto en el frente, sea por los nacionalistas, sea “por personas desconocidas”. A estas afirmaciones, Hugh Thomas señala: “Sería muy interesante conocer exactamente quiénes fueron esos “muchos observadores”, y si alguno de ellos puede ser identificado ahora. Es sorprendente —agrega Thomas— también el porqué vuestro crítico piensa que el Gobierno y los comunistas tuvieron una buena razón para ocultar los hechos de la muerte de Durruti si ellos los conocían. Al contrario, nos parece que, dado que las relaciones con los anarquistas eran ya bastante tensas en noviembre de 1936, los comunistas habrían aprovechado la ocasión del “asesinato” de Durruti para desacreditar a sus camaradas, particularmente aquellos que rehusaban someterse a la disciplina de guerra. A fin de cuentas —concluye el historiador inglés—, ¿qué prueba hay de que “Los Amigos de Durruti” estuvieran organizados por aquellas fechas?”

Albert Meltzer

En el mismo número, e inmediatamente después de la carta de Hugh Thomas, se reproduce la enviada por Albert Meltzer:

“Su crítico sostiene que él posee un conocimiento sobre la muerte de Durruti mayor que el que parece presto a sostener con fuentes sustanciales. Cuando un hombre es muerto en plena calle, en un período de guerra, uno puede atribuir su muerte a sus oponentes o a sus partidarios. En el momento de su muerte, Durruti fue asesinado en un barrio del cual los fascistas estaban siendo desalojados. Es imposible que el asesino haya podido reconocerlo y matarlo sabiendo que mataba a Durruti. Durruti no llevaba uniforme especial, y el asesino estaba disparando al azar a milicianos que avanzaban, y pudo haber sido solamente un franquista (cuando Durruti fue muerto por la espalda, fue desde una altura de edificios aún ocupados por el enemigo). En el momento de la caída de la República hubo recriminaciones de los anarquistas tendentes a sugerir que Durruti había sido

30. Idem, 7 de enero de 1965.

muerto por un comunista, pero esto es improbable. Es verdad, sin embargo, que la muerte de Durruti fue una gran ventaja táctica para los comunistas, puesto que quedaba eliminado el único hombre del movimiento anarquista cuyo prestigio era suficientemente grande como para frenar la creciente influencia comunista.

“Los Amigos de Durruti” se organizaron meses después de la muerte de Durruti (llamados así, precisamente, de acuerdo con una costumbre tradicional anarquista de llamar a sus grupos “los amigos de éste o aquel filósofo o militante muerto”, pero nunca de alguien en vida). Aquellos que adoptaron este nombre en España (el primer grupo estuvo en París), fueron los anarquistas que oponían su organización de vigilancia a todo compromiso con el Gobierno y al sometimiento al Partido Comunista. Vuestro crítico (¿posiblemente “un antiguo compañero de viaje”?) mezcla dos tipos de ataque comunista contra los anarquistas cuando afirma que “Los Amigos de Durruti” asesinaron a Durruti porque estaba en tratos con los comunistas para realizar un pacto. Sería más tarde, con la influencia rusa, que alcanzarían su cúspide después de su muerte, que ellos habían podido hacerlo. En varias entrevistas publicadas por la veterana anarquista rusa Emma Goldman, Buenaventura Durruti expresó su posición claramente poco antes de su muerte. Interrogado sobre si él no se sentía demasiado confiado, replicó: “Yo no temo si los trabajadores son llamados a elegir entre nuestros métodos de libertad y el pseudo-comunismo que usted ha visto en Rusia, el resultado de su elección”. Ella le preguntó entonces: “¿Qué ocurriría si los comunistas probaban a los trabajadores ser suficientemente fuertes como para plantear la posibilidad de una elección?” Y Durruti contestó muy seguro: “Sería un asunto fácil ponerse de acuerdo con los comunistas cuando nosotros hayamos terminado con Franco, o *aún antes*, si la necesidad se impone”.

Y Meltzer concluye:

“Mientras Durruti vivía, eso hubiera podido probarse como verdadero”.

James Joll

Envío también sus precisiones al crítico literario de *The Times*:

“Los estudiosos del anarquismo español y de la guerra civil española agradecerán a vuestro colaborador por su aporte a esclarecer la muerte de Durruti. Pero es, sin embargo penoso que su insistencia sobre el anonimato de sus informadores haga imposible identificarles para poderle dar un valor y poderse referir a ellos con seguridad en futuras versiones de la historia”.

En esta segunda entrega del Suplemento Literario de *The Times* que venimos citando, el crítico incriminado responde globalmente a sus oponentes:

“Los corresponsales Thomas y Meltzer plantean cuatro puntos esenciales: a) ¿Dónde fue asesinado Durruti?; b) ¿Quién o quiénes lo asesinaron?; c) ¿Por qué lo hicieron? y d) ¿Por qué habría sido el relato deformado oficialmente?”

“El señor Thomas cree que fue asesinado en el Parque del Oeste, esto es, en el frente, en Madrid. Mister Meltzer acepta que fue muerto en la calle, pero no que fuera asesinado por “Los Amigos de Durruti”. Yo estaba en Madrid el día del cri-

men, y estuve en el lugar del asesinato a la media hora de suceder. Había mucha gente allí que yo conocía, por lo menos de vista, entre ellos miembros de la escolta de Durruti. Ellos no tuvieron en realidad tiempo de contactarme para hacerme beneficiar del relato de lo que había sucedido.

“Durruti fue asesinado, como señala acertadamente el señor Meltzer, desde una ventana elevada, pero él me desarma con su afirmación de que “los nacionalistas estaban siendo desalojados” de este sector de la ciudad en aquel momento, y que sin embargo, él fue asesinado por un nacionalista que estaba simplemente mezclado entre los republicanos de avanzada. Yo sugeriría al señor Meltzer que re-examinara realmente sus fuentes. Un episodio como éste pudo haber ocurrido muchas semanas antes o muchos meses después. Ningún combate de este tipo contra los partidarios de Franco pudo haber ocurrido en ese momento dentro de Madrid.

“No había necesidad de que Durruti llevara un uniforme especial para identificarlo. Los asesinos estaban esperando en una ventana, desde la cual ellos podían cubrir las salidas del edificio donde Durruti se sabía estaba completando sus negociaciones. La ventana estaba en el mismo lado de la calle, y de allí vino el tiro en la espalda tan pronto salió de la puerta. Naturalmente, es posible a todo el mundo, y en este momento, negar que los asesinos fueran realmente miembros de “Los Amigos de Durruti”. Cuando el señor Meltzer, no dando sus propias fuentes, pregunta por las mías, yo sólo puedo recordarle de qué tipo de guerra se trataba. Mis fuentes son, yo diría, procedentes de muchos frentes. Mis informadores no son del tipo de hombres que se encuentran ahora vivos y felices en Chatham House o en las Naciones Unidas.

“Sin embargo, es muy posible (yo me siento cohibido de dar esto como única ayuda al señor Joll) que uno u otro de los corresponsales americanos de Madrid pueda haber pasado sus noticias a través de la censura, de manera que pudiera encontrarse algún dato útil examinando las colecciones de los periódicos americanos de la época.

“Mister Meltzer y Thomas están equivocados, de acuerdo con mis datos personales, al sugerir que “Los Amigos de Durruti” no existían como organización en el momento de la muerte de Durruti. Sus lemas estaban escritos sobre las paredes y sus manifiestos se distribuían. Dos aspectos de “Los Amigos de Durruti” pueden ser señalados. Ellos pueden ser vistos, de un lado, como “puros” idealistas anarquistas para quienes, tal como podría haber sido el caso para cualquier anarquista, la dirección del movimiento anarquista estaba abandonando, bajo la presión de la guerra, los principios anarquistas. O ellos pudieron haber sido, en realidad, agentes del enemigo, disfrazados de anarquistas, para propósito de perturbación. Aquí, el hecho señalado por el señor Thomas de que “los anarquistas fueron a menudo utilizados por otras organizaciones” es válido. El hecho de que hayan matado a Durruti es explicable de las dos maneras.

“En cuanto a la versión oficial del suceso, seguramente es obvio que, puesto que el objeto de los asesinos —fueran idealistas u otra cosa— era perturbar y provocar el plan del Gobierno y de los comunistas, que justamente estaban negociando, debe de haber sido impedir esta intención, para prevenir que el público,

en general, y sobre todo, los hombres del frente, supieran la verdad. **Se trataba de una elemental respuesta a la provocación.**

“Desde mi punto de vista, el señor Meltzer toca lo vivo del asunto con su cita de la interviú de Durruti con Emma Goldman; ella pregunta si él no era muy confiado (*too trusting*). El lo negó. Pero había muchos anarquistas que pensaban que él lo estaba. Y ellos también pensaban, en el breve intervalo entre la interviú y el asesinato, él estaba cambiando su posición en la dirección de una necesaria cooperación con los comunistas, quienes, en mi opinión personal, eran en aquel momento mucho más poderosos en las fuerzas armadas republicanas de lo que sugiere el señor Meltzer”.

La versión de Antoine Stern

Esta versión difiere de todas las mencionadas, y da una nueva dimensión a la muerte de Durruti, asociándola con la del comunista alemán Hans Beimler, asesinado por un tal Richard, el agregado militar que le impusieron “los consejeros rusos”. Antonia Stern era, o es, alemana, si es que aún está con vida. La muerte misteriosa del ex-diputado del Partido Comunista alemán llenó de inquietud a sus amigos y entre sus más íntimos está Antonia Stern, que además de amiga era su colaboradora. Se tenía conocimiento de que Hans Beimler se había enfrentado en Barcelona con la sección alemana que funcionaba en el Hotel Colón, local del PSUC. El motivo de la querrela consistía en que Beimler les reprochaba el carácter burocrático de su funcionamiento y sus excesivas preocupaciones por las cosas que ocurrían en la retaguardia catalana, en vez de ocuparse más de lo que era su función, es decir, la lucha contra el fascismo. Antonia Stern hizo una investigación a fondo en relación a la muerte de Beimler, y de ella extraemos los párrafos siguientes:

“La lápida de la sepultura de Hans Beimler permaneció un año sin nombre ni datos relativos a su muerte, y cuando fueron inscritos se hicieron falsamente. Hans Beimler cayó muerto en la Ciudad Universitaria, y no en la Casa de Campo, la cual se encontraba, del lugar de su muerte, a unos 3 kilómetros. ¿Se pretendía con esos falsos datos desorientar a la opinión caso de una posible investigación; o se deseaba simplemente evitar mencionar la Ciudad Universitaria? *No hay que olvidar que fue también en ese lugar donde fue abatido cobardemente por la espalda Durruti, diez días antes que Beimler.* ¿Obedecía eso a impedir la constatación de la coincidencia? ¡Quizás, ambos motivos se complementan...! (...) Pero aún hay más... Los verdaderos amigos de Beimler, que hablaban de él y que seguían pensando en él, fueron inmediatamente mal vistos, quedando sometidos a persecuciones...”

Antonia Stern confiesa que llegó a Barcelona creyendo firmemente la versión oficial que se había dado de la muerte de Hans Beimler:

“Yo deseaba recoger testimonios entre los compañeros milicianos de Hans Beimler con el objeto de dedicar un libro a su memoria. Desde mi llegada a Barcelona fui puesta en cuarentena y después perseguida. A pesar de las mejores

recomendaciones, a los salvoconductos, mi trabajo, mi viaje a Madrid, en fin, todo cuanto se relacionaba con mi intención de recoger el material para mi libro, chocó con dificultades y prohibiciones. Al fin, se me dijo claramente que debía renunciar a mi propósito de escribir un libro sobre Hans Beimler; pero como yo no obedecí las órdenes del Partido fui detenida. Igualmente fueron detenidos todos cuantos milicianos me habían confiado su pensamiento sobre Beimler. A nosotros se nos escapaba la razón por la cual se nos perseguía, y a todo trance se deseaba impedir que se hablara de Hans Beimler. Esa razón fue comprendida en el momento en que supimos la manera como Hans Beimler había encontrado la muerte: "Con Hans ellos estrangularon la revolución. No podíamos vencer porque los mejores camaradas eran liquidados por su propio Partido", me ha confiado uno de los milicianos de Beimler, que he podido ver recientemente" ³¹.

Mossèn Jesús Arnal y el periodista Montoto

Mossèn Jesús Arnal, más conocido en tierras de Aragón por el título de "secretario de Durruti" o "el cura de Durruti", era un párroco que ejercía sus funciones sacerdotales en un pueblo de la provincia de Huesca, llamado Aguinaliú, cuando estalló la sublevación militar el 19 de julio. Se escapó o se ocultó en los primeros momentos de la sublevación temiendo por su vida. Pasados los primeros días, y no creyéndose seguro, cambió de residencia, llegando en sus andanzas hasta el pueblo de Candanos, donde un militante de la CNT llamado Timoteo, convencido de que no había motivos para ajusticiar al párroco, hizo cuanto pudo para salvarle la vida, terminando por llevarlo a la Columna "Durruti", a Bujaraloz, donde se le dio empleo como escribiente en el Comité de Centurias, junto con Antonio Roda, José Esplugas y Flores. Con el correr del tiempo, Mossèn Jesús Arnal llegó a Comisario de Compañía y secretario del Comisario de División "Ricardo Rionda Castro" (Rico). Terminó la guerra y Mossèn Jesús pasó a Francia, pero pronto volvió a España, donde se le mantuvo en un campo de concentración, y al fin se le dejó libre, volviendo de nuevo a ejercer su función sacerdotal en el pueblo de Ballobar (Huesca). Así continuó transcurriendo la vida del "cura de Durruti", hasta que un día Mossèn Jesús Arnal se propuso escribir sus memorias y explicar, para la historia, el enigma de la muerte de Durruti. A partir del momento en que el cura de Ballobar dio a conocer dicho propósito, este hombre ya no conoció la tranquilidad, asediado por periodistas, cineastas, etc.

31. Antonia Stern, *Hans Beimler Dachau-Madrid ein Dokument Unserer Zeit*. Libro, a nuestro conocimiento, aún inédito. La autora escribió un artículo en *Supplement a Espagne Nouvelle*, marzo de 1939, págs. 2 y 3. Concluyamos con el testimonio de uno de los fundadores de "Los Amigos de Durruti", Jaime Balius, en vida y aún exiliado en Francia. Balius nos da cuenta de que la Agrupación se organizó a primeros de enero de 1937, y que su periódico *El Amigo del Pueblo* salió con su primer número poco antes de las jornadas de mayo de 1937. Este último detalle puede confirmarse consultando la colección de dicho periódico que se encuentra en el I.I.H.S. de Amsterdam, Holanda

Mossèn Jesús da como razón fundamental a su propósito de escribir sus memorias el deseo de justificar su presencia en la Columna "Durruti". Y parece ser que le vino la idea en el año 1967, después de una conversación sostenida con uno de los técnicos, Mariano Pacheco, que intervenían en el rodaje de la película *Golpe de mano*, en su pueblo. Aquél, según cuenta Mossèn Jesús, deseó que le confirmase las circunstancias de la muerte de Durruti, hechos que según Pacheco ya conocía por habérselos referido Julio Graves, el célebre chófer de Durruti en el momento del incidente. El lugar que se señala como sitio del incidente era la Plaza de la Moncloa, hecho erróneo, según atestigua Ricardo Rionda.

Jesús Arnal, incitado quizá por el cineasta, y comprendiendo el valor que podía tener la divulgación de una versión que explicara de manera diferente la muerte de Durruti, se entregó a la redacción de sus memorias, dándole a ello publicidad. Así, en noviembre de 1969, Jesús Arnal fue entrevistado por unos periodistas de la Agencia EFE de Monzón, los cuales publicaron un reportaje el 11 de noviembre de aquel año en *El Noticiero Universal*, de Barcelona, inmediatamente recogido por *El Heraldo de Aragón*, el día 30, y por *La Mañana*, de Lérida, el 2 de diciembre de 1969, ampliado por Angel Montoto en *La Prensa*, a partir del 7 de julio de 1970. En los reportajes mencionados lo que destaca es la muerte de Durruti, que Jesús Arnal la da en los términos siguientes, precedidos de "Antes de llegar al puente Internacional que separa Francia de España, nos dice Rico (Ricardo Rionda Castro)":

"Ahora sabréis la verdad sobre la muerte de Durruti, pues siempre os dije que era un secreto y que nos habíamos juramentado no revelarlo, por política y por considerar una muerte ridícula para Durruti. Al llegar a la Ciudad Universitaria, y antes de meterse en el jaleo, el conductor Julio aparcó el coche pegado al bordillo de la carretera. El coche era el *Hispano* descapotable que nos llevamos de Bujaraloz. Durruti llevaba en las manos el fusil-ametrallador, conocido con el nombre de "naranjero", tipo de cañón corto, precisamente —me dice— ese que tú llevas para entregarlo a los gendarmes. (Era el que toda la campaña había llevado Alfredo, como escolta de su padre.)

"Al inclinarse para bajar del coche, quiso apoyar el naranjero en el bordillo de la acera, y, al golpe, saltó el seguro, saliendo el fatídico disparo". A los pocos días de publicarse este reportaje, "un coche —escribe Jesús Arnal— se detiene ante la puerta de mi casa rectoral, y de él descienden un caballero, una señora y una criatura. Llegados a mi despacho, me dice el caballero:

"—Soy de Barcelona. Vengo para conocerle, saludarle y saber cómo ha podido usted indagar la verdad de la muerte de Durruti.

"Tranquilamente le di mi versión y las fuentes de donde la había obtenido, y me dice:

"—Yo soy uno de los que iban en el coche. No le autorizo a dar mi nombre; a lo sumo, mi pseudónimo, "Ragar".

"Me mostró algunos documentos que acreditaban su personalidad".

"Está usted en lo cierto, con unas pequeñas variantes que no alteran la verdad de los hechos. El coche no era el *Hispano*, sino un *Buick*; el naranjero no dio contra el bordillo de la acera, sino contra el estribo del mismo coche; y, finalmente,

Ricardo Rionda Castro (Rico) no iba en el coche, sino que iban Bonilla y Manzana. No sé cómo Rico ha podido llegar a conocer los hechos, pero lo cierto es que no estaba presente. Efectivamente, el accidente ocurrió en la Plaza de la Moncloa, esquina Paseo Rosales, a las cuatro de la tarde del día 19 de noviembre de 1936. Inmediatamente llevan al herido al Hotel Ritz (...). El juramento de guardar secreto nos fue tomado por Federica Montseny y por Mariano R. Vázquez (alias) Marianet, secretario del Comité de la CNT”.

Las declaraciones hechas por este misterioso personaje llamado “Ragar” transformaron a Mossèn Jesús en detective, porque se encontró ya en plena confusión entre lo dicho por Rionda y lo manifestado por “Ragar”.

“Con estas dudas —escribe Jesús Arnal—, (...) con el periodista Angel Montoto iniciamos una serie de consultas a personas que nos parecía que tenían que estar bien informadas”.

Esta investigación se extendió a los médicos Martínez Fraile, Manuel Bastos y José Santamaría. Y el resultado de ella fue la contradicción entre Bastos y Santamaría, describiendo cada uno una herida diferente; como ya hemos tenido ocasión de explicar anteriormente. Pero tanto Jesús Arnal como Montoto retuvieron la versión de Santamaría porque era ésta la que convenía a su teoría, lo que significaba un “fallo” como detectives. Prosigamos.

Dispuestos a llevar adelante su investigación, el periodista Montoto se trasladó a Toulouse para visitar a Federica Montseny, y Mossèn Jesús a Realville, para visitar a Rionda.

“Don Angel Montoto visitó en Francia a Federica Montseny, y a su regreso me dijo:

“—Ha reconocido que nosotros estamos en la verdad, al afirmar que la muerte de Durruti fue un accidente”.

“No satisfecho, todavía, me trasladé yo a Francia, al pueblo de Realville, enterado de que allí residía Rico. El recibimiento fue el de un padre para con un hijo, y le digo:

“—Mira, Rico, vengo para abrazarte, a ti y a tu familia, pero vengo también para un asunto que me interesa mucho esclarecer: la muerte de Durruti”.

“—La verdad es la que te dije cuando pasamos la frontera, y no hay otra. Ahora bien, puedes añadir y aclarar que no estaba presente cuando el accidente, pero ya sabes que con Manzana éramos más que hermanos, y a los diez minutos de sucedido ya me había enterado con todo detalle. No tengo ningún reparo en afirmar que la muerte de Durruti fue un accidente (...).

“Creo, pues —concluye Mossèn Jesús—, que en este asunto se ha dicho la última palabra”. ¿La última palabra? ³².

32. Jesús Arnal, *Por qué fui secretario de Durruti*, Ed. Mirador del Pirineo, Lérida, 1972. Utilizamos también los reportajes del mencionado sacerdote publicados en *La Prensa* de Barcelona el mes de julio de 1970, bajo el título de “Mis aventuras en la Columna Durruti”, más dos cartas cruzadas con él en junio de 1971.

Contradicciones y fantasías en las versiones presentadas

Deliberadamente hemos deseado extendernos transcribiendo las diversas versiones divulgadas que, cada una de por sí y con mucha seguridad por parte del que la sostiene, tratan de despejar la incógnita de la muerte de Durruti. Pero por muchos esfuerzos de imaginación que se hagan ninguna de ellas es lo suficientemente concreta y digna de fe para poderla tomar como “la última palabra sobre este asunto”. Las contradicciones entre ellas, y las contradicciones internas de cada una, las invalidan como *verdad absoluta*, lo que no quiere decir que cada una de ellas no contenga algún *elemento positivo*. Posiblemente, agrupados todos esos elementos, puedan dar la idea que se ajuste más a la verdad de los hechos. Pero eso sería pura especulación detectivesca, género poco recomendable en la investigación histórica.

Las versiones que se mueven bajo la órbita estalinista, comenzando por la declaración de *Izvestia*, bien nutrida por el cronista del Suplemento Literario de *The Times*, de Londres, y recogida finalmente por Federico Bravo Morata, quien escribe que “Durruti se había afiliado al PC, con la condición expresa de que se mantuviese secreta su afiliación hasta un momento determinado”, apuntan en dos direcciones, sin tener por ello ningún punto de apoyo: apropiarse de la personalidad de Durruti y condenar a la vez al anarquismo, como escribe Karmen, el operador ruso, capaz de afirmar “el grueso de aventureros que lo integran de matar a Durruti”. Todas estas versiones, por su insistencia, resultan sospechosas. Es cierto que algunas declaraciones de Durruti publicadas se pueden interpretar en el sentido en que la propaganda comunista planteaba la cuestión de la unidad frente al fascismo. Pero Durruti había precisado muy bien qué entendía él por *unidad de acción*. Y en su afirmación no había confusión. Su última intervención pública había sido el texto dirigido “a los obreros rusos”. Cuando se trató en Bujaraloz del envío de una delegación a Rusia, personalmente él se opuso, pero decidido por el Comité de Guerra de la Columna, Durruti afirmó su voluntad de redactar él mismo el saludo. Ni por una sola vez se nombra a Stalin, ni a los bolcheviques, ni al Gobierno soviético. Es un texto de un obrero que se dirige a otros obreros, recabando de ellos una acción revolucionaria en favor de un proletariado revolucionario que lucha por la revolución social, y que afirma su propósito de llevarla adelante. Siendo éste el último texto escrito por Durruti, hay que hacer mucha prueba de imaginación para ver en él “una evolución de Durruti hacia el bolchevismo”.

El otro aspecto insinuado por el estalinismo, y recogido por Pierre Broué, Hugh Thomas y Dominique Desanti, de que “Durruti pudo haber sido asesinado por sus propios hombres”, es la mayor ofensa que pueda hacerse a los mil combatientes de la Columna “Durruti”, que encontraron su muerte defendiendo Madrid. Los combatientes de la Columna “Durruti” que *salieron* de Aragón, aun-

que nos duela reconocer el término, no sólo tenían fe en Durruti, sino que lo seguían hasta la muerte sin discusión. Cualquiera de ellos estaba presto a hacerse matar junto a él. La influencia que Durruti ejercía sobre ellos venía avalada por su pasado de lucha que en aquel presente, tanto en Aragón como en Madrid, no quedaba desmerecido por su presencia permanente en su puesto de combate. Si existía contradicción entre Durruti delegado de Columna y Durruti militante, era precisamente que Durruti ejercía su delegación no desde el número 27 de la calle Miguel Angel o de la Ventana Monzona, sino en primera línea. Sólo por un desequilibrado, y a condición de que su acto fuese aislado, puede admitirse la idea del disparo por un hombre de su Columna.

Pero este punto hay que aclararlo más. Ya hemos visto cómo en Madrid el general Vicente Rojo había hecho a Durruti responsable de un sector en la Ciudad Universitaria. Y también que justamente una Columna perteneciente al Partido Comunista (el promotor del “mando único”) se negó a ponerse a las órdenes del anarquista Durruti, con lo que el PC demostraba el carácter unitario que daba a su consigna de “mando único”. Sin embargo, como la orden oficial quedó en los archivos, consta que la Columna “Libertad-López Tienda”, *responsable del paso de los nacionalistas por el Manzanares*, estaba a las órdenes de Durruti y, por ende, se denominaba Columna “Durruti”.

Ateniéndose a esa orden oficial, Martínez Bande cometió el error de llamarla anarcosindicalista, error que el propio historiador de la guerra de España tuvo que rectificar. Pero ese error no lo han rectificado ni Hugh Thomas, ni Pierre Broué ni otros que siguen manteniendo “el chaqueto” de la Columna “Durruti”

De la misma manera que Vicente Rojo puso a las órdenes de Durruti la Columna “Libertad-López Tienda”, en el transcurso de la lucha en la Ciudad Universitaria y en el Hospital Clínico puso también a sus órdenes otras tropas de Madrid, entre éstas unas compañías de carabineros. En el sector, pues, que ocupaban las fuerzas de Durruti se encontraban los supervivientes de la Columna primitiva llegada de Aragón, más otras fuerzas de difícil calificación política. Si hubo un asesino de Durruti hay que buscarlo entre esas tropas agregadas a la Columna en Madrid que no conocían a Durruti ni lo querían ni eran quizás afines en ideología. Cuando los nuevos historiadores pretendan meter la mano en la historia de la guerra de España, les es aconsejable prescindir de la biblia de Koltsov y retener los elementos que suministramos, acordes con la verdad histórica relativa a aquellas jornadas del mes de noviembre de 1936.

La fantástica imaginación de Jaime Miravittles

El autor de estas líneas también asistió a la exposición que se organizó en Barcelona en 1938. Es evidente que se expuso “una camisa”, pero no el chaquetón de cuero que era en el que se podía apreciar “el célebre tatuaje de pólvora”. La “célebre camisa”, Miravittles la vio tras la vitrina, pero ésta no salió de allí para ser analizada. Por lo tanto, ¿los médicos que llevó Miravittles dieron su diagnóstico de los “cincuenta centímetros” del disparo observando la prenda tras la vi-

trina? Ricardo Sanz está con vida, y él fue el responsable de la Exposición Durruti en 1938, él puede, pues, certificar si acordó licencia a Miravittles para “llevarse la camisa para ser examinada en el laboratorio”.

Vamos ahora a su segunda afirmación. Emilienne Morin, viuda de Durruti, abandonó Barcelona, junto con su hija, poco después de la muerte de Durruti, para incorporarse a los organismos de ayuda a la revolución española que se habían creado en Francia. La hemos interrogado sobre su asistencia a un banquete oficial, en el que tuviera ocasión de hablar con Miravittles. Su respuesta es categórica: “Ella no ha asistido nunca a un banquete oficial en Barcelona, y conoce a Miravittles de nombre, en razón del cargo que éste ocupó en el Comité Central de Milicias. Oyó hablar de él en casa de Diego Abad de Santillán, donde permaneció un tiempo, mientras Durruti se encontraba en Madrid”.

“Santi”, el consejero militar de Durruti

“Santi es un extraño personaje del que no se sabrá nunca, en punto exacto, cuál fue su función en España. Utilizó o fue conocido por diversos nombres, aunque parece ser que el propio era o es Kh D. Mansurov. Ehrenburg, siempre que se refiere a él, lo llama Hadji, y Koltsov lo designa como Santi. Según Ehrenburg, Hadji poseía un coraje loco, hasta el extremo de introducirse en la retaguardia del enemigo. De origen caucasiaco, Hadji podía pasar por español. Muchas de las cosas que Hemingway cuenta en su novela *Por quién doblan las campanas* son extraídas de las narraciones que le hizo Hadji al novelista americano”³³. Añadamos al retrato que hace Ehrenburg de Hadji que era teniente coronel del Ejército soviético y formaba parte del Estado Mayor ruso en España, que dirigía el general Ivan Berzin (Grichine).

Por muchas averiguaciones que hemos intentado llevar a cabo, entre las personas que rodeaban a Durruti en Madrid (José Mira, Antonio Bonilla, Ricardo Rionda, Liberto Ros, Mora, etc.), ninguna de ellas nos da pista alguna de este Santi como consejero militar de Durruti. Todos coinciden en que el único consejero con que contaba Durruti era Manzana, y su propio instinto. “Es posible —seguro— que el Estado Mayor de Durruti, tanto en Bujaraloz como en Madrid, fuera visitado por militares rusos, pero ninguno de ellos quedó en permanencia en el Estado Mayor”. De todo esto puede intuirse que Koltsov —como en otros casos en su escrito— embrolló un poco la historia, creando personajes ficticios o dando a personajes reales funciones ficticias.

La versión que nos da el cámara Karmen es fantástica, tanto en el papel que pretende hacer jugar a Hadji con relación a Durruti, como al relatar la salida de Durruti para la Ciudad Universitaria, precedido de cuatro motoristas. En el Cuartel General de la calle Miguel Ángel no había más motoristas que Mora, que era quien servía a Durruti de enlace. Sin embargo, hay en esta narración fanta-

33. I. Ehrenburg, *op. cit.*

siosa de Karmen algo que deja a uno intrigado. ¿Qué necesidad tuvo Karmen de escribir el párrafo relativo a la muerte de Durruti? La hora en que el cameraman ruso sitúa la muerte oscila entre las 14,30 a las 15 horas. La respuesta que da Hadji es concreta: “*Ils ont tué Durruti, ils viennent de le tuer*” ¿Quiénes eran esos “ellos”? El párrafo que sigue está dirigido contra los anarquistas: “El golpe traidor por la espalda ha quebrado la vida de Durruti, en el momento más crítico de la lucha que sostenía contra sí mismo y contra los anarquistas “clásicos”. Durruti se esforzaba en romper con la camarilla de aventureros que le rodeaban, y comenzaba la verdadera lucha sin reserva por la libertad de España. Era un hombre honesto, y se encontraba maduro para hacer deducciones justas de todo lo que estaba pasando en su patria, pero ellos lo han matado”. Este “ellos” es ambiguo, tanto, que igual pueden ser los anarquistas “clásicos”, como los fascistas, como los hombres de Orlov, la GPU. Lo sospechoso de todo esto es: ¿cómo pudo Hadji saberlo en la misma hora que Durruti fue herido, cuando Mera, Val y el Pleno de militares no se enteraron de ello hasta cerca de las 17 horas...?

La versión del cronista de *The Times*

En esta versión disparatada se prosigue con ahínco el propósito del estalinismo que hemos señalado en la versión de Karmen, sostenida incluso hasta en la actualidad (1976) por el estalinista Enrique Lister. Pero los elementos que este cronista suministra están en contradicción con los hechos reales (nos referimos al escenario), y con ello aumenta aún más la fantasía literaria del cronista.

El cronista de *The Times* no habla para nada de la acción de la Columna en Madrid y se desprende de su versión que el objeto de la visita de Durruti en la capital fue la de “concluir un pacto con el Gobierno y el Partido Comunista”: “...dejó su escolta. Concluye el pacto, y quince minutos después, en el umbral de la puerta, sus asesinos, “Los Amigos de Durruti”, parapetados en una ventana, del lado de la calle ocupada por el edificio donde el pacto había sido firmado (o sea, ¿del edificio de los comunistas?), lo asesinaron por la espalda”.

El cronista habla de “una ventana” y no de un balcón. Desde un balcón puede dominarse la calle, desde una ventana, no. La ventana debía estar muy cerca de la puerta. ¿Era una ventana del mismo edificio? A pesar del lujo de detalles que el cronista da, ha olvidado los esenciales: el nombre de la calle, dónde estaba situada esa ventana y, por fin, ¿cómo supo que la entrevista duró *quince minutos*?

Nada de lo que el cronista inglés relata como escenario de la muerte de Durruti se ajusta a la realidad de los hechos. De cabo a rabo su narración es una pura invención. Incluso los asesinos que él denomina “Los Amigos de Durruti”, no existían, como bien lo señala Meltzer.

El cronista sostiene que el Partido Comunista tenía interés en hacer creer que Durruti había muerto en el frente. Pero todas las fuentes estalinistas, comenzando por Koltsov, lanzaron el rumor de que Durruti había sido ejecutado por alguno de sus hombres a causa de que “comenzaba a ver bien”, es decir, que evolucionaba hacia el bolchevismo.

El cronista afirma que Durruti fue asesinado por la espalda y en presencia de numerosos testigos que se encontraban allí. ¿Qué hicieron los espectadores y qué hizo la “célebre escolta de Durruti” para detener al asesino? Ni los unos ni la otra hicieron nada para detener al asesino, dejando que éste se escapara tranquilamente. Ante esto puede sacarse en conclusión que todos los presentes, incluso los comunistas, puesto que el atentado se cometió en el umbral de la puerta del edificio que ocupaban ellos, fueron cómplices...

Incapaz el cronista inglés de sostener con lógica y con hechos su fantástica versión, se ha aferrado a la tabla de salvación que le echa Hugh Thomas, sobre que “también podían ser los asesinos gentes disfrazadas de anarquistas”. Quizás sea éste, en el supuesto de que Durruti hubiera sido asesinado, el único *detalle importante* que puede ser retenido de esta fantástica versión inglesa de la muerte de Durruti.

Corman y testimonio anónimo

La teoría de Corman, apoyada por el otro testimonio anónimo de la Columna, y corroborada por la primera versión dada en *Solidaridad Obrera* (al descender del coche sonó un disparo, que se supone efectuado desde alguna ventana de algún hotelito de la Moncloa), abre nuevo cauce a la investigación. Pero, desgraciadamente, no hemos encontrado a nadie que nos pueda certificar el hecho. Los militares de la CNT, que desempeñaban cargos en el Sindicato de Panaderos, y que hemos interrogado, han sido incapaces de recordar el hecho que nos menciona el testimonio anónimo. No obstante si el hecho fuera cierto, se demostraría con ello de dos cosas una: que habían sido elementos de la “Quinta Columna”, o “elementos disfrazados de anarquistas”, dirigidos por algún servicio secreto; y, por aquel entonces, el que se llevaba la palma era el de la GPU...

Mossèn Jesús Arnal - Montoto

Nos queda por examinar la teoría del accidente, puesta en circulación por Mossèn Jesús Arnal.

Jesús Arnal sostiene que el móvil de la redacción de sus “memorias” no fue otro que la justificación de su presencia en la Columna “Durruti”. Pero todo su trabajo quedó centrado en averiguar y demostrar que la muerte de Durruti obedeció a un estúpido accidente. Estúpido accidente o “imprudencia”, como escribe Ricardo Sanz, vienen a ser lo mismo. Es decir, que pararse en un lugar batido por el fuego enemigo era buscar la muerte sin desearla. Esta última teoría es la sostenida por Ricardo Sanz, y no parece exenta de lógica, pues cualquiera de las otras que se han puesto en circulación, como la de Jesús Arnal, a cada paso que se da en su análisis se tropieza con una contradicción.

La teoría del accidente mantenida por Jesús Arnal descansa en tres puntos esenciales: que le fue confesada por Ricardo Rionda, reconocida por Federica

Montseny y reafirmada por el misterioso “caballero Ragar”. Vamos a dejar de lado la contradicción que hemos señalado de los médicos (que Jesús Arnal no parece retenerla). Tampoco nos interesa la de la marca del coche (primero un “Hispano”, luego un “Buick”, según “Ragar” y, al final —lo que es más exacto—, un “Packard”, según Bonilla). A lo que vamos a dar importancia es a la declaración del misterioso “Ragar”. El “naranjero” dio en el estribo del mismo coche, lo que significa que Durruti no llegó a bajar del automóvil. “En el coche iban Manzana, Bonilla, “Ragar” y el chófer. El lugar del accidente fue en la Plaza de la Moncloa, esquina Paseo de Rosales, a las cuatro de la tarde”. “El juramento de guardar secreto nos fue tomado por Federica Montseny y por Mariano R. Vázquez”.

Vayamos al lugar del suceso. En la Plaza de la Moncloa desembocan, partiendo del centro de Madrid, las calles de Fernández de los Ríos y de la Princesa. A la derecha de la Plaza se encuentra el Paseo de Isaac Peral, a la izquierda la calle de Moret y al final de ésta desemboca el Paseo de Rosales, completamente al descubierto y en pleno teatro de operaciones. Entre la Plaza de la Moncloa y el Paseo de Rosales no hay esquina que valga. Con un simple vistazo a un plano de Madrid, “Ragar” se hubiese ahorrado esa metedura de pata. Las fuerzas de la Columna de Durruti se encontraban sobre las posiciones del Stadium. Sobre la Plaza de la Moncloa se encontraban, también, algunas fuerzas dirigidas por Ricardo Rionda. El escenario que nos da “Ragar” o es falso o pretende despistar a los investigadores. Vayamos ahora a los ocupantes del coche. Manzana no menciona a “Ragar”; Julio Graves tampoco; menos aún Ricardo Sanz; y en cuanto a Bonilla, que dándolo todo el mundo por muerto resulta que está vivo, sostiene que él iba en un coche separado, precediendo al de Durruti. “Ragar” sostiene que el accidente fue en el interior del automóvil, y Bonilla certifica que Durruti bajó del vehículo, que habló con unos milicianos, que no llevaba “naranjero”, y que si hubo accidente fue al entrar en el coche. “Ragar” es un misterioso personaje que nadie menciona y apenas se le nombra, y todo el mundo coincide en no saber su nombre. Esa ignorancia nos hace suponer que no era escolta de Durruti, pues éste no se iba a confiar a un desconocido. Por tanto, la existencia de ese “desconocido” o fue casual en aquel viaje o deliberadamente se le pretende soslayar, cosa que diría muy poco en favor del tal “Ragar”...

Las dos personas puestas en juego, tanto por Mossèn Jesús Arnal como por el periodista Angel Montoto, son Ricardo Rionda y Federica Montseny.

Nos hemos cruzado dos cartas con Jesús Arnal en mayo y 13 de junio de 1971, después de publicarse sus reportajes en *La Prensa*. De sus afirmaciones, en cuanto a Federica Montseny y Ricardo Rionda, deseamos tener confirmación por parte de los interesados. Rionda nos contestó, con fecha 21 y 26 de julio de 1971. En ambas cartas nos dice:

“Paso a lo de la muerte de Durruti. Yo no estaba con él. Con Durruti sólo estaba el chófer, Manzana y un catalán que siempre llevaba como escolta. Yo me encontraba en la Moncloa, y ahí fue donde, de parte de Manzana, me dieron la noticia... y me trasladé inmediatamente a su lado (...). Primera noticia de la radio fascista: “Durruti ha sido asesinado por los comunistas”. Segunda noticia: Lo ha

matado su escolta. La CNT tuvo que meter mano para aclarar las cosas (...).

“Te diré que a Jesús se lo han dicho (la cuestión del accidente) el chófer y el que iba de escolta. Jesús no sabía si yo vivía, y un día se presentó en mi casa un joven de Barcelona y me dijo que él estaba enterado de la manera que murió Durruti (...). Todo esto para mí es un compromiso, pues nunca se me pasó por la memoria decir nada de cómo murió Durruti. Creo que todo esto es la propaganda de un determinado partido Comunista (...) Jesús, este que después pasó conmigo de secretario, nunca me preguntó cómo fue la muerte de Durruti (...). (Jesús se procuró mi dirección). Luego recibí cuatro letras de él; le contesté, y un día se me presenta en mi casa, en Realville, y después de los correspondientes saludos, me dice “que Durruti fue herido en la Moncloa”, y le digo que no, que en la Moncloa estaba yo, y fue allí que me avisaron. Luego Jesús me dice: “¿Sabes que el chófer y el que llevaba el “naranjero” dicen que se le disparó el “naranjero” y que murió al poco tiempo? Yo le dije a Jesús que yo no podía decir nada porque no me encontraba allí ni en el coche, y que no tengo más versión que la que me dio Manzana.

Y a título de punto final a esta cuestión, Rionda nos escribe: “Puedes afirmar, sin temor a ser desmentido, que Durruti murió en Madrid defendiendo la revolución social”.

Federica Montseny, por su parte, nos escribe:

“Sobre este asunto de la muerte de Durruti, puedo decirte que yo mantuve, ante los alemanes (Hans Magnus Enzersberger) y ante Montoto la versión que siempre ha sido sostenida: esto es, que Durruti murió de un balazo recibido al bajar del coche. Montoto fue el primero que sostuvo la tesis del accidente, según la versión del famoso cura. Hans habló con Montoto y, al regresar de su viaje a Barcelona —el primero—, comenzó a flotar la idea del accidente, haciéndome incluso vacilar a mí, al citarme el testimonio de los médicos (a Federica le dieron sólo la versión del tiro a quemarropa, pero no la versión de Bastos Ansart). Pero lo peor es la afirmación de Rionda, al que fueron a ver primero Montoto y luego los alemanes. Rionda dice que él lo supo por Manzana, y que todo el mundo guardó silencio porque ésa fue la indicación de Marianet, que consideraba tan trágicamente absurda semejante muerte que a todo el mundo le parecería increíble. Que todos se comprometieron a guardar silencio, y que lo guardaron hasta hoy, 35 años después.

“Yo no sé si Rionda estaba en Madrid en el momento de la muerte de Durruti. Creo que deberías escribirle... y preguntárselo, así como que dé su versión de los hechos.

“Ante el cura yo no he reconocido nada, porque jamás le he visto. Yo he mantenido la tesis de la bala perdida; y si he vacilado, expresando alguna duda, ha sido después del testimonio de Rionda. Lo que yo puedo afirmar es que JAMÁS, nadie, hasta ahora, me dio otra versión de la muerte de Durruti que la generalmente admitida”.

“(…) No hay tal testimonio mío a favor de la tesis del cura de marras, al que te repito que no he visto en mi vida, siendo para mí la primera noticia de su existencia la que me dio Montoto. Pero tal y como están las cosas, mi testimonio tam-

poco puede tener un valor absoluto en el sentido contrario, por cuanto YO NO ESTABA EN MADRID EN EL MOMENTO DE LA MUERTE. Mariano llegó antes que yo (a Madrid), y cabe saber si Rionda se encontraba allí. En todo caso, ha sido un secreto tan bien guardado que nadie, hasta hoy, ha sospechado que podía existir. Las versiones han sido múltiples, yendo del asesinato por parte de los comunistas a la teoría de un balazo, partiendo de un hombre de su escolta —versión comunista, defendiéndose de la versión contraria—. Pero que fuese un accidente producido por su propio “naranjero”, jamás nadie me habló de ello HASTA AHORA.

“Estoy tan desconcertada y tan intrigada como tú, en lo que a esto respecta. Ya me dirás algo (28 de julio 1971)”

A estas cartas es preciso hacer algunas puntualizaciones. Comenzaremos por la de Rionda. Las dos cartas que poseemos de Rionda fueron escritas en julio de 1971. Se encontraba a la sazón muy enfermo y operado de la vista. Fue en ese estado físico y psíquico cuando Rionda fue visitado primero por Montoto y luego por Jesús Arnal. Por el texto de las cartas que tenemos de Rionda se deduce que él no había dicho nada, en relación a la muerte de Durruti, a Jesús Arnal. Por el contrario, era éste quien le daba la versión del accidente. Rionda se limitó a decir que él no tenía más versión que la que le dio Manzana, “puesto que él no estaba en el coche”, Arnal le presentó pruebas: las declaraciones del misterioso “Ragar” y la conversación que sostuvo con Mario Pacheco. Rionda se encontró ante elementos nuevos que no podía desmentir ni afirmar, deduciéndose de todo ello que Rionda no había comunicado a Jesús Arnal, al pasar la frontera, nada relativo a la muerte de Durruti. ¿De dónde había sacado Arnal esa versión? El propio Arnal, sin querer, nos lo dice: “Para confirmarse más en la veracidad de esta versión (la de Rionda), hará un par de años (es decir, que eso sería en 1967, aproximadamente) se filmó en mi parroquia de Ballobar una película titulada *Golpe de mano*. Durante el rodaje, que duró bastante tiempo, trabé amistad con todos los elementos técnicos de la misma y un buen día, uno de ellos, llamado Mario Pacheco, con residencia en Madrid, tomando unas cervezas en mí casa, dice:

“—Don Jesús, yo no salgo de su casa si usted no me dice cómo fue la muerte de Durruti.

“—¿Qué interés puede usted tener en ello?” le pregunto. “Pues, sí lo tengo; y le repito que no me marcharé hasta que usted me lo diga”.

“Por fin, le di la versión recibida de Rico, la cual ya había manifestado alguna otra vez.

“—Está usted en lo cierto —me dice—, ya que el chófer Julio, hasta que llegó a la edad del retiro, fue el ayudante de mi padre, y varias veces lo comentó con nosotros. Ello ocurrió en la Plaza de la Moncloa, y tal como usted lo dice: incluso, en aquel lugar donde cayó, pintaron una bandera roja y negra que se conservó bastante tiempo”.

“Yo siempre había creído ser —escribe Arnal— de las pocas personas que estaban en posesión de la verdad sobre este trascendental hecho histórico que, sin pretenderlo ni buscarlo, ha sido lanzado a la publicidad de la forma siguiente”.

Pero antes de explicar la manera en que fue lanzado, permítanos el lector que

precisemos un punto: Según el mismo Arnal cuenta, el relato de Rionda fue un *acto de confianza*. Confianza que, al tratarse de un sacerdote, implica un absoluto olvido. Si en realidad Rionda le confió ese secreto, ¿no era más correcto preguntar al mismo Rionda si le autorizaba a darlo a la publicidad? No consultar a Rionda era un verdadero abuso de confianza. Sin embargo, como Rionda nos asegura que él no comunicó nada a Arnal al pasar la frontera, situamos este asunto a otro nivel. La muerte de Durruti fue siempre un misterio para todo el mundo. Arnal pasaba en Ballobar como “el cura de Durruti”, nada de original pues que si el tal Pacheco tenía algunas sospechas (en el caso de ser ciertas sus afirmaciones en relación a Julio), que se hablara entre él y el famoso “cura de Durruti”. La aguja creemos que fue enhebrada en esas conversaciones. Ahora bien, si el mencionado cura deseaba *confirmación* más plena, ¿por qué despreció la oportunidad de interrogar al mejor de los testigos, puesto que era un testimonio directo, es decir, a Julio? Pacheco era un amigo de Julio, según él mismo se confiesa, y por tanto sabía dónde se encontraba. El sacerdote en cuestión no hizo eso, sino que se lanzó de la ceca a la meca interrogando a personas indirectas, tales como eran los médicos y, más tarde, Rionda. Ese descuido nos desconcierta en la actitud de Arnal, y nos desconcierta más cuando escribe: “sin pretenderlo ni buscarlo, ha sido lanzado a la publicidad”. Es cierto que Arnal no lo buscó, sino que lo “pretendió”, como él mismo cuenta, pues nadie, pensamos, le puso la pistola en el pecho para “traicionar” la amistad de Rionda.

“En noviembre de 1969 —escribe Arnal— se presentaron en mi casa unos periodistas, pertenecientes a la Sub-Agencia EFE, de Monzón, manifestando que estaban enterados de que yo preparaba unas Memorias y que querían las primicias de la información. Por lo tanto, me rogaban accediera a una interviú. Fruto de esta visita fue que el día 11 del mismo mes apareciese un reportaje en el vespertino de Barcelona *El Noticiero Universal*.

La cuestión estaba ya lanzada, y con ello el reportaje de escándalo previsto. Y así fue:

“En julio de 1970 se presentó un redactor de *La Prensa* (...). Como es natural, el reportero, don Angel Montoto, quiso puntualizar sobre la muerte de Durruti...”

A partir de ese momento, el sacerdote y el periodista se metieron a detectives. Entra “Ragar” en escena; se hacen visitas a los médicos; se visita a Rionda y a Federica; pero se *olvidan de contactar a Pacheco* para interrogar a Julio, y se *olvidan de confrontar a Santamaría con Bastos*, por sus diagnósticos diferentes. Sigamos a Arnal:

“Así, continuando nuestras averiguaciones, don Angel Montoto visitó en Francia a Federica Montseny y, a su regreso, me dijo:

“—Ha reconocido que nosotros estamos en la verdad, al afirmar que la muerte de Durruti fue un accidente”.

Este reconocimiento Federica Montseny lo niega rotundamente. La hicieron vacilar, al presentarle lo dicho por Rionda y lo de “Ragar” por hechos reales, pero no reconoció nada, por la sencilla razón de que ella no estaba capacitada para reconocer ni negar, puesto que no estuvo presente, pero sí afirmar la versión que se había mantenido durante 35 años. No ponemos en duda las palabras de Federica,

la consideramos lo suficientemente inteligente para saber pensar y decir las cosas; ¿por qué, entonces, Arnal, sin más averiguaciones, confirma lo dicho por Montoto como una verdad absoluta? Mucha ligereza es esa en cuestiones de este tipo. En esta versión, pues, del “cura de marras”, vemos mezclados a los periodistas de la Agencia EFE, al director falangista del diario *La Prensa* y, por si fuera poco, el enfado que hubo después entre el cura y el periodista Montoto, que damos como epílogo de esa colaboración.

En la carta del 13 de junio de 1971, Jesús Arnal nos escribe:

“En cuanto a la dirección de Montoto, no se la quiero dar, para que no le enrede a usted como me ha enredado a mí; claro que el adquirirla le sería fácil por la guía telefónica, pues ya no pertenece al periódico *La Prensa*, y aún quiero manifestarle que no tiene carnet de periodista. Me armó un tinglado con la TV alemana, que parece estar interesada en este asunto de Ventura; se tenía que rodar en la Venta y en la Casilla, donde tenían que llevarme con un coche, y menos mal que se enteró a tiempo la policía, resultando que no tenían permiso de ninguna clase, en cambio, mis Memorias duermen; él se comprometió a retocar un poco el estilo, y lo que ha hecho es exprimir el asunto para su interés. Ahora miraré de arrancarle todo el material que tiene mío, y veremos si algún día se publica, cosa nada fácil; pero piense que yo no hago historia, sólo justifico mi estancia en la Columna y defender la memoria de Ventura”.

Hasta aquí citamos a Arnal. Y a guisa de conclusión nos preguntamos: ¿Cómo podría titularse esta versión? *La mercantilización de un secreto...* si secreto ha habido.

La segunda muerte de Durruti, o su asesinato político

Por mucha perspicacia de que se quiera hacer prueba, nada autoriza a formular una hipótesis sobre la muerte de Durruti que menoscabe su persona o perjudique la organización a la que Durruti entregó los años vitales de su existencia.

Lo conflictivo, o el debate en torno a su muerte, no obedece a su muerte misma, sino al carácter de la lucha en la cual el pueblo obrero español estaba entregado en aquellos momentos y a la posición revolucionaria que Durruti mantenía. Dicho en otros términos: al proceso revolución-contrarrevolución en que, desde últimos de setiembre de 1936, había entrado la sociedad española.

Durruti, por su posición humana y por el carácter revolucionario intransigente que imprimía a sus actos dentro del retroceso de la revolución, aparecía como una posibilidad de retornar los hechos, para reemprender el camino que la clase obrera y campesina había iniciado a partir del 19 de julio de 1936. Su personalidad se destacaba, pues, como un faro indicador de que no todo estaba perdido, y que continuando la lucha se reconquistaría de nuevo España para la revolución proletaria y campesina. Fatalmente, su muerte debía ser sentida como un terrible golpe asestado a la esperanza revolucionaria. Y los tiempos, aquellos tiempos del otoño de 1936, eran ya turbios, apuntándose en el horizonte indicios de mal presagio. En octubre, con el decreto de la militarización, se había comenzado ya al desarme moral de las milicias revolucionarias, sobre todo en Aragón. La guerra comenzaba ya a perder su sentido revolucionario para convertirse en una guerra nacionalista. La contrarrevolución, capitaneada por el Partido Comunista, apuntaba ya claramente en el escenario de la lucha española. Caer muerto Durruti en esas circunstancias —y no en batalla empeñada al frente de sus hombre— como resultado de un disparo perdido o de un accidente estúpido, era abrir la puerta a todas las suposiciones: la personalidad de Durruti pedía, para el sentimiento popular, un escenario mayor que el que le reservó el destino. Eso es todo. Y, sin embargo, no es todo.

Y no es todo porque inmediatamente después de la muerte de Durruti sí que se comenzó con su asesinato político y moral. Durruti, líder a pesar suyo, hemos dicho que representaba para el pueblo la encarnación de sus anhelos revolucionarios. La ofensiva que la contrarrevolución inició después de su muerte daba la sensación de que se había matado a Durruti porque él era un obstáculo a los fines contrarrevolucionarios. Instintivamente, así se sentía en el *alma popular*. Y de hecho, de cualquier manera que Durruti hubiera muerto, con su muerte la contrarrevolución afirmaba su avance.

La política contrarrevolucionaria, desarrollada inmediatamente por el Partido Comunista de España y por el Partit Socialista Unificat de Catalunya, no

dejaba lugar a dudas de que la muerte de Durruti les había beneficiado. Siendo el Partido Comunista el ganador, objetivamente podía considerársele como su asesino moral. Pero el hombre sencillo, el que desea terminar de una vez con todos los sufrimientos que le impone el sistema burgués, no hace distinciones entre lo moral y lo físico. El sectarismo del Partido Comunista, manipulado por los *estrategas de Moscú*, incurrió en el grosero error de querer acaparar la personalidad de Durruti, despreciando a la vez sus ideas libertarias o, lo que es peor, insinuando que a los asesinos de Durruti había que buscarlos entre “los aventureros que formaban la capa de los anarquistas clásicos”. Situando así el debate, la muerte de Durruti no podría esclarecerse jamás, pasando a ser un enigma histórico para los amigos del “dos y dos son cuatro”. Pero para los que sabemos que, a veces, “dos y dos pueden ser cinco”, la muerte de Durruti no constituye ningún enigma: murió en anarquista, luchando por la revolución social y víctima de la contrarrevolución, como Néstor Makhno lo fue de los bolcheviques en Rusia o Gustavo Landauer lo fue de Noske en Alemania.

El asesinato político de Durruti se consumó el día 25 de abril de 1938, cuando Juan Negrín, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Defensa Nacional, otorgó a Durruti, a título póstumo, el grado de teniente coronel del Ejército Popular Republicano:

“De acuerdo con el Consejo de Ministros, y en vista de los brillantes servicios rendidos a la República, en el dominio militar, por el ciudadano Buenaventura Durruti y Domínguez, muerto gloriosamente el día 20 de noviembre de 1936 en el frente de Madrid, a la cabeza de su Columna, he decidido nombrarle Mayor de Milicias, tomando efecto el 19 de julio de 1936. Del mismo modo, teniendo en cuenta su señalado comportamiento en las operaciones de guerra, tengo a bien concederle el grado de teniente coronel, tomando efecto el día de su muerte, es decir, el 20 de noviembre de 1936. Barcelona, 25 de abril de 1938. Firmado: Juan Negrín, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Defensa Nacional”³⁴.

A través de las páginas de este libro, el lector habrá podido captar el comportamiento de Durruti, resistiéndose a la militarización. En octubre había ya renunciado al grado de Mayor de Milicias que le había concedido Francisco Largo Caballero. Y en el momento de su muerte no era otra cosa que “el delegado general de la Columna “Durruti”. Nombrarle teniente coronel “por sus servicios prestados a la República”, era el mayor agravio que se podía hacer a su memoria de revolucionario y a las Milicias Obreras.

Su asesinato político comenzó pues, como hemos dicho, inmediatamente después de su muerte. “Durruti, héroe”; “Durruti, caudillo del pueblo”... Era una manera de vaciar a Durruti de su sustancia libertaria y anarquista. La clara mitificación de su lucha y la manipulación política de su personalidad para cubrir con ello el avance contrarrevolucionario.

Hasta abril de 1938, por las disposiciones dictadas en el orden militar, los delegados obreros de las Columnas de Milicias no podían aspirar nada más que al

34. *La Gaceta. Diario Oficial de la República Española*, 27 de abril de 1938.

grado de Mayor de Milicias, lo que no impedía que esos Mayores de Milicias mandaran Divisiones e incluso Cuerpos de Ejército. Pero el Partido Comunista, a medida que por motivos de la “No-intervención” el Estado soviético había ido metiéndose en el conflicto español, siendo a la vez su banquero, aspiraba al control absoluto del Ejército, implantando en él a sus militantes como generales. Pero ¿cómo superar la dificultad de las disposiciones existentes, sin entrar en guerra declarada con los demás sectores del “bloque antifascista”? Durruti había sido “el caudillo ejemplar”, nadie podía sentirse molesto porque se otorgara un premio a su “ejemplaridad”. Concediéndole el título de teniente coronel se rendía “justicia” a las milicias y, paralelamente, eso servía de cubierta a los nombramientos masivos de los tenientes coroneles que el PC tenía en lista. De un tiro se mataban dos pájaros: se asesinaba políticamente a Durruti y se consolidaba el poder del PC en el Ejército. La operación era de talla “maquiavélica”. Y rindió sus frutos.

El nombre de Durruti, por la propaganda interesada de todos los partidos, se convirtió en el dogma de la guerra. Para cualquier medida contrarrevolucionaria se citaba el nombre de Durruti, apoyándolo con una frase que se le adjudicó: “Renunciamos a todo, menos a la victoria”. Esta frase llegó a ser la consigna máxima de la guerra. Y hasta en el mismo Consejo de Ministros, cuando algún ministro de la CNT se levantaba contra una medida atentatoria a los intereses del proletariado, sus enemigos políticos le hacía callar recordándole la frase lapidaria que se adjudicaba a Durruti, “el caudillo del pueblo”: “Lo que cuenta es la victoria, la revolución se hará después. ¿No era ésa la voluntad de nuestro gran Durruti?”

La manipulación de la memoria del “héroe del pueblo” era tan manifiesta que Emilienne Morin se vio obligada a salir al paso, rehusando el “alto honor que se le hacía” al declararla “teniente coronela”:

“Creemos no traicionar la memoria de Durruti afirmando que fue hasta el último instante de su vida el intrépido anarquista de sus primeros años. Esta evocación no es superflua, pues no es un secreto para nadie saber que diversos sectores políticos han intentado acaparar para su exclusivo uso el innegable prestigio del héroe de Aragón y de Madrid.

“Se ha intentado hacer de él un *gran militar* convencido de la necesidad de una disciplina de hierro, acogiendo incluso con satisfacción la militarización de la que ya se hablaba en noviembre de 1936. Sus últimas palabras: “renunciamos a todo, menos a la victoria”, se han convertido en la consigna de los combatientes, pero cada cual las interpreta según la necesidad de la política de su organización o partido.

“No quiero entrar en polémica, porque la hora que vivimos no es para polemizar, pero en este conjunto de contradicciones y confusiones nacidas de la guerra misma, permítaseme decir, como testimonio, lo que pienso. Durruti, cuando hablaba de la victoria, pensaba, *sin ninguna duda posible*, en la victoria de las Milicias populares, venciendo a las hordas fascistas, pues rechazaba la idea de la victoria militar de una República burguesa que no conduciría a ninguna transformación social.

“Cuántas veces le había oído decir:

“No valdría la pena disfrazarnos de soldados si debemos dejarnos gobernar de nuevo por los republicanos de 1931. Aceptamos hacer concesiones, pero no olvidamos nunca que es necesario llevar simultáneamente la guerra y la *revolución*”.

“Durruti no olvidó nunca su vida de perseguido: el drama de las persecuciones sufridas por la CNT y la FAI lo llevaba escrito con letras de sangre en su memoria. No tenía confianza alguna en los políticos republicanos, y rehusaba dar el nombre de anti-fascistas a hombres como Azaña.

“En una palabra, estaba convencido de que la burguesía española que se había aliado a la causa republicana no perdería ocasión para minar sin escrúpulos, incluso en plena guerra, las conquistas revolucionarias obtenidas por el proletariado. Desgraciadamente, los hechos le dan razón...

“Durruti sentía horror y asco por la burocracia, y en el famoso discurso que pronunció en Barcelona antes de salir para el frente de Madrid, lanza un grito de alarma sobre la corrupción que empezaba a manifestarse en la retaguardia, denunciando el parasitismo burocrático. Desgraciadamente, el no vivió lo bastante... y el burocratismo de los conformistas se desarrolló sin tapujos ni vergüenza...

“Pero el pensamiento, el alma —permítaseme esta expresión— de Durruti vive aún en el seno del proletariado español que, a pesar de su martirio, no ha olvidado su consigna. Y es por esta razón por la que nosotros tenemos confianza en el potencial revolucionario del proletariado ibérico, que sabrá liberarse, en tiempo oportuno, de sus “líderes” y “conductores”. Que el desorden del Frente Popular francés haga reflexionar a nuestros hermanos españoles: que no se hagan grandes ilusiones sobre la ayuda de las “grandes democracias” europeas. La gran corriente de simpatía hacia los combatientes de la libertad no va más allá de un sentimentalismo pasivo y lagrimero.

“La victoria a la que Durruti hacía alusión, *nuestra victoria*, nosotros no podemos obtenerla nada más que con la ayuda del proletariado francés, libre de la tutela de sus partidos y por encima de toda consideración de orden nacional. Nosotros no perdemos la esperanza en que al fin el proletariado francés comprenderá cuál es su verdadero deber de clase, y se liberará de la “pausa” que le predicán sus “líderes” desde hace un cierto tiempo”³⁵.

35. *Le Libéraire*, artículo “Nuestra Victoria” de Emilienne Morin, 17 de noviembre de 1938.

Conclusión

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares.

LA GUERRA HA TERMINADO.

Burgos, 1 de abril de 1939. Año de la Victoria.”

(Ultimo parte de guerra del Ejército Nacional)

El tiempo fue pasando. El proletariado francés e internacional no salió de la protesta platónica, y los revolucionarios españoles perdieron su primer combate. Las fuerzas conducidas por el general Franco, fuertemente apoyadas por las potencias fascistas del Eje, impusieron la “paz blanca de los cementerios”, descritos por el católico Bernanos ³⁶. Más de doscientos cincuenta mil fusilados o muertos, quinientos mil exiliados en Francia y un millón de muertos o desaparecidos fue el trágico balance de la aventura militar iniciada en Marruecos el 17 de julio de 1936.

Y España, la España llamada “roja”, abandonada a su suerte por el socialista León Blum y por el bolchevique Stalin, comenzó a vivir bajo el dominio del fascismo la trágica noche de la represión que duraría casi 40 años.

La política de “No-intervención”, para evitar la Segunda Guerra Mundial, en agosto de 1939 encontraba su más amplio fracaso, puesto que el mundo entraba en la más terrorífica guerra hasta entonces conocida.

José Stalin, al socaire de la guerra española, fue llevando a término sus “purgas”, en las que también fueron cayendo sus más “fieles servidores” en España. En esas purgas cayó Arthur Stashevsky, el consejero económico de Antonov Ovssenko, que negoció con Negrín el envío del oro español a Rusia. La lista de los que quizás “habían visto claro en España” es larga: Antonov Ovssenko, Mijail Koltsov, el general Benin, el embajador Marcel Rosenberg... Las “purgas” alcanzaron, como escribe Arthur London, a casi todos los militantes comunistas de no importa qué país, pero que hubieran tenido relación directa con las Brigadas Internacionales o la cuestión española.

Las depuraciones, por tal o cual motivo, se llevaron con tal dureza que parecía que Stalin estaba poseído por un diabólico deseo de borrar su huella en España. El Partido Comunista francés marchó en la misma dirección que el resto de los demás partidos de la Internacional Comunista, en cuanto a su aplicación

36. Georges Bernanos, *Los grandes cementerios bajo la luna*. Obra en la que el autor describe la vida en la isla de Mallorca bajo el dominio franquista.

de anatemas. Bajo ellas cayó André Marty, el inquisidor principal de las Brigadas Internacionales, y Charles Tillon, que “administró una parte del oro español confiado al Partido Comunista francés. Ese dinero fue empleado en subvenir y armar a los guerrilleros franceses en su lucha contra los alemanes” mientras los guerrilleros españoles morían faltos de auxilios en las montañas españolas.

¿Qué razón asistía a Stalin para llevar la represión hasta sus últimas consecuencias sobre los asuntos españoles? ¿Era porque sus *enviados*, a la vista de lo que ocurría en España, habían comprendido las verdaderas raíces del estalinismo? ¿Cuáles pueden ser las otras razones? Una seria investigación sobre este asunto puede ayudar fuertemente a la comprensión de la actual crisis del comunismo internacional. En ese sentido, Fernando Claudín ha lanzado al “remanso” estaliniano la primera piedra...³⁷.

El Partido Comunista de España no se salvó tampoco de esa “caza de herejes”. Los hombres que mejor sirvieron a Stalin, para traicionar la revolución española y llevar la República a perder la guerra, como José Díaz y Jesús Hernández, cayeron también víctimas de “lo arbitrario”, eufemismo con el que designa Ilya Ehrenburg el despotismo estalinista. El primero fue defenestrado desde un quinto piso en una ciudad de una región perdida de la Gran Rusia; y el segundo pudo salvar el pellejo huyendo a México.

El pleito en España aún no está zanjado. Los ataques de Enrique Lister al “oportunista” Santiago Carrillo ponen aún más de relieve la importancia del expediente comunista en la guerra española que se encierra en el *Yo fui ministro de Stalin*³⁸. Es mucho borrón, para un “borrón y cuenta nueva”...

El 26 de enero de 1939, el Cuartel General de Francisco Franco dio una orden al general jefe de la ocupación de la capital catalana: “Bórrese todo signo que permita la identificación de los dirigentes rojos enterrados en el Cementerio de Montjuich y evítese que esas tumbas se conviertan en lugares de reunión de las gentes”. Los jefes militares comunicaron la orden del general Franco a las autoridades civiles. El Gobernador civil envió a la administración del mencionado cementerio la nota siguiente: “Es necesario borrar de las tumbas de los líderes anarquistas y catalanistas, y especialmente de la tumba de Buenaventura Durruti, enterrado en ese cementerio, todo carácter que pueda llamar la atención de la gente.

“Agentes de vigilancia, nombrados a ese efecto, deberán evitar toda visita a esas tumbas, y detener como sospechosos a quienes mostraran deseo de visitarlas. Del cumplimiento de esta orden le hago a usted personalmente responsable”³⁹.

37. Fernando Claudín, op. cit.

38. Jesús Hernández, op. cit.

39. Hasta 1966, este documento se encontraba en los archivos de la administración del Cementerio de Casa Antúnez (Montjuich) pero después desapareció. En el libro de registros falta una página, arrancada por orden superior. La tumba de Durruti se encuentra en el llamado Cementerio protestante, antiguo cementerio civil, en la División de San Carlos.

En el cementerio civil de Montjuich, más comúnmente conocido por el cementerio de "Casa Antúnez", se encuentran protegidas por un gran ciprés tres tumbas: la primera, junto al ciprés, corresponde a Francisco Ferrer y Guardia, fusilado por pedagogo antiautoritario el 13 de octubre de 1909. La inmediata es la de Durruti y la tercera corresponde a Francisco Ascaso Abadía, nacido en Almudévar (Huesca) en 1901 y muerto al pie del cuartel de Atarazanas el día 20 de julio de 1936.

Estas tres tumbas, cubiertas de una piedra lisa, están desnudas de toda inscripción por la gracia del Caudillo. Sin pretenderlo, el general Franco rindió a estos hombres el más grande homenaje, pues no sólo los desnudó de su liderismo, sino que hizo a esas tumbas más fáciles de reconocer por ser anónimas.

Llegamos al punto último de nuestro trabajo. La polémica en torno a la muerte de Durruti continuará porque es ya un enigma histórico. Desgraciadamente, los hombres se encuentran más atados a los enigmas por su costado misterioso que por una reflexión profunda sobre los actos de una vida. ¡Qué importa! Para nosotros lo que importa no es el enigma, sino la vida de Durruti, tan ampliamente llena de auténtico hombre de acción. El poeta León Felipe, ¿no iba ya en ese sentido cuando escribió? "La nobleza de la vida de Durruti inspirará en el avenir el nacimiento de una legión de Durruti".

París, abril de 1972.

Revisada en París, febrero de 1977.

APÉNDICE

El rompecabezas de la búsqueda del cadáver de Durruti⁴⁰

Antonio de Senillosa, cuando era diputado de Coalición Democrática, presentó en el Congreso una moción para que se devolvieran a la Generalitat de Catalunya los documentos secuestrados durante la guerra civil y que se encontraban en lo que entonces era el Archivo de San Ambrosio de Salamanca. Moción que al parecer contó con el apoyo del ministro de Cultura, al que se le adjudicaron estas declaraciones “*Estoy en condiciones de prometer que ese trozo de la historia de Catalunya tendrá lo antes posible su acomodo en Catalunya*”. Hoy, quince años más tarde, Catalunya ha recuperado esos documentos que permiten avanzar en la historia, la verdadera historia. Pero la historia para la vida y la muerte de Durruti y Francisco Ascaso no está oculta en los archivos, sino en infinidad de lugares de España y, particularmente, en Barcelona, en el Cementerio Sud-Este de la capital.

Borrar la historia

Comenzaré por situar mejor las cosas preguntando a los regidores y en particular al alcalde, Pascual Maragall, del Ayuntamiento de Barcelona, qué hay que hacer para saber dónde se encuentran los restos de Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, respectivamente enterrados —con carácter provisional— el 22 de noviembre de 1936 en la Tumba Menor n. 69 en la Vía San Juan Bautista, Novena Agrupación y el 21 de julio de 1936 en el nicho de alquiler número 3.344, 4 piso en Sin Vía. Igualmente preguntamos por qué faltan mil nichos en Vía San Olegario, 5 División. La numeración va del número 1 al 4.999 y de aquí salta al 6.000. Da la coincidencia que Domingo Ascaso Abadfa, muerto durante los *hechos de mayo* de 1937, fue enterrado en el nicho 5.817, según reza y se da como información en la Administración del Cementerio.

¿Qué cabe pensar? ¿Se volatizaron esos nichos como resultado de un *negocio*? o ¿su eliminación corresponde a la técnica de la *esponja* para borrar la historia?

La historia vale para recuperar la historia: veamos los hechos en los que se basan estas preguntas.

Cuando el 22 de noviembre de 1936 se dio sepultura a Durruti, se hizo en la Tumba Menor número 69, que ya hemos mencionado. Esta tumba se encontraba vacía desde 1905 y en esa fecha fue retrocedida al Ayuntamiento de Barcelona.

40. Artículo aparecido en *El Periódico*, Barcelona, el 18 de mayo de 1980.

por tanto propiedad de éste. Al ser propietarias a perpetuidad las Milicias de Catalunya, se entiende que el Ayuntamiento la cedió a ellas.

Era lógico que en aquellos momentos la CNT y la FAI, representativas de la clase obrera barcelonesa, dieran sepultura definitiva a Durruti y a Ascaso en un mausoleo consagrado a la memoria de ambos.

En noviembre de 1937 se inauguró el mausoleo y a los dos mencionados se unió simbólicamente a Francisco Ferrer y Guardia, fusilado en los fosos de Mausoleo el 13 de octubre de 1909. *Solidaridad Obrera* de Barcelona en su número del 23 de noviembre de 1937 da cuenta de una manifestación homenaje a Durruti en torno a su tumba. La foto no reproduce la Tumba Menor número 69 sino el mausoleo. Y el mismo periódico de 22 de noviembre de 1938 también deja constancia de un segundo homenaje. La revista *Umbral*, en su número correspondiente a la tercera decena de noviembre de 1938, dedica dos páginas a ese acontecimiento y reproduce diversas fotos, la de García Oliver y Ricardo Sanz, este último, teniente coronel y jefe entonces de la 26 División, ex columna Durruti, dirigiéndose a los congregados en torno al mausoleo levantado, espaldas al mar en la explanada de la Igualdad del entonces cementerio civil, hoy llamado recinto Protestante Vía San Carlos.

Lío de mausoleos

En una de las fotos —como se puede apreciar por la reproducción del documento— aparece un túmulo de flores entrelazadas con la inscripción: “La 26 División a Durruti, 20-11-1938” descansando sobre un muro en forma de triángulo, seguramente del mismo material con que están construidas las tumbas actuales y en el que seguramente había alguna inscripción grabada en recuerdo a los tres homenajeados. En la actualidad, como cualquier visitante puede apreciar, el triángulo en cuestión no existe, y las tres tumbas lisas aparecen bien anónimas. Está claro que ese triángulo fue derribado por órdenes superiores civiles o militares, recién fue ocupada la ciudad de Barcelona, el 26 de enero de 1939, por las fuerzas contrarias.

En 1966 llegaba la noticia de que después de investigaciones realizadas en torno a la tumba de Durruti se podía ver un escrito en la Administración del Cementerio por el que se daba orden de “hacer desaparecer de las tumbas de políticos significados o líderes obreros, particularmente de la de Durruti, todo signo que pudiera llamar la atención de las gentes”. Y a la vez se recomendaba “situar agentes de vigilancia para evitar toda visita a esas tumbas, e incluso detener como sospechosos a quienes solicitaran datos relativos al lugar de enterramiento de los dirigentes mencionados.” ¿Fue entonces cuando se demolió el muro?. Todo aconseja a creer que fue así. Con la información transcrita se concluía el último capítulo de la biografía que estábamos escribiendo sobre Durruti.

¿Se concluía? Quizá sólo comenzaba una historia.

Hace unos meses, cuando aún no habíamos visitado la tumba de Durruti, nos encaminamos al Cementerio Sud-Este y solicitamos de la Administración del

Cementerio datos concretos sobre el lugar en el que se encontraban enterrados Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Un empleado iba a respondernos con un libro en la mano cuando entró en la oficina otro empleado y dirigiéndose a nosotros nos preguntó qué era lo que deseábamos saber. Formulamos de nuevo la pregunta. Extrajo un papel del bolsillo de su bata en el que aparecían varios datos escritos a máquina relativos a Francisco Macià, Luis Companys, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso.

Tumbas vacías

“Las tumbas que ustedes buscan se encuentran en el Recinto Protestante, Vía San Carlos, subiendo a la izquierda. Son tres tumbas iguales sin inscripción alguna. Pero —añadió— en esas tumbas no se encuentran los restos de Durruti, Ascaso y Ferrer... ¡Están vacías!”

¡Qué incongruencia! pensamos:

—¿Si están vacías ¿por qué nos indica usted esas tumbas?

—Son las órdenes que tenemos— nos respondió sin titubeo el empleado.

Insistimos:

—¿Donde se encuentran, pues, los restos de esos cadáveres?

—Los restos, los de Durruti —nos dijo— me han dicho que se los llevó su mujer cuando terminó la guerra...

Nosotros pensamos que aquello era pura leyenda. Emilienne Morin, la esposa de Durruti, volvió a Francia en 1937 y desde entonces no había vuelto a España hasta después de la muerte de Franco.

—¿No hay otros datos...sobre Durruti y Ascaso?— volvemos a insistir.

—No hay más datos de los que constan en el libro—. El empleado reflexionó un momento y luego nos dijo: “—Esto que hoy estoy haciendo con ustedes, hace unos años hubiera sido imposible”.

En los libros del Cementerio constan los siguientes datos: “Francisco Ascaso, inhumado el 21 de julio de 1936 en el nicho número 3.344, 4 piso de Sin Vía. No consta propietario. El 8 de marzo de 1940 fue trasladado al Osario General.

“Buenaventura Durruti, inhumado el 22 de noviembre de 1936 en la Tumba Menor número 69 de la Vía San Juan Bautista, Agrupación Novena. Propietario: Las Milicias de Catalunya.” Siguiendo en el libro de registro el historial de esta Tumba Menor, se lee “El 15 de julio de 1947 (curiosa coincidencia, Durruti nació el 14 de julio de 1896) esta tumba fue adquirida por doña Clara Vicente Boada, no figurando en la citada fecha enterramiento alguno. En los libros de registro no aparece ningún dato sobre el paradero de los restos de Buenaventura Durruti”.

De paso queremos señalar otra curiosa coincidencia: junto a la Tumba menor existe un nicho con el número 14 de la “Familia Alonso Cuevillas Carcaño”. Carcaño fue un nombre falso que Durruti utilizó cuando de Chile hubo de trasladarse a Buenos Aires en 1925 perseguido por la policía de aquel país...

¿Dónde están?

Los restos de Durruti, hombre y nombre de leyenda hasta después de su muerte, han desaparecido: no están en las llamadas tumbas oficiales del Cementerio ni estaban en la Tumba Menor el día 15 de julio de 1947, cuando fue

enterrada allí doña Clara Vicente Boada, ¿dónde están pues los restos de Durruti? El Ayuntamiento de Barcelona tiene atribuciones para encargar una investigación abierta en torno a “los misterios del cementerio de Mausoleo”, comprendida, naturalmente, la fosa común donde reposan los hombres sin nombre, víctimas de la represión... Esto también forma parte de la historia.

Si, como reza en el libro de registro, Durruti fue enterrado el 22 de noviembre de 1936 y luego no hay movimiento en ese mismo libro en relación a su traslado —como sí consta el de Francisco Ascaso— esto quiere decir que los restos de Durruti debían continuar estando en la Tumba Menor número 69. ¿Por qué, siendo así, se autorizó el entierro de doña Clara Vicente Boada? Una de dos: porque se sabía que la tumba estaba vacía o porque se extrajo el cadáver en aquel momento y en este caso ¿dónde fue a parar? Si la tumba estaba vacía indicaba claramente que había sido trasladado junto con Ascaso, en noviembre de 1937 al mausoleo. ¿Por qué no se encuentran en el mausoleo según afirma el empleado del cementerio?

Misterio

Para los amantes de los “misterios” y en relación con los “misterios” que envuelven la muerte de Durruti, pueden añadir otro más relacionado con lo que podría ser el título de “novela negra”: “Cadáver insepulto”.

Bibliografía e índices

BIBLIOGRAFÍA

AMPLIACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ÍNDICE ONOMASTICO

ÍNDICE DE LUGARES

ÍNDICE DE GRÁFICOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

3

Bibliografía

La bibliografía se divide en:

- A *Diarios y revistas consultados*
 - Artículos de prensa y folletos
 - Correspondencia de Durruti y testimonios
 - Documentos de la CNT-FAI
- B *Selección de textos*
 - Sobre la historia social
 - Sobre la guerra revolucionaria española

A. Diarios y revistas consultados

I. PERIODO ANTERIOR A 1931

a) Para España (1921-1925):

La Vanguardia (Barcelona)
Heraldo de Aragón (Zaragoza)
Solidaridad Obrera (Barcelona)
Diario de León (León)
Acción (Madrid)
Heraldo de Madrid (Madrid)
El Comunista (Zaragoza)
Acción y Cultura (Zaragoza) (1921-1925)

b) Para América (1924-1926):

La Antorcha (Buenos Aires)
El Libertario (Buenos Aires)
La Protesta (Buenos Aires)
Crítica (Buenos Aires)
La Nación (Buenos Aires)
Regeneración (México)

Revista *Todo es Historia*, núms. 33 y 34, de enero y febrero de 1930. Artículos de Osvaldo Bayer, sobre los anarquistas y sus actividades en la Argentina, de 1921 a 1928

c) Para Francia (1926-1927):

Le Libertaire (París)
Le Populaire (París)
Le Quotidien (París)
L'Humanité (París)

Publicaciones editadas por los exiliados españoles (1924-1928):

Tiempos Nuevos
La Voz Libertaria
Acción, órgano de la Sección española de la *Revue Internationale Anarchiste* (París)

II. PERIODO 1931-1936

25

CNT (Madrid)
El Socialista (Madrid)
Mundo Obrero (Madrid)
La Crónica (Madrid)
Ahora (Madrid)
Solidaridad Obrera (Barcelona)
El Luchador (Barcelona)
Tiempos Nuevos (Barcelona)
La Vanguardia (Barcelona)
La Batalla (Barcelona)
La Humanitat (Barcelona)
Tierra y Libertad (Barcelona)

Diarios anarquistas clandestinos (1931-1934):

FAI (Madrid y Barcelona)
La Voz Confederal

III. A PARTIR DEL 19 DE JULIO DE 1936

a) Diarios:

Solidaridad Obrera (Barcelona)
 CNT (Madrid)
La Batalla (Madrid)
Mundo Obrero (Madrid)
Claridad (Madrid)
El Socialista (Madrid)
La Noche (Barcelona)
Ruta (Barcelona)
El Amigo del Pueblo (Barcelona)
Ideas (Barcelona)
Acracia (Lérida)
Esfuerzo (Barcelona)
Tierra y Libertad (Barcelona)

b) Revistas:

Umbral
Tiempos Nuevos (Barcelona)
Estudios (Valencia)
Timón
L'illustration (París)

c) Diarios de Milicias (1936-1937):

El Frente, Columna Durruti
Frente Libertario, órgano de las Milicias Confederales
Más allá, boletín de la División Ascaso (Huesca)
El Parapeto, órgano del Comité de Defensa Nacional de la CNT
Línea de Fuego, Columna de Hierro
Bakunin, boletín del cuartel Bakunin
Vida Nueva, boletín del cuartel Bakunin
Orientación Social, Milicias de Huesca
Milicia Popular, órgano del Quinto Regimiento
Frente y Retaguardia, órgano de las Milicias Confederales de Aragón
El Miliciano Rojo, órgano del cuartel Karl Marx
Alerta, órgano de las milicias del POUM (Aragón)

- d) Documentos, correspondencia y testimonios
(ver detalles en el texto para la correspondencia y los testimonios)
- Boletín de información CNT-FAI
Informes del VII Congreso de la AIT en París (1937): Pierre Besnard, H Rudiger, delegación de la CNT
Informe del Comité Peninsular de la FAI
Documentación confidencial de los grupos anarquistas
- e) Discursos y entrevistas:
- La Montagne* (octubre de 1936), entrevista del periodista A. Souillon, tomado por la Espagne Antifasciste
Freedom, artículos de Emma Goldmann (1936-1937)
Daily Herald (Londres), 5 de setiembre de 1936
Toronto Star, Canadá, 18 de agosto de 1936, periodista Van Passen
CNT (Madrid), 6 de octubre y 2 de noviembre de 1936
Solidaridad Obrera (Barcelona), 13 de setiembre y 5 de noviembre de 1936 (ver la colección de julio a diciembre de 1936)
Cultura Proletaria (New York), agosto-diciembre de 1936
- f) Libros que se relacionan con Durruti
- BAYER, Osvaldo, *Severno di Giovanni*, Buenos Aires, 1970
EHRENBURG, Ilya, *La Nuit tomba*, Paris, 1968
ENZENSBERGER, Hans M , *El corto verano de la anarquía*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1976
KOLTSOV, M , *Diario de la Guerra de España*, Paris, 1963
LECOIN, Louis, *Le Cours d'une vie*, Paris, 1968
MIRA, José, *Durruti, un guerrillero*, Barcelona, 1937
SANZ, Ricardo, *El Sindicalismo y la Política*, Toulouse, 1966
SANZ, Ricardo, *Los que fumos a Madrid*, Toulouse, 1968
TORRES, Henry, *Accusés hors série*, Paris, 1953
- g) Folletos:
- ARIEL, *Cómo murió Durruti*, Toulouse, 1945
CAMPION, Léo, *Durruti, Ascaso, Jover*, Bruselas, 1930
CANOVAS CERVANTES, Santiago, *Durruti, Ascaso*, Toulouse, 1945
CNT, *La CNT Parle au monde*, Paris 1934
CNT, *Le 20 Novembre*, Barcelona, 1937
GILABERT, A , *Durruti hombre íntegro*, Barcelona, 1937 (Este folleto ha sido publicado bajo diferentes títulos)
ROI, Valentín, *Ascaso, Durruti Jover*, Buenos Aires, 1937
- h) Filmes:
- Documental sobre el Entierro de Durruti, 1936, Sindicato Unico de Espectáculos Públicos de la CNT de Barcelona
Documental sobre *La Columna de Durruti* Texto de Jacinto Torhyo y música de Dotras y Vila, 1936, Sindicato Unico de Espectáculos Públicos de la CNT de Barcelona

B. Selección bibliográfica

A) BIBLIOGRAFÍA SOBRE HISTORIA SOCIAL

- ALAIZ, Felipe, *Tipos Españoles*, (3 vols), Ed Umbral, París, 1969
- ARCHINOF, *Historia del Movimiento Machnovista*, Ed Argonauta, Buenos Aires, 1926
- BALCELLS, Alberto, *El Sindicalismo en Barcelona (1916-1923)*, Ed Nova-Terra, Barcelona, 1965
- BAYER, Osvaldo, *Di Giovanni*, Ed Galerna, Buenos Aires, 1970
- BLASCO IBAÑEZ, Vicente, *Alphonse XIII demasqué*, Ed Flammarion, París, 1924
- BRENAN, Gerald, *El Laberinto español*, Ed Ruedo Ibérico, París, 1962
- BUENACASA, Manuel, *El Movimiento Obrero Español (1886-1926)*, Ed Amigos del autor, París, 1966
- BULLEJOS, José, *España en la Segunda Republica*, Ed Mexico, 1967
- CANOVAS CERVANTES, Santiago, *Apuntes Históricas (proceso de la revolución española)*, Ed. Solidaridad Obrera, Barcelona
- CARR, E H., *Myal Bakurum*, Ed Grijalbo, México, 1970
- COLTON, Joel, *Leon Blum*, Ed Fayard, París, 1968
- COSTA, Joaquín, *El Colectivismo agrario en España*, Ed Americale, Buenos Aires 1944
- CRUELLES Manuel, *El 6 d'Octubre a Catalunya*, Ed Portic Barcelona, 1970
- DIAZ DEL MORAL, Juan, *Historia de las agitaciones andaluzas*, Ed Alianza, Madrid, 1967
- DROZ, Jules Humbert, *De Lenine a Staline*, Ed La Baconnerie, Neuchâtel, 1971
- DUCLOS, Jacques, *Mémoires (1935-1939)*, Ed Fayard, París, 1969
- FABRI, Luigi, *Dictadura y Revolucion*, Ed Argonauta, Buenos Aires, 1933
- FALCON, Cesar, *Critique de la Revolution espagnole*, Ed Stock, París, 1932
- FAUVET, Jacques, *Historie du Parti Communiste Français*, Ed Fayard, París, 1968
- GOMEZ CASAS, Juan, *Historia del Anarcosindicalismo*, Ed Zyx, Madrid, 1969
- GUERIN, Daniel, *Ni Dieu ni Maître*, Ed Delphes, París, 1964
- GUERIN, Daniel, *Ni Dieu ni Maître*, Ed Maspero, París 1971
- JOLL, James, *Los Anarquistas*, Ed Grijalbo, México, 1968
- KAMINSKI, H E., *Bakunine*, Ed Belibaste, París, 1971
- KROPOTKINE, Pedro, *Memorias de un Revolucionario*, Ed Tierra y Libertad, Barcelona, 1935
- LAMBERET, Renée, *Mouvements ouvriers et socialistes en Espagne (1850-1936)*, Ed Ouvrieres, París, 1953
- LECOIN, Louis, *Le Cours d'une vie*, Ed Liberté, París, 1965
- LENIN, V I., *El Estado y la Revolución*, Moscú, s f
- LORENZO, Anselmo, *El Proletariado militante*, Ed CNT, Toulouse, 1945
- MADARIAGA, Salvador de, *España*, Ed Hermes, Buenos Aires, 1955
- MAITRON, Jean, *Histoire du Mouvement anarchiste en France (1880-1914)*, París, 1965
- MAKHNO, Néstor, *La revolution russe en Ukraine*, Ed Belfond, París, 1970
- MARX, KARL, *La revolución española*, Moscú, s f
- MAURA, Miguel, *Así cayo Alfonso XIII*, Ed Ariel Barcelona, 1966
- MAURÍN, Joaquim, *Revolucion y contra-revolucion en España*, Ed Ruedo Ibérico, París 1966
- MEHRING, Franz, *Carlos Marx*, Ed Gandesa, Mexico 1960
- MUÑOZ DIAZ, Manuel, *Marianet Semblanza de un Hombre*, Ed CNT, México, 1960
- NIN, Andreu, *Los problemas de la revolucion española*, Ed Ruedo Ibérico, París, 1971
- OLAGUE, Ignacio, *Historia de España*, París, 1957
- ORDAS GORDON, Félix, *My política en España*, 3 vols, Ed Mexico, 1961
- PCE, *Historia del Partido Comunista español*, Ed Polonia, Varsovia, 1960
- PESTAÑA, Angel, *Informe de mi estancia en la URSS (1921)*, Ed Zyx, Madrid, 1968
- PESTAÑA, Angel, *Consideraciones y juicios en torno a la III Internacional*, Ed Zyx, Madrid, 1968
- PESTAÑA, Angel, *Lo que aprendí en la vida*, Ed Zyx, Madrid, 1970
- PESTAÑA, Angel, *Por qué se constituyo el Partido Sindicalista*, Ed Zyx, Madrid, 1970
- POU, Bernardo, y MAGRIÑA, J R., *Un año de conspiración (1930)*, Ed Rojo y Negro, 1931
- ROCKER, Rudolf, *Memorias*, 3 vols, Ed Tupac, Buenos Aires, 1952
- ROUS, *Itinéraire d'un militant*, Jeune Afrique Ed, 1968
- SABORIT, Andres, *Julán Besteiro*, Ed Imp Modernas, México, 1961

- SANTILLAN, Diego Abad de, *Historia del Movimiento Obrero Español*, 3 vols., Ed. Cajica, México, 1965
- SERGEANT, Alain, *Histoire de l'Anarchie*, Ed. Le Portulan, Paris 1949
- TAMAMES, Ramón, *Estructura económica de España*, Ed. S.E.P. Madrid, 1960
- TORRES, Henry, *Accusés hors série*, Ed. Gallimard, Paris, 1957
- TRONCOSO, O., *Los Nacionalistas Argentinos*, Ed. Saga, Buenos Aires, 1957
- TROTSKY, León, *Ecrits (1928-1940)*, Ed. Pub. IV Internacional, Paris, 1959
- TUNON DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX*, Ed. Librería Española, París, 1966
- VALLINA, Pedro, *Mis memorias*, 2 vols., Ed. Tierra y Libertad, México, 1971
- VILAR, Pierre, *Historia de España*, Ed. Librería Española, Paris, 1960
- VILLAR, Manuel, *El Anarquismo en la insurrección de Asturias*, Ed. tyl, Barcelona, 1935

B) BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA (1936-1939)

- ALVAREZ DEL VAYO, Julio, *Les batailles de la liberté*, Ed. Maspero, Paris, 1963
- ARIEL, *Cómo murió Durruti*, Ed. CNT, Toulouse, 1946
- AUDRY, Colette, *Léon Blum ou la politique du juste*, Ed. Denoel, Paris, 1970
- × BAHAMONDE, Antonio, *Un año con Queipo de Llano*, Ed. Españolas, Barcelona, 1938
- BASTOS ANSART Manuel, *Memorias de un cirujano*, Ed. Ariel, Barcelona, 1969
- BAUMONT, Maurice, *Les origines de la II guerre mondiale*, Ed. Payot, Paris, 1969
- BERNERI Camilo, *Pietrogrado 1917, Barcelona 1937*, Ed. Sugar, Milano, 1964
- ✓ BERNERI, CAMILO, *Entré la revolución y las trincheras*, Ed. E. tyl, Burdeos, 1946
- BEOCH, Richard, *Espagne, Espagne!*, Ed. Sociales, Paris, 1937
- BOLLOTEN Brunet, *La revolución española*, Ed. Jus, México, 1961
- BORKENAU, Franz, *El reñidero español*, Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1971
- ✓ BRASILLACH, Robert, *Histoire de la guerre d'Espagne*, Ed. Plon, 1969
- BRICALL, Josep Maria, *La política económica de la Generalitat (1936-1939)*, Ed. 62, Barcelona, 1970
- BRICALL, Josep Maria, *La revolución en Cataluña*, (texto inédito)
- BROUE, Pierre, et Termine, J., *La révolution et la guerre en Espagne*, Ed. Minuit, 1961
- BUDER-NEUMANN, Margarete, *La révolution mondiale*, Ed. Casterman, Paris,
- CAMPION, Léo, *Ascaso, Durruti, Jover*. Ed. Emancipateur, Bruselas 1930
- CANOVAS CERVANTES, Santiago, *Durruti, Ascaso, Jover*, Ed. CNT, Toulouse, 1945
- CARR, Raymond, *España*, Ed. Ariel, 1969
- ✓ CASANOVA, M., *La guerre d'Espagne*, Ed. IV Internacional Paris, 1971
- CLAUDIN, Fernando, *La crisis del movimiento comunista*, Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1970
- ✓ CNT: *De julio a julio*, Ed. CNT, Barcelona, 1937
- ✓ COLODNY, Robert G., *El Asedio de Madrid*, Ed. Ruedo Ibérico, Paris, 1970
- ✓ CORMAN, Mathieu, *¡Salud, camarada!*, Ed. Tribord, Paris, 1937
- DELPERRIE DE BAYAC, Jacques, *Les brigades internacionales*, Ed. Fayard, Paris, 1968
- DESANTI, Dominique, *L'Internationale Communiste*, Ed. Payot, Paris, 1970
- DIAZ, José, *Tres años de lucha*, Ed. Ebro, Paris, 1970
- ✓ EHRENBURG, Ilya, *¡No pasarán!*, Bureaux de Editions, Paris, 1937
- ✓ GILABERT, Alejandro, *Durruti*, Ed. Tierra y Libertad Barcelona, 1937
- HERNANDEZ, Jesús, *La grande Trahison*, Ed. Fasquellé, Paris, 1953
- HERMET, Guy, *Les communistes en Espagne*, Ed. A. Colin, Paris 1971
- ✓ Informe de la FAI al Congreso Anarquista Internacional, Londres, 1958
- KAMINSKI, E. H., *Ceux de Barcelone*, Ed. Denoel Paris, 1937
- KARMEN, *Diario de un operador de cine*, Ed. Mur, Moscú, 1946
- KRIVINSKY, G. W., *La mano de Stalin sobre España*, Ed. Claridad, Toulouse, 1945
- ✓ LACRUZ, Francisco, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, Ed. Nacional Barcelona, 1943
- LANDAU, Katia, *Le Stalinisme, bourreau de la Révolution espagnole, 1937-1938*, Ed. Spartacus, Paris, 1971
- ✓ LANDAUER, Gustav, *La revolución*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1961. Reedición en Tusquets, Barcelona, 1977
- LARGO CABALLERO, Francisco, *Mis recuerdos*, Ed. México, 1948
- LEFRANC, Georges, *Les origines du Front Populaire*, Ed. Payot, Paris, 1965
- LEVAL, Gastón, *Espagne libertaire*, Ed. du Cercle/Tete de Feuilles, Paris, 1971

- LEVAL, Gastón, *Ne Franco ne Stalin*, Ed. Instituto Editoriale Italiano, Milano, 1952
- LONDON, A., *L'Aveu*, Ed. Gallimard, Paris, 1968
- LONDON, A., *Espagne*, Ed. Français Réunis, Paris, 1966
- LONGO, Luigi, *Las Brigadas internacionales en España*, Ed. Era, México, 1969
- LORENZO, M. César, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, Ed. du Seuil, Paris, 1969
- MARTINEZ BANDE, José, *La marcha sobre Madrid*, Ed. San Martín, Madrid, 1968
- MARTINEZ BANDE, José, *La invasión de Aragón*, Ed. San Martín, Madrid, 1970
- MINTZ, Frank, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*. Ed. Belibaste, 1970
- MOCH, Jules, *Rencontres avec Léon Blum*, Ed. Plon, Paris, 1970
- OLLIVER, Marcel, *La G.P.U. en Espagne*, Ed. Spartacus, Paris 1946
- ORWELL, Georges, *Cataluña 1937*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1963
- ORWELL, Geroges, *The Collected Essays Journalism and Letters of G. Orwell*, vol I: *An age like this 1920-1940*, Ed. Penguin Books, London, 1970
- PCE, *Guerra y Revolución en España*, 3 vols., Ed. Progreso, Moscú, 1966
- PEIRATS, José, *Los anarquistas en la crisis política española*, Ed. Alfa, Buenos Aires, 1964
- PRADER, *Au secours de l'Espagne socialiste*, Spartacus, ns. 3, diciembre de 1936
- PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España*, 3 vols., Ed. Oasis, México, 1968
- PRUDHOMMEAUX, D. et A., *Catagogne libertaire, 1936-1937*, Ed. Spartacus, Paris, 1940
- RABASSEIRE, Henri, *España crisis político*, Ed. Proyección, Buenos Aires, 1966
- ROJO, Vicente, *Así fue la defensa de Madrid*, Ed. Era, México, 1967
- ROJO, Vicente, *España heroica*, Ed. Era, México 1961
- ROMERO, Luis, *Tres días de julio*, Ed. Ariel, Barcelona, 1968
- SANTILLAN, Diego Abad de, *Por qué perdimos la guerra*, Ed. Imán, Buenos Aires, 1940
- + SANTILLAN, Diego Abad de, *La revolución española*, Ed. Nervio, Buenos Aires, 1937
- SERGE, Victor, *Mémoires d'un révolutionnaire*, Ed. du Seuil, Paris, 1951
- THOMAS, Hugh, *Histoire de la guerre d'Espagne*, Ed. Laffont, Paris, 1961
- + WEIL, Simone, *Ecrits historiques et politiques*, Ed. Gallimard, Paris, 1960
- ZUGAZAGOITIA, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Ed. Librería Española, Paris, 1968

Ampliación bibliográfica (1976-1996)

La presente ampliación recoge los títulos más significativos, a juicio de quien ha realizado la selección, aparecidos desde la publicación de la primera edición del libro de Abel Paz. Se ha limitado el número de obras puesto que la intención no es ofrecer una bibliografía exhaustiva sobre los años treinta del presente siglo de la historia de España. Sería un trabajo que no es nuestro objetivo.

Lo que se pretende es ofrecer una selección en la que el lector interesado pueda encontrar títulos que le amplíen aspectos específicos que le interesen. Se ha pretendido que los libros incluidos abarquen todo el espectro ideológico desde el que se ha tratado historiográficamente estos años.

Las personas más versadas en la cuestión podrán echar en falta algunos títulos o autores. Comprenderan que la selección, además, pretende ofrecer títulos asequibles al lector medio.

1. HISTORIA DE ESPAÑA, SIGLO XX

- ALPERT, Michel, *La reforma militar de Azaña*, Madrid, Siglo XXI, 1982
- ALVAREZ JUNCO, José, "Maneras de hacer historia. los antecedentes de la Semana Trágica", en *Zona Abierta*, núm 31 (abril-junio de 1984)
- ALVAREZ JUNCO, José y Pérez Ledesma, Manuel, "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, núm 12 (marzo-abril 1982), pp 19-41
- ARÓSTEGUI, Julio, "Conflicto social e ideología de la violencia 1917-1936", *España 1898-1936. Estructura y Cambio*, Madrid, Universidad Complutense, 1984
- ARTOLA, Miguel, *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Madrid, Aguilar, 2 vols., 1974 [Reimpresión 1992]
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La Izquierda burguesa en la II República*, Espasa-Calpe, 1985
- BALLBRÍ, M, *Orden público y militarismo en la España constitucional, 1812-1983*, Madrid, Alianza Universidad, 1985
- BEN AMI, Shlomo, *Los orígenes de la Segunda República española Anatomía de una transición*, Madrid, Alianza, 1990
- BEN AMI, Shlomo, *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, Barcelona, Planeta, 1983
- BUSQUETS BRUGALAT, Julio, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982
- CABRERA, Mercedes, *La patronal ante la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1983
- CARDONA ESCANERO, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983
- CARRIÓN, Pascual, *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura española*, Barcelona, Ariel, 1973
- GARCÍA DELGADO, J.L (ed), *La II República española El primer bienio*, Madrid, Siglo XXI, 1987
- GARCÍA DELGADO, J.L, *Orígenes y desarrollo del capitalismo en España Notas críticas*, Madrid, Edicusa, 1975
- GUZMÁN, Eduardo de, 1930 *Historia de un año decisivo*, Madrid, Tebas, 1977
- JACKSON, Gabriel, *Entre la reforma y la revolución La República y la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 1980
- JACKSON, Gabriel, *Costa, Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*, Madrid, Turner, 1976
- JULIA, Santos, *Política en la Segunda República*, Madrid, Ayer monográfico, n. 20, 1995

- LLORENS, Ignacio de "De la 'historiografía anarquista' y el rigor mortis académico"; en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, n.º 90 (1988), pp. X-XI
- MALEFAKIS, Edward, *Reforma Agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971
- MAURICE, Jacques, *La reforma agraria en España en el siglo XX*, 1975
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, "El proletariado revolucionario y las revoluciones proletarias", en *Zona Abierta*, n.º 36-37 (julio-diciembre de 1985), pp. 107-127
- PRESTON, Paul, *La destrucción de la democracia en España. Reacción, Reforma y Revolución, 1931-1936*, Barcelona, Alianza, 1978
- RAMA, Carlos M., *Ideología, regiones y clases sociales en la España Contemporánea*, Madrid-Gijón, Júcar, 1977
- RAMA, Carlos M., *Fascismo y anarquismo en la España Contemporánea*, Barcelona, Bruguera, 1979
- ROLDÁN, Santiago y GARCÍA DELGADO, José Luis, *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1975, 2 vols.
- ROSAL, Amaro del, *Historia de la UGT de España, 1901-1939*, vol.1, Barcelona, Grijalbo, 1977
- RUIZ-MANJÓN, Octavio, *El Partido Republicano Radical (1908-1936)*, Tebas, 1976
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Tres claves de la Segunda República*, Madrid, Alianza Universidad, 1985
- TUSELL, Javier, *La crisis del caciquismo andaluz 1923-1931*, Turner, Barcelona, 1977

2. ANARQUISMO, ANARCOSINDICALISMO, 1900-1936

- ALVAREZ JUNCO, José, *La ideología política del anarquismo español 1868-1910*, Madrid, Siglo XXI, 1976
- ALVAREZ OBLANCA, Wenceslao (coordinador), *Historia del anarquismo leonés*, León, Santiago García Editor, 1993
- BAR CENDÓN, Antonio, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, Akal, 1981
- BAR CENDÓN, Antonio, "La Confederación Nacional del Trabajo frente a la II República", en *Estudios sobre la II República española*, Madrid, Tecnos, 1975
- BOOKCHIN, Murray, *Los anarquistas españoles. Los años heroicos 1868-1936*, Barcelona, Grijalbo, 1980
- ⁴ *Congresos anarcosindicalistas en España, 1870-1936*, Toulouse, Ediciones CNT, 1989
- CUADRAT, Xavier, *Socialismo y anarquismo en Cataluña 1899-1911. Los orígenes de la CNT*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1976
- Enciclopedia Anarquista* (dirección original Sebastián Faure; coordinador Grupo Tierra y Libertad), México, Grupo Tierra y Libertad, 1972 (tomo 1); 1984 (tomo 2)
- ESENWEIN, George R., *Anarchist Ideology and the Working-class Movement in Spain, 1868-1898*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1989
- GABRIEL, Pere, "Historiografía reciente sobre el anarquismo y el sindicalismo en España, 1870-1923", *Historia Social*, n.1, Centro UNED, Alzira-Valencia, 1988
- GARCIA, Victor, *Antología del anarcosindicalismo*, Caracas, Ruta, 1988
- GARCÍA OLIVER, Juan, *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo en la calle, en el Comité de Milicias, en el Gobierno, en el exilio*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978
- GÓMEZ CASAS, Juan, *Historia de la FAI*, Madrid, Zero, 1981
- GÓMEZ TOVAR, Luis y PANIAGUA, Javier, *II. Utopías libertarias españolas, siglos XIX-XX*, Madrid, Ediciones Tuero y Fundación Salvador Seguí, 1991
- GUERIN, Daniel, *Antología del Anarquismo*, 2 vols., Madrid, Campo Abierto, 1977
- Joan Peiró, *sindicalismo y anarquismo. Actualidad de una historia*, *Anthropos*, n.114, Barcelona, 1990
- José Peirats, *una experiencia histórica de pensamiento libertario*, Suplementos *Anthropos*, n.18, Barcelona, 1990
- KELSEY, Graham, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón 1930-1938 ¿Orden Público o Paz Pública?*, Madrid, Gobierno de Aragón-Institución Fernando el Católico-Fundación Salvador Seguí, 1994
- LAMBERET, Renee y MORENO HERRERO, Luis, *Movimientos obreros y socialistas (cronología y bibliografía)*, Madrid-Gijón, 1985
- PAGÉS, Pelai, "Los anarquistas españoles (1868-1936)", en Izard, Miguel (compilador), *Marginados, fronterizos, rebeldes y oprimidos*, 2 vols., Barcelona, Del Serbal, 1984, vol. I

- ✓ PANIAGUA, Xavier, *La sociedad libertaria*, Barcelona, Crítica, 1986
 RAMA, Carlos M., "Estado actual de los estudios sobre el anarquismo español del siglo XX", *Teoría y Práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres, 1977
 SANCHEZ, Alejandro (dirección), *Barcelone, 1888-1929 Modernistes, anarquistes, noucentistes ou la création fievreuse d'une nation Catalane*, Paris, Editions Autrement, 1992
 TERMES, Josep, *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, Anagrama, 1976
 ✕ VEGA, Eulalia, *Anarquistas y sindicalistas, 1931-1936*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1987

3. LA GUERRA ESPAÑOLA 1936-1939

- ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Por qué perdimos la guerra*, Madrid-Gijón, Júcar, 1976
 ✕ ARÓSTEGUI, Julio (coordinador), *Historia y memoria de la Guerra Civil Encuentro en Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, 3 vols
 ✕ ARÓSTEGUI, Julio, y Martínez, Jesús A., *La Junta de Defensa de Madrid Noviembre 1936-Abril 1937*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984
 BERNECKER, Walther L., *Colectividades obreras y revolución social*, Barcelona, Crítica, 1982
 BOLLOTEN, Burnett, *Las izquierdas y la lucha por el poder en la guerra civil española*, Alianza, 1990
 ✓ BORRÁS, José, *Aragón en la revolución española*, Barcelona, César Viguera, 1983
 BOSCH, Aurora, *Ugetistas y Libertarios Guerra Civil y Revolución en el País Valenciano 1936-1939*, Valencia, Diputación Provincial, 1983
 BROUÉ, Pierre, FRASER Ronald y VILAR, Pierre, *Metodología histórica de la guerra y revolución españolas*, Barcelona, Fontamara, 1980
 CASANOVA RUIZ, Julián, "Guerra y revolución la edad de oro del anarquismo español", *Historia social*, nº 1, Alzira-Valencia, primavera-verano 1988
 FRASER, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros Historia oral de la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 1979, 2 vols.
 Fundación Salvador Seguí, *Consejo de Aragón I, Cuadernos de la Guerra Civil n. 2*, Fundación Salvador Seguí, Madrid, 1987
 Fundación Salvador Seguí, *Consejo de Aragón II, Cuadernos de la Guerra Civil n.3*, Fundación Salvador Seguí, Madrid, 1988
 ✓ GARCÍA DURÁN, Juan, *La guerra civil española Fuentes, archivos, bibliografía y filmografía*, Barcelona, Crítica, 1985
 GARRIDO, Luis, *Colectividades agrarias en Andalucía Jaén (1931-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1976
 ✕ GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y GARMENDÍA, José María, *La Guerra Civil en el País Vasco. Política y Economía*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988
 GORKIN, Julián, *Les comunistes contre la révolution espagnole*, Paris, Belfond, 1978
 JACKSON, Gabriel, *Catalunya republicana i revolucionaria, 1931-1939*, Barcelona Grijalbo, 1982
 JULIÁ DÍAZ, Santos, "De revolución popular a revolución obrera", *Historia Social*, n. 1, Valencia-Alzira, 1988
 KELSEY, Graham, "Aragón libertario, 1936-37: el desarrollo de las fuentes, 1936-1986", *Comunicación al Coloquio sobre Historia y Memoria de la Guerra Civil Encuentro en Castilla y León en Salamanca, 24 al 26 de septiembre de 1986*
 MARGULÍES BREITBART, Myrna (ed.), *Anarquismo y Geografía*, Barcelona, Oikos-tau, 1989
 MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1982
 ✕ MINTZ, Frank y PECINA, Miguel, *Los amigos de Durruti, los trotskistas y los sucesos de Mayo, Madrid*, Ediciones Campo Abierto, 1978
 ✓ OLAYA, Francisco, *El oro de Negrín*, Madrid, 1990
 ✓ PAGÉS, Pelai, *La guerra civil espanyola a Catalunya (1936-1939)*, Barcelona. Els Llibres de la Frontera, 1987
 ✓ PRESTON, Paul (ed.), *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Madrid, Alianza, 1984
 ✓ RANZATO, Gabriele, *Luchas de clases y lucha política en la Guerra Civil española*, Barcelona, Anagrama, 1979
 ✓ RUBIO CABEZA, Manuel, *Diccionario de la Guerra Civil Española*, 2 vols., Barcelona, Planeta, 1987
 ✓ SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Los datos exactos de la Guerra Civil*, Madrid, Rioducero, 1980
 ✓ SALAS LARRAZÁBAL, Ramón y Jesús María, *Historia general de la Guerra de España*, Madrid, Rulp, 1986
 ✓ SAZ, Ismael, *Mussolini contra la II República*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1986

- VILAR, Pierre, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 1986
 VIÑAS, Angel, *El oro español en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1976

4. LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN LA GUERRA ESPAÑOLA DE 1936-1939

- ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *El anarquismo y la revolución en España Escritos 1930/38*, Madrid, Ayuso, 1976
 CARRASQUER, Félix, *Las colectividades de Aragón Un vivir autogestionado promesa de futuro*, Barcelona, Laia, 1986
 CASANOVA RUIZ, Julián, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo, XXI, 1985
 DÍEZ TORRE, Alejandro, *Crisis regional y regionalización El Consejo de Aragón*, Tesis Doctoral, Madrid, 1994
 FOLGARE, Paul y SOUCHY, Agustín, *Colectivizaciones La obra constructiva de la revolución española Ensayos, documentos y reportajes*, Barcelona, Tierra y Libertad, 1937
 GUTIÉRREZ MOLINA, José Luis, *Colectividades Libertarias en Castilla*, Madrid, Campo Abierto, 1977
 LEVAL, Gastón, *Colectividades libertarias en España*, 2 vols, Buenos Aires, Proyección, 1972/74 [Redición Madrid, Aguilera, 1977]
 MINTZ, Frank, *La autogestión en la España revolucionaria*, Madrid, La Piqueta, 1979
 SIMONI, Encarna y Renato, "Cretas la collectivisation d'un village aragonais pendant la guerre civile espagnole, 1936-37", *Mémoire de Licence, Université de Genève*, 1977 Publicada en español en Centro de Estudios Bajoaragoneses, n 2/3 de julio de 1982 y n 4/5, septiembre de 1983 También en libro, *Cretas, la colectivización de un pueblo aragonés durante la guerra civil española*, Alcañiz, 1984
 TIANA FERRER, Alejandro, *Educación libertaria y revolución social España 1936-39*, Madrid, Uned, 1981

Indíces

DE PERSONAS Y AUTORES*

Cuando se conoce la filiación sindical o política viene a continuación. También en los casos en los que se sabe el segundo apellido. Los autores son los que aparecen citados en las notas del texto. Se identifican por llevar la abreviatura "aut" a continuación del nombre. Las abreviaturas son:

AN	Acción Nacional
AP	Acción Popular
AR	Acción Republicana
BN	Bloque Nacional
BOC	Bloque Obrero y Campesino
CADCI	Centro Autonomista de Dependientes de Comercio
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
DLR	Derecha Liberal Republicana
EC	Estat Català
ER	Esquerra Republicana de Catalunya
FAI	Federación Anarquista Ibérica
FAUD	Frei Arbeiter Union Deutschland
FE	Falange Española
IC	Izquierda Comunista
IR	Izquierda Republicana
IRYA	Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista
JJ.SS.	Juventudes Socialistas
JONS	Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas
JSU	Juventudes Socialistas Unificadas
LR	Lliga Regionalista
ORGA	Organización Republicana Gallega Autónoma
PA	Partido Agrario
PCE	Partido Comunista de España
PCR	Partit Catalanista Republicà
PLD	Partido Liberal Demócrata
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PRC	Partido Republicano Conservador
PRF	Partido Republicano Federal
PRG	Partido Republicano Galleguista
PRP	Partido Republicano Progresista
PRR	Partido Republicano Radical
PRRS	Partido Republicano Radical Socialista
PS	Partido Sindicalista
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
RE	Renovación Española
SAC	Sveriges Arbetares Centralorganisation
UGT	Unión General de Trabajadores
UR	Unión Republicana
URab	Unió de Rabasseires
USC	Unió Socialista de Catalunya

(*) Se obvian los nombres que aparecen en las láminas de fotografías.

Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo

Paseo Alberto Palacios, 2
28021 Madrid

Tel.: 91 / 797 04 24 Fax: 91 / 505 21 83

TÍTULOS PUBLICADOS

- Víctor García *Utopías y anarquismo*
- José Luis Gutiérrez Molina *Crisis burguesa y unidad obrera:
el sindicalismo en Cádiz durante la Segunda República*
- Abraham Guillén *Técnica de la desinformación*
El anarcosindicalismo en la era tecnológica
- Angel Olmedo Alonso *El discurso anarquista: dos aplicaciones metodológicas*
- Abraham Guillén *I. Economía autogestionaria*
II. Economía libertaria
- William Godwin *De la impostura política*
- Gastón Leval *Práctica del socialismo libertario*
- León Tolstoi *La insumisión y otros textos*
- Pedro Kropotkin *El Estado y su papel histórico*
- Fernando Solano Palacios *La revolución de octubre:
quince días de comunismo libertario*
- Manuel Villar *El anarquismo en la insurrección de Asturias*
- José Yáñez, Antonio Cerezo
y Vicente Espín *Evasión del Penal de Ocaña*
- Emma Goldman *Viviendo mi vida (dos volúmenes)*
- M^a Angeles García-Maroto *La mujer en la prensa anarquista: España 1900-1936*
- Ric *Cartel y postal: Lo mujer y las mujeres*
- Vídeo *Arte y anarquía*

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Agustín García Calvo *Contra el Hombre*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Paradigma de una revolución (19 de julio de 1936),
Ed AIT, París, 1967

Durruti Le peuple en armes,
Ed de la Tête de Feuilles, Paris, 1972

Durruti The people armed,
Ed Black Rose, Montreal, 1976

Durruti O povo en armas,
Ed Assirio Alvim, Lisboa, 1976

Durruti,
Ed Eleftheros Tipos, Atenas, 1978

Durruti El proletariado en armas,
Ed Bruguera, Barcelona, 1978

Durruti Cronaca della vita,
Ed La Salamandra, Milán, 1980

CNT (1939-1951),
Ed Hacer, Barcelona, 1982

Crònica de la Columna de Ferro,
Ed Hacer, Barcelona, 1984

Durruti en la revolución española,
Ed Laia, Barcelona, 1986

19 de juliol del "36" a Barcelona,
Ed Hacer, Barcelona, 1988

Al pie del muro (1942-1954),
Ed Hacer, Barcelona, 1991

Los Internacionales en la Región Española (1868-1872),
Ed Autor Barcelona, 1993

Entre la niebla (1939-1942),
Ed Autor, Barcelona, 1993

Un anarchiste espagnol Durruti,
Ed Quai Voltaire, París, 1993

Durruti Leben und Tode des spanischen Anarchisten,
Ed Nautilus, Hamburgo, 1994

Chumberas y alacranes (1921-1936)
Ed Autor, Barcelona, 1994

EN PREPARACIÓN:

Ada Martí Un grito en la noche (ensayo biográfico)





Este libro se acabó de imprimir en mayo de 1996
y se publica como recordatorio del 60º aniversario
de la Revolución Social española y del
centenario del nacimiento de
Buenaventura Durruti

Hoy, en el llamado fin de las ideologías, la edición de la obra de Abel
Paz tiene un especial sentido la actualidad del siempre joven modelo de
vida anarquista, sintetizado en la trayectoria del compañero Durruti

Este libro, buscado y requerido incesantemente, sirve en buena medida
para la recuperación de los hechos individuales y colectivos que hicieron
realidad la Revolución Social española

Sesenta años después de su muerte las ideas que abrazó
y defendió este leonés universal, no han perdido un ápice de vigencia y
son un referente obligado para ese creciente sector de la juventud que
lleva un mundo nuevo en sus corazones

La CNT no renuncia a los principios antiautoritarios y
revolucionarios que inspiraron los acontecimientos sociales que tan
magistralmente se describen en estas páginas y por ello felicita a la
iniciativa que los acerca a un amplio sector social

Madrid, marzo de 1996

CNT-AIT